



H.G.WELLS

OBRAS
COMPLETAS

II



A lo largo de estos dos tomos de «Obras completas», se presenta la obra de un autor que se adelantó a su tiempo. Todo pensamiento nuevo halla un estímulo en la obra y en la vida de Wells. El hecho de que, por lo general, tenga mayor solidez su crítica que sus construcciones, no sirve más que para definir con mayor relieve su oficio y no comprueba menos lo esencial de su personalidad creadora. Produce un estado de ánimo que se eleva sin dificultad — y, si se quiere, sin pensamiento consciente— por encima de las barreras sociales y de la tradición histórica, y que tiende a considerar el cambio no sólo necesario, sino normal y deseable. Provoca un sueño y un anhelo; y de ambos brota la voluntad de creación.

Obras en este volumen:

Los hombres dioses (1922)

El amor y míster Lewisham (1899)

Filmer (1901)

El bazar mágico (1903)

El valle de las arañas (1903)

La verdad acerca de Pyecraft (1903)

Míster Skelmersdale en el país de las hadas (1903)

La historia del fantasma inexperto (1902)

Jimmy Goggles, el dios (1898)

El nuevo acelerador (1901)

Las vacaciones de míster Ledbetter (1898)

El cuerpo robado (1898)

El tesoro de míster Brisher (1899)

El corazón de mistress Winchelsea (1898)

Un sueño de Armageddon (1901)

Kipps (1905)

En los días del cometa (1905)

Ana Verónica (1909)



H. G. Wells

Obras completas II

ePub r1.0

Titivillus 27.02.2018

Título original: *Herbert George Wells. Obras completas II*

H. G. Wells, 1953

Traducción: Nellie Manso de Zúñiga & Dionisio Manfredi Cano & Jaime Elías & Manuel Pumarega

Obras y traducciones

Los hombres dioses [Traducción] (1954): Dionisio Manfredi Cano, Jaime Elías, Nellie Manso de Zúñiga

Men Like Gods [Novela] (1922) de H. G. Wells

El amor y mister Lewisham [Traducción] (1954): Dionisio Manfredi Cano, Jaime Elías, Nellie Manso de Zúñiga

Love and Mr. Lewisham [Novela] (1899) de H. G. Wells

Filmer [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

Filmer [Relato Corto] (1901) de H. G. Wells

El bazar mágico [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

The Magic Shop [Relato Corto] (1903) de H. G. Wells

El valle de las arañas [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

The Valley of Spiders [Relato Corto] (1903) de H. G. Wells

La verdad acerca de Pyecraft [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

The Truth About Pyecraft [Relato Corto] (1903) de H. G. Wells

Mister Skelmersdale en el país de las hadas [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

Mr. Skelmersdale in Fairyland [Relato Corto] (1903) de H. G. Wells

La historia del fantasma inexperto [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

The Inexperienced Ghost (The Story of the Inexperienced Ghost) [Relato Corto] (1902) de H. G. Wells

Jimmy Goggles, el dios [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

Jimmy Goggles the God [Relato Corto] (1898) de H. G. Wells

El nuevo acelerador [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

The New Accelerator [Relato Corto] (1901) de H. G. Wells

Las vacaciones de mister Ledbetter [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

Mr. Ledbetter's Vacation [Relato Corto] (1898) de H. G. Wells

El cuerpo robado [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

The Stolen Body [Relato Corto] (noviembre de 1898) de H. G. Wells

El tesoro de mister Brisher [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

Mr. Brisher's Treasure [Relato Corto] (1899) de H. G. Wells

El corazón de mistress Winchelsea [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

Miss Winchelsea's Heart [Relato Corto] (1898) de H. G. Wells

Un sueño de Armageddon [Traducción] (1926): Manuel Pumarega

A Dream of Armageddon [Relato] (1901) de H. G. Wells

Kipps [Traducción] (1954): Dionisio Manfredi Cano, Jaime Elías, Nellie Manso de Zúñiga

Kipps, the Story of a Simple Soul [Novela] (1905) de H. G. Wells
En los días del cometa [Traducción] (1954): Dionisio Manfredi Cano,
Jaime Elías, Nellie Manso de Zúñiga
In the Days of the Comet [Novela] (1905) de H. G. Wells
Ana Verónica [Traducción] (1954): Dionisio Manfredi Cano, Jaime
Elías, Nellie Manso de Zúñiga
Ann Veronica [Novela] (1909) de H. G. Wells

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Los hombres dioses

LIBRO PRIMERO

LA INVASIÓN DE LOS TERRÍCOLAS

CAPÍTULO PRIMERO

MR BARNSTAPLE SE TOMA UNAS VACACIONES

1

Mr. Barnstaple se encontró con evidente necesidad de unas vacaciones. No tenía previamente elegida compañía alguna, ni sitio adonde ir. Estaba agotado por el trabajo diario y cansado de la monotonía de la vida hogareña. Era un hombre de intensos movimientos afectivos; quería tanto a su familia que se la sabía de memoria, pero en estos períodos de cansancio se aburría muchísimo con ella. Sus tres hijos eran ya mayores, y cada día le parecían más corpulentos y con las piernas más largas; se sentaban en sus butacas en el preciso instante en que iba a sentarse él; no le dejaban tocar en su pianola; le llenaban la casa de ruidos, de carcajadas, de chistes que no se podrían repetir; le estropeaban sus antiguos e inocentes galanteos que siempre habían sido su consuelo principal en este valle de lágrimas; le ganaban al tenis; jugaban a las guerras y bajaban las escaleras saltando los escalones de dos en dos o de tres en tres arrastrando los grandes rastrillos del jardín; sus sombreros no aparecían nunca; siempre llegaban tarde a la mesa; no se iban a la cama ninguna noche sin una tempestad de gritos: «¡Haw, haw, haw...! ¡Bump!».

Y a la madre le gustaba esto. Gastaban el dinero confiando alegremente en que las cosas habían ido siempre bien, y todo había aumentado..., excepto la antigua autoridad de Mr. Barnstaple. Cuando él, durante las comidas quería decir algunas claras verdades sobre Mr. Lloyd George, o hacía el más pequeño intento de elevar el tono de las conversaciones de sobremesa sobre el nivel de las bromas tontas, la atención de la madre y de los hijos se desviaba

descaradamente. Dijera lo que dijera, no le hacían caso. Sintió la angustiosa necesidad de escapar de su familia a algún sitio donde él pudiera acordarse de ella con cariño y con orgullo, pero sin ser molestado...

También necesitaba escaparse algún tiempo de *Mr. Peeve*. Las mismas calles se estaban convirtiendo ya en un tormento para él, y no quería ver más, no ya un periódico, sino ni siquiera un cartel. Estaba obsesionado por preocupaciones económicas de tal especie que la gran guerra junto a ellas parecía un mero incidente. El origen de todo esto estaba en que él era el subdirector y el factotum de *El Liberal*, órgano reconocido de los más deprimentes aspectos de las ideas avanzadas y del progreso, y el pesimismo constante de *Mr. Peeve*, su jefe, le estaba contagiando cada día más.

Antes le había sido posible oponer una especie de resistencia a *Mr. Peeve* burlándose disimuladamente de su pesimismo con los otros compañeros de redacción, pero ya no quedaba ninguno; habían sido suprimidos por *Mr. Peeve* en uno de sus períodos de desaliento económico. Prácticamente, ahora nadie escribía para *El Liberal* con regularidad, salvo *Mr. Barnstaple* y *Mr. Peeve*. A causa de esta coincidencia, *Mr. Peeve* lo tenía todo resuelto con *Mr. Barnstaple*. No deseaba más que sentarse cómodamente en su sillón del despacho, hundir las manos en los bolsillos del pantalón y pasarse dos o tres horas meditando sus tristes puntos de vista de todas las cosas.

La inclinación natural de *Mr. Barnstaple* iba hacia una esperanza y una confianza moderadas en el progreso, pero *Mr. Peeve* mantenía enérgicamente que tener confianza en el progreso era una cosa pasada de moda desde hacía lo menos seis años, y que el mejor porvenir que auguraba al liberalismo estaba, lo más cerca, allá en el bienaventurado día del Juicio Final. Terminado su trabajo de redacción, cuando había redacción, recurriendo a sus acostumbradas malas digestiones de cada semana, *Mr. Peeve* se marchaba y dejaba a *Mr. Barnstaple* todo el trabajo del periódico hasta la semana siguiente.

En tiempos normales *Mr. Peeve* se habría exigido bastante más a sí mismo; pero los tiempos no eran normales y estaban saturados de sucesos desagradables, lo que en cierto modo justificaba sus tristes augurios. El paro en la industria del carbón, que había durado un

par de meses, le parecía un símbolo de la ruina de Inglaterra; todas las mañanas había recientes noticias sobre ultrajes de Irlanda: inolvidables e imperdonables ultrajes; una prolongada sequía amenazaba las cosechas de todo el mundo; la Liga de Naciones, en la que *Mr. Barnstaple* había puesto muchas esperanzas en los días grandes del Presidente Wilson, era una triste y fútil asamblea de autosatisfacciones; en todas partes había conflictos e injusticias; siete octavos del mundo parecían resbalar hacia la disolución social. Sin *Mr. Peeve* habría sido muy difícil precaver tan irremediables sucesos.

En verdad, *Mr. Barnstaple* tenía acallada su íntima esperanza, y para personas como él la esperanza es un elemento esencial sin el cual no pueden vivir. El liberalismo y el generoso esfuerzo de sus hombres había sido siempre su gran ilusión, pero ya estaba empezando a pensar que el liberalismo jamás le permitiría otra cosa que arrellanarse en un sillón con las manos en los bolsillos, malhumorado y murmurando de sus actividades, las del más humilde pero más enérgico de los hombres. Ahora, noche y día, *Mr. Barnstaple* se preocupaba por todas las cosas del mundo. Por la noche más que por el día, porque estaba perdiendo el sueño.

Se hallaba obsesionado por el profundo deseo de hacer un número de *El Liberal* a su gusto: reformarlo todo cuando *Mr. Peeve* se hubiese ido; quitar todas las tonterías, las miserables e inútiles chanzas de sus agravios, su afán de referir desgracias, la exageración de las menudas, naturales y humanas debilidades de *Mr. Lloyd George*, el recurrir a Lord Grey, Lord Robert Cecil, Lord Lansdowne, el Papa, la reina Ana o el emperador Federico Barbarroja, alternándolos por semanas; crear y dar forma a las modernas aspiraciones de un mundo rejuvenecido y llenarlo todo con un nombre: ¡Utopía!; y decir a los pasmados lectores de *El Liberal*: «¡He aquí las próximas realidades! ¡He aquí las cosas que nosotros vamos a hacer!». ¡Qué gran golpe para *Mr. Peeve* en: su desayuno dominical! Por una vez, atónito ante la inesperada sorpresa, podría digerir bien la comida

Pero esto no dejaba de ser un sueño tonto. Tente tres pequeños *Barnstaples* en casa y había que considerar la necesidad de procurarles una posición decente en la vida. A pesar de ser tan bellas las cosas que soñaba, *Mr. Barnstaple* tenía la desagradable

certeza de que él en bastantes materias no estaba, en realidad, suficientemente preparado. Lo que tocara no haría sino enmarañarlo. Una gran verdad le consolaba: *El Liberal* era un periódico melancólico, descorazonador y poco generoso, pero no era ruin ni malvado. Para evitar el escándalo era absolutamente necesario que *Mr. Barnstaple* se alejara de *Mr. Peeve* por algún tiempo. Una o dos veces se lo había impedido y la ruptura podría sobrevenir cualquier día. El primer paso para conseguir un descanso de *Mr. Peeve* era ir a ver al doctor. Y *Mr. Barnstaple* fue a verlo.

—Mis nervios están perdiendo el control —dijo *Mr. Barnstaple* —. Padezco una horrible neurastenia.

—Usted sufre de neurastenia —dijo el doctor.

—Le temo a mi trabajo diario.

—Usted necesita unas vacaciones.

—¿Cree usted que necesito un cambio de ambiente?

—Un cambio tan completo como usted pueda conseguirse.

—¿Puede recomendarme un sitio donde ir?

—¿Dónde quiere usted ir?

—En concreto, a ninguna parte. Creí que usted podría recomendarme algo.

—Alquile un sitio atractivo y váyase allí. No haga nada por modificar sus inclinaciones actuales.

Mr. Barnstaple pagó al doctor la suma de una guinea, y armado de tales instrucciones se preparó para disparar las nuevas de sus enfermedades y de la necesidad de su ausencia a *Mr. Peeve*, apenas hubiera una ocasión propicia para ello.

2

El proyecto de sus vacaciones fue durante mucho tiempo el único alivio de las preocupaciones de *Mr. Barnstaple*. Estaba decidido a marcharse, pero antes tenía que resolver tres problemas que a primera vista no tenían solución: ¿cómo escapar?, ¿a dónde?, y ¿con quién? Esto último era muy importante, porque *Mr. Barnstaple* se aburría en seguida hasta de sí mismo.

A veces tenía ideas luminosas respecto de la solución de todo aquello que le traía obsesionado, pero procuraba disimularlas para que nadie sospechase de lo que proyectaba. Una cosa estaba bien clara: en casa no debía decir ni una sola palabra sobre sus vacaciones. Apenas *Mrs.* Barnstaple tuviera noticias del asunto, ya sabía él lo que sucedería: en alarde de amor conyugal, *Mrs.* Barnstaple querría ocuparse de todos los preparativos. «Yo te organizaré unas estupendas vacaciones», diría ella. Elegiría, sin duda, alguna carísima y lejana residencia en Cornualles, Escocia o Bretaña, gastaría una fortuna en bártulos, estaría hasta última hora agregando paquetes y más paquetes al equipaje, y se llevaría a los muchachos. Probablemente concertaría reuniones con amigos y conocidos. Si esto ocurriera, representaría para *Mr.* Barnstaple vivir en los sitios más absurdos y soportar a los más incansables majaderos; no tendría con quien conversar y le acosarían por todas partes mucha risa fingida y mucho juego inacabable... ¡No!

Pero ¿cómo puede un hombre marcharse de vacaciones sin que se entere su mujer? Había que encontrar una manera de hacer la maleta y sacarla furtivamente de la casa. La mejor esperanza de *Mr.* Barnstaple, en este aspecto de su situación, estaba en su pequeño automóvil, que, como es natural, jugaba un papel importante en sus secretos planes de huida; él representaba el medio más fácil para escapar y respondía a la incógnita del ¿dónde?, señalando un lugar fijo y definitivo, algo así como lo que los matemáticos llaman, según creo, un «locus»; una cosa tan íntima como aquella pequeña máquina representaba al mismo tiempo la respuesta a la cuestión del ¿con quién?; era de dos plazas, cerrado, pequeño y de color amarillo claro, y le conocían en la familia con nombres tan sugestivos como *el lavapiés*, *mostaza de Colman* y *el peligro amarillo*.

Mr. Barnstaple lo utilizaba para ir al despacho desde Sydenham porque hacía treinta y tres millas con un galón de gasolina y resultaba mucho más barato que un billete de ida y vuelta. Durante el día lo dejaba en el soportal bajo las ventanas de la oficina; por la noche lo guardaba en Sydenham en un garaje del que nadie sino él tenía llave. Lo escondía para evitar que los muchachos lo pusieran en marcha o curiosearan en las piezas. Durante algún tiempo *Mrs.* Barnstaple condujo el coche personalmente para ir de compras, pero no volvió a utilizarlo porque se despeinaba mucho y se llenaba de

polvo. Por razón de sus ventajas y de sus inconvenientes, este auto estaba indicado como el medio mejor para escapar a las ansiadas vacaciones. A *Mr. Barnstaple* le gustaba mucho conducirlo; lo hacía bastante mal, pero con mucho cuidado, y aunque todavía se le paraba alguna vez y se negaba a continuar el camino, la verdad es que ya no hacía otras cosas peores que había hecho en la vida de su dueño, como, por ejemplo, empeñarse en ir hacia la izquierda cuando *Mr. Barnstaple* doblaba el volante para ir hacia la derecha; este progreso de sus facultades de conductor daba a *Mr. Barnstaple* una agradable sensación de seguridad.

Después de dudarlo mucho, *Mr. Barnstaple* tomó decisiones heroicas. La oportunidad llegó sin esperarla. El jueves era su día de trabajo en el periódico y regresó a casa muy tarde y muy cansado. El tiempo se mantenía caliente y seco. No le importó lo más mínimo que aquella sequía presagiase hambre y miseria para medio mundo. Londres estaba en plena temporada de alegría y de buen tono. Nada parecía disparatado en 1923, el gran año del tango, al cual, a la luz de los sucesos posteriores, había definido *Mr. Barnstaple* como el año más disparatado de la historia del mundo.

El Star traía su cupo habitual de malas noticias, al margen de las secciones de deportes y de modas; la guerra entre rusos y polacos era inminente, así como en Irlanda, Asia Menor, la frontera india y el este de Siberia; se habían perpetrado tres nuevos asesinatos; los mineros seguían en paro, amenazados de derrota.

Encontró una esquila de su esposa explicándole que sus primos de Wimbledon telegrafiaron diciendo que se había organizado allí una inesperada partida de tenis con *Mademoiselle* Lenglen y todos los compañeros, y que ella había ido con los muchachos y no regresaría hasta muy tarde. Suponía una gran ocasión, decía, para ver algunas auténticas primeras figuras del tenis. También era la noche libre de los criados. ¿Sería posible que, por una vez siquiera, le hubiesen dejado solo en casa?

En la cocina halló una cena fría que le habían preparado los sirvientes antes de marcharse. *Mr. Barnstaple* leyó la esquila con calma. Mientras cenaba curioseó en un folleto que un amigo suyo chino le había enviado explicando cómo el Japón estaba deliberadamente separándose de la vieja cultura china. Luego se sentó a fumar su pipa en el jardín, saboreando aquella cena que

acababa de hacer con la tranquilidad y el silencio que siempre había soñado. Pero de pronto entró en una gran actividad.

Telefoneó a *Mr. Peeve* y le comunicó el dictamen del doctor, explicándole luego que, como los asuntos de *El Liberal* estaban ahora favorables a su antiguo proyecto, había decidido tomar las vacaciones. Después fue a su dormitorio, empaquetó apresuradamente sus cosas, las guardó en un viejo saco de mano que nadie echaría de menos, y lo puso todo en el portamaletas del coche. Invirtió algún tiempo en escribir una carta dirigida a su esposa, y después de escrita se la guardó cuidadosamente en el bolsillo interior de la americana. Luego cerró el garaje, y para serenarse se sentó en el jardín a fumarse una pipa y a distraerse con el bonito e instructivo libro *La bancarrota de Europa*, con objeto de que, al regresar su familia, le encontrase con el más inocente aspecto posible.

Cuando su esposa volvió, él le dijo, sin darle importancia, que se creía enfermo de neurastenia y que había decidido ir a Londres al día siguiente para consultar con un especialista. *Mrs. Barnstaple* quiso elegirle en seguida un doctor, pero él se evadió diciendo que tenía que asesorarse de *Mr. Peeve*, porque su jefe era un hombre muy ponderado y siempre acertó en todo lo que le había consultado hasta entonces. *Mrs. Barnstaple* dijo que ella estaba convencida de que todos necesitaban unas buenas vacaciones, y que hasta ahora no había querido quejarse y había mantenido en secreto su pensamiento. Puestos de este talante, *Mr. Barnstaple* pudo salir en seguida camino de sus vacaciones sin dejar tras de sí disgustos familiares.

Partió a la siguiente mañana para Londres. El camino, a pesar del mucho tráfico y del mucho ruido, no le molestaba en absoluto; *el peligro amarillo* corría tan suavemente que merecía haberse llamado siempre *la dorada esperanza*. En *Camberwell* entró por la *Camberwell New Road* y se dirigió a la estafeta de Correos, en la cima de *Vauxhall Bridge Road*, y allí se detuvo. Estaba un poco asustado pero lleno de gozo porque su marcha era ya una realidad. Entró en la oficina de Correos y envió a su esposa un telegrama. «Doctor Pagan —escribió— aconseja soledad y descanso, necesitados urgencia, marchó distrito de Lake a recobrar salud, tengo maleta y ropa, escribo». Salió y buscó en sus bolsillos la carta

que había escrito con tanto cuidado la noche antes y la echó en el buzón. Estaba deliberadamente escrita con letra nerviosa para sugerir una crisis aguda de neurastenia: el doctor Pagan había ordenado unas inmediatas vacaciones y sugerido que *Mr. Barnstaple* iba a perder la cabeza; sería mejor interrumpir la correspondencia por algunos días, tal vez una semana; él no se molestaría en escribir, a menos que las cosas le fuesen mal, por lo que la falta de noticias sería una buena señal; con descanso asegurado, todo iría bien, tan pronto como supiese una dirección para recibir el correo la comunicaría, pero sólo para que fuese utilizada en casos muy graves y urgentes.

Volvió a su coche con tan hermosa sensación de libertad como no había tenido nunca desde sus primeras vacaciones en la escuela primaria. Pensó en la Great North Road, pero asustado del mucho tráfico hasta Hyde Park Comer consultó con el policía y tomó hacia Knightsbridge. En una curva, donde la Bath Road se bifurca de la Oxford Road, se le atravesó un carromato; pero él no hizo mucho caso. Cualquier camino conducía a Elsewhere y él caminaría sin cansancio hacia el Norte, siempre hacia el Norte,

3

Era un hermoso día de sol; no hacía calor y una brisa suave acariciaba a *Mr. Barnstaple* haciéndole feliz; el ambiente y su estado de ánimo le convencieron de que iban a sucederle muchas y muy agradables aventuras. Había recobrado la fe en sí mismo. Sabía que estaba escapando de muchas cosas, aunque todavía no supiera exactamente cómo liberarse en absoluto del resto de sus obligaciones y qué determinaciones tomaría para el futuro. De momento, sería una buena aventura encontrar algún parador por el camino donde comer algo; allí tendría ocasión incluso de cambiar impresiones con personas desconocidas, ver caras nuevas. Estaba seguro de lo que dejaba atrás —Sydenham y la redacción de *El Liberal*—, pero ignoraba qué le reservaba el futuro que tenía ahora por delante.

A poco de salir de Slough fue adelantado por un gran automóvil gris. Tuvo que virar hacia la derecha para dejarle paso. Lo vio pasar junto a él sin ruido y como un relámpago; debía ir por lo menos a sus veintisiete millas por hora. Sus ocupantes, según pudo advertir, eran tres caballeros y una señorita. Todos iban con las caras vueltas, mirando por el cristal posterior del coche, curioseando la carretera que dejaban atrás, como si los persiguiesen. A pesar de la velocidad que llevaba el automóvil, *Mr. Barnstaple* pudo advertir que la señorita era muy hermosa y que el caballero que iba junto a ella tenía un singular aspecto de viejo diablo.

Antes de que pudiera fijarse en el camino que tomaba este primer coche, otro, con traza de saurio prehistórico, le pidió paso. Así era cómo le gustaba a *Mr. Barnstaple* que le adelantaran en la carretera: pidiéndole paso. Aflojó la marcha y sacó una mano, indicando que ya podía rebasarle. Atendiendo a su señal, un enorme, brillante y veloz «limousine» ocupó treinta y tantos pies de carretera a su lado. Llevaba mucho equipaje, pero no se vieron en él otros pasajeros que un caballero joven, con lentes, sentado junto al conductor. Tomó velozmente la curva, siguiendo al coche gris.

A *Mr. Barnstaple* empezó a molestarle que su *lavapiés* fuera adelantado de tan orgullosa manera en una mañana tan magnífica y en plena carretera. Redujo la marcha para tomar la curva y puso el coche a una velocidad de ocho o diez millas por hora, precavido y seguro como siempre. La carretera estaba solitaria, absolutamente desierta. Delante de él se extendía una gran recta, tal vez de un tercio de milla; a la izquierda había setos bien cuidados, árboles aquí y allá, tierras cultivadas, alguna casita de campo y lejanos chopos; a lo lejos se veía el castillo de Windsor; a la derecha, terrenos cultivados, un pequeño parador y lejanas colinas pobladas de árboles. Caracterizaba al paisaje un gran anuncio de un hotel junto a un río en Maidenhead. Por lo demás, no se veía sino el brillo del aire caldeado y remolinos de polvo a lo largo de la carretera. No había señales del gran turismo gris, ni del gigantesco «limousine».

Mr. Barnstaple se quedó pasmado ante suceso tan extraño. Ni a la derecha ni a la izquierda había sitio por el que los coches pudieran haber escapado, ¡y no podían haberse desvanecido! ¡Y si habían conseguido alcanzar la lejana curva es que iban a una

velocidad de doscientas o trescientas millas por hora! *Mr. Barnstaple* tenía la buena costumbre de ir muy despacio cuando meditaba. Ahora anduvo despacio. Marchaba a unas quince millas por hora, mirando cuidadosamente, boquiabierto por el asombro, intentando descubrir en el paisaje desierto alguna pista de los misteriosos desaparecidos. Hasta entonces no empezó a comprender que estaba en peligro.

De pronto su coche pareció tropezar con algo y patinó. *Mr. Barnstaple* recibió tan fuerte encontronazo que perdió el conocimiento unos minutos; después no pudo recordar nada de lo que había ocurrido tras el patinazo, excepto un movimiento extraño en la dirección del coche, sin que pudiera precisar si éste se salió de la carretera. Poco a poco fue recordando que le había parecido oír un ruido: algo así como el pitido de una caldera a la máxima presión, o ese agudo zumbido de cuerda de laúd que suele oírse al final —y al principio— de los efectos de la anestesia. Tenía la impresión de que al patinar el coche había virado violentamente hacia el seto de la derecha, pero ahora estaba otra vez en la carretera.

¡Qué extraño era todo aquello! Puso el motor en marcha, pero lo paró en seguida, mudo de asombro. Aquella carretera era otra totalmente distinta de la que él traía hacía sólo un minuto; los setos estaban cambiados, los árboles eran otros, el castillo de Windsor se había desvanecido, y —pequeña compensación— el gran «limousine» estaba ante él otra vez, junto a la carretera, muy cerca, a unas doscientas yardas.

CAPÍTULO II

EL CAMINO MARAVILLOSO

1

M*r.* Barnstaple prestó atención alternativamente al «limousine», a sus ocupantes, que estaban apeándose, y al paisaje. Este último era en verdad tan bello y singular como todo aquel mundo que en *Mr.* Barnstaple había despertado tanta admiración y asombro; todo aquello a lo que él no encontraba explicación. La misma carretera, en vez de ser de piedra y barro recubiertos de alquitrán, sucia de arena, polvo y excrementos animales, que era lo normal en un camino real inglés, parecía hecha de cristal, clara como el agua en algunos sitios, lechosa e iridiscente en otros, tornasolada con reflejos de suave color y cubierta a veces de laminillas de oro. Tendría de doce a quince yardas de anchura, y a un lado y a otro discurría una faja de césped de una hierba muy fina que *Mr.* Barnstaple no había visto nunca —y era un experto y curioso guadañador de césped—, con anchos arriates de flores.

Mr. Barnstaple estaba admirado, con la boca abierta. A unas treinta yardas en ambas direcciones, tras los arriates, abundaba una rara especie de miosotis azules; la armonía del color azul de éstos se rompía con el de innumerables y blanquísimas espigas. Frente al camino estas mismas espigas estaban mezcladas con multitud de plantas cubiertas de vainas con semillas, también desconocidas para *Mr.* Barnstaple, cuyo color variaba desde una serie de tonos azules, malvas y púrpuras hasta un intenso rojo de sangre. Al lado de este espléndido colorido de flores se extendía un prado en el que pastaba un selecto ganado.

Tres de estas bestias, que estaban casi al alcance de su mano, se removieron con la repentina aparición de *Mr.* Barnstaple y sin dejar de rumiar le miraron con ojos curiosos y benévolos; tenían largos

cuernos y grandes papadas como el ganado del sur de Europa y de la India. Desde estos animales la mirada de *Mr. Barnstaple* recorrió una larga fila de árboles, se posó en una columna de blanco y oro, y llegó en último término a las altas montañas cubiertas de nieve. Un poco más arriba, blancas nubes cruzaban el deslumbrante azul del cielo, y el aire era apacible, diáfano y suave.

Excepto las vacas y el pequeño grupo de personas que estaba junto al «limousine», *Mr. Barnstaple* no vio otras criaturas vivientes en aquel paraje. Los automovilistas no dejaban de mirar curiosamente a su alrededor. El aire traía un rumor de voces afligidas.

Un estrépito terrible a su espalda desvió la atención de *Mr. Barnstaple*. Junto a la carretera, en la misma dirección que él creía haber traído, estaban las ruinas de lo que parecía ser el derrumbamiento recientísimo de una casa de piedra. Junto a ellas había dos grandes manzanos retorcidos y destrozados, como por alguna explosión; de los escombros salía una columna de humo y llamas, y las flores de la orilla del camino estaban también arrasadas como si hubiese pasado sobre ellas un huracán. Sin embargo, *Mr. Barnstaple* no había oído ninguna explosión ni había sentido el menor viento.

Miró todo con asombro y después volvió la cabeza hacia el «limousine» como si pudiera encontrar allí la explicación. Tres de sus ocupantes venían por la carretera hacia él, precedidos por un caballero alto y delgado, de pelo entrecano, cubierto con un sombrero y con un largo guardapolvo de mecánico. Tenía la cara un poco torcida y una nariz tan pequeña que escasamente bastaba para sostener sus lentes de oro. *Mr. Barnstaple* puso en marcha el motor y salió al encuentro del grupo. Cuando comprendió que estaba a distancia en que podían oírle asomó la cabeza en muda interrogación, pero ya el caballero alto y entrecano le estaba preguntando a él:

—Señor, ¿puede usted decirme dónde estamos?

—**H**ace cinco minutos —dijo *Mr. Barnstaple*— yo habría dicho que estábamos en la Maidenhead Road.

—¡Exactamente! —dijo aquel caballero en tono muy serio—. ¡Exactamente! Y yo sostengo que no hay ninguna razón convincente para suponer que no estemos todavía en la Maidenhead Road.

El reto del dialéctico temblaba en su voz.

—Yo no veo aquí nada que se parezca a la Maidenhead Road —dijo *Mr. Barnstaple*.

—¡Convenido! ¿Pero vamos a juzgar por las apariencias o por la experiencia? La Maidenhead Road nos condujo hasta aquí, es una prolongación de esto, y por lo tanto yo sostengo que estoy en la Maidenhead Road.

—¿Y aquellas montañas...? —contestó *Mr. Barnstaple*.

—Ahí debía estar el castillo de Windsor —dijo el caballero alto y entrecano, tan radiante como si hubiese dado un jaque al rey.

—Estaba hace cinco minutos —dijo *Mr. Barnstaple* con sorna.

—Entonces, no hay duda de que aquellas montañas son una especie de engaño —dijo el caballero alto y entrecano triunfalmente —, y todo este asunto no es más que, como se dice ahora, una pura mentira.

—Eso parece ser lo más cierto —convino *Mr. Barnstaple*.

Hubo una pausa durante la cual *Mr. Barnstaple* examinó a los acompañantes del caballero alto y entrecano. A éste le conocía perfectamente bien. Le había visto veinte veces en reuniones y banquetes: *Mr. Cecil Burleigh*, el gran líder conservador, que no era sólo un político distinguido, sino un hombre muy eminente en sus actividades privadas y un filósofo conocido en el mundo entero. Detrás de él estaba un señor joven, desconocido para *Mr. Barnstaple* y cuya natural apariencia hostil se acrecentaba con unos lentes. El tercer miembro del grupo era también un tipo familiar, pero durante algún tiempo *Mr. Barnstaple* no pudo situarlo en sus recuerdos; era barbilampiño, con una cara redonda y sonrosada, y aspecto de persona bien comida, y su indumentaria sugería la condición de eclesiástico. El joven de los lentes habló como en falsete:

—Yo vine a Taplow Court por carretera hace un mes aproximadamente, y, desde luego, entonces no había nada de esto

en el camino.

—Yo admito que hay dificultades —dijo *Mr. Burleigh* con asentimiento—. Admito que hay considerables dificultades. Pero todavía me atrevo a mantener mi proposición primera.

—¿Usted no cree que esto sea Maidenhead Road? —dijo el caballero de los lentes a *Mr. Barnstaple*.

—Yo sigo creyendo que todo esto es mentira contestóle *Mr. Barnstaple* con moderada obstinación.

—¡Pero, mi querido señor! —protestó *Mr. Burleigh*—. Esta carretera está considerada como el país de los mejores labradores y ellos mismos preparan las más asombrosas mutaciones. Una especie de propaganda.

—Entonces, ¿por qué no vamos ahora derechos a Taplow Court? —preguntó el caballero de los lentes.

—Porque —dijo *Mr. Burleigh*, irritado por tener que insistir en un hecho tan sabido— Rupert se obstina en creer que estamos en un mundo nuevo. Y no podemos continuar: ése es el porqué. Él ha tenido siempre mucha imaginación; cree que cosas que no existen, pueden existir; ahora se imagina que es el protagonista de una novela científica y de ultramundo; que vive en otra dimensión. Algunas veces pienso que habría sido mejor para todos si Rupert se hubiera dedicado a escribir novelas en vez de soñarlas. Si usted, como su secretario, piensan que serían capaces de llegar a Taplow con tiempo para merendar en Windsor...

Mr. Burleigh indicó con un gesto algunas ideas para las que no encontraba palabras adecuadas. Antes, *Mr. Barnstaple* había advertido la presencia de un personaje flemático y curioso, de terrosa tez, cubierto con un sombrero gris de cinta negra que los caricaturistas habían hecho familiar, explorando la maraña de flores junto al «limousine»; reconoció en él a *Mr. Rupert Catskill*, ministro de la Guerra. Por una vez siquiera *Mr. Barnstaple* estuvo de acuerdo con el audaz político: aquello era otro mundo. *Mr. Barnstaple* saltó de su coche y se dirigió a *Mr. Burleigh*:

—Señor, yo creo que podremos aclarar algo respecto del lugar en que estamos si exploramos ese edificio que se ha quemado aquí al alcance de nuestra mano. Ahora estaba recordando yo que vi una figura tendida tras de él. Si pudiéramos coger a uno de los bromistas...

Dejó esta frase sin terminar porque él no había creído nunca en tales bromas. *Mr. Burleigh* había perdido bastante en su estimación en los últimos cinco minutos. Los cuatro hombres volvieron la mirada a las humeantes ruinas.

—Es muy extraño que no haya nadie por aquí —observó el caballero de los lentes escrutando el horizonte.

—Bien. Sea lo que sea, yo no veo inconveniente en que examinemos el incendio —dijo *Mr. Burleigh* poniéndose en marcha con cara de profética inteligencia.

Pero antes de que hubiese dado una docena de pasos atrajo la atención de todos un grito desgarrador de la mujer que había quedado en el «limousine».

3

—**R**ealmente, esto es demasiado —rugió *Mr. Burleigh* con acento de verdadera exasperación—. Ya podía la policía de tráfico prevenir a uno de estas cosas.

—Parece escapado de una casa de fieras —dijo el de los lentes—. ¿Qué debemos hacer?

—Es manso —dijo *Mr. Barnstaple*, pero sin idea de comprobar su teoría.

—Yo puedo espantar con facilidad a esta clase de bichos —dijo *Mr. Burleigh*, y, alzando la voz, gritó—: No se alarme, *Stella*. Probablemente es manso e inofensivo. No lo irrite con la sombrilla. Puede abalanzarse sobre usted. ¡*Stella*!

El tal bicho era un enorme y vistoso leopardo que había salido muy solapadamente de entre las flores y estaba sentado como un gato gigantesco en medio de la carretera junto al automóvil. Miraba pestañeando y moviendo la cabeza de un lado a otro rítmicamente, con curiosa expresión de duda, cómo la señora, de acuerdo con las más antiguas tradiciones en tales casos, abría y cerraba la sombrilla frente a él con inusitada rapidez. El chófer había buscado refugio detrás del coche. *Mr. Rupert Catskill* estaba distraído, metido en flores hasta las rodillas y examinándolas una por una, y al parecer

sólo se enteró de la aparición del leopardo cuando oyó el grito que había atraído también la atención de *Mr. Burleigh* y sus acompañantes.

Mr. Catskill fue el primero en actuar, y su gesto demostró su bizarría; estuvo al mismo tiempo juicioso y atrevido.

—No mueva más la sombrilla. *Lady Stella* —dijo—. Déjeme a mí, que quiero mirarle a los ojos frente a frente.

Hizo un rodeo por detrás del auto de manera que quedó cara a cara con el leopardo. Entonces se detuvo, haciendo el mismo gesto y tomando la misma postura que si estuviera exhibiendo su menguada figura vestida de levita gris y cubierta con el sombrero de la cinta negra. Sacó una mano con mucho cuidado, sin movimientos bruscos que pudieran espantar al leopardo.

—¡Poosy! —dijo.

El animal, tranquilizado porque *Lady Stella* había dejado de amenazarle con la sombrilla, observó con interés y curiosidad. Se dispuso a luchar. Extendió el hocico y olfateó.

—¡Si sólo quiero acariciarte! —dijo *Mr. Catskill* extendiendo el brazo.

La fiera olfateó aquella mano que se le tendía, con expresión de incredulidad. Entonces, con precipitación que hizo retroceder a *Mr. Catskill* algunos pasos, estornudó; estornudó otra vez más violentamente, observó a *Mr. Catskill* con furia por un momento, y después saltó limpiamente sobre las flores y huyó en dirección a la columna dorada. El ganado que estaba pastando, según observó *Mr. Barnstaple*, le vio pasar sin el menor atisbo de miedo.

Mr. Catskill permaneció un momento expectante en medio de la carretera.

—Ningún animal —dijo— puede resistir la mirada fija del ojo humano. Ni uno. Esto es un enigma para su materialismo... ¿Nos reunimos con *Mr. Cecil*, *Lady Stella*? Creo que hay algo que ver allí abajo. El hombre del pequeño automóvil amarillo puede que sepa dónde estamos.

Ayudó a la dama a bajar del coche, y los dos regresaron al grupo de *Mr. Barnstaple*, quien ha vuelto a las inmediaciones de la casa incendiada. El chófer, que evidentemente no quería quedarse solo en el «limousine» en aquel mundo de increíbles posibilidades, les siguió tan cerca como el respeto le permitiera.

CAPÍTULO III

EL BELLO PAÍS

1

No parecía que el fuego estuviese tomando incremento. Había mucho menos humo que cuando *Mr.* Barnstaple lo vio por primera vez. Como se acercaron mucho, tropezaron con bastantes trozos retorcidos de un metal brillante y fragmentos de cristales rotos mezclados con los cascotes de mampostería. Todo aquello sugería la idea de la explosión de un artefacto mecánico. Después descubrieron un cuerpo tendido sobre el césped de la ladera, junto a las ruinas. Era un cuerpo de un hombre en plena juventud, desnudo, excepto un par de pulseras, un collar y un cinturón; de la boca y la nariz le manaba abundante sangre. Con cierto miedo, *Mr.* Barnstaple se arrodilló junto a él y le auscultó el corazón. Nunca había visto una cara tan bella, ni una figura tan armoniosa.

—Muerto —susurró.

—¡Mirad! —gritó la aguda voz del hombre de los lentes—. ¡Otro!

Señaló hacia algo que estaba oculto a *Mr.* Barnstaple por un trozo de pared. *Mr.* Barnstaple se levantó y trepó por un montón de cascotes hasta que pudo ver de qué se trataba. Era una delicada mujer, con tan poco vestido como el hombre. Evidentemente había sido lanzada con gran violencia contra la pared y muerta instantáneamente. Su cara no estaba desfigurada, aunque tenía machacada la parte posterior de la cabeza; su boca era perfecta, sus ojos, bellos, verdes, entreabiertos; y tenía la expresión de alguien que estuviese meditando sobre un difícil e interesante problema. No parecía muerta, sino dormida. Una mano empuñaba todavía un instrumento de cobre con un mango de cristal. La otra estaba flácida y caída.

Durante unos segundos no habló nadie. Parecía que temiesen interrumpir el curso de sus meditaciones. Luego *Mr. Barnstaple* oyó la voz del caballero con aspecto eclesiástico diciendo muy suavemente junto a él:

—¡Qué formas más perfectas!

—Admito que no tenía yo razón —dijo *Mr. Burleigh* como reflexionando—. Yo estaba equivocado. Éstas no son personas de la Tierra. Sin duda alguna. Y por lo tanto nosotros no estamos en la Tierra. No puedo imaginar qué ha sucedido y dónde estamos. Ante la evidencia, yo nunca he titubeado en retractarme. Este mundo en el que estamos no es nuestro mundo. Esto es algo... —hizo una pausa—... algo verdaderamente maravilloso.

—Y la tertulia de Windsor —dijo *Mr. Catskill* sin la menor apariencia de que tal cosa le apenase— puede hacer sus meriendas sin nosotros.

—Entonces —dijo el hombre con aspecto de clérigo—, ¿en qué mundo estamos y cómo hemos llegado hasta aquí?

—¡Ah! —dijo *Mr. Burleigh* suavemente—. Eso está por encima de mis pobres facultades adivinatorias. Estamos en algún mundo que es al mismo tiempo singularmente parecido y singularmente distinto del nuestro. Si esto no estuviera relacionado con nuestro mundo, siquiera sea en algunos de sus aspectos, no podríamos estar aquí. Pero en qué consiste esa relación, es, lo confieso, un enigma para mí. Tal vez estemos en alguna otra dimensión distinta de aquéllas en que estábamos en la Tierra. Pero mi pobre cabeza da vueltas pensando cuál será esa dimensión. Estoy... estoy... en un laberinto.

—Einstein... —intervino el caballero de los lentes con evidente satisfacción.

—¡Exactamente! —dijo *Mr. Burleigh*—. Einstein podría aclararnos todo esto. O el viejo y querido Haldane. Pero yo no soy Haldane ni Einstein. Aquí estamos en alguna especie de mundo que es, a todos los efectos, incluido al de nuestro fin de semana. «Ningunaparte», o, si lo prefiere en griego, «Utopía». Y como no se me ocurre cómo podremos salir de aquí, yo creo que lo que tenemos que hacer como criaturas racionales es tomar esto de la mejor manera posible. Y esperar una oportunidad. Esto es en verdad un hermoso mundo; su belleza está por encima de toda admiración. Y

hay aquí seres inteligentes. Yo opino que todo esto derruido a nuestro alrededor corresponde a un mundo en el cual la Química experimental investigaba —con amargo final— acerca de determinadas materias... ¡La Química y la desnudez! Yo confieso que lo mismo podríamos considerar a estos dos seres, que aparentemente acaban de morir aquí, como dioses griegos o como desnudos salvajes; esto es una cuestión de gustos individuales; yo confieso mi preferencia por creerlos un dios griego... y una diosa.

—Sí, pero eso supone el pequeño absurdo de imaginarse dos inmortales muertos —dijo con voz de falsete el caballero de los lentes, en el tono de quien se apunta un tanto.

Mr. Burleigh iba a contestarle, y, a juzgar por su expresión, la respuesta habría sido de naturaleza disciplinaria; pero en su lugar lanzó una breve exclamación y volvió la cara a dos recién llegados. Todos miraron en la misma dirección y vieron a dos rígidos Apolos, que desde las ruinas observaban a nuestros terrícolas con un asombro tan grande, por lo menos, como el que ellos mismos producían. Uno de los dos habló y *Mr.* Barnstaple se asombró al comprobar que aquellas palabras sonaban dentro de su cerebro, pero no en sus oídos.

—¡Dioses rojos! —exclamó el utópico—. ¿Quiénes son ustedes...? ¿Cómo entraron en este mundo?

(¡Inglés! Habría sido bastante menos asombroso si hubiera hablado en griego. Pero que allí se hablara una lengua conocida era cosa increíble y asombrosa).

2

M*r.* Cecil Burleigh era el más desconcertado de la reunión.

—Ahora —dijo— podremos saber algo definitivo y concreto, cara a cara con criaturas racionales y articuladas.

Tosió para aclarar la garganta, agarró las solapas de su largo guardapolvo, con sus dos grandes y nervudas manos, y tomó postura de orador:

—Nosotros somos absolutamente incapaces, caballeros de

explicar nuestra presencia aquí. Estamos tan confundidos como vosotros. Nos hemos encontrado repentinamente en vuestro mundo en lugar de en el nuestro.

—¿Ustedes vienen de otro mundo?

—Exactamente. Un mundo absolutamente distinto. En él tenemos nuestro natural y apropiado lugar. Viajábamos en aquel mundo en determinados vehículos cuando de repente nos hemos encontrado aquí. Intrusos, lo admito, pero yo puedo asegurarles que ha sido una intrusión involuntaria e inesperada.

—¿Sabe usted cómo ha sido esto de que Arden y Greenlake hayan fallado en su experimento y estén ahora muertos?

—Si Arden y Greenlake son los nombres de esas dos bellas y jóvenes personas, nosotros no sabemos sino que les encontramos caídos como usted les ve, cuando veníamos carretera adelante a descubrir o a investigar...

Tosió de nuevo para aclarar la garganta y dejó el resto de la frase en el aire. El utópico, si podemos llamarle así, que había hablado antes, consultó la gestión con su compañero sin pronunciar palabra, luego se volvió a los terrícolas. Habló y sus conceptos sonaron con claridad —según había observado *Mr. Barnstaple*—, no en los oídos, sino en el cerebro de su auditorio.

—Yo ruego a usted y a sus amigos que no pisen estas ruinas, y regresen a la carretera. Vengan conmigo. Mi hermano sofocará el incendio y hará cuanto sea necesario hacer a nuestro hermano y a nuestra hermana. Luego examinarán este lugar los entendidos en la clase de trabajos que ellos estaban realizando aquí.

—Nosotros queremos confiarnos a la hospitalidad de ustedes —dijo *Mr. Burleigh*—. Estamos enteramente a su disposición. Esta situación, permítame repetirlo, no ha sido buscada por nosotros.

—Sin embargo, nosotros la habríamos buscado con toda seguridad si hubiéramos conocido sus posibilidades —dijo *Mr. Catskill*, dirigiendo una mirada de soslayo a *Mr. Barnstaple* como buscando su asentimiento—. Encontramos su mundo muy atractivo.

—La primera impresión de este mundo —apoyó el caballero de los lentes— es muy atractiva.

Regresaron a la carretera a través de los macizos de flores, a la zaga del utópico y de *Mr. Burleigh*; *Mr. Barnstaple* coincidió con *Lady Stella* y la oyó susurrar junto a él; sus palabras, en aquel

ambiente de maravillas, le resultaron de una irresistible ordinariez:

—¿Nos hemos encontrado antes en alguna parte, *lunch* o algo así, *Mr... Mr...*?

¿Era aquello un pretexto? La miró con calma y le contestó:

—Barnstaple.

—¿*Mr.* Barnstaple?

Sus pensamientos coincidieron:

—Yo no tengo el gusto de conocerla personalmente, *Lady Stella*. No obstante, y por supuesto, la conozco a usted muy bien por sus fotografías en los semanarios ilustrados.

—¿Ha oído eso que decía ahora *Mr.* Cecil? ¿Es esto Utopía?

—Él dice que podemos llamarlo Utopía.

—Comprendo... Pero ¿esto es Utopía? ¿Realmente Utopía? He deseado siempre tanto estar en Utopía... —continuó sin esperar contestación de *Mr.* Barnstaple—. ¡Qué espléndidos muchachos parecen ser esos dos utópicos...! Deben pertenecer, estoy segura, a su aristocracia, a pesar de su indumentaria irregular; o tal vez por ella...

Mr. Barnstaple tuvo una idea feliz:

—También he reconocido a *Mr.* Burleigh y a *Mr.* Catskill, *Lady Stella*, pero le agradecería que me dijese usted quién es ese caballero joven de los lentes y ese otro caballero con aspecto de eclesiástico. Estos que vienen detrás de nosotros.

Lady Stella facilitó la información en un delicioso tono confidencial:

—El de los lentes es, voy a deletrearlo, FREDDY MUSH —Freddy Mush—. Persona de muy buen gusto. Muy hábil para descubrir poetas y literatos jóvenes. Es el secretario de Rupert. Si hay una academia literaria, dicen, él está en ella con toda seguridad. Es un crítico terrible y sarcástico. Íbamos a Taplow para organizar un auténtico fin de semana intelectual, a la antigua usanza, con personas que ya habían ido otras veces, como *Mr.* Gosse y Max Beerbohm. Pero en nuestros días siempre sucede algo imprevisto. El eclesiástico —dijo volviendo la cabeza para comprobar que éste no podía oírla— es el padre Amerton, tan severo y contundente criticando los pecados de la sociedad y otras muchas cosas. Es curioso, pero fuera del púlpito resulta demasiado tímido, muy sosegado... ¿No lo encuentra paradójico?

—Desde luego —contestó *Mr. Barnstaple*—, le recuerdo ahora. Recordé antes su cara, pero no pude situarlo. Muchísimas gracias. *Lady Stella*.

3

Había algo muy tranquilizador para *Mr. Barnstaple* en la compañía de gente tan ilustre y famosa, particularmente en la de *Lady Stella*. Ella era muy animosa; traía consigo mucho del querido mundo, pero también estaba preparada para conquistar este otro mundo nuevo y adaptarse a sus modos y maneras; suponía para *Mr. Barnstaple* una muralla que le defendía de aquellas maravillas que amenazaban con aplastarlo. El encuentro con ella y su compañía era para un hombre en su situación una contingencia que representaba un puente sobre el abismo de asombro abierto entre el aburrimiento de sus normales experiencias y todo el ambiente de Utopía, demasiado estimulante.

Solidificaba, si se puede usar esta palabra con alguna exactitud, corporeizaba una serie de cosas que le rodeaban a él, y que además de ser observadas por ella serían vistas y comentadas por *Mr. Burleigh* y observadas a través del monóculo calculador de *Mr. Freddy Mush*. Entraba dentro del orden de cosas que traían los periódicos. *Mr. Barnstaple* solo en Utopía hubiera sido moral e intelectualmente derrotado. Esta amable divinidad de piel morena, que estaba ahora consultando con *Mr. Burleigh*, estaba mentalmente preparada como nadie para adaptarse a todas las maravillas.

La atención de *Mr. Barnstaple* se balanceaba entre los ocupantes del «limousine» y aquel mundo de tan noble apariencia. ¿Qué clase de seres eran realmente aquellos hombres y mujeres en un mundo donde habían arrasado la mala hierba, donde habían conservado las flores y donde los leopardos, faltos de felino coraje, miraban con ojos amistosos a los viajeros? Era sorprendente que los dos primeros habitantes que habían encontrado en tal mundo estuviesen muertos, víctimas, al parecer, de algún arriesgado experimento. Era todavía más admirable que esta otra pareja, que se llamaban a sí mismos

hermanos del hombre y la mujer muertos, descubrieran con tan poca pena la tragedia. *Mr. Barnstaple* observó que no se habían emocionado lo más mínimo, ni aparentaban consternación o llanto; estaban evidentemente mucho más confusos e interesados, que horrorizados o afligidos.

El utópico que había permanecido en las ruinas puso el cuerpo de la muchacha muerta junto al de su compañero. *Mr. Barnstaple* le vio regresar a las ruinas para terminar la exploración entre los restos de la catástrofe originada por el experimento. Más utópicos entraron en escena. Tenían aeroplanos en su mundo, porque dos pequeños aviones, de vuelo silencioso y veloz como las golondrinas, habían aterrizado en el campo cercano. Un hombre venía por la carretera en una máquina, especie de pequeña bicicleta de dos asientos, más ligera y primorosa que ningún automóvil de la Tierra y misteriosamente capaz de sostenerse sobre dos ruedas estando parada.

Una carcajada llamó la atención de *Mr. Barnstaple*. Un grupo de utópicos habían encontrado, por lo visto, deliciosamente ridículo el aspecto del «limousine». Los más de ellos estaban tan escasamente vestidos y tan armoniosamente formados como los dos experimentadores muertos, pero uno o dos usaban grandes sombreros de paja, y otro, que parecía ser una mujer de unos treinta años, llevaba un vestido blanco ribeteado de rojo. Ella era quien hablaba con *Mr. Burleigh*; no obstante estar a una veintena de yardas del camino, sus palabras llegaban al cerebro de *Mr. Barnstaple* con gran claridad:

—Nosotros no podemos entender qué relación puede haber entre vuestra llegada a nuestro mundo y la explosión que ha ocurrido aquí ahora mismo, ni siquiera si realmente hay alguna relación entre ambos sucesos. Pero necesitamos averiguarlo. Por lo tanto, vosotros y todo cuanto habéis traído seréis trasladados a un lugar no muy lejos de aquí para celebrar una conferencia. Nosotros facilitaremos los medios mecánicos para este fin. Allí quizá podréis comer. No sé qué tendrán ustedes costumbre de comer a esta hora...

—Un refrigerio —dijo *Mr. Burleigh*, enamorado de la idea—. Algún refrigerio sería lo más aceptable. Si nosotros no nos halláramos tan inesperadamente fuera de nuestro mundo y dentro del vuestro, ahora estaríamos merendando... y en una buena

compañía...

«¡El portento y la merienda...! —pensó *Mr. Barnstaple*—. El hombre es la criatura que necesita comer, se asombre o no».

Entonces advirtió que él estaba también hambriento y que el aire que allí se respiraba resultaba sutil y aperitivo. A los utópicos pareció resultarles original la idea de la comida.

—¿Comen ustedes durante el día? ¿Qué comen?

—¡Oh, ya lo creo...! No somos vegetarianos —dijo *Mr. Mush* en tono de protesta, ajustándose los lentes.

Todos estaban hambrientos. Se veía claramente en sus caras.

—Nosotros estamos acostumbrados a comer varias veces al día —dijo *Mr. Burleigh*—; quizá sería conveniente que yo diese a ustedes un breve resumen de nuestra jornada gastronómica, que es así, poco más o menos: empezamos, por regla general, con una simple taza de té y una delgada rebanada de pan con mantequilla; después viene el desayuno...

Procedió a un magistral sumario de las comidas del día, dando con claridad y gracia curiosos detalles de un desayuno inglés: huevos cocidos en cuatro minutos y medio, ni más ni menos; piscolabis con algún vino blanco; el té es más bien un pretexto para las relaciones sociales. El discurso de *Mr. Burleigh* resultó una de sus más claras exposiciones, digna de aquellas que regocijaban a la Cámara de los Comunes por su oportunidad y humor y, no obstante, su seriedad. La mujer utópica le observó con profundo interés:

—¿Comen todos ustedes de esa manera? —preguntó.

Mr. Burleigh recorrió con la vista la reunión.

—Yo no puedo responder por *Mr...* *Mr...*

—*Barnstaple...* Sí, yo como en abundancia según esa misma costumbre.

Por alguna razón la mujer utópica le sonrió. Tenía unos bonitos ojos, y a *Mr. Barnstaple* le llegó al alma la sonrisa.

—¿Y ustedes duermen? —Volvió ella a preguntar.

—Durante seis o siete horas, según los casos —dijo *Mr. Burleigh*.

—¿Y ustedes hacen el amor?

La cuestión dejó perplejos y hasta cierto punto ofendidos a los terrícolas. ¿Qué quería dar a entender? De momento a nadie se le ocurrió una contestación adecuada. El pensamiento de *Mr. Barnstaple* estaba ocupado exclusivamente en su hambre furiosa.

Por fin *Mr. Burleigh*, con su agudeza de ingenio y la facilidad de evasión de un moderno líder, entró en la brecha:

—No habitualmente. Puedo asegurárselo a usted..

La mujer con el traje ribeteado de rojo pareció pensar sobre esto un momento. Después, sonrió suavemente.

—Quiero llevarles a algún sitio donde podamos hablar de estas cosas. Sin duda ustedes vienen de un mundo extraño. Nuestros hombres de ciencia querrán tener un mutuo cambio de impresiones.

4

A las diez y media de la mañana, *Mr. Barnstaple* iba en su coche por la carretera de Slough, y ahora, a la una y media, estaba volando sobre una tierra maravillosa olvidado de su propio mundo.

—Estupendo... —repetía—, estupendo... Yo esperaba unas buenas vacaciones... ¿pero esto...?

Se sentía muy feliz, como quien vive un delicioso sueño. Nunca había disfrutado él la curiosa experiencia de ser explorador en tierras desconocidas, y no creyó jamás que lo consiguiera algún día. Sólo hacía unas semanas, había escrito un artículo en *El Liberal* lamentándose del «fin de la época de las exploraciones». El artículo era tan depresivo y tan triste que le había gustado mucho a *Mr. Peeve*. Al recordarlo sentía un gran remordimiento de conciencia.

El grupo de los terrícolas había sido distribuido en cuatro pequeños aeroplanos; cuando *Mr. Barnstaple* y su compañero, el padre Amerton, estuvieron en el aire, miraron hacia atrás buscando sus automóviles y sus equipajes, y los vieron colocados en dos vagonetas, o cosa parecida, tan curiosamente construidas que cada una sacaba dos brazos metálicos y elevaba los automóviles como una niñera eleva un bebé.

De acuerdo con las costumbres generales de seguridad en la Tierra, el aviador de *Mr. Barnstaple* volaba bastante bajo, de tal manera que algunas veces pasaban entre los árboles en vez de pasar por encima, y esto, que al principio no dejó de ser motivo de alarma, supuso la posibilidad de observar a satisfacción las

características del terreno. Bajo la ruta de los aviones había una gran pradera en la que pastaba mucho y buen ganado. La vegetación era de un tono brillante y de naturaleza desconocida para *Mr. Barnstaple*. Se veían bastantes veredas como resultado del paso continuado de personas a pie o en bicicleta; a un lado y a otro corría una carretera bordeada de flores y sombreada por árboles frutales. Había pocas casas y ninguna ciudad o pueblo; los edificios variaban mucho de tamaño, desde los pequeños y aislados que *Mr. Barnstaple* suponía cenadores o pequeños templos, hasta grupos de curiosas terrazas y torretas que lo mismo podían ser palacios, tierras de labranza dispuestas de manera especial, o granjas. Había gente trabajando en los sembrados o yendo y viniendo a pie o en máquinas, pero el efecto general era el de un país muy despoblado.

Parecía evidente que los aviones volaban hacia el otro lado de las montañas nevadas que habían aparecido tan repentinamente ante el paisaje lejano del castillo de Windsor. Conforme se acercaban a la cordillera, anchas extensiones de dorados campos de trigo reemplazaban al verde de las praderas, y luego éstos eran a su vez sustituidos por otros cultivos; vio un inequívoco viñedo en una soleada ladera, y el número de trabajadores visibles y de edificios aumentó. La pequeña escuadra de aeroplanos voló luego sobre un amplio valle en dirección a un gran desfiladero, y esto permitió a *Mr. Barnstaple* curiosear todo el paisaje montañoso a un lado y a otro; sobrevolaron bosques de castaños y de pinos; distinguieron gigantescas turbinas instaladas en los torrentes de la cordillera, y amplios, bajos y enventanados edificios que parecían estar destinados a fines industriales. En una carretera, construida con gran habilidad y una audacia extremada, ágiles y bellos viaductos salvaban el desfiladero. Había más gente, pensó, en las tierras altas que en la llanura; no había visto nunca nada comparable con aquello en la Tierra.

Después de diez minutos de un paisaje desolado sobre los campos de nieve de un gran glaciar, empezó el descenso de los aviones sobre un valle en la meseta, que debía ser el lugar elegido para la conferencia. Era una especie de falda artificial de la montaña, constituida por una serie de terraplenes de mampostería tan audazmente trazados y tan sólidamente contruidos que parecían formar parte de la sustancia geológica de la propia

montaña; continuaban hasta un gran lago artificial retenido por un estupendo dique en lo más profundo del valle. A intervalos, a lo largo de este dique, había grandes columnas de piedra que representaban figuras sentadas; al otro lado había una ancha llanura, que trajo a la memoria de *Mr.* Barnstaple el Valle del Po, y después, como descendían en línea recta, el dique acabó tapando toda esta visión. En tales terraplenes, especialmente sobre el más lejano, había ; juicios agrupados, y se veían perfectamente veréis, huellas y lagunas como si todo aquel lugar fuera un jardín, o un parque.

Los aeroplanos hicieron un fácil aterrizaje sobre el césped. Muy cerca de aquel lugar había un gracioso chalet, que se adentraba audazmente sobre el lago y proporcionaba amarras a una flotilla de barcos alegremente pintados. Fue el padre Amerton quien llamó la atención de *Mr.* Barnstaple sobre la ausencia de gente; advirtió que no había iglesias y que en ninguna parte había visto cosa parecida a campanarios. Pero *Mr.* Barnstaple pensó que algunos de los pequeños edificios podría ser templos o altares.

—La religión puede tener aquí distintas manifestaciones.

—¡Qué pocos niños y muchachos se ven! —insistió el padre Amerton—. No he visto ni una madre con sus hijos.

—En el otro lado de la montaña había un espacio semejante al campo de juegos de una gran escuela. Puede que los niños estén allí.

—Vi eso... Pero yo estaba pensando en niños pequeños. Compare esto con lo que veríamos en Italia, por ejemplo. La mayoría de estas mujeres son bellas y agradables y jóvenes... ¡y ni un signo de maternidad!

El aviador, un rubio con ojos muy azules, les ayudó a salir del aparato; luego ellos curiosearon el descenso de sus compañeros. *Mr.* Barnstaple estaba asombrado de lo pronto que se estaba acostumbrando a aquel mundo. Ahora las cosas más extrañas de todo lo que veía eran la figura y el vestido de sus amigos de la Tierra: *Mr.* Rupert Catskill cubierto con su famoso sombrero gris, *Mr.* Mush con sus lentes absurdos, *Mr.* Burleigh con su delgadez, el chófer con su traje de cuero; todos le resultaban ya más increíbles que las graciosas formas de Utopía. El aviador estaba naturalmente más admirado que *Mr.* Barnstaple del aspecto de aquellos terrícolas.

—Yo supongo que esto es auténticamente real —dijo el padre.

—Realmente real... ¿Qué otra cosa puede ser?

—Supongo que no estamos soñando todo esto.

—¿Sería posible que sus sueños y los míos coincidieran con exactitud?

—Pero es que hay cosas completamente imposibles... ¡absolutamente imposibles!

—Como, ¿por ejemplo?

—Esta gente habla en inglés, en un inglés moderno y correcto.

Mr. Barnstaple miró con curiosidad al padre Amerton; acababa de descubrir un hecho todavía más increíble.

—Ellos no se hablan nada unos a otros —dijo—. ¡Y nosotros no lo hemos observado hasta este momento!

CAPÍTULO IV

LA SOMBRA DE EINSTEIN PASA POR ESTA HISTORIA

1

Excepto el hecho curioso de que los utópicos tenían, aparentemente al menos, un completo dominio del idioma inglés, *Mr. Barnstaple* encontraba aquel nuevo mundo cada vez más normal; era todo tan coherente, tan dentro del orden, que más que un mundo extraño parecía un país de la Tierra supercivilizado. Bajo la dirección de la mujer del vestido ribeteado de rojo, los terrícolas fueron aposentados en sus habitaciones de la más acogedora y confortable manera que pudiera imaginar. Cinco o seis muchachos y señoritas se ocuparon de iniciar a los extranjeros en los pequeños detalles de la vida doméstica en Utopía. En los departamentos en que se alojaron tenía cada uno una pequeña trasalcoba, y el lecho, que tenía sábanas de finísimo lienzo y una colcha bella y decorativa, estaba en una sala descubierta; demasiado descubierta, pensó *Lady Stella*, para agregar en seguida:

—Pero aquí se está seguro.

El equipaje apareció, y las maletas fueron identificadas y entregadas a sus respectivos dueños como si hubiesen llegado a una residencia de la Tierra donde les conocieran desde siempre. *Lady Stella* tuvo que rechazar los servicios de dos jóvenes demasiado amistosos y dejarles fuera de la habitación, antes de abrir su tocador para refrescar su piel. De pronto sonó en el departamento una alegre carcajada; la joven que había permanecido a su lado para ayudarle manifestó desde el principio su interés muy femenino por el equipo interior y muy especialmente por una encantadora y tenue camisa de dormir. Por alguna razón, esta íntima elegancia divirtió extraordinariamente a la joven utópica, quien no quería creer que aquello se lo pusiera *Lady Stella* para lucirlo en público.

—Pero, ¿se pone usted esto?

—Usted no lo comprende —dijo *Lady Stella*—. ¡Esto es casi sagrado...! Esto no lo ve nadie... ¡absolutamente nadie...!

—¿Por qué? —preguntó la utópica, confundida.

Lady Stella no encontró contestación posible. Salieron. La ligera comida que siguió fue por el estilo de las de la Tierra y enteramente satisfactoria. La inquietud de *Mr. Freddy Mush* se apaciguó. Hubo pollo frío, jamón y un pastelillo de carne muy agradable. Hubo también pan, algo basto pero de buen paladar, mantequilla, una exquisita ensalada, fruta, queso del tipo Gruyere, y vino blanco riquísimo que obtuvo de *Mr. Burleigh* el elogio de que Mosela nunca hizo nada mejor.

—¿No encuentran ustedes nuestra comida muy parecida a la de ustedes? —preguntó la mujer del vestido ribeteado de rojo.

—Magnífica —dijo *Mr. Mush* con la boca casi llena.

—La comida ha cambiado muy poco en los últimos tres mil años. La gente había descubierto las mejores cosas de comer mucho antes de la Edad de la Confusión.

«Esto es demasiado real para ser real —dijo *Mr. Barnstaple* para su fuero interno—. Demasiado real...».

Miró a sus compañeros gozoso, interesado y comiendo con sobriedad. Si no fuera por el absurdo de aquellos utópicos hablando inglés con una sonoridad que parecía martillearle en la cabeza, *Mr. Barnstaple* no habría dudado de la realidad. Ningún criado servía la mesa, de piedra y sin manteles. La mujer del vestido blanco ribeteado de rojo y los dos aviadores distribuían la comida y atendían a todas las necesidades de los huéspedes. El chófer de *Mr. Burleigh* estuvo modestamente retirado en otra mesa hasta que aquél le dijo con confianza:

—Siéntese ahí, Perk... Junto a *Mr. Mush*.

Otros utópicos, mirando a los terrícolas con curiosidad, entraron en la galería donde se estaba sirviendo la comida; sonrieron y se pusieron alrededor de sus visitantes o se sentaron. No hubo presentaciones, ni formalidades sociales.

—Todo esto es de mucha confianza —dijo *Mr. Burleigh*—. Demasiada confianza. Yo estoy obligado a acusar estos golpes... ¿Y son éstos la crema del país, mi querido Rupert...? Lo sospechaba... Lo sospechaba...

Algunos utópicos declaraban ellos mismos sus nombres a los terrícolas. El timbre de todas las voces resultaba singularmente igual a *Mr. Barnstaple*, y las palabras sonaban tan claras como concretas. El nombre de la mujer de los ojos castaños era *Lychnis*. Un hombre con barbas, a quien *Mr. Barnstaple* calculó irnos cuarenta años, era *Urthred* o *Adán* o *Edon*; había sido muy difícil aprender este nombre por la aspereza de su pronunciación, como un tartamudeo. *Urthred* hizo saber que él era un etnólogo e historiador y que deseaba enterarse lo más ampliamente posible de las costumbres de nuestro mundo. Se dirigió en especial a *Mr. Barnstaple* porque tal vez le tomó por un financiero o un editor de periódicos, y no por su modesta realidad de hombre erudito. Otro de los anfitriones, *Serpentine*, era también, según se enteró con sorpresa *Mr. Barnstaple*, por su aspecto demasiado enérgico, un hombre de ciencia. Él se llamó a sí mismo algo que *Mr. Barnstaple* no pudo captar por completo, entre «mecánico atómico» y «químico molecular». *Mr. Barnstaple* oyó a *Mr. Burleigh* decir a *Mr. Mush*:

—¿Dice que es físico-químico?

—Yo creo que lo que se ha llamado es «materialista» —dijo *Mr. Mush*.

—Yo creo que ha dicho que él representa importantes cosas —dijo *Lady Stella*.

—La entonación de esta gente es muy peculiar —dijo *Mr. Burleigh*—. Algunas veces suenan demasiado fuerte y continuados sus discursos, y otras hay a manera de lagunas en sus sonidos...

Cuando terminaron de comer, todos pasaron a otro pequeño edificio que estaba evidentemente proyectado para conferencias y discusiones. Tenía una bóveda con pasillo semicircular alrededor, en el cual había una serie de lápidas blancas que debían servir con seguridad como pizarras para los conferenciantes, ya que había lápices negros y de colores y paños para borrar en un anaquel de mármol y a conveniente altura junto a ellas. El orador podía pasear de punta a punta de este pasillo mientras hablase. *Lychnis*, *Urthred*, *Serpentine* y los terrícolas se sentaron en un banco semicircular

bajo la galería del conferenciante; había sitio para unas ochenta o cien personas y todos estaban ocupados. Al otro lado había un fondo de rododendros, a través de cuyos arbustos *Mr. Barnstaple* vio hermosas perspectivas frente a las luminosas aguas del lago.

Hablaron de la extraordinaria irrupción de los terrícolas en aquel mundo. Nada más razonable que hablar de ellos; ¿había algo más fantásticamente imposible?

—Es curioso que no haya pájaros —dijo *Mr. Mush* de repente al oído de *Mr. Barnstaple*—. ¿Por qué no habrá pájaros?

Mr. Barnstaple fijó su atención en el cielo vacío.

—Y tal vez no haya ni mosquitos ni moscas —sugirió él—. Es extraño que no echáramos antes de menos a los pájaros.

—¡Pst! —siseó *Lady Stella*—. Está empezando.

3

La increíble conferencia empezó. Fue iniciada por el hombre llamado *Serpentine*, quien se situó ante su auditorio con el aire del que va a pronunciar un discurso. Movía los labios, sus manos ayudaban la exposición de su relato, y la expresión acompañaba a su lenguaje. Y todavía *Mr. Barnstaple* tenía la más sutil e irresistible de las dudas sobre si era verdad que estaba hablando *Serpentine*. Había algo singular alrededor de todo aquello. Algunas veces el discurso sonaba con una peculiar resonancia en su cerebro; otras era borroso como un objeto visto a través de aguas turbias; otras, aunque *Serpentine* seguía moviendo sus finas manos y mirando a sus oyentes, había lagunas de absoluto silencio, como si por breves intervalos *Mr. Barnstaple* se quedase sordo... Durante la conferencia, la atención de *Mr. Barnstaple* se iba y se quedaba alternativamente. *Serpentine* tenía el aspecto de alguien que estuviese empeñado en presentar de la manera más sencilla posible una intrincada cuestión. Hablaba despacio, haciendo pausas entre una proposición y otra.

—Es muy antiguo el conocimiento —empezó— de que el número posible de dimensiones, como el número posible de otras

muchas cosas que podrían enumerarse, es infinito...

Sí; *Mrs.* Barnstaple conocía esto, pero para *Mr.* Freddy Mush era demasiado saber.

—Oh, Dios —dijo—, ¡dimensiones...!

—Para la mayoría de los proyectos ordinarios —continuó Serpentine—, el universo particular, el sistema particular de acontecimientos en el cual nos encontramos nosotros y del que formamos parte, puede ser considerado como dentro de un espacio de tres dimensiones rectilíneas, y sujeto a la traslación, origen de su permanencia por medio de una cuarta dimensión: el tiempo. Tal sistema de acontecimientos será necesariamente un sistema de gravitación.

—¡Oiga...! —dijo *Mr.* Burleigh severamente—. ¡Perdón...! Yo no lo comprendo.

—Cualquier universo que soporte forzosamente la gravitación —repitió Serpentine, como si estuviera afirmando algún hecho evidente por sí mismo.

—Por mi vida que no lo comprendo —dijo *Mr.* Burleigh después de unos instantes de reflexión.

Serpentine meditó un momento.

—¡Así es! —dijo, y siguió con su discurso—. Nuestras ideas han sido desarrolladas en esa concepción práctica de las cosas, ellas las aceptan como ciertas, y es sólo tras grandes esfuerzos y prolongados análisis como somos capaces de comprender que este universo en el cual vivimos no es solamente extenso, sino que está, por así decirlo, ligeramente curvado dentro de un número desconocido de otras dimensiones en el espacio. Se extiende más allá de las tres dimensiones principales y se interna en esas dimensiones que no conocemos de la misma manera que una finísima hoja de papel, que prácticamente es sólo de dos dimensiones, se proyecta también en una tercera dimensión, no sólo por razón de su densidad, sino también de sus ondulaciones y curvaturas.

—¿Me estoy quedando sorda? —preguntó *Lady* Stella con un susurro—. No oigo una palabra.

—Ni yo —dijo el padre Amerton.

Mr. Burleigh hizo un gesto rogando silencio; *Mr.* Barnstaple no quitaba la vista de Serpentine, con las cejas fruncidas, las rodillas cruzadas y los dedos engarfiados unos con otros. Desde luego, él

estaba oyendo.

Serpentine procedió a explicar cómo sería posible para algunos universos de dos dimensiones estar uno junto a otro a manera de hojas de papel en un espacio de tres dimensiones; así, en el espacio de muchas dimensiones sobre el que el entendimiento humano está ahora aprendiendo y comprendiendo con lentitud pero laboriosamente, es posible que una cantidad innumerable de universos de tres dimensiones estén colocados, como si dijéramos, íntimamente unidos y experimentado un movimiento semejante a través del tiempo. El estudio de esta cuestión por Lonestone y Cephalus cimentó la teoría de que actualmente había gran número de universos del orden «espacio-tiempo», paralelos unos a otros y semejantes entre sí, aunque no idénticos, de la manera que las hojas de un libro pueden parecerse a las que le siguen o preceden en el volumen. Todo en ellos duraría y gravitaría...

(*Mr. Burleigh* movió la cabeza para indicar que él no comprendía aún).

»Y cuanto más inmediatos estuviesen más se parecerían. Ahora tuvieron aquellos dos grandes genios, *Arden* y *Greenlake*, una oportunidad de investigar en su atrevido proyecto de usar el... (inaudible) impulso del átomo para transformar una porción de la materia del universo utópico en otra de la dimensión F, convirtiendo dicho fragmento del mundo de *Utopía* en una especie de puerta para otros mundos; en efecto, el resultado ha sido satisfactorio: la imaginaria puerta ha girado sobre sus goznes y se ha abierto, para cerrarse inmediatamente dejándonos en nuestro mundo todo lo que a través de ella nos vino del otro: un soplo de aire, una tempestad de polvo y, para asombro de *Utopía*, tres grupos de visitantes de un mundo desconocido...

—¿Tres? —cuchicheó *Mr. Barnstaple*, dudando—. ¿Ha dicho tres?

(*Serpentine* no le hizo caso).

—Nuestro hermano y nuestra hermana han muerto por alguna inesperada liberación de energía, pero su experimento ha abierto un camino que nunca se cerrará hacia el más allá de las presentes limitaciones del espacio de *Utopía*, hacia mundos cuyo número y circunstancias ni siquiera imaginamos. Al alcance de la mano, como *Lonestone* supuso hace tiempo, tan cerca como la sangre en nuestro

corazón...

(Tan cerca de nosotros como la respiración y más cerca que las manos y los pies —entendió equivocadamente el padre Amerton, despertando de pronto—. Pero, ¿de qué está hablando...? Yo no lo entiendo...).

... nosotros descubrimos otro planeta, parecido en muchas cosas al nuestro a juzgar por la apariencia de sus habitantes; del que suponíamos, y así es lo cierto, que giraba alrededor de un sol parecido al de nuestro cielo; un planeta en el que había vida y que iba siendo conquistado lentamente, lo mismo que lo está siendo el nuestro, por seres inteligentes cuya existencia se desarrolla casi con seguridad en condiciones paralelas a las de nuestra propia evolución. Este universo hermano del nuestro está, hasta donde nos es posible juzgar por las apariencias, un poco retrasado en el tiempo con relación a Utopía. Nuestros visitantes muestran características físicas y usan ropa muy parecida a las de nuestros antepasados durante la lejanísima Edad de la Confusión...

«Todavía no tenemos elementos de juicio para suponer que su historia haya sido estrictamente paralela a la nuestra; ni dos partículas de la materia son iguales, ni dos vibraciones tampoco. Los universos de Dios nunca han sido ni jamás podrán ser una repetición exacta éste de aquél. Esto que estamos a punto de realizar es una cosa casi imposible. Sin embargo, ese mundo que ustedes llaman Tierra está, no hay duda, muy cerca, y es muy parecido a este universo nuestro...

»Estamos impacientes por saber cosas vuestras, terrícolas; confrontar vuestra historia, que todavía no está bien estudiada; precisar lo que puede ser necesario y posible para ayudarnos mutuamente. No somos más que simples novicios de la ciencia; sólo hemos aprendido con seguridad que es tremenda la masa de cosas que nos quedan por aprender y por hacer. Pero en muchísimas materias nuestros dos mundos quizá puedan enseñarse y ayudarse...

«Posiblemente habrá algo en vuestro planeta que aún no haya sido descubierto o que haya desaparecido en el nuestro. Tal vez haya elementos minerales en un mundo, que sean raros o inexistentes en el otro... Por la estructura de vuestros átomos... (?), nuestros universos pueden vincularse... (?), para su común fortalecimiento...».

Dejó de oírse al orador precisamente cuando *Mr.* Barnstaple estaba más interesado. A pesar de no oírle, él juraría que Serpentine estaba todavía hablando.

Mr. Barnstaple miró a *Mr.* Rupert Catskill, tan afligido y confuso como él. El padre Amerton ocultaba la cara entre las manos. *Lady* Stella y *Mr.* Mush murmuraban por lo bajo; se veía que habían renunciado a escuchar hacía ya tiempo.

—Tal es —se oyó decir a Serpentine de pronto— nuestra interpretación previa de vuestra aparición en nuestro mundo y de las posibilidades de nuestra recíproca acción. Os he expuesto nuestras ideas tan claramente como he podido. Ahora espero que uno de vosotros nos cuente simple y llanamente la creencia de los terrícolas respecto de ambos mundos.

CAPÍTULO V

EL GOBIERNO Y LA HISTORIA DE UTOPIÍA

1

Hubo una pausa. Los terrícolas se miraron unos a otros, y al final todos se volvieron a *Mr. Burleigh*. El sagaz político simuló que no advertía la general expectación.

—Rupert —dijo—, ¿qué dice usted a esto?

—Me reservo el comentario —respondió *Mr. Catskill*.

—Padre Amerton, usted está acostumbrado a hablar de otros mundos.

—No en su presencia, *Mr. Cecil*... No...

—¿Pero qué puedo decirles?

—Lo que usted piense de todo esto —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Exactamente —añadió *Mr. Catskill*—. Dígales lo que piense de esto.

Ningún otro parecía mejor preparado que él. *Mr. Burleigh* se levantó despacio y fue hasta el centro del semicírculo. Se cogió las solapas de su chaqueta y permaneció unos momentos con la vista baja, como meditando su intervención.

—*Mr. Serpentine* —empezó, levantando los ojos hasta el cielo azul y lejano que se reflejaba en el lago—. Señoras y caballeros...

¡Iba a hacer un discurso!, como si estuviera en Una sesión en Ginebra. Parecía absurdo, pero, sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Debo confesar, señores, que aun cuando no soy un novicio en el hablar en público, en esta ocasión me encuentro bastante confuso. Su admirable discurso, señor, sencillo, concreto, claro, compendioso y en algunos pasajes lleno de maravillosa y no afectada elocuencia, me ha parecido un modelo que yo seguiría de buena gana, pero ante el cual, con toda modestia, confieso que

estoy acobardado. Usted quiere que yo le explique, tan llana y claramente como sea posible, el esquema de los hechos, tal como nosotros los concebimos, respecto de este mundo hermano del nuestro y al que tan inesperadamente hemos llegado. Haré todo lo que mis pobres fuerzas me permitan, aunque no pienso mejorar, ni siquiera acercarme a ella, vuestra magistral exposición de los aspectos matemáticos del problema. Lo que usted nos ha dicho resume los últimos y más sutiles pensamientos de la ciencia terrestre y va, realmente, más allá de nuestras ideas ordinarias. En ciertas materias, como, por ejemplo, la afinidad de tiempo y gravitación, tengo el deber de decirle que no estoy de acuerdo con usted, pero que tal vez sea esto porque fallen mis conocimientos en la materia. En líneas generales, no hay graves dificultades para entendernos. Nosotros aceptamos vuestras principales proposiciones sin reservas; especialmente, nos concebimos como seres que viven en un universo parecido al vuestro, en un planeta muy semejante a éste, verdadera, completa y pasmosamente parecido al de ustedes, a pesar de todos los posibles contrastes que hemos ido encontrando aquí. Estamos en disposición de aceptar vuestro punto de vista de que nuestro sistema está, con toda probabilidad, un poco menos maduro y en sazón que éste, en el aspecto tiempo; atrasado quizás cientos o miles de años en relación con vuestras experiencias. Aceptando esto, es inevitable, señores, que haya una cierta humildad en nuestra actitud ante vosotros. Como hijos vuestros que parecemos, no podemos enseñar, sino aprender. Somos nosotros los que tenemos que preguntar: ¿Qué han hecho ustedes...? ¿Qué han alcanzado...? Tal vez exponerles todo lo que todavía nos queda por aprender y por hacer...

—No —dijo *Mr. Barnstaple* en voz baja—. Esto es una ilusión... Si fuera algo real...

Cerró los ojos, se los golpeó con los nudillos, los abrió de nuevo..., y allí estaba todavía, sentado junto a *Mr. Mush*, en medio de aquellas divinidades olímpicas. Y *Mr. Burleigh*, el pulido escéptico, el que nunca creyó, el que no se asombraba, seguía hablando, hablando, con la seguridad de un hombre que ha hecho diez mil discursos. No pudo haber estado más seguro de sí mismo y de su auditorio en la Casa Consistorial de Londres. ¡Y ellos estaban escuchándole! ¡Qué cosa más absurda!

No quedaba nada que hacer sino admitir el estupendo absurdo y sentarse a escuchar. Algunas veces el pensamiento de *Mr. Barnstaple* vagaba lejos de lo que *Mr. Burleigh* estaba diciendo. Luego volvía a hundirse, resignado, en el discurso. Con su oratoria parlamentaria, las manos jugueteando con los lentes o acariciando las solapas, *Mr. Burleigh* estaba dando a Utopía un breve resumen del mundo de los terrícolas, pretendiendo ser elemental, claro y razonable; hablándoles de los Estados y los Imperios, de las guerras y de la Gran Guerra, de la organización económica y de la desorganización de la economía, de las revoluciones y del bolchevismo, del hambre terrible que Rusia estaba padeciendo, de las persecuciones y condenas a honrados políticos y valerosos oficiales, de la ineficacia de la Prensa; de todo el triste espectáculo de la vida humana. *Serpentine* había usado el término «la Edad de la Confusión», desmenuzó esta frase y sacó deducciones de ella...

¡Fue una gran improvisación oratoria! ¡Quizá llegara a la hora, y los utópicos escucharon con ansiedad y atención, asintiendo de vez en cuando con la cabeza, como aceptando y reconociendo lo que el político inglés decía!

«Resulta muy parecido —pensó para sus adentros *Mr. Barnstaple* — todo lo nuestro a la Edad de la Confusión de los utópicos».

Después, *Mr. Burleigh*, con la prudencia y la habilidad de un viejo parlamentario, redondeó el final de su discurso. Hubo felicitaciones y saludos. *Mr. Mush* inició un vigoroso aplauso, al que nadie se sumó.

La tensión en el cerebro de *Mr. Barnstaple* había llegado a ser intolerable. Se puso de pie.

2

Hizo los gestos propios de un orador sin experiencia.

—Señoras y caballeros —dijo—, Utópicos, *Mr. Burleigh*... Os ruego un momento de atención. Tengo algo urgente que decir.

Estuvo unos instantes como turbado. Después habló dirigiéndose a *Urthred*.

—Hay algo que no comprendo, algo increíble; todo esto es demasiado fantástico.

Los ojos inteligentes de Urthred le miraban muy atentos. *Mr. Barnstaple*, confiado ya, dirigió la palabra a la concurrencia, volviéndose a cada momento a Urthred.

—Ustedes viven aquí cientos o miles de años adelantados a nosotros. ¿Cómo pueden hablar el inglés contemporáneo...? ¿Cómo puede ser esto? Para mí es increíble. Es cosa de visiones y de sueños... ¿Es que ustedes mismos son algo más que un sueño, una pesadilla? Me voy a volver loco.

Urthred sonrió amablemente:

—Nosotros no hablamos inglés.

Mr. Barnstaple creyó que el suelo se hundía bajo sus pies.

—Pero yo oigo hablar inglés.

—Ninguno de nosotros habla inglés —añadió Urthred—. Nosotros, de ordinario, no hablamos nada.

El cerebro de *Mr. Barnstaple* se negaba a funcionar.

—En un tiempo lejanísimo —siguió Urthred— usábamos lenguajes para entendernos. Hacíamos sonidos y oíamos sonidos. La gente pensaba, y luego escogía una serie de palabras y las coordinaba de manera que significaran sus ideas; el que las oía, reflexionaba y reducía aquellos sonidos a ideas también; y así se entendían uno y otro. Después, de alguna manera que todavía no conocemos con exactitud, la gente empezó a captar la idea antes de ser envuelta en palabras y emitida en sonidos; empezaron a oír en sus cerebros tan pronto como el hablador había coordinado sus ideas y antes de que las pusiera en palabras. Sabían lo que se iba a decir antes de haber sido dicho. Esta transmisión directa es ahora general; se demostró que con un pequeño esfuerzo la mayoría de la gente podía entenderse entre sí de esta manera a prudencial distancia, y la nueva moda de comunicación fue fomentada sistemáticamente.

»Esto es lo que nosotros hacemos ahora; pensamos directamente de uno a otro; decidimos transmitir el pensamiento y éste se transmite en seguida y a distancia, siempre que ésta no sea demasiado grande; sólo usamos sonidos en la poesía y en el canto, en momentos de emoción, para gritar a alguien que esté demasiado lejos o para dirigirnos a los animales, pero nunca para la

transmisión de ideas a nuestros semejantes. Cuando yo pienso para usted, mi pensamiento, en tanto que encuentra las correspondientes ideas y adecuadas palabras, se refleja en su mente; mi pensamiento se envuelve a sí mismo con palabras en el cerebro de usted y tales palabras son las que usted cree oír en su propia lengua y en sus expresiones habituales. Con seguridad, los miembros de su grupo están oyéndose ahora cada uno con su propio y peculiar vocabulario y fraseología.

Mr. Barnstaple había estado, durante este discurso, asintiendo con la cabeza, a punto de interrumpir algunas veces. En cuanto pudo saltó a la liza.

—Ahora comprendo por qué a veces, cuando *Mr. Serpentine* hizo su admirable discurso, al manejar ideas por las que nosotros no tenemos equivalentes en nuestro pensamiento dejábamos de oírle...

—¿Hubo muchas lagunas? —preguntó *Urthred*.

—Me temo que sí... —dijo *Mr. Burleigh*.

—Es como estar sordo en algunos pasajes —dijo *Lady Stella*.

El padre *Amerton* hizo constar su acuerdo:

—¿Y por qué no pudimos entender con claridad si usted se llama *Urthred* o *Adam*, y por qué se confunden en mi pensamiento *Arden*, *Greentrees* y *Forest*?

—Ya se aclarará su inteligencia... —advirtió *Urthred*.

—¡Oh, ya lo creo! —dijo *Mr. Barnstaple*—. Consideradas todas las cosas, hay que ver lo conveniente que sería para nosotros en la Tierra este medio de comunicación. Por otra parte, habéis evitado semanas de molestias lingüísticas, principios elementales de nuestra gramática, dialéctica, significados y otras cosas por el estilo, tan inútiles; nosotros no hemos conseguido nada parecido jamás.

—Una gran idea —dijo *Mr. Burleigh* volviéndose a *Mr. Barnstaple* en tono muy amistoso—. Una buena idea. Nunca lo habría notado si usted no me llama la atención sobre el fenómeno. Es extraordinario que yo no hubiese notado nada. Estaba ocupado, y estoy obligado a confesarlo, por mis propios pensamientos, y creía que estos señores hablaban en inglés... Puede creerlo...

Pareció a *Mr. Barnstaple* que esta experiencia había sido tan maravillosa que allí no quedaría ya nada de que asombrarse, excepto su indiscutible verosimilitud. Se sentó en su pequeño y bello alojamiento, mirando el campo de Utopía, y las flores y el sol encendido sobre el lago, sumido en aquella extraña mezcla de un fin de semana inglés y un mundo olímpico y desnudo. Oía, y a veces participaba en ella, la conversación que ahora tenía lugar. Era una discusión respecto de las más pasmosas y fundamentales diferencias de la moral y de la organización social. Todavía nada hacía suponer que pudiese él volver a su hogar para escribir sobre esto en *El Liberal* y contarle la aventura a su mujer, en tanto : cuanto ella pudiera saberlo, con detalles de las costumbres y las modas del desconocido mundo de Utopía. Había perdido el sentido de las distancias, y rara él Sydenham podía estar lo mismo a la vuelta de una esquina que en el fin del mundo.

Dos jóvenes bellísimas hacían el té y lo servían a todos. ¡Té...! Magnífico té, que pasaría por ser de la China en cualquier parte de la Tierra, muy aromático y servido en pequeñas tazas sin asa, a la moda chinesca.

La mayor curiosidad de los terrícolas giraba alrededor de los métodos de gobierno. Era lo natural, dada la presencia de dos políticos como *Mr. Burleigh* y *Mr. Catskill*.

—¿Qué forma de gobierno tienen ustedes? —preguntó *Mr. Burleigh*—. ¿Es una república, una monarquía, una autocracia, una democracia? ¿Están separados los poderes legislativo y ejecutivo? ¿Hay un gobierno central para todo el planeta, o hay varios gobiernos independientes?

Mr. Burleigh y sus compañeros, con alguna dificultad, entendieron que no había gobierno central en Utopía.

—Pero, con seguridad —dijo *Mr. Burleigh*—, hay algo, llámese consejo o jefatura o cámara, que resuelve en última instancia en casos de acción colectiva por el común bienestar. Algún supremo órgano de soberanía donde pueda ser...

—No —declararon los utópicos—. No había semejante concentración de autoridad en aquel mundo. Antiguamente la había habido, pero hacía ya mucho tiempo que tal autoridad estaba difundida en el cuerpo de la colectividad. Las decisiones sobre

determinados asuntos concretos eran tomadas por aquellas personas que más conocían la materia en cuestión.

—Pero supongamos que se trata de una regla que hayan de observar todos. Una regla de salud pública, por ejemplo. ¿Quién hace la fuerza para que se cumpla?

—No necesitamos la fuerza, ¿para qué?

—¿Y si alguien se niega a observar la ley?

—Le preguntaríamos el porqué de la negativa. Podría tener razón.

—¿Y si no la tuviese?

—Investigaríamos la salud física y moral de los disconformes.

—Entonces el médico ocupa aquí el lugar de la policía —dijo *Mr. Burleigh*.

—Yo prefiero la policía —agregó *Mr. Rupert Catskill*.

—Conque la prefiere usted... —dijo *Mr. Burleigh*, como si dijera: Pues procúresela usted ahora.

—Entonces..., ¿quiere decirse —continuó dirigiéndose a los utópicos— que todos vuestros asuntos son dirigidos por un cuerpo u organización especial (de alguna manera hay que llamarlo) sin una coordinación superior jerarquizada?

—Las actividades de nuestro mundo —dijo *Urthred*— están todas encaminadas a asegurar la libertad general. Tenemos un número de inteligencias encargadas de estudiar la psicología de la raza y la acción recíproca de una función colectiva en otra.

—Bien..., ¿y no es ese grupo de inteligencias una especie de gobierno?

—No, si se entiende por gobierno la posibilidad de que ellos ejerciten un poder arbitrario. Intervienen en las relaciones generales, eso es todo, pero no se clasifican por categorías ni tienen más preferencia en la estimación general que la que un filósofo tenga sobre un especialista científico...

—¡Esto es una república, desde luego! —dijo *Mr. Burleigh*—. Pero cómo trabaje y funcione es lo que no me explico. El Estado es seguramente una organización política supersocialista.

—¿Vivís todavía en un mundo en el que todas las cosas, excepto el aire, las grandes carreteras, los grandes mares y los desiertos son propiedad privada?

—Sí... —dijo *Mr. Catskill*—. ¡Privada y discutida!

—Nosotros, en otro tiempo, también sufrimos semejante situación. Pero llegamos al convencimiento de que la propiedad privada era un intolerable pernio a la Humanidad. Y nos liberamos de ella.

Nuestros artistas y hombres de ciencia tienen todo el material que necesitan; nosotros mismos renovamos, ampliamos y construimos las viviendas necesarias para la comunidad; pero no hay propiedad comercial o especulativa. La propiedad que podríamos amar, propiedad de maniobra económica personal, ha sido eliminada. Pero el proceso seguido hasta suprimirla es una larga historia, que no acabaríamos de contar en unos cuantos años. Reconocemos que la propiedad privada fue un fenómeno natural y necesario en la evolución de la sociedad humana. Trajo al final monstruosos resultados, pero fue sólo a través de esos monstruosos y catastróficos resultados cómo los hombres aprendieron la necesidad y la naturaleza de las limitaciones urgentes de la propiedad privada.

Mr. Burleigh estaba en su actitud habitual. Sentado en su sillón, con las piernas cruzadas y los dedos de una mano engarzados con los de la otra.

—Debo confesar —dijo— que me interesa mucho la forma peculiar de anarquía que parece prevalecer aquí. A no ser que yo entienda mal lo que se me explica, cada hombre atiende a sus propios asuntos tanto como a los del Estado. Admito que ustedes tengan (y ruego que se me corrija si me extravió) un número determinado de personas encargadas de la producción, distribución y preparación de los víveres; ellos averiguan y calculan las necesidades del mundo, las satisfacen y constituyen algo así como un cuerpo legislativo en este aspecto de la vida pública; dirigen investigaciones y hacen experimentos; nadie les obliga, fuerza ni cohibe...

—Eso dice la gente —aclaró *Urthred* con una sonrisa.

—... además, otras producen y manufacturan y estudian los metales para toda la Humanidad; otros, se ocupan de la habitabilidad de vuestro mundo, proyectan y acondicionan estas agradables viviendas, diciendo quiénes han de vivir en ellas y cómo han de cuidarlas; otros, se dedican a la ciencia pura; otros hacen experimentos, con posibilidades sensitivas e imaginativas, y son los

artistas; otros, son maestros...

—Esa última clase es muy importante —dijo Lychnis.

—Es admirable que todo esto se haga con armónica y debida proporción; sin ningún organismo central ejecutivo o legislativo. Me parece admirable..., pero imposible. Todavía, en la Tierra, no se ha iniciado siquiera nada semejante...

—Algo de eso ha sido sugerido ya por el partido socialista —dijo Mr. Barnstaple.

—Querido amigo —dijo Mr. Burleigh—. Sé muy poco de los socialistas. ¿Quiénes son ellos...? Dígamelo...

—La idea es completamente familiar a nuestra juventud —contestó Mr. Barnstaple—. Laski lo llama Estado pluralístico, para distinguirlo del Estado unitario, en el que la soberanía está concentrada. Un profesor de Pekín, Mr. S. C. Chang, ha escrito un libro titulado *Profesionalismo*, que yo he leído hace sólo unas semanas, porque el autor lo envió a la redacción de *El Liberal*. Señala como indeseable e innecesario para la China pasar por una fase política democrática al estilo occidental; necesita la China ir derecha a la independencia de funciones de mandarines, industriales, agricultores, etcétera. Algo de lo que nosotros encontramos realizado aquí. Claro que todo eso requiere una revolución total en los sistemas educativos y sus resultados. En realidad, el germen de lo que llaman aquí anarquía está también en el aire de nuestro mundo.

—¡Querido amigo! —dijo Mr. Burleigh, mirándole más cariñosamente que nunca—. ¿Y qué es eso...? No acabo de entenderlo...

4

El cambio de ideas era rápido y efectivo. Advirtió Mr. Barnstaple que con claridad y rapidez se formaba en su imaginación un bosquejo de la historia de Utopía, en la Antiquísima Edad de la Confusión.

De ello, lo que más le pareció asemejarse a los tiempos presentes

en la Tierra era que ellos también habían usado entonces ropa abundante y harían vivido en ciudades muy parecidas a las nuestras de hoy. Una serie de circunstancias afortunadas, más que un determinado designio, les había puesto en el camino de algunas centurias de prosperidad. Las fases del clima y los cambios políticos habían favorecido la raza después de un largo período de déficits, pestes y guerras destructoras y prolongadas. En sus primeros tiempos, los utópicos habían sido capaces de explorar la mayor parte del planeta, y en estas exploraciones habían conquistado para la riqueza general grandes extensiones que sujetaron para siempre al hacha, la azada y el arado; habían mejorado muchísimo la salud, la comodidad y la libertad; miles de personas habían sido elevadas sobre la normal miseria de la vida humana a posiciones en las cuales pudieran, si lo preferían, pensar y obrar con absoluta libertad. Unos cuantos, los suficientes, hicieron todo esto. Un vigoroso desenvolvimiento de la investigación científica empezó, y, por consecuencia, una multitud de ingeniosos inventos produjo el aprovechamiento ilimitado del humano poder.

La ciencia había existido siempre como una pasión de la inteligencia del hombre, pero nadie había podido jamás subsistir con el suficiente decoro para obtener frutos decisivos de sus estudios y trabajos. Luego, en un par de centurias, los utópicos que se habían arrastrado sobre su planeta como perezosas hormigas, viajando como un parásito más a lomo de los más grandes y veloces animales, se encontraron capaces de volar con rapidez y hablarse de polo a polo. Se hallaron en posesión de un poder mecánico en escala superior a todos los sueños anteriores; la ciencia fisiológica y la psicología dieron a físicos y químicos extraordinarias posibilidades de control sobre el cuerpo humano y sobre la vida de la sociedad. Pero estas cosas no vinieron sino cuando los sabios las hicieron venir, y todo sucedió tan rápida y confusamente, que fue sólo una minoría la que se dio cuenta perfecta de las asombrosas posibilidades de esta tremenda expansión de los conocimientos del hombre. El resto tomó las nuevas invenciones como llegaron, achacándolas a la suerte o a accidentes fortuitos ajenos al humano entendimiento, ajustándose, según les fue posible, a las nuevas necesidades que estas novedades acarreaban.

El primer problema de Utopía ante las perspectivas de poder,

comodidad y libertad que se abrió para ella fue la superpoblación. Los utópicos procedían en esto de la manera insensata y mecánica de los animales y los vegetales. En un tiempo, en la Antigua Edad de la Confusión, la población humana de Utopía había sobrepasado los dos mil millones...

—¿Y cuál es ahora? —preguntó *Mr. Burleigh*.

—Unos doscientos cincuenta millones —dijeron los utópicos—. Ésa es la máxima población que puede vivir sobre la superficie del planeta, aunque ahora, con el aumento de los recursos, también está siendo aumentada la población humana.

El padre Amerton se horrorizó. Desde que llegó se había sospechado y temido esto.

—¿Se atreven a regular el aumento de la población? ¿Vuestras mujeres consienten en parir hijos sólo cuando ustedes los necesitan...?

—Por supuesto —dijo Urthred—. ¿Por qué no habría de ser así?

—Eso me da miedo —dijo el padre Amerton, y tapándose la cara con las manos murmuró desolado—: ¡Lo presentía en la atmósfera! ¡La Humanidad está aquí sometida al mismo tratamiento que caballos y yeguas, en un campo de remonta militar! ¡Negándose a crear almas! ¡Qué pecado, Dios mío...!

Mr. Burleigh observó la emoción del padre Amerton a través de sus lentes, con una expresión de disgusto. Detestaba las propagandas, pero reconocía que el padre Amerton estaba defendiendo los más odiosos elementos de conservación de la comunidad. Se volvió al utópico otra vez.

—Esto es interesante en extremo —dijo—. En la actualidad, nuestra Tierra lucha por sostener una población cinco veces superior a su capacidad.

—Pero veinte millones de personas morirán de hambre este invierno, nos dijo usted hace poco, en un lugar de Rusia. Y sólo una pequeñísima proporción del resto está disfrutando de una vida decorosa.

—No obstante, el contraste entre vuestra población y la nuestra es muy notable —dijo *Mr. Burleigh*.

—Es terrible... —dijo el padre Amerton.

—La superpoblación del planeta en la Edad de la Confusión era —insistieron los utópicos— el daño fundamental, el origen de todos

los males que afligían a la raza. Una abrumadora abundancia de recién llegados que se desparramaban por el mundo arruinaron todo el esfuerzo de la minoría inteligente, que no podía educar el suficiente número de colaboradores para atender la demanda de las recién instauradas condiciones de vida. Y la minoría inteligente se confesó incapaz de controlar el destino de la raza. Esta gran masa de población, inclinada para su daño hacia decadentes tradiciones, fue la víctima natural y el soporte de todos los aventureros. El sistema económico, groseramente adaptado a las nuevas condiciones de producción y distribución mecánicas, llegó a ser una cruel explotación de la masa humana por una minoría rapaz. Todos los hombres ajenos a esa minoría eran atropellados y sometidos a la miseria desde la niñez; eran adulados y engañados, comprados y vendidos, dominados por un grupo cruel más audaz y, sin duda, más enérgico, pero no más inteligente. Es difícil —dijo Urthred— para un utópico de hoy imaginarse tan monstruosa estupidez, despilfarro y vulgaridad como las que alcanzaron los hombres en la Antigua Edad de la Confusión.

—Sí... Es verdad... Desgraciadamente es verdad... —dijo *Mr. Burleigh*.

—Esta excesiva masa de población era semejante a un enjambre de avispa sobre un montón de frutas podridas. Pero su destino era natural e inevitable. Una guerra, que afectó a casi todo el planeta, dislocó el endeble sistema financiero, y la mayoría de su riqueza industrial mecánica quedó destruida y sin posible reparación. Las guerras civiles, imbecilmente concebidas como medios para la revolución social, continuaron la desorganización y la ruina. Unos años de malas cosechas acentuaron la general escasez. Los aventureros explotadores, demasiado torpes o malvados para realizar lo que la masa esperaba de sus promesas, continuaron engañando a la comunidad, cuyos miembros, como avispa, seguían devorando la fruta podrida aun después de haber sido martirizados y cercenados en sus cuerpos. El noble esfuerzo para vivir fue sustituido por la lucha a muerte para subsistir: la producción de armas llegó hasta el máximo límite posible. La riqueza acumulada se desvaneció. Un abrumador sistema de deudas, con un enjambre de acreedores moralmente incapaces de nada útil aplastó todas las nuevas iniciativas.

»El largo diástole en los asuntos de Utopía que había empezado con los grandes descubrimientos, pasó a una fase de rápido sístole. Todo era robado, aprovechado y destruido por voraces aventureros de las finanzas y los negocios especulativos. Se comercializó la ciencia y se aplicó a crear ventajosas patentes y a obtener el monopolio de suministros imprescindibles. La descuidada llama de la ciencia pura disminuyó, vaciló y pareció apagarse por completo, dejando a Utopía de nuevo en el primer tramo de una serie de Edades Oscuras, parecidas a las que habían precedido a la Edad de los Descubrimientos.

—Esto es en verdad un triste vaticinio de nuestras perspectivas —dijo Burleigh—. Muy parecido... ¡Cómo habría gozado el deán Inge oyendo todo esto!

—A un pagano de su calaña, sin duda que esto le resultaría muy divertido —dijo el padre Amerton con cierta incoherencia.

Estos comentarios molestaban a *Mr.* Barnstaple, porque hechos en alta voz no le permitían seguir el hilo de la explicación.

—Y después —dijo a Urthred—, ¿qué sucedió?

5

Lo que sucedió —entendió *Mr.* Barnstaple— fue un deliberado cambio en el pensamiento de Utopía. Los hombres llegaron a comprender que, en medio de su pobreza, y entre las fuerzas que la ciencia y la organización habían abandonado, la concepción de la vida social en el Estado, como una limitada y legalizada lucha de hombres y mujeres para conseguirse mutuamente lo mejor de cada uno, estaba llegando a ser demasiado peligrosa y difícil de soportar, así como el aumento de las armas de guerra estaba haciendo más que peligrosa, imposible, la soberanía independiente de las naciones. Eran necesarias nuevas ideas y nuevos convenios en la sociedad humana, si se quería evitar que la Historia acabara en una catástrofe definitiva.

Todas las sociedades estaban basadas en la limitación por leyes, prohibiciones y pactos de la primitiva y bárbara combatividad del

hombre mono; el antiguo espíritu de coacción por la Ley había sido reforzado a tono con los nuevos peligros y poderes de la raza. La idea de luchar por poseer, como fundamento del comercio, era parecida a un horno mal vigilado que amenazara con destruir la maquinaria de donde procedía su fuerza y su poder. La idea del servicio creador había desaparecido. Nadie sabía, a ciencia cierta, a qué sistemas tendría que sujetarse la vida social para salvarse. Propositiones sociales y políticas que habían parecido, en lejanas edades, inspirado y exaltado idealismo, empezaron a ser reconocidas, no sólo como verdades, sino como necesidad urgente. Explicando esto, Urthred se expresó con palabras que resultaron familiares a *Mr. Barnstaple*. Parecía dar a entender que cualquiera que quisiese salvar su vida la perdería, y aquel que quisiera darla generosamente, ganaría la totalidad del mundo.

El padre Amerton le interrumpió repentinamente.

—Pero eso que está usted diciendo es un plagio del texto evangélico... ,

Urthred admitió que en este momento tenía en el pensamiento una cita de un pasaje de las enseñanzas de un hombre de gran capacidad poética que había vivido hacía muchísimo tiempo en los días en que aún se hablaba con palabras.

Aunque el utópico habría proseguido sin dar mayor importancia a esto, el padre Amerton estaba muy excitado para permitirse lo:

—¿Pero quién es ese maestro...? ¿Dónde vivió...? ¿Cómo nació...? ¿Por qué murió...?

Un triste espectáculo vino a la memoria de *Mr. Barnstaple*: un hombre abandonado de todos, pálido, golpeado y sangrante, rodeado de guardias, en el centro de una muchedumbre enfebrecida, empujado, mordido por el sol, caminando por una calle empinada hacia un campo de ejecución, donde se levantaban tres patíbulos en forma de cruz...

—¿También murió crucificado en este mundo...? —dijo el padre Amerton—. ¿Murió clavado en una cruz?

Explicaron los utópicos que el profeta había muerto muy dolorosamente, pero no en una cruz. Había muerto torturado sobre una rueda. Era el abominable castigo que una raza cruel y victoriosa imponía a sus enemigos, y había sido aplicado en él porque sus doctrinas de caridad y de amor alarmaron a los ricos y a

los poderosos, a quienes no convenían.

Mr. Barnstaple tuvo la visión momentánea de una retorcida figura que moría sobre una rueda de tortura en un día de pleno sol. Y, ¡maravilloso triunfo sobre la muerte!, a un mundo que pudo cometer semejante crimen había enviado Dios una era de paz y de belleza absolutas... ¿Qué significaba esto?

El padre Amerton apremiaba:

—¿Pero no se dieron cuenta de quién era? ¿No lo sospechó este mundo?

—Una gran parte del pueblo pensó que este hombre era Dios, pero él sólo se llamó el Hijo de Dios o el Hijo del Hombre.

—¿Pero le adoráis ahora?

—Seguimos sus enseñanzas porque son admirables, pero nada más.

—¿Pero le adoráis?

—No.

—¿Pero nadie le adora? Alguien le adorará.

—Había quien le adoraba. Pero resultó que, asustados ante la magnificencia de sus enseñanzas y la miseria de la historia y la condición del hombre, jugaron una superchería a sus conciencias, y obsequiaron al profeta con un culto equivalente al de un dios mágico, en vez de tomarle como modelo y luz de sus vidas. Confundieron el culto y los ritos con los antiguos sacrificios a los reyes. En lugar de aceptarlo sencillamente y hacerle una parte de sus entendimientos, quisieron comerlo místicamente y hacerlo parte de sus cuerpos. Convirtieron la rueda en un símbolo milagroso, y le confundieron con el ecuador y el sol y la elíptica, y no giraron sino a su alrededor sin alcanzarle jamás. En casos de mala suerte, mala salud o mal tiempo se tenía por muy provechoso para los creyentes describir un círculo en el aire con el dedo índice.

»Como la memoria del maestro era muy respetada por las multitudes ignorantes, enamoradas de su dulzura y caridad, surgieron unos tipos astutos que se constituyeron a sí mismos en adalides de la Rueda y repartían riquezas y miserias en su nombre, llevaban al pueblo a grandes guerras y lo usaban como una justificación de su codicia, odios, tiranías y oscuros apetitos. A los últimos hombres con quienes habló el profeta les dijo que vendría otra vez a Utopía glorioso y triunfante...

—Pero seguramente —dijo el padre Amerton— habrá un resto de creyentes todavía. Poco, quizá, pero un resto.

—No lo hay. La totalidad del mundo seguía al maestro de los maestros, pero ni uno le adoraba. En algunos edificios antiguos donde se conservan nuestros tesoros históricos, la Rueda puede ser vista todavía esculpida muchas veces con las más fantásticas elucubraciones decorativas. Y en nuestros museos y colecciones hay multitud de pinturas, imágenes, talismanes y cosas semejantes.

—No entiendo esto —dijo desalentado el padre Amerton—. Es demasiado terrible. No lo entiendo...

6

Un hombre rubio, delgado, con una delicada belleza en el rostro, llamado, según supo luego *Mr. Barnstaple*, Lion, siguió a *Urthred* en la misión de explicar y responder todas las cuestiones planteadas por los terrícolas. Era uno de los coordinadores educativos de Utopía. Aclaró que la vida no había cambiado en el planeta de modo repentino. Ni el nuevo sistema de leyes y costumbres, ni el nuevo método de cooperación económica basado en el servicio universal encaminado al bien común, habían brotado de manera automática, perfectos y acabados. Se necesitó un largo período para conseguir la estabilización del nuevo estado de cosas; los científicos y los trabajadores, la ciencia y la mano de obra, no tuvieron en mucho tiempo un plan preconcebido, sino que conseguían la cooperación de los esfuerzos personales por un común espíritu de servicio y una común claridad de pensamientos. Fue al final de la última Edad de la Confusión cuando la ciencia filosófica empezó a desenvolverse con algún vigor, comparable al de las ciencias geográficas y físicas durante los siglos precedentes. Y el desorden social y económico, que estaba frenando a la ciencia experimental e impidiendo el trabajo organizado y eficaz de las universidades, dejó paso a la investigación y experimentación de nuevos modos en la sociedad humana.

Dedujo *Mr. Barnstaple* que aquel proceso evolutivo no fue uno

de esos cambios que nuestro mundo llama una revolución, sino un suave amanecer de ideas nuevas, en el que las cosas del orden viejo fueron poco a poco perdiendo vigor hasta que el pueblo empezó casi inconscientemente, hechas ya sustancia utilizable del sentido común, a hacer las cosas nuevas en lugar de las viejas. Las semillas del nuevo orden estaban en las controversias académicas, libros y laboratorios psicológicos; el campo de cultivo estaba en las escuelas y en los talleres. Los maestros fueron los héroes en esta lucha por la salud y la fuerza de la inteligencia, y la enseñanza proporcionó al pensamiento recompensas y beneficios tangibles y formó el mundo nuevo en el hueco que dejaba vacío el viejo. El mundo regido por políticos aventureros, donde los hombres alcanzaban el poder a través de los grandes negocios, empresas y finanzas, fue instruido y convencido de que la propiedad privada era una molestia social, y que el Estado no podía sin duros trabajos emanciparse de los poderosos, quienes, cosa muy natural, se resistían y atacaban corrompiendo y socavando las obras emprendidas, aunque al final no tuviesen más remedio que rendirse.

—¿No lucharon? —preguntó *Mr. Catskill*.

Hay que reconocer que pelearon con valentía, aunque de manera irregular, y que esa lucha, durante cinco siglos, retrasó el advenimiento del Estado científico universal, el Estado educativo de Utopía. Era la guerra de los prejuicios contra las realidades concretas de las nuevas ideas de organización social encaminadas al general servicio. Peleaban dondequiera que las ideas nuevas aparecían, con despidos en masa, amenazas y tempestades de violencia; con mentiras y acusaciones falsas; con persecuciones y encarcelamientos; con la bomba y el revólver.

Pero la marcha de las ideas nuevas no cedió un palmo. Antes de que el Estado científico fuera establecido en Utopía, más de un millón de mártires habían muerto por él, y no se puede calcular el número de los que habían sufrido daños menores. Punto por punto fueron conquistados la educación, las leyes sociales, los métodos económicos. No se puede fijar la fecha de este cambio, pero llegó un tiempo en que Utopía comprendió que estaba viviendo ya en el día nuevo y que un mejor orden de cosas había sustituido al antiguo...

—Así sería... —dijo *Mr. Barnstaple*, como si Utopía no estuviera a su alrededor—. Así sería...

Pasaron a otra cuestión. Cada niño utópico es instruido en la medida total de sus posibilidades y encauzadas éstas hacia el trabajo más indicado para él, según sus deseos y capacidad. Viene al mundo en perfectas condiciones; nace de padres saludables; su madre ha aceptado la penosa obligación de criarle después de una cuidada enseñanza y una eficaz preparación. Crece en un ambiente de perfección; sus impulsos naturales de jugar y aprender son aprovechados por los perspicaces métodos de educación; sus manos, sus ojos, sus miembros todos, tienen las precisas oportunidades de adiestramiento y desarrollo; aprende a dibujar, a escribir, a expresarse, a usar una gran variedad de símbolos para entender y transmitir sus enseñanzas. La bondad y la cultura llegan a ser en él un hábito. En particular, el desarrollo de la imaginación es vigilado y favorecido. Aprenden la verdadera historia de su mundo y de su raza; cómo ha luchado el hombre, y todavía lucha, para levantarse sobre sus más elementales egoísmos y mezquindades animales y conseguir el dominio de sí mismo. Todos sus deseos son corregidos hasta hacerlos dignos; aprende de poesía y de amor, por ejemplo, lo necesario para gozar al máximo toda la poesía y todo el amor de las cosas que le rodean; sus pasiones sexuales son liberadas de personales egoísmos; su curiosidad se mueve dentro de un campo experimental científico; su combatividad es aplicada a la lucha contra el desorden; su orgullo y su ambición, inherentes a la raza, son encauzados hacia una noble competencia en el quehacer de la comunidad. Se ocupa toda su vida en el trabajo que más le gusta, y elige el que mejor le parece.

Si el individuo es indolente, sólo pierde él; hay para todos en Utopía, pero nunca encontrará el amor, no tendrá hijos, porque aquí nadie ama a los que carecen de energía y de eficacia. Es muy orgulloso el amor en Utopía; no hay «buena sociedad» ociosa y rica en el planeta; ni juegos y espectáculos por pura diversión. Es un mundo realmente agradable, pero en él no tienen lugar los holgazanes.

Durante siglos la ciencia utópica ha sido capaz de calcular el término medio de los nacimientos; todos los recién nacidos tenían el mismo rango social, considerados como seres inteligentes capaces de mejorar en su día en el mundo que heredasen. Hay pocos tontos y ningún lisiado en Utopía; los haraganes y los individuos de

imaginación débil, el tipo melancólico, el despechado y el maligno han desaparecido. La inmensa mayoría de los utópicos son activos, optimistas, ingeniosos y bien humorados.

—¿Y no hay Parlamento? —preguntó *Mr.* Burleigh, que no quería creerlo.

Utopía no tiene Parlamento, ni políticos, ni riqueza privada, ni lucha en los negocios, ni policía, ni prisiones, ni locos, ni lisiados; y no los hay porque las escuelas y los maestros son lo que deben ser y rinden lo que deben rendir. Política, monopolio y lucha son los tres puntales de las sociedades atrasadas y deformes. Tales métodos han sido extirpados de Utopía hace más de un millar de años. Ni reglas ni gobierno necesitan los utópicos adultos, porque todas las reglas y todos los gobiernos necesarios están en la educación que reciben durante la niñez y la juventud.

Dijo Lion: «Nuestra educación es nuestro gobierno».

CAPÍTULO VI

LOS TERRÍCOLAS HACEN LA CRÍTICA

1

Durante aquella tarde y aquella noche memorables pareció a *Mr.* Barnstaple que estaba tomando parte en un diálogo extraordinario sobre gobierno e historia: un diálogo que tenía todas las apariencias de ser producto de su imaginación, sin realidad y sin forma. Pero la indiscutible verdad de su aventura le aplastaba con su poder abrumador; su atención vagaba por las caras de los utópicos, descansando alguna vez en algún bello detalle de la arquitectura del edificio, para regresar de pronto a los discursos inacabables de aquellas divinidades de graciosas formas. Después miraba incrédulamente a los terrícolas. Las caras de algunos utópicos eran serias, nobles y bellas como las caras angélicas de una pintura italiana. Una mujer era extrañamente parecida a la *Sibila de Delfos*, de Miguel Ángel. Estaban todos en actitud cómoda, los hombres y las mujeres juntos, atentos en su mayoría a la discusión, pero *Mr.* Barnstaple pudo descubrir entre ellos miradas amistosas y la cara de alguna utópica que meditaba sobre el traje de *Lady Stella* o los lentes de *Mr. Mush*. La primera impresión de *Mr.* Barnstaple fue que todos los utópicos eran jóvenes, pero comprobó que muchas de aquellas caras tenían el aspecto de una vigorosa madurez. Todos aparentaban edad indefinida, imprecisa, pero *Urthred* y *Lion* tenían las arrugas de la meditación constante sobre los ojos, los labios y la frente.

El efecto que aquellos seres producían en *Mr.* Barnstaple se transformó curiosamente de estupefacción en familiaridad. Tenía la sensación de haber sabido siempre que tal raza existía y que este conocimiento le había proporcionado modelos para deducir de ellos un centenar de juicios sobre las cosas humanas; y en una época

había estado seguro de encontrarse en alguna parte con estos seres maravillosos. Junto al deseo de llegar a la amistad íntima con ellos, estaba un terror que le hacía temblar con el contacto de aquellas divinidades. Él deseaba que le reconocieran como un compañero, pero su sentido de la propia desgracia e indignidad le abrumaban; necesitaba inclinarse delante de ellos. Bajo la luz y el amor de las cosas que le rodeaban, adivinaba la amarga verdad de que los terrícolas eran despreciados en este nuevo mundo. Tan grande era la impresión hecha por los utópicos en *Mr. Barnstaple*, tanto gozo le produjo el descubrimiento de sus gracias morales y esplendor físico, que durante algún tiempo no notó cuán diferentes de las suyas eran las reacciones de algunos de sus compañeros. La ausencia en Utopía de lo grotesco y lo cruel de la vida ordinaria en la Tierra le habían predispuesto a aprobar sin reservas todas las instituciones utópicas.

Fue el padre Amerton el primero que expuso el hecho de que podían ser desaprobadas muchas cosas de aquel maravilloso pueblo y mantener una digna hostilidad hacia él. Al principio el padre Amerton había procurado no mirar más abajo del cuello de aquellas personas, y se había mostrado dispuesto a asesinar a quien osara tocarle. Pero durante el viaje, la comida y la apertura de la conferencia reaccionó, y a este primer asombro candoroso siguió una actitud de resistencia y hostilidad manifiestas. Era como si este nuevo mundo que había empezado siendo un espectáculo hubiera tomado cualidades de proposición que él no podía aceptar y estaba obligado a refutar. Quizá fuese que su costumbre de pensar siempre en censor era demasiado fuerte para él y no podía aceptar como normal aquí lo que había censurado con energía en la Tierra tantas veces. Quizás estuviese realmente consternado por la virtual desnudez de aquellos seres que le rodeaban. Es lo cierto que empezó con toses y gruñidos, a hablar consigo mismo, y a revelar la inquietud que le dominaba. Primero había lanzado una interrupción condenatoria cuando la cuestión de la procreación humana se planteó; luego intervino en la discusión sobre el profeta de Utopía; ahora no se pudo contener:

—Debo decirlo —le oyó musitar *Mr. Barnstaple*.

De repente empezó a disparar preguntas.

—Hay algo que deseo aclarar —dijo—. Quiero saber qué se entiende en Utopía por moral. ¡Perdónenme!

Se levantó. Le temblaban las manos y no era capaz de empezar su discurso. Se situó de manera que pudiese reposar las manos sobre el respaldo de un asiento. Se pasó los dedos entre el cabello revuelto y respiró hondo. Una irreprimible animación asomó a su cara, que enrojeció. Por el pensamiento de *Mr. Barnstaple* cruzó la sospecha de que el padre Amerton iba a comenzar una nueva serie de sus sermones semanales, aquellas intrépidas denuncias contra casi todas las cosas, de la iglesia de San Bernabé. La sospecha se hizo realidad.

—Amigos, hermanos de este nuevo mundo. Hay ciertas cosas que no puedo dejar de deciros. Necesito preguntaros algo relativo al alma. Tengo necesidad de plantear cuestiones simples, pero fundamentales. Quiero hablaros con franqueza, de hombre a hombre, sobre cosas delicadas y urgentes. Déjenme hablar hasta que me oigan todo lo que tengo que decir. Os quiero preguntar si en este llamado Estado de Utopía se respeta todavía como elemento sagrado de la vida social el vínculo matrimonial.

El utópico replicó, dirigiéndose a *Mr. Barnstaple*:

—En Utopía no hay vínculos.

Pero el padre Amerton no estaba preguntando con la intención de que le contestaran. Estaba planteando problemas al estilo del púlpito.

—Yo quiero saber si la pía unión revelada a nuestros padres en el Paraíso Terrenal se observa aquí; si el matrimonio que une para toda la vida a un hombre y una mujer, en la buena y en la mala fortuna, excluida toda otra especie de intimidad ajena a los dos miembros de la sociedad conyugal santificada, es la regla de vuestra vida... Quiero saber...

—Pero este hombre quiere saberlo todo —interrumpió un utópico.

—... si aquella doble pureza...

Mr. Burleigh hizo una señal con su mano aristocrática.

—Padre Amerton, por favor.

Pocas cosas bajo el cielo serían capaces de parar al padre Amerton cuando iniciaba un ataque bajo los efectos de una de las tempestades de su alma, pero la mano de *Mr. Burleigh* estaba acostumbrada a ser obedecida sin réplicas. El padre Amerton le preguntó:

—¿Qué pasa, *Mr. Burleigh*?

—Yo desearía que no apurase usted este tema desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, padre Amerton. Aún no sabemos casi nada de las instituciones utópicas, y es de sospechar que sean muy distintas de las nuestras. El matrimonio puede presentar aquí otras características.

—*Mr. Burleigh* —dijo el predicador—. Si mis sospechas son ciertas, necesito desnudar a este mundo, en el acto, de sus pretensiones éticas...

—No necesitan desnudarse mucho —dijo el chófer de *Mr. Burleigh*, de modo que pudo ser oído perfectamente.

Un cierto tono de enfado se hizo evidente en la voz de *Mr. Burleigh*.

—Entonces, pregunte lo que quiera. Pero, desde luego, ellos no necesitan de nuestros discursos moralistas.

—Yo he planteado mis problemas —dijo el padre Amerton, retando a *Urthred* con la mirada y permaneciendo de pie.

La contestación fue clara y explícita. En Utopía los hombres y las mujeres no estaban obligados a vivir en parejas indisolubles. Para la mayoría de los utópicos esto podría ser inconveniente. Muy a menudo, hombres y mujeres cuyos trabajos les obligaban a permanecer mucho tiempo juntos se amaban y vivían en común por propia voluntad, como Arden y Greenlake hicieron. Pero nadie ni nada les forzaba a hacerlo. En los días del conflicto de la abundancia de población, y especialmente entre los campesinos y empleados de Utopía, los hombres y las mujeres que se amaban habían sido atados entre sí para toda la vida, bajo severas penas si se separaban. Vivían unidos en un pequeño hogar, que la mujer mantenía ordenado para el hombre, siendo su sirvienta y pariéndole tantos hijos como fuera posible, mientras él conseguía alimentos para todos. Se deseaban los hijos porque eran útiles para cultivar la tierra o para conseguir un nuevo sueldo que unir al siempre escaso presupuesto del ingreso familiar. Pero las necesidades que obligaron a las mujeres a tal yugo han desaparecido ya. La gente se empareja siempre con compañeros que han sido elegidos libremente, pero esto lo hace solamente por una necesidad y una decisión personal, y no por obligaciones externas.

El padre Amerton había escuchado con mal reprimida

impaciencia.

—Entonces, ¿estoy en lo cierto? ¿Se ha abolido la familia?

Su dedo apuntó a Urthred como una acusación personal.

No. Utopía no había abolido ,la familia. La había engrandecido y glorificado hasta abarcar con ella la totalidad del mundo. Hace mucho tiempo que el profeta de la Rueda predicó esta ampliación del antiguo concepto del hogar. En una ocasión le dijeron mientras predicaba que su madre y sus hermanos preguntaban por él, a lo que contestó volviéndose al pueblo que le escuchaba y abarcándolo todo con un gesto de sus brazos:

—¡Todos vosotros sois mi madre y mis hermanos!

El padre Amerton golpeó el respaldo de la silla que tenía delante:

—Eso es un sofisma... Eso es un sofisma... Satanás también podría comentar así las Escrituras.

Estaba claro para *Mr.* Barnstaple que el padre Amerton había perdido un poco el control de sus nervios, y empezó a preocuparle lo que hacía y lo que estaba a punto de hacer. Parecía demasiado excitado para pensar con claridad y gobernar su vocabulario. Confiaba más de lo prudente en que sus recursos dialectos del púlpito de la iglesia de San Bernabé le llevaran a buen término.

—Imagino vuestra conducta... Demasiado bien la imagino... Estoy seguro de acertar en todo lo que sospecho. Vuestra manera de vivir habla por sí misma: la desvergüenza de las costumbres, la licenciosa libertad de vuestras relaciones... ¡Los jóvenes de ambos sexos, sonrientes, las manos unidas, a punto de acariciarse, ni siquiera desvían los ojos ante los extraños, mínimo tributo a la modestia...! Y todo sin vínculos ni bendiciones, ni reglas ni restricciones. ¿Qué significa esto? ¿A dónde conduce? ¡No lo imagino porque yo soy un sacerdote, un hombre casto vencedor de las tentaciones de la carne, y no puedo imaginar lo que no entiendo! ¿Pero dejaré por eso de tener mi particular idea de los mayores secretos del corazón humano? Mi misión no es herir a los pecadores, sino ayudarles y consolarles cuando llegan hasta mí con sus lastimeras confesiones. Esta llamada libertad vuestra no es sino licencia. ¡Esto que llamáis Utopía es, lo veo con claridad, un verdadero infierno!

Mr. Burleigh hizo una señal con la mano, pero la elocuencia del

padre Amerton saltó sobre la interrupción.

—Renuncio a desmenuzar este asunto, pero desde luego estáis viviendo en una horrorosa promiscuidad... ¡En una bestial promiscuidad!

Mr. Burleigh se puso de un salto ante el padre Amerton:

—No, no... No puedo tolerarlo, *Mr. Amerton*. Usted está insultando. Siéntese, por favor. Insisto en que se siente.

—Vuelva a su sitio y siéntese —dijo una voz clara y autoritaria—, o tendrá que marcharse de aquí.

El padre Amerton se encontró con la mirada de un hombre joven y delgado que lo examinaba con la atención que un pintor de retratos examinaría a un nuevo modelo. No había amenaza en su aspecto. Al gran predicador se le murió la voz en la garganta. *Mr. Burleigh* quiso evitar un conflicto:

—*Mr. Serpentine*, señor. Suplico que disculpen al padre Amerton. Él no es absolutamente responsable de sus palabras y todos nosotros deploramos de corazón este incidente.

Se volvió al predicador:

—Le ruego que tenga la bondad de no dar motivos para que le echen. Yo responderé personalmente de su buen comportamiento. Siéntese, *Mr. Amerton*... Por favor... De lo contrario, me lavaré las manos en este asunto.

El padre Amerton titubeó:

—Ya llegará mi hora.

Pero antes de volver a su sitio miró desafiante al hombre que le había amenazado con expulsarle del salón.

Luego *Urthred* habló con sosiego y claridad:

—Terrícolas, sois unos huéspedes difíciles. Se ve claro que el pensamiento del hombre de la Tierra es muy sucio. Su imaginación sexual está encendida y enferma. Parece hambriento de insultar y de herir a sus semejantes. Sus palabras son terribles. Mañana será examinado...

—¿Cómo? —dijo el padre Amerton, con la cara lívida—. ¿Qué quiere usted decir?

—Haga el favor de no hablar —dijo *Mr. Burleigh*—. Por favor, no hable nada más. Ya ha hecho usted bastantes barrabasadas.

Parecía que el incidente terminaba, pero en el corazón de *Mr. Barnstaple* quedaba la semilla de un terror irreprimible. Aquellos

utópicos eran de modos muy elegantes y un pueblo muy amable, pero ahora por un momento el águila del poder había revoloteado sobre los terrícolas. El sol y la belleza rodeaban por todas partes a los huéspedes, pero no había duda de que estaban desamparados en un mundo desconocido y extraño. Las caras de los utópicos eran amables y sus ojos curiosos y sus maneras amistosas, pero miraban siempre como quien examina a un bicho raro; parecía que mirasen a través de un insalvable abismo de diferencias. *Mr.* Barnstaple, en medio de sus angustias, encontró la mirada de los ojos castaños de Lychnis, que eran los ojos más amables y bellos de Utopía. Ella por lo menos entendía su angustia y era su amiga. La miró como miraría un perro perdido a una persona que le prodigase caricias y le diese pan.

2

Otra mente que estaba también en resistencia activa a Utopía era la de *Mr.* Freddy Mush. Él no había discutido en materia de religión, de moral o de organización social en Utopía, porque había aprendido desde siempre que ningún caballero de serias pretensiones estéticas revela interés por semejantes cosas. Sus impresiones se convertían de manera automática en hipótesis bien definidas. Estaba seguro de que allí había existido algo muy antiguo y muy bello que se llama equilibrio de la Naturaleza, que los métodos científicos de Utopía habían destruido. Qué cosa fuese este equilibrio de la Naturaleza, latente todavía en la Tierra en todo su vigor y eficacia, nadie era capaz de entenderlo con claridad en el planeta utópico. Los lentes de *Mr.* Mush relampaguearon antes de que éste empezara a hablar:

—Vuelvo sobre lo de los pájaros...

Estudió el hecho de que no hubiese pájaros en

Utopía. Y dedujo que no había pájaros porque no había mosquitos ni moscas de agua. Se había reducido la vida de los insectos, y la eliminación de éstos había acarreado la desaparición de las criaturas que directa o indirectamente dependían de los

insectos para vivir. Tan pronto como el nuevo estado de cosas estuvo establecido con seguridad en Utopía y el mecanismo educativo funcionando, la atención de la comunidad utópica había sido aplicada a la idea largo tiempo acariciada de un sistemático exterminio de las especies molestas. Se hizo una cuidadosa investigación para determinar las posibilidades de eliminación de la mosca casera, por ejemplo, abejas y avispas, varias especies de ratones, ratas y conejos. Centenares de animales, desde los microbios hasta las hienas y los rinocerontes, fueron sometidos a ensayos. A todas las especies elegidas para el exterminio se les dio un abogado, que respondió a estas preguntas: «¿Qué tiene de bueno?; ¿qué tiene de dañino?; ¿cómo puede ser eliminado?; ¿qué cosa útil podría desaparecer con él?; ¿es conveniente eliminarlo?; o ¿puede ser conservado?».

Cuando este veredicto estuvo terminado y razonado, Utopía inició su campaña exterminadora con gran cautela. Las fiebres más contagiosas fueron extirpadas; algunas muy fácilmente, y otras después de dura lucha y el sometimiento de toda la población a muy severa disciplina. Muchos parásitos internos y externos del hombre y de los animales fueron eliminados. Fue una gran limpieza del mundo, desde nocivos insectos y malas hierbas hasta sabandijas y bestias peligrosas. El mosquito y una multitud de especies de moscas cayeron sin posible salvación tras sistemáticas campañas que exigieron enormes esfuerzos de generaciones enteras. Fue más fácil eliminar algunas grandes bestias como la hiena y el lobo, que hacer desaparecer los pequeños insectos y microbios. El ataque contra las moscas exigió la reconstrucción de una gran proporción de casas utópicas en toda la extensión del planeta.

La cuestión de que ciertas especies extirpadas eran o no útiles fue uno de los más sutiles problemas que Utopía se planteó. Ciertos insectos, por ejemplo, eran destructivos y desagradables en la primera época de la vida, pero luego llegaban a ser animales bellísimos y a veces necesarios para la fertilización de determinadas especies de delicadas flores. Otros, desagradables por su aspecto externo, eran un alimento necesario e insustituible para criaturas útiles. No era cierto que los pájaros hubiesen desaparecido en Utopía, pero habían llegado a ser rarísimos; quedaban algunos pequeños pajarillos insectívoros, como el papamoscas, por ejemplo,

ese arlequín del aire.

Muchísimas plantas detestables por sí mismas eran fuentes de sustancias medicinales, que todavía resultaba costoso o complicado obtener por procedimientos sintéticos. Plantas y flores, de más sencilla transformación que las especies animales, habían evolucionado en Utopía mediante injertos y cuidados de cultivadores especializados. Los terrícolas habían encontrado un centenar de plantas que eran desconocidas en la Tierra. *Mr. Barnstaple* supo luego que algunas habían sido cultivadas para conseguir de ellas nuevas secreciones: cera, gomas, esencias, aceites, etc., de la mejor calidad.

Muchos animales feroces fueron sometidos a métodos de educación y domesticados; los más feroces carnívoros, peinados y lavados, reducidos a dieta láctea eran la delicia y el adorno de Utopía. La mayoría de los elefantes y las jirafas se habían salvado. El oso gris, alimentado ahora con dulces y verduras, había aumentado mucho en inteligencia. El perro había dejado de ladrar y era relativamente raro. Los de caza o carrera no se conocían; ni los pequeños animales de lujo. *Mr. Barnstaple* no vio caballos, pero como él era un tipo urbano muy moderno, no hizo mucho caso de esta falta ni preguntó por sus causas. El exterminio de las malas hierbas y el cultivo de los vegetales para adaptarlos a las necesidades de la humanidad le parecieron la más natural y necesaria fase de la historia humana.

«Después de todo —se dijo—, no podemos olvidar que el primer hombre tuvo por hogar un hermosísimo jardín...».

Los utópicos explicaron los principios eugenésicos nuevos y seguros métodos en la elección de padres y madres, de acuerdo con los adelantos hechos en los estudios sobre la herencia. Y como *Mr. Barnstaple* comparaba la firme y clara belleza de cara y miembros que todos los utópicos tenían, con los descuidados rasgos y proporción corporal de los terrícolas, se dio cuenta de que ya, con sus tres mil años de adelanto, aquellos utópicos estaban alcanzando la meta de la ambición humana de convertirse en superhombres, miembros de una raza humana extraordinaria.

Con las explicaciones de aquella tarde llegó a ser más evidente aún para *Mr. Barnstaple* que la diferencia física era nada si se la comparaba con las diferencias intelectuales que los separaban. El entendimiento de aquellos niños había crecido sin prejuicios, ocultaciones, ambigüedades e ignorancias imperdonables como el de los niños terrícolas. Sus ideas eran claras, francas y concretas. Nunca habían necesitado estar en una defensiva sospecha de sus profesores, en un resistirse a la enseñanza, natural cuando el adolescente adivina un agresor en su maestro. Eran deliciosamente inocentes en sus comunicaciones. Las ironías, insinceridades, vanidades y pretensiones de la conversación terrícola parecían desconocidas de ellos. *Mr. Barnstaple* encontró la desnudez mental de los niños utópicos tan dulce y refrescante como el aire delicioso de la montaña. Se sentía un ser inferior junto a ellos; asustado de los utópicos como un pobre patán en una fiesta de gran gala. Todos los terrícolas, excepto *Mr. Burleigh* y *Lady Stella*, eran impotentes para ocultar la defensiva ojeriza de quienes se saben inferiores a las criaturas con las que se relacionan.

Como el padre Amerton, el chófer de *Mr. Burleigh* estaba sorprendido y turbado por la desnudez de los utópicos; sus sentimientos se le escapaban por muecas y comentarios muy graciosos, dirigidos en su mayoría a *Mr. Barnstaple*, al que, como propietario de un automóvil, consideraba como un compañero. Quería llamar la atención de *Mr. Barnstaple* hacia algo que consideraba notable haciéndole señas con aparatosos movimientos de cejas. Su manera de señalar con la boca y la nariz, en otras circunstancias, habría divertido mucho a *Mr. Barnstaple*. *Lady Stella*, que al principio resultaba demasiado moderna, ahora parecía excesivamente modesta y femenina. Sólo *Mr. Burleigh* conservaba cierta sublimidad aristocrática; había sido un gran hombre en la Tierra durante toda su vida y era evidente para él que no había ninguna razón por la que no pudiera ser aceptado como un gran hombre en Utopía. Su capacidad de comprensión, libre de todo prejuicio, le permitía comprender y justificar todas las instituciones de un Estado como Utopía.

Estaba atardeciendo. El cielo resplandecía en la puesta del sol y las nubes altísimas sobre el lago pasaban paulatinamente desde el

grana de los más bellos claveles al púrpura más acentuado. *Mr. Catskill* llamó la atención de *Mr. Barnstaple*. Estaba inquieto en su asiento.

—Tengo algo que decir.

De un salto se plantó en el centro del semicírculo donde *Mr. Burleigh* había hablado antes.

—*Mr. Serpentine*, *Mr. Burleigh*. Hay algunas cosas que me gustaría decir, si ustedes me dan una oportunidad para decirlas.

4

Se quitó el sombrero gris y lo dejó en su asiento; regresó al centro de la sala, apoyó las manos en las caderas, adelantó la cabeza, observó a su auditorio un momento con expresión de astucia, musitó algo inaudible y empezó.

Su *introito* no fue simpático. Había un impedimento en su discurso, un balbuceo que hacía sonar su voz en tono gutural. Sus primeros párrafos hacían el efecto de ser originados por un esfuerzo irregular. Después llegó a ser evidente para *Mr. Barnstaple* que *Mr. Catskill*, a pesar de sus dificultades iniciales, estaba expresando un punto de vista bien definido, una razonada y clarísima visión de Utopía. A él le desagradaba aquella crítica, le disgustaba la violencia, pero reconocía que su actitud era comprensible.

Mr. Catskill empezó con un canto a la belleza y al orden de Utopía. Alabó la buena salud que veía en todas las mejillas, la riqueza, la tranquilidad y el confort de la vida utópica. Tenían amansadas las fuerzas de la Naturaleza y las habían sometido al único fin del bienestar material de la raza.

—El primer efecto, *Mr. Locutor* —quería decir *Mr. Serpentine*—, sobre una mente terrícola es abrumador. Es maravillosa —esto lo dijo mirando a *Mr. Burleigh* y a *Mr. Barnstaple*— la admiración que todo esto ha despertado en algunos de nosotros. Es más maravilloso aún que vuestras mágicas bellezas nos hayan hecho olvidar de las muchas que hay en nuestra propia Naturaleza. Yo también, *Mr. Serpentine*, sucumbí a esta magia al principio, pero ya empiezo a

llenarme de dudas...

Su pensamiento se había apoderado de los hechos de cada fase de la limpieza y depuración de Utopía de insectos, parásitos y enfermedades; ignoraba las deliberaciones y precauciones que habían acompañado paso a paso al proceso de formación de este mundo. Resumió las pérdidas acarreadas por cada ganancia; fue exagerando aquellas pérdidas y recurrió a metáforas inevitables en un parlamentario inglés. Los utópicos, confesó, gozaban de una vida cómoda y segura. Admitió también que la vida en la Tierra era insegura, llena de penas y ansiedades, de miserias, angustias y congojas, pero por contraste llena de entusiasmo, de esperanzas, de sorpresas agradables, de cosas logradas; la organizada vida de Utopía carecía de estas posibilidades.

—Ustedes han conseguido liberarse del conflicto y de la angustia, pero también han llegado a la liberación de la alegría de vivir.

Acometió luego un elogio de la existencia terrícola. Exaltó la fuerza vital que imperaba sobre la Tierra, como si no hubiera signos de vitalidad en el esplendor que le rodeaba. Habló del tráfico incesante en nuestras populosas ciudades, del comercio y de la industria del trabajo y de la guerra. Tenía la habilidad de salpicar sus discursos con toques imaginativos, en los que se cimentaba la fama de su elocuencia. A *Mr.* Barnstaple le resultaban muy desagradables el tono y el timbre de la voz. *Mr.* Catskill admitía todos los peligros y daños que *Mr.* Burleigh había relatado de la Tierra. Todo lo que él había dicho era cierto. Conocíamos el hambre y la peste; estábamos afligidos por miles de penas que en Utopía sólo se conocían a través de los relatos de antiquísimas tradiciones; las ratas horadaban nuestras paredes y las moscas en el verano nos perseguían enloquecidas. Algunas veces la vida humana hiede...

—Nosotros sufrimos las más amargas experiencias de la miseria, la ansiedad y la angustia del alma y del cuerpo; conocemos las amarguras, el terror y la desesperación. Es cierto. Pero, ¿no llegamos más alto? Yo os desafío con esto; ¿qué saben ustedes en esta inmensa seguridad vuestra de la intensidad y la lucha de nuestros esfuerzos?; ¿qué pueden ustedes saber de la emoción de los indultos o las evasiones?; ¿qué de la dulzura de unos días de convalecencia?; ¿qué de disfrutar unas vacaciones lejos de todas las

cosas desagradables que de ordinario nos rodean?; ¿qué de tener algún grave riesgo en el cuerpo o la fortuna y arreglarlo favorablemente?; ¿qué de salir de una prisión tras una larga condena...? Y, señores, se ha dicho que hay en nuestro mundo quien encuentra una fuente de dulzura en sus propias penas. Porque nuestra vida es amarga, sí, pero tiene momentos infinitamente más brillantes y luminosos que los vuestros. Preguntad si queremos acabar con nuestros desórdenes, nuestras miserias y nuestras angustias, con las enfermedades y la muerte, y cada hombre y cada mujer os contestará que sí.

Mr. Catskill extendió sus manos abiertas como si quisiera atrapar en un puñado a todo su auditorio.

—Después empezaríamos a meditar sobre el caso. Preguntaríamos, como ustedes dicen que preguntaban los naturalistas sobre las moscas y los insectos: ¿qué nos va en ello?; ¿cuál es el precio? Y cuando supiéramos que el precio era abandonar la intensidad de la lucha por la vida, dejar de ser como ratas y como lobos en perpetua persecución, estoy seguro de que vacilaríamos. Y al final, señores, estoy seguro de que gritaríamos: ¡No! ¡No!

Estaba en un estado de gran excitación cerebral. Hacía gestos extraños con los puños cerrados. Su voz subía, bajaba y tronaba; con la mirada pedía la aprobación de los terrícolas y lanzaba vanidosas sonrisas a *Mr. Burleigh*.

—Esta idea del contraste de nuestro mundo con vuestra acabada y perfecta Utopía ha tomado forma definitiva en mi pensamiento. Nunca antes de ahora me había dado yo cuenta del alto, terrible y aventurado destino de nuestra raza terrícola. Miro esta casi divina perfección de vuestra patria sin conflictos...

Mr. Barnstaple advirtió una débil sonrisa en la cara de la mujer que le había recordado a la *Sibila de Delfos*.

—... y admito y admiro este orden y esta belleza junto a las que nosotros no somos sino polvorientos peregrinos agobiados por la angustia de inexplicables dudas. Y como peregrino que soy pido licencia, señores, para ahondar en vuestra sabiduría y en vuestro modo de vivir. Para mí es cosa probada que la vida, y toda su energía y belleza, está engendrada por las luchas, competencias y conflictos; estamos modelados y forjados en la lucha, y tal como

somos nosotros fuisteis aquí algún día. Vuestro Estado económico, según advierto, es una especie de socialismo; ha desaparecido la disputa en todos los asuntos; el Estado político es una unidad universal; se ha eliminado la espantosa experiencia de la guerra; todas las cosas están ordenadas y previstas; todo está seguro, señores, menos una cosa... Siento intranquilizaros, pero no tengo más remedio que utilizar una palabra para calificar este estado de vida: degeneración. ¿Qué pecado será mayor que la indolencia?; ¿qué recompensa encuentran aquí la energía y el esfuerzo excepcionales?; ¿qué hay establecido en defensa de los hombres laboriosos?; ¿qué vigilancia para evitar el daño o la injuria a la comunidad? Durante algún tiempo, por una especie de inercia, ustedes pueden seguir avanzando y creer que lo conseguido es un gran éxito. Me explico que imaginen que están alcanzando enormes triunfos. ¡Gloria otoñal! ¡Esplendorosa puesta de sol! Mientras, a vuestro alrededor, en universos paralelos a éste, razas parecidas todavía afanan, sufren, luchan, eliminan a sus enemigos y crean fuerza y energía.

Mr. Catskill agitaba sus manos en el aire, gozoso de su triunfo retórico.

—Yo quisiera llevar a vuestro ánimo que estas críticas a Utopía no nacen de un espíritu de hostilidad. Al contrario, el espíritu que las anima es amistoso. Yo hago mi indagatoria y planteo mis desagradables problemas porque es mi deber. ¿Es realmente sabio el camino elegido por esta raza? Tenéis la paz y la luz y el ocio... Concedido. Pero ante toda esa multitud de universos de los que nos ha hablado *Mr. Serpentine* tan luminosamente, y la posibilidad de que uno pueda de modo repentino irrumpir en otro, como el nuestro ha hecho en éste, yo quiero que meditéis seriamente hasta qué punto está segura esa paz, esa luz y ese ocio. Nuestra voz es aquí la voz de uno de esos innumerables mundos. Por eso, señores, en esta gran calma dorada, yo puedo oír el paso de hambrientas miríadas de hombres, tan bravos y rabiosos como ratas y como lobos; las voces de cien razas habituadas a todas las penas y a todas las crueldades; la amenaza de terribles heroísmos y despiadadas agresiones...

El discurso acabó de manera brusca. Sonrió el orador, y le pareció a *Mr. Barnstaple* que había alcanzado un triunfo sobre

Utopía. Quedó con las manos en las caderas y luego se inclinó muy ceremonioso.

—Señor —dijo con la mirada puesta en *Mr. Burleigh*—, he terminado.

Se volvió a *Mr. Barnstaple* y le hizo un guiño. Saludó con una inclinación de cabeza y regresó a su sitio.

5

Urthred contestó a *Mr. Catskill* apenas éste se había sentado. Hablaba con el codo en las rodillas y el mentón apoyado en la mano, meditando visiblemente cada palabra:

—La fuerza destructora de la rata, la caza insaciable del lobo, la agotadora persistencia de la avispa, de la mosca y de los gérmenes infecciosos han desaparecido de nuestro mundo. Esto es cierto. Hemos destruido a muchas de las fuerzas enemigas de la vida; y no perdimos nada con ello. Penas, suciedad e indignidad han acabado o están acabando. Pero no es cierto que la noble emulación haya terminado en nuestro mundo. ¿Por qué lo dice? Todos aquí trabajamos al máximo... como servicio y como honor. Nadie puede engañar a los demás y quedarse fuera de las faenas y deberes comunes, como hacían los hombres de la Edad de la Confusión, cuando el malvado y el logrero vivían a costa del atolondrado y del generoso. ¿Por qué dice que degeneramos? Los indolentes, los seres inferiores no procrean aquí. ¿Y por qué nos amenaza con imaginarias irrupciones de otros mundos más fieros y más bárbaros? Somos nosotros los que podemos abrir las puertas de otros universos y entrar en ellos si queremos. Somos nosotros los que sabemos hacerlo. Podemos ir a ellos, pero ellos no pueden venir aquí. No hay ningún camino sino la Ciencia para encontrar la puerta de la jaula donde los mundos viven como pájaros prisioneros... Los terrícolas están sólo en el principio de la Ciencia. Están todavía en una fase de temores y de respetos extraños que también tuvo su lugar en la historia de la evolución de Utopía, durante la Edad de la Confusión. El pensamiento de los terrícolas

está lleno de temores y de prohibiciones, y aunque ya esté naciendo en ellos la idea de que pueden dominar todas las fuerzas de la Naturaleza, les parece todavía demasiado terrible para ponerla en práctica y se desvían de ella horrorizados. Necesitan todavía creer, como sus padres creyeron, que el Universo es quien los dirige y que ellos no pueden dirigir al Universo. Prefieren dejarlo todo en manos de Dios... o esperar los resultados de la evolución natural. Necesitan encontrar un poder superior al propio, para culparle y en quien disculparse del incumplimiento del deber. En cambio, Utopía dice: no sueltes las cosas jamás cuando las tengas en tu mano. Pero los terrícolas carecen todavía del hábito de mirar a la realidad... desnuda. Este hombre de la cinta blanca al cuello está asustado de mirar a nuestros hombres y mujeres, repugnantemente excitado por la visión del cuerpo humano. Este otro del monóculo en el ojo izquierdo lucha por creer que hay una sabia y vieja Madre Naturaleza detrás de las apariencias de las cosas, conservando el Equilibrio. Resulta fantástico oír hablar del equilibrio de la Naturaleza. A pesar de tener dos ojos y un lente, ve poco y mal. Este último hombre que ha hablado tan impresionantemente piensa que esa vieja bruja Naturaleza es una inagotable fuente de poder y de energía, que debemos resignarnos a su capricho y a su crueldad, y que la imitamos cuando acometemos, matamos, robamos y violamos... Confunde el viejo fatalismo con las enseñanzas de la Ciencia.

Los terrícolas no se atreven todavía a investigar qué cosa es nuestra Madre Naturaleza; pesa mucho sobre el cerebro humano el deseo de abandonarse a ella; no quieren ver que carece de voluntad y es ciega. Ella es horrible... nos hace por accidente... todos sus hijos son bastardos... indeseados; ella los acariciará o los abandonará, mimará o matará, sin ninguna razón; nos levantará al poder y a la inteligencia, o nos degradará a la mezquina debilidad del conejo o la inmundicia de los parásitos. Claro que es la autora de todo lo bueno que hay en nosotros, pero también lo es de todo lo malo. ¿No veis, terrícolas, la crueldad y la indignidad de muchas de sus obras? También en nuestro planeta la mitad o más de los seres vivos eran feos y detestables, sandios o miserables, enfermos y mal adaptados, cuando cogimos a la vieja bruja Naturaleza de la mano. Hemos luchado durante siglos con sus más sucias fantasías, y la

hemos lavado, peinado y enseñado a acatar y a atender a la última de sus criaturas: el Hombre. El hombre en nuestro universo dejó de temerla y empezó a dominarla. Ahora los utópicos no somos pobres hijos de la Naturaleza golpeados y muertos de hambre, sino sus hijos libres y poderosos. Hemos tomado posesión del Estado de la Vieja Señora. Cada día aprendemos un poco más en nuestra función de dominar este pequeño planeta. Cada día nuestros pensamientos van más seguros hacia nuestro afán de alcanzar las estrellas... y llegar al abismo infinito, más allá y más acá de todos los planetas y todos los soles...

—¿Es que habéis llegado a las estrellas? —preguntó *Mr. Barnstaple*.

—Todavía no. Ni a los planetas siquiera. Pero está cerca el tiempo en que esas enormes distancias dejen de ser un obstáculo...

Hubo una pausa.

—Muchos de nosotros tendremos que hundirnos en el espacio... y, probablemente, no volveremos más... Y en los caminos infinitos del cielo miles de hombres valerosos...

Se volvió a *Mr. Catskill*, como dirigiéndose a él.

—Encontramos sus ideas muy interesantes. Ustedes nos ayudan a entender el pasado de nuestro mundo. Hay parecidos pensamientos en nuestra literatura de hace dos o tres mil años. Estáis sobrecargados de energía y, por lo tanto, es natural que os domine la sensación del riesgo y de la fuga y que creáis que el mejor empleo de la vida es la lucha, el conflicto y la ganancia. También en la confusión económica de un mundo como el vuestro hay quien se evade de contribuir a la realización de los afanes comunes, alegando excepciones por razón de nobleza, bizarría o buena fortuna. Usted vive en un mundo de clases. Tomáis lo mejor de cada cosa sin escrúpulos, principalmente a expensas de otras personas mal preparadas moralmente para entender que hay otros caminos posibles en la vida humana para hacerla inmutable y disciplinada y hacernos vigorosos y felices. Usted ha argumentado contra nuestra manera de vivir, como si fuéramos personales enemigos. Es que nuestra concepción de la vida y de la sociedad representa una terrible acusación para vuestras aventuras terrícolas. Usted arguye que este mundo no es romántico, que está falto de intensidad afectiva, decadente, feble. Pero está seguro de que física

y moralmente somos más fuertes que vosotros, y se resiste a confesarlo amurallado en su amor propio. Sólo uno de ustedes acepta nuestro mundo como es, y lo hará así más porque esté aburrido de la Tierra que porque le guste y entienda a Utopía. Vuestra inteligencia está en la Edad de la Confusión, mal acostumbrada a conflictos, a la inseguridad y al misterio. Hay cosas que sólo pueden ser olvidadas tras un proceso de tres mil años de lenta evolución.

»Ahora no sabemos qué hacer con vosotros. Pero estamos dispuestos a trataros amistosamente siempre que prometáis respetar nuestras normas de conducta. Sé que resultará difícil. Este grupo se ha comportado bastante razonablemente de hecho, aunque se haya mostrado rebelde de pensamiento. Pero es que hemos tenido hoy otra experiencia más trágica de la conducta terrícola. Sus ideas de bárbaros mundos irrumpiendo sobre nosotros ha tenido hoy un grotesco remedo en la realidad de nuestra vida. Es cierto: hay algo de salvaje y peligroso en los hombres de la Tierra. No sois los únicos terrícolas venidos a Utopía a través de la puerta que se abrió violentamente con nuestro experimento... Hay otros...

—¡Por supuesto! —dijo *Mr. Barnstaple*—. ¡Debí adivinarlo! ¡Un tercer lote!

—También venían en una de esas estrafalarias máquinas...

—¡El coche gris! —dijo *Mr. Barnstaple* a *Mr. Burleigh*—. Iba a unas cien yardas delante de usted.

—Nos adelantó en Hounslow —dijo el conductor de *Mr. Burleigh*.

El político se volvió a *Mr. Freddy Mush*.

—Creo que usted dijo que había reconocido a alguien.

—A Lord Barralonga, señor, casi con seguridad, y creo que a *Miss Greeta Grey*.

—Iban otros dos hombres —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Nos complicarán las cosas —dijo *Mr. Burleigh*.

—Ya las han complicado —dijo *Urthred*—. Han matado a un hombre.

—¿Un utópico?

—Sí. Esas personas (hay cinco) entraron en Utopía exactamente cuando vuestros vehículos. En vez de detenerse, como hicieron ustedes, al encontrarse en una carretera extraña, siguieron

marchando, y al pasar junto a nuestros hombres y mujeres les hacían extraños gestos y abominables ruidos producidos por un instrumento especialmente diseñado para tal menester. Un joven llamado Gold salió a la carretera a preguntarles qué les ocurría. La máquina terrícola es incapaz de parar con rapidez, por no estar movida por un solo sistema motriz, fácilmente controlable, sino por un complicado mecanismo interior; tiene un engranaje dentado en el eje de las ruedas posteriores; aparentemente, el artefacto es susceptible de ser dirigido aunque vaya a prudente velocidad y en algunas ocasiones hace un ruido especial para prevenir a la gente de que van a pasar junto a ellos. Cuando este joven apareció en la carretera la máquina no pudo detenerse. Tal vez esos hombres no lo intentaran siquiera. Es lo cierto que le atropellaron...

—¿Y le mataron?

—Murió instantáneamente. Su cuerpo está destrozado... Pero no se detuvieron por esto, sino un instante. Bajaron del vehículo, tuvieron una acalorada consulta y después, viendo que nuestra gente iba hacia ellos, montaron de nuevo y escaparon. Parecían asustados, temerosos de algún castigo. Para nosotros, los motivos de su huida son muy difíciles de entender. Corrieron sin rumbo fijo por nuestros campos durante horas. Un avión vuela en este momento sobre ellos y otro va delante despejando la carretera, cosa que resulta muy difícil porque nadie de este mundo, ni siquiera los animales, entiende tales vehículos ni semejante comportamiento. Por la tarde consiguieron internarse en las montañas y al parecer les resultaron nuestras carreteras demasiado lisas y difíciles para sus ruedas, porque la máquina caminaba con evidente esfuerzo desprendiendo un vapor azul con un olor muy desagradable. En una curva, el vehículo patinó y se despistó, cayendo en un torrente tan profundo como dos veces la altura de un hombre.

—¿Y han muerto? —preguntó *Mr. Burleigh*.

—Ni uno.

—¡Oh! —dijo *Mr. Burleigh*—. ¿Qué ocurrió entonces?

—Uno de ellos se ha roto un brazo y otro tiene magullada la cara. Dos hombres y la mujer están sin daño, excepto el susto y el golpe. Cuando nuestra gente llegó a socorrerles los cuatro hombres pusieron las manos sobre la cabeza. Por lo visto, temían que les matasen en el acto y hacían aquel gesto como implorando

clemencia.

—¿Qué harán ustedes con ellos?

—Vamos a traerlos aquí. Es mejor que podamos entendernos con todos los terrícolas a la vez. Hasta ahora no tenemos ni idea de lo que podremos hacer con ustedes. Necesitamos aprender y queremos ser amigos, si es posible. Alguien ha sugerido que os devolvamos a vuestro mundo, y eso sería lo mejor que podríamos hacer. Pero todavía nuestros hombres de ciencia no están en condiciones de hacerlo. Arden y Greenlake, cuando hicieron el experimento, creían que ellos encontrarían el espacio vacío en la dimensión F. El hecho de que ustedes estuvieran allí y aparecieran en nuestro universo es la cosa más inesperada que ha ocurrido en Utopía en un millar de años.

CAPÍTULO VII

LORD BARRALONGA SE INCORPORA A LA REUNIÓN

1

La conferencia se suspendió con esta noticia, pero Lord Barralonga y sus acompañantes no llegaron al Parque de la Conferencia hasta muy tarde. Nadie hizo esfuerzos en Utopía para restringir o controlar los movimientos de los terrícolas. *Mr.* Burleigh paseó hasta el lago con *Lady* Stella y el filósofo llamado Lion, preguntando y contestando sobre mutuas dudas. El chófer de *Mr.* Burleigh anduvo vagando desconsolado. *Mr.* Rupert Catskill paseó del brazo de *Mr.* Mush como si le diera instrucciones. *Mr.* Barnstaple necesitaba pasear solo para reflexionar sobre los sucesos asombrosos de aquella tarde y acostumbrarse a la maravilla de aquel mundo tan hermoso; más hermoso aun en el crepúsculo, con los árboles sin formas definidas y las líneas de los edificios evaporándose como en una niebla con la luz crepuscular.

La terrena condición de sus compañeros poniendo con su conducta en peligro el pacífico contacto con este mundo le desconsolaba; solo, tal vez hubiera sido él aceptado de otro modo. Aunque no era en Utopía más que un extraño, un intruso, una nota discordante, él la amaba ya apasionadamente y soñaba con ser admitido allí para siempre. Tenía un vago sentimiento de que si él pudiera escapar de sus compañeros, si de alguna manera pudiera quitarse las vestiduras terrenas y desprenderse de todo lo que le señalaba como un terrícola, podría llegar a ser un miembro de Utopía y entonces la angustia de su desamparo desaparecería. Estaba preparado para adaptarse repentinamente a la vida utópica. Sin embargo, durante algún tiempo, la necesidad del padre Amerton de tener cerca alguien que le oyese impidió semejante desprendimiento de las cosas y las ideas terrenas. El sacerdote,

pegado a *Mr. Barnstaple*, mantenía un torrente de cuestiones y comentarios que hacían de aquel mundo una especie de exposición que los dos estuviesen visitando y criticando. Al padre Amerton le preocupaba mucho la amenaza de su expulsión...

—¿Cómo podrían expulsarme a mí...? ¿Cómo me harían ese examen médico...?

—Le ruego me perdone —dijo *Mr. Barnstaple*; cada vez que *Mr. Amerton* empezaba la frase, *Mr. Barnstaple* le decía lo mismo: «Le ruego me perdone».

Quería darle a entender que le estaba interrumpiendo sus meditaciones. Pero siempre que *Mr. Barnstaple* pedía perdón, el clérigo le aconsejaba:

—Usted debería consultar con un buen médico sobre el estado de su oído.

Y seguía con su tema:

—¿Cómo me van a examinar...?

—¡Oh...! Psicoanálisis o algo semejante.

—A esto no hay derecho. Pero sea como fuere ese examen: si me preguntan, si me sugestionan, si me torturan, no me rendiré... Tendrán que soportarme.

—Desde luego, estoy seguro de que les va a resultar muy difícil librarse de usted.

La voz de *Mr. Barnstaple* era triste y tenía un tono evidente de resignación. Charlaron durante algún tiempo, embriagados con la deliciosa fragancia que les llegaba de los arbustos en flor. De vez en cuando *Mr. Barnstaple* intentaba aumentar la distancia entre él y el padre Amerton, pero automáticamente el sacerdote, que estaba siempre sobre aviso, daba un salto y restablecía el equilibrio.

—Promiscuidad... —dijo el padre—. ¿Qué otra palabra podría usted emplear?

—De verdad... Le ruego que me perdone...

—¿Qué otra palabra puede sustituir a «promiscuidad»? ¿Qué puede uno esperar de gente que anda por el mundo con semejante escasez de ropa, sino que su moral sea la misma que la de una jaula de monos? ¡Han admitido que la institución matrimonial les es desconocida!

—Es un mundo distinto —dijo *Mr. Barnstaple*, irritado—. Completamente distinto.

—La moral es una ley única para todos los mundos.

—Pero... ¿y si hubiese un mundo donde la gente se propagase por arrancamiento de trozos, como algunos árboles, por ejemplo, y no hubiese la necesidad de los dos sexos reproductores?

—Estaría simplificada, pero habría moral.

Mr. Barnstaple empezó a pedir perdón otra vez

—Estaba diciendo que éste es un mundo perdido —dijo el padre.

—Yo no lo veo perdido —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Ha olvidado la Salvación.

Mr. Barnstaple se metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar la barcarola de *Los cuentos de Hoffman* muy suavemente. ¿Podría el padre Amerton dejarle alguna vez? ¿Podría hacer algo sin que el padre Amerton estuviese a su lado? En los parques de Londres solía haber unas cestas de alambre destinadas a recibir desperdicios, papeles sucios y puntas de cigarros... ¡Si él pudiera voltear de improviso al padre Amerton dentro de un cacharro parecido!

—La Salvación les ha sido ofrecida —siguió el padre— y ellos la han rechazado. Por eso es por lo que hemos sido enviados aquí: para recordar a este mundo algo que tiene olvidado. Nuestra misión es la del

Mesías en el desierto. Tenemos una gloriosa función ; _e cumplir. Hemos sido enviados a este mundo de materialismo y sensualidad...

—¡Oh, señor...! Le ruego que me perdone... —Y guió la barcarola.

—¿Dónde está la Estrella Polar? ¿Qué le ha ocurrido a la Osa Mayor?

Mr. Barnstaple miró hacia arriba dispuesto a encontrarse con extrañas constelaciones, pero, tal como la vida y el tamaño del planeta Utopía, los astros en el cielo seguían un camino paralelo al de la Tierra y la bóveda estrellada ofrecía a los terrícolas figuras familiares. Y así como en el mundo utópico algo dejaba de ser exactamente paralelo a la Tierra, así las constelaciones parecían estar un poco desencajadas. Orión parecía más ancho y con una gran nebulosa desconocida en un extremo; la Osa Mayor estaba achatada y sus mulas parecían caminar hacia un gran vacío en el espacio...

—La Estrella Polar ha desaparecido... ¡Esto es simbólico! —dijo

el padre Amerton.

Lo de menos era decir que aquello era simbólico. Es que *Mr. Barnstaple* se dio cuenta de que una tempestad de elocuencia estaba a punto de estallar en el padre Amerton. Aunque hubiese que tomar determinaciones heroicas, había que evitar aquella tormenta.

2

En la Tierra *Mr. Barnstaple* había sido una víctima pasiva de aburridos de todas las especies. Pero el aire libre de Utopía había refrescado su cabeza y le había hecho capaz de una serie de iniciativas que su excesiva paciencia para con los demás le había tenido restringidas hasta ahora. Ya había soportado bastante al padre Amerton; había que escapar de él como fuese, y se le había ocurrido un medio.

—Padre Amerton —dijo—. Tengo que hacerle una confidencia.

—¡Ah! —exclamó el sacerdote—. ¿Qué es ello...?

—He estado hablando conmigo mismo de una idea que me tortura. Estoy firmemente decidido a asesinarle a usted.

—Si he dicho algo que le moleste...

—No me ha molestado. Es que usted no me deja atender a las cosas maravillosas que nos rodean. Cuando yo digo que no hay Estrella Polar aquí y usted dice que eso es simbólico, yo ya sé por dónde usted va, antes de que me lo explique. Usted es uno de esos espíritus obstinados que creen, a despecho de toda evidencia, que los eternos montes son para toda la vida eternos y que las estrellas fijas son fijas para la eternidad. Es preciso que comprenda que me es imposible simpatizar con todas sus ideas. Nosotros hemos venido a un glorioso mundo que es, comparado con el nuestro, como un arco de cristal fino junto a un pobre papel de estaño... y tiene usted la imprudencia de decir que hemos sido enviados para enseñarles a conocer a Dios...

—A hacerles conocer a Dios —dijo el padre Amerton retrocediendo, aunque rehaciéndose en seguida.

—¡Oh! —exclamó *Mr. Barnstaple* y estuvo un rato sin hablar.

—Escúcheme, amigo mío —dijo el padre, cogiéndole de la manga.

—¡No, por mi vida...! ¡Mire...! Mire allá abajo en la playa del lago; aquellas figuras son *Mr. Burleigh*, *Mr. Mush* y *Lady Stella*. Ellos le trajeron aquí, pertenecen a su reunión y usted pertenece a la suya. Si no hubieran necesitado su compañía no le habrían traído en su automóvil. Váyase con ellos... No quiero que esté usted conmigo... Le detesto. Ése es su camino. Éste, tras aquel pequeño edificio, será el mío. No me acompañe... o pondré manos en usted y tendrán que venir los utópicos a arrancármelo de las uñas... Perdone mi franqueza, *Mr. Amerton*. Pero aléjese de mí...

Mr. Barnstaple se volvió y, viendo que el padre *Amerton* dudaba todavía en la elección de su camino, dio una carrera y se escapó. Huyó a lo largo de un callejón, por detrás de unos setos, torció a la derecha y después a la izquierda, pasó por un puente que cruzaba sobre una cascada que le arrojó a la cara un fresco rocío, se desconcertó al tropezar con una pareja de amantes que murmuraban en voz baja en 'la oscuridad, corrió en zig-zag

por el césped tachonado de flores y finalmente subió casi sin aliento una escalera que conducía a una terraza que miraba hacia el lago y las montañas y aparecía en la penumbra adornada con figuras de animales y hombres talladas en piedra.

—¡Oh, amigas estrellas...! ¡Al fin estoy solo...!

Se sentó en los escalones un rato, con la vista en el paisaje que le rodeaba, saturándose de realidad, sin ningún terrícola que turbase su paz. Él y Utopía estaban cara a cara.

3

No podía llamar a este mundo el mundo de sus sueños, porque nunca se había atrevido a soñar algo tan exactamente hecho a la medida de los deseos y esperanzas de su corazón. Pero, desde luego, este mundo era, o estaba muy cerca de serlo, el que estaba latente bajo los pensamientos y los sueños de miles de hombres y mujeres

desterrados en la Tierra. No era ningún mundo de paz inútil o dorada decadencia, como *Mr. Catskill* quería imaginarlo; era un mundo intensamente militante, conquistador, soberano de la fuerza y la materia, dueño de los espacios y de los misterios de la vida y de la muerte. En el pasado de Utopía, oscurecido por la superficial explotación de políticos como *Burleigh* y *Catskill* y la lucha de obreros y empresarios tan malos como sus colegas terrícolas, el trabajo de los pensadores y maestros había culminado en las fundaciones que sostenían esta serena e intensa actividad. Como estos precursores no encontraron jamás sino una total falta de comprensión en el mundo, sus vidas fueron amargas. Aun con el odio, el estruendo y la angustia de los Días de la Confusión podían haber sido vislumbradas las posibilidades de la Vida. Sobre los más bajos fondos, las puestas de sol hablaban a la imaginación de los hombres, y desde las montañas, a través de los grandes valles, los riscos y las colinas, y por el incierto y terrible esplendor del mar, los hombres debían haber adivinado la magnificencia de su propio Ser. Los pétalos de las flores, la vitalidad de la juventud, la feliz inspiración del pensamiento humano reflejándose en las obras de arte: todo debía haber sido razón para la esperanza, incentivo para el esfuerzo. Y al final... ¡este mundo! *Mr. Barnstaple* levantó sus manos, como si rezara a las estrellas.

—Yo lo he visto —murmuró—. Yo lo he visto.

Pequeñas luces aparecían aquí y allá sobre el gran parque, bajando hacia el lago. Un aeroplano, como una estrella más, evolucionaba a poca altura. Una joven pasó junto a él y se le quedó mirando.

—¿Es usted uno de los terrícolas? —preguntó mientras un rayo de suave luz, que tenía su origen en su brazalete, iluminaba la cara de *Mr. Barnstaple*.

—Hoy vine —dijo él.

—Usted es el hombre que llegó solo, en una pequeña máquina de latón, con bolsas de caucho llenas de aire en las ruedas, muy mohosa por debajo y pintada de amarillo. He estado curioseándola.

—No es un mal automóvil.

—Al principio creí que el sacerdote venía con usted.

—No. No es amigo mío.

—Hubo sacerdotes semejantes en Utopía hace muchísimo

tiempo.

—Él pertenece a otro grupo. Aunque para llevarle consigo en un fin de semana, como proyectaban sus amigos, no lo creo compañía muy agradable.

Ella se sentó junto a él.

—Es maravilloso que usted esté aquí, fuera de su mundo. ¿No es una maravilla? Yo supongo que muchas cosas que me parezcan vulgaridades porque he nacido entre ellas le resultarán prodigios.

—Usted es muy joven.

—Tengo once años. Estoy estudiando la historia de...i Edad de la Confusión, y en ella se dice que su mundo está todavía en una edad parecida. Yo estaba vigilando su cara en la Conferencia y comprendí que usted ama nuestro mundo... Por lo menos lo ama más que sus compañeros.

—Yo quisiera vivir aquí todo el resto de mi vida. Pero... ¿es eso posible?

—¿Por qué no iba a ser posible? Sería más fácil que regresar a la Tierra.

—Yo estaría aquí veinte o treinta años a lo máximo y aprendería todas las cosas que estoy deseando aprender desde mi adolescencia.

—Pero ¿no tiene usted trabajo a propósito en su mundo?

Mr. Barnstaple no quiso contestar a esto. Hizo como si no lo hubiera oído. Fue la joven quien rompió el silencio.

—Dicen que cuando los utópicos estábamos sin civilizar, antes que nuestros pensamientos y caracteres estuviesen totalmente maduros, éramos muy semejantes a los hombres y mujeres terrícolas de la Edad de la Confusión. Éramos egoístas; la Vida nos era todavía tan desconocida que nos sentíamos aventureros y románticos. Yo creo que soy todavía egoísta... y aventurera y romántica. Me parece que, a despecho de muchas cosas terribles, habría otras amables en ese pasado... tan semejante a vuestro presente. ¿Qué puede compararse en grandiosidad a un general entrando victorioso en una ciudad conquistada?, ¿o la coronación de un príncipe?; ¿o a un hombre rico capaz de asombrar a la gente con gestos de poder y de bondad?; ¿o a un mártir conducido a la muerte por alguna causa genial mal entendida de las muchedumbres...?

—Esas cosas son más bellas en las historias que en la realidad.

¿Oyó usted a *Mr. Catskill*, el último terrícola que habló?

—Es un romántico.

—Ha vivido demasiado románticamente. Ha peleado en la guerra; ha estado prisionero y ha escapado milagrosamente de la prisión; sus imaginaciones le han llevado a matar a miles de personas en esa guerra. Y ahora veremos otras aventuras románticas del mismo estilo, de ese Lord Barralonga; es muy rico y querrá asombrarnos con su riqueza... tal como usted ha soñado siempre...

—Pero ¿es posible que no estén suficientemente asombrados de lo que aquí están viendo?

—La leyenda no es la realidad —dijo *Mr. Barnstaple*—. Este hombre forma parte de una muchedumbre de potentados corrompidos, que son un fastidio para ellos mismos y una molestia intolerable para el resto del mundo. Barralonga era un ayudante de fotógrafo y un poco actor, cuando apareció en la Tierra una invención llamada «cinematógrafo». Llegó a ser un gran especulador del nuevo negocio, y unas veces por accidente y otras por poco escrúpulo, estafó a varios inventores. Después organizó una empresa de navegación, y descubrió el sistema de transportar carne congelada a grandes distancias, con lo que hizo de ella un alimento costoso para mucha gente e imposible para bastantes bolsillos; se enriqueció hasta la exageración, porque en nuestro mundo es más fácil enriquecerse acaparando que movilizand o riquezas. Cuando fue bastante rico, algunos de nuestros políticos, a los que había hecho inconfesables servicios, lo ennoblecieron dándole el título de *Loi d.* ¿Comprende usted todo lo que le estoy diciendo? ¿Era su Edad de la Confusión semejante a la nuestra? No es posible que se haya conocido nada tan feo en ningún rincón del universo infinito. Perdóneme si la he desilusionado en sus románticas esperanzas, pero es que yo vengo de allí, de soportar el polvo, el desorden y los ruidos de la indisciplina, crueldades y angustias... Si mi mundo le atrae, tal vez haya todavía ocasión de correr aventuras... ¡Y qué aventuras...! ¿Quién sabe lo que puede ocurrir todavía entre nuestros dos mundos? Pero a usted no le puede gustar aquello; es demasiado sucio, está demasiado enfermo...

Hubo un largo silencio mientras ambos meditaban sobre sus propios pensamientos. A poco habló él otra vez.

—Voy a decirle qué estaba yo pensando cuando usted llegó.

—¿Sí?

—Sí. Su mundo es la realización de un millón de antiguos sueños míos. ¡Es maravilloso...! Pero es una pena que dos de mis más queridos amigos no puedan estar también aquí para ver lo que yo estoy viendo. Uno ha pasado ya al otro lado de todos los universos, ¡ay...!, pero el otro está todavía en mi mundo. Usted es una estudiante, querida niña; en nuestro mundo los estudiosos y los estudiantes son dos cosas distintas. Nosotros tres éramos felices juntos, porque éramos estudiantes y todavía no habíamos caído entre las piedras de un molino de insensibles afanes, y nos rondaba siempre la felicidad porque éramos pobres y frecuentemente estábamos hambrientos. Acostumbrábamos a discutir sobre el desorden de nuestro mundo y cómo podríamos mejorarlo. En nuestra Era de la Confusión esta esperanza era casi exclusiva de los estudiantes pobres.

—Sí... Yo he leído algo de esos sueños estudiantiles, en viejas novelas.

—Los tres convinimos en que la suprema necesidad de nuestros tiempos era la educación y que ése era el más alto servicio al que podríamos dedicarnos. Mis amigos y yo formábamos un pequeño grupo aparte. Editábamos un gran periódico mensual que recogía todo lo más interesante del mundo de la Ciencia, y mi amigo, al servicio de una buena editorial, publicaba libros escolares y organizaba residencias para nuestros universitarios. Era demasiado despreocupado de lo material y los editores se aprovecharon bien de sus trabajos; toda su vida fue un continuo afán por la enseñanza; nunca se tomó ni siquiera un mes de vacaciones. Mientras vivió yo no comprendí en toda su grandeza el trabajo que estaba desarrollando, pero desde que murió he oído a profesores cuyas escuelas inspeccionaba y a escritores que él aconsejaba hablar de la calidad de sus trabajos y de la eficacia de sus métodos. En vidas como la suya está cimentada Utopía; con vidas así nuestro mundo de la Tierra puede todavía construir una Utopía semejante. Pero la vida de este amigo mío terminó bruscamente, de una manera cuyo recuerdo me rompe el corazón. Trabajaba mucho, demasiado; su sistema nervioso se vino abajo poco a poco, su cerebro flaqueó, entró en una fase de aguda melancolía y... murió. En él se vio con claridad que la vieja Naturaleza no conoce la justicia ni la lástima.

Esto ocurrió hace unas cuantas semanas. Su esposa, que había sido su incansable auxiliar, acompañada de nosotros, estaba en la cabecera de duelo en los funerales. Yo no sé qué hacen ustedes aquí con los muertos, pero en la Tierra nosotros los enterramos, es decir, los ponemos en un hoyo en el suelo.

—Nosotros los quemamos.

—Nuestro amigo también fue quemado; nosotros tomamos parte en un funeral, de acuerdo con el rito de nuestra antigua religión, y vimos luego entristecidos cómo su féretro, cubierto con ramos de flores, se deslizaba por delante de nuestras lágrimas a través de las puerta del horno crematorio; yo vi a mi otro viejo amigo sollozando, y yo lloré en silencio, de pensar que una vida así pudiera terminar tan miserablemente, tan rodeada de ingratitud. El sacerdote había estado leyendo un largo discurso de un teólogo llamado Pablo. Yo habría querido que en vez de las ideas de este antiguo predicador hubiésemos podido leer una apología de la nobleza personal de nuestro amigo muerto, de la intensidad de su trabajo y de su menosprecio de las cosas materiales y groseras. Toda su vida había luchado por conseguir un mundo como éste. ¡Si yo pudiera tenerle aquí ahora... con ese otro querido amigo que tanto le quería!... ¡si yo pudiera tenerles a ambos aquí! ¡Si yo pudiera darles mi sitio para que pudieran ver, como yo veo, la grandeza de sus vidas reflejada en estas vidas tan parecidas a las de ellos... entonces podría regocijarme en Utopía de corazón! Pero yo estoy ahora como si hubiese tomado, para gastármelos, los ahorros de mi viejo amigo.

Mr. Barnstaple recordó la juventud de la muchacha.

—Perdóneme, querida niña.

Su voz era amable y la contestación de la joven fue inclinarse y besarle las manos con sus suaves labios, para levantarse después de un salto, con una agilidad llena de emociones juveniles.

—Mire aquella luz en medio de las estrellas.

Mr. Barnstaple se levantó también.

—Ése es el aeroplano que trae a Lord Barralonga y a sus amigos; Lord Barralonga, que mató hoy a un hombre... Debe ser un hombre gigantesco, fuerte, terrible y maravilloso.

Mr. Barnstaple le advirtió con una sonrisa:

—Nunca le he visto, pero creo que es un jovencito calvo, de

poca estatura, que padece del hígado y de los riñones. Esto le ha impedido dedicarse a los deportes y le ha obligado a comprarse el título de nobleza para acallar de alguna manera su imaginación. Venga conmigo y véalo por sí misma.

La muchacha permaneció en pie y se encontraron las miradas de ambos. Aunque ella tenía once años era tan alta como él.

—Pero no eran ciertas las historias de amor de vuestro pasado —dijo ella desilusionada.

—Sólo en los corazones de los jóvenes.

4

La llegada de Lord Barralonga y sus amigos estropeó el clima maravilloso en que vivía *Mr. Barnstaple*. Los dos grupos de terrícolas fueron reunidos en un salón bien iluminado, cerca del prado donde el aeroplano había descendido. Los recién llegados venían juntos y muy fatigados. Era evidente que les consolaba encontrarse con otros terrícolas, puesto que como no habían asistido a la Conferencia famosa, todo el mundo que les rodeaba les resultaba aún un acertijo incomprensible. De Lord Barralonga era la cara de demonio que había mirado a *Mr. Barnstaple* cuando el coche gris le había adelantado en la carretera de Maidenhead. Su cráneo era tan achatado, que recordaba el tapón de una botella. Miraba con visible cansancio, estaba muy despeinado como si acabara de tener una pelea, y traía un brazo en cabestrillo; sus pequeños ojos castaños estaban tan asustados como los de un granujilla en manos de la policía.

Muy junto a él, como un espíritu familiar, estaba un hombre pequeño, una especie de *jockey*, al que llamaba Ridley, cuya cara también indicaba que acababa de salir de una difícil situación; sus mejillas y su oreja izquierda habían resultado heridas en el vuelco del automóvil y venían vendadas. *Miss Greeta Grey* era una hermosa mujer rubia, con un traje sastre blanco; aunque estaba intranquila, se adivinaba que no se había dado cuenta perfecta de que aquello era un mundo extraño a la Tierra. Las otras dos personas eran: un

sujeto vestido de gris y con cara de americano vulgar, quien según dijo *Mr. Mush* a *Mr. Barnstaple*, era *Hunker*, el rey del cinema; y un francés elegantemente vestido, que más bien parecía haber caído por casualidad en la reunión de Lord Barralonga, que haber pertenecido a ella por derecho propio.

Mr. Barnstaple llegó a la conclusión, y nada ocurrió después para hacerle cambiar de opinión, de que algún interesado en el cinematógrafo había acogido a este caballero a la hospitalidad de Lord Barralonga y le había cazado con la facilidad que a un extranjero se le hace picar ofreciéndole tomar parte en un fin de semana inglés. Como Lord Barralonga y *Mr. Hunker* se dirigieron a saludar a *Mr. Burleigh* y a *Mr. Catskill*, el francés se dirigió a *Mr. Barnstaple*, preguntándole si hablaba su idioma:

—No puedo comprenderlo —dijo—. Nosotros íbamos a Wiltshire... y nos ha sucedido algo horrible. ¿Qué es esto, dónde estamos, a qué hemos venido y qué clase de gente son estas personas que hablan tan excelente francés...? ¿Es esto una broma de Lord Barralonga, un sueño, o qué es en definitiva?

Mr. Barnstaple intentó explicárselo.

—¡Otra dimensión! —dijo el francés—. ¡Otro mundo! Eso me parece muy bien. Pero debo atender mis negocios en Londres. Yo no tengo ninguna necesidad de pertenecer en esta especie de Francia de ultratumba. Esto es una broma demasiado pesada.

Mr. Barnstaple intentó ampliar su explicación. Estaba claro, por la cara de confusión de su interlocutor, que las frases que él usaba eran muy oscuras. Se volvió desalentado a *Lady Stella* y la encontró dispuesta a continuar su tarea.

—Esta señorita —dijo— intentará aclararle algo... *Lady Stella*, éste es *Monsieur*...

—*Emile Dupont* —dijo el francés haciendo una reverencia—. Soy lo que ustedes llaman un periodista o publicista, y estoy interesado en el cinematógrafo desde el punto de vista de la educación y la propaganda. Ésa es la razón de que esté aquí con Lord Barcalonga.

La conversación entre *Lady Stella* y el francés estuvo llena de cumplimientos. *Mr. Dupont* sólo la interrumpió para decir a *Miss Greeta Grey* lo agradable que le resultaría haber encontrado otra mujer en tan extraño mundo.

Liberado de *Mr. Dupont*, *Mr. Barnstaple* se volvió y observó al pequeño grupo de terrícolas en el centro del salón y rodeados de gigantescos guardianes utópicos. *Mr. Burleigh* saludaba desde lejos a Lord Barralonga y *Mr. Hunker* decía que era un gran placer para él encontrarse «con el más famoso político británico». *Mr. Catskill* estaba muy amistoso con Barralonga; se conocían bien. El padre Amerton cambiaba impresiones con *Mr. Mush*. Ridley y Perk se habían ido aparte a discutir en voz baja las cualidades técnicas de las experiencias de aquel día. Nadie prestaba atención a *Mr. Barnstaple*. Aquello parecía un grupo de desocupados que esperase en una estación de ferrocarril la llegada de un tren; o la antesala de una recepción; todo muy vulgar y muy aburrido. Él estaba ya saturado de maravillas.

—Me voy a la cama... —dijo bostezando.

Bajo la mirada amistosa de los utópicos salió a hundirse en la calma de la noche estrellada. Saludó a la extraña nebulosa de la esquina de Orión, como un abuelo podría saludar a un nieto inesperado. A través de los jardines llegó a su alojamiento. Se desnudó, se metió en la cama y se durmió tan pronto y tan profundamente como un niño cansado.

CAPÍTULO

VIII

AMANE CER EN UTOPIÁ

1

Mr. Barnstaple despertó poco a poco de su profundo sueño. Tenía la vaga sensación de que algo delicioso y maravilloso ocurría a su alrededor, y quiso conservar aquella dulce impresión resistiéndose a abrir los ojos. El sueño versaba sobre un mundo de gentes muy hermosas, que se habían liberado de miles de inquietudes terrenas. No era frecuente en aquellos días que soñara Mr. Barnstaple. Quería aprovechar al máximo su sueño de hoy y permaneció con los ojos cerrados, sin ganas de enfrentarse con la lucha de cada día. Los trabajos y preocupaciones de la última quincena fueron pasando uno a uno por su memoria. ¿Sería él capaz de disfrutar alguna vez de unas vacaciones sin compañía, absolutamente solo? Entonces recordó que ya tenía hecha la maleta y colocada en *el peligro amarillo*. Pero le parecía que eso no fue la noche última, sino la penúltima, y que él había salido ya de viaje... Se movió alguna cosa detrás de la puerta... Sospechó algo... Abrió los ojos y los fijó en un techo blanco, intentando recordar sus aventuras del día anterior. Una cosa tras otra fue recordando su paso por la Camberwell New Road, el alborozo de la mañana, Vauxhall Bridge y el tráfico de Hyde Park Corner. Siempre había mantenido que el oeste de Londres era más difícil para los chóferes que el este. Entonces..., ¿había ido él a Uxbridge? No. Recordó la carretera a Slough..., y luego todo estaba vacío en su memoria.

¡Qué buen techo era éste! ¡Ni una grieta, ni una mancha! ¿Pero cómo había empleado él el resto del día? Debía haber llegado a alguna parte, porque no cabía duda de que estaba acostado en un

lecho muy confortable..., ¡un excelente lecho! Oyó cantar a un zorzal. Siempre había discutido que un buen zorzal podía vencer a un ruiseñor, pero éste que cantaba era extraordinario: un verdadero Caruso. ¡Y otro le contestaba! ¡En julio! Panfboume y Caversham eran maravillosos sitios para oír ruiseñores, pero en junio, y no en julio..., y zorzales. Luego, borrosamente, recordó la figura de *Mr. Rupert Catskill*, con las manos en las caderas, hablando, diciendo cosas asombrosas; a una desnuda figura con cara de gran interés en lo que el inglés decía; y a otras figuras; una, muy parecido a la *Sibila de Delfos*. *Mr. Barnstaple* empezó a recordar que él se había mezclado con una reunión que iba a un fin de semana en Taplow Court. ¿Entonces este discurso se había pronunciado en Taplow Court...? Pero en Taplow Court se usaban vestidos, y el auditorio aquel estaba desnudo. ¿Quizá la aristocracia en privado...? De pronto lo recordó todo: ¡Utopía! ¿Pero era posible? Se sentó en la cama, en un estado de extremo estupor.

—Imposible —dijo.

Estaba acostado en una pequeña sala, casi descubierta, al aire libre. Entre los delgados pilares de cristal vio un horizonte de montañas nevadas, y al fondo, un macizo de flores rojas. El pájaro estaba todavía cantando... Un delicioso zorzal, en un delicioso mundo. Ya recordaba algo; ya empezaba todo a estar claro. El repentino patinazo del coche, aquella especie de zumbido de la cuerda de un violín, y... Utopía. Ya lo tenía todo, desde la visión de la dulce Greenlake muerta hasta la llegada de Lord Barralonga descendiendo de las estrellas. No era un sueño. Miró sus manos sobre las sábanas exquisitamente finas. Sintió la aspereza de la barba. Era un mundo lo bastante real para afeitarse... y para desayunar. Como en contestación a sus pensamientos, una señorita de bella sonrisa apareció en su dormitorio con una pequeña bandeja. Después de todo había mucho que agradecer a *Mr. Burleigh*; a su cortesía y diplomacia debía *Mr. Barnstaple* su desayuno de hoy.

—Buenos días —dijo *Mr. Barnstaple*.

—¿Por qué no? —dijo la joven utópica, que después de ponerle el té por delante sonrió de manera maternal y se fue.

—¿Por qué no habían de ser buenos días...? Desde luego... —dijo *Mr. Barnstaple*, y meditó un momento, para poner después toda

su atención en el té y en el pan con mantequilla.

2

El pequeño armario donde encontró sus ropas, colocadas exactamente igual que él las había dejado la noche anterior, estaba lleno de interés para *Mr.* Barnstaple, quien lo curioseó todo tarareando una cancioncilla popular. El baño era menos profundo que los de la Tierra. Las formas de cada cosa eran diferentes, más sencillas y más graciosas. En la Tierra el arte era un reflejo del ingenio; los artistas tenían limitaciones en los materiales a emplear y su trabajo representaba una lucha inteligente entre la insensibilidad de la materia y los prejuicios estéticos de la mente humana. Por ejemplo, el carpintero terrícola valoraba sus obras por la calidad de sus maderas, tanto o más que por la calidad de su trabajo.

Pero aquí el artista tenía un ilimitado control de la materia, y aquel elemento de ingeniosa adaptación había desaparecido de su obra artística. Sus elementos de juicio eran la inteligencia y el cuerpo humanos. En este pequeño cuartito nada era inoportuno ni era inútil: todo resultaba conveniente y necesario, y, además, difícil de estropear. Si usted chapoteaba demasiado en el lavabo, un aparato especial y automático lo limpiaba todo hasta dejarlo como nuevo. En una bandeja para el baño estaba una esponja grande y fina, lo que hizo pensar a *Mr.* Barnstaple que los utópicos todavía buscaban en el fondo del mar, a menos que las cultivaran o amaestrasen, las esponjas para su aseo personal.

Cuando sacó las cosas de su tocador derribó de un estante un vaso de cristal, que no se rompió. En un experimento caprichoso lo tiró otra vez, y tampoco sufrió daño. Al principio no podía encontrar los grifos, aunque había un lavabo tan grande como un baño. Luego advirtió en la pared una serie de botones con señales negras, que podían ser escritura utópica. Probó a tocar en ellos, y encontró agua caliente y fría, agua jabonosa y vapor de agua perfumado. Los caracteres utópicos en aquellos botones le hicieron

meditar; eran las primeras escrituras que veía en aquel mundo; parecían palabras o jeroglíficos muy simplificados, cuyo significado no podía imaginar siquiera. Advirtió que todos los objetos metálicos eran de oro; había una extraordinaria cantidad de oro en la habitación; todo estaba incrustado en oro; anchas franjas amarillas decoraban las paredes. Sin duda el oro estaba barato en Utopía, o tal vez lo hicieran ya de manera artificial.

Empezó a preocuparse con los asuntos de su tocado. No había espejos en la habitación, pero cuando tanteaba en lo que creía el pestillo de la puerta del ropero, se encontró de repente con un triple espejo, aunque a lo ancho y no de arriba a abajo como los de la Tierra. Después supo que no había espejos de cuerpo entero en Utopía, porque los utópicos creían una indecencia solazarse con la visión de sus cuerpos desnudos. El utópico se examinaba por la mañana, veía que estaba sano y después se olvidaba de él por todo el resto del día. *Mr. Barnstaple*, en pijama y sin afeitarse, no se encontró muy favorecido. Cuando desenvolvió sus cepillos de uñas y dientes, brocha de afeitarse y guante de baño le pareció que todo ello era burdo y grotesco. Su cepillo de dientes era bastante viejo, y ahora lamentaba no haber comprado uno nuevo en la farmacia cercana a la Estación Victoria. ¡Y qué sucias y estrafalarias eran sus ropas! Tuvo la fantástica idea de adoptar el traje utópico, pero un momento de reflexión ante el espejo le hizo desistir. Recordó que tenía en la maleta una camisa deportiva de seda, que usaba para jugar al tenis. Podía usarla sin cuello y sin corbata... y andar descalzo. Examinó sus pies: eran vulgares, y en la Tierra habían sido maltratados sin necesidad con cincuenta años de calzados durísimos...

3

Un *Mr. Barnstaple* limpio y radiante, vestido de blanco, descalzo y sin cuello, saludó a la salida del Sol en Utopía. Sonrió, estiró los brazos y llenó sus pulmones de aire fresco. De repente su cara cambió de color. En la puerta de otro alojamiento que no estaba ni

a doscientas yardas apareció el padre Amerton. Instintivamente, *Mr. Barnstaple* comprendió que uno y otro querían perdonar y ser perdonados por la riña de la noche anterior. Le pareció oportuno adoptar el papel de víctima. Un poco a la derecha de *Mr. Barnstaple* había una ancha escalera que conducía hasta el lago. En tres zancadas se puso en ella y empezó a saltar los escalones de dos en dos. Tal vez fuese su fantasía, pero le pareció oír la voz del padre Amerton:

—*Mr. Barn...* staple...

Corrió cuanto pudo, y por un hermoso puente atravesó un canal. La luz del sol pasaba por los cristalinos pilares del puente y salpicaba el agua del lago de luces azules, rojas y amarillas. A duras penas pudo evitar un encontronazo con *Mr. Catskill*, que estaba con el mismo traje de siempre, pero sin su famoso sombrero gris. Paseaba con las manos cruzadas atrás.

—¡Hola! —dijo—. ¿Por qué esa prisa? Parece que somos los primeros que nos hemos levantado.

—Yo he visto ya al padre Amerton...

—¿Temió usted que le hiciera acompañarle en sus rezos? Ya rezará él por todos, que buena falta nos hace... Al menos a mí.

No esperó contestación de *Mr. Barnstaple* y siguió paseando.

—¿Ha dormido usted bien? ¿Qué piensa del viejo que contestó a mi discurso?

—¿A qué viejo se refiere usted?

—Al caballero que habló después de mí.

—¡Urthred! ¡Pero si tiene cuarenta años!

—Tiene setenta y tres. Nos lo dijo después. Esta gente vive muchos años. Nuestra vida es una especie de relámpago para ellos. Pero, como dijo Tennyson: «mejor es medio siglo en Europa que un siglo en Catay». Él eludió los puntos de mi controversia... ¿Sabe lo que pienso? Que esto es el país de la calma, y sería una ingratitud, por nuestra parte, alterar esta hermosa paz... que sueñan.

—Yo no creo que esta paz sea un sueño.

—Quizás el microbio del socialismo le haya atacado demasiado a usted. Sí..., ¡ya veo que es eso! Creo que todo esto que aquí vemos es la más completa demostración de decadencia que sería posible imaginar. Absoluta decadencia.

—Pero yo no veo la decadencia por ninguna parte.

—Nadie es tan ciego como quien no quiere ver. Eso ocurre en todas partes. Sus colores seudosaludables; su aspecto de animales cebados; su no saber qué hacer con Barralonga, sin atreverse a arrestarlo porque hace un millón de años que no arrestan a nadie. Corre con sus amigos a través de sus tierras matando y asustando y estorbando y no saben aplicarles un castigo adecuado. Parecían lobos corriendo a sus anchas por un mundo de ovejas; si no hubiesen encontrado un sitio por donde despeñarse, aún estarían resoplando por las carreteras y matando gente infeliz. Estos utópicos han perdido el instinto de la defensa social.

—No deja de ser asombroso.

—Si consientes en algo, hazlo con moderación..., dice un proverbio. Usted verá cómo yo estoy en lo cierto. ¡Ah! Allí en aquella terraza veo a Lord Barra longa y a su amigo el francés respirando el aire de la mañana. Pienso, con su permiso, ir a charlar un rato con ellos. ¿Dónde dice usted que estaba el padre Amerton? No quisiera perturbar sus devociones. ¿Por aquí? Entonces yo me iré por allí...

Antes de marcharse dio una palmada amistosa en el hombro de *Mr. Barnstaple*.

4

M*r. Barnstaple* se acercó a dos jardineros utópicos. Tenían dos carretillas plateadas y estaban cortando bellas rosas rojas. Llevaban grandes manoplas de cuero, delantales de piel curtida, ganchos y cuchillos. Él no había visto jamás de cerca rosas semejantes; su fragancia perfumaba el aire. No sabía que tales rosas dobles pudieran conseguirse en las montañas; rosas brillantes sólo las había visto en la alta Suiza, pero no eran tan hermosas. Los utópicos iban recortándoles las hojas; las ramas eran espinosas, y se encaramaban como culebrillas rojas a las rocas sobre las que crecían y vivían los rosales. Los grandes pétalos caían como roja nieve y las oscuras piedras de la montaña parecían cubiertas de una lluvia de sangre.

—Ustedes son los primeros utópicos que he visto trabajar.

—Esto no es nuestro trabajo —dijo sonriendo uno de ellos, joven y rubio, y con los ojos azules—. Pero como estas rosas son para nosotros, tenemos que cuidarlas.

—¿Son vuestras las rosas?

—Mucha gente cree que en esta montaña no pueden vivir las rosas dobles, y piensan que sólo una especie de rosas pueden cultivarse en estas alturas y que éstas que ustedes ven aquí morirán sin remedio. Queremos demostrar lo contrario. ¿Qué opina usted de nuestras rosas?

—Que son maravillosas.

—¡Bien! Nosotros nos hemos comprometido a cultivar estos rosales hasta lograr que alcancen la orilla del lago. Todo esto será un inmenso rosal.

—¿Y tienen ustedes que cultivarlas y cuidar de ellas por sí mismos?

—¿Quién, si no?

—¿Pero no pueden ustedes contratar a alguien..., pagar a una persona que lo haga por ustedes?

—¡Oh! Curiosa reliquia de los tiempos pasados. Fósil ignorancia de un bárbaro universo. ¿No se ha dado usted cuenta de que no hay clase trabajadora en Utopía? Desapareció hace mil quinientos años, o más. La esclavitud asalariada, y todo lo que la mantenía, ha terminado. Algo de esto se lee en nuestros libros antiguos. Ahora, quien ama la rosa debe cultivarla.

—Pero usted trabaja.

—No a sueldo. No porque alguien demasiado perezoso para hacerlo me pague por mi trabajo. Trabajamos por propia voluntad.

—¿Puedo preguntarles en qué?

—Yo investigo el corazón de mi planeta... Estudio reacciones químicas. Y mi amigo...

La cara del segundo utópico apareció detrás de un macizo de rosas.

—Yo hago alimentos.

—¿Un cocinero?

—Parecido. Ahora me ocupo de vuestras comidas. Son muy interesantes y curiosas, pero yo creo que perjudiciales para la salud. Me encargo de planear vuestros menús.

Miró un pequeño reloj de pulsera bajo la manopla de jardinero.

—Estará todo listo en una hora. ¿Cómo estaba el té de esta mañana?

—Excelente —dijo con sinceridad *Mr. Barnstaple*.

—¡Me alegro! Hice lo que pude. Espero que el almuerzo sea también de su agrado. He volado doscientos kilómetros para traer un cerdo; yo mismo lo maté, lo despedacé y he descubierto cómo curarlo. El comer cerdo había desaparecido ya de nuestras costumbres. Espero que encuentre usted sabrosas mis lonchas de jamón.

—Parece muy pronto., para que esté curado el jamón. Nosotros no podríamos hacerlo en tan corto tiempo.

—Vuestro predicador me hizo algunas aclaraciones sobre esto.

El joven rubio tomó su carretilla y avanzó por el camino, seguido por su compañero. Cuando pasaron junto a él, *Mr. Barnstaple* les saludó amistosamente:

—Buenos días.

—¿Por qué no iban a ser buenos? —preguntaron los utópicos admirados.

5

Vio a Ridley y a Perk que se aproximaban. La cara de Ridley estaba todavía llena de arañazos, pero su aspecto era de buen humor. Perk seguía un poco detrás de él, con las manos en la cara. Ambos iban con sus trajes profesionales ordinarios, cubiertos con gorras blancas, abrigos de cuero y negras polainas; no habían hecho concesiones a la moda utópica. Ridley empezó a hablar tan pronto como le pareció que *Mr. Barnstaple* podía oírle.

—¿No sabe usted dónde han podido esconder nuestro automóvil?

—Yo creí que el coche se había destrozado al despeñarse.

—Ni mucho menos... Tal vez el parabrisas y los guardabarros hayan sufrido algún daño, pero nada más. Necesito encontrar el auto para quitarle gasolina. El carburador está un poco estropeado,

por culpa mía, desde luego, que no he tenido bastante cuidado con el filtro. Si se derrama la que tiene, ¿dónde puede uno conseguir más gasolina en este paraíso? No he visto surtidores en ninguna parte. Y sin combustible, ¿cómo me presento yo a Lord Barralonga?

Mr. Barnstaple no tenía idea del paradero del coche.

—¿No tiene usted un coche de su propiedad? —preguntó *Ridley* con tono de reproche.

—Lo tengo. Pero no le he dedicado ni un recuerdo desde que salí de él.

—¡Conductor y propietario! —suspiró *Ridley* amargamente.

—Desde luego, yo no puedo ayudarles a encontrar el auto. ¿Han preguntado a los utópicos?

—No. No nos gustan sus modales —dijo *Ridley*.

—Está usted en su derecho.

—Nos vigilan... Ellos no han visto jamás un «Rolls-Royce» como el nuestro y nos lo envidian. A mí no me gusta este sitio, ni me gusta esta gente; son poco decentes. Su Señoría dice que son una manada de degenerados, y creo que lo que dice Su Señoría es cierto. Yo no soy un puritano, pero esto de andar desnudos es demasiado fuerte para mí. Yo lo que quiero es saber dónde han puesto mi automóvil.

Mr. Barnstaple estaba observando a *Perk*.

—¿Tiene usted herida la cara?

—No.

Ridley miró a *Perk* y después a *Mr. Barnstaple*.

—Sólo tiene una pequeña contusión —recalcó con una débil sonrisa.

—Vamos a buscar el coche —dijo *Perk*.

Ridley hizo una mueca de burla.

—Trozó con algo.

—¡Oh..., no lo diga! —dijo *Perk* angustiado.

Pero ya no tenía remedio.

—Una de estas señoritas...

—¿Qué quiere usted decir? —dijo *Mr. Barnstaple*—. ¿Se ha tomado usted libertades?

Ridley sonrió y guiñó a *Mr. Barnstaple*.

—Menudo vendaje le puso ella. Bien le golpeó. Le puso las manos en los hombros y... ¡pum!, al suelo. Nunca vi nada

semejante.

—Pobre muchacho —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Todo ocurrió en cosa de un segundo.

—Es una lástima que haya sucedido.

—Yo no sé lo que pudo provocarla —dijo Perk—. Ella vino a mi habitación recién levantada, y no estaba lo que podríamos llamar vestida, ni mucho menos; como miraba un poco desvergonzada, a mi modo de pensar..., se me ocurrió decirle algo..., nada, un piropo... ¿Puede tener uno un permanente control sobre su pensamiento? Un hombre es un hombre. Si un hombre debe ser moderado en sus íntimos pensamientos junto a señoritas así, sin un mal cinturón... Yo no soy capaz..., lo reconozco. Eso es contra la Naturaleza. Pero desde luego yo no le dije ni la mitad de lo que estaba pensando. No había hecho sino abrir los labios cuando ella me golpeó. Hizo conmigo... como quien juega a los bolos. Fue la sorpresa la que me derrotó.

—Pero Ridley dice que usted intentó tocarla.

—Quizá puse mi mano en su hombro en una especie de saludo fraternal...

Perk hizo un gesto elocuente. *Mr. Barnstaple* consideró:

—No me cansaré de repetir que debemos tener mucho cuidado con estos utópicos. Sus modos no son nuestros modos.

—¡Gracias a Dios! —dijo Ridley—. Lo que más me gustaría ahora mismo sería abandonar este mundo y regresar a la vieja Inglaterra. Usted oiría a Su Señoría cuando dijo que éste es un mundo de degenerados. ¿Eh?, ¿qué dice usted a eso?

—Los brazos de las mujeres jóvenes no parecen estar muy degenerados —dijo *Mr. Barnstaple* con ironía.

—¿Qué tiene que ver? —dijo Ridley amargamente—. Si hay un signo seguro de la degeneración de una raza, es que las mujeres empiecen a golpear a los hombres. Eso va contra el instinto. En un mundo respetable y decente estas cosas no sucederían. ¡Ni pensarlo!

—No... No... —dijo Perk como un eco.

—En nuestro mundo esta señorita habría recibido una buena lección.

Mr. Barnstaple había descubierto de pronto al padre Amerton que se acercaba muy rápidamente a campo traviesa, y no titubeó en la conducta a seguir:

—Ahí viene alguien que tendrá mucho gusto en ayudarles a encontrar el coche. Es un hombre muy servicial... El padre Amerton. Además, su punto de vista sobre las mujeres es el mismo punto de vista que usted tiene. Si quiere detenerle y exponerle su caso llana y sinceramente...

Se alejó con paso rápido hacia el lago. No podía estar lejos la pequeña casita de veraneo junto al muelle donde estaban atracados los bellos barquitos de mil colores. Si pudiera conseguir uno de ellos y adentrarse en el lago escaparía del padre Amerton, aunque el buen clérigo era capaz de perseguirle a nado...

6

Apenas *Mr. Barnstaple* soltó las amarras de la canoa que había elegido —blanca, con un gran ojo azul pintado en la proa—, *Lady Stella* apareció en escena. Salía del pabellón, y algo en sus movimientos sugería la idea de que había estado escondida allí. Gritó:

—¿Va usted a remar en el lago, *Mr. Barnstaple*? ¿Puedo acompañarle?

Estaba vestida en un comprometido término medio, entre el estilo terrícola y el utópico. Llevaba puesto algo que lo mismo podía ser un vestido de tarde muy ligerito que un traje de baño; tema los brazos descubiertos, con un brazalete de ámbar por todo adorno, y en los pies, pequeños y bien formados, llevada sandalias; la cabeza al aire, y el pelo sujeto con una cinta negra y dorada. *Mr. Barnstaple* era un ignorante en trajes femeninos, pero comprendió que la dama había andado lista en comprender las modas de Utopía. La ayudó a saltar dentro de la canoa.

—Podríamos remar por derecho... hasta muy lejos —dijo ella mientras se sentaba.

Mr. Barnstaple remó un buen trecho sin que nada le estorbara la visión maravillosa de la luz del sol en el agua y en el cielo, los montes que cerraban el horizonte al lado allá de la gran llanura, los enormes pilares del dique lejano y *Lady Stella*, que afectaba estar

admirando las bellezas del Parque de la Conferencia; advirtió que ella no estaba admirando el paisaje, sino buscando a alguien. La dama hizo esfuerzos para entablar una conversación, recurriendo a los viejos temas de lo amable de la mañana o el canto de los pájaros... en julio.

—Pero aquí no es julio precisamente...

—¡Tonta de mí! Por supuesto.

—Más bien parece que estemos en mayo.

—Debe ser muy temprano. He olvidado mi reloj —dijo ella cambiando de conversación.

—Sí. Mi reloj tiene las siete.

—No... —dijo ella, como si hablara consigo misma, con la mirada fija en los lejanos jardines—. Aquello es una muchacha utópica. ¿Ha encontrado usted a alguien más de nuestra reunión esta mañana?

Mr. Barnstaple acercó la canoa a la playa para que ella pudiera ver bien las altas terrazas y los canales y los muros proyectados sobre la masa montañosa que tenían detrás. Extrañas enredaderas colgaban de los altos pinares; los torrentes bajaban desde los picos nevados y eran recogidos y distribuidos por las verdes colinas y jardines del Parque de la Conferencia. Aquellas terrazas retenían las corrientes y cooperaban en el mecanismo general del riego; estaban construidas de una materia cuyo color iba desde un rojo fuerte hasta un rosa suave; se comunicaban por grandes arcos sobre torrentes y canales, y de ellas partían grandes chorros de agua, como ríos, y numerosas cascadas. Los edificios estaban distribuidos sobre estas terrazas y sobre las laderas, solos o en grupos, de color púrpura, azul o blancos, tan luminosos y delicados como las flores de las montañas. *Mr. Barnstaple* contempló el paisaje en silencio y luego contestó a la pregunta de *Lady Stella*:

—Me encontré a *Mr. Rupert Catskill* y a los dos chóferes, y vi al padre Amerton, a Lord Barralonga y a *Mr. Dupont* desde lejos. No he visto a *Mr. Mush* ni a *Mr. Burleigh*. *Mr. Cecil* no se había levantado todavía; se quedará en la cama hasta las diez o las once. Siempre se levanta tarde cuando tiene por delante la perspectiva de un esfuerzo mental.

Lady Stella titubeó antes de decir:

—Supongo que no ha visto usted a *Miss Greeta Grey*.

—No. No la he visto. He procurado evitar todo encuentro con personas conocidas o desconocidas, porque temía encontrarme al padre Amerton.

—El censor de las costumbres, de las modas y de los vestidos.

—Sí... Por huir de él tomé esta canoa.

Ella reflexionó y se decidió, por fin, a hacer una confidencia:

—Yo también huía de alguien.

—¿Del predicador?

—¡De *Miss Grey*!

Lady Stella quiso cambiar de conversación:

—Va a resultar muy difícil permanecer en este mundo. Esta gente tiene un gusto muy delicado. Podríamos ofenderles fácilmente.

—Ellos son bastante inteligentes para comprendernos.

—¿Y porque nos comprenden nos van a perdonar? Siempre he dudado de ese proverbio.

Mr. Barnstaple no tenía ganas de seguir charlando. Pero *Lady Stella* sí:

—¿Recuerda usted un escándalo que dio *Miss Grey*..?

—Creo recordar algo de eso. Hubo un alboroto en los periódicos. (Tres largos golpes de remo).

—Esta mañana ha venido a decirme que ella ha decidido usar el traje utópico.

—¿Qué se entiende por traje utópico?

—Un poco de carmín en los labios y algo de polvos en la cara. He ahí todo el traje. Eso es una indecencia, porque al andar por los jardines puede encontrarse con alguien... Menos mal que *Mr. Cecil* no se ha levantado todavía. ¡Si se encuentra el padre Amerton con ella...! Pero es mejor no pensarlo. Usted ve, *Mr. Barnstaple*, estos utópicos tostados por el sol... no me desconciertan. Pero *Miss Grey*..., una terrícola civilizada desprendiéndose de sus ropas y ofreciéndose desnuda a la vista de todos, como una especie de fantasma blanqueado. Cuando *Lychnis*, aquella mujer tan bonita que parecía revolotear a nuestro alrededor, me explicó su manera de... vestir, no se me ocurrió nada de esto... Pero yo no conozco a *Miss Grey* lo bastante para hablarle, y además, nunca se sabe cómo va a tomar las cosas una mujer de esta clase.

Mr. Barnstaple remó en silencio, y al cabo dijo:

—Lychnis tendrá cuidado de ella.

—Así sea. Quizá si nos fuéramos de aquí un momento...

—Ella está viéndonos desde algún sitio. Pero de momento interesa más que pensemos que nuestra reunión estará inquieta por nosotros, y no estaría bien que tuviesen que venir a buscarnos.

—Lleva usted razón —dijo *Lady Stella* como un eco.

Era evidente que le quedaba algo por decir. *Mr. Barnstaple* remaba muy despacio.

—Señor... —empezó ella.

El remar se hizo más lento.

—Señor... ¿está usted asustado?

Mr. Barnstaple se examinó la conciencia:

—Estoy demasiado maravillado para asustarme —contestó.

Lady Stella se decidió a confesar:

—Yo estoy muy asustada. No lo estaba al principio porque todo parecía tan fácil. Pero anoche desperté aterrorizada...

Habló confidencialmente, vigilando el efecto de sus palabras en *Mr. Barnstaple*.

—Creí al principio que estos utópicos eran seres humanos como usted y como yo, aunque más hermosos, más saludables, más artistas y más inocentes. Pero no lo son, *Mr. Barnstaple*. Hay algo duro y complicado en ellos, que va más allá de nuestro entendimiento y que no comprenderemos nunca. No se preocupan de nosotros; nos miran con indiferencia. *Lychnis* es amable, pero los demás, por regla general, son lo menos amable que se puede ser. Se ve que les estorbamos.

Mr. Barnstaple pensó sobre esto, y, transcurrido un momento, comentó:

—Puede que sea verdad. Yo he estado tan distraído admirando todo esto (que es mucho mejor que todo lo que yo había soñado jamás), que no me he preocupado mucho del efecto que les hayamos producido a esta gente. Pero sí: parecen estar atentos a cualquier cosa menos a ocuparse de nosotros, excepto aquellos que tienen, al parecer, asignada nuestra vigilancia y estudio. La precipitación de Lord Barralonga atropellando gente por todo el país puede perjudicarnos.

—Mató a un hombre.

—Ya lo sé.

Permanecieron silenciosos y pensativos unos momentos.

—Hay más —resumió *Lady Stella*—. Ellos piensan de manera absolutamente distinta a la nuestra. Yo creo que casi nos desprecian. Ayer tarde no estuvo usted con nosotros cuando *Mr. Cecil* les preguntó sobre su filosofía. Él les habló de Hegel, de Bergson, de Lord Haldane y de su propio escepticismo. Expuso de manera maravillosa cosas muy interesantes para mí. Mientras, yo estaba vigilando a *Urthed* y a *Lion*, y vi, estoy segura, que se estaban hablando uno a otro, por ese silencioso procedimiento que ellos usan, sobre algo completamente ajeno a la conversación. Estaban simulando que atendían, y cuando *Freddy Mush* intentó interesarles en los poetas modernos, en los efectos de la guerra sobre la literatura, y en cómo esperaba él que hubiese algo tan hermoso como la *Ilíada* en Utopía, aunque confesó que no podría creerlo hasta que no lo viese, ellos no le escucharon siquiera, ni le contestaron una palabra... Nuestras cosas no les importan. Aunque estén tres mil años por delante de nosotros, podríamos tener cierto interés, aunque sólo fuese como objetos de curiosidad. ¿Dejaría de ser interesante tomar a un hotentote y llevarle por Londres explicándole las maravillas de la civilización? ¿Quién lo duda? Lo que pasa es que no nos necesitan en absoluto. Y están convencidos de que no les proporcionaremos más que inquietudes y trastornos. Por eso estoy asustada...

Cambió de conversación, de repente:

—Durante la noche yo me estuve acordando de mi hermana y los monos de *Mrs. Kelling*. Tenían manía por ella. Corrían por el jardín y entraban en la casa, y los cachorros estaban siempre en peligro. Los animales no tienen noción de lo bueno y de lo malo, de lo que se puede o no se puede hacer; todo lo miraban con asustada preocupación, y cuando les parecía arrastraban por el piso lo que tenían a su alcance. Rompían sus cosas y eran para ella huéspedes incómodos. Usted no puede imaginarse lo inquieto que es un mono. Todo el mundo los detesta, excepto mi hermana, aunque siempre esté riñéndoles: «Abajo, *Jacko...*», «Deja eso quieto, *Sadie...*».

Mr. Barnstaple se rió de buena gana.

—Eso no es lo que nos ocurre aquí a nosotros. No somos monos. Ella también se rió.

—Quizá no sea lo mismo. Pero anoche tuve la sensación de que

podríamos llegar a tan baja condición. Somos criaturas inferiores... Hay que reconocerlo.

Arrugó la frente. Su cara expresaba un gran esfuerzo mental.

—¿Se da usted cuenta de lo desamparados que estamos? Quizá pensará que soy tonta, *Mr. Barnstaple*, pero anoche, antes de irme a la cama, me senté a escribirle a mi hermana una carta en la que quería contarle todas las cosas que nos están ocurriendo. Y de pronto me di cuenta de que lo mismo podría escribirle a Julio César.

Mr. Barnstaple no había pensado en ello.

—Es una cosa que no puedo apartar de mi pensamiento. Ni cartas, ni telegramas, ni periódicos en Utopía. Todo por lo que hemos luchado... Todas las personas que amamos... ¡Separados para siempre...! ¿Qué nos espera aquí?

La cara de *Mr. Barnstaple* tomó un aire dubitativo.

—¿Está usted seguro de que esta gente será capaz de devolvernos a la Tierra?

—Eso no se sabe todavía, pero confiemos en que éste es un pueblo con una inteligencia extraordinaria.

—Resultó tan fácil llegar hasta aquí... Fue como doblar una esquina. Sin embargo, hablando con propiedad, ahora mismo estamos fuera del tiempo y del espacio... Más que un muerto... El polo Norte o el África Central están más cerca de nuestras casas que nosotros mismos... Cuesta trabajo aceptar esta idea cuando la luz de este sol lo hace todo tan alegre y familiar... Anoche hubo momentos en que estuve a punto de gritar...

Escudriñaron la playa y olfatearon el aire. *Mr. Barnstaple* advirtió un penetrante y apetitoso olor que le llegaba desde la orilla.

—Sí... —dijo él a media voz.

—Jamón frito —dijo ella con un suspiro.

—Tal como lo pidió *Mr. Burleigh*.

Mecánicamente enfiló *Mr. Barnstaple* la canoa hacia la playa.

—¡Desayuno de jamón! Es la noticia más tranquilizadora que he recibido desde que llegamos aquí... Después de todo, quizá sea una tontería sentirse asustada... ¡Mire! Allí nos están haciendo señales.

Ella saludó con la mano.

—Greeta con su vestido blanco y *Mr. Mush* con una especie de

toga... ¿De dónde la habrá conseguido?

Un rumor de voces lejanas que les llamaban llegó hasta ellos.

—¡Vamos! —animó *Lady Stella*—. Espero no haber estado muy pesimista... Estaba tan asustada anoche...

LIBRO SEGUNDO

CUARENTENA EN LA MONTAÑA

CAPÍTULO PRIMERO

LA EPIDEMIA

1

La sombra de una gran epidemia en Utopía cayó 1 sobre nuestro pequeño grupo de terrícolas al segundo día después de la llegada. Durante más de veinte siglos los utópicos habían tenido la más completa inmunidad de infecciones y contagios de todas clases. No sólo se habían liberado de las graves epidemias, sino que habían eliminado todas las infecciones leves de catarros, tos, influencias y molestias semejantes. Por aislamiento, por control de los vehículos de la infección, por todos los procedimientos posibles, los gérmenes peligrosos fueron acorralados y obligados a perecer. Ello acarreó un cambio natural en la psicología utópica. Las secreciones y reacciones que habían dado al organismo poder para resistir a las infecciones, disminuyeron; la energía que ellos producían había sido aplicada a otros fines más útiles. La psicología utópica, aliviada de esta necesidad defensiva, se había simplificado y había llegado a ser más eficiente. Esta liberación de las epidemias era tan antigua en Utopía, que sólo los muy especializados en la historia de la patología entendían algo de las miserias que la Humanidad había padecido, y ni siquiera tales especialistas parecían tener una idea clara de cuándo la raza había perdido su natural propensión a defenderse de las infecciones. La primera persona que había pensado en la pérdida de este poder defensivo parecía haber sido *Mr. Rupert Catskill*. *Mr. Barnstaple* recordó que, cuando ellos se encontraron en la primera mañana de su estancia en Utopía, él había indicado que la Naturaleza estaba de parte de los terrícolas, por razones inexplicables.

En la tarde del segundo día todos los utópicos que habían estado en contacto con los terrícolas, a excepción de *Lychnis*, *Serpentine* y tres o cuatro más que conservaban algo de sus antiguas antitoxinas, estaban con fiebre, con tos, con dolores de garganta, de huesos, de cabeza y con una depresión física que Utopía no había conocido en veinte siglos. El primer habitante de Utopía en morir fue aquel leopardo que había olfateado a *Mr. Rupert Catskill*. Al día siguiente por la mañana, eran incontables los muertos; por la tarde, una de las muchachas que había ayudado a *Lady Stella* en el arreglo de su cuarto enfermó de repente y murió. Utopía no estaba preparada para combatir aquellos gérmenes que los terrícolas les habían llevado. La multitud de hospitales, doctores, farmacias, etc., que habían existido durante la Edad de la Confusión habían desaparecido hacía muchísimo tiempo; había, sí, un servicio quirúrgico para accidentes, una vigilancia sobre la salud de los jóvenes, y lugares de reposo donde se asistía a los muy ancianos; eso era todo el artificio de organización sanitaria que quedaba en el planeta. De pronto los científicos utópicos se encontraron con una serie de graves problemas que resolver; era preciso improvisar olvidados aparatos para la desinfección y volver a encauzarlo todo en la disciplina de la guerra contra la enfermedad, que había marcado una época en la historia humana veinte siglos antes. En un aspecto, aquella guerra había dejado a Utopía ciertas ventajas permanentes; todos los insectos portadores de enfermedades habían sido exterminados, con lo que se puso muy definido límite a la propagación de las nuevas infecciones y a la naturaleza de las mismas. De momento prohibieron a los terrícolas todo contacto con los utópicos. Estaba claro que habían traído el sarampión a Utopía y que algunos padecían de influenza. Ellos permanecieron en el foco de la epidemia, mientras sus víctimas estornudaban y babeaban murmurando de la Tierra y sus habitantes. A media tarde del siguiente día de la declaración de la epidemia, Utopía se dio cuenta de lo que había ocurrido y se puso en movimiento para organizar la defensa.

Mr. Barnstaple fue el último terrícola que se enteró de la epidemia. Estaba claro para él que los utópicos no pensaban dedicar ningún tiempo ni energía en ilustrar a sus huéspedes; después de las explicaciones de la tarde de la irrupción, nadie había intentado continuar discutiendo con los de la Tierra sobre la constitución y métodos políticos de Utopía, y sólo circunstancialmente alguien había preguntado sin mucho interés por el estado de los asuntos sociales en nuestro planeta. Los terrícolas tenían absoluta libertad para hacer y hablar lo que les diera la gana, pero los utópicos parecían convencidos de que facilitándoles confort y bienestar no tenían otras obligaciones de orden moral y afectivo para con sus visitantes. A Mr. Barnstaple le molestaban las ideas los comentarios de algunos de sus compatriotas, y por eso seguía su natural inclinación de explorar Utopía por sí mismo. Lo que más le preocupaba de aquel mundo era la vasta llanura que harta vislumbrado desde el aeroplano cuando descendía en el Valle de la Conferencia; en su segunda mañana había tomado una canoa pequeña y remado hasta la orilla del lago, para examinar el dique que tenía sus aguas y conseguir una visión panorámica de la gran llanura.

El lago era mucho más ancho de lo que él había supuesto. Y el dique mucho más grande. Las aguas eran cristalinas y muy frías, y en ellas vivían pocos peces. Había salido inmediatamente después de su desayuno, pero hasta cerca del mediodía no consiguió llegar al gran dique. Estaba éste construido con enormes bloques de una roca roja veteada de oro, y se subía a la cumbre de la presa por unas escaleras hábilmente situadas a intervalos regulares. Las grandes figuras de piedra parecían meditar ante la inmensidad de la llanura. Estaban sentadas como si estuviesen vigilando el mundo, y su arquitectura era basta, mitad piedra sin pulimentar, mitad bellas formas humanas. Mr. Barnstaple calculó que tendrían unos doscientos pies de alto; midiendo por pasos la distancia entre dos consecutivas y contando después el número de las estatuas, vino a la conclusión de que el dique tenía de siete a diez millas de largo. En algunos sitios la altura no era menor de quinientos pies, y la fábrica estaba sostenida por una serie de enormes contrafuertes que parecían formados en la misma roca viva de la montaña. Entre uno

y otro de estos contrafuertes bataneaban grandes turbinas; después el agua se despeñaba en otro amplio lago, retenido por un segundo dique a unas dos millas de distancia del primero y quizás un millar de pies más bajo. Más lejos había un tercer lago y un tercer dique, y después la llanura. Sólo tres o cuatro vigilantes utópicos se veían al cuidado de aquella titánica obra de ingeniería.

Mr. Barnstaple, una hormiga entre aquellas moles gigantescas, a la sombra de uno de los colosos, contempló asombrado los diques, los lagos y la vega infinita. ¿Qué clase de vida se desarrollaba allí? La llanura y las montañas le recordaban los Alpes y la gran llanura del norte de Italia, donde había pasado muchas de sus vacaciones de verano en la juventud. Sabía él que en Italia todo el paisaje estaría cubierto de ciudades y campos cultivados; una densa población estaría ocupada en la producción de alimentos creciendo hasta alcanzar las inevitables consecuencias de la superpoblación, la enfermedad y la peste. No comprendía cómo los hombres se afanaban en producir más de lo que necesitaban en el acto, ni cómo virtuosas mujeres daban a luz más hijos de los que podían alimentar; como consecuencia de esta imprevisión, una multitud de miserables labriegos era recogida por las ciudades y ocupada en industrias ciudadanas ajenas por completo, cuando no enemigas de la agricultura y sus problemas. El noventa y nueve por ciento de esta población que abandona el campo lucha desde la niñez a la vejez en la difícil tarea de ganarse el pan a pulso. En medio de ellos, sostenidos por un clima de mágicas propiciaciones, se levantarían conventos y templos para mantener una hueste de sacerdotes y frailes y monjas. Comer y reproducirse eran las elementales rutinas de la vida desde el principio de las sociedades humanas.

Pero estos Utópicos de la llanura luminosa y fértil estaban bajo otra ley. Aquí aquella vida común a toda la Humanidad, las antiguas tradiciones, las bromas viejísimas y los cuentos repetidos generación tras generación, las fiestas periódicas, los piadosos temores e indulgencias, las limitadas e infantiles esperanzas y las abundancias miserables habían terminado. La marea alta que amenazó con ahogar la vida social había bajado y la playa estaba lisa y luminosa mientras el suelo todavía era productivo y el sol alumbraba más que nunca.

Mr. Barnstaple se hacía la idea de que de alguna maravillosa

manera se había hecho aquí borrón y cuenta nueva; que el pensamiento humano había tomado sobre sí la alta misión de salvar para siempre la vida y el destino de la raza. Él se reconocía ahora como una criatura de transición entre los hábitos viejos y las ideas nuevas que apenas alboreaba en la Tierra. Adivinaba que siempre le había repugnado aquella ahumada vida campesina de su pasado; se daba cuenta por primera vez de lo profundamente que él veneraba la vida austera de Utopía que tenía delante. El mundo que abarcaba con la vista le parecía misterioso e infinito. ¿Qué estarían haciendo los hombres utópicos sobre aquella inmensa llanura? ¿Qué obligaciones diarias les llevarían allí cada mañana? Él sabía bastante de Utopía para comprender que el total de su superficie parecía semejante a un jardín, con todas las naturales tendencias a la belleza bien desarrolladas, y todas las innatas fealdades corregidas y vencidas. Esta gente trabajaba y luchaba por complacencia; lo sabía por los criadores de rosas.

Aquí los encargados del alimento y la vivienda de la comunidad y los que tenían como misión ordenar la vida general conservaban la máquina económica funcionando tan suavemente que no se oía ni uno de los chirridos que constituyen la melodía permanente en el camino económico de la Tierra. La edad de los experimentos sociales había terminado y se conocían los caminos rectos para hacer todas las cosas. La población de Utopía, la que se había reducido a su tiempo a sólo doscientos millones, estaba creciendo otra vez en proporción con el constante aumento de los recursos. Allí abajo, en la gran llanura, todos los que no estuviesen ocupados en asuntos comunes de alimentos, arquitectura, salud, educación u ordenación de actividades en general, estarían dedicados a trabajos de creación; los utópicos estaban continuamente explorando el mundo material, a través de las investigaciones científicas y la inspiración artística.

Mr. Barnstaple estaba acostumbrado a pensar que el último siglo en la Tierra había sido un salvaje torrente de invenciones y descubrimientos, pero reconocía que todo el progreso de la Tierra en cien años no podía compararse con el resultado que en un solo año alcanzasen aquellos millones de inteligencias asociadas en una labor definida y concreta. Allí abajo estarían aquilatando los minerales que existen en el corazón de su planeta, y tejiendo una

red para capturar al sol y a las estrellas. Era espantoso pensar en la magnitud de las zancadas con que marchaba aquí la vida. Espantoso... porque *Mr. Barnstaple* sabía, como muchos hombres inteligentes de nuestro mundo lo saben también, que llegará en día en que todo sea ya conocido y el progreso científico llegue a su fin. Y luego seremos felices hasta la eternidad. Pero él no estaba aclimatado al progreso; había imaginado siempre a Utopía como un lugar tranquilo donde todas las cosas estaban ordenadas a lo bueno y a lo útil. Hoy todo parecía en paz bajo aquella leve niebla, pero él sabía que tal quietud era como la calma de un molino que parece casi inmóvil hasta que una burbuja de agua, o una espuma, o una ramita, o una hoja seca pasan junto a él y nos revelan su velocidad.

¿Cómo sentaría el estar viviendo en este mundo? La vida de la gente debe ser semejante a la de los artistas y científicos famosos de la Tierra; un continuo descubrir cosas nuevas, una constante aventura por lo desconocido. Vivían sobre el planeta en una permanente alegría y con mucho amor y mucha amistad entre los hombres, y una agradable y fácil vida social sin protocolo. Se practicaban algunos juegos al aire libre por pura diversión. Debía ser una vida estupenda para los que hubieran sido educados en ella; de veras, una vida envidiable. Ellos se amaban, sin duda, aunque quizás un poco fríamente. Tal vez en aquella llanura no habría mucha lástima ni ternura. Hermosos seres..., pero sin caridad. A lo mejor no eran necesarias tales virtudes... ¿Se guardarían fidelidad como los amantes terrícolas? ¿Cómo era el amor en Utopía? Él había visto a los amantes murmurando en voz baja a la luz del crepúsculo. Esto era un síntoma. ¿Qué era en definitiva el amor? Una preferencia imbécil, un dulce orgullo, una deliciosa dádiva conquistada con habilidad, una exquisita resurrección de los cuerpos y de las almas... ¿Qué podría compararse con amar y ser amado por una de aquellas mujeres utópicas? ¿Con sentir en la cara el calor de sus labios y ser resucitado por sus besos...?

Mr. Barnstaple, sentado a la sombra de uno de los colosos de piedra, se sentía semejante a un insecto perdido en el gran dique. Le parecía imposible que esta triunfante raza utópica pudiera perder algún día lo ganado en las tremendas batallas para conquistar los dominios de la Naturaleza. Decidido y capaz, este mundo no dejaba de avanzar por su camino de conquistas. Y asombraba pensar que

todo aquello se había conseguido un poco más de tres mil años... Un soplo en la Eternidad. La raza no se podía haber transformado fundamentalmente en tan breve tiempo. En esencia, estaba todavía en una edad de la piedra de la raza, pues no hacía ni veinte mil años desde aquellos días en que nadie sabía nada de metales, ni podía leer o escribir. En lo profundo de sus corazones, ocultos y casi vencidos, debían estar todavía las semillas del odio y del miedo, del pecado y de la maldad. Sin duda que habría aún muchos espíritus inadaptados e insubordinados en Utopía. Recordaba la cara de dulce ansiedad de la jovencita que le había hablado a la luz de las estrellas en la noche de su llegada, y el tono de romántico afán en su voz cuando le había preguntado si Lord Barralonga era un hombre vigoroso y cruel. Aún quedaban espíritus con inquietudes románticas. Aunque sólo fuera en las imaginaciones adolescentes.

¿De verdad era imposible que un cataclismo moral o material volviese a este mundo a la Edad de la Confusión? ¿No podía su sistema educativo llegar a ser tan aburrido que convirtiese a los alumnos en presa fácil para los espíritus decididos a hacer experimentos? ¿Podrían contagiarse del fervor religioso del padre Amerton o del incurable apetito de fantásticas empresas de Rupert Catskill? No. ¡Eso era inconcebible! La arquitectura de este mundo era demasiado serena, grande y segura. *Mr.* Barnstaple se levantó. Allá abajo su pequeña canoa flotaba en el lago como un diminuto pétalo de rosa sobre el agua cristalina.

3

Advirtió mucho movimiento en los alrededores del Parque de la Conferencia. Había más de treinta aeroplanos evolucionando y un gran número de vehículos blancos iban y venían por la carretera. Se veía mucha actividad en la gente, pero estaban demasiado lejos para poderse distinguir lo que hacían. Después de pasear un poco volvió a su canoa. Un aeroplano pasó tan cerca de él que pudo ver a los tripulantes mirándole con curiosidad; poco más tarde, en un momento que dejó de remar para descansar y mirar a la orilla, vio

algo que le pareció unas parihuelas llevadas por dos hombres. Cuando estuvo cerca de la playa un bote salió a su encuentro. Sus ocupantes usaban una especie de casco de cristal con visera blanca. Cuando se le aproximaron, un mensaje de los utópicos sonó dentro de su cerebro:

—¡Cuarentena! Usted tiene que someterse a cuarentena. Los terrícolas han traído una epidemia y es necesario ponerles en cuarentena.

¡Luego aquellos cascos de cristal bien podrían ser máscaras antigases! Cuando las canoas estuvieron una junto a la otra, vio *Mr. Barnstaple* que esto era cierto, y que tales máscaras estaban hechas de un material sumamente flexible y transparente...

4

M*Mr. Barnstaple* pasó junto a algunos dormitorios donde los utópicos estaban acostados vigilados por otros que usaban máscaras antigases. Se encontró con que todos los terrícolas y todos los objetos de su propiedad, excepto los automóviles, estaban reunidos en el salón de la conferencia. Decían que iban a ser trasladados a un sitio distinto donde pudieran ser aislados y curados. Sólo dos utópicos había con la reunión, con sus máscaras puestas, y varios paseaban por el pórtico con actitud desagradable de centinelas o guardianes. Los terrícolas estaban sentados en pequeños grupos, menos *Mr. Rupert Catskill*, que paseaba arriba y abajo hablando solo, excitado:

—Esto es lo que yo anunciaba que nos iba a suceder —repetía—. ¿No os decía yo que la Naturaleza estaba de nuestra parte? ¿No os lo dije?

Mr. Burleigh parecía muy sereno:

—Por vida mía... yo no veo la lógica de esto. Aquí estamos absolutamente inmunes entre toda esta gente, y, sin embargo, sólo a nosotros nos van a aislar.

—Dicen que les contagiamos —habló *Lady Stella*.

—Muy bien —concedió *Mr. Burleigh* haciendo un signo cordial

en el aire con su larga mano blanca—. ¡Muy bien! Entonces que se aislen ellos... ¡Esto es...! Estoy muy desilusionado con los utópicos.

—Supongo que somos un obstáculo desagradable para esta gente —dijo Hunker.

Mr. Catskill se dirigió a Lord Barralonga y a los chóferes:

—Doy la bienvenida a Su Señoría.

—¿Cuál es tu idea sobre esto, Rupert? —dijo Su Señoría—. Está claro que hemos perdido nuestra libertad de acción.

—Nada de eso —dijo *Catskill*—. Nada de eso. La ganamos... Vamos a ser aislados... Vamos a ser instalados en alguna montaña; ¡muy bien!... ¡muy bien!... Esto es sólo el principio de nuestra aventura.

—¿Qué dices?

—Espere un poco. Todavía no podemos hablar con libertad. Confiad en mí.

Mr. Barnstaple se sentó en su maleta haciéndose el distraído y evitando dar su aprobación al proyecto que andaba por la mente de *Mr. Catskill*, quien le miraba pidiéndole su parecer.

CAPÍTULO II

EL CASTILLO DEL DESPEÑADERO

1

El lugar a donde los terrícolas fueron llevados para ser sometidos a cuarentena debía estar a una considerable distancia del Parque de la Conferencia, porque tardaron cerca de seis horas en el viaje todo el tiempo estuvieron volando muy alto y a gran velocidad. Fueron todos juntos en un mismo aeroplano, espacioso y confortable, acompañados por...nos treinta utópicos con caretas antigases, entre los que había dos mujeres. Los aviadores usaban trajes de una especie de lana blanca que llamó la atención de *Miss Grey* y *Lady Stella*. El aeroplano pasó sobre el valle y la gran llanura y voló por encima de un pequeño mar de costas rocosas y cubiertas de espesa vegetación; en toda la extensión del mar sólo se vieron algunos barcos y le pareció a *Mr. Barnstaple* que ningún océano de la Tierra estaría tan poco transitado; sólo una o dos veces fueron vistas grandes embarcaciones completamente distintas de las terrícolas, que más que barcos parecían grandes balsas; un par de veces divisaron barcos de carga, con mástiles y velas. En el aire también había poco tránsito, pues en todo el vuelo sólo lograron encontrarse con tres aeroplanos.

Atravesaron un país encantador muy poblado antes de sobrevolar lo que con toda evidencia era un desierto; al fondo había una cordillera nevada, pero vi un aeroplano descendió antes de llegar a ella. Durante algún tiempo los terrícolas estuvieron volando sobre enormes montañas de escorias minerales, que procedían, al parecer, de una excavación que tenía a simple vista una asombrosa profundidad. Un horrible tronar de maquinarias y mucho humo salían de la sima. Había muchos trabajadores que parecían vivir en campamentos junto a las montañas de escoria. No había señales de

edificios... El aeroplano de los terrícolas bordeó esta región y voló sobre otra rocosa y casi desierta, sin árboles, profundamente cortada por hondas gargantas. Se veía poca gente, pero había abundantes señales de actividad mecánica. En cada torrente trabajaba una turbina, y grandes cables seguían los riscos de los cañones a través del desierto. En el fondo de estos barrancos gigantescos crecían pinares y una abundante vegetación de arbustos diversos.

El lugar elegido para la cuarentena estaba completamente aislado en la confluencia de dos cañones convergentes. Tenía una altura de unos dos mil pies sobre el espumeante torrente que pasaba por el fondo del despeñadero; las rocas estaban cubiertas de una masa vegetal de pálido verdor y marcadas con unas vetas blancas cristalinas. La garganta en algunos sitios era casi roja, y a veces era tan honda que se oscurecía como un túnel; a un centenar de pies de la cima un puente metálico había sido lanzado a través del abismo. Algunas yardas por encima había unas ruinas, que bien pudieran ser de algún antiguo puente de piedra. Detrás estaba un acantilado de algunos centenares de pies cubierto con una rala vegetación. En la ladera por donde descendió el aeroplano funcionaban tres o cuatro máquinas pequeñas. El desfiladero estaba coronado por las altas ruinas de un antiguo castillo, dentro de cuyas paredes se agrupaban los edificios que habían albergado recientemente a un grupo de estudiantes de Química, cuyas investigaciones, sobre estructura atómica, incomprensibles para *Mr.* Barnstaple, habían terminado y por lo tanto el lugar había quedado vacío. El laboratorio estaba todavía instalado con sus aparatos y material; el agua y la energía eléctrica subían a lo más alto de la garganta por medio de tubos y cables.

Había también un abundante surtido de provisiones. Varios utópicos estaban trabajando para adaptar el lugar a su nuevo cometido de aislamiento y desinfección de los terrícolas.

Serpentine apareció en unión de un hombre con careta antigases llamado Cedar, quien había sido encargado de instalar el improvisado sanatorio. Serpentine explicó que él había llegado al desfiladero con antelación porque conocía el lugar exacto de su situación y porque estaba al tanto de las investigaciones científicas que allí se habían realizado, además de que su conocimiento de los

terrícolas y su inmunidad de las infecciones le permitían actuar de intermediario entre ellos y el Cuerpo sanitario que tendría ahora que ocuparse del caso. Estas explicaciones se las dio a *Mr. Burleigh*, *Mr. Barnstaple*, Lord Barralonga y *Mr. Hunker*. Los otros terrícolas andaban por allí en pequeños grupos, junto al aeroplano del que habían descendido, calculando la altura del desfiladero, la extensión del desierto y la profundidad de los inmediatos cañones, con no muy favorables comentarios. *Mr. Catskill* se había apartado hasta el borde del Gran Cañón y estaba de pie, con los brazos a la espalda, en actitud casi napoleónica, perdido en meditaciones, contemplando aquellas profundidades donde jamás llegaba la luz del sol. El rugido del agua que corría invisible allá abajo era tan pronto un susurro como un estruendo. *Miss Greeta Grey* apareció de pronto con una máquina fotográfica que había salvado de la requisita y empezó a disparar placas.

Cedar dijo que quería explicarles el método de desinfección y aislamiento que se proponía seguir, y Lord Barralonga llamó a Rupert para que todos oyesen la explicación. Cedar era tan conciso como Urthred.

—Es evidente —dijo— que los terrícolas estaban preparados para defenderse de los ataques infecciosos, y que su organismo poseía una sustancia defensora de la que los utópicos carecían, y que por lo tanto ellos no estarían en condiciones de inmunidad hasta después de sufrir una penosa y desastrosa epidemia. El único camino para prevenir este mal que con seguridad atacaría a todo el planeta era, en primer lugar, recoger y curar a todos los afectados, que era lo que se estaba haciendo en el Parque de la Conferencia donde se había instalado un gran hospital; y después coger a los terrícolas de la mano y aislarlos en absoluto de los utópicos, hasta que los servicios sanitarios estuviesen en condiciones de atajar la epidemia. Era —confesó— un procedimiento poco amable, pero parecía el único posible, y por ese motivo les habían llevado a tan lejano, alto y seco desierto. Después los terrícolas serían otra vez libres y podrían ir y venir a su placer por Utopía.

—Pero supongamos que esa lucha contra la epidemia fracasase... —dijo *Mr. Catskill*.

—Yo creo que no.

—Pero ¿y si se equivoca usted?

Cedar sonrió a Serpentine.

—Los investigadores físicos prosiguen los trabajos de Arden y de Greenlake y no tardará mucho tiempo en que sea posible volver a realizar su experimento...

—¿Con nosotros como material de prueba?

—No estamos todavía seguros de que podamos ofrecerles un feliz viaje de regreso.

—¿Quiere usted decir —dijo *Mr. Mush*— que están ustedes intentando enviarnos de nuevo a la Tierra?

—Sí, en el caso de que no podamos conservarles aquí.

—¡Buen porvenir! —dijo *Mr. Mush* desalentado—. Ser disparado al espacio por un cañón. ¡Conejillos de Indias!

—¿Y puedo preguntar —se oyó la voz del padre Amerton— la naturaleza de ese tratamiento y de ese procedimiento de los cuales vamos a ser los... conejillos? ¿Es alguna vacuna...?

—¿Inyecciones? —inquirió a su vez *Mr. Barnstaple*.

—No lo he decidido todavía —respondió Cedar—. Hace siglos que no se nos planteaba un problema semejante.

—Debo decir que soy un furibundo enemigo de las vacunas —dijo el padre Amerton—. La vacunación es un ultraje a la Naturaleza. Si yo tenía alguna duda antes de venir a este mundo de corrupción, ya no la tengo. Si Dios hubiera decidido que nos curásemos con sueros o fermentos, habría procurado más natural y digno medio de proporcionárnoslos que la vulgar jeringa...

Cedar no discutió este punto de vista. Rogó a los terrícolas que no salieran del límite marcado por el desfiladero, la ladera y la montaña rocosa. Ellos debían cocinarse y atenderse personalmente. Encontrarían utensilios en su alojamiento, y él y Serpentine les darían las explicaciones necesarias. Encontrarían también provisiones en abundancia.

—Pero ¿es que vamos a quedarnos solos aquí? —preguntó *Mr. Catskill*.

—Algún tiempo. Cuando hayamos aclarado nuestro problema, vendremos otra vez y les diremos lo que pensamos hacer.

—Bueno... bueno... —dijo *Mr. Catskill*.

—Por favor, envíenme una doncella por ferrocarril advirtió riendo *Lady Stella*.

—Yo tengo puesto mi último cuello limpio —agregó *Mr. Dupont*

con un gesto de burla—. No es ninguna broma este fin de semana con Su Señoría.

Lord Barralonga estaba muy tranquilo:

—Creo que Ridley tiene buena mano de cocinero —dijo.

—Yo he hecho de todo en esta vida... y hasta una vez cuidé de una caldera de vapor.

—Un hombre que pudo cuidar una caldera de vapor puede hacerlo todo —dijo *Mr. Perk* con emoción—. Yo no tengo inconveniente en ser el ayudante de *Mr. Ridley*. Mi carrera empezó en una cocina y no me avergüenzo de decirlo.

—Si este caballero quiere enseñarnos la despensa... —dijo *Ridley* señalando a *Serpentine*.

—Es natural... —dijo *Perk*.

—Y si no somos muy exigentes —agregó *Miss Greeta*.

—Yo creo que seremos capaces de gobernarnos —dijo *Mr. Burleigh* a *Cedar*— si al principio contamos con su ayuda y su consejo.

2

Cedar y *Serpentine* permanecieron con los terrícolas en el desfiladero hasta el final de la tarde. Les ayudaron a preparar la cena y sentáronse fuera en el patio del castillo. Se marcharon con la promesa de volver a la mañana siguiente. *Mr. Barnstaple* no pudo reprimir un sentimiento de angustia cuando vio el avión de los utópicos elevarse camino del cielo. Había ayudado a *Lady Stella* en la preparación de una tortilla, y como había llevado a la cocina una fuente y una sartén, después de ser utilizadas, fue el último en sentarse a la mesa. Tuvo el presentimiento al hacerlo de que algo extraño flotaba en el ambiente. *Mr. Catskill* había terminado de cenar y estaba de pie, apoyando una de sus piernas en un banco, arengando a sus compañeros:

—Yo os pregunto, señoras y caballeros: ¿no es una indicación clarísima del Destino nuestra aventura de hoy? No es pura coincidencia que este lugar fuese una fortaleza en los tiempos

pasados. La suerte quiere que sea fortaleza otra vez. En esta memorable ocasión, amigos míos, quiero emular las gloriosas hazañas de Cortés y de Pizarro...

—Mi querido Rupert —dijo *Mr. Burleigh*—, ¿qué se te ha metido ahora en la cabeza?

Mr. Catskill levantó sus manos dramáticamente.

—La conquista de un mundo.

—¡Dios mío! —dijo *Mr. Barnstaple*—. ¿Está usted loco?

—Como Clive —respondió *Mr. Catskill*— o el sultán Baber cuando marchó a Panipat.

—Será una locura —dijo *Hunker*, que parecía estar preparado de antemano para esta sugestión—; pero es una locura admirable, y yo estoy dispuesto a prestarle atención. Siga usted, *Mr. Catskill*.

—Siga —agregó *Lord Barralonga*, que también parecía dispuesto a aceptar el disparate—. Es una jugada, desde luego, pero en estas situaciones no hay más que jugarla o que se la jueguen a uno. Yo soy partidario de la acción inmediata.

—Es una jugada, sí —dijo *Mr. Catskill*—. Pero sobre esta estrecha península, sobre esta milla cuadrada de territorio, el Destino, señores, de dos universos aguardan nuestra decisión. No es el momento de titubear, y el no hacer nada va contra el sentido común. Planear rápidamente... y actuar en seguida.. ¡Ése es el sistema!

—¡Esto es emocionante! —gritó *Miss Greeta Grey* palmoteando sobre sus rodillas y sonriendo a *Mr. Mush*.

—Esta gente —intervino *Mr. Barnstaple*— lleva tres mil años de ventaja sobre nosotros. Para ellos, somos una especie de hotentotes en un vagón de circo planeando la conquista de Londres.

Mr. Catskill, con las manos en la cintura, se revolvió con extraordinario buen humor:

—Tres mil años de delantera en el tiempo, sí... Tres mil años de ventaja, no. Ahí no estamos de acuerdo. Usted dice que esta gente son superhombres, y yo creo que sólo son hombres degenerados. Permítame llamar su atención sobre las razones que me inducen a tal creencia... a pesar de la postura gallarda de los utópicos y de sus considerables hazañas materiales e intelectuales. Mundo ideal... sí... pero al final de su camino. Mi idea es que ellos han alcanzado una cima... y han pasado más allá de ella... y ahora caminan por

pura inercia. Creo que han perdido el poder, no sólo de resistir a las enfermedades, sino de afrontar con eficacia encuentros extraños y emergencias angustiosas. Ellos son muy buenos... ¡demasiado buenos!, pero ineficaces. No saben qué hacer. Aquí está el padre Amerton; interrumpió aquella primera reunión de la manera más insultante posible... (Usted sabe lo que hizo, padre Amerton. No le reprendo; sé que es moralmente delicado y que había cosas allí que le molestaban...). Amenazó a todos como un muchacho que desafiase a un anciano. Dijeron que iban a castigarle. ¿Le han hecho algo?

—Un hombre y una mujer vinieron a hablar conmigo.

—¿Y qué hizo usted?

—Refutarles, simplemente; alcé la voz y los confundí con mis argumentos.

—¿Qué le dijeron a usted?

—¿Qué podrían decir?

—Todos creímos que le iban a suceder cosas horribles al padre Amerton, y no le ha ocurrido nada. Bien, y ahora toco un caso más grave; nuestro amigo Lord Barralonga corrió a troche y moche con su auto... y mató a un hombre. En cualquier parte le habrían retirado la licencia de conducir y le habrían multado, por lo menos. Pero... ¿aquí...? Casi todo ha quedado reducido a un comentario. ¿Por qué? Porque esta gente no sabe qué decir ni qué hacer respecto a esto. Y ahora, por toda medida de seguridad sanitaria, nos ponen aquí, y para que no nos escapemos se limitan a rogarnos que seamos buenos chicos, hasta que ellos vengan a inyectarnos no sé qué cosas y a hacer experimentos con nuestras vísceras. Si nos resignamos, perdemos una de nuestras grandes ventajas sobre ellos, porque no veo la razón que justifique el crimen que supone robarnos nuestra resistencia fisiológica. Ellos podrían curiosear en nuestras glándulas, y la ciencia nos dice que en las glándulas está latente nuestra personalidad. Mental y moralmente seremos destruidos si nos resignamos a ser conejillos de Indias... Pero, ¿y si no nos resignamos? ¿Qué pasará entonces?

—Bien —dijo Lord Barralonga—. ¿Qué hacemos?

—Ellos no sabrán lo que hacer. No nos sugestionemos por las apariencias de belleza y prosperidad. Esta gente está viviendo como vivía el antiguo Perú antes de la llegada de Pizarro: en un enervante

sueño. Se han embriagado con los vapores del socialismo y, como aquel Perú, han perdido la fuerza de la voluntad. Un puñado de hombres y mujeres decididos podrían atreverse... ¿qué digo atreverse?, triunfar en la conquista de semejante mundo. Y ése es mi plan.

—¿Piensa usted conquistar todo este planeta? —interrogó *Mr. Hunker*.

—Magnífica idea —agregó Lord Barralonga.

—Yo creo, señores, que es lícito luchar para que una forma vigorosa de vida triunfe sobre otra más débil, casi caduca. Aquí estamos... en una fortaleza. En una auténtica fortaleza, muy fácil de defender. Mientras ustedes cocinaban, Barralonga, Hunker y yo hemos estado viéndolo todo detenidamente. Si hay necesidad, podremos subir agua desde el cañón; la roca está excavada y forma una cámara inatacable; la pared es sólida y alta, tan lisa que no puede ser escalada; en este gran pasadizo pueden levantarse barricadas, si es necesario; las escaleras bajan a través de la roca a un pequeño puente que en caso de ataque puede ser cortado. Todavía no he explorado el total de la fortaleza, lo que quiere decir que aún podemos hallar nuevas ventajas. En *Mr. Hunker* tenemos un químico —ya lo era antes de dedicarse al cine— y dice que hay bastantes materiales en el laboratorio para fabricar bombas. Tenemos cinco revólveres con municiones. Y alimentos para muchos días.

—¡Oh! Esto es ridículo —dijo *Mr. Barnstaple* poniéndose en pie—. ¡Esto es descabellado! ¡Volvemos contra esta gente amiga! ¿No comprenden ustedes que ellos pueden hacernos volar de un soplo apenas quieran?

—¡Ah! —exclamó *Mr. Catskill*—. Ya hemos pensado en eso. Pero podemos imitar una página de la historia de Hernán Cortés... quien, en el mismo corazón de Méjico, tomó a Moctezuma como su prisionero y rehén. Nosotros también tendremos nuestros rehenes. Antes de iniciar la aventura los tendremos.

¡Dios mío!

—¡Tendremos rehenes!

—Alguien de importancia —advirtió Hunker.

—Cedar y Serpentine son dos personas importantes —agregó *Mr. Burleigh*.

—Pero, señores, ustedes no pueden tomar en serio este sueño de piratas propio de niños de la escuela dijo *Mr. Barnstaple*.

—¡Niños de la escuela! —exclamó el padre Amerton—. ¡Un gabinete ministerial, la Cámara de los Lores y todo el Estado Mayor!

—Mi querido señor —advirtió *Mr. Burleigh*—, nosotros estamos, después de todo, encarándonos con eventualidades. Y por mi vida que no veo el porqué no podríamos convertir en realidad estos proyectos. ¿Qué estaba usted diciendo, Rupert...?

—Que debemos establecernos aquí y asegurar nuestra independencia y hacérsela sentir a los utópicos.

—Oiga, oiga —dijo *Ridley*—. A uno o dos me gustaría hacérsela sentir personalmente.

—Vamos a convertir esta prisión en un palacio, en la primera cabeza de puente de la Humanidad en este mundo. Será como poner un pie en una puerta recién abierta para que nunca más pueda cerrarse, y para que quede libre la entrada a los que nos sigan de nuestra raza.

—Está cerrada —dijo *Mr. Barnstaple*—. Excepto por la clemencia de estos utópicos, no podremos jamás volver a nuestro mundo. Y aun con su clemencia, yo tengo mis dudas.

—Eso es lo que me desvela de noche —suspiró *Mr. Hunker*.

—Eso ya se nos ha ocurrido a todos —dijo *Mr. Burleigh*.

—Y es una idea tan desagradable que no debiéramos hablar sobre ella —agregó *Lord Barralonga*.

—Yo no la tuve hasta este momento —dijo *Perk*—. ¿Qué quiere usted dar a entender, señor, cuando dice que no podremos regresar?

—Las cosas son como son y ya no tienen remedio —intervino *Mr. Burleigh*—. Sigamos oyendo a *Mr. Catskill*.

Éste habló con solemnidad:

—Por una vez estoy de acuerdo con *Mr. Barnstaple*. Estoy seguro de que no volveremos a ver más las queridas ciudades de nuestro mundo.

—¡Sólo hace dos días...! —dijo *Lady Stella* con los labios blancos.

—¡Mi fin de semana prolongado hasta la eternidad! —agregó *Mr. Dupont*.

Durante algún tiempo nadie dijo una palabra.

—¡Podemos morir! ¡Dios mío! —dijo *Perk* con un temblor en la

VOZ.

—Pero yo necesito regresar —exclamó *Miss Greeta*—. Tengo que ir a la Alhambra el 2 de setiembre. Es necesario que vaya. Si vinimos aquí tan fácilmente, resulta ridículo decir que no podemos regresar.

Lord Barralonga la miró con afecto.

—Hay que esperar.

—Hay cosas imposibles... hasta para *Miss Greeta Grey*.

—Flete un aeroplano especial... —dijo ella—. Haga algo.

Él hizo una mueca graciosa y movió la cabeza negativamente.

—Querido mío —dijo ella de nuevo, casi llorando—. Esto no es uno de mis caprichos de vacaciones... Es algo muy serio.

—Querida mía: tu Alhambra está ahora mismo tan lejos como la corte del rey Nabucodonosor.

—Pero yo necesito ir allá... ¡Y eso es lo que hay!

3

Mr. Barnstaple se levantó y se alejó de la mesa paseando hasta una brecha que había en la pared del castillo que daba sobre el desierto exterior. Se sentó allí. Sus ojos fueron desde el pequeño grupo que hablaba alrededor de la mesa, hasta la luz del sol que daba en las crestas de los riscos y la selvática y abandonada colina. En este mundo podría él vivir libre de todas sus preocupaciones anteriores. Pero no estaría en él muchos días si *Mr. Catskill* iniciaba su aventura. Sydenham, su esposa y sus hijos estaban en verdad tan lejos... «como la corte del rey Nabucodonosor». Él le había dedicado a su familia poco más de un minuto de recuerdo desde que le había enviado por correo aquella carta en Victoria. Ahora sentía un extraño remordimiento y de buena gana les enviaría alguna noticia... si pudiera. ¡Qué triste resultaba pensar que jamás volverían a verse! ¿Cómo se las arreglarían sin él? ¿Tendrían dificultades con la cuenta del Banco? ¿O con la prima del seguro? Siempre había tenido la intención de abrir una cuenta en común con su esposa, y nunca se había decidido a hacerlo... Todos los

hombres debían tomar esta precaución... Volvió a prestar atención a *Mr. Catskill* que seguía explicando sus planes:

—Debemos hacernos a la idea de que nuestra estancia aquí puede ser muy larga. No nos hagamos ilusiones sobre el particular. Puede durar años, generaciones, tal vez toda la eternidad...

Esto le chocó a Perk, que no se pudo contener:

—No veo por qué tendríamos que estar aquí tanto tiempo.

—Yo sí lo veo —dijo secamente *Mr. Catskill*.

—Está bien —musitó Perk, y se quedó pensativo con los ojos puestos en *Lady Stella*, sin pestañear.

—Nosotros constituimos una pequeña comunidad extranjera en este mundo, hasta que lo dominemos como los romanos dominaron a los griegos; cuando conozcamos su ciencia la aplicaremos a nuestros propósitos. Esto puede ser el principio de una larga lucha... Pero debemos mantenernos unidos; considerarnos como una colonia, una guarnición, hasta que llegue el día de iniciar el ataque: tener nuestros rehenes en cuanto podamos. Quizás interese a nuestros proyectos capturar algunos utópicos jóvenes para instruirlos en las grandes tradiciones de nuestro Imperio y de nuestra raza.

Mr. Hunker pareció a punto de decir algo, pero se arrepintió. *Mr. Dupont* se levantó de la mesa y se quedó muy atento observando a *Mr. Catskill*.

—¿Educarlos nosotros? —dijo Perk.

—Sí —replicó *Catskill*—. Educarlos. Aquí somos extranjeros... semejantes a otro pequeño grupo de aventureros que hace veinticinco siglos establecieron su campamento en el Capitolio junto al impetuoso Tíber. Esto es nuestro Capitolio. Un Capitolio mucho más grande... que la mayor Roma del mejor de los mundos. Y como el grupo de romanos aventureros, nosotros reforzaremos nuestro ejército tomando como esclavos a los vencidos, y elegiremos entre ellos nuestros criados y consortes. ¡Ningún sacrificio es demasiado grande ante la inmensas posibilidades de esta aventura!

Mr. Dupont parecía nervioso.

—En cuanto a los consortes, se entiende que debidamente casados —puntualizó el padre *Amerton*.

—Debidamente casados —confirmó *Mr. Catskill*—. Y así, señores, nos quedaremos aquí y conquistaremos y dominaremos

todo el territorio que nos rodea, y extenderemos nuestro prestigio, nuestra influencia y nuestro espíritu por toda la superficie de este decadente mundo de Utopía. Al final también seremos capaces de dominar el secreto que Arden y Greenlake estaban buscando, y con él encontraremos el camino de regreso a nuestro planeta, abriendo a los centenares de millones de habitantes de nuestro Imperio...

4

—¡**Q**uieto un momento! —dijo Hunker—. ¡Quieto un momento! Cuidado con ese Imperio...

—Sí, señor... —exclamó Dupont—. ¿Qué entiende usted por «nuestro Imperio»?

Mr. Catskill los miró a la defensiva:

—Cuando yo digo Imperio, hablo en términos generales.

—¡Ah! —dijo *Mr. Dupont*.

—Yo estaba pensando en nuestra... civilización atlántica.

—Antes, señor, usted quiso referirse a la unidad anglosajona de raza de habla inglesa —rectificó *Mr. Dupont* con tono de amargura en la voz—. Permítame recordarle un hecho muy importante que usted parece estar pasando por alto: la lengua de Utopía es la francesa. Debo recordarle esto; debo hacerle ver este hecho evidente. Aunque, desde luego, puede estar seguro de que no haré aquí ninguna clase de coacciones alegando los sacrificios y martirios que ha soportado Francia por la causa de la civilización.

—Comprendo su error —interrumpió *Mr. Burleigh*—. Pero si me perdona la corrección, debo decirle que el idioma de Utopía no es el francés.

Mr. Barnstaple recordó que *Mr. Dupont* no estaba presente cuando los utópicos explicaron las características singulares de su método de entenderse entre sí.

—Permítame, señor, creer en la evidencia de lo que me entra por mis propios oídos —replicó el francés con cortesía—. Estos utópicos, puedo asegurarse lo, hablan francés y nada más que francés... Un excelente francés.

—No hablan lenguaje alguno —dijo *Mr. Burleigh*.

—¿Ni siquiera inglés? —se burló *Mr. Dupont*.

—Ni siquiera inglés.

—¿Ni esperanto tampoco? Pero... ¡bah! ¿Por qué discuto? Hablan francés, y ni siquiera un alemán lo discutiría... Tenía que ser un inglés.

Simpática riña, pensó *Mr. Barnstaple*; no había ningún utópico presente para desengañar a *Mr. Dupont*, y él defendería su creencia a sangre y fuego. Con una mezcla de lástima, mofa y cólera, *Mr. Barnstaple* escuchaba a este pequeño grupo de seres humanos perdido en el crepúsculo de un mundo vasto, extraño y posiblemente enemigo, enfureciéndose en una disputa sobre las posibilidades de sus naciones para dominar Utopía. *Mr. Hunker* no quería oír hablar de Imperio; *Mr. Dupont* no admitía que se pusiera en duda el mejor derecho de Francia; y *Mr. Catskill* estaba frente a ambos, político, diplomático y habilidoso. A *Mr. Barnstaple* esta discusión patriótica le parecía semejante a una pelea de perros en un barco que se hunde. Pero al final *Mr. Catskill*, persistente e ingenioso, tomó ventajas a sus antagonistas. Explicó con calma que había usado la palabra «Imperio» sin proponérselo, disculpándose de haberlo hecho, aclarando que al decir Imperio quería referirse siempre a toda la Civilización Occidental.

—Cuando yo digo Imperio —dijo volviéndose a *Mr. Hunker*—, quiero decir una común hermandad de entendimiento —miró ahora a *Mr. Dupont*—, es decir, nuestra leal e imperecedera Entente.

—Por lo menos no hay aquí ningún ruso —dijo *Dupont*— ni ningún alemán.

—Cierto —dijo *Lord Barralonga*—. Nosotros hemos llegado antes que ellos aquí, y debemos aprovecharnos de esta ventaja...

—Y bien aprovechados —agregó *Mr. Hunker*—, que los japoneses son camorristas.

—No hay ninguna razón para que soportemos aquí intromisiones de los amarillos —advirtió *Lord Barralonga*—. Está bien claro, me parece a mí, que esta conquista corresponde a los hombres blancos.

—Antes de hacer nada —dijo *Mr. Dupont* con frialdad—, permítame que exija una definición más clara de nuestro pacto actual y que pida algunas garantías efectivas de que los inmensos sacrificios que Francia ha hecho y hace por la causa de la

Civilización recibirán su debido reconocimiento y su natural recompensa al final de esta aventura... Creo que estoy en mi derecho.

5

La indignación hizo audaz a *Mr. Barnstaple*.

—¿Están ustedes locos, o lo estoy yo? Esta discusión sobre banderas, países y fantásticos derechos y pactos... es una locura. ¿No se dan ustedes cuenta de nuestra situación actual?

Le faltó la respiración, pero se repuso en seguida.

—¿Son ustedes incapaces de hablar de cosas humanas si no es en términos de banderías, luchas, conquistas... y latrocinios? ¿No se dan ustedes cuenta de la proporción de las cosas y de la calidad de este mundo donde hemos venido a caer? Como ya he dicho antes, parecemos una banda de salvajes escapados de un circo y planeando la conquista de Londres. Parecemos caníbales civilizados que en el corazón de una gran ciudad soñaran con resucitar sus antiguas prácticas de antropofagia. ¿Qué posibilidades tenemos en esta lucha fantástica?

Mr. Ridley habló con tono de censura.

—Usted olvida cosas que se acaban de decir. Muchas cosas. Esta gente está postrada en cama con sarampión; carecen de todo sentido de lo que nosotros llamamos voluntad de lucha.

—¡Muy bien dicho! —agregó *Mr. Catskill*.

—Bien... —replicó *Mr. Barnstaple*—. ¿Supone usted que eso nos da posibilidades? Si esto da a su proyecto esperanzas también le da tintes más pesimistas y oscuros. Aquí hemos sido elevados sobre las verdades de nuestro tiempo a la realidad de una civilización que nuestro mundo sólo podrá alcanzar después de muchos siglos. ¡Éste es un mundo en paz, espléndido, feliz, lleno de sabiduría y de esperanza! ¡Si nuestras menguadas fuerzas y ruin astucia se lo proponen, vamos a destrozarlo todo! ¡Nos estamos proponiendo arruinar un mundo! Yo os digo que esto no es una aventura: es un crimen, una abominación.

Yo no tomaré parte en ella. Estoy contra vosotros en este proyecto.

El padre Amerton habría hablado si *Mr. Burleigh* no le hubiese hecho callar con un gesto.

—¿Qué se propone usted hacer? —preguntó *Mr. Burleigh*.

—Rendirme a la evidencia del poderío de este mundo. Aprender lo que pueda de estos hombres dioses. Mientras, podemos ser curados de nuestras intoxicaciones, quedaremos inmunes de todo contagio y se nos permitirá regresar desde este alejado desierto de ruinas, turbinas y rocas, a los bellos jardines que apenas hemos entrevisto. Allí podremos aprender mucho de esta civilización. Y finalmente podremos ingresar a nuestro mundo... con conocimientos, esperanzas y ayuda, misioneros de un nuevo orden.

—Pero ¿por qué...? —empezó a decir el padre Amerton, aunque de nuevo le cortó la palabra *Mr. Burleigh*.

—Todo lo que usted dice —replicó éste— carece de fundamento; usted ve a Utopía a través de cristales de color de rosa. Nosotros... —contó los asistentes—, once contra mío, vemos las cosas sin sus favorables prejuicios.

—¿Y puedo preguntar —dijo el padre Amerton dando sobre la mesa un golpe que hizo saltar todos los vasos— quién es usted para erigirse en juez y censor de la opinión general de la Humanidad? Porque yo le digo, señor, que aquí en este desolado, malvado y extraño mundo, nosotros, los doce, representamos a la Humanidad. Somos la vanguardia, los pioneros... en el nuevo mundo que Dios nos ha dado, casi como dio Canaán a Israel, el pueblo elegido, hace tres mil años. ¿Quién es usted...?

—Lleva razón —dijo *Perk*—. ¿Quién es usted?

Mr. Barnstaple no sabía cómo defenderse de ataque tan directo. Estaba desamparado. Inesperadamente, *Lady Stella* vino en su ayuda.

—Esto no es justo, padre Amerton —dijo—. *Mr. Barnstaple*, como cualquiera, tiene perfecto derecho a expresar su opinión.

—Y habiéndola expresado —dijo *Mr. Catskill*, que había estado paseando arriba y abajo al otro lado de la mesa—, debe dejarnos proceder en nuestros asuntos. Es inevitable que continuemos estudiando la conquista de Utopía. Todos estamos de acuerdo menos él, y somos suficiente mayoría para que las decisiones que

tomemos sean válidas.

—Desde luego —dijo Mush, mirando a *Mr. Barnstaple* con maligna expresión—. ¡Muy bien! Supongo que seguiremos el sistema natural en semejantes casos. No le pediremos, señor —*Mr. Barnstaple* advirtió el peligro que se cernía sobre él—, que luche con los honores de un combatiente; le pediremos sólo que haga algún trabajo útil...

Mr. Barnstaple levantó las manos como si se defendiera de sus enemigos:

—No. No estoy dispuesto a ser útil. No reconozco analogía entre esta situación y una guerra. De cualquier modo que se plantee, yo soy enemigo de este proyecto... de latrocinio de una civilización. No puedo considerarme beligerante en la lucha, porque no creo que ésta sea justa... Yo le suplico, *Mr. Burleigh*, usted que no es sólo un político, sino un hombre de cultura y un filósofo, que haga recapacitar a todos sobre este disparate que estamos a punto de cometer... cuyos actos de violencia y daño caerán sobre nuestras cabezas.

—*Mr. Barnstaple* —dijo *Mr. Burleigh* con grave dignidad y con acento de reproche en la voz—. En efecto, creo que puedo decir que soy un hombre con alguna experiencia de los asuntos humanos. Yo no puedo convenir en todo con mi amigo *Mr. Catskill*. Aún más; en muchos aspectos de la cuestión soy totalmente contrario a él. Si yo tuviera aquí poderes autocráticos, diría que nosotros hemos de ofrecer resistencia a los utópicos por nuestro propio respeto, pero no una resistencia violenta y agresiva como él propone. Pero ni *Mr. Hunker*, ni *Lord Barralonga*, ni *Mr. Mush*, ni *Mr. Dupont* comparten mi opinión. Y lo que yo propugno como necesidad imperiosa en nuestro pequeño grupo de terrícolas, perdido en este extraño universo, es unidad y sólo unidad. Pase lo que pase, la disputa interna será siempre nuestro mayor enemigo. Debemos ayudarnos hasta hacemos como un solo hombre. Discutamos, si usted quiere, cuando haya tiempo para discutir, pero lo que importa ahora es decidir y actuar. Sobre la necesidad de asegurarse un rehén o dos, no tengo ninguna duda, y en eso *Mr. Catskill* tiene toda la razón.

Mr. Barnstaple era un mal polemista.

—Pero estos utópicos son humanos como nosotros. Todo lo bueno nuestro lo tienen ellos.

Mr. Ridley interrumpió con una voz áspera.

—¡Oh, Dios! No podemos perder el tiempo en discusiones inútiles. Se está poniendo el sol y no hacemos sino hablar. Debemos tomar posiciones y decidir nuestro plan antes de la noche. ¿Puedo proponer que elijamos a *Mr. Catskill* como capitán con plenos poderes militares?

—Yo me uno a esa proposición —dijo *Mr. Burleigh* con grave humildad.

—Quizá *Mr. Dupont* —dijo *Mr. Catskill*— querría ser capitán adjunto mío, representando a Francia, nuestra gloriosa aliada, su gran país.

—A falta de más valioso representante —accedió *Mr. Dupont*—, y sólo para estar seguro de que los interese;; franceses son debidamente respetados.

—¿Y si *Mr. Hunker* quisiera ser mi teniente? Lord Barralonga sería nuestro alcalde y el padre Amerton nuestro capellán y censor. *Mr. Burleigh*, me olvidaba de decirlo, será nuestro jefe civil.

Mr. Hunker tosió. Frunció el ceño con la expresión de quien quiere hacer una delicada advertencia:

—Yo no seré el teniente. No tomaré posición oficial porque soy radicalmente contrario a toda clase de... alianzas con extranjeros. Pero, a pesar de esto, cuando necesiten mi ayuda, la tendrán.

Mr. Catskill se sentó a la cabeza de la mesa e indicó la silla inmediata a *Mr. Dupont*. *Miss Greeta Grey* se sentó al otro lado, entre él y *Mr. Hunker*. *Mr. Burleigh* se sentó enfrente. El resto se acomodó alrededor del capellán, excepto *Lady Stella* y *Mr. Barnstaple*, quien sin disimulos volvió la espalda al nuevo comandante. *Lady Stella* permaneció sentada al extremo de la mesa, mirando con indiferencia las crestas desoladas de las montañas lejanas. Luego se levantó:

—Va a hacer mucho frío en cuanto se ponga el sol. Voy a buscar una manta de viaje...

M*r.* Barnstaple no necesitaba estar presente en las deliberaciones del Consejo de Guerra. Fue paseando hasta una de las brechas que rompía la pared del viejo castillo, subió por una escalera de piedra y llegó a la muralla. El ruido del agua en el fondo de los cañones era entonces como un trueno continuado. Había aún luz de sol en los picachos altos de las montañas, pero todo el resto del mundo estaba sumido en una sombra azulada y una neblina lechosa subía de los cañones y ocultaba los torrentes. Subió casi al nivel del pequeño puente que unía el cañón más estrecho con una escalera que llevaba al sitio opuesto. Por primera vez desde que había llegado a Utopía, notó que el aire estaba frío. Y la soledad tremenda le produjo una angustiosa sensación de pena. Sobre el más ancho de los cañones estaban haciendo algún trabajo de ingeniería; periódicas ráfagas de luz atravesaban la niebla. Lejos, sobre la montaña, un solitario aeroplano, muy alto, reflejaba los rayos del sol y enviaba al suelo temblorosos fogonazos de una luz morada; después se desvaneció en el cielo profundamente azul. Miró abajo, al gran patio de armas del viejo castillo. Alguien había traído una luz, y el capitán Rupert Catskill, el nuevo Hernán Cortés, estaba escribiendo órdenes mientras su Estado Mayor rodeaba respetuoso al jefe recién estrenado. La luz brillaba en la cara, los hombros y los brazos de *Miss Greeta Grey*; estaba curioseando por encima del hombro del capitán, viendo lo que éste escribía. *Mr.* Barnstaple pudo ver cómo alzaba la mano 7 se tapaba la boca para disimular un involuntario bostezo.

CAPÍTULO III

MR. BARNSTAPLE ES DECLARADO TRAIADOR A LA HUMANIDAD

1

Mr. Barnstaple pasó buena parte de la noche sentado en la cama, meditando sobre la situación que los últimos acontecimientos le habían creado. ¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer? ¿Dónde estaba su libertad? Las tradiciones e infecciones de la Tierra habían convertido esta maravillosa aventura en una peligrosa competencia entre dos mundos. Ahora no se le ofrecían más que dos oportunidades: o los utópicos demostraban ser los más fuertes y los más sabios, y él y todos sus compañeros piratas serían aplastados y muertos como sabandijas, o las disparatadas ambiciones de *Mr. Catskill* serían realizadas y ellos llegarían a ser una llaga infame en el bello cuerpo de esta noble civilización, como una banda de bandoleros arrasando Utopía año tras año, edad por edad, hasta volverla a la atrasada condición de la Tierra. Él no tenía más que una solución: pasarse a los utópicos, revelarles el proyecto de los terrícolas, y entregarse con todos a su clemencia. Pero esto había que hacerlo con calma antes de que se tomasen los rehenes y empezara el derramamiento de sangre.

Pero no era fácil escapar de los terrícolas. *Mr. Catskill* tendría ya organizados servicios de centinelas, y la especial situación del desfiladero le permitía vigilar todos los caminos propicios a la fuga. *Mr. Barnstaple* había sido siempre un rebelde; despreciaba a los partidos políticos y a sus jefes; al agresivo conquistador, al acaparador financiero, al falaz negociante; los detestaba como a las avispa, ratas, hienas, pulgas, ortigas y cosas parecidas; toda su vida había sido un ciudadano de Utopía exiliado en la Tierra. Si siempre había soñado con servir a Utopía, ¿por qué no servirla ahora? Si los

terricolas eran una tripulación disparatada, el hecho de permanecer junto a ellos suponía una aceptación del rumbo y el gobierno de la nave a punto de hundirse para siempre. Sólo a dos personas entre los terrícolas, *Lady Stella* y *Mr. Burleigh*, les tenía alguna simpatía; y respecto a *Mr. Burleigh*, tenía sus dudas, porque le resultaba uno de esos hombres extraños que parecen saberlo todo y no sentir nada. Le daba la impresión de un ser inteligentemente irresponsable... ¿Y no sería esto peor que ser inteligentemente aventurero, como Hunker o Barralonga? El pensamiento de *Mr. Barnstaple* volvió desde su larga excursión ética a la realidad que le rodeaba. Mañana podría estudiar el terreno y hacer sus planes, y quizás en el crepúsculo pudiera escapar. Era muy propio de su carácter esta decisión de diferir la fuga hasta el día siguiente.

2

Pero los acontecimientos no podían esperar por *Mr. Barnstaple*. Le llamó *Mr. Perk* para decirle que en lo sucesivo la guarnición sería despertada cada mañana por un toque de cornetín, dado con un aparato que Ridley había inventado; en efecto, un desolador aullido de este invento inauguró la nueva Era. *Mr. Barnstaple* recibió una hoja de papel en la cual *Mr. Catskill* había escrito:

«*Mr. Barnstaple*. Ayudar a Ridley a preparar el desayuno, almuerzo y cena; servir la comida; barrer y fregar; estar a las órdenes del teniente Hunker en laboratorio químico para ayudarles en los experimentos y en la construcción de bombas; mantener laboratorio siempre limpio».

—Ésta es su tarea —dijo Perk—. Ridley le espera.

No era cosa de discutir, si pensaba escapar. Buscó a Ridley y organizaron entre los dos una imitación

—Muy buena de las cocinas militares inglesas en lo más duro del año 1914. A las seis y media se dio el desayuno. Los hombres, formados militarmente, fueron revistados por *Mr. Catskill*, seguido a respetuosa distancia por *Mr. Dupont*; *Mr. Hunker* estuvo frente a la formación durante la revista a pocas yardas de distancia; todos los

hombres formaron, excepto *Mr. Burleigh*, que por ser el jefe civil de Utopía estaba todavía en la cama, y *Mr. Barnstaple*, que no era combatiente. *Miss Greeta* y *Lady Stella* estaban sentadas en una esquina del patio cosiendo una bandera. Iba a ser una bandera azul con una estrella blanca, bien distinta de cualquier bandera nacional para no herir la patriótica sensibilidad de alguna persona de la reunión. Sería el símbolo de la liga de las Naciones Terrícolas. Después de la parada la guarnición se distribuyó en sus diversos puestos de trabajo; *Mr. Dupont* asumió la jefatura, y *Mr. Catskill*, que había vigilado toda la noche, se fue a dormir. Tenía la cualidad napoleónica de dormir sólo una hora al día.

Mr. Perk subió a lo alto del castillo para dar un vistazo. Hubo algún intervalo entre la hora en que *Mr. Barnstaple* terminó con *Ridley* y la hora en que *Hunker* le necesitó en el laboratorio, y este tiempo lo dedicó a una inspección de la pared del castillo. Mientras estaba de pie en la antigua muralla calculando sus oportunidades de fuga aquella misma tarde, un aeroplano apareció sobre el desfiladero y se posó en la ladera inmediata. Dos utópicos descendieron, hablaron algo con sus aviadores y después se volvieron hacia la plaza fuerte de los terrícolas.

—*Serpentine* y *Cedar* —dijo *Mr. Catskill*, que había subido tras de *Mr. Barnstaple* y observaba a los recién llegados con sus anteojos—. Y vienen solos. ¡Magnífico!

Se volvió e hizo una señal con la mano a *Perk*, quien respondió con dos toques de llamada, señal de que el jefe convocaba a asamblea general. En el patio del castillo apareció el resto de las fuerzas aliadas. *Mr. Catskill* pasó junto a *Mr. Barnstaple* sin dirigirle la palabra, se unió a *Mr. Dupont*, *Mr. Hunker* y sus subordinados y procedió a instruirlos en sus planes para Ir campaña inmediata. *Mr. Barnstaple* pudo oír lo que les decía, pero observó con desagrado que cada hombre, cuando el jefe terminaba de hablarle, daba un taconazo y saludaba militarmente. Después, a una voz del comandante, se dispersaron.

Había una escalera que conducía al patio a través de un pasaje abovedado labrado en la pared de roca. *Ridley* y *Mush* se situaron a la derecha de esta escalera bajo un saliente de mampostería, con lo que quedaban ocultos para alguien que llegase por allí; el padre *Amerton* y *Mr. Hunker* se ocultaron en la parte opuesta. El

sacerdote llevaba un rollo de cuerda, y *Mr. Mush* examinaba una pistola, que luego se metió con cuidado en el bolsillo del pantalón. Lord Barcalonga tomó posiciones algo más arriba que *Mr. Mush* y quedó a la expectativa con un revólver en la mano; *Mr. Catskill* permaneció en lo alto de la escalera con otro revólver; *Mr. Dupont*, armado con la pata de una mesa, se agazapó detrás de su comandante.

Mr. Barnstaple tardó en darse cuenta exacta del significado de tales precauciones, pero cuando sus ojos fueron desde las ocultas figuras del interior del castillo a las dos de los confiados utópicos que venían hacia ellos, se dio cuenta de que en un par de minutos *Serpentine* y *Cedar* podían ser hechos prisioneros. No tuvo duda respecto de su deber. Pero su espíritu indeciso, incapaz de tomar una determinación rápida, estuvo a punto de traicionar a su voluntad.

3

Confiaba en una mediación pacífica. Levantó un brazo y gritó:

—¡Eh...!

El grito iba dirigido tanto a los terrícolas como a utópicos, pero nadie advirtió su señal ni oyó su débil voz. Entonces su voluntad se aferró a una sola lea: *Serpentine* y *Cedar* no debían ser apresados, bufaba indignado de su vacilación y de su cobardía. ¡Pero no serían apresados! Esta payasada debía frustrarse en el acto. En cuatro zancadas estuvo en lo más alto de la muralla y gritó a todo pulmón:

—¡Peligro...! ¡Peligro...! ¡Peligro...!

Oyó una exclamación de asombro de *Catskill* y un tiro de pistola, cuyo proyectil silbó muy cerca de él. *Serpentine* se detuvo en seguida y miró hacia arriba, tocando en el brazo a *Cedar* y señalando a *Mr. Barnstaple*, que seguía gritando:

—¡Estos terrícolas quieren tomarnos prisioneros! ¡No vengáis aquí! ¡Peligro...!

Se oía abajo a *Mr. Catskill* maldiciendo del revólver que no disparaba. *Serpentine* y *Cedar* iniciaron el regreso... pero despacio y

titubeando. De momento, *Mr. Catskill* no supo qué hacer, pero a poco empezó a gritar:

—¡A por ellos...! ¡Detenedles...! ¡Venid aquí...!

—¡Escapad...! —gritaba mientras tanto *Mr. Barnstaple* a los utópicos—. ¡Escapad rápidamente...! ¡Daos prisa...!

Los ocho hombres que constituían la fuerza combatiente de los terrícolas en Utopía, con escándalo y ruido de dos batallones, salieron corriendo hacia los asombrados utópicos. *Mr. Mush* iba a la cabeza sin dejar de disparar; *Ridley* iba a sus talones; muy cerca, *Dupont*; el último, con una cuerda, el paire *Amerton*.

—¡Regresad...! —gritaba *Mr. Barnstaple* con voz quebrada.

Cansado de gritar se cruzó de brazos. Los aviadores bajaban las escalerillas de sus aviones y corrían en auxilio de *Serpentine* y de *Cedar*, mientras en el cielo azul aparecieron dos aeroplanos. Los dos utópicos fueron alcanzados por sus perseguidores en pocos segundos. *Hunker*, *Ridley* y *Mush* dirigían el ataque. *Dupont*, enarbolando su garrote, se desvió hacia la derecha, como si intentara interponerse entre los casi prisioneros y los aviadores que acudían en su ayuda. *Catskill* y *Perk* se adelantaron a todos: *Barralonga* estaba a retaguardia, y el padre *Amerton* se había detenido para enrollar su cuerda convenientemente. Tras unos momentos de parlamento, *Serpentine* se apoderó con rapidez de *Hunker*; sonó una pistola y luego otra, hasta tres disparos.

—¡Oh, Dios mío!

Mr. Barnstaple vio a *Serpentine* levantar los brazos y caer pesadamente hacia atrás; después. *Cedar*: había cogido y levantado a *Mush* y le había tirado contra *Mr. Catskill* y *Mr. Perk*, haciendo con todos un revuelto montón. Con un grito salvaje, *Mr. Dupont* cerró contra *Cedar*, pero no con bastante rapidez; el utópico paró el golpe, cogió a su agresor por una pierna, le volteó, como uno puede voltear una sabandija, y luego lo arrojó contra *Mr. Hunker*. *Lord Barralonga* corrió hacia atrás y empezó a disparar a los aviadores que se aproximaban. Lo que había sido unos momentos un confuso montón de piernas y brazos agitándose en el suelo volvió a ser tres personas independientes. *Mr. Catskill*, *Perk* y *Mush*, y, poco después. *Hunker* y *Dupont*, se agarraron a *Cedar* como perros de caza abalanzados contra un jabalí, hasta derribarle. El padre *Amerton* daba vueltas inútilmente a su rollo de cuerda.

Mr. Barnstaple estaba asombrado de la fuerza de Cedar; después de iniciada la lucha vio llegar a otros utópicos que corrían en defensa de sus compañeros. Los otros dos aeroplanos ya habían aterrizado. *Mr. Catskill* se dio cuenta de la llegada de los refuerzos casi al mismo tiempo que *Mr. Barnstaple*. Sus voces de «¡Regresad...! ¡Regresad al castillo...!» llegaron a oídos de *Mr. Barnstaple*. Los terrícolas titubearon y empezaron a correr hacia el castillo, pero antes *Ridley* se volvió y disparó contra Cedar, que estaba caído en el suelo. Los terrícolas se retiraron al pie de la escalera que conducía al interior de la fortaleza y subieron por ella desordenados, confusos y tristes. Cincuenta yardas más allá, *Serpentine* gemía revolcándose de dolor; y Cedar estaba bañado en sangre, como muerto. Cinco utópicos acudían presurosos en su ayuda.

—¿Qué son esos disparos? —preguntó *Lady Stella* a *Mr. Barnstaple*.

—¿Han cogido ya los rehenes? —añadió *Miss Greeta Grey*.

—¡Por mi vida! —dijo *Mr. Burleigh*, que acababa de subir a la muralla—. ¿Cómo ha podido fallar el plan?

—Yo les avisé —dijo *Mr. Barnstaple*.

—¡Usted...! ¿Les avisó a ellos? —respondió *Mr. Burleigh* sin quererlo creer.

—¡Traición nos hizo! —La voz de *Mr. Catskill*, llena de cólera, se oía por todo el castillo.

4

De momento *Mr. Barnstaple* no hizo nada por escapar del peligro que se cernía sobre él. Había vivido siempre rodeado de seguridades y, como en muchos hombres civilizados, la facultad de advertir el peligro personal inmediato estaba bastante atrofiada. Era espectador por temperamento, y estaba ahora como si se contemplase a sí mismo en un escenario, figura central de una gran tragedia. La idea de huir vino poco a poco, como si su pensamiento se desentumeciera después de un largo sueño.

—¡Soy un traidor! —decía en voz alta—. ¡Soy un traidor!

Se acordó del puente sobre el desfiladero; podía llegar a él en seguida si actuaba con más rapidez que los súbditos de *Mr. Catskill*. Anduvo a lo largo del muro y pasó cerca de *Mr. Burleigh*, pero éste era demasiado civilizado para intervenir con oportunidad en su captura; ganó la escalera que conducía a la ciudadela, y se detuvo un momento para examinar la situación. *Catskill* estaba ocupado poniendo centinelas en las puertas. Quizá no había pensado todavía en el pequeño puente e imaginaba que *Mr. Barnstaple* estaba cercado y a su disposición todo el tiempo que le conviniera. Fuera, los utópicos se llevaban a sus heridos... o muertos. Subió la escalera y estuvo en la ciudadela en un momento; después de estudiar el terreno bajó por una tortuosa escalerilla que conducía a una especie de calabozo. Allí, seguro de no ser visto, empezó a actuar con rapidez. El calabozo tenía cinco puertas; contra una había un montón de cajas de envases; eliminada ésta y aquélla por la que había entrado, quedaban tres para elegir la salida. Corrió de una a otra, y todas daban a una escalera de piedra. Estuvo titubeando, y de pronto observó que por la tercera llegaba un soplo de aire fresco, señal de que por ella se salía al exterior. ¿De dónde iba a venir aquel aire, si no? Antes de salir dejó todas las puertas abiertas. Oyó el rumor de los que bajaban desde la ciudadela; con cuidado de no hacer ruido, corrió escaleras abajo, y no se detuvo hasta el primer rellano; quería escuchar los movimientos de sus perseguidores.

—Ésta es la puerta del puente, señor —oyó gritar a *Ridley*.

Y después, oyó decir a *Catskill*:

—La Roca Tarpeya.

Y a *Barralonga*:

—¡Exactamente! ¿Por qué desperdiciaríamos cartuchos? ¿Está usted seguro de que por aquí se va al puente, *Ridley*?

El tropel de los que le perseguían atravesó el calabozo y pasó..., por debajo de *Mr. Barnstaple*, por otra escalera.

—Un respiro —murmuró nuestro hombre.

Se detuvo espantado. ¡Estaba en una trampa! ¡La escalera por donde ellos iban era la que conducía al puente! Tan pronto como llegaran al final verían que él no estaba en el puente y que, por lo tanto, no era posible que hubiese escapado; obstruirían el camino, cerrando y afianzando las puertas, pondrían centinelas y regresarían

para matarle como a un conejo. ¿Qué estaba diciendo Catskill de la Roca Tarpeya? ¡Horrible final...! ¡Pero no le cogerían vivo! Lucharía como un gato acorralado y les obligaría a disparar y a matarle a tiros. Anduvo por debajo de la escalera. Al principio estaba el camino muy oscuro, pero después volvió a encontrar luz. El pasadizo terminaba en una gran bodega o sótano, bien alumbrado por dos ventanas sin cristales, abiertas en la misma roca. Parecía un almacén de provisiones; a todo lo largo de una de las paredes estaban apiladas centenares de botellas; frente, había un montón de cajas de envases y cubos dorados. Cogió una botella por el cuello y comprobó que serviría perfectamente como garrote en caso de apuro. ¡Supongamos que hiciera una especie de barrera con los envases! Si alguno de sus perseguidores entraba, le golpearía con la botella y le aplastaría el cráneo... Había tiempo de hacer una buena barricada... Trajo tres de las cajas más grandes hasta la puerta; después tuvo una inspiración y miró a la ventana.

Escuchó con cuidado en la puerta de la escalera. No se oía ni un ruido. Fue a la ventana y se tumbó en el alféizar arrastrándose hacia adelante hasta que pudo ver fuera, arriba y abajo. La roca parecía cortada a pico y tendría unos mil quinientos pies de profundidad; un gran contrafuerte ocultaba casi del todo el puente, excepto el extremo final, que parecía estar a unas veinte o treinta yardas por debajo de la ventana. *Mr. Catskill* apareció en el puente, muy pequeño y distante, escudriñándolo todo con mucha atención. *Mr. Barnstaple* se escondió en seguida; después, muy discretamente, se asomó otra vez. *Mr. Catskill* regresaba ya. Se decidió; no había tiempo que perder. En su juventud, antes de que la Gran Guerra convirtiese los viajes en algo costoso e incómodo, *Mr. Barnstaple* había hecho algunas escaladas en Suiza, y en Cumberland y en Gales. Observó la roca cercana con una mirada inteligente; estaba cortada casi horizontalmente por unos huecos, que daban la sensación de que allí había habido una considerable filtración de algo blanco y cristalino que él supuso que sería calcita; esta sustancia se había ido pulverizando hasta dejar una serie de ranuras irregulares en sentido horizontal. Con suerte, podía pasarse a lo largo del risco, saltar el contrafuerte y trepar al puente.

Después tuvo otra idea, tal vez más feliz. Podría alcanzar la primera de aquellas hendiduras y permanecer escondido en ella

hasta que los terrícolas hubiesen registrado la bodega, y después podría regresar a ella libre de peligro. Aunque ellos mirasen por la ventana no podrían verle, y si dejaba huellas de dedos en el alféizar y las descubrían, creerían sin duda que él había intentado saltar y había caído al fondo del barranco, matándose. La idea de ocultarse en la hendidura de la roca no se le iba de la imaginación. Muy cautelosamente, salió por la ventana, encontró un saliente, puso los pies en él y empezó a caminar hacia su escondite. Pero surgió una dificultad inesperada, al tropezar con una zanja de cinco yardas; se confió a sus pies y salvó el peligro; más allá, fue un terrón de una vena mineral que se rompió bajo sus pasos inesperadamente, sin consecuencias catastróficas, porque sus manos estaban agarradas en firme; luego se desprendió una piedra, que cayó rebotando en la roca y haciendo un horrible ruido. Quedó como paralizado, temeroso de que el ruido le delatara.

—Ya no estoy en buena forma —murmuró—. No estoy en buena forma.

Rezó antes de reanudar la travesía. Estaba ya muy cerca del escondite, cuando un débil ruido le hizo volver los ojos a la ventana por donde acababa de escapar. Ridley estaba mirándole y sus ojos brillaban en medio de sus blancos vendajes.

5

Al principio Ridley no había visto a *Mr. Barnstaple*.

—¡Cáspita! —dijo al verle, y se retiró apresuradamente.

Se oyó un rumor de voces que decían cosas ininteligibles. *Mr. Barnstaple* quedó inmóvil, aunque bien pudo haberse escondido antes de que apareciera *Mr. Catskill*, con el revólver en la mano. Durante unos minutos ambos se observaron en silencio.

—Venga o disparo —dijo *Mr. Catskill*.

—¡Dispare! —contestó *Mr. Barnstaple*, después de reflexionar un momento.

Mr. Catskill asomó la cabeza y contempló la profundidad del cañón.

—No es necesario —respondió—. Hemos de ahorrar cartuchos.

—Es usted un cobarde.

—No, no lo soy.

—No, no lo es, desde luego. Usted es... demasiado civilizado.

Mr. Catskill le miró sin hostilidad.

—Usted tiene mucha imaginación —continuó *Mr. Barnstaple*—, pero ha sido detestablemente educado. ¿Qué es la verdad para usted? El Imperio, los anglosajones, los exploradores y los detectives son el estado mayor de su talento. Si yo hubiera ido a Eton como usted, sería lo mismo que usted es ahora, desde luego...

—Eton, no; Harrow —corrigió *Mr. Catskill*.

—Una escuela pública perfectamente animal. Debí suponerlo. Dadas sus buenas ideas, usted pudo haber sido muy diferente de lo que es. ¡Si yo hubiese sido su maestro...! Pero es demasiado tarde ya.

—Lo es... —dijo *Mr. Catskill* sonriendo glacialmente y volviendo los ojos al fondo del barranco terrible.

Mr. Barnstaple empezó a sentir que las piedras fallaban bajo sus pies.

—No se preocupe —dijo *Catskill*—. No voy a disparar.

Una voz dentro, quizá la de Lord Barralonga, dijo algo sobre lanzar a *Mr. Barnstaple* desde una roca. Alguien, Ridley sin duda, aprobó ferozmente.

—No sin darle una oportunidad —dijo *Catskill*.

Su cara era inescrutable, pero una fantástica idea empezó a germinar en la mente de *Mr. Barnstaple*; *Mr. Catskill* no necesitaba matarle ; habría pensado utilizarle como intermediario para pactar con los utópicos.

—No queremos cometer un crimen con usted. Queremos oírle y que se defienda. El Consejo de Guerra se reunirá en seguida —sus ojos brillaron calculando las posibilidades de salvación de *Mr. Barnstaple*—. No perderemos tiempo en nuestras deliberaciones y, desde luego, no tengo dudas respecto de nuestro veredicto. Le condenaremos a muerte... sí. Aunque dudo de que dure usted ahí más de un cuarto de hora. Su suerte está definitivamente echada —miró hacia arriba calculando la altura del desfiladero—. Tal vez le arrojemos desde allí...

—Los que van a morir te saludan —dijo *Mr. Barnstaple*, con una

extraña gana de bromear—. Si usted me lo permitiera, yo procuraría encontrar de momento una posición más cómoda.

Mr. Catskill le miró con frialdad.

—Nunca le he tenido mal querer —añadió *Mr. Barnstaple*—. Hubiera yo sido su maestro y todo habría sido diferente. Gracias por ese cuarto de hora de vida que me augura. Y si por algún azar...

—Pudiera ser...

Mr. Barnstaple reunió todas sus energías y avanzó por el saliente de la roca desafiando el precipicio. Y escapó. Todavía estaba *Mr. Catskill* asombrado de la fuga espectacular de su víctima, cuando Lord Barralonga seguía abogando por el inmediato lanzamiento del traidor desde lo alto de la roca.

6

La mente humana es un mecanismo muy extraño. De la desesperación, *Mr. Barnstaple* había pasado al alborozo. Su primera sensación de horror ante la perspectiva de trepar hasta tal altura había sido sustituida por una casi infantil seguridad en el éxito de sus proyectos de fuga. La impresión de su muerte inmediata había desaparecido. En realidad, empezaba a gozar de la aventura con un absoluto desprecio por averiguar cómo terminaría todo aquello. Ahora veía perfectamente el puente y el cañón. El saliente que estaba escalando no llegaba hasta el puente; pasaba a unos treinta pies por debajo, y lo peor era que entre él y el puente había dos zanjaz de profundidad incalculable Empezó a lamentar no haberse quedado en el sótano y haberse defendido en él. Le dolían mucho los brazos. Tuvo miedo porque creyó ver sobre la roca la sombra de un gran pájaro; pensó en que él no estaba en condiciones de defenderse si era atacado por un ave de presa; recordó una historia que había leído, pero en la que nunca había pensado hasta ahora. Después oyó un fuerte crujido sobre su cabeza y un peñasco pasó muy cerca de él y se rompió a poco en mil pedazos. Comprendió que era visible desde arriba. Reanudó su travesía con energía febril.

La zanja estaba mejor de lo que él esperaba; difícil de alcanzar,

pero fácil de bajar. A un centenar de pies más abajo habla una especie de escalón, en el que tenía la entrada un anchuroso nicho, con capacidad bastante para que un hombre se tendiese en él si lo necesitaba. Allí descansarían los brazos de *Mr. Barnstaple* y se abandonaría a la deliciosa sensación de no colgar de ninguna parte, y estaría fuera de la vista y del alcance de sus perseguidores. A la espalda del nicho había una fuente. Bebió y empezó a pensar en alimentarse y a lamentar que no se hubiese traído algunas provisiones del sótano; pudo haber abierto uno de aquellos cubos dorados o meterse en el bolsillo un pequeño frasco de vino; el alcohol le reanimaría mucho en esta ocasión. Pero no quiso pensar en esto de momento. Descansó un largo rato y luego escudriñó aquella especie de chimenea. Parecía muy honda, y aunque sus paredes eran lisas, no debía ser imposible descolgarse por ella apoyándose con la espalda en una parte y los pies en la otra del hueco. Miró su reloj. No eran todavía las nueve de la mañana... Le había llamado *Ridley* antes de las cinco y media; a las seis y media se había servido el desayuno; *Serpentine* y *Cedar* debían haber aparecido sobre las ocho; en unos diez minutos habían sido heridos; después, la fuga y la persecución... ¡Qué rápidamente habían sucedido las cosas...!

Tenía todo el día por delante. Podría dejar el descenso hasta las nueve y media. A su hora empezó a descender; durante irnos cien pies le fue muy fácil: después, poco a poco, la chimenea se ensanchaba, aunque él no lo advirtió hasta que perdió pie y resbaló. Luchó al pronto para evitar la caída, pero no pudo evitarla; cayó hasta una segunda plataforma, mucho más amplia que la anterior. Estaba dolorido, pero sin heridas.

—Mi suerte —dijo— sigue siendo buena.

Descansó un poco, y después, confiado en que todas las cosas saldrían bien, se sentó a inspeccionar el próximo trayecto de su descenso. Descubrió que era absolutamente imposible seguir bajando; la chimenea se hacía recta y lisa en unas veinte yardas y no tenía menos de seis pies de ancha. Comprobó que era igualmente imposible desandar el camino. No quería creerlo; parecía demasiado tonto. Se echó a reír como puede reírse un hombre que se encuentra con que su madre se niega a reconocerle después de una ausencia de un par de días. Dejó de reír para repetir el examen con detalles.

Tocó con sus dedos la superficie de la roca tan lisa como si estuviese pulimentada.

—Pero esto es absurdo —dijo con un escalofrío de terror—. No hay ningún camino para escapar. No puedo ni seguir ni regresar. Estoy cogido como una rata. Mi buena suerte me ha abandonado.

7

A mediodía *Mr. Barnstaple* estaba sentado en su nicho, tan aburrido como un paciente incurable en su sillón de enfermo, sin nada que hacer y sin esperanza alguna de mejorar. No tenía ni una oportunidad entre diez mil de que pudiera suceder algo que le salvase de esta trampa. Caía un chorro de agua a su espalda, pero no tenía alimentos; ni siquiera una brizna de hierba para masticar. A menos que decidiera arrojarse al fondo de aquel pozo, no le quedaba más solución que morir de hambre... Aunque quizá la noche fuese tan fría que le matase antes. A tan triste fin había venido a parar desde el molestísimo oficio de periodista en Londres y las molestias domésticas de Sydenham. ¡Triste viaje había hecho él y su *peligro amarillo*! Camberwell, Victoria, Hounslow, Slough y Utopía; las montañas del Paraíso; cien fascinantes visiones de un mundo de auténtica felicidad y orden; los aeroplanos volando sobre medio mundo..., y ahora, la muerte de frío y de hambre en aquella cavidad.

La idea de abreviar sus sufrimientos lanzándose al abismo no le seducía. Estaría aquí y sufriría lo que fuese preciso hasta el final. Trescientos años más tarde, todavía estarían sus perseguidores esperando su regreso. Era triste... Después de todo, a esto o a algo parecido tenía que llegar la mayoría de la Humanidad. Más tarde o más temprano la gente tenía que sufrir y morir; todos tenían que enfermar, soportar luego fiebres altísimas, debilitarse poco a poco y acabar perdiendo por completo la sensibilidad. Pensaba él que era preferible morir de esta manera a morir de muerte repentina; merecía la pena mirar la muerte cara a cara durante algún tiempo, tener serenidad para escribir «Fin» en la propia vida, pensar sobre

todas las cosas que uno había hecho y hacerlo con independencia y desprendimiento.

Su mente estaba clara y tranquila; una triste serenidad, como el claro cielo del invierno, se apoderaba de él. Sabía que tendría aún sufrimientos mayores, pero no creía que fuesen intolerables. Si lo fuesen, el cañón bostezaba abajo. A este respecto, su nicho de roca era el mejor lecho de muerte. Su cama de enfermo moribundo era demasiado amplia para poder meditar en ella sobre su situación. Morir de hambre era pavoroso, según había él leído; el hambre sería irresistible al tercer día, pero cuando llegara a la debilidad del final ya no sentiría casi nada. No sería una tortura parecida a la de un cáncer o a la agonía de un loco. Estaría solo, sí... ¿Pero está uno menos solo muriéndose en su casa? La gente va y viene diciendo «¡pobre!, ¡pobre!», y hacen una serie de gestos inútiles. El camino hasta el final hay que recorrerlo absolutamente solo. Cada muerte es un acto solitario, una marcha independiente...

Un hombre más joven habría encontrado muy triste esta soledad en el nicho de la roca, pero *Mr.* Barnstaple había vivido la intensa desilusión del compañerismo; le habría gustado una última charla con sus hijos y con su esposa, pero estos deseos quizá fuesen más sentimentales que reales. Cuando tenía que charlar con sus hijos se sentía tímido. Como ellos tenían ya personalidad propia habían exigido libertad para crecer a lo largo y a lo ancho de los límites de su voluntad. Ellos, bien lo sentía él, estaban tímidos en su presencia: defensivamente tímidos. Más tarde, sus hijos serían hombres..., pero eso ya no lo conocería él. Quería que ellos pudieran saber lo que le había ocurrido a su padre. Esto le preocupaba; quería justificarse ante ellos; tal vez estarían pensando que él les había abandonado o había sufrido un ataque de amnesia, o había caído en malas compañías y escapado con una mujerzuela. Si esto era así, estarían preocupados y avergonzados, o gastando dinero inútilmente para averiguar su paradero.

Uno tiene que morir. Muchos hombres habían muerto así, caídos en sitios extraños, perdidos en oscuras cavernas, abandonados en islas desiertas, encarcelados y dejados perecer en una mazmorra. Era bueno morir sin grandes congojas. Pensó en los millones de hombres que habían sido crucificados por los romanos... ¿Fueron ocho o diez mil los del ejército de Espartaco caídos a lo largo de la

Vía Apia? ¡Cuántos negros encadenados y muertos de hambre! Le chocó que algunas cosas fuesen más terribles en su pensamiento que en la realidad. Todo es cuestión de un poco más o un poco menos de sufrimiento... Cruz, rueda de tortura, silla eléctrica o cama de hospital...; el caso era el mismo: ¡te tocó morir y no tienes salvación!

Era agradable encontrarse con que uno podía pensar estoicamente en estas cosas. Era bueno comprobar que no estaba uno desesperado. Y *Mr. Barnstaple* estaba sorprendido de encontrarse ahora un poco preocupado sobre si era o no era inmortal. Estaba preparado para encontrarse inmortal o al menos para comprobar que no se acabaría del todo con la muerte. Le era imposible imaginarse cómo sería el morir; no podía imaginarlo; no podía tampoco calcular cuál sería el futuro del alma. No le tenía miedo a esto; no había pensado en la posibilidad de un castigo ultraterreno, y no lo temía. Él había sido débil, limitado y algunas veces tímido, pero el castigo de estos defectos estaba en los defectos mismos. Dejó de pensar en la muerte. Empezó a pensar en la vida en general, en su desgracia actual, en sus antiguas aspiraciones. Sintió amargura por no haber visto más cosas del mundo en Utopía, el cual era en muchos aspectos una muestra de lo que la Tierra podría llegar a ser. Habría sido muy alentador ver cómo los sueños humanos se habían hecho ya realidad aquí, pero era una lástima haberlo perdido todo cuando sólo empezaba a vislumbrarlo. Se planteó algunas cuestiones que no tenían respuestas sobre la economía, el amor y la guerra. De cualquier modo estaba contento de haber vivido tanto y tan de prisa.

La Edad de la Confusión de la Tierra también podría evolucionar a su tiempo y alcanzar una absoluta rectitud moral en la Humanidad. Agazapado en un agujero en el risco del gran despeñadero, con incalculable altura y profundidad arriba y abajo, amenazado de frío, hambre e incomodidades, este pensamiento era extrañamente confortador para *Mr. Barnstaple*. ¡Pero con qué vileza habían él y sus compañeros faltado a la gran amistad de Utopía! Ni uno había levantado su mano para poner coto a las pueriles imaginaciones de *Mr. Catskill* y la brutal agresividad de sus compañeros. ¡Qué insensible el padre Amerton! ¡Qué débil *Mr. Burleigh*! Y... ¿había estado él mejor? Desaprobando siempre y

siempre, en una ineficaz y sistemática oposición. La misma Greta Grey, ¡qué impenetrable a cualquier idea que no fuese la de que ella se lo merecía todo! *Lady Stella* era de arcilla más fina, pero se quemaba en un fuego inútil. Las mujeres, pensaba, no habían estado bien representadas en aquella inesperada excursión terrícola a Utopía.

Todo el trato que los terrícolas habían tenido con los utópicos había ido encaminado a retrotraerles a las agresiones, sojuzgaciones, crueldades y desórdenes de la Edad de la Confusión a la que pertenecían. Habían intentado volver a Utopía al estado de la Tierra. La vieja Tierra estaba ahora en Utopía: un jardín y una gloria, el Paraíso Terrenal, excepto que estaba hollado por estos Catskills, Hunkers, Barralongas, Ridleys, Duponts y gente de tal calaña. Contra sus atropellos parecía no haber otros remedios que las quejas de los Peeves, la permanente desaprobación de los Burleigh y las ineficaces protestas suyas. Y unos pocos escritores y filósofos cuyas obras nadie sabía entender ni valorar.

Una vez más se encontró *Mr. Barnstaple* pensando en su viejo amigo el inspector de escuelas y escritor de libros escolares, que había trabajado tanto y había muerto tan lastimosamente; había luchado por Utopía toda su vida. ¿Cuántos miles de estos utópicos quedaban todavía en la Tierra? ¿Qué milagro les sostenía?

—Me gustaría enviarles un mensaje, de corazón a corazón.

Pero era cierto. Aunque él se muriera de hambre como una bestia caída en un pozo, Utopía había triunfado y seguiría triunfando. Los luchadores, los patriotas y los boicoteadores habían terminado. Sólo las cosas ciertas prevalecían allí, la verdad, la idea clara, año tras año, edad tras edad, despacio e invenciblemente, como un diamante crece en medio de la oscuridad y las presiones de la tierra. ¿Cuál sería el fin de aquella pobre gente que quedaba allí arriba? Su asidero a la vida era aún más precario que el suyo, porque él podría morir de hambre, pero ellos se habían rebelado contra el poder y la sabiduría de Utopía, y tal vez ahora la fuerza de este mundo estuviese cayendo sobre ellos. Todavía le quedaba un débil remordimiento por su traición en la emboscada preparada por *Mr. Catskill*. Sonrió ahora al recordar la tonta convicción que él había sentido de que si Catskill podía capturar sus rehenes, la Tierra podría precaver sobre Utopía. Esta creencia le había precipitado en

la rebeldía. Sus débiles gritos habían sido todo lo que se había sentido en aquel mundo para desviar a los terrícolas de sus monstruosos proyectos.

Cuando recordó a Cedar arrojando a Mush como a una sabandija, y la estatura y la fuerza de Serpentine, dudó de que, aun habiendo entrado ambos hasta la escalera, hubiera sido posible para los terrícolas apoderarse de ellos. Los revólveres habían disparado tan pronto como llegaron a la ladera, y Catskill, en vez de rehenes, había conseguido herir a dos hombres amigos. ¡Qué proyecto más imbécil el de Catskill! ¿Pero había sido menos tonto el comportamiento de los políticos de la Tierra en los últimos cinco años? En el tiempo en que el mundo agonizaba en la Gran Guerra, parecía que Utopía se acercara a la vida terrícola. Las nubes negras y el humo de tales años habían sido barridos por la luz de la esperanza y la promesa de un mundo mejor. Pero los nacionalistas, los financieros, el clero y los patriotas habían reducido a la nada tales esperanzas; habían monopolizado viejos venenos y los habían inyectado en el débil espíritu de la Civilización. Habían contado sus armas, levantado sus emboscadas y puesto sus mujeres a bordar banderas de discordia.

Pero la Esperanza era una perpetua resurrección y no podía desaparecer.

—Utopía vencerá.

Puso atención a un ruido que había oído antes sin atenderlo mucho; un temblor en las rocas, una especie de sonido lejano de un motor; crecía a veces para luego disminuir hasta hacerse casi imperceptible. Sus pensamientos volvieron a sus compañeros; tenía la esperanza de que ellos estarían demasiado asustados allí arriba; deseaba que sucediera algo que conservara y aumentara el valor de *Lady Stella*; se preocupaba afectuosamente de ella. Por lo demás, ¡sería tan bonito que todos combatieran con valentía hasta el final! A lo mejor estaban ahora emocionándose con la exposición de algún nuevo y descabellado proyecto de *Mr. Catskill*. Excepto *Mr. Burleigh*, que estaría descansando..., convencido de que, por él al menos, todavía cabía alguna solución caballerosa. Y con seguridad que no estaría más miedoso que si no estuviese allí. Amerton y tal vez Mush estarían refugiados en sus dogmas religiosos, y en cuanto a Perk, ¡como había vino en el sótano!

Seguirían las leyes naturales. ¿Cómo iban a evadirse de las leyes de la costumbre y del instinto? *Mr.* Barnstaple se hundió en un mar metafísico. Miró su reloj. Eran las doce y veinte. O miraba su reloj con más frecuencia... o el tiempo pasaba más despacio. Se sentía ya hambriento. Esto no podía ser hambre auténtica todavía; podía ser su imaginación, para hacerle perder el control de sus nervios.

CAPÍTULO IV

EL FINAL DE LA CUARENTENA

1

Mr. Barnstaple despertó poco a poco, y a disgusto, de un sueño de cocinas. Él era Soyer, el famoso jefe de cocineros del «Reform Club», y estaba inventando y saboreando nuevos platos. Pero en el sueño no sólo era Soyer, sino que algunas veces era un utópico biólogo y hasta Dios omnipotente. Por eso podía no sólo hacer nuevos platos, sino también hacer nuevos vegetales y carnes para condimentarlos; estaba interesando en una nueva especie de ave de corral, de la raza de Chateaubriand, combinación de las ricas cualidades de un buen bistec y el tamaño y delicadeza de una succulenta pechuga de pollo. En el sueño vinieron varios ayudantes de cocina, desnudos como los utópicos, cargados con aves para la despensa, y diciendo que ellos querían subir; para demostrar que subirían, empezaron a trepar por las paredes de la cocina, que eran de roca. Sus figuras llegaron a oscurecerse, y empezaron a arrojar hacia arriba nubes de vapor desde un caldero donde hervían ropa, a pesar de lo cual el vapor era muy frío.

Mr. Barnstaple estuvo ya completamente despierto. Su pensamiento luchaba entre el sueño y la realidad. Prestó mucha atención a dos figuras que se movían, ajenas, al parecer, a su presencia tan cerca de ellas; indudablemente tenían una escalera de cuerda fijada arriba, pero lo que ahora intentaban hacer era incomprensible para *Mr.* Barnstaple. Uno estaba todavía en el rellano donde había dormido *Mr.* Barnstaple; el otro, apoyado en sus hombros, iba sujetando la cuerda con los pies contra la roca; la cabeza de una tercera figura apareció sobre el borde del mismo rellano. Era evidente que estaba subiendo por una segunda escalera de cuerda. Los tres fantasmas empezaron a discutir sobre algo. *Mr.*

Barnstaple captó que uno de los utópicos mantenía que él y sus compañeros habían trepado bastante alto, pero otro insistía en que debían subir aún más. En unos momentos zanjaron el asunto. Empezaron a subir uno tras otro, hasta que *Mr.* Barnstaple les perdió de vista; tras ellos quedó la escalera de cuerdas y una especie de sogas gruesas que parecían estar arrastrando hacia arriba.

Los músculos de *Mr.* Barnstaple se relajaban. Bostezó en silencio, estiró sus doloridos miembros y se levantó cautelosamente para curiosear. Los utópicos parecían haber alcanzado el rellano superior y estar ocupados en algo allí. La cuerda que dejaron colgando se puso muy tensa. Parecía que con ella estaban elevando algo desde el fondo de aquella chimenea. Después se vio que era un gran fardo, posiblemente con herramientas o armas, envuelto en un material que le defendía de los golpes contra las paredes de aquel pozo. Después hubo un período de silencio. Oyó un sonido metálico, como un opaco martillar intermitente. Saltó hacia atrás para no ser alcanzado por el extremo de una cuerda fina, que parecía estar suspendida de una polea. Aquel misterioso sonido se hizo semejante al de una lima mordiendo una pieza de acero, y después, un trozo de roca cayó estrepitosamente al vacío.

2

M*r.* Barnstaple no supo qué hacer. Le daba miedo llamar a los utópicos y revelar su presencia en aquel lugar. Pensó que, tras la herida de *Serpentine*, era muy difícil saber cómo los utópicos se comportarían con un terrícola encontrado oculto en un pozo oscuro. Examinó la escalera de cuerdas que habían traído aquellos utópicos que le habían despertado de su sueño de cocinas. Estaba sujeta por un largo clavo que habría sido colocado en la roca mientras él dormía. La escalera estaba hecha de travesaños y anillas a intervalos de unos dos pies. Era de tan liviano material que, de no verlo, se hubiera podido dudar de su resistencia para soportar el peso de un hombre. Se le ocurrió que podría descender por ella y probar suerte con los utópicos de abajo. También pensó que podría

atraer la atención de los utópicos de arriba y que esto le proporcionaría alguna desagradable sorpresa, pero estaba entusiasmado con la idea de abandonar el lúgubre nicho de roca, y esto podía más que todos los temores.

Puso las manos en una anilla, apoyó las piernas en uno de los travesaños, escuchó los pequeños ruidos de los tres utópicos que trabajaban arriba y empezó a descender. Era un descenso interminable. Lamentó no haber empezado a contar las anillas de la escalera; estaba seguro de haber bajado centenares de escalones, y siempre que miraba hacia abajo, el abismo parecía más profundo y más oscuro. La luz de la Luna a través de la neblina era toda la luz que desde arriba llegaba. Tan pronto estaba cerca de la roca como la escalera de cuerda parecía caer a plomo en oscuros espacios sin fondo. Le dolían mucho las manos y los pies. Una nueva y desagradable idea se le ocurrió: algún utópico de los de arriba podría descolgar la escalera y precipitarlo en el vacío. Se tranquilizó pensando que siempre tendría tiempo de sentir mover las cuerdas y gritar:

—Soy un terrícola. Un inofensivo terrícola.

Empezó a gritar estas palabras a título de prueba. El eco las reproducía, pero ningún ruido contestaba a ellas. Quedó en silencio otra vez. Descendía con mucho cuidado, con un intenso deseo de tirar de una vez la escalera y descansar. De pronto oyó un sonido metálico y vio un relámpago de luz verde. Quedó rígido; vino un nuevo relámpago verde; su luz revelaba la profundidad del pozo; todavía quedaba por recorrer una inmensa distancia... Y arriba algo... No se le ocurría qué pudiera ser aquel relámpago, ni qué cosa era lo que a su luz había vislumbrado: al principio le pareció una gran serpiente, y luego pensó que podía ser también un cable muy grueso. Pero no podía imaginarse cómo las tres o cuatro figuras que él había visto subir pudiesen mover cuerda tan colosal; la cabeza de este cable o serpiente parecía estar elevándose por sí misma; tal vez la estuviesen elevando por medio de cuerdas sin que él pudiera advertirlas.

Escuchó, y no pudo oír nada sino aquella especie de latido que había observado antes, como si una máquina estuviese funcionando muy suavemente. Reanudó el descenso. Cuando al final de él alcanzó un lugar donde estar de pie, quedó muy sorprendido. La

escalera de cuerda caía un poco más; unas yardas, y ya terminaba. Estaba todavía asombrado del brusco final de la escalera de cuerdas, cuando percibió una galería cercana cortada en la roca viva. Estaba tan cansado que por algún tiempo no pudo desprender las manos de los travesaños de la escalera.. Con precauciones saltó de ella y se dejó caer; la escalerilla se columpió tras él en la oscuridad y después vino retorciéndose a golpearle juguetonamente y a dejarle sobre el hombro una brizna de hierba.

La galería donde se encontró parecía seguir una vena de material cristalino, a lo largo de la roca. Tenía la altura de un hombre. Si ésta era una mina habría algún camino para salir a la superficie. El ruido del torrente era mucho más fuerte ahora, y calculó que quizás habría bajado dos terceras partes de la altura del desfiladero. Estuvo inclinado a esperar la luz del día. La esfera iluminada de su reloj le decía que eran ahora las cuatro en punto. No estaba lejos la madrugada. Encontró un sitio confortable en la roca y se tumbó. Le pareció luego que la madrugada había venido muy rápidamente, pero la realidad era que se había dormido durante un buen rato. Cuando miró de nuevo al reloj ya eran las cinco y media. Fue al borde de la galería y miró el lugar donde había visto aquel misterioso cable. Las cosas eran pálidas e imprecisas, aunque claras.

Las paredes del cañón parecían subir indefinidamente y desvanecerse en las nubes. Un utópico se movía allá lejos, casi oculto por una curva de la galería. No pudo encontrar escalera para bajar, sino cinco o seis cables horizontales que podrían servir para pasar desde la galería al sitio opuesto del cañón; por cada uno corría una especie de rueda de la que colgaba un cable con un gancho al final balanceándose en el vacío; tres de los cables estaban libres, pero en los otros dos estaban funcionando tales ruedas: *Mr.* Barnstaple examinó una de ellas, y apenas la tocó, se puso en marcha inesperadamente y por milagro no le empujó hacia el fondo de aquel pozo interminable. Tuvo que agarrarse a uno de los cables y sujeto a él, volando como un pájaro, cayó en una playa al otro lado del torrente. El porrazo en la arena fue suave; todo volvía a ir bien.

Sus nervios y su voluntad estaban tan cansados que estuvo un largo rato inmóvil. Después examinó la playa. Había grandes

montones de mineral cristalino y un cable —evidentemente para elevarlo— bajaba desde una invisible grúa, pero no se veía ni un utópico. Paseó hasta cerca del torrente. La luz iba en aumento. El mundo dejó de ser blanco y negro y el color volvió a todas las cosas. *Mr.* Barnstaple estaba hambriento y aburrido. La arena se hizo demasiado blanda para sus pies. Sintió que no podría pasear hasta más lejos. Tenía que esperar ayuda. Se sentó en una piedra y miró hacia arriba, hacia el desfiladero de la cuarentena, cortado a pico sobre su cabeza.

3

El risco levantábase semejante a la proa de un arco gigantesco; unos mechones de niebla escondían la vista de *Mr.* Barnstaple la cima y el puente. El cielo, entrevisto a través de algunos claros en la niebla, era de un azul intenso. Cuando desapareció la niebla, los rayos del sol naciente doraron el viejo castillo, la plaza fuerte de los terrícolas. El puente y la fortaleza estaban muy lejos y toda aquella parte del desfiladero parecía una gorra militar en la cabeza de un soldado gigantesco. Por debajo del nivel del puente, cerca de donde los tres utópicos habían trabajado y tal vez estuviesen todavía trabajando, pasaba algo oscuro, una especie de cuerda gruesa. *Mr.* Barnstaple sacó la conclusión de que aquello podía ser el cable que él había visto a la luz de aquellos verdes fogonazos durante la noche. Después observó una cosa singular sobre la cresta del más abierto de los dos cañones: era un enorme disco que había aparecido en uno de los bordes del desfiladero; un disco similar a éste había en el borde opuesto, cerca de la escalera que conducía al pequeño puente.

Dos o tres utópicos, apenas perceptibles porque estaban muy lejos, se movían a lo largo del borde de todo el risco y manipulaban algo que parecía tener relación con los dos grandes discos. *Mr.* Barnstaple observó estas operaciones con la misma cara de sorpresa que un salvaje que nunca hubiera oído un disparo observaría las maniobras para disparar un cañón. Oyó un sonido familiar: el clarín

del castillo de la cuarentena que tocaba diana. Casi simultáneamente la pequeña figura napoleónica de *Mr. Rupert Catskill* apareció sobre el azul del cielo. Perk estaba de pie junto a él. El capitán de los terrícolas miraba los discos misteriosos con sus anteojos de campaña. *Mr. Barnstaple* pensaba para sí que no podía adivinarse la nueva locura que aquel hombre estaría maquinando ahora. *Mr. Catskill* dio alguna orden a Perk, que saludó militarmente y desapareció.

Una explosión sonó junto al pequeño puente. ¡Había sido volado! *Mr. Barnstaple* vio la metálica armazón caer al fondo del profundo barranco, y segundos después oyó el estrépito infernal de la caída. ¿Quién hizo esto?, se preguntó horrorizado, pero *Mr. Catskill* contestó a su pregunta corriendo hacia aquella parte del castillo y mirando hacia abajo manifiestamente sorprendido. Sin duda, eran los utópicos que habían volado el puente. Junto a *Mr. Catskill* aparecieron *Mr. Hunker* y Lord Barralonga. Los gestos denunciaban una acalorada discusión. La luz del sol iba bajando poco a poco por la pared del desfiladero. El enorme cable brillaba con destellos erizos. Los tres utópicos que habían despertado a *Mr. Barnstaple* durante la noche aparecieron descendiendo por la escalera de cuerda muy rápidamente Y una vez más *Mr. Barnstaple* oyó el curioso reñido que había oído ya varias veces, como de una máquina en marcha, pero que ahora sonaba mucho más cerca, en todas partes, a su alrededor, en el aire, en el agua, en las rocas, en sus huesos.

De pronto apareció algo junto a los terrícolas. Parecía saltar junto a ellos, pararse y saltar otra vez, hasta la altura de la cintura de un hombre; era una bandera que estaban izando allá arriba. Cuando estuvo en lo alto del asta un remolino de aire la desplegó dejó a la vista una blanca estrella sobre un campo azul. Era la bandera de la Tierra... La bandera de la cruzada para restablecer en Utopía las luchas, los conflictos y las guerras. Cerca, apareció la cabeza de *Mr. Burleigh* examinando los discos utópicos a través de sus lentes.

El latido intermitente en los oídos de *Mr.* Barnstaple creció con rapidez y subió a su extrema intensidad. Rápidamente, grandes relámpagos de luz violeta saltaron de un disco a otro, pasando a través del castillo. La bandera cayó arrancada de su asta; *Mr.* Burleigh perdió su sombrero; *Mr.* Catskill tuvo que luchar con los faldones de su chaqueta que le caían en la cabeza. Al poco tiempo el castillo giró como si un gigante lo hubiera cogido con la mano y : retorciera, y se perdió de vista. Una gran columna es polvo quedó en su lugar; las aguas del torrente se levantaron en altísimos surtidores; un ruido ensordecedor hirió los tímpanos de *Mr.* Barnstaple; la fuerza del aire le cogió y le despidió una docena de yardas; se sintió envuelto en una nube de polvo, de piedras y de agua. Quedó molido y atontado.

—¡Dios mío...!

—No se le ocurrió otra lamentación. Luchó con desesperación y se sintió repentinamente enfermo. Tuvo la versión final de la cresta del desfiladero cortada como un queso rebanado con un cuchillo. Después perdió el conocimiento.

LIBRO TERCERO UN INTRUSO EN UTOPIA

UN INTRUSO EN UTOPIA

CAPÍTULO PRIMERO

LAS PACÍFICAS COLINAS DE JUNTO AL RÍO

1

Dios ha hecho más universos que páginas hay en todas las bibliotecas de la Tierra; el hombre no puede conocer más allá de la mitad de estos mundos. *Mr.* Barnstaple tenía la sensación de estar flotando de estrella a estrella y de plano a plano a través de una incesante variedad de maravillosas existencias. Pasó los límites del ser; minó el corazón de montañas inconmensurables; navegó de lo perdurable a lo no perdurable en un río de pequeñas e infinitas estrellas; por último, alcanzó un período de profunda calma. Había un cielo de nubes calentadas por la luz del sol poniente; y un horizonte de graciosas y onduladas colinas cubiertas de césped y coloreadas con la púrpura de las maderas nobles, el verde de los arbustos y un amarillo semejante al de los trigos maduros; aquí y allí había edificios majestuosos, jardines y pequeñas villas. Había también árboles parecidos a 'los eucaliptos —aunque con las hojas más oscuras— sobre las colinas más lejanas; y todo el paisaje terminaba en un amplio valle donde un río corría en curva casi semicircular hasta hacerse invisible en la media luz de la tarde.

Sus ojos cansados descubrieron a *Lychnis* sentada junto a él. Ella le sonrió y le puso sus dedos en los labios. Él tenía un vago deseo de dirigirse a ella; sonrió débilmente y movió la cabeza. Ella se levantó y se separó de él, que estaba demasiado débil y sin voluntad para levantar la cabeza y mirar hacia donde ella había ido. Pero vio que se había dejado en una mesa una taza de plata llena de flores de un azul intenso. El color de las flores retuvo su atención y la desvió del primer impulso de curiosidad. Deseaba saber si los colores eran en

verdad más brillantes en Utopía o si algo en el aire modificaba sus sensaciones. Más allá de la mesa estaban los blancos pilares de la sala. Una rama de eucalipto llegaba con sus hojas oscuras hasta muy cerca de ellos. Y se oía música. Era un elemental artificio de sonidos, una dulce cascada de mágicas notas que refrescaba su conciencia; parecía la canción de un celestial Debussy. Era la paz...

2

Estaba despierto otra vez. Intentó recordar. Había sido golpeado y aturdido de una manera violenta que no podía precisar. La gente había estado a su alrededor y había hablado sobre él y sus heridas. Recordaba el intenso dolor de sus piernas. Debía de haber estado mucho tiempo con la cara junto al suelo, tal vez sepultado. Después había vuelto en sí, y la brillante luz del sol naciente había herido sus pupilas.

Dos gentiles diosas le habían dado algo reconstituyente. Había sido traído en los brazos de una mujer como un niño pequeño. Después de todo esto había una nebulosa en su memoria sobre un largo viaje a través del espacio; la visión de una enorme y complicada maquinaria; pero todo era aceptado por su conciencia con un matiz de duda. Luego estuvo seguro de haber oído voces en consulta, de haber sentido el pinchazo de una inyección, de haber inhalado alguna especie de gas... Y morir... ¡El encanto del sueño...!

¿Cómo había llegado hasta allí? El pozo... la luz verdosa... los utópicos luchando con un cable enorme... Repentinamente tuvo la clarísima visión de la cumbre del desfiladero levantada, arrancada del sueño y lanzada contra el cielo, y después el castillo girando como un remolino, con su flamante bandera y dos desgredadas figuras, pasando por delante de él r espacio y seguro, como pasan los grandes buques junto a los muelles con sus banderas y sus pasajeros. Toda la maravilla de su gran aventura vino a la memoria de *Mr. Barnstaple*.

Se sentó dispuesto a preguntar sobre todo y de todo lo que le atormentaba. Lychnis apareció de nuevo a su lado. Se sentó en la cama cerca de él, mullió os almohadas y le persuadió de que reposara la cabeza en ellas; le convenció de que había sido curado de una grave enfermedad pero que estaba todavía muy débil.

—¿De qué enfermedad? —preguntó él, recordando en seguida el inmediato pasado—. Había una epidemia... Una especie de epidemia general de todas vuestras enfermedades.

Ella sonrió asintiendo. Ya había terminado; la ciencia y la organización de Utopía habían vencido al peligro. Lychnis, sin embargo, no había tenido nada que temer de los microbios invasores; su trabajo había consistido en el socorro y cuidado de los enfermos. Algo hizo pensar a *Mr.* Barnstaple que ella estaba apenada porque este trabajo de socorro y cuidado no fuese necesario más tiempo. Él miró sus bellos y amables ojos; no, no estaba apenada porque Utopía estuviese curada otra vez; esto era increíble; pero le parecía a él que estaba apenada porque ella no podría emplear más tiempo en socorrer enfermos y cuidar débiles, y que estaba contenta de que él, al menos, necesitase todavía de sus cuidados.

—¿Qué fue de la gente que se hizo fuerte en la roca? —preguntó—. ¿Qué fue de los otros terrícolas?

Ella no lo sabía. Pensaba que habrían sido arrojados fuera de Utopía.

—¿Enviados a la Tierra?

No, no lo creía. Quizás habrían sido lanzados a otros universos, pero ella no lo sabía con seguridad. Ella era una mujer sin aptitudes matemáticas y las ciencias fisicoquímicas y las complejas teorías de las dimensiones que interesaban a tanta gente en Utopía estaban fuera de su círculo de ideas. Creía que el castillo habría sido lanzado fuera del universo utópico. Mucha gente estaba ahora interesada en trabajos experimentales sobre inexploradas dimensiones, pero ésta era materia que le daba a ella bastante miedo. Retrocedía ante tales problemas como ante el borde de un

abismo. No necesitaba pensar dónde habrían ido los terrícolas, en qué profundidades habrían sido enterrados o en qué inmensidades hundidos. Semejantes pensamientos abrían terribles precipicios a sus pies, donde ella había pensado que todo era fijo y seguro. Era lo que en la Tierra llamaríamos una mujer de ideas conservadoras. Amaba la vida tal como era y tal como había sido siempre. Se había impuesto la obligación de cuidar a *Mr.* Barnstaple cuando se encontró con la agradable sorpresa de que él había escapado a la suerte de los otros terrícolas, pero no se había ocupado poco ni mucho de las particularidades de esta suerte, y había evitado pensar sobre el particular.

—¿Pero dónde están ellos...? ¿Dónde han ido...?

Ella no lo sabía. Le convenció de su antipatía a los nuevos descubrimientos que habían inflamado la imaginación de los utópicos. El momento crucial había sido el experimento de Arden y Greenlake que trajo a los terrícolas a Utopía. Ésta había sido la primera ruptura de las invencibles barreras que habían mantenido a su universo en las tres dimensiones conocidas del espacio tradicional; se habían abierto los abismos; había sido el toque de clarín para que comenzaran los nuevos y maravillosos trabajos que ahora ocupaban a los utópicos; había sido la primera hazaña con resultado práctico de una intrincada red de trabajos, teorías y deducciones.

Mr. Barnstaple pensaba en los humildes descubrimientos de la Tierra; en Franklin aprisionando al rayo en su cometa, y en Galvani con sus danzantes ratas de rana, confusos ambos ante el milagro que tenía la electricidad al servicio de los hombres. Pero había sido necesario siglo y medio para que la electricidad hiciera sensibles cambios en la vida humana, ruque los investigadores terrícolas eran pocos y los caminos de la investigación lentos y llenos de envidias y rencores. En Utopía hacer un nuevo descubrimiento era encender una conflagración intelectual, cientos de miles de investigadores en libre y abierta cooperación estaban ahora trabajando a lo largo de los caminos abiertos por Arden y Greenlake. Cada año, nuevas posibilidades de relaciones interespaciales estaban siendo planeadas en Utopía.

Se frotó la cabeza y los ojos con las dos manos y acostó. Se sintió deliciosamente seguro rodeado de tanta serenidad, aunque esta

serenidad no fuese sino una ilusión, porque la paz de la tarde estaba tejida con increíbles billones de átomos girando vertiginosamente. Toda la paz que el hombre ha conocido siempre es como la suavidad de la superficie de un lago profundo, cuyas aguas inferiores corren a velocidad de locura a precipitarse en la inmediata cascada. Tiempo llegará en que los hombres puedan hablar de colinas perdurables. Hoy un chico de la escuela sabe que las colinas se disuelven bajo la nieve, el viento y la lluvia y se derraman buscando el mar día por día, hora por hora. Tiempo llegará en que los hombres puedan hablar de Tierra Firme y sientan la Tierra segura bajo sus pies. Ahora saben que gira a través del espacio y alrededor de su eje, conducida a ciegas por un sol por medio de un torbellino de estrellas. Y esta bella cortina de apariencias, ese mundo inundado por la luz del sol durante el día, o decorado durante la noche por el gran telón de fondo del espacio estrellado, era demasiado amable para ser ahora de pronto desgarrado y acribillado por un capricho científico...

—¿Pero dónde está mi gente? —preguntó otra vez—. ¿Dónde están sus cuerpos? ¿Es posible que estén todavía vivos?

Ella no podía contestarle. Él se puso a pensar... Era natural que estuviera cuidado por una mujer sin cultura ninguna; la gente inteligente no se ocuparía de él más que en la Tierra nos ocupamos de un perro para amaestrarlo y enseñarle a hacer monerías. Ella no necesitaba pensar en las relaciones interesaciales; el asunto era demasiado difícil para su inteligencia; era una utópica fracasada. Sólo servía para estar sentada junto a él, con una divina dulzura en la cara. Supuso que la cresta del desfiladero habría sido retorcida y lanzada fuera de Utopía a otro espacio. Era inverosímil que a estas horas los terrícolas estuviesen rebelándose otra vez en un planeta distinto. Probablemente habían sido tirados al vacío, al espacio interestelar de algún desconocido universo...

¿Qué les sucedería? ¿Se helarían? El aire podría hacerlos desaparecer en un instante. Su propia gravitación les aplastaría. No tendrían tiempo de sufrir. Meditó sobre sus posibilidades.

—Arrojados de aquí —dijo en alta voz— como una caja llena de ratones se arroja por la borda de un barco...

—No le comprendo —dijo Lychnis.

Entonces preguntó él con ansiedad:

—Y ahora... ¿qué va a ser de mí?

4

Durante algún tiempo Lychnis no le contestó, mirando con sus grandes ojos a través de la niebla. Después se volvió a él con esta pregunta:

—¿Usted quiere quedarse en este mundo?

—Seguramente todos los terrícolas han soñado alguna vez con estar en este mundo. Mi cuerpo ha sido purificado ya... ¿Por qué no iba a querer quedarme aquí?

—¿Le parece a usted un buen mundo?

—Amor, orden, salud, energía y maravillas... Hay de todo lo bueno por lo que mi mundo sueña y trabaja desde siglos.

—Pues con todo eso, todavía nuestro mundo no está contento.

—Yo sí lo estaría.

—Usted está todavía muy débil y cansado.

—En este ambiente yo estaré pronto fuerte y vigoroso. Podría casi volver a la juventud en este mundo maravilloso. En unos años yo sería otra vez un hombre joven.

Quedó ella en silencio. El paisaje estaba envuelto ahora en una misteriosa luz azul; al fondo, la negra silueta de los árboles sobre las colinas; las montañas eran visibles recortadas sobre el cielo de la tarde. Nunca había visto *Mr. Barnstaple* tanta paz en un atardecer, ya casi anochecido. Pero las palabras de ella negaron la paz:

—Aquí —dijo Lychnis— no hay descanso. Cada día hombres y mujeres despiertan y dicen: ¿Qué nueva cosa haremos hoy? ¿Qué cambiaremos?

—Han cambiado un planeta lleno de enfermedades desórdenes en uno de belleza y seguridad.

—La investigación nunca descansa, y la curiosidad y el deseo por conseguir más y más poder consume a todo nuestro mundo.

—Saludable afán. Yo estoy cansado ahora, débil, aburrido y blando como un recién nacido; pero habré recuperado mis fuerzas y podré compartir esa curiosidad y tomar parte en ese afán de

descubrir e investigar... ¡Y quién sabe...!

Ella sonrió, con ojos amables.

—Usted tendrá que aprender mucho.

Parecía medir su propio fracaso al decir estas palabras. La sensación de las profundas diferencias que es mil años de progreso podían haber hecho en las ideas fundamentales del pensamiento de la raza acudió a la mente de *Mr. Barnstaple*. Recordó que en Utopía había oído sólo las cosas que podían entender, y que todos los sonidos no tomaban cuerpo y forma en su círculo de ideas terrícolas, ni por lo tanto eran audibles en su cerebro. El abismo de cosas incomprendidas podía ser más ancho y profundo que el de las cosas comprendidas. Un negro absolutamente iletrado intentando dirigir una central eléctrica tenía más posibilidades de acertar que él.

—Después de todo no son los nuevos descubrimientos los que yo quiero compartir. Es posible que ellos estén más allá de mis posibilidades. Es esta vida diaria, esta vida que hace realidad todos mis sueños, lo que yo quiero. Sólo ansío vivir aquí... y con eso me conformo.

—Usted está débil y cansado. Cuando esté fuerte cambiará de ideas.

—¿Qué otras ideas puedo preferir a éstas?

—Su memoria puede volver a la Tierra y a su vida.

—¡Regresar a la Tierra!

Lychnis se volvió a mirar el crepúsculo, pero antes dijo:

—Usted es un terrícola, ¿y en qué otra cosa puede usted convertirse?

—¡En qué otra cosa puedo convertirme...!

Mr. Barnstaple meditó sobre esto. Se resistía a ver la verdad de aquellas palabras. Este mundo de Utopía, perfecto y feliz en apariencia, preparado para tremendas aventuras a través de universos nunca conocidos del hombre, era un mundo de titanes que un pobre terrícola no podía aspirar a compartir. Ellos habían registrado su planeta como quien se registre los bolsillos; lanzaban su poder en medio de las estrellas... Eran envidiables... muy envidiables... ¡Pero diferentes...!

CAPÍTULO II

UN DESOCUPADO EN UN MUNDO DE TRABAJADORES

1

En pocos días *Mr. Barnstaple* recobró el vigor del cuerpo y de la mente. No quiso estar más tiempo en cama, sintiendo lástima de sí mismo. Salía temprano y paseaba largas distancias por la campiña de Utopía, aprendiendo sin cesar cosas de aquel país maravilloso. Por eso le impresionaba más. Casi todos JS grandes peligros de la vida humana habían sido vencidos; la guerra, la peste y las enfermedades, el hambre y la miseria habían sido aniquilados; el sueño de los artistas de un mundo todo armonía y berza había sido realizado; el orden y la organización habían triunfado. Todos los aspectos de la vida humana habían sido transformados.

El clima de este Valle del Descanso era suave, parecido al del sur de Europa. Pero aquí no había viejas encorvadas bajo el peso de un haz de leña, mendigos pedigüenos, gente desharrapada tumbada al borde de los caminos. El campo pobre, la angustiosa simulación de tierras cultivadas, los retorcidos olivos, las viñas y los riegos en primitivas condiciones roían sido sustituidos por ingeniosos artificios de regadío y siembra; ningún gato montés ni ninguna oveja saltaba entre las piedras; no había chozas por los caminos, ni capillas con leyendas terribles e imágenes ensangrentadas; ni perros abandonados y caos; ni bestias jadeantes bajo una carga superior a sus fuerzas. Los caminos estaban construidos con fáciles declives y atravesaban los valles y las gargantas sobre anchos viaductos; había casas de descanso donde los amigos podían charlar y los amantes refugiarse y regocijarse; y muchos árboles que él nunca había visto.

Pero en la Tierra, cuando en alguna parte hay árboles, están consumidos por los parásitos y los tumores, más retorcidos, lisiados y enfermos que los propios hombres de carne y hueso. El paisaje

representaba el esfuerzo de veinticinco siglos. *Mr.* Barnstaple encontró en un sitio unas obras gigantescas ya muy adelantadas; un puente que estaba siendo restaurado, no porque estuviese roto, sino porque alguien había presentado otro proyecto más atrevido; no vio líneas telefónicas o telegráficas; los postes y cables que caracterizan a un país moderno habían desaparecido. Las razones de esto no las conoció hasta después. Ni notó la falta del ferrocarril, las estaciones y las posadas. Consideró que los edificios que veía debían tener sin duda alguna funciones específicas; que la gente venía e iba de ellos con apariencia de singular interés y preocupación; que de alguno parecía salir un rumor de humana actividad. Pero en realidad sus ideas de la organización de este nuevo mundo eran demasiado vagas todavía para permitirle dar una explicación razonable a todo esto. Paseaba con la boca abierta como un salvaje por un museo.

Nunca vio ciudades. La razón para tales acumulaciones de seres humanos habían desaparecido hacía muchísimo tiempo. En ciertos lugares se reunía la gente para estudiar en series de edificios comunicados, pero nunca tuvo ocasión de visitar alguno de estos centros. Los utópicos le hacían amistosos gestos cuando pasaban junto a él, pero jamás le dieron una oportunidad para conversar. Viajaban en rápidas máquinas por la carretera, y a cada momento pasaba sobre ellos la sombra de un silencioso avión que volaba a poca altura. Se sintió un poco inferior junto a esta gente; eran como dioses de Grecia o Roma.

Hasta las mansas bestias que paseaban libremente por este mundo de Utopía tenían un cierto aire de divinidad que reprimía todas las expresiones amistosas de *Mr.* Barnstaple.

2

Pronto encontró un compañero para sus paseos, un muchacho de trece años, sobrino de Lychnis, llamado Cristal. Era un mozalbete de pelo rizado, con los ojos castaños como ella. Estaba estudiando Historia aprovechando unas vacaciones. *Mr.* Barnstaple supo que este niño se ocupaba en trabajos matemáticos relacionados con la

Física y la Química. Algunos de los trabajos, en colaboración con otros muchachos de su edad, eran investigación pura, cuya naturaleza no podía alcanzar nuestro terrícola. Ahora estaba estudiando Historia; la evolución del sistema social utópico y los esfuerzos y experiencias de la Edad de la Confusión; estaba asombrado de las trágicas luchas sobre las que estaba fundamentado el orden actual de Utopía, y tenía siempre cien preguntas para *Mr. Barnstaple*, que era para él como un libro, a carneo de que él fuera su guía y su mentor. Hablaban en plano de absoluta igualdad; uno junto al otro, el niño subía más de una pulgada por encima del hombre.

El muchacho tenía fresca en la memoria toda la Historia de Utopía. Explicaba con razonamientos interesantísimos que la paz y la belleza de Utopía eran más artificiales que reales. Los utópicos eran en esencia muy parecidos a sus antepasados del comienzo; la Edad de Piedra, quince o veinte mil años antes; desde entonces sólo habían pasado seis o siete centenares de generaciones y no había habido tiempo para conseguir cambios fundamentales en la raza; no había habido aún la ansiada unificación de todos los pueblos; las razas convivían pero no se fusionaba; más bien se aislaban entre sí para purificar e densificar sus particulares dones y bellezas. Había frecuentes casos de amor apasionado entre gente de razas distintas, pero raramente semejante amor daba frutos humanos. Había habido una deliberada eliminación de feos, malvados, canijos, estúpidos y tipos sombríos durante la pasada docena de siglos; pero excepto para la más completa realización de sus posibilidades, el hombre común en Utopía era muy poco diferente de sus abuelos de la Edad de Piedra o de la Edad del Bronce. Estaban infinitamente mejor alimentados, educados y adiestrados, y mentalmente su capacidad estaba mejor aprovechada, pero los hombres seguían siendo de carne y hueso y su naturaleza difería poco de la de los terrícolas.

—Pero... —dijo *Mr. Barnstaple* resistiéndose a creerlo—. ¿Quiere usted decir que la mitad de los niños que nacen hoy en la Tierra pueden llegar a ser tan parecidos a dioses como las personas que yo me encuentro aquí a cada paso?

—Con nuestro ambiente y nuestra libertad... ¿por qué no?

En el pasado de Utopía, en la Edad de la Confusión, todos los niños crecieron con la voluntad limitada por absurdas restricciones

morales y materiales. Utopía tenía la idea de que la naturaleza humana era fundamentalmente animal y salvaje y debía ser adaptada a las necesidades sociales; pero había aprendido los mejores métodos de adaptación... después de duros fracasos, tanteos, crueldades y decepciones.

—En la Tierra domamos a los animales con hierros ardientes, y a nuestros hermanos los hombres con la violencia y la justicia —dijo *Mr. Barnstaple*, y descubrió las escuelas y los libros, los periódicos y las discusiones públicas de los terrícolas a su incrédulo compañero —. Usted no puede imaginarse el miedo que domina a la gente de la Tierra; usted estudia la Edad de la Confusión en sus libros de Historia, pero no conoce la realidad de un mal clima mental, un ambiente de leyes injustas, odios y supersticiones. Cuando la noche va recorriendo los pueblos de la Tierra, cientos de miles de personas acostadas despiertas no duermen temiendo un asesinato, una competencia infame, enfermos de alguna dolencia que la ciencia no sabe combatir, angustiados por algún peligro o enloquecidos por algún deseo...

Cristal admitió que era difícil imaginarse a distancia la Edad de la Confusión. Muchas de las miserias de la Tierra eran ya inconcebibles para él. Muy despacio, Utopía había desarrollado su armonía de la Ley y su clima de la Educación. El hombre no era ningún ser superior; estaba reconocido que era fundamentalmente un animal y que su vida diaria tenía que seguir apegada a apetitos satisfechos e instintos calmados. La vida de Utopía estaba construida sobre la variedad de los alimentos del alma y del cuerpo, la libertad y la alegría de los ejercicios y los trabajos, la serenidad del sueño y la felicidad del amor. Pero el poder de la educación utópica no empezaba hasta que el animal no había sido satisfecho. Utopía, fuera de la confusión de la vida humana, había prolongado en los hombres la niñez y la juventud: el impulso de jugar, el insaciable apetito de aprender y la urgencia de crear. Todos los utópicos eran como niños pequeños, estudiosos y creadores. Era extraño oír a este muchacho hablar con tanta claridad del proceso educativo al cual estaba siendo sometido, y en particular que hablase con tanta franqueza del amor. *Mr. Barnstaple* no pudo evitar una pregunta:

—¿Pero usted... no hará todavía el amor?

—He sentido curiosidad... Pero no es necesario ni decente hacer el amor demasiado pronto en la vida, ni permitir que el deseo le domine a uno. Perjudica a la juventud dejarse llevar por el instinto del amor... que a menudo no es posible abandonar después. Trastorna la imaginación. Yo necesito ahora trabajar, como mi padre y mi abuelo hicieron antes.

Mr. Barnstaple miró la bella figura del muchacho y se acordó de alguna fase bastante fea de su adolescencia de niño terrícola, y se encontró más necio que nunca.

—¡Ay! —suspiró—. Pero este mundo vuestro es tan limpio como la luz de las estrellas y tan agradable como el agua fresca en un día de calor.

—Amo a muchas personas, pero no con pasión. Algún día vendrán y las conocerá usted. Pero debe evitarse el amor apasionado y yo lo evito en cuanto debo. No hay prisa. Nadie sabe cuando ha de llegar la hora de mi amor. Todas las cosas buenas vienen a su debido tiempo. Pero el trabajo no espera; el trabajo que a uno solo concierne hay que buscarlo y encontrarlo y realizarlo.

Cristal habló muchísimo sobre el trabajo que podía hacer; le pareció a *Mr. Barnstaple* que el trabajo, en el sentido de antipática faena, había casi desaparecido de Utopía. Todos trabajaban en el trabajo más apropiado a sus gustos y aptitudes, felices y con entusiasmo... como los que en la Tierra llamamos genios. Casi sin darse cuenta, *Mr. Barnstaple* se encontró hablándole a Cristal de la felicidad de un verdadero artista, de un verdadero trabajador científico, del hombre singular que aún aparece de vez en cuando en la Tierra. De todos los terrícolas éstos eran los más felices porque hacían el trabajo que les gustaba y además los resultados casi siempre eran maravillosos.

—Si semejantes hombres no son absolutamente felices en la Tierra es porque ellos están tocados a veces por la vulgaridad y todavía escuchan la sucia voz de los honores y las satisfacciones de los hombres vulgares. Pero el que ha visto brillar el sol de Utopía despreciará para siempre las mayores glorias de la Tierra.

Cristal enseñó a *Mr. Barnstaple* sus libros y le habló de sus maestros y sus ejercicios. Utopía todavía usaba libros impresos; los libros eran aún el más sencillo camino para la exposición de las ideas. Los de Cristal estaban muy bellamente encuadernados en cuero flexible que su madre había preparado para él; estaban confeccionados con papel hecho a mano.

La escritura recordaba algo al árabe; tenían muchos esquemas intercalados, con mapas y diagramas. Cristal estaba dirigido en sus vacaciones por un preceptor para quien preparaba una especie de informe; además completaba sus estudios visitando los museos. Pero como no había ninguno cerca no pudo visitarlos *Mr. Barnstaple*.

El muchacho había salido ya de la primera etapa de la educación escolar, cuyo ciclo constaba —dijo— de varias fases y abarcaba toda la vida del niño; más allá de los once o doce años, la educación era más vigilada y cuidada que en la Tierra. Las sugerencias peligrosas para la imaginación infantil eran evitadas tan cuidadosamente como las infecciones físicas; para niños de ocho a diez años la educación se encaminaba a despertar hábitos de limpieza, amor a la verdad, candor y espíritu de ayuda mutua, confianza en el mundo, nada de miedo y un sentimiento de noble orgullo por pertenecer a la raza. Sólo después de los nueve o diez años podía el niño salir del jardín de su inocencia y empezar a caminar por los caminos del mundo. Hasta esta edad su cuidado estaba en manos de nurses y profesores, pero después los padres se ocupaban de formarlos y gobernarlos.

Era un deber de los padres estar cerca de sus hijos y vigilar cada día cómo 'es cuidaban sus nurses, pero a la edad en que los padres terrícolas tienden a separarse de sus hijos es cuando los padres utópicos se acercan más a ellos. Había en Utopía la idea de que entre padres e hijos hubiese una simpatía personal; los niños deseaban la amistad y la compañía de sus padres, y los padres ansiaban el amor y la confianza de sus hijos adolescentes, y aunque un padre no tenía prácticamente ningún poder sobre su hijo, tomaba por voluntad de ambas partes el papel de abogado, consejero y simpático amigo. La amistad era más estrecha por esta carencia de poder coercido del padre, y todo era más sencillo porque los...Tópicos eran bastante más jóvenes y claros de

pensamiento que los terrícolas.

Cristal parecía tener una gran pasión por su madre. Estaba muy orgulloso de ella, que era una excelente pintora y dibujante. Ella era la dueña absoluta del corazón del muchacho. En su segundo paseo con *Mr.* Barnstaple dijo que iba a oír a su madre, y el terrícola fue instruido en el sistema de correspondencia de Utopía. Cristal llevaba un pequeño aparato; llegó a una especie de torreta que estaba en medio de un prado; colocó su aparato en el suelo y giró un botón en la torreta con una llave que llevaba pendiente del cuello con una cadena de oro; después conectó allí su aparato y habló en alta voz. En seguida le contestó una voz de mujer. Era una voz muy agradable y habló durante un buen rato, y después Cristal le contestó; luego se oyeron otras voces a algunas de las cuales contestaba Cristal, mientras otras las oía sin darles contestación. Cuando le pareció, recogió su aparato y se marcharon.

Mr. Barnstaple comprendió que aquel sistema era, en Utopía, el equivalente a nuestras cartas y teléfonos. Los utópicos, excepto por previo acuerdo, no se hablaban nunca personalmente por aquella especie de radiotelefonía. Los mensajes eran enviados a la estación del distrito en el que se sabía que estaba el destinatario, y allí esperaba hasta que el interesado quería recoger todos los mensajes que se habían ido recibiendo para él; si alguno no lo entendía bien se le repetía. Luego contestaba a los recibidos o despachaba nuevos mensajes si quería. La transmisión era sin hilos y la pequeña torreta proporcionaba energía eléctrica para estas transmisiones y para otros usos, y los utópicos podían tomarla de allí libremente. Los jardineros, por ejemplo, la utilizaban para mover sus máquinas de segar o labrar el suelo.

A lo lejos, en medio del valle, Cristal señaló la estación del distrito donde todos los mensajes eran recogidos y distribuidos. Sólo unas cuantas personas trabajaban en él; casi todas las conexiones eran automáticas; los mensajes iban y venían de una parte a otra del planeta casi sin intervención humana. Esto planteó a *Mr.* Barnstaple muchos problemas. Descubrió en primer lugar que el organismo postal de

Utopía tenía un completo conocimiento de la situación de cada persona en el planeta, y que por consiguiente todos estaban clasificados y anotados. Para él, acostumbrado a los sistemas

terricolas de vigilancia y control de los ciudadanos, éste fue casi un espantoso descubrimiento.

—En la Tierra esto daría facilidades para un perpetuo chantaje. Sería un continuado espionaje. A Scotland Yard se le haría la vida imposible en Utopía. Usted no puede imaginarse las llamadas que recibiría denunciando a esta o aquella persona...

Tuvo que explicar a Cristal qué significaba chantaje.

—También en Utopía —dijo Cristal— ha habido una natural disposición a usar este conocimiento de la vida de los demás en perjuicio de los que no nos eran simpáticos. En la Edad de Piedra los utópicos ocultaban su verdadero nombre y sólo se conocían entre sí por medio de apodos, temiendo abusos si revelaban su identidad.

—Algunos salvajes lo hacen todavía en la Tierra.

—Poco a poco empezaron a confiarse a los doctores; durante siglos el jefe abusó de la confianza monopolios que le proporcionaba la organización oficial, ya corregida. Cada joven utópico tuvo que aprender cinco principios fundamentales de la Libertad, sin los cuales la civilización es imposible. El primero es el Derecho al secreto; esto es, que todos los hechos de la vida privada son secretos y no pueden ser utilizados sino para conveniencia del interesado y con su consentimiento. El segundo es el Derecho de la libertad de movimientos; un ciudadano puede ir sin permiso ni explicación previos a cualquier parte del planeta; todos los medios de transporte son gratuitos y están a su servicio; cada utópico puede cambiar de ambiente, de clima y de relaciones sociales cuando le venga en gana. El tercero es el Derecho de absoluta libertad de conocimientos; todo puede ser estudiado y conocido en Utopía, excepto los hechos individuales reservados; todo está inscrito y es fácilmente consultable mediante una serie de índices, bibliotecas, museos y oficinas de investigación; sea lo que fuere lo que el utópico desea conocer, puede conocerlo con la mayor claridad, exactitud y facilidad hasta donde sus fuerzas, talento y trabajo se lo permitan; nada está oculto para él y nada se le tergiversa al enseñárselo. El cuarto es el Derecho de mentir o no mentir, partiendo del principio de que la mentira es el más negro de los crímenes.

—Donde hay mentiras no puede, en absoluto, haber libertad.

Mr. Barnstaple estaba poderosamente influido por esta idea. La mitad de la diferencia entre Utopía y nuestro mundo estaba en esto, en que nuestra atmósfera estaba envenenada de mentiras. Empezó a referir a Cristal todas las falsedades de la vida humana. La mentira fundamental de dividir a los hombres en banderas y nacionalidades, pretexto para el nacimiento de las monarquías; impostura en las organizaciones docentes y religiosas, con dogmas morales falsos; y como uno es una parte de la sociedad, está obligado sin remisión a vivir dentro de tal clima de embustes. La mentira es el mayor crimen... ¡qué gran verdad es ésta! ¡Es el dogma de la diferencia fundamental entre el Estado científico y todos los Estados que le han precedido! *Mr. Barnstaple* lanzó un apocalíptico vaticinio sobre la necesidad de suprimir todos los periódicos de la Tierra, vehículos para la más atroces falsedades. Era un tema íntimamente ligado a su corazón. Los periódicos de Londres habían dejado de ser imparciales vehículos de noticias; omitían, mutilaban, engañaban. Eran como guiñapos. La Prensa era la sal de la vida contemporánea, y si esta sal perdía su sabor... El pobre hombre estaba discursando como en Sydenham durante el desayuno después de haber leído un mal periódico de la mañana.

—En un tiempo Utopía pasó por semejante estado —dijo Cristal para consolarle—. Pero hay un proverbio aquí que dice: «La verdad vuelve a donde estuvo una vez». Algún día vuestra Prensa volverá a ser veraz y decente.

Algo se consoló *Mr. Barnstaple*

—¿Cómo funciona aquí la crítica periodística?

Cristal explicó que había una absoluta diferenciación entre noticia y crítica. Había casas —una estaba a la vista— utilizadas como salas de lecturas. Se va a tales sitios a conocer las últimas novedades. Allá van a parar los informes de todas las cosas que suceden en el planeta, descubrimientos, invenciones, etc. Los informes están redactados de manera que todos los entiendan. Durante varios días —dijo Cristal— los noticiarios habían estado muy divertidos relatando las peripecias de la llegada de los terrícolas. Tenían siempre noticias de recientes descubrimientos científicos que estimulaban la imaginación. Cuando se hacía algún descubrimiento sensacional, como el de Arden y Greenlake, por ejemplo, era costumbre relatar la biografía del héroe de la ciencia.

Cristal prometió a *Mr. Barnstaple* llevarle a uno de estos locales de noticias y distraerle leyéndole alguna de las descripciones utópicas sobre la vida en la Tierra deducidas de los informes de los propios terrícolas.

Mr. Barnstaple preguntó si podría conocer también noticias de Arden y Greenlake, de los que tenía entendido que habían sido no sólo grandes científicos, sino grandes enamorados, y de *Serpentine* y *Cedar*, por quienes sentía una gran admiración. Las noticias utópicas carecían, por supuesto, del sabor de un periódico terrícola; los misteriosos asesinatos y desmanes escandalosos, los festejos y sus excitantes consecuencias, y la ignorancia y los desaciertos sexuales, los sucesos, los movimientos del tráfico en general con sus accidentes, las románticas notas de sociedad y los deportes no aparecían por ninguna parte.

El quinto principio de la Libertad era el Derecho a la discusión y a la crítica. Los utópicos eran libres de criticar y discutir lo que quisieran; podrían estar tan de acuerdo o tan en contra de algo como les diera la gana; podían expresarse en la forma literaria que les gustase más, o por caricaturas, según el humor que tuviesen; sólo debían abstenerse de mentir: ésta era la única regla y límite para la controversia; podían imprimir sus ideas y distribuirlas por las salas de lectura; allí eran leídas o no leídas, según los lectores las aprobaran o no; cuando alguien quería una copia se le facilitaba gratuitamente. Cristal tenía una fantástica idea de la exploración del espacio a través de los libros, de las historias o narraciones científicas que los muchachos leían con entusiasmo; eran folletos de treinta o cuarenta páginas impresos en un bonito papel, que dijo que se hacía de lino y cierta especie de cañas. Los libreros observaban qué libros y periódicos eran más leídos y de los que más copias se solicitaban, y éstos se reimprimían. Las obras que nadie leía se reducían a una o dos copias y el resto se enviaba a las fábricas de papel para ser convertidas en pulpa de nuevo. Pero muchos de los poetas y filósofos cuyas creaciones encontraban escasa popularidad, eran sin embargo mantenidos en la memoria de todos por la voluntad de unos cuantos devotos admiradores.

—**N**o acabo de comprender una cosa —dijo Mr. Barnstaple—. No he visto monedas ni cosa parecida a dinero en este mundo. Por las apariencias externas, éste parece ser un comunismo semejante al que se describe en un libro muy estimado en la Tierra titulado *News from Nowhere*, escrito por un terrícola llamado William Morris. Es un libro deliciosamente fantástico. En esta fantasía cada cual trabajaba por amor al trabajo y tomaba lo que necesitaba. Pero yo nunca he creído en el comunismo, porque reconozco, como aquí en Utopía parecen reconocer, que la natural codicia de los hombres resulta demasiado peligrosa si queda sin jefes, sin dirección, sin tutela. Hay cierto gozo en lo que hacemos para otros, pero todo servicio necesita ser retribuido. El sentido de la justicia es más fuerte en el hombre que el sentido de servicio. De alguna manera se equilibrará aquí el trabajo que unos hacen con lo que necesitan y consumen. ¿Cómo lo hacen?

Cristal meditó.

—Hubo comunistas en Utopía en la última Edad de la Confusión. En algunas partes de nuestro planeta probaron a abolir el dinero de repente y acarrearón a la economía una gran confusión, desequilibrio y ruina. El comunismo falló... trágicamente, aunque Utopía es hoy, en la práctica, un comunismo, desde luego; y excepto a título de curiosidad, yo nunca he tenido en mis manos moneda alguna. En Utopía, lo mismo que en la Tierra, el dinero fue un gran descubrimiento; un camino de libertad. Hasta entonces, antes de la invención del dinero, todos los servicios entre los hombres habían tenido su origen y su fundamento de derecho en el cautiverio o la permuta. La vida humana era un objeto de esclavitud. Pero el dinero abrió la posibilidad de que los trabajadores eligieran libremente sus retribuciones y las contrataran antes de emprender un trabajo. Utopía tardó más de tres mil años en realizar esta posibilidad. El sistema monetario antiguo abundaba en trampas y era fácilmente corruptible; Utopía siguió ese camino que sigue la Tierra de largos siglos de créditos y deudas de falsas y arruinadas monedas, de usura y de todas las demás posibilidades de los abusos especulativos. En asuntos de dinero, más que en cualquier otro asunto humano, la astucia es más soez y más traidora. Utopía, una vez soportada por siglos la carga que ahora soporta la Tierra de

parásitos, especuladores, monopolizadores y tahúres, ha necesitado siglos de saneamiento económico. Fue sólo cuando consiguió la unidad política del planeta, cuando tuvo estadísticas completas de los recursos y de la producción, y la sociedad humana pudo al final dar al trabajador individual la seguridad de una moneda de valor inmutable, una moneda que significase para el hoy, mañana y siempre la certidumbre de una retribución. Y con la paz en todo el planeta y el aumento de la estabilidad social, la Banca llegó a ser un servicio público, donde ninguna oferta o demanda aprovechaba al bolsillo particular del banquero.

Mr. Barnstaple ordenó sus informes sin querer creer todo aquello a pies juntillas.

—Esta vida —siguió *Cristal* como quien repite un axioma— tiene sus leyes inmutables: si usted no gana lo que necesita, tiene que recurrir al robo... Nosotros hemos conseguido liberarnos de esa angustia de tener que robar por necesidad.

Fue explicando la desaparición gradual del dinero. Era una consecuencia de la progresiva organización del sistema económico, la sustitución de empresas colectivas y de venta al por mayor para revender comerciando. También había habido un tiempo en Utopía en el que el dinero cambiaba de manos a cada pequeña transacción o servicio. Uno pagaba en dinero si necesitaba un periódico, o una caja de cerillas, o un ramo de flores, o un coche para ir de un sitio a otro. Todos iban por el mundo con los bolsillos llenos de pequeñas monedas para pagar en cada ocasión. Después, cuando la ciencia de la economía llegó a estabilizarse, los métodos de las asociaciones privadas que proporcionaban a sus socios la seguridad de unos servicios mutuos se extendieron; la gente pudo proveerse de todo lo necesario suscribiéndose a ella por uno o diez años, o por toda la vida; el Estado aprendió de los clubs y de los hoteles a proveer de cerillas, periódicos, cartas y tinta por una módica prima anual. El sistema se fue extendiendo desde cosas pequeñas e incidentales hasta cosas grandes y esenciales como la vivienda, la comida y el vestido. El sistema postal del Estado, que utilizan todos los ciudadanos utópicos, fue capaz, de acuerdo con la Banca pública, de garantizar su crédito en cualquier parte del mundo. La gente dejó de obtener monedas a cambio de su trabajo; los varios departamentos de servicios económicos acreditaban al individuo con sus ganancias

un crédito en el Banco público del que se abonaban sus habituales cargas para atender a los servicios y necesidades normales de su vida.

—Algo de esto se está haciendo ya en la Tierra —dijo *Mr. Barnstaple*—. Nosotros usamos el dinero en última instancia, pero un gran volumen de nuestros negocios se hace ya a base de cheques y letras de cambio.

—Siglos de unidad dieron a Utopía un completo control de las fuentes de energía natural del planeta, y ésta es la herencia de cada utópico recién nacido. Se le acredita a su nacimiento una suma suficiente para educarse y mantenerse hasta los veinticuatro o los veinticinco años, y después elige una ocupación con cuyo producto resarcir su cuenta.

—Pero, ¿y si no lo hace?

—Todos lo hacen.

—Pero, ¿y si no lo hacen?

—Sería un miserable, y yo nunca he oído nada semejante. Supongo que lo examinarían los psicólogos... Todo el mundo tiene que hacer algo útil.

—Pero supongamos que alguien no encuentra en Utopía un trabajo a su gusto.

Cristal no podía imaginar esto.

—Siempre hay algo que hacer.

—Pero aquí, antiguamente, habría gente sin empleo.

—Eso formaba parte de la Confusión. Cuando tenían obreros parados carecían de ropas, de casas y de alimentos. ¿Ha visto usted algo más contradictorio?

—¿Gana cada cual en relación con lo que necesita?

—La gente trabajadora y creadora tiene todas las garantías de tener siempre sus necesidades cubiertas. Y los artistas algunas veces se hacen ricos con su trabajo.

—Por ejemplo..., ¿esa cadena de oro ha tenido usted que comprarla?

—En la tienda del propio artista que la forjó.

—¿Tienen tiendas los artistas?

—Ya verá usted alguna. Son lugares donde la gente va a ver cosas nuevas y deliciosas.

—Y si un artista se hace rico, ¿qué puede hacer con su dinero?

—Le supone tiempo y material suficientes para hacer alguna obra extraordinaria que dejarle al mundo. O recoge y ayuda a otros artistas menos afortunados. O crea una escuela si le gusta enseñar. O no hace nada...

5

—**C**edar y Lion —dijo *Mr. Barnstaple*— nos explicaron cómo el Gobierno de Utopía está disperso en aquellas personas que tienen especiales conocimientos de las materias a resolver. El equilibrio entre los intereses de todos estaba mantenido por los que estudiaban la general psicología y organización educativa de Utopía. Al principio nos resultaba muy extraño que no hubiese en alguna parte un algo soberano, una asamblea o persona cuyo «fiat» fuese final. *Mr. Burleigh* y *Mr. Catskill* pensaban que tal cosa era absolutamente necesaria y esperaban ser llamados para ver al presidente o al Consejo Superior de Utopía. No querían creer que las cosas fuesen tratadas y resueltas por el hombre o hombres que mejor las conocieran.

—Sujeto a libre crítica, desde luego.

—Sujeto al mismo proceso que le ha hecho eminente y responsable. La gente no les elevaría por vanidad...

—Hay mucho de despecho y de vanidad en cada alma utópica. Pero la gente habla con libertad y la crítica es muy intransigente. Por eso nosotros aprendemos a investigar en los motivos de las cosas antes de elogiarlas.

—Eso conduce a apreciarlo todo en su verdadero y justo valor. No se pueden arrojar las cosas al barro o levantarlas al sol sin una crítica serena —dijo *Mr. Barnstaple*.

—Hace algunos años hubo un hombre, un artista, que hizo una crítica bastante dura del trabajo de mi padre. A menudo la crítica artística es muy desagradable y amarga, pero aquélla lo era demasiado; caricaturizó a mi padre sin piedad y le molestaba más de lo que se podía permitir; le seguía de un sitio a otro; intentaba entorpecer sus éxitos, aunque no siempre lo conseguía...

El muchacho se detuvo un momento.

—¿Y bien? —le instó *Mr. Barnstaple*.

—Se suicidó. No pudo escapar de sus remordimientos. Todos sabían lo que había dicho y hecho...

—Pero en la antigüedad sí habría leyes y consejos y conferencias...

—Mis libros enseñan que nuestro Estado creció mucho. Tuvo necesidad de mantener el equilibrio social a base de jefes y legisladores, como etapa necesaria para alcanzar el actual desarrollo político. Teníamos soldados y policías para defender al pueblo de sus mutuas agresiones y violencias. Los políticos se resistían a reconocer que se necesitaban conocimientos especiales para gobernar: dibujaban confines sin tener idea de la etnología, de la economía o la geografía, y los legisladores decidían sobre voluntades y propósitos con el conocimiento más absurdo de la psicología...

—Esta dispersión de los negocios de políticos y legisladores —dijo *Mr. Barnstaple*— entre la gente con mejores conocimientos de la materia a resolver es una de las cosas más interesantes de este mundo. Algo parecido empieza ya a dibujarse en la Tierra. ¿Qué fue de vuestros políticos y legisladores? ¿Hubo lucha para su desaparición?

—Como la luz crecía y las inteligencias se cultivaban más y más, llegaron a ser innecesarios. Se reunían, ya en los últimos tiempos, sólo para escuchar el consejo de los hombres de ciencia, tomados en calidad de asesores, pero después estas determinaciones de los sabios llegaron a ser conclusiones definitivas. En algunos sitios hay todavía viejos edificios que se usaban para cámaras legislativas y congresos. El último político elegido en una asamblea legislativa murió hace alrededor de mil años. Era un viejo excéntrico. Como fue el único candidato y un hombre le votó, no tenía más remedio que triunfar.

Los muchachos que estudiaban taquigrafía iban a hacerle reportajes para que les sirviesen de prácticas. Al final estaba catalogado como un caso de trastorno mental.

—¿Y el último juez?

—No he estudiado sobre ello, pero puedo preguntárselo a mi profesor. Creo que había uno a quien nadie preguntaba ya nada.

Seguramente tendría algo más respetable que hacer.

6

—**E**mpiezo a comprender la vida de este mundo —dijo *Mr. Barnstaple*—. Es una vida de semidioses, muy libre, individualista; cada cual sigue su propio camino y todos contribuyen a los grandes fines de la raza. No sólo es limpio, desnudo, dulce y agradable, sino lleno de personal dignidad. Es, a mi modo de ver, un comunismo práctico planeado y dirigido a través de largos siglos de educación, disciplina y preparación colectivas. Nunca se me había ocurrido que el socialismo pudiera exaltar y ennoblecer al individuo, y el individualismo degradarle, pero lo veo claro aquí. El viejo mundo, el mundo al que yo pertenezco, era, ¡ay!, y todavía lo es, el mundo de las muchedumbres, el mundo de las masas. Usted nunca ha visto una muchedumbre, ni la verá en toda su feliz vida. No ha visto muchedumbres yendo a un partido de fútbol, a una carrera de caballos, a una corrida de toros, a una ejecución pública; no ha visto una multitud apiñada en un sitio estrecho y caliente para aullar con motivo de una crisis; no la ha visto a lo largo de las calles bostezando al paso de un rey, o vociferando por una declaración de guerra, para vociferar al día siguiente por la proclamación de la paz; no la ha visto enloquecida de pánico transformándose de muchedumbre en chusma y empezando a aplastar, incendiar y cazar. Todos los dioses de la multitud han sido expulsados de este mundo: no hay hipódromos, ni campos de fútbol, ni manifestaciones de guerra, ni coronaciones o funerales públicos, ni grandes espectáculos..., salvo vuestros pequeños teatros. ¡Feliz Cristal, que jamás verá una multitud!

—Pero yo he visto multitudes.

—¿Dónde?

—En películas y fotografías de hace treinta siglos o más. Las enseñan en nuestros museos. He visto multitudes después de una gran carrera fotografiadas desde un aeroplano; y multitudes alborotando en una plaza pública y siendo dispersadas por la

policía. Pero es cierto lo que usted dice. No hay multitudes en Utopía. Las multitudes se han terminado para siempre.

7

Cuando, después de algunos días. Cristal hubo vuelto a sus estudios de matemáticas, los paseos de *Mr. Barnstaple* volvieron a ser solitarios. No encontró otros compañeros. *Lychnis* estaba siempre cerca de él y dispuesta a acompañarle, pero su carencia de cultura, en un mundo de tan vastas actividades intelectuales, le hacían extraño a ella. Conoció otros utópicos amistosos, divertidos y corteses, pero interesados en sus propios asuntos y nada más. Sólo venían a preguntarle curiosidades sobre la Tierra y además le hablaban siempre en tono de superioridad le molestaban con ello. Empezó a darse cuenta de que *Lychnis* era un fracaso de Utopía. Era un tipo romántico y pacífico, con una gran pena clavada en el corazón. Había tenido dos hijos que habían muerto al intentar intrépidamente la travesía de un mar, su esposo también había muerto al intentar salvar a los hijos. Ella misma había intentado el salvamento se había librado por milagro de morir con ellos. Su vida emocional quedó paralizada en el acto; la tragedia la poseía por completo. Dejó de reír y revivió en su corazón la perdida facultad de sentir lástima por ella misma y lástima de los demás. No tenía ningún interés por la gente vigorosa, sino por los débiles agobiados de pena. No quería hablar a *Mr. Barnstaple* de las prosperidades de Utopía; necesitaba hablarle de las miserias de la Tierra y de sus propias miserias. Pero él quería convencerla de que en realidad no tenía miserias, sino desesperaciones y arrepentimientos.

Ella soñaba con llegar a la Tierra y ofrendar su belleza y su ternura a los infelices y a los pobres. Su corazón soñaba con calmar humanos sufrimientos. Estaba hambrienta de ejercer la caridad... Antes que él advirtiera en ella estos sentimientos, *Mr. Barnstaple* le había referido muchas cosas sobre las humanas miserias, pero no con lástima, sino con indignación. Cuando advirtió que ella sufría con tales noticias, le habló de ellas jovialmente, como de cosas que

se podían eliminar a capricho, apenas los hombres se lo propusieran.

—Pero sufren todavía —decía ella.

Desde entonces estaba siempre con él. Se convirtió en su sombra. Él pensaba, viéndola, que en un mundo de miedo, debilidad, infecciones, oscuridad y confusión, la lástima, la caridad, las limosnas y el asilo pueden tomarse por virtudes, y en realidad lo son; pero en este mundo de salud y de atrevidas empresas, la lástima se convertía en un vicio. Cristal, la Utopía joven, era tan duro como su nombre; un día resbaló y se rompió el tobillo, y no sólo no se quejó, sino que recibió el porrazo riendo. Cuando *Mr.* Barnstaple se sentaba a descansar, Cristal, junto a él, estaba cortés, pero no simpático. Así *Lychnis* no había encontrado seguidores en su dedicación al dolor de los demás; ni siquiera pudo ganarse las simpatías de *Mr.* Barnstaple; comprendía que el temperamento de él era más utópico que el de ella misma. A él, como a toda Utopía, le parecía más bien ocasión de alegrarse el que los hijos de ella hubiesen muerto heroicamente. En efecto, tras la muerte de los muchachos el sol seguía alumbrando, pero se había revelado en la madre algo muy antiguo en la especie, ya desaparecido y olvidado: la disposición al sacrificio.

Era extraño que *Mr.* Barnstaple encontrara en Utopía este sentimiento que la Tierra conocía tan bien; el sentimiento que elevaba a las almas al reino de los Cielos, venerando las espinas y los clavos, representando a Dios, no como la Resurrección y la Vida, sino como un desvalido y atormentado moribundo. Ella le hablaba de sus hijos como si le enviara; él se habría arriesgado a ahogar a los suyos una docena de veces antes de verles salvados para ser empleados en el servicio de unos hombres como viles esclavos. Aun tomando modelos terrícolas, compendia que no había hecho por ellos todo lo que podía; les había permitido muchas libertades; le habría gustado ver a sus hijos ocuparse con interés en política y en ciencia, y no engolfados en el tenis, en los teatros de aficionados y en los galanteos. Ellos eran buenos muchachos en el fondo, pero él los había abandonado; vivían a la sombra de una gran ruina y con ninguna seguridad de defensa; vivían en un mundo de insuficiencias y banalidades. Su propia da, ¿qué había sido... sino un tiempo perdido? —recordó su vida en Sydenham:

—Yo lo criticaba todo, pero no enmendaba nada. Yo era tan malo como Peeve. ¿Me ocupaba en aquel mundo en algo más que me ocupó en éste? Pero en la Tierra todos éramos así...

Evitó a Lychnis durante algunos días y paseó solo por el valle. Fue a una sala de lectura y tuvo en sus manos libros que no pudo leer; estuvo en un taller y observó cómo un artista que trabajaba en un desnudo de muchacha en oro lo fundía una y otra vez porque no le gustaba; vio unas obras gigantescas reto a una chimenea enorme que relampagueaba en la colina, pero no le permitieron ir allí; vio un millar de cosas que no pudo comprender. Empezó a sentir lo que quizá podría sentir un perro muy inteligente en el mundo de los hombres, sólo que él no tenía maestros que le educaran ni instinto que le consolara. Los utópicos iban a sus ocupaciones, pasaban sonriéndole y nada más. Ellos sabían qué hacer; tenían una función que cumplir; pasaban algunas veces cantando; los amantes se enamoraban con dulces sonrisas en los labios... Su soledad llegó a ser una angustia sin esperanzas.

Porque *Mr. Barnstaple* deseaba amar y ser amado en Utopía. El que esta gente no pudiera concebir tal intimidad de cuerpo y de alma con él, era una humillación que le torturaba. Las miradas de las utópicas jóvenes y maduras que le observaban con curiosidad o pasaban junto a él con indiferencia herían su amor propio y le hacían intolerable el mundo utópico. Inconscientemente, estas diosas concentraban sobre él todo el desprecio que sentían por las castas inferiores. Él no podía vivir sin un amor donde cada uno parecía tener un amante; y, sin embargo, en este mundo utópico el amor para él resultaba a los ojos de todos grotesco e inconcebible... Una noche que había permanecido despierto hasta el amanecer, angustiado por tales cosas, tuvo una idea por la que comprendió que podría restablecer su amor propio y ganar una especie de ciudadanía utópica. Todavía podría conseguir con su gesto que se hablara mucho tiempo de él y que le recordaran las generaciones venideras con interés y con simpatía.

CAPÍTULO III

EL TERRÍCOLA PRESTA UN SERVICIO

1

El hombre con quien *Mr.* Barnstaple fue a hablar se llamaba Sungold. Debía de ser muy viejo, porque tenía muchas arrugas en la cara; tenía un color sano y una barba castaña muy poblada y salpicada de canas; sus ojos eran oscuros y vivaces bajo unas cejas muy finas; el pelo le caía sobre la nuca como una crin rebelde. Estaba sentado tras una mesa repleta de papeles redactando notas manuscritas. Sonrió a *Mr.* Barnstaple y le indicó que se sentara frente a él. Después esperó con una amable sonrisa a que *Mr.* Barnstaple empezara a hablar.

—Este mundo es el triunfo del orden y de la belleza que yo había soñado siempre —dijo el terrícola—; pero no toleraré un vago, un desocupado, en él. Todos tienen en qué ocuparse menos yo. No pertenezco a ninguna parte, no hago nada, nadie quiere relacionarse conmigo...

Sungold movió la cabeza dando a entender que le comprendía.

—Esto es duro y triste —siguió *Mr.* Barnstaple—. Uno es un extraño... Pero se me ha ocurrido que yo podría ser de alguna utilidad, que podría ser tan buen trabajador como un utópico. Yo necesito ser utilizado en algo. ¿Necesita usted alguien para arriesgar la vida en algún experimento, o para ir a algún sitio extraño? ¿Alguien que esté dispuesto a servir a Utopía? ¿Alguien que no necesite poseer habilidad o ciencias especiales...?

Se detuvo emocionado. Sungold le dio a entender que le comprendía muy bien. Mientras el utópico meditaba, el terrícola le miraba con angustia. Después las palabras y las frases empezaron a enhebrarle silenciosas en la mente de *Mr.* Barnstaple. Sungold deseaba saber si él entendía algo de la extensión y límites de los

grandes descubrimientos que se estaban realizando en Utopía, donde se estaba atravesando en tal momento por una fase de intensa exaltación intelectual. Nuevas fuerzas y posibilidades embargaban la imaginación de la raza, y era muy natural que un inexperto terrícola estuviese angustiado e incómodo en medio de tan extrañas actividades. Incluso muchos utópicos, los más atraídos, estaban asustados. Durante siglos, filósofos e investigadores habían estado criticando, revisando y reconstruyendo sus anteriores ideas tradicionales del espacio y del tiempo, de la forma y la sustancia, y ahora, repentinamente, los nuevos caminos del pensamiento estaban dando frutos asombrosos. Las limitaciones del espacio, que habían parecido por siempre insuperables, estaban rompiéndose ya. Era ahora teóricamente posible pasar desde el planeta Utopía a otros puntos del universo de origen, es decir, a remotos planetas y lejanísimas estrellas. Éste era el punto presente de la cuestión.

—Yo no puedo imaginarme nada de eso —dijo el terrícola.

—Usted no puede imaginarlo, pero es así —dijo el utópico cordialmente—. Hace un centenar de años también era inconcebible aquí.

—¿Cómo consiguen ustedes el paso a otras dimensiones?

—Una nueva y maravillosa fase de la vida ha comenzado aquí. Nosotros aprendimos hace mucho los principales secretos de la felicidad. La vida es buena en este mundo. ¿La encuentra usted buena? Por miles de años todavía será este planeta nuestra fortaleza y nuestro hogar. Pero el viento de una nueva aventura sopla ya en toda la raza. Todos tenemos la sangre golpeándonos el pecho como el anuncio de una primavera cercana.

Sungold hablaba con palabras audibles, que se iban traduciendo solas al inglés conforme eran pronunciadas:

—El encuentro de nuestro planeta con la Tierra fue un curioso accidente. Yo quiero que usted entienda esto bien. Vuestro universo y el nuestro están los dos en un gran universo de universos del orden gravitación-tiempo, que son trasladados a través de la infinitud de Dios. Son similares, pero no son idénticos. Uno y otro son equivalentes, pero no están caminando por el mismo camino ni en una dirección paralela. Cuando Arden y Greenlake hicieron su experimento, las posibilidades de acertar con algo en vuestro universo eran infinitamente remotas. Ellos sólo intentaban lanzar

un fragmento de nuestra materia fuera de nuestro mundo, para después hacerla regresar. Ustedes cayeron aquí... de manera inesperada. Nosotros no necesitamos entrar en vuestro universo ni en más mundo que en el nuestro. Ustedes son demasiado parecidos a nosotros, y están demasiado atrasados, inquietos y enfermos, y nosotros no podemos ayudarles todavía a mejorar porque no somos dioses, sino hombres.

Mr. Barnstaple saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Qué podemos hacer con los hombres de la Tierra? No tenemos instinto de dominación ni de conquista. Estamos educados en largos siglos de igualdad y de libre cooperación. Ustedes serían demasiado numerosos para que pudiéramos educarlos a nuestras maneras y muchos nos contagiarían malos hábitos. Vuestra ignorancia podría atravesarse en nuestro camino, vuestras riñas, celos y tradiciones, banderas y religiones, podrían entorpecernos en todo lo que nos queda por hacer. Seríamos con ustedes impacientes e injustos. Se parecen demasiado a nosotros para que tuviéramos paciencia con vuestros fracasos. Sería duro recordar constantemente que estáis mal educados. Estamos convencidos desde hace mucho tiempo de que ninguna raza de seres humanos es suficientemente grande y poderosa para no necesitar de otras razas. Por lo que sabemos de vuestra gente y su ignorancia y obstinación, está justificado que los nuestros sientan desprecio por ustedes. Y el menosprecio es la causa de todas las injusticias. Acabaríamos exterminando a todos los terrícolas... ¿Por qué vamos a hacer posible tamaño disparate...? No podemos tampoco admitirles como iguales...

Mr. Barnstaple asintió en silencio.

—Usted y yo —siguió el utópico—, dos individualidades, podemos ser amigos y entendernos.

—Es cierto. Es cierto... Sin embargo, yo puedo ser de alguna utilidad en Utopía.

—Sí.

—¿Cómo?

—Volviendo a su mundo.

Era lo que él había temido. Pero se había hecho el propósito de ser útil, y pensó: «Yo haré eso».

—Intentar el retorno —aclaró Sungold—, quiero decir. Hay

riesgo. Puede usted morir en el intento.

—Lo haré.

—Necesitamos verificar todo un proceso de relaciones entre nuestro universo y el vuestro; queremos hacer el experimento inverso de Arden y Greenlake y ver si podemos volver seres vivos a vuestro mundo; es casi seguro que podremos hacerlo. Este ser elegido puede hacer mucho bien a ambos mundos dándonos una prueba de que el experimento resultó bien y que llegó sin novedad a la Tierra.

—Yo haré eso.

—Podemos ponerle en esa máquina que trajo y con la misma ropa que tenía puesta cuando llegó. Volverá exactamente tal como vino.

—Lo comprendo.

—Y porque su mundo es vil y tiene algunos cerebros raramente capacitados, no queremos que vuestra gente nos conozca, por miedo a que se decidieran a venir aquí guiados por algún pobre genio tonto, llamando a nuestras puertas, amenazando nuestras vidas e inutilizando nuestra civilización, obligándonos a matarles como ratas.

—Sí. Pero antes que los terrícolas puedan venir a Utopía, tienen que aprender a hacerlo. Utopía es un lugar sólo para los que saben estar en ella.

Hubo una pausa.

—Cuando yo haya vuelto a la Tierra, ¿olvidaré a Utopía?

Sungold sonrió y no dijo nada.

—Mi nostalgia de Utopía me angustiará. Seré allí un utópico, porque yo creo que habiendo ofrecido mis servicios y habiendo sido aceptados..., ya no soy un paria aquí, ¿verdad?

—Recuerde que puede morir en la prueba.

—No importa.

—Bien..., ¡hermano!

Se abrazaron los dos.

—Después que haya regresado y nos dé la señal de ello, alguno de los otros terrícolas pueden también ser enviados allá.

—¡Pero...! —exclamó, atónito, *Mr. Barnstaple*—. Yo pensé que les habían arrojado al espacio, al vacío...

—Algunos murieron, pero matados entre sí. El hombre que

llamaban Barrow...

—¿Barralonga?

—Sí. Los otros aparecieron asfixiados y congelados, pero no muertos; han sido restablecidos a la vida y ahora no sabemos qué hacer con ellos. No nos son de ninguna utilidad. Nos estorban.

—No me extraña.

—El hombre que ustedes llaman Burleigh parece tener alguna importancia en la Tierra. Hemos estudiado su cerebro, y hemos descubierto que su facultad de creer es pequeñísima; cree en muy pocas cosas; es dudoso que crea en la realidad de nuestras experiencias; procuraremos que piense que todo esto no ha sido sino un sueño. Considerará esto demasiado fantástico para hablar de ello, porque, desde luego, está ya muy desconfiado de su imaginación; se encontrará de regreso en su mundo algunos días después que usted y se marchará a su casa como si tal cosa le hubiera ocurrido. Usted le verá reaparecer en los asuntos políticos, tal vez un poco más sabio.

—Podría ser.

—Rupert Catskill tiene mucho interés en volver. Vuestro mundo lo malogrará.

—Nada le convendría más.

—*Lady Stella* quiere irse también.

—Me alegro de que se haya salvado. Pero ella no dirá nada de Utopía. Es muy discreta.

—El comportamiento del sacerdote no fue, a mi parecer, el que hubiera debido ser.

—¿Qué hizo?

—Cogió unos cuantos delantales de seda negra que él mismo hizo y salió por los caminos empeñado en ponérselos a nuestras muchachas en la cintura.

—Envíelo a la Tierra.

—¿Y querrá vuestro mundo admitirlo?

—Desde luego, si ustedes quieren quedarse con él...

—No. También regresará.

—Los demás podrían ustedes guardarlos. Nadie en la Tierra se inquietará por ellos. En nuestro mundo hay muchísima gente que está siempre un poco perdida. La vuelta, aun de los pocos que se proponen hacer volver, puede llamar la atención. La gente puede

empezar a dar noticias de estos maravillosos regresos desde el otro mundo, y preguntar el camino para venir. Darían noticias a cambio de publicidad. No pueden enviar a nadie más. Pónganlos en una isla o algo parecido. Creo que deben guardar al cura también. Aunque la verdad es que mucha gente en la Tierra lo necesita porque sin él empezarían a comportarse mal. Y será muy fácil persuadir al padre Amerton de que Utopía ha sido un sueño, porque todos los sacerdotes han soñado alguna vez con una de estas Utopías. Él pensará de todo esto, si piensa alguna vez en ello, que ha sido una pesadilla de inmoralidades.

2

La conversación había terminado, pero *Mr.* Barnstaple no sabía cómo irse. Miró a Sungold a los ojos y le encontró amable.

—Usted me ha dicho todo lo que he de hacer y es necesario que me marche. Un momento de su vida es más importante que un año de la mía. Pero porque voy a irme pronto de este mundo creo tener algún derecho a rogarle que me hable de los tiempos gloriosos de este planeta. Usted me ha dicho que es posible ir a remotos universos, y esto me deja perplejo. Probablemente soy incapaz de comprender tan gigantesca idea, pero me gustaría que usted me la explicara. Es creencia de mi mundo que el final de la vida tendrá su razón en el enfriamiento del sol, que hemos nacido con la Tierra y moriremos con ella sin remisión. ¿Por qué, entonces, trabajar por el progreso de un mundo que debe helarse y morir?

Sungold sonrió.

—Vuestros filósofos terminan demasiado pronto. ¿Qué tiempo hace que existe vuestra ciencia?

—Doscientos..., trescientos años.

—¿Y cuántos hombres se dedican a ella?

—Unos centenares en cada generación.

—Nosotros vamos ya por los tres mil, y cien millones de buenos cerebros han sido estrujados como uvas en la prensa de la ciencia. ¡Y qué poco conocemos todavía! Por cada observación hecha con

resultado positivo, un centenar se pierden; siempre hay alguna traviesa verdad que se burla de nosotros y consigue escaparse y llevarnos al borde del error. Yo sé dónde están vuestros hombres de ciencia porque he estudiado el principio de la nuestra. ¿Cómo podría yo calcular la distancia que nos separa? Desde aquellos días lejanísimos hemos examinado y ensayado y tanteado y vuelto a tantear una infinidad de nuevos caminos del pensamiento sobre el espacio, del cual el tiempo no es sino una manifestación especial. Tenemos fórmulas que no podemos revelarles a ustedes porque su comprensión resulta difícil hasta para nosotros mismos. Pensamos en los términos de un espacio en el cual el sistema espacio-tiempo, en el que ustedes se mueven y piensan, es sólo un caso particular. Nuestra inteligencia se ha adelantado a nuestra vida y a nuestra voluntad. Todavía somos de carne y de sangre, todavía esperanza y deseo, vamos de acá para allá y miramos arriba y abajo; las cosas que parecen remotas las acercamos, las que eran inaccesibles están ya alcanzadas, las inconcebibles duermen ya sobre la palma de nuestra mano.

—¿Y no piensa usted en que este mundo perecerá algún día?

—¡Perecer!

El anciano habló con solemnidad. Sin saberlo, parodiaba a Newton.

—Somos como niños pequeños traídos a las playas de un océano sin límites. Todos los conocimientos que hemos adquirido en las pocas generaciones pasadas desde que empezamos a tener Ciencia son como un puñado de arena recogida en las playas de ese mar infinito. Crecemos en fuerza y en ánimos. Renovamos nuestra juventud. Para señal de lo que le digo, nuestro mundo es más joven que el suyo; las generaciones de monos o subhombres que nos precedieron tenían cerebros viejos; se espantaban de las cosas nuevas. Aprender es, a lo largo, llegar a ser joven otra vez, empezar de nuevo. Vuestro mundo, comparado con el nuestro, es un mundo de espíritus ignorantes, de equivocadas tradiciones, de odios e injurias. Pero algún día llegarán ustedes otra vez a ser como niños pequeños y encontrarán el camino para venir a nosotros... que estaremos esperándoles. Dos universos se encontrarán y se abrazarán, para engendrar un universo todavía más gigantesco... Vosotros no habéis empezado aún a comprender el significado de la

vida. Ni siquiera Utopía... La vida es sólo una promesa todavía. Algún día aquí y en todas partes, la vida, de la cual usted y yo no somos sino átomos de la anunciación, despertará en definitiva una y total y maravillosa, semejante a un niño que despertase de repente a la luz y a la conciencia. Abrirá sus ojos adormecidos, se desperezará y sonreirá mirando a Dios cara a cara... Nosotros estaremos allí entonces... Toda esta materia... Usted y yo.

CAPÍTULO IV

LA VUELTA A LA TIERRA

1

Amanecía. *Mr. Barnstaple* estaba ya contemplando su última mañana sobre las bellas montañas de Utopía y meditando sobre el experimento para el cual se había ofrecido como conejillo de Indias. Había dormido poco; el amanecer le había sorprendido al aire libre vestido para sus últimos momentos en aquel país maravilloso con las sandalias la túnica blanca y luminosa que habían sido sus vestiduras en Utopía. Ahora tendría que luchar de nuevo con los calcetines, las botas, los pantalones y el cuello de la camisa; levantó los brazos al cielo, bostezó y respiró hasta llenar sus pulmones. El valle estaba allá abajo, todavía adormecido bajo los vellones de niebla. En la cumbre de las montañas empezaba a dar el sol.

Nunca había estado antes fuera de su dormitorio a semejante hora; era divertido ver cómo las flores oteaban rocío casi dormidas; cómo las hojas de los árboles estaban retorcidas como barquillos infantiles; cómo la gasa finísima de las arañas estaba mojada todavía por la niebla. Un tigre vino hacia él, saltando de repente al camino, y le miró con sus ojos amarillos e inquietos, tal vez intentando recordar su olvidado instinto carnicero.

Se apartó de la carretera, pasó por debajo de un cuente y subió por una escalera que prometía llevarle más pronto a la cima de la montaña. Una infinidad de amistosos y pequeños pájaros de bellos colores volaron alrededor de él y uno hasta se posó indolente sobre su hombro, para salir piando burlón cuando levantó la mano para acariciarlo. Estaba todavía subiendo la escalera cuando salió el sol. Era como si la montaña se desprendiera de un velo azul muy tenue y se presentara al mundo completamente desnuda. *Mr. Barnstaple* llegó a un lugar cubierto de césped y se detuvo. Durante un buen

rato no hizo sino observar aquellas maravillas de la salida del sol, muy lejos, como una flecha disparada de Este a Oeste, brillaba la línea deslumbrante del mar.

2

—¡**Q**ué serenidad! —murmuró—. ¡Cuánta belleza! Todos los trabajos de los hombres encaminados a conseguir una armonía perfecta.

De acuerdo con sus hábitos periodísticos intentó componer algunas frases:

—La energía de la paz... La confusión destruida... Un mundo de espíritu transparente como cristal...

¿Para qué servían las palabras? Escuchó atento, porque desde la ladera llegaba el canto de una calandria rociando la mañana de dulces notas. Intento descubrir a la pequeña cantora, pero le deslumbraba la luz del sol. Cuando la calandria dejó de cantar, Utopía quedó en silencio hasta que se oyeron risas infantiles en la falda de la montaña. Amaneció definitivamente. ¡Qué pacífico era el amanecer utópico en comparación con los atormentados de la Tierra! No había ladridos de los perros irritados, ni rebuznos de asnos inquietos, ni gritos, ni disparos, ni toses, ni martillazos, ni estrépito de trenes, ni cláxones de automóviles. El oído, como la vista, estaba en paz. El aire, en vez de ser un barro de ruidos, estaba purificado por el silencio.

Su mirada recorrió el paisaje. Allá abajo, el último vestigio de los vellones de la niebla se disolvía. Tanques de agua, carreteras, puentes, edificios, malecones, arboledas, jardines, canales, cascadas y fuentes aparecían por todas partes.

—Hace tres mil años esto era un mundo parecido al mío... ¡Pensar que esto es obra de cien generaciones...! En tres mil años nosotros podremos hacer también de nuestro pobre mundo uno semejante a éste. «Los mundos son similares pero no son idénticos». Si yo pudiera contar allí todo lo que he visto... No me creerían, no. Me rebuznarían como asnos y me ladrarían como perros... Allí no

se cree en más mundo que en el de la Tierra. Les molesta pensar que haya alguno más, mejor o peor que el de ellos. Y, sin embargo, nada pueden ya hacer que no esté hecho aquí. Muerte, tortura, futilidades, humillaciones. Sí, quizá merezcan estar entre sus propios excrementos, arañando el suelo donde viven, saludándose hipócritamente unos a otros, confiando en un buen perro de presa, aprovechándose de penas y esfuerzos que no han compartido; la Humanidad hiede, hederá siempre y vivirá feliz con su hedor repitiendo a manera de consuelo que no hay nada nuevo bajo el sol...

Fue distraído de sus pensamientos por dos muchachas que llegaban corriendo por la escalera una tras de la otra. La primera traía las manos llenas de flores azules; la que le perseguía, tal vez un año más joven, tenía un pelo rubio casi de oro. Las dos estaban excitadas por la incontenible gana de juego de los animales jóvenes. La que iba delante descubrió a Ir. Barnstaple con un gesto de sorpresa; le observó con una rápida mirada de curiosidad, saludó con picardía, le lanzó dos flores azules a la cara y salió leyendo escaleras abajo. Su compañera, empeñada en alcanzarla, corrió también; parecían dos mariposa; se detuvieron allá lejos, y después de hablarse al oído, sin duda comentando el encuentro con el extranjero, saludaron con las manos y desaparecieron. *Mr.* Barnstaple les devolvió el saludo y permaneció en silencio con una sonrisa en los labios, feliz y regocijado.

3

El lugar adonde *Lychnis* había llevado a *Mr.* Barnstaple estaba en la sierra, entre el valle donde paira los últimos días y una cañada por la que pasaba un torrente que después de unos centenares de millas de sinuoso camino desembocaba en el río, en la llanura. Había un mirador en la cresta del desfiladero, levantado sobre fuertes puntales; a un lado se veía un escenario montañoso y una rica y pintoresca vegetación; al otro se extendía un amplio jardín. Durante un buen rato *Mr.* Barnstaple escudriñó con la mirada esta

cañada que veía por vez primera; a quinientos pies bajo el lugar donde él estaba sintió rodar una piedra, y una avutarda levantó el vuelo precipitadamente. Muchos de los árboles de allá abajo debían ser frutales, pero estaban muy lejos para distinguirlo. Aquí y allí podía verse un sendero bordeando arboledas y rocas, y entre la verde espesura había pequeños pabellones en los que los caminantes podían descansar, hacerse el té y encontrar bizcochos o bebidas refrigerantes, y tal vez un lecho y un libro. Después observó el valle que iba hacia el mar. Verdaderamente aquélla era la Tierra Prometida de la esperanza humana.

Allí estaban la paz, la fuerza, la salud, la actividad feliz y la belleza. Todo lo que nosotros buscamos estaba ya realizado en aquel país maravilloso. ¿Cuántas centurias o miles de años pasarían antes de que un hombre pudiera ver desde una montaña de la Tierra una Humanidad triunfante y en paz...? Meditó profundamente. No había ninguna ciencia en Utopía de la que la Tierra no tuviese ya atisbos; no había ninguna fuerza en Utopía que los terrícolas no pudiesen usar. Así, si la ignorancia y oscuridad y despechos y malicias lo permitieran, estaría la Tierra pronto... Por un mundo como Utopía, *Mr. Barnstaple* había estado esforzándose semanalmente toda su vida. Si el experimento salía bien y él se encontraba vivo otra vez en la Tierra, de nuevo dirigiría sus esfuerzos hacia Utopía. Y no estaría solo. En la Tierra hay miles, decenas de millares, quizá cientos de millares de personas que están también luchando por encontrar un camino de escape para ellos y para sus hijos por el que abandonar los desórdenes e indignidades de la Edad de la Confusión; cientos de miles que deseaban poner fin a las guerras y establecer el estandarte de Utopía sobre las falsedades; divisiones que martirizan a la Humanidad.

—Sí, pero nosotros fallamos —decía *Mr. Barnstaple* paseando mohíno de un lado a otro—. ¡Decenas y centenares y millares de hombres y mujeres, que apenas hacen nada! Quizá cada hombre y cada mujer joven haya tenido alguna vez la ilusión de servir y mejorar al mundo. ¡Pero estamos disperso; y las viejas costumbres, desilusiones, hábitos y traiciones triunfan sobre nosotros!

Se sentó con los codos sobre las rodillas y la barbilla sobre las manos, pensando en aquel mundo que tenía que dejar tan pronto.

—Nosotros podríamos hacerlo.

Pensó que él pertenecía ahora en cuerpo y alma a la Revolución, a la gran Revolución que está latente en la Tierra; que marcha y nunca desistirá ni descansará hasta que el viejo planeta sea una Utopía. Él sabía que esta Revolución está viva. Y como esto había cristalizado en su pensamiento, pensó que también cristalizaría en el de centenares de miles de hombres y mujeres de la Tierra que soñaban con Utopía.

—Nosotros lo haremos.

Todos los conflictos e insurrecciones que habían ocurrido en la Tierra no eran sino preludios de la Revolución que tenía que venir. Cuando salió a sus fantásticas vacaciones se dio cuenta de que estaba deprimido; los asuntos terrenos le parecían confusos y sin esperanzas; pero ahora, desde Utopía, con la salud restablecida y equilibrada, veía con claridad cómo los hombres de la Tierra se estaban labrando el camino de la liberación, angustia tras angustia, hacia la puerta presentida de la revolución final; veía cómo los hombres habían estado luchando por las monarquías, las religiones dogmáticas, la moral, el respeto de sí mismo y la limpieza de cuerpo y de alma; cómo luchaban ahora por arrancar el mutuo amor entre los hombres del planeta de entre las garras de falaces pretensiones, deshonestidades e imposturas.

Hay confusión en toda lucha. Retracciones y derrotas. Pero el total de las luchas terrenas por la libertad visto desde Utopía daba sensación de avance incontenible y constante. Hubo desaciertos, hubo retrocesos, porque las fuerzas de la Revolución trabajan en la sombra. El gran esfuerzo y la gran angustia del movimiento socialista para crear un nuevo Estado en el mundo había sido contemporáneo de *Mr.* Barnstaple; el socialismo había sido el evangelio de su juventud; él había participado en sus esperanzas, sus dudas, sus amargos conflictos internos. Él había visto el movimiento socialista perdiendo dulzura y recogiendo refuerzos en la angostura de la fórmula marxista. Le había visto sacrificar su fuerza constructiva por una intensidad militante. Le había visto en Rusia acertar en la destrucción y fracasar en cuanto tuvo que organizar y construir. Como todos los espíritus liberales en el mundo, había compartido el escalofrío de la angustia bolchevique, y había temido que esta bancarrota de un gran impulso creador no fuese nada más y nada menos que una victoria de la reacción, que

daba renovada vida a todas las falsedades, imposturas, corrupciones y anarquías tradicionales.

Pero ahora, desde el alto punto de vista de Utopía, veía claramente que el Fénix de la Revolución llameaba bajo sus cenizas a punto de renacer. Mientras el lazo corredizo se está apretando alrededor del cuello del maestro, la juventud está leyendo sus enseñanzas. Las revoluciones nacen y mueren; la gran Revolución avanza inevitablemente y nunca morirá. El tiempo está cerca, y la Revolución podrá adelantarse cuando las fuerzas revolucionarias trabajen a la luz y no en la sombra, y miles de hombres y mujeres, ahora apartados y desorganizados y mutuamente antagonistas, serían arrastrados entonces a la visión del mundo ansiado y presentido. El marxismo había desperdiciado las fuerzas de la Revolución durante cincuenta años; había despreciado a todos los hombres de ciencia y de talento; les había aterrado con su intolerante ortodoxia; su error de que todas las ideas son engendradas por circunstancias materiales le había hecho ineficaz en la educación y la crítica; había intentado construir la unidad social sobre el odio, y había malgastado todas sus fuerzas en la locura de una lucha de clases.

Ahora todos volvían la vista al socialismo, y el monótono y fúnebre espectáculo de una dictadura del proletariado sería sustituido por una Utopía, un mundo en paz, con sus recursos labrados y explotados por el bien común, sus ciudadanos libres, no sólo de servidumbre sino de ignorancia, y con sus reservas de energía dirigidas al aumento de la cultura y de la belleza. La Tierra seguiría la senda que Utopía había ya dejado atrás. Los hombres también se reírían de las cosas que habían temido, y apartarían de su lado las imposturas que les habían intimidado, y los absurdos que les habían atormentado. La Tierra, que ahora sólo era un desierto donde los hombres arañaban para conseguir alimento y vivían en chozas y montones de escorias, se enriquecería con el amor y la justicia como este bello país utópico. También los hijos de los terrícolas, purificados de sus enfermedades morales y materiales, irían orgullosos por su planeta conquistado y subirían hasta las estrellas...

—Sólo voluntad —dijo *Mr. Barnstaple*—. ¡Sólo es necesaria la voluntad...!

Oyó el tañido de una campana dando la hora. El momento de cumplir la misión para la que había sido designado estaba cerca; debía descender de la montaña y acercarse al lugar donde el experimento iba a realizarse. Miró por última vez a la cañada, a la amplia perspectiva del valle, con sus lagos y estanques y terrazas, sus arboledas y pabellones, sus edificios y altos viaductos, sus soleadas tierras de cultivo, su graciosa amenidad.

—Adiós, Utopía —dijo—, y se asombró al descubrir que estaba tan profundamente emocionado que las palabras casi no salieron de su garganta—. Querido sueño de esperanza y amor, adiós.

Estuvo a punto de llorar. Le parecía que el espíritu de Utopía se inclinaba sobre él como un dios amistoso, adorable... e inasequible. Empezó a descender por la escalera. El perfume de un macizo de rosas llamó su atención; pasaba bajo una pérgola cubierta con grandes rosas blancas y enloquecida por el canto y el batir de alas de una bandada de pequeños pajarillos verdes. Miró las hojas del rosal caldeadas por el sol y dibujadas a contraluz en el alto cielo; levantó una mano, cogió una rosa y la acercó a la boca para besarla, después de haberse acariciado las mejillas con los pétalos olorosos y suaves. Cuando la soltó de su mano, la flor estaba mojada de lágrimas.

Mr. Barnstaple regresó en aeroplano al mismo sitio de la cristalina carretera donde él había llegado por primera vez a Utopía. Lychnis fue con él y le acompañó Cristal, deseoso de ver el experimento. Un grupo de veinte o treinta personas, entre las que estaba Sungold, le esperaban. El arruinado laboratorio de Arden y Greenlake había sido sustituido por recientes edificaciones. *Mr.* Barnstaple pudo reconocer con claridad el lugar donde *Mr.* Catskill

había mirado al leopardo cara a cara y donde *Mr.* Burleigh le había interrogado tan graciosamente. Su viejo automóvil, *el peligro amarillo*, que parecía ahora la más desgarrada pieza de ferretería concebible, estaba en la carretera. Fue a examinarlo con interés no exento de emoción; parecía en perfectas condiciones, engrasado y con el depósito de gasolina lleno.

Mr. Barnstaple entró a cambiarse de ropas en un pequeño pabellón; allí estaban su equipaje y sus cosas de terrícola, todo muy limpio, doblado y planchado; su camisa le oprimía el pecho, el cuello le apretaba, la chaqueta le molestaba bajo los brazos; tal vez —pensó— la ropa haya encogido cuando nos desinfectaron. Hizo su maleta y Cristal se la llevó hasta el coche. Sungold explicó todo lo que *Mr.* Barnstaple tenía que hacer. En la carretera, muy cerca del restaurado laboratorio, marcó una línea muy fina.

—Conduzca su coche hasta ella y pásela —dijo—. Eso es todo lo que usted tiene que hacer. Después tome esta flor roja y póngala exactamente sobre el lugar donde su rueda pare al entrar en su mundo. *Mr.* Barnstaple quedó solo junto al coche. Los utópicos se apartaron veinte o treinta yardas, e hicieron un círculo a su alrededor. Durante unos momentos todo estuvo en silencio.

6

M*r.* Barnstaple montó en su coche, puso el motor en marcha y después de un par de minutos pisó el acelerador. Cuando el automóvil empezó a moverse ida la línea trazada por Sungold en la carretera, *Mr.* Barnstaple hizo un gesto de despedida con la mano a Lychnis y ella le contestó. Sungold y otros utópicos también le hicieron amistosos saludos. Cristal estaba muy atento para distraerse en saludar.

—¡Adiós, Cristal! —gritó *Mr.* Barnstaple, y el muchacho le respondió con una mirada cordial.

Aceleró, apretó los dientes y cerró los ojos cuando tocó la línea que limitaba los dos mundos. Tuvo la sensación de una tensión insoportable y oyó aquel ruido tan parecido al zumbido de una

cuerda de violín. Tuvo un irresistible impulso de parar... y regresar. Quitó los pies al acelerador y el coche pareció caer a plomo como cosa de un pie, y paró tan repentinamente que casi despidió a su conductor. La tensión subió. *Mr. Barnstaple* abrió los ojos y miró su alrededor.

El coche estaba parado en un campo recién segado y un vallado en el que había una puerta negra abierta separaba este campo de heno de la carretera. Muy cerca estaba un anuncio del hotel principal de Maidenhead. Al otro lado de la carretera había montañas y arboledas; a la izquierda, una pequeña venta. Volvió la cabeza y vio el castillo de Windsor en la remota lejanía. No estaba, como los utópicos habían prometido, en el sitio exacto de su partida, pero se hallaba a menos de cien yardas de él. Por un momento no quiso moverse repitiendo mentalmente todo lo que tenía que hacer. Después puso en marcha el automóvil y lo dirigió hacia la puerta negra.

Salió por ella y quedó un rato quieto con la flor roja en la mano; regresó al sitio exacto por donde había entrado de nuevo en la Tierra y puso allí la flor; era muy fácil determinarlo por la señal que el coche había hecho al frenar. Sintió unos enormes deseos de no obedecer las instrucciones; quería conservar la flor; era la última cosa, la única también, que le quedaba ya del dorado mundo de Utopía; esto y un dulce olor en sus manos. Era extraordinario que no hubiese traído nada más con él. ¿Por qué no se había traído un ramo de flores? ¿Por qué no le habían dado ellos nada, ni la más pequeña cosa? Necesitaba conservar la flor; estuvo decidido a sustituirla por un puñado de madreselvas arrancadas del seto cercano. Pero pensó que debía hacer lo que le habían dicho.

Desgarró un solo pétalo de la flor, y puso el resto en el mismo centro de la huella de la rueda. El pétalo se lo guardó en el bolsillo como una joya. Después, con el corazón triste, regresó despacio al coche y quedó junto a él esperando los acontecimientos. Su pena y su emoción eran grandes. Estaba pesadoso de haber abandonado Utopía. Era evidente la aridez a que estaba llegando; el campo estaba más agostado y reseco que él lo había visto jamás en Inglaterra. El viejo mundo de la Tierra le parecía lleno de desagradables visiones y ruidos y olores casi olvidados. Sonaban los coches distantes, los trenes, una treintena de vacas mugiendo. El

polvo le irritaba la nariz, y le molestaba el olor del alquitrán. Había alambres de espino en el seto y por encima de la puerta negra, y estiércol de caballo y trozos de papeles sucios. El mundo de donde había venido quedaba reducido al pétalo de una flor escarlata.

Algo sucedió muy rápidamente. Fue como si una mano apareciera por un momento y tocara la flor para desaparecer en seguida. Sólo quedó una pequeña nube de polvo. Era el final de la aventura. Durante algunos minutos *Mr.* Barnstaple fue incapaz de recobrar el control de sí mismo, cubriéndose la cara con las manos, apoyado en la raída capota de a coche. Cuando pudo recuperarse, puso el auto en marcha y avanzó hacia la carretera. Dejó la puerta abierta y tomó hacia el Este, sin proponérselo, marchando despacio como quien no sabe a ciencia cierta adonde va. Empezó a pensar en que quizás el viejo mundo terrícola le había dado por desaparecido misteriosamente; alguien podría descubrirle y hacerle objeto de preguntas sin respuesta posible, y eso sería cansado y desagradable. No había pensado en esto en Utopía; allí le había parecido posible regresar a la Tierra y pasar inadvertido, y ahora tanta confianza le parecía infantil.

Vio ante sí la muestra de un modesto salón de té. Se le ocurrió que podría apearse allí, ver un periódico, preguntar discretamente y enterarse de lo que hubiese sucedido en el mundo durante su ausencia y si él había sido dado por desaparecido y en qué circunstancias. Encontró una mesa ya preparada bajo la ventana; en el centro de la sala, sobre una mesa mayor, entre algunas macetas, había periódicos y revistas atrasadas, pero había también un ejemplar del *Daily Express* de la mañana. Lo cogió con curiosidad, temeroso de encontrarlo lleno de misteriosas desapariciones: *Mr.* Burleigh, Lord Barralonga, *Mr.* Rupert Catskill, *Mr.* Hunker, el padre Amerton y *Lady* Stella. Gradualmente, conforme fue repasando el periódico, sus temores se desvanecieron. ¡No había una sola palabra sobre ellos!

—¡Pero seguramente —murmuró— los amigos habrán notado la falta!

Leyó todo el periódico; de uno solo encontró referencia y éste era el último nombre que podía haber pensado encontrar: no había sido adjudicado el Premio de Literatura «debido a la ineludible ausencia de *Mr.* Freddy Mush». El pensamiento de *Mr.* Barnstaple

volvió a la flor escarlata puesta en las huellas de su automóvil y a la mano misteriosa que le había parecido a él que la cogía, con lo que la puerta para pasar de un mundo a otro se había cerrado para siempre. Aquel mundo amado de honestidad y de salud era ya inaccesible para él por siempre jamás, y aquél no era sino uno de los incontables universos que se mueven juntos en el Tiempo, que están uno junto al otro, infinitos y semejantes como las hojas de un libro.

—Yo que no puedo poner mi brazo fuera de su propio alcance — le había dicho un utópico— puedo enviarle a usted a miles de universos...

Una camarera le devolvió a la realidad. El té le parecía insípido y sucio; bebió el raro brebaje porque estaba sediento, pero no pudo pasar del primer sorbo. Sin pensarlo puso la mano en el bolsillo y tocó algo blando; sacó el pétalo arrancado de la flor de Utopía; había perdido su resplandeciente color escarlata, y mientras lo tenía en la mano le pareció que se oscurecía y que su delicado aroma se transformaba en un olor repugnante.

—¡Nunca lo hubiera creído!

Desmenuzó aquel terrón de podredumbre, y luego lo tomó entre los dedos y lo enterró en una maceta. Cogió el *Daily Express* otra vez y volvió a ojearlo intentando recuperar su personalidad de terrícola ; su sentido de las cosas humanas.

7

Por mucho tiempo *Mr. Barnstaple* meditó sobre el *Daily Express* en la sala de té de Colnebrook. Se pensamientos iban tan lejos que el periódico resbalaba hasta el suelo, sin que él lo advirtiera. Se levantó con un suspiro y pidió la cuenta. Al pagar advirtió que tenía intacto el dinero que sacara de casa.

—Éstas serán las vacaciones más baratas de mi vida. No he gastado absolutamente nada.

Preguntó por una oficina postal para poner en un telegrama. Dos horas más tarde paró ante la puerta de su pequeña villa, en

Sydenham. La abrió —el trozo de palo con el que siempre hacía esto estaba en su sitio habitual— y entró con *el peligro amarillo*, con la destreza de quien tantas veces había hecho lo mismo, y lo dejó a la puerta del cobertizo que le servía de garaje. Entró en el portal.

—¡Alfredo! ¿Has vuelto?

—Sí, ya estoy de vuelta. ¿Recibiste mi telegrama?

—Hace diez minutos. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Ha sido más de un mes.

—¡Oh...! Soñando. Me he divertido mucho.

—Pudiste haber escrito.

—Yo estaba muy enfermo. El doctor dijo que no debía molestarme nada en absoluto. Ya te lo dije.

—¿Hay té? ¿Dónde están los muchachos?

—Los muchachos están fuera. Déjame que te haga un poco de té. Luego se sentó ella frente a él.

—Estoy muy contenta de que hayas vuelto. Tienes un magnífico aspecto.

—He disfrutado de buen clima.

—¿Fuiste a los Lagos?

—No, de ninguna manera. Pero he estado en un sitio mucho mejor.

—¿No te has perdido?

—Nunca.

—Pues me parece que has perdido la memoria...

—Mi memoria tiene tantos quilates como un brillante.

—¿Pues dónde fuiste?

—Necesitaba aprender y soñar... Me perdí en un sueño... No preguntaba los nombres de los sitios a donde llegaba; hoy estaba aquí y mañana allí; no me preocupaba de si era ésta o aquélla la ciudad donde dormía. Mi imaginación estaba absolutamente inactiva. He descansado de... todas las cosas. Ni una sola vez he pensado en política, en dinero o en problemas sociales... ¿Es ése *El Liberal* de esta semana?

Lo cogió, lo ojeó y volvió a dejarlo en el sillón.

—¡Pobre viejo Peeve! Por supuesto, yo debía dejar este periódico. Es como el empapelado de una pared húmeda, siempre manchado y cayéndose a pedazos... Me da reuma mental.

Mrs. Barnstaple le miró desconfiada.

—Pero yo siempre creí que *El Liberal* era un empleo seguro que había que conservar.

—Yo no necesito trabajo seguro ahora. Tengo otras cosas en que ocuparme... No te preocupes. ¿Cómo están los muchachos?

—Yo estoy un poco preocupada con Frankie...

Mr. Barnstaple, al mirarlo distraído, vio en el *Times* un curioso anuncio: «Cecil. Su ausencia nos preocupa. Queríamos saber lo que usted desea que le digamos a la gente. Escriba a la dirección Scotch. Todas sus instrucciones serán cumplimentadas».

—¡Perdóname, querida! —Y dejó el periódico.

—Te estaba diciendo que Frankie parece estar disgustado con su empleo. A él no le gusta. Quiero que hables en serio con él. Dice que quiere estudiar Ciencias en la Politécnica.

—Bien. ¡Magnífico muchacho! Creo que debo hablar con él. Desde luego, estudiará Ciencias.

—Pero el muchacho tiene que ganarse la vida.

—Si él quiere estudiar Ciencias, las estudiará.

Mr. Barnstaple habló en un tono que era nuevo para *Mrs. Barnstaple*, un tono de urgente, firme y segura determinación. Al morder él su trozo de pan con mantequilla no pudo reprimir un gesto de desagrado, y ella lo vio.

—Por supuesto —dijo él—, mantequilla de Londres... de tres días. Es curioso lo pronto que cambia de sabor.

Tomó el *Times* otra vez y pasó la mirada por las columnas de apretada composición.

—Éste es un mundo infantil —comentó—. Muy infantil. Casi lo había olvidado. Imaginarios complots bolcheviques, proclamaciones de los autonomistas irlandeses, el príncipe, Polonia, mentiras sobre la China, más mentiras sobre Egipto, inseguridad general, natación, tenis, *cricket*... ¿Cómo se le da tanta importancia a semejante especie de cosas? Es como esconder riñas de los criados o a discusiones de los niños...

Mrs. Barnstaple le miraba intrigada, y él se justificó.

—No he visto un periódico desde que me fui.

Soltó el diario y se levantó. *Mrs. Barnstaple* empezó a creer que era víctima de una absurda alucinación, porque estaba viendo el hecho más pasmoso que hubiera observado jamás.

—Sí —dijo—. Es cierto... ¡William, has crecido! No sólo has

dejado de estar encorvado, ¡sino que has crecido dos o tres pulgadas!

Mr. Barnstaple la miró curioso y levantó los brazos para comprobarlo: en efecto, los tenía más largos. Se pusieron uno junto al otro, hombro con hombro.

—Tu hombro —dijo ella— estaba exactamente al mismo nivel del mío. ¡Mira dónde está ahora!

Ella le miró a los ojos. Se veía que estaba muy contenta de tenerle en casa de nuevo. Pero él parecía abstraído, ausente de su compañía.

—Esto debe ser consecuencia de aquel clima maravilloso... ¡Pero a mi edad! ¡Haber crecido! Y lo grande es que siento como si hubiera crecido por dentro y por fuera, en el cuerpo y en el espíritu...

Mrs. Barnstaple empezó a recoger el servicio de té.

—Parece que has evitado las grandes ciudades..., ¿por qué?

—¡Psh...!

—¿Y tenía ese maravilloso país carreteras y ferrocarriles?

—Prácticamente no lo sé... Era un país nuevo para mí... Bello y maravilloso en extremo...

Su esposa no dejaba de mirarle:

—Debes llevarme allí algún día. Quiero ver qué clase de mundo es ése y qué has hecho tú por allí en todo este tiempo...

El amor y *Mr.* Lewisham

CAPÍTULO PRIMERO

PRESENTACIÓN DE *MR. LEWISHAM*

El capítulo inicial no trata del Amor (en realidad este antagonista no aparece hasta el tercero) y en él se ve a *Mr. Lewisham* en sus estudios. Hace de ello diez años, y, en aquel tiempo, *Mr. Lewisham* era maestro auxiliar en la Escuela Privada de Whortley, en Whortley, Sussex, y disfrutaba de un salario de cuarenta libras anuales, de las que tenía que sacar quince chelines por semana durante el período escolar para pagar a su patrona, *Mrs. Munday* que vivía en una pequeña tienda de West Street. Le llamaban «*Mr.*» para distinguirlo de los muchachos mayores cuyo deber consistía en aprender, aunque había órdenes estrictas para que se le diera el tratamiento de «*Sir*».

Llevaba un traje de confección. Su chaqueta negra de líneas rígidas, estaba empolvada con tiza escolar en la parte delantera y en las mangas. Tenía unas facciones suaves y un bigotito incipiente. Era un muchacho de dieciocho años, bastante bien parecido, rubio, no muy bien afeitado, y con unas gafas completamente innecesarias cabalgando en su nariz algo prominente. Llevaba estas gafas con el fin de aparentar más edad de la que tenía y poder así mantener la disciplina. En el momento preciso en que empieza esta historia, *Mr. Lewisham* se hallaba en su dormitorio. Era un ático, con buhardillas emplomadas, un techo en pendiente y una combada pared, cubierta, tal como atestiguaban los diversos sitios en que el papel había sido arrancado, con innumerables estratos de papeles floreados y anticuados.

A juzgar por la habitación, *Mr. Lewisham* pensaba muy poco en el Amor, pero mucho en la Grandeza. Sobre la cabecera de la cama, por ejemplo, allí donde las buenas personas cuelgan citas y refranes, se afirmaban estas verdades escritas con la caligrafía decidida, clara

y florida, propia de la juventud: «Saber es poder» y «Lo que el hombre hizo, el hombre puede hacerlo», refiriéndose el hombre citado en segundo término a *Mr. Lewisham*. Ni un solo momento debían de olvidarse aquellas cosas. *Mr. Lewisham* podía verlas de nuevo cada mañana al sacar la cabeza por el cuello de la camisa. Y encima de la caja pintada de amarillo, sobre la que, por falta de estantes, estaba dispuesta la biblioteca de *Mr. Lewisham*, había un «*Schema*». (La razón de que no lo hubiera titulado «Esquema» es algo que podría explicar mejor que yo el editorialista de *Church Times*, que titulaba «Varia» sus notas diversas). En este esquema o plan, la fecha de 1892 estaba indicada como el año en el que *Mr. Lewisham* se proponía obtener el título de Licenciado en Filosofía y Letras en la Universidad de Londres, con mención honorífica en todas las asignaturas, y la de 1895 como el año de su medalla de oro. A continuación tendrían que venir «folletos por la causa liberal» y otras cosas parecidas con las fechas correspondientes «Quien quiera dominar a los demás, debe primero dominarse a sí mismo», estaba escrito en la pared encima del aguamanil. Y detrás de la puerta, medí oculto por los pantalones de los domingos, había un retrato de Carlyle.

Aquellas cosas eran meras amenazas contra el Universo. Las operaciones habían comenzado. Codo a codo con Shakespeare, los *Ensayos* de Emerson y una *Vida de Confucio* de a penique, hallábanse los libros escolares, maltrechos y deteriorados, unos manuales excelentes de la Asociación de Correspondencia Universal, libretas, tinta roja y negra en botellitas de un penique y un sello de goma con el nombre de *Mr. Lewisham*. Una serie de diplomas verde-azulados de dibujo geométrico, astronomía, fisiología, fisiografía y química inorgánica, expedidos en South Kensington, adornaba la pared opuesta. Y frente al retrato de Carlyle había una lista manuscrita de los verbos franceses irregulares.

Sujeto al techo por una tachuela, encima del aguamanil, el cual, como la habitación era un ático, permanecía inclinado de un modo alarmante, se balanceaba un horario. *Mr. Lewisham* debía levantarse a las cinco, y que esto no era una vana jactancia lo atestiguaba un despertador americano barato puesto al lado de los libros, encima de la caja. «Francés hasta las ocho», decía brevemente el horario. El desayuno debía durar veinte minutos, y

después había veinticinco minutos de Literatura que, en realidad, significaba aprender extractos, cuanto más pomposas mejor, de las obras teatrales de William Shakespeare. Y luego a la escuela, a la obligación. El horario prescribía, además, composición latina durante el recreo y a la hora de comer, pero él prescribía Literatura, durante la comida, y variaba sus órdenes para el resto de las veinticuatro horas, según el día de la semana. Ni un solo momento para Satán y para su «pecado de ocio». Únicamente a los setenta años puede confiar en la ociosidad y tener tiempo para practicarla.

Pero ¡hay que ver la admirable calidad de semejante plan! Levantado y trabajando ya a las cinco, con todos los demás que vivían a su alrededor, tan calentitos, con el cerebro sumido en sueños y estúpidamente vacuo, despertándose un momento sólo para proferir un gruñido o exhalar un suspiro y tumbarse del otro lado hundiéndose de nuevo en el olvido. A las ocho, llevaba ya tres horas de ventaja, tres horas más de conocimientos que sus semejantes. Según me dijo un eminente filólogo, se necesitan mil horas de trabajo verdadero para aprender completamente un idioma (después de saber tres o cuatro idiomas, bastan menos horas), lo cual representa, en principio, un idioma al año estudiando las tres horas de antes del desayuno. ¡El don de lenguas cogido como se cogen las setas! Luego aquella Literatura... ¡Qué concepto tan asombroso! Por la tarde, Matemáticas y Ciencias. ¿Puede haber algo más sencillo o más grande? Al cabo de seis años, *Mr. Lewisham* poseerá sus cinco o seis idiomas, una sólida y extensísima cultura, el hábito de una tremenda actividad, y todo esto a la temprana edad de veinticuatro años. Su Universidad le colmará de honores y él dispondrá de efectivos más abundantes. Uno puede ya prever que aquellos folletos en favor de la causa liberal no serán oscuras trivialidades. Adonde habrá llegado *Mr. Lewisham* a los treinta años, es algo que sobrepasa la imaginación. Habrá, naturalmente, modificaciones del *Schema*, a medida que vaya ampliándose su experiencia. Pero su espíritu... ¡Su espíritu es una llama devoradora!

Mr. Lewisham se hallaba sentado junto a la ventana, escribiendo, escribiendo rápidamente, sobre otro cajón amarillo puesto verticalmente. La tapa estaba abierta y *Mr. Lewisham* había metido convenientemente las rodillas en la cavidad. La cama estaba

sembrada de libros y hojas hectografiadas con instrucciones de remotos maestros por correspondencia. De acuerdo con su oscilante horario estaba como ya habréis notado, traduciendo al inglés un texto latino.

La velocidad de su escritura fue disminuyendo imperceptiblemente. *Urit me Glycerx nitor* era la frase siguiente, y esta frase le perturbaba.

—*Urit me* —murmuró.

Y su mirada fue del libro, a través de la ventana hacia el tejado de la casa del vicario, con sus chimeneas cubiertas de hiedra.

Al principio pareció preocupado, pero en seguida se tranquilizó. ¡*Urit me!* Chupó el mango de la pluma y miró a su alrededor, buscando el diccionario ¿*Urare?*

De repente, cambió de expresión. Su impulso en dirección al diccionario cesó, y se puso a escuchar un ruido ligero y rítmico que provenía del exterior. Era un rumor de pisadas.

Se levantó de un salto y, alargando el cuello, miró la calle a través de sus inútiles gafas. Aguzando la a vio abajo un sombrerito elegante y bien puesto, adornado con flores blancas y rosas, la hombrera de una chaqueta y nada más que la punta de una nariz y una barbilla. Se trataba, con toda seguridad, de la forastera que se hallaba sentada debajo de la galería el domingo anterior, con los Frobisher. En aquella ocasión tampoco había podido contemplarla más que desde un ángulo muy oblicuo...

La estuvo observando hasta que hubo pasado por debajo de la ventana. Y alargó el cuello para verla aún, a pesar de que era imposible, una vez hubo dado vuelta a la esquina.

Luego dio un respingo, arrugó el entrecejo, se quitó la pluma de la boca y exclamó:

—¡Qué falta de atención...! ¡La menor cosa! ¿Dónde estaba...? ¡Bah...!

Hizo un ligero ruido con los dientes para expresar su irritación, se sentó y volvió a meter las rodillas en rajón que le servía de escritorio.

—*Urit me* —repitió, mordisqueando el extremo de pluma y buscando con la vista el diccionario.

Era un miércoles de media fiesta, un día de últimos de marzo verdaderamente primaveral bajo la luz ambarina, las deslumbrantes

nubes blancas y el intensivo azul del cielo, que empolvaba de un maravillo verdor el espacio entre los árboles y despertaba a los pájaros en un tumultuoso regocijo; era un día excitante, insistentemente vocinglero, verdadero heraldo del verano. El revuelo de esta anunciación se notaba en el aire, la tibia tierra se resquebrajaba impulsada por las hinchadas semillas y en los pinares estallaba la diminuta crepitación producida por el brote de las nuevas hojas. Y no sólo se despertaba la Madre Naturaleza en la tierra, en el aire y los árboles, sino también en la sangre juvenil de *Mr. Lewisham*, instándole a despertarse para vivir... para vivir en un sentido muy distinto al indicado por el *Schema*.

Mr. Lewisham vio el diccionario que asomaba debajo de un papel, buscó el «urit me», apreció el brillante «nitor» de los hombros de *Glycera* y cayó de nuevo en la ociosidad para volverse a despabilar bruscamente.

—*No puedo* fijar la atención —murmuró.

Se quitó las superfluas gafas, las limpió y pestañeó. ¡Aquel maldito Horacio, con sus estimulantes epítetos! ¿Y un paseo?

«No quiero vencerme», se dijo, incorrectamente.

Se puso otra vez las gafas, apoyó los codos contra la caja con resonante violencia y se cogió los pelos de encima de las orejas con ambas manos...

A los cinco minutos se dio cuenta de que estaba contemplando las curvas que describían las golondrinas sobre el jardín de la vicaría.

«¿Ha tenido nadie una pejuguera semejante consigo mismo? —se preguntó con cierta vaguedad no exenta de vehemencia—. Soy demasiado indulgente conmigo... Permanecer sentado es el principio de la holgazanería».

Se levantó poniéndose a la altura de su tarea, y de este modo tuvo permanentemente a la vista el panorama de la calle.

«Si ella, al dar la vuelta a la esquina, ha ido hacia Correos, aparecerá más allá de la empalizada de los *allotments*», sugirió la región inexplorada e indisciplinada de la mente de *Mr. Lewisham*...

Pero ella no se dejó ver. Al parecer no se había dirigido hacia Correos. Esto hacía que uno se preguntase hacia dónde podía haber ido. ¿Habría atravesado la ciudad encaminándose hacia la avenida? En aquel momento una nube tapó el sol, la cálida y resplandeciente

calle se oscureció y la imaginación de *Mr. Lewisham* quedó dominada. Así, pues, *Mater saeva cupidinum* (el Libro II de las Odas de Horacio era el texto designado por la Universidad para la matrícula de *Mr. Lewisham*) fue, a fin de cuentas, reducida hasta su profético final.

Un el instante preciso de dar las cinco en el reloj de la iglesia, *Mr. Lewisham*, con una puntualidad demasiado exacta para un estudiante verdaderamente fervoroso, cerró su Horacio, cogió su Shakespeare y descendió por la angosta y curvada escalera sin alfombrar que iba de su buhardilla al salón donde solía tomar el té con su patrona, *Mrs. Munday*. Esta buena señora se hallaba sola, y, después de unas palabras de pura cortesía, *Mr. Lewisham* abrió su Shakespeare y se puso a leer desde cierto sitio marcado (la marca, dicho sea de paso, estaba en mitad de una escena) mientras iba ingiriendo maquinalmente unas rebanadas de pan con mermelada de arándano.

Mrs. Munday se quedó mirándolo por encima de los lentes, pensando en lo malo que debía ser para a vista leer tanto, hasta que la campanilla de la puerta de la tienda la reclamó para atender a un cliente. A las seis menos veinticinco minutos *Mr. Lewisham* dejó su libro sobre la mesita de la ventana, se sacudió unas migas de la chaqueta, se puso el birrete cuadrado que estaba al lado de la cajita té y se fue a cumplir sus «deberes preparatorios» de la tarde.

West Street estaba desierto, dorado por la luz del ocaso. *Mr. Lewisham* se sintió emocionado ante su belleza y se olvidó de repetir el fragmento de *Enrique VIII* que debía de haberle ocupado el tiempo mientras iba calle abajo. En su lugar estaba pensando en aquella insubordinada mirada desde su ventana y en barbillas y naricillas. Sus ojos adquirieron una expresión remota...

Un chiquillo obsequioso, que llevaba unos versos para que él los examinara, le abrió la puerta de la escuela.

Mr. Lewisham tuvo la sensación, cuando entró, de un curioso cambio de atmósfera. La puerta se cerró de golpe a sus espaldas. El vestíbulo, con sus insistentes sugerencias escolares, su empapelado amarillo marmóreo, las largas hileras de perchas, la desordenada colocación de los paraguas, un birrete estropeado y unos «Principia» pringosos y deshojados, le pareció sombrío y melancólico, por contraste con la alegría luminosa de la tarde de marzo que brillaba

fuera. Experimentó una gran sensación de tristeza al pensar en la vida gris del maestro, en la vida gris de todos los hombres estudiosos. Repasó los versos escritos penosamente en tres páginas de la libreta y los obliteró con unas enormes iniciales,

G. E. L.,

garrapateadas monstruosamente en cada página. Entonces oyó los conocidos ruidos entremezclados, procedentes del terreno de juego, que llegaban hasta él por la puerta abierta del aula.

CAPÍTULO II

«COMO SOPLA EL VIENTO»

Había un defecto en aquel círculo mágico del horario, según el cual los demonios de la distracción debían quedar excluidos de la carrera ascendente de *Mr. Lewisham* hacia la Grandeza, y este defecto era la ausencia de una cláusula que prohibiera el estudio de puertas afuera. Fue al día siguiente de aquella mirada trivial por la ventana del capítulo precedente, cuando esta laguna en el horario se hizo aparente; un día, si posible fuera, aún más gracioso y atrayente que el anterior. A las doce y media, en lugar de regresar directamente de la escuela a su pensión, *Mr. Lewisham* se escapó por la omisión, dirigiéndose, con Horacio en el bolsillo, hacia las rejas de entrada del parque y de allí hacia una avenida de viejos árboles que circunda el extenso terreno de Whortley. Desechó una sospecha sobre sus motivos con perfecto éxito. En la avenida (porque el paseo aquel se ve muy poco frecuentado) sin duda podría leer sin que le estorbaran. El aire libre, el cuerpo erguido, son, con toda seguridad, circunstancias mejores que tener que permanecer sentado en un dormitorio enervante y mal ventilado. El aire es, evidentemente, algo muy sano, alentador, simple...

Soplaba la brisa y se oía una constante crepitación, un incesante rumor de idas y venidas en el brotar de los árboles.

El retículo formado por las hayas aparecía lleno de rayos de sol, y todas las ramas inferiores retoñaban en líneas verdes horizontales, recién nacidas.

*«Tu, nisi ventis
Debes ludibrium, cave».*

Era el tema apropiado a los pensamientos de *Mr. Lewisham*, que estaba intentando maquinalmente mantener abierto el libro por tres lugares distintos al mismo tiempo: el texto, las notas y la traducción

literal. Mientras iba volviendo las hojas del diccionario en busca de la palabra *ludibrium*, su atención, que vagaba peligrosamente cerca del borde de la página, se escapó del libro dirigiéndose con increíble celeridad avenida abajo...

Una muchacha, tocada con un sombrero de paja .adornado con flores blancas, avanzaba hacia él. La ocupación de ella también era literaria. Hallábase tan atareada escribiendo que ni siquiera lo vio.

Un raudal de emociones irrazonables descendió sobre *Mr. Lewisham*: emociones inexplicables sobre la mera hipótesis de un encuentro casual. Algo se susurró, algo que sonaba sospechosamente así como: «¡Es ella!». *Mr. Lewisham* siguió avanzando sin dejar de sostener el libro con los dedos a punto de retirarse de sus hojas si ella levantaba la vista, observándola mientras tanto por encima del borde superior. El *ludibrium* desapareció del universo. Era evidente que ella no se daba cuenta de su proximidad, pensó él, atenta a su escritura, fuese lo que fuese. Él se preguntó qué debía de ser lo que escribía. Su rostro, abreviado por su mirada hacia abajo, parecía infantil. Llevaba una falda corta, que ondeaba impulsada por el viento, descubriendo los zapatos y los tobillos. *Mr. Lewisham* observó los graciosos y ágiles pasos de la joven. Era una figura llena de salud y agilidad la que, bajo la luz del sol, se dirigía hacia él, algo, según recordó más tarde con cierto asombro, enteramente extraño al *Schema*.

Ella se fue acercando más y más, con la mirada todavía baja. *Mr. Lewisham* se sentía dominado por unos impulsos vagos y estúpidos hacia unas relaciones innecesarias. Era muy curioso que la joven no lo viera. Empezó a esperar, de un modo casi doloroso, el momento en que ella levantara la vista. Pensó en lo que se ofrecería a su vista cuando lo descubriera, y se preguntó si llevaría la borla del birrete colgando, pues algunas veces le tapaba un ojo. Naturalmente, le era del todo imposible levantar una mano para averiguarlo. Estaba casi temblando de excitación. Sus pasos, actos que generalmente son automáticos, empezaron a hacerse inseguros y difíciles. Diríase que nunca en su vida había pasado ante otro ser humano. Y aún se iba acercando más.. Diez metros, nueve, ocho... ¿Pasaría por su lado sin levantar la vista...?

Entonces sus miradas se encontraron.

Ella entonces tenía los ojos castaños, pero como *Mr. Lewisham*

en cuestión de ojos era un aficionado y nada más, no pudo encontrar palabras para describirlos. La joven lo miró con modestia, y pareció no encontrar nada allí. Desvió la mirada dirigiéndola a los árboles y pasó, y no quedó ante él más que un; avenida desierta, un vacío iluminado por el sol y unos verdes retoños.

El incidente había terminado.

Desde la lejanía, llegó hasta él el susurro de la brisa, y en un instante las ramas que había alrededor se pusieron a temblar y a crujir y las ramas mayores a crepitar con una ráfaga de viento. Aquello parecía instarle a que se apartara de ella. Las marchitas hojas secas que antes fueron verdes y jóvenes se alzaron con un gran revuelo, persiguiéndose unas a otras, saltando, danzando y pirueteando. Entonces algo de mayor tamaño le dio en el cogote. Mr. Lewisham permaneció un momento sobrecogido, y de pronto echó a correr avenida arriba.

¡Era un trozo de papel blanco, una hoja de papel... hoja de papel en la que ella había estado escribiendo!

Durante un rato que le pareció muy largo, Mr. Lewisham no se dio cuenta cabal de la situación. Miró por encima del hombro, y, de repente, comprendió. Su torpeza se desvaneció al instante. Con el Horacio en la mano, se lanzó a la caza del papel y a los diez pasos pudo apoderarse del fugitivo documento. Se volvió hacia ella, contento de su triunfo, con el tesoro en la mano. Al recoger el papel había visto lo que en él había escrito, pero la situación le dominó en aquel momento. Dio un paso hacia ella y sólo entonces comprendió lo que había visto. ¡Líneas de una longitud regular y escritas en mayúsculas! ¿Podría ser..? Se detuvo. Volvió a mirar de nuevo, enarcando las cejas. Mantuvo el papel con firmeza ante sus ojos, mirándolo francamente. Estaba escrito con pluma estilográfica. Y decía así:

«¡Ven! ¡Ardiente es la palabra!».

Y luego otra vez:

«¡Ven! ¡Ardiente es la palabra!».

Y después:

«¡Ven! ¡Ardiente es la palabra!».

«¡Ven! ¡Ardiente es la palabra!».

Y así sucesivamente hasta el pie de la página, con una escritura trazada por una mano de muchacho extraordinariamente parecida a la de Frobisher II.

¡Claro!

—¡Hombre! —exclamó *Mr.* Lewisham, luchando con su nuevo aspecto y olvidándose en su sorpresa... sus buenos modales...

Se acordó de haber dictado aquel castigo. Frobisher II había repetido la exhortación con una voz demasiado estentórea... y se la había cargado. Al encontrarse con que la joven hacía aquello, él sintió que desentonaba extrañamente de ciertos vagos prejuicios que se había formado acerca de ella. Le pareció algo así como si ella lo hubiese traicionado. Aquello, naturalmente, duró sólo un instante.

Ella lo había alcanzado.

—¿Quiere darme mi hoja de papel, por favor? —dijo, faltándole el aliento.

Era unos cinco centímetros más baja que él. «Observa sus labios entreabiertos», dijo la Madre Naturaleza en silencioso aparte a *Mr.* Lewisham, cosa que éste recordó más tarde. En los ojos de ella había

—¡Vaya! —exclamó Lewisham en tono de protesta—. No debería usted hacer eso.

—Hacer, ¿qué?

—Esto. Los castigos que impongo a mis muchachos.

La muchacha enarcó las cejas y se quedó mirando a su interlocutor.

—¿Será usted *Mr.* Lewisham? —preguntó la joven afectando una completa ignorancia, como si se tratara de un descubrimiento.

Ella lo conocía perfectamente, y ésta era una de las razones por las que escribía el castigo, pero al pretender que no le conocía le dio ocasión de decir algo.

Mr. Lewisham asintió con un gesto grave.

—¡Qué casualidad! Entonces... francamente... me ha cogido con las manos en la masa.

—Mucho me lo temo —dijo Lewisham—. Mucho me temo

haberla encontrado con las manos en la masa.

Quedaron mirándose, esperando la próxima jugada. Ella decidió buscar algunas atenuantes.

—Teddy Frobisher es primo mío. Ya sé que esto está mal hecho, pero él tenía mucho quehacer y estaba muy aturrullado... Y yo no tenía nada que hacer. En realidad, fui yo la que me ofrecí...

Se calló y se quedó mirando. Pareció como si creyera que su alegato estaba ya completo.

Aquel modo de cruzarse las miradas tenía una calidad extrañamente desconcertante. *Mr. Lewisham* intentó mantenerse dentro del tema del castigo.

—No debiera usted haber hecho esto —dijo mirándola fijamente.

Ella bajó los ojos para volver a levantarlos en seguida.

—No —repuso—. Ya supongo que no debí hacerlo. Lo siento mucho.

Aquello de que la joven mirara primeramente al suelo y después a él produjo otro efecto irrazonable. Le pareció a *Lewisham* como si estuvieran discutiendo de algo muy distinto del motivo de su conversación, algo evidentemente absurdo y que sólo podía explicarse por el desorden general en que se hallaban sus facultades. Hizo un serio intento de mantenerse firme en la reprimenda.

—Habría notado la diferencia de escritura, ¿sabe usted...?

—Claro que sí. Hice muy mal en prestarme... Pero lo hice porque... se lo aseguro..., ¡parecía hallarse tan preocupado...! Y pensé que...

Se calló de nuevo y sus mejillas se sonrojaron levemente.

Inesperadamente, y de un modo estúpido, en las mejillas de adolescente de él empezaron a aparecer también unas manchas de rubor. Se hizo necesario en lo sucesivo eliminar aquella sensación de un tópico duplicado.

—Le aseguro —replicó *Mr. Lewisham* vivamente que nunca impongo un castigo que no sea merecido. Hago esto como una norma. Yo... yo... siempre tengo esto como norma. Y tengo mucho cuidado.

—Lo siento de veras —interrumpióle ella, con franca y sincera contrición—. Fue una tontería por mi parte.

Lewisham se sintió indescriptiblemente acongojado de que ella tuviera que excusarse y se puso a hablar de prisa con la intención de combatir el rubor de su rostro.

—No, no es eso —murmuró en una especie de tardío arrepentimiento—. En realidad, usted fue amable... muy amable... Y ya sé que... ya comprendo que... que... su amabilidad...

—Se escapó conmigo. Y ahora el pobrecillo Teddy saldrá perdiendo por haberme dejado que...

—¡Oh, no! —exclamó *Mr.* Lewisham percatándose de la oportunidad que se le ofrecía e intentando no sonreír por lo que iba a decir—. No tenía que haber leído este papel que recogí... No debía haberlo leído, en absoluto. Por consiguiente...

—¿Lo dará usted por no visto? ¿De veras?

—Lo daré por no visto —afirmó *Mr.* Lewisham.

El semblante de la joven se iluminó con una sonrisa, y el de *Mr.* Lewisham también se relajó, por simpatía.

—No es nada... Es lo que debo hacer, ¿sabe usted?

—¡Pero hay tanta gente que no lo haría! Los maestros no son, por regla general, tan... caballerosos.

¡Él era caballeroso! La frase le espoleó. Y, obedeciendo a un necio impulso, dijo:

—Si usted quiere...

—¿Qué?

—Pues que no lo haga... El castigo, quiero decir. Lo perdono.

—¿De veras?

—Puedo hacerlo.

—Es usted amabilísimo.

—Me da lo mismo... Al fin y al cabo, esto no es nada. Si usted cree realmente...

Se sentía henchido de satisfacción de sí mismo por aquel escandaloso sacrificio de la justicia.

—Es usted amabilísimo —repitió la joven.

—No vale la pena —explicó Lewisham—. Eso no es nada.

—La mayoría de los profesores no lo harían...

—Ya lo sé.

Silencio.

—Está bien así —dijo él—. De veras.

Habría dado mundos enteros por tener algo más que decir, algo

espiritual y original, pero no se le ocurrió nada.

El silencio se prolongó. La joven volvió la cabeza y miró la desierta avenida. ¡Aquella entrevista, aquella trascendental serie de acontecimientos tocaba a su fin! Miró dubitativamente a Lewisham, volvió a sonreírle y le tendió la mano. Sin duda aquello era lo correcto. Él se la cogió, buscando en vano algo en su mente vacía y tumultuosa.

—Es usted amabilísimo —dijo ella por tercera vez, mientras le estrechaba la mano.

—No tiene importancia —repitió *Mr. Lewisham*. Y siguió buscando vanamente otra frase, alguna población que le abriera la puerta para abordar un nuevo tema.

La mano de la muchacha, fría, suave y firme, era la cosa más deliciosa que pudiera tenerse en la mano, esta observación ahuyentó todas las demás ideas, la mantuvo entre las suyas durante unos segundos, pero siguió sin ocurrírsele nada.

De pronto se dieron cuenta de su situación y se echaron a reír como unos tontos. Se estrecharon las manos como si fuesen ya amigos íntimos, y las separaron de un tirón, torpemente. La joven se volvió, miró tímidamente al profesor y vaciló.

—Adiós —dijo.

Él la vio alejarse, y esbozó un florido saludo de mosquetero con su birrete, pero en aquel momento ciertas regiones de su mente, hasta entonces inexploradas, ardieron en abierta rebelión.

No había ella dado aún seis pasos cuando *Mr. Lewisham* ya se volvió a encontrar a su lado.

—Oiga —dijo, consciente de su temeridad y quitándose el birrete torpemente, como si estuviese pasando un entierro—. ¿Tiene esa hoja de papel...?

—Sí —contestó al joven, sorprendida.

—¿Podría dármela?

—¿Para qué?

Lewisham tuvo un momento de placer, sin resuello, como si bajara patinando por la nieve.

—Me gustaría guardarla.

Ella sonrió, enarcando las cejas, pero la excitación de Lewisham era demasiado intensa para que pudiera sonreír a su vez.

—¡Mírela! —dijo ella mostrando la hoja de papel hecha una bola

y echándose a reír con un poco de esfuerzo.

—Me es igual —repuso Lewisham riéndose también

Cogió el papel con gesto insistente y lo alisó con los dedos, que le temblaban.

—¿No le importa de verdad? —preguntó.

—Me importa ¿qué?

—Si me la quedo.

—¿Y por qué tiene que importarme?

Silencio. Sus miradas volvieron a encontrarse. Había una extraña represión en los dos durante aquel palpitante intervalo.

—Bueno, tengo que marcharme —dijo la joven de repente, rompiendo el encanto con un esfuerzo.

Dio media vuelta y le dejó con la arrugada hoja de papel en la mano que sostenía el libro, mientras con la otra mano levantaba el birrete en un digno saludo

Lewisham se quedó mirando cómo se alejaba aquella figura. El corazón le latía con rapidez. ¡Qué ligera, qué vivaz parecía! Pequeñas manchas de sol se deslizaban por su espalda mientras andaba. Camine primero de prisa, luego despacio; miró a uno y otro lado una o dos veces, pero nunca atrás, hasta que llegó a la reja de entrada del parque. Entonces se volvió a mirarlo, y como una figurilla remota, llena de gracia, hizo un gesto de despedida y desapareció

El profesor tenía la cara encendida y le brillaban los ojos. Por curioso que parezca, se sentía sin aliento. Permaneció mirando durante largo rato hacia el final desierto de la avenida. Luego volvió su mirada al trofeo que tenía en la mano y al cerrado y ya olvidado Horacio.

CAPÍTULO III

EL MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO

Mr. Lewisham tenía la obligación de acompañar el domingo dos veces a los alumnos a la iglesia, los muchachos se acomodaban en la galería de enrona del coro, frente al órgano, en ángulo recto respecto a la congregación en general. Era una situación prominente, que le hacía sentirse penosamente visible, excepto en sus momentos de excepcional vallad, cuando solía imaginarse a toda aquella gente pensando en lo bien que concordaban su frente despejada y sus notas escolares. Precisamente aquellos días pensaba muy a menudo en la relación entre sus notas y su frente, pero, en cambio, pensaba muy poco en la cara honrada y sanota que había debajo de aquella frente. (A decir verdad no había nada de particular ni de maravilloso en su frente). Raras veces miraba hacia abajo en la iglesia, ya que se imaginaba que, de hacerlo, se encontraría con la mirada colectiva de la congregación, contemplándole. Por lo tanto, aquel domingo por la mañana, hasta la letanía, no pudo darse cuenta de que el banco de los Frobisher estaba vacío.

Pero a última hora de la tarde, camino de la iglesia, los Frobisher y su invitada cruzaron la plaza del Mercado mientras la hilera de sus alumnos iba por la acera oeste. Y la invitada iba ataviada con un bonito traje nuevo, como si ya hubiese llegado la Pascua, y su rostro enmarcado por su pelo negro producía un extraño efecto, mezcla de frescor y familiaridad. ¡Y lo miró tranquilamente! Él se sintió más torpe que nunca y estuvo a punto de no reconocer públicamente aquella nueva relación. Luego vaciló, y se quitó el sombrero de una sacudida, como si saludara a *Mrs.* Frobisher. Ninguna de las dos respondió a su saludo, lo cual fue algo inesperado. Entonces un chiquillo llamado Siddons dejó caer su libro de himnos y Lewisham casi le pegó... Lewisham entró en la iglesia lleno de negra desesperación.

Pero muy pronto sintió una especie de consolación. En el momento de sentarse, *ella* miró ostensiblemente hacia la galería, y luego, al arrodillarse él para rezar, miró por entre los dedos y vio que ella lo miraba otra vez. Ciertamente no se reía de él.

Aquellos días, una gran parte de la mente de Lewisham era aún tierra ignota para él. Entre otras cosas, creía que era siempre el mismo ser humano inteligente y consecuente, mientras que lo cierto era que, al calor de determinados estímulos, dejaba de ser una persona razonable y disciplinada y se transformaba en otra, puramente imaginativa y emocional. La música, por ejemplo, lo alejaba de todo, y particularmente el efecto de muchas voces al unísono le producía la sensación de un torbellino que lo arrastraba desde cualquier estado mental a otro de fina e intensa emotividad. Y en el servicio religioso de la tarde, en la iglesia de Whortley (durante el servicio de la tarde se llevaban sobrepellices), los cantos y los himnos, el brillo oscilante de las numerosas llamas de los cirios y velas, la múltiple unanimidad de la congregación, arrodillándose, levantándose, respondiendo atronadoramente, era algo que invariablemente le emborrachaba, le inspiraba, si se quiere, y le transformaba la prosa de sus vida en poesía. Y la Casualidad, acudiendo en ayuda de la Naturaleza, dejó caer la insinuación más apropiada en su oído, ahora altamente sensible.

El segundo himno era muy sencillo y popular, y tenía por tema la Fe, la Esperanza y la Caridad. Cada estrofa terminaba con la palabra «Amor». Hay que imaginársela, arrastrando las sílabas y desarticulada:

*«La je en vi...sión se... se convierte.
La esperan...za di...cha vierte,
El amor brilla... más fuerte.
Da...nos, pues, Amor».*

A la tercera repetición del estribillo, Lewisham miró abajo, a través del presbiterio, y su mirada se encontró con la de la joven durante un breve instante...

Dejó bruscamente de cantar. Después la consciencia de las apretadas hileras de caras allá abajo se le hizo presente con una fuerza abrumadora, y no se atrevió a mirar de nuevo. Sintió que la

sangre se le agolpaba el rostro.

Amor ¡Lo más grande de todo! ¡La más grande todas las cosas! Mejor que la fama. Mejor que la sabiduría. Así llegó el gran descubrimiento, como una inundación, desparramándose por la mente con la ciencia de un himno y enviando una ola rosada, de simpatía, a través de su frente. El resto del servicio religioso constituyó una especie de fondo fantasmagórico a aquella gran realidad..., un fondo fantasmagórico que le absorbía. *Mr.* Lewisham estaba enamorado.

—A...mén.

Se hallaba tan preocupado que vio toda la congregación sentada mientras él permanecía de pie, extasiado. Se sentó automáticamente, haciendo un ruido rae le pareció que resonaba por todos los ámbitos... la iglesia.

Al salir al pórtico, a la luz del anochecer, le pareció verla por todas partes. Se imaginó que había salido ante de él y dio prisa a los muchachos, con la esperanza de alcanzarla. La fila de alumnos pasó casi a empujones por entre la multitud de personas que se dirigían a sus casas. ¿Se quitaría el sombrero al alcanzarla...? Pero era Susie Hopbrow, que iba con traje claro... Un cuervo con el plumaje de una paloma. Sintió una curiosa mezcla de alivio y desilusión. Aquella noche ya no la vería.

Salió de la escuela y se dirigió apresuradamente a su residencia. Deseaba estar solo. Subió a su cuarto y se sentó ante la caja vertical sobre la que la *Analogía* de Butler estaba abierta. Se abstuvo de la formalidad de encender la vela. Se retrepó en el sillón y se quedó contemplando como un bienaventurado el solitario satélite que se cernía sobre el jardín de la vicaría.

Sacóse del bolsillo una arrugada hoja de papel, alisada y cuidadosamente doblada, y llena de una escritura no muy diferente de la de Frobisher II, y después de una virginal vacilación, oprimió aquel tesoro contra sus labios. El *Schema* y el horario pendían en la oscuridad, meros espectros de sí mismos.

Mrs. Munday lo llamó tres veces para la cena.

Salió inmediatamente, después de haber cenado, a pasear bajo la luz de las estrellas, y llegó a la colina de detrás del pueblo, trepando por ella hasta el portalón desde donde se divisaba la casa de los Frobisher. De todas las ventanas eligió la única que estaba

iluminada, pensando que era la de ella. En realidad, detrás de las persianas, *Mrs.* Frobisher, de treinta y ocho años de edad, estaba atareada con sus papelitos para rizar el pelo (usaba papelitos porque los creía mejores que otras cosas para el pelo) y discutiendo sobre ciertos vecinos, de un modo fragmentario, con *Mr.* Frobisher, que ya estaba acostado. Después se acercó la vela al rostro para examinar una leve mancha en su cutis que la tenía algo inquieta.

Fuera, *Mr.* Lewisham, de dieciocho años, se quedó contemplando el rectángulo anaranjado durante cerca de media hora, hasta que se apagó dejando la casa envuelta en la oscuridad. Luego suspiró hondamente y volvió a su casa en un verdadero estado de gloria.

Despertó al día siguiente sintiéndose extremadamente preocupado, pero sin recordar de momento los acontecimientos del día anterior. Su mirada se posó en el reloj. Eran las seis y no había oído el despertador. La verdad es que no le había dado cuerda. Saltó inmediatamente de la cama y se puso los pantalones que había tirado al suelo la noche anterior en vez de dejarlos cuidadosamente dispuestos sobre la silla. Mientras se enjabonaba la cabeza, intentó recordar, siguiendo sus reglas de repaso, la lectura del día anterior. No lo logró, por más esfuerzos que hizo. La verdad se le hizo aparente mientras se ponía la camisa. La cabeza, luchando por emerger entre sus reconditeces, se quedó inmóvil, y los puños sin maros dejaron de bambolearse durante un momento...

Luego la cabeza surgió lentamente, con una expresión de gran sorpresa reflejada en el semblante. Se acordaba. Recordó el hecho como un escueto descubrimiento, sin pizca de emoción. Con toda la acromática claridad, con todo el incoloro antirromanticismo de la madrugada...

Sí. Ahora se percataba de ello claramente. No harta habido lectura la noche anterior. Se había enamorado.

Aquella afirmación desentonó con algo vago que había en su mente. Se quedó mirando al infinito durante unos instantes, y luego empezó a buscar el gemelo del cuello de la camisa con la cabeza en otra parte. Se detuvo frente al *Schema* y se quedó mirándolo atentamente.

CAPÍTULO IV

CEJAS ENARCADAS

«**H**ay que trabajar, sin embargo», murmuró *Mr. Lewisham*.

Pero nunca se le habían presentado tan vívidamente las ventanas del estudio al aire libre. Antes del desayuno, estuvo leyendo media hora al aire libre, paseando por el camino de los *allotments*, cerca de la casa de los Frobisher. Después del desayuno, antes de entrar en la escuela, pasó por la avenida con un libro en la mano, y volvió de la escuela a su casa dando un rodeo por la avenida, y por la avenida volvió a pasear durante otra media hora antes de la clase de la tarde. Cuando *Mr. Lewisham* no miraba por encima del libro abierto, durante estos períodos de estudios al aire libre, es que miraba por encima del hombro. Y, por fin, ¿a quién vio sino a...?

La vio con el rabillo del ojo, y se volvió inmediatamente en otra dirección, haciendo como que no la había visto. Su ser entero quedó súbitamente embargado por la emoción. Sus manos Oprimieron fuertemente el libro. No se volvió para mirar, sino que anduvo lenta y regularmente, leyendo una oda que no habría podido traducir aunque le fuera la vida en ello, y con el oído aguzado escuchando por si ella se acercaba. Y al cabo de lo que le pareció una eternidad oyó a su espalda un rumor de suaves pisadas y de revoloteo de faldas.

Sintió como si su cabeza fuese empujada hacia adelante por una garra de hierro que lo sujetara por el cogote.

—*Mr. Lewisham* —murmuró la joven, muy cerca de él.

El profesor se volvió con un movimiento casi convulsivo y se quitó el birrete torpemente.

Estrechó la mano que le tendía la muchacha y la retuvo entre las suyas hasta que ella la retiró.

—Estoy muy contenta de haberle encontrado —dijo la joven.

—Yo también... —repuso *Mr. Lewisham* sencillamente.

Permanecieron mirándose durante un momento muy expresivo, y luego ella, con un gesto, indicó su intención de seguir paseando por la avenida.

—Deseaba —prosiguió mirándose los zapatos— darle las gracias por haber perdonado a Teddy... Por eso quería verle.

Lewisham dio su primer paso al lado de ella.

—Y qué curioso, ¿verdad? —prosiguió la muchacha mirándole la cara—, que le haya encontrado precisamente aquí, en el mismo sitio. Me parece que es éste el mismo sitio donde nos habíamos encontrado...

A Lewisham se le trabó la lengua.

—¿Viene usted a menudo por aquí? —preguntó ella.

—Bueno —empezó a decir él reflexionando.

Y tenía la voz inesperadamente ronca al añadir:

—No. No... Es decir... No vengo a menudo. De vez en cuando únicamente. En realidad me gusta venir a leer aquí. ¡Es un lugar tan tranquilo!

—Supongo que leerá usted mucho.

—Cuando se dedica uno a la enseñanza, es inevitable.

—Pero usted...

—Me gusta mucho leer, desde luego. ¿Y a usted le gusta?

—Me entusiasma.

Mr. Lewisham se sintió muy contento de que a la joven le entusiasmara la lectura. Se habría desilusionado mucho si ella le hubiese respondido de otra manera. Pero había hablado con verdadero fervor. ¡Le entusiasmaba la lectura! Era muy agradable aquello. Tal vez ella le comprendería un poco.

—Claro está que no soy tan inteligente como otras personas. Y tengo que leer los libros que caen en mis manos.

—Yo también —dijo Lewisham—. A propósito..., ¿ha leído usted a... Carlyle?

La conversación ya estaba en marcha. Andaban los dos juntos bajo las cimbreantes ramas de los árboles. Las sensaciones de *Mr.* Lewisham eran extáticas, aguadas tan sólo por el temor de encontrarse por casualidad con alguno de sus alumnos. Ella no había leído gran cosa de Carlyle. Pero siempre había querido leer a Carlyle, desde su más tierna infancia, de tanto como había oído hablar de él. Ella ya sabía que Carlyle era un gran escritor, un

escritor de los más grandes. Todo lo que había leído de él le había gustado. Podía asegurarlo. Le había gustado más que todo lo demás. Y también había visto su casa en Chelsea.

Lewisham, cuyo conocimiento de Londres había sido obtenido por medio de excursiones de un solo día, seis o siete en conjunto, quedó muy impresionado al oír aquello. Le pareció como si ella se hubiese colocado inmediatamente en el mismo pie de intimidad con aquella imponente personalidad. Jamás se había ocurrido que aquellos grandes escritores tuviesen verdaderos domicilios. Ella añadió unos cuantos toques descriptivos que hicieron que la casa de Carlyle se convirtiera de repente en algo real y concreto. Vivía bastante cerca, según dijo. Podía ir desde su casa de Clapham, paseando. Lewisham se olvidó instantáneamente del vago proyecto que tenía de dejarle su *Sartor Resartus*, ante la curiosidad por saber más cosas de la casa de ella.

—Clapham... Esto está casi en Londres, ¿no?

—Sí contestó la joven.

Pero no le ofreció más información sobre el particular ni sobre su ambiente doméstico, y, en cambio, añadió generalizando:

—Me gusta Londres, especialmente en invierno.

Y se puso a ensalzar Londres, sus bibliotecas públicas, sus tiendas, sus muchedumbres, las facilidades para hacer «lo que a uno le dé la gana», los conciertos, los teatros. Parecía como si solamente viviera dentro de la buena sociedad.

—Siempre hay algo para ver, aunque se salga sólo a pasear —siguió diciendo—, mientras que aquí lo único que puede hacerse para pasar el tiempo es leer novelas, que ni siquiera son nuevas.

Mr. Lewisham tuvo que admitir, muy a disgusto, la falta de cultura y de actividad mental en Whortley. Aquello hizo que se sintiera tremendamente inferior. Él sólo contaba con su afición a los libros y sus notas y diplomas para oponer a todo aquello... ¡Y ella había visto la casa de Carlyle!

—Aquí —prosiguió la joven— no se puede hablar de otra cosa que de los chismes de unos y de otros.

Aquello era, desgraciadamente, demasiado cierto.

Al llegar al portillo, en un rincón desde donde se veían espléndidamente recortados los sauces contra el azul del cielo, con sus amentos plateados y su dorado polen, dieron media vuelta con

impulso mutuo y echaron a andar por donde habían venido.

—No puedo conversar con nadie aquí —insistió ella—. No puedo tener ninguna conversación medianamente interesante.

—Espero —dijo Lewisham echándose resueltamente de cabeza— que tal vez mientras permanezca usted en Whortley...

Hizo una pausa muy perceptible, y la joven, siguiendo la mirada del profesor, vio una voluminosa rara negra que se acercaba.

—Podremos —prosiguió Lewisham reanudando su discurso— tener la oportunidad de volvernos a encontrar..., tal vez, digo.

Había estado a punto de proponerle un deliberado encuentro. Cierta deliciosa y enredada maraña de senderos a lo largo de la orilla del río había surgido en su mente. Pero la aparición de *Mr.* George Bonover, director de la «Escuela Privada de Whortley», le dejó helado. La Naturaleza había indudablemente dispuesto el encuentro de nuestra parejita, pero por que se refiere a Bonover se comportó con un descuido rayano en la culpabilidad. Entonces pareció como si la joven retrocediera ilimitadamente, y *Mr.* Lewisham, con una sensación desagradable, se encontró cara a cara con el representante típico de una organización social que pone fuertes objeciones, entre otras cosas, a la promiscua conversación de un joven maestro soltero.

—... oportunidad de volvernos a encontrar..., tal vez, digo —repitió *Mr.* Lewisham con su súbito desánimo.

—Así lo espero —dijo ella.

Silencio. Las facciones de *Mr.* Bonover, y particularmente un par de pobladas cejas negras, estaban ya muy cerca de ellos, con las susodichas cejas enarcadas, al parecer para expresar un refinado asombro.

—¿Es *Mr.* Bonover ese que se acerca? —preguntó la joven.

—Sí.

Silencio prolongado.

¿Se detendría a hablarles? Aquel silencio espantoso debía terminar a cualquier precio. *Mr.* Lewisham rebuscó en su mente para encontrar alguna observación con que cubrir la intervención de su patrono. Se sorprendió grandemente al encontrar que su cerebro era un desierto. Hizo un esfuerzo colosal.

¡Si sólo pudiera encontrar algo que decir, sí sólo pudiera parecer que estaban conversando con toda naturalidad! Pero aquella muda

incapacidad hablaba elocuentemente de su culpa. ¡Ah!

—Hace un buen día —dijo *Mr. Lewisham*—, ¿verdad?

La joven convino en ello.

—¿Verdad que sí? —repuso.

Y entonces pasó *Mr. Bonover*, con la frente muy arrugada y los labios fruncidos de un modo impresionante. *Mr. Lewisham* se quitó el birrete y, ante su asombro, *Mr. Bonover* respondió con un saludo marcadamente serio y la mirada de unos ojos escudriñadores y desaprobadores, y pasó de largo. *Lewisham* se sintió agobiado de pasmo ante aquel perfeccionamiento de la ligera inclinación de cabeza habitual. Y así quedó terminado aquel terrible incidente, de momento.

Lewisham sintió una momentánea ráfaga de indignación. Después de todo, ¿por qué razón tenía que inmiscuirse *Bonover* o quienquiera que fuese en el hecho de que él hablara con una muchacha si así le acomodaba? Y ni siquiera sabía *Bonover* si ellos habían sido debidamente presentados o no. Por ejemplo, podían haber sido presentados por el joven *Frobisher*. Sin embargo, el estado de ánimo primaveral de *Lewisham* retrocedió al invierno. Tuvo la impresión de ser singularmente estúpido durante el resto de la conversación, y la deliciosa sensación de ser un hombre emprendedor que hasta aquel momento le había inspirado y asombrado al hablar con ella, se fue encogiendo hasta hacerse imperceptible.

Se sintió muy contento cuando las cosas tocaron a su fin.

Al llegar a la verja del parque, ella le tendió la mano.

—Siento haber interrumpido su lectura —dijo.

—Nada, nada —repuso *Lewisham* cobrando algún calor—. No recuerdo haber disfrutado más con una conversación...

—Ha sido una falta de etiqueta, mucho me temo, eso de ponerme a hablar con usted, pero deseaba darle las gracias...

—De nada —murmuró *Lewisham*, secretamente impresionado por la etiqueta.

—Adiós.

Él se quedó, vacilante, al lado de la portería. Después volvió hacia la avenida y avanzó, para que no se viera que seguía a la muchacha demasiado de cerca *West Street* arriba.

Y entonces, mientras se alejaba, recordó que no le había

prestado el libro, tal como tenía planeado, ni habían quedado en nada para volver a encontrarse. En cualquier momento podía marcharse de Whortley para irse a vivir entre las amenidades de Clapham. Se detuvo, falto de resolución. ¿Debía echar a correr en pos de ella? Entonces recordó la enigmática expresión de Bonover, y decidió que ir en su persecución sería algo excesivamente temerario. Y sin embargo... Y, así se quedó en un estado de vacilación muy poco glorioso.

Por fin llegó a su pensión. *Mrs.* Munday estaba ya en mitad de la comida.

—Está usted tan metido con sus libros —gruñó *Mrs.* Munday, que se tomaba un interés maternal Lewisham—, y lee tanto, que pierde la noción de tiempo. Y ahora tendrá que tomar la comida fría y no le quedará un rato para hacer la digestión antes de irse a la escuela. Estropearse el estómago..., eso es.

—¡Oh, no se preocupe por mi estómago, *Mrs.* Munday! —repuso Lewisham despertando de sus enmarañadas y aparentemente tétricas meditaciones—. Eso es asunto mío.

Pronunció estas palabras con un tono impertinente impropio de él.

—Más vale tener un estómago que funcione bien que la cabeza llena —dijo la señora Munday—. Eso siempre.

—Yo soy diferente, ya ve usted —replicó el profesor.

Y volvió a caer en el silencio y la meditación.

Mrs. Munday murmuró para sus adentros:

—Vaya, vaya, vaya...

CAPÍTULO V

VACILACIONES

Cuando *Mr.* Bonover hubo madurado suficientemente una buena insinuación apropiada a los hechos, se hizo el encontradizo con Lewisham a primera hora de la tarde, mientras el profesor vigilaba los entrenamientos de *cricket*. Hizo unas observaciones sobre las perspectivas de los primeros jugadores del equipo, a modo de introducción, y Lewisham estuvo de acuerdo con él en que Frobisher I parecía estar en plena forma aquella temporada.

Siguió un silencio y el director canturreó un poco.

—A propósito —dijo, de repente, como si entablara una conversación mientras seguía las incidencias del juego—. Tenía entendido que... que usted... era forastero aquí en Whortley.

—Sí —dijo Lewisham—. Así es.

—¿Ha hecho usted alguna amistad entre el vecindario?

A Lewisham le asaltó un acceso de tos, y sus orejas, aquellas malditas orejas, enrojecieron.

—Sí —repuso recobrándose—. ¡Ah, sí...! He hecho amistades.

—Con gente de aquí, supongo.

—Bueno..., no. No de aquí, precisamente.

El rubor se le extendió a Lewisham de las orejas a toda la cara.

—Lo he visto a usted —explicó— hablando con una señorita en la avenida. Su cara no me es del todo desconocida. ¿Quién era?

¿Debería decir que era una amiga de los Frobisher? En tal caso, Bonover, con sus insidias, podría hablar con los padres de los Frobisher y hacer que las cosas se pusieran de un modo desagradable para ella.

—Era —balbució, ruborizándose intensamente a causa del aprieto en que ponía a su honradez y bajando la voz hasta que fue casi un susurro— una... una... una antigua amiga de mi madre. La conocí en Salisbury.

—¿Dónde?

—En Salisbury.

—¿Cómo se llama?

—Smith —dijo Lewisham precipitadamente, arrepintiéndose de la mentira en el mismo momento de salir de sus labios.

—¡Buen golpe, Harris! —gritó Bonover, palmoteando—. ¡Buen golpe, muchacho!

—Harris está en muy buena forma —dijo Lewisham.

—Mucho —aprobó *Mr.* Bonover—. Y... ¿qué decía? ¡Ah! Estaba pensando en las extrañas semejanzas que hay en el mundo. Hay aquí una *Miss* Henderson... o Henson..., que se aloja en casa de los Frobisher... y que es la vera efigie de su amiga *Miss*... Smith —repuso Lewisham sosteniendo la mirada recobrando la carmínea tonalidad de su primer sonrojo.

—Es muy extraño —murmuró Bonover.

—Muchísimo —convino Lewisham maldiciendo su propia estupidez, y mirando a otra parte.

—¡Muchísimo! —repitió Bonover.

Y volviéndose para dirigirse a la escuela, añadió:

—Realmente, no esperaba esto de usted, *Mr.* Lewisham.

—¿No esperaba qué?

Pero *Mr.* Bonover fingió no oír sus palabras.

—¡Maldición! —exclamó Lewisham—. ¡Maldición! Esta censurable expresión era muy rara en sus labios en aquella época. Estuvo a punto de seguir al director para preguntarse si dudaba de su palabra, pero era demasiado evidente cuál sería la respuesta. Permaneció un minuto indeciso, y luego, girando sobre sus talones, se dirigió a su casa apresuradamente. Los músculos le temblaban mientras andaba y se le crispaba la cara. El tumulto de su mente cristalizó por fin en una colérica indignación.

«¡Maldito sea! —exclamó discutiendo el asunto con los muebles de su dormitorio—. ¿Por qué diablos no podrá ocuparse de lo que le importa? ¡Ocupese usted de sus asuntos, *Mr.* Bonover! —gritó Lewisham al aguamanil—. ¡Maldito sea! ¡Ocupese de sus asuntos, ea!».

El aguamanil así lo hizo.

«Usted valora en exceso su poder, *Mr.* Bonover —dijo Lewisham, algo apaciguado—. ¡Tenga usted por entendido que fuera de la escuela yo soy mi propio director!».

Sin embargo, durante un período de cuatro días y algunas horas después de la «insinuación» de *Mr. Bonover*, *Mr. Lewisham* cumplió de tal modo con sus obligaciones que llegó a abandonar el estudio al aire libre, y empezó a luchar con decreciente éxito para observar el espíritu tanto como la letra de las prescripciones de su horario. Durante la mayor parte del tiempo estuvo nervioso e impaciente ante la tarea acumulada, la ejecutó con gran energía y de cualquier manera, o estuvo mirando por la ventana. El espíritu de su carrera insistía en decirle que volverse a encontrar con la muchacha aquella para hablarle significaba la reprobación, las preocupaciones, la interferencia en su trabajo con vistas a la matrícula de la Universidad, la destrucción de toda «Disciplina», y *Lewisham* se dio perfecta cuenta de la justicia de aquella insistencia. Aquello de estar enamorado era una tontería; eso que llaman amor no existía fuera de las novelas rosas. E inmediatamente se le disparó la imaginación por la tangente hacia los ojos de ella bajo el ala del sombrero, y tuvo que ser arrastrada a viva fuerza de nuevo hacia la sensatez. El jueves, al volver de la escuela, la vio a lo lejos, en el otro extremo de la calle, y se metió apresuradamente en su pensión, mirando ostensiblemente en dirección opuesta. Pero aquello fue la crisis. Quedó agobiado por la vergüenza. El viernes su creencia en el amor era un hecho, cálido y firme, y el corazón estaba embargado por el remordimiento de los morosos días transcurridos.

El sábado por la mañana, su preocupación era una rosa tan viva que le estuvo distrayendo incluso mientras explicaba la más explicable de las asignaturas, o sea, el álgebra, y al acabar la hora de clase el resultado estaba ya decidido y el espíritu de la carrera en plena derrota. Por la tarde, ocurriera lo que ocurriera, iría a verla y a hablarle de nuevo. La imagen de *Bonover* se le apareció, pero inmediatamente la echó a un lado. Y además...

Bonover hacía la siesta a primera hora de la tarde.

Sí, él saldría e iría a hablarle. Nada le detendría.

Una vez hubo tomado tal decisión se le encalabrino la mente con todas las cosas que podía decir, con las actitudes que debía tomar y con una multitud de vagos y delicados ensueños. Él diría esto, él diría aquello; su imaginación iba describiendo círculos alrededor de aquella maravillosa pose de enamorado. ¡Qué bellaco había sido ocultándose de ella y evitándola durante tanto tiempo! ¿En qué

estaría pensando? ¿Cómo se lo podría explicar cuando llegara el momento de la entrevista? Vamos a suponer que le dijera, con toda franqueza...

Reflexionó sobre los límites de la franqueza. ¿Creería ella que no la había visto el jueves anterior...? ¿Lo creería si él le aseguraba que así era, de verdad?

Y entonces ocurrió lo más horrible que pudiera ocurrirle en medio de todo aquello apareció Bonover con la petición de que se encargara de la vigilancia en el campo de *criquet* por la tarde, en lugar de Dunkerley. Dunkerley era el mayor y más antiguo de los maestros auxiliares, y el único colega de Lewisham. De las maneras de Bonover había desaparecido hasta el último vestigio de desaprobación; la petición de un favor era su manera autocrática de ofrecer el ramo de olivo. Pero a Lewisham le sentó como una cruel imposición. Durante un momento decisivo tembló, a punto de caer en la aquiescencia.

Como un relámpago se le apareció la visión de su largo servicio de la tarde... mientras ella estaría posiblemente haciendo las maletas para regresar a Clapham. Palideció. Bonover observaba su expresión.

—¡No! —dijo Lewisham, sin contemplaciones, diciendo con ello todo lo que sabía y torturándose el inexperto cerebro en busca de una excusa—. Siento mucho no poder complacerle, pero... mis compromisos... Estoy comprometido formalmente esta tarde.

Las cejas de *Mr.* Bonover se enarcaron al oír el evidente embuste, y el resplandor de sus suaves maneras se desvaneció.

—Es que —dijo— *Mrs.* Bonover espera la visita de una amiga suya esta tarde, y quisiéramos que *Mr.* Dunkerley nos acompañara para completar una partida de *croquet* de a cuatro...

—Lo siento —dijo Lewisham, muy resuelto y tomando nota mental de que Bonover jugaba al *croquet*.

—¿No juega usted al *croquet* por casualidad? —preguntó Bonover.

—No —dijo Lewisham—. No tengo la menor idea.

—¿Y si *Mr.* Dunkerley se lo hubiese pedido...? —insistió Bonover, sabiendo muy bien el respeto que Lewisham sentía por las cuestiones de etiqueta.

—¡Oh!, no es por eso —dijo Lewisham.

Bonover, con las cejas aún enarcadas y cierto aire de ultrajado asombro, se fue, dejándolo allí, pálido y erguido. Admirándose de su propia temeridad.

CAPÍTULO VI

EL ESCANDALOSO PASEO

Tan pronto como se acabó la clase, Lewisham hizo una sumaria revisión de los principales castigos impuestos y se fue apresuradamente a su casa, a dejar pasar el tiempo hasta que la comida estuviera a punto. Bueno, pues... no parece justo y correcto que se diga esto de Lewisham; es dudoso incluso afirmar que los deberes de un novelista varón para con su propio sexo no lo repriman algo, pero, tal como se asistía en la pared de al lado de la buharda de Lewisham, «*Magna est veritas et prevalebit*». Lo cierto es que Mr. Lewisham se cepilló el pelo con arte, ondulándolo pintorescamente, comprobó el efecto de todas sus corbatas y escogió una blanca, se quitó el polvo de las botas con un pañuelo viejo, se cambió de pantalones porque los de todos los días estaban raídos y tiñó con tinta los codos de la chaqueta donde el hilo de las costuras blanqueaba un poco. Y, metiéndonos en más intimidades, habrá que decir que estudió su aspecto en el espejo, desde varios puntos de vista, decidiendo que su nariz podría haber sido más corta, con lo que habría ganado mucho en apariencia...

Inmediatamente después de comer salió, y por el camino más corto se dirigió al sendero de los *allotments*, diciéndose a sí mismo que le era indiferente encontrarse con Bonover en mitad de la calle. No sabía exactamente lo que se proponía hacer, pero tenía la clara idea de volver a ver a la muchacha que había encontrado en la avenida. Sabía que la vería. El sentido de los obstáculos a vencer le animaba y le producía una sensación placentera. Subió algunos peldaños, saliéndose del sendero hasta el portalón desde donde se divisaba la casa de los Frobisher, el portalón desde el cual había estado observando el dormitorio de los Frobisher. Allí se sentó, con los brazos cruzados, a plena vista de la casa.

Esto sucedía a las dos menos diez. A las tres menos veinte todavía estaba sentado allí mismo, pero con las manos en los

bolsillos de la chaqueta, frunciendo el ceño y dando con el pie contra el peldaño, con impaciente monotonía. Había puesto sus inútiles gafas en el bolsillo del chaleco, donde permanecieron durante el resto de la tarde, y se había echado el birrete hacia atrás, de modo que dejaba al descubierto toda la frente y un mechón de pelo. Habían pasado dos o tres personas sendero abajo, pero él hizo como si no las viera, y una pareja de currucas que se perseguían mutuamente por el campo inundado de sol y ondulado por la brisa, había constituido su principal entretenimiento. Será una cosa inexplicable, sin duda alguna, pero lo cierto es que a medida que iba transcurriendo el tiempo, *Mr. Lewisham* se iba enfadando con la muchacha. Su expresión se fue oscureciendo.

Oyó a alguien que se acercaba por el sendero, a sus espaldas. No quiso volverse a mirar. Le molestaba pensar en que alguien pudiese verle en aquella posición. Su discreción, antes muy acentuada, aunque actualmente desechada, le hacía aún ligeras protestas contra aquella empresa de la tarde. Las pisadas en el sendero se detuvieron muy cerca.

«No mires», se dijo *Lewisham* en voz baja.

Y entonces empezaron a oírse unos ruidos misteriosos, un violento crujido de las ramitas del seto algo parecido a unas pisadas muy suaves y ligeras.

La curiosidad se apoderó de *Lewisham*, después de brevísima lucha. Miró a su alrededor, y allí estaba ella, de espaldas a él, intentando alcanzar el erizado endrino en flor que asomaba por el seto opuesto. ¡Qué accidente tan casual! ¡Ella no le había visto!

En un instante, las piernas de *Lewisham* pasaron por encima de la puerta del vallado, saltando los peldaños con tal ímpetu que fue a meterse contra los espinosos arbustos que había detrás de la muchacha.

—Permítame —dijo, demasiado excitado para poder ver que ella no aparentaba ningún asombro al verle.

—¡*Mr. Lewisham*! —exclamó ella con fingida sorpresa, retirándose un poco para dejarle sitio en el endrino.

—¿Qué flor desea usted? —gritó él desbordante de gozo—. ¿La más blanca? ¿La más alta? ¿La que usted quiera!

—Aquella —repuso la joven—. Aquella que tiene la espina negra saliente.

Era una masa de níveas flores, y Lewisham, luchando por alcanzarla, ya que no era, ni mucho menos, la más accesible, vio con fantástica satisfacción la aparición de un largo y blanco rasguño en su mano, que enseguida se transformó en una línea roja.

—Más arriba de este sendero —dijo descendiendo triunfante y sin aliento— hay otro endrino... Éste no puede comparársele ni por un instante...

Ella se echó a reír y se quedó mirándolo, mientras él permanecía rojo de emoción, los ojos triunfantes, con una mirada de aprobación totalmente impremeditada. En la iglesia, en la galería, con el acortamiento de las facciones que le prestaba el ángulo de observación, él le había parecido muy apuesto, pero lo otro era algo diferente.

—Enséñemelo —rogó la muchacha, aunque sabía perfectamente que fuera de aquel sitio no había más endrinos en una milla a la redonda.

—Ya sabía que la vería —dijo él a modo de respuesta—. Estaba seguro de verla a usted hoy.

—Era casi nuestra única ocasión —contestó ella, con la misma franqueza—, porque vuelvo a Londres el lunes.

—¡Ya lo sabía! —gritó el profesor, radiante—. ¿A Clapham?

—Sí. Me han proporcionado un empleo. Usted no sabía que yo era taquimecanógrafa, ¿verdad? Pues lo soy. He terminado mis estudios en la escuela Grogram. Y ahora ha salido un anciano caballero que desea una amanuense.

—Así, ¿usted sabe taquigrafía? —preguntó—. Esto explica la pluma estilográfica. Aquellas líneas estaban escritas... Todavía las guardo.

Ella sonrió, enarcando las cejas.

—Aquí —continuó *Mr. Lewisham*, dándose unos golpecitos en el bolsillo del chaleco. Este sendero —prosiguió, y su conversación era curiosamente incongruente—, a cierta distancia de aquí, pasado el cerro, conduce a una puerta que da al caminito de la orilla del río. ¿Ha estado usted allí?

—No —repuso la joven.

—Es el mejor paseo de Whortley. Conduce a los pastos de Immering. Tiene usted que ir allí..., antes de que se vaya a Londres.

—¿Ahora? —interrogó ella con ojos alegres.

—¿Por qué no?

—Es que le dije a *Mrs. Frobisher* que estaría de vuelta a las cuatro —explicó la joven.

—Es un paseo que no puede dejar de hacer.

—Muy bien.

—Los árboles están echando las hojas —dijo *Mr. Lewisham*—, los juncos están retoñando, y a lo largo de la orilla del río hay millones de florecitas blancas flotando en el agua. Ignoro los nombres de estas flores, pero son muy bonitas... ¿Quiere que le lleve este ramo de flores?

Al cogerlo él, sus manos entraron en contacto momentáneamente... y se hizo otro de aquellos silencios tan significativos.

—Mire esas nubes —prosiguió *Lewisham* bruscamente, agitando la blanca espuma de flor de endrino—, y mire el azul que dejan en medio.

—Es espléndido. Parece como si el buen tiempo hubiese esperado hasta hoy para lucirse. Mi último día. Mi último día irremisiblemente.

Y así prosiguió andando aquella pareja de jovencitos, electrizados, con infinito asombro por parte de *Mrs. Frobisher*, que lo estaba contemplando todo desde la ventana del ático, decididos y seguros de sí mismos, encontrando al mundo entero iluminado y espléndido para su mayor entretenimiento y diversión. ¡Las cosas que descubrieron y se contaron aquella tarde en la orilla del río...! ¡Que la primavera era maravillosa, las verdes hojas hermosísimas, los capullos pasmosos, y las nubes deslumbrantes y majestuosísimas...! ¡Y todo esto con un gran aire de suprema originalidad! ¡Y su ingenuo asombro al descubrir que coincidían exactamente en la apreciación de estas nuevas delicias! Les parecía que haberse encontrado era algo que estaba por encima de un mero accidente.

Siguieron por la senda que iba por entre la arboleda a lo largo de la orilla del río, pero la joven cambió de idea y antes de haber andado trescientos metros quiso seguir por la senda inferior, que era un camino de sirga. Así, pues, *Lewisham* tuvo que encontrar un sitio a propósito para que ella bajara, un .car donde un árbol amigo extendiera sus abultadas raíces a modo de balaustrada. Ella bajó por

allí con la mano apoyada en la de él.

Luego una rata de agua que se lavaba el bigote dio ocasión a un súbito contacto de manos y a la íntima confidencia de susurros y de un silencio en común, después de esto Lewisham intentó coger para ella un malvavisco, con peligro, según se juzgó, de su vida, y lo consiguió, junto con una bota llena de agua. Y al llegar a la compuerta, ante la negra y reluciente esclusa, donde la senda se apartaba del río, ella le subyugó con una hazaña inesperada, al trepar alegremente por la compuerta con la sola ayuda de su mano y saltar al otro lado, hecha un modelo de agilidad y de gracia.

Atravesaron audazmente los prados, embellecidos por la cardamina, y se interpuso, a petición especial, entre ella y tres vacas matroniles, sintiéndose como Perseo cuando decapitó al monstruo marino. Y así llegaron al molino, y desde allí, trepando por un empinado camino, a los pastos de Immering. Al atravesar los prados, Lewisham había iniciado el tema del trabajo de ella.

—¿De veras se va usted para trabajar de amanuense? —preguntó haciendo que la joven se enfrascaba el tema con el entusiasmo de un especialista. Trataron este tema por el método comparado y ninguno de los dos notó cómo se iba apagando la luz del cielo, hasta que la suave lluvia se les echó encima.

—¡Mire! —exclamó ella—. ¡Allí hay un cobertizo! Echaron a correr juntos. La joven corría riendo, y, no obstante, lo hacía con rapidez y agilidad. Lewisham tiró de ella con las dos manos, haciéndole atracar el seto, y le libertó la falda que se había enganchado en una amorosa zarza, y así llegaron al negro cobertizo donde se guardaba un mohoso rastrillo de grandes proporciones. Entonces vio que la muchacha no había perdido el aliento después de la larga carrera.

La muchacha se sentó en el rastrillo y murmuró:

—Tendré que quitarme el sombrero. La lluvia lo habrá manchado.

Así el profesor tuvo la oportunidad de admirar la calidad de sus rizos. La joven se inclinó sobre el sombrero con el pañuelo en la mano, sacudiendo elegantemente las plateadas gotas. Él se quedó de pie en la entrada del cobertizo, mirando el paisaje a través de la ligera cortina del chaparrón de abril.

—Hay sitio para dos en este rastrillo —dijo la muchacha.

Lewisham profirió unos sonidos inarticulados de negativa, y luego se acercó y se sentó a su lado, muy cerca de ella, tan cerca que casi se tocaban. Sintió un irreprimible deseo de cogerla en sus brazos y besarla, pero consiguió vencer aquel instante de locura.

—Ni siquiera sé su nombre —dijo Lewisham, distrayéndose de sus agitadas ideas en la conversación.

—Henderson —repuso la muchacha.

—¿Miss Henderson?

Ella le miró sonriendo... y vaciló.

—Sí... Miss Henderson.

Los ojos de la joven, la atmósfera a su alrededor, eran cosas maravillosas. Él no había experimentado nunca semejante sensación, aquella extraña excitación, casi como un levísimo eco de lágrimas. Estaba a punto de preguntarle el nombre de pila. Estaba a punto de llamarla «querida» y ver cómo se lo tomaba. Se sumergió en una vaga descripción de Bonover y de cómo le había mentido referente a ella, llamándola Miss Smith, pudiendo así escapar de aquella inexplicable crisis emocional...

El murmullo de la lluvia se amortiguó, cesando al fin, y un rayo de sol iluminó vivamente los bosques distantes, más allá de Immering. Precisamente en aquel momento habían iniciado un nuevo silencio, un silencio henchido de ideas audaces por parte de Mr. Lewisham, quien finalmente se decidió a mover un brazo, colocándolo detrás de la joven, en la armazón del rastrillo.

—Vámonos ya —dijo la muchacha bruscamente—. La Lluvia ha cesado.

—Este sendero va derecho a Immering —murmuró Mr. Lewisham.

—Pero, ya serán las cuatro, ¿no?

El profesor se sacó el reloj del bolsillo y enarcó las cejas. Eran cerca de las cuatro y cuarto.

—¿Ya son más de las cuatro? —preguntó Miss Henderson, y bruscamente se encontraron de frente a punto de despedirse.

El hecho de que Lewisham tuviera que entrar de servicio a las cinco y media parecía una cosa trivial.

—Sí —dijo él, dándose cuenta con gran lentitud de que aquella despedida significaba—. Pero, ¿por qué tiene usted que irse? Yo... yo quisiera hablarle.

—¿No me ha estado hablando hasta ahora?

—Pero no es eso. Además... no.

Ella se quedó mirándolo.

—Prometí estar de regreso en casa a las cuatro, *Mrs.* Frobisher toma el té...

—Tal vez no tengamos ocasión de vernos nunca más.

—Seguramente.

Lewisham palideció.

—No me deje —dijo, rompiendo el tenso silencio, con un nuevo acento en la voz—. No me deje. Quédese conmigo... un ratito más... Podría... podría usted extraviarse.

—Parece como si usted creyera que vivo sin comer ni beber.

—¡He deseado tanto hablarle a usted! La primera vez que la vi... Al principio no me atreví... No sabía usted me permitiría que le hablase... Y ahora que me siento tan... feliz, usted se va.

Se calló bruscamente. Ella tenía los ojos bajos.

—No —murmuró trazando una curva con la punta del zapato—. No, no me voy.

Lewisham dominó el impulso que tuvo de echarse a gritar.

—¿Quiere usted venir a Immering? —preguntó.

Y mientras andaban por el estrecho sendero, sobre la húmeda hierba, empezó a decirle con sencilla sinceridad lo mucho que apreciaba su compañía.

—No cambiaría esto —continuó, mirando a su alrededor como si buscara una oferta para rechazar— por nada en el mundo... No habré vuelto a la hora de la clase. Pero no me importa lo que ocurra. No me importa nada de lo que ocurra mientras pueda disponer de esta tarde.

—Tampoco me importa a mí —contestó la joven.

—Gracias por haber venido —dijo él en una explosión de gratitud.

Y dándole la mano repitió:

—Muchas gracias por haber venido.

Ella se la cogió efusivamente, y así fueron andando, cogidos de la mano, hasta llegar a la primera calle del pueblo. Su decidida resolución de hacer novillos a toda costa había dado origen a un maravilloso sentimiento de camaradería.

—No puedo llamarla *Miss* Henderson —dijo él—. Ya sabe usted

que no puedo. Ya sabe usted que., tendría que saber su nombre de pila.

—Ethel —repuso la muchacha.

—Ethel —repitió Lewisham mirándola.

Y haciendo acopio de valor continuó:

—Ethel. Es un bonito nombre. Pero no hay nombre que sea demasiado bonito para usted, Ethel. *Querida...*

El pequeño establecimiento de Immering estaba al fondo de un jardín cubierto de alhelíes y lo regentaba una mujercita gordezuela y alegre que insistió en tratarlos como hermanos. Admitido este punto, les sirvió un admirable té por muy poco dinero. A Lewisham no le gustó que la mujer aquella les llama se siempre «querido *Mr.*» y «querida *Miss*» porque aquello parecía mezclarse con su última y aventura da iniciativa. Pero tanto el té como el pan con mantequilla, como la mermelada de arándano, eran manjares exquisitos. Había en un jarrón, encima de la mesa, unos alhelíes de penetrante aroma, que causaban la admiración de Ethel, y cuando se fueron, la buena mujer insistió en que se llevaran un ramito.

Fue cuando salieron de Immering que aquel paseo se convirtió, hablando estrictamente, en algo escandaloso. El sol era una bola de oro suspendida sobre las azules colinas de poniente, que transformó por momento a nuestros jóvenes en figurillas dé fuese las cuales, en lugar de dirigirse hacia sus respectivos hogares, se fueron por la carretera de Wentworth que se adentra en los bosques de Forshaw. Detrás de ellos la luna, casi llena, se cernía en el cielo azul encima de las copas de los árboles, espectral e indistinta, recogiendo lentamente para sí toda la luz que el sol poniente dejaba abandonada en el firmamento.

Al salir de Immering empezaron a hablar del porvenir. Y para los enamorados jóvenes no hay más futuro que el futuro inmediato.

—Tiene usted que escribirme —dijo el profesor. Ella contestó que escribía unas cartas muy tontas.

—Yo necesitaré muchas resmas de papel para escribirle —repuso Lewisham.

—¿Y cómo me escribirá usted? —preguntó Ethel. Entonces se pusieron a discutir aquel nuevo obstáculo que se alzaba entre ellos. No había ni que pensar en escribir a su casa. Esto sería imposible. Ella estaba segura de que aquello no podría ser.

—Mi madre... —empezó y luego se interrumpió. Aquella prohibición lo dejó cortado, porque en aquella época, *Mr. Lewisham* tenía todas las condiciones de un prolífico escritor epistolar. Sin embargo, todo ocurría tal como era de esperar. El mundo entero se mostraba poco propicio... hasta inexorable y todo... Era un espléndido aislamiento *á deux*. Acaso la muchacha pudiese encontrar algún sitio donde él pudiera enviarle las cartas. No obstante, aquello a Ethel le pareció engañoso.

Así siguieron paseando los dos, henchidos de felicidad por el descubrimiento del amor, y sin embargo tan dominados por la timidez de la adolescencia que la palabra «Amor» no salió de sus labios durante todo el día. Pero, a medida que hablaban y que el amable crepúsculo se cernía sobre ellos, sus palabras y sus corazones llegaron a estar muy juntos. No obstante, su lenguaje parecería tan escueto, escrito aquí a sangre fría, que no lo describiré. Para ellos no tenía nada de escueto.

Cuando por fin llegaron por la carretera a Whortley, los silenciosos árboles eran negros como la tinta y la luz de la luna prestaba una palidez de maravilla a la cara de la joven, y sus ojos brillaban como estrellas. Todavía llevaba la rama de endrino, del que se habían desprendido la mayoría de las flores. Los olorosos alhelíes seguían siendo fragantes. Y a lo lejos, suavizada por la distancia, la banda de Whortley, que por primera vez aquel año daba un concierto público frente a la vicaría, tocaba con untuosa lentitud una tonada sentimental. No sé si el lector recordará aquella melodía favorita del 1880:

*Dulces rostros de ensueños y desengaños (pam
pam) nos traen el recuerdo de los lejanos añooooos.*

Era una melodía muy lenta y llena de ternura, con un acompañamiento de *pam pam*. ¡Qué patéticamente alegre era aquel *pam pam*! Desesperadamente alegre, en contraste con la melancolía de la tonada, acentuada por esporádicas vocalizaciones. Pero a la gente joven las cosas se les aparecen de diferente modo.

—Me gusta mucho la música —dijo la muchacha.

—A mí también —contestó Lewisham.

Siguieron bajando la cuesta de West Street. Anduvieron un poco

apartados del metálico y correoso tumulto de sonidos, para situarse dentro de la luz proyectada por el pequeño círculo de lámparas amarillentas. Varias personas repararon en ellos, escandalizándose de a lo que había llegado la juventud de hoy en día, y un testigo presencial describió posteriormente su actitud como «descocada». *Mr. Lewisham* iba cubierto con su birrete profesional, y no había manera de que fuera tomado por otro. Pasaron ante la Escuela Privada y allí vieron un retrato, enmarcado y cubierto de cristal, de *Mr. Bonover* dando la clase en lugar de su extraviado maestro auxiliar. Y al llegar a casa de los Frobisher se despidieron por fin, a la fuerza.

—Adiós —dijo *Mr. Lewisham* por tercera vez—. Adiós, Ethel.

Ella vaciló, y de pronto se lanzó hacia él. *Mr. Lewisham* sintió que las manos de ella se posaban en sus hombros, y el contacto de sus labios, suaves y tibios, sobre su mejilla, y antes de que el profesor pudiese cogerla, ella lo había esquivado, deslizándose dentro de la penumbra de la casa.

—Adiós —se oyó decir desde las sombras, y mientras él estaba todavía dudando para responderle otra vez se abrió la puerta.

Mr. Lewisham vio recortarse su silueta negra el marco de la entrada, oyó algunas palabras indistintas y la puerta se cerró, dejándole solo bajo la luz de la luna, con la mejilla aún ardiente por el beso de Ethel...

Y así finalizó el primer día en que *Mr. Lewisham* erró en contacto con el Amor.

CAPÍTULO VII

EL AJUSTE DE CUENTAS

Y después del día del Amor vinieron los días del Ajuste de Cuentas. Mr. Lewisham quedó asomado, casi anonadado, por aquel Ajuste de Cuentas, a medida que éste, de un modo lento pero inexorable se fue desplegando. Las maravillosas emociones del sábado duraron todo el domingo, y justificó su vigencia del *Schema* asegurándole a éste que Ella era su Inspiración, y que él se comprometía a trabajar por ella mil veces mejor de lo que lo hacía trabajando para sí mismo. Esto, desde luego, no era verdad, y lo cierto es que se admiró de que hubiera desaparecido todo su interés por el examen teológico de la «Analogía» de Butler. Los Frobisher no asistieron a ninguno de los dos servicios religiosos dominicales, y él se preguntó con cierta ansiedad: «¿Por qué?».

El lunes amaneció frío y despejado, un día digno de Herbert Spencer. Lewisham se dirigió a la escuela asegurándose a sí mismo repetidamente de que no tenía nada que temer. Los alumnos externos ya estaban murmurando, al parecer, de él y Frobisher II era muy solicitado. Lewisham pudo oír un fragmento:

—Mi madre se puso hecha una furia —decía Frobisher II.

A las doce hubo una entrevista con Bonover, y se oyeron voces, elevándose en enojado altercado, perfectamente audibles para el primer maestro auxiliar, Dunkerley, a través de la cerrada puerta del despacho. Luego Lewisham atravesó el aula, con la mirada fija y las mejillas muy coloradas.

Por lo tanto, la mente de Dunkerley se hallaba preparada ya para las noticias que le llegaran a la mañana siguiente al repasar las libretas de los escolares.

—¿Cuándo? —preguntó Dunkerley.

—Al final del próximo trimestre —contestó Lewisham.

—¿Es a causa de aquella muchacha que estuvo con los Frobisher?

—Sí.

—Es una muchacha muy bonita. Pero te va a perjudicar la matrícula en junio próximo —dijo Dunkerley.

—Eso es lo que siento.

—Difícilmente puede esperarse que te dé permiso para presentarte a los exámenes...

—No me lo dará —repuso Lewisham, brevemente, abriendo la primera libreta de las que tenía por corregir. Le resultaba muy difícil hablar.

—Es un mamarracho —prosiguió Dunkerley—. Pero, ¿qué puede esperarse de Durham?

Donover tenía el título expedido en la Universidad de Durham, y Dunkerley, que no poseía título alguno, era muy peculiar en sus apreciaciones. Seguidamente Dunkerley se enfrascó en un entusiástico paseo con su montón de ejercicios por corregir. Únicamente cuando el montón quedó reducido a una o dos libretas, reanudó la conversación... para exponer un punto muy delicado.

—Macho y hembra fueron creados por Él —dijo Dunkerley recorriendo las páginas de arriba abajo y marcando lo que iba confrontando—, lo cual resulta comprometedor en extremo para los maestros auxiliares.

Cerró la libreta de golpe y la tiró al suelo, a sus espaldas.

—Tienes suerte —continuó—. Creí que sería el primero en salir de esta covacha indecente. Tienes suerte Aquí siempre tiene uno que hacer comedia. Con padres y tutores en cada esquina. Eso es lo que me molesta de la vida en el campo, que sea tan cerrilmente artificial. Haré todo lo posible para salir de aquí tan pronto como pueda. ¡Te lo aseguro!

—¿Y patentar todo aquello?

—Sí. Patentar todo aquello. ¡El Gollete de Botella cuadrado Patentado...! ¡Ah...! Cuando esté en Londres...

—Me parece que yo también daré un vistazo a Londres... —dijo Lewisham.

Y entonces Dunkerley, lleno de experiencia, y como era una de las personas más amables que había en mundo, olvidó ciertas ambiciones particulares (él fomentaba ensueños de asombrosas patentes) y le recomendó la existencia de los agentes, procediendo a darle una lista de estos factores tan necesarios a los maestros

auxiliares sin empleo: Orellana, Cabbitas, la Agencia de Lancaster Gate, y todo el resto. Él las conocía a todas... íntimamente.

—Claro que pudiera salirte bien aquello de Kensington —dijo Dunkerley—, pero vale más no esperar. Francamente, las probabilidades están en contra tuya.

«Aquello de Kensington», era una solicitud para el ingreso en la Escuela Normal de Ciencias, de South Kensington, que Lewisham había redactado en un momento de entusiasmo. Como que en Inglaterra existe una provisión insuficiente de profesores de Ciencia titulados, el Departamento de Ciencias y Artes se ve obligado a ofrecer instrucción gratuita en su gran escuela central, con la subvención de una guinea semanal, para poder seleccionar unos cuantos pedagogos jóvenes que se comprometan a la enseñanza de las ciencias una vez terminado su período de instrucción. Dunkerley había tomado la costumbre, durante varios años, de solicitar una plaza, y siempre inútilmente, y Lewisham no había visto inconveniente en seguir su ejemplo. Máxime teniendo en cuenta que Dunkerley no poseía las notas y diplomas que tenía él.

Así, pues, Lewisham pasó todo el tiempo que las clases le dejaron libre redactando una carta y copiándola varias veces para enviarla a las diversas agencias escolares. En ella daba un sucinto pero apreciativo esquema de su vida, extendiéndose sobre sus métodos de instrucción y educación. Al final había una larga y decorativa lista de sus diplomas y distinciones, empezando por un premio de buena conducta a la edad de ocho años. Fue necesario muchísimo tiempo para redactar el documento en cuestión, pero su sencillez vino en su ayuda. Después de una cuidadosa consideración del horario, se decidió por elegir la hora del mediodía destinada a «Correspondencia».

Encontróse con que sus lecciones de matemáticas y de clásicos estaban algo retrasadas, y que el *test* que había mandado a su profesor por correspondencia durante aquellos tormentosos días que siguieron a su encuentro con Bonover en la Avenida, le fue devuelto endorsado con varios borrones y con lo siguiente: «Suspense». Esta última experiencia era algo que por momentos estuvo a punto de replicar al profesor con una carta sarcástica. Luego llegaron las vacaciones de Pascua, y tuvo que volver a su casa y explicar a su madre, suprimiendo cuidadosamente algunos detalles, que dejaba

Whortley.

—¡Si estabas tan bien allí! —exclamó su madre. Pero aquella buena mujer tuvo un consuelo. Pudo observar que su hijo ya no usaba gafas, pues se las había olvidado, y su secreto temor de graves lesiones oculares que se le «ocultaban» quedó muy aliviado.

A veces Lewisham tenía accesos de verdadero arrepentimiento por la locura de aquel paseo. Uno de esos accesos se produjo después de las vacaciones, cuando la necesidad de revisar las fechas establecidas en el *Schema* le trajo a la mente por primera vez, muy claramente por cierto, los resultados prácticos de su primer combate contra todas aquellas influencias tan misteriosas como potentes que la primavera pone en movimiento. Su sueño de éxito y fama había sido algo muy real y muy querido para él, y la conciencia del inevitable aplazamiento de su matrícula, que anhelaba desde hacía tanto tiempo, la puerta de entrada de todas las grandes cosas que él se proponía llevar a cabo, le sorprendió igual que una mala sensación física en el pecho.

Se levantó de un salto, con la pluma en la mano, medio de sus correcciones, y se puso a andar de lado para otro.

—«¡Qué necio he sido! —exclamó—. ¡Qué necio he sido!».

Tiró la pluma al suelo y se dirigió hacia un croquis muy mal dibujado por cierto, del rostro de la muchacha, que adornaba el otro extremo de su habitación y que era visible testigo de su esclavitud. Arrancó el retrato de la pared y lo rompió en varios trozos, que cayeron diseminándose por el suelo... «¡Qué tonto!».

Aquello le alivió... un abandono definitivo. Se quedó mirando un instante la barbaridad que había hecho y volvió a la revisión del horario, murmurando algo como «la tontería de enamorarse».

Ésta era una de sus facetas. La más rara. Esperaba al cartero con más entusiasmo por conocer la dirección adonde debía escribir a Ethel, que por recibir respuesta a una de aquellas reiteradas cartas de solicitud de empleo, cuya redacción había apartado de su atención a Horacio y a las matemáticas superiores. En realidad se pasó más tiempo meditando sobre la carta que le escribiría a ella, de lo que el inventario de sus muchas virtudes hubiera requerido. Y, no obstante, las cartas de solicitud eran unas composiciones admirables. Cada una de ellas fue escrita con plumilla nueva, y, en la primera página al menos, su caligrafía era muy superior a la

habitual en él, con ser ésta ya muy buena. A pesar de esto los días fueron transcurriendo sin que llegase aquella carta especial que él tanto anhelaba.

Su estado de ánimo se complicó con el hecho de que, a pesar de su estudiado silencio sobre la cuestión, el motivo de su marcha recorrió «todo Whortley» en un período de tiempo asombrosamente breve. Se daba por descontado que Lewisham era un joven disoluto, y el comportamiento de Ethel era censurado con complaciente indignación, si se permite la frase, por las señoras del lugar. La hermosura muy a menudo no es sino una trampa. Un muchacho gritó en una ocasión «Ethel», al pasar Lewisham El cura, un cura nervioso, de pálida faz y abultado nudillo, pasaba ahora por su lado, sin dar muestras de haberse enterado de su existencia. *Mrs.* Bonover encontró la ocasión de decirle que él era «un simple muchacho», y en cierta ocasión *Mrs.* Frobisher resopló amenazadoramente al cruzarse con él en la calle. Lo hizo de un modo tan repentino que *Mr.* Lewisham dio un respingo.

Esta desaprobación general le inclinaba, a veces, a la depresión, pero, en otras ocasiones, la encontrar, regocijante, y le gustaba darse aires de juerguista ante Dunkerley. En otras ocasiones, se decía a si mismo que apechugaba con todo aquello por causa de ella. Sea como fuera, tenía que aguantarlo.

Empezó a darse cuenta de lo poco que en el mundo se necesitan los servicios de un joven de diecinueve años —se atribuía diecinueve años a pesar de que aún habían de transcurrir aún algunos meses para cumplirlos—, aunque éste presente premios especiales de buena conducta, aplicación y aritmética, y certificados superiores firmados por un distinguido ingeniero y coronados por las Reales Armas, garantizando los conocimientos en dibujo geométrico, astronomía náutica, fisiología animal, química inorgánica, fisiografía y construcción arquitectónica, y a pesar de su juventud, fuerza y energía. Al principio se había imaginado que los directores de escuela se aprovecharían de la oportunidad de poderle emplear, y ahora veía que era él quien se agarraba a la posibilidad de que alguno de ellos quisiera emplearle. Empezó a poner cierta urgencia en sus solicitudes para plazas vacantes, una urgencia que no le sirvió de nada. Las solicitudes se hicieron cada vez más extensas, llegando a rellenar cuatro hojas de papel, lo que equivalía

a un gasto de un penique. «Puedo asegurarle —escribía— que usted encontrará en mí un leal y adicto auxiliar».

Y muchas otras cosas por el mismo estilo. Dunkerley le llamó la atención sobre el hecho de que los informes que de él daba Bonover nada decían respecto a la moralidad y a la disciplina, y esta omisión era muy visible, pero Bonover se negó a modificarlos. Dijo que haría con mucho gusto todo cuanto pudiera para ayudar a Lewisham, a pesar del modo como éste le había tratado; no obstante, su conciencia...

En una o dos ocasiones Lewisham alteró el sentido del informe de Bonover al copiarlo en la solicitud... pero sin resultado. Y ya estaban a mitad de mayo y South Kensington permanecía silencioso. El futuro se presentaba muy gris.

Y en las profundidades de sus dudas y desilusiones le llegó la carta. Venía mecanografiada sobre papel fino. «Querido», empezaba diciendo simplemente, y le pareció que era la más dulce y admirable de todas las formas de dirigírsele, aunque en realidad era debido a que ella se había olvidado de su nombre, y después se había olvidado de dejar un espacio para rellenarlo cuando se acordara.

«Querido: No he podido escribirte antes porque no tengo sitio en casa donde pueda escribir una carta sin que me estorben. Mrs. Frobisher contó a mi madre un montón de falsedades de ti. Mi madre me ha dejado muy sorprendida..., nunca lo hubiese creído de ella. No me dijo nada. Pero de esto ya te hablaré en otra carta. Estoy demasiado indignada para poder explicártelo ahora. Tú no puedes contestarme, porque no debes mandarme cartas aquí. No es posible. Pero continúo pensando en ti, querido (el “querido” había sido borrado y escrito de nuevo), tengo necesidad de escribir y decírtelo, pienso mucho en aquel agradable paseo. Te lo escribo por si no pudiera mandarte ninguna carta más. Estoy muy ocupada ahora. El trabajo que hago es bastante difícil y yo soy un poquitín estúpida. Es muy difícil interesarse en algo sólo porque éste sea el modo que una tiene de ganarse la vida, ¿verdad? Diría que a veces te pasa lo mismo con la escuela. Pero supongo que todo el

mundo tiene que hacer cosas que no gustan. No sé cuándo volveré a Whortley, si es que vuelvo pero es muy probable que tú vengas a Londres. Mrs. Frobisher dijo una serie de cosas horribles. Sería muy agradable que vinieses a Londres porque entonces quizá pudieras venir a verme. Hay una escuela para muchachos mayores en Chelsea y cuando paso por allí todas las mañanas desearía que tú estuvieras allí. Si así fuera, saldrías con tu toga y birrete cuando yo pasara. ¡Imagínate si algún día te viera allí de pronto!».

Y así continuaba, con una información muy escasa, y terminaba bruscamente: «Adiós, querido. Adiós, querido», garrapateado en lápiz. Y luego: «Piensa en mí algunas veces».

Al leer aquella carta, y especialmente el «querido» del principio, sintió Lewisham una extrañísima sensación en la garganta y en el pecho, casi como si estuviese a punto de echarse a llorar. Por consiguiente se echó a reír en su lugar, la volvió a leer, y se puso a andar de un lado a otro de su habitación, con los ojos brillantes y aquella preciosa escritura en la mano. Aquel «querido» era igual que si ella hubiese hablado, era como una voz oída de repente. Recordó despedida, clara y dulce, desde la penumbra de la casa bajo la luz de la luna.

Pero ¿qué significaría aquello de «si no pudiera mandarte ninguna carta más» y aquel final tan brusco? ¡Naturalmente que pensaría en ella!

Fue su única carta. Al cabo de poco tiempo sus dobleces, ya gastadas, acabaron por romperse.

A principios de junio le sobrevino una sensación de soledad que se transformó súbitamente en un vehemente deseo, casi intolerable, de ver a Ethel. Tuvo vagos propósitos de irse a Londres, a Clapham, en su busca. Pero en Clapham no se encuentra uno a la gente como en Whortley. Pasó la primera mitad de la tarde redactando y volviendo a redactar una larga carta para el día en que conociera su dirección. Si es que alguna vez llegaba a enterarse. Se paseó por el pueblo, desconsolado, y por fin, a eso de las siete, emprendió, bajo la luz de la luna, el recorrido, paso por paso, de aquel memorable paseo junto a ella.

En la oscuridad del cobertizo llegó hasta el extremo de ponerse a

hablar en voz alta, como si ella estuviese presente. Y dijo algunas cosas muy atrevidas muy bien dichas.

Encontró a la buena mujer de los alhelíes con una vela en la ventana, y bebió una botella de cerveza de jengibre con aire sacramental. La buena mujer le preguntó, algo burlonamente, por su hermana, y él prometió volver con ella algún día.

—Ya volveré con ella —dijo—. Puede estar usted segura.

La conversación con la buena mujer le amortiguó algo su sensación de soledad. Y luego, nuevamente a casa, a través de la blanca bruma, en un estado melancolía tal que, al final, hasta casi le produjo una sensación agradable.

Al día siguiente de este acceso una nueva «inscripción» atrajo la atención de *Mrs.* Munday, dejándola perpleja; era una inscripción a la par misteriosa y familiar, y decía así:

Mízpah

Estaba escrita en caracteres ingleses antiguos y evidentemente había sido ejecutada con sumo cuidado

¿Dónde la había visto antes?

Al principio dominó todo el resto de la estancia, desplegándose como una bandera de triunfo sobre la «disciplina», el horario y el *Schema*. En una ocasión fue quitada de allí, pero reapareció al día siguiente. Más tarde una lista de plazas escolares vacantes la ocultaron parcialmente, y en su margen se escribieron algunas anotaciones en lápiz.

Y cuando finalmente llegó el día de hacer el equipaje y marcharse de Whortley, Lewisham la descolgó y la utilizó, junto con otros papeles a propósito, como el *Schema* y el horario, para forrar el fondo de la caja amarilla donde empaquetó sus libros; principalmente libros relacionados con aquella matrícula que ahora tendría que ser aplazada.

CAPÍTULO

VIII

LA CARRERA TRIUNFA

Hay un intervalo de dos años y medio. La historia se reanuda con un *Mr. Lewisham* mucho más maduro, un *Mr. Lewisham* que ya no es un jovenzuelo, sino todo un hombre, un hombre de veintiún años. El escenario no es ya el pequeño lugar de Whortley, metido entre árboles, lomas, frescas riberas, parques y pastos, sino la gris espaciosidad del este de Londres.

Y la historia no se reanuda con Ethel. Porque aquella segunda carta prometida nunca llegó hasta él, y aunque durante sus primeros meses en Londres perdió muchas tardes paseándose por Clapham, árido páramo lleno de gente, el encuentro por el que suspiraba nunca llegó a realizarse. Hasta que, al fin, según el estilo propio de la juventud, tan gloriosamente recuperador en cuerpo, corazón y alma, empezó a olvidar.

La búsqueda de una beca había terminado con el disfrute inesperado de aquel documento azul por el que Dunkerley tanto había suspirado. Los títulos y diplomas azul-verdosos tenían, al parecer, un valor superior al de su utilidad como decoración mural, y cuando Lewisham ya desesperaba de conseguir un empleo en toda su vida, le llegó un maravilloso documento azul del Departamento de Educación en el que se le prometían cosas insospechadas. Tenía que ir a Londres donde le pagarían una guinea semanal para asistir a las clases..., ¡unas clases que iban más allá de sus más ambiciosos sueños! Entre los nombres que nadaban ante sus ojos había el de Huxley..., ¡el de Huxley y luego el de Lockyer! ¡Qué suerte! ¿Tiene algo de extraño el que durante tres años memorables la Carrera triunfara?

Podéis imaginároslo dirigiéndose a la Escuela Normal de Ciencias, al empezar el tercer año de sus estudios en aquella

institución. Actualmente la llaman «Real Colegio de Ciencias». Llevaba en su mano derecha una reluciente cartera negra, llena de libros de texto, notas y aparatos para la sesión próxima, en la mano izquierda llevaba un libro que no cabía en la cartera, un libro de cantos dorados, con la encuadernación muy bien protegida por una cubierta de papel de embalaje.

El transcurso del tiempo se había afirmado sobre su labio superior en un bigote poco agresivo pero discutible, en un aumento de más de dos centímetros en su estatura, y en su continente, menos autoconsciente. Porque ahora ya no sentía aquella atención universal fija en él, como la había sentido a los dieciocho años; se le estaba revelando, por el contrario, que muchísima gente se mostraba completamente indiferente ante el hecho de su existencia. Pero aunque menos autoconsciente, su porte denotaba, sin embargo, una mayor confianza en sí mismo..., como si estuviera muy satisfecho de cómo le iban las cosas.

Su traje era, con una sola excepción, de un color negruzco, de luto, muy usado y ya ligeramente rojizo. El luto era debido a su madre, que había fallecido un año antes de la reanudación de esta historia, dejándole una herencia de cerca de un centenar de libras esterlinas, cantidad que Lewisham guardaba celosamente en la Caja de Ahorros, para pagar exclusivamente las cosas más esenciales, tales como las matrículas universitarias y los libros e instrumentos que su brillante carrera de estudiante demandaba. Porque, a pesar del tropezón de Whortley, su carrera era muy brillante, ganando diplomas y certificados con la voracidad de una llama devoradora.

Al inspeccionarle, la mirada de usted habría reparado inevitablemente en el cuello de su camisa... Un cuello curiosamente reluciente, con una superficie como de goma mojada. Aunque, prácticamente, eso nada tiene que ver con la historia presente, sé que debo aclarar esto antes de proseguir adelante, o usted no prestará la debida atención. Londres tiene sus misterios, pero ¡este extraño brillo en su ropa interior...! «Las lavanderas baratas siempre azulean demasiado», protesta la dama. «Tendría que haberse azuleado, frotado fuertemente y dejado suelto el gemelo que le molesta y le aprieta demasiado el cuello. Pero este brillo...». Usted, señora, habría mirado más de cerca, y por fin lo habría tocado... ¡Una superficie de sepultura, húmeda y fría! Y es que, ¡ya

ve usted, señora!, era un cuello impermeable patentado. Uno de esos cuellos que se lavan por la noche con el cepillo de dientes, y se dejan secar colgados del respaldo de una silla, y al día siguiente aparecen rejuvenecidos. Era el único cuello que Lewisham tenía en el mundo, y le ahorra al menos tres peniques por semana, y esto para un «estudiante para profesor de ciencias» de South Kensington, que disponía era sólo de una guinea semanal para vivir, proporcionada por un Gobierno paternal pero parco, es una cantidad digna de ser tenida en cuenta. Aquello le había parecido a Lewisham un gran descubrimiento. Lo había visto por primera vez en el escaparate de una tienda de artículos de goma, en el fondo de una pecera por donde nadaba una carpa dorada, muy descontenta. Y se dijo que hasta le gustaba aquel brillo.

Pero el llevar una corbata roja, ¡eso sí que habría sido inesperado! ¡Una corbata de color rojo rutilante según la moda de los conductores de ferrocarril de la Red del Sudoeste! Lo demás distaba mucho de ir elegante, incluso la vanidad de las gafas, abandonada ya hacía tiempo. Habríais reflexionado un momento... ¿Dónde se habría visto una muchedumbre... en que las corbatas rojas fuesen abundantes y hasta cierto punto significativas. Hay que confesar la verdad: ¡*Mr.* Lewisham se había hecho socialista!

Aquella corbata roja no era más que un signo exterior y visible de un gran desarrollo interno y espiritual. Lewisham, a pesar de las demandas de una carrera estudiosa, se había leído ya de cabo a rabo la *Analogía* de Butler, y otros libros; había argüido, había tenido sus dudas y había clamado a Dios para que le otorgara la «Fe» en el silencio de la noche..., una «Fe» que tenía que serle enviada inmediatamente si la petición de *Mr.* Lewisham tenía algún valor y que, sin embargo, no le fue enviada tal como deseaba... «La idea que tenía de su destino en este mundo ya no consistía en una serie de exámenes hacia un remoto Foro y hacia la eminencia política en interés de la causa liberal». Había empezado a darse cuenta de ciertos aspectos de nuestro orden social que Whortley no exhibía. Había empezado a sentir algo de la sórdida tensión y esfuerzo que pronto degenera en dolor y en una terrible miseria, que forma el color de tantas vidas humanas del Londres moderno. Un vivo contraste se cernía en su mente como un símbolo. Por un lado había los carboneros de los depósitos de Westbourne Park, en

huelga, flacos y hambrientos, los niños mendigando en medio del fango negruzco, y la cola de los famélicos frente a una distribución gratuita de sopa. Por otro lado, Westbourne Grove, dos calles más allá, brillante exposición de tiendas llenas, agitado tráfico de coches y carruajes, y una tal inundación de lujo y dispendio, que un cansado estudiante con empapadas botas y ropas viejas que se apresurase para llegar a su casa se hallaba continuamente impedido por el torbellino de faldas y paquetes y hermosas mujeres. No hay duda de que las sensaciones poco gloriosas del cansado estudiante señalaban la moraleja. Pero aquélla era sólo una de una serie perpetuamente recurrente de vividas aproximaciones.

Lewisham estaba convencido, tal vez instintivamente, de que las personas humanas no podían ser felices mientras hubiera otras desgraciadas a su alrededor, y aquel alegre brillo de prosperidad le daba la impresión de un crimen. Todavía creía que las personas eran responsables de sus propias vidas. En aquellos días no había calibrado aún las posibilidades de estupidez en él mismo y en los demás seres humanos. Le vino a las manos por entonces un ejemplar de *Progreso y Pobreza* y algunos números sueltos del *Commonwealth*, y le resultó facilísimo aceptar la teoría de astutos capitalistas y terrateniente intrigando contra los trabajadores, buenos, justos mártires, intachables. Por consiguiente, se hizo socialista.

La necesidad de hacer algo inmediatamente pan manifestar su nueva fe, se le hizo naturalmente urgente. Por eso salió, ¡momento histórico!, a comprarse una corbata roja.

—Color de sangre, ¿quiere hacerme el favor? —dijo Lewisham, humildemente, a la joven dependienta.

—¿Qué color dice? —preguntó la dependienta secamente.

—Escarlata, hágame el favor —repuso Lewisham ruborizándose.

Perdió una buena parte de la noche y mucha paciencia tratando de hacerse un nudo bien hecho, aquello era lanzarse dentro de un nuevo oficio, porque, hasta entonces, había estado acostumbrado a las corbatas hechas.

Así fue, pues, como Lewisham proclamó la Revolución Social. La primera vez que salió a la calle con aquel símbolo, una hilera de robustos policías pasara en fila india por Brompton Road. Lewisham andaba en dirección opuesta, y empezó a canturrear. Pasó por el

lado de los policías echándoles una mirada significativa y canturreando *La Marsellesa*.

Pero aquello había ocurrido varios meses antes, y en el momento de reanudar este relato la corbata raja había pasado a ser una cosa corriente y habitual.

Lewisham dobló por Exhibition Road, atravesó una puerta de hierro y penetró en el vestíbulo de la Escuela Normal. El vestíbulo estaba atestado de estudiantes con libros, carteras y cajas de instrumentos, estudiantes hablando, otros leyendo los avisos de la Sociedad de Debates en el tablón de anuncios, otros comprando libretas, lápices, gomas o tachuelas al panelero de la escuela. Había una nutrida representación de novatos, los estudiantes de pago, en trajes negros y sombreros de copa o en trajes de *tweet*, el contingente escolar, y también otros jóvenes de la ase de Lewisham, descarnados, desaseados, discordantes, grotescamente mal vestidos, espantosos. Lewisham observó que uno de ellos llevaba un gorro de marinero con adornos dorados, y otro con mitones y guantes grises de ante muy elegantes. Grummett, el perenne Oficial de los Libros, estaba muy atareado entre todos ellos.

—*Der Zozalist!* —dijo un gracioso.

Lewisham hizo como si no lo oyera y se ruborizó vivamente. Hubiera querido poder evitar aquellos elocuentes e intensos sonrojos, visto que ya era un hombre de veintitún años. Evitó, de un modo estudiado, mirar el tablón de anuncios de la Sociedad de Debates, en el que estaba anunciada una conferencia por «G. E. Lewisham sobre socialismo», que debía celebrarse el viernes siguiente, y se abrió paso por el vestíbulo hacia donde el Libro esperaba su firma. Entonces le llamaron por su nombre, una y otra vez, y durante un par de minutos le fue imposible llegar hasta el Libro a causa de los apretones de mano y de las torpes bromas amistosas de sus compañeros.

Fue señalado a un novato por un amigo de esos que lo saben todo, como: «Ese animal de Lewisham es un pedante indecente. Quedó segundo el año pasado en los exámenes de final de curso. Es un empollón infecto. Pero todos estos empollones tienen mucho de pedante. Exámenes... Sociedad de Debates..., más exámenes. Parece que no se den cuenta de que están vivos. No ha ido a un café-concierto en todo el año».

Lewisham oyó un agudo silbido, echó a correr hacia el ascensor y pudo cogerlo en el momento de partida. En el ascensor no había luz y estaba lleno de negras siluetas; sólo el operador del ascensor era distinto. Al observar dudosamente Lewisham las indistintas caras de su alrededor, una voz de muchacha le llamó por su nombre.

—¿Es usted, *Miss Heydinger*? —respondió él—. No la vi. Espero que haya pasado unas vacaciones muy agradables.

CAPÍTULO IX

ALICE HEYDINGER

Cuando llegó al último piso del edificio dejó pase al único pasajero que quedaba. Era *Miss Heydinger*, la propietaria de aquel libro de cantos dorados cubierto con papel de embalaje. De todos los que habían subido en el ascensor, sólo ella había ido hasta el último piso. El resto de los pasajeros se había apeado en los pisos «astronómico» o «químico», pero ellos dos habían escogido la zoología como estudio para su tercer año, y la zoología ocupaba el ático. Ella salió a la luz con un raro matiz colorado en las mejillas, muy a su pesar. Lewisham se dio cuenta de cierto cambio en su vestido. Tal vez la joven ya esperase aquella sorpresa transitoria en el rostro de él, la notó muy bien.

Durante el año anterior (su amistad ya databa del año anterior). Lewisham nunca había ni tan sólo sospechado que ella pudiese ser una muchacha bonita. El detalle principal que recordó de la joven con alguna claridad durante las vacaciones, fue que no iba siempre bien peinada y que cuando por casualidad lo iba, se sentía nerviosa por su peinado; es decir, no tenía confianza en él. Recordaba su gesto habitual al hablar: unas palmaditas que acaban por exasperar. Luego fue recordando que el color de su pelo era, en general, castaño claro. Pero se había olvidado de su boca, y no podría haber dicho el color de sus ojos. Llevaba gafas. Y su traje quedaba como algo indefinido en su memoria..., como algo oscuro y amorfo.

Y, no obstante, se había visto muy a menudo con ella. No pertenecían al mismo curso, pero él la había conocido en el comité de la Sociedad de Debates de la Escuela. Lewisham estaba entonces descubriendo el socialismo. Aquello les proporcionó un tema de conversación..., un incentivo para relacionarse. Ella parecía encontrar algo singularmente interesante en su modo peculiar de enfocar las cosas, y se encontraron accidentalmente muchas veces en los pasillos de las escuelas, en la gran Biblioteca Educativa y en

el Museo de Arte. Al cabo de un cierto tiempo estos encuentros, al parecer, dejaron de ser accidentales.

Lewisham, por primera vez en su vida, empezó a creer que tenía facultades oratorias. Ella se propuso alentar sus ambiciones. Era una fácil tarea. Estaba convencida de que él poseía dones excepcionales y que ella podría servir para dirigirlos; lo cierto es que hizo que se desarrollara su vanidad. La joven se había matriculado en la Universidad de Londres, y ambos se presentaron a un examen de grado intermedio en Ciencias en el mes de julio, ella con no muy buen criterio, lo cual sirvió, como sirve cualquier cosa en semejantes casos, para estrechar aún más las relaciones entre los dos. A ella la suspendieron, lo cual no disminuyó ni un ápice la consideración que Lewisham le tenía. Durante los días de los exámenes discutieron acerca de la Amistad en general, y otras cosas parecidas, paseando por la Burlington Arcade durante la hora de comer. La Burlington Arcade se solazó sin recato con el erudito desaliño de ella y la corbata roja de él, y entre otras cosas que se dijeron, la joven le reprochó que no leyera poesía. Al despedirse en Piccadilly, después de los exámenes, acordaron escribirse, sobre poesía y sobre ellos mismos, durante las vacaciones; y entonces ella le prestó, con alguna vacilación, los poemas de Rossetti. Él empezó a olvidarse de lo que, a primera vista, le había parecido muy evidente, o sea, de que *Miss Heydinger* tenía dos o tres años más que él.

Lewisham pasó las vacaciones con un tío suyo, no muy simpático, pero bastante amable, que era lampista y maestro de obras. Este tío tenía seis hijos, el mayor de ellos de once años de edad. Lewisham se hizo simpático e instructivo en aquella casa. Además, se puso a trabajar de firme con vistas al tercer año de sus estudios que debía culminar su carrera, en cuyo año había decidido hacer grandes cosas, y además aprendió a montar en bicicleta. También pensó en *Miss Heydinger*, y ella, a lo que parece, pensó asimismo en él.

Discutió sobre cuestiones sociales con su tío, que era uno de los conservadores locales más notables. Los métodos de controversia de su tío fueron groseros en extremo. Dijo que los socialistas eran unos ladrones, y que el objeto principal del socialismo consistía en quitarle a uno sus ganancias para dárselas a un «hatajo de bribones

y gaudules». Los ricos, añadió, eran necesarios.

—Si no hubiera ricos, ¿cómo te imaginas que yo me ganaría la vida? ¿Eh? ¿Y dónde estarías tú? ¿Eh?

El socialismo, según le aseguró su tío, era un tinglado montado por agitadores.

—Les sacan el dinero a los bobalicones como tú y luego se lo gastan en champaña.

Y desde entonces contestó a los argumentos de *Mr. Lewisham* con la palabra «champaña» pronunciada con un tono irritante, y seguida de una cómica pantomima de la acción de beber.

Naturalmente, *Mr. Lewisham* se sintió muy solo, y tal vez acentuara este hecho en las cartas a *Miss Heydinger*. Salió a relucir que ella también se encontraba muy sola. Se pusieron a discutir la cuestión de la Verdadera Amistad, comparándola con la Ordinaria, y de aquí pasaron a Goethe y las Afinidades Electivas. Él le dijo con qué ansiedad esperaba sus cartas y éstas se hicieron más frecuentes. Las cartas de ella estaban indiscutiblemente bien escritas. Después de haberle preguntado el lampista práctico, que era su tío, qué provecho pensaba sacar de aquella ciencia suya, la lectura de las cartas de la joven obraba como un bálsamo. A él le gustó Rossetti; el exquisito sentimiento de separación en *La Bendita Damisela* le conmovió. Pero, en conjunto, le dejó algo sorprendido el gusto de *Miss Heydinger* en cuestiones de poesía. Rossetti era tan sensual..., tan florido... No lo hubiera esperado de ella.

En general él volvió a las escuelas decididamente más interesado en ella que cuando se separaron. Y los curiosos y vagos recuerdos de su apariencia como de algo un poco raído y descuidado, se desvanecieron a la vista de ella saliendo de la oscuridad del ascensor. Llevaba el pelo bien peinado, y al darle la luz casta parecía bonito, y un vestido verde oscuro y negro, muy bien cortado y recogido en pliegues sueltos, tal como era la moda entonces, lo que le daba el toque de color que necesitaba en el rostro. Su sombrero también representaba un notable cambio respecto a la descuidada abolladura del año pasado. Era un sombrero que para una mente femenina debía de indicar algún propósito. Le sentaba muy bien... Estas cosas no pueden en realidad, ser explicadas por un novelista varón.

—Traigo su libro, *Miss Heydinger* —dijo *Lewisham*.

—Celebro mucho que haya escrito usted aquel artículo sobre socialismo —respondió la joven, tomando el volumen encuadernado en papel.

Echaron a andar juntos por el pequeño pasillo hacia el laboratorio de biología. Ella se detuvo ante la percha para quitarse el sombrero, ya que éstas eran las desvergonzadas costumbres de aquel lugar: las estudiantes tenían que quitarse el sombrero en público, y también públicamente ponerse el delantal para protegerse en el laboratorio. ¡No había ni siquiera un espejo!

—Vendré a oír su conferencia —dijo la muchacha.

—Espero que le guste —repuso Lewisham, en la puerta del laboratorio.

—Durante las vacaciones he estado recogiendo pruebas sobre la existencia de los fantasmas..., ya recordará usted nuestras discusiones. Aunque eso no se lo dije en mis cartas.

—¡Lástima que sea usted tan obstinada! —dijo Lewisham—. Creí que esto debía darse por terminado.

—¿Ha leído usted *Mirando hacia atrás*?

—Me gustaría leerlo.

—Lo tengo ahí con mis otros libros, y si usted quiere, se lo prestaré. Espere un momento que llegue a mi mesa. Tengo las manos ocupadas.

Entraron juntos en el laboratorio. Lewisham mantuvo la puerta abierta galantemente, mientras Miss Heydinger se daba unas palmaditas en el pelo para asegurarse de su buen peinado. Cerca de la puerta había un grupo de cuatro muchachas, al que se unió Miss Heydinger, procurando que el libro con cubiertas de papel se viera lo menos posible. Tres de ellas habían hecho los dos cursos anteriores con ella, y la saludaron por su nombre de pila. Habían cruzado significativas miradas previamente, al verla comparecer en compañía de Lewisham.

Un profesor malhumorado y joven, aunque de aspecto envejecido, se alegró a la vista de Lewisham.

—Bueno, al menos ya tenemos a uno de los decentes este año —dijo el profesor, que al parecer estaba haciendo un inventario.

Luego, volviéndose a animar con la entrada de nuevas personas, añadió:

—¡Ah...! Y ahí está Smithers.

CAPÍTULO X

EN LA GALERÍA DE HIERROS VIEJOS

Entrando en el Museo de Arte de South Kensington por Brompton Road, la Galería de Hierros Viejos se encuentra arriba, a la derecha. Pero el camino para llegar a ella es tortuosísimo y no debe ser revelado a nadie, ya que los jóvenes que van en persecución de la ciencia y del arte por aquellos lugares dan un valor muy especial a su aislamiento. La galería es larga, estrecha y oscura, y contiene rejas de hierro, arcones con adornos de metal, cerrojos, falléis, barrotes, fantásticas y enormes llaves, lámparas y otros objetos semejantes. Uno podía apoyarse en una balaustrada hablando de los sentimientos más exquisitos mientras contemplaba el gastado Moisés de Miguel Ángel, o la columna de Trajano, de yeso, situándose a proporciones gigantescas, por encima del vestíbulo de abajo y por encima del nivel de la galería. Allí, un miércoles por la tarde, estaban Lewisham y *Miss Heydinger*. Era la tarde del miércoles de la semana siguiente a la de aquella conferencia sobre el socialismo que estaba anunciada en el tablón de avisos del vestíbulo.

La conferencia, que había obtenido un éxito inmenso, fue razonada punto por punto y pronunciada con contenida emoción. El temible Smithers había que dado prácticamente convencido. La réplica después del debate fue metódica y completa, y hasta parecía haber síntomas de que aquello traería consecuencias. Lewisham miraba el Moisés y hablaba de su porvenir. *Miss Heydinger* le estuvo mirando fijamente casi todo el rato.

—¿Y después? —preguntó *Miss Heydinger*.

—Hay que llevar estas opiniones de un modo prominente a la vista de la gente. Yo creo todavía en los folletos. He pensado...

Lewisham se calló, es de suponer que por modestia.

—¿Qué? —quiso saber *Miss Heydinger*.

—Bueno..., en Lutero, ¿sabe usted? Me parece que en el

socialismo hay sitio para un Lutero.

—Sí... —convino *Miss Heydinger* imaginándose—. Sí... Eso sería grandioso.

Así se lo parecía también a muchas otras personas en aquellos días. Pero muchos reformadores eminentes han estado más de siete años dando la vuelta a las murallas del Jericó social, sonando las trompetas y gritando con tan escasos resultados, aparte algunas demostraciones de mal humor en el interior de las murallas, que resulta difícil recobrar las alegres esperanzas de aquellos días pasados.

Lewisham apreció la nota de emoción personal en su voz. Volvió la cara hacia ella, y notó una profunda admiración en sus ojos.

—Sería una gran cosa —dijo el joven, añadiendo con modestia—, con tal de que se pudiera realizar.

—*Usted* podría realizarlo.

—¿Lo cree así? —preguntó Lewisham sonrojándose de placer.

—¡Lo creo! *Usted* podría muy bien emprenderlo. Hasta el hecho de fracasar sin esperanza sería grandioso. A veces...

Vaciló y él la contempló, expectante.

—Creo que a veces —prosiguió la joven— es más grandioso terminar con un fracaso que con un éxito.

—Yo no lo veo así —repuso el aspirante a Lutero volviendo sus miradas hacia el Moisés.

La joven estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea.

Siguió un silencio expectante.

—¿Y luego, cuando haya ya muchísima gente que se haya enterado de sus opiniones? —dijo ella por fin.

—Entonces supongo que deberemos formar un partido y... llevarlo todo a la práctica.

Otro silencio..., henchido, sin duda alguna, de elevados pensamientos.

—¡Hombre! —exclamó Lewisham de repente— usted da..., bueno..., valor a una persona. Yo no habría dado aquella conferencia sobre el socialismo de no ser por usted.

Dio media vuelta y se quedó recostado en la balaustrada, de espaldas al Moisés, y prosiguió:

—*Usted* me ha ayudado mucho.

Aqué! fue uno de los momentos que más intensamente vivió *Miss*

Heydinger en toda su existencia, le alteró un poco su color y dijo, muy envarada, sintiéndose muy torpe y mirándole fijamente a la cara:

—¿De veras? Estoy... muy contenta.

—No le he dado las gracias por sus cartas —dijo Lewisham—, y he estado pensando...

—¿Qué?

—Que somos amigos íntimos, ¿no es cierto? Los mejores amigos del mundo.

La joven le tendió la mano haciendo una profunda espiración.

—Sí —murmuró él al estrecharle la mano.

Lewisham dudó si debía tenerle la mano cogida o era mejor soltarla. La miró a los ojos, y en aquel momento ella habría dado tres cuartas partes de la vida que le quedaba para tener unos ojos y unas facciones que hubieran podido expresar bien lo que sentía. En su lugar sintió que su rostro se endurecía, que los músculos de alrededor de la boca daban pequeñas sacudidas y se imaginaba que su confusión hacía deshonesto su mirada.

—Lo que quiero decir —dijo Lewisham— es... que esto continuará. Seremos siempre amigos, uno al lado del otro.

—Siempre. En todo lo que pueda ayudarle..., le ayudaré. Y aunque no pueda, lo querré hacer.

—Nosotros dos —continuó Lewisham, apretándole la mano.

El rostro de la muchacha se iluminó. Los ojos le quedaron transfigurados durante un momento con la belleza de la simple emoción.

—Nosotros dos —repitió ella con los labios temblorosos y una sensación de hinchazón en la garganta.

Separó de un tirón la mano que él aún le retenía y volvió la cara al otro lado. Bruscamente se dirigió hacia el final de la galería, y Lewisham vio que la joven buscaba, sin encontrarlo, el pañuelo entre los pliegues de su traje verde y negro.

¡Iba a echarse a llorar!

Lewisham quedó estupefacto... ante aquella emoción totalmente inesperada.

Fue tras ella y se colocó a su lado. ¿Por qué llorar? Temía que alguien entrase en la galería antes de que ella se hubiese vuelto a guardar el pañuelo. Sin embargo, se sintió vagamente halagado.

Miss Heydinger se dominó, se secó las lágrimas y sonrió valientemente mirándole con ojos enrojecidos.

—Lo siento —dijo tragando saliva.

Y tras una pausa, añadió:

—¡Estoy tan contenta! Pero lucharemos juntos. Nosotros dos. Yo puedo ayudarle. Sé que puedo ayudarle. ¡Y hay tantas cosas que hacer en el mundo!

—Usted ya es para mí una gran ayuda —contestó Lewisham, citando una frase de lo que se había propuesto decir antes de haber descubierto que él influía grandemente en las emociones de Miss Heydinger.

—¡No!

Y, después de un silencio, añadió bruscamente:

—¿No se le ha ocurrido nunca lo poquísimos que puede hacer una mujer sola en el mundo?

—O un hombre solo... —respondió él, después de un momento de meditación.

Así fue como Lewisham consiguió su primer aliado para la causa de la corbata colorada..., de la corbata colorada y de la grandeza que seguiría inmediatamente. Su primer aliado, porque hasta entonces, salvo en la indiscreción de sus inscripciones murales, había mantenido en secreto sus ambiciones particulares. Ni aquel amorío, ya casi olvidado, de Whortley, a pesar del grado considerable de intimidad que alcanzó, dijo nada en absoluto respecto a su Carrera.

CAPÍTULO XI

MANIFESTACIONES

Miss Heydinger se negó a dejar de creer en los espíritus de los difuntos, y esto dio lugar a una controversia en el laboratorio a la hora del té. Porque las estudiantes, que aquel año eran mayoría, habían organizado el té, para las cinco, con el asentimiento del policía encargado de apagar las luces. Y los estudiantes varones eran invitados a veces al té. Pero no podían invitar a más de dos estudiantes una vez, ya que sólo disponían de dos tazas sobrantes después que el dichoso Simmons, que Dios confunda, les hubo roto la tercera.

Smither, aquel estudiante de cabeza cuadrada, con ojos grises de mirada dura, discutía contra los espíritus de los muertos con verdadera animosidad, mientras que Bletherley, que exhibía una corbata de color naranja y un pelo lacio muy abundante, se mostraba bastante despreocupado en esta cuestión.

—¿Qué es el amor? —preguntaba Bletherley—. ¡Es evidente que es algo inmortal, desde luego!

Su observación fue considerada inoportuna y quedó ignorada.

Lewisham, tal como correspondía al estudiante más prometedor del año, sopesó el valor de las pruebas..., clasificándolas por grupos, y terminó calificando las sesiones espiritistas de trampas.

—Paparruchas e imposturas —dijo Smithers en voz alta, y con una mirada oblicua para ver si su desafío alcanzaba el objetivo.

Éste no era otro que un hombrecillo de pelo entrecano, con un rostro muy pequeño y unos ojos grises muy grandes que había estado apoyado de pie, con indiferencia, en una de las ventanas del laboratorio hasta que fue atraído por la discusión. Llevaba una chaqueta de terciopelo castaño y tenía la reputación de ser inmensamente rico. Se llamaba Lagune. No era un asistente regular, sino uno de aquellos alumnos libres que se admiten en los laboratorios cuyas plazas no se hallan totalmente cubiertas. Se sabía

que era un ardiente espiritista, y hasta se decía que había desafiado a Huxley a una pública discusión sobre el materialismo. Explicaba, a quien quisiera oírle, que si asistía a las conferencias de biología y trabajaba con intermitencias en el laboratorio era para luchar contra la incredulidad con sus propias armas. Picó vorazmente el anzuelo de Smithers.

—¡Yo sostengo que no! —gritó desde el otro extremo del estrecho laboratorio, y siguiendo con sus pasos la dirección de su propia voz, añadió con un leve ceceo—: Perdóneme que le interrumpa, caballero. Esta cuestión me interesa profundamente. Espero que no seré un intruso aquí. Dispense, caballero. Considérela usted un asunto personal. ¿Soy yo un., necio o un impostor?

—¡Hombre! —replicó Smithers con aquella falta de urbanidad tan propia de los estudiantes de South Kensington—. Esto ya es demasiado personal.

—Admita usted que soy un honrado observador.

—Bueno, ¿y qué?

—Que he visto espíritus, he oído espíritus, he tocado espíritus.

Y abrió de par en par sus pálidos ojos.

—Entonces es un necio —murmuró Smithers, con voz lo suficientemente baja para que no llegara a oídos del espiritista.

—Puede usted haberse engañado —silabeó Lewisham.

—Le aseguro a usted... que los demás también pueden ver, oír y tocar. He hecho las pruebas experimentales, señor mío. ¡Las pruebas experimentales! Tengo mis conocimientos científicos y he utilizado tests científicos y totales. De cualquier modo y manera. Yo le pregunto a usted, señor mío: ¿Ha dado usted a los espíritus ocasión de manifestarse?

—¡Nada, hombre! Todo consiste en pagarles unas cuantas guineas a unos farsantes —dijo Smithers.

—¡Ahí está! ¡Prejuicios! Aquí hay un hombre que mega los hechos, y por consiguiente no los verá, no podrá acercarse a ellos.

—Pero no querrá usted que cada persona de los tres reinos de Inglaterra, Escocia e Irlanda que no rean en los espíritus tenga que asistir a las sesiones de espiritismo antes de que le sea permitido negar su existencia, ¿verdad?

—Pues sí, señor. ¡Pues sí, señor! Porque hasta que asista a una de ellas no sabrá nada.

La discusión se fue acalorando. El caballero espiritista pronto hizo aguas. Dijo que conocía a cierta persona con unas condiciones extraordinarias, un médium...

—¿Pagado? —preguntó Smithers.

—¿Pondría bozal al buey que le trilla el trigo? —respondió rápidamente Lagune.

La expresión de irrisión de Smithers era manifiesta.

—¿Desconfiaría usted de una balanza sólo por haberla comprado? Venga y véalo.

Lagune estaba ya muy excitado. Gesticulaba y airaba mucho la voz. Invitó *in continenti* a la clase miera a una serie de sesiones especiales.

—No todos a la vez..., los espíritus..., nuevas influencias. Pero en grupos. Les advierto de que puede que no vean nada. Pero las probabilidades están... Me alegraría infinitamente.

Así fue como Lewisham consintió en asistir a una evocación de espíritus. Se convino en que Miss Heydinger estaría también presente y que el escéptico

Smithers, Lagune, su mecanógrafa y el médium completarían el grupo. Después se haría otra sesión para los demás. Lewisham se alegró de contar con el apoyo moral de Smithers.

—Será una tarde perdida —dijo Smithers—, pero demostraré que tengo razón. Ya lo verás.

Lagune les dio una dirección en Chelsea. La casa, cuando por fin Lewisham la encontró, era muy espaciosa, con un aspecto tan acentuado de madura dignidad, que Lewisham se quedó algo confuso. Colgó su sombrero al lado de un sombrero de paja en la percha del vasto y suntuoso vestíbulo. A través de una puerta abierta echó una ojeada a un despacho palaciego, con unas estanterías adornadas con blancos bustos y una enorme mesa escritorio iluminada por una lámpara eléctrica con pantalla verde, y abundantemente cubierta de papeles. Le dio la impresión de que la camarera miraba con infinito desdén su rojizo traje de luto y su flameante corbata, y que demostraba con los pies su impaciencia antes de conducirlo escaleras arriba.

Llamó con los nudillos a la puerta y se oyó rumor de discusiones dentro de la habitación.

—Me parece que ya han empezado —dijo la muchacha a

Lewisham confidencialmente—. *Mr.* Lagune siempre quiere empezar en cuanto llega.

Se oyó ruido de sillas que se movían y la potente voz de Smithers que decía algo y se reía nerviosamente. Lagune apareció, abriendo la puerta. Su agrisado semblante parecía más menudo y sus ojazos grises más grandes que de ordinario.

—Estábamos a punto de empezar sin usted —susurró—. Sígame.

La estancia estaba amueblada aún más primorosamente que el salón de la Escuela de Segunda Enseñanza de Whortley, que era la más bonita, descontando algunas habitaciones del castillo de Windsor, de todas las estancias que hasta entonces había visto Lewisham. Los muebles le dieron la impresión de que se parecían mucho a los del museo de South Kensington, y tuvo la sensación de que sería impertinente pensar siquiera en sentarse en nada que fuera tan sobriamente majestuoso como aquellos asientos, percibió a Smithers, de pie, con cierto aire de tímida hostilidad, apoyado en una estantería de libros. Luego se dio cuenta de que Lagune les estaba invitando a que se sentaran. Sentado ya a la mesa se hallaba el médium, Chaffery, un caballero de aspecto bondadoso, con patillas grises muy pobladas, una ancha boca con gruesos labios y un mentón como la punta de una bota. Contempló a Lewisham con mirada crítica y desconcertante, por encima de sus gafas de montura dorada. *Miss* Heydinger se encontraba completamente a sus anchas y se puso a hablar en seguida. Las respuestas de Lewisham eran menos aplomadas de lo que habían sido en la Galería de Hierros Viejos; en realidad casi hubo un cambio de sus respectivas posiciones. Ahora era ella quien llevaba la batuta, y él quien se sentía cortado. Lewisham sintió oscuramente que ella le había tomado ventaja. Al mismo tiempo se dio cuenta de la presencia de otra figura de muchacha, a su derecha, vestida con un traje oscuro.

Todo el mundo se dirigió hacia la mesa redonda en el centro de la estancia, sobre la que había una pandereta y una cajita verde. Lagune descubrió insospechadas longitudes de callosos dedos al indicar a ida uno de sus invitados sus sitios correspondientes. Lewisham se sentaría a su lado, entre él y el médium. Después del médium se sentaba Smithers con *Miss* Heydinger a su otro lado, y entre ella y Lagune quedaba la mecanógrafa. De este modo los

escépticos se hallaban a uno y otro lado del médium. Estaban ya todos sentados cuando a Lewisham se le ocurrió mirar por encima de Lagune, encontrándose con la mirada de la muchacha que se sentaba al otro lado de dicho caballero. ¡Era Ethel! El ceñido traje verde, la ausencia de sombrero y cierta palidez hizo que le pareciera menos familiar, pero no impidió que la reconociera al instante. Y en los ojos de ella pudo leerse el mismo reconocimiento.

Inmediatamente Ethel desvió la mirada. En cuanto a él, la primera emoción que tuvo fue sólo de sorpresa; hubiera querido decir algo, pero se quede como si hubiera perdido el uso de la palabra. Durante un instante no pudo recordar siquiera su apellido. Además, lo extraño de aquel ambiente le cortaba la decisión. No sabía cómo tendría que dirigirle la palabra..., y quería mantenerse aún dentro de la superstición de la etiqueta. A fin de cuentas, si se decidía a hablarle, tendría que dar una explicación a todos los presentes.

—Deje sólo una puntita de gas, *Mr. Smithers*, hágame el favor —dijo Lagune, y repentinamente la única llama superviviente de la lámpara de gas quedó tan reducida que se quedaron a oscuras.

El momento del reconocimiento había pasado.

El contacto de las manos se verificó uniéndose todo el círculo por los dedos meñiques. El estado de abstracción en que se hallaba Lewisham mereció la reprobación de Smithers. El médium, con voz muy afable, sentó como premisa que él no prometía nada, ya que no poseía poder *directivo* sobre las manifestaciones. A continuación se hizo el silencio...

Durante un rato Lewisham permaneció sin atender a lo que ocurría.

En la oscuridad, contemplaba fijamente la vaga y evasiva silueta que le había presentado aquel rostro recordado. En su mente la estupefacción se mezclaba con la contrariedad. Había dejado por sentado que aquella muchacha estaba perdida para él y para siempre. El hechizo de los anhelantes días pretéritos, de las tardes pasadas a su llegada a Londres vagando por Clapham con la esperanza de encontrarse con ella, no había vuelto, pero se sentía avergonzado de su estúpido silencio e irritado por lo embarazoso de la situación. Llegó un momento en que estuvo a punto de romper el silencioso concierto para exclamar, dirigiéndose al sitio opuesto de

la mesa: «Miss Henderson...».

¿Cómo había podido olvidar que se llamaba Henderson? Lewisham era lo bastante joven para poderse sorprender aún de que se olvidara de las cosas.

Smithers tosió, es de suponer que con intención de advertencia.

Lewisham, acordándose, con un esfuerzo, de su responsabilidad de detective, echó una mirada a su alrededor, pero la estancia estaba muy oscura. El silencio quedaba roto de vez en cuando por hondos suspiros y por el constante movimiento del médium. De aquella confusión mental, la vanidad personal de Lewisham fue lo primero que surgió a la superficie.

¿Qué pensaría ella de él? ¿Le estaría mirando, en la oscuridad, del mismo modo que él la miraba? ¿Debería él fingir que la veía por vez primera cuando se encendieran de nuevo las luces? A medida que iban discurriendo los minutos el silencio se hacía más profundo. No había lumbre en la estancia, y por falta de resplandor de la lumbre parecía que hiciera frío. Se adueñó de su mente un curioso escepticismo sobre si realmente había visto a Ethel o había tomado por ella a otra persona. Deseaba que la sesión terminase a fin de volverle a echar una mirada. Los días pasados en Whortley se presentaron a su memoria con una asombrosa claridad de detalles, y, sin embargo, carentes totalmente de emoción...

Notó una sensación peculiar en su espalda, que atribuyó a una corriente de aire...

De repente, una ráfaga de aire frío le dio en la cara, haciéndole estremecerse convulsivamente. En seguida se encontró deseando que ella no se hubiese dado cuenta de aquel estremecimiento. Pensó en emitir una risita para demostrar que no tenía miedo. Otro de los presentes también se estremeció, y Lewisham percibió un olor a violetas extraordinariamente penetrante. El dedo de Lagune le comunicó un nervioso temblor.

¿Qué ocurría?

La cajita de música de encima de la mesa empezó a tocar una tonadilla algo trivial y plañidera, bastante extraña. Aquello pareció aumentar el silencio que había a su alrededor, pareció dar un acento a la quietud expectante.

Lewisham, al llegar a este punto, se adueñó de sí mismo. ¿Qué *estaba* sucediendo? Tenía que esperar. ¿Estaba realmente atento, tal

como debía? Se había distraído. No existían espíritus ni nada semejante, los médiums eran unos farsantes, y él se hallaba allí precisamente para demostrar aquel evangelio. Pero tenía que fijarse en las cosas que ocurrían... Estaba perdiendo detalles. ¿Qué era aquel perfume de violetas? ¿Y quién había puesto en marcha la cajita de música? El médium, naturalmente; pero, ¿cómo? Se esforzó en recordar si había oído algún crujido o había notado algún movimiento antes de que empezara la musiquilla. Pero no pudo acordarse de nada. ¡Vamos! ¡Tenía que estar más alerta!

Se puso a desear ardientemente que llegase el momento en que pudieran desenmascarar la superchería. Se imaginó el momento dramático que había preparado de antemano con Smithers..., con Ethel como espectadora. Escrutó suspicazmente las tinieblas.

Alguien volvió a estremecerse, esta vez alguien que se hallaba enfrente suyo. Sintió cómo el dedo de Lagune temblaba de un modo aún más palpable, y de repente empezaron a oírse golpes a su alrededor. ¡Pam...! Lewisham dio un violento respingo. Unos rápidos ruidos de percusión, tap, rap, dap, debajo de la mesa, debajo de la silla, en el aire, a lo largo de la repisa. El médium volvió a gruñir y a estremecerse y su nerviosa agitación pasó, por simpatía, por todo el círculo en redondo. La musiquilla pareció amortiguarse hasta casi desvanecerse para cobrar en seguida nuevo brío.

¿Cómo se hizo aquello?

Oyó la voz de Lagune, a su lado, hablando con un tono extraño entrecortado y reverente.

—¿El alfabeto? —pregunta—. ¿Debemos..., debemos emplear el alfabeto?

Fuerte golpe debajo de la mesa.

—¡No! —interpretó la voz del médium.

Los golpes continuaron por todas partes.

Era evidente que todo era truco. Lewisham se esforzó en descubrir cuál sería el mecanismo. Intentó percatarse de si el dedo meñique del médium estaba realmente en contacto con el suyo. Escrutó la oscura silueta que tenía al lado. Una violenta serie de golpes con cierta resonancia metálica. Luego los golpes cesaron, y por encima del silencio el pequeño sonido de melodía de la cajita de música fue disminuyendo solo. Y al cabo de unos instantes también

la música cesó...

La quietud era absoluta. *Mr.* Lewisham se encontraba muy agitado. Grandes dudas empezaron a asaltarle súbitamente, junto con una abrumadora aprensión, con la sensación de que grandes acontecimientos se acumulaban sobre su cabeza. La oscuridad era ya una verdadera opresión física...

Tuvo un sobresalto. Algo se había movido sobre la mesa. Hubo un agudo sonido que resonó como si hubieran dado un golpe a algo metálico. Siguieron unos ruidillos crepitantes como de alisar papeles. El ruido del viento sin que se moviera el aire. La sensación de una presencia sobre la mesa.

La excitación de *Lagune* se comunicó en forma de temblores convulsos. La mano del médium se puso a tiritar. En medio de la oscuridad empezó a moverse algo levemente luminoso, una forma verde-blancuzca, deslizándose como a pequeños saltos por entre las vagas sombras.

El objeto saltó un poco más, se elevó en el aire y esparció. *Lewisham* siguió aquel proceso como hipnotizado, fijando toda su atención. Era algo especial..., inexplicable..., maravilloso. Durante un instante se olvidó de todo, incluso de *Ethel*. Cada vez más alta, aquella pálida luminosidad fue elevándose por encima de sus cabezas, y entonces *Lewisham* vio que se trataba de una mano y un brazo especiales, elevándose más y más. Lentamente, la luminosidad cruzó la mesa y pareció tocar a *Lagune*, el cual se estremeció. Volvió lentamente a moverse describiendo un arco y tocó a *Lewisham*. Éste rechinó los dientes.

No podía haber error en aquel tacto, firme y suave a un tiempo, propio de las puntas de los dedos. Casi simultáneamente, *Miss Heydinger* chilló diciendo que algo le estaba alisando el pelo, y súbitamente la cajita de música volvió a dispararse, esta vez con un; danza escocesa. El borroso círculo de la pandereta se elevó, con un sonido discordante de los platillos, y *Lewisham* oyó cómo daba contra la cara de *Smithers*. De allí pareció elevarse al techo. Inmediatamente una mesa, al otro lado del médium, empezó a moverse audiblemente, rodando sobre las ruedecillas de su patas.

Le pareció imposible que el médium, sentado a su lado e inmóvil, pudiese hacer todas aquellas cosas., por más grotesco y sin sentido que todo pareciera. A fin de cuentas...

La mano espectral estaba planeando ahora casi directamente a nivel de los ojos de *Mr. Lewisham*. Se hallaba como suspendida, con cierta oscilador temblorosa. De vez en cuando los dedos caían aplomados para volver a enderezarse muy tiesos.

¡Ruido! Al parecer, un ruido muy fuerte. ¿Algo que se movía? ¿Qué tenía que hacer él?

Lewisham de pronto echó de menos el dedo meñique del médium. Intentó recobrar el contacto, pero no pudo dar con él. En cambio, cogió un brazo, lo sujetó, pero volvió a perderlo. Hubo una exclamación. Y una leve detonación. Una maldición, muy cerca de él, partida por la mitad por el rápido esfuerzo para suprimirla. ¡Tfit! El puntito del mechero de gas se agrandó con un sordo silbido.

Lewisham, de pie, vio un círculo de pestañeantes rostros vueltos hacia un grupo de dos personas que la siseante llama reveló. Smithers era la figura principal del grupo. Se erguía, triunfante, con una mano en la espita del gas mientras con la otra agarraba al médium por la muñeca, y en la mano del médium en la mano del médium había la acusadora pandereta.

—¡Mira esto, Lewisham! —exclamó Smithers con las sombras del rostro oscilando con las llamaradas del gas.

—¡Cogido! —gritó Lewisham, evitando encontrarse con la mirada de Ethel.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó el médium.

—Trampas —jadeó Smithers.

—No, señor —protestó el médium—. Cuando usted encendió la luz... yo alcé la mano... y cogí la pandereta para resguardarme la cabeza.

—*Mr. Smithers* —exclamó Lagune—, *Mr. Smithers*, esto está muy mal. Éste... susto...

La pandereta cayó ruidosamente al suelo. El semblante del médium se alteró, soltó un raro gruñido y retrocedió tambaleándose. Lagune pidió a gritos un vaso de agua. Todo el mundo se quedó mirando al hombre aquel, esperando que se desmayara, todo el mundo menos Lewisham. El pensamiento de Ethel había vuelto a centellear en su mente. Se volvió para ver cómo tomaría aquel escándalo del que ella era actriz tan destacada. Lewisham la vio inclinada sobre la mesa, como si intentara recoger algo que se hallaba allí encima. Ella no le miraba, miraba al

médium. Traía un rostro pálido y resuelto. Entonces, como si Ethel sintiera la mirada de él, se encontraron sus ojos.

La joven se echó para atrás, irguiéndose, mirándolo de frente, con una extraña dureza en la mirada. En aquel momento Lewisham no se dio cuenta de situación. Quería demostrar que actuaba junto con Smithers en el desenmascaramiento de la farsa. Durante un instante la actitud de Ethel hizo que él dirigiera simplemente su atención hacia el objeto sobre el que ella se había inclinado, y vio que era una especie de arrugada membrana, un guante de goma que reía sobre la mesa. Aquello formaba parte, evidentemente, del aparato del médium. Se abalanzó hacia al guante y lo arrebató para sí.

—¡Mira! —dijo mostrándolo a Smithers—. ¡Ahí tienes más! ¿Qué es esto?

Percibió que la muchacha se había asustado. Vio como Chaffery, el médium, echaba una rápida mirara por encima del hombro de Smithers, una mirada de reproche a la muchacha. Bruscamente Lewisham se dio perfecta cuenta de la situación, se percató de la complicidad de ella. ¡Y aún permanecía, en actitud de triunfo, con las pruebas contra ella en la mano! Pero su triunfo se había desvanecido.

—¡Ah! —exclamó Smithers, inclinándose por encima de la mesa para apropiarse el guante—. ¡Vaya con Lewisham! ¡Bien, hombre...! Ahora ya lo tenemos. Esto es mejor aún que la pandereta.

Los ojos le relucían triunfalmente, y añadió:

—¿Ve usted, *Mr. Lagune*? El médium lo sujetaba con los dientes y lo hinchó. No puede negarlo. Esto no iba a caerle sobre la cabeza, ¿verdad, *Mr. Medium*? ¡*Esto...*, esto era la mano luminosa!

CAPÍTULO XII

LEWISHAM ES INEXPLICABLE

Aquella noche, al acompañarle a la estación de Chelsea, *Miss Heydinger* descubrió una extraña melancolía en *Mr. Lewisham*. *Miss Heydinger* se había sentido vivamente impresionada por la escena en la que acababa de participar. Durante cierto tiempo había creído en las manifestaciones, y aquella rápida exposición de la farsa había revolucionado y lentamente sus ideas. Los detalles de la crisis habían quedado un poco confusos en su mente. Ella colocaba a *Lewisham* al mismo nivel que *Smithers* en el triunfo científico de la velada. En conjunto, se sentía exultante. No ponía ningún reparo a que *Lewisham* impugnara sus ideas, pero estaba enfurecida contra el médium.

—¡Es espantoso! —decía—. ¡Vivir una vida de mentiras! ¿Cómo puede esperarse que el mundo vaya mejor, cuando las personas instruidas emplean su instrucción para oscurecer a los demás? ¡Es espantoso! Era un hombre horrible, aquel médium..., con aquella voz tan untuosa y falaz! Y la muchacha... lo siento por ella. Debía de haberse sentido..., ¡oh!... Debió sentirse muy avergonzada; si no, ¿por qué se echaba a llorar, pues? Aquello sí que me causó pena. ¡Qué manera de llorar! Fue..., sí..., un verdadero *desespero*. Pero ¿qué podía hacerse?

Miss Heydinger se calló. *Lewisham* iba andando a su lado mirando fijamente hacia adelante, perdido en alguna siniestra argumentación consigo mismo.

—Esto me recuerda *Sludge, el médium* —dijo

Lewisham no contestó.

Ella le miró de repente.

—¿Has leído *Sludge, el médium*?

—¿Eh? —dijo él, volviendo del infinito—. ¿Qué... dices? ¿*Sludge, el médium*? Creí que se llama... que se llamaba... *Chaffery*.

La miró ansiosamente, perplejo, al darse cuenta de lo que

acababa de decir.

—Me refiero al *Sludge* de Browning. Ya sabe... Aquel que...

—No... Pues no lo sé —repuso Lewisham.

—Ya te lo prestaré. Es algo espléndido. Va hasta el fondo de esta misma cuestión de hoy.

—¿Ah, sí?

—Nunca se me había ocurrido esto. Pero ahora veo el intrínquilis muy claramente. Para la pobre gente, de que les ofrezcan dinero con tal de que ocurran menos, es demasiado para ellos. Tienen que hacer trampa a la fuerza. Es un soborno... ¡Es una amoralidad!

Miss Heydinger hablaba en breves frases jadeantes, porque Lewisham iba andando a grandes zancadas, sin prestar la menor atención.

—Me asombra lo que pueden ganar... la gente así... honradamente.

Lewisham se dio cuenta muy lentamente de la pregunta que le sonaba en el oído. Volvió de nuevo, apresuradamente, desde las regiones del infinito.

—¿Lo que pueden ganar honradamente? Pues no tengo la menor idea. —Hizo una pausa y añadió—: Todo esto me extraña mucho. Quiero reflexionar.

—Es complejísimo, ¿verdad? —dijo la joven, un poco titubeante.

Pero durante el resto del camino hasta la estación continuaron silenciosos. Se despidieron con un apretón de manos, que, por lo se refiere a Lewisham fue efectuado en tal ocasión con cierta premura. Ella se quedó escrutándole el rostro, mientras el tren salía de la estación, intentando descubrir la causa de su melancolía. Él seguía mirando hacia adelante, mirando cosas desconocidas..., como si ya se hubiese olvidado de ella.

¡Lewisham quería reflexionar! Pero dos cabezas opinaba la joven, eran mejor que una en cuestiones de opinión. Se sentía confusa de su ignorancia sobre los estados mentales del joven.

«¡Cómo estamos todos de envueltos y amortajados...! ¡Con cada alma aislada de las demás!», pensó Miss Heydinger, mirando por la ventanilla los vagos objetos que pasaban rápidamente al exterior.

De pronto un acceso de depresión se apoderó de ella. Se sintió sola..., absolutamente sola..., en un mundo vacío.

En seguida volvió a las cosas externas. Se dio cuenta de que, en

el compartimiento adyacente, dos personas la observaban con ojo crítico. Inconscientemente levantó la mano para alisarse el pelo.

CAPÍTULO

XIII

LEWISHAM INSISTE

Ethel Henderson estaba sentada ante su máquina de escribir, frente a la ventana del estudio de *Mr.* Lagune, mirando con indiferencia los grises y azules del crepúsculo de noviembre. Tenía el rostro blanco como el papel, los párpados enrojecidos de un llanto reciente, y sus manos descansaban inmóviles la falda. La puerta acababa de cerrarse de golpe, detrás de Lagune.

—¡Ay! —exclamó—. Quisiera estar muerta. ¡Ah...! Quisiera no tener nada que ver con todo eso.

Volvió otra vez a su pasividad. Luego dijo:

—¡Qué habré hecho yo que tenga que sufrir este castigo!

Realmente no tenía la menor apariencia de una alma implacablemente perseguida por el Destino, ya que era de un modo visible e inmediato una muchacha muy bonita. Tenía una cabeza muy bien formada y cubierta de un pelo negro ensortijado, y las cejas, sobre sus ojos castaños, eran negras y bien dibujadas. Traía unos labios finamente conformados, con una boca no lo bastante pequeña para que dejara de ser expresiva, mentón pequeño, y cuello blanco, carnoso y bonito. No hay necesidad de insistir sobre la nariz; baste decir que era suficiente. Era de estatura mediana, robusta más bien que esbelta. Llevaba un traje un tejido castaño dorado muy agradable de ver, con las mangas muy sueltas y la graciosa línea de aquellos días de esteticismo. Sentada ante su máquina de escribir, no deseaba otra cosa sino morir, sumamente arrepentida de lo que había hecho.

La habitación estaba cubierta de estanterías de lirios, entre los que destacaba una larga hilera de necios y pretenciosos volúmenes, las «obras», de Lagune, sosa y tortuosa imitación de la filosofía que le había ocupado toda su vida. A lo largo de la cornisa había bustos

de Platón, Sócrates y Newton. Detrás de Ethel había la mesa escritorio del gran hombre con su lámpara eléctrica de pantalla verde, y allí, esparcidas, pruebas de imprenta y ejemplares de *Hesperus*, «Revista para los Incrédulos», la cual, con asistencia de ella, él editaba, publicaba, recopilaba, escribía, y eso sin auxilio de ella, pagaba y leía. Una pluma, clavada en la mesa, temblaba erecta sobre la mitad superviviente de la plumilla, hincada en el papel secante. *Mr. Lagune* la había clavado.

El colapso de la noche anterior le había puesto en un espantoso aprieto, y una y otra vez, antes de su salida, había irrumpido en apasionados monólogos. Era aquello nada menos que la ruina del trabajo de toda una vida. Y era evidente que ella ya sabía que *Chaffery* era un farsante. ¿Ah, no? Silencio.

—Después de tantas amabilidades.

Ella le había interrumpido con un lamento:

—¡Oh, ya lo sé..., ya lo sé!

Pero *Lagune* estuvo cruel, insistiendo que ella le había traicionado; más aún..., ¡le había puesto en ridículo! Véase, si no, la «obra» que él había emprendido en *South Kensington*... ¿Cómo podría proseguir ahora? ¿Cómo podría continuarla cuando su propia mecanógrafa le había sacrificado a los fraudes y a las supercherías de su padrastro?

—¡Supercherías!

Las gesticulantes manos se hicieron más activas, los grises ojos se dilataron de indignación y la silbante voz se tornaba elocuente.

—Si él no le hubiese engañado a usted, otro cualquiera lo habría hecho —fue la inoportuna y murmurada réplica de *Ethel*, desoída por el buscador de fenómenos.

No fue aquello quizá tan malo como un despido en regla, pero ciertamente duró más rato. Y al llegar a casa se encontraría con *Chaffery*, maligno y siniestro ante su fracaso y el fracaso de ella al no haber conseguido adueñarse de aquel guante neumático. Él no tenía ningún derecho a reprocharle nada, absolutamente ningún derecho; pero cuando el ánimo se hallaba alterado es muy fácil que se desequilibren las balanzas de la justicia. Insistiría él en que lo de la pandereta podía haberlo explicado muy bien diciendo que había levantado la mano para cogerla y protegerse la cabeza en el momento en que se movió *Smithers*. Pero en lo del guante

neumático no había explicación posible. Le había ofrecido una oportunidad para que ella lo cogiera, al simular que se iba a desmayar. Era una sandez decir que alguien entonces podía haber mirado a la mesa; una sandez pura y simple.

Al lado de aquellos restos de lo que fue pluma había dentro de una caja un reloj transportable, el cual elevó repentinamente su tenue voz para anunciar las cinco. Ella dio la vuelta en su taburete y se quedó mirando el reloj. Luego sonrió, torciendo hacia abajo las comisuras de los labios.

—A casa —dijo—, y a empezar de nuevo. Es como un juego de la pelota... Fui una tonta... La culpa ha sido mía... Tenía que haberlo recogido, claro. Me sobraba tiempo... Tramposos..., tramposos y nada más... Nunca creí que volvería a verle... Estaba avergonzado, naturalmente... Tenía allí a sus amigos. Durante un buen rato permaneció sentada y quieta, mirando distraídamente al vacío. Dio un suspiro, se frotó con los nudillos un ojo enrojecido y se levantó.

Se dirigió al vestíbulo donde su sombrero, traspasado por un par de alfileres, colgaba en la percha sobre su chaqueta, se puso estas prendas y salió desmayadamente al frío gris de la calle.

Escasamente había andado veinte metros desde la puerta de Lagune cuando reparó en un hombre que la alcanzó y siguió andando a su lado. Esta clase de maniobra es de experiencia corriente entre las muchachas que van y vienen de su trabajo en Londres, ella tuvo que haber aprendido necesariamente muchas cosas desde sus días de aventura en Whortley. Ethel se quedó mirando muy firme en línea recta. El hombre, deliberadamente, se le atravesó en su minino, de modo que ella hubo de pararse. Ethel alzó la mirada, en indignada y muda protesta. Era Lewisham... y tenía el rostro blanco como el papel. Lewisham vaciló torpemente y, sin despegar los labios, le agarró la mano. Ethel se la estrechó maquinalmente. Entonces Lewisham encontró el uso de su voz.

—Miss Henderson —dijo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó la muchacha débilmente.

—No lo sé —contestó—. Quisiera hablarle.

—Diga.

El corazón de Ethel latía muy aceleradamente.

Lewisham encontró difícilísimo expresar lo que tenía que decir.

—¿Puedo...? ¿Creerá usted tal vez...? ¿Tiene usted que andar todavía algún trecho? Quisiera hablarle. Hay muchas...

—Voy hasta Clapham —dijo ella—. Si usted quiere... acompañarme un rato...

Torpemente, la joven se retiró un poco. Lewisham se colocó a su lado. Anduvieron en silencio unos momentos, cohibidos, teniendo tantísimas cosas que decirse que no hallaban la palabra para empezar.

—¿Se ha olvidado usted de Whortley? —preguntó Lewisham repentinamente.

—No.

Él la miró. Ethel estaba cabizbaja.

—¿Por qué no me escribió usted nunca? —interrogó Lewisham acerbamente.

—Ya le escribí.

—Otra vez, quiero decir.

—Ya lo hice... en julio.

—Pues no recibí nada.

—Me devolvieron la carta.

—Pero *Mrs. Munday*...

—Olvidé su nombre y la mandé a la Escuela Pública.

Lewisham ahogó una interjección.

—Lo siento mucho —dijo la muchacha.

Siguieron andando en silencio.

—Anoche... —dijo Lewisham al fin—, claro que no es asunto mío y no debiera preguntárselo, pero...

Ethel exhaló un profundo suspiro.

—*Mr. Lewisham* —repuso—. Aquel hombre que usted vio allí..., el médium..., es mi padrastro.

—Bueno, ¿y qué?

—¿No es eso bastante?

Lewisham no contestó.

—No —dijo por fin.

Se hizo otro silencio cohibido.

—No —replicó él, menos vacilante—. Me importa un bledo lo que su padrastro sea. ¿Hacía usted trampas también?

El rostro de Ethel cambió de color. La boca se le abrió y volvió a cerrársele.

—*Mr. Lewisham* —dijo Ethel deliberadamente— es muy posible que usted no me crea. Puede parecerle imposible, pero, bajo mi palabra de honor... No lo sabía... No estaba segura, mejor dicho... de que mi padrastro...

—¡Ah! —exclamó Lewisham, agarrándose a la convicción—. Entonces yo estaba en lo cierto... Durante un momento ella le miró fijamente, y dijo, de pronto, echándose a llorar:

—Yo *sí* lo sabía. ¿Cómo podría decírselo? Es un embuste. Yo *lo sabía*. Lo supe desde el principio.

Él se la quedó mirando, pálido de asombro. Se retrasó un paso de ella, pero de una gran zancada volvió a su lado. Luego hubo un silencio, un silencio que parecía no tener fin. Ethel había cesado de orar, hecha un enorme lío. Por fin Lewisham habló.

—No. Ni siquiera esto me importa. Me es igual... aunque así fuera.

Bruscamente torcieron por

King's

Road, con su estrépito de tránsito rodado y de apresurados peatones, e inmediatamente una bandada de muchachos con un *guy* muy desmoralizado irrumpió entre ellos y los separó. Cuando se anda por una calle de gran tránsito y durante la noche, una de dos: o se habla desconectadamente a breves frases y gritando, o hay que callarse. Lewisham volvió a mirar el semblante de la joven y vio que de nuevo había adoptado una expresión de gran resolución. Entonces ella corrió hacia Sur, saliendo del tumulto para meterse en una calle oscura bordeada de amables persianas, donde pudieron reanudar su charla.

—Ya comprendo lo que usted quiere decir —dijo Lewisham—. Me consta. Usted lo sabía, pero hubiera querido no saberlo. Así fue, no hay duda.

Pero Ethel, mientras tanto, había activado sus ideas.

—Al final de esta calle —murmuró sollozando— tendrá usted que volverse. Fue usted amable al venir a buscarme, *Mr. Lewisham*. Pero usted se avergonzó... y se avergonzaría siempre. Mi patrón es espiritista, mi padrastro es un médium profesional y mi madre también es espiritista. Hizo muy bien en no dirigirme la palabra anoche. Muy bien hizo usted. Ha sido muy amable en venir, pero tiene que irse. La vida ya resulta lo bastante difícil tal como es...

Tiene usted que marcharse cuando lleguemos al final de la calle. Váyase cuando llegue al final de la calle...

Lewisham no contestó nada durante unos cien metros.

—Seguiré hasta Clapham —dijo.

Llegaron hasta el extremo de la calle, en silencio. Al llegar a la esquina ella se volvió en redondo, enfrentándose con él.

—Váyase —susurró.

—No —dijo Lewisham, obstinado.

Se quedaron cara a cara, en la encrucijada principal de sus vidas.

Al cabo de un instante Lewisham insistió:

—Óigame... Es difícil decir lo que siento. Ni yo mismo lo sé... Pero no voy a perderla a usted ahora que la he encontrado. No permitiré que se me escurra por segunda vez. En toda la noche no he podido dormir pensando en esto. No me importa nada dónde esté usted, ni quiénes sean sus parientes, ni tampoco me importa mucho si usted tiene o no tiene relación con la farsa esa del médium. Repito que no me importa. Eso le importará a usted, pero no a mí. Sea como sea, he pasado un día y una noche enteros meditando sobre esto. Y he tenido que venir a buscarla. Y eres tú. Nunca te he olvidado. Jamás. Y no voy a dejar que me despidas así como así.

—No podría resultar nada bueno para ninguno de los dos —dijo ella, tan decidida como él.

—No te dejaré.

—Pero, ¿qué se va a sacar con ello?

—Voy contigo —afirmó Lewisham, dogmático. Y se fue, efectivamente, con ella.

Le hizo una pregunta a boca de jarro y ella no quiso contestarle. Durante un buen trecho anduvieron huraño silencio. Al final, ella le habló con temblorosos labios.

—Quisiera que usted me dejara. Es usted diferente de mí. Y esto lo vio usted muy bien anoche. Hasta contribuyó a desenmascarnos...

—Recién llegado a Londres me dediqué a recorrer Clapham en tu busca —dijo Lewisham—, semana tras semana.

Habían atravesado el puente y se hallaban en un estrecho callejón de sucias tiendas, cerca de Clapham Junction, sumidos de

nuevo en el silencio. Ella había vuelto la cara del otro lado, y tenía un semblante totalmente inexpresivo. Por fin dijo Lewisham, con cierta seca urbanidad:

—Siento mucho que parezca que te estoy imponiendo mi presencia. No quiero entrometerme en tus asuntos... si tú no quieres. Al verte, me han vuelto a la memoria un sinfín de cosas... No puedo explicarlo. Acaso... Tenía que venir a buscarte... Pensaba continuamente en tu rostro, en tu modo de sonreír, en aquel día que tomamos el té juntos..., en una serie de cosas.

Se calló de nuevo.

—En una serie de cosas.

Hizo otra pausa y añadió:

—Si permites que venga...

Pero no obtuvo respuesta.

Cruzaron las anchas calles de la Junction y prosiguieron hacia el Common.

—Yo vivo allá abajo, en esta misma calle —dijo ella parándose bruscamente en una esquina—. Preferiría...

—Pero no he dicho nada.

Ethel le miró, con el semblante pálido, incapaz de rabiar durante unos momentos. Por fin dijo:

—Vale más que no. Estoy tan mezclada con todo eso...

Y se interrumpió.

Lewisham se puso a hablar deliberadamente.

—Vendré —dijo—. Mañana por la noche.

—No —repuso la joven.

—Vendré.

—No.

—Vendré.

Ethel no pudo ya ocultarse el gozo que anidaba en su corazón. Estaba asustada de que él hubiese venido a ella, pero también estaba llena de júbilo, y se daba cuenta de que lo estaba. No hizo más protestas. Le alargó la mano, sin abrir los labios. Y al día siguiente se encontró con que él la estaba aguardando, tal como le había dicho.

CAPÍTULO

XIV

EL PUNTO DE VISTA DE *MR.* LEWISHAM

Durante tres días en el laboratorio de South Kensington no se supo nada de *Mr.* Lagune, el cual volvió a aparecer más empeñado que nunca en la bondad de sus creencias. Todo el mundo había creído que haría apostasía, pero en cambio reapareció con vigorizada fe, con un espíritu de proselitismo casi desvergonzado. De alguna ignota fuente había sacado nueva fuerza y convicción. Ni el retórico Smithers pudo con él. A la hora del té se libró una batalla cerrada, y hasta el envejecido joven que actuaba de auxiliar de clases prácticas estuvo a punto de tomar parte en ella, riéndose, hay que suponer, con los embrollos en los que se metió Smithers. Porque, al comienzo, Smithers exhibió una presuntuosa confianza y una arrogante urbanidad, y al final tenía las orejas coloradas y sus buenos modales le habían abandonado por completo.

Según notó *Miss* Heydinger, Lewisham hizo un papel muy pobre en aquella discusión. En una o dos ocasiones pareció estar a punto de dirigir la palabra a Lagune, pero lo pensó mejor y se quedó callado. Lagune trató el asunto del escándalo de un modo a la vez ligero y vigoroso.

—El tal Chaffery —dijo— me lo ha confesado todo. Su punto de vista...

—Hechos son hechos —objetó Smithers.

—Un hecho es una síntesis de impresiones —dijo Lagune—, pero esto ya lo aprenderá usted cuando sea más viejo. Lo que ocurrió fue que no nos entendidos. Yo le dije a Chaffery que ustedes eran principiantes, y como principiantes los trató... preparando una demostración.

—¡Ya lo creo que fue una demostración! —exclamó Smithers.

—Precisamente. Si no hubiese sido por su interrupción...

—¡Ah!

—Fraguó los efectos elementales...

—Esto no puede dejar usted de admitirlo.

—No intento negarlo. Pero, tal como él me explico... es una cosa necesaria..., justificable. Los fenómenos psíquicos son sutiles, y se necesita para apreciarlos un cierto ejercicio de la observación. Un médium es un instrumento más sutil que una balanza una perla de bórax, y ¡ya ve usted lo que se tarda en conseguir resultados firmes con una perla de bórax! En las clases elementales, en la fase de introducción, las condiciones son demasiado crudas...

—Para la honradez.

—Aguarde un momento. ¿Es deshonesto... amañar una demostración?

—Claro que lo es.

—Pues sus profesores lo hacen.

—Lo niego *in toto* —dijo Smithers, y repitió, con satisfacción—, *in toto*.

—Muy bien —dijo Lagune—, pero sepa usted que estoy en posesión de hechos incontrovertibles. Sus profesores de química, y puede usted bajar a preguntárselo si no me creen, hacen siempre trampa en el experimento sobre la indestructibilidad de la materia... Siempre. Y luego otra cosa..., una cosa de fisiografía. ¿Conoce usted el experimento a que me refiero? Para demostrar la existencia del movimiento de rotación de la Tierra. Utilizan... utilizan...

—El péndulo de Foucault —interrumpió Lewisham—. Y tienen oculta en la mano una pelota de goma con un agujero minúsculo, para soplar el péndulo dirigiéndolo por donde debe ir.

—Pero esto es diferente —repuso Smithers.

—Espere un momento —dijo Lagune, sacándose del bolsillo un trozo de papel impreso y doblado—. Ahí tiene usted una revisión del trabajo de un personaje tal como el profesor Greenhill, publicado en la revista *Nature*. Y vea usted: ¡se introduce una oportuna y conveniente aguja en el aparato para la demostración de las velocidades virtuales! Léalo... si duda de mí. Porque supongo que dudará de mí.

Smithers abandonó bruscamente su posición de negación *in toto*.

—Esto nada tiene que ver con lo que yo digo, *Mr.* Lagune; nada

tiene que ver con lo que yo digo —repitió—. Estas cosas que se hacen en el aula no son para probar hechos, sino para dar ideas.

—Pues lo mismo fue mi demostración —dijo Lagune.

—No lo entendimos así.

—Tampoco la persona que asiste a las clases de Ciencias lo entiende así. Pero se consuela con la idea de que ve las cosas con sus propios ojos.

—Bueno, no me importa —dijo Smithers—. Dos disparates no producen una verdad. Amañar demostraciones es un disparate y una sinrazón.

—En eso estoy de acuerdo con usted. He hablado muy claro al tal Chaffery. Chaffery no es ningún profesorazo, ¿sabe usted? No es ninguno de estos adornos a sueldo de la roca de la verdad como son sus profesores falseadores de demostraciones, que aquí abundan, y por eso puedo hablarle llanamente sin ofenderle. Él sostiene la opinión que ellos confirmarían. Pero yo soy más riguroso. Yo insisto en que esto no vuelva a suceder...

—La próxima vez... —afirmó Smithers irónicamente.

—No habrá próxima vez. Ya he terminado con las exhibiciones elementales. Debe usted aceptar la palabra del observador ducho en la materia... del mismo modo que lo hace en análisis químico, por ejemplo.

—¿Querrá usted decir que continuará con el tío ese, a pesar de haber sido descubierto haciendo trampas bajo sus propias narices?

—Claro que sí. ¿Y por qué no?

Smithers se puso a explicar el por qué no, y se hizo un taco.

—A pesar de todo, aún creo que el hombre ese tiene poderes —dijo Lagune.

—De impostura —contestó Smithers.

—A esos hay que eliminarlos —dijo Lagune—. Se na como si usted se negara a estudiar electricidad porque se le escapa por el cuerpo. Toda nueva ciencia es evasiva. Ningún investigador que estuviera en sus cabales se negaría a investigar un compuesto químico por la sencilla razón de que éste se comportara de un modo inesperado. O se disuelve en los ácidos no quiero saber nada de él, ¿eh? ¡Vaya modo de investigar!

Fue entonces cuando los últimos vestigios de urbanidad de Smithers se desvanecieron.

—No me importa nada lo que usted diga —dijo Smithers—. Todo eso es una pura sandez. Discuta usted todo lo que quiera; pero, ¿ha conseguido convencer a alguien? ¿Quiere que pasemos a votación?

—Eso es democracia injertada de venganza —objetó Lagune—. Una elección general sobre la verdad todos los meses, ¿eh?

—Eso es salirse por la tangente —opuso Smithers—. Y nada tiene que ver con lo de que aquí se trata. Lagune, sofocado pero contento, ya estaba a mitad de la escalera cuando Lewisham lo alcanzó. Lewisham estaba pálido y sin aliento, pero como aquella escalera siempre quitaba el aliento a Lagune, éste no notó la alteración del más joven de los dos.

—Ha sido una charla muy interesante —jadeó Lewisham—. Interesantísima, *Mr. Lagune*.

—Celebro muchísimo que ésta sea su opinión...; de veras lo celebro —repuso Lagune.

Hubo una pausa. Luego, Lewisham, sin casi atreverse y desesperado, dijo:

—Hay una joven... que es su mecanógrafa...

Se interrumpió por falta de aliento.

—Diga, diga —dijo Lagune.

—¿Es médium esta señorita, o algo parecido?

—Hombre... —empezó a explicar Lagune, reflexionando—. En realidad no es médium. Pero... ¿por qué me lo pregunta?

—¡Oh...! Es que no sabía...

—Acaso se fijó en sus ojos. Es la hijastra de Chaffery...; tiene un carácter muy extraño, pero es indiscutiblemente mediumística. ¡Qué curioso que eso mismo le haya sorprendido a usted! Lo curioso del caso es que yo mismo he tenido la idea de que ella debe de ser algo psíquica... a juzgar por su rostro.

—Algo ¿qué?

—Psíquica... Sin desarrollar aún, naturalmente. He pensado en ello varias veces. No hace mucho precisamente que le hablé a Chaffery sobre la muchacha.

—¿De veras?

—Sí. A él, naturalmente, le hubiera gustado ver cómo se desarrollaban sus poderes latentes. Pero resultan muy difíciles los comienzos, ¿sabe?

—¿Quiere usted decir... que ella se opone?

—Por ahora sí. Es muy buena chica, pero en estas cuestiones es... tímida. A menudo se encuentra uno con cierto despegó... una sensación muy rara... que casi podría equipararse al pudor.

—Ya —dijo Lewisham.

—Generalmente puede llegar a vencerse. Yo no desespero.

—No —repuso Lewisham concisamente.

Se hallaban ambos al pie de la escalera. Lewisham vaciló, y por fin dijo, con un esfuerzo para simular indiferencia:

—Me ha dado usted mucho en que pensar. Con todo lo que ha dicho arriba.

Y dicho esto, se volvió hacia el libro en donde debía estampar su firma.

—Celebro mucho que no adopte usted la actitud intolerante de *Mr. Smithers* —dijo Lagune—, mucho lo celebro. Le dejaré a usted uno o dos libros. Si su trabajo aquí le deja algún tiempo libre; eso es.

—Gracias —murmuró Lewisham sucintamente, separándose de él.

La firma estudiadamente característica de Lewisham tenía aquel día una caligrafía temblorosa y aplanada, muy diferente de la suya habitual.

—Que me ahorquen si vence sus escrúpulos —dijo Lewisham, sin despegar los labios.

CAPÍTULO XV

AMOR EN LAS CALLES

Lewisham no estaba muy seguro del camino que debía tomar en su empeño de frustrar los propósitos de Lagune, y en realidad no estaba seguro de nada, ni veía nada claro en su presente situación. Sus procesos lógicos, sus emociones y su imaginación parecían jugar con su voluntad. Ingentes acontecimientos se cernían, inminentes, pero el único resultado fue que él acompañó a Ethel a su casa, noche tras noche durante un período, para ser exactos, de sesenta y siete noches. Cada noche, excepto los domingos, durante noviembre y diciembre, con la sola salvedad de una noche en que tuvo que ir al Este para comprarse un gabán, fue a esperarla para acompañarla a su casa. Asunto curioso fueron aquellos paseos, a los que él acudía todas las noches, henchido de vagos anhelos, y que terminaban invariablemente con una extraña desilusión. Empezaban puntuales ante la casa de Lagune a las cinco, y terminaban, misteriosamente, en la esquina de una calle secundaria de Clapham, una calleja de casas amarillentas, con sótanos muy bajos y pesados ornamentos de piedra. Al final de aquella calle ella se desvanecía noche tras noche, disolviéndose en la niebla gris y en la penumbra de un débil farol de gas amarillento. Lewisham contemplaba cómo desaparecía, luego daba un suspiro y se volvía a sus habitaciones.

Hablaban de muchas cosas referentes a uno y al otro, de sus minúsculas ideas superficiales sobre ellos mismos, y de las circunstancias en que se hallaban y de sus gustos, y siempre quedaba entre ellos algo, algo tácito, desconocido, que hacía que todas aquellas cosas pareciesen irreales.

No obstante, de su conversación él empezó a entresacar vagas ideas del hogar de donde ella procedía. Naturalmente, no tenían criada, y la madre se portaba siempre de un modo tortuoso y furtivo ante las dificultades que se presentaban. Algunas tardes se volvía locuaz. «Mi madre habla as... a veces». Raras veces salía. Chaffery

se levantaba siempre tarde, y a veces desaparecía durante varios días. Era muy mezquino. Sólo daba veinticinco chelines a la semana para los gastos de la casa, y a veces al llegar a fin de semana las cosas estaban en un punto muy poco satisfactorio. Parecía existir muy pocas simpatías entre madre e hija; la viuda había sido veleidosa, de un modo no muy limpio, y su matrimonio con su principal realquilado, Chaffery, había causado inolvidables murmuraciones. Fue precisamente para facilitar esta boda que se envió a Ethel a Whortley, de modo que esto del matrimonio se consideraba, por este concepto, como un mal menor. Pero todo eso eran cosas remotas, lejanas e irreales, resumidas al final de aquel mal iluminado panorama de calle suburbana que se tragaba a Ethel todas las noches. El paseo, valor, la luz y el movimiento que de ella procedían, tan cercana a él, su vocecilla y el contacto de su mano, eso era la realidad.

Es verdad que la sombra de Chaffery y sus martingalas se oponía a todas estas cosas, algunas veces borrosa, otras veces negra y presente. Luego Lewisham se volvió insistente, sus recuerdos sentimentales cesaron, y se puso a hacer preguntas que lindaran en abismos de dudas. ¿Había «ayudado» alguna vez? No, declaró ella. Luego añadió que en dos ocasiones, en su casa, se había «sentado» para completar el círculo. Nunca más volvería a asistir a nada parecido. Se lo prometía, si es que le parecía necesario que lo prometiese. Ya había habido un escándalo tremendo en su hogar a causa del fracaso en casa de Lagune. Su madre se había aliado con su padrastro para llenarla de reproches. Pero ¿qué podían reprocharle?

—Claro, no podían reprocharte nada —dijo Lewisham.

Lagune, según Ethel le comunicó, había estado muy .quieto y se había sentido muy desdichado durante los tres días siguientes a la sesión, entregándose a pesadísimos monólogos, con Ethel como público, a veintiún chelines por semana. Al final de los tres días decidió echar una bronca a Chaffery por su desastrosa infamia. Pero fue Chaffery quien le echó la bronca a él. Smithers no supo que había sido dialécticamente vencido por un cerebro mucho mejor que el de Lagune, aunque hablara con la voz de falsete de Lagune.

A Ethel no le gustaba hablar de Chaffery y de todo lo demás relacionado con él.

—¡Si supieses lo amable que fuiste al querer olvidarte de todo eso —decía ella—, y dejar que nos dedicáramos sólo a nosotros dos! Y también, cuando Lewisham la instaba.

—¿Qué ganas con preocuparte de eso?

Lewisham quería seguir preocupándose de ello a veces, pero le resultaba difícil poder demostrar qué ventajas obtenía. Así, pues, su conocimiento de la situación siguió siendo incompleto, y las semanas fueron transcurriendo como si nada.

Aquellos sesenta y siete días fueron de una maravillosa variedad, como recordó Lewisham, mucho tiempo después. Hubo noches de humedad y llovizna, y también de espesas nieblas, hermosos velos blanco-grisáceos, aisladores, que transformaban cada metro de acera en una habitación particular. Grandiosas eran realmente, aquellas nieblas; fenómenos productores de intenso regocijo, ya que en aquellas circunstancias dejaba de ser objeto de escándalo público el hecho de que dos personas de sexo distinto anduvieran cogidas del brazo, y entonces se podían hacer centenares de cosas imprudentes y significativas variando sólo la presión del brazo y acariciando una mano menudita, una mano metida en un guante de cabritilla barato y muy remendado. Entonces era cuando uno parecía sentirse cerca de aquel algo tan evasivo que era lo que lo hilvanaba. Y los peligros que acechaban en las esquinas, los caballos que surgían súbitamente de la penumbra, los carreteros con linternas sobre las cabezas de sus caballos, los faroles de la calle, borrosos, de un color naranja ahumado los más próximos, desvaneciéndose a veinte metros de distancia en halos imprecisos, parecían acentuar la infinita necesidad de protección por parte de una delicada damita que ya había atravesado tres inviernos de nieblas, arduamente sola. Además, uno podía transitar por la calle donde ella vivía, hasta la mitad de camino de su puerta, con una deliciosa sensación de arrojo.

Las nieblas se transformaron demasiado pronto en una dura helada, en noches de luz estelar y luego lunar, en que los faroles lanzaban fríos y duros destellos, igual que hileras de topacios; sus reflejos y el brillo de los escaparates de las tiendas tenían una calidad cortante y congelada, y hasta las estrellas, duras y relumbrantes, proyectaban fuertes destellos silenciosos, si así puede decirse, en vez de pestañear. Una chaqueta guarnecida de imitación

de astracán había remplazado el abrigo ligero de Ethel, y un gorro de astracán su sombrerito. Los ojos de Ethel brillaban fijos y centelleantes, y su frente resultaba ancha y pálida bajo aquel gorro negro. Era muy divertido, pero se llegaba a casa demasiado pronto, y por esto el trayecto de Chelsea a Clapham fue prolongándose, primero con un circuito de calles secundarias, y luego, cuando las primeras nieves anunciara la proximidad de Navidad, con un nuevo circuito por

King's

Road, y hasta en una ocasión por Brompton Road y Sloane Street cuyas tiendas se hallaban llenas de adornos y artículos navideños.

Y, bajo la influencia de unas circunstancias extremadamente graves, *Mr.* Lewisham se gastó secretamente veintitrés chelines sacados de los vestigios de aquel centenar de libras esterlinas y compró para Ethel un anillo de oro incrustado de perlas. Por lo tanto, tuvo que haber un ceremonial, y en los linderos del nevado Common, cubierto de niebla, Ethel se quitó el guante para que Lewisham le pusiera el anillo en el dedo. Después, él se sintió impelido a besarla en el nudillo de un dedo intensamente rosado por el frío y rematado por una uña sucia de tinta.

—Somos unos tontos —dijo la joven—. ¿Podremos hacer algo alguna vez?

—Espera —repuso Lewisham en un tono lleno de vagas promesas.

Más tarde pensó otra vez en aquellas promesas, y otro día se ocupó de aquel asunto más detalladamente explicándole las brillantes perspectivas que tenía un estudiante de South Kensington: poder llegar a ser director de escuela, hasta de una de las escuelas de Ciencia del Norte, inspector, auxiliar, e incluso, ¿por qué no?, catedrático. Y después... y después... Ella prestó a todo una atención amable e incrédula, pues encontraba en aquellos ensueños cierta calidad de temor así como de placer.

La colocación del anillo incrustado de perlas fue, naturalmente, una mera ceremonia. Ella no podía llevarlo ni en casa de Lagune ni en la suya propia. Por siguiente, lo enhebró en una cintita de satén blanco y se lo colgó del cuello, «sobre su corazón». Él pensó en lo agradable que era aquel «sobre su corazón».

Cuando compró el anillo tenía la intención de guardarlo para

Navidad. Pero el deseo de ser testigo del placer que experimentaría Ethel fue demasiado fuerte para él.

La víspera de Navidad, yo no sé por qué artimaña por parte de ella, los dos jóvenes pasaron juntos el día entero. Lagune se había metido en cama con una fuerte bronquitis y había concedido fiesta a su mecanógrafa. Tal vez ésta se olvidara de decírselo a su familia. El «Royal College» estaba de vacaciones y Lewisham se hallaba libre. Declinó la invitación de su tío el lampista con el pretexto de que el «trabajo» le tenía atado a Londres, a pesar de que aquello, según dijo, le representaba una libra esterlina o más de gastos suplementarios. La absurda pareja anduvo veinticuatro kilómetros aquella Nochebuena, y los dos se separaron con las caras y las almas encendidas. Se había producido una dura helada, y después nevó. El cielo era de un gris incoloro, de los faroles callejeros pendían carámbanos, y el pavimento estaba lleno de dibujos como de hojas que, al ser pisadas, se transformaban en laminillas de hielo, a medida que se acercaba la noche. Ambos sabían, desde luego, que el Támesis les depararía un maravilloso espectáculo, pero se lo reservaron para el final. Primero pasearon por Brompton Road...

Y vale la pena que tengáis una exacta imagen de los dos jóvenes: Lewisham, enfundado en su abrigo de confección, de paño azul con cuello de terciopelo, con unos sucios guantes de color canela, corbata roja y sombrero hongo, y Ethel con una chaqueta vieja, de dos años atrás, y un gorro de rizado astracán. Ambos tenían las mejillas rosadas por el aire helado, iban cogidos del brazo tímidamente y estaban muy alerta para no perderse ningún espectáculo. Las tiendas eran variadas e interesantes a lo largo de Brompton Road pero no podían compararse con las de Piccadilly. Había unos escaparates en Piccadilly tan llenos de caras chucherías, que se tardaba lo menos quince minutos en inventariarlas: tiendas de postales, tiendas de ropas, llenas de atracciones tontas, pero divertidas. Lewisham, a despecho de sus antiguas animosidades, se olvidó de mostrarse severo con la clase compradora al ver a Ethel tan intensamente entretela con aquellas preciosas naderías.

Luego, remontaron Regent Street para ver aquella tienda donde hay tantos diamantes falsos, y luego aquel otro establecimiento donde las muchachas dejan sueltas sus largas cabelleras, y el otro donde los polluelos corretean por el escaparate, y así hasta Oxford

Street, Holborn, Ludgate Hill,

St. Paul's

Churchyard y Leadenhall con todos sus mercados donde los pavos, los gansos, los patos y los pollos, pero predominando los pavos, sin embargo, pendían en hileras a millares.

—*Tengo* que comprarte algo —dijo Lewisham empleando un tópico.

—No, no —replicó Ethel con los ojos fijos en una interminable perspectiva de incontables aves.

—Sí, tengo que hacerlo —insistió Lewisham—. Y vale más que escojas tú misma, porque, si no, te compraré algo que no te va a gustar.

La idea de Lewisham giraba alrededor de broches o hebillas.

—No gastes dinero. Además, ya tengo el anillo. Pero Lewisham se puso tan pesado que ella...

—Bueno, pues... si quieres... Mira, tengo hambre. Cómprame algo de comer.

Fue una broma memorable. Lewisham penetró intrépidamente, como un magnate oriental, en un establecimiento cuyas mesas lucían servilletas mitradas, un sitio como para intimidar a cualquiera. Se hicieron servir unas chuletas, que royeron hasta el hueso, con patatas fritas, y se bebieron entre los dos media botella de un vinillo blanco que Lewisham eligió con afectada indiferencia de la lista de vinos. Ninguno de los dos había bebido vino a la hora de la comida hasta entonces. ¡Un chelín con nueve peniques le costó, sí, señor, y el vino se llamaba Capri...! Era realmente un Capri muy pasable, producto manufacturado, sin duda alguna, pero muy aromático, y, además, calentaba el cuerpo. Ethel estaba estupefacta ante tanta magnificencia, y se bebió un vaso y medio.

Luego, confortados y satisfechos, se dirigieron a la Torre de Londres y al Tower Bridge, el puente de la Torre, con su cresta de nieve, sus enormes carámbanos colgantes y los bloques de hielo obstruyendo sus arcos laterales, cosa que constituía un espectáculo muy apropiado a la fecha. Y como que ya se habían saciado de ver tiendas y multitudes, se dirigieron resueltamente a casa, siguiendo el desolado Embankment.

¡Pero realmente el Támesis constituía un espectáculo maravilloso aquel año! Con las orillas llenas de nieve y con bloques

de hielo a la deriva en el centro del cauce, reflejando el luminoso escarlata del dilatado sol poniente, deslizándose paulatina e incesantemente hacia el mar. Una bandada de gaviotas iban de un lado a otro, y entre ellas volaban, entremezclándose, palomas y cornejas. Los edificios en la orilla de Surrey aparecían borrosos, grises y muy misteriosos; las barcas, bloqueadas por el hielo, silenciosas y abandonadas, mientras aquí y allá unas ventanas iluminadas proyectaban su cálido resplandor. El sol se hundió, desapareciendo de la vista, en un bajío de azul, y la orilla de Surrey se disolvió en neblina, excepto algunos puntos insolubles de luz amarilla, que en seguida empezaron a multiplicarse. Y cuando nuestros enamorados hubieron pasado por debajo del puente de *Charing Cross*, el edificio del Parlamento se alzó ante ellos, azulado e indistinto, al final de una gran media luna de doradas luces, suspendido entre la tierra y el cielo. Y el reloj en la torre era igual que un sol de noviembre.

Fue un día sin mácula, o, mejor dicho, sólo con una minúscula mota. Y aun ésta se presentó al final de la jornada.

—Adiós, querido —dijo ella—. He sido muy feliz.

Lewisham acercó su cara a la de la muchacha.

—Adiós —murmuró Lewisham estrechándole la mano y mirándola fijamente.

Hubei miró a su alrededor y se le acercó más.

—¡Amado mío! —susurró—. ¡Adiós!

De pronto Lewisham se volvió inexplicablemente petulante y soltó la mano de su amada.

—Siempre sucede así. Somos felices. Yo soy feliz. Y ahora te marchas...

Se hizo un silencio lleno de mudas interrogaciones.

—Querido —susurró Ethel—, tenemos que esperar.

Hubo una pausa momentánea.

—¡Esperar! —exclamó Lewisham.

Se interrumpió y vaciló:

—¡Adiós! —dijo como si rompiera con ello el hilo que los mantenía unidos.

CAPÍTULO

XVI

LOS PENSAMIENTOS ÍNTIMOS DE MISS HEYDINGER

El trayecto de Chelsea a Clapham y el de South Kensington a Battersea, especialmente si el primero se prolonga por medio de circuitos secundarios se hallan muy próximos. Una noche, muy cerca ya de Navidad, dos amigas de Lewisham pasaron a su lado cuando iba acompañado de Ethel. Pero Lewisham no las vio porque estaba mirando el rostro de Ethel.

—¿Has visto? —preguntó maliciosamente una de las muchachas a su compañera.

—*Mr. Lewisham...* ¿no? —dijo *Miss Heydinger* con tono perfectamente indiferente.

Miss Heydinger se hallaba sentada en la habitación que sus hermanas menores llamaban *El Refugio*. Este refugio no era, evidentemente, nada más que un dormitorio intelectualizado, donde el papel de las paredes, papel barato sembrado de rosas plateadas se asomaba coqueteando por entre los muebles. Sus particulares glorias estaban constituidas por la mesa escritorio en mitad de la habitación, y por el microscopio sobre la desequilibrada mesa octogonal de debajo de la ventana. Había unas estanterías de libros de construcción patentemente femenina por su fácil decoración y su estructura inestable, y en ellas una parada de brillantes poetas: Shelley, Rossetti, Keats, Browning y volúmenes desaparejados de Ruskin, los sermones de South Place y publicaciones socialistas en cubiertas de papel rotas, y encima libros de texto de ciencias, y cuadernos en opresiva abundancia. Los facsímiles que pendían de las paredes hablaban elocuentemente de las ambiciones estéticas de su dueña y de cierta impermeabilidad a su significado implícito. Había allí el *Espejo de Venus*, por Burne Jones, la *Anunciación* de Rossetti, la *Anunciación*, de Lippi y *El amor a la vida*, y *El amor y la*

muerte, de Watts. Y, entre otras fotografías, había una del año anterior representando al Comité de la Sociedad de Debates, con Lewisham sonriendo débilmente cerca del centro, y Miss Heydinger, desenfocada, en el extremo de la derecha. Y la joven se hallaba ahora dando la espalda a todas estas cosas sentada en su negro butacón forrado de crin, mirando la lumbre, con los ojos brillantes y la barbilla apoyada en la mano.

—Podía haberlo adivinado antes —dijo—. Desde aquella sesión espiritista... Ha sido diferente desde, entonces...

Sonrió amargamente.

—Alguna dependienta...

Se puso a cavilar.

—Todos son iguales, me parece. Después vuelven algo averiados, como dice aquella mujer de *El abanico de Lady Windermere*. Tal vez él también volverá. No sé... ¿Por qué ha de ser tan mentiroso? ¿Por qué me hace esta comedia? Ser bonita, ser bonita, ser bonita... ésta es nuestra obligación. ¿Qué hombre vacila en la elección? El hombre sigue su camino, piensa en sus ideas y hace su trabajo... se está atrasando en la disección... Se puede apreciar que ni siquiera toma apuntes...

Durante un buen rato permaneció silenciosa. Su rostro adoptó una expresión de firme resolución. Empezó a mordisquear el pulgar, primero lentamente, después más de prisa. Finalmente estalló otra vez en exclamaciones.

—¡Las cosas que podría nacer ese hombre! ¡Las grandes cosas que podría hacer! Es capaz, es obstinado, es fuerte. ¡Y he aquí que aparece una cara bonita! ¡Dios mío! ¿Por qué me hiciste con corazón y con cabeza?

Miss Heydinger se puso en pie de un salto, con los puños apretados y el semblante contraído. Pero no derramó ninguna lágrima.

Al cabo de un momento se quedó en actitud inerte. Dejó caer una mano a lo largo de su cuerpo mientras descansaba la otra sobre un fósil en la repisa de la chimenea. Miss Heydinger se quedó mirando fijamente el fuego que ardía en el hogar.

—¡Pensar en lo que podría haber hecho! ¡Es para volverse loca...! Trabajar, pensar y prender. Esperar. Despreciar las mezquinas artes femeniles, confiar en la sensatez del hombre... Y

despertar luego como las vírgenes locas para encontrarse con que la hora de la vida ha pasado...

Su expresión y su actitud se dulcificaron al compadecerse de sí misma.

—Futilidad... No sirve de nada.

Se le quebró la voz al añadir:

—Nunca seré feliz...

Vio la belleza del futuro que había deseado, como de pronto, se le arrollara igual que una alfombra, desvaneciéndose en la lejanía, más espléndida a medida que se iba haciendo más remota... como un sueño en el momento de despertar. La visión de su soledad inevitable la reemplazó, clara y aguda. Se vio a sí misma sola y pequeña en medio de una enorme desolación, infinitamente digna de lástima, mientras Lewisham iba retrocediendo cruel e insensible. Con «alguna dependienta». Entonces aparecieron unas lágrimas en sus ojos, y aparecieron rápidamente hasta que se deslizaron por sus mejillas. Dio media vuelta como si buscara algo. Se dejó caer de rodillas ante el butacón, y se puso a murmurar una incoherente plegaria recabando la piedad y el consuelo de Dios.

El día siguiente, otra muchacha del curso de Biología hizo notar a una amiga suya que «la Heydinger» había recaído. La amiga dirigió una mirada a otro extremo del laboratorio.

—Es una mala recaída —dijo—. Realmente... yo no podría llevar el pelo de esa manera.

Y siguió mirando a *Miss Heydinger* con un espíritu crítico. Podía contemplarla con toda libertad porque *Miss Heydinger* se hallaba de pie, perdida en la maraña de sus pensamientos, mirando la niebla de diciembre por la ventana del laboratorio.

—Está muy desmejorada —dijo la muchacha que había hablado primero—. Debe de trabajar mucho

—Pues no se le nota —repuso su amiga—. Ayer le pregunté cuáles eran los huesos del segmento parietal y no supo decirme siquiera uno, ni uno solo. El día siguiente, el puesto de *Miss Heydinger* apareció vacío. Estaba enferma, según se dijo, de tanto estudiar, y su enfermedad duró hasta tres semanas antes de los exámenes. Entonces reapareció con un semblante muy pálido y

esforzándose denodadamente para quedar bien, sin resultado.

CAPÍTULO

XVII

EN LA GALERÍA DE RAFAEL

Eran casi las tres, y en el laboratorio de Biología en todas las lámparas se hallaban encendidas. La clase estaba enteramente ocupada en cortar secciones desde la raíz de un helecho para examinarla microscópicamente. Cierta muchacho silencioso, con aspecto de rana, un estudiante particular que no desempeña otro papel en esta historia, estaba trabajando atentamente, más parecido que nunca a un batracio. Tenía una expresión modesta, con un rictus que denotaba cierto esfuerzo. Detrás de *Miss Heydinger*, cansada y desaseada, con el aspecto que le había sido característico durante el curso anterior, había un asiento vacío, un microscopio abandonado y unos cuantos lápices y cuadernos diseminados de cualquier manera.

En la puerta del aula había sido fijado un listado los nombres de los que habían aprobado los exámenes de Navidad. Encabezaba la lista el nombre del batracio antes citado, y a continuación venían juntos *Smithers* y una de las muchachas. *Lewisham* encabezaba, muy poco gloriosamente, la segunda clase y el nombre de *Miss Heydinger* no aparecía. La lista hacía constar que había habido un suspenso. Así pagan los estudiantes sus más bellas emociones.

En la espaciosa soledad de la galería del museo dedicada a los bocetos de Rafael, *Lewisham*, sentado, se hallaba enfrascado en sombrías meditaciones. Con una mano negligente se acariciaba, pensativo, el discutible bigote, prestando particular atención a aquellas porciones que eran lo bastante largas para ser mordidas.

Estaba intentando ver claramente la situación. Como aún le escocía su descalabro, poco podría decirse en favor de la claridad de sus pensamientos. La sombra de aquel descalabro se proyectaba sobre todo, eclipsaba la luz de su amor propio, ensombrecía su

honor, y lo situaba todo en una nueva perspectiva. La preciosa lindeza de su amorío había huido a algún remoto rincón de su ser. Experimentaba una salvaje animosidad contra aquel muchacho que parecía una rana. Smithers le había traicionado. Estaba irritado, acerbamente irritado, contra los «empollones» que se pasaban todo el tiempo machaca que machaca, preparándose para uno de aquellos estúpidos exámenes de suerte. Tampoco el examen práctico había sido justo, y una de las preguntas del escrito no había sido explicada en la clase. Biver, el profesor Biver, era un asno completo. Lewisham estaba absolutamente seguro de ello, y Weeks, el titular, no le iba a la zaga. Pero estos obstáculos no podían ocultar a su inteligencia la causa manifiesta de su trastorno: el desperdicio de más de la mitad de las horas hábiles de cada tarde, del mejor tiempo para estudiar durante las veinticuatro horas del día; y eso, día tras día. Y aquello todavía continuaba con toda regularidad, merma perpetua del tiempo disponible. Por la noche volvería a buscarla, y empezaría igualmente a acumular ignominia sobre sí mismo en la segunda parte del curso, la sección botánica. Y así, rechazando de mala gana una turbia excusa tras otra, enfocaba claramente el antagonismo entre sus relaciones con Ethel y sus ambiciones inmediatas.

Las cosas se le habían presentado tan fáciles durante los dos años últimos que Lewisham había tenido ya por seguro su progresivo ascenso en la vida. Ni por un momento se le había ocurrido, cuando se dirigió a interceptar a Ethel después de aquella sesión espiritista, que se estaba metiendo en semejante peligro. Ahora había recibido un serio aviso. Empezó por imaginarse la situación del batracóide estudiante en su casa (era un estudiante particular, de la alta clase media), sentado en un estudio muy conveniente, con su escritorio, librería y lámpara con su pantalla (Lewisham trabajaba sobre su pequeña cómoda a guisa de mesa, con el abrigo puesto y tapies metidos en el cajón inferior, envueltos en toda la ropa disponible) y en medio de increíbles comodidades, el muchacho-rana trabajaba, trabajaba, trabajaba. Mientras tanto, Lewisham transitaba por las calles envueltas en niebla, hacia Chelsea, o, después de haberla acompañado, volvía a su casa, con la cabeza llena de absurdas fantasías.

Se puso a reflexionar, con fría lucidez, sobre el conjunto de sus

relaciones con Ethel. Sus emociones más dulces se hallaban en suspenso, pero él no quería engañarse a sí mismo. Le era muy simpática, le gusta estar junto a ella y hablarle, pero no era todo su deseo. Pensó en las amargas palabras de un orador de Hammersmith, quien se había quejado de que en nuestra civilización actual hasta se llegaba a negar la elementalísima necesidad del matrimonio. «La virtud se había transformado en vicio. Nos casamos con miedo y zozobra; para el hombre, el sexo es el tráfico de mujeres, y cuando el hombre al anhelo de su corazón, el anhelo de su corazón ya está muerto». Aquello que a él le había parecido mera retórica, le volvió al pensamiento con un tibio aspecto de verdad. Lewisham vio que su caso de caminos divergentes. Por un lado aquella brillante escalera hacia la fama y el poder que había sustituido su primordial ensueño desde los primeros días de su adolescencia, y por otro lado... Ethel; si escogía a Ethel, ¿qué sacaría, en resumidas cuentas? ¡Unos cuantos paseos más o menos! Ella era paupérrima, él no lo era menos, ¡y aquel médium tunante era su padraastro! Y, después de todo, ella no tenía apenas instrucción, no comprendería el trabajo de él, ni sus propósitos...

De repente se dio cuenta muy claramente y con absoluta convicción que después de aquella sesión espiritista debió de haberse marchado a su casa, olvidándose de ella. ¿Por qué había sentido aquel irresistible impulso de salir a buscarla? ¿Por qué había tejido su imaginación aquella extraña trama de posibilidades a su alrededor? Él se encontraba cogido en aquellas redes, neciamente cogido... Todo su porvenir era un sacrificio a ese espectro transitorio de galanteo en mitad de la calle. Despechado, dio un fuerte tirón al bigote.

Sus ideas empezaron a tomar la forma de Ethel y de su misteriosa madre, y del vago y habilidoso Chaffery, formando un grupo que se esforzaba en mantenerle a él aprisionado en una invisible red para que pudiera dar término a aquella gloriosa serie de éxitos y distinciones. ¡Unas botas estropeadas y las salpicaduras de barro de los coches serían la parte que a él le tocaría, durante toda su vida! Ya la Medalla Forbes, su peldaño inmediato en la escalera de la gloria, podía considerarse como perdida...

¡En qué había estado pensando! Increpó duramente la educación que había tenido. Los hombres de la clase alta o de la clase media

eran aconsejados en estas cosas por sus padres, que les advertían y ponían en guardia, muy acertadamente por cierto, contra el peligro de enredarse en esas tonterías amorosas antes de que fueran independientes. Así era mucho mejor...

Todo se le iba. No sólo su trabajo, su carrera científica, sino también la Sociedad de Debates, el movimiento político, toda su obra en pro de la Humanidad... ¿Por qué no adoptar una actitud resuelta? Aún estaba a tiempo... ¿Por qué no plantearle la cuestión a ella, de una manera clara y terminante? ¿O escribirle? Si escribía en aquel momento, aprovecharía la tarde en la biblioteca. Tendría que decirle que suprimiera aquellos paseos hasta su casa... al menos hasta los próximos exámenes. *Ella* se haría cargo.; Tuvo un escrúpulo de duda, pensando que quizás Ethel no se hiciese cargo... Se irritó ante esta posibilidad. Pero de nada valía desmenuzar la cuestión. Si se ponía a considerar el punto de vista de ella... ¿Por qué tenía que representársela de aquel modo? ¡Sencillamente, porque era una muchacha muy poco razonable!

A Lewisham le invadió una breve oleada de coraje.

Y, no obstante, aquel abandono de los paseos se le presentaba insistentemente como un acto mezquino. Y mezquino le parecería también a ella. Lo cual era mucho peor aún. Y, ¿por qué mezquino? ¿Qué razón tendría para tenerlo por mezquino? Lewisham volvió a encolerizarse.

El imponente policía del museo, que le había estado observando furtivamente, estaba muy extrañado al ver aquel estudiante, sentado frente al *Sacrificio de Lystra*, que se mordía labios, uñas y bigote, y que lanzaba ceñudas miradas a aquella obra maestra, de pronto, pudo ver cómo dicho raro estudiante se levantaba con aire de gran determinación, giraba sobre sus talones y salía de la galería con paso rápido, sin mirar a derecha ni a izquierda. Al llegar al pie de la escalinata se perdió en seguida de vista.

—Habrá ido a por más bigote para comérselo, supongo —dijo el policía, meditativamente; y añadió—: Diríase que algo le ha picado.

Al cabo de un momento de reflexión el policía se dirigió lentamente al otro extremo de la galería, deteniéndose frente al dibujo de Rafael.

—Las figuras son demasiado grandes comparadas con las casas —murmuró el policía, afanoso de hacer justicia imparcial—. Pero

eso es Arte. Me apostaría cualquier cosa a que ése es incapaz de hacer nada que sea ni la mitad de bueno de lo que es esto.

CAPÍTULO

XVIII

LOS AMIGOS DEL PROGRESO SE REÚNEN

La segunda noche después de todos los pensamientos de Lewisham se alteró el orden en el mundo. Una jovencita, vestida con una chaqueta ribeteada de astracán, con una expresión muy poco alegre en el rostro, iba de Chelsea a Clapham sola, mientras Lewisham estaba sentado bajo la incierta luz eléctrica de la Biblioteca Educativa, mirando al vacío por encima de un montón de libros de imponente aspecto y viendo cosas invisibles.

El cambio no pudo hacerse sin roces, y toda explicación resultó muy difícil. Evidentemente ella no apreciaba la gravedad de la posición mediocre que Lewisham ocupaba en la lista. «Pero has aprobado», era todo lo que ella decía. Tampoco se hacía cargo la importancia del estudio por la tarde. «Claro yo eso no lo sé —había dicho—, pero yo creía que tú estudiabas todo el día». Ella calculó el tiempo consumido por sus paseos como de media hora, «media horita justa», olvidándose de que él tenía que ir primero a Chelsea y luego regresar a su pensión. Su habitual ternura quedó velada por un resentimiento demasiado visible, primero contra él, y luego, cuando Lewisham protestó, contra el Destino. «Hay que suponer que las cosas tienen que ser así —dijo ella—. Claro que no importa que no nos veamos tan a menudo», añadió temblándole los pálidos labios.

Lewisham había vuelto de la despedida con la mente muy intranquila, y aquella noche se había enfrascado en la composición de una carta que tenía que aclarar las cosas. Pero sus estudios científicos prestaban dureza al estilo de su prosa, y aquello que él podía muy bien susurrar no lo sabía escribir. En realidad, su justificación no era suficiente, pero la recepción que ella le dispensó dio a Ethel la apariencia de ser una persona muy poco razonable.

Lewisham presentó algunas fluctuaciones violentas. A veces se sentía fuertemente irritado contra la joven por no ver las cosas tal como él las veía, y entonces deambulaba por el museo empeñado en imaginarias discusiones con ella, llegando inclusive a proferir advertencias injuriosas. Otras veces tenía que hacer acopio de todos sus poderes de disciplina y de todos sus recuerdos de las resentidas réplicas de ella, para abstenerse de echar a correr hacia Chelsea y capitular de un modo muy poco viril.

Esta nueva disposición de las cosas duró un par de semanas. No tardó tanto tiempo *Miss Heydinger* en descubrir que el desastre de los exámenes había obrado un cambio en Lewisham. Percibió muy bien que aquellos paseos nocturnos habían terminado. Se le hizo rápidamente evidente que Lewisham trabajaba ahora con una especie de furia obstinada. Llegaba temprano y se marchaba tarde. La sana frescura de sus mejillas palideció. Se podía ver a Lewisham todas las noches hasta muy tarde en medio de un montón de diagramas y de libros de texto en uno de los rincones más resguardados de las corrientes de aire de la Biblioteca Educativa, acumulando notas y más notas. Y todas las noches, en el club de los estudiantes, Lewisham escribía una carta dirigida a cierta papelería de Clapham, pero estas cartas nunca fueron vistas por *Miss Heydinger*. En su mayoría las cartas eran breves, porque Lewisham, siguiendo la moda de South Kensington, se preciaba de «no literato», y tal vez algunas, más parecidas a telegramas que a epístolas, hirieron un corazón acaso demasiado necesitado de palabras tiernas.

No respondió Lewisham a las renovadas insinuaciones de *Miss Heydinger* con invariable amabilidad, no obstante, se restablecieron en parte las antiguas relaciones. Él solía hablarle correctamente durante cierto tiempo y luego salía por la tangente. Pero el préstamo de libros se reanudó, aquel sutil proceso para su educación estética que *Miss Heydinger* había ti zurrado.

—Ahí tiene usted el libro que le prometí —dijo la joven un buen día, y él intentó hacer memoria para recordar dicha promesa.

El libro en cuestión era una colección de los poemas de Browning, y contenía *Sludge*; también contenía por casualidad *La estatua y el busto*, aquel estimulante discurso sobre las compulsiones a medias. *Sludge* no interesó a Lewisham. Nada tenía que ver con su

idea de lo que era un médium, pero en cambio leyó y releyó *La estatua y el busto*, y le produjo un efecto profundísimo. Se fue a acostar, ya que leía su literatura en la cama porque allí estaba más caliente, y en cuestiones de literatura poco importaba, al contrario de lo que ocurría con las ciencias si se quedaba adormecido, estimulada su emoción con estas líneas:

*Semanas, meses, años; en su empeño,
De juventud y amor se hundió la gloria,
Y ambos hallaron haber soñado un sueño.*

Pudiera ser que esta simiente diera lugar a un fruto porque aquella noche él también tuvo un sueño. Se refería a Ethel y a su matrimonio con ella. Él la abrazó, se inclinó para besarla, y de repente vio que Ethel tenía los labios llenos de arrugas y la mirada opaca, ¡y la cara también estaba surcada de arrugas! ¡Era vieja! ¡Era intolerablemente vieja! Se despertó horrorizado y estuvo despierto y pensativo hasta el alba, pensando en su separación y en las solitarias caminatas de ella por las fangosas calles, pensando también en su propia posición, en la carta de navegar que había perdido y en los factores que tenía en contra en la batalla del mundo. Percibió la verdad incolora: la Carrera resultaba improbable, y la idea de que Ethel pudiese sumarse a ella era casi imposible de realizar. Era obvio que la cuestión se planteaba entre la Carrera y Ethel. ¿O perdería a ambas si vacilaba?

Y entonces su desventura dio lugar a aquella irritación que es consecuencia de los deseos siempre frustrados...

Fue al día siguiente de este sueño cuando insultó a Parkson de modo grosero. Insultó a Parkson después de una reunión de los «Amigos del Progreso» que tuvo lugar en las habitaciones de Parkson.

No hay ningún tipo de estudiante inglés que hoy en día se dé verdadera cuenta de los nobles ideales del vivir llano y pensar elevado. Nuestro admirable sistema de exámenes acepta poquísimos en cuanto a pensar al nivel que sea, elevado o bajo. Pero el modo de vivir del estudiante de Kensington suele ser insuficiente, y este estudiante da señales ocasionales de reconocimiento hacia el proceso cósmico.

Una de estas señales era precisamente la reunión periódica de estos «Amigos del Progreso», asociación nacida del artículo de Lewisham sobre el socialismo.

Se daba por supuesto que sería necesario esforzarse en la consecución de muchas cosas para lograr un mundo mejor, pero hasta entonces no se ha emprendido ninguna acción decisiva.

Se reunieron en el salón de Parkson, porque Parkson era el único de los «Amigos del Progreso» lo bastante opulento para disponer de un salón, ya que era poseedor de la beca Whitworth y cobraba cien libras esterlinas al año. Los *amigos* eran de diversas edades, la mayoría muy jóvenes. Algunos fumaban, otros tenían las pipas apagadas, pero no había allí ninguna bebida, sólo café, porque hasta aquí llegaban sus medios. Dunkerley, maestro auxiliar en una escuela suburbana y antiguo colega de Lewisham Whortley, asistía a esas asambleas gracias a la documentación que de él había hecho Lewisham. Todos los «Amigos del Progreso» llevaban corbatas rojas, excepto Bletherley, que lucía una de color naranja, para demostrar que era sensible al Arte, y Dunkerley, que exhibía una negra con topes azules, porque los maestros auxiliares en las pequeñas escuelas particulares han de guardar las apariencias. Y el sencillísimo orden del día consistía en que cada uno de ellos hablase tanto como pudieran aguantar los demás.

Por regla general, el que se había nombrado a sí mismo *el Lutero del socialismo*, ¡qué ridículo, pobre Lewisham!, tenía alguna tesis para sostener, pero aquella noche se hallaba deprimido y distraído. Estaba sentado con las piernas echadas por encima de los brazos del sillón, para indicar, de este modo, su estado de ánimo. Tenía un paquete de cigarrillos argelinos, a cinco peniques los veinte, y parecía interesado en fumárselos todos antes de que anoheciera. Bletherley iba a perorar sobre «La mujer bajo el abismo», y había traído una voluminosa edición americana de las obras de Shelley y un tomo de Tennyson con *La princesa*, ambos volúmenes llenos de papelitos puestos como señal para indicar las citas. Era partidario convencido de la abolición de los «monopolios», y la *crèche*, según él, tenía que remplazar a la familia. Bletherley era positivamente untuoso cuando no hacía tonterías, y sus opiniones eran, evidentemente, impopulares.

Parkson procedía del Lancashire, y era un devotísimo cuáquero;

el tercer factor que lo completaba era Ruskin, de cuya obra y fraseología se hallaba saturado. Escuchó a Bletherley con ostensible desaprobación e inició una vigorosa defensa de aquella antigua tradición de lealtad que Bletherley había denominado «la institución monopolista del matrimonio».

—La pura y simple teoría antiquísima de amor y fidelidad —dijo Parkson—, me basta. Si vamos a ensuciar nuestros movimientos políticos con esta clase de cosas...

—¿Funciona? —interpeló Lewisham hablando por primera vez.

—¿Qué es lo que funciona?

—La pura y simple teoría antiquísima. Conozco esta teoría. Creo en esta teoría. Bletherley la ha sacado de Shelley. Pero es pura teoría. Os encontráis con la inevitable muchacha. La teoría dice que os podéis encontrar con ella en cualquier momento. La encontráis cuando sois aún demasiado jóvenes. Oí enamoráis. Y os casáis... a pesar de los obstáculos El amor se ríe de los cerrajeros. Tenéis hijos. Ésa es la teoría. Todo va bien para el hombre que tenga un padre que le pueda dejar quinientas libras al año Pero, y en el caso de un tendero, ¿cómo funciona la teoría...? ¿Y en el caso de un maestro auxiliar, como Dunkerley? ¿O... en el mío?

—En estos casos hay que esperar —contestó Parkson—. Hay que tener fe. Si un hombre vale la pena de ser poseído, también vale la pena de esperar a que esto sea posible.

—Y entretanto se llega a viejo. ¿Para qué?

—Un hombre joven debe luchar —dijo Dunkerley—. No veo tu dificultad, Lewisham. La lucha por la existencia es, realmente, tremenda..., pero aun así... vale la pena luchar. Dos... fuerzas unidas... comparten la suerte de una de ellas. Si yo viera a una chica con la que me gustara casarme, me casaba con ella al día siguiente. Y mi valor en el mercado es casi nulo.

Lewisham volvió la cabeza vivamente, interesado de pronto.

—¿Ah, sí? —preguntó.

Dunkerley se había sonrojado un poco con el discurso.

—Como un tiro. ¿Por qué no?

—Pero, ¿cómo viviríais?

—Eso viene después. Si...

—No estoy de acuerdo con usted, *Mr. Dunkerley* —dijo Parkson—. No sé si habrá leído *Sésamo y lirios* pero usted acaba de

manifestar, mejor que ninguna palabra mía pudiera hacerlo, un ideal del lugar que le corresponde a la mujer...

—Paparruchas... eso de *Sésamo y lirios* —interrumpió Dunkerley—. He leído trozos. No pude aguantarlo, no puedo aguantar nada de Ruskin. Demasiadas proposiciones. Es un inglés tremendo, sin duda, pero no es mi estilo. Es la clase de literatura que la hija de un comerciante al por mayor podría leer para refinarse un poco. Nosotros no podemos permitirnos el lujo de refinarnos.

—Pero, ¿te casarías, de veras, con una muchacha...? —empezó a decir Lewisham, con una admiración sin precedentes por Dunkerley en la mirada.

—¿Por qué no?

—¿Contando con...? —Y Lewisham vaciló.

—Cuarenta libras al año. ¡Sí!

Un joven, hasta entonces silencioso, se puso a hablar, después de aclararse la garganta, diciendo:

—Hay que tener en cuenta a la muchacha.

—Pero, ¿por qué casarse? —preguntó Bletherley, que nadie le hiciera caso.

—Tiene usted que admitir que pide una gran cosa cuando pide una muchacha... —empezó a decir Parkman.

—No, señor. Cuando una muchacha elige a su hombre; y éste la elige a ella, el sitio de ella está junto a él. ¿Qué se saca con desear? Es mutuo. Tienen que luchar juntos.

¡Muy bien! —exclamó Lewisham, volviéndose súbitamente emocionado—. Hablas como un hombre, Berkeley. ¡Que me ahorquen, si no!

—El sitio de la Mujer —insistió Parkson— está en el Hogar. ¡Y si no hay hogar...! Yo imagino que, si ello fuese necesario, todo hombre debería trabajar durante siete años... como hizo Jacob para ganarse a Raquel..., dominando sus pasiones, para hacerle el hogar cómodo y agradable...

—Es decir: hacerle la casita al perrito faldero —dijo Dunkerley—. No. Yo quiero casarme con una *mujer*. El sexo femenino siempre ha contado en la lucha por la existencia, sin grandes daños, hasta la fecha, y siempre contará. ¡Tremenda idea, la de la lucha por la existencia! Es la única teoría sensata que te has asimilado, Lewisham. La mujer que no lucha codo a codo con el hombre..., la

mujer que únicamente piensa en que alguien la cobije, la alimente y la acaricie es...

Se interrumpió, vacilando.

Un estudiante de cara pecosa y con una pipa en forma de cabeza de *bulldog* entre los dientes le proporcionó la palabra bíblica adecuada.

—Eso es —repuso Dunkerley—. Yo iba a decir «un harén de una sola».

El joven de la pipa quedó algo sorprendido.

—¡El refinamiento es una cosa tan grosera y vulgar! —Fue su algo tardía e incongruente respuesta

Para Lewisham aquélla fue la única parte interesante de la velada. Parkson se levantó de pronto, alcanzó: *Sésamo y lirios*, e insistió en leer un largo y melifluo extracto que actuó sobre el debate como un rodillo. Luego, Bletherley se transformó en el centro de una contienda cuyo resultado fue que le insultaron groseramente y que se quedó solo. La institución del matrimonio, en lo que hace referencia al estudiante de South Kensington, no se halla en peligro inminente

Parkson salió con el resto del grupo a las diez y media, a dar un paseo. Estaban en febrero, la noche era tibia, y la luna en cuarto creciente brillaba mucho. Parkson se unió a Lewisham, y a Dunkerley, con gran contrariedad por parte de Lewisham, ya que éste se proponía decir unas cuantas cosas íntimas al hombre de grandes ideas que era Dunkerley. Éste vivía al norte de Londres; por consiguiente, los tres emprendieron el camino por Exhibition Road hacia Kensington High Street. Allí se despidió Dunkerley y Lewisham y Parkson dieron la vuelta hacia el Sur dirigiéndose a la nueva residencia de Lewisham, en Chelsea.

Parkson era uno de esos exponentes de la virtud para quienes toda discusión sobre cuestiones sexuales tiene una irresistible atracción. La reunión le había le había estimulado la elocuencia. Había argüido con Dunkerley hasta el punto de llegar a la indelicadeza, y ahora vertía un caudaloso y confidencialísimo torrente de palabras sobre Lewisham. Lewisham estaba distraído, andaba tan de prisa como podía. Su único objetivo era desembarazarse de Parkson. Por otra parte, el único objetivo de Parkson consistía en hacerle confidente de interesantes secretos

concernientes a él mismo y a Cierta Persona poseída de una mente de una extraordinaria Pureza, de quien Lewisham ya había oído hablar con anterioridad.

Transcurrió un buen rato.

Lewisham se encontró de pronto con que el otro le enseñaba una fotografía aprovechando la luz de un farol. Aquella fotografía representaba una cara asimétrica, singularmente falta de expresión, la parte superior de un traje «artístico», y un flequillo de razón. Se dio cuenta de que el otro quería darle a entender que aquella persona era el Parangón de la Pureza, además propiedad particular de Parkson. Parkson le estaba mirando, muy satisfecho de sí mismo, y, al parecer, aguardaba su veredicto.

Lewisham luchó contra la verdad.

—Tiene un rostro muy interesante —murmuró al fin

—Es un rostro esencialmente hermoso —dijo Parkson, lenta pero firmemente—. ¿Has notado sus ojos, Lewisham?

—¡Ah, sí! —respondió Lewisham—. Sí. Ya noto sus ojos.

—Son... inocentes. Son los ojos de una niña.

—Sí. Eso parecen. Muy guapa, chico. Te felicito. ¿Dónde vive?

—Nunca viste un rostro como éste en todo Londres continuó Parkson.

—*Nunca* —repuso Lewisham, decisivamente.

—No se lo enseño a cualquiera —prosiguió Parkson—. Difícilmente podrías juzgar lo que esta muchacha tan maravillosa, tan pura de corazón, representa para mí.

Dicho esto, volvió a meter solemnemente la fotografía dentro del sobre, mirando a Lewisham con el aire de uno que hubiese acabado de realizar la ceremonia de sellar con sangre un juramento de eterna fraternidad. Luego, cogiendo afectuosamente a Lewisham del brazo —cosa que Lewisham detestaba—, prosiguió con una gran diversidad de conceptos sobre el Amor, con ilustrativas anécdotas del Parangón. Aquello ya era lo bastante afín a la sustancia de los pensamientos de Lewisham para que éste empezara a prestar atención. De vez en cuando tenía que responder algo, y de pronto sintió un estúpido deseo, aunque él percibió muy claramente la idiotez de ello, de hacerle confidencias en reciprocidad. La necesidad de huir de Parkson se hizo urgente; el dominio de sí mismo que tenía Lewisham, bajo aquellas múltiples tensiones estaba

derrumbándose.

—Todo hombre necesita una estrella que le guíe —dijo Parkson, mientras Lewisham juraba entre dientes.

La residencia de Parkson se hallaba ya a poca distancia, hacia la izquierda, y a Lewisham se le ocurrió que la gran lata que estaba aguantando terminaría más pronto si acompañaba a Parkson a su casa. Parkson consintió maquinalmente, sin interrumpir el diluvio de su discurso.

—He visto que hablabas muy a menudo con *Miss Heydinger* —dijo—, y si me perdonas que te lo diga..

—Somos muy amigos —admitió Lewisham—, pero veo que ya hemos llegado a tu madriguera.

Parkson abrió mucho los ojos ante la palabra «madriguera».

—Quisiera hablarte de muchísimas cosas. Te acompañaré un trecho hasta Battersea. Tu *Miss Heydinger*, como te decía...

Desde aquí en adelante hizo algunas referencias fortuitas a ciertas supuestas confianzas que existirían entre Lewisham y *Miss Heydinger*, cada una de las cuales acrecentó la exasperación de Lewisham.

—No pasará mucho tiempo hasta que tú también, Lewisham, comiences a conocer lo que significa la infinita purificación de un Amor Puro...

Entonces, repentinamente, con la vaga idea de que cesara de una vez la inaguantable cháchara de Parkson dándole al menos motivo para ello, Lewisham se lanzó a las confidencias.

—Ya lo sé —dijo—. Me hablas como si... He escogido mi destino en estos tres últimos años.

Su impulso confidencial se desvaneció al acordarse de él.

—¿No querrás decir que *Miss Heydinger*...? —preguntó Parkson.

—¡Oh! ¡Al diablo con *Miss Heydinger*! —exclamó Lewisham, y de un modo repentino, brusco y grosero dio media vuelta y se separó sin más de Parkson, dirigiéndose aprisa hacia el Sur, dejando a su amigo en mitad de la frase y de la calle.

Parkson se quedó mirando estupefacto la espalda de Lewisham, que se alejaba, y echó a correr tras él para preguntarle por los motivos de aquella súbita injuria. Lewisham siguió andando un buen trecho, con Parkson trotando a su lado. Se volvió súbitamente con el rostro palidísimo, y, con voz cansina, le increpó:

—Parkson, eres un idiota... Tienes cara de oveja, ademanes de búfalo, y conversación de pelma. Conque pureza, ¿eh...? La muchacha de la fotografía que me enseñaste tiene ciertamente unos ojos sin igual. Son tan asquerosos como los que más... No lo digo en broma, ahora... ¡Vete!

Después de esto, Lewisham prosiguió su camino hacia el sur de Londres, completamente solo. No se dirigió a su residencia en Chelsea, sino que estuvo paseándose varias horas por la calle de Clapham, ante un posible encuentro. Su ímpetu salvaje fue transformándose en tiernos anhelos. ¡Si pudiese verla esta noche! Ahora ya estaba seguro de lo que quería. Estaba resuelto a echar su trabajo por la ventana al día siguiente e ir a encontrarse con ella. Las cosas que había dicho Dunkerley le habían llenado la cabeza de maravillosas ideas nuevas. ¡Si pudiera verla ahora!

Sus deseos se realizaron. Al llegar a la esquina de la calle dos figuras pasaron por su lado; a una de ellas la reconoció. Era un hombre de elevada estatura, llevaba gafas y un sombrero casi clerical; se había subido el cuello del gabán, y por encima asomaban unas patillas grises. Era Chaffery. La otra la reconoció perfectamente. Ambas figuras pasaron por su lado sin verle, pero durante un instante la luz de un farol se proyectó sobre el rostro de ella y Lewisham vio que estaba pálida y cansada.

Lewisham se quedó inmóvil en la esquina, mirando con incrédulo asombro a aquellas dos siluetas que alejándose, se desvanecían en la neblina, bajo los faroles. Estaba estupefacto. Un reloj dio lentamente la hora. Era medianoche. En seguida se oyó cómo se cerraba la puerta de su casa, unos metros calle abajo.

Aún mucho tiempo después de haberse apagado el eco, Lewisham permaneció allí. «Ha ido a otra sesión espiritista; ha quebrantado su promesa. Ha ido a oír; sesión espiritista; ha quebrantado su promesa», cantaba su cerebro en perpetua reiteración.

Y luego se le ocurrió la interpretación. «Lo ha hecho porque yo la he dejado. Podía haberlo adivinado por sus cartas. Lo ha hecho así porque cree que yo ya no estoy enamorado de ella, y de que mi galanteo fue simplemente una criaturada... Ya sabía yo que ella nunca lo comprendería».

CAPÍTULO

XIX

LA SOLUCIÓN DE LEWISHAM

Al día siguiente Lewisham supo por Lagune que su intuición no le había engañado, y que Ethel por fin, había sucumbido a las presiones que sobre él se ejercían, consintiendo en intentar adivinar el pensamiento.

—Hemos empezado bien —dijo Lagune, frotándose manos—. Estoy seguro de que nos servirá. Tiene poderes. Siempre lo he notado en su cara. Tiene poderes, vaya si los tiene.

—¿Fue necesario... ejercer mucha presión? —Prestó Lewisham, haciendo un esfuerzo.

—Tuvimos... considerables dificultades. Considerables. Pero naturalmente..., tal como se lo dije..., se hacía difícil que ella pudiera continuar siendo mi mecanógrafa, a menos de hallarse dispuesta a tomar tanto interés en mis investigaciones...

—¿Hizo usted eso?

—Tuve que hacerlo. Afortunadamente Chaffery..., fue idea de él. Debo admitir...

Lagune se interrumpió estupefacto. Lewisham, después de haber hecho un extraño gesto con las manos, había dado media vuelta, y se dirigía al otro extremo laboratorio. Lagune se quedó con los ojos muy abiertos, confrontado con un fenómeno psíquico que iba más allá de su círculo de ideas.

—¡Qué extraño! —murmuró por fin, empezando a sacar cosas de su maletín. De vez en cuando se paraba para volver a mirar a Lewisham, quien se hallaba a su lado en su sitio tamborileando sobre la mesa con los dedos de ambas manos.

Miss Heydinger salió del cuarto de pruebas e hizo una observación a Lewisham. Éste pareció contestarle con extraordinaria brevedad. Luego se puso en pie, dudó un momento

entre las tres puertas del laboratorio y por fin salió por la que daba a la escalera trasera. Lagune no volvió a verle hasta la tarde.

Aquella noche Ethel volvió a disfrutar de la compañía de Lewisham, durante el trayecto hasta su casa, y su conversación fue muy animada. En realidad ella no se dirigió en línea recta a su casa, sino que, bajo la luz de los faroles, se fue hacia las vagas extensiones de Clapham Common para poder hablar así a sus anchas. Y la conversación de aquella noche fue trascendental.

—¿Por qué has quebrantado tu promesa? —preguntó Lewisham.

Las excusas de ella fueron vagas y débiles.

—No creí que te importara mucho —repuso—. Y cuando dejaste de acompañarme... nada pareció importarme. Además..., esto no es como las sesiones espiritistas.

Al principio Lewisham estuvo apasionado y violento. Su indignación contra Lagune y Chaffery hizo que no viera la torpeza de la joven, y así silenció sus defensas.

—Es un fraude —dijo—. Bueno..., aunque lo que tú hagas no sea un fraude exactamente, es un engaño, es una impostura inconsciente. Aunque hubiera algo de verdad en ello, estaría mal hecho. Verdad o mentira, está mal. ¿Por qué no se leen los pensamientos entre ellos mismos? ¿Para qué te necesitan a ti? Tu mente es sólo tuya. Es sagrada. ¡Sondearte la mente! ¡No lo toleraré! ¡No lo toleraré! Al menos eres mía hasta este extremo. No puedo imaginarte de este modo..., con la cabeza vendada. ¡Y aquel memo apretándote la nuca con la mano y haciéndote preguntas! ¡Vamos, no lo tolero! ¡Antes te mataría!

—No hacen nada de eso que dices.

—¡Es igual! ¡Acabarán haciéndolo! El vendaje es el comienzo. De todos modos, no está bien ganarse la vida de esta manera. Lo he reflexionado bien. ¡Que adivinen el pensamiento de sus hijas y que hipnoticen a sus tías y que dejen tranquilas a sus mecanógrafas!

—Pero, ¿qué haré entonces?

—No es eso. ¡Hay cosas que no deben aguantarse ocurra lo que ocurra! O si no... a uno le podrían hacer cualquier cosa. ¡El honor! Y sólo porque somos pobres... ¡Deja que te despida! ¡Deja que te despida mujer! Ya encontrarás otro empleo...

—Que paguen una guinea por semana, ninguno.

—Entonces cobra menos.

—Pero es que tengo que pagar dieciséis chelines semanales.

—No importa.

Ethel reprimió un sollozo.

—Pero tener que irme de Londres... No puedo hacerlo. No puedo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué irte de Londres? —preguntó Lewisham, cambiándosele la expresión del rostro.

—¡Oh! La vida es dura —respondió Ethel—. No puedo. Ellos... ellos no permitirían que me quedase en Londres.

—¿Qué quieres decir?

La joven explicó que si Lagune la despedía, tendría que irse al campo, a casa de una tía, hermana de Chaffery, que necesitaba una señorita de compañía. Chaffery había insistido sobre este punto.

—A eso llaman señorita de compañía. Pero en realidad sería la criada... Ella no tiene criada. Mi madre llora cuando le hablo de esto, diciéndome que no quiere que me marche de su lado. Pero le tiene miedo a Chaffery. «¿Por qué no haces lo que él quiere?», dice mi madre.

Ethel se quedó mirando frente suyo al horizonte, ya anochecido, y volvió a hablar con tono sosegado.

—Me desagrada decirte todas estas cosas. Pero eres tú... Y si no te importa... Pero tú lo vuelves todo distinto. Podría hacer todo eso... si no fuese por ti. Yo... yo actuaba de auxiliar... Fui allí para ayudar si algo se estropeaba en casa de Lagune. Sí... aquella noche. No... ¡Por favor! Me resultaba demasiado difícil poder decírtelo antes. Pero, en realidad, no lo sentí... hasta que te vi allí. Entonces me sentí de pronto hecha una mezquina y una cualquiera.

—¿Y qué más? —interrogó Lewisham.

—Eso es todo. Puedo haber practicado la adivinación del pensamiento, pero no he engañado a nadie, nunca... nunca... Si supieras lo difícil que es...

—Hubiera querido que me lo hubieras explicado antes.

—No podía. Antes de que tú llegaras la cosa era diferente. Él se burlaba de la gente..., imitaba a Lagune y me hacía reír. Parecía una broma —se interrumpió bruscamente, y añadió—: ¿Por qué viniste a buscarme? Ya te dije que no lo hicieras..., ya sabes que te lo dije.

Estaba a punto de sollozar. Se calló y durante un minuto

permaneció en silencio.

—¡No puedo ir a casa de su hermana! —exclamó por fin—. Seré una cobarde, lo que se quiera, pero no puedo.

Silencio. Entonces Lewisham vio su solución clara y recta. Repentinamente su secreto deseo se transformó en deber manifiesto.

—Mira —dijo, sin mirarla y tirando de su bigote—. No quiero que sigas haciendo esta maldita superchería. No te mezcles más en esto. Y tampoco quiero que te vayas de Londres.

—Pero, ¿qué tengo que hacer, entonces? —exclamó Ethel, alzando la voz.

—Bueno... Hay una cosa que puedes hacer. Si te atreves.

—¿Qué?

Lewisham permaneció unos segundos sin contestar. Luego se volvió para mirarla. Sus miradas se encontraron...

La negrura de su mente empezó a colorearse. Ethel estaba muy pálida y le miraba llena de miedo y perplejidad. Lewisham se sintió invadido de una nueva ternura hacia ella..., era un sentimiento nuevo. Hasta entonces él había amado y deseado en ella su dulzura y su animación..., pero ahora ella estaba pálida y fatigada.

Se sintió como si se hubiese olvidado de la joven y la recordase de pronto. Un gran anhelo se apoderó de Lewisham.

—Pero, ¿qué es esto otro que dices que puedo hacer?

Era extrañamente difícil de decir. Sintió una sensación muy peculiar en la garganta y en los músculos faciales, cierta tensión nerviosa intermedia entre la risa y el llanto. El mundo entero desapareció ante aquel gran deseo. Lewisham temía que ella no se atreviese, que no se lo tomara en serio.

—¿Qué es? —repitió Ethel.

—¿No ves que podemos casarnos? —dijo él con el raudal de su resolución repentinamente fortalecido y seguro—. ¿No ves que es la única solución que tenemos? Estamos en un punto muerto. Tú debes salir de tu engaño y yo de mi... estudio. Y... hemos de casarnos.

Hizo una pausa y se volvió elocuente.

—El mundo está contra nosotros, contra nosotros. A ti te ofrece dinero para que defraudes..., para que seas innoble. ¡Porque eso es ser innoble! No te ofrece un camino honrado, sino una miserable faena. ¡Y te aparta de mí! Y a mí también me soborna con la promesa del éxito..., a condición de abandonarte... No lo sabes

todo... Tal vez tengamos que aguardar años y años..., tal vez tengamos que aguardar siempre, si esperamos a tener una vida asegurada. Tal vez tengamos que separarnos... tal vez nos perdamos para siempre del todo. Luchemos, pues, contra todo esto. ¿Por qué tendríamos que separarnos? A menos que el Amor Verdadero sea igual que todo lo demás..., una vil mentira. Éste es el único camino. Nosotros dos..., que nos pertenecemos.

La muchacha le miró, con expresión perpleja, ante esta nueva idea. El corazón le latía fuertemente.

—Somos muy jóvenes —dijo—. ¿Y de qué viviríamos? Tú tienes una guinea a la semana.

—Puedo tener más... Puedo ganar más dinero. Ya he pensado en ello. He reflexionado sobre esto durante los dos últimos días. Y he pensado en lo que podríamos hacer. Además, tengo dinero.

—¿Tú tienes dinero?

—Cerca de un centenar de libras.

—Pero, ¡somos tan jóvenes...! Y mi madre...

—No le preguntaremos nada. No pediremos nada a nadie. Esto es asunto nuestro. ¡Ethel! Éste es nuestro propio asunto. No es cuestión de medios y arbitrios... Aun antes de eso... yo ya había pensado... ¡Queridísima Ethel! ¿No me amas?

Ella no se hizo cargo de su emoción. Le miró con extrañeza, con ojos pragmáticos, que transformaban aquella sugerencia en valores aritméticos.

—Yo podría escribir a máquina, si tuviera máquina. He oído decir...

—No es cuestión de medios y arbitrios, repito. Bueno, Ethel, yo he anhelado...

Se interrumpió. Ella le miró al rostro, a los ojos, ahora entusiasmados y elocuentes con las cosas que no cristalizaron nunca en palabras.

—¿Te atreverás a venirte conmigo? —susurró él.

Súbitamente a ella el mundo se le abrió en la realidad del mismo modo que se le había abierto en sus fantásticos sueños. Y se acobardó. Desvió su mirada de la de Lewisham, y se transformó en su camarada de conspiración.

—Pero, ¿cómo...?

—Ya lo pensaré. ¡Confía en mí! Es obvio que nos conocemos

mutuamente, ahora... ¡Piénsalo! Nosotros dos...

—Pero nunca llegué a pensar...

—Alquilaré habitaciones para los dos. Será facilísimo. ¡Y piensa en ello...! ¡Piénsalo...! ¡La vida que nos vamos a dar!

—Pero, ¿cómo puedo yo...?

—¿Quieres venirte?

Ethel le miró, sorprendida.

—¿Sabes? —respondió—. Debes saber que me gustaría..., que me entusiasmaría...

—Entonces, vendrás.

—Pero, ¡querido...! ¿Y si me haces...?

—¡Sí! —exclamó Lewisham, triunfalmente—. Vendrás.

Miró a su alrededor y bajó el tono de la voz.

—¡Oh, querida! ¡Amor mío...!

La voz se le fue apagando en un murmullo inaudible. Pero su semblante era elocuente. Dos oficinistas locuaces que regresaban a sus domicilios pasaron oportunamente para recordarle que sus emociones se manifestaban en plena vía pública.

CAPÍTULO XX

LA CARRERA QUEDA EN SUSPENSO

El miércoles siguiente, siendo inminentes los exámenes de Botánica, Smithers observó que *Mr.* Lewisham estaba leyendo en la gran Biblioteca Educativa y un tomo de la *Enciclopedia Británica*. A su lado había el *Almanac*

Whitaker's

de aquel año, una libreta abierta, un libro de la serie «Ciencia Contemporánea» y el anuario de los departamentos de Arte y Ciencias. Smithers, que estaba completamente seguro de la superioridad de Lewisham en el arte de obtener conocimientos de utilidad para los exámenes, se preguntó durante varios minutos qué valiosa indicación habría oculta en el *Whitaker* de la patrona pero, en realidad, Lewisham no estaba estudiando Botánica, sino el arte del matrimonio, según las más acreditadas autoridades en la materia. El libro de la serie «Ciencia Contemporánea» era la *Evolución del matrimonio*, del profesor Letourneau. Era, ciertamente, muy interesante, pero de poca utilidad inmediata.

Del *Whitaker*, Lewisham sacó en consecuencia que era posible casarse en el término de una semana en la oficina del Registro Civil del distrito, por un coste dos libras, seis chelines y un penique, o de dos libras, siete chelines y un penique (uno de los artículos resultaba algo ambiguo), propinas aparte. Hizo algunas pequeñas sumas en la libreta. Vio que los horarios de la iglesia eran variables, pero por razones puramente personales rechazó un matrimonio religioso. El matrimonio por certificado en el despacho del registrador implicaba una demora inconveniente. Tendría que ser dos libras, siete chelines y un penique. Las propinas... contemos unos diez chelines.

Después, sin ostentación, se sacó del bolsillo un talonario de cheques y un talonario de depósito, y procedió a resolver más problemas aritméticos. Era dueño de sesenta y una libras, cuatro

chelines y seis peniques. No era un centenar de libras, como había dicho, pero, de todos modos, era una buena suma. Muchos hombres de negocios habían empezado con mucho menos. Originalmente habían sido cien libras. Deduciendo cinco libras por la boda y el traslado, quedaban unas cincuenta y seis libras. Mucho. No dispuso nada en concepto de flores, coche o luna de miel. Pero habría que comprar una máquina de escribir. Ethel tendría que contribuir por su parte...

—Quedará endiabladamente restringido —dijo Lewisham, con una alegría poco razonable, por cierto.

Y es que, por extraño que parezca, aquel asunto empezaba a tomar un aire de aventura que no resultaba nada desagradable.

Lewisham se arrellanó en el asiento con la libreta en la mano.

Pero había muchas cosas para investigar aquella tarde. En primer término tenía que dar con el registrador superintendente del distrito, y luego encontrar una vivienda adonde llevar a Ethel... Sería su vivienda también, donde los dos vivirían juntos.

Al pensar en aquella vida en común que estaba tan próxima, Ethel se le representó vivida, cercana y cálida...

Se recobró de aquel ensueño. Se dio cuenta de que un bibliotecario, en el extremo de la sala, se hallaba inclinado sobre su escritorio, mordisqueando la punta del cortapapeles, según suelen hacer los bibliotecarios de South Kensington, y observándole con curiosidad. Se le ocurrió a Lewisham que la adivinación del pensamiento era una de las cosas más factible en el mundo. Se sonrojó, poniéndose de pie torpemente, y volvió a colocar el tomo de la *Enciclopedia Británica* en su estante.

Halló que encontrar aposento era un problema muy difícil de resolver. Después de su primera tentativa empezó a imaginarse que él sería un tipo de aspecto sospechoso, y que aquello quizá le dificultase su cometido. Había explorado el distrito situado al sur de Brompton Road. Aquello tenía un inconveniente, y éste consistía en la posibilidad de encontrarse en la misma casa con un compañero de estudios residente allí... No es que eso importara de un modo vital; pero lo cierto es que resulta algo raro que los matrimonios vivan permanentemente en Londres en habitaciones de alquiler amuebladas. Las personas que son demasiado pobres para alquilar una casa o un piso, generalmente encuentran más acomodo en

alquilar parte de una casa o unas habitaciones sin amueblar. Hay cien parejas que viven en habitaciones de alquiler sin amueblar (con «derecho a cocina»), por cada una que viva en habitaciones amuebladas, en Londres. La carencia de muebles prejuzga una peligrosa carencia de capital para toda patrona discreta. La primera patrona con quien se entrevistó Lewisham cejo que no le gustaba tener señoras, porque reclamaban demasiada asistencia; la segunda era de idéntica opinión; la tercera le dijo a *Mr.* Lewisham que tenía un aspecto demasiado juvenil para estar casado de veras; la cuarta le dijo que sólo «tenía» a caballeros solos. La quinta era muy joven y tenía un aire socarrón e inquisitivo; dijo que le gustaba saber todo lo concerniente a las personas que iban a vivir bajo su mismo techo, y sometió a Lewisham a un penetrante interrogatorio. Cuando le hubo descubierto en par de mentirijillas, expresó la opinión de que sus habitaciones «no serían seguramente a propósito para él», y con un amistoso saludo lo puso de patitas en la calle.

Lewisham se refrescó orejas y mejillas, andando calle arriba y calle abajo durante un buen rato, y luego volvió a probar. La nueva patrona era un personaje lamentable y terrible, gris y polvoriento, con más profundas arrugas en el rostro, arrugas de múltiple disgustos y fatigas. Llevaba una sucia gorrita echada a un lado. Condujo a Lewisham a un destartelado cuarto del primer piso.

—Tienen derecho al piano —dijo, indicando un instrumento con la delantera forrada de rasgada seda verde.

Lewisham levantó la tapa del teclado y evocó una vibración de cuerdas rotas. Dio otro vistazo a aquella lúgubre habitación.

—¿Dieciocho chelines? —preguntó—. Bien. Muchas gracias... Lo pensaré y ya le diré algo.

La mujer sonrió, con las comisuras de la boca vueltas abajo, y sin pronunciar una palabra se dirigió cansinamente hacia la puerta. Lewisham sintió un transitorio deseo de enterarse de aquella situación tan desesperada, pero no llevó adelante sus propósitos de investigación.

La nueva patrona le satisfizo. Era una alemana de aspecto limpio, vestida con cierta elegancia; ostentaba un flequillo de rubios cabellos y una charla inagotable que en su mayor parte podía reconocerse como de origen inglés. Junto con todo eso, iba exponiendo sus propias opiniones. Quince chelines era todo lo que

pedía por un diminuto dormitorio y una salita, separados por puertas plegadizas, en la planta baja, junto con sus servicios personales. El carbón era a razón de «seis peniques por *paila*», que, según dijo, era un magnífico sustituto del cubo del carbón. No entendió a Lewisham cuando éste le dijo que era casado. Pero al enterarse no vaciló un solo instante

—Dieciocho chelines —dijo, imperturbable—, pagaderos cada primer día de la semana... ¿Ve?

Mr. Lewisham volvió a echar una ojeada a las habitaciones. Parecían limpias y la vajilla de té de adahala, las rancias oleografías de marco dorado, dos fundas de objetos de tocador puestas allí como ornamentos, y el hecho de que la cómoda, no cabiendo en el dormitorio, hubiese tenido que ser arrinconada en la salita, fueron cosas que simpatizaron sencillamente con su sentido del humor.

—Me las quedo a partir del próximo sábado —repuso.

La mujer estaba segura de que le gustarían y propuso alquilárselas en seguida, mencionando, incidentalmente, que su anterior huésped había sido un capitán y había vivido allí tres años. Jamás se oye, ni casualidad, de ningún huésped que haya permanecido en una pensión por un período más breve. Algo le sucedió, pero lo dijo en alemán y Lewisham no se enteró, y ahora el susodicho capitán hasta tenía coche propio..., al parecer, como consecuencia de la permanencia en aquellas habitaciones. La alemana se fue un momento y volvió con un pequeño libro de cuentas de a penique, una botella de tinta y una pluma execrable; escribió el nombre de Lewisham en la cubierta del libro, y un recibo de dieciocho chelines en la primera página. Aquella alemana era, evidentemente, una persona con una aptitud considerable para los negocios.

Lewisham pagó y la transacción pudo darse por terminada.

—Estoy segura de que estará usted con toda comodidad —fueron las palabras que siguieron a Lewis mi animándolo hasta la calle.

Entonces prosiguió hacia Chelsea y se entrevistó con un paternal caballero en el despacho del registro 1. El paternal caballero era mofletudo, llevaba antiparras y tenía unos modales simpáticos y de hombre de negocios.

—¿En qué puedo servirle? ¡Quiere usted contraer matrimonio!

¿Con licencia?

—Con licencia.

—¡Con licencia!

Y así sucesivamente, fue repitiendo todos los detalles de la entrevista. Abrió un libro e hizo cuidadosamente la entrada de cada detalle.

—Edad de la señorita.

—Veintiuno.

—Edad muy a propósito... para una señorita advirtió a Lewisham que tenía que comprar un anillo y advirtió también que necesitaría dos testigos.

—Bueno... —vaciló Lewisham.

—Siempre hay alguien por ahí —dijo el registrador superintendente—, y ya están acostumbrados a actuar en eso.

El jueves y el viernes Lewisham los pasó animadísimo. Ningún sentimiento consciente de la destrucción prácticamente, de la Carrera, pareció turbarle durante este tiempo. Toda duda se había desvanecido de su pensamiento durante aquel lapso de tiempo. Le entraban ganas de ponerse a bailar por los pasillos. Se sintió curiosamente irresponsable, y exhibió una especie de humor insoportable que no fue del agrado de nadie. Felicitó calurosamente a *Miss Heydinger* sin ningún motivo y lanzó una panecillo, a través del bar, a *Smithers*, dando a uno de los oficiales de secretaría de la Escuela de Bellas Artes. Ambas cosas fueron increíbles tonterías. De la primera se mostró arrepentido inmediatamente después de la afrenta pero a la segunda simpleza añadió el insulto a la injuria, al cruzar el bar y preguntar de un modo ofensivo si alguien había visto su panecillo. Se metió debajo de una mesa, hallándolo por fin, algo cubierto de polvo, pero todavía comestible, bajo la silla de una estudiante de Bellas Artes. Se sentó al lado de *Smithers* para comérselo, mientras discutía con el oficial de secretaría de Bellas Artes. Éste dijo que los modales de los estudiantes de Ciencias se estaban volviendo insoportables, y amenazó con llevar el asunto ante el Comité. Lewisham dijo que era una lástima armar tanto jaleo por una cosa tan trivial, y propuso que el oficial de secretaría lanzase su comida, bistec y budín de riñones, a través del bar, contra él a fin de obtener satisfacción inmediata. En seguida presentó sus excusas al oficial indicándole hasta la saciedad que era

un disparo a larga distancia y muy difícil, el que él había intentado. El oficial, entonces, se bebió una miga de pan, se puso a respirar cerveza hizo algo por el estilo, y la discusión quedó terminada. Sin embargo, por la tarde, Lewisham, en honor sea dicho, se sintió profundamente avergonzado de sí mismo. Miss Heydinger no quiso dirigirle la palabra.

Por la mañana del sábado se ausentó de las clases pretextando por correo una ligera indisposición, se dirigió a la taquilla de la estación de Wauxhall. La hermana de Chaffery vivía en Tongham, cerca de Farnham, y Ethel, despedida desde hacía una semana por Lagune, había salido aquella misma mañana, bajo vigilancia de su madre, para empezar una nueva esclavitud. Habían acordado que ella se apearía en Farnham o en Woking, según se presentara la oportunidad, y volvería a Vauxhall para reunirse con él. Así pues, la guardia de Lewisham en el andén principal era de duración indefinida.

Al principio sintió la emoción de una gran aventura. Luego, a medida que se paseaba por el largo andén, le sobrevino un estado de ánimo filosófico, una sensación de completo desprendimiento del mundo. Vio un manojo de plantas desarraigadas al lado de la maleta de un viajero, y ello le indujo a una grotesca sonrisa. Sus propias raíces, sus posesiones terrenales, estaban abajo, en la consigna de equipajes. ¡Qué cosa más endeble era él! ¡Una caja de libros y un baúl de ropa, algunos certificados y otros papelotes, unos ingresos escasos, un cuerpo no demasiado robusto, y da la vasta multitud de gente a su alrededor en contra suya..., en aquel mundo inmenso en que él se encontraba! ¿Le importaría lo más mínimo a narre excepto a ella, si él dejaba *ipso facto* de existir?, a varias millas de distancia acaso ella también se sintiera sola e insignificante...

¿Tendría ella alguna dificultad con su equipaje? ¿Y si su tía se presentaba en Farnham Junction para recibirla? ¿Y si le robaban el bolso? ¿Y si llegase demasiado tarde? El enlace matrimonial debía tener lugar a las dos... ¿Y si ella no compareciese? Después de haberle desilusionado la llegada sucesiva de tres trenes, sus vagos sentimientos de temor dejaron paso a una honda melancolía...

Pero por fin llegó Ethel, a las dos menos veintitrés minutos. Él le transportó el equipaje al piso inferior, lo dejó en la consigna junto

al suyo, y al cabo de un minuto se habían metido en un cabriolé, siendo ésta la primera experiencia que ambos tuvieron de esta clase de vehículos, camino del registro civil. Casi no se habían dicho nada, sólo unas premiosas indicaciones por parte de Lewisham, pero a ambos les brillaban los ojos por la excitación, y bajo la manta del cabriolé, que les cubría las piernas, tenían las manos entrelazadas.

El anciano caballero del registro civil parecía muy atareado, pero se mostró amable. Hicieron sus votos ante él, ante un pequeño oficinista barbinegro y una señora que se quitó el mandil para asistir a la ceremonia. El anciano caballero no hizo un discurso largo.

—Son ustedes jóvenes —dijo lentamente—, y la vida en común es una cosa muy difícil... Sean siempre amables el uno con el otro.

Sonrió tristemente, y les alargó una amistosa mano.

Los ojos de Ethel relucieron, y se encontró con que no podía hablar.

CAPÍTULO

XXI

¡A CASA!

Después de pagar furtivamente a los testigos, Lewisham se encontró al lado de Ethel. Tenía la cara radiante. Una ininterrumpida corriente de trabajadores dirigiéndose a sus hogares para su media fiesta del sábado, iba circulando a lo largo de la calle. En los peldaños de la escalera de salida del registro civil había todavía unos cuantos granos de arroz, precedentes de algunas nupcias más públicas que la suyas.

Una niña critica en medio de la calle miró con curiosidad a nuestra pareja e hizo una observación a un galopín, amigo suyo.

—Éstos no —respondió el galopín—. Éstos sólo han ido a hacer preguntas.

Su amigo, el galopín, no era buen juez de expresiones.

Volvieron a andar, a través de las atestadas calles, hacia la estación de Vauxhall, hablándose muy poco, una vez allí, Lewisham, adoptando un aire tan indiferente como pudo, recobró los efectos de ambos en la consigna por medio de dos comprobantes distintos, los cargó en un simón. Lewisham tuvo que colocar el equipaje en el exterior, pero el maletín de color estaño que contenía el ajuar de Ethel era lo bastante pequeño para que pudieran colocarlo en el interior, sobre el asiento enfrente del de ella. Hay que imaginarse al desvencijado simón, acarreando la caja pintada de amarillo y el añoso baúl de *Mr.* Lewisham, junto con éste y todo su caudal, un jamelgo vacilante desalentado, y un venerable cochero raído por los cuatro costados, blasfemando *sotto voce*, y metido en un abrigo con valona. Cuando nuestros dos jóvenes se encontraron de nuevo en el coche, cierta rigidez de maneras entre ellos se desvaneció y hubo más apreses de manos.

—Ethel *Lewisham*... —murmuró Lewisham repetidamente.

Ethel contestó con:

—¡Maridito mío!

Se quitó el guante para volver a mirar, ostentosamente, el anillo de bodas, y le dio un beso. Decidieron que no tenían que traslucir nada de su estado de recién casados, y con considerables ceremonias quedó acordado que él la trataría con cierta brusquedad e indiferencia al llegar a su nueva residencia. La patrona teutónica apareció en el pasillo con una sonrisa amigable y con los mejores deseos de que hubiesen tenido un viaje agradable, y en seguida se puso volubilísima con abundantes promesas de confort. Lewisham, una vez hubo ayudado a la desaliñada criada a entrar sus cajas y equipaje, dio un florín al cochero con gesto magnánimo y siguió a las damas al salón.

Ethel contestó a las preguntas de *Mrs.* Gadow con admirable compostura, la siguió por las puertas plegadizas y se sintió vivamente interesada por un nuevo muelle del colchón. En seguida las plegadizas puertas volvieron a cerrarse. Lewisham dio unas vueltas por la salita delantera, haciendo como que admiraba las oleografías, y muy sorprendido de comprobar que estaba temblando...

La desaseada sirvienta reapareció con las chuletas y el salmón en conserva que Lewisham había pedido a *Mrs.* Gadow que le preparase. Lewisham se dirigió a la ventana y se quedó mirando al exterior hasta que oyó cerrarse la puerta tras la muchacha. A oír otro ruido se volvió, en el momento en que Ethel aparecía tímidamente por la entreabierta puerta.

Ethel se convirtió en seguida en una ama de casa. Hasta entonces él sólo la había visto sin sombrero ni chaqueta en una sola ocasión dramática. Ahora llevaba una blusa de un tejido suave de color rojo oscuro, con encajes blancos en los puños y en el cuello. Y su pelo era un nuevo país de las maravillas, de rizos y ondas. ¡Qué delicada parecía, qué delicada y qué dulce, en aquel momento de vacilación! ¡Qué momentos tan llenos de gracia nos depara la vida! Lewisham dio dos pasos adelante y le tendió los brazos; Ella echó una ojeada a la cerrada puerta del cuarto y se fue volando hacia él...

CAPÍTULO

XXII

EPITALAMIO

Durante tres inolvidables días la existencia de Lewisham fue una urdimbre de refinadas emociones. La vida era demasiado maravillosa y espléndida para abrigar ninguna duda ni prevención. Estar junto a Ethel constituía una delicia perpetua. Ethel dejó asombrado a aquel joven que no había tenido hermanas con un sinfín de gentilezas y refinamientos femeninos. Le avergonzó de su fuerza y de su torpeza. ¡Y... aquella luz en sus ojos y el calor en su corazón que los; encandilaba!

¡Hasta el estar separado de ella era cosa maravillosa y deliciosa a su modo. Ya no era un estudiante corriente, ya era todo un hombre con su Vida Secreta, despedirse de ella el lunes, cerca de la estación de South Kensington, para dirigirse Exhibition Road arriba entre aquellos camaradas que vivían en cuartitos sórdidos y solitarios y que no eran más que chiquillos en comparación con la experiencia vieja de un día que él poseía! ¡Olvidar las propias tareas para quedarse sentado, ensimismado, soñando con el próximo encuentro! ¡Escaparse de vez en cuando al patio de detrás del Oratorio, antes, durante o después que las campanadas del mediodía despertaran aquella gran escalinata a la actividad, para encontrarse con la imagen de un rostro sonriente u oír una suavísima voz que le decía dulcísimas tonterías! Y después de las cuatro, volver a casa..., a su propia casa, la de ellos dos.

Ya no sucedería más aquello de ver cómo una pequeña figurita se desprendía de su brazo, y pasando rápidamente por debajo de la luz de un farol se perdía dentro de una brumosa perspectiva, llevándose todos sus deseos con ella. Ya nunca más ocurriría aquello. Las largas horas que Lewisham pasaba en el laboratorio las ocupaba en su mayor parte en ensoñada meditación, en, a decir

verdad, la invención de bobas palabras de cariño: «Querida esposa», «Querida mujercita pequeñita», «Dulce cariño de mi vida», «Chiriquirripitina». ¡Bonita manera de emplear el tiempo! Y estas frases constituyen una buena muestra de su originalidad en aquellos días maravillosos. Unos momentos de bucear en su corazón sobre aquella cuestión le condujo al descubrimiento de una insospechada afinidad con Swift. Porque Lewisham, igual Swift y que mucha otra gente, había dado con un Idioma Especial. Realmente, aquellos días estuvieron pagados de tontería.

Las microtomías que efectuó en el tercer día de su vida de casado, y efectuó muy pocas, fueron cosas dignas de espanto. Bindon, el profesor de Botánica, todavía bajo el influjo del susto reciente que le dio aquella demostración de torpeza, dijo a un colega en el restaurante, de que jamás se había sobrevalorado tan neciamente a un estudiante como en aquella ocasión.

Y Ethel también disfrutó de unos días de finísimas emociones. Era ama de casa..., de la casa de ellos dos, de la suya. Al ir de compras, los tenderos, guapos y respetuosos, la llamaban «señora»; y ella era que ordenaba las comidas y copiaba diferentes platos de la sección doméstica de los periódicos, con el sentimiento de ser una persona de gran utilidad. De vez en cuando dejaba de copiar fórmulas culinarias y quedaba enfrascada en sus ensueños. Y durante cuatro esplendorosos días salió a acompañar y a recibir a Lewisham un buen trecho del camino que él tenía que recorrer, y escuchó asombrada los últimos frutos de su imaginación.

La patrona era muy educada y conversaba agradablemente sobre las extraordinarias y disolutas sirvientas que le habían caído en suerte. Ethel disimulaba su estado de recién casada por medio de una serie de ingeniosas falsedades. El mismo sábado por la noche escribió una carta a su madre, que Lewisham ayudó a redactar, haciendo una especie de proclamación de su heroica escapada y prometiéndole un pronta visita. Echaron la carta al correo de modo que no pudiese ser entregada hasta el lunes.

Ethel estaba completamente segura, igual que Lewisham, de que sólo el posible deshonor implícito de la profesión de médium era la causa de que se hubiese celebrado aquel matrimonio; su mutua atracción desaparecía como motivo más allá de su campo de visión. Ya podéis percibir que había cierto matiz de magnificencia en aquel

asunto.

Fue Lewisham quien la persuadió de que aplazar aquella visita tranquilizadora hasta el lunes por noche.

—Un día entero de luna de miel —insistió.

En sus meditaciones prenupciales Lewisham no había enfocado claramente el hecho de que, aun después la boda, tendría que mantener cierta clase de relaciones con *Mr.* y *Mrs.* Chaffery. Incluso ahora estaba muy poco inclinado a enfrentarse con aquella evidente necesidad. Supongo que, a pesar de una decidida tentativa a ignorarla, tendría que haber una escena explicativa de cierta dificultad. Pero la magnificencia dominante le hizo salvar este obstáculo.

—A ver si podemos reservar este par de días para nosotros solos —dijo Lewisham, y ello pareció dejar fijada su posición.

Salvo por su brevedad y por esas intimaciones de futuro ajeteo, fue aquél un período de tiempo realmente agradabilísimo. Su comida del mediodía, los dos juntos, por ejemplo (la comida ya se había enfriado algo cuando se dispusieron a comerla, el sábado), les produjo una diversión inmensa. No se notó alguna disminución de apetito; comieron muy bien, a pesar de la conjunción de sus almas, y a pesar de ciertos movimientos y traslados de sillas, de apretones de manos y similares causas de demora. Él trabajó conocimiento por primera vez, en verdad, con sus manos, unas manos gordezuelas y muy blancas, provistas de unos dedos blancos y cortos; el anillo de noviazgo había salido de su tierno escondrijo y actuó de guardián del anillo de bodas. Las miradas de ambos revoloteaban por la estancia para volverse a encontrar en mutuas sonrisas. Todos sus movimientos eran levemente trémulos.

Ethel dijo que estaba muy interesada y divertida en aquella habitación y aquellos muebles y su posición en ella; y él se sintió satisfechísimo de la satisfacción de ella. A Ethel le divirtió horrores la cómoda a la salita y las agudezas de Lewisham ante las fundas y las oleografías.

Y cuando hubieron desaparecido las chuletas, la mayoría del salmón en conserva y todo el pan tierna, se abalanzaron sobre el budín de tapioca. Su conversación fue fragmentaria.

—¿Oíste cómo me llamaba señora? «Señorra», así. Y ahora tendré que salir de compras. Habrá que comprar para todo el

domingo y la mañana del lunes. Tengo que hacer una lista. No quiero que ella se dé cuenta de lo poco que sé de estas cosas... Quisiera saber más.

En aquel momento Lewisham consideró su confusión de ignorancia doméstica como una estupenda base para montar un andamiaje a chistes y donaire; Desarrolló una nueva línea de ideas y se condolió con ella de las poco gloriosas circunstancias de su boda.

—Sin damas de honor —dijo—, sin niños esparciendo flores, sin coches, sin policías ni detective; para vigilar los regalos, nada de lo propio en estos sucesos..., nada de lo correcto. Sólo tú y yo.

—Sólo tú y yo. ¡Oh!

—Es un disparate —continuó Lewisham, después de un intervalo, añadiendo—: ¡Y piensa en lo que nos perdimos en discursos! Ya puedes imaginarte al padrino levantándose: «Señoras y caballeros. ¡A la salud de la novia!». Esto es todo lo que tiene que hacer el padrino, ¿no es cierto?

A guisa de respuesta ella extendió la mano.

—Y además, ¿sabes? —prosiguió, después que aquel lío hubo sido debidamente apreciado—, jamás te he sido presentado.

—¡Yo tampoco te he sido presentada aún! —exclamó Ethel—. ¡Ninguno de los dos hemos sido presentados al otro!

Por algún motivo inescrutable les divirtió enormemente pensar que no habían sido presentados uno al otro...

A media tarde, Lewisham, habiendo desempaquetado todos sus libros, pudo ser visto por todos los habitantes del planeta, cómo, con la mayor gallardía, llevaba a su casa las compras de Ethel. Había paquetes y envoltorios azules, y otros paquetes envueltos en basto papel gris, además de una bolsita de dulces, de uno de los bolsillos de aquel gabán que se compró en el East End sobresalía del envoltorio la cola de un bacalao. Bajo auspicios tan magníficos y en medio de tan innobles circunstancias empezó su luna de miel.

Al atardecer del domingo fueron a dar un largo paseo por un dédalo de tranquilas calles, saliendo por fin a Hyde Park. La noche, en aquellos principios de primavera, era suave y diáfana y la amable luz de la luna los bañaba por todos lados. Fueron hacia el puente y contemplaron la Serpentine, con las lucecitas de Paddington amarillas y remotas. Se quedaron allí un buen rato, pequeñas siluetas inciertas, muy juntitos. La voz se fue apagando en

un susurro hasta que quedaron silenciosos.

Entonces pareció como si pasase algo y Lewisham se puso a hablar maravillosamente. Comparó la Serpentine a la Vida, y encontró un Simbolismo en las raras orillas de Kensington Gardens y en las brillantes luces remotas.

—La larga lucha —dijo—, con las luces al final. En realidad, no sabía lo que quería significar con aquello de las luces al final. También lo ignoraba Ethel, pero su emoción fue indiscutible.

—Estamos combatiendo contra el Mundo —murmuró el hallando gran satisfacción en la idea—. Todo el mundo está en contra de nosotros... y nosotros estamos combatiendo contra el orbe entero.

—No nos vencerán —respondió Ethel.

—¿Cómo pueden vencernos... si vamos juntos? —preguntó Lewisham—. Por ti yo me enfrentaría a una docena de mundos le pareció una cosa muy agradable y muy noble, la amparadora luz de la luna, casi demasiado fácil para su valor, aquello de estar meramente luchando contra el mundo

—No hará mucho tiempo que está usted casada —dijo *Mrs.* Gadow con una sonrisa insinuante al abrir la puerta de Ethel el lunes por la mañana, luego que a Lewisham se lo hubieron tragado las Escuelas..

—No; no hace mucho —admitió Ethel.

—Es usted muy feliz —prosiguió *Mrs.* Gadow, y, dando un suspiro, añadió—: Yo también fui muy feliz.

CAPÍTULO

XXIII

MR. CHAFFERY EN SU CASA

Las doradas brumas del placer se disiparon un poco el lunes, cuando *Mr.* y *Mrs.* G. E. Lewisham fueron a visitar a su suegra y madre, respectivamente, y a *Mr.* Chaffery. *Mrs.* Lewisham fue allí con evidente temor, pero alrededor de la cabeza de Lewisham se cernían aún nubes de gloria, y sus ademanes eran heroicos. Llevaba camisa de algodón, con cuello de hilo, y una preciosa corbata de seda negra que *Mrs.* Lewisham había comprado durante el día bajo su exclusiva responsabilidad. Quería, como es natural, que él tuviese buena presencia.

Mrs. Chaffery apareció bajo la mortecina luz del pasillo. A medida que fue surgiendo a la vista tome la apariencia de una mujercita pequeña, de edad madura, con una naricilla delgada en la que se apoyaban unos lentes con montura de plata, boca flácida y mirada perpleja; una extraña mujer, arrugada y polvorienta y con un raro parecido a Ethel. Estaba temblando visiblemente, presa de nerviosa agitación

Vaciló un poco, escrutando el rostro de *Mr.* Lewisham, y en seguida le besó efusivamente.

—¡Y éste es *Mr.* Lewisham! —exclamó mientras le besaba.

Era el tercer ser femenino que besaba Lewisham desde los días de su más tierna infancia.

—¡He tenido tanto miedo...! ¡Vaya!

Y se echó a reír histéricamente.

—Ya me excusará si le digo que es muy tranquilizador verle a usted... con este aspecto de persona honrada, y tan joven. No, pero lo que Ethel... Él ha estado espantoso —continuó diciendo *Mrs.* Chaffery, y añadió—: No debías de haber escrito aquello del mesmerismo. ¡Vamos...! Pero él está esperando y nos escuchando...

—¿Tenemos que ir abajo, mamá? —preguntó Ethel.

—Os espera allí —respondió *Mrs.* Chaffery.

Mrs. Chaffery, sosteniendo un lúgubre candil de aceite, empezó a descender por una tenebrosa escalera de caracol a un comedor en los sótanos, iluminado por un mechero de gas que brillaba a través de un globo de cristal parcialmente deslustrado, con unas estrellitas de adorno talladas. Aquel descenso produjo un efecto muy deprimente en Lewisham. Entró primero que los demás, después de hacer una honda inspiración antes de franquear la puerta. ¿Qué diablos iría a decir Chaffery? No es que le importara nada, claro.

Chaffery estaba de pie, de espaldas a la lumbre, cortándose las uñas con un cortaplumas. Sus lentes, de dorada montura estaban muy inclinados hacia adelante, de modo que la punta de la nariz tenía la forma de una irritada protuberancia. Chaffery miró a Lewisham por encima de los lentes (Lewisham dudó un momento si aquéllos serían efectivamente los suyos) pero con mirada sonriente, con una sonrisa especialmente burlona.

—Ya estás de vuelta —dijo a Ethel, muy alegre y encima de Lewisham, con un ligero tono de falsete en su voz.

—Ha venido a visitar a su madre —aclaró Lewisham—. Usted debe ser, según creo, *Mr.* Chaffery, ¿verdad?

—Me gustaría saber quién diablos es usted —respondió Chaffery, bruscamente, echando la cabeza hacia atrás de modo que pudo mirar a través de las gafas en lugar de tener que hacerlo por encima. Y echándose a reír cordialmente, añadió—: En cuanto a caradura yo diría que usted se lleva el primer premio. ¿Será usted el *Mr.* Lewisham al que se refiere esta muchacha extraviada en su carta?

—Sí.

—Maggie —dijo *Mr.* Chaffery a su esposa—, hay cierta clase de personas para quienes toda delicadez que se les tenga es perder el tiempo..., para los cuales el significado de la palabra «delicadeza» les es prácticamente desconocido. ¿Tiene tu hija el certificado de matrimonio?

—¡*Mr.* Chaffery! —exclamó Lewisham.

—¡James! ¿Cómo puedes decir esto? —murmuró *Mrs.* Chaffery.

Chaffery cerró su cortaplumas de un golpe seco, y lo deslizó en el bolsillo del chaleco. Luego volvió a levantar la vista y dijo, sin

ninguna alteración en la voz:

—Supongo que somos personas civilizadas, y que estamos dispuestos a tratar nuestros asuntos de un modo civilizado. Mi hijastra desaparece durante dos noches seguidas, para regresar con una persona que dice ser su marido. No estoy dispuesto a pasar por alto nada de lo concerniente a su situación legal.

—Debería usted conocerla mejor... —empezó a decir Lewisham.

—¿Por qué vamos a discutir todo eso? —pregunto Chaffery alegremente, señalando con un flaco dedo un gesto que acababa de hacer Ethel—. ¿Por qué vamos a discutir, si ella lleva el certificado en el bolso? Valdrá más, de todos modos, que me lo enseñe. Ya me lo pensaba. No se alarme porque yo leer una mirada. Siempre podrá hacerse sacar una copia al precio nominal de dos chelines siete peniques. Gracias... Lewisham, George Edgas. Veintiún años. Y tú... ¿veintiún años también? Nunca he sabido hasta ahora tu edad exacta; tu madre tampoco quiere decirlo. ¡Estudiante! Gracias. Agradecido. Realmente me ha quitado un peso de encima. Y ahora, ¿qué tenéis que decir en defensa propia en este notable asunto?

—Ya recibió usted una carta —aventuró Lewisham.

—Recibí una carta de excusas... Paso por alto los personalismos... Sí, señor... Eran excusas. Vosotros dos, jovencitos como sois, quisisteis casaros... y aprovechasteis la ocasión. En vuestra carta os olvidasteis de mencionar el importante hecho de que pensabais casaros. ¡Puro recato! Pero ahora habéis venido ya casados. Ello desorganiza este hogar, inflige un cúmulo interminable de molestias sobre los demás, ¡pero poco os importa, por lo que veo! No os lo reprocho. ¡A la naturaleza hay que reprochárselo! Ninguno de vosotros dos sabe todavía en lo que se ha metido. Pero ya lo sabréis. Estáis casados y eso es grande, lo esencial... Ethel, querida, haz el favor de poner el sombrero y el bastón de tu marido detrás de la puerta. Y usted, caballero, ¿tiene la bondad de desaprobar mi modo de ganarme la vida?

—¡Hombre! —contestó Lewisham—. Pues sí... Tengo que manifestar que así es.

—Usted no tiene que manifestar nada. La sencillez de la inexperiencia podrá excusarle.

—Sí, pero no está bien... No es un recto proceder.

—Dogma —dijo Chaffery—. ¡Dogma!

—¿Qué quiere usted decir con eso de dogma?

—Quiero decir dogma. Pero esto ya lo discutiremos cuando nos hallemos más confortables. Ahora es nuestra hora de cenar y yo no soy hombre como para luchar contra los hechos consumados. Se ha casado usted con una persona de mi familia. Así están las cosas. Quédese usted a cenar con nosotros..., y entre usted y yo aclararemos todas estas cosas. Hemos chocado y tenemos que reparar el choque. Su esposa y la mía prepararán la mesa, y nosotros seguiremos hablando. ¿Por qué no se sienta en esa silla, en lugar de quedarse en la pared? Ésta es una casa, *domus*, y no una sociedad de debates... una casa humilde, a despecho de mis fraudes manifiestos... Así es mejor. Y en primer lugar, espero... espero con ahínco... —Chaffery se puso repentinamente muy serio e impresionante, y luego continuó—: Supongo que no es usted un disidente de la Iglesia Anglicana.

—¿Eh? —dijo Lewisham, y luego respondió—: No soy disidente.

—Muy bien —aprobó Mr. Chaffery—. Lo celebro, tenía cierto temor... Hay algo en su aspecto... No puedo soportar a los disidentes. Tengo una especial antipatía hacia los disidentes. En mi opinión, es el gran inconveniente de este Clapham. Vea usted..., invariablemente los he encontrado falsos y embusteros

Hizo una mueca y dejó que sus lentes cayeran, de golpe, sobre los botones de su chaleco.

—Estoy muy contento de ello —prosiguió volviendo a colocárselos—. El disidente, la conciencia protestante, el puritano, ¿sabe usted?, el vegetariano, el abstemio y toda esta clase de gentes, vamos, que no puedo con ellos. He limpiado mi mente de supercherías y fórmulas. Tengo una naturaleza esencialmente helénica. ¿Ha leído usted nunca a Matthew Arnold?

—Aparte de mis lecturas científicas...

—¡Ah! ¡Debería usted leer a Matthew Arnold! Es una mentalidad de una claridad singularísima. En ella hallaría usted cierta calidad que a menudo se encuentra a faltar en sus hombres de ciencia. Tienden a ser demasiado fenómenos, ¿sabe usted?, y demasiado objetivos. Ahora bien: yo voy en busca del numen. ¡El numen, Mr. Lewisham! ¿Entiende usted?

Hizo una pausa, y sus ojos, tras las gafas, eran levemente interrogantes. Ethel volvió a entrar, sin sombrero ni chaqueta, con

una bandeja negra en la que había unos manteles blancos, platos, cuchillos y vasos, dispuesta a preparar la mesa.

—Le entiendo muy bien —dijo Lewisham, ruborizándose, sin tener el valor suficiente para confesar su ignorancia sobre el significado de este peregrino vocablo—. Se explica usted perfectamente.

—Voy en busca del numen —repitió Chaffery, con gran satisfacción, y gesticulando con la mano derecha como rechazando cualquier otra cosa—. No me bastan superficies ni apariencias. Yo soy uno de esos ninfolépticos, ¿sabe usted?, ninfolépticos... ¡Debo ir en pos de la verdad de las cosas...! Del evasivo fundamental... Tengo como norma no mentirme a mí mismo... nunca. Pocos pueden decir lo mismo. En mi opinión... la verdad empieza en uno mismo. Y, generalmente, allí se queda. ¡Segurísimo y correctísimo ¿sabe usted? La mayoría de los hombres, particularmente los típicos disidentes, andan charlando por ahí, exhortando a sus vecinos. ¿Ve usted mi punto de vista? Echó una mirada a Lewisham, quien en aquel momento se estaba percatando de una inusitada incompreensión de sus facultades mentales, y se hizo prudente, tan prudente como le permitió el apremio del momento.

—Es un poco sorprendente, ¿sabe usted? —dijo, rey cautelosamente—, si me permite usted que se diga..., y considerando lo que sucedió, oírle a usted...

—¿Hablando de la verdad? No lo será cuando usted comprenda mi posición. Ni cuando vea cuál punto de vista. Eso es lo que me propongo explicarle. Eso es lo que deseo, naturalmente, aclararle ahora que usted forma parte de mi familia, ahora que es usted el marido de mi hijastra. Usted es muy joven, ¿sabe usted?, es muy joven, y es duro y rápido en sus actitudes. Sólo los años pueden dar *tono* a la mente, mitigando el barniz de la educación. Deduzco de La carta, y de su rostro, que es usted uno de los que participaron en aquel asunto de Lagune.

Indicó con el índice cierto invisible punto en el espacio.

—Y, a propósito... Esto explica lo de Ethel —dijo.

Ethel, con un golpe discreto, puso la mostaza sobre la mesa.

—Así es —respondió no muy alto.

—Pero, ¿os habíais visto antes? —preguntó Chaffery.

—En Whortley —contestó Lewisham.

—Ya —continuó Chaffery.

—Yo fui uno de ellos... Fui uno de los que se contaron para ponerle a usted en evidencia —dijo Lewisham—, y puesto que ha tocado usted esta cuesten debo decirle...

—Ya lo sabía —interrumpió Chaffery—. Pero, vaya conmoción la que recibió Lagune!

Miróse un momento las puntas de los zapatos, y frunció los labios.

—El truco de la mano no estaba mal, ¿sabe usted? —dijo con una rara sonrisa oblicua.

Lewisham estuvo muy ocupado durante un momento, intentando enfocar adecuadamente esta última observación.

—No lo veo bajo la misma luz que usted —explicó por fin.

—No puede desprenderse de sus prejuicios morales ¿eh...? Bueno, bueno. Ya trataremos de eso. Pero aparte de sus méritos morales, simplemente como ardid artístico, no estuvo mal del todo.

—No estoy muy al corriente de esta clase de ardidess...

—Como la mayoría de los que quieren poner en evidencia a los demás. Usted confiesa que nunca había oído ni pensado en semejante cosa..., me refiero a la mano de goma. Y, no obstante, es tan claro como el agua que cualquier médium que tenga las manos ocupadas tendrá que hacer todo lo posible con los dientes, y ¿qué cosa podría ser más sencilla que llevar una mano de goma hinchable debajo de la solapa? ¿Qué cosa más obvia? Y, sin embargo, conozco muy bien la literatura psíquica, ¡y nunca se ha sospechado de esto! Nunca. Para mí constituye un perpetuo motivo de sorpresa comprobar cuántas cosas les pasan inadvertidas a los investigadores. Porque nunca cuentan las posibilidades en contra, y esto ya le hace equivocar de buen principio. ¡Mire usted! Y soy truquista por naturaleza, y me paso los ratos de ocio discurriendo nuevos trucos, porque es una cosa que me divierte intensamente. Bueno, pues, ¿cuál es el resultado de estas meditaciones? Tome un ejemplo: conozco cuarenta y ocho maneras diferentes de dar golpecitos, de las cuales diez por lo menos son originales. Diez maneras originales de dar golpes.

Entonces, tomando una actitud impresionante, añadió:

—Y algunos de estos golpes son tremendos. ¡Vea si no!

Como confirmación se oyó una explosión, según pareció, entre

Lewisham y Chaffery.

—¿Eh? —preguntó Chaffery.

De la repisa de la chimenea empezaron a brotar chispazos, y la mesa empezó a echar petardos bajo las mismísimas narices de Lewisham.

—¿Ve usted? —interrogó Chaffery, poniéndose las manos en la espalda.

La habitación entera pareció estar, durante un buen rato, castañeteando los dedos en honor de Lewisham.

—Muy bien. Ahora vea el reverso de la medalla tome como ejemplo la prueba más severa que he intentado llevar a cabo. Dos respetables profesores de Física..., que no eran dos Newtons, naturalmente, pero, en fin, dos buenos profesores de Física, prestigiosos y pagados de sí mismos, una dama deseosa de probar que hay otra vida más allá de la tumba, un periodista que necesitaba material para hacer un reportaje, es decir, una persona que se gana la vida en esta clase de investigaciones, lo mismo que yo... Bueno, estos que digo quisieron ponerme a prueba. ¡Ponerme a prueba a mí...! Claro que ellos tenían otras cosas que hacer: enseñar Física, enseñar religión, organizar investigaciones, etc. De buen principio no nos encontramos con que ellos no han pensado ni una hora diaria en estas cuestiones, y la mayoría de ellos no habían engañado nunca a nadie, ni podían, por ejemplo, viajar sin billete durante tres millas sin ser cogidos, aunque en ello les fuera la vida... Bien..., ¿ve usted la desventaja?

Hizo una pausa. Lewisham pareció hallarse empeñado en alguna lucha interior.

—¿Sabe usted? —explicó Chaffery—. Fue puramente accidental que usted me descubriera el engaño..., puramente accidental. El trasto se me escapó de la boca. De otro modo, su amigo, aquel de la voz de falsete, no habría tenido ocasión. Ni pensarlo.

Lewisham habló como un hombre que estuviera levantando un peso.

—Todo eso sabe usted muy bien que nada tiene que con la cuestión que aquí se debate. No le discuto su habilidad. Lo que importa es que..., vamos, que no está bien.

—A eso iba ahora —dijo Chaffery.

—Es evidente que miramos las cosas desde ángulos diferentes.

—Así es. Esto es precisamente lo que tenemos que discutir. ¡Exacto!

—Un fraude es un fraude. Y de aquí no hay salida. La cosa es sencillísima.

—Espere hasta que haya terminado —continuó Chaffery, con cierto deleite—. Naturalmente, es necesario que usted comprenda mi posición. No es que yo no tenga ninguna. Desde que leí su carta he estado pensando en ello. ¡Vamos...! ¡Una justificación! Es casi como si usted hubiera dicho que tengo que cumplir una misión. Una especie de profeta, ¡ea! Usted, en realidad, no ve ni el principio de todo este asunto.

—¡Oh! ¡Déjelo, hombre, déjelo! —protestó Lewisham.

—¡Ah! Es usted joven, es usted brusco. Querido amigo está usted sólo al principio de las cosas. Realmente, usted debe conceder la posibilidad de una mayor amplitud de puntos de vista a un hombre que le dobla la edad. Pero ahí está la cena. Durante un rato concertaremos una tregua.

Ethel había reaparecido, trayendo una silla complementaria, y *Mrs.* Chaffery apareció en pos de ella dando cima a los preparativos con un jarro de cerveza floja. Al volverse hacia la mesa Lewisham descubrió que los manteles tenían varios agujeros sin remendar y muchas manchas de diversas tonalidades que en el centro había unas deslucidas vinagreras, conteniendo mostaza, pimienta, vinagre y tres ambiguas botellitas de reseco contenido. El pan estaba en una cesta con una piadosa leyenda inscrita en el borde, y un enorme trozo de queso se alzaba, desproporcionado, en un platito muy pequeño. *Mr.* y *Mrs.* Lewisham se sentaron de frente, y *Mrs.* Chaffery sentó en la silla rota porque sabía cómo había que sentarse en ella sin caerse.

—Este queso es tan nutritivo, tan poco atractivo, tan indigesto como la misma Ciencia —hizo observar *Mr.* Chaffery, cortando y repartiendo trozos de queso—, pero hágame el favor de aplastarlo y desmenuzarlo con el tenedor añadiendo un poquitín de mostaza, pimienta (la pimienta es muy necesaria) y algo de vinagre de Malta, y mézclelo todo bien. Así obtendrá usted un mejunje llamado *crab*, que no tiene nada de desagradable. Así es como el sabio trata los hechos de la vida, ni rehuyéndolos, ni rechazándolos uno adaptándose a ellos.

—Como si la pimienta y la mostaza no fueran también hechos —dijo Lewisham, apuntándose su único tanto de aquella noche.

Chaffery admitió el colapso de su imagen en términos de gran cumplido, y Lewisham no pudo abstenerse de echar una mirada a Ethel a través de la mesa. Inmediatamente después recordó que Chaffery era un bribón muy escurridizo y que vituperarlo era siempre mejor que elogiarlo.

Durante un rato el *crab* tuvo ocupado a Chaffery y la conversación languideció. *Mrs.* Chaffery hizo a Ethel preguntas concretas sobre su vivienda, a las que la joven respondió vagamente.

—Debes venir a tomar el té con nosotros cualquier día —invitó Ethel, sin esperar la aprobación de Lewisham—, y lo verás todo.

Chaffery sorprendió a Lewisham demostrando un conocimiento completo y detallado de su situación como estudiante de magisterio en South Kensington.

—Supongo que dispondrá usted de más dinero que la guinea semanal —dijo Chaffery de improviso.

—Tengo el suficiente para ir tirando —contestó Lewisham sonrojándose.

—Y esperará usted que los de South Kensington hagan algo por usted, que le proporcionen un empleo a base de cien por año o así, cuando se le termine la beca, ¿no?

—Sí —afirmó Lewisham, de mala gana—. Sí. Cien al año o por ahí. Eso es lo que me propongo. Y, además, hay muchísimas plazas vacantes aparte de South Kensington, si no me dieran plaza allí.

—Ya —dijo Chaffery—, pero será muy justito... cien libras al año. Bueno, bueno... Hay muchos hombres capaces que tienen que pasar aún con menos.

Después de una pausa meditativa pidió a Lewisham que le pasase la cerveza, añadiendo:

—¿Vive todavía su madre, *Mr.* Lewisham?

Y de aquí, le acosó con preguntas minuciosas sobre toda su familia. Cuando llegó al tío lampista, *Mrs.* Chaffery intervino, con un inesperado aire de gran dama, para decir que en la mayoría de las familias se encuentran parientes pobres. En seguida el aire de gran dama desapareció en el pasado, de donde había surgido.

Terminada la cena, Chaffery se vertió el resto de la cerveza en su

vaso, sacó una pipa de arcilla de Brosely, de las más largas, e invitó a fumar a Lewisham.

—A eso llamo yo un fumar honrado —dijo Chaffery dando unos golpecitos en el hornillo de la pipa, y añadiendo—: En este país los cigarros, los cigarros buenos, y la honradez, rara vez se encuentran juntos.

Lewisham revolvió su bolsillo en busca de los famosos cigarrillos argelinos. Chaffery, habiéndolos considerado desfavorablemente a través de sus gafas, volvió a coger el hilo de su prometida apología. Las mujeres se retiraron a lavar los platos.

—Mire usted —convino Chaffery, bruscamente, tan pronto como la pipa empezó a tirar—, respecto a ese fraude... yo no hallo que la vida sea una cosa tan simple como a usted le parece.

—No me parece que la vida sea nada simple —murmuró Lewisham—, pero sí que en todas las cosas existe un Bien y un Mal. Y no creo que usted haya dicho nada todavía que demuestre que los fraudes espiritistas son un Bien.

—Vamos a aclarar este asunto —prosiguió Chaffery cruzándose de piernas—, vamos a aclarar este asunto. Ahora bien, creo que usted no aprecia claramente la importancia de la Ilusión en la vida, la Naturaleza Esencial de la Mentira y el Engaño en el cuerpo político. Usted se halla inclinado a desacreditar una forma determinada de Impostura, porque no es generalmente aceptada, porque entraña cierto descrédito y (de lo que son testigos las raídas extremidades de mis pantalones y las viandas esas) escaso rendimiento.

—No es eso —respondió Lewisham.

—Ahora bien: yo estoy dispuesto a sostener —confesó Chaffery, prosiguiendo con sus premisas— que la Honradez constituye esencialmente una fuerza anarquista y desintegradora de la sociedad, que las comunidades están unidas y el progreso de la civilización es posible únicamente gracias a vigorosos y hasta muchas veces incluso violentos Embustes, que el Contrato Social no es ni más ni menos que una vastísima conspiración de entes humanos para mentir y defraudarse a sí mismos, con vistas al Bien general. La mentira es el cemento que fija al individuo salvaje en la albañilería social. Ahí está la tesis general sobre la que fundamento mi justificación. Mi actuación como médium, puedo asegurárselo, es

un caso particular de esta afirmación general. Si yo no tuviese una naturaleza profundamente indolente, inquieta y aventurera, y si no fuese enemigo declarado de la literatura escribiría un gran libro sobre esto, y viviría honrado y respetado por los más profundos botarates del mundo.

—Pero, ¿cómo podrá usted demostrarlo?

—¡Demostrarlo! Sólo hay que indicarlo. Ahora mismo hay hombres, como Bernard Shaw, Ibsen y otros, que han visto atisbos de eso que digo en algo así como un nuevo evangelio. ¿Qué es el hombre? Lujuria, codicia, atenuadas por el miedo y por una vanidad racional.

—No estoy de acuerdo —objetó *Mr. Lewisham*.

—Ya lo estará dentro de unos años —dijo Chaffery—. Hay verdades que no se comprenden si no es a fuerza de años. Pero, en lo que hace referencia a esta cuestión de las Mentiras..., vamos a considerar la estructura de la sociedad, comparándola con el estado salvaje. Descubrirá usted que la única diferencia esencial entre el salvaje y el civilizado es ésta: el primero no ha aprendido a ocultar la verdad de las cosas, y el segundo sí. Tome usted la diferencia más obvia: el vestido del hombre civilizado, su invención de la decencia. ¿Qué es el vestido? La ocultación de realidades esenciales. ¿Qué es el decoro? ¡Es la supresión! Fíjese usted bien que yo no argumento en contra de la decencia y del decoro; sólo insisto en que son... esenciales para la civilización y que constituyen una «supresión de la verdad». Y en los bolsillos de su vestido nuestro ciudadano lleva dinero. El salvaje puro no tiene dinero. Para él, un pedazo de metal es un pedazo de metal, de valor seguramente ornamental, y nada más. Y es lógico. Para cualquier persona de mente lúcida la cosa es igual o diferente, sólo a través de la burda tontería de sus congéneres. Pero para el hombre civilizado ordinario el intercambio universal de este oro constituye una realidad fundamental y sagrada. ¡Piense en esto! ¿Por qué tiene que ser así? No hay razón que pueda explicarlo. Yo vivo en un estado de perpetuo asombro ante la credulidad de mis congéneres. A veces me despierto creyendo que en la noche anterior habrá habido alguien que se habrá dado cuenta de esta estafa y aguzo el oído esperando oír algún tumulto en la calle, y ver a su suegra que entra precipitadamente en el dormitorio con un chelín en la mano, un

chelín que no ha querido tomar el lechero. «¿Qué es esto?», preguntaría el lechero. «¿Esta porquería a cambio de una botella de leche?». Pero nunca ocurre así. Nunca. Si el lechero hiciera esto que me imagino, si las gentes en general, se quitaran de la cabeza esta hipocresía de la moneda, ¿qué sucedería? Que aparecería la verdadera naturaleza del hombre. Yo saltaría de la cama, cogería cualquier arma, y me lanzaría en persecución del lechero. Es muy hermoso estar en paz con todo el mundo, pero es necesario, también, tener leche. Los vecinos irían asimismo saliendo de sus casas... detrás de la leche. El lechero, dándose cuenta súbitamente de lo que ocurría, echaría a correr calle arriba. ¡Todos tras él! ¡Cógelo...! ¡Desgárralo! ¡Ya lo tengo! ¡Vuelva el carro! ¡Luchad todo lo que queráis, pero cuidado con verter la botella! ¿No lo ve usted? Perfectamente razonable, hasta el último detalle. Yo volvería a mi casa, magullado y ensangrentado, pero con la botella de leche bajo el brazo. Sí... Volvería con la botella de leche... Ya habría estado atento... Pero, ¿por qué continuar? Usted precisamente debería saber mejor que :e que la vida es la lucha por la existencia, la lucha por el alimento. El dinero es precisamente la mentira que mitiga nuestra furia.

—No —exclamó Lewisham—. ¡No! No estoy dispuesto a admitir esto.

—¿Qué es el dinero?

—Exponga primero su caso —dijo—. Porque, realmente, no veo la relación que tiene todo eso con el hecho de hacer trampas durante una sesión espiritista.

—Sin embargo, tejo mi defensa en este telar. Tome usted algún hombre de este tipo agresivamente respetable..., un obispo, por ejemplo.

—Bueno —convino Lewisham—. No me trato mucho con obispos.

—No importa. Tome un profesor de ciencias cualquiera. Observe su traje, que hace de él un ciudadano decente, ocultando el hecho de que, físicamente, es un blando y barrigudo degenerado. Ésta es la primera mentira de su ser. Observe su pelo, corto y bien peinado, tácita mentira de que su longitud es por término medio de poco más de un centímetro, mientras que su estado natural dejaría sueltos a todos los vientos varios centenares de pelos de más de un metro de

largo. Observe las presumidas supresiones de su cara. En su boca hay mentiras en forma de dientes postizos. Luego, en ciertas partes de la tierra hay unos cuantos pobres diablos que trabajan como negros a que él pueda tener carne, trigo y vino. Anda vestido con las vidas de encorvados y retorcidos temores, su camino está iluminado por las mandíbulas corroídas por el fósforo, como en vajillas vidriadas con plomo..., por doquier su camino se halla sembrado de vidas humanas.. ¡Piense en esa criatura humana, gordinflona y comodona! Y, tal como dice Swift «¡Pensar que a semejante objeto le domina la vanidad...!». Pretende que sus benditas investigaciones insignificantes son, en algún modo, la justa compensación a esos seres remotos por su trabajo, sus esfuerzos, sus padecimientos; pretende que él y su carrera parasitaria son pago suficiente para los frustrados deseos de los demás. Imagínesele armándole un escándalo a su jardinero respecto a unos geranios trasplantados, e imagínese la densa bruma de mentiras en que viven los dos, para que el jardinero no aplaste inmediatamente su impertinencia con un golpe de pala, para devolverlo al polvo de donde salió.. Y su caso es el caso de todas las vidas comodonas. ¡Qué mentira y qué engaño son la urbanidad, la buena educación, la cultura y el refinamiento, mientras haya sólo un pobre infeliz desharrapado que se arrastre hambriento sobre la faz de la tierra!

—¡Pero esto es socialismo! —exclamó Lewisham—. Yo...

—No hay *ismo* que valga —interrumpió Chaffery, elevando su sonora voz—. Sólo la triste realidad de las cosas..., la verdad que enseña que la trama de la Humanidad es la Mentira. El socialismo no es ningún remedio; no hay ningún *ismo* que sea remedio para esto. Las cosas son así.

—No estoy de acuerdo... —empezó a decir Lewisham.

—No está de acuerdo con lo desesperado del asunto, porque es usted joven, pero sí que estará de acuerdo con la descripción.

—Bueno..., dentro de ciertos límites.

—Estará usted de acuerdo en que la mayoría de las posiciones respetables en el mundo están perjudicadas por el fraude de nuestras condiciones sociales. Si no estuvieran taradas con el fraude ya no serían respetables. Hasta su propia posición... ¿Quién le dio a usted derecho a casarse y a proseguir sus interesantes estudios científicos, mientras hay otros jóvenes que se pudren en las minas?

—Admito...

—A la fuerza tiene que admitirlo. Y he aquí mi posición: como quiera que todos los caminos de la vida están tarados con fraudes, como quiera que decir las verdades claras resulta superior a las fuerzas y al valor humanos, tal como uno los encuentra, ¿no es mejor que una persona se dedique a alguna limpia superchería inocua, que no arriesgue su integridad mental en alguna posición ambigua y caiga por fin en el autoengaño y la hipocresía? Ahí está el peligro principal. Esto es precisamente de lo que yo siempre me guardo. ¡Ojo con esto! Es el pecado principal: la hipocresía.

Mr. Lewisham tiró de su bigote.

—Míreme a mí por ejemplo. Después de todo, esas buenas gentes no salen perjudicadas en gran cosa. Si yo no aceptara su dinero, se lo quedaría algún otro impostor. Su enorme vanidad de inteligencia daría lugar, quizás, a una estafa mucho más vil que mis emocionantes juegos. Ésta es la orientación que toman nuestros obispos escépticos, ¿y por qué no? Por ejemplo, esta clase de gente podría gastarse su caudal en caridades públicas, en engordar a sus administradores o en dejar que lo despilfarrase cualquier hijo pródigo. Después de todo, yo soy, todo lo más, una especie de Robín de los Bosques moderno, tomo el minero de los ricos, según la cuantía de sus ingresos. Es cierto que no se lo doy luego a los pobres, ya que no tengo suficiente para eso. Pero también hago otras buenas obras. ¡He animado y consolado a muchos pobres de espíritu con grandes mentiras, grandes soflamas, necios embustes de ultratumba! Compáreme ahora con cualquiera de esos truhanes, diseminadores de caries fosfórica, de saturnismo; compáreme con uno de esos millonarios, más bien, que explotan los *music-halls* con la vista fija en los talentos femeninos, o con un agente de seguros, o con un bolsista corriente. O con cualquier tipo de abogado... Hay obispos que creen en Darwin y dudan de Moisés. Ahora bien, yo me considero superior a ellos, parecido tal vez, pero mejor, porque yo, al menos, invento algunos de los trucos que pongo en juego.

—Está muy bien... —empezó a decir *Lewisham*.

—Podría perdonarles su falta de honradez —repuso *Chaffery*—, pero no la estupidez de todo esto, la autoabnegación mental... ¡Dios mío! Si un procurador no estafa del modo zarrapastroso-magnífico como es costumbre hacerlo, lo echan por falta de deontología

profesional.

Hizo una pausa y luego se puso a meditar sonriendo levemente.

—Pero es que algunos de mis trucos —prosiguió con un súbito cambio en el tono de la voz, volviéndose hacia Lewisham, con los ojos risueños, mirando por encima de las gafas y pasando la mano con energía por los manteles para alisarlos—, algunos de mis trucos son ingeniosísimos, ¿sabe usted?, ingeniosísimos, tanto que valen más del doble del dinero que me producen... ¡Más del doble!

Volvióse de nuevo hacia la lumbre, chupando la pipa medio apagada y mirando a Lewisham de reojo: por encima de los lentes.

—Hay dos o tres de mis pequeños trucos que dejarían patitieso a Maskelyne —dijo al cabo de un momento—. Se pondrían a hacer tocar a aquella orquesta mecánica, de puro asombro. Realmente, tengo que explicarle algunos de esos trucos, ahora que ya es usted de la familia.

Mr. Lewisham necesitó más de un minuto par: poner en orden sus ideas, desbaratadas por la prolongada persecución de los argumentos de Chaffery.

—Pero, según sus principios, resulta que usted pue de hacerlo todo o casi todo —exclamó.

—¡Exacto! —convino Chaffery.

—Pero...

—Es un método muy curioso —protestó Chaffery— éste de querer poner a prueba los propios principales de acción, juzgando de las acciones resultantes en cualquier otro principio, ¿no es eso?

Lewisham estuvo recapacitando unos instantes.

—Supongo que será así —dijo con el aire de un hombre convencido contra su voluntad.

Se dio cuenta de que su lógica era insuficiente. Y súbitamente, desechó las delicadezas de la argumentación. Algunas frases que llevaba archivadas en *teniente*, a punto de soltar en la primera ocasión, se le ocurrieron de repente y las soltó.

—Sea como sea —dijo—, no estoy de acuerdo con este engaño. A pesar de lo que dice usted, mantengo lo que dije en mi carta. Toda relación de Ethel con esta clase de cosas ha terminado. No iré por ahí poniéndole a usted en evidencia, claro está, pero siempre que se presente la ocasión diré sinceramente lo que creo de todos esos fenómenos espiritistas. Vale la pena que cada uno de nosotros

sepamos en qué plano nos encontramos.

—Esto queda perfectamente entendido, mi querido yerno —dijo Chaffery—. Nuestro objetivo consiste en la discusión.

—Pero Ethel...

—Ethel es de usted —se apresuró a decir Chaffery—. Ethel es de usted, y usted debe mantenerla. Hizo una pausa y, haciendo un gesto como para alejar de sí la sórdida idea que la última frase entrañaba, añadió:

—Pero, ahora que hablamos de la ilusión, yo pienso a veces, lo mismo que el obispo Berkeley, que toda Tenencia es, probablemente, algo muy diferente de realidad, y que todo conocimiento es, esencialmente una alucinación. Yo, este lugar, y usted, y nuestra conversación..., todo es ilusión. Aplique aquí su ciencia ¿Qué soy yo? Una nebulosa multitud de átomos, intercambio infinito entre diminutas células. ¿Soy yo esta mano que extiendo? ¿Y esta cabeza? Y la superficie de mi piel, ¿es algo más que un rudo límite? ¿Dirá usted que es mi mente lo que soy yo? Considere solamente esta guerra de motivos... Supongamos que siento un impulso y que lo resisto. Soy yo quien lo resiste; el impulso está fuera de mí, ¿eh? Pero subamos ahora que me dejo arrastrar por el impulso y que yo ejecuto lo que el impulso ordena. Entonces este impulso forma parte de mí mismo, ¿no es verdad? ¡Ah! ¡Mi cerebro vacila ante estos misterios! ¡Dios mío! ¡Qué cosas tan endebles y fluctuantes somos! Primero eso..., después lo otro, una idea, un impulso, un acto y un olvido, y siempre tan locamente seguros de nosotros mismos. Y en cuanto a usted... usted que apenas hará cinco o seis años ha empezado a aprender a pensar, está aquí sentadito, con toda la herencia de su pecado original, como una alucinada brizna de paja, juzgando y condenando. ¡Usted sabe lo que es el Bien y lo que es el Mal! Amigo, eso también lo supieron Adán y Eva... *así que hubieron tenido tratos con el padre de la mentira.*

Hacia el fin de la velada apareció *whisky* y agua caliente. Chaffery, con mucha urbanidad, dijo que raras veces había disfrutado tanto en una conversación como con aquella que le había deparado Lewisham, e insistió en que todos tomaran *whisky*. Mrs. Chaffery y Ethel le pusieron azúcar y limón. Lewisham experimentó una leve sorpresa al ver a Ethel bebiéndose un *grog*.

Mrs. Chaffery, al llegar a la puerta, se despidió efusivamente de Lewisham dándole un beso, y dijo a Ethel que creía que había acertado en su matrimonio.

De vuelta a su casa, Lewisham se sintió pensativo y preocupado. El problema de Chaffery asumía enormes proporciones. Incluso a veces aquel esbozo filosófico de sí mismo que había hecho el buen hombre presentándose como un exponente práctico de sinceridad mental, con toques de humor y de espíritu artístico, le parecía plausible. Lagune era indiscutiblemente un asno, y fácilmente se comprendía que la investigación en terreno psíquico o espiritista era un incentivo para la superchería. Luego recordó este mismo asunto respecto a sus relaciones con Ethel...

—Tu padrastro es difícil de comprender —dijo, pe: fin, sentándose en la cama mientras se quitaba una bota—. Es muy escurridizo..., es tremendamente escurridizo. No hay manera de cogerlo. Ha empezado la discusión con tal ímpetu que me ha derrotado una y otra vez.

Se quedó pensando un rato, acabó de quitarse la bota y se quedó sentado con la bota sobre las rodillas.

—¡Naturalmente...! Todo lo que ha dicho es falso. Completamente falso. El bien es el bien, y la impostura es la impostura, por más que se diga otra cosa

—Esto es lo que a mí me parece —dijo Ethel como si se dirigiera al espejo—. Esto es exactamente lo que siempre me ha parecido de él.

CAPÍTULO

XXIV

SE INICIA LA CAMPAÑA

Al sábado siguiente, Lewisham fue el primero que pasó las puertas plegadizas. Al cabo de un momento reapareció en el dormitorio con un documento en la mano. *Mrs.* Lewisham se quedó a memo vestir, con la falda en la mano, atónita ante la estupefacción que denotaba el semblante de su marido.

—¡Vamos! —dijo Lewisham—. ¡Mira eso!

Ella miró el libro de cuentas que Lewisham tenía abierto ante sus ojos y vio que la columna de la derecha correspondía al haber y la de la izquierda era una lista ilegible de gastos, redactada en una mezcla de inglés y alemán, y muy larga. «1 *paila* de carbón, 6 peniques», era una entrada que aparecía regularmente a lo largo de aquella portentosa lista. Era la primera cuenta de *Mrs.* Gadow. Ethel la cogió y la examinó detenidamente. Vista desde cerca no parecía menor. Las sobrecargas eran escandalosas. Era curioso cómo se había evaporado el humor ante el hecho que se llamara *paila* al cubo del carbón.

Aquel documento, según parece, señaló el final de la luna de miel casera de *Mr.* Lewisham. Durante una gloriosa semana había vivido bajo la impresión de que la vida estaba hecha de amor y misterio, y ahora se le recordaba con singular claridad que estaba presidida por la lucha por la existencia y por la voluntad de vivir.

—¡Malditas gabelas! —exclamó, exasperado, *Mr.* Lewisham. Y la mesa del desayuno le pareció extraña y de mal augurio.

Sus sentimientos oscilaban entre la indignación y consternación.

—Tendré que ir a hablarle esta tarde —dijo.

Y después de haber metido sus libros en la reluciente cartera negra, dio a Ethel el primero de los besos que no era una ceremonia distintiva y con existencia propia. Fue un beso de costumbre, dado

con cierta precipitación, y salió, después de darlo, hacia su escuela, cerrando de un portazo. Ethel no saldría a acompañarle aquel día, porque, a instancias suyas y con el fin de ayudarle, se disponía a poner en limpio: algunas de sus notas de Botánica, que se hallaban atrasadas.

Camino de la escuela, Lewisham tuvo una sensación sospechosamente parecida a un vuelco del corazón Su preocupación era esencialmente aritmética. Aquello que le ocupaba la mente, con exclusión de todo lo demás, se expresará mejor en la reconocida forma comercial siguiente:

DEBE

	£	s.	d.
Por viajes en autobús a South Kensington (tarde)			2
Por 6 comidas en el Club de los Estudiantes.....		5	2½
Por 2 paquetes de cigarrillos (para fumar después de comer).....			6
Por la boda y la huida.....	4	18	10
Por subsiguientes aditamentos necesarios al ajuar de la novia.....		16	1
Por compra de alimentos.....	1	1	4½
Por «unas pocas cositas», adquiridas por Mrs. L.		15	3½

<i>A mistress</i>	1	15	0
Gadow por carbón, alojamiento y diversos (según cuenta entregada).....			
Perdido			4
Balance.....	50	11	2
.....	60	3	11½
HABER			
	£	s.	d.
<i>Mr. L.</i>	13	10	4½
Efectivo.....			
<i>Mrs. L.</i>		12	7
Efectivo.....			
En el	45	0	0
Banco.....			
Beca.....	1	1	0
Total.....	60	3	11½

De esto podrá deducir cualquiera, por poco entrenado que sea en cuestión de negocios, que, dejando aparte el gasto extraordinario correspondiente a la boda, y las «pocas cositas» que Ethel había comprado, y que por ningún concepto podían considerarse como gastos finales, los gastos excedían a los ingresos en más de dos libras, y una breve excursión por las regiones de la aritmética dejará plenamente demostrado que al cabo de veinticinco semanas el balance de la cuenta sería igual a nada.

Pero aquella guinea semanal no duraría veinticinco semanas, sino simplemente quince, y entonces los gastos serían de más de tres guineas netas, reduciéndose el período solvente de nuestro joven matrimonio a veintidós semanas. Estos detalles son pesados y desagradables, sin duda, para el lector refinado, pero que se imagine éste lo muchísimo más desagradables que serían para *Mr. Lewisham*, mientras andaba trabajosamente en dirección a las escuelas, meditando sobre este problema. Comprenderéis, por lo tanto, porqué se escabulló del laboratorio, por qué se dirigió la

Biblioteca Educativa, y por qué el observador Smithers, que se hallaba allí machacando sus notas de clase con vistas al inminente segundo examen, sintió que se le estremecía hasta el tuétano ante el espectáculo que ofrecía Lewisham enfrascado en la lectura ; un montón de periódicos corrientes, *Educational Times*, *Journal of Education*, *Schoolmaster*, *Science and Art*, *The University Correspondent*, *Nature*, *The Athenxum*, *The Academy* y *The Author*.

Smithers vio la aparición de un cuaderno y la toma de unas notas. Se fue acercando a la tribuna, donde estaba la mesa de Lewisham, y lo atacó por el flanee

—¿Qué buscas? —preguntó Smithers en un murmullo bastante alto y con una mirada detectivesca fija en los papeles del otro.

Se dio cuenta de que Lewisham estaba mirando la columna de anuncios, y su perplejidad fue en aumento.

—¡Oh...! Nada —repuso Lewisham suavemente, dejando caer la mano, como por casualidad, sobre el cuaderno—. ¿Y tú, qué haces?

—Nada de particular —dijo Smithers—. Pasar el tiempo. No estuviste en la reunión el viernes pasado ¿verdad?

Dio vuelta a una silla, se arrodilló en ella, y por encima del respaldo empezó a contarle en voz baja cosas de política interior de la Sociedad de Debate: Lewisham estaba distraído y respondía brevemente ¿Qué podían importarle todas aquellas puerilidades? Por fin se fue Smithers, contrariado, y se encontró con Parkson en la puerta de entrada. Incidentalmente, Parkson no había dirigido la palabra a Lewisham desde su lamentable equívoco. Parkson dio un rodeo, para ir a su asiento al extremo de la mesa, y así, también por medio de una singular rigidez de andares y por una expresión de gran dignidad, demostró que se había percatado de la desagradable presencia de Lewisham.

Las investigaciones de Lewisham eran dobles. Pe: un lado quería descubrir algún modo de añadir efectivo a aquella guinea semanal, por medio de su trabajo particular, y por otro lado deseaba enterarse de las condiciones del mercado en cuanto a mecanografía. Por lo que se refiere a él mismo, tuvo una idea vaga, que luego abandonó, de que le sería posible emplearse como maestro para clases nocturnas durante el mes de marzo. Pero exceptuando por motivos de muerte súbita, no hay clases nocturnas en Londres que cambien su profesorado después de setiembre, hasta el julio

próximo. Por otro lado, la enseñanza privada le ofrecía muchos atractivos, pero ninguna proposición efectiva. La idea que tenía de sus propias posibilidades era muy juvenil; de otro modo no habría perdido el tiempo anotando las condiciones requeridas para solicitar una plaza vacante de profesor de Física en la Universidad de Melbourne. También tomó nota de la vacante de la plaza de director de revista mensual de estudios sociales. A él no le habría importado nada dedicarse a semejante tarea, aunque al propietario seguramente sí le habría importado. También había una plaza vacante de conservador del Museo del Colegio de Eton.

Las peticiones de mecanógrafos eran menos variadas y más concretas. Era la época anterior a aquella que la violenta competencia de las clases semieducadas hubo de rebajar los precios a la increíble tarifa de diez peniques las mil palabras. El precio corriente era entonces un chelín y medio. Calculando que Ethel podría mecanografiar un millar de palabras por hora y que podría trabajar de cinco a seis horas diarias era evidente que su contribución a los gastos domésticos representaría una cifra de ningún modo desdeñable: treinta chelines por semana, tal vez. Lewisham se sintió naturalmente optimista al hacer este descubrimiento. No pudo encontrar ningún anuncio de autores o lo que fuere pidiendo mecanógrafas, pero vio a que una gran cantidad de mecanógrafas se anunciaban en los periódicos literarios. Era obvio que Ethel también tenía que anunciarse. Podría poner «Muy versada en fraseología científica», pensó Lewisham. Volvió a su casa muy optimista, con abundantes anotaciones de posibles empleos. Gastó cinco chelines en sellos de correo antes de llegar.

Después de comer, Lewisham, con una voz algo entrecortada, dijo que deseaba ver a *Mrs.* Gadow. Ésta se presentó con la mayor afabilidad. Su estado de ánimo era diametralmente opuesto a la normal indignen propia de las patronas británicas. *Mrs.* Gadow se mostró muy voluble, gesticuladora y lúcida pero desgraciadamente también se mostró muy bilingüe, y en los momentos cruciales, exclusivamente alemana. La natural urbanidad de *Mr.* Lewisham le impidió iniciar una persecución demasiado obstinada a través de la frontera de ambas lenguas imperiales. Media hora larga de discusión amistosa produjo por fin, una reducción de seis peniques, y ambas partes se confesaron satisfechas del resultado.

Mrs. Gadow conservó su sangre fría hasta el final. *Mr.* Lewisham acabó con la cara coloradísima las orejas de un rojo más subido y el pelo ligeramente en desorden, pero aquellos seis peniques fueron, al menos, una admisión de la justicia de sus reclamaciones.

—Es evidente que intentaba sacarnos lo que pudiera —dijo Lewisham, casi excusándose ante Ethel— y era absolutamente necesario que me pusiera firme.; Dudo de que tengamos más líos por este lado...

—Claro que lo que ella dice del carbón de la cocina es perfectamente justo.

Después de estas explicaciones, los recién casados salieron a pasear por Kensington Gardens, y, como aquella tarde primaveral era tan cálida y agradable se sentaron en dos atractivas sillas verdes, cerca quiosco de la música, por las que, desde luego, Lewisham tuvo que pagar dos peniques. Entonces tuvieron lo que Ethel llamaba «una charla en serio». Ethel estuvo realmente sensatísima y discutió la situación hasta los más nimios detalles. Insistió muy particularmente en la importancia de la economía en sus desembolsos domésticos, deplorando muy vivamente su profunda ignorancia en aquel asunto. Quedó decidido que Lewisham adquiriese un buen libro sobre economía doméstica para el uso particular de Ethel. *Mrs.* Chaffery dirigía su casa según la norma verbal del «Entérate de todo desde dentro», pero Lewisham consideró que esto era poco científico.

Ethel opinaba también que se podía aprender mucho en las revistas femeninas de seis peniques, pe las de un penique eran casi desconocidas en aquellos días. Había comprado semejantes publicaciones en épocas de abundancia, pero principalmente, cosa que deploraba, con vistas a la confección y adorno de sombreros y otras vanidades parecidas. Era necesario disponer de una máquina de escribir cuanto antes. Con desagradable rapidez se le ocurrió que no había destinado ninguna partida para la compra de la máquina de escribir al hacer el cómputo de sus recursos. Aquello les acortaba su período de solvencia a doce o trece semanas.

Pasaron la tarde escribiendo muchas cartas, poniendo la dirección en los sobres e incluyendo los sellos para la respuesta. Fueron unos momentos muy optimistas.

—Melbourne es una ciudad muy hermosa —dijo Lewisham—, y

tendremos un viajecito hasta Australia que será la gloria.

Leyó a Ethel en voz alta su solicitud para la cátedra de Melbourne, sólo para oír cómo sonaba, y ella se mostró muy impresionada por la lista de sus talentos y éxitos.

—Ignoraba que supieras ni la mitad de todas esas cosas —murmuró, e inmediatamente le invadió una gran melancolía al considerar su relativo analfabetismo.

Después de semejante estímulo, fue natural que escribiese a los agentes de la enseñanza en tono importante.

El anuncio ofreciendo la habilidad mecanográfica de Ethel, que mandaron al *Athenaeum*, turbó un poco su conciencia. Después de haber copiado el borrador de su «especialidad en fraseología científica», en grandes y finas letras, vio las notas que ella había estado escribiendo por él. Su caligrafía era aún redondeada y masculina, tal como la había visto por primera vez en la avenida de Whortley, pero la puntuación quedaba reducida a alguna coma y al guion, había cierta disposición en adoptar una ortografía a lo largo de la línea de menor resistencia, cuando se encontraba con algo imperfectamente legible. Sin embargo, apartó aquella idea de su mente, con la resolución de releer y corregir cualquier cosa que ella se dispusiera a hacer en este terreno. No sería mal; idea, pensó, entre paréntesis, que él mismo se dedicara a leer alguna autoridad en Prosodia.

Se quedaron hasta muy tarde trabajando en aquel asunto, sin acordarse de los exámenes de Botánica que tenían lugar al día siguiente. Su salita era muy; alegre y confortable, con la lumbre encendida, el gas también encendido, y las cortinas echadas, y el gran número de solicitudes que habían escrito les hacía sentirse muy esperanzados. Ella estaba sonrojada y entusiasmada, paseando por la habitación, acercándose de vez en cuando a Lewisham y mirando por enésima de sus hombros lo que había escrito. A petición de Lewisham puso los sobres encima de la cómoda

—Eres un gran sostén para un hombre —dijo Lewisham, respaldándose en su asiento—. Por una chica como tú me siento capaz de cualquier cosa..., lo que sea.

—¿De veras? —exclamó ella—. ¿De veras? ¿Di veras crees que te soy de alguna ayuda?

El semblante y el gesto de Lewisham eran todo asentimiento.

Ella profirió una pequeña exclamación de placer, se quedó inmóvil un momento, y luego, para demostrar prácticamente su inquebrantable ayuda, echó a correr alrededor de la mesa, hacia él, con los brazos extendidos.

—¡Querido mío! —susurró.

Lewisham, abrazado en parte, echó la silla hacia atrás con el brazo que tenía libre, para permitirle que se sentara en sus rodillas...

¿Quién podría dudar ahora de que ella era una gran ayuda?

CAPÍTULO

XXV

LA PRIMERA BATALLA

Los sondeos de Lewisham en vistas a la posibilidad de emplearse en clases nocturnas y en la enseñanza privada fueron, esencialmente, medidas provisionales. Sus proposiciones para un establecimiento más permanente adolecieron de ciertos defectos en el sentido de la proporción. Aquella cátedra de Melbourne, por ejemplo, estaba más allá de sus méritos, había ciertos aspectos de detalle que habrían afectado la bienvenida de él y de su esposa en el Colegio de Eton. Al principio, Lewisham se hallaba inclinado considerar al estudiante de South Kensington como la sal de la tierra intelectual, a exagerar la abundancia de «enchufes decentes» que producían de ciento cincuenta a trescientas libras al año, y a despreciar la competencia de empresas tan inferiores como las Universidades de Oxford, Cambridge y el Norte. Pero agentes escolares a quienes acudió el sábado siguiente, hicieron mucho, aunque discretamente, para desengañarle.

El principal empleado de *Mr. Blendershin*, en el mugriento despacho de Oxford Street, le aclaró tanto problema, y tan vigorosamente, que Lewisham llegó a enojarse.

—¡Director de una escuela subvencionada, tal vez! —exclamó el principal empleado de *Mr. Blendershin*—. ¡Caramba! ¿Y por qué no un obispado?

Tras una pausa, añadió, dirigiéndose al propio *Blendershin*, que en aquel momento entraba fumando un imponente cigarro:

—Figúrese, con veintiún años de edad, sin títulos, ni trofeos deportivos, con dos años de experiencia como profesor auxiliar..., ¡desea que le nombren director de una escuela subvencionada!

Hablaba tan alto que era inevitable que los clientes en la sala de espera le oyesen. Además, señalaba a Lewisham con la pluma.

—¡Oiga usted! —dijo Lewisham, con vehemencia—. Si yo supiera cómo anda el asunto ese no vendría a buscarle a usted.

Mr. Blendershin se quedó mirando fijamente a Lewisham un momento.

—¿Qué clase de certificados posee? —preguntó *Mr. Blendershin* a su empleado.

El empleado leyó una lista de «ologías» y «ografías».

—Cincuenta y la estancia —respondió *Mr. Blendershin*, concisamente—. Esto es lo que le pagarán. Sesenta si tiene suerte.

—¿Qué? —exclamó *Mr. Lewisham*.

—¿No tiene bastante?

—Ni de mucho.

—Se consigue fácilmente un diplomado en Cambridge por ochenta y la estancia..., y muy agradecido aún —añadió *Mr. Blendershin*.

—¡Pero es que no quiero ningún empleo residencia! —repuso Lewisham.

—Hay poquísimas plazas que no sean residenciales —contestó *Mr. Blendershin*—, poquísimas. Le necesitarán para la vigilancia de los dormitorios... y temerán que usted pueda dar clases por su cuenta.

—¿No estará usted casado por casualidad? —preguntó el empleado, de pronto, después de un atento estudio del rostro de Lewisham.

—Bueno... —concedió Lewisham, y cruzando la mirada con *Mr. Blendershin* añadió—: Sí.

Lo que dijo el empleado no puede imprimirse.

—¡Hombre! Tendrá usted que ocultarlo —replicó *Mr. Blendershin*—. Y le queda aún mucho que hacer. Si yo fuera usted continuaría igual que hasta ahora e iría a por el título, puesto que se halla tan cerca de conseguirlo. Después tendrá mejores posibilidades.

Silencio.

—Lo que pasa es —murmuró Lewisham lentamente; mirándose las puntas de los zapatos— que debo hacer algo, hasta que tenga el título.

El empleado silbó por lo bajo.

—Acaso pueda conseguirle una plaza de visitador —contestó *Mr.*

Blendershin, especulativamente—. Léame esos particulares otra vez, Binks.

Escuchó atentamente, y dijo, silenciando al lector con un gesto:

—Es contrario a la enseñanza religiosa, ¿eh? Eso es una insensatez. No podrá usted hacer que le vengan cosas exactamente tal como le gusten, ¿comprende? Borre esto. No conseguirá ninguna plaza en ninguna escuela inglesa para la clase media si hace objeciones a la enseñanza religiosa. Son las mamás..., ¡benditas sean! No diga de esto nada a nadie. No cree en nada... ¿Y quién cree en nada? Hay centenares de personas como usted, ¿comprende? No diga nada de eso...

—Pero, ¿y si me preguntan?

—Iglesia anglicana. Todo aquel que no sea disidente pertenece a la Iglesia anglicana, en este país. Ya será bastante difícil que le pueda conseguir algo, aun sin eso.

—Pero —objetó *Mr. Lewisham*— será una mentira.

—Será una ficción legal —contradijo *Mr. Blendershin*—. Todo el mundo se hará cargo. Si usted no se compromete a hacer eso, mi querido amigo, no podremos hacer nada por usted. Tendrá que meterse al periodismo o trabajar en el muelle de Londres, bueno..., teniendo en cuenta su experiencia, digamos el muelle.

El rostro de *Lewisham* se ruborizó irregularmente.

No contestó. Lanzó una ceñuda mirada y se puso a tirar del escasamente poblado bigote.

—Hay que transigir, ¿comprende? —continuó *Mr. Blendershin*, observándole bondadosamente—. Hay que transigir.

Por primera vez en su vida *Lewisham* se enfrentó con la necesidad de tener que decir una mentira con toda la sangre fría. Se deslizó de las austeras alturas del respeto que se tenía a sí mismo, y las siguientes palabras ya fueron disimuladas.

—No quiero prometer decir una mentira si me preguntan —repuso en voz muy alta—. No podría hacerlo.

—Tache eso —dijo *Blendershin* al escribiente—. No hay por qué mencionarlo. Además, usted no dice que sabe enseñar dibujo.

—Es que no sé —respondió *Lewisham*.

—Usted encárguese únicamente de repartir los modelos —prosiguió *Blendershin*—, y procure que nadie le vea dibujar, ¿comprende?

—Pero esto no es enseñar dibujo...

—Es lo que se entiende por ello en este país —murmuró Blendershin—. No vaya usted a corromperse la mente con ideas pedagógicas. Son la ruina de los profesores auxiliares. Apunte dibujo. Además, hay taquigrafía...

—¡Hombre! —exclamó Lewisham.

—Hay taquigrafía, francés, teneduría de libros, geografía comercial, agrimensura...

—¡Pero si no puedo enseñar nada de todo eso!

—Vamos a ver... —dijo Blendershin, y después de una pausa, añadió—: ¿Tienen alguna renta su esposa o usted?

—No —contestó Lewisham.

—¿Entonces?

Una pausa significativa de otro descenso en la escala de los valores morales, y un empujón al obstáculo.

—Pero lo descubrirán —dijo Lewisham.

Blendershin sonrió.

—Más que capacidad se pide voluntad de enseñar ¿comprende? Y ellos no descubrirán nada. El tipo de maestro de escuela con que nosotros tratamos es incapaz de descubrir nada. El mismo director de la escuela es incapaz de enseñar ninguna de esas asignaturas... y, en consecuencia, no cree que puedan ser: enseñadas por nadie. Háblele usted de pedagogía y él le hablará de experiencia práctica. Pero él pone todas estas materias en sus prospectos, y quiere que tengan su correspondiente lugar en el horario. Alguna de estas asignaturas..., la geografía comercial, por ejemplo; ¿qué es eso de la geografía comercial?

—Tonterías —dijo el empleado, mordisqueando el extremo de la pluma, y añadió, pensativamente—: Y paparruchas.

—Caprichos —continuó Blendershin— y nada más que caprichos. Los periódicos escriben sandeces sobre educación comercial, el duque de Devonshire se les añade y se pone a charlar de lo mismo (pretendiendo ser idea suya), de lo mucho que a él le interesa, que los padres se percaten de su importancia, y que los maestros de escuela estén obligados a enseñarlo, y, por consiguiente, los auxiliares también. ¡Y esto es todo!

—Muy bien —dijo Lewisham, conteniendo el aliento en un ahogado sollozo de vergüenza—. Ponga todo eso, si quiere. Pero

fíjese bien, quiero una plaza sin residencia obligatoria.

—Bueno —repuso Blendershin—, tal vez su ciencia le valga. Pero ya le digo yo que es difícil. Puede que alguna escuela subvencionada acepte sus servicios. Y eso es todo, me parece. Tome nota de la dirección...

El empleado hizo un ruido intermedio entre un silbido y la palabra «precio». Blendershin miró hacia Lewisham y asintió dubitativamente con la cabeza.

—El precio de inscripción —murmuró el empleado—, es media corona. La correspondencia, que se paga por adelantado, otra media corona.

Pero Lewisham se acordó de cierto consejo que le había dado Dunkerley en los viejos días de Whortley. Vaciló, y dijo por fin:

—No. No lo pagaré. Si ustedes me consiguen algo le daré la comisión; si no, no.

—Pero así perdemos nosotros —suplicó el empleado.

—Y es muy natural —dijo Lewisham—. Juego limpio.

—¿Vive en Londres? —preguntó Blendershin.

—Sí —respondió el empleado.

—Muy bien —repuso Mr. Blendershin—. Entonces no contaremos nada por sellos de correo. Claro que ya ve usted que la temporada escolar ha terminado prácticamente y no debe usted esperar gran cosa por ahora. A veces hay algún cambio por Pascua... No hay nada más... Buenas tardes. ¿Hay alguien más, Binks?

Messrs. Maskelyne, Smith y Thrums se ocupaban en asuntos de más alta categoría que Blendershin cuya especialidad eran los establecimientos particulares para clase baja, y las escuelas subvencionada, del tipo más barato. Tan superiores eran en realidad: Maskelyne, Smith y Thrums, que consiguieron que Lewisham se encolerizara, al rehusar, de buen principio, tomar nota de su solicitud. Lewisham fue interrogado brevemente por cierto joven que vestía y hablaba con una precisión ofensiva, y cuya mirada se adhirió rígidamente al cuello impermeable que llevaba Lewisham durante todo el rato que duró el interrogatorio.

—Difícilmente entra en nuestro ramo —objetó, empujando hacia Lewisham un cuestionario para que éste lo llenara; y añadió—: La mayoría de los que aquí vienen son de clases altas y proceden de

buenas escuelas preparatorias, ¿sabe usted?

Mientras Lewisham llenaba el cuestionario con sus múltiples «ologías» y «ografías», un joven de apariencia ducal entró, saludando amistosamente al otro que venía de la precisión en todo. Lewisham, inclinado sobre la mesa, escribiendo, percibió que aquel rival profesional llevaba una levita muy larga, botas de charol y unos hermosísimos pantalones grises. Sus conceptos sobre la competencia se ensancharon. El joven de la precisión, con un movimiento de ojos, hizo fijar la atención del recién llegado en el cuello impermeable de Lewisham, y el recién llegado contestó enarcando las cejas y frunciendo levemente los labios.

—Ese canalla de Castleford me ha contestado —dijo el recién llegado—. ¿Vale la pena?

Cuando se hubo discutido sobre el canalla de Castleford, Lewisham entregó su documento, y el joven de la precisión, con la mirada todavía fija en el cuello impermeable, tomólo como quien alcanza algo a través de un abismo.

—Dudo de que podamos hacer nada por usted —murmuró para tranquilizarle—, pero pudiera ser que tuviéramos dentro de poco una plaza vacante de profesor de inglés. La ciencia no cuenta mucho en nuestra clase de escuelas, ¿comprende usted? Clásicas y buenos deportes..., esto es lo nuestro.

—Ya —dijo Lewisham.

—Buenos deportes, buena forma, ¿comprende usted?, y todo eso.

—Ya —repitió Lewisham.

—¿No procedería usted de alguna escuela distinguida? —preguntó el joven de la precisión.

—No —respondió Lewisham.

—¿Dónde se ha educado usted?

El rostro de Lewisham enrojeció.

—¿Importa mucho? —replicó, con la mirada fija en exquisitos pantalones grises.

—En nuestro tipo de escuela importa mucho, sí, señor. Es una cuestión de tono, ¿comprende usted?

—Ya —volvió a decir Lewisham, empezando a darse cuenta de nuevas limitaciones.

Su impulso inmediato consistió en huir de las miradas de aquel

maestro auxiliar que iba tan bien trajeado.

—Supongo que me escribirán si tienen algo —añadió, y el joven de la precisión respondió con acritud al movimiento que inició en dirección a la puerta.

—¿Le vienen muy a menudo esta clase de cosas? —preguntó el joven bien trajeado, cuando Lewisham jubó marchado.

—Bastante. No tan malos como ése, ¿comprende usted? Ese cuello impermeable..., ¿se ha fijado? ¡Uf!, y el «ya». Y las malas miradas y la torpeza de todo ello. Es evidente que no tiene un solo traje decente ¡y está dispuesto a presentarse en una nueva escuela con una maleta de hojalata! Pero esos tipos, y también los maestros de escuelas de media pensión, Se meten por todas partes. Precisamente el otro día estuvo aquí Rowton.

—¿No sería el Rowton de Pinner?

—Sí, el Rowton de Pinner. Y me pidió *in continenti* un director residente, diciéndome: «Quiero alguien que sepa enseñar aritmética».

Y se echó a reír. El joven bien trajeado medite con la vista fija en el puño del bastón.

—Un mostrenco de este tipo no se encontrará bien en ninguna parte —dijo—. Y en todo caso, si consigue meterse en una escuela decente, verá que todas las personas decentes hacen el vacío a su alrededor

—Será demasiado cara dura para preocuparse por tan poca cosa, me imagino —repuso el agente escolar—. Éste pertenece a un tipo nuevo. South Kensington y los politécnicos los están produciendo a centenares...

Lewisham olvidó su resentimiento por tener que profesar una religión en la que no creía, ante su nuevo descubrimiento de la importancia escolar de la indumentaria. Fue andando y mirando los cristales de los escaparates de las tiendas donde podía ver reflejada la imagen de su persona. Indiscutiblemente sus pantalones eran desgarrados, ondeaban abominablemente por encima de las botas y llevaba unas acusadas rodilleras; y sus botas no eran sólo feas y usadas, sino que además estaban pésimamente betunadas. Los puños de la camisa sobresalían escandalosamente de la bocamanga y al mismo tiempo se dio cuenta de una enorme asimetría en el cuello de la chaqueta; la corbata estaba mal anudada y puesta a

través, ¡y aquel cuello impermeable! Era reluciente, ligeramente tostado, y de repente se lo sintió húmedo y frío en el cogote. ¿Y qué, si resultaba que a fin de cuentas se hallaba muy bien preparado para la enseñanza de las ciencias? Aquello no era nada. Especuló sobre el coste de un traje completo. Sería inútil adquirir unos pantalones grises como los que había visto, por menos de dieciséis chelines, y calculó que levita valdría, por lo menos, cuarenta chelines, posiblemente más. Sabía que la buena ropa era muy cara. Vaciló un momento ante la puerta de casa Poole, pero al fin se alejó. La cosa estaba fuera de discusión. Cruzó Leicester Square y prosiguió por Bedford Street, sintiendo antipatía por todas las personas bien en vestidas con las que se encontraba.

Messrs. Danks y Wimborne habitaban un establecimiento semejante a un Banco, cerca de Chancey Lane, y sin que mediara ninguna conversación le entregaron un cuestionario para que lo llenara. «¿Religión?», preguntaba el cuestionario. Lewisham se detuvo un momento y escribió «anglicana».

De allí se encaminó al Colegio de Pedagogos, en Holborn. El Colegio de Pedagogos se presentó en forma de un personaje de largas barbas, corpulento, de oro y unas manos gordezuelas. Llevaba unas gafas con montura de oro, y tenía unos modales amables y confidenciales que sirvieron de mucho para cicatrizar los heridos sentimientos de Lewisham. Las «ologías» y las «ografías» fueron anotadas con expresiones de cortés sorpresa ante su número.

—Usted tendrá que matricularse para uno de nuestros diplomas —dijo aquel simpático hombre corpulento—. No hallaría dificultades. No hay concurso. Y en cambio hay premios..., varios premios..., en metálico.

Lewisham no se dio cuenta de que el cuello impermeable había encontrado un observador que lo consideraba con toda la simpatía.

—Damos cursillos, y tenemos exámenes de teoría y práctica de la educación. Es el único examen en teoría y práctica de la educación que existe en este país para los que se dedican a la enseñanza de la clase media y de la clase alta. Exceptuando el título de Maestro. Y asisten muy pocos. Unos doscientos al año. La mayoría institutrices. Los hombres prefieren enseñar por métodos basados en la experiencia y en la práctica, no en la teórica. Eso ya lo debe saber usted. Es una característica inglesa esa de confiarle

todo a la práctica y a la experiencia. No vale la pena criticarlo, naturalmente, pero inevitablemente ocurrirá algo..., algo muy desagradable, no sé cuándo será pero si las cosas siguen como ahora... Las escuelas americanas van mejorando cada día..., las alemanas también. Lo que estaba bien en el pasado no lo estará en el futuro. Se lo digo a usted, ¿sabe?, pero me guardo mucho de decírselo a todo el mundo. No valdría la pena. Como tampoco vale la pena de hacer nada ¡Hay que tomar en consideración tantísimas cosas! Sin embargo... Pero haría usted bien en conseguir un diploma y hacerse más eficiente. Aunque esto le servirá más bien para el porvenir.

Habló del porvenir con una risilla irónica, como si aquello fuese una de sus pequeñas debilidades. Dejando aparte aquellos conceptos, comunicó a Lewisham todos los detalles de los diplomas que expedía aquel Colegio, y después prosiguió con otras posibilidades.

—Hay la enseñanza privada. ¿Le importaría ocuparse de un muchacho mentalmente atrasado? Además a veces nos piden maestros visitantes, generalmente para escuelas de muchachas. Pero estas plazas son para hombres de más edad..., hombres casados, ¿sabe usted?

—Yo estoy casado —replicó Lewisham.

—¿Eh? —exclamó el hombre, asustado.

—Que estoy casado —repitió Lewisham.

—¡Ay, ay, ay! —añadió el hombre gravemente, y mirando a *Mr.* Lewisham por encima de sus lentes con montura de oro, repitió—: ¡Ay, ay, ay! Y: tengo más del doble de su edad y soy soltero. ¡Veintiún años...! ¿Hace... hace mucho tiempo que está casado?

—Unas semanas —respondió Lewisham.

—Es muy notable, muy interesante... ¡Vaya, vaya Su esposa debe de ser muy valiente...!. ¡Dispense! Es que..., ¿sabe usted...? Tendrá usted que luchar con desnudo para conseguir un buen puesto. Sin embargo..., sí, esto le hace aceptable para una escuela de muchachas; sí, ciertamente. Aunque, hasta cierto punto, eso es.

El acrecentado respeto que evidentemente le mostró el Colegio de Pedagogos, complació extraordinariamente a Lewisham. Pero su encuentro con la Agencia Médica, Escolar y Clerical, que está al lado del puente de Waterloo, le deprimió de nuevo, y después de

esta entrevista se encaminó directamente hacia su casa. Mucho antes de llegar se sintió fatigado, y su simple orgullo de sentirse casado y en activa pelea contra un mundo indiferente y antipático, se desvaneció. Su rendición ante la cuestión religiosa le había dejado una estela de irritada amargura, y, por otra parte, el problema de la indumentaria era, por desgracia, muy importante. Estaba todavía lejos de la idea de que su precio en el mercado era más bien por debajo que por encima de un centenar de libras al año, pero la persuasión de este hecho iba ganando terreno en su mente.

El día era gris. Hacía un viento frío y violento, y un clavo en la suela de las botas le empezó a molestar. Ciertos disparates y equivocaciones en que había incurrido durante su reciente examen de Botánica, y que hasta entonces, habían quedado apartados de su mente, irrumpieron de nuevo atrayendo su atención. Por primera vez, desde su matrimonio, albergo en su mente la idea de un posible fracaso.

Al llegar a su casa lo único que deseaba era sentarse inmediatamente en la pequeña silla que crujía, calor de la lumbre, pero Ethel vino a él revoloteando, desde la recién adquirida máquina de escribir con los brazos extendidos, y se lo impidió.

—¡Oh! ¡Qué aburrido ha sido! —dijo Ethel, Lewisham no se dio cuenta del cumplido.

—Tampoco yo me he divertido tanto como para que tú te quejes —murmuró en un tono nuevo para ella.

Se desasíó de su abrazo y se sentó. Entonces notó la expresión del rostro de Ethel.

—Estoy cansado —expuso a guisa de excusa—. Tengo ahí un maldito clavo en la bota. Tendré que darle unos martillazos. Cansa mucho esto de ir a la casa de esos agentes, pero claro está que es mucho mejor ir a verles personalmente. ¿Cómo te ha ido todo?

—Muy bien —repuso ella, sin dejar de mirarle, añadió—: Estás cansado. Vamos a tomar el té. Y... déjame que te quite la bota, querido.

—Sí..., hazme el favor.

Hizo sonar el timbre, salió de la estancia con mucho movimiento, llamó desde el pie de la escalera para que le trajeran el té, volvió a entrar, tiró a un rincón el desgarrado cojín de *Mrs.*

Gadow y empezó a desatarle la bota. El humor de Lewisham cambió radicalmente.

—Eres un sol, Ethel —dijo—. Que me ahorquen si no es verdad.

Al quedar desatados los cordones, Lewisham se reclinó hacia adelante, besándola en la oreja. La operación de quitarle la bota quedó en suspenso, y hubo un intercambio de caricias...

Después Lewisham se puso las zapatillas y se sentó con una taza de té en la mano. Ethel, arrodillada sobre la esterilla frente al hogar, con la luz del fuego iluminándole el rostro, le contaba que había recibido respuesta aquella misma tarde a su anuncio en el *Athenaeum*.

—Va bien —dijo Lewisham.

—Es un novelista —continuó ella, con orgullo en sus pupilas, entregándole la carta, y añadió—: Lucas Holderness, el autor de *El homo del pecado* y otros cuentos.

—Esto es magnífico —repuso Lewisham, con leve asomo de envidia, inclinándose hacia adelante para leerla a la luz de la lumbre.

La carta procedía de una dirección en Judd Steel cerca de Euston Road; estaba escrita en buen papel y en una caligrafía redondeada «Muy señora mía —decía—, propongo enviarle por correo certificado el manuscrito de una novela en tres tomos. Contiene noventa mil palabras, pero deberá usted contar el número exacto».

—No sé cómo voy a contarlas —dijo Ethel.

—Ya te enseñaré un procedimiento —explicó Lewisham—. Eso no es ninguna dificultad. Cuentas las palabras de tres o cuatro páginas, calculas la media y multiplicas por el número de páginas.

«Pero, naturalmente, antes de comprometerme en debo de contar con una garantía suficiente de que mi confianza al dejar mi obra en sus manos no será objeto de mal uso y de que su ejecución será de la elevada calidad que necesito que sea».

—¡Oh! —exclamó—. Eso sí que será un inconveniente.

«Por lo tanto, debo pedir que me proporcione los informes de que disponga».

—Eso sí que es una calamidad —murmuró Lewisham—. Supongo que ese asno de Lagune... Pero, ¿qué dice? «O, en caso de no tener informes, un depósito». Esto es razonable, supongo.

¡Era un depósito tan modesto...! Solamente una guinea. Aunque

las dudas hubiesen sido más fuertes, el aspecto esperanzado de la joven Ethel, dispuesta a ayudar en lo que fuere, ansiosa de trabajar, se las .habría hecho desear.

—Mandándole un cheque le demostraremos que tenemos cuenta corriente en el Banco —dijo Lewisham, cuyas relaciones con el Banco eran todavía lo suficientemente recientes para llenarle de orgullo.

—Le mandaremos un cheque. Y quedará zanjado el asunto.

A última hora de la tarde, después de haber enviado el cheque, las cosas se pusieron más brillantes y la llegada de una carta de anuncios atrozmente grafiados procedentes de Danks y Wimborne. Todas ellas se referían a plazas vacantes para las que Lewisham era manifiestamente inadecuado. Sin embargo, la llegada de aquella carta trajo consigo una confortadora seguridad de que las cosas marchaban por .en camino, y de que había puntos movedizos e inestables en las defensas de aquel mundo que asediaban, pues, intercalando ocasionales zalamerías con destino a Ethel, Lewisham se puso a revisar los apuntes último año, porque ahora que la Botánica había terminado, estaba empezando un curso de Zoología Superior, que era el último salto, como si dijéramos para conseguir la Medalla Forbes. Ethel fue a buscar a su habitación el mejor sombrero que tenía con objeto de hacer ciertos cambios en los adornos, y a volver se sentó en la silla pequeña, mientras Lewisham, con muchos documentos extendidos frente a él se sentaba a la mesa.

Al cabo de unos momentos Ethel levantó la vista de un adorno que estaba colocado en su sombra: para descubrir que Lewisham ya no estaba leyendo sino que tenía la vista extraviada, mirando fijamente al centro de los manteles, con expresión de gran pesimismo. Se olvidó de su sombrero y se quedó mirándole.

—¿En qué piensas? —preguntó, después de un intervalo.

Lewisham tuvo un sobresalto y alzó la vista.

—¿Eh?

—¿Por qué tienes esta cara tan triste? —prosiguió Ethel.

—¿Yo tengo la cara triste?

—Sí. Triste y afligida.

—Estaba pensando en lo que me gustaría echar algún obispo dentro de una caldera de aceite hirviendo.

—¡Qué horror!

—Saben perfectamente que la razón está en contra de lo que predicán. Saben perfectamente que el no creer no es locura ni maldad, y que no puede hacer ningún daño a los demás. Saben también perfectamente que un hombre puede ser tan honrado como el s que nos ilumina, honrado y decente en todos los aspectos, y no creer en lo que ellos predicán. Y sabe también que para que cualquier hombre profese determinada creencia hay que embotarle el sentimiento del honor. Sea la creencia que sea. Y, a pesar de saberlo, no quieren confesarlo. Supongo que querrá: el honor de cada hombre. Si el hombre es rico, irán a alabarlo y a adularlo interminablemente, aunque se ría de todas sus predicaciones. Pero si el hombre es pobre y confiesa no creer en nada de aquello en que ellos escasamente creen, no levantarán ni un dedo para ayudarle contra la ignorancia de sus secuaces. Tu padrastro tenía toda la razón en este aspecto. Saben perfectamente lo que ocurre. Saben que significa mentiras y engaños para muchísima gente, pero les importa un bledo. ¿Para qué? Ellos se lo han tragado. Si a ellos les han enredado, ¿por qué no deben enredarnos a nosotros?

Habiendo elegido Lewisham a los obispos como cabezas de turco en su mal humor, estaba casi a punto de atribuirles también la culpa del clavo de su bota. *Mrs.* Lewisham parecía algo confusa; se dio precisa cuenta, sin embargo, de que su esposo iba a la deriva.

—¿No serás —musitó bajando la voz— un infiel? Lewisham asintió tétricamente, con la cabeza.

—¿Y tú no? —inquirió.

—¡Oh, no! —repuso *Mrs.* Lewisham.

—Pero no asistes a la iglesia, y no...

—No, no asisto a la iglesia —contestó *Mrs.* Lewisham; y añadió, con más aplomo—: Pero no soy ninguna infiel.

—¿Eres cristiana?

—Eso creo.

—Pero toda cristiana... ¿En qué crees?

—¡Oh! En que hay que decir la verdad, obrar bien, no molestar ni perjudicar a nadie, y todo eso.

—Eso no es ser cristiana. Cristiano es el que cree.

—Esto es lo que es ser cristiana según mi parecer —replicó *Mrs.* Lewisham.

—¡Oh! A este tenor cualquiera pueda ser consideráis como

cristiano —dijo Lewisham—. Para todo el mundo está bien obrar bien, y está mal obrar mal.

—Pero no todos hacen lo que piensan —respondió *Mrs.* Lewisham volviendo a su sombrero.

—No —concedió Lewisham, un poco desconcertado por el método de discusión femenino—. No todos hacemos lo que pensamos... Muy cierto.

Quedose mirándola fijamente un momento... Tenía o cabeza algo inclinada a un lado y la vista fija en el sombrero... La mente de Lewisham estaba ocupada por un extraño descubrimiento. Pareció estar a punto de hablar, pero volvió de nuevo a sus apuntes.

Muy pronto el centro de los manteles volvió a ejercer su fascinación sobre Lewisham.

Al día siguiente *Mr.* Lucas Holderness recibió su cheque por valor de una guinea. Desgraciadamente estaba cruzado. Meditó unos momentos y después cogió pluma y tinta y cambió aquel descuidado «una» en «cinco», retocando luego la cifra para que correspondiera con la letra.

Podéis imaginároslo, flaco, cadavérico, pero aún de bastante buen ver, con largo pelo negro, y un indumento semiclerical usadísimos. Hizo las enmiendas con gran gravedad y cuidado. Después llevó el cheque a la tienda de ultramarinos. El tendero lo examinó, lleno de sospechas.

—Cóbrese —dijo *Mr.* Lucas Holderness—. ¿Duda usted? ¡Cóbrese, hombre! No conozco al que me lo ha enviado ni sé lo que hace. Puede que sea un estafador. No puedo responder de él Vaya a cobrarlo a su Banco y vea usted mismo. Ya me devolverá el cambio entonces. Puedo esperar. Ya volveré a llamar dentro de unos días.

—Estaba bien, ¿verdad? —inquirió *Mr.* Holderness, en tono de indiferencia, dos días más tarde.

—Muy bien, *Mr.* Holderness —repuso el tendero con mucho mayor respeto que antes, y le entregó las cuatro libras, trece chelines y seis peniques de cambio.

Mr. Lucas Holderness, que había estado estudiando las existencias del tendero con curiosa intensidad, se animó inmediatamente y compró una lata de salmón. Salió de la tienda con el resto del dinero en la mano porque sus faltriqueras eran viejas y poco dignas de confianza. Al pasar por el horno compró un

panecillo.

Arrancó de un mordisco un gran pedazo de pan así que hubo salido de la tienda, y continuó su camino mascando. Era un trozo de pan tan grande que su boca se contorsionaba en feísimas muecas. Tragó con gran esfuerzo, alargando el cuello varias veces. Sus os expresaban una gran satisfacción animal. Torció por la esquina de Judd Street, mordiendo el pan por segunda vez, y el lector de esta novela, igual que los Lewisham, no sabrá ya más de él nunca más.

CAPÍTULO

XXVI

EL ENCANTO SE DESVANECE

Después de todo, el rosado noviazgo y el menos rosado matrimonio y epitalamio no son sino la aurora de todo lo demás, y a este rosado comienzo le sigue el espacioso intervalo de luz blanca y laboriosa. Por más que se intente detener el curso de aquellos deliciosos momentos, no puede evitarse que se vayan desvaneciendo hasta desaparecer implacablemente. No hay regreso, no hay recuperación, sólo para los tontos existen las viles obscenidades e imitaciones en diversos antros y cámaras oscuras. Seguimos adelante..., crecemos..., nos desarrollamos. Por fin, envejecemos. Nuestra joven pareja, surgiendo ahora de una atmósfera de crepúsculos y luceros, se encontró con un cielo que se agrisaba por momentos y se vieron recíprocamente por primera vez con claridad barn la luz cotidiana.

Sería, tal vez, hablar en favor del refinamiento de Lewisham si se pudiera hacer alusión a cierto moderado y digno enfriamiento, a pequeñas ocultaciones patéticas de decepción y a un decente mantenimiento de la atmósfera sentimental, llegando así, por fin, bajo La plena luz del día. Pero nuestra joven pareja era demasiado ingenua para ello. Los primeros indicios de su mitad de identidad ya han sido descritos, pero ahora resultaría tedioso y lamentable que relatásemos cada una de las pequeñas intensificaciones, matiz por matiz, del conflicto de sus individualidades. Llegaron a enfadarse, llegaron a serias discusiones. La tensión de las constantes preocupaciones les agobiaba: la disminución de los fondos y la ansiosa búsqueda de un trabajo que no llegaba nunca. Y además, en Ethel había que tener en cuenta la depresión de largas, vacantes y solitarias horas en un ambiente insulso y triste. Surgían peleas por las cosas más indiferentes. Una noche, Lewisham estuvo

completamente despierto, lleno de estupor, porque Ethel le había dejado convencido de que a ella le importaba un ardite el Bienestar de la Humanidad, y consideraba que su socialismo era una fantasía y una indiscreción. Y un domingo por la tarde salieron a pasear bajo los más placenteros auspicios, para regresar encendidos y encolerizados, con abundancia de sátiras y punzantes réplicas soltándose libremente de ambas bocas, a propósito de las convenciones sociales descritas en los novelones que leía Ethel. Por alguna razón inexplicable, Lewisham creyó conveniente odiar fuertemente aquellos novelones. Estas embestidas eran, en su mayor parte, meras escaramuzas, y los silencios y situaciones embarazosas que seguían a continuación, se acababan tarde o temprano «haciendo las paces», de una manera tácita o expresa, aunque en una o dos ocasiones el hacer las paces sólo sirvió para volver a abrir la herida que se estaba cicatrizando. Y cada escaramuza dejaba su cicatriz permanente, borrando de una y otra de las líneas de sus vidas los tonos que aún quedaban del colorido romántico de tiempos que eran todavía recientes.

No se presentó ningún trabajo, no tuvieron ninguna entrada complementaria de dinero ninguno de los dos durante cinco larguísimos meses, exceptuando dos cosillas insignificantes. En una ocasión Lewisham ganó doce chelines en un concurso de un semanario de a penique, y en tres ocasiones se presentaron unas porciones infinitesimales de manuscrito para ser mecanografiado, procedentes de cierto poeta que, al parecer se había fijado en el anuncio del *Athenaeum*. Se criaba Edwin Peak Baynes, y tenía una caligrafía achaparrada e informe. Envío varias composiciones líricas cortas, escritas en trozos de papel, con la advertencia de que «deseaba tres copias de cada poesía, escritas hermosamente en distintos estilos» y «sin que se juntaran con sujetadores metálicos, sino con hilos de seda de un color apropiado». Tanto Ethel como Lewisham estuvieron muy preocupados por cumplir adecuadamente dichas instrucciones. Uno de los fragmentos se titulaba *Canción de pájaro*, otra *Sombras de nube*, y otro *Eryngium*, pero Lewisham fue de la opinión que podían muy bien recibir el título colectivo de *Tonterías*. Como pago, este poeta mandó, en contradicción con los reglamentos postales, medio soberano pegado a una postal, rogándole que se quedara con el cambio a cuenta de las futuras

ocasiones que se presentaran. Al cabo de poco tiempo, le fueron devueltas por el poeta en persona varias copias muy alteradas de aquellas composiciones líricas, con esta enigmática instrucción escrita a través del sobre de cada una: «Éste es el estilo que me gusta, sólo que, si es posible, lo sea aún más».

Lewisham había salido, pero Ethel abrió la puerta, de modo que aquel endorso era innecesario.

—Es nada más que un muchacho —explicó Ethel, escribiendo la entrevista a Lewisham, que se mostró curioso por conocerla.

Ambos tuvieron la impresión que la juventud de Edwin Peak Baynes reducía mucho la importancia del empleo.

Desde su matrimonio hasta los exámenes finales en junio, la vida de Lewisham tuvo un aspecto extrañamente anfibio. En su casa estaba Ethel y la constante dolorosa búsqueda de empleo, las irritaciones producidas por las persistentes sobrecargas de *Mrs. Gadow*, etc. En medio de tales cosas Lewisham se ponía prodigiosamente adulto; pero intercalándose en estas experiencias había aquellos intervalos en Kensington, fragmentos de su adolescencia, como si dijéramos, sobrenadando en medio de la nueva materia constituida por su cumplida virilidad, intervalos durante los que él era simplemente un estudiante insubordinado y decepcionante con una creciente disposición al chismorreó. En South Kensington vivía en medio de teorías e ideales, tal como es propio de todo estudiante. En sus reducidas habitaciones de Chelsea, que se fueron volviendo calurosas y bochornosas a medida que fue avanzando el verano, y con él, el cúmulo de folletines de a penique, tan del gusto de Ethel, vivía, en cambio, dentro de su concreta situación particular, y los ideales dejaban sitio a la realidad.

Lewisham percibió borrosamente que era un mundo extrañamente angosto aquél en que floreció su virilidad. Los únicos visitantes eran los Chaffery. Chaffery se presentaba a compartir su cena, y se ganaba la voluntad de Lewisham, a pesar de su truhanería, por su incesante y entretenido monólogo y por el respeto y envidia que expresaba hacia las adquisiciones científicas de Lewisham. Además, a medida que transcurría el tiempo, Lewisham se iba poniendo de acuerdo con la amargura de Chaffery contra todos aquellos que gobiernan el mundo. Le gustaba oírle

hablar de obispos y similares. Chaffery decía elegantemente lo que Lewisham sentía pero no sabía cómo expresar. *Mrs.* Chaffery estaba siempre moviéndose de un lado a otro, figurita desaseada, negra, nerviosa y vaga que iba a ver a Ethel porque ésta, a pesar de sus expresadas creencias de que el amor lo era «todo en todo», encontraba su vida de casada muy aburrida y solitaria mientras Lewisham estaba fuera. Y cuando él volvía, ella se iba apresuradamente, a causa de cierta irritabilidad que la lucha contra el mundo le estaba desarrollando. Lewisham no habló a nadie en Kensington de su matrimonio, al principio porque lo consideraba un secreto delicioso, y luego por otras razones muy distintas. De modo que no había relación en sus dos vidas. Los dos mundos principiaban y terminaban en la verja de hierro de la entrada. Pero vino un día en que Lewisham traspasó esta verja por última vez y su adolescencia quedó terminada para siempre.

En el examen final del curso de Biología, el examen que señalaba el final de su ingreso semanal de una guinea, se dio cuenta perfectamente de que lo había hecho mal. La víspera del día de exámenes le había encontrado atrasado en su trabajo, exaltado, vencido, con el pelo en desorden y las orejas coloradas. Estuvo hasta el último momento luchando obstinadamente para mantener su sangre fría y montar el contacto ciliado del nefridio de una lombriz. Pero los conductos ciliados no dan facilidades a aquellos que tan eludido las prácticas de laboratorio. Se levantó, entregó su ejercicio al moroso asistente de aspecto envejecido que tan lisonjeramente le había recibido ocho meses antes, y salió del laboratorio por la puerta donde se apiñaban todos sus compañeros de estudios.

Smithers hablaba en voz muy alta de las dificultades de la identificación, y el estudiante de las grandes orejas escuchaba atentamente.

—¡Ahí está Lewisham! ¿Cómo te ha ido, Lewisham? —preguntó Smithers sin ocultar su seguridad sobre el resultado.

—Horriblemente... —repuso Lewisham, concisamente, abriéndose paso para largarse.

—¿Te han suspendido? —gritó Smithers. Lewisham hizo como si no lo hubiese oído.

Miss Heydinger estaba allí, con el sombrero en la mano, y miró

los congestionados ojos de Lewisham. Él estuvo a punto de pasar por su lado sin pararse, pero había algo en el semblante de ella que penetró en j mente, y le hizo detenerse.

—¿Pudiste montar el nefridio? —preguntó Lewisham, tan amablemente como pudo.

Miss Heydinger negó con la cabeza.

—¿Irás abajo? —solicitó la joven.

—Eso parece —contestó Lewisham, con una vaga inflexión en su voz, a consecuencia del insulto que acababa de recibir de *Smithers*.

Abrió la puerta vidriera del pasillo que daba a la escalera. Los dos bajaron un tramo de aquella espiral cuadrada, en silencio.

—¿Volverás el año que viene? —preguntó *Miss Heydinger*.

—No —murmuró Lewisham—. No; no volveré nunca más por aquí.

Pausa.

—¿Qué harás? —preguntó ella.

—No lo sé. Tendré que ir a ganarme la vida en alguna parte.

—Pensaba... —empezó a decir *Miss Heydinger*, y se interrumpió para añadir—: ¿Volverás otra vez a casa de tu tío?

—No. Me quedaré en Londres. No sacaría nada con irme al campo. Y, además..., he reñido con mi tío.

—¿Qué piensas hacer? ¿Dedicarte a la enseñanza?

—Supongo que sí; aunque no estoy seguro. Haré cualquier cosa. Lo primero que se presente.

—Ya —musitó *Miss Heydinger*.

Continuaron en silencio durante un rato.

—Supongo que volverás, ¿verdad? —preguntó él.

—Volveré a probar la Botánica, probablemente... si encuentran sitio para mí. Y estaba pensando..., a veces se saben cosas. ¿Me quieres dar tu dirección? Por si supiera algo que pudiese convenirte.

Lewisham se detuvo al pie de la escalera, pensando.

—Claro —dijo.

Pero no hizo ningún esfuerzo para comunicarle su dirección, y ella tuvo que volver a pedírsela.

—¡Aquel maldito nefridio...! —exclamó Lewisham—. No me deja pensar en nada.

Se dieron recíprocamente las direcciones apuntándolas en hojas arrancadas de la libreta de *Miss Heydinger*.

La joven esperó en el vestíbulo, mientras él firmaba en el libro-registro. Al llegar a la verja de hierro de la escuela, dijo la joven:

—Me voy por Kensington Gardens.

Lewisham se sentía irritado por el incidente de las direcciones y no quiso ver la invitación implícita.

—Yo voy hacia Chelsea.

Ella vaciló un momento; se quedó mirándole, perpleja, y dijo:

—Adiós, pues.

—Adiós —contestó Lewisham, quitándose el sombrero.

Atravesó Exhibition Road lentamente con su lustrosa cartera llena de libros, ahora ya muy ajada, en la mano. Se fue, pensativamente, hasta la esquina de Cromwell Road, y allí torció a la derecha, de modo que pudiera avistar el rojo torreón de las Escuelas Ciencia elevándose por encima de los jardines del aseo de Historia Natural. Apesadumbrado, volvió otra vez la cabeza para mirarlo.

Estaba segurísimo de haber sido suspendido en su último examen. Sabía que cualquier carrera, como hombre de ciencia, estaba cerrada para él y para siempre. Y entonces se acordó de la primera vez que había llegado por la misma calle, a aquel gran edificio, y de todas las esperanzas y propósitos que le habían colmado a medida que se iba aproximando. ¡Aquel ensueño de trabajo incesante y perfecto! ¿Hasta dónde habría podido llegar con sólo una verdadera unidad de propósito para realizarlo?

Y había sido en aquellos mismos jardines donde él se había sentado en un banco, con Smithers y Parkman, a la vera de un árbol fósil, para discutir juntos sobre socialismo antes de pronunciar aquella memorable conferencia...

—Sí —murmuró hablándose en voz alta a sí mismo—, sí... Eso también ha terminado. Todo ha terminado.

Entonces la esquina del Museo de Historia Natural le interpuso entre él y su *Alma Mater* que de él se alejaba. Suspiró y volvió el rostro hacia las caldeadas habitaciones de Chelsea y el mundo todavía inconquistado.

CAPÍTULO

XXVII

REFERENTE A UNA PELEA

Era a finales de septiembre cuando ocurrió esta pelea a que nos referimos. Casi todos los matices de color de rosa parecían haberse ya desvanecido, porque los Lewisham ya llevaban seis meses de casados. Sus asuntos financieros se habían transformado de catastróficos en sórdidos. Lewisham había encontrado trabajo. Un maestro militar, de los de la antigua usanza, llamado capitán Vigours, deseaba contratar a alguien que fuese enérgico para sus alumnos atrasados en matemáticas y para enseñar dibujo geométrico, y lo que él se complacía en llamar «Ciencia de Sandhurst». Pagaba a razón de dos chelines por hora sus inciertas demandas sobre el tiempo de que disponía Lewisham. Además, había una clase de Matemáticas elementales, en Walham Green, donde Lewisham tenía que ir a demostrar su capacidad. Cincuenta chelines por semana parecía una cifra creíble, hasta podía esperarse más. Era simplemente cuestión de arreglarse durante el intervalo hasta que Vigours pagase. Y mientras tanto, las blusas de Ethel empezaron a ajarse y Lewisham se abstuvo de hacerse recomponer la bota que se le había resquebrajado en la puntera.

El principio de la pelea fue una trivialidad. Pero: al final se llegó a las generalidades. Lewisham había empezado el día de mal humor y bajo la influencia de una lucha consigo mismo que le había arrebatado: el sueño y un pequeño incidente que nada tenía que ver con sus ostensibles diferencias, le prestó un calor emotivo muy por encima de su verdadero mérito. Al entrar Lewisham por la puerta plegadiza vio una carta encima de las cosas del desayuno que estaban dispuestas sobre la mesa, y la actitud de Ethel parecía indicar rápido retroceso de un no menos rápido movimiento. La carta, de repente, se cayó. Sus ojos se encontraron y Ethel se

sonrojó. Él se sentó y cogió la carta..., algo torpemente acaso. Era de *Miss Heydinger*. Lewisham dudó unos momentos y la llevó hasta mitad del camino del bolsillo; luego decidió abrirla, la carta era muy larga y se puso a leerla. En conjunto la consideró bastante sosa, pero no quiso que esto se dejara traslucir en su expresión.

Cuando la hubo leído se la metió cuidadosamente en el bolsillo.

Aquello, aparentemente, no tuvo nada que ver con la riña. El desayuno ya había terminado cuando comenzó la pelea. Era aquélla una mañana libre para Lewisham, y se dispuso a ocuparla en la revisión de ciertas notas referentes a la «Ciencia de Sandhurst». Desgraciadamente, la búsqueda de su cuaderno de apuntes le hizo entrar en colisión con el montón de folletines de Ethel.

—Estos trastos están por todas partes —exclamó después de una ráfaga de vehemente manipulación—. Te agradecería que los pusieras en orden uno de estos días.

—Ya estaban bastante en orden hasta que tú empezaste a echarlos por todos lados —indicó Ethel.

—¡Maldita porquería! Sólo es buena para quemar —hizo notar Lewisham, al universo en general, y al mismo tiempo tiró un novelón de aquéllos al suelo, con toda mala intención.

—Bueno, tú también intentaste escribir una novela —murmuró Ethel, recordando cierto monumental paquete de papel para escribir que había terminado muy poco antes de que Lewisham encontrase su aplicación industrial.

Este recordatorio tenía en gran manera la virtud de irritarle.

—¿Eh? —preguntó severamente.

—Que intentaste escribir una novela —repitió Ethel... un poco a disgusto.

—No quieres que lo olvide.

—Eres tú quien me lo ha hecho recordar.

Él miró con semblante hostil, durante un rato.

—Bueno; sea como sea, estos trastos son un montón de porquería. No hay ni un rincón limpio en toda la habitación. No hay nada que esté limpio.

—Esto es lo que siempre dices.

—Bueno, ¿hay algo que esté limpio?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

Ethel hizo como si no lo hubiese oído. Pero un demonio se había apoderado de Lewisham.

—Como si tuvieras muchas cosas que hacer —subrayó Lewisham, zahiriéndola de un modo muy inconveniente.

Ethel se revolvió.

—Si *pongo* estos libros en otra parte —dijo con un tremendo énfasis en el «pongo»—, dirás que los escondo. ¿Qué se gana con hacer todo lo posible por complacerte?

El espíritu de la perversidad sugirió a Lewisham:

—Nada, a lo que parece.

Las mejillas de Ethel se ruborizaron, y los ojos le brillaron con no vertidas lágrimas. Bruscamente abandonó la defensiva y soltó, sin ninguna consideración aquello que había estado latente tanto tiempo entre ellos. Su voz se hizo apasionada.

—Nada de lo que hago te satisface, desde que la *Miss Heydinger* esa empezó a escribirte.

Hubo una pausa, un vacío. Ambos parecieron quedar pasmados. Hasta entonces se había mantenido la convención tácita de que ella no sabía nada de la existencia de *Miss Heydinger*. Lewisham vio una luz.

—¿Cómo lo sabías? —empezó por decir; pero vio que aquella actitud era imposible y adoptó una fingida naturalidad; lanzó un «¡uf!» visiblemente rencoroso, y alzando más la voz, añadió en irritado tono de repulsa—: ¡Eres una insensata! ¡Qué cosas de decir! ¡Como si alguna vez te hubieses preocupado de complacerme en algo! ¡Como si no fuese precisamente todo lo contrario!

Se interrumpió, sorprendido por la momentánea percepción de que aquello era una injusticia. Pero rehaciéndose, se lanzó de cabeza al detalle preciso que había intentado eludir.

—¿Cómo supiste que se trataba de *Miss Heydinger*...?

La voz de Ethel sonó entrecortada por las lágrimas.

—No me estaba permitido saberlo, ¿verdad?

—Pero ¿cómo lo supiste?

—Supongo que creerás que no es cosa que deba importarme, ¿verdad? ¿Te has creído que soy de piedra?

—Quieres decir que piensas...

—Sí... lo pienso.

Durante un breve intervalo Lewisham abrió los ojos ante el

resultado que ella había deducido. Buscó algún argumento decisivo alguna línea de convincente raciocinio con que engolfar y ocultar este nuevo aspecto de las cosas. Pero no se le ocurrió nada. Lewisham se encontró sitiado por todos lados. Una oleada irracional se apoderó de él.

—¡Celos! —exclamó—. ¡Celos! Como si... ¿No puedo recibir cartas que hablen de cosas que tú no comprendes... que tú no quieres comprender? Si te pidiera que me la leyeras no podrías... Y precisamente porque...

—Porque nunca me ofreces la ocasión para que lo entienda.

—¿Ah, no?

—¡No!

—¡Vamos...! Al principio estaba siempre intentándolo. Socialismo, religión..., todas esas cosas. Pero tú no te preocupas por nada. A ti no te interesa. ¡No quieres reconocer que yo he reflexionado mucho sobre estas cosas, que a mí me importan muchísimo más cosas! Es inútil discutir contigo. Tú sólo te cuidas de mí en un único aspecto... y todo el resto de que a mí me ataña... ¡no te importa nada! Y porque tengo una amiga...

—¡Una amiga!

—¡Sí..., una amiga!

—¡Vaya...! ¡Por eso ocultas sus cartas!

—Porque te estoy diciendo que no entenderías una palabra de lo que en ellas se trata. Pero, ¡bah! No quiero discutir. No me da la gana, ¡ea! Tú tienes celos, y esto es una tontería.

—Bueno, dime: ¿quién no tendría celos, pues?

Él se la quedó mirando como si aquella pregunta fuese de muy difícil comprensión. El tema era muy difícil..., era invenciblemente difícil. Lewisham inspeccionó con la mirada la habitación, para despistar. El cuaderno de apuntes que él había desenterrado de entre los folletines de ella yacía sobre la mesa y le hizo acordarse del perjuicio de tantas horas echadas a perder. Su rabia estalló. Se arrojó bruscamente hacia las cosas fundamentales, gesticulando violentamente.

—¡Esto no puede seguir! —gritó—. ¡Esto no puede continuar! ¿Cómo puedo trabajar? ¿Cómo es posible hacer nada?

Dio tres pasos y se encontró en el centro de la habitación.

—Eso no lo aguanto... ¡No quiero seguir así! Disputas...,

pendencias..., incomodidades. Mira: esta mañana quiero trabajar. ¡Quiero repasar las notas! Y en lugar de dejarme que trabaje, me vienes a armar camorra...

Esta grosera injusticia hizo que la voz de Ethel se agudizara en un grito:

—Yo no vine a armar camorra...

La única respuesta a esto era echarse a gritar, y Lewisham gritó:

—¡Tú has venido a armar camorra! ¡A armar una bronca! ¡Has empezado la disputa... por celos... de mí! ¿Cómo puedo hacer algo así? ¿Cómo se puede vivir en semejante casa? Me iré. Mira: me iré. ¡Iré a Kensington y trabajaré allí!

Sintió que se le habían acabado las palabras y que Ethel estaba a punto de hablar. Miró enfurecido a su alrededor, buscando la culminación a la escena. Era menester tomar una decisión instantánea. Vio vertebrados de Huxley sobre la mesilla auxiliar; se abalanzó sobre el libro, describió con él un trascendental arco en el aire y lo tiró violentamente al hogar apagado.

Durante un momento pareció buscar otro proyectil. Vio que su sombrero estaba sobre la cómoda, lo cogió de un tirón, y salió trágicamente del cuarto.

Vaciló, con la puerta medio cerrada, luego la abrió de par en par y salió dando un vehemente portazo. Así el mundo quedó advertido de la justicia de su furia y Lewisham salió a la calle cargado de razón.

Anduvo a grandes zancadas sin parar mientes en la dirección que tomaba, por una serie de calles llenas de gente atareada que se dirigía presurosamente a sus quehaceres. Por puro hábito los pies le hicieron torcer por Brompton Road. El raudal hacia levante del tráfico matutino le absorbió en su seno. ¿Por qué se había casado con ella? Esto era lo que se repetía como una lección. ¿Por qué aciaga tretra del destino se había casado con ella? Pero, al menos, ya había dicho la palabra decisiva. ¡No lo toleraría! Aquello tenía que terminar. Las cosas se habían puesto intolerables y había que acabar de una vez. Se puso a meditar todas las cosas devastadoras que le diría en seguida, en cumplimiento de esta resolución. Hasta proyectó actos de crueldad. Con esos procedimientos demostraría claramente que no estaba dispuesto a aguantar más. Tuvo buen cuidado en abstenerse de inquirir qué era que no aguantaría.

¿Por qué aciaga treta del destino se había casado Ethel? El ambiente en que se encontraba se mezcló de algún modo con el amasijo de sus ideas. Los enormes y alargados edificios, de hierro acanalado, que culmina el Museo de Arte, el truncado Oratorio oblicuos con respecto a la calle, parecían tener disputa con el destino parecida a la suya. ¿Por aciaga treta del destino? ¿Después de tan altas ilusiones!

Se encontró con que sus pensamientos le habían hecho pasar de largo ante la portería del museo. Volvió hacia atrás, lleno de irritación, y entró por el torniquete. Ya dentro del museo, pasó por debajo de la Galería de Hierros Antiguos, camino de la Biblioteca Educativa. La extensión de las mesas, las estanterías llenas de libros, ofrecían un amable refugio...

Así estaba Lewisham por la mañana. Mucho antes: del mediodía todo el vigor de su cólera había desaparecido, como había desaparecido toda su apasionada convicción de la inutilidad de Ethel. Sobre un reverso: de trabajos geológicos omitidos presentó un anverso de melancolía. Su memoria le presentó una imagen de sí mismo como de una persona escandalosa, intolerante e injusta. ¿Por qué diablos había ocurrido: todo aquello?

A las dos iba camino de la casa de Vigours con actitud de agudo remordimiento. Cómo se obró la transición, es cosa que no puede ser descrita en palabra: porque las ideas son más sutiles que las palabras, las emociones infinitamente más vagas aún. Pero al menos una cosa es muy concreta: que tuvo cien, recuerdo.

Aquel recuerdo se le presentó como yendo a la deriva hacia él, a través del techo de cristal de la biblioteca, allí arriba de todo. Al principio no lo percibí, como un recuerdo, sino como un irritante obstáculo a la atención. Dio un golpe con la palma de la mar en las páginas abiertas del libro que tenía delante.

—«¡Maldita sea esta gaita infernal!», —murmuró.

En seguida hizo un movimiento de nerviosismo y se tapó los oídos con las manos.

Luego apartó los libros, se levantó, y se puso a vagar por la biblioteca. El órgano se interrumpió bruscamente en mitad de un compás, y se desvaneció en el silencio ambiente del espacio.

Lewisham, que estaba de pie, cerró un libro de golpe y volvió a su asiento.

Al momento se oyó a sí mismo canturreando una tonada lánguida, y pensó otra vez en aquella disputa que se había imaginado desterrada de su mente. ¿Por qué diablos había ocurrido todo aquello? Tuvo la curiosa sensación de que algo se había soltado, de que algo se le estaba deslizando en la mente. Y como fuera a modo de respuesta, surgió una visión de Whortley, una visión singularmente lúcida. Era bajo la luz de la luna, en un altozano; allá abajo, en la llanura, se destacaba el pueblo, iluminado y cálido, y la escena iba acompañada de música, de una tonada lúgubrementemente sentimental. Por algún ignoto motivo aquella música tenía el timbre de un órgano callejero, aunque él bien sabía que en realidad procedía de una banda, y a ella iba asociada la fórmula mística de ciertas palabras que aún recordaba:

*Dulces rostros de ensueños y desengaños,
Nos traen el recuerdo de los lejanos añosos.*

Esta tonada no sólo reproducía la imagen con gráfica diafanidad, sino que arrastraba en su zaga una enorme nube de emoción irracional, emoción que, tan sólo un momento antes, parecía desaparecida para siempre de su ser.

¡Lo recordó todo! Él había bajado por la cuesta y Ethel estaba a su lado...

¿Cómo había podido tener semejantes sentimientos para con ella?

—«¡Bah!», —exclamó—, volviendo a sus libros.

Pero la tonada y el recuerdo habían ganado terreno, arraigándose en su conciencia; con él se quedaron durante su escaso desayuno a base de leche y *scones* (ya había resuelto al salir de casa no volver a ella para la comida), y, camino de la casa de Vigours, insistieron de nuevo recabando su atención. Pudiera ser que una comida a base de *scones* y leche produjera ya de por sí una mayor suavidad en las ideas. Se sintió sobrecogido por un sentimiento de extraordinaria contradicción, de infinita perplejidad. Pero entonces —se preguntó—, «¿cómo diablos hemos llegado hasta eso?».

Lo cual, ciertamente, constituye una de las prestas fundamentales del matrimonio.

Los tumultos de la mañana habían dado lugar a una calma casi

científica. Muy pronto estuvo batallando con la cuestión como un hombre. No se podía dudar de ello: se habían peleado. Fue una verdadera riña; se habían enfrentado mutuamente, hiriéndose con palabras, observándose para zaherirse mejor, tratando de lastimarse en los más profundos sentimientos. Intentó recordar cómo habían ido las cosas: todo lo que él había dicho y lo que ella había replicado. Pero no pudo. Se había olvidado de muchas frases y discusiones. Todo aquello estaba en su memoria, no como una secuencia de acontecimientos, sino como una colección de frases estáticas e inconexas, con cada una de las frases embotada, permanente, sin consecuencia, como una inscripción funeraria. Y de la escena misma sólo se le presentaba una imagen: la de Ethel con el rostro encendido y los ojos brillantes de lágrimas.

El tráfico en una encrucijada le distrajo la atender durante un rato. Al llegar al otro lado se sintió más impresionado por el vivo contraste del cambio de relaciones que se había operado entre ellos dos. Hizo un último esfuerzo para acusarla, para demostrar que era ella exclusivamente a quien había que reprocha aquella transición. Ethel se había peleado con él, y él había peleado deliberadamente porque estaba celos: Estaba celosa de *Miss Heydinger* porque era una estúpida. Pero ahora aquellas acusaciones se desvanecían como humo a medida que las formulaba. No obstante, la imagen de las dos figuritas bajo la luz de la luna pretérita no se desvanecía. Fue en las angosturas de Kensington, High Street, donde Lewis, abandonó toda forma de proceso. Y una vez pasado el Ayuntamiento dio un nuevo paso dentro del laberinto de sus ideas. ¿No sería posible, después de todo, que hasta cierto punto, fuera él el principal culpable?

Fue instantáneamente como si hubiese estado percatado de ello durante todo el tiempo.

Una vez llegado a esta convicción, se puso a andar más rápidamente, y aún no había dado cien pasos cuando la lucha podía darse por terminada. Lewisham le había echado de cabeza en el abismo azul del remordimiento. Y todas aquellas cosas que habían tan dramáticas y violentas, todas aquellas cosas punzantes y brutales que él había pronunciado, ya que eran como inscripciones funerarias, sino escritas en flamígeras letras acusadoras. Intentó imaginarse que él no había dicho nada de todo aquello, que su

memoria le estaba engañando; intentó suponer que había dicho algo, tal vez similar, pero mucho menos violento. Intentó, con idéntica futilidad, cicatrizar sus propias heridas. Sus esfuerzos sirvieron únicamente para medir la magnitud de su caída.

Lo había recobrado todo. Ahora lo veía bien. Trajo a su mente el recuerdo de Ethel; Ethel bajo la luz sol en la avenida; Ethel blanca bajo la luz de la Luna antes de despedirse frente a la casa de los Frobisher; Ethel al salir de la casa de Lagune, saludándole, a punto para emprender su cotidiano paseo nocturno; Ethel recién casada, tal como vino a él a través de las puertas plegadizas, radiante en el esplendor que las emociones de él la adornaban, y, por fin, Ethel enojada, despeinada, con el rostro manchado de lágrimas, en aquella habitación desaseada y mal iluminada. ¡Todo aquello acompañado de la cadencia una tonadilla de gaita! ¡De aquello a esto! ¿Cómo había sido posible pasar de aquel amanecer opalino a este día tan tétrico y triste como el presente? ¿Qué era lo que se les había ido? Él y ella, que andaban juntos brillantemente en su recién despertado recuerdo, ¡eran los mismos que habían vivido tan acertadamente durante las últimas semanas de infelicidad!

Su estado de espíritu se hundió durante un rato en sinfonía de lamentaciones. Ahora la implicaba, todo lo más, en calidad de compañera suya en su fracaso.

—«¡Qué enredo hemos armado! —Fue su nuevo tema—. ¡Qué enredo!».

Lewisham conocía el amor no por lo que era, sino por algo más antiguo y más imperativo que la misma razón. Ahora estaba convencido de que la amaba y de que su reciente furia, su hostilidad, su condena de la actitud de ella eran debidas al imperio de alguna influencia externa sobre su mente. Reflexionó, incrédulamente, en el largo decaimiento de su ternura que había seguido a los primeros días de su mutua delicia, la disminución de cariño, la primera vez que: sucumbió a la irritabilidad, las noches que había pasado trabajando tenazmente, resistiendo a todos su sentidos ante la presencia de ella. «No se puede estar siempre haciendo el amor», había dicho; y así fue como empezaron a distanciarse insensiblemente. Luego, en diversas pequeñas cosas él no había tenido paciencia, y no había sido justo. La había zaherido con su brusquedad, con sus críticas poco comprensivas, y por

encima de todo, con su absurdo secreto en lo de las cartas de *Miss Heydinger*. ¿Por qué demonios le habría ocultado aquellas cartas? ¡Como si en ellas hubiese nada que ocultar! ¿Qué había digno de ocultarse? ¿Qué posible antagonismo podía haber? Y, sin embargo, era debido a cosas insignificantes como ésa por lo que actualmente su amor era como un objeto valioso que hubiese caído en manos brutales: arañado, descantillado y empañado, y en peligro de quedar destruido por completo. La actitud de ella respecto a él había cambiado, y entre los de se abría un abismo que él tal vez no fuese nunca capaz de salvar.

—«¡No! ¡No será! —exclamó—. ¡No será!».

Pero, ¿cómo volver al antiguo trato? ¿Cómo borrar lo que él le había dicho, lo que se había hecho?

¿Podrían volver atrás?

Durante un momento se enfrentó con una nueva posibilidad. ¿Y si no pudieran hacer marcha atrás? ¿Y si el mal ya estaba hecho? ¿Y si cuando él salió dando un portazo, la puerta se hubiese cerrado con llave, y quedase cerrada con llave para siempre?

«¡Pero hay que hacerlo! —se dijo Lewisham—. ¡Tenemos que hacerlo!».

Percibió claramente que aquél no era asunto de razonadas excusas. Tenía que volver a empezar, tenía que volver a su primera emoción, tenía que echar por la borda la abrumadora presión de los esfuerzos, tensiones nerviosas y necesidades de la vida cotidiana que estaban destruyendo todo el calor y el colorido de sus vidas. Pero, ¿cómo? ¿Cómo?

Tenía que volver a enamorarla, a galantearla, a hacerle el amor. Pero, ¿cómo empezar...? ¿Cómo indicar cambio? Había habido muchas cosas antes: tratados mutuos, concesiones de mala gana, habían hecho las paces en diversas ocasiones. Pero esta vez era todo distinto. Intentó imaginar algo que pudiera decirle, alguna imploración. Todo lo que se le ocurrió lo encontró frío y duro, o lastimoso y carente de dignidad, o teatral y necio. ¿Y si la puerta estuviese de veras cerrada? ¿Y si ya fuera demasiado tarde? En cada dirección sólo se enfrentaba con los erizados recuerdos de incidentes desagradables. Tuvo un vislumbre de cómo debía de haber cambiado él a los ojos de ella, entonces todo se le volvió intolerable. Porque ahora estaba segurísimo de amar aún a Ethel

con todo corazón.

Y, de pronto, se encontró frente al escaparate de una florista, en el centro del cual había un esplendoroso macizo de rosas.

Se dio cuenta de las rosas antes con los ojos que con la mente. Vio unas rosas blancas, virginales, rosas de té, rosadas y carmesíes, los matices de la carne de la perla, flores ricas, hechas una masa de fragante color, perfumes visibles, y en medio de ellas una ::a de color rojo oscuro. Era, como si dijéramos, el de color de su emoción. Se detuvo bruscamente.

Volvió hacia el escaparate y se lo quedó mirando fijamente. Era magnífico; pero, ¿por qué le atraía de aquel modo tan particular?

Entonces percibió, como si fuera la evidencia misma lo que tenía que hacer. Esto era lo que él deseaba. Ésta era la nota que había de dar. Entre otras cosas, porque así rechazaría la maldita adoración al opresivo dominio de sí mismo que constituía una de las incesantes tensiones que existían entre ellos dos, aquellas rosas llegarían a ella inesperadamente, florecidas luego, después de las rosas, regresaría él.

Súbitamente toda aquella gris confusión huyó de su mente; Lewisham volvió a ver el mundo lleno de color. Vio la escena que deseaba, límpida y brillante vio a Ethel, no ya amargada y llorosa, sino contenta como había parecido siempre contenta antaño. Le latidos del corazón se le aceleraron. Era una reconciliación lo que se requería, y él la daría.

Alguna débil vocecilla de indiscretas alusiones chilló un momento y se desvaneció. Sabía que poseía un soberano en el bolsillo. Entró.

Se encontró frente a una bonita joven, vestida de negro. No sabía qué decir. Nunca había comprado; flores hasta entonces. Miró a su alrededor en busca de inspiración. Luego señaló las rosas.

—Quiero estas rosas —dijo.

Salió con unas pocas monedas de plata, restos del soberano que había cambiado. Las rosas tenían que ir a casa de Ethel, adecuadamente empaquetadas; debían serle entregadas, según sus instrucciones expresas, a las seis.

—A las seis —había reiterado Lewisham, con mecha viveza.

—De acuerdo —dijo la joven del traje negro, que a duras penas pudo contener una sonrisa—. En esta casa estamos acostumbrados a

enviar flores.

CAPÍTULO

XXVIII

LA LLEGADA DE LAS ROSAS

¡**Y** las rosas se extraviaron!

Cuando Lewisham regresó de casa de Vigour ya eran cerca de las siete. Entró en su casa latiéndole el corazón fuertemente. Esperaba encontrarla con Ethel excitada y las rosas magníficamente expuestas. Pero el rostro de Ethel estaba pálido y cansado. Se quedó tan sorprendido al verla que el saludo que traía preparado se extinguió antes de formularlo. ¡Había fracasado! Se dirigió a la salita y no vio rosas por ninguna parte. Ethel pasó por su lado y se quedó mirando por la ventana, dándole la espalda. Aquellos instantes en suspenso llegaron a hacerse hasta dolorosos...

Se vio obligado a preguntar, aunque estaba seguro cuál sería la respuesta:

—¿No han traído nada?

Ethel se quedó mirándole.

—¿Qué tenían que traernos?

—¡Oh! ¡Nada!

Ethel volvió a mirar por la ventana.

—No —dijo lentamente—. No han traído nada.

Lewisham trató de decir algo, algo que pudiera echar un puente por encima de la distancia que había entre ellos dos, pero no se le ocurrió nada. Tenía que esperar hasta que llegasen las rosas. Se quitó las botas y transcurrió una hora tétrica hasta que cenaron. La cena constituyó un frío ceremonial, adornado con las necesarias observaciones, excesivamente corteses en esta ocasión. La desilusión y la exasperación oscurecieron el alma de Lewisham. Empezó a sentirse irritado contra todo... hasta con ella... y dio cuenta de que Ethel todavía creía que él estaba encolerizado, cosa que le encolerizó de verdad con su mujer. Él volvió a sus libros y ella

ayudó a la criada de *Mrs.* Gadow a quitar la mesa; de pronto oyó llamar a la puerta de la calle, con los nudillos.

«Por fin han llegado», se dijo a sí mismo, animándose, pero dudando sobre si largarse o asistir a su recepción. La criada era un estorbo. Entonces oyó la de Chaffery, y masculló un «¡maldito sea!».

Lo único que ahora podía hacerse si llegaban las rosas, era salir al pasillo, recogerlas y llevarlas al dormitorio por la puerta que daba de éste al pasillo. Sería desagradable que Chaffery fuese testigo de aquella fase sentimental. Podía lanzar alguna chanza que quedara en la memoria de ellos dos para siempre.

Lewisham intentó demostrar claramente que no estaba para visitas. Pero Chaffery estaba contentísimo y podía haber animado él sólo una docena de recepciones más frías que aquélla; se sentó en su silla preferida sin que nadie le hubiera invitado a ello.

Ante *Mr.* y *Mrs.* Chaffery los Lewisham ocultaban cualquier diferencia que pudiera haber entre ellos bajo la capa de una insincera cordialidad. Chaffery se encontró en seguida hablando con toda libertad sin la menor sospecha de la crisis en que estar sumido el joven matrimonio. Se sacó dos puros del bolsillo.

—He tenido un momento de locura —dijo—. Por una vez, me he dicho, el honrado se fumará al adorable... o el admirable se fumará al honrado... Como gustéis. ¿Quiere fumar uno? ¿No? ¡Ah! ¡Estos austeros principios que usted tiene! Si los quebranta todavía encontrará más placer en fumar. Pero, realmente me gustaría que usted me acompañase a fumar. Porque esta noche desbordo benevolencia.

Cortó el cigarro con cuidado, lo alumbró ceremoniosamente, esperando, hasta que no ardió más la madera en el fósforo. Durante un minuto entero permaneció silencioso, envuelto en grandes bocanadas de humo. Después volvió a tomar la palabra, adornan; sus frases con variadas y hermosas espirales.

—Hasta el presente —continuó—, sólo he jugueteado con la bellaquería.

Como Lewisham no dijo nada, Chaffery, después de una pausa, reanudó la conversación.

—Hay tres clases de hombres en el mundo, hijo: tres y nada más que tres, y de mujeres sólo hay una ciase. Hay los hombres dichosos, los bellacos y los tontos. Los híbridos no cuentan. Y en mi

opinión, los bellacos y los tontos son muy parecidos.

—Así será —repuso Lewisham, sin ningún interés contemplando ceñudo la lumbre.

Chaffery le echó una mirada.

—La sabiduría habla por mi boca. Esta noche éste hablando de una marca especial de sabiduría. Está demostrando mi sabiduría más fina y añeja, porque como ya se dará cuenta algún día..., el día de hoy nos ofrece una ocasión especial. ¡Y usted tan distraído!

Lewisham alzó la vista.

—¿Cumpleaños? —preguntó.

—Ya verá más adelante. Pero ahora estaba haciendo observaciones áureas sobre los bellacos y los tontos. Hace mucho tiempo que me convencí de la absoluta necesidad de la rectitud y la honradez si se quiere ser feliz. Estoy tan convencido de esto como de la existencia del sol en el firmamento. ¿Le sorprende? — Bueno..., difícilmente se compagina...

—No. Ya lo sé. Ya le explicaré todo eso. Pero permítame que le explique el secreto de una vida feliz. Déjeme que se lo diga como si me hallara en mi lecho de muerte y éste fuera un regalo de despedida. En primer lugar, integridad mental. Pruébelo todo y agárrese fuerte a aquello que demuestre ser cierto. No deje que el mundo le reserve sorpresas ni ilusiones. La naturaleza está llena de crueles catástrofes. El hombre es un mono físicamente degenerado, hay que saber dominar cada apetito, cada instinto. No se halla la salvación en la naturaleza de las cosas, pero sí en la naturaleza del hombre, sea el grado de salvación que sea; enfréntese con estos dolorosos hechos. Supongo que me entiende, ¿verdad?

—Siga —respondió Lewisham, con el gesto típico que usaba en la Sociedad de Debates, pues deseaba aquella tesis prevaleciera durante unos minutos sobre la idea de las rosas.

—Durante la juventud, ejercicio y aprendizaje, durante la adolescencia, ambición; y durante la madurez, amor y no pasión volandera.

Chaffery estaba muy solemne e insistente, y extendió su flaco dedo índice para acentuar este punto.

—La resultante de ello es un matrimonio joven y decente, y luego los hijos, junto con un trabajo recio y honesto, para ellos y también para el Estado en que todos viven; una vida dedicada a la

familia, y al llegar al crepúsculo, un enorme orgullo... He aquí la vida feliz. Puede usted estar seguro de que la vida feliz consiste en eso; la vida de la Selección Natural ha estado tomando forma para el hombre desde que empezó la vida. Así puede un hombre sentirse feliz desde la cuna al sepulcro...; al menos, medianamente feliz. Y para cumplir con todo esto se necesitan sólo tres cosas: un cuerpo sano, una inteligencia sana y una voluntad sana... Una voluntad sana.

Chaffery hizo una pequeña pausa después de la repetición.

—No hay otra felicidad duradera. Y cuando todos los hombres sean sensatos, todos buscarán esta vice ¡Fama! ¡Riqueza! ¡Arte...! Los pieles rojas adoran a los locos, y nosotros estamos aún tan atrasados que respetamos a los más sensatos de estos locos. Pero lo que yo digo es que todos los hombres que no llevan una vida feliz son bellacos o tontos. Al tullido, pobre diablo, le considero como una especie de loco de cuerpo.

—Sí —asintió Lewisham—. Así es.

—Ahora bien: el tonto no es feliz a causa de la insuficiencia de su mente, que le hace calcular mal, tropezar y embarrancar, y le pone trabas, hasta que cualquier vaivén o cualquier artificio lo borra de la faz de la tierra; saca su pasión de algún libro, y su esposa de algún lupanar, y se pelea por cualquier causa miserable; las amenazas le atemorizan, la vanidad le seduce, y fracasa en todo por su ceguera. Pero el bellaco que no sea tonto fracasa contra la luz. Hay muchos bellacos que también son tontos... la mayoría pero hay algunos que no lo son. Yo me conozco: sé que soy un bellaco y no un tonto. Lo esencial del bellaco es que le falta la voluntad, la capacidad de buscar el camino de su mayor bien. El bellaco aborrece la persistencia. Angosto es el camino y estrecha la puerta; el bellaco no puede seguir por este camino y el tonto no puede dar con él.

A Lewisham se le escapó algo de lo último que dijo Chaffery, porque alguien llamó con los nudillos en la puerta exterior. Se levantó, pero Ethel se anticipó. Ocultó su ansiedad tan bien como pudo. Sintió un gran alivio al oír que se cerraba de nuevo la puerta de la calle y que los pasos de Ethel se dirigían al dormitorio por la puerta del pasillo. Lewisham volvió a prestar atención a Chaffery.

—¿Se le ha ocurrido nunca —preguntó Chaffery, aparentemente

sin relacionar aquello con nada de lo que había estado diciendo—, que la convicción intelectual no es ningún motivo? Es igual que un mapa de ferrocarriles, el cual de por sí es incapaz de hacer correr un tren.

—¿Eh? —dijo Lewisham—. Mapa..., correr un tren... Claro, sí. Es decir, no.

—Éste es precisamente mi caso —prosiguió—. Es el caso del bellaco puro en todas partes. Nosotros no somos tontos..., porque sabemos. Pero más allá corre la carretera, ventosa, dura y, austera, la especie de felicidad reseca que perdura; y aquí está el agradable atajo... fresco y lozano, hijo mío, fresco y lozano, tal como lo cantan los poetas, con algún cepo que otro entre las flores...

Ethel entró por las puertas plegadizas. Miró a Lewisham, se quedó de pie unos momentos, se sentó en un sillón de mimbre como si fuese a reanudar un trabajo doméstico de costura que yacía sobre la mesa, luego se levantó, y desapareció otra vez dentro del dormitorio.

Chaffery continuó extendiéndose sobre la naturaleza transitoria de la pasión y de todas las experiencias ingeniosas y gloriosas. Lewisham dejó de oír párrafos enteros de aquel discurso, atento sólo a las rosas. ¿Por qué había vuelto Ethel al dormitorio? ¿Sería posible...? En aquel momento volvió a entrar ella, y se sentó de modo que él no pudo verle la cara.

—Si hay algo que pueda competir con la vida sana es la vida de aventuras —seguía diciendo Chaffery— que tengan buen cuidado los aventureros en rogar por una muerte temprana, porque con las aventuras sobrevienen las heridas, y con las heridas las enfermedades, y, exceptuando en las novelas, las enfermedades afectan al sistema nervioso. Los nervios mueren. ¿Y dónde estás, entonces, hijo mío, sin nervios?

—¡Pst! ¿Qué es eso? —interrogó Lewisham.

Era otra llamada a la puerta de la calle. Sin hacer caso del raudal de áurea sabiduría, salió inmediatamente para abrir la puerta a un caballero, amigo de *Mrs. Gadow*, el cual se metió pasillo adentro desapareciendo escaleras abajo. Cuando volvió a su habitación, Chaffery estaba de pie, dispuesto a marcharse.

—Podría haberme quedado más rato hablando con usted —murmuró—, pero ya veo que está preocupado por algo. No quiero

molestarle adivinándosela. Algún día recordará...

No dijo más, pero dejó caer la mano sobre el hombro de Lewisham.

Podría parecer casi que estaba ofendido por algo.

En otra ocasión Lewisham se habría mostrado propiciatorio, pero ahora no ofreció excusa alguna. Chaffery se volvió hacia Ethel, mirándola con curiosidad un momento.

—Adiós —dijo, alargándole la mano.

Al llegar al umbral de la puerta, Chaffery miró a Lewisham también con curiosidad y pareció sopesar el pro y el contra de alguna observación.

—Adiós —repitió por fin, con algo en sus maneras que hizo que Lewisham se quedase un momento en la puerta mirando la figura de su suegro, que se alejaba. Pero inmediatamente las cosas volvieron a predominar.

Cuando volvió a entrar en la habitación se encontró a Ethel ociosamente sentada ante la máquina escribir, jugueteando con el teclado. Al verle entrar, Ethel se levantó para sentarse en el sillón con sus novela rosa que le ocultaba el rostro. Él la miró con una mirada llena de preguntas. Después de todo, aún no habían llegado. Ahora Lewisham se hallaba profundamente decepcionado e irritadísimo contra la inefable florista del traje negro. Miró la hora en su reloj y luego cogió de nuevo un libro y pretendió hacer ver que leía, mientras en realidad estaba componiendo un tremebundo discurso de protesta para soltárselo a la florista a la mañana siguiente. Dejó aparte el libro, fue a buscar su cartera negra, la abrió y la volvió a cerrar, sin objeto. Miró de soslayo a Ethel y vio que ésta le estaba mirando de soslayo a él. No pudo comprender en absoluto la expresión de su mujer.

Se agitó un poco por el dormitorio, sólo porque sí, y se detuvo de pronto, petrificado.

Tuvo una extraordinaria sensación de olor a rosas. Tan fuerte era aquel olor que abrió la puerta que daba al pasillo esperando encontrar allí una caja de flores, que hubiese llegado misteriosamente. Pero en pasillo no había ningún olor a rosas.

Entonces vio al lado de su pie un misterioso objeto de un pálido color crema, y agachándose, recogió un pétalo de rosa de té. Se quedó con él en la mano, perplejo. Percibió un ligero desorden en el

tocador y lo relacionó con el pétalo por simple intuición.

¡Dio dos pasos hacia el mueble, levantó la tapa y vio las rosas todas apretadas!

Se quedó boquiabierto como el que se zambulle de frente en agua fría. Permaneció allí inclinado con la tapa levantada.

Ethel apareció en la puerta y su expresión era muy rara. Lewisham se quedó mirando el rostro de su mujer, blanco como el papel.

—¿Por qué diablos pusiste mis rosas ahí? —preguntó.

Ella se quedó mirándole con los ojos muy abiertos. Su rostro reflejaba su enorme asombro.

—¿Por qué pusiste mis rosas ahí? —preguntó de nuevo Lewisham.

—¡Tus rosas! —exclamó Ethel—. ¡Qué! ¿Fuiste tú quien envió esas rosas?

CAPÍTULO

XXIX

ESPINAS Y PÉTALOS DE ROSA

Lewisham se quedó inclinado sobre el tocador, mirando a Ethel, dándose cuenta sólo muy lentamente del significado de las palabras de su mujer.

Luego se le fueron aclarando los conceptos.

Cuando Ethel vio que la comprensión alboreaba el rostro de su marido, emitió un grito de consternación, dio unos pasos y se sentó en la sillita del dormitorio; se volvió entonces hacia él y empezó a formular una frase:

—Yo —dijo, y se interrumpió en seguida, con un gesto impaciente de las manos, añadiendo sólo—. ¡Oh!

Lewisham se irguió y se quedó mirándola. El cesto de las rosas estaba volcado entre ellos dos.

—¿Pensaste que esas flores venían de otra persona? —preguntóle, intentando percatarse bien de aquella... inversión del universo.

Ethel hizo girar los ojos.

—No lo sabía —jadeó—. Una trampa... ¿Era de suponer... que vinieran de ti?

—Pensaste que procedían de otra persona —repitió él.

—Sí —susurró Ethel—. Lo pensé

—¿De quién?

—De *Mr.* Baynes.

—¿De aquel muchacho?

—Sí; de aquel muchacho.

—¡Vamos!

Lewisham miró a su alrededor, como un hombre que se hallara en presencia de lo inconcebible.

—¿Quieres decir con esto que te las entendías con el pollo ese, a

mis espaldas? —preguntó.

Ethel abrió los labios para hablar y no encontró palabra que decir.

Su palidez aumentó todavía más, hasta que todo matiz de color desapareció de su rostro. Lewisham se a reír y apretó los dientes. Marido y mujer se miraron.

—Nunca lo hubiera ni soñado —dijo él en tono irreprochable.

Se sentó en la cama, removiendo los pies por entre las esparcidas rosas con una especie de lúgubre satisfacción.

—Nunca lo hubiera ni soñado —repitió. Dio un puntapié al endeble cesto de flores, que salió dando tumbos de un modo indigno, hasta atravesar las plegadizas puertas para detenerse en la salita, dejando rastro de pétalos rojos.

Estuvieron sentados inmóviles durante quizá dos minutos, y cuando él volvió a hablar lo hizo con voz ronca, recurriendo a una antigua fórmula.

—Mira —dijo, aclarándose la garganta—, no sé si imaginas que voy a aguantar esto, pero tienes que saber que no lo voy a aguantar.

La miró.

Ella permaneció sentada frente a él, con los ojos abiertos, sin hacer ningún intento para atajar el desastre.

—Al decir que no voy a aguantarlo —explicó Lewisham—, no quiero significar que voy a armar un escándalo ni nada parecido. Se puede disputar y estar desilusionado de... de otras cosas... y seguir adelante. Pero esto es algo muy distinto... ¡Todos los sueños e ilusiones...! ¡Piensa en lo que yo he perdido en este desventurado matrimonio! Y ahora... Tú no comprendes...

—Ni tú tampoco —repuso Ethel, llorando, pero sin mirarle ni mover las manos, que yacían inertes en la falda—. Tú sí que no comprendes.

—Ahora empiezo.

SE calló, haciendo acopio de fuerzas.

—En un año —dijo él—, todas mis esperanzas, tocáis ambiciones han desaparecido. Ya sé que he sido pesado e irritable..., eso ya lo sé. Han tirado de mí por dos lados. Pero... te compré esas rosas.

Ella miró las rosas, y luego al pálido rostro de él hizo un movimiento imperceptible en dirección de su marido y volvió a quedarse impasible.

—Estoy pensando una cosa. He descubierto que eres muy superficial y que no crees que puedas sentir cosas que yo siento y pienso. Pero esto lo he pasado por alto. Sin embargo, creí que me eras fiel...

—¡Y lo soy! —exclamó Ethel.

—¡Bah...! ¡Y metes mis rosas debajo de la mesa!

Otro silencio ominoso. Ethel se movió y Lewisham volvió los ojos para ver lo que ella se proponía hacer. Ethel se sacó un pañuelo y empezó a secarse los ojos que estaban secos; rápidamente, primero uno y después el otro. Luego empezó a sollozar.

—Te soy... tan fiel como tú... al menos —dijo ella

Durante un momento Lewisham se quedó estupefacto. Pero enseguida percibió claramente que debía dar de lado aquel argumento.

—Yo estaba dispuesto a aguantarlo todo..., todo lo habría aguantado con tal que tú me fueses fiel..., con tal de poder estar seguro de ti. Soy un tonto, ya sé, pero hubiera pasado por la interrupción de mi trabajo, por la pérdida de toda esperanza para graduarme en mi carrera, si hubiese tenido la seguridad de que tú me eras fiel. Yo... yo te tenía un gran cariño.

Se calló. Había percibido súbitamente que se ponía patético; buscó refugio en la cólera.

—¡Y me has engañado! ¡Cuánto tiempo, cuántas veces, poco me importa! Me has engañado. ¡Y te voy a decir —y empezó a gesticular— que ni soy tu esclavo ni soy tan tonto como para tolerarlo! Ninguna mujer puede burlarse de mí, sea la que sea... Por lo que a mí se refiere, esto da fin a todo. Da fin a todo. Estamos casados..., pero poco me importa; aunque estuviéramos casados quinientas veces. No quiero vivir con una mujer que acepta flores de otro hombre

—No es verdad —contestó Ethel.

Lewisham sucumbió a un arrebato de cólera. Recogió un puñado de rosas y extendió la mano, temblando.

—Y eso, ¿qué es? —preguntó.

Un dedo le sangraba por el pinchazo de una espina, como otro día le había sangrado por el ramaje de un endrino.

—No las acepté —repuso Ethel—. No pude evitar recibirlas si me las enviaban.

—¡Uf! —exclamó Lewisham—. Pero ¿qué se saca con argumentar y negar? Tú las recogiste, las guardaste. Puedes haber sido muy astuta, pero tú misma te has descubierto. Y nuestra vida y todo eso —y con un gesto de la mano abarcó todo el mobiliario de *Mrs. Gadow*—, ha terminado.

Se quedó mirándola y repitió con amarga satisfacción:

—Ha terminado.

Ethel le miró a la cara y vio que su expresión era cruel y desalmada.

—No quiero seguir viviendo contigo —aclaró Lewisham, para que no hubiera error—. Nuestra vida ha terminado.

Los ojos de Ethel fueron del rostro de Lewisham a las rosas esparcidas por el suelo y se quedaron fijos en ellas. Ya no lloraba, y tenía la cara, excepto alrededor de los ojos, completamente blanca.

Lewisham presentó el mismo problema en otra forma.

—Me iré... No deberíamos habernos casado nunca —añadió, reflexivamente—, pero... ¡jamás esperaré encontrarme con eso!

—No lo sabía —exclamó ella, elevando el tono de la voz—. No lo sabía. ¿Qué podía hacer? ¡Oh!

Se interrumpió y se quedó mirándole, con las manos entrelazadas, y los ojos sombríos y desesperados. Lewisham permaneció impenetrablemente malévolo.

—No lo quiero saber —dijo él, contestando a su muda súplica—. Esto lo decide todo, ¡esto! ¿Qué me importa a mí lo que haya ocurrido o lo que haya dejado de ocurrir? Sea como sea... ¡Oh, no me importa! Estoy muy contento. ¿Ves? Esto soluciona las cosas... Cuanto más pronto nos separemos, tanto mejor. No me quedaré contigo ni una noche más. Voy a llevar la caja y la maleta a aquella habitación y haré el equipaje. Me quedaré aquí esta noche; dormiré en una silla o recapacitaré lo que debo hacer. Y mañana saldré las cuentas con *Mrs. Gadow* y me iré. Tú, puedes volverte a tus timos y fraudes.

Se calló durante unos segundos. Ethel estaba inmóvil como una muerta.

—Tú lo quisiste y ahora lo tienes. Tú lo quisiste antes de que me pusiera a trabajar. ¿Te acuerdas? Sabes que puedes ir a emplearte todavía en casa de Lagune. No me importa. Te digo que eso no me importa. ¡En absoluto! Tú irás por tu camino y yo por el mío. ¿Eh?

Y toda esta hipocresía..., este simulacro de vivir juntos cuando al uno le importa un bledo el otro, no me interesa ahora en lo más mínimo, ¿sabes? De modo que no pienses otra cosa, habrá terminado ¡y santas pascuas! Y en cuanto al matrimonio (y el matrimonio a mí me importa un comino) es una farsa, y las farsas deben acabarse, y se acabó.

Se levantó resueltamente. A puntapiés echó las rosas por todos lados para abrirse paso, y se agachó para sacar la maleta de debajo de la cama. Ethel ni habló ni se movió, sino que permaneció observando sus movimientos. Durante unos momentos la maleta se negó a salir, y Lewisham echó a perder buena parte del efecto de su decidida resolución, con una exclamación medio audible:

—¡Ven aquí, maldita seas!

Llevó la maleta a la salita y volvió a buscar la caja. Intentaba hacer el equipaje en aquella habitación.

Cuando hubo sacado todos sus objetos personales del dormitorio, cerró las puertas plegadizas como poniendo punto final a todo. Dedujo, por los ruidos que siguieron a aquella escena, que ella se había echado: sobre la cama, lo que le llenó de una siniestra satisfacción.

Estuvo escuchando durante un buen rato; luego se puso a hacer metódicamente el equipaje. La primera rabia consecutiva al descubrimiento había amainado y vio claramente que estaba infligiendo a Ethel un tremendo castigo, cosa que le satisfizo en extremo. También experimentó un extraño placer al pensar en un largo y penoso período de vagos equívocos como consecuencia de esta inesperada crisis. Tenía clara conciencia del silencio al otro lado de las puertas plegadizas, y prosiguió produciendo una deliberada sucesión de pequeños ruidos, como juntar libros de un golpe o cepillarse las ropas, para dar a entender que estaba decidido a continuar sus preparativos.

Esto sucedía cerca de las nueve. A las once estaba todavía atareado.

Súbitamente se hizo la oscuridad. Era la económica costumbre de *Mrs.* Gadow de apagar el gas en media hora, a menos de que por casualidad tuviera visitas.

Revolvió su bolsillo en busca de fósforos y no los encontró. Se puso a mascullar juramentos. Contra tales contingencias se hallaba

prevenido con un candelabro de latón que había adquirido, haciendo además velas el dormitorio. Ethel había encendido una, ya que podía ver la brillante línea amarilla que aparecía en las rendijas de las puertas plegadizas. Fue a tientas en dirección a la repisa de la chimenea, recibiendo en el trayecto un golpe en las costillas a causa de una silla interpuesta en el camino, y siguió con precaución por entre los divertidos ornamentos de *Mrs.* Gadow.

No había fósforos en la repisa. Al dirigirse a la cómoda, tropezó y casi se cayó de bruces sobre la maleta. Tuvo un silencioso acceso de rabia. Luego tropezó con el cestillo en el que habían llegado las rosas. Tampoco pudo encontrar fósforos en la cómoda.

Ethel debía tener los fósforos en el dormitorio, pero dar tal paso era absolutamente imposible. Hasta tendría tal vez que pedirselos, porque, a veces, ella se los metía en el bolsillo... No había otro remedio: tendría que dejar el equipaje para mejor ocasión. De la otra habitación no venía el menor ruido.

Se decidió a sentarse en el sillón para intentar descabezar un sueño. Se fue a tientas hasta el sillón, con gran cautela, y se sentó. Otro intervalo a la escucha y se acomodó para dormir.

Empezó a pensar en sus planes para el día siguiente. Se imaginó la escena con *Mrs.* Gadow, y luego su partida en busca de otra habitación de soltero. Debatía consigo mismo la dirección que debería tomar para conseguir un alojamiento conveniente. Las posibles dificultades a causa de su equipaje y las no menos posibles referentes a la busca de alojamiento se le aparecieron gigantescas. Se sintió irritadísimo ante estas dificultades menores. Se preguntó si Ethel también estaría haciendo las maletas. ¿Qué haría Ethel en particular? Lewisham escuchó, pero no pudo oír nada. ¡Ethel estaba muy silenciosa! ¿Qué estaría haciendo? Porque, realmente, estaba muy silenciosa. Se olvidó de las molestias del día siguiente, ante este nuevo motivo de interés. Se levantó con mucho sigilo y escuchó. Luego volvió a sentarse, lleno de impaciencia. Intentó apaciguar la curiosidad que le producía aquel silencio recapitulando la historia de sus agravios.

Tuvo alguna dificultad en fijar la atención sobre este tema, pero en seguida sus recuerdos fluyeron con toda libertad. Sólo que ahora no podía recordar ningún agravio. Se sentía importunado por la idea absurda de que se había comportado otra vez muy

injustamente con Ethel, de que se había precipitado y había estado muy duro. Hizo denodados esfuerzos para recordar su primer impulso de celos... pero en vano. La observación que Ethel le hizo de haber sido tan fiel como él, se le impuso en la mente de un modo obstinado. Algo le atormentaba en su interior acerca del posible destino de Ethel en caso de que él la abandonase. ¿Qué haría ella en particular? Bien sabía él lo mucho que el carácter de Ethel se apoyaba en el suyo. ¡Cielos! ¿Qué no haría ella?

Con gran esfuerzo consiguió que su atención se fijara en Baynes. Esto le ayudó a volver a su posición de intransigencia. Por duro que se presentase el porvenir de ella, bien merecido lo tenía. ¡Bien merecido lo tenía!

No obstante, retrocedió de nuevo al remordimiento y compunción de la mañana. Se agarró a Baynes como un hombre que se ahoga se agarra a un cabo de sogá, volvió a recobrarse. Durante algún tiempo meditó sobre Baynes. Nunca había visto al poeta, de modo que su imaginación pudo correr a sus anchas. El hecho de que Baynes fuese un simple muchacho, posiblemente más joven que él mismo, lo consideró como un obstáculo exasperante a la trágica venganza de su honor.

La pregunta: «¿Qué será de Ethel?», surgió de nuevo a la superficie. Luchó contra sus posibilidades. ¡No! ¡No era eso! Aquello era asunto de ella.

Se sintió inexorablemente mantenido dentro de la senda que él mismo se había trazado, a pesar de que su furor había disminuido. Ya había puesto manos a la obra. «Si perdonas esto —se dijo a sí mismo—, podrás perdonarlo todo. Hay cosas que no se deben tolerar». Intentó mantenerse dentro de este punto de vista... sacando de su imaginación qué era lo que no debía tolerar. Tuvo una vaga sensación de que lo que él daba por sentado era excesivo. ¡Si al menos hubiera ella flirteado...! Lewisham se resistió a aceptar tal cosa como si se tratara de algún deseo bochornoso e inadmisibile. Intentó imaginarse a ella junto a Baynes.

Pero la fatiga le produjo insomnio. Probó a contar. Intentó distraer sus pensamientos y apartarlos de ella, repasando los pesos atómicos de los elementos... Y determinó que lo mejor sería tratar de dormir. Sintió un escalofrío y se dio cuenta de que hacía frío y de que él estaba sentado, entumecido, en una incómoda silla. Había

dormitado un poco. Miró si veía la línea amarilla entre las puertas plegadizas. Vio que todavía estaba allí. Parecía vacilar. Supuso que la vela estaría apagándose. Volvió a preguntarse por qué estaría todo tan silencioso.

¿Y por qué, de repente, sintió miedo?

Estuvo un buen rato al acecho esperando oír algún sonido, con la cabeza echada hacia adelante en la oscuridad...

Le vino la grotesca idea de que todo aquello había sucedido hacía mucho tiempo. La rechazó. Discutió contra la intuición irracional de que había ocurrido algo irrevocable. Pero, ¿por qué estaba todo tan silencioso?

Se sintió invadido por el presagio de una intolerable calamidad.

Se levantó, y muy lentamente y con infinitas precauciones para no hacer el menor ruido, se acercó a las puertas plegadizas. Se quedó allí escuchando, con la oreja pegada en la rendija amarilla.

Nada pudo oír, ni tan sólo la acompasada respiración de la durmiente.

Vio que las puertas no estaban cerradas, sino ligeramente entreabiertas. Empujó un poco la puerta interior, muy suavemente, y ésta se abrió sin hacer ruido. Ni aun así percibió sonido alguno procedente de Ethel. Abrió la puerta de par en par y miró dentro de la habitación. La vela se había gastado y estaba llameando en el tubo del candelero. Ethel yacía a medio vestir, sobre la cama, y en la mano y cerca de la cara tenía una rosa.

Lewisham se quedó contemplándola, temiendo hacer el menor movimiento; aguzó el oído y palideció intensamente. Ni siquiera podía oírla respirar.

Sin embargo, probablemente todo iba bien. Estaría dormida y nada más. Se volvería a la otra habitación antes de que ella despertara. Si ella le descubriría.

Volvió a mirarla. Había algo en su semblante..

Se acercó más, sin preocuparse del ruido que hacía. Se inclinó sobre ella. Ni siquiera entonces pareció que respirase.

Vio que tenía los párpados todavía húmedos, y que la almohada donde reposaba la mejilla estaba también húmeda. La contemplación de aquella cara pálida y surcada de lágrimas le impresionó.

La vista de Ethel le produjo un incontenible sentimiento de

lástima. Se olvidó de todo, excepto de esto y de lo mucho que la había lastimado aquel día. Entonces Ethel se movió, murmurando indistintamente un ridículo sobrenombre que ella había puesto a su marido.

Lewisham se olvidó de que iban a separarse para siempre; sólo sintió una gran alegría al ver que ella podía moverse y hablar.

Sus celos desaparecieron como por ensalmo, y se hincó de rodillas.

—Querida —murmuró—. ¿Te encuentras bien? No... no te oía respirar. No te oía respirar.

Ethel se despertó con un sobresalto.

—Estaba en el otro cuarto —dijo Lewisham, con voz llena de emoción—. ¡Todo estaba tan silencioso! Tuve miedo... No sabía lo que había podido suceder, querida..., Ethel querida. ¿Te encuentras bien?

Ethel se incorporó prestamente escrutando el rostro de Lewisham.

—¡Oh! Déjame que te explique —se lamentó—. Déjame, por favor, que te explique. No es nada. No es nada. No quisiste oírme. No quisiste oírme. No era justo... que antes de haberme oído...

Los brazos de él se cerraron alrededor de Ethel.

—Querida —susurró—. Ya sabía que no era nada. Ya lo sabía. Ya lo sabía.

Ethel dijo, entre sollozos:

—¡Era tan sencillo...! *Mr.* Baynes..., algo que había en sus maneras... Sabía que podía hacer el tonto... ¡Sólo que yo quería ayudarte tanto!

Hizo una pausa. Durante un instante pensó que había cometido una grave indiscreción. Había sido un encuentro casual, con dos o tres tonterías que se habían dicho, seguidas de pánico y retirada. Se lo habría explicado... si hubiera sabido cómo. Pero no podía hacerlo. Vaciló. Lo suprimió... sin decir nada. Y prosiguió:

—Y luego, creí que sería él quien me habría enviado las rosas, y tuve miedo... Tuve miedo.

—Cariño mío —dijo Lewisham—. ¡Cariño mío! He sido muy cruel contigo. He sido injusto. Ya lo comprendo. Lo comprendo perfectamente. Perdóname. Ethel querida..., perdóname.

—¡Deseaba tanto hacer algo por ti! Y eso era todo lo que podía

hacer... Ganar un poco de dinero. Y tú te pusiste furioso. Creí que ya no me querías porque no comprendía tu trabajo... ¡Y la *Miss Heydinger* esa...! ¡Oh! ¡Ha sido muy duro!

—Cariño mío —murmuró Lewisham—. Me importa muchísimo más tu dedo meñique que toda *Miss Heydinger*.

—Ya sé que te estorbo mucho. Pero si tú quisieras ayudarme, ¡oh!, trabajaría y estudiaría. Haría todo lo posible por entenderte.

—Querida —murmuró Lewisham—, queridísima.

—Y ver que *ella*...

—Querida —repitió Lewisham, en tono de solemne promesa—. He sido un bruto. Terminaré con todo esto. Terminaré con todo esto.

La tomó de súbito en sus brazos y la besó.

—¡Oh! Ya sé que soy una estúpida —dijo Ethel

—¡No, no! Soy yo el estúpido. He estado antipático e insensato. Todo el día de hoy... he estado pensando en ello. ¡Querida! Nada me importa. Sólo tú. Si te tengo a ti lo demás no importa nada... Sólo que me estoy volviendo brusco y pesado. Es el trabajo y eso de ser tan pobre. Cariño mío: tenemos que apoyarnos mutuamente. Todo el día de hoy... ha sido espantoso...

Callóse. Ambos permanecieron sentados, abrazándose.

—Te quiero mucho —dijo ella, luego, rodeándole el cuerpo con los brazos—. ¡Oh! Te quiero, mucho..., muchísimo.

Él la estrechó más contra sí.

La besó en la garganta. Ethel le estrechó a su vez.

Sus labios se encontraron.

La expirante vela produjo una alta llamarada, parpadeó, y se extinguió bruscamente. En la atmósfera flotaba un penetrante olor a rosas.

CAPÍTULO

XXX

UNA RETIRADA

El martes siguiente Lewisham regresó de casa de Vigours a las cinco (a las seis y media tenía que ir a dar su clase de ciencias en Walham Green) para encontrarse con *Mrs.* Chaffery y Ethel hechas un mar de lágrimas. Lewisham venía cansado y con ganas de tomarse una taza de té, pero las noticias que ellas le reservaban le quitaron de la cabeza toda idea del té.

—Se ha ido —dijo Ethel.

—¿Quién se ha ido? ¿Chaffery?

Mrs. Chaffery, con el ojo avizor fijo en la reacción de Lewisham, asintió lacrimosamente con un gesto de cabeza y otro ademán con el pañuelo que tenía en la mano.

Lewisham se hizo cargo inmediatamente de lo esencial en aquella situación, y estuvo a punto de soltar un terno. Ethel le entregó una carta.

Durante un momento Lewisham se quedó con la carta en la mano, haciendo preguntas. *Mrs.* Chaffery había encontrado la carta en la caja del reloj de pared, cuando fue a darle cuerda. Al parecer, Chaffery no había estado en su casa desde el sábado por la noche. La carta estaba abierta e iba dirigida a Lewisham; era una carta larga y con pretensiones, pero finalmente inferior en cuanto estilo a la misma conversación de Chaffery. Había sido escrita algunas horas antes de la última visita de Chaffery. Su charla : aquel día habría sido, quizás una especie de codicilo.

«La desordenada estupidez del tal Lagune me echa de este país —vio Lewisham que decía la carta—. Al final ha sido, para mí, un obstáculo, hasta incluso un obstáculo legal, según temo. Me voy. Tomo las de Villadiego. Rompo todos los vínculos. Echaré de menos nuestras largas y vivificantes conversaciones; usted me había

descubierto los trucos y yo podía abrirle con confianza los secretos de mi mente. También siento mucho separarme de Ethel, pero, gracias a Dios, ella le tiene a usted como apoyo. Y en realidad ambas tendrán que apoyarse en usted de ahora en adelante, aunque este “ambas” pueda tener para usted un nuevo raro aspecto».

Lewisham soltó un gruñido, saltó de la página 1 a la página 3, consciente de que «ambas» tenían la vista fija en él, muy intensamente, por cierto, y descubrió a Chaffery en su lado práctico.

«Hay muy pocos bienes muebles, ligeros y portátiles, en esa casa de Clapham, que hayan podido escapar de mi lamentable imprevisión, pero hay, sin embargo, dos o tres cosas: el arca, la mesa escritorio que tiene una bisagra descompuesta, y la gran bomba neumática, perfectamente pignorable si puede llevarla usted hasta la casa de empeños. Usted tiene más fuerza de voluntad que yo. Nunca pude llevar nada de eso hasta el piso de abajo. El arca fue, en su origen, mía, antes de que me casara con su suegra, de modo que no se puede decir que soy indiferente a su bienestar y a la necesidad de contribuir con algo a sus obligaciones. No me juzgue, pues, con excesiva dureza».

Lewisham dio vuelta a la hoja, bruscamente, *sir* terminar de leer la página.

«Mi vida en Clapham —seguía diciendo la carta— me ha fastidiado bastante tiempo, y, a decir verdad el espectáculo de vuestra joven y vigorosa felicidad (lo está usted pasando muy bien, ¿sabe usted?, con todo eso de luchar contra el mundo entero) hizo que me acordara de que los años pasan. Para hablar con toda franqueza en mi autocrítica, diré que tengo algo de la Mujer Moderna en mí, y siento que debo viví: mi propia vida. ¡Qué frase tan hermosa es ésta! ¡Y vivir la propia vida! ¡Frase con fragancia de honrado desdén contra el plagio moral! No hay nada de *Imitación de Cristo* en eso... Tengo ansias de ver más... más ciudades... Empiezo tarde, ya lo sé, a vivir mi propia vida, calvo y canoso como estoy; pero más vale tarde que nunca. ¿Por qué habría de tener la muchacha educada el monopolio del juego? Y, después de todo, las patillas pueden teñirse...

»Hay cosas, y sólo las consideraré ligeramente, que dejarán asombrado a Lagune». Lewisham prestó más atención. «Me maravilla ese hombre, hambriento de maravillas, hurgando por

descubrir las quién sabe dónde, y viviendo en medio de lo más increíblemente maravilloso. ¿Cuál puede ser la naturaleza de un hombre que se queda boquiabierto ante los duendes tiene el milagro de su necia existencia, inconsecuente, irrazonable, insondablemente fantástica, más terca de él que su propia respiración, más próxima que sus manos o sus pies? ¿Para qué serviría él, que se maravilla ante los fantasmas? Estoy asombrado de que estos fenómenos psíquicos, que de ningún modo pueden considerarse como cosas baladíes, no se revuelvan contra sus investigadores, y que no haya una Sociedad de Investigaciones de Ilusiones y Alucinaciones Eminentes que persiga a Lagune con interrogatorios a fondo. Tome su casa, por ejemplo; ¡desenmascare al hombre ese de Chelsea! *A priori* tendrán argüir que una cosa tan vana, tan sin sentido sólo puede ser resultado de la imaginación morsa de algún fantasma histérico. ¿Cree usted que realmente existe semejante cosa como el tal Lagune?: debo manifestar graves dudas sobre el particular. Pero, afortunadamente, su banquero es un tipo más crédulo que yo... De todo eso ya le hablará Lagune muy pronto».

Lewisham ya no leyó más.

—Supongo que se creería la mar de gracioso cuando escribió todas estas sandeces —dijo Lewisham, amargamente, tirando violentamente las hojas de papel a través de la mesa—. Los hechos escuetos son que ha robado o falsificado o ha hecho algo por el estilo... y se ha fugado.

Se produjo un silencio.

—¿Qué ocurrirá con mi madre? —preguntó Ethel

Lewisham miró a su suegra y reflexionó un momento. Luego miró a Ethel.

—Somos la misma familia —repuso Lewisham.

—No quiero molestar lo más mínimo a nadie —murmuró Mrs. Chaffery.

—¡Yo creo que podrías darme un poco de té, Ethel!—dijo Lewisham, sentándose de pronto—. Al menos eso.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa, y añadió:

—Tengo que estar en Walham Green a las siete menos cuarto.

Y tras un intervalo de continuado tamborileo, repitió:

—Somos de la misma familia.

Se hallaba principalmente ocupado por el hecho curioso de que

todos fueran de la misma familia. ¡Qué facultades tan extraordinarias tenía para adquirir responsabilidades! Alzó la vista repentinamente y vio la triste mirada de *Mrs. Chaffery* dirigida hacia Ethel, henchida de desesperada interrogación. Su perplejidad se transformó súbitamente en lástima.

—Todo irá bien, madre —dijo Lewisham—. Seré razonable. Estoy con usted.

—¡Ah! —exclamó *Mrs. Chaffery*—. ¡No esperaba otra cosa!

Ethel se le acercó y le dio un beso.

Le pareció que estaba en inminente peligro de besuqueo universal.

—Quisiera que me dieras el té —repitió.

Y mientras tomaba el té hizo varias preguntas a *Mrs. Chaffery*, intentando enfocar bien su nueva situación.

Pero a las diez, cuando regresaba, sudando y cansado, de Walham Green, todavía estaba intentando orientar su situación. Había en aquel asunto muchos cabos sueltos y muchos inescrutables puntos de interrogación que le dejaban perplejo.

Sabía que la cena no sería más que el prelude a una interminable conversación de sobremesa, y, efectivamente, no se acostó hasta las dos. A esta hora habían llegado a un acuerdo en el plan de acción. *Mrs. Chaffery* estaba ligada a la casa de Clapham por un largo contrato, y a la casa de Clapham debían trasladarse ellos. La planta baja y el primer piso estaban sin amueblar, y el alquiler de estos dos pisos pagaría prácticamente el alquiler de toda la casa, si se decidían a realquilarlos. Los Chaffery ocupaban los sótanos y el segundo piso. Había un dormitorio en el segundo piso, antiguamente ocupado por los inquilinos del primero, que Lewisham y Ethel podrían ocupar, y en el cual podrían colocar un tocador viejo que serviría para los estudios que tuvieran que ser proseguidos en casa. Ethel podría poner su máquina de escribir en el comedor de los sótanos. *Mrs. Chaffery* y Ethel se distribuirían la compra de vituallas el trabajo doméstico en general, y tan pronto como fuese posible, ya que el tener realquilados no se avenía con el orgullo profesional de Lewisham, tendrían que rescindir el contrato que los ligaba y alquilar otra residencia más pequeña en los suburbios. Si hacían eso sin dejar rastro de su nueva dirección, podrían poner a salvo sus temores ante la eventualidad del retorno

del Chaffery pródigo.

El frecuente y patético reconocimiento por parte de *Mrs.* Chaffery de la bondad de Lewisham sólo alivió parte la disposición de éste a la amargura filosófica. Y las soluciones prácticas se complicaban con disgresiones sobre el tema de Chaffery, sobre lo que podía haber hecho, y adonde podía haber ido, y si volvería o no.

Cuando por fin *Mrs.* Chaffery, después de besar y bendecir a los dos de una manera violenta y lacrimosa (eran unos «hijos muy buenos y muy queridos», dijo) se hubo marchado, *Mr.* y *Mrs.* Lewisham vieron a su salita. La cara de *Mrs.* Lewisham irradiaba entusiasmo.

—Eres un sol —dijo, tendiendo los complacientes brazos que eran su recompensa—. Ya sé, ya sé que eres un sol, y toda la noche te he estado queriendo, amado mío, amado mío, amado mío... día siguiente Lewisham tenía demasiados compromisos para poder comunicar con Lagune, pero al otro día fue a visitarle y se encontró al investigador psíquico atareado con las pruebas de imprenta de *Hesperus*. No obstante, acogió cordialmente al joven, creyendo que vendría cargado con las preguntas que le había prometido plantear desde hacía tiempo. Ere evidente que nada sabía del matrimonio de Lewisham. Éste planteó el problema con cierta brusquedad

—La última vez que estuvo aquí fue el sábado —dijo Lagune—. Siempre ha tenido usted suspicacias respecto a él. ¿Tiene usted algún motivo?

—Vale más que lea usted esto —repuso Lewisham reprimiendo una tétrica sonrisa, y entregando a Lagune la carta de Chaffery.

De vez en cuando echaba una ojeada al hombrecillo para ver si había llegado a la parte en que se le aludía personalmente. Cuando Lagune llegó a la cuestión de su identidad personal hinchó los carrillos al modo más asombroso, pero no hizo otra manifestación.

—¡Caramba, caramba! —murmuró por fin—. ¡Mis banqueros!

Miró a Lewisham con la exagerada suavidad que tenían sus ojos tras del cristal.

—¿Qué cree usted que quiere dar a entender? —inquirió—. ¿Se habrá vuelto loco? Hemos estado procediendo a determinados experimentos que implican un esfuerzo mental considerable. Él, yo y una señora Hipnóticos...

—Yo, de usted, daría un vistazo a mi talonario de cheques.

Lagune exhibió unas llaves y sacó su talonario de cheques. Fue revisando las matrices.

—No hay nada de particular aquí —dijo, entregando el talonario a Lewisham.

—Hum... —murmuró Lewisham—. Supongo que esto... Digo, ¿está bien esto?

Devolvió el talonario a Lagune, abierto en la matriz en blanco de un cheque que había sido arrancado. Lagune se quedó mirándolo fijamente y se pasó la mano por la frente, muy confuso.

—No puedo verlo —dijo.

Lewisham no había oído hablar nunca de la sugestión poshipnótica y permaneció incrédulo.

—¿No puede ver eso? —dijo—. ¡Qué tontería!

—No puedo verlo —repitió Lagune.

Durante varios segundos Lewisham no pudo obtener otra cosa que estúpidas repeticiones de la misma apuesta a su pregunta. Luego se le ocurrió enseñarle la matriz anterior.

—Pero, ¡mire aquí! ¿Puede usted ver *esta* matriz?

—Muy bien —repuso Lagune.

—¿Puede usted leer el número?

—Cinco mil doscientos setenta y nueve.

—Perfectamente; ¿y éste?

—Cinco mil doscientos ochenta y uno.

—Bien; ¿dónde está, pues, el cinco mil doscientos ochenta?

Lagune empezó a sentirse incómodo.

—No querrá usted decir... —dijo—. No habrá... ¿Quiere hacerme el favor de leerlo en voz alta? El cheque..., la matriz, quiero decir, esa que soy incapaz de ver.

—Está en el Banco —contestó Lewisham, con una irresistible sonrisa.

—Ya, ya —dijo Lagune, y la sensación de incomodidad que se traslucía en su expresión se intensificó—. ¿Le molestará que llame a la criada para que lo confirme...?

Lewisham dijo que no le molestaría en absoluto, y la misma muchacha que le había abierto la puerta el día de la sesión espiritista, compareció. Cuando hubo testificado se fue. Al salir de la habitación por la puerta que había detrás de Lagune, sus ojos se

encontraron con los de Lewisham, y entonces enarcó las cejas, deprimió los labios y miró a Lagune con una expresión muy significativa.

—Mucho me temo —dijo Lagune— haber sido tratado muy mal. *Mr. Chaffery* es un hombre con poderes indiscutibles... con poderes indiscutibles; pero mucho me temo... muchísimo me temo que haya abusado de las condiciones en que se hizo el experimento. Todo esto... y sus insultos... me han llegado al corazón.

Callóse. Lewisham se puso de pie.

—¿Querrá usted volver otro día? —preguntó Lagune, con amable cortesía.

Lewisham se sorprendió de tener que excusarse

—Era un hombre extraordinariamente dotado —continuó Lagune—. Yo había llegado a confiar ciegamente en él. Mi balance en el Banco ha sido más que satisfactorio durante estos últimos años. Lo que ignoro es cómo él pudo llegar a saberlo. Sin tomar en consideración, claro está, que era un hombre extraordinariamente dotado.

Quando Lewisham vio a Lagune de nuevo se enteró de los detalles de la fechoría de Chaffery y del hecho adicional de que la «señora» había también desaparecido.

—Buen trabajo —observó con egoísmo—. Así no hay probabilidades de que regrese.

Estuvo un momento intentando imaginarse la «señora»; se dio cuenta más vivamente que nunca del reducido radio de su experiencia, de los límites de su imaginación. ¡Las personas aquellas, de pelo entrecano y honor truncado, también tenían sus emociones! ¡Y hasta podían ser radiantes! Volvió a los hechos Chaffery había inducido a Lagune, hipnotizado, a que firmara un cheque de Banco, diciéndole que quería un «autógrafo».

—Lo extraño es —explicó Lagune— que dudosamente será considerado legalmente responsable. La ley es muy peculiar en cuestiones de hipnotismo, y, a fin de cuentas, es cierto que yo firmé el cheque.

El hombrecillo, a pesar de sus pérdidas, estaba casi alegre, a causa de un curioso incidente secundario.

—Podrá usted decir que es coincidencia —dijo—. Podrá decir que es pura carambola, pero yo prefiero darle otra interpretación.

Fíjese en esto: el total de mi balance es un secreto entre yo y mis banqueros. Él no pudo saberlo por mí, porque yo lo ignoraba... ya que no había mirado mi libreta del Banco desde hacía meses. Pero él lo sacó todo en un solo cheque dejando sólo diecisiete chelines y seis peniques del total. ¡Y el total era de más de quinientas libras! Pareció más alegre que nunca al llegar a la culminación de su argumento.

—Dejando sólo diecisiete chelines y seis peniques —repitió—. Ahora bien: ¿cómo se explica usted eso...? Deme usted una razón materialista que pueda explicarlo. Usted no puede. Yo tampoco.

—Creo que puedo —repuso Lewisham.

—¡Ah! ¿Y cómo?

Lewisham, con un movimiento de cabeza, indicó el cajoncito del escritorio.

—¿No cree usted que..., quizá, disponía de una llave falsa?

La expresión de Lagune quedó presente en la mente de Lewisham, con gran regocijo de éste, mientras regresaba a Clapham. Pero, al cabo de cierto tiempo, el regocijo desapareció, desmoralizándose ante la comprobación del hecho extraordinario de que Chaffery fuera su suegro, Mrs. Chaffery su suegra, y de que estos dos, junto con Ethel, constituyesen su familia, su clan, y que aquella mugrienta y destartalada casa en lo alto de la cuesta de Clapham tuviese que ser un hogar. ¡Su hogar! Su conexión con todas las cosas, como punto de partida de su existencia, a ahora tan inexorable como si él hubiese nacido en aquel ambiente. Y un año antes, si se exceptúa una difusa reminiscencia de Ethel, ninguna de aquellas personas tenía existencia para él. ¡Los caminos del destino! Los sucesos de los últimos meses, acortados en su perspectiva, parecían movidos con una rapidez casi de pantomima. Le pareció de pronto que aquélla tenía mucho de risible; y se echó a reír.

Su risa marcó una época. Nunca hasta entonces se había reído Lewisham al hallarse en un aprieto. La enorme seriedad de la adolescencia tocaba a su fin; los días de su futuro estaban enumerados. Era una risa de concesiones infinitas.

CAPÍTULO

XXXI

EN BATTERSEA PARK

Ahora bien: aunque Lewisham había prometido terminar sus relaciones con *Miss Heydinger*, no hizo nada de lo dicho durante cinco semanas, sino que meramente dejó por contestar aquella crucial carta suya. Durante este período tuvo lugar su traslado desde la casa de *Mrs. Gadow* a la tétrica de *Clapham*, no sin que mediara una controversia políglota. La joven pareja se aposentó en la pequeña habitación del segundo piso, tal como había quedado convenido. Y allí fue donde, súbitamente, el mundo se transformó, se transfiguró pasmosamente, por obra y gracia de un susurro.

Fue un susurro entre sollozos y lágrimas, con los brazos de *Ethel* en torno a *Lewisham* y la cabellera de *Ethel* suelta, de modo que le ocultaba la cara. Y él también había susurrado algo, tal vez un poco espantado, y, no obstante, sintiendo un extraño orgullo una extraña emoción novísima, sintiéndose completamente diferente de como se había imaginado que se sentiría cuando lo que tanto había temido, llegase. Súbitamente percibió una finalidad, el advenimiento de la solución, la resolución del conflicto en que habré estado tanto tiempo empeñado. Las vacilaciones tocaban a su fin. *Lewisham* se trazó el camino a seguir.

Al día siguiente escribió una nota, y dos días más tarde salió a dar clase de matemáticas a sus morosos con una hora de anticipación respecto a la usual, y en lugar de dirigirse directamente a casa de *Vigours*, cruzó el puente hacia *Battersea Park*. Allí encontró esperándole a *Miss Heydinger*, paseándose frente a un banco donde en otra ocasión también se habían encontrado. Siguieron paseándose, ahora juntos, hablando durante un buen rato de cosas indiferentes, hasta que sobrevino una pausa.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó *Miss Heydinger*,

bruscamente.

El semblante de Lewisham cambió un poco de color.

—¡Ah, sí! —dijo—. Lo que ocurre es... ¿Te dije nunca que estaba casado?

—¿Casado?

—Sí.

—¿Casado?

—Sí —repitió con un poco de impertinencia.

Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada. Lewisham estaba tranquilamente contemplando las dalias del Ayuntamiento de Londres, y *Miss Heydinger* le estaba contemplando a él.

—¿Y esto era lo que tenías que decirme?

Mr. Lewisham se volvió hacia ella y la miró en los ojos.

—¡Sí! —exclamó—. Esto es lo que tengo que decirte.

Pausa.

—¿Te molesta que me siente? —preguntó *Miss Heydinger*, en tono indiferente.

—Hay un asiento allá —dijo Lewisham—, debajo del árbol.

Anduvieron hasta el asiento, en silencio.

—Ahora... —murmuró *Miss Heydinger*, sosegadamente—, dime con quién te has casado.

Lewisham contestó a grandes rasgos. Ella siguió haciéndole preguntas. Lewisham se sintió muy estúpido contestó con tartamudeos.

—Debía de saberlo —dijo *Miss Heydinger*—. Debía de saberlo. Sólo que no quise saberlo. Dime algo más. Háblame de ella.

Lewisham así lo hizo.

En conjunto la cosa le resultaba abominablemente desagradable, pero tenía que hacerlo, le había prometido a *Ethel* que lo haría. En seguida *Miss Heydinger* se percató de las líneas generales de esta historia, conoció el argumento, todo, excepto la emoción que la hacía creíble.

—¿Y ya estabais casados antes del segundo examen? —repitió ella.

—Sí —repuso Lewisham.

—Pero, ¿por qué no me lo dijiste antes? —preguntó *Miss Heydinger*.

—No sé —contestó Lewisham—. Hubiera querido hacerlo...

aquel día en Kensington Gardens. Pero no lo hice. Me parece que hubiera tenido que decírtelo.

—Yo creo que ésa era tu obligación.

—Sí; supongo que sí... Pero no lo hice. De todos modos..., me ha sido muy difícil. No sabía lo que tú dirías. Me ha parecido todo tan duro, ¿sabes?, tan... ¡en fin...!

Se calló sin saber qué decir.

—Supongo que tenía que ser así —dijo *Miss Heydinger*, al cabo de unos instantes, con los ojos fijos en el perfil de *Lewisham*.

Éste empezó a explicar la segunda parte, y la más difícil, de su relato.

—Ha habido cierta dificultad —dijo— durante todo este tiempo... Quiero decir... respecto a ti, eso es. Es un poco difícil. Lo que ocurre es que mi esposa, ¿sabes...?, ve las cosas de un modo diferente a como las vemos nosotros.

—¿Nosotros?

—Sí..., es muy extraño, claro. Pero resulta que ella ha visto tus cartas...

—No irías a enseñárselas...

—No. Pero quiero decirte que ella sabe que tú me escribes, y también sabe que escribes sobre socialismo y literatura y... otras cosas que tenemos en común... y que ella no sabe.

—¿Quieres decir que ella no entiende esas cosas?

—Nunca ha pensado en ellas. Supongo que será debido a cierta diferencia en la educación...

—¿Y pone reparos...?

—No —respondió *Lewisham*, mintiendo prontamente—. No pone ningún *reparo*...

—¿Entonces...? —preguntó, pálida, *Miss Heydinger*.

—Tiene la impresión de que... Tiene la impresión aunque no lo diga, claro está, pero yo ya sé que tiene la impresión de que se trata de algo que ella debiera compartir conmigo. Yo ya sé... lo mucho que se preocupa por mí. Y esto es un bochorno para ella... porque le recuerda... ¿No comprendes que le duele?

—Sí. Ya lo comprendo. Así, incluso aquella pequeña...

Miss Heydinger pareció perder el aliento y se quedó súbitamente callada. Por fin habló, haciendo un esfuerzo:

—También me duele a mí —dijo; hizo una mueca y volvió a

callarse.

—No —dijo Lewisham—. No es eso... Bueno, sí, ya sabía que esto te iba a doler.

—Tú la quieres. Tú puedes sacrificar...

—No. No es eso. Hay una diferencia. Si a ella le duele..., ella no puede comprenderlo. Pero en cuanto a ti..., desde luego, me parece una cosa muy natural recurrir a ti. Me parece como si dependiera de ti... a ella siempre le estoy haciendo concesiones...

—Tú la quieres.

—No sé si será eso lo que hace la diferencia. ¡Todo tan complejo! El amor lo significa todo... o nada. Yo te conozco a ti mejor que a ella, y tú me conoces mejor de lo que ella me podrá nunca conocer. Te podría referir muchas cosas que no se las podría referir a ella. Podría ponerme todo yo ante ti... casi., y sé que tú comprenderías... Sólo que...

—Tú la quieres.

—Sí —concedió Lewisham, mansamente, tirándose del bigote—. Supongo que será eso.

Durante un rato ninguno de los dos habló. Luego *Miss Heydinger* exclamó, con extraordinario énfasis:

—¡Oh...! ¡Y pensar que esto es el fin de todo! Que todas tus promesas... ¿Qué te da ella que yo no pudiera haberte dado...? ¡Incluso ahora! ¿Por qué tendría que abandonar todo lo de ti que es mío? Si ella pudiese conformarse... Pero ella no podrá conformarse. Si te dejas, tú no harás nada. Toda tu ambición, todos tus intereses disminuirán hasta degenerar y morir, y a ella no le importará lo más mínimo. No comprenderá. Se creará que todavía te tiene. ¿Por qué tendrá que codiciar lo que no puede poseer? ¿Por qué hay que darle lo que es mío...? ¿Para que lo tire?

No miró a Lewisham; su rostro era una máscara blanca de desesperación.

—Hasta cierto punto... había llegado a pensar en ti como algo que me pertenecía... Y así seguiré pensando... todavía.

—Hay una cosa —dijo Lewisham, después de una pausa— que ya se me ha ocurrido dos o tres veces en estos últimos tiempos. ¿No crees que quizás has sobrestimado las cosas que yo podría haber hecho? Ya sé que hemos hablado de hacer grandes cosas. Pero he estado luchando durante más de medio año para ganarme la vida

del modo que, según parece, se la gana la mayoría. Y esto me ha tomado todo el tiempo. No puedo evitar la idea de que, a fin de cuentas, el mundo sea acaso un asunto mucho más difícil.

—No —contradijo ella decididamente—. Tú podrías haber hecho grandes cosas... E incluso ahora podrías hacer grandes cosas... Con sólo que pudiera verte alguna vez, y escribirte también de vez en cuando Eres tan capaz... ¡y tan débil! Tienes que tener a alguien. Ésta es tu debilidad. No te bastan tus creencias. Necesitas creencias y sostén..., creencias firmes y soporte liberal. ¿Por qué no podría ser yo tu sostén? Es todo lo que deseo ser. Es, al menos, todo lo que deseo ser ahora. ¿Qué necesidad hay de que ella sepa? No le robo nada. No quiero nada... de lo que ella tiene. Pero, en lo que a mí me atañe, sé que no puedo hacer nada. Ya sé que contigo... Es sólo el saberlo lo que le hace daño... ¿Por qué tiene que saberlo, pues?

Mr. Lewisham la miró, dubitativamente. La visión de la grandeza de él era lo que encandilaba los ojos de la joven. En aquel instante, al menos, *Lewisham* no abrigó ninguna duda en cuanto a la posibilidad de su carrera. Pero él sabía que, de algún modo, el secreto de su grandeza y aquella admiración iban: juntos. Era de suponer que serían una misma cosa, una e indivisible. Realmente, ¿qué necesidad había de que *Ethel* lo supiera? Su imaginación recorrió todas las cosas que podrían hacerse, todas las cosas que podrían suceder, en lo referente a complicaciones, confusiones y descubrimientos.

—Lo que ocurre es que debo simplificarme la vida. No haré nada a menos que me simplifique la vida. Solamente los ricos pueden permitirse el lujo de ser complejos. Hay que ser una cosa u otra...

Vaciló un momento, y de repente tuvo la visión de *Ethel* llorando como una vez en que la vio llorar, con la luz reflejándosele en las lágrimas.

—No —repuso casi brutalmente—. No. Es así... No puedo hacer nada en secreto. Quiero decir... No soy tan asombrosamente honesto... ahora. Pero no tengo esta clase de ideas. Ella me lo descubriría. No serviría para nada y ella lo descubriría. Mi vida es demasiado compleja. No puedo conducirla a buen puerto por la línea recta. Yo..., tú me has sobrevalorado. Y, además..., han ocurrido cosas... Algo

Dudó unos instantes y luego dijo con decisión:

—Tengo que simplificar, y esto es lisa y llanamente la principal. Lo siento, pero es así.

Miss Heydinger no respondió. Su silencio le dejó asombrado. Durante, tal vez, veinte segundos, se quedaron allí sentados sin decirse nada. Con un rápido movimiento ella se puso en pie e inmediatamente también *Lewisham* se puso en pie frente a ella. *Miss Heydinger* tenía el rostro muy colorado y sus ojos miraban al suelo.

—Adiós —dijo súbitamente, en voz casi inaudible, tendiéndole la mano.

—Pero... —murmuró *Lewisham*, y se calló, *Miss Heydinger* perdió el color.

—Adiós —repitió mirándole de repente a los ojos, sonriéndole con una mueca—. No tenemos nada más que decimos, ¿verdad? Adiós.

Lewisham le cogió la mano.

—Espero que no he...

—Adiós —dijo *Miss Heydinger* con impaciencia. Bruscamente desasíó su mano de la de *Lewisham*, dando media vuelta, se fue.

Lewisham dio un paso en pos de ella.

—¡*Miss Heydinger*! —llamó sin que ella se detuviera—. ¡*Miss Heydinger*!

Entonces se dio cuenta de que ella no quería volver a contestarle...

Se quedó inmóvil, observando la figura que se alejaba. Se sintió invadido por la extraña sensación de haber perdido algo y por un vago impulso de echar a correr en su persecución para alcanzarla y verterle en el oído un raudal de vagas protestas apasionadas. *Miss Heydinger* no volvió la cabeza ni una sola vez. Ya su silueta era lejana cuando *Lewisham* echó a andar apresuradamente tras ella. Una vez hubo echado a andar fue acelerando el paso y ganando terreno. Al llegar a la verja de entrada del parque *Lewisham* se hallaba a unos treinta metros de distancia. Entonces retrasó el paso. De pronto, tuvo miedo de que ella volviese la cabeza; pero *Miss Heydinger* franqueó, sin detenerse, la verja y se perdió de vista. Él se detuvo, mirando por el sitio por donde había desaparecido. Dio un suspiro y torció hacia la izquierda, por el sendero que conducía al puente, y de allí a casa de *Vigours*.

Al llegar a la mitad del puente le sobrevino otra crisis de indecisión. Se detuvo, vacilante. Una idea impertinente le obstruía la mente. Miró su reloj y vi: que debía apresurarse si quería coger el tren para

Earl's

Court y la casa de Vigours. Pensó que Vigours podía irse al diablo. Pero, al fin, cogió el tren.

CAPÍTULO

XXXII

VICTORIA COMPLETA

Aquella tarde, a eso de las siete, Ethel entró en su habitación con una papelera que había comprado para Lewisham. Le encontró sentado ante el pequeño tocador donde tenía que «escribir». El panorama, teniendo en cuenta lo que son los panoramas londinenses, espacioso. Al final de una larga pendiente de tejados, hacia la Junction, un inmenso cielo azul se prolongaba por arriba hasta el ya oscuro cenit y dilatábase hacia abajo en el nebuloso misterio de tejados trufados de chimeneas. El concierto de luces del tráfico y de los ferrocarriles brindaba un cambiante espectáculo. Se oía el ruido de cadenas de los vagones iluminados, y se veían vagamente las perspectivas de las calles. Ella le enseñó la papelera y la puso a su lado y entonces su mirada se fijó en el documento amarillo que Lewisham tenía en la mano.

—¿Qué es eso que tienes ahí?

Él se lo enseñó.

—Lo encontré en el fondo de mi caja amarilla... Es de Whortley.

Ethel se lo tomó de la mano y vio que se trataba de un esquema cronológico. Llevaba por título *Schema*, había unas anotaciones al margen y todas las fichas habían sido modificadas por una presurosa mano.

—¡Qué amarillo se ha vuelto! —exclamó la joven. Lewisham le pareció que no era aquélla la frase indicada. Contempló el documento con un súbito acceso de simpatía. Hubo un intervalo. Él se dio cuenta de que Ethel le apoyaba la mano en el hombro, y de que estaba inclinada sobre él.

—Querido —murmuró Ethel, con una extraña alteración en el tono de la voz.

Lewisham se dio cuenta de que ella estaba buscando la manera

de decir algo que le era muy difícil expresar.

—Di —repuso en seguida.

—¿No te aflige esto?

—¿Qué?

—Esto.

—¡No!

—¿No? ¿No lo sientes?

—No... No lo siento.

—No puedo comprenderlo. Es tan...

—Estoy contento —proclamó él—. ¡Contentísimo!

—Pero... la molestia..., el gasto... ¿Y tu trabajo?

—Sí —aclaró—. Eso es precisamente.

Ethel lo miró, extrañada. Él levantó la vista y él hizo una muda pregunta a sus ojos. Lewisham la ciñó con el brazo, e inmediatamente y casi sin darse cuenta ella obedeció a su presión, e inclinándose le besó.

—Esto lo deja todo bien sentado —dijo Lewisham sin soltarla—. Esto nos une. ¿No lo ves? Antes... Pero ahora es distinto. Es algo que tenemos entre los dos. Es algo que... Es la ligazón que necesitábamos. Nos juntará, nos unirá. Será nuestra vida. Éste será, ahora en adelante, mi trabajo. Lo otro...

Enfrentándose con una verdad, añadió:

—¡Era vanidad y nada más que vanidad!

Todavía una sombra de duda oscurecía el semblante de Ethel, algo así como un anhelo inexpresado.

Al cabo de un instante, habló.

—Querido...

—Di.

Ethel frunció el ceño.

—¡No! —exclamó—. No puedo decirlo.

Durante el intervalo adoptó una cómoda posición sentándose sobre las rodillas de Lewisham.

Él le besó la mano, pero el rostro de Ethel permaneció grave, y mirando el crepúsculo por la ventana dijo:

—Ya sé que soy muy estúpida. Las cosas que digo no son las que siento.

Lewisham aguardó a que ella dijera más.

—No vale la pena —murmuró Ethel.

Lewisham tuvo la sensación de que la responsabilidad de la expresión le tocaba a él ahora; y también encontró bastante dificultad en traducirla en palabras.

—Creo comprender —dijo, luchando contra lo impalpable.

La pausa que siguió pareció larga, y, no obstante de ningún modo vacía. Ella cayó bruscamente en prosaísmo, y, desprendiéndose de él, dijo:

—Si no voy abajo, mi madre tendrá la cena.

Al llegar a la puerta se detuvo y volvió hacia él una cara radiante. Durante un momento se examinaron detenidamente. Para Ethel, Lewisham no era más que una vaga silueta. Impulsivamente él tendió los brazos...

Luego, al oír un ruido en el piso de abajo, Ethel se libró de su abrazo y echó a correr a escape. Lewisham oyó cómo ella gritaba:

—¡Madre! No pongas la mesa. Tienes que descansar.

Se quedó escuchando sus pisadas hasta que se extinguieron en la cocina. Luego volvió sus miradas al *Schema*, y durante un momento le pareció una cosa insignificante.

Lo cogió con las dos manos y lo contempló como si hubiese sido escrito por otro. Y era verdad, pues verdaderamente lo había escrito otra persona.

—Folletos de la causa liberal —leyó sonriendo.

Inmediatamente, un tren de ideas se lo llevó muy lejos. Su actitud se relajó un poco, el *Schema* se transformó de momento en mero símbolo, en un punto de partida, y se puso a contemplar por la ventana los progresos del anochecer. Durante mucho tiempo se quedó allí sentado, persiguiendo a unos pensamientos que eran emociones a medias, emociones que iban cobrando la forma y la sustancia de las ideas. La corriente aquella, cada vez más profunda, llegó a remover por fin las mismas raíces de la palabra.

«Si fue vanidad —pensó Lewisham—, vanidad de muchacho. Para mí, al menos. Yo tengo dos lados... ¿Dos lados...? ¡Perogrullada...! ¡Ensueños como míos! Habilidades como las mías... ¡Sí, cualquier hombre! Y no obstante... ¡Las cosas que me proponía hacer!».

Sus pensamientos convergieron hacia el socialismo, a la candente ambición de arreglar y recomponer el mundo. Se maravilló al considerar las perspectivas que había descubierto

aquellos días.

«No es para nosotros... ¡No es para nosotros! Nosotros de perecer en esta tosquedad... Algún día, no sé cuándo. Pero no es para nosotros... ¡Y pensar que todo es el Hijo! ¡El futuro es el Hijo! ¡El futuro! ¿Qué somos nosotros, todos nosotros, sino servidores o traidores de eso...?».

* * *

«La selección natural..., de lo que se deduce... que a este lado se halla la felicidad... o debe hallarse. No puede haber otra».

Exhaló un suspiro.

«Que dure toda una vida... Y, no obstante..., es casi como si la vida me hubiera jugado una mala pasada..., prometiéndome tanto y dándome tan poco ¡No! ¡No hay que considerarlo de esta manera! ¡As no vale! Así no vale... ¡Carrera! Ya en sí mismo resulta una carrera..., la carrera más importante mundo. ¡Padre! ¿Para qué necesito más...? ¿Y Ethel? No es extraño que estuviera tan pálida. Siempre estado pálida, pero ahora mucho más. No es de extrañar que estuviese tan inquieta. Insatisfecha... ¿Q. tenía que hacer? Era la que llevaba la casa... Era un juguete... Sí... Esto es la vida. ¡Sólo esto es la vida! Para esto hemos sido creados, para eso hemos nacido.: Estas otras cosas... todas las demás cosas... sólo a modo de juguetes... ¡Jugar!».

Su mirada se posó otra vez sobre el *Schema*. Sus manos se fueron al otro ángulo de la mesa. La visión de aquella carrera tan bien arreglada, aquella orar nada secuencia de trabajo y de éxitos, de distracciones y más distinciones, se irguió brillantemente del símbolo. Luego, apretando los labios, rompió en dos aquella hoja amarilla. La rompió con satisfacción. Dobló las dos mitades y volvió a romperlas, las dobló de nuevo muy cuidadosa y limpiamente y siguió repitiendo hasta que el *Schema*, quedó desmenuzado en innumerables pedacitos. Con aquello le pareció que rompía todo su pasado.

«¡Jugar! —murmuró después de un largo silencio—. Es el final de la adolescencia, el final de vacuos ensueños...».

Permaneció inmóvil, con las manos descansar., sobre la mesa y los ojos fijos en el cuadro azul de la ventana. La luz menguante se concentró en un punto y se transformó en una estrella.

Se encontró los rotos pedazos aún en la mano. Tendió el brazo y los dejó caer en aquella papelera nueva que Ethel acababa de comprarle.

Dos pedazos cayeron fuera de la papelera. Lewisham se agachó, los recogió y los puso cuidadosamente con los demás.

Doce historias y un sueño

FILMER

En verdad, el dominio de la navegación aérea se debe al esfuerzo de miles de hombres: éste sugiere una idea y aquel otro realiza un experimento, hasta que, finalmente, sólo fue necesario un potente esfuerzo intelectual para concluir la empresa. Pero la inexorable injusticia del sentir popular ha decidido que de todos esos miles de hombres, sólo uno, y en este caso un hombre que nunca voló, fuera elegido como el inventor, del mismo modo que decidió honrar a Watt como descubridor del vapor y a Stephenson de la locomotora. Y, seguramente, de todos estos nombres reverenciados, ninguno lo ha sido de forma tan grotesca y trágica como el del pobre Filmer, la tímida e intelectual criatura que resolvió el problema que había sumido en la perplejidad y en el temor a tantas generaciones, el hombre que apretó el botón que ha modificado la paz y la guerra, y casi todas las condiciones de la felicidad y vida humanas. El repetido prodigio de la pequeñez del científico que se enfrenta a la grandeza de su ciencia jamás ha encontrado una ejemplificación tan asombrosa. Gran parte de los datos referentes a Filmer permanecen en una profunda oscuridad, y así han de quedar —los Filmer no atraen a los Boswell—, pero los hechos esenciales y la escena final son suficientemente claros, y existen cartas, notas y alusiones casuales que nos ayudan a ensamblar las diferentes piezas del rompecabezas final. Y ésta es la historia que se obtiene, juntando una pieza con otra, sobre la vida y muerte de Filmer.

La primera huella auténtica de Filmer en las páginas de la historia es un documento en el cual solicita ser admitido como estudiante de física becado en los laboratorios del gobierno, en South Kensington, y con tal propósito se describe a sí mismo como hijo de un «zapatero de batalla» («remendón» en lenguaje vulgar) de Dover, y elabora además una lista de las diferentes investigaciones que prueban su elevada capacidad para la química y las matemáticas. Con cierta falta de dignidad, pretende incrementar dichas dotes valiéndose de una declaración de pobreza y de las desventajas consecuentes a dicha situación y se refiere al

laboratorio como la «meta» de sus ambiciones, una revelación involuntaria que refuerza su pretensión de consagrarse exclusivamente a las ciencias exactas. El documento está anotado de una manera que muestra que Filmer consiguió esta codiciada oportunidad, pero hasta hace muy poco no se habían encontrado rastros de sus éxitos en la institución del gobierno.

Ahora, sin embargo, ha quedado demostrado que a pesar de su celo declarado por la investigación, Filmer, antes de haber cumplido un año de beca, fue tentado por la posibilidad de un pequeño incremento en sus ingresos inmediatos, de manera que abandonó el laboratorio y se convirtió en uno de los calculadores de *nueve peniques hora* empleados por un célebre Profesor para ayudarle en la dirección de sus vastas investigaciones en el terreno de la física solar, investigaciones que todavía son motivo de asombro para los astrónomos. Después, por espacio de siete años, a excepción de las listas de aprobados de la Universidad de Londres, en las cuales se le ve trepar lentamente hasta una doble licenciatura de primera clase en matemáticas y química, no hay evidencia de cómo pasaba Filmer su vida. Nadie sabe cómo o dónde vivió, aunque parece muy probable que se mantuviera dando clases mientras proseguía los estudios necesarios para su graduación. Y después, cosa realmente extraña, aparece mencionado en la correspondencia de Arthur Hicks, el poeta.

«¿Recuerdas a Filmer? —Escribe Hicks a su amigo Vance—. Pues bien, no ha cambiado lo más mínimo; la misma forma hostil de hablar entre dientes y la misma barba repugnante —¿cómo puede ingeniárselas un hombre para dar siempre la impresión de que lleva tres días sin afeitarse?—, y todavía conserva esa especie de aire furtivo de estar ocupado en asuntos secretos cuando uno se lo encuentra; incluso su chaqueta y su cuello raído no muestran señales del paso de los años. Estaba escribiendo en la biblioteca y yo me senté a su lado en nombre de la caridad divina, tras lo cual me insultó deliberadamente mientras tapaba sus anotaciones. Al parecer, tiene en sus manos algún brillante descubrimiento y sospecha que yo —¡con un libro de poemas editado en Bodley!— pretendo robárselo. Ha cosechado notables honores en la Universidad —me los enumeró precipitadamente, con una especie de estúpido entusiasmo, como si temiera que yo pudiera

interrumpirle antes de haberme mencionado todos— y me habló largo y tendido sobre la obtención de su doctorado en ciencias, de la misma forma que uno podría hablar de subir a un coche. Y luego, con un insidioso tono comparativo, me preguntó por lo que yo estaba haciendo mientras su brazo se extendía nerviosamente —un verdadero brazo protector— sobre el papel que escondía la preciosa idea, su única idea prometedora.

—Poesía —dijo—, poesía. ¿Y qué pretende enseñar con eso, Hicks?

El pobre hombre es un embrión de catedrático de provincias, y yo doy gracias a Dios con devoción por haberme obsequiado con una preciosa indolencia, sin la cual podría haber seguido el camino hacia el doctorado en ciencias y la destrucción...».

Me atrevo a pensar que esta curiosa viñeta atrapa a Filmer en el momento o en momentos cercanos al nacimiento de su descubrimiento.

Hicks se equivocaba al pronosticar a Filmer una cátedra de provincias. La siguiente instantánea nos lo muestra disertando acerca de «la goma y sus sustitutos» en la Sociedad de Artes —había llegado a director de una importante fábrica de productos plásticos—, y ahora se sabe que en aquel tiempo era miembro de la Sociedad Aeronáutica, aunque no aportó nada en las discusiones de dicha corporación, pues prefería, sin duda, madurar su gran idea sin ayudas externas. Y a los dos años de aquella ponencia en la Sociedad de Artes se dedicó a sacar apresuradamente cierto número de patentes y a proclamar de forma muy poco seria la conclusión de las investigaciones divergentes que harían posible su máquina voladora. La primera declaración definitiva apareció en un mediocre vespertino, a través de la agencia de un individuo que se alojaba en la misma casa que Filmer. Esta precipitación final, después de una larga y laboriosa paciencia para mantener el secreto, parece haber sido debida a un pánico innecesario, pues Bootle, el célebre charlatán científico americano, había hecho una declaración que Filmer interpretó erróneamente como una anticipación de su idea.

Ahora bien, ¿en qué consistía exactamente la idea de Filmer? En realidad era una idea muy simple. Antes de él, las búsquedas de los aeronáuticos habían seguido dos líneas divergentes: por una parte

se habían construido globos —grandes aparatos más ligeros que el aire, de fácil ascenso y de descenso relativamente seguro, pero que flotaban impotentemente a merced de cualquier brisa que los impulsara—; y, por otra, se habían desarrollado máquinas voladoras que sólo volaban en teoría —vastas estructuras planas más pesadas que el aire, impulsadas y mantenidas por pesados motores, y la mayoría de ellas se hacían pedazos al primer descenso—. Pero, dejando a un lado el hecho de que el inevitable desplome final las hacía imposibles, el peso de las máquinas voladoras ofrecía al menos una teórica ventaja: podrían navegar por el aire en sentido contrario al viento, una condición necesaria si la navegación aérea había de tener algún valor práctico. El mérito particular de Filmer consistió en descubrir la manera de que las ventajas opuestas, y hasta entonces incompatibles, del globo y la pesada máquina voladora pudieran ser combinadas en un único aparato, que sería, a voluntad, más pesado o más ligero que el aire. Las vejigas contráctiles de los peces y las cavidades neumáticas de los pájaros le brindaron los primeros ejemplos. Inventó un sistema de globos contráctiles y absolutamente cerrados que, al dilatarse, podrían elevar los actuales aparatos voladores con facilidad, y, al contraerse por medio de una complicada «musculatura» que Filmer había entretejido a su alrededor, quedarían casi completamente replegados en el interior del armazón; la estructura que sostenía estos globos fue construida con tubos huecos y rígidos que expulsaban el aire automáticamente por medio de un ingenioso dispositivo a medida que el aparato descendía, y que permanecían vacíos tanto tiempo como deseara el aeronauta. A diferencia de los aeroplanos precedentes, esta máquina no tenía alas o hélices, y el único motor que requería era el potente y compacto dispositivo, imprescindible para contraer los globos. Se dio cuenta de que un aparato como el que había inventado podría elevarse con la estructura vacía de aire y los globos dilatados a una altura considerable; y luego, podría contraer los globos y dejar que el aire penetrara en la estructura de tubos, de modo que al ajustar sus pesos se deslizara por el aire en la dirección deseada. A medida que descendiera, el aparato acumularía velocidad y, al mismo tiempo, perdería peso, y el impulso acumulado por el rápido descenso podría ser utilizado por medio de un desplazamiento de pesos para

remontarse de nuevo gracias a la expansión de los globos. Esta concepción, que permanecía todavía dentro de los límites de la concepción básica de toda máquina voladora factible, necesitaba, sin embargo, un enorme despliegue de trabajos para coordinar los detalles, antes de que pudiera ser realizada definitivamente, y Filmer —como solía decir a los numerosos reporteros que se apiñaban a su alrededor en el apogeo de su fama— había llevado a cabo estos trabajos «generosa e incondicionalmente». Encontró una dificultad especial en el tejido elástico del globo contráctil. Comprendió que necesitaba un nuevo material, y para el descubrimiento y manufactura de este nuevo material, tuvo que realizar —como jamás dejó de recalcar a los reporteros— «un trabajo mucho más arduo que el que realicé para llegar a la conclusión definitiva de lo que parece ser mi mayor descubrimiento».

Pero no vaya a creerse que estas entrevistas sucedieron inmediatamente después de que Filmer proclamara su invento. Transcurrieron cerca de cinco años, durante los cuales continuó tímidamente en la fábrica de goma —parece haber dependido por completo de estos pequeños ingresos desde que inició su investigación—, haciendo infructuosos intentos para convencer a un público bastante indiferente de que él había inventado realmente lo que había inventado. Dedicó la mayor parte de su tiempo libre a redactar cartas para la prensa diaria y científica, explicando con precisión el incuestionable resultado de sus investigaciones y demandando ayuda financiera. Esto último habría sido suficiente para suprimir sus cartas. Invirtió los días festivos de los que podía disponer en insatisfactorias entrevistas con los porteros de los principales periódicos de Londres —estaba muy poco dotado para inspirar confianza a los conserjes—, y se sabe con absoluta seguridad que intentó convencer al Ministerio de la Guerra para que patrocinara su invento. En dicho Ministerio se conserva todavía una carta confidencial del general Volleyfire al conde de Frogs.

«El tipo en cuestión es un chiflado, y un pelota de la más baja categoría», dice el general con su típico estilo militar, populachero y sensato, y de este modo dio a los japoneses la oportunidad de asegurarse —tal y como hicieron posteriormente— la primacía en este aspecto de la guerra, primacía que, para mayor desventura

nuestra, conservan todavía.

Y entonces, gracias a un golpe de suerte, se descubrió que la membrana que había ideado Filmer para su globo contráctil era de gran utilidad para las válvulas de un nuevo motor de gasolina y consiguió los fondos necesarios para construir un modelo experimental de su máquina voladora. Renunció a su empleo en la fábrica de goma, dejó de escribir cartas, y, con esa especie de misterio que parece haber sido una característica inseparable de todos sus procedimientos, se puso a trabajar en el aparato. Todo parece indicar que dirigió la fabricación de sus diferentes elementos y que reunió la mayor parte de los mismos en su habitación de Shoreditch, pero el montaje final se llevó a cabo en Dymchurch, en el condado de Kent. No construyó el aparato con las dimensiones necesarias para transportar a un hombre, pero hizo un uso de lo más ingenioso de lo que en aquel entonces se llamaban ondas Marconi para controlar el vuelo. La primera incursión aérea de esta nueva máquina voladora se efectuó sobre unos campos de los alrededores de Burford Bridge, cerca de Hythe, en Kent, y Filmer siguió y controló el vuelo desde un triciclo de motor diseñado para tal efecto.

Considerando todas las circunstancias, el vuelo tuvo un éxito asombroso. El aparato fue transportado en una carreta de Dymchurch a Burford Bridge, donde se elevó a una altura cercana a los trescientos pies; desde allí descendió hasta las proximidades de Dymchurch, detuvo su descenso, se remontó de nuevo, describió un círculo y, finalmente, cayó sin daños considerables en un campo situado detrás de la posada de Burford Bridge. En el descenso sucedió algo muy curioso. Filmer abandonó su triciclo, trepó por el dique intermedio, avanzó unos veinte metros hacia su triunfo, extendió los brazos con gesticulaciones extrañas y se desplomó sin conocimiento. Más tarde, todos pudieron recordar la palidez de sus facciones y las muestras de extrema agitación que habían observado durante el desarrollo de la prueba, cosa que, de no haber ocurrido el incidente, habrían olvidado. Después, en la posada, Filmer tuvo un arrebato indescriptible de llanto histérico.

En total no hubo más de veinte testigos del suceso, y la mayor parte eran hombres sin educación. El médico de New Romney vio el ascenso, pero no el descenso, pues su caballo se asustó con el

aparato eléctrico del triciclo de Filmer y le ocasionó una terrible caída. Dos miembros de la policía de Kent contemplaron de forma extraoficial la aventura desde una carreta. Un tendero que estaba visitando la región en busca de pedidos y dos señoritas en bicicleta parecen completar la lista de personas instruidas. También se encontraban presentes dos informadores; uno representaba a un diario de Folkestone, y el otro no era más que un reportero de cuarta categoría, un periodista de «simposio», cuyos gastos, Filmer, ansioso de una publicidad adecuada —y ahora por fin se daba cuenta de cuál era la forma más adecuada de conseguir esa publicidad—, había pagado. Era uno de esos escritores que pueden darle un tono convincente de irrealidad a los sucesos más verosímiles, y su semicómico relato del acontecimiento apareció en el suplemento de un diario popular. Pero, por fortuna para Filmer, los métodos coloquiales de este individuo eran más convincentes. Fue a ofrecer alguna aburrida crónica adicional sobre el tema a Banghurst, propietario del *New Papery* uno de los hombres mejor dotados y menos escrupulosos del periodismo londinense; y Banghurst se aprovechó inmediatamente de la situación. El reportero desaparece de la narración, sin duda muy dudosamente remunerado, y Banghurst, el propio Banghurst —papada, traje de sarga gris, abdomen, voz, gestos y demás—, aparece en Dymchurch siguiendo los consejos de su larga e inigualable nariz periodística. Con una sola mirada había adivinado todo el asunto, lo que era en ese momento y lo que podría llegar a ser.

El caso es que con su intervención, las investigaciones de Filmer, mantenidas en secreto tanto tiempo, alcanzaron la fama. Instantáneamente y de la forma más espléndida se convirtió en un *Boom*. Cuando uno revuelve los archivos de los periódicos del año 1907, comprueba con incredulidad lo repentino y delirante que debió de ser el *boom* en aquellos días. Los periódicos de julio no saben nada sobre navegación aérea, ni ven nada en la navegación aérea, manifestando con tan elocuente silencio que los hombres jamás querrían, podrían, o deberían volar. En agosto, la navegación aérea y los paracaídas, y las tácticas aéreas y el gobierno japonés, y Filmer y de nuevo la navegación aérea, sustituyen a la guerra de Yunnan y las minas de oro de la alta Groenlandia en las primeras páginas. Y Banghurst había dado diez mil libras esterlinas, y, un

poco más tarde, cinco mil libras más, y había consagrado sus ilustres y espléndidos —aunque estériles hasta entonces— laboratorios privados y una cantidad de acres de los terrenos cercanos a su residencia privada en las colinas de Surrey a la conclusión enérgica y fulminante —estilo Banghurst— de una máquina voladora practicable del tamaño apropiado. Entretanto, a la vista de las multitudes privilegiadas que se agolpaban en el jardín amurallado de la residencia urbana de Banghurst en Fulham, Filmer era exhibido en recepciones semanales al aire libre, en las que ponía a prueba las cualidades de su modelo. Con un coste inicial enorme, pero con beneficio final, el *New Paper* ofreció a sus lectores un precioso documento fotográfico de la primera de estas funciones.

En este punto, la correspondencia entre Arthur Hicks y su amigo Vance, viene de nuevo en nuestra ayuda.

«Vi a Filmer en el esplendor de su gloria —escribe con el preciso toque de envidia acorde con su situación de poeta pasado de moda—. El tipo aparece peinado y afeitado, y vestido a la moda de una Real Institución de Conferenciantes de Sobremesa, con el último grito en levitas y botines de charol, y, en general, su comportamiento oscila entre el de un grave y solitario hombre de ciencia y el de un asustado y tímido patoso cruelmente expuesto al ridículo. No hay el más leve toque de color en la piel de su rostro; su cabeza sobresale hacia delante y esos extraños y pequeños ojos de color ámbar espían furtivamente a su alrededor para preservar su fama. Sus ropas están perfectamente cortadas y, sin embargo, le sientan como si las hubiese comprado de confección. Todavía habla mascullando entre dientes, pero se percibe confusamente que dice cosas en tono agresivo, y retrocede instintivamente hasta las últimas filas de los grupos en cuanto Banghurst desaparece durante un minuto, y cuando pasea por los prados de Banghurst se observa que está un tanto sofocado y que se mueve nerviosamente, apretando sus blancas y débiles manos. Se encuentra en un estado de tensión, de horrible tensión. Y es el más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo... ¡El más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo! Lo que más choca de él es que no da la impresión de haberse esperado jamás, y en ningún caso, nada parecido a esto. Banghurst está en todas partes, el enérgico Maestro de Ceremonias con su pequeña gran presa, y yo juraría que nos

tendrá a todos en sus tierras antes de que Filmer finalice su ingenio. Ayer había cazado al primer ministro, y Filmer —¡bendita sea su alma!— no parecía especialmente inflado, para ser una ocasión tan importante. ¡Imagínatelo! ¡Filmer! ¡Nuestro oscuro y plebeyo Filmer! ¡La Gloria de la Ciencia Británica! Las duquesas se apiñan a su alrededor; las hermosas y atrevidas damas de la nobleza —por cierto, ¿has notado lo perspicaces que se han vuelto las grandes damas?— le dicen con sus hermosas y claras voces:

»—Oh, *Mr. Filmer*, ¿cómo ha sido capaz de inventar esto?

»Los hombres vulgares, que viven al margen de las cosas, están demasiado aislados para responder ingeniosamente. Uno se imagina una respuesta al modo de una *interview*:

»—Trabajando duramente y sin descanso, *Madame*, y, tal vez... no lo sé... tal vez, gracias a cierta capacidad personal».

Hasta aquí el testimonio de Hicks. El suplemento fotográfico del *New Paper* está en perfecta armonía con la descripción. En una de las imágenes, la máquina desciende hacia el río y, debajo de ella, a través de un claro entre los olmos, aparece el campanario de la iglesia de Fulham; en otra, Filmer está sentado ante sus baterías de control, y los hombres poderosos y las mujeres hermosas de la tierra permanecen de pie a su alrededor, con Banghurst al fondo, que muestra un aire modesto, pero decidido. La instantánea del grupo es extraordinariamente oportuna. Tapando gran parte de Banghurst, y mirando hacia Filmer con expresión triste y especulativa, aparece *Lady Mary Elkinghorn*, todavía hermosa, a pesar de su aire de escándalo y de sus treinta y ocho años, y, además, la única persona que no parece estar pendiente de la cámara que está a punto de retratarlos.

Hasta aquí hemos dado muchos detalles superficiales de la historia de Filmer, pero, al fin y al cabo, son sólo detalles superficiales. En cuanto a lo que interesa realmente del caso, uno se encuentra sumido necesariamente en la oscuridad. ¿Cómo se sentía Filmer en aquella época? ¿Cuál era la intensidad de cierto sentimiento desagradable que se alojaba en el interior de su nueva y elegante levita? Aparecía en los periódicos de medio penique, en los de penique, en los de seis peniques y publicaciones similares algo más caras, y era reconocido en el mundo entero como «el más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo». Había

inventado una máquina voladora factible y, día tras día, la construcción de un modelo de dimensiones apropiadas se llevaba a cabo en las colinas de Surrey. Y cuando estuviera terminado, se esperaba, como consecuencia clara e inevitable de haberlo inventado y realizado —y desde luego, a todo el mundo le parecía indudable y no había el menor resquicio para la duda en este vaticinio universal—, que el propio Filmer se subiría a bordo con orgullo y entusiasmo, se remontaría con ella por los aires y volaría.

Pero ahora sabemos con absoluta certeza que el simple orgullo y el entusiasmo para afrontar una acción desemejante naturaleza, no estaban en armonía con la constitución particular de Filmer. En aquel entonces no se le ocurrió a nadie, pero lo cierto es que así era.

Ahora podemos suponer con entera confianza que la idea de volar debió de originar en su espíritu una constante zozobra durante el día, y, por una carta que envió a su médico quejándose de un insomnio persistente, tenemos una sólida razón para suponer que la zozobra dominó también sus noches. Al fin y al cabo, la idea de revolotear en el vacío a mil pies de altura, tenía que parecerle a Filmer abominablemente angustiada, incómoda y peligrosa.

Ya desde el principio, por la época en que fue proclamado el más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo, debió de haberle atormentado la visión de acometer una empresa semejante, y con un vacío inmenso bajo sus pies. Es posible que alguna vez, en su juventud, hubiera sentido vértigo desde una gran altura, o sufrido una caída excesivamente desafortunada; o, quizá, el hábito de dormir en una mala postura hubiera desembocado en la desagradable pesadilla de la caída en el vacío, que todo el mundo conoce, infundiéndole ese horror. De lo que no cabe la menor sombra de duda ahora es de la intensidad de ese horror.

Aparentemente, en los primeros tiempos de su investigación jamás se había planteado la obligación de volar; la máquina había sido su meta, pero ahora las cosas habían sobrepasado los límites de su meta y, particularmente, aquella vertiginosa ascensión por los aires. Era un Inventor y había Inventado. Pero no era un Aeronauta, y sólo ahora empezaba a darse cuenta con claridad de que todo el mundo esperaba que volara. Y sin embargo, por más que la idea ocupara constantemente su imaginación, no dio ninguna muestra de ello hasta el último momento. Entretanto, iba de un lado a otro en

los espléndidos laboratorios de Banghurst; era entrevistado y celebrado, vestía a la moda, comía succulentos manjares y vivía en un piso elegante, pegándose un atracón de tan espléndida, inmoderada y saludable Fama y Éxito, como jamás un hombre, muerto de hambre durante tantos años como él había estado, habría soñado pegarse.

Las reuniones semanales de Fulham cesaron al cabo de un tiempo. Cierta día, el modelo se había negado por unos momentos a obedecer los controles de Filmer, o tal vez éste se distrajera a causa de las bendiciones de un arzobispo. El caso es que, de repente, en el preciso instante en que el arzobispo se embarcaba en una cita latina, como si fuera un arzobispo de novela, el aparato hundió el morro en el aire y fue a caer en la carretera de Fulham, a tres yardas del caballo de un ómnibus. Durante cosa de un segundo se mantuvo en suspenso, asombrando a los presentes con su asombroso comportamiento. Luego se desplomó, estalló en pedazos, y el caballo del ómnibus fue asesinado accidentalmente.

Filmer se perdió el final de la bendición arzobispal. Se levantó y se quedó mirando cómo su invento caía fuera del alcance de su mirada. Sus largas y pálidas manos permanecían aferradas a su inútil aparato. El arzobispo siguió el recorrido de la mirada de Filmer por el cielo con una aprensión impropia de un arzobispo.

Después, el estallido, los pitos y el escándalo, mitigaron la tensión de Filmer.

—¡Dios mío! —susurró, y se sentó.

Casi todos los demás miraban sorprendidos hacia el cielo para ver por dónde había desaparecido la máquina; algunos corrían hacia la casa.

La construcción de la máquina grande se aceleró después de este accidente. Filmer dirigía la construcción, siempre con cierta lentitud y ademanes muy cuidados, siempre con una preocupación creciente en su espíritu. Las precauciones que tomó respecto a la resistencia y seguridad del modelo fueron prodigiosas. A la menor señal de duda detenía todos los trabajos hasta que la pieza fuera reemplazada. Wilkinson, su ayudante principal, echaba pestes cada vez que se producían estas interrupciones, la mayor parte de las cuales, insistía, eran innecesarias. Banghurst ensalzaba la paciente exactitud de Filmer en el *New Paper* —aunque le injuriaba

implacablemente cuando estaba con su mujer— y MacAndrew, el segundo ayudante, acreditaba la sabiduría de Filmer.

—No queremos que se produzca un *fiasco* —decía—. Filmer es extremadamente prudente.

Y siempre que se presentaba una oportunidad, Filmer explicaba con total precisión a Wilkinson y a MacAndrew cómo tenía que ser controlado y manejado cada componente de la máquina voladora, de manera que estuvieran realmente tan capacitados, o más, para conducirla a través de los cielos cuando llegara el momento.

Ahora pienso que si Filmer, ante esta comedia, hubiera sido capaz de determinar exactamente cuáles eran sus sentimientos y adoptar una línea de conducta definida respecto al tema de su ascensión, podría haber eludido esa penosa prueba con facilidad. Si hubiera tenido esto claro, podría haber hecho un sinfín de cosas. Seguramente habría encontrado sin dificultad un especialista que certificara que tenía el corazón débil, o alguna afección gástrica o pulmonar, para impedir el vuelo —y ésta es precisamente la actitud que no adoptó, lo cual no deja de asombrarme—; o podría, si hubiera sido un hombre de más carácter, haber declarado simple y llanamente que no tenía intención de hacer tal cosa. Aunque el terror estaba constantemente presente en su espíritu, el hecho es que no se planteaba con claridad y precisión el problema. Supongo que durante todo aquel periodo no dejó de decirse que, cuando llegara el momento, se encontraría a la altura de las circunstancias. Era como un hombre paralizado por una grave enfermedad, que dice estar un poco indispuerto, pero que espera sentirse mejor al cabo de un rato. Entretanto, retrasaba la terminación de la máquina y dejaba que arraigara y creciera a su alrededor la presunción de que él iba a tripularla. Incluso aceptó elogios anticipados por su valor. Y, dejando a un lado sus aprensiones secretas, no cabe duda de que todas las alabanzas, distinciones y aclamaciones que recibió le parecieron una droga deliciosa y embriagadora.

Lady Mary Elkinghorn consiguió que las cosas se le complicaran un poco más.

El origen de *aquello* fue tema de inagotables especulaciones para Hicks. Es probable que al principio ella se mostrara un tanto «amable» con Filmer, haciendo gala de esa imparcial parcialidad tan suya, y es posible que a sus ojos —y debido al hecho de que se

destacara tan notoriamente mientras dirigía su monstruo hacia los cielos— Filmer hubiera adquirido una distinción que Hicks no estaba dispuesto a concederle. Sea como sea, debieron de disponer ambos de un momento de aislamiento, y el gran Inventor de un momento de valor suficiente para que algo de índole un poco más personal fuera revelado o declarado entre dientes. De cualquier modo, es indudable que empezó, y no tardó en ser observado por una clase de gente acostumbrada a encontrar en los actos de *Lady Mary Elkinghorn* un motivo de diversión. Esto complicó las cosas, porque, el estado amoroso en un espíritu tan virginal como el de Filmer, tenía que reforzar su determinación —si no lo suficiente, al menos en grado considerable— de afrontar un peligro que le horrorizaba, y le impediría además cualquier tentativa de evasión que, en realidad, habría sido lo lógico y natural.

Sigue siendo tema de especulación saber cuáles eran exactamente los sentimientos de *Lady Mary* hacia Filmer y lo que realmente pensaba de él. A los treinta y ocho años, uno puede haber acumulado bastante sabiduría, y no ser todavía sabio del todo; y, además, la imaginación funciona aún con actividad suficiente para crear espejismos y aspirar a lo imposible. Filmer aparecía ante sus ojos como un personaje de capital importancia —y eso siempre cuenta— y, al parecer, estaba dotado de poderes únicos, al menos en el aire. Su actuación con el modelo tenía un aire de fascinación que lo equiparaba con un potente conjuro, y las mujeres han mostrado siempre una insensata disposición a imaginar que cuando un hombre tiene poderes, ha de tener necesariamente Poder. De este modo, cualquier imperfección en la apariencia o los modales de Filmer, se convertía en un mérito añadido. Era modesto, odiaba la ostentación, pero cuando llegara el momento en que se necesitaran *verdaderas* cualidades, entonces... ¡entonces se vería!

La difunta *Mrs. Bampton* creyó prudente comunicar a *Lady Mary* su opinión de que Filmer, considerando todas las cosas, era más bien un «gusano».

—Ciertamente, es un tipo de hombre que no había conocido hasta ahora —dijo *Lady Mary* con imperturbable serenidad.

Y *Mrs. Bampton*, después de lanzar una rápida e imperceptible mirada hacia aquella serenidad, decidió que por lo que se refería a comunicarle sus prevenciones a *Lady Mary*, había hecho cuanto se

podía esperar de ella. Pero a los demás les dijo un montón de cosas.

Y por fin, sin excesiva o impropia precipitación, amaneció el día, el gran día, en el que Banghurst había prometido a su público —el mundo entero en realidad— que la navegación aérea sería definitivamente dominada y superada. Filmer lo vio amanecer; acechó incluso en la oscuridad antes de que amaneciera y vio cómo se apagaban las estrellas y cómo los grises y nacarados tonos rosáceos daban paso al claro azul celeste de un día radiante y despejado. Lo contempló desde la ventana de su dormitorio situado en el ala recién construida de la residencia estilo Tudor de Banghurst. Y a medida que las estrellas se desvanecían y las formas y sustancias de las cosas surgían de la amorfa oscuridad, debió de ver con creciente claridad los preparativos de la fiesta en el parque, más allá de los grupos de hayas cercanos al pabellón verde, las tres tribunas levantadas para los espectadores privilegiados, la nueva y reluciente valla del recinto, los cobertizos y los talleres, los mástiles venecianos y los ondeantes pabellones que Banghurst había considerado indispensables... Y en medio de todas aquellas cosas se destacaba, lánguida y funesta en la plácida aurora, una gran forma cubierta con una lona. Un extraño y terrible presagio para la humanidad se ocultaba bajo aquella forma, un destello inicial que había de propagarse y ensancharse y transformar y dominar con seguridad todos los acontecimientos de la vida humana; pero es indudable que Filmer sólo lo veía en aquellos momentos bajo una perspectiva estrecha y personal. Muchas personas le oyeron pasearse a altas horas de la noche, pues la vasta mansión estaba atestada de huéspedes invitados por su propietario editor que, ante todo, creía en el aprovechamiento del espacio. Y hacia las cinco de la mañana, si no antes, Filmer abandonó su habitación y se alejó de la dormida mansión y deambuló por el parque, donde, a esa hora, no había nada más que la luz del sol, los pájaros, las ardillas y los gamos. MacAndrew, que era también un hombre madrugador, se encontró con él cerca de la máquina y se fueron juntos a echar un vistazo.

No se sabe si Filmer desayunó algo, a pesar de las recomendaciones de Banghurst. Parece ser que tan pronto como los invitados empezaron a deambular en número creciente, Filmer se retiró a su habitación. De allí se fue, a eso de las diez, hacia los

setos, probablemente porque había visto a *Lady Mary Elkinghorn*. Se paseaba de acá para allá conversando alegremente con su vieja amiga de colegio, *Mrs. Brewis-Craven* y, aunque *Filmer* no había visto nunca a ésta última, se unió a ellas y paseó a su lado durante un rato. A pesar de la elocuencia de *Lady Mary*, se produjeron varios momentos de silencio. La situación era complicada y *Mrs. Brewis-Craven* no acertaba a vencer esa complicación.

—Me dio la impresión —dijo después, incurriendo en una flagrante contradicción— de que era un ser muy desgraciado, que tenía algo que decir y, sobre todo, necesitaba que le ayudaran a decirlo. Pero ¿cómo iba una a ayudarle si no se podía adivinar de qué se trataba?

A las once y media, los recintos reservados para el público en el parque exterior estaban atestados; había una corriente intermitente de carruajes a lo largo de la franja que rodeaba el parque, y los invitados de la casa estaban diseminados por el césped, los setos y las esquinas del parque interior, en una sucesión de grupos vistosamente ataviados, atentos todos ala máquina voladora. *Filmer* paseaba en un grupo de tres, con *Banghurst*, que hacía gala de una suprema y visible felicidad, y *Sir Theodore Hickle*, presidente de la Sociedad Aeronáutica. *Mrs. Banghurst* les seguía a poca distancia, en compañía de *Lady Mary Elkinghorn*, *Georgina Hickle* y el deán de *Stays*. *Banghurst* monopolizaba la conversación y *Hickle* rellenaba inmediatamente los pocos intersticios que dejaba con observaciones complementarias dirigidas a *Filmer*. Y *Filmer* caminaba entre ellos sin decir una palabra, excepto cuando se hacía inevitable una respuesta. Detrás, *Mrs. Banghurst* gozaba de la conversación admirablemente tramada y proporcionada del deán, con esa palpitante atención hacia el alto clero que diez años de promoción y supremacía social no habían podido borrar de su espíritu; y *Lady Mary* contemplaba, sin duda con una entera confianza en el hombre que había de desilusionar al mundo, los hombros caídos de esa clase de hombre que no había conocido hasta entonces.

Cuando el grupo principal llegó a la vista del público, se produjeron algunos aplausos, tal vez no demasiado unánimes ni estimulantes. Se habían acercado a unos cincuenta metros del aparato, cuando *Filmer* lanzó una impaciente mirada por encima

del hombro para medir la distancia que le separaba de las mujeres que venían detrás, y se atrevió entonces a hacer el primer comentario que pronunciaban sus labios desde que salieron de la mansión. Su voz era un poco ronca, y cortó a Banghurst en medio de una sentencia sobre el Progreso.

—Oiga, Banghurst —dijo, y se calló.

—¿Sí? —dijo Banghurst.

—Quisiera... —Se humedeció los labios—. No me siento bien.

Banghurst se paró en seco.

—¿Qué? —gritó.

—Una sensación extraña —Filmer hizo ademán de moverse, pero Banghurst seguía inmóvil—. No sé.

Tal vez me encuentre mejor dentro de un minuto. Si no... quizá... MacAndrew...

—¿No se encuentra *bien*? —dijo Banghurst, y clavó su mirada en el pálido rostro de Filmer—. ¡Querida! —añadió en el preciso instante en que *Mrs.* Banghurst se acercaba a ellos—. Filmer dice que no se siente *bien*.

—Un pequeño malestar —exclamó Filmer, eludiendo la mirada de *Lady Mary*—. Puede que se me pase...

Se produjo un silencio.

Filmer pensó que era la persona más desamparada del mundo.

—En cualquier caso —dijo Banghurst—, la ascensión debe ser efectuada. Tal vez, si se sentara en algún sitio durante un rato...

—Es por la muchedumbre, creo —dijo Filmer.

Se produjo una segunda pausa. Los ojos de Banghurst se posaron en Filmer, escrutándole, y después recorrieron la masa de público del recinto.

—Qué inoportuno —dijo *Sir Theodore Hickley*—; pero todavía... supongo... sus ayudantes... Desde luego, si no se encuentra en condiciones y está indispuesto...

—No creo que *Mr.* Filmer permita *eso* ni por un solo instante —dijo *Lady Mary*.

—Pero si a *Mr.* Filmer le fallan los nervios... Incluso puede ser peligroso para él intentarlo... —dijo *Hickley*, y tosió.

—Precisamente porque es peligroso... —comenzó *Lady Mary*, y creyó que había expresado con suficiente claridad su punto de vista y el de Filmer.

Filmer se debatía entre motivos contradictorios.

—Creo que debo subir —dijo, mirando al suelo.

Levantó la vista y se encontró con los ojos de *Lady Mary*.

—Quiero subir —dijo, y le sonrió débilmente.

Después se volvió hacia Banghurst.

—Si pudiera sentarme durante un rato en algún sitio apartado de la muchedumbre y el sol...

Por fin, Banghurst empezó a comprender el caso.

—Venga a mi habitación del pabellón verde —dijo—. Allí hace bastante fresco.

Cogió a Filmer del brazo.

Filmer se volvió de nuevo hacia *Lady Mary Elkinghorn*.

—Me pondré bien en cinco minutos —dijo—. Estoy tremendamente apenado...

Lady Mary Elkinghorn le sonrió.

—No podía imaginar... —le dijo a Hickle, y cedió a la fuerza del tirón de Banghurst.

El resto del mundo se quedó mirando a los dos que se alejaban.

—Es tan frágil —dijo *Lady Mary*.

—Es un hombre extremadamente nervioso —dijo el deán, cuya debilidad consistía en considerar «neurótico» a todo el mundo, a excepción de los clérigos casados y con familia numerosa.

—Desde luego —dijo Hickle—, no es absolutamente necesario que vuele por el mero hecho de haber inventado...

—¿Podría ser de otra manera? —preguntó *Lady Mary*, con una débil mueca de desprecio.

—Ciertamente, sería de lo más desafortunado que cayera enfermo ahora —dijo *Mrs. Banghurst* con severidad.

—No se pondrá enfermo —dijo *Lady Mary*, que había recibido la mirada de Filmer.

—Se recuperará —decía Banghurst mientras caminaban hacia el pabellón—. Todo lo que necesita es un trago de *brandy*. Tiene que ser usted, ¿comprende? Y será usted... Lo pasará muy mal si permite que otro hombre...

—¡Oh! Quiero hacerlo yo —dijo Filmer—. Me recuperaré. De hecho, estoy casi dispuesto ahora... ¡No! Creo que primero tendré que tomar ese trago de *brandy*.

Banghurst le instaló en la habitación y destapó una licorera

vacía. Después salió en busca de *brandy* de repuesto. Estuvo fuera cerca de cinco minutos.

La historia de esos cinco minutos no puede ser escrita. Los espectadores situados en el ala oriental de las tribunas levantadas para el público pudieron ver a intervalos la cara de Filmer pegada contra los cristales de la ventana, mirando hacia el exterior con ojos desorbitados y, después, alejarse y desvanecerse. Banghurst desapareció gritando por detrás de la tribuna principal, e inmediatamente apareció el mayordomo, que se dirigía hacia el pabellón con una bandeja.

La habitación en donde Filmer tomó su última decisión era una pieza confortable, amueblada de forma muy simple, con muebles de color verde y un escritorio antiguo, pues Banghurst era sencillo en sus costumbres privadas. Estaba decorada con pequeños grabados de estilo Morland, y había también un estante con libros. Pero sucedió que Banghurst había dejado un rifle pequeño con el que a veces se entretenía encima de la mesa, y en una esquina de la chimenea había una lata que contenía tres o cuatro cartuchos. Mientras Filmer se paseaba de un lado a otro de la habitación luchando con su intolerable dilema, se dirigió en primer lugar hacia el insinuante rifle que se hallaba atravesado sobre el cartapacio que había encima de la mesa, y después hacia la insinuante etiqueta roja:

22 LARGO

La idea debió de penetrar en su cerebro en un instante.

Al parecer, nadie relacionó el sonido con él, aunque el rifle, al ser disparado en un espacio tan reducido, tuvo que haber resonado estrepitosamente, y eso que había varias personas reunidas en la sala de billar, que estaba separada tan sólo por un delgado tabique de yeso de la habitación donde se encontraba Filmer. Pero en cuanto el mayordomo de Banghurst abrió la puerta y percibió el acre olor a humo, comprendió, dijo, lo que había sucedido. Al menos los sirvientes de la mansión de Banghurst habían presentido que sucedía algo en el espíritu de Filmer.

Durante toda aquella penosa tarde, Banghurst se comportó tal y como creía que un hombre había de comportarse al enfrentarse con

un desastre irremediable, y la mayoría de los invitados hicieron bien en no insistir sobre el hecho —aunque les resultaba imposible disimular ciertas perspicacias— de que Banghurst había sido timado por el suicida de la forma más elaborada y completa. El público que llenaba el recinto, según me contó Hicks, se dispersó «como una fiesta que ha sido echada a perder por un patoso», y, al parecer, no había un alma en el tren de regreso a Londres que no supiera desde el principio que la navegación aérea era una aventura imposible para el hombre.

—Pero, después de haber llegado tan lejos —decían algunos—, podía haberlo intentado.

Por la noche, cuando se quedó relativamente solo, Banghurst perdió la serenidad y se desmoronó como un ídolo de barro. Me han dicho que lloró, lo cual debió de ser un espectáculo impresionante. Y se sabe con absoluta seguridad que dijo que Filmer había arruinado su vida, y que ofreció y vendió el aparato completo a MacAndrew por media corona.

—He estado pensando que... —dijo MacAndrew a la conclusión del negocio, pero se calló.

A la mañana siguiente el nombre de Filmer era por primera vez menos visible en el *New Paper* que en cualquier otro diario del mundo. El resto de los informadores del globo terráqueo, con un énfasis que variaba de acuerdo a su dignidad y grado de competencia con el *New Paper*, proclamaban el «completo fracaso de la Nueva Máquina Voladora» y el «suicidio del Impostor». Pero en la región septentrional de Surrey la acogida de las noticias era mitigada por la percepción de fenómenos aéreos insólitos.

La noche anterior Wilkinson y MacAndrew se habían enzarzado en una violenta discusión sobre los motivos exactos de la insensata decisión de su jefe.

—Es cierto que era muy poca cosa, un cobarde, pero en lo que se refiere a su ciencia, *no* era un impostor —dijo MacAndrew—, y yo estoy dispuesto a hacer una demostración práctica de esta verdad, *Mr. Wilkinson*, tan pronto como podamos disfrutar de algo de tranquilidad, pues no tengo ninguna fe en todo este despliegue publicitario para las pruebas experimentales.

Y con este objetivo, mientras el mundo entero se dedicaba a leer las noticias referentes al fracaso de la nueva máquina voladora,

MacAndrew se elevó hacia los cielos y describió curvas de gran amplitud y mérito sobre los campos de Epsom y Wimbledon; y Banghurst, que había recuperado una vez más la esperanza y la energía, sin prestar atención a la seguridad pública ni al Ministerio de Comercio, seguía de cerca sus evoluciones e intentaba atraer la atención del aeronauta desde un automóvil, y en pijama —pues había contemplado la escena de la ascensión en el momento en que levantaba la persiana de la ventana de su dormitorio—, equipado, entre otras cosas, con una máquina fotográfica que más tarde se comprobó que estaba estropeada.

Y Filmer yacía sobre la mesa de billar del pabellón verde con una sábana sobre su cuerpo.

EL BAZAR MÁGICO

Había visto varias veces el Bazar Mágico desde lejos; había pasado una o dos veces por delante del escaparate, donde se podían contemplar pequeños objetos mágicos: bolas mágicas, gallinas mágicas, conos maravillosos, muñecas ventrílocuas, material para el truco del cesto, barajas que *parecían* corrientes, y todo ese tipo de cosas; pero nunca se me había pasado por la cabeza entrar, hasta que un día, sin previo aviso, Gip me cogió del dedo y me arrastró hasta el escaparate, y se comportó de tal forma que no me quedó más remedio que entrar con él. A decir verdad, no pensaba que estuviera en ese lugar —era una fachada de dimensiones modestas en Regent Street, entre una tienda de cuadros y un establecimiento donde salen los polluelos de las incubadoras patentadas—, pero el hecho es que estaba allí. Creía que se encontraba más cerca de Circus, o por la esquina de Oxford Street, incluso en Holborn; siempre estaba en la acera de enfrente y un tanto inaccesible, como si su situación fuera un espejismo; pero estaba allí en ese momento, sin ningún género de dudas, y la gruesa yema del dedo de Gip hacía un ruido sobre el cristal.

—Si fuera rico —dijo Gip, mientras señalaba con un dedo el «huevo que desaparece»— me compraría esto. Y eso —refiriéndose a la «muñeca que llora, muy humana»—, y esto —señalando una cosa misteriosa que se llamaba, según se leía en una elegante tarjeta: «Compra uno y asombra a tus amigos»—. Cualquier cosa —añadió— puede desaparecer bajo uno de estos conos. Lo he leído en un libro. Y allí, papá, está el «medio penique que desaparece»... sólo que lo han puesto de esa forma para que no podamos ver cómo se hace.

Gip, un niño encantador que había heredado la educación de su madre, no tenía intención de entrar en el bazar ni de molestar en absoluto; pero me llevó del dedo inconscientemente hasta la puerta y dio a entender su interés de una forma clara.

—Eso —dijo, y señaló la «botella mágica».

—¿Y si la tuvieras? —le dije.

Cuando oyó esta pregunta prometedora, me miró con un resplandor repentino en los ojos.

—Se lo enseñaría a Jessie —dijo, pensando como siempre en los demás.

—Quedan menos de cuatro meses para tu cumpleaños, Gibbles —dije, y puse la mano en el picaporte.

No respondió, pero su mano me apretó más el dedo, y así entramos en el bazar.

No era una tienda común; era una tienda mágica, y el entusiasmo y la precipitación que Gip habría mostrado de tratarse de meros juguetes, no se manifestó en esta ocasión. Dejó que el peso de la conversación recayera sobre mí.

Era una tienda pequeña, estrecha y con poca luz; el timbre de la puerta volvió a sonar con una nota de dolor cuando la cerramos. Durante un momento estuvimos solos y pudimos contemplar lo que había a nuestro alrededor. Había un tigre de *papier-maché* sobre la vitrina que cubría el mostrador, un tigre grave, de ojos bondadosos que movía la cabeza rítmicamente; había varias esferas de cristal, una mano de porcelana que sostenía cartas mágicas, un surtido de peceras mágicas de varios tamaños, un sombrero mágico impúdico que mostraba sin vergüenza sus resortes. En el suelo había espejos mágicos: uno te alargaba y estrechaba, otro te aumentaba la cabeza y te hacía desaparecer las piernas, y otro te hacía pequeño y gordo como un tonelete. Cuando nos estábamos riendo de esto, llegó el que, según creí, era el encargado del bazar.

Fuera quien fuera, estaba detrás del mostrador; era un hombre cetrino, moreno, extraño, con una oreja más grande que otra y un mentón como la punta de una bota.

—¿En qué puedo servirles? —dijo extendiendo sus dedos largos y mágicos sobre la vitrina.

Y así, con un susto, fue como le conocimos.

—Quiero comprar a mi pequeño algún truco sencillo de prestidigitación —dije.

—¿Un juego de manos? —preguntó—. ¿Mecánico? ¿Casero?

—Algo divertido —dije.

—¡Hum! —dijo el dependiente, y se rascó la cabeza como si reflexionara. Entonces sacó claramente de la cabeza una bola de

cristal—. ¿Algo así? —dijo, y nos la acercó.

Lo que hizo fue sorprendente. Había visto el truco infinidad de veces en algún espectáculo —forma parte del repertorio habitual de los prestidigitadores—, pero no esperaba verlo allí.

—Está muy bien —dije riéndome.

—¿Verdad? —dijo el dependiente.

Gip alargó la mano para coger la bola, pero sólo encontró una mano vacía.

—Está en tu bolsillo —dijo el dependiente, ¡y allí estaba!

—¿Cuánto cuesta? —pregunté.

—Las bolas de cristal no cuestan nada —dijo el dependiente con cortesía—. Las conseguimos gratis —añadió sacando una del codo.

Volvió a sacar otra de la nuca y la dejó junto a la anterior en el mostrador. Gip miró su bola de cristal con prudencia, después dirigió una mirada de interrogación hacia las dos que estaban en el mostrador y, finalmente, examinó con sus ojos redondos al dependiente, que sonrió.

—Puedes quedarte con éstas también —dijo el dependiente—, y, si no te importa, con una que saque de mi boca. ¡Así!

Gip me pidió consejo con la mirada y luego, en profundo silencio, se guardó las cuatro bolas, estrechó de nuevo mi dedo tranquilizador y se dio ánimos para presenciar el siguiente acontecimiento.

—Conseguimos todos nuestros pequeños trucos de esta forma —observó el dependiente.

Me reí como el que sigue una broma.

—En lugar de ir al distribuidor —dije—. Evidentemente, así sale más barato.

—En cierto modo —dijo el dependiente—. A fin de cuentas acabamos pagándolos, pero no tanto... como la gente supone... Nuestros trucos más importantes y los suministros diarios de las demás cosas que queremos los sacamos de ese sombrero... Y usted sabe, señor, si me permite decírselo, que no hay un almacén de venta al por mayor de artículos mágicos genuinos. No sé si ha reparado en nuestro rótulo: El Bazar de Magia Genuina.

Sacó una tarjeta comercial de su mejilla y me la entregó.

—Genuina —dijo, acompañando la palabra con el movimiento de un dedo—. No hay ningún tipo de engaño —añadió.

Parecía que estaba llevando la broma demasiado lejos.

Se volvió hacia Gip con una sonrisa extraña.

—Mira, tú eres un Buen Muchacho.

Me sorprendió que supiera esto, pues, en beneficio de su disciplina, lo manteníamos en secreto incluso en casa; pero Gip recibió la frase con impávido silencio y mantuvo la mirada firme sobre el dependiente.

—Sólo los Niños Buenos logran pasar por esa puerta.

Y, a modo de ejemplo, llegó hasta nosotros un golpeteo en la puerta y se pudo oír débilmente una vocecita que gritaba:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Quiero entrar ahí, papá! ¡Quiero entrar ahí!

Luego se oyó la voz de un angustiado padre que trataba de consolarle y tranquilizarle:

—Está cerrado, Edward —dijo.

—Pero no lo está —dije.

—Sí, señor —dijo el dependiente—. Siempre está cerrado para esa clase de niños.

Mientras hablaba vislumbramos al niño: una carita blanca, pálida de comer dulces y chucherías, y deformada por las malas pasiones; un pequeño egoísta inexorable que daba patadas al cristal encantado.

—No servirá de nada —dijo el comerciante cuando me dirigí hacia la puerta, movido por mi natural amabilidad.

Al poco tiempo se llevaron al niño mimado, que no paraba de berrear.

—¿Cómo logra hacer eso? —dije respirando un poco más libremente.

—¡Magia! —dijo el dependiente, moviendo la mano descuidadamente, y, de pronto... surgieron chispas de diversos colores de sus dedos y se desvanecieron en las sombras del bazar.

—Antes de entrar decías —dijo dirigiéndose a Gip— que querías una de nuestras cajas «compra una y asombra a tus amigos».

—Sí —dijo Gip, después de haberse dado ánimos.

—Está en tu bolsillo.

E inclinándose sobre el mostrador —tenía un cuerpo increíblemente largo—, este asombroso personaje mostró el artículo como suelen hacerlo los prestidigitadores.

—Papel —dijo, y sacó una hoja del sombrero vacío—. Cuerda.

Y su boca se convirtió en una caja de cuerdas, de la cual sacó una tira interminable que rompió con los dientes cuando terminó de atar el paquete... y, después —eso me pareció a mí—, se tragó el ovillo. Luego encendió una vela en la nariz de una de las muñecas ventrílocuas, puso uno de sus dedos (que se había puesto rojo como el lacre) en el fuego, y selló el paquete.

—Luego estaba el «huevo que desaparece» —observó.

Sacó uno de mi chaqueta y lo empaquetó, así como el «niño que llora, muy humano». Cuando estaban listos, yo entregaba los paquetes a Gip, que los estrechaba contra el pecho.

Habló muy poco, pero sus ojos eran elocuentes, al igual que la fuerza con que sostenía los paquetes. Gip era el escenario de emociones indescriptibles. Éstas eran magia *auténtica*.

Luego, sobresaltado, descubrí algo que se movía dentro de mi sombrero, algo suave e inquieto. Me quité el sombrero rápidamente y una paloma irritada —un cómplice, sin duda— saltó, corrió por el mostrador, y creo que se metió en una caja de cartón, detrás del tigre de *papier-maché*.

—¡Qué horror! —dijo el dependiente, quitándome el sombrero con destreza—. ¡Vaya pájaro descuidado! ¡Mira que anidar en cualquier parte!

Sacudí mi sombrero y en su mano abierta aparecieron dos o tres huevos, una canica grande, un reloj, media docena de las inevitables bolas de cristal, y más y más papel arrugado y estrujado, mientras hablaba sin parar de cómo la gente se olvida de cepillar los sombreros *por dentro*, así como por fuera; lo decía con mucha educación, pero refiriéndose a mí.

—Se acumulan todo tipo de cosas, señor... No me refiero a *usted* en particular, por supuesto... Casi todos los clientes... Es asombroso todo lo que llevan encima...

El papel arrugado crecía y ondeaba en el mostrador, cada vez en mayor cantidad, hasta que casi ocultó al dependiente, hasta que lo ocultó por completo, y su voz seguía y seguía.

—Ninguno de nosotros sabe lo que puede ocultar la buena apariencia de un ser humano, señor. No somos mejores que fachadas encaladas, sepulcros blanqueados...

Su voz se paró exactamente igual que cuando se golpea el gramófono del vecino con un ladrillo bien dirigido: el mismo

silencio instantáneo. El crujido del papel cesó, todo quedó en silencio.

—¿Ha terminado con mi sombrero? —dije al cabo de un rato.

Pero no hubo respuesta.

Miré a Gip y Gip me miró a mí; allí estaban nuestras imágenes deformadas en los espejos mágicos: extrañas, graves, inmóviles...

—Creo que nos vamos a ir —dije—. ¿Nos puede decir cuánto es todo esto...?

—¡Oiga! —dije con voz más bien fuerte—. Quiero la cuenta y mi sombrero, por favor.

Creo que alguien sorbió por las narices detrás del mostrador.

—Miremos detrás del mostrador, Gip —dije—. Creo que nos está tomando el pelo.

Llevé a Gip alrededor del tigre que meneaba la cabeza. Y ¿qué creéis que había detrás del mostrador? ¡Nadie, absolutamente nadie! Sólo mi sombrero tirado en el suelo y un típico conejo de prestidigitador, blanco y con orejas romas, sumido en sus meditaciones y con un aspecto tan estúpido y apocado como sólo los conejos de los prestidigitadores pueden tenerlo. Recogí mi sombrero y el conejo se apartó de mi camino arrastrando los pies.

—Papá —dijo Gip, susurrando débilmente.

—¿Qué pasa, Gip? —dije.

—Me gusta esta *tienda*, papá.

«A mí también me gustaría —me dije para mis adentros— si el mostrador no se hubiera alargado de repente, impidiéndonos el paso hacia la puerta».

Pero no quise llamar la atención de Gip sobre esto.

—¡Miz, miz! —dijo alargando la mano hacia el conejo cuando pasó arrastrándose por delante de nosotros—. ¡Conejito, haz un truco a Gip! —Y le siguió con la mirada hasta que se introdujo por una puerta que un momento antes no estaba allí.

Luego, esta puerta se abrió de par, y el hombre que tenía una oreja más grande que la otra apareció de nuevo. Todavía sonreía, pero cruzó una mirada entre divertida y desafiante.

—Seguro que querrá ver la sala de exposiciones, señor —dijo con cierta cortesía.

Gip tiró de mi dedo en dirección a la sala. Miré hacia el mostrador y volví a encontrarme con la mirada del dependiente.

Estaba empezando a pensar que la magia era demasiado genuina.

—No tenemos mucho tiempo —dijo.

Pero, sin saber cómo, nos encontramos en la sala antes de que terminara de decir esto.

—Todos los artículos son de la misma calidad —dijo el dependiente frotándose las manos—, y esta calidad es la mejor. Aquí no hay nada que no sea magia genuina, y todo totalmente garantizado. ¡Perdón, señor!

Sentí que tiraba de algo que se pegaba a la manga de mi chaqueta; entonces vi que agarraba a un inquieto demonio rojo por el rabo —la pequeña criatura mordía, luchaba e intentaba cogerle la mano—, y en seguida lo tiró descuidadamente detrás de un mostrador. Sin duda esa cosa era sólo una figura de goma retorcida pero ¡a primera vista...! Su gesto era exactamente el de un hombre que tiene entre las manos un pequeño bicho que muerde. Miré a Gip, pero estaba mirando a un caballo mágico de madera. Me alegró que no hubiera visto esa cosa.

—Oiga —dijo en voz baja, dirigiendo la mirada hacia Gip y el demonio—, ¿no tendrá muchas cosas de ese tipo por aquí, verdad?

—¡Ninguna de éstas es nuestra! Seguramente la trajo usted —dijo el dependiente en voz baja y con una sonrisa más deslumbrante que nunca—. ¡Es asombroso lo que la gente puede llevar encima sin darse cuenta! ¿Ves algo que te agrade por aquí? —preguntó a Gip.

Allí había muchas cosas que agradaban a Gip.

Se volvió hacia el sorprendente comerciante con una mezcla de confianza y respeto.

—¿Es eso una espada mágica? —dijo.

—Una espada de juguete mágica. No se dobla, ni se rompe, ni corta los dedos. Al que la lleva, le hace invencible en la lucha contra cualquiera que tenga menos de diez y ocho años. Cuestan desde media corona a siete y seis peniques, según el tamaño. Estas panoplias son para jóvenes caballeros andantes, y muy útiles: escudo de seguridad, sandalias para andar velozmente, yelmo que hace invisible.

—¡Oh, papá! —exclamó sofocado.

Traté de averiguar lo que costaban, pero el dependiente no me hizo ni caso. Había cogido a Gip; había conseguido que se soltara de mi dedo; se había embarcado en la explicación de sus artículos y

nada era capaz de pararle. Poco después observé, desconfiado y celoso, que Gip había cogido el dedo de esta persona como solía hacerlo conmigo. Sin duda el tipo era interesante, pensé, y tenía un lote de cosas curiosamente trucadas, realmente cosas muy *bien* trucadas, sin embargo...

Deambulaba detrás de ellos, casi sin hablar, pero sin perder de vista al prestidigitador. Al fin y al cabo, Gip se lo estaba pasando bien, y, cuando llegara la hora de irnos, no tendríamos ningún problema en hacerlo.

Aquella sala de exposiciones era larga y laberíntica, una galería interrumpida por mostradores y columnas, con arcos que llevaban a otras secciones donde vendedores del aspecto más extraño ganduleaban y te observaban, y también había espejos y cortinas turbadores. Tan turbadores eran, en efecto, que al cabo de un rato no fui capaz de distinguir la puerta por donde habíamos entrado.

El dependiente enseñó a Gip unos trenes que no eran de vapor, ni de cuerda, y que corrían con solo dar la señal; después, algunas cajas muy valiosas de soldados que tomaban vida en cuanto quitabas la tapa y decías... Yo no tengo un oído muy fino y sólo aprecié que se trataba de un sonido producido al retorcer la lengua; pero Gip, que tiene el oído de su madre, lo cazó al vuelo.

—¡Bravo! —dijo el dependiente, metiendo los soldados en la caja sin mucha ceremonia y dándosela a Gip—. ¡Ahora! —añadió, y en un momento Gip les había dado vida de nuevo.

—¿Se llevan esta caja? —preguntó el dependiente.

—Nos la llevamos —dije— sólo si usted no nos cobra todo su valor, en caso contrario habría que ser un magnate...

—¡No, hombre! ¡No! —exclamó el dependiente y volvió a recoger los soldaditos, cerró la tapa, agitó la caja en el aire y ¡zas!... ya estaba envuelta, atada y... *¡el nombre completo y la dirección de Gip escritos en el papel!*

El dependiente se rió de mi asombro.

—Esto es magia auténtica —dijo—, real.

—Es demasiado auténtica para mi gusto —repetí.

Después de esto continuó haciendo trucos a Gip, extraños trucos, aunque más extraña era la forma de realizarlos. Se los explicaba, se los enseñaba por delante y por detrás, y el niño, encantador, inclinaba la cabeza con aire de inteligencia.

Yo no prestaba la atención necesaria.

—¡Eh, presto! —dijo el dependiente mágico.

—¡Eh, presto! —repitió la voz clara y débil del niño.

En realidad, a mí me distraían otras cosas. Me estaba afectando la extraordinaria rareza de aquel lugar, que aparecía, por decirlo así, inundado de una atmósfera de extravagancia. Incluso había algo extraño en la instalación; en el techo, en el suelo, en las sillas colocadas al azar. Tuve la extraña sensación de que, cuando no las miraba directamente, se inclinaban, se movían y jugaban silenciosamente al escondite detrás de mí. La cornisa tenía un adorno sinuoso con máscaras, que parecían demasiado expresivas para ser sólo de yeso.

Entonces, uno de los vendedores de aspecto extraño atrajo mi atención. Estaba a cierta distancia de mí, y, evidentemente, no se daba cuenta de mi presencia... Veía, a través de un arco, casi todo su cuerpo, sobre una pila de juguetes; el vendedor se inclinaba indolentemente sobre una columna, haciendo muecas horribles. Hacía una mueca especialmente horrible con la nariz. Lo hacía sólo porque parecía aburrido y quería divertirse a sí mismo. Cuando empezaba, tenía la nariz chata y redonda; luego, la extendía rápidamente como un telescopio, la estiraba, y cada vez se hacía más delgada, hasta que parecía un látigo largo, rojo y flexible. ¡Parecía una cosa de pesadilla! La agitaba y la lanzaba como un pescador lanza su caña.

Lo primero que pensé fue que Gip no tenía que verle. Me volví y le vi totalmente absorto con el dependiente y sin pensar en nada malo. Ambos cuchicheaban y me miraban. Gip estaba de pie sobre un taburete y el dependiente sostenía una especie de gran tambor con la mano.

—¡Vamos a jugar al escondite, papá! —gritó Gip—. Tú te quedas.

Y antes de que pudiera hacer algo para evitarlo, el dependiente había puesto el gran tambor sobre Gip.

En seguida me di cuenta de lo que iba a pasar.

—¡Quite eso inmediatamente! —grité—. Va a asustar al niño. ¡Quítelo!

El dependiente de orejas desiguales lo hizo sin decir una palabra y me acercó el gran cilindro para que viera que estaba vacío. ¡Y el

taburete también estaba vacío! ¿Había desaparecido también mi hijo en ese instante...?

Tal vez conozcan esa cosa siniestra que surge como una mano de la nada y oprime el corazón. Saben que destruye el yo habitual y le deja a uno tenso y cauto, ni lento ni precipitado, ni enfadado ni temeroso. Eso me sucedió a mí.

Me acerqué al risueño dependiente y di una patada a su taburete.

—¡Ya está bien de locuras! —dije—. ¿Dónde está mi hijo?

—¿Ve? —dijo, mientras mostraba el interior del taburete—. Aquí no hay engaño...

Alargué la mano para agarrarle, pero se escabulló con un hábil movimiento. Intenté agarrarle otra vez, pero se apartó de mí y empujó una puerta para escapar.

—¡Alto! —grité, y se rió mientras se alejaba.

Me precipité tras él, en medio de una oscuridad total.

¡Plaf!

—¡Válgame Dios! ¡No le he visto venir, señor!

Me encontraba en Regent Street y había chocado con un trabajador de aspecto amable; un poco más allá estaba Gip, que parecía algo perplejo. Me disculpé, y entonces Gip se volvió y caminó hacia mí con una sonrisa brillante, como si se hubiera perdido por un momento.

¡Y llevaba cuatro paquetes en los brazos!

Al instante estreché mi dedo entre su mano.

Estuve un segundo sin saber qué hacer. Miré alrededor para ver la puerta del Bazar Mágico, pero... ¡no estaba allí! No había puerta, ni bazar... nada, sólo la pilastra corriente que se encuentra entre la tienda donde venden cuadros y el escaparate de los pollos...

Hice lo único que podía hacerse ante semejante confusión mental. Fui derecho al bordillo y levanté el paraguas para parar un coche.

—¡Coche! —dijo Gip exultante.

Le ayudé a montar; recordé mi dirección con dificultad y por fin monté yo también. Algo extraño se manifestó en un bolsillo de mi chaqueta; metí la mano y descubrí una bola de cristal. Con un gesto de petulancia la tiré a la calle.

Gip no dijo nada.

Durante un rato ninguno de los dos habló.

—¡Papa! —dijo Gip al fin—. ¡Ésa era una auténtica tienda!

Esto me llevó a considerar el problema de la impresión que le podía haber producido todo aquello. No parecía que le hubiera afectado nada, y de momento se encontraba bien. No estaba trastornado, ni asustado, sino tremendamente satisfecho por lo bien que se lo había pasado aquella tarde y por los cuatro paquetes que llevaba en los brazos.

¡Diablos! ¿Qué podría haber en los paquetes?

—¡Hum! —dije—. Los niños pequeños no pueden ir a tiendas así todos los días.

Escuchó estas palabras con su estoicismo acostumbrado y, por un momento, lamenté ser su padre y no su madre para poder besarle allí inmediatamente, coram publico, en el coche. Al fin y al cabo, pensé, no había salido tan mal la cosa.

Pero hasta que no abrimos los paquetes, no empecé a sentirme realmente tranquilo. Tres de ellos contenían cajas de soldados, soldados de plomo totalmente normales, pero de tan buena calidad que Gip olvidó que estos paquetes habían sido originariamente trucos mágicos, de una clase única y genuina. El cuarto contenía un gatito, un gatito blanco de carne y hueso, con excelente salud, carácter y apetito.

Cuando abrimos los paquetes, sentí un alivio provisional. Estuve dando vueltas por el cuarto del niño durante horas y horas...

Esto sucedió hace seis meses. Y ahora estoy empezando a pensar que todo está en orden. El gatito sólo tiene la magia que es natural a todos los gatos, y los soldados parecen una compañía tan disciplinada como cualquier coronel podría desear. ¿Y Gip...?

Los padres inteligentes comprenderán que debo conducirme con suma cautela con él.

Pero un día me atreví a preguntarle:

—¿Te gustaría que tus soldados tomaran vida, Gip, y que marcharan ellos solos?

—Los míos lo hacen —dijo Gip—. Sólo tengo que decir una palabra que sé antes de abrir la tapa.

—¿Y marchan solos?

—*Claro que sí*, papá. No me gustaría si no lo hicieran.

No mostré ningún signo de sorpresa impropio; desde

entonces he tenido ocasión de sorprenderle una o dos veces con los soldados fuera de la caja, pero hasta ahora no los he visto comportarse de una manera mágica...

Es algo difícil de explicar.

Existe también un problema económico. Tengo la incurable costumbre de pagar todas las facturas. He subido y bajado Regent Street varias veces buscando esa tienda. Me inclino a pensar, en efecto, que esta cuestión de honor ha sido satisfecha, y que, como conocen el nombre y la dirección de Gip, puedo esperar perfectamente que esas personas, sean quienes sean, envíen la factura a su debido tiempo.

EL VALLE DE LAS ARAÑAS

Hacia el mediodía los tres perseguidores salieron de un recodo del lecho del torrente y se encontraron, de pronto, ante la vista de un valle muy ancho y extenso. El difícil y tortuoso cauce pedregoso por el que habían seguido las huellas de los fugitivos durante tanto tiempo se convertía en una pendiente ancha. Movidos por un impulso común, los tres hombres abandonaron el rastro y cabalgaron hacia una pequeña elevación cubierta de árboles pardos; allí, dos de ellos se detuvieron, como les correspondía, un poco detrás del hombre de la brida tachonada de plata.

Durante algún tiempo escudriñaron la gran extensión que se abría a sus pies con mirada impaciente. Ésta se desplegaba hasta el infinito; sólo unos cuantos espinos secos y desperdigados y la vaga insinuación de un árido barranco rompían la desolación de la hierba amarilla. Sus distancias purpúreas se desvanecían entre las azuladas faldas de las colinas más lejanas, que daban la impresión de ser verdes; y sobre éstas, invisiblemente sostenidas —de hecho parecían colgar del azul del cielo—, aparecían las cimas nevadas de las montañas, que se hacían más imponentes y escarpadas hacia el noroeste, donde se cerraba el valle.

Hacia el oeste, el valle se extendía bajo el cielo, hasta una oscuridad remota en la que comenzaban los bosques. Pero los tres hombres no miraron al este ni al oeste, sino fijamente a lo largo del valle.

El hombre delgado de la cicatriz en el labio fue el primero en hablar.

—No se les ve por ninguna parte —dijo, susurrando con decepción—. Pero, después de todo, llevaban un día entero de ventaja.

—No saben que vamos tras ellos —dijo el hombre pequeño del caballo blanco.

—Ella debe de saberlo —dijo el jefe con amargura, como si hablara consigo mismo.

—Incluso así, no pueden ir muy rápido. Sólo tienen una mula para cabalgar, y el pie de la chica ha estado sangrando todo el día.

El hombre de la brida tachonada de plata le lanzó una mirada breve e intensa, llena de rabia.

—¿Crees que no lo he visto? —dijo gruñendo.

—Eso nos conviene, de todas formas —susurró el hombre pequeño para sí.

El hombre delgado de la cicatriz en el labio observaba impasible.

—No pueden estar fuera del valle —dijo—. Si cabalgásemos rápido...

Lanzó una mirada hacia el caballo blanco y se calló.

—Malditos sean todos los caballos blancos —dijo el hombre de la brida de plata, y se volvió a examinar la bestia incluida en su maldición.

El hombre pequeño miró entre las tristes orejas de su montura.

—Hice lo que pude —dijo.

Los otros dos volvieron a mirar a través del valle durante un rato. El hombre delgado pasó el dorso de la mano por su labio cicatrizado.

—¡Vamos! —dijo de pronto el dueño de la brida de plata.

El hombre pequeño se asustó y tiró de las riendas, y las pezuñas de los caballos golpearon apagada y repetidamente la hierba seca cuando dieron la vuelta para seguir el rastro.

Bajaron con cautela la larga pendiente que tenían ante ellos; así, llegaron, a través de un yermo de arbustos espinosos y retorcidos y de extrañas figuras de ramas tiesas que crecían entre las rocas, a la parte baja. Allí el rastro se debilitó, pues la tierra era escasa y la única vegetación que había era esa hierba abrasada y muerta que yacía sobre el suelo. Con todo, gracias a que escudriñaron con tenacidad, inclinándose junto al cuello de los caballos y parándose de vez en cuando, lograron estos hombres blancos seguir detrás de su presa.

Había sitios que habían sido hollados, briznas de hierba gruesa dobladas y rotas y, de vez en cuando, la insinuación suficiente de una huella. Una vez vio el jefe una mancha oscura de sangre en el lugar donde debía de haber pisado la mestiza. Acto seguido la maldijo en voz baja por loca.

El hombre delgado examinaba el rastro que hacía su jefe y el hombre pequeño del caballo blanco cabalgaba detrás, perdido en un sueño. Cabalgaban en fila; el hombre de la brida blanca marcaba el camino y no decía una palabra. Después de un rato, el hombre pequeño del caballo blanco tuvo la sensación de que el mundo no se movía. Salió de su sueño sobresaltado. Fuera de los ruidos de los caballos y de la carga, todo el vasto valle guardaba el melancólico silencio de una escena pintada.

Delante de él iban su amo y su compañero; ambos se inclinaban hacia la izquierda mirando con atención las huellas, ambos se movían impasibles al paso de los caballos; sus sombras se proyectaban delante de ellos: acompañantes inmóviles, silenciosas, sutiles. Y la suya, más cercana, era una figura fría y encogida. Miró a su alrededor. Algo había desaparecido. Entonces recordó el rugido de la garganta y el acompañamiento continuo de los guijarros que se movían y chocaban entre sí. ¿Y, además...? Ya no había brisa. ¡Eso era! ¡Qué inmenso! ¡Qué inmóvil lugar! ¡Qué monótono letargo en el atardecer! Y el cielo infinito y despejado, excepto un velo sombrío de neblina que se había formado en lo alto del valle.

Irguió la espalda, se impacientó con la brida, frunció los labios para silbar, pero sólo suspiró. Se volvió en la silla un rato para mirar la garganta de la montaña por donde habían descendido. ¡Todo yermo! Yermas las vertientes a ambos lados, sin señal alguna de un animal o de un árbol decente..., y menos aún de un hombre. ¡Qué tierra! ¡Qué tierra baldía! Volvió a su posición anterior.

Le proporcionó un efímero placer ver un palo torcido de un color negro purpúreo que se deslizó sinuosamente bajo la forma de una culebra y desapareció entre la hierba parda. Después de todo, el valle infernal *estaba vivo*. Luego, para mayor regocijo, un leve sople se posó sobre su cara, un susurro que iba y venía, una inclinación casi imperceptible de un arbusto duro de cuernos negros en una cima pequeña: los primeros signos de una posible tormenta. Humedeció un dedo con indolencia y lo sostuvo.

Se paró bruscamente para no chocar con el hombre delgado, que se había detenido al no ser capaz de seguir la pista. En ese momento de confusión captó la mirada del amo que se dirigía hacia él.

Durante un rato se interesó desganadamente por el rastro. Luego, cuando cabalgaban de nuevo, escrutó la sombra, el sombrero

y los hombros de su amo, que aparecían y desaparecían delante de la silueta del hombre delgado, que estaba más cerca. Llevaban cabalgando cuatro días fuera de los límites del mundo por este lugar desolado, escasos de agua, con sólo una tira de carne seca bajo las sillas, entre piedras y montañas, donde seguramente nadie, salvo esos fugitivos, había estado antes... ¡Y *todo* por aquello!

¡Todo por una muchacha, una simple chica traviesa! Un hombre que tenía ciudades enteras llenas de gente prestas a cumplir sus órdenes más infames... ¡Chicas, mujeres! ¿Por qué, en nombre de una locura apasionada, tenía que ser *ésta* en concreto?, se preguntó el hombre pequeño, y frunció el ceño y se lamió los labios resecos con una lengua ennegrecida. Era el deseo del amo, eso era todo lo que sabía. Sólo porque la muchacha quería escaparse de él...

Su mirada abarcó una fila entera de cañas altas que se inclinaban al unísono; luego, los flecos de seda que colgaban de su cuello se agitaron y cayeron. La brisa soplaba más fuerte. De algún modo se llevaría la inmovilidad inflexible de las cosas... y eso estaba bien.

—¡Demonio! —dijo el hombre delgado.

Los tres se detuvieron en seco.

—¿Qué? —preguntó el amo.

—Allí —dijo el hombre delgado señalando algo en el valle.

—¿Qué?

—Algo viene hacia nosotros.

Y mientras hablaba, un animal amarillo coronó una elevación y bajó amenazadoramente hacia ellos. Era un gran perro salvaje que corría en la dirección del viento, con la lengua fuera, a paso firme, y con tanta decisión que no pareció ver a los jinetes a los que se acercaba. Corría con el hocico levantado sin seguir, estaba claro, rastro ni presa. Cuando estuvo más cerca, el hombre pequeño agarró su espada.

—Está loco —dijo el jinete delgado.

—¡Gritemos! —dijo el hombre pequeño, y gritó.

El perro seguía su carrera y, cuando la espada del hombre pequeño estaba ya desenvainada, se echó a un lado y pasó jadeando velozmente. El hombre pequeño siguió con la mirada su carrera.

—No tenía espuma —dijo.

Durante un rato el hombre de la brida de plata examinó el valle.

—¡Vamos! —gritó finalmente—. ¿Qué importancia tiene esto? —Y sacudió el caballo para reanudar la marcha.

El hombre pequeño dejó de pensar en el misterio insoluble de un perro que no huía más que del viento y se hundió en profundas meditaciones sobre la condición humana.

«¡Vamos! —susurró para sí—. ¿Por qué le es dada a un hombre la facultad de decir: ¡Vamos!, con esa fuerza asombrosa de efecto? Siempre, a lo largo de su vida, el hombre de la brida de plata lo ha estado diciendo. ¡Si yo lo dijera...! —pensó el hombre pequeño».

Pero la gente se asombra cuando no se obedece al amo incluso en las cosas más insensatas. Esta mestiza le parecía a él, y a todo el mundo, una loca... casi blasfema. Comparando, al hombre pequeño le pareció que el jinete delgado de la cicatriz era tan robusto como su dueño, tan valiente o quizá más, y, sin embargo tenía que obedecer, sólo obedecer ciegamente y sin vacilación...

Algunas molestias en las manos y rodillas atrajeron la atención del hombre pequeño hacia cosas más inmediatas. Se dio cuenta de algo y se puso a cabalgar junto a su compañero, el hombre delgado.

—¿Notas algo en los caballos? —dijo en voz baja.

La cara delgada miró con un gesto de interrogación.

—No les gusta este viento —dijo el hombre pequeño, y se colocó detrás al ver que el hombre de la brida de plata se volvía hacia él.

—No veo nada raro —dijo el hombre de la cara delgada.

Siguieron cabalgando un rato en silencio. Los dos primeros cabalgaban echados sobre el rastro, el último contemplaba la neblina que descendía arrastrándose poco a poco por la inmensidad del valle, y advirtió cómo el viento soplaba cada vez más fuerte. Lejos, a la izquierda, una línea de masas oscuras, jabalíes quizá, bajaban galopando por el valle; pero no dijo nada, y tampoco hizo ningún comentario sobre el desasosiego de los caballos.

Entonces vio primero una gran bola blanca, y luego otra, grandes, blancas y brillantes como vilanos de cardos que eran empujadas por el viento a través del camino. Estas bolas se elevaban a bastante altura en el aire, caían y se volvían a elevar, se detenían un instante, se aceleraban y pasaban por delante de ellos; al verlas, la inquietud de los caballos aumentó.

Al poco rato vio que más esferas de aquéllas, empujadas por el viento —y a continuación muchas más—, se precipitaban por el

valle hacia ellos.

Escucharon un grito agudo. A través del camino irrumpió un enorme jabalí, que volvió la cabeza sólo un instante para mirarlos y luego se precipitó de nuevo a través del valle. Acto seguido, los tres se detuvieron y, sentados en las sillas, contemplaron la niebla espesa que se abatía sobre ellos.

—Si no fuera por estos vilanos... —empezó a decir el jefe.

Pero en ese momento un gran globo, empujado por el viento, se puso por delante de ellos, a unos veinte metros. En realidad no era una esfera uniforme en absoluto, sino una cosa inmensa, blanda, desigual y transparente, como una sábana atada por las puntas, como una medusa aérea que fuera dando vueltas y vueltas mientras avanzaba arrastrando hilos de telaraña y serpentinillas que flotaban en su estela.

—Esto no es un vilano —dijo el hombre pequeño.

—No me gusta nada —dijo el hombre delgado. Y se miraron entre ellos.

—¡Maldita sea! —gritó el jefe—. El aire está lleno de esta porquería. Si siguen pasando así durante mucho tiempo, nos impedirán el paso por completo.

Un sentimiento instintivo —como el que hace agruparse a una manada de ciervos ante la proximidad de algo desconocido— les impulsó a volver sus caballos contra el viento; cabalgaron unos pasos y contemplaron la multitud de masas flotantes que avanzaban. Venían empujadas por el viento con una velocidad uniforme, se elevaban y caían en silencio, tocaban la tierra, rebotaban y se elevaban muy alto; todas en perfecta sincronización, con una seguridad firme y consciente.

A ambos lados de los jinetes pasaba la avanzadilla de este insólito ejército. Cuando uno de estos globos, que venía dando vueltas por el suelo, se rompió en trozos informes arrastrando perezosamente largas cintas y tiras viscosas, los tres caballos se espantaron y se encabitaron. Una impaciencia repentina y desmedida se apoderó del amo. Maldijo los globos que volaban dando vueltas.

—¡Sigamos! —gritó—. ¡Sigamos! ¿Qué nos importan estas cosas? ¿Cómo pueden importarnos? ¡Volvamos a retomar el rastro!

Empezó a echar pestes de su caballo y apretó el freno contra su

boca.

—Seguiré ese rastro, os lo aseguro —gritó con rabia—. ¿Dónde está ese rastro?

Agarró la brida de su caballo encabritado y buscó entre la hierba. Un hilo largo y pegajoso cayó sobre su cara, una flámula gris se enredó en el brazo que sostenía la brida, y una cosa grande, hormigueante, con muchas patas, descendió rápidamente por su nuca. Miró hacia arriba y descubrió una de esas masas grises, que parecía anclada encima de él por medio de esos hilos y cabos que se agitaban como la vela de un barco cuando cambia el rumbo... aunque silenciosamente.

Tuvo la impresión de que había muchos ojos, una tripulación numerosa de cuerpos rechonchos con miembros largos y muy articulados, que tiraban de los cabos que amarraban esa cosa para dejarla caer sobre él. Durante un rato miró hacia arriba al mismo tiempo que contenía al caballo desbocado, gracias al instinto que nace de cabalgar muchos años. Después, el plano de una espada y el filo de una hoja brilló sobre su cabeza y separó el globo volante de la telaraña; entonces la masa se elevó suavemente y se alejó sin dejar rastro alguno.

—¡Arañas! —gritó el hombre delgado—. ¡Esas cosas están llenas de arañas gigantes! ¡Mire, señor!

El hombre de la brida de plata, inmóvil, contempló cómo se alejaba la masa.

—¡Mire, señor!

El amo se sorprendió al ver una cosa roja aplastada contra el suelo que, a pesar de estar destruida parcialmente, aún podía menear sus patas inútiles. Luego, cuando el hombre delgado señaló otra masa que avanzaba amenazadora hacia ellos, desenvainó precipitadamente la espada. El cielo del valle parecía un banco de niebla rasgado en jirones. El amo intentó controlar la situación.

—¡Cabalguemos! —gritaba el hombre pequeño—. ¡Cabalguemos hacia abajo!

Lo que pasó luego fue algo parecido a la confusión de una batalla. El hombre de la brida de plata vio cómo el hombre pequeño le adelantaba acuchillando con furia imaginarias telarañas, le vio chocar con violencia contra el caballo del hombre delgado y arrojarlo junto con su jinete al suelo. Su propio caballo dio una

docena de pasos antes de que pudiera dominarlo. Entonces levantó la mirada para evitar peligros imaginarios, retrocedió unos pasos y vio un caballo que se revolcaba por el suelo y al hombre delgado que estaba sobre él acuchillando a una masa gris rasgada y convulsa que se deslizaba sobre ambos y los envolvía. Densas y veloces, como vilanos sobre una tierra baldía en un día ventoso de julio, seguían pasando las masas de telarañas.

El hombre pequeño se bajó del caballo, pero no se atrevió a soltarlo. Se esforzaba por hacer retroceder con un brazo a la bestia enfurecida, mientras que con el otro golpeaba a ciegas con su espada. Los tentáculos de una segunda masa gris se enredaron en la lucha y las amarras de ésta se rompieron y se hundieron lentamente.

El jefe apretó los dientes, agarró la brida, bajó la cabeza y espoleó al caballo. El caballo que se revolcaba en el suelo tenía sangre y formas que se agitaban sobre los costados; el hombre delgado lo abandonó súbitamente y avanzó corriendo unos diez pasos hacia su amo. Sus piernas estaban envueltas y llenas de esa sustancia gris; mientras corría, hacía movimientos inútiles con la espada. Las flámulas grises ondeaban sobre él; un delgado velo gris cubría su cara. Con la mano izquierda golpeó algo que estaba sobre su cuerpo y, de pronto, tropezó y cayó. Se esforzó por levantarse, pero cayó otra vez. Entonces comenzó a dar unos alaridos horribles:

¡Ahh! ¡Ahh! ¡Ahh!

El amo pudo ver las arañas que lo cubrían y otras que andaban por el suelo.

Cuando luchaba por obligar a su caballo a acercarse a ese objeto gris que gritaba, gesticulaba, se elevaba y descendía penosamente, se produjo un ruido de cascos y el hombre pequeño, en actitud de montar, sin espada, atravesado sobre el caballo blanco y agarrado a sus crines, pasó por delante de él como un torbellino. De nuevo un hilo viscoso de esta gasa gris pasó por delante de la cara del jefe. A su alrededor, y por encima de él, daba la impresión de que esta telaraña silenciosa y flotante daba vueltas acercándose cada vez más...

Hasta el día de su muerte ignoró lo que sucedió exactamente en ese momento. ¿Fue él quien hizo dar la vuelta a su caballo, o fue éste quien huyó espontáneamente detrás de su compañero? Basta

decir que un segundo después bajaba galopando a toda velocidad por el valle y blandiendo la espada frenéticamente sobre su cabeza. Tenía la impresión de que alrededor de él, a través de la brisa que soplabla más fuerte, las naves, los fardos y las escotas aéreas de las arañas le perseguían veloz y conscientemente.

El hombre de la brida de plata cabalgaba produciendo una serie de ruidos apagados, sin saber bien adónde iba, elevando la mirada hacia uno y otro lado con el rostro desencajado de miedo y el brazo dispuesto a hundir la espada. Unos cuantos metros por delante de él, arrastrando un jirón de telaraña, cabalgaba el hombre pequeño del caballo blanco, tranquilo, aunque mal montado en la silla. Las cañas se inclinaban ante ellos, el viento soplabla con fuerza; por encima del hombro, el amo pudo ver las telarañas que se apresuraban para alcanzarlos...

Estaba tan absorto en la huida, que no se dio cuenta del barranco que tenía delante hasta que su caballo se preparó para saltar. Entonces se equivocó en el movimiento y lo único que consiguió fue estorbar al caballo. Iba inclinado sobre el cuello del animal, se incorporó y se echó hacia atrás demasiado tarde.

Pero si con la excitación había errado el salto, al menos no había olvidado cómo se debe caer. Cuando estaba en el aire, volvió a comportarse como un verdadero jinete. No salió mal parado, pues sólo sufrió una contusión en un hombro y su caballo rodó dando coces convulsivamente hasta que se quedó inmóvil. Pero la espada del jefe se hincó de punta en la dura tierra, saltó hecha pedazos — como si la Fortuna ya no le aceptase como Caballero— y la punta rota pasó a un centímetro de su cara.

Se puso de pie en seguida y contempló jadeante las telarañas que pasaban impetuosas. Se dispuso a correr, pero pensó en el barranco y retrocedió. En una ocasión se echó hacia un lado para esquivar uno de esos horrores flotantes; luego bajó rápidamente por las paredes escarpadas y se puso a salvo del vendaval.

Allí, resguardado por los abruptos terraplenes del torrente seco, podía observar sin peligro cómo pasaban esas extrañas masas grises hasta que el viento cesara y fuera posible escapar. Durante mucho tiempo estuvo contemplando, agachado, cómo las extrañas y rasgadas masas grises arrastraban sus flámulas a través de la estrecha franja de cielo.

Mientras esperaba, una araña extraviada cayó junto a él en el barranco; de pata a pata medía más de un pie y su cuerpo era como media mano humana. Después de haber observado durante un instante con qué monstruosa celeridad se movía y escapaba, la atrajo usando como cebo la espada rota; entonces levantó su bota y la aplastó con el tacón de hierro. Mientras lo hacía profirió una blasfemia, y durante un rato estuvo buscando arriba y abajo más arañas.

Poco después, cuando estuvo más seguro de que estas manadas de arañas ya no podían caer en el barranco, encontró un sitio donde sentarse; allí se hundió en profundas meditaciones y empezó a morderse los nudillos y a comerse las uñas tal y como solía hacer. La llegada del hombre del caballo blanco interrumpió sus reflexiones.

Oyó ruido de cascos, pisadas que tropezaban desiguales y una voz tranquilizadora mucho antes de verle. El hombre pequeño apareció: era una triste figura que arrastraba todavía un trozo de telaraña por detrás. Se acercaron mutuamente sin hablar, sin un saludo siquiera. El hombre pequeño estaba cansado y avergonzado, y lleno de amargura y desesperación; finalmente se paró frente a su amo, que seguía sentado. Éste se estremeció levemente bajo la mirada de su subordinado.

—¿Y bien? —dijo por fin, en tono no autoritario.

—¿Le ha abandonado?

—Mi caballo se desbocó.

—Ya. También el mío.

Se burló de su amo con tristeza.

—Te digo que mi caballo se desbocó —dijo el hombre que una vez tuvo una brida tachonada de plata.

—Los dos somos unos cobardes —dijo el hombre pequeño.

El otro se mordía las uñas mientras reflexionaba y miraba a su subordinado.

—No me llames cobarde —dijo finalmente.

—Usted es un cobarde, como yo.

—Probablemente. Hay un límite más allá del cual todo hombre no puede sino sentir miedo. Es lo que al final he aprendido. Pero no soy un cobarde como tú. Ésa es la diferencia.

—Nunca hubiera podido imaginar que usted le abandonaría. Le

había salvado la vida dos minutos antes... ¿Por qué es usted nuestro dueño?

El amo volvió a morderse los nudillos y su rostro se ensombreció.

—Nadie me llama a mí cobarde —dijo—. No... Una espada rota es mejor que nada... No se puede esperar que a un caballo blanco con cojera le sea posible llevar a dos hombres durante un viaje de cuatro días. Odio los caballos blancos, pero esta vez no queda más remedio. ¿Empiezas a entenderme...? Me doy cuenta de que estás dispuesto a manchar mi reputación con lo que has visto e imaginado. Hombres como tú destronan reyes. Aparte de eso... nunca me has gustado.

—¡Señor! —dijo el hombre pequeño.

—¡No! —dijo el amo—. ¡No!

Se levantó de un golpe cuando el hombre pequeño se movió. Durante un minuto permanecieron frente a frente. Por encima de sus cabezas pasaban los globos de arañas empujados por el viento. Entre los guijarros hubo un rápido movimiento; unos pies que corrían, un grito de desesperación, un gemido y un golpe...

Cuando anochecía, el viento dejó de soplar. El sol se puso en medio de una apacible serenidad, y el hombre que en otro tiempo poseyó la brida de plata salió por fin del barranco con mucha cautela, avanzando por una sencilla pendiente; pero ahora llevaba el caballo blanco que pertenecía al hombre pequeño.

Quería volver al lugar donde estaba su caballo para recobrar la brida de plata, pero tuvo miedo de que la noche y la brisa le sorprendieran en el valle; además le disgustaba mucho la idea de que pudiera encontrar su caballo totalmente envuelto en telarañas y tal vez horriblemente devorado.

Cuando pensaba en aquellas telarañas, en todos los peligros por los que había pasado y en cómo se había salvado ese día, su mano buscó un pequeño relicario que colgaba de su cuello y lo estrechó con sincera gratitud. Cuando lo hizo, su mirada recorrió el valle.

—La pasión me hizo perder la razón —dijo—, pero ahora ella ha encontrado su merecido. Sin duda, ellos también...

Y he aquí que lejos de las laderas arboladas, al otro lado del valle, pero bajo la nítida luz del crepúsculo, vio una pequeña columna de humo.

Entonces, la serena resignación de su cara se transformó en ira y estupefacción. ¿Humo? Hizo volver la cabeza del caballo blanco y dudó. Un soplo de aire atravesó la hierba que estaba a su alrededor. Lejos, sobre algunas cañas, se balanceaban los jirones de una sábana gris. Contempló las telarañas; contempló el humo.

—Después de todo, puede que no sean ellos —dijo finalmente. Pero tuvo otra idea.

Después de haber contemplado el humo durante un rato, montó en el caballo blanco.

Cabalgaba abriéndose camino entre las masas de telarañas encalladas. Por alguna razón había muchas arañas muertas en el suelo, y las que estaban vivas se regalaban con sus compañeras en un banquete siniestro. Al oír el ruido de los cascos de su caballo, huyeron.

Había pasado su hora. Desde el suelo, sin viento que las empujase, sin una tortuosa sábana disponible, esas cosas no podían hacer mucho daño, a pesar de su veneno.

Golpeaba con el cinturón las que, según él, se acercaban demasiado. Una vez, estuvo a punto de desmontar en un lugar raso donde corrían varias arañas juntas y pisotearlas con las botas, pero controló su impulso. Varias veces se volvió en la silla y observó el humo.

—Arañas —murmuraba sin parar—. ¡Arañas! Bueno, bueno... La próxima vez tendré que tejer una tela.

LA VERDAD ACERCA DE PYECRAFT

Está sentado a menos de una docena de metros. Si echo una mirada por encima del hombro puedo verle. Y si tropiezo con sus ojos —y con frecuencia tropiezo con sus ojos— me corresponden con una expresión...

Es ante todo una mirada suplicante y, además, acompañada de cierto recelo.

¡Maldito sea su recelo! Si quisiera contar lo que sé de él, hace tiempo que lo habría hecho. No digo nada y no cuento nada, y él debería estar tranquilo. ¡Como si algo tan gordo y grasiento pudiera permanecer tranquilo! ¿Quién me creería si yo me decidiera a hablar?

¡Pobre Pyecraft! ¡Enorme y desasosegada masa de gelatina! El *clubman* más gordo de Londres. Está sentado ante una de las pequeñas mesas del club, en el rincón de la chimenea, engullendo. ¿Qué es lo que engulle? Miro con cautela y le sorprendo tratando de morder un redondo y caliente pastel de frutas relleno de mantequilla, y con los ojos fijos en mí. ¡Que el diablo se lo lleve! ¡Con los ojos fijos en mí!

¡Ya no hay más que decir, Pyecraft! ¡Se acabaron las contemplaciones, Pyecraft! Puesto que usted *quiere* ser abyecto; puesto que usted *quiere* proceder como si yo no fuera un hombre de honor, aquí mismo, bajo la mirada de sus ojos empotrados, voy a poner por escrito todo el asunto, la pura y simple verdad sobre Pyecraft. El hombre a quien ayudé, el hombre a quien protegí, y que me ha recompensado haciéndome insufrible mi propio club, absolutamente insufrible, con sus húmedas súplicas, con el perpetuo «no hables» de sus miradas.

Y, además, ¿por qué se obstina en estar comiendo eternamente?

¡Pues bien, allá va la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad!

Pyecraft... Conocí a Pyecraft en este mismo salón de fumar. Yo era un nuevo miembro del club, joven y tímido, y él lo advirtió. Yo estaba sentado, completamente solo, deseando conocer a otros miembros, y él se acercó hacia mí de repente —un desmesurado conglomerado de papadas y abdomen— y gruñó. Después se sentó a mi lado, jadeó durante unos instantes, se demoró rascando una cerilla, prendió un cigarrillo y, finalmente, me dirigió la palabra. He olvidado lo que me dijo... Algún comentario sobre lo mal que encendían las cerillas; y después, mientras hablaba, paró a todos los camareros que pasaban y se quejó de las cerillas con esa fina y aflautada vocecilla que tiene. Sea como fuere, nuestra conversación se inició de modo parecido.

Habló sobre varios temas y fue a parar a los deportes. Y de ahí a mi hechura y mi tez.

—Usted debe de ser un buen jugador de críquet —dijo.

Admito que soy delgado, tan delgado que algunos podrían llamarme flaco, y admito también que soy bastante moreno, y sin embargo... no es que esté avergonzado de tener una bisabuela hindú, pero, después de todo, no me gusta que cualquier desconocido adivine esta ascendencia por el mero hecho de mirarme.

Así pues, sentí cierta hostilidad hacia Pyecraft desde el principio.

Pero hablaba de mí sólo con la intención de hablar de sí mismo.

—Supongo —dijo— que usted no hace más ejercicio que yo, y probablemente no come mucho menos. (Como todas las personas excesivamente obesas imaginaba que no comía nada). Sin embargo —sonrió con una sonrisa oblicua— somos diferentes.

Y entonces empezó a hablar de su gordura y su gordura; todo lo que había hecho para combatir su gordura y todo lo que estaba haciendo para combatir su gordura; lo que la gente le había aconsejado hacer para combatir su gordura y lo que había oído que la gente hacía para combatir una gordura similar a la suya.

—*A priori* —dijo—, uno podría pensar que un problema de nutrición puede ser tratado por medio de una dieta, y un problema de asimilación por medio de drogas.

Era sofocante. Una conversación empalagosa. Al escucharle sentía que me inflaba por momentos.

Una cosa semejante se puede tolerar hasta cierto punto en un

club, pero llegó un momento en que creí que estaba soportando más de la cuenta. Mostraba hacia mí una simpatía demasiado evidente. Nunca podía entrar al salón de fumar sin que viniera hacia mí balanceándose y, a veces, llegaba y se ponía a engullir a mi lado mientras yo tomaba el almuerzo. En ocasiones parecía estar casi pegado a mí. Era un pelmazo, pero no un pelmazo menos terrible por el hecho de que se limitara exclusivamente a mi persona. Desde el principio advertí algo extraño en sus maneras —como si supiera, como si adivinara que *yo podría...*— que denotaba que veía en mí una oportunidad remota y excepcional que ningún otro le ofrecía.

—Daría cualquier cosa por bajar de peso —decía—, cualquier cosa —y me miraba desde lo alto de sus voluminosos carrillos con ojos de miope y suspiraba.

¡Pobre Pyecraft! En este preciso instante está aporreando el timbre, ¡sin duda para ordenar que le traigan otro pastel de frutas relleno de mantequilla!

Un día se decidió a abordar el verdadero tema.

—Nuestra farmacopea —dijo—, nuestra farmacopea occidental, no es otra cosa que la última palabra de la ciencia médica. He oído decir que en Oriente...

Se detuvo y me miró fijamente. Era como estar en un *aquarium*.

Sentí una cólera repentina contra él.

—Un momento —dije—, ¿quién le ha hablado de las recetas de mi bisabuela?

—Bueno... —titubeó a la defensiva.

—Todas las veces que nos hemos encontrado durante la semana —dije—, y nos hemos encontrado con bastante frecuencia, usted me ha hecho insinuaciones o algo parecido acerca de mi pequeño secreto.

—Bueno —dijo—, ahora que el gato está fuera del saco, lo reconozco, sí, es cierto. Lo he sabido por...

—¿Por Pattison?

—Indirectamente —dijo, pero me parecía que estaba mintiendo—, sí.

—Pattison —dije— tomó esos brebajes por su cuenta y riesgo.

Pyecraft frunció los labios y se inclinó.

—Las recetas de mi bisabuela —dije— son demasiado extrañas para jugar con ellas. Mi padre estuvo a punto de hacerme

prometer...

—¿No lo hizo?

—No. Pero me advirtió. Él mismo usó una de ellas... sólo una vez.

—¡Ah...! Pero ¿usted cree...? Suponga... suponga que apareciera por casualidad una que...

—Son documentos muy curiosos —dije—. Incluso el olor... ¡No!

Pero después de haber llegado tan lejos, Pyecraft estaba resuelto a ir más lejos todavía. Yo me temía que si insistía en poner a prueba su paciencia acabaría por abalanzarse sobre mí y asfixiarme. Fui débil, lo confieso.

Pero también estaba harto de Pyecraft. Había llegado a inspirarme tal sentimiento de repugnancia que me decidí a decirle:

—Está bien, arriésguese.

El pequeño experimento de Pattison al que yo había aludido era de una naturaleza completamente diferente. Ahora no nos interesa saber en qué consistía, pero, de todos modos, yo sabía que la receta que utilicé entonces para ese caso particular era inofensiva. De las demás no sabía demasiado y, a decir verdad, me sentía inclinado a dudar que fueran absolutamente inofensivas.

Pero en el caso de que Pyecraft se envenenara...

Debo confesar que el envenenamiento de Pyecraft se me apareció como una enorme empresa.

Aquella noche saqué de mi caja de caudales el extraño cofre de madera de sándalo que tenía un olor tan singular y revolví los crujientes pergaminos. El caballero que transcribió las recetas de mi bisabuela tenía una notable debilidad por los pergaminos de origen heteróclito, y su letra se apretaba hasta el máximo grado. Algunas de las recetas me resultaban indescifrables —aunque mi familia, debido a sus relaciones con el *Indian Civil Service*, había mantenido el conocimiento del indostánico de generación en generación—, y de las restantes, ninguna era fácil de leer. Pero en seguida encontré la que me interesaba, de modo que me senté en el suelo, al lado de la caja de caudales, y la contemplé durante un rato.

—Aquí tiene —le dije al día siguiente a Pyecraft, y aparté la hoja de sus ávidas garras.

—Por lo que he conseguido descifrar, se trata de una receta para «Perder Peso». —(«¡Ah!», dijo Pyecraft)—. No estoy del todo seguro,

pero creo que se trata de eso. Y si usted sigue mi consejo, debería olvidarse de ella. Porque, ha de saber —estoy ensuciando mi linaje para complacerle a usted, Pyecraft que mis antepasados de esa rama eran, por lo que puedo adivinar, una colección de personajes terriblemente estafalarios. ¿Comprende?

—Permítame intentarlo —dijo Pyecraft.

Me arrellané en el sillón. Mi imaginación hizo un inmenso esfuerzo y se desplomó.

—¡En nombre del cielo, Pyecraft! —exclamé—. ¿Qué aspecto cree usted que tendrá cuando adelgace?

Era impermeable a las razones. Le hice prometer que nunca más volvería a decirme una palabra referente a su desagradable gordura, sucediera lo que sucediera —nunca más—, y sólo entonces le tendí el pequeño trozo de pergamino.

—Es un mejunje nauseabundo —dije.

—No importa —contestó, y cogió la receta. Los ojos se le salieron de las órbitas.

—Pero... pero... —dijo.

Acababa de descubrir que no estaba escrita en inglés.

—Emplearé a fondo mis conocimientos —dije— y se la traduciré.

Hice lo que pude. Después estuvimos quince días sin hablarnos. Siempre que se acercaba yo fruncía el ceño y le hacía señas para que se alejara, y él respetaba nuestro pacto. No obstante, al término de los quince días estaba tan gordo como siempre. Entonces volvió a dirigirme la palabra.

—Necesito hablar —dijo—. Esto no es lógico. Tiene que haber un error. No noto ninguna mejoría. Está dejando usted en mal lugar a su bisabuela.

—¿Dónde está la receta?

La sacó con sumo cuidado de su cartera.

Yo recorrí con la mirada las instrucciones.

—¿Estaba podrido el huevo? —pregunté.

—No. ¿Es que tenía que estarlo?

—Pues claro —dije—; en las recetas de mi pobre y querida bisabuela eso no hace falta ni mencionarlo. Cuando no se especifica el estado o la calidad hay que escoger lo peor. Era muy drástica... Y aquí hay una o dos posibles alternativas para alguna de las otras

prescripciones. ¿Se ha procurado usted veneno *fresco* de serpiente de cascabel?

—He adquirido una serpiente de cascabel en Jamrach. Me ha costado... me ha costado...

—Eso es asunto suyo. Esta última prescripción...

—Conozco a un hombre que...

—Bien. Hum... Muy bien; le copiaré las alternativas. Por lo que sé de esa lengua, la ortografía de esta receta es particularmente atroz. Por cierto, el perro que está especificado aquí tendrá que ser seguramente un perro *paria*.

Durante el mes siguiente vi constantemente a Pyecraft en el club y seguía tan gordo y ansioso como siempre. Se mantenía fiel a nuestro tratado, pero a veces rompía el espíritu del convenio moviendo la cabeza con gestos de desaliento. Hasta que un día me abordó en el guardarropas.

—Su bisabuela...

—Ni una palabra contra ella —dije, y se calló.

Llegué a imaginar que se había rendido, pero un día le sorprendí hablando con tres nuevos miembros sobre su gordura, como si estuviera a la caza de otras recetas. Y poco después, de forma absolutamente inesperada, recibí un telegrama suyo.

—¡*Mr.* Formalyn! —voceó un botones justamente bajo mis narices.

Cogí el telegrama y lo abrí en el acto.

«*Por amor de Dios, venga. —Pyecraft*».

—¡Hum! —exclamé; y, a decir verdad, estaba tan complacido por la reivindicación de la fama de mi bisabuela que el mensaje prometía, que me regalé con el más exquisito de los almuerzos.

Me enteré de la dirección de Pyecraft por el portero del club. Pyecraft habitaba la mitad superior de una casa de Bloomsbury, y allí me dirigí nada más acabar mi café y mi copa de *trappistine*.

—¿*Mr.* Pyecraft? —pregunté en la puerta de entrada.

Creían que estaba enfermo; no había salido en dos días.

—Me está esperando —dije, y me enviaron arriba.

Toqué el timbre de una puerta enrejada que había en el rellano.

«No debería haber probado el brebaje —me dije—. Un hombre

que come como un cerdo tiene que parecer un cerdo».

Una mujer de aspecto respetable, con cara de preocupación y una cofia colocada descuidadamente, apareció y me observó a través de la reja.

Le di mi nombre y me dejó entrar con un gesto dudoso.

—¿Y bien? —dije cuando llegamos a la parte del rellano que correspondía a Pyecraft.

—Ha dicho que le hiciéramos pasar a usted si venía —dijo la mujer, sin hacer ningún gesto que me indicara el camino. Después añadió en tono confidencial—: Está encerrado, señor.

—¿Encerrado?

—Se encerró ayer por la mañana y no ha dejado entrar a nadie desde entonces. Y no hace más que *blasfemar*. ¡Oh, Dios mío!

Concentré la atención en la puerta que ella señalaba con sus miradas.

—¿Está ahí dentro? —pregunté.

—Sí, señor.

—¿Qué le pasa?

Movió la cabeza con un gesto de tristeza.

—No hace más que pedir alimentos, señor. Y sólo quiere alimentos *pesados*. Yo le llevo lo que puedo. Cerdo, morcillas, salchichas, pan fresco. Y cosas por el estilo. Me ordena que lo deje fuera, por favor, y que me vaya. Está comiendo constantemente, señor; es una cosa *horrorosa*.

Un grito aflautado se escuchó al otro lado de la puerta.

—¿Es usted, Formalyn?

—¿Es usted, Pyecraft? —grité, y me dirigí hacia la puerta y la golpeé.

—Dígale a la mujer que se marche.

Así lo hice.

Después escuché un extraño golpeteo en la puerta —como si alguien tanteara en la oscuridad en busca del picaporte—, acompañado por los familiares gruñidos de Pyecraft.

—Está bien —dije—. Ya se ha ido.

Pero la puerta permaneció cerrada durante un buen rato.

Por fin oí girar la llave. Y después la voz de Pyecraft.

—Entre.

Giré el picaporte y abrí la puerta. Como es lógico, esperaba ver a

Pyecraft.

Pues bien, ¡él no estaba allí!

No había recibido una impresión tan fuerte en toda mi vida. Su habitación se encontraba en un lamentable estado de desorden, con platos y fuentes dispersos entre los libros y los objetos de escritorio, y varias sillas volcadas; pero allí no estaba Pyecraft...

—Está bien, amigo. Cierre la puerta —dijo, y en ese preciso instante lo vi.

Estaba haciendo equilibrio en el aire, pegado a la cornisa que había en la esquina de la puerta, como si alguien lo hubiera encolado en el techo. Su cara aparecía angustiada y colérica. Jadeaba y gesticulaba.

—Cierre la puerta —repitió—. Si esa mujer se enterase...

Cerré la puerta. Después me dirigí al extremo opuesto y me quedé mirándole.

—Si algo de esto cede y usted se desploma —dije—, se romperá el cuello, Pyecraft.

—Ya me gustaría —dijo, resollando ruidosamente.

—Un hombre de su edad y de su peso no debería realizar ejercicios gimnásticos tan juveniles...

—No es nada de eso —dijo.

Parecía angustiado.

—Se lo contaré todo —añadió gesticulando.

—Pero ¿cómo diablos —dije— está usted agarrado ahí arriba?

De pronto me di cuenta de que no estaba agarrado a nada, sino que estaba flotando en el aire, exactamente igual que una vejiga llena de gas habría flotado en la misma posición. Empezó a hacer esfuerzos para desprenderse del techo y gateó por la pared hacia el lugar donde yo me encontraba.

—Ha sido esa receta —jadeó reptando por la pared—. Su bisabuela...

Mientras hablaba se agarró descuidadamente al marco de un grabado; éste cedió y Pyecraft voló hasta el techo mientras el cuadro se estrellaba contra el sofá. Pyecraft chocó con el techo y entonces comprendí por qué estaba manchado de blanco en las curvas y ángulos más sobresalientes de su persona. Lo intentó de nuevo, esta vez con más cuidado, descendiendo por la parte exterior de la chimenea.

Realmente era un espectáculo de lo más extraordinario ver a aquel hombre enorme, gordo, de aspecto apopléjico, boca abajo e intentando descender desde el techo hasta el suelo.

—Esa receta —dijo— ha sido demasiado eficaz.

—¿Cómo?

—Pérdida de peso... casi completa.

Entonces, claro está, comprendí.

—¡Por Júpiter, Pyecraft! —exclamé—. ¡Usted quería un remedio para la gordura! Pero siempre decía peso. Prefería decir *peso*.

De todos modos yo sentía un placer extraordinario. Incluso Pyecraft me resultó simpático en ese momento.

—Déjeme que le ayude —dije, y le cogí de la mano atrayéndole hacia el suelo.

Él agitó las piernas, intentando encontrar algo firme donde apoyar el pie. Parecía una bandera desplegada en un día de viento.

—Esa mesa —dijo, señalándola con el dedo— es de caoba maciza y muy pesada. Si pudiera usted meterme debajo...

Así lo hice, pero empezó a revolverse como un globo cautivo mientras yo permanecía de pie sobre la alfombra de la chimenea y le hablaba.

Encendí un cigarro.

—Dígame —dije—, ¿qué ha sucedido?

—Tomé el brebaje —dijo.

—¿Qué tal sabía?

—¡Oh! ¡Horrible!

Yo imaginaba que eso pasaría con todas. Si uno considera los ingredientes, o las posibles mezclas, o los probables resultados, casi todos los remedios de mi bisabuela resultan, como mínimo, absolutamente repelentes. Yo por mi parte...

—Primero tomé un sorbito.

—¿Sí?

—Y como al cabo de una hora me sentía mejor y más ligero, decidí tomar toda la dosis.

—¡Mi querido Pyecraft!

—Me tapé las narices —explicó—. Luego seguí sintiéndome más ligero... e imposibilitado, como ve. Un acceso de cólera le invadió súbitamente.

—¿Qué demonios voy a hacer? —exclamó.

—Está claro que hay una cosa que no debe hacer —dije—. Si sale a la calle empezará a subir y a subir —agité el brazo hacia arriba— y después tendrán que enviar a Santos-Dumont para alcanzarle y volver a traerle aquí abajo.

—Supongo que se me pasará.

Moví la cabeza.

—No creo que pueda usted contar con eso —dije.

Entonces tuvo otro acceso de cólera y se puso a dar puntapiés a las sillas cercanas y a patear el suelo. Se comportaba tal y como cabría esperar que se comportara un hombre enorme, gordo e inmoderado bajo circunstancias molestas, es decir: muy mal. Se refirió a mí y a mi bisabuela con una total falta de discreción.

—Yo jamás le pedí que se tomara ese mejunje —dije.

Y desdeñando generosamente los insultos que me prodigaba, me senté en un sillón y empecé a hablarle en tono juicioso y amigable.

Le hice ver que él mismo era el responsable del trastorno que padecía y que en cierto modo tenía un aire de justicia poética. Había comido en exceso. Él lo negó, y durante un rato estuvimos discutiendo este punto.

Pero en vista de que se ponía ruidoso y violento, dejé de insistir en este aspecto de su escarmiento.

—Y además —dije—, usted cometió un pecado de eufemismo. Nunca decía Gordura, que es un término preciso e ignominioso, sino Peso. Usted...

Me interrumpió para decirme que lo reconocía todo. Pero ¿qué iba a hacer *ahora*?

Le aconsejé que se adaptara a sus nuevas circunstancias. Así llegamos a la parte realmente complicada del asunto. Entonces le sugerí que no sería difícil aprender a andar a gatas por el techo...

—No puedo dormir —dijo.

Pero eso no constituía una gran dificultad. Era totalmente factible, le indiqué, preparar una cama en el techo bajo un somier de alambre, asegurando los colchones con correas y abotonando la manta, la sábana y la colcha a los lados. Pero tendría que confiar en su ama de llaves, dije, a lo que accedió después de una breve disputa. (Posteriormente fue una verdadera delicia contemplar la manera tan maravillosamente flemática con que la buena mujer se tomó estas sorprendentes inversiones del orden). Podría tener una

escalera de biblioteca en la habitación y las comidas serían depositadas en lo alto de la librería. Imaginamos también un ingenioso procedimiento mediante el cual podría descender al suelo siempre que quisiera; consistía simplemente en colocar la *Enciclopedia Británica* (décima edición) en el último entrepaño de la librería. Bastaría con sacar un par de volúmenes, agarrarlos con fuerza y descender tranquilamente. También acordamos distribuir asas de acero a lo largo del rodapié para que pudiera afianzarse siempre que deseara andar por la parte inferior de la habitación.

A medida que fuimos progresando en las soluciones, descubrí que yo mismo estaba enormemente entusiasmado. Fui yo quien llamó al ama de llaves y le descifró el enigma y, sobre todo, quien instaló en el techo la cama invertida. De hecho pasé dos días enteros en su casa. Soy un hombre habilidoso, de esa clase de personas que se ponen a hacer cosas con un destornillador, y le preparé todo tipo de ingeniosas adaptaciones: tendí un cable para poner los timbres a su alcance; coloqué las lámparas eléctricas boca abajo, y así sucesivamente. Para mí todo aquel asunto se había convertido en algo extraordinariamente curioso e interesante y me parecía delicioso imaginar a Pyecraft como una enorme y gorda moscarda arrastrándose por el techo y gateando por el dintel de las puertas de una habitación a otra, y sin posibilidad de volver al club, nunca, nunca, nunca más...

Pero al final mi fatal inventiva me superó. Yo estaba sentado junto a la chimenea, bebiéndome su *whisky*, y él se encontraba en su rincón preferido, al lado de la cornisa, clavando en el techo un tapiz turco, cuando se me ocurrió la idea:

—¡Por Júpiter, Pyecraft! —exclamé—. Todo esto es completamente innecesario.

Y antes de que pudiera calcular las consecuencias de mi idea, la solté:

—Ropa interior de plomo —dije, y el daño era ya irreparable.

Pyecraft acogió la ocurrencia casi con lágrimas.

—Poder andar de nuevo en la posición correcta... —dijo.

Le revelé todos los detalles del secreto antes de prever adónde me llevaría.

—Compre láminas de plomo —dije— y córtelas en rodajas. Después cósalas sobre su ropa interior hasta que pese suficiente.

Póngase botas con suela de plomo, lleve un maletín cargado de plomo y la cosa está hecha. En vez de estar prisionero aquí, tendrá la posibilidad de salir fuera, Pyecraft; podrá viajar...

Y entonces se me ocurrió una idea más feliz todavía.

—Usted jamás tendrá que sentir miedo a un naufragio. Le bastará con quitarse un poco de ropa, cargar en la mano la cantidad necesaria de equipaje y flotar por el aire...

Llevado por la emoción Pyecraft soltó el martillo y cayó a dos dedos de mi cabeza.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. Podré volver al club.

La sugerencia me dejó helado.

—¡Por Júpiter! —dije, casi sin voz—. Sí. Desde luego... podrá...

Y lo hizo. Y lo hace. Ahora está sentado detrás de mí, engullendo —¡tan seguro como que estoy vivo!— una tercera ración de pasteles de frutas. Y nadie en el ancho mundo sabe —excepto su ama de llaves y yo— que realmente no pesa nada; que es sólo una fastidiosa mole de materia asimilatoria, una simple nube vestida, *niente, nefas*, el más insignificante de los hombres. Allí está sentado, acechándome hasta que haya acabado de escribir. Entonces, si puede, me atraparé. Vendrá balanceándose hacia mí...

Me repetirá una vez más lo de siempre: cómo le afecta aquello y cómo no le afecta, y cómo a veces abriga la ilusión de que el efecto se disipe un poco. Y, como siempre, en alguna parte de su espeso y monótono discurso dirá:

—El secreto estará seguro, ¿no? Si alguien se enterara, me sentiría tan ridículo... Una cosa así lo convierte a uno en una especie de estúpido, ¿comprende? Arrastrarse por el techo y todo lo demás...

Y ahora, ¡a eludir el acoso de Pyecraft, que ocupa —como siempre— una admirable posición estratégica entre la puerta y yo!

MÍSTER SKELMERSDALE EN EL PAÍS DE LAS HADAS

—**H**ay un hombre en esa tienda —dijo el doctor— que ha estado en el País de las Hadas.

—¡Tonterías! —dije, y me di la vuelta para mirar la tienda.

Era la típica tienda de pueblo con oficina de correos, hilos telegráficos en las cornisas, cacerolas de zinc y cepillos en el exterior, y botas, telas y latas de conserva en el escaparate.

—Hábleme de eso —dije, tras una pausa.

—No estoy muy enterado —dijo el doctor—. Es el típico palurdo, se llama Skelmersdale. Pero la gente de aquí le cree a pies juntillas.

Después de un rato volví sobre el tema.

—No sé nada —dijo el doctor— y no *quiero* saberlo. Le estaba curando un dedo que se había roto en un partido de críquet cuando me topé con esa estupidez. Eso es todo. Al menos, esto le muestra la clase de gente con la que tengo que tratar. ¡Imposible meter a gente así las nuevas ideas sanitarias!

—Muy cierto —dije en tono amable.

El doctor siguió hablándome del asunto de las alcantarillas de Bonham. Cosas de este tipo, creo, son adecuadas para ocupar las cabezas de los funcionarios médicos de sanidad. Intenté ser lo más comprensivo posible, y cuando llamó a la gente de Bonham «burros», yo le dije que eran unos «malditos burros», pero ni siquiera esto le calmó.

Tiempo después, al final del verano, mientras terminaba el capítulo sobre patología espiritual que, en mi opinión, era más difícil de escribir que de leer, un apremiante deseo de reclusión me

condujo a Bignor. Me alojé en una granja y poco después, buscando tabaco, me encontré de nuevo junto a aquella tienda. «Skelmersdale», me dije al verla, y entré.

Me atendió un joven bajo, pero de buena planta, tez clara y suave, dientes pequeños y sanos, ojos azules y maneras lánguidas. Le examiné con curiosidad. Salvo un toque de melancolía en su expresión, nada en su persona estaba fuera de lo común. Estaba en mangas de camisa y llevaba arremangado el delantal de tendero y un lápiz detrás de una inofensiva oreja. Una cadena de oro, de la que colgaba una guinea retorcida, cruzaba su chaleco.

—¿Nada más, señor? —preguntó, inclinándose sobre la cuenta.

—¿Es usted *Mr.* Skelmersdale?

—Sí, señor —dijo sin levantar la vista.

—¿Es verdad que usted ha estado en el País de las Hadas?

Me miró un instante frunciendo las cejas y con semblante ofendido y exasperado.

—¡Oh! ¡Cállese! —dijo.

Y después de un momento de hostilidad en el que permanecemos mirándonos, siguió haciendo la cuenta.

—Cuatro, seis y medio —dijo tras una pausa—. Gracias, señor.

Así, de este modo tan poco propicio, comenzó mi relación con *Mr.* Skelmersdale.

Sin embargo conseguí su amistad a través de penosos esfuerzos. Le volví a ver en el bar del pueblo, donde una noche, después de cenar, fui a jugar al billar y a mitigar el riguroso retiro que me era tan útil para trabajar durante el día. Logré jugar con él y conversar. Me di cuenta de que el único tema que había que evitar era el del País de las Hadas. Hablando de cualquier otra cosa se mostraba abierto y afable de modo poco común, pero le habían molestado con aquel tema, que era un tabú manifiesto. En el bar, y en su presencia, sólo una vez oí una alusión a su experiencia y fue hecha por un granjero contra el que jugaba y que iba perdiendo. *Mr.* Skelmersdale hizo diez carambolas seguidas, lo que para la gente de Bignor era una jugada extraordinaria.

—¡Cuidado con lo que haces! —dijo su adversario—. Esos churros te salen porque te ayudan las hadas.

Mr. Skelmersdale le miró fijamente un instante con el taco en la mano, lo tiró al suelo y salió del bar.

—¿Por qué no le deja en paz? —dijo un respetable anciano que había estado disfrutando de la partida, y ante el murmullo general de desaprobación, al campesino se le borró de la cara la sonrisa que le había producido su ocurrencia.

Yo aproveché la oportunidad.

—¿Qué broma es ésa —dije— sobre el País de las Hadas?

—No bromea sobre el País de las Hadas; al menos no con el joven Skelmersdale —dijo el respetable anciano mientras bebía.

Un hombre pequeño de mejillas sonrosadas se mostró más comunicativo.

—Se dice, señor —dijo—, que las hadas le cogieron en el monte Aldington y le retuvieron allí unas tres semanas.

Y con esto la reunión se fue animando. Una vez que una oveja había dado el primer paso, las otras estaban listas para seguirla, y en poco tiempo pude formarme una idea general del caso Skelmersdale. Anteriormente, antes de ir a Bignor, había estado en una tienda del mismo estilo en Aldington Corner y allí sucedió la historia, cualquiera que fuera ésta. Por lo que me contaron, estaba claro que se había quedado hasta tarde en el monte, que había desaparecido de la vista de los hombres durante tres semanas y que había vuelto con «los puños de la camisa tan limpios como cuando salió» y los bolsillos llenos de polvo y ceniza. Volvió en un estado de depresión melancólica del que emergió lentamente y durante días no quiso dar cuenta del lugar donde había estado. La muchacha de Clapton Hill con la que estaba comprometido intentó sonsacárselo y rompió con él, en parte porque se negó a revelárselo y en parte porque, como ella decía, él le disgustaba totalmente. Y cuando algún tiempo después reveló descuidadamente a alguien que había estado en el País de las Hadas y quería volver allí, el asunto se difundió y el humor rural entró en juego, por lo que abandonó bruscamente su situación y se fue a Bignor huyendo del revuelo. Pero en cuanto a lo que había ocurrido en el País de las Hadas, ninguno de ellos sabía nada. Los hombres que estaban reunidos en el bar del pueblo perdieron la serenidad y se comportaron como una jauría que pierde el rastro. Unos decían una cosa y otros lo contrario.

Cuando consideraban este prodigio se mostraban ostensiblemente críticos y escépticos, pero pude ver que se traslucía

mucha credulidad a través de sus reservas cautelosas. Adopté una postura de interés inteligente, teñido de una duda razonable sobre la totalidad de la historia.

—Si el País de las Hadas está dentro del monte Aldington —dije—, ¿por qué no cavan allí?

—Es lo que digo yo —dijo el joven campesino.

—Muchos han intentado cavar en el monte Aldington una y otra vez —dijo solemnemente el anciano respetable—. Pero hasta hoy ninguno ha venido a decir lo que ha encontrado en sus excavaciones.

La unanimidad del vago ambiente de credulidad que me rodeaba era más bien impresionante. Sentí que seguramente debía de haber *algo* en el origen de tal convicción, y la aguda curiosidad que ya sentía por los hechos reales del caso se despertó con nitidez. Si alguien podía revelar los hechos reales, éste era el mismo *Mr. Skelmersdale*; me esforcé, por tanto, con más asiduidad todavía en borrar la mala impresión que había dejado en él la primera vez y en ganar su confianza hasta el punto de que me hablara espontáneamente de todo ello. En este empeño tenía una ventaja social. Al ser una persona afable, sin empleo aparente, que llevaba un traje de *tweed* y pantalones cortos, fui catalogado en Bignor como un artista, y en el singular código social dominante de Bignor, un artista ocupa una posición considerablemente más alta que un dependiente de ultramarinos. *Mr. Skelmersdale*, como muchos de su clase, es algo *snob*. Me había dicho «CÁLLESE» sólo porque había sido provocado de forma brusca y excesiva y, además, estoy seguro, se arrepintió en seguida; yo sabía que le agradaba que le vieran paseando por el pueblo conmigo. En el momento oportuno aceptó con agrado mi invitación a fumar una pipa y tomar un *whisky* en mis habitaciones; y como, gracias a un feliz instinto, yo sospechaba que en todo esto se mezclaban desdichas amorosas y sabía que las confidencias llaman a las confidencias, le hablé sugestivamente de mi pasado real y ficticio. Fue después del tercer *whisky* de la tercera de estas visitas cuando rompió el hielo por su propia voluntad a propósito de un comentario sobre un pequeño amor que me conmovió y me abandonó en mi adolescencia.

—Fue lo mismo que me pasó a mí en Aldington —dijo—. Es eso precisamente lo extraño. Al principio, yo era indiferente y era ella

quien quería, después, cuando ya era demasiado tarde, fui yo, por decirlo de alguna manera, el que quería.

Me abstuve de responder a esta alusión: así, poco después, hizo otra, y en poco tiempo dio a entender claramente que de la única cosa que quería hablar era de aquella aventura del País de las Hadas que había guardado herméticamente tanto tiempo. Como ven, había caído en la trampa, y de ser sólo un semiincrédulo más, un desconocido que pretende ser gracioso, me había convertido, gracias a mis confidencias insistentes e impúdicas, en su posible confidente. Le había picado el deseo de dejar ver que él también había vivido y experimentado muchas cosas; la fiebre se había apoderado de él.

Al principio su narración era ciertamente confusa, y mi impaciencia por aclarar ciertos puntos con unas cuantas preguntas precisas era sólo igualada y vencida por mi preocupación por no llegar a dicha situación demasiado pronto. Pero en una o dos reuniones el fundamento de su confianza quedó bien establecido. Creo que me hice con casi todos los datos y aspectos de la historia desde el principio hasta el final; y, en efecto, escuché muchas veces casi todo lo que *Mr. Skelmersdale*, con su limitada capacidad de narración, podía contar. Y, de este modo, llego al relato de su aventura y la reconstruyo de nuevo en su totalidad. Si realmente sucedió, la imaginó, la soñó o se le ocurrió en un trance alucinatorio extraño, es algo sobre lo que no quiero pronunciarme. Pero no consideraré ni por un momento que la haya inventado. El hombre cree simple y honestamente que todo sucedió tal como lo cuenta; es, evidentemente, incapaz de una mentira tan elaborada y coherente, y, además, encuentro una buena confirmación de su sinceridad en el hecho de que las sencillas mentes rurales, aunque a menudo están dotadas de una aguda penetración, le crean. Él lo cree, y nadie puede presentar una prueba que falsifique su creencia. En cuanto a mí, transmito su historia con este apoyo; soy ya un poco viejo para dar justificaciones o explicaciones.

Dice que fue a dormir una noche al monte Aldington alrededor de las diez, es muy posible que fuera la noche de San Juan, aunque él nunca pensó en la fecha y no estaba seguro si fue una semana antes o después. Era una noche hermosa y serena y la luna se elevaba en el horizonte. Me he tomado la molestia de visitar este

monte tres veces desde que la historia creció al amparo de mi persuasión; en una de aquellas visitas la luna aparecía en el crepúsculo estival: tal vez una noche similar a la de su aventura. Júpiter se mostraba grande y espléndido por encima de la luna; por el norte y el noroeste, el cielo aparecía verde y brillante sobre el sol ya oculto. El monte se levanta yermo y desnudo bajo el cielo, pero rodeado de matorrales espesos a corta distancia; cuando ascendía por el monte había conejos espectrales o casi invisibles que respingaban y corrían sin parar. Sólo en la cima del monte, y en ninguna otra parte, se oía un zumbido turbulento de moscas. El monte es, creo, un montículo artificial, el túmulo de algún gran caudillo prehistórico, y seguro que ningún hombre ha escogido un panorama tan vasto para una sepultura. Hacia el este se ve, a lo largo de las colinas, hasta Hythe; y de allí, a través del canal, hasta donde las grandes luces blancas de Gris Nez y Boulogne pestañean, brillan y desaparecen a treinta millas de distancia, o quizá más. Hacia el oeste yace el profundo valle del Weald, visible hasta Hindhead y la colina de Leith, mientras que el valle del Stour extiende sus elevaciones por el norte hasta las colinas interminables, más allá de Wye. Toda la llanura de Romney yace a sus pies, extendiéndose hacia el sur. Dymchurch, Romney, Lydd, Hastings y su colina están a media distancia, y las colinas se multiplican vagamente más allá de donde Eastbourne abraza Beach Head.

Y sobre este paisaje, *Mr. Skelmersdale* erraba turbado por su primer disgusto amoroso, y como él mismo decía: «sin que le preocupara hacia dónde se dirigía». Se sentó para meditar y, allí, malhumorado y afligido, le sorprendió el sueño. Así fue como las hadas se apoderaron de él.

La pelea que le había trastornado se debía a algún conflicto trivial entre él y la chica de Clapton Hill con la que estaba prometido. Ella era hija de un granjero, decía *Mr. Skelmersdale*, y «muy respetable»: sin duda un excelente partido para él. Sin embargo, tanto la chica como su amante eran muy jóvenes y poseían ese recelo mutuo, esa crítica intolerante y afilada, esa ansia irracional de una belleza perfecta que la vida y la prudencia apagan en poco tiempo felizmente. No tengo idea del motivo exacto de la pelea. Ella pudo decirle que le gustaban los hombres con polainas

cuando él no las llevaba, o él pudo decirle que le gustaba más con otro tipo de sombrero; pero, empezara como empezara, llegaron, tras una serie de torpezas, a la amargura y las lágrimas. Sin duda ella terminó llorosa y humillada, y él deshecho y deprimido. La chica se marchó haciendo odiosas comparaciones, con serias dudas sobre si le quiso *realmente* alguna vez y con la certeza clara de que nunca le volvería a querer. Y con estos pensamientos en su espíritu se fue afligido hacia el monte de Aldington, y luego, tal vez después de mucho tiempo, cayó dormido sin explicación alguna.

Al despertarse se encontró en el césped más blando sobre el que jamás había dormido y bajo la sombra de árboles tan oscuros que tapaban el cielo por completo. Al parecer, en el País de las Hadas el cielo está siempre oculto. A excepción de una noche en que las hadas estuvieron bailando, *Mr.* Skelmersdale, durante el tiempo que estuvo con ellas, nunca vio una estrella. Y en cuanto a esa noche, dudo si se encontraba en el mismo País de las Hadas o en otro sitio, tal vez donde se levantan los cercos y los juncos, en los bajos prados cercanos a la vía del ferrocarril de Smeeth.

Pero, a pesar de todo, había luz bajo esos árboles y, sobre las hojas y el césped, brillaban abundantes luciérnagas, relucientes y hermosas. La primera sensación que tuvo fue que era pequeño; la siguiente, que estaba rodeado por gente aún más pequeña. Por alguna razón, según dice, no se sorprendió ni se asustó, sino que se incorporó pesadamente y alejó el sueño de sus ojos. Rodeándole por completo se encontraban los elfos risueños que le habían capturado y conducido al País de las Hadas mientras dormía desamparado.

Tan vago e imperfecto es su vocabulario, tan poca atención prestó a los pequeños detalles, que me ha sido imposible colegir qué aspecto podrían tener estos elfos. Iban vestidos con algo muy ligero y bonito que no era lana, ni seda, ni hojas, ni pétalos de flores. Cuando se despertó y se sentó, los elfos empezaron a rodearle; de repente, desde un claro y a través de una avenida de luciérnagas descendió, con una estrella en la frente, el hada que constituye el personaje principal de su historia y de su memoria. De ella he reunido más datos. Vestía ropa verde transparente y su pequeño talle estaba ceñido por un ancho cinturón de plata. Sus cabellos ondulaban hacia atrás, a ambos lados de su frente, formando bucles caprichosos, aunque no demasiado descuidados, y lucía una

diadema pequeña engastada con una sola estrella sobre la frente. Sus mangas estaban abiertas de tal forma que dejaban vislumbrar los brazos; creo que el hada exhibía algo el cuello, pues *Mr. Skelmersdale* hablaba de la belleza de su cuello y de su barbilla. Un collar de coral ceñía su blanca garganta y sobre el pecho llevaba prendida una flor del color del coral. Tenía las líneas suaves de un niño en el mentón, el cuello y las mejillas. Deduzco que sus ojos eran de un marrón encendido, muy tiernos, suaves y puros. Se puede ver por estos detalles cuántas veces ha aparecido esta señorita en el recuerdo de *Mr. Skelmersdale*. Intentó expresar ciertas cosas y no pudo; «su manera de moverse» dijo varias veces, e imagino la alegría recatada que irradiaba esta señorita.

En compañía de esta persona encantadora, como huésped y compañero escogido, *Mr. Skelmersdale* empezó a conocer los secretos del País de las Hadas. Ella le acogió con mucho gusto y cierto afecto; imagino que ella estrecharía su mano entre las suyas mientras se le iluminaba la cara. Después de todo, hace diez años, *Mr. Skelmersdale* pudo haber sido un joven muy atractivo. Entonces ella cogió su brazo y luego, supongo, le llevó de la mano por el claro que iluminaban las luciérnagas.

Es imposible saber, a partir de la estructura desarticulada de la narración de *Mr. Skelmersdale*, cómo ocurrió todo con exactitud. Ofrecía cuadros imperfectos y fugaces de rincones y hechos extraños, de lugares donde había muchas hadas juntas, de «hongos que brillaban con luz rosada», de la comida de las hadas, de la que sólo sabía decir: «¡tendría que haberla probado usted!», y de la música de las hadas —«como una cajita de música»— que nacía de flores que se mecían. Había un gran espacio abierto donde las hadas montaban en «cosas» y corrían, pero no se puede saber lo que *Mr. Skelmersdale* quiso decir con «estas cosas en las que montan las hadas». Tal vez eran larvas o grillos o los pequeños escarabajos que nos esquivan tan a menudo. Había un lugar donde el agua se esparcía y crecían ranúnculos gigantes; allí, en la época cálida, las hadas se bañaban juntas. Jugaban, bailaban y los elfos hacían la corte entre la espesura de los musgos. No cabe la menor duda de que el Hada pretendía a *Mr. Skelmersdale*, como tampoco de que el joven opuso resistencia. Llegó un momento, en efecto, en que ella se sentó en un banco junto a él, en un lugar apartado y silencioso,

«inundado de aroma de violetas» y le habló de amor.

—Cuando su voz bajó y se convirtió en un susurro —dijo *Mr. Skelmersdale*—, cuando pasó su mano sobre mi mano y se acercó de esa manera tierna y afectuosa, hice lo que pude para no perder la cabeza.

Parece que sólo hasta cierto punto no perdió la cabeza, desgraciadamente. Vio «cómo soplabla el viento», y así, sentado en un lugar inundado de aroma de violetas, con su piel junto a la del Hada adorable, *Mr. Skelmersdale* le manifestó suavemente ¡que estaba prometido!

Ella le dijo que le quería muchísimo, que era un chico encantador y que le daría cualquier cosa que le pidiera, incluso el deseo de su corazón.

Skelmersdale, que intentó evitar mirar a sus labios cuando se abrían y cerraban, preparó el terreno para la pregunta más íntima diciendo que le gustaría tener suficiente capital para montar una tienda. Sólo le gustaría sentir, dijo, que tenía dinero suficiente para hacer eso. Imagino una pequeña sorpresa en esos ojos marrones cuando él dijo esto, pero, a pesar de todo, se mostró comprensiva y le hizo muchas preguntas sobre la tienda riéndose todo el tiempo. *Mr. Skelmersdale* hizo una relación completa de su noviazgo y le contó todo sobre *Millie*.

—¿Todo? —dije.

—Todo —dijo *Mr. Skelmersdale*—; quién era, dónde vivía, le conté todo sobre ella. Sentí un inexplicable deber de hacerlo.

«Cualquier cosa que quieras la tendrás —dijo el Hada—. Es como tenerlo ya. *Sentirás* que tienes el dinero, tal como deseas. Y ahora, sabes... *debes darme un beso*».

Mr. Skelmersdale fingió no oír la última parte de sus palabras y le dijo que era muy amable. Que él no merecía que ella fuera tan amable y...

De pronto, el Hada se acercó a él y le susurró:

«¡Bésame!».

—Y la besé locamente —dijo *Mr. Skelmersdale*.

Me han dicho que hay besos y besos, y éste debió de ser muy diferente de las ruidosas muestras de afecto de *Millie*. Había algo mágico en ese beso; seguramente marcó un punto decisivo. De cualquier forma, éste es uno de los pasajes que le pareció

importante describir con mayor extensión. He intentado narrarlo bien, he intentado desenredarlo de las insinuaciones y gestos con que llegó hasta mí, pero no me cabe ninguna duda de que fue muy diferente de como lo he contado, mucho más bello y tierno, bajo la suave luz filtrada y entre el silencio conmovedor de los claros del bosque de las hadas. El Hada le preguntó más detalles sobre Millie: si era hermosa, y cosas así, muchas veces. Imagino que cuando respondió a la pregunta sobre la belleza de Millie, él dijo que «era perfecta». Y entonces, o en una ocasión parecida, el Hada le dijo que se enamoró de él cuando dormía a la luz de la luna y que, al no saber nada de Millie, le había llevado al País de las Hadas pensando que tal vez se enamorara de ella. «Pero ahora sé que no puedes —dijo ella—, así que te quedarás un poco más conmigo y después debes volver con Millie». Él ya estaba enamorado del Hada y, a pesar de estas palabras, por pura inercia de su espíritu persistió en la actitud que ya había adoptado. Me imagino a *Mr. Skelmersdale* sentado, estupefacto entre todas esas cosas hermosas y relucientes y hablando de Millie, de la pequeña tienda que pensaba montar, de la necesidad de comprar un caballo y un carro... Y este estado absurdo de cosas debió de prolongarse durante días y días. Me parece ver a esta señorita flotando sobre él y tratando de divertirle, demasiado delicada para comprender su complejidad y demasiado tierna para dejarle ir. Como si estuviera hipnotizado, iba con ella de un lado para otro, ciego a todas las cosas del País de las Hadas, excepto a la maravillosa relación que mantenía. Es difícil, es imposible ofrecer en un libro el efecto de la ternura radiante del Hada que brillaba a través de la selva de frases toscas e imperfectas del pobre *Mr. Skelmersdale*. Para mí, al menos, brilló intensamente a través del desorden de su narración como una luciérnaga en una maraña de hierbajos.

Debió de pasar mucho tiempo mientras todo esto sucedía —ya dije que una vez bailaron bajo la luz de la luna en los cercados que tachonaban los prados cercanos a Smeeth—, pero un buen día las cosas tocaron a su fin. Ella le condujo a una gran caverna, iluminada «por una extraña luz roja», donde había cofres apilados, copas, cajas de oro y un enorme montón de algo que a todos los sentidos de *Mr. Skelmersdale* les pareció oro acuñado. Había pequeños gnomos entre estos tesoros, que saludaron al Hada

cuando llegó y permanecieron a su lado. Y de pronto ella se volvió hacia él con una mirada refulgente.

«Ya es hora —dijo ella— de que te deje ir; has sido muy amable por estar conmigo tanto tiempo. Debes volver con tu Millie. Debes volver con tu Millie y, tal como te prometí, te darán tu oro».

—No pudo sostener la respiración —me dijo *Mr. Skelmersdale*—. Entonces tuve un sentimiento extraño... —añadió, y se tocó el pecho— como si me desmayara. Empalidecí y me estremecí... incluso entonces no pude decir una palabra.

Hizo una pausa.

—Ya —dije.

La escena estaba más allá de su capacidad de descripción. Pero sé que ella le despidió con un beso.

—¿Y usted no dijo nada?

—Nada —dijo—. Me quedé como una vaca atiborrada. Se volvió a mirarme sólo una vez, sonriente y llorosa —pude ver cómo le brillaban los ojos— y luego se fue; y en torno a mí, sus pequeños compañeros estaban muy ocupados llenándome de oro las manos, los bolsillos y cualquier sitio que encontraban.

Fue en ese momento cuando desapareció el Hada y *Mr. Skelmersdale* comprendió realmente todo. De pronto empezó a desembarazarse del oro que le obligaban a coger y les gritó que no le dieran más.

—No quiero vuestro oro —les dije—. Todavía no he acabado. No me voy. Quiero hablar con el Hada otra vez. Empecé a correr tras ella, pero los gnomos me echaron para atrás. Sí, clavaron sus manitas en mi cintura y me hicieron retroceder a empujones. Siguieron dándome más y más oro, hasta que empezó a correr por debajo de los pantalones y rebosaba en mis manos. «No quiero vuestro dinero —les dije—, sólo quiero hablar con el Hada otra vez».

—¿Y habló con ella?

—Terminé peleándome.

—¿Antes de verla?

—No la llegué a ver. Cuando me libré de ellos, no la vi en ninguna parte.

Así que salió corriendo de la cueva rojiza en su busca. Recorrió una gruta larga y después salió a un espacio grande y desolado

donde una multitud de fuegos fatuos volaba de aquí para allá. Los elfos danzaban burlonamente a su alrededor y los pequeños gnomos, que habían salido de la cueva en su persecución con puñados de oro, lo lanzaban contra él al tiempo que gritaban: «¡Amor de hadas, oro de hadas! ¡Amor de hadas, oro de hadas!».

Cuando oyó estas palabras, *Mr. Skelmersdale* sintió el temor de que todo hubiera terminado; alzó la voz y la llamó por su nombre, y de pronto echó a correr por la pendiente que sale de la boca de la caverna, a través de un lugar cubierto de espinas y zarzas, llamándola en voz alta repetidas veces. Los elfos danzaban indiferentes a su alrededor, pellizcándole y pinchándole; los fuegos fatuos giraban en torno a él y se abalanzaban contra su cara, y los gnomos le perseguían gritándole y arrojándole el oro de las hadas. Cuando corría en medio de este tropel singular que le aturdía, se hundió inesperadamente en un pantano hasta las rodillas; de pronto se encontró entre raíces retorcidas, su pie quedó atrapado en una, tropezó y cayó...

Cayó y rodó, y en ese instante se encontró tumbado en el monte Aldington, completamente solo bajo las estrellas.

Se incorporó con fuerza en seguida, dijo, y descubrió que estaba frío y entumecido, y su ropa humedecida por el rocío. La primera palidez de la aurora y un viento helado surgieron a la vez. Pudo haber pensado que todo había sido un sueño de una vividez extraordinaria hasta que metió la mano en el bolsillo y lo encontró atiborrado de ceniza. Entonces supo con certeza que era el oro de las hadas que le habían dado los gnomos. Todavía podía sentir los pellizcos y pinchazos, aunque no tenía ningún cardenal. De esta manera, y tan bruscamente, *Mr. Skelmersdale* volvió del País de las Hadas al mundo de los hombres. Incluso entonces, creyó que todo había sido cuestión de una noche, hasta que llegó a la tienda de Aldington Corner y descubrió, en medio del asombro general, que había estado fuera tres semanas.

—¡Señor! ¡Menudo apuro pasé! —dijo *Mr. Skelmersdale*.

—¿Y eso?

—Cuando tuve que explicarlo. Supongo que usted nunca ha tenido que explicar una cosa así.

—Nunca —dije.

Y se explayó hablando de la reacción de esta persona, de

aquella... Evitó pronunciar un nombre durante un rato.

—¿Y Millie? —dije por fin.

—No tenía ninguna gana de verla —dijo.

—Me figuro que ella habría cambiado.

—Todo el mundo había cambiado. Todos habían cambiado para siempre, ¿sabe? Me parecían más grandes y bastos. Y sus voces más fuertes. ¿Por qué el sol, cuando salía por la mañana, me hería los ojos?

—¿Y Millie?

—No quería ver a Millie.

—¿Y cuándo la vio?

—Me encontré con ella el domingo cuando salía de la iglesia. «¿Dónde has estado?», me preguntó. Vi que iba a haber bronca, pero me daba igual. Me dio la impresión de que me había olvidado de ella incluso cuando me estaba hablando. No significaba nada para mí. No llegaba a entender qué había visto en ella, o a qué se habría debido mi atracción. A veces, cuando estaba ausente, volvía a pensar algo en ella; pero nunca cuando estaba presente, pues entonces aparecía la otra y la oscurecía... De cualquier forma, esto no le rompió el corazón.

—¿Se casó? —pregunté.

—Se casó con un primo —dijo *Mr. Skelmersdale*, y meditó un rato con la mirada puesta en el dibujo del mantel.

Cuando volvió a hablar, quedó claro que su antigua novia había desaparecido por completo de su espíritu y que la conversación le había traído de nuevo la imagen del Hada, que triunfaba en su corazón. Se puso a hablar de ella... y pronto empezó a revelar cosas extrañas, secretos de amor insólitos que sería desleal repetir aquí. Pienso, en efecto, que la cosa más extraordinaria de todo fue escuchar, cuando terminó su relato, a este pequeño tendero acicalado, con su vaso de *whisky* junto a él y un cigarro entre los dedos, confesar, todavía con dolor, aunque mitigado por el tiempo, el insaciable deseo amoroso que en poco tiempo se había adueñado de él.

—No podía comer —dijo—, no podía dormir. Me equivocaba en los pedidos y daba mal el cambio. Ella estaba presente noche y día sin dejar de atraerme un instante. ¡Oh! ¡Yo la deseaba, Señor! ¡Cuánto la deseé! Casi todas las noches iba al monte y daba vueltas

y vueltas, rogándoles que me dejaran entrar. Gritaba. A veces estallaba en sollozos. Me sentía estúpido y miserable. Me decía sin cesar que había sido una ilusión. Y todos los domingos por la tarde subía allí, hiciera buen tiempo o no, aunque yo sabía tan bien como usted que era inútil durante el día. Intenté dormir allí.

Se interrumpió de pronto y decidió beber un trago de *whisky*.

—Intenté dormir allí —dijo, y podría jurar que sus labios temblaron—. Intenté dormir allí una y otra vez. Y, ¿sabe, señor? No pude... nunca. Creo que si me hubiera dormido, habría pasado algo... Pero me echaba, me incorporaba, y no podía... porque pensaba en ello, porque lo deseaba ardientemente. Era el ansia... Lo intenté...

Resopló, bebió convulsivamente el *whisky* que le quedaba, se levantó de repente y empezó a abrocharse la chaqueta, mirando y juzgando, mientras tanto, las reproducciones baratas que estaban junto a la repisa de la chimenea.

La libreta donde apuntaba los pedidos del día sobresalía con rigidez del bolsillo de la chaqueta. Cuando terminó de abrocharse todos los botones se pasó la mano por el pecho y se volvió hacia mí bruscamente.

—Bueno —dijo—, me tengo que ir.

Había algo en sus ojos y en su actitud que me resulta demasiado difícil expresar con palabras.

—Uno empieza a hablar... —dijo finalmente en la puerta, sonrió con tristeza, y así desapareció de mi vista.

Y ésta es la historia de *Mr. Skelmersdale* en el País de las Hadas, tal como me la relató.

LA HISTORIA DEL FANTASMA INEXPERTO

La escena en que Clayton narró su última historia vuelve vívidamente a mi memoria. Estuvo sentado casi todo el tiempo en el extremo del confortable sofá que está junto a la espaciosa chimenea, y Sanderson, que se sentaba a su lado, fumaba una de esas pipas de arcilla Broseley que llevan su nombre. También estaban Evans y Wish, actor maravilloso y hombre modesto al mismo tiempo. Todos habíamos llegado al Mermaid Club aquel sábado por la mañana, excepto Clayton, que durmió allí la noche anterior, acontecimiento que propició su historia. Habíamos estado jugando al golf hasta que la bola se hizo invisible; tras la cena, nos encontrábamos en ese estado de bondad apacible en que los hombres pueden soportar una historia. Cuando Clayton empezó a contar una, supusimos naturalmente que la estaba inventando. Tal vez la inventaba de hecho, y el lector podrá juzgarlo en seguida tan bien como yo. Empezó, es verdad, como si relatara una anécdota real, pero pensamos que sólo era el artificio incorregible del hombre.

—¡Oídmeme! —comentó después de haber observado largamente la lluvia de chispas que ascendía desde el tronco que Sanderson había atizado—. ¿Sabéis que he estado solo aquí esta noche?

—A excepción del servicio —dijo Wish.

—Que duermen en el otro ala —dijo Clayton—. Bien, pues...

Dio unas caladas a su cigarrillo durante un rato, como si todavía dudara de su confidencia. Entonces dijo en voz muy baja:

—He atrapado un fantasma.

—¿Que has atrapado un fantasma? ¿En serio? —dijo Sanderson—. ¿Dónde está?

Y Evans, que admiraba a Clayton de una forma inconmensurable

y que había estado cuatro semanas en América, exclamó:

—¿En serio que has atrapado un fantasma, Clayton? ¡Me alegro! ¡Cuéntanoslo ahora mismo!

Clayton dijo que lo haría en seguida y le pidió que cerrara la puerta.

Me miró excusándose.

—Por supuesto que no hay chismosos, pero no quiero perturbar a nuestro excelente servicio con rumores de que hay fantasmas en el club. Ya hay suficientes tinieblas y paneles de roble como para andar jugando con estas cosas. Y además, éste no era un fantasma cualquiera. No creo que vuelva nunca más.

—¿Quieres decir que no lo retuviste? —dijo Sanderson.

—No tuve corazón para ello —dijo Clayton.

Y Sanderson dijo a su vez que estaba sorprendido.

Nos reímos, y Clayton pareció ofenderse.

—Ya —dijo con una sonrisa trémula—, pero el caso es que era un fantasma de verdad, y estoy tan seguro de ello como de que estoy hablando ahora con vosotros. No bromeo. Sé lo que digo.

Sanderson aspiró profundamente de su pipa mientras dirigía una mirada rojiza hacia Clayton; luego expulsó un hilo delgado de humo más elocuente que muchas palabras.

Clayton ignoró el gesto.

—Es la cosa más extraña que me ha sucedido en la vida. Ya sabéis que yo no había creído nunca en cosas de ese estilo; y entonces, mira por dónde, cazo uno en un rincón y me encuentro con todo el asunto en mis manos.

Meditó todavía más profundamente y, tras haber sacado un segundo cigarro, comenzó a perforarlo con un curioso punzón por el que sentía afecto.

—¿Hablaste con él? —preguntó Wish.

—Alrededor de una hora.

—¿Animadamente? —dije, uniéndome al círculo de escépticos.

—El pobre diablo estaba en un apuro —dijo Clayton, inclinado sobre el extremo del cigarro y con un leve tono de reprobación.

—¿Sollozaba? —preguntó alguien.

Clayton exhaló un auténtico suspiro cuando esto le vino a la memoria.

—¡Santo Dios! —dijo—. ¡Pobre hombre! Sí, claro que sí.

—¿Dónde lo descubriste? —preguntó Evans con su mejor acento americano.

—Nunca llegué a concebir —dijo Clayton sin hacerle caso— qué cosa tan penosa puede ser un fantasma —y mientras buscaba las cerillas en el bolsillo y prendía su cigarro, nos volvió a dejar en suspenso.

—Lo sorprendí —contestó al fin.

Ninguno de nosotros tenía prisa.

—Un carácter —dijo— permanece exactamente igual, aun cuando haya sido privado de su cuerpo. Es algo que olvidamos con demasiada frecuencia. La gente dotada con cierta fuerza o firmeza de voluntad tiene un espectro con igual fuerza y firmeza de voluntad; la mayor parte de los fantasmas que se aparecen deben de estar dominados por una idea fija, como los monomaníacos, y ser tan obstinados como burros para regresar hasta la saciedad. Esta pobre criatura no era así.

De repente levantó los ojos y recorrió la habitación con la mirada.

—Lo digo —prosiguió— sin mala intención, pero es la pura verdad. Incluso a primera vista me pareció débil.

Hizo una pausa llevándose el cigarro a la boca.

—Lo encontré en el corredor. Estaba de espaldas a mí y yo le vi primero. En seguida me di cuenta de que se trataba de un fantasma. Era transparente y blanquecino; a través de su pecho pude ver con nitidez la luz tenue de la pequeña ventana del fondo. Y no sólo su físico, también su actitud me dio una impresión de debilidad. Parecía como si no supiera en absoluto qué hacer. Una mano se apoyaba en el panel y la otra se agitaba sobre su boca. ¡Así...!

—¿Cómo era? —preguntó Sanderson.

—Flaco. Ya sabéis cómo es ese cuello que tienen algunos jóvenes, y que forma una especie de surcos cuando se une con la espalda, aquí y aquí... ¡Así era el suyo! La cabeza pequeña e innoble, con pelo tieso y escaso, y orejas más bien deformes. Los hombros contrahechos, más estrechos que las caderas. Llevaba un cuello vuelto, una chaqueta corta y unos pantalones con rodilleras y algo deshilachados por abajo. Así fue como apareció ante mí. Subí en silencio las escaleras. Yo tenía puestas mis zapatillas a rayas, y no llevaba ninguna luz —ya sabéis que las velas están en la mesa

del rellano, y allí sólo hay una lámpara—; entonces vi cómo subía. Me detuve de repente para observarle. No sentía ningún miedo. Creo que en la mayoría de estas situaciones uno no se asusta, ni se excita tanto como podría haber imaginado. Yo estaba sorprendido e intrigado. Pensé: «¡Dios mío! ¡Por fin un fantasma! Y yo que no había creído en ellos ni un solo instante en los últimos veinticinco años».

—Humm —dijo Wish.

—Me parece que justo antes de llegar al rellano, descubrió mi presencia. Volvió la cabeza con brusquedad y pude ver la cara de un joven inmaduro de nariz fofa, bigotito esmirriado y barbilla escuálida. Así nos mantuvimos un instante, uno frente a otro, y él mirándome por encima del hombro. Entonces pareció recordar su alta vocación. Se volvió por completo, se elevó sobre sí mismo, adelantó la cara, levantó los brazos, desplegó las manos al modo clásico de los fantasmas y avanzó hacia mí. Mientras se mantenía en esta postura, dejó caer su pequeña mandíbula y emitió un «Uhh» débil y prolongado. No, aquello no infundía terror en absoluto. Yo ya había cenado; había bebido una botella de champán y, cuando me quedé solo, tal vez dos o tres —tal vez cuatro o cinco— *whiskies*, de modo que estaba tan firme como una roca y no más asustado que si me hubiera atacado una rana.

»—Uhh —dije—. ¡Qué disparate! Tú no perteneces a este club. ¿Qué haces aquí?

»Pude ver cómo se estremecía».

—Uhh... uhh —dijo él.

»—Uhh... ¡Que te cuelguen! ¿Eres miembro del club? —dije, y para demostrarle que no me inspiraba ni una pizca de miedo caminé a través de uno de sus costados para encender mi vela.

»—¿Eres miembro del club? —repetí mirándole de lado.

»Se movió un poco para distanciarse de mí y mostró un gesto de abatimiento.

»—No —dijo respondiendo a la pregunta persistente de mi mirada—; no soy miembro del club... Soy un fantasma.

»—Bueno, eso no te da derecho a entrar en el Mermaid Club. ¿Quieres ver a alguien, o algo parecido?

»Y encendí la vela con la mayor calma posible por temor a que confundiera la torpeza producida por el *whisky* con la perturbación

del miedo. Me volví hacia él con la vela en la mano.

»—¿Qué haces aquí? —dije.

»Dejó caer sus manos y cesó de decir “Uhh”. Y allí se erguía, torpe y avergonzado, el fantasma de un joven débil, simple e indeciso.

»—Estoy de ronda —dijo.

»—No tienes nada que hacer aquí —dije en tono tranquilo.

»—Soy un fantasma —dijo a modo de justificación.

»—Puede ser, pero no tienes por qué rondar por aquí. Éste es un club privado, respetable; aquí vienen con frecuencia personas con niñeras y niños, y como andas con tanto descuido, algún pobre niño te puede encontrar y asustarse horriblemente. Supongo que no has reparado en ello.

»—No, señor —dijo.

»—Pues deberías haberlo hecho. ¿No tendrás alguna justificación para venir aquí, verdad? Haber sido asesinado en el club o algo parecido.

»—No, señor; pero pensé que como era un edificio viejo y tenía paredes de roble...

»—Eso es una excusa —dije, mirándole fijamente—. Es un error haber venido aquí —continué en un tono de superioridad amistosa. Hice como que buscaba mis cerillas y luego lo miré con franqueza—. Si yo fuera tú, no esperarías al canto del gallo... me desvanecería al instante.

»Pareció aturdirse.

»—Es que, señor... —comenzó.

»—Me desvanecería —repetí, dándole a entender que regresara a su mundo.

»—Es que, señor, por alguna razón, no puedo.

»—¿Que no *puedes*?

»—No, señor. Hay algo que he olvidado. He estado vagando por aquí desde medianoche, ocultándome en los armarios de los dormitorios vacíos y en lugares parecidos. Estoy confundido. Nunca antes había salido a rondar y esta situación me desconcierta.

»—¿Te desconcierta?

»—Sí, señor. He intentado hacerlo varias veces, pero no lo he conseguido. Hay algo que se me ha ido de la memoria y no puedo volver.

»Esto me impresionó profundamente. Me miraba con tanta humildad que por nada del mundo habría mantenido yo el tono tan agresivo que había adoptado.

»—Es extraño —dije, y mientras hablaba imaginé oír a alguien que se movía por abajo—. Ven a mi cuarto y cuéntame algo más sobre el asunto —yo, por supuesto, no entendía nada.

»Intenté cogerle del brazo, pero, evidentemente, era como intentar coger un soplo de humo. Había olvidado mi número, me parece. De cualquier forma, recuerdo haber entrado en varios dormitorios —fue una suerte que yo fuera el único que se encontraba en ese ala— hasta que al fin vi mis cosas.

»—Ya estamos —dije, y me senté en el sillón—. Siéntate y cuéntamelo todo. Me parece que te has metido en un buen lío, amigo.

»Bueno, el fantasma dijo que no quería sentarse y que prefería ir y venir por la habitación, si a mí no me importaba. Así lo hizo y en un instante nos vimos sumidos en una conversación larga y seria. En ese momento, los efluvios de los *whiskies* y del soda se desvanecieron y empecé a tomar conciencia del extraordinario y fantástico asunto en que estaba metido. Allí estaba, semitransparente, el fantasma convencional, silencioso excepto cuando emitía su voz fantasmal, revoloteando de aquí para allá, en aquel dormitorio viejo, limpio, agradable y tapizado de quimón. Se podía ver, a través de él, la tenue luz de las palmatorias de cobre, el resplandor de los guardafuegos de bronce y las esquinas de los grabados enmarcados en la pared; y allí estaba él, contándome su desdichada y corta vida, que acababa de concluir en la tierra. No tenía una cara especialmente honesta, pero, al ser transparente, no podía eludir decir la verdad.

—¿Eh? —dijo Wish, levantándose repentinamente de la silla.

—¿Cómo? —dijo Clayton.

—Por ser transparente... no podía evitar decir la verdad... No lo entiendo —dijo Wish.

—Yo tampoco —dijo Clayton, con una seguridad inimitable—; pero es así. Puedo asegurarlo. No creo que se haya desviado un ápice de la verdad. Me contó cómo había muerto —bajó con una vela a un sótano de Londres para descubrir el lugar donde se producía un escape de gas— y que era profesor de inglés en una

escuela privada de Londres cuando sucedió el escape.

—Pobre desdichado —dije.

—Lo mismo pensaba yo, y a medida que me hablaba, más lo pensaba. Allí estaba, sin meta en la vida, sin meta fuera de ella. Habló de su padre, de su madre, de su profesor y de todos aquéllos con quienes había tenido trato, con desprecio. Había sido demasiado sensible, demasiado nervioso; nadie le había valorado en su justa medida, ni entendido, dijo. Nunca había tenido en el mundo un amigo de verdad, sospecho. Nunca había tenido éxito. Había rehuido las diversiones y suspendido los exámenes.

»—Hay mucha gente así —me dijo—; cuando entraba en el aula del examen, parecía que todo se esfumaba.

»Se había prometido con otra persona extremadamente impresionable, supongo, cuando la imprudencia con el escape de gas puso fin a su aventura amorosa.

»—¿Y dónde estás ahora? —pregunté—. ¿No estarás en...?

»No fue nada claro en su respuesta. Me dio la impresión de que se trataba de un estado vago, intermedio, un lugar reservado especialmente a las almas con muy poca existencia para cosas tan positivas como el pecado o la virtud. No lo sé. Era demasiado egoísta y distraído para darme una idea clara sobre la clase de lugar, de región que se extiende al Otro Lado de las Cosas. Estuviera donde estuviera, parece que había caído entre un grupo de espíritus afines: fantasmas de jóvenes débiles de los barrios bajos de Londres, que tenían el mismo nombre y que hablaban a menudo de “ir de ronda” y cosas parecidas. Al parecer, pensaban que “ir de ronda” era una aventura tremenda y la mayoría de ellos se rajaban siempre. Y así, apremiado por los otros, había llegado al club.

—¡Increíble! —dijo Wish, absorto frente al fuego.

—En todo caso, eso es lo que me dio a entender —dijo Clayton con modestia—. Es posible que yo no me encontrara en el estado más apropiado para juzgar, pero ése es el panorama que describió. Continuó revoloteando de un lado para otro, sin dejar de hablar con su delgada voz, de su yo desdichado, pero sin decir una palabra clara ni una frase coherente en todo el tiempo. Era más delgado, más simple y más inútil que cuando estaba vivo; en ese caso, si hubiera estado vivo, no habría permanecido en mi dormitorio, le habría echado a patadas.

—Sin duda —dijo Evans—, hay pobres mortales de esa naturaleza.

—Y tienen tantas posibilidades de convertirse en fantasmas como cualquiera de nosotros —admití yo.

—Lo que tenía cierta importancia para él era que, dentro de unos límites, parecía descubrirse así mismo. El desorden producido por la ronda le había deprimido terriblemente. Le habían dicho que sería una «juerga»; él había venido esperando que fuera una juerga y sólo había conseguido un nuevo fracaso que añadir a su larga lista. Se definía a sí mismo como un fracasado completo y consumado. Decía, y le creo totalmente, que nunca había intentado hacer algo en la vida que no le hubiera salido fatal y que le seguiría ocurriendo a través de la inmensidad de la eternidad. Si hubiera recibido más comprensión, tal vez... Se interrumpió y se quedó mirándome. Observó que, por extraño que pudiera parecerme, nadie, absolutamente nadie le había dado la comprensión que yo le estaba dando en ese momento. En seguida me di cuenta de lo que quería y decidí librarme de él de una vez por todas. Puedo ser un bestia, pero ser el Único Amigo Verdadero, el receptáculo de las confidencias de uno de esos egoístas enfermizos, ya sea hombre o fantasma, es algo que está más allá de mi resistencia física. Me levanté bruscamente.

»—No te obsesiones demasiado con estas cosas —dije—. Lo que tienes que hacer es irte, irte ya... Serénate e inténtalo.

»—No puedo —dijo.

»—Inténtalo —dije, y lo intentó.

—¡Intentarlo! —dijo Sanderson—. ¿Cómo?

—Con pases —dijo Clayton.

—¿Pases?

—Series complicadas de gestos y pases hechos con las manos. Así vino y así tenía que irse. ¡Señor! ¡El trabajo que me costó!

—Pero ¿cómo una serie de pases puede...? —comencé a decir.

—Amigo mío —dijo Clayton, volviéndose hacia mí y poniendo mucho énfasis en ciertas palabras—, quieres tenerlo *todo* claro. No sé *cómo*. Sé lo que tú: al final lo hizo, pero no sé cómo. Después de un rato espantoso, consiguió hacer bien sus pases y desapareció súbitamente.

—¿Te fijaste en esos pases? —dijo Sanderson con lentitud.

—Sí —dijo Clayton, y pareció meditar unos instantes—. Era tremendamente extraño. Allí estábamos los dos, yo y ese fantasma impreciso y delgado, en esa habitación silenciosa, en esta casa silenciosa y vacía, en esta pequeña ciudad silenciosa el viernes por la noche. Ningún sonido, salvo nuestras voces y el jadeo casi imperceptible que el fantasma producía cuando gesticulaba. La vela de la habitación y la que había encima del tocador estaban encendidas, eso era todo; a veces, una de las dos lanzaba una llama alta, delgada y temblorosa durante un corto espacio de tiempo. Y sucedieron cosas extrañas.

»—No puedo —decía el fantasma—, ¡nunca podré...!

»Y de repente se sentó en una silla junto al pie de la cama y empezó a sollozar. ¡Dios mío! ¡Qué cosa tan horrible y quejumbrosa parecía!

»—Domínate —le decía yo, y trataba de darle palmaditas en la espalda... ¡y mi condenada mano pasaba a través de él!

»En ese momento no me sentía tan... entero como cuando estaba en el rellano. Sentía plenamente la singularidad de la situación. Recuerdo que alejé mi mano de él con un leve temblor y que fui hacia el tocador.

»—Sobreponete —le dije— e inténtalo.

»Y para animarle y ayudarle, me puse a intentarlo yo también.

—¡Qué! —dijo Sanderson—. ¿Los pases?

—Sí, los pases.

—Pero... —dije yo, movido por una idea que se me escapaba.

—Esto es interesante —dijo Sanderson, con un dedo metido en el hornillo de la pipa—. ¿Quieres decir que ese fantasma tuyo reveló...?

—¿Que si hizo todo lo que pudo para revelar el secreto de la maldita barrera? Sí.

—No —dijo Wish—, no pudo hacerlo. De otro modo, te hubieras ido tú también.

—Eso es precisamente... —dije, al ver mi esquivia idea expresada con palabras.

—Eso es precisamente —repitió Clayton, mirando el fuego con ojos pensativos.

Se produjo un breve silencio.

—¿Y al final lo consiguió? —dijo Sanderson.

—Al fin lo consiguió. Tuve que emplearme a fondo para mantenerle a flote, pero al fin lo consiguió... y de forma inesperada. Se desesperaba, discutimos violentamente, y entonces se levantó de un salto y me pidió que ejecutara despacio todos los movimientos para que él pudiera fijarse.

»—Creo —dijo— que si pudiera verlo, descubriría en seguida lo que va mal.

»Y lo descubrió.

»—Ya lo sé —dijo.

»—¿Qué sabes? —pregunté.

»—Ya lo sé —repitió. Después añadió malhumorado—: Si me mira, no puedo hacerlo... de verdad que no *puedo*; eso ha sido, en parte, lo que me lo ha impedido hasta ahora. Soy tan nervioso que usted me desconcierta.

»Bueno, discutimos un poco. Yo quería verlo, naturalmente, pero él era tan terco como una mula; y, de pronto, me sentí extenuado... me había dejado sin fuerzas.

»—Está bien, no te miraré —dije, y me volví hacia el espejo del armario que está junto a la cama.

»Empezó muy rápido. Yo traté de seguir mirándole en el espejo para ver lo que había omitido. Sus brazos y manos giraban así y así, y entonces, de golpe, llegó al movimiento final —el cuerpo erguido y los brazos abiertos—, y así se quedó. Y después, ¡ya no estaba! ¡No estaba! ¡Desapareció! Giré sobre mis talones, desde el espejo hacia el lugar donde él se encontraba. ¡No había nada! Estaba solo entre velas llameantes y un espíritu fluctuante. ¿Qué había pasado? ¿Había pasado algo realmente? ¿Había estado soñando...? Y entonces, con un timbre absurdo de finalidad, el reloj del rellano descubrió que era el momento adecuado para dar *la una*. Así: ¡Ping! Y yo estaba tan grave y sobrio como un juez, con todo mi champán y todo mi *whisky* que se habían ido a tomar el fresco. Y con una sensación extraña, ¿sabéis...? ¡Condenadamente extraña! ¡Dios mío!

Contempló la ceniza de su cigarro un instante.

—Esto es todo lo que pasó.

—¿Te fuiste a la cama después?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

Miré a Wish a los ojos. Queríamos reírnos, pero había algo, tal vez algo, en la voz y en la actitud de Clayton que impedía nuestro

deseo.

—¿Y los pases? —dijo Sanderson.

—Creo que los podría hacer ahora.

—¡Oh! —dijo Sanderson, y sacó una navaja y se puso a limpiar de restos de tabaco el hornillo de su pipa de arcilla.

—¿Por qué no los haces ahora? —continuó Sanderson, cerrando su navaja con un chasquido.

—Es lo que voy a hacer —dijo Clayton.

—No funcionará —dijo Evans.

—Y si... —sugerí.

—Prefiero que no lo hagas —dijo Wish, estirando las piernas.

—¿Por qué? —preguntó Evans.

—Prefiero que no lo haga —dijo Wish.

—Pero si no los sabe hacer bien —dijo Sanderson, cargando su pipa con un montón de tabaco.

—Me da igual, preferiría que no lo hiciera —dijo Wish.

Discutimos con Wish. Decía que si Clayton ejecutaba esos gestos, sería burlarse de una cosa muy seria.

—¿Pero tú no habrás creído...? —dije.

Wish miró a Clayton, quien, mirando fijamente al fuego, sopesaba algo en su mente.

—Lo creo... al menos más de la mitad, sí —dijo Wish.

—Clayton —dije—, eres demasiado bueno para engañarnos. La mayor parte estaba bien. Pero esa desaparición... tendría que ser más convincente. Confiesa que se trataba de un cuento fantástico.

Se levantó sin haberme prestado atención, se situó en el centro de la alfombra y se volvió hacia mí. Durante un rato contempló sus pies con aire pensativo, después sus ojos se clavaron en la pared opuesta y los mantuvo con expresión abstraída durante el resto del tiempo. Levantó las manos lentamente hasta la altura de los ojos y así empezó...

Ahora bien, Sanderson es un francmasón, miembro de la logia de los Cuatro Reyes, la cual se dedica con acierto al estudio y elucidación de todos los misterios de la masonería del pasado y del presente, y entre los estudiosos de esta logia, Sanderson no es en absoluto el menos importante. Siguió, con sus ojos enrojecidos, los movimientos de Clayton con singular interés.

—No está mal —dijo cuando Clayton terminó—. Realmente

ejecutas los movimientos de una manera asombrosa: pero falta un pequeño detalle.

—Ya lo sé —dijo Clayton—, creo que podría decirte cuál es.

—¿Cuál?

—Éste —dijo Clayton, y giró extrañamente la mano, la retorció y la impulsó hacia delante.

—Exacto.

—Esto, sabes, es lo que *él* no conseguía hacer bien —dijo Clayton—. Pero ¿cómo tú...?

—No comprendo casi nada de este asunto, y especialmente cómo has podido inventártelo —dijo Sanderson—, pero esto último... —reflexionó— me resulta familiar. Tienen que ser series de gestos conectados con cierta rama de la Masonería esotérica... Supongo que lo sabes. De otra forma... ¿cómo?

Reflexionó de nuevo.

—No creo que pueda hacerte ningún daño si te digo cuál es el giro adecuado. Al fin y al cabo da lo mismo que lo sepas o no.

—Sólo sé —dijo Clayton— lo que el pobre diablo me reveló anoche.

—De acuerdo, no importa —dijo Sanderson, y colocó su pipa en la repisa de la chimenea con sumo cuidado. Entonces gesticuló con las manos vertiginosamente.

—¿Así? —dijo Clayton, repitiendo los movimientos.

—Así —dijo Sanderson, y volvió a coger su pipa.

—¡Ah! *Ahora* —dijo Clayton— puedo hacerlo todo... bien.

Se irguió frente al fuego mortecino y nos sonrió. Pero creo que había cierta vacilación en su sonrisa.

—Y si empiezo —dijo.

—Yo no empezaría —dijo Wish.

—¡No hay motivo de preocupación! —dijo Evans—. La materia es indestructible. No irás a pensar que una patraña de ese tipo va a arrojar a Clayton al mundo de las sombras. ¡Ni mucho menos! Por mí, Clayton, puedes intentarlo hasta que los brazos se te desprendan de las muñecas.

—Yo no pienso lo mismo —dijo Wish, levantándose y poniendo un brazo sobre el hombro de Clayton—; has conseguido que me crea esa historia y no quiero que lo hagas.

—¡Dios mío! —dije—. ¡Mirar qué asustado está Wish!

—Lo estoy —dijo Wish, con una intensidad real o fingida admirablemente—. Creo que si ejecuta esos movimientos, desaparecerá.

—No le ocurrirá nada parecido —exclamé—. Los hombres sólo tienen un camino para salir de este mundo y a Clayton le quedan treinta años para llegar a él. Además... ¡Vaya fantasma! ¿Piensas que...?

Wish me interrumpió al moverse. Salió del círculo de los sillones y se paró junto a la mesa.

—Clayton —dijo—, ¡estás loco!

Clayton se volvió y le sonrió con una mirada alegre y luminosa.

—Wish —dijo—, tienes razón, y los demás estáis equivocados. Desapareceré. Ejecutaré hasta el último de estos pases y, cuando el último silbido cruce el aire... ¡*allez hop!* Esta alfombra estará vacía, la habitación rebosará de profundo asombro y un caballero respetablemente vestido, de noventa y cinco kilos de peso, se precipitará en el mundo de las sombras. Estoy tan seguro como vosotros lo estaréis. Me niego a seguir discutiendo. ¡Probemos!

—No —dijo Wish, y dio un paso y se paró.

Clayton levantó una vez más las manos para repetir los pases del fantasma.

En ese momento todos nos hallábamos en un estado de tensión, a causa, en gran parte, del comportamiento de Wish. Estábamos sentados con los ojos fijos en Clayton, y yo, al menos, me sentía rígido y tirante, como si mi cuerpo, desde la nuca hasta la mitad de los muslos, se hubiera convertido en acero. Y allí, con una gravedad imperturbablemente serena, Clayton se inclinaba, se balanceaba y agitaba las manos frente a nosotros. Cuando estaba a punto de finalizar, nos apretujamos unos contra otros y sentimos un hormigueo entre los dientes. El último gesto, como ya he dicho, consistía en girar los brazos y abrirlos por completo con la cara hacia arriba; y, cuando por fin inició ese gesto definitivo, dejé incluso de respirar. Era ridículo, sin duda, pero ya conocen ustedes el sentimiento que producen los relatos de fantasmas. Era después de cenar, en una casa poco común, vieja y oscura. ¿Podría, después de todo...?

Durante un periodo de tiempo asombroso permaneció con los brazos abiertos y la cara hacia arriba, sereno y resplandeciente bajo

la luz deslumbrante de la lámpara. Nos mantuvimos inmóviles durante un momento que se nos hizo un siglo, y entonces nació de todos nosotros un suspiro que expresaba un alivio infinito y un ¡no!, tranquilizador. Porque, evidentemente, no había desaparecido. Todo era una invención. Nos había contado una historia infundada y casi había conseguido que le creyésemos, ¡eso era todo...! Y entonces, en ese preciso momento, la cara de Clayton cambió.

Cambió. Cambió como cambia una casa con las luces encendidas cuando las apagan de golpe. Sus ojos se quedaron inmóviles bruscamente, su sonrisa se heló en sus labios y se mantenía de pie. Se mantenía balanceándose muy suavemente.

También aquel momento se nos hizo eterno. Y entonces las sillas chocaron entre sí, cayeron cosas y todos nos movimos. Sus rodillas parecieron doblarse, se desplomó, y Evans se levantó y lo cogió entre sus brazos...

Nos quedamos pasmados. Me parece que nadie dijo nada coherente durante un minuto. Lo veíamos, y sin embargo, no podíamos creerlo... Yo salí de una estupefacción desordenada para encontrarme arrodillado junto a él; su chaqueta y su camisa estaban desgarradas y la mano de Sanderson descansaba sobre su corazón.

Bueno... el simple hecho al que nos enfrentábamos en ese momento podía esperar nuestra interpretación; no teníamos prisa por comprenderlo. Allí yació durante una hora. Hoy sigue yaciendo, negro y espantoso, a través de mi memoria. Clayton había pasado, en efecto, al mundo que está tan cerca y tan lejos del nuestro, y había ido por el único camino que pueden tomar los mortales. Pero si entró allí a causa del conjuro del pobre fantasma, o si sufrió un ataque repentino de apoplejía en el transcurso de la narración de un cuento inventado —como nos hizo creer el juez— es algo que está fuera del alcance de mi juicio; es uno de esos misterios inexplicables que deben quedar sin resolver hasta que llegue la solución final de todo. Lo único que puedo asegurar es que en el mismo momento, en el mismo instante en que Clayton concluía aquellos pases, se demudó, se tambaleó y cayó delante de nosotros... ¡muerto!

JIMMY GOGGLES, EL DIOS

—**N**o hay nadie que haya sido un dios —dijo el hombre de piel tostada—. Y sin embargo eso me sucedió a mí, entre otras cosas.

Yo le di a entender que agradecía su condescendencia al hablar conmigo.

—Una cosa así acaba con la ambición, ¿no cree? —dijo el hombre de piel tostada—. Yo fui uno de los hombres que rescataron del naufragio del *Pionero del Océano*. ¡Maldición! ¡Cómo vuela el tiempo! Sucedió hace veinte años. Dudo que usted recuerde algo sobre el *Pionero del Océano*.

El nombre me resultaba familiar y traté de recordar cuándo y dónde lo había leído. ¿El *Pionero del Océano*?

—Recuerdo algo sobre polvo de oro —dije con cierta gravedad—, pero no sé exactamente...

—Eso es —dijo—. Se hundió en un maldito canal donde no tenía nada que hacer, salvo huir de los piratas. Sucedió antes de que acabaran con ese oficio. Probablemente, en otro tiempo hubo allí volcanes, o algo parecido, pues todas las rocas estaban situadas en lugares inoportunos. Hay zonas en Soona en las que es necesario ir acechando cada roca para adivinar por dónde va a salir la próxima. Se hundió veinte brazas en menos de lo que canta un gallo, con cuarenta mil libras esterlinas en oro a bordo, según se dijo, en polvo o en otra forma.

—¿Hubo supervivientes?

—Tres.

—Ahora recuerdo el caso —dije—. Se hicieron algunos trabajos de rescate...

Al oír la palabra rescate, el hombre de piel tostada estalló en improperios con un lenguaje tan extremadamente horrible que me quedé estupefacto. Después bajó el tono, empleando maldiciones algo más ordinarias, pero se contuvo bruscamente.

—Perdóneme —dijo—, pero... ¡rescate!

Se inclinó hacia mí.

—Yo participé en aquel trabajo —dijo—. Pretendía hacerme rico, y en vez de eso, me vi convertido en dios. Yo tengo mis sentimientos...

—No todo es miel en la vida de un dios —continuó el hombre de piel tostada, y durante un rato siguió hablando por medio de análogos axiomas sentenciosos, pero inútiles. Por fin reanudó su historia.

—Allí estaba yo —dijo el hombre de piel tostada—, y un marinero llamado Jacobs, y Always, el piloto del *Pionero del Océano*. Fue él quien planeó todo el negocio. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo, cuando estábamos en el bote y nos sugirió la idea con una sola frase. Tenía una prodigiosa habilidad para plantear las cosas. «Había cuarenta mil libras esterlinas en el barco —dijo—, y a mí me toca decir el lugar exacto donde se hundió». No se necesita mucha sesera para comprender lo que eso significaba. Y él fue quien dirigió la cosa, desde el principio hasta el final. Echó mano de los Sanders y de su bergantín; eran hermanos, y el bergantín se llamaba el *Orgullo de Banya*. Y compró el traje de buzo; uno de segunda mano con un aparato de aire comprimido en lugar del sistema de bomba. Habría hecho de buzo también si el sumergirse en el agua no hubiera dañado su salud. Y, entretanto, la gente encargada del rescate perdía el tiempo con una carta de navegación que él mismo había falsificado —con su solemnidad habitual— por Starr Race, a ciento veinte millas de distancia.

»Puedo asegurarle que formábamos un grupo de lo más feliz a bordo de aquel bergantín, todo el día entre bromas, bebidas y esperanzas de lo más optimistas. Nos parecía todo tan ingenioso, tan bien planeado, tan sencillo... o como dicen los tipos poco finos: "un asunto limpio". Nos entreteníamos haciendo conjeturas sobre lo que estaría sacando el otro grupo de benditos, los verdaderos encargados del rescate, que habían salido dos días antes que nosotros, y nos partíamos de risa. Íbamos todos juntos en la cabina de los Sanders —una curiosa tripulación formada por oficiales y ni un solo marinero—, y la escafandra, que estaba también allí, esperando su turno. El joven Sanders era uno de esos tipos bromistas y, a decir verdad, había algo cómico en aquel condenado

engendro, con su monstruosa cabeza y su insistente mirada, y el joven Sanders nos hizo reparar en ello. Solía llamarle “Jimmy Goggles” y hablaba con él como si fuera un cristiano. Le preguntaba si estaba casado, y qué tal se encontraba la señora Goggles y los pequeños Goggles. Era para morir de risa. Todos los benditos días bebíamos a la salud de Jimmy Goggles y le desmontábamos el ojo y le echábamos un vaso de ron dentro hasta que, en lugar de aquel repugnante olor a goma impermeable, desprendía un perfume tan agradable como el de un barril de ron. Pasábamos ratos divertidos en aquellos días, créame, sin sospechar —¡pobres desgraciados!— lo que se nos venía encima.

»Está claro que no íbamos a echar a perder nuestra suerte por una estúpida precipitación, como usted comprenderá, de modo que empleamos todo un día haciendo sondeos en la ruta que nos llevaba al lugar donde el *Pionero del Océano* se había hundido, justamente entre dos masas de rocas inestables de color grisáceo, sin duda rocas de origen volcánico, que apenas sobresalían del agua. Tuvimos que desviarnos casi media milla para encontrar un anclaje seguro, y entonces se produjo una ensordecedora trifulca para determinar quién se tendría que quedar a bordo. Y el barco estaba allí, tal y como se había hundido, de manera que la parte superior de los mástiles se distinguía perfectamente. Decidimos ir todos en el bote y la bronca se terminó. Yo descendí con la escafandra el viernes por la mañana, en cuanto hubo luz.

»¡Menuda sorpresa me llevé! Me parece estar viéndolo ahora mismo con absoluta nitidez. Era un paraje muy extraño y en ese momento empezaba a alborear. La gente de por aquí cree que en los trópicos no hay más que playas lisas, y palmeras, y olas. ¡Estúpidos! Aquel paraje, por ejemplo, no tenía ni una pizca de tales maravillas. No había rocas normales, desgastadas por las olas, sino enormes bancos retorcidos como montañas de escoria, con un légamo verde debajo y arbustos y cosas por el estilo encima que se movían de aquí para allá; y el agua transparente, clara y lisa, que mostraba una especie de sucio resplandor gris negruzco, con enormes y fulgurantes algas de color rojo intenso que se desplegaban inmóviles, y a través de las cuales pasaban seres serpenteantes y veloces. Y más allá de los canales, los charcos y las masas de rocas había un bosque en la falda de una montaña, que volvía a crecer

después de la lluvia de fuego y cenizas de la última erupción. Y al otro lado había otro bosque y una especie de accidentado...

—¿Cómo se dice? Anfi...teatro de lava negra y herrumbrosa que se elevaba por encima de todo lo demás, en medio del cual el mar formaba una pequeña bahía.

»Como le he dicho, la aurora estaba despuntando y apenas había color en las cosas. Aparte de nosotros no se veía ningún ser humano, ni arriba ni abajo del canal. Sólo el *Orgullo de Banya*, que se encontraba más allá de un grupo de rocas, hacia alta mar.

—No se veía ningún ser humano —repitió. Hizo una pausa y continuó:

»No sé de dónde salieron, no me lo explico. Nos sentíamos tan seguros pensando que nos encontrábamos solos, que el joven Sanders se puso a cantar. Yo estaba dentro de Jimmy Goggles, sólo me faltaba el casco. “Despacio —dijo Always—, ahí está el mástil”.

Y, después de echar un vistazo por encima de la borda, cogí la monstruosa cabeza y a punto estuve de caerme al agua cuando el viejo Sanders hizo virar el bote. Una vez que las ventanillas fueron atornilladas y todo dispuesto, cerré la válvula del cinturón neumático para facilitar mi inmersión y salté por la borda, con los pies por delante, pues no teníamos escala. La barca se quedó dando tumbos y mis compañeros se inclinaron a mirar el agua mientras mi cabeza se hundía entre las algas y la oscuridad que rodeaba el mástil. Creo que nadie, ni el hombre más precavido del mundo, se habría molestado en explorar un paraje tan desolado. Apestaba a soledad.

»Desde luego, debe usted comprender que yo era un novato en el buceo. Ninguno de nosotros era buzo. Tuvimos que desperdiciar un montón de tiempo para familiarizarnos con el manejo del aparato, y era la primera vez que yo descendía a las profundidades. Es una sensación abominable. Los oídos duelen horriblemente. No sé si usted se habrá hecho daño alguna vez al bostezar o al estornudar, el caso es que se siente algo parecido, sólo que diez veces peor. Y aquí, sobre la ceja, un dolor espantoso, y un malestar en la cabeza como de gripe. Y tampoco es un paraíso para los pulmones y demás órganos. El descenso produce una sensación similar al arranque de un ascensor, sólo que esa sensación dura todo el rato. Y no puedes levantar la cabeza para ver lo que hay arriba, y

tampoco puedes echar un vistazo a lo que está sucediendo bajo los pies sin doblarte de una manera bastante dolorosa. A medida que descendía todo se tornaba más oscuro, sin contar la negrura de la lava y el fango que formaban el fondo. Era, por decirlo así, como si, al sumergirse, uno fuera saliendo de la aurora e internándose en la noche.

»El mástil surgió como un fantasma de la oscuridad; luego un montón de peces, y después un grupo de inquietas algas rojas. Entonces me dejé caer de golpe, con una especie de vuelo torpe, en la cubierta del *Pionero del Océano*; y los peces que habían estado alimentándose de los muertos se elevaron a mi alrededor, igual que un enjambre de moscas se abalanza sobre el estiércol del camino en un día de verano. Abrí de nuevo la válvula de aire comprimido — pues el traje estaba cerrado herméticamente y olía a goma, a pesar del ron— y me detuve para recobrar fuerzas. La válvula dejó entrar aire fresco, lo que ayudó a atenuar un poco la mala ventilación.

»Cuando empecé a sentirme más a gusto, me paré a mirar a mi alrededor. Era un espectáculo extraordinario. Incluso la luz era extraordinaria: una especie de resplandor crepuscular de tonos rojizos producido por las ondulaciones de las algas que flotaban hacia arriba a ambos lados de la embarcación. Y por encima de mi cabeza sólo se veía una sombría profundidad de color azul verdoso. La cubierta del barco, salvo una ligera inclinación a estribor, estaba nivelada, y se extendía larga y tenebrosa entre las algas. Estaba entera, a excepción de los lugares por donde se habían quebrado los mástiles al chocar, y hacia el castillo de proa, su perfil se desvanecía en la negra noche. No había ningún cadáver en los puentes. Supuse que la mayoría estaría entre las algas de los lados, pero poco después encontré dos esqueletos tendidos en los camarotes de los lados, donde la muerte los había sorprendido. Era curioso hallarse de nuevo en aquella cubierta y reconocerlo todo, palmo a palmo; el sitio de la barandilla donde me gustaba fumar a la luz de las estrellas, y el rincón donde un viejo pájaro de Sidney solía flirtear con una viuda que teníamos a bordo. Tan sólo un mes antes habrían formado una pareja feliz, y ahora no podría sacarse de ninguno de los dos ni un mísero pedazo de comida para una cría de cangrejo.

»Yo he tenido siempre cierta propensión a la filosofía, y me atrevería a decir que pasé cerca de cinco minutos entregado a tales

meditaciones antes de descender al lugar donde el bendito polvo de oro estaba almacenado. La búsqueda fue lenta, pues tenía que andar a tientas casi todo el tiempo, en medio de la tétrica oscuridad, desconcertado por los azulados destellos que bajaban de la toldilla. Había cosas que se movían a mi alrededor; una vez sentí un golpe en el cristal y otra un pinchazo en la pierna. Cangrejos, espero. Di un puntapié a un montón de porquería suelta que me tenía intrigado, me agaché y cogí una cosa llena de nudos y protuberancias. ¿Y qué cree usted que era? ¡Un espinazo! Pero yo nunca he tenido un interés especial por los huesos. Habíamos estudiado a fondo el asunto y Always conocía el lugar exacto donde estaba guardado el tesoro. Lo encontré en esa misma exploración. Cogí un cofre por uno de sus extremos y lo levanté un palmo o dos del suelo.

El hombre interrumpió su relato.

—¡Llegué a levantarlo unos palmos del suelo! —exclamó—. ¡Cuarenta mil libras esterlinas en oro puro!

»¡Oro! —grité dentro del casco, cediendo a un ataque de entusiasmo, y el estrépito hirió mis oídos. En esos momentos empezaba a sentirme condenadamente sofocado y cansado —debía de llevar veinticinco minutos o más bajo el agua—, y pensé que ya era suficiente. Subí por la escalera de la toldilla y en el preciso momento en que mis ojos estaban a ras de la cubierta un enorme y monstruoso cangrejo dio una especie de salto convulsivo y huyó corriendo de lado. Menudo susto me dio. Me planté sin novedad en la cubierta y cerré la válvula de la parte posterior del casco para dejar que el aire se acumulara y me facilitara la ascensión. Entonces noté una especie de agitación, como si estuvieran golpeando el agua con un remo, pero no miré hacia arriba. Me figuré que estaban haciéndome señales para que subiera.

»Después algo cayó a mi lado, algo pesado, que se quedó clavado con una especie de estremecimiento sobre una de las tablas de la cubierta. Lo miré y reconocí el largo cuchillo que había visto manejar al joven Sanders. Lo ha dejado caer, pensé, y todavía estaba reprochándole esta estupidez —pues podía haberme herido seriamente— cuando empecé a subir y a impulsarme hacia la luz del sol. Y justo cuando había alcanzado la copa de las vergas del *Pionero del Océano* —¡plaf!— tropiezo con algo que desciende y una

bota que da golpes delante de mi casco. Luego observé que había algo más, algo que se debatía horriblemente. Fuera lo que fuera, era algo pesado que había por encima de mi cabeza, y no paraba de moverse y de dar vueltas. Yo habría creído que se trataba de un pulpo, o algo parecido, de no ser por la bota. Los pulpos no llevan botas. Desde luego, todo sucedió en un segundo. Noté que volvía a descender y agité los brazos para mantenerme firme, y la cosa aquélla siguió rodando y se hundió mientras yo subía...

Hizo una pausa.

—Vi la cara del joven Sanders por encima de un hombro negro y desnudo; una lanza le atravesaba la garganta de parte a parte, y su boca y su cuello vertían en el agua chorros de color rosado. Se hundían dando vueltas, aferrados uno a otro, demasiado malheridos para soltarse. Y un segundo después, mi casco se dio un tremendo golpe contra la canoa de los negros. ¡Eran negros! Dos canoas llenas.

»Fueron momentos animados, créame. Always cayó al agua atravesado por tres lanzas. Las piernas de tres o cuatro negros pataleaban en el agua a mi alrededor. No pude ver mucho, pero una mirada fue suficiente para comprender que la partida estaba perdida, de modo que di a mi válvula un violento giro y volví a descender burbujeando tras el pobre Always, sumido en un estado de pánico y estupefacción que usted, sin duda, puede imaginar perfectamente. Pasé al lado del joven Sanders y el negro, que ascendían de nuevo, luchando un poco todavía, y un momento después me planté en la penumbra de la cubierta del *Pionero del Océano*.

»¡Demonios!, pensé, ¡la situación es apurada! ¿Negros? Al principio no veía más salida que la asfixia abajo y las lanzas arriba. No tenía una idea precisa de la cantidad de aire que me quedaba, pero no me sentía capaz de permanecer mucho más tiempo sumergido. Tenía calor, y un tremendo dolor de cabeza, por no mencionar el hecho de que me moría de miedo. Jamás habíamos contado con aquellos inmundos indígenas, los inmundos papúes. No habría sido muy acertado ascender por ese lugar, pero tenía que hacer algo. Sin apenas reflexionar trepé por la borda, me dejé caer entre las algas y me puse a andar por la oscuridad tan rápido como me era posible. En una ocasión me detuve y me arrodillé para mirar

hacia arriba echando la cabeza para atrás dentro del casco. En la superficie reinaba el más extraordinario resplandor verde azulado que había contemplado, y las dos canoas y el bote flotaban, pequeñas y distantes, componiendo una especie de H retorcida. Me puso enfermo contemplar aquello y pensar lo que el balanceo y el cabeceo de las tres embarcaciones significaba.

»Le aseguro que fueron los diez minutos más horribles que he pasado, deambulando a ciegas por las tinieblas, sufriendo una opresión espantosa, como si me enterraran en la arena, con un dolor que me atravesaba el pecho, muerto de miedo, y sin poder respirar, al parecer, otra cosa que el olor del ron y de la goma. ¡Cielos! Al cabo de un rato me encontré subiendo por una abrupta pendiente. Eché otra ojeada para comprobar si había algún rastro de las canoas y el bote, y continué la ascensión. Cuando mi cabeza estuvo a un pie de la superficie, me paré y traté de examinar el lugar en que me encontraba pero, como es natural, no se veía nada más que el reflejo del fondo. Entonces emergí, y fue como si mi cabeza chocara contra la superficie de un espejo. Nada más sacar los ojos del agua vi que había emergido en una especie de playa cercana al bosque. Miré alrededor, pero los salvajes y el bergantín quedaban ocultos por un enorme conglomerado de lava retorcida. Mi creciente estupidez me impulsó a correr hacia la espesura. No me desprendí del casco, pero dejé abierta una de las ventanillas y, tras una pausa para recuperar el resuello, salí del agua. No puede usted imaginar lo puro y ligero que me pareció el aire.

»Está claro que con cuatro pulgadas de plomo en la suela de los zapatos y la cabeza enfundada en una bola de cobre del tamaño de un balón de fútbol, y después de haber pasado treinta y cinco minutos bajo el agua, nadie sería capaz de batir un récord de velocidad. Yo corría con un entusiasmo similar al de un haragán que se dirige al duro trabajo. Y cuando había recorrido la mitad del camino que me separaba de los árboles, descubrí una docena de negros o más que salían de un claro y que avanzaban hacia mí con aire de asombro.

»Me paré en seco y me maldije a mí mismo como representante de todos los estúpidos que están fuera de Londres. Tenía tantas probabilidades de volver al agua como una tortuga vuelta del revés. Cerré otra vez la ventanilla para dejar mis manos libres y me quedé

esperándolos. En mi situación no había otra cosa que hacer.

»Pero no se acercaron demasiado. Y empecé a sospechar la causa. “Jimmy Goggles —me dije—, he aquí una prueba de tu belleza”. Creo que en esos momentos tenía una cierta propensión a dejarme llevar por el delirio, con todos aquellos peligros que me rodeaban y el bendito cambio que se había producido en la presión atmosférica. “¿A quién miráis? —dije, como si los salvajes pudieran oírme—. ¿Por quién me habéis tomado? ¡Que me cuelguen —exclamé— si no os ofrezco un espectáculo mejor!”. Y acto seguido abrí la válvula de escape y solté el aire comprimido del cinturón neumático hasta que me hinché como una rana. Realmente debió de ser impresionante. Que el diablo me lleve si avanzaron un solo paso... Y, de pronto, uno tras otro cayeron al suelo y se pusieron a cuatro patas. No sabían qué pensar de mí y empezaron a hacerme unas extraordinarias reverencias, que era lo más sabio y razonable que podían hacer. Durante un momento pensé en ir retrocediendo con cautela hacia el mar y echar a correr de golpe, pero me pareció demasiado quimérico. De haber dado un paso hacia atrás, se habrían arrojado sobre mí. Y entonces, como la situación era absolutamente desesperada, empecé a caminar hacia ellos, playa arriba, con pasos lentos y pesados, al tiempo que agitaba mis inflados brazos de forma solemne. Pero en mi interior, estaba tan asustado como una gallina.

»De cualquier forma, no hay nada como una apariencia chocante para ayudar a un hombre a salir de un apuro, cosa que yo ya había descubierto y seguiría descubriendo después. La gente como nosotros, que estamos acostumbrados a ver escafandras desde los siete años, apenas podemos imaginar el efecto que causa en un ingenuo salvaje. Uno o dos de los negros echaron a correr; los otros empezaron a golpear rápidamente el suelo con la cabeza, como si intentaran estampar allí los sesos. Y yo seguí avanzando con mi aspecto ridículo, tan lento, solemne y apañado como un fontanero trabajando a destajo. Era evidente que me tomaban por algo inmenso.

»Entonces uno de ellos se puso en pie de un salto y empezó a señalar hacia el mar, dirigiéndome al mismo tiempo unos gestos extrañísimos, y los demás dividieron entonces su atención entre mi persona y algo que había en el mar. “¿Qué pasa ahora?”, me dije.

Me volví con lentitud para preservar mi dignidad y vi al viejo *Orgullo de Banya* doblando un promontorio, remolcado por un par de canoas. La escena me puso malo. Pero como parecía evidente que los negros esperaban alguna señal de reconocimiento agité los brazos de forma poco comprometedora. Después me di media vuelta y avancé majestuosamente hacia los árboles. En ese momento, recuerdo, iba rezando como un loco, repitiendo una y otra vez: “¡Señor, ayúdame a salir de este lío! ¡Señor, ayúdame a salir de este lío!”. Sólo los necios que no conocen el peligro pueden permitirse el lujo de reírse de estas oraciones.

»Pero los negros no iban a dejar que me escabullera tan fácilmente. Iniciaron una especie de danza ritual en torno a mí y me obligaron a seguir un sendero que se abría a través de los árboles. Estaba claro que, pensarán lo que pensarán de mí, no me tomaban por un ciudadano británico, y por mi parte jamás he sentido menos ganas de confesarme súbdito de este viejo país.

»Tal vez le cueste a usted creerlo, a menos que esté familiarizado con los salvajes, pero aquellas pobres criaturas ignorantes y descarriadas me llevaron directamente a una especie de templo para presentarme a una bendita piedra negra que tenían allí. Para entonces yo estaba empezando a darme cuenta de la profundidad de su ignorancia y en cuanto posé los ojos en aquella deidad representé mi comedia. Lancé un prolongado berrido de barítono:

“Uhh-uhh”,

y empecé a mover los brazos en círculos. Y luego, con mucha tranquilidad y ceremonia derribé a su ídolo y me senté encima. Tenía unas ganas locas de sentarme, pues las escafandras no son muy prácticas en los trópicos. O, para decirlo de manera diferente, son demasiado espectaculares. Me di cuenta de que los negros se habían quedado sin aliento cuando me senté sobre su ídolo, pero en menos de un minuto tomaron su decisión y se pusieron a adorarme con verdaderas ganas. Puedo asegurarle que sentí un gran alivio al ver el giro que tomaban los acontecimientos, a pesar del peso que soportaba sobre los hombros y los pies.

»Pero lo que me tenía angustiado era lo que podrían pensar los tipejos de la canoa cuando regresaran. Si me habían visto en el bote antes de sumergirme y sin el casco puesto —podían haber estado espiándonos durante la noche—, adoptarían, con toda probabilidad,

un punto de vista diferente al de sus colegas. Durante un rato, que me pareció de varias horas, estuve sudando la gota gorda al pensar en ello, hasta que escuché el alboroto de la llegada.

»Pero se lo tragaron; toda la bendita tribu se lo tragó. A costa de permanecer rígido y severo, como esas hieráticas imágenes egipcias que todo el mundo ha visto alguna vez, pude ir tirando durante doce preciosas horas, pero, al menos, al final pude conjeturar que había salido del apuro. Difícilmente puede usted hacerse una idea de lo que tal cosa significaba con aquella peste y con aquel calor. No creo que a ninguno de ellos se le ocurriera que había un hombre dentro. Yo era sencillamente un maravilloso y espléndido ídolo de cuero que había surgido felizmente del agua. ¡Pero la fatiga! ¡El calor! ¡La insufrible falta de ventilación! ¡El hedor de la goma y el ron! ¡Y la bulla! Encendieron un apestoso fuego en una losa de lava que había delante de mí y echaron un montón de inmundicias sanguinolentas —las peores partes de lo que ellos estaban engullendo, ¡los Bestias!— y los quemaron en mi honor. Yo empezaba a tener hambre, pero ahora comprendía cómo se las arreglan los dioses para pasar sin comer: les basta con el olor de las ofrendas quemadas a su alrededor. Después trajeron un montón de chismes que habían cogido del bergantín y, entre otros chismes —lo cual fue un gran alivio para mí—, descubrí esa especie de bomba neumática que se empleaba para el asunto del aire comprimido, y a continuación un grupo de jóvenes y jovencitas entró en escena y se pusieron a danzar a mi alrededor de forma un tanto indecente. Es sorprendente comprobar las maneras tan diferentes que tienen los distintos pueblos de mostrar respeto. Si hubiera tenido un hacha a mano, la habría emprendido contra todos ellos: tal era el salvajismo que me inspiraban. Durante todo ese tiempo permanecí tan rígido como un regimiento, sin que se me ocurriera nada mejor que hacer. Y al final, cuando cayó la noche y el recinto de zarzas que constituía la casa del dios se tornó demasiado oscuro para su gusto —ya sabe usted que todos estos salvajes tienen miedo a la oscuridad— lancé un “Muu” ruidoso y ellos hicieron unas grandes hogueras en el exterior y me dejaron solo y en paz en la oscuridad de mi choza, libre para desatornillar mis ventanillas y reflexionar, y para sentirme tan mal como me diera la real gana. Y ¡Dios mío! Estaba fatal.

»Me sentía débil y hambriento, y mi cabeza funcionaba como un escarabajo en un alfiler: una tremenda actividad y, al final, nada. Vueltas y vueltas para volver al punto de partida. Estaba apenado por los otros compañeros; unos terribles borrachos, es cierto, pero que no merecían semejante destino. Y la imagen del joven Sanders con la garganta atravesada por la lanza no se me iba de la cabeza. Y también le daba vueltas al asunto del tesoro escondido en el *Pionero del Océano* y en el modo de sacarlo de allí y ocultarlo en un lugar más seguro para escaparme y volver por él. Y además estaba el problema de conseguir algo de comer. Le aseguro que era un completo desvarío. No me atrevía a pedir comida valiéndome de señas por miedo a comportarme de forma excesivamente humana, así que continué sentado allí, hambriento, hasta que se aproximó el amanecer. Entonces la tribu se quedó algo tranquila y, como me era imposible resistir más tiempo, abandoné el recinto y me procuré unas cosas parecidas a alcachofas que había en un cuenco y un poco de leche agria. Lo que sobró, lo coloqué entre las otras ofrendas para darles una pista sobre mis gustos. Por la mañana vinieron a adorarme y me encontraron sentado, rígido y respetable, encima de su anterior dios, tal como me habían dejado cuando se hizo la noche. Yo me había recostado contra el pilar central de la choza y estaba prácticamente dormido. Y así es como llegué a ser un dios entre los paganos; un dios falso y blasfemo, sin duda, pero no siempre puede uno permitirse el lujo de elegir.

»Ahora bien, no es que quiera darme como dios un bombo que exceda mis méritos personales, pero debo reconocer que mientras fui el dios de aquella tribu cosecharon éxitos extraordinarios. No puedo decir que aquello fuera una nadería, compréndame. Vencieron en una batalla a otra tribu —y yo recibí un montón de ofrendas que no quería para nada—, hicieron pescas maravillosas y su cosecha de porquerías fue excelente. Además incluían la captura del bergantín entre los beneficios que yo les había deparado. En honor a la verdad, debo decir que no me parece un resultado desdeñable para un perfecto neófito. Y, aunque usted tal vez no se lo crea, fui el dios local de esos feroces salvajes durante cuatro preciosos meses...

»¿Qué otra cosa podía hacer, mi querido amigo? Pero no tuve puesta la escafandra todo el tiempo. Les hice construir una especie

de santuario de santuarios y derroché ingentes cantidades de tiempo en hacerles comprender lo que quería que hicieran. En efecto, ésa fue mi gran dificultad: hacerles comprender mis deseos. No podía permitirme descender a hablarles incorrectamente en su jerga —en el caso de que hubiera sido capaz de comprenderla—, y tampoco me era posible realizar muchos de los gestos. Así que dibujaba imágenes en la arena y me sentaba junto a ellos y gritaba como un becerro. Algunas veces hacían bien lo que quería, y otras al revés. Pero siempre mostraban buena voluntad, eso es cierto. Entretanto yo seguía dándole vueltas a la manera de resolver la maldita situación. Todas las noches, antes del amanecer, solía salir fuera con mi atuendo completo y me dirigía a un lugar desde el cual podía ver el canal donde se había hundido el *Pionero del Océano* y, una vez, incluso, en una noche de luna llena, intenté llegar hasta él, pero las algas, las rocas y la oscuridad me derrotaron ampliamente. No pude regresar hasta que se hizo de día, y entonces encontré en la playa a los cándidos negros implorando a su dios marino que regresara a su lado. Yo estaba tan enfadado y cansado después de haber deambulado de un sitio a otro dando tumbos, subiendo y bajando una y otra vez, que de buena gana habría aporreado sus estúpidas cabezas cuando estallaron en gritos de júbilo. ¡Que me ahorquen si me gustan tantas ceremonias!

»Y entonces llegó el misionero. ¡Vaya misionero! Llegó por la tarde y yo estaba sentado con gran pompa en la parte exterior de mi templo, encima de su vieja piedra negra. En el exterior se produjo un gran jaleo, acompañado de chillidos ininteligibles, y después escuché su voz, mientras hablaba con un intérprete. “Adoran troncos y piedras”, dijo, y al instante comprendí de qué se trataba. Yo me había quitado uno de mis cristales para estar más cómodo y sin tomarme un tiempo para reflexionar grité: “¡Troncos y piedras! Entre aquí y le machacaré su condenada cabeza”. Durante unos momentos reinó el silencio, pero en seguida se reanudaron los chillidos y el misionero entró con la Biblia en la mano, tal como acostumbran a hacer. Era un tipo pequeño salpicado con manchas rojizas, y con un casco de corcho. Me halagó sobremanera que se quedara boquiabierto al verme allí, en la sombra, con mi cabeza de cobre y mis enormes cristales. “Bien —dije—, ¿cómo marcha el comercio de calicó?”, pues no simpatizo nada con los misioneros.

»Me divertí con aquel misionero. Era un verdadero novato y desentonaba bastante con un hombre como yo. Con voz entrecortada me preguntó que quién era yo, y yo le dije que leyerla la inscripción que había a mis pies si quería saberlo. Él se inclinó para leerla, y su intérprete, que era tan supersticioso como cualquiera de los negros, lo interpretó como un acto de adoración y se tiró al suelo como una bala. Mis prosélitos lanzaron un alarido de triunfo, y después de esta jornada quedó claro que en mi tribu no tenía nada que hacer un misionero, ni nadie que se le pareciera.

»Pero, sin duda, fue una estupidez espantarlo de esa manera. Si hubiera tenido una pizca de sensatez, le habría hablado inmediatamente del tesoro y nos habríamos asociado en el negocio. Estoy seguro de que se habría asociado. Hasta un niño, después de unas cuantas horas de reflexión, habría descubierto la relación que había entre mi escafandra y el *Pionero del Océano*. Una semana después de su partida salí por la mañana y divisé el Maternidad, el navío encargado de los trabajos de rescate en el área de Starr Race, que remontaba sondeando el canal. Todo el bendito negocio se había esfumado, y todos mis sacrificios habían sido inútiles. ¡Maldición! ¡Cómo me enfurecí! ¡Para eso había estado haciendo el ridículo en aquel absurdo y hediondo traje de buzo! ¡Durante cuatro meses!

La historia del hombre de piel tostada degeneró otra vez en improperios.

—Imagínese —dijo cuando emergió una vez más a la pureza del lenguaje—, ¡cuarenta mil libras esterlinas en oro!

—¿Volvió aquel pequeño misionero? —pregunté.

—¡Oh, sí! ¡Pobre bendito! Y apostó su reputación afirmando que había un hombre dentro del dios y se dispuso a demostrarlo con una tremenda ceremonia. Pero allí no había nada... y quedó otra vez como un novato. Yo he odiado siempre las escenas y las explicaciones, y mucho antes de que llegara me había esfumado, dirigiéndome hacia Banya a lo largo de la costa, ocultándome entre los arbustos durante el día y robando comida en los poblados por la noche. Como única arma, una lanza. Ni ropas, ni dinero. Nada. Mi cara era mi fortuna, como reza el dicho. Y ni un penique de las ocho mil libras esterlinas en oro, mi quinta parte correspondiente. Pero los nativos le dieron una buena al sonrosado misionero,

gracias a Dios, porque creyeron que había sido él quien había ahuyentado su buena suerte.

EL NUEVO ACELERADOR

Ciertamente, si alguna vez un hombre encontró una guinea cuando estaba buscando un alfiler, ése fue mi buen amigo, el profesor Gibberne. Yo ya había tenido noticias de investigadores que se pasan de la raya, pero jamás hasta el punto al que él ha llegado. Realmente ha descubierto, al menos esta vez y sin la más leve pincelada de exageración en la frase, algo que revolucionará la vida humana. Y lo ha conseguido cuando estaba buscando simplemente un estimulante general del sistema nervioso para levantar el ánimo de las personas abatidas por las tensiones de estos tiempos agresivos. Yo he probado ya la droga varias veces, y no se me ocurre nada mejor que describir el efecto que dicha sustancia ha provocado en mí. Resulta cada vez más evidente que nos esperan experiencias sorprendentes en la investigación de nuevas sensaciones.

El profesor Gibberne, como mucha gente sabe, es vecino mío en Folkestone. Si la memoria no me engaña, han aparecido retratos correspondientes a diferentes épocas de su vida en el *Strand Magazine*, creo que hacia finales del año 1899; pero me resulta imposible comprobarlo porque he prestado ese volumen a alguien que no me lo ha devuelto. Es posible que el lector recuerde la alta frente y las largas cejas negras que daban a su rostro un toque tan mefistofélico. Vive en una de esas agradables casitas independientes de estilo mixto que hacen tan peculiar el extremo occidental del camino alto de Sandgate. Su casa es la que tiene el tejado flamenco y el pórtico árabe, y es precisamente en la habitación que tiene un mirador donde trabaja cuando se encuentra aquí, y donde tantas noches hemos fumado y conversado juntos. El profesor es un terrible charlatán, pero, además, le gusta conversar conmigo acerca de su trabajo. Es uno de esos hombres que encuentran ayuda y estímulo en la conversación, y gracias a ello me ha sido posible asistir directamente a la concepción y desarrollo del Nuevo Acelerador desde una etapa muy temprana. Desde luego, la mayor

parte del trabajo experimental no se realizaba en Folkestone, sino en Gower Street, en el nuevo e imponente laboratorio contiguo al hospital, que el profesor había sido el primero en utilizar.

Como todo el mundo sabe, o mejor dicho, como todas las personas inteligentes saben, la especialidad en que Gibberne ha adquirido una reputación tan grande y merecida entre los fisiólogos, es precisamente la de la acción de las drogas sobre el sistema nervioso. En lo que se refiere a soporíferos, sedantes y anestésicos es, según me han informado, inigualable. Es también una notable eminencia en química, y supongo que en la sutil e intrincada jungla de enigmas que se aglutinan en torno a la célula ganglionar y las fibras vertebrales, sus trabajos han despejado pequeños espacios, pequeños claros en los que ahora penetra la luz, y que, hasta el momento en que crea conveniente publicarlos, permanecerán inaccesibles al resto de los mortales. En los últimos años se ha concentrado con especial dedicación en el problema de los estimulantes nerviosos, con los que había cosechado éxitos importantes antes del descubrimiento del Nuevo Acelerador. La ciencia médica tiene que agradecerle al menos tres reconstituyentes distintos y absolutamente inocuos, de incomparable valor para los individuos activos. En los casos de agotamiento, la mixtura conocida como «Jarabe B de Gibberne» ha salvado ya, supongo, más vidas que cualquier bote de rescate de la costa.

—Pero ninguna de estas limitadas fórmulas ha conseguido satisfacerme todavía —me dijo hace casi un año—. O bien incrementan la energía central sin afectar a los nervios, o simplemente incrementan la energía disponible reduciendo la conductividad nerviosa; y todas ellas actúan de forma desigual y local. Una estimula el corazón y las vísceras, pero deja el cerebro en estado de estupefacción; otra consigue imitar el efecto del champán, pero causa trastornos en el plexo solar. Y lo que yo quiero, y lo que, si es humanamente posible, pretendo obtener, es una droga que estimule todo el sistema, que te despierte durante un tiempo desde la coronilla hasta la punta del dedo gordo del pie, y que te haga dos o tres veces superior a los demás. ¿Comprendes? Ése es el efecto que persigo.

—Ese efecto fatigaría a un hombre —dije.

—Sin duda. Y comerías el doble o el triple, y cosas así. Pero

piensa en lo que tal cosa significaría. Imagínate a ti mismo con un frasquito como éste —cogió una frasquito de cristal verde y remarcó sus palabras con él—, y que en este precioso frasquito se encuentra el poder de pensar dos veces más rápido, de moverte con el doble de velocidad, de realizar el doble de trabajo en un tiempo determinado del que realizarías de forma normal.

—Pero ¿es posible una cosa semejante?

—Creo que sí. Si no lo es, he desperdiciado el tiempo durante un año. Estas diferentes preparaciones de los hipofosfitos, por ejemplo, parecen demostrar que algo de esta clase... Creo que sería posible conseguir una aceleración una vez y media superior a la normal.

—*Sería posible* —dije.

—Si fueras un hombre de estado en un apuro, por ejemplo, y el tiempo corriese en contra tuya, tendrías que hacer algo con urgencia, ¿no?

—Podría administrar una dosis al secretario privado —dije.

—Y ganar el doble de tiempo. *Y supónte*, por ejemplo, que quieres terminar un libro.

—Generalmente —dije— deseo no haberlos empezado nunca.

—O un doctor, que tiene que luchar contra la muerte y necesita concentrarse y reflexionar sobre un caso. O un abogado... O una persona que tiene que empollar para un examen.

—Valdría una guinea la gota —dije—, o más... para hombres como éstos.

—Y en un duelo también —dijo Gibberne—, donde todo depende de tu velocidad en apretar el gatillo.

—O en la esgrima —sugerí.

—Mira —dijo Gibberne—, si lo consigo con una droga de estimulación general, realmente no causará ningún daño, excepto que tal vez te haga envejecer más rápido, en un grado infinitesimal. Habrás vivido exactamente el doble que los demás...

—Supongo —reflexioné— que en un duelo... ¿Sería honesto?

—Ésa es una pregunta para los padrinos —dijo Gibberne.

Volví al tema del que nos habíamos alejado.

—¿Y crees realmente que una cosa semejante es posible? —dije.

—Tan posible —dijo Gibberne, y miró por la ventana hacia algo que pasaba vibrando— como un ómnibus. De hecho...

Hizo una pausa y me sonrió astutamente; después golpeó

suavemente el borde de su mesa con el frasquito verde.

—Creo que conozco la sustancia... Ya he conseguido resultados prometedores.

La nerviosa sonrisa que afloró sobre su rostro traicionó la gravedad de su revelación. Rara vez hablaba de sus actuales trabajos experimentales, a menos que estuviera muy cerca del fin.

—Y puede ser, puede ser... no me sorprendería... que la velocidad sea superior al doble, incluso.

—Sería algo realmente grande —aventuré.

—Sería, creo, algo realmente grande.

Pero no creo que se hiciera una idea de lo grande que iba a ser al final.

Recuerdo que después de aquello hablamos muchas veces sobre la droga. La llamaba el «Nuevo Acelerador», y en cada ocasión su tono se hacía más confidencial. Algunas veces hablaba nerviosamente de resultados fisiológicos inesperados que podían desprenderse de su uso, y entonces se quedaba algo preocupado; otras se mostraba francamente mercenario y discutíamos larga y apasionadamente sobre la manera de darle a la fórmula un enfoque comercial.

—Es una cosa muy buena —decía Gibberne—, una cosa tremenda. Sé que estoy dándole al mundo algo importante, y creo que lo único razonable que podemos esperar es que el mundo pague. La dignidad de la ciencia está muy bien, pero, de todos modos, creo que debo tener el monopolio de la droga durante... diez años, digamos. No veo por qué razón todas las diversiones de la vida han de tocarles a los tratantes de jamones.

Mi interés por la prometedora droga no decayó con el tiempo, ciertamente. Siempre he tenido una extraña inclinación hacia la metafísica. He sido siempre aficionado a las paradojas sobre el espacio y el tiempo, y me parecía que Gibberne estaba preparando nada menos que la aceleración absoluta de la vida. Imagínense a un hombre que se administrara repetidamente dosis de una droga semejante: viviría una vida activa y sin precedentes, sin duda, pero sería adulto a los once años, de mediana edad a los veinticinco y, hacia los treinta, estaría bien adentrado en el camino de la decadencia senil. Me parecía que Gibberne había llegado tan lejos con el único propósito de ofrecer a cualquiera que tomase la droga

lo que la Naturaleza ha dado precisamente a los judíos y a los orientales, que son hombres antes de los veinte años y ancianos hacia los cincuenta, y más rápidos en pensar y actuar que nosotros durante toda la vida. Los prodigios de las drogas han ejercido siempre una gran atracción en mi espíritu; pueden volver loco a un hombre, tranquilizarle, hacerle increíblemente fuerte y despierto o convertirle en un tronco inútil, avivar tal pasión y moderar tal otra; todo por medio de drogas. ¡Y ahora había un nuevo milagro que añadir a este extraño arsenal de frasquitos para uso de los médicos! Pero Gibberne estaba demasiado concentrado en los aspectos técnicos para ahondar en mi enfoque particular de la cuestión.

Fue el siete o el ocho de agosto cuando me dijo que la destilación que decidiría su fracaso o su éxito, durante un periodo de tiempo, se estaba efectuando mientras hablábamos, y el diez cuando me dijo que la cosa estaba hecha y que el Nuevo Acelerador era una realidad tangible en el mundo. Me lo encontré mientras ascendía la colina de Sandgate hacia Folkestone. Yo iba a cortarme el pelo, y él bajaba corriendo a mi encuentro. Supongo que se dirigía a mi casa para informarme inmediatamente de su éxito. Recuerdo que sus ojos tenían un brillo inusual y que su rostro aparecía encendido; incluso advertí en ese momento una repentina aceleración de sus pasos.

—¡Está hecho! —gritó, y agarró mi mano mientras me hablaba a toda velocidad—. Más que hecho. Ven a mi casa y lo verás.

—¿De verdad?

—¡De verdad! —gritó—. ¡Increíble! Ven y lo verás.

—¿Y el efecto es... el doble?

—Más, mucho más. Me asusta. Ven y contempla la droga. ¡Pruébala! ¡Ensáyala! Es la droga más asombrosa del mundo.

Se agarró a mi brazo y, caminando a una velocidad tal que me obligaba a ir al trote, subimos la colina mientras me gritaba. Un ómnibus repleto de gente se giró y se nos quedó mirando al unísono, de ese modo tan peculiar con que lo hace la gente que ocupa un ómnibus. Era uno de esos días cálidos y despejados que se dan con frecuencia en Folkestone. Los colores brillaban de manera increíble y los contornos de las cosas se dibujaban con nitidez. Corría un poco de brisa, desde luego, pero no lo suficiente para mantenerse fresco y sereno en tales circunstancias. Suspiré pidiendo

clemencia.

—¿No estaré caminando muy deprisa, verdad? —exclamó Gibberne, y redujo el paso hasta dejarlo en una marcha rápida.

—Has tomado una dosis de la droga —resoplé.

—No —dijo—. A lo sumo una gota de agua que quedó en la retorta después de enjuagarla para hacer desaparecer las últimas huellas de la sustancia. Tomé un poco anoche, lo confieso. Pero ahora ya es una vieja historia.

—¿Y duplica la actividad? —dije, bañado en un sudor incómodo, cuando nos acercamos a la puerta de entrada de su casa.

—¡La multiplica un millar de veces! ¡Muchos millares de veces! —gritó Gibberne, haciendo un gesto dramático y abriendo de golpe la cancela de roble tallada al viejo estilo inglés.

—¡Puf! —dije, y le seguí hacia la puerta.

—No sé cuántas veces multiplica la actividad —dijo con la llave en la mano.

—Y tú...

—Este descubrimiento arroja nuevas luces sobre la fisiología del sistema nervioso, ¡le da a la teoría de la visión un giro completamente inesperado...! ¡Sabe Dios cuántos miles de veces! Comprobaremos todo eso después... Lo que conviene ahora es probar la droga.

—¿Probar la droga? —dije, mientras caminábamos a lo largo del pasillo.

—Claro que sí —dijo Gibberne, volviéndose hacia mí en su despacho—. ¡Está en aquel frasquito verde! A no ser que estés asustado...

Soy un hombre prudente por naturaleza, y sólo intrépido en teoría. *Estaba* asustado. Pero, por otra parte, me enfrentaba con mi orgullo.

—Bueno —argumenté—, ¿no has dicho que la has probado?

—La he probado —dijo—, y no parece que me haya hecho daño, ¿verdad? Ni siquiera he cambiado de color, y me *encuentro*...

Me senté.

—Dame la poción —dije—. Si sucede lo peor, al menos me quedará el consuelo de no tener que cortarme el pelo, que es, a mi juicio, uno de los más odiosos deberes del hombre civilizado. ¿Cómo se toma el brebaje?

—Con agua —dijo Gibberne, golpeando la mesa con una garrafa.

Estaba de pie, frente a la mesa, y me miraba a mí, que ocupaba su confortable sillón. Sus modales adquirieron de pronto un toque afectado, a la manera de un especialista de Harley Street.

—Es una droga extraña, ¿sabes? —dijo.

Hice un gesto con la mano.

—Debo advertirte, en primer lugar, que cierres los ojos inmediatamente después de ingerirla; espera un minuto o así y ábrelos con cuidado. Uno ve todavía. El sentido de la vista depende de la longitud de la vibración, y no de la cantidad de impactos. Si se tienen los ojos abiertos, se puede producir un choque en la retina, acompañado de una horrible y vertiginosa confusión. Manténlos cerrados.

—Cerrados —dije—. ¡Bien!

—Y la siguiente advertencia es que permanezcas quieto. No empieces a moverte de un lado a otro. Si lo haces, puedes sufrir un tremendo golpe. Recuerda que irás varios miles de veces más rápido de lo que has ido en toda tu vida; el corazón, los pulmones, los músculos, el cerebro: todo. Y te pegarás un golpe espantoso sin saber cómo. No te darás cuenta, ¿comprendes? Te sentirás exactamente igual que ahora. Sólo que todo lo que hay en el mundo te parecerá que va muchos miles de veces más despacio de lo que ha ido nunca. Esto es lo que la hace tan endiabladamente extraña.

—¡Señor! —dije—. ¿Quieres decir que...?

—Ya lo verás —dijo, y cogió una pequeña probeta graduada.

Echó una mirada al material que estaba encima de la mesa.

—Vasos, agua. Todo está aquí. No debemos tomar demasiado en el primer ensayo.

El frasquito dejó caer su precioso contenido.

—No olvides lo que te he dicho —dijo, vaciando el contenido de la probeta en un vaso, a la manera de un camarero italiano cuando mide un *whisky*—. Quédate sentado, con los ojos herméticamente cerrados y en absoluta inmovilidad durante dos minutos. Después me oirás hablar.

Añadió uno o dos dedos de agua a la pequeña dosis que había en cada vaso.

—Por cierto —dijo—, no dejes tu vaso encima de la mesa. Sosténlo en la mano y déjala apoyada en la rodilla. Sí... eso es. Y

ahora...

Levantó su vaso.

—Por el Nuevo Acelerador —dijo.

—Por el Nuevo Acelerador —respondí.

Chocamos nuestros vasos y bebimos, y cerré los ojos inmediatamente.

Ustedes ya conocen esa sensación de caer en el vacío que se experimenta al respirar «gas». Durante un tiempo indeterminado me sentí así. Luego oí decir a Gibberne que me despertara. Me estremecí y abrí los ojos. Seguía de pie, en el mismo sitio donde estaba antes, con el vaso en la mano. Ahora estaba vacío: ésa era la única diferencia.

—¿Y bien? —dije.

—¿No siente nada anormal?

—Nada. Una ligera sensación de alegría... quizá.

Nada más.

—¿Ruidos?

—Todo está silencioso —dije—. ¡Por Júpiter! ¡Sí! Todo está silencioso. Excepto ese débil golpeteo, ese sordo tamborileo, como si la lluvia cayese sobre objetos diversos. ¿Qué es?

—Sonidos analizados —creo que fue su respuesta, pero no estoy seguro. Después miró hacia la ventana—. ¿Has visto alguna vez que una cortina se quede fija, en la posición que se ha quedado ésta?

Seguí la dirección de su mirada y vi la parte inferior de la cortina levantada, como si se hubiera quedado congelada —si me permiten la expresión— en el preciso instante de ser agitada por el viento.

—No —dije—. ¡Qué raro!

—¿Y esto? —dijo, y abrió la mano que sostenía el vaso.

Como es natural, me sobresalté; esperaba que el vaso se hiciera pedazos. Pero no se rompió; ni siquiera se movió. Se quedó suspendido en el aire... inmóvil.

—Hablando en términos generales —dijo Gibberne—, un objeto en estas latitudes recorre dieciséis pies en el primer segundo de caída. Este vaso está cayendo ahora a una velocidad de dieciséis pies por segundo. Sólo que para ti todavía no ha caído más que una centésima de segundo. Esto te dará una idea de la velocidad de mi Acelerador.

Pasó la mano por encima, por abajo y alrededor del vaso que caía de forma tan lenta. Por último, lo cogió por abajo y lo colocó con cuidado sobre la mesa.

—¿Eh? —me dijo, y se rió.

—Esto es estupendo —dije, y empecé a levantarme con cautela del sillón.

Me sentía perfectamente bien, muy ligero y cómodo, y con la suficiente confianza en mí mismo. Todo mi ser funcionaba muy deprisa. Mi corazón, por ejemplo, latía mil veces por segundo, pero no me causaba ningún malestar. Miré por la ventana. Un paralizado ciclista, con la cabeza inclinada y una helada estela de polvo detrás de la rueda, corría a toda velocidad para dar alcance a un eternizado charabán lanzado al galope. Me quedé boquiabierto de asombro ante este espectáculo increíble.

—¡Gibberne! —grité—. ¿Cuánto tiempo durará esta endemoniada droga?

—¡Dios sabe! —respondió—. La última vez que la tomé me fui a la cama, a dormir la mona. Te confieso que estaba asustado. Seguramente duró unos minutos, pero me parecieron horas... Al cabo de un rato disminuye la velocidad de forma más bien brusca, creo.

Yo me sentía orgulloso al comprobar que no estaba asustado; supongo que se debía al hecho de que éramos dos.

—¿Por qué no salimos al exterior? —pregunté.

—¿Por qué no?

—La gente nos verá.

—No nos verán. ¡Gracias a Dios! Sencillamente porque iremos mil veces más deprisa que el juego de manos más rápido que se haya realizado jamás. ¡Vamos! ¿Por dónde salimos? ¿Por la ventana o por la puerta?

Salimos por la ventana.

Sin duda, de todas las extrañas experiencias que he tenido o imaginado a lo largo de mi vida, o he leído que otros han tenido o imaginado, aquella pequeña incursión que hice en compañía de Gibberne por los prados de Folkestone bajo los efectos del Nuevo Acelerador, fue la más extraña y enloquecedora de todas. Salimos por la cancela a la carretera y permanecemos allí durante un minuto observando el petrificado trasiego del tráfico. Los radios de las

ruedas y algunas de las patas de los caballos de un charabán, así como el extremo del látigo y la mandíbula inferior del conductor — que en ese preciso instante iniciaba un bostezo— estaban en perceptible movimiento, pero el resto del pesado vehículo parecía inmóvil. Y en absoluto silencio, a excepción de un borroso estertor que salía de la garganta de un hombre. ¡Y los integrantes de este monumento congelado eran un guía, un conductor, y once pasajeros! Mientras caminábamos, el efecto de la droga nos parecía disparatadamente raro, pero acabó siendo... desagradable. Allí había seres humanos exactamente iguales a nosotros y, sin embargo, muy diferentes, congelados en actitudes descuidadas, atrapados en mitad de un gesto. Una jovencita y un hombre se sonreían mutuamente, con una sonrisa impúdica que amenazaba con prolongarse eternamente; una mujer con una capellina caída apoyaba el brazo en la barandilla y miraba hacia la casa de Gibberne con la mirada imperturbable de la eternidad; un hombre se mesaba el bigote, como si fuera una figura de cera, y otro alargaba una pesada y rígida mano, con los dedos extendidos, hacia el sombrero que se le volaba. Nosotros los mirábamos, nos reíamos de ellos, les hacíamos muecas, hasta que sentimos una especie de desagrado; entonces dimos media vuelta y pasamos por delante del ciclista, hacia el parque.

—¡Cielos! —exclamó Gibberne de repente—. ¡Mira allí!

Señaló con la mano, y allí, delante de la punta de su dedo, deslizándose por el aire y batiendo lentamente las alas a la velocidad de un caracol excepcionalmente lánguido, había una abeja.

Y así llegamos al parque. Allí el fenómeno era más absurdo todavía. La banda estaba tocando en el quiosco, aunque el sonido que nos llegaba era parecido a una carrera de asmáticos, en un tono muy bajo, una especie de prolongado suspiro de moribundo, que a veces se convertía en un sonido semejante al del lento y apagado tictac de un reloj monstruoso. El congelado público permanecía rígido, extraño, silencioso, como tímidos maniqués sorprendidos en actitudes inestables, a mitad de un paso, mientras paseaban sobre la hierba. Yo pasé al lado de un perrito de lanas petrificado en el acto de saltar y contemplé el lento movimiento de sus patas dispuestas para caer a tierra.

—¡Señor! ¡Mira allí! —gritó Gibberne.

Y nos detuvimos un momento ante un magnífico personaje ataviado con un traje de franela con tenues rayas blancas, zapatos blancos y un sombrero panamá, que se daba media vuelta para guiñar el ojo a dos señoritas vestidas con ropas de colores alegres, que en ese momento habían pasado a su lado. Un guiño, estudiado con el impune detenimiento que nosotros podíamos permitirnos, resulta muy poco atractivo. Pierde todo su efecto de chispeante alegría, y uno nota que el ojo que se guiña no está completamente cerrado, y que bajo el párpado caído aparece el borde inferior del globo ocular y una pequeña línea blanca.

—Si el cielo me concede memoria —dije—, jamás volveré a guiñar un ojo.

—Ni a sonreír —dijo Gibberne, que dirigía su mirada hacia los dientes obsequiosos de las señoritas.

—Hace un calor infernal —dije—. Vamos más despacio.

—¡Oh, vamos! —dijo Gibberne.

Nos abrimos camino entre las sillas de la vereda. Muchas de las personas que estaban sentadas en las sillas parecían casi naturales en sus posturas estáticas, pero los rostros retorcidos y congestionados de los músicos no ofrecían un espectáculo tranquilizador. Un caballero bajito de rostro morado estaba congelado en mitad de un violento esfuerzo contra el viento para doblar el periódico. Encontramos un montón de detalles que probaban que todas aquellas personas, en sus actitudes inertes, estaban expuestas a una fuerte brisa, una brisa que no tenía existencia para nuestras propias sensaciones. Nos separamos y caminamos a cierta distancia de la muchedumbre; después nos volvimos para contemplarla. Ver aquella multitud convertida en un cuadro, víctimas de la rigidez, como si fueran auténticas figuras de cera, era una maravilla inconcebible. Era absurdo, desde luego, pero me llenaba de un irracional y exultante sentimiento de superioridad. ¡Figúrense qué maravilla! Todo lo que yo había dicho, pensado y hecho desde que la droga empezó a correr por mis venas había sucedido —por lo que se refiere a esa gente y al mundo en general—, en un abrir y cerrar de ojos.

—El Nuevo Acelerador... —empecé, pero Gibberne me interrumpió.

—¡Allí está esa vieja infernal! —dijo.

—¿Qué vieja?

—Vive al lado de mi casa —dijo Gibberne—. Tiene un perro faldero que no para de ladrar. ¡Cielos! La tentación es irresistible.

Hay algo verdaderamente infantil e impulsivo en Gibberne que se manifiesta en algunas ocasiones. Antes de que pudiera discutir con él, había salido disparado y había arrebatado al infortunado animal de la existencia visible, y corría velozmente con el chuchito hacia la pendiente del parque. Era un espectáculo insólito. La pequeña bestia no ladró, ni se movió, ni dio la más leve señal de vitalidad. Permanecía completamente tieso, en una actitud de soñoliento reposo, mientras Gibberne lo sostenía por el cuello. Daba la impresión de que corría con un perro de madera.

—¡Gibberne! —grité—. ¡Suéltelo!

En seguida añadí algo más.

—¡Gibberne! ¡Si sigues corriendo de esa manera, se te incendiarán las ropas! ¡Tus pantalones de lino se están chamuscando!

Se llevó una mano al muslo y se paró vacilante al borde de la pendiente.

—¡Gibberne! —grité, acercándome a él—. ¡Suéltelo! ¡Este calor es excesivo! ¡Es a causa de nuestra carrera! ¡Dos o tres millas por segundo! ¡El rozamiento del aire!

—¿Qué? —dijo él, mirando al perro.

—¡El rozamiento del aire! —grité—. El rozamiento del aire. Vamos a demasiada velocidad. Como meteoritos. Demasiado calor. Y... ¡Gibberne! ¡Gibberne! Siento pinchazos por todo el cuerpo y estoy bañado en sudor. ¡Mira! La gente se mueve ligeramente. ¡Creo que el efecto de la droga se está disipando! Suelta el perro.

—¿Eh? —dijo.

—Se está disipando —repetí—. ¡Estamos demasiado calientes y la droga se está disipando! Estoy mojado hasta los huesos.

Me miró. Después miró a la banda; la asmática carraca se estaba acelerando. Entonces, describiendo una curva tremenda con el brazo, lanzó al perro lejos de él, y el animal ascendió dando vueltas por el aire, inanimado todavía, y al final fue a caer sobre las sombrillas de un corrillo de gente que estaba cuchicheando. Gibberne me agarró por el codo.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¡Ya lo creo! Una especie de pinchazos ardientes... sí. ¡Aquel hombre está moviendo su pañuelo! Claramente. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Pero nos era imposible escapar de allí con la suficiente rapidez. ¡Y tal vez fue una suerte! Porque habríamos echado a correr; y si hubiéramos echado a correr, creo que habríamos estallado en llamas. ¡Casi seguro que habríamos estallado en llamas! Ninguno de los dos habíamos pensado en ello... El caso es que antes de que pudiéramos empezar a correr, el efecto de la droga había cesado. Fue cosa de una fracción de segundo. El efecto del Nuevo Acelerador cesó, como si hubiera caído un telón; se desvaneció en el movimiento de una mano. Escuché la voz de Gibberne, que expresaba una infinita alarma.

—Siéntate —dijo, y me dejé caer pesadamente sobre el césped que crecía al borde de la pendiente; y según me sentaba, sentí que se chamuscaba el suelo.

Todavía hay un pedazo de hierba abrasada en el lugar donde me senté.

Pero mientras realizaba este movimiento, la paralización general también pareció acabarse; la vibración desarticulada de la banda desembocó en una explosión de música; los paseantes pusieron sus pies en el suelo y reanudaron su camino; los papeles y las banderas empezaron a agitarse; las sonrisas se convirtieron en palabras; el hombre que estaba guiñando el ojo concluyó su guiño y prosiguió complacido su camino; las personas que estaban sentadas se movieron y hablaron.

El mundo entero había vuelto a la vida, y volvía a marchar tan rápido como nosotros, o mejor dicho, nosotros no íbamos más rápido que el resto del mundo. Era como la reducción de la velocidad de un tren al entrar en la estación. Durante un segundo o dos, me pareció que todo giraba a mi alrededor y experimenté una ligera sensación de náusea; y eso fue todo. ¡El perrito que parecía haber quedado suspendido un momento en su trayectoria, después de que el vigoroso brazo de Gibberne lo lanzara por los aires, cayó con repentina aceleración encima de la sombrilla de una dama!

Eso fue nuestra salvación. Si no hubiera sido por un anciano y corpulento caballero que estaba sentado en una silla de ruedas, y que ciertamente se estremeció al vernos —y que después nos

observó a intervalos con una extraña mirada de sorpresa, terminando, creo, por decirle algo a su enfermera acerca de nosotros—, dudo que una sola persona se diera cuenta de nuestra repentina aparición entre ellos. ¡Paf! ¡Debió de ser de lo más brusco! Dejamos de arder casi en el mismo momento, aunque el césped que había debajo de mí estaba endemoniadamente caliente. La atención de los presentes —incluida la banda de la Asociación de Recreos, que en esta ocasión, se salió de tono por primera vez en su historia— estaba concentrada en el asombroso acontecimiento, y en el todavía más sorprendente ladrido y escándalo provocado por el insólito hecho de que un respetable y sobrealimentado perro faldero —un tanto chamuscado debido a la extrema velocidad de sus movimientos al surcar el aire— que dormía tranquilamente en el ala este del quiosco de música, cayera súbitamente encima de la sombrilla de una dama que se encontraba en el ala opuesta. ¡Y en estos tiempos absurdos —demasiado absurdos quizá— en que todos tratamos de ser tan psíquicos, tan estúpidos, tan supersticiosos como nos sea posible! La gente se levantó y se pisaron unos a otros; las sillas cayeron al suelo y el guarda del parque acudió de inmediato. Ignoro cómo se resolvieron las cosas. Estábamos demasiado ansiosos por escabullirnos de aquel lío y por salir del campo visual del viejo caballero que estaba sentado en la silla de ruedas como para emprender investigaciones más precisas. Tan pronto como estuvimos suficientemente fríos y recuperados del vértigo, de las náuseas y de la confusión mental, nos levantamos y nos alejamos de la muchedumbre, dirigiendo nuestros pasos por el camino que bajaba del Metropol hacia la casa de Gibberne. Pero, en medio del estrépito, escuché claramente al caballero que había estado al lado de la dama de la sombrilla rota, que profería insultos y amenazas injustificables hacia uno de los acomodadores que lucían en sus gorras la palabra «Inspector».

—Si usted no ha tirado el perro —decía—, ¿quién ha sido?

El súbito retorno del movimiento y de los sonidos familiares, a lo que se añadía una lógica preocupación por nosotros mismos —nuestras ropas estaban todavía terriblemente calientes, y la parte delantera de los pantalones blancos de Gibberne lucían una quemadura de color marrón amarillento—, me impidieron llevar a cabo las minuciosas observaciones que me habría gustado hacer

sobre todas estas cosas. En realidad, no hice ninguna observación de valor científico durante el regreso. La abeja, evidentemente, se había marchado. Busqué al ciclista, pero ya se había perdido de vista cuando llegamos al camino alto de Sandgate, o quizá estaba tapado por el tráfico. El charabán, sin embargo, con sus ocupantes resucitados, marchaba con estruendo y buen paso a la altura de la iglesia.

Observamos, no obstante, que el antepecho de la ventana en donde habíamos pisado al salir de la casa estaba ligeramente chamuscado y que las huellas de nuestros pies en la grava del sendero eran de una profundidad insólita. Ésta fue mi primera experiencia con el Nuevo Acelerador. En realidad, habíamos estado paseando de un lado a otro y diciendo y haciendo un montón de cosas en el transcurso de unos pocos segundos. Habíamos vivido media hora mientras la banda tocaba, quizá, dos compases. Sin embargo, bajo el efecto de la droga, el mundo entero se había detenido para nuestra oportuna inspección. Si consideramos todos los aspectos, y en particular nuestra temeridad al aventurarnos fuera de la casa, la experiencia podría haber sido mucho más desagradable de lo que fue. Demostró, sin duda, que Gibberne tiene todavía mucho que investigar antes de que su preparación sea de fácil manejo. Pero su efectividad quedó demostrada contundentemente, más allá de cualquier crítica.

Desde aquella aventura, Gibberne ha estado sometiendo el uso de la droga a un severo control, y yo mismo la he tomado varias veces, en dosis medidas y bajo su dirección, sin resultados negativos, aunque debo confesar que no me he vuelto a aventurar a salir al exterior mientras estaba bajo su influencia. Puedo mencionar, por ejemplo, que esta historia ha sido escrita de un tirón y sin interrupción, excepto para mordisquear un poco de chocolate, bajo los efectos de la droga. Empecé a las seis y veinticinco, y mi reloj está a punto de marcar las seis y treinta y un minutos. La comodidad de asegurarse una larga e ininterrumpida racha de trabajo en medio de un día lleno de obligaciones no puede pasarse por alto.

Gibberne está concentrando sus esfuerzos en la manipulación cuantitativa de su preparación, y pone especial cuidado en el estudio de los efectos que provoca en los diferentes tipos de

constitución. Espera encontrar un Retardador con el que diluir su excesiva potencia actual. El Retardador, evidentemente, tendrá el efecto contrario del Acelerador. Empleado en solitario, permitirá al paciente vivir en unos pocos segundos varias horas de tiempo ordinario y mantenerse en una inacción apática, en una helada ausencia de vivacidad en medio de los ambientes más animados o irritantes. La combinación de las dos preparaciones ha de provocar necesariamente una total revolución en la forma de vida civilizada. Es el principio de nuestra liberación del Vestido del Tiempo, del que hablaba Carlyle. Mientras que el Acelerador nos permitirá concentrarnos con tremenda potencia en cualquier momento u ocasión que requiera nuestra máxima inteligencia o vigor, el Retardador nos permitirá pasar con pasiva tranquilidad las infinitas horas de infortunio o de tedio. Tal vez me muestre demasiado optimista respecto al Retardador que, en realidad, no ha sido descubierto todavía; pero, en cuanto al Acelerador, no hay la menor sombra de duda. Su aparición en el mercado en una forma adecuada, controlable y asimilable es cuestión de unos cuantos meses. Se adquirirá en todas las farmacias y droguerías, en pequeños frascos verdes, a un precio elevado, pero no excesivo si tenemos en cuenta sus extraordinarias cualidades. Se llamará «Acelerador Nervioso de Gibberne», y el profesor espera ser capaz de suministrarlo con tres potencias: una de 200, otra de 900, y otra de 2.000, que se distinguirán por sus etiquetas amarillas, rosas y blancas respectivamente.

No hay duda de que su empleo hace posible gran número de cosas extraordinarias; porque, evidentemente, los actos más notables, e incluso los procedimientos más criminales pueden ser realizados con total impunidad escurriéndose, por decirlo así, a través de los intersticios del tiempo. Como todas las drogas potentes, será susceptible de abuso. No obstante, Gibberne y yo hemos discutido en profundidad este aspecto de la cuestión, y hemos llegado a la conclusión de que es un problema que atañe exclusivamente a la jurisprudencia médica y que está al margen de nuestra competencia. Fabricaremos y venderemos el Acelerador y, por lo que se refiere a las consecuencias... ya veremos.

LAS VACACIONES DE MÍSTER LEDBETTER

Mi amigo *Mr. Ledbetter* es un hombre pequeño, de cara redonda, cuya mirada expresa una placidez natural que resulta enormemente exagerada cuando se capta su luz a través de sus gafas, y cuya voz profunda e intencionada irrita a la gente irritable. Una cierta y rebuscada claridad de pronunciación le ha acompañado a su actual casa parroquial desde sus días de estudiante, una rebuscada claridad de pronunciación y una tímida determinación de mostrarse firme y correcto ante cualquier situación, sea o no sea ésta importante. Es sacerdotalista y jugador de ajedrez, y muchos sospechan que ejerce la práctica secreta de las matemáticas superiores, lo cual es más loable que interesante. Su conversación es copiosa y atestada de detalles inútiles. Muchos, en efecto, le consideran, hablando llanamente, un «pelmazo» y algunos han llegado a hacerme el cumplido de asombrarse de que yo le tolere. Pero, por otra parte, hay un amplio sector que se maravilla de que él tolere la relación con un tipo tan desaliñado y desacreditado como yo. Pocos parecen considerar nuestra amistad con ecuanimidad. Pero esto es porque desconocen el vínculo que nos une, mi conexión afable, *vía* Jamaica, con el pasado de *Mr. Ledbetter*.

Respecto a este pasado, muestra una reserva angustiada.

—No sé lo que haría si se llegara a conocer —dice—. No sé lo que haría —repite de una forma que impresiona.

De hecho, dudo que hiciera otra cosa que ponerse rojo hasta las orejas. Pero esto saldrá a la luz más tarde; tampoco hablaré aquí de nuestro primer encuentro, pues es una regla general —aunque yo tienda a romperla— que el final de una historia venga después, y no antes del comienzo. Y el comienzo de esta historia se remonta a

muchos años atrás; en efecto, hace ahora cerca de veinte años que el Destino, por medio de una serie de maniobras complicadas y sorprendentes, trajo hasta mis manos, por decirlo así, a *Mr. Ledbetter*.

En aquellos días yo vivía en Jamaica y *Mr. Ledbetter* era profesor en Inglaterra. Era clérigo y ya se podía reconocer en él al mismo hombre que es hoy: la misma gordura de cara, las mismas o parecidas gafas y la misma pálida sombra de sorpresa en su sosegada expresión. Estaba, desde luego, despeinado cuando yo le vi, y su cuello parecía menos un cuello que una venda mojada, lo que tal vez nos ayudó a salvar el abismo natural que nos separaba; pero de esto, como ya he dicho, hablaré más tarde.

El asunto empezó en Hithergate-on-Sea, al mismo tiempo que las vacaciones de verano de *Mr. Ledbetter*. Fue allí en busca de un descanso que necesitaba sin dilación, con un baúl marrón claro donde estaban marcadas las letras «F W L.», un sombrero de paja nuevo, de color blanco y negro, y dos pares de pantalones blancos de franela. Desde luego, estaba exultante por haberse liberado de la escuela, pues no era muy aficionado a los niños. Después de la cena, se puso a charlar con una persona locuaz que residía en la pensión a donde, siguiendo el consejo de su tía, había acudido. Este locuaz individuo era el único hombre que residía en la casa. La conversación trató de la triste desaparición de lo maravilloso y de la aventura en estos últimos tiempos, de la tendencia a viajar constantemente, de la abolición de la distancia debido a las máquinas de vapor y a la electricidad, de la vulgaridad de los anuncios, de la degradación de los hombres a causa de la civilización, y de muchas más cosas por el estilo. Esta persona locuaz fue especialmente elocuente cuando se refirió a la decadencia del valor humano debido a la seguridad, y *Mr. Ledbetter*, sin pensarlo mucho, deploró esta seguridad, poniéndose del lado de su interlocutor. *Mr. Ledbetter*, que disfrutaba del primer placer que le producía la emancipación del «deber» y que estaba deseoso, quizá, de establecer una reputación de alegría viril, tomó, con más liberalidad de la que era conveniente, el excelente *whisky* que le ofreció la persona locuaz. Pero él insiste en que no llegó a emborracharse.

Sencillamente estaba un poco más elocuente de lo que

acostumbra cuando está sobrio y desprovisto de la sutil agudeza de su juicio. Y después de esta larga conversación sobre los viejos tiempos heroicos que se fueron para siempre, salió por Hithergate, que estaba bañado por la luz de la luna, y subió por la carretera de los acantilados, donde se agrupaban los hotelitos.

Se había lamentado, y mientras subía la silenciosa carretera, seguía lamentándose de que el destino le hubiera reservado una vida tan poco azarosa como la de un pedagogo. ¡Qué vida tan prosaica, tan parada, tan insípida llevaba! Segura, metódica, año tras año... ¿Qué estímulo había en esa vida para el valor? Pensó con envidia en aquellos días errantes de la edad media, tan cercanos y tan remotos, llenos de búsquedas y conspiradores, de condotieros y empresas arriesgadas. Y, de pronto, le vino una idea, una extraña idea, que saltó de algún pensamiento fortuito sobre los tormentos de esta vida y que destruyó por completo la actitud que había adoptado esa noche.

Al fin y al cabo, ¿era realmente *Mr. Ledbetter* tan valiente como se suponía? ¿Se alegraría realmente de que desaparecieran de pronto los trenes, los policías y la seguridad?

El hombre locuaz había hablado del delito con envidia.

—El ladrón de casas —dijo— es el único aventurero auténtico que queda en la tierra. ¡Piense en esa lucha en solitario contra todo el mundo civilizado!

Mr. Ledbetter se había hecho eco de su envidia.

—Ésos son los que se divierten en la vida —había dicho *Mr. Ledbetter*—. Y tal vez son los únicos que lo hacen. ¡Imagínese lo que se debe de sentir al colarse en una casa!

Y se había reído perversamente. Ahora, en la franca intimidad de la autoconfesión, se sorprendió al establecer una comparación entre su valor y el de un criminal habitual. Intentó responder estas preguntas insidiosas con vagas afirmaciones.

«Yo podría hacer todo eso —decía *Mr. Ledbetter*—. Ardo en deseos de hacerlo. Sólo que no doy vía libre a mis impulsos criminales. Mi conciencia moral me reprime».

Pero seguía dudando, incluso mientras se decía estas cosas.

Mr. Ledbetter pasó por delante de un hotelito aislado. Convenientemente situada sobre un balcón practicable y discreto, se encontraba una ventana abierta de par en par en la oscuridad. En

ese momento apenas reparó en ella, pero su imagen, entrelazada en sus pensamientos, le acompañaba. Se imaginaba escalando ese balcón y agachándose y sumergiéndose en ese interior misterioso y oscuro.

«¡Bah! ¡No te atreverás!», decía el Espíritu de la Duda.

«Mi deber con el prójimo me lo prohíbe», decía el amor propio de *Mr. Ledbetter*.

Eran casi las once y la pequeña ciudad marítima estaba ya muy silenciosa. Todo el mundo dormía profundamente bajo la luz de la luna. Sólo el rectángulo iluminado de la persiana de una ventana hablaba de vida despierta. Se volvió y se dirigió lentamente hacia el hotelito de la ventana abierta. Permaneció un rato frente a la puerta, en medio de un campo de batalla donde luchaban motivos encontrados.

«Hagamos la prueba —decía la Duda—. Para satisfacer estas dudas intolerables, demuestra que te atreves a entrar en la casa. Métete y no te lles nada. A fin de cuentas, eso no es un delito».

Después de abrir y cerrar la puerta con mucha suavidad, se deslizó entre las sombras de los arbustos.

«Esto es una locura», decía la prudencia de *Mr. Ledbetter*.

«Ya me lo esperaba», decía la Duda.

Su corazón latía de prisa pero, ciertamente, no tenía miedo. No tenía miedo. Permaneció entre las sombras bastante tiempo.

Era evidente que había que subir al balcón con rapidez, pues éste estaba bañado por la clara luz de la luna y era visible desde la puerta que daba a la avenida. Un enrejado, por donde trepaban rosas jóvenes y ambiciosas, hacía la subida ridículamente fácil. Allí, en la sombra negra del jarrón de piedra cubierto de flores, podría agazaparse y observar más cerca esa brecha abierta en la fortificación doméstica: la ventana abierta. Durante un rato, *Mr. Ledbetter* estuvo tan quieto como la noche, hasta que el pernicioso *whisky* desequilibró la balanza. Salió disparado hacia el balcón. Subió el enrejado con movimientos rápidos y convulsivos, saltó la barandilla del balcón y cayó jadeando bajo la sombra, tal como lo había planeado. Temblaba violentamente, se había quedado sin aliento y el corazón le golpeaba con estrépito; pero se sentía exultante. Estuvo a punto de gritar al ver que sentía tan poco miedo. Un verso feliz que había leído en el *Mefistófeles* de Wills le

vino a la memoria cuando se agazapó allí.

«Me siento como un gato en un tejado», susurró para sí.

Esta emocionante aventura iba mucho mejor de lo que esperaba. Sintió pena por todos los pobres infelices para los que robar casas era algo desconocido. No le había pasado nada. Se encontraba completamente a salvo y estaba actuando con mucha valentía.

Y ahora, ¡a pasar por la ventana para acabar de hacer el robo! ¿Se atrevería a hacerlo? Como la ventana estaba situada encima de la puerta de entrada, todo hacía suponer que diera a un rellano o a un pasillo; además, no había ningún espejo, ni ningún indicio de dormitorio, ni otra ventana en el primer piso que sugiriese la posibilidad de que hubiera alguien durmiendo en el interior. Durante un rato escuchó bajo la ventana, después levantó la mirada por encima del alféizar y miró hacia dentro. Muy cerca, sobre un pedestal, había una estatua gesticulante de bronce, casi de tamaño natural, que le sobrecogió un poco al verla. Agachó la cabeza y, al cabo de un rato, volvió a mirar. Más allá había un amplio rellano que relucía débilmente; una cortina de tela negra muy ligera se recortaba con nitidez contra una ventana que había detrás; una escalera ancha se hundía en el abismo de las tinieblas de la parte inferior, y otra ascendía al segundo piso. Miró hacia atrás, pero la quietud de la noche seguía sin ser perturbada.

«¡Crimen! —susurró—. ¡Crimen!».

Y subió a gatas, suave y rápidamente, al alféizar y penetró en la casa. Sus pies se posaron silenciosamente sobre una alfombra de piel. ¡Ya era un auténtico ladrón!

Permaneció agachado un rato, con el oído atento y los ojos bien abiertos. Escuchó ruidos de carreras y susurros que provenían del exterior, y por un momento se arrepintió de su empresa. Un corto maullido, un bufido y un súbito silencio le indicaron que se trataba de gatos, lo cual le tranquilizó. Se armó de valor. Se puso en pie. Parecía que todo el mundo estaba acostado. Es tan fácil meterse en una casa para robar si estás dispuesto a hacerlo... Estaba contentísimo de haber hecho la prueba. Decidió coger algún trofeo de poca monta, sólo para demostrar que no tenía ningún miserable temor a la ley, e irse por donde había venido.

Miró a su alrededor y, de repente, volvió a surgir el espíritu crítico. Los ladrones no se limitan a introducirse de esa forma tan

elemental: entran en las habitaciones, fuerzan las cajas de caudales. Bueno... a él no le daba miedo hacer todo esto. No iba a forzar la caja porque eso sería una estúpida falta de consideración hacia sus anfitriones. Pero sí entraría en las habitaciones y subiría las escaleras. Es más: se animó a sí mismo diciéndose que estaba totalmente seguro; una casa vacía no podía estar más tranquila. Tuvo que apretarse las manos, sin embargo, y reunir toda su determinación antes de empezar a subir con mucha suavidad la sombría escalera, deteniéndose varios segundos en cada escalón. Arriba había un rellano cuadrado con una puerta abierta y varias cerradas; y toda la casa estaba en silencio. Durante un momento se preguntó qué pasaría si alguien que estuviese durmiendo se despertara de repente y apareciera. La puerta abierta dejaba ver el dormitorio bañado por la luz de la luna; una colcha blanca estaba extendida. Tardó tres interminables minutos en introducirse en esa habitación, donde cogió una pastilla de jabón como botín: su trofeo. Se dio la vuelta para bajar con más suavidad aún de la que había empleado para subir. Aquello era tan fácil como... ¡Chis...!

¡Pasos! Se oyeron unos pasos sobre la gravilla que había en el exterior de la casa... y luego, el ruido de unas llaves, una puerta que se abre, un portazo, y el ruido de una cerilla que encienden abajo, en el vestíbulo. *Mr. Ledbetter* se quedó petrificado al darse cuenta de golpe del lío en el que estaba metido.

«¡Diablos! ¿Cómo voy a salir de ésta?», dijo *Mr. Ledbetter*.

La llama de una vela iluminó el vestíbulo, un objeto pesado chocó contra el paragüero y se oyeron unos pasos que subían por la escalera. Al instante se dio cuenta de que tenía cortada la retirada. Se quedó parado un momento, su figura compungida infundía lástima.

«¡Dios mío! ¡Cómo he podido ser tan estúpido!», susurró.

Y luego se precipitó en seguida, a través del rellano oscuro, hacia el dormitorio vacío de donde acababa de salir. Se quedó escuchando, sin dejar de temblar un solo momento. Los pasos alcanzaron el rellano del primer piso.

¡Horrible pensamiento! ¡Tal vez ésa era la habitación del que acababa de llegar! ¡No había un segundo que perder! Se paró junto a la cama, dio gracias al cielo por la cenefa, y se metió arrastrándose bajo su protección, apenas diez segundos antes de que

entrara el recién llegado. Apoyado sobre manos y rodillas, permaneció inmóvil. Vio la luz de la vela, que avanzaba, a través de la delgada trama de la tela; las' sombras se movieron desordenadamente y se quedaron yertas cuando posaron la vela.

—¡Señor! ¡Vaya día! —dijo el recién llegado, resoplando ruidosamente, y depositó, al parecer, un pesado paquete sobre lo que *Mr. Ledbetter*, a juzgar por las patas, decidió que era un escritorio. El hombre invisible fue entonces hacia la puerta y la cerró, examinó cuidadosamente los cerrojos de las ventanas y bajó las persianas; y, después de darse la vuelta, se sentó sobre la cama con una pesadez asombrosa.

—¡Vaya día! ¡Dios mío! —dijo, y volvió a resoplar, y *Mr. Ledbetter* se inclinó a creer que se estaba lavando la cara.

Sus botas eran buenas y fuertes: la sombra de sus piernas sugería que se trataba de un hombre de una corpulencia extraordinaria. Al cabo de un rato se quitó algunas prendas —la chaqueta y el chaleco, dedujo *Mr. Ledbetter*— y, tras arrojarlas sobre los pies de la cama, respiró menos ruidosamente, como si se sintiera aliviado por haber dejado un sitio demasiado caluroso. De vez en cuando murmuraba para sí y en una ocasión se rió ligeramente. *Mr. Ledbetter* también murmuraba para sí, pero no reía.

«¡Ésta es la cosa más absurda del mundo! —se dijo *Mr. Ledbetter*—. ¿Qué diablos voy a hacer ahora?».

Su perspectiva era necesariamente limitada. Los diminutos resquicios entre los puntos de la tela de la cenefa dejaban pasar cierta cantidad de luz, pero impedían la visión. Las sombras que se proyectaban sobre la colcha eran, excepto las de aquellas piernas definidas con nitidez, enigmáticas, y se entremezclaban confusamente con el florido dibujo de la zaraza. Debajo del borde de la cenefa se veía un trozo de alfombra y, bajando la mirada con precaución, *Mr. Ledbetter* descubrió que ese trozo ocupaba toda la extensión del suelo que abarcaba su vista. La alfombra era lujosa, la habitación amplia y, a juzgar por las ruedecillas y otros elementos parecidos del mobiliario, bien decorada.

Le era difícil imaginar lo que debía hacer. Esperar a que esta persona se metiera en la cama y, luego, cuando estuviera dormido, avanzar cautelosamente a gatas hasta la puerta, abrirla y precipitarse de cabeza por el balcón, le parecía que era lo único que

podía hacer. ¿Sería posible saltar desde el balcón? ¡Era arriesgado! Cuando pensó en las circunstancias adversas, *Mr. Ledbetter* se desesperó. Estuvo a punto de sacar la cabeza junto a las piernas del caballero, toser —si fuera necesario— para llamar su atención y luego, sonriendo, disculparse y dar explicaciones sobre su desafortunada intrusión con unas cuantas frases oportunas. Pero comprendió que era difícil escoger estas frases.

«Sin duda, señor, mi presentación es muy peculiar», o, «confío, señor, en que sabrá perdonar mi presentación, un tanto ambigua, hecha debajo de usted»; esto fue más o menos todo lo que se le ocurrió.

Sombrías perspectivas invadieron su imaginación. Suponiendo que no le creyeran, ¿qué harían con él? ¿No le serviría de nada su intachable reputación? Técnicamente era un ladrón, y esto estaba fuera de toda discusión. Siguiendo el curso de estos pensamientos, compuso una lúcida defensa de «este delito técnico que he cometido», para pronunciarla en el banquillo de los acusados antes de la sentencia, cuando el robusto caballero se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Abría y cerraba cajones, y *Mr. Ledbetter* tuvo la fugaz esperanza de que tal vez estuviera desnudándose. Pero ¡no! Se sentó en el escritorio y empezó a escribir, y luego a romper documentos. Poco tiempo después, el olor del papel quemado se mezcló con el olor del tabaco en las narices de *Mr. Ledbetter*.

—La posición en que me hallaba —me dijo *Mr. Ledbetter* cuando me contó todo esto— era en muchos aspectos nada recomendable. Una tabla transversal que había debajo de la cama oprimía excesivamente mi cabeza, de forma que mis manos debían soportar una parte desproporcionada de mi peso. Al cabo de un rato me entró lo que se llama, según creo, tortícolis. La presión de mis manos sobre la alfombra áspera me produjo en seguida una sensación dolorosa. También me dolían las rodillas, pues los pantalones las rozaban con fuerza. En aquel tiempo llevaba cuellos algo más altos que ahora —exactamente seis centímetros y medio— y descubrí algo de lo que me había dado cuenta antes: que el borde de uno de ellos estaba ligeramente raído por el contacto con mi barbilla. Pero mucho peor que todo esto era un picor en la cara que sólo podía mitigar haciendo muecas violentas; intenté levantar la

mano, pero el crujido de las mangas me alarmó. Pasado un rato tuve que desistir también de ese pequeño alivio, porque descubrí — a tiempo, por fortuna— que mis contorsiones faciales hacían que mis gafas se deslizaran por la nariz. Si se me llegan a caer, me habrían descubierto, sin duda; pero resultó que se quedaron en una posición oblicua, en un equilibrio muy precario. Además, tenía un ligero resfriado, y un deseo intermitente de estornudar o de sorber por las narices me producía una gran molestia. De hecho, aparte de que me encontraba muy preocupado, el malestar físico que sentía llegó a ser realmente insoportable en poco tiempo. Pero, a pesar de todo, tenía que quedarme allí, inmóvil.

Después de un tiempo que se le hizo interminable, empezó a oírse un tintineo que se convirtió en un sonido rítmico: tin, tin, tin —veinticinco veces—; seguido de un golpe seco sobre el escritorio y un gruñido emitido por el propietario de las piernas robustas. *Mr. Ledbetter* cayó en la cuenta de que eran monedas de oro las que producían ese tintineo. Llegó a sentir una enorme curiosidad, que fue creciendo a medida que el tintineo continuaba. Si era oro, aquel extraño hombre ya debía de haber contado cientos de libras. Finalmente, *Mr. Ledbetter* no pudo resistir más y, con mucha cautela, empezó a doblar los brazos y a bajar la cabeza hasta el suelo, con la esperanza de ver algo por debajo de la cenefa. Moviò los pies y uno de ellos raspò ligeramente el suelo. El tintineo dejó de oírse de inmediato. *Mr. Ledbetter* se quedó rígido. Pasado un rato, el tintineo volvió a sonar. Luego cesó de nuevo y todo se sumió en el silencio, salvo el corazón de *Mr. Ledbetter*, a quien le daba la impresión de que aquel órgano sonaba como un tambor.

El silencio continuó. La cabeza de *Mr. Ledbetter* estaba ahora apoyada en el suelo y podía ver las piernas robustas hasta las espinillas. Permanecían completamente inmóviles. Los pies descansaban sobre las puntas y, al parecer, estaban echados hacia atrás bajo la silla de su propietario. Todo seguía en silencio, todo continuaba inmóvil. Se apoderó de *Mr. Ledbetter* la descabellada idea de que el desconocido hubiera sufrido un síncope o muerto de repente dejando la cabeza inerte sobre el escritorio.

El silencio continuaba. ¿Qué había pasado? El deseo de echar un vistazo se le hizo irresistible. Con mucha precaución *Mr. Ledbetter* movió la mano, sacó un dedo para explorar y empezó a levantar la

cenefa por la parte en donde estaban sus ojos. Nada rompió el silencio. Entonces vio las rodillas del extraño, la parte posterior del escritorio, y luego contempló con sorpresa el cañón de un pesado revólver que le apuntaba a la cabeza por encima del escritorio.

—¡Salga de ahí, canalla! —dijo la voz del hombre robusto en tono tranquilo y enérgico—. ¡Salga! ¡Por aquí, en el acto! ¡Y nada de triquiñuelas! ¡Salga inmediatamente!

Mr. Ledbetter salió, un poco de mala gana quizá, pero sin triquiñuelas y en el acto, tal como le habían ordenado.

—¡De rodillas! —dijo el caballero robusto—. ¡Y arriba las manos!

La cenefa volvió a caer detrás de *Mr. Ledbetter*, que andaba a cuatro patas. Se puso de pie y levantó las manos.

—¡Vestido de cura! —dijo el caballero robusto—. ¡Que me aspen si no lo está! ¡Vaya pájaro! ¡Canalla! ¿Qué demonios se le ha perdido en mi casa esta noche? ¿Por qué demonios se ha metido debajo de mi cama?

No parecía esperar respuestas a sus preguntas, pero hizo en seguida algunas observaciones desagradables sobre el aspecto personal de *Mr. Ledbetter*. No era un hombre muy voluminoso, pero a *Mr. Ledbetter* le pareció robusto, tan robusto como sus piernas habían prometido; sus rasgos eran más bien pequeños y delicados, repartidos por casi toda su cara blanquecina, además, tenía mucha papada. El tono de su voz era suave y susurrante.

—¿Qué demonios le ha hecho meterse debajo de mi cama?

Mr. Ledbetter, esbozó con esfuerzos una sonrisa triste y propiciatoria. Tosió y dijo:

—Lo entiendo perfectamente...

—¡Ya! ¿Qué diablos...? ¿Es jabón? ¡No, no mueva esa mano, canalla!

—Es jabón —dijo *Mr. Ledbetter*—. Lo he cogido de su lavabo. No hay duda de que si...

—¡No hable! —dijo el hombre robusto—. Ya lo veo. Es increíble.

—Si pudiera explicarle...

—No explique nada. Seguro que es mentira, y no hay tiempo para explicaciones. ¿Qué iba a preguntarle? ¡Ah, sí! ¿Tiene cómplices?

—En poco tiempo, si usted...

—¿Tiene cómplices? ¡Desgraciado! Si empieza con otro discurso jabonoso, disparo. ¿Tiene cómplices?

—No —dijo Mr. Ledbetter.

—Supongo que es mentira —dijo el hombre robusto—. Pero pagaré por ello, si es así. ¿Por qué diablos no me derribó cuando subía las escaleras? Ahora ya no tiene ninguna posibilidad de hacerlo. ¡Qué ocurrencia, meterse debajo de la cama!

—No sé cómo voy a probar una *coartada* —observó Mr. Ledbetter, intentando dar a entender con su lenguaje que era un hombre culto.

Hubo una pausa. Mr. Ledbetter observó que en una silla cercana a su capturador había una maleta sobre un montón de papeles arrugados y que había papeles rotos y quemados en la mesa. Y delante de éstos, ordenados metódicamente a lo largo del borde, había filas y filas de pequeños cartuchos amarillos, cien veces más oro del que Mr. Ledbetter había visto en toda su vida. La luz de dos velas, en palmatorias de plata, caía sobre el oro. El silencio se prolongó.

—Es bastante cansado mantener las manos así —dijo Mr. Ledbetter, con una sonrisa de desaprobación.

—Está bien —dijo el hombre gordo—. El problema es que no sé qué hacer con usted.

—Comprendo que mi situación es ambigua.

—¡Santo cielo! —dijo el hombre gordo—. ¡Ambigua! ¡Y va por ahí con su jabón y su enorme cuello de clérigo! ¡Es usted un condenado ladrón, si alguna vez ha habido alguno!

—Para ser estrictamente exacto... —dijo Mr. Ledbetter, y sus gafas se deslizaron de repente y cayeron ruidosamente sobre los botones del chaleco.

El semblante del hombre gordo cambió, un destello de salvaje resolución cruzó su cara y se oyó un chasquido en el revólver. Puso la otra mano sobre el arma. Luego miró a Mr. Ledbetter y su mirada fue a posarse sobre el *pince-nez* caído.

—Ahora está perfectamente amartillado —dijo el hombre gordo después de una pausa, y pareció volver a respirar—. Pero tengo que decirle que nunca ha estado tan cerca de la muerte. ¡Dios mío! *Estoy* casi contento. Si no hubiera sido porque el revólver tenía echado el seguro, ahora estaría usted tendido ahí, muerto.

Mr. Ledbetter no dijo nada, pero sintió que la habitación se tambaleaba.

—Da lo mismo librarse por poco que por mucho. Es una suerte para los dos que no haya sucedido. ¡Señor! —Y respiró ruidosamente—. No tiene por qué palidecer por una cosa tan poco importante.

—Le puedo asegurar, señor... —dijo *Mr.* Ledbetter, haciendo un esfuerzo.

—Sólo se puede hacer una cosa. Si llamo a la policía, estoy perdido y el pequeño negocio que he hecho se va al garete. Eso no sucederá. Si le ato y le dejo aquí es lo mismo, pues esto puede saberse mañana. Mañana es domingo y el lunes cierran los bancos... y he contado con tres días completos. Si le disparo, es un asesinato... la horca. Además, echaría a perder todo el condenado negocio. ¡Que me ahorquen si sé lo que hacer! ¡Que me ahorquen si lo sé!

—Si me permite...

—Habla más que si fuera un cura de verdad. Que me aspen si no lo es. De todos los ladrones es usted el... ¡Bueno! No... no se lo permito. Si empieza otra vez con la cháchara, le meto una bala en el estómago. ¿Comprende? Y esta vez no fallaré... ¡no fallaré! Lo primero que vamos a hacer es registrarle para ver si tiene armas escondidas. Y ponga atención. Cuando yo le diga que haga una cosa, no empiece con la cháchara... y hágalo rápido.

Y con muchas precauciones, y apuntando siempre con la pistola a la cabeza de *Mr.* Ledbetter, el hombre robusto le hizo levantarse y le registró en busca de armas.

—¿En serio que es usted un ladrón? —dijo—. Usted es un perfecto aficionado. Ni siquiera tiene un bolsillo en los pantalones para llevar una pistola. No, ¡usted no es un ladrón! ¡No empiece a hablar!

Nada más concluir el registro, el hombre robusto ordenó a *Mr.* Ledbetter que se quitara la chaqueta y se arremangara las mangas de la camisa, y, apuntándole a la oreja, le obligó a seguir haciendo cartuchos, cosa que había interrumpido su aparición. En opinión del hombre robusto, ésta era evidentemente la única solución posible, porque si hubiera hecho él los cartuchos, habría tenido que dejar el revólver. De modo que *Mr.* Ledbetter ordenó todo el oro que había

en la mesa. Esta operación nocturna era muy singular. Evidentemente, la idea del hombre robusto era repartir el oro en todo su equipaje, de tal forma que su peso pasara inadvertido. Desde luego, no era poco peso. *Mr. Ledbetter* me dijo que había en total cerca de 18.000 libras esterlinas en oro, contando lo que había en la maleta negra y en la mesa. Había también muchos fajos de billetes de 5 libras. *Mr. Ledbetter* envolvía cada cartucho de 25 libras en papel. Luego los metía con esmero en cajas de cigarros y los repartía entre un baúl de viaje, una maleta Gladstone y una caja de sombreros. Cerca de 600 libras iban en una caja de tabaco escondida en una maleta llena de ropa. El hombre robusto se metió en el bolsillo 10 libras en oro y unos cuantos billetes de 5 libras. De vez en cuando increpaba a *Mr. Ledbetter* por su torpeza y le metía prisa, y en alguna ocasión le preguntó la hora.

Mr. Ledbetter ató con correas el baúl y la maleta y devolvió las llaves al hombre robusto. Faltaban entonces diez minutos para las doce, y el hombre robusto le hizo sentarse en la maleta Gladstone hasta que dieron las doce, mientras que él, a una distancia prudente, se sentó en el baúl sosteniendo el revólver con la mano y esperó. Parecía estar menos agresivo, y después de haber examinado mejor a *Mr. Ledbetter* durante un rato, le hizo unas cuantas observaciones.

—Por su acento juzgo que es usted un hombre de cierta educación —dijo mientras encendía un cigarro—. No, no empiece con explicaciones de las suyas. Veo por su cara que sería demasiado prolijo; además, soy un mentiroso muy experimentado para que me interesen las mentiras de los demás. Usted es, repito, una persona educada. Hace bien en ir vestido de cura. Incluso entre la gente educada podría pasar por cura.

—Lo soy —dijo *Mr. Ledbetter*—, o al menos...

—Intenta serlo. Lo sé. Pero no debe robar. Usted no está hecho para eso. Usted es, si me permite decírselo, y ya se lo habrán dicho alguna vez, un cobarde.

—Justamente —dijo *Mr. Ledbetter* tratando de aprovechar una pausa en la conversación del otro fue ese el problema...

El hombre robusto le indicó que se callara.

—Usted echa a perder su educación robando. Debe hacer una de estas dos cosas: falsificar o desfalcar. Yo, por mi parte, me dedico al

desfalco. Sí, yo desfalco. ¿Qué piensa usted que puede hacer un hombre para tener todo este oro sino eso? ¡Ah! ¡Escuche! ¡Es medianoche...! Diez, once, doce. Hay algo que me impresiona enormemente en estas lentas campanadas. El tiempo... el espacio... ¡qué grandes misterios! ¿Por qué razón los misterios...? Es hora de irse. ¡En pie!

Y después, con amabilidad, pero con firmeza, ordenó a *Mr. Ledbetter* que se colocara la maleta de la ropa sobre la espalda y se la sujetara con una cuerda cruzada sobre el pecho, que se echara el baúl al hombro, y, rechazando una tímida protesta, que cogiera la maleta Gladstone con la mano que le quedaba libre. Cargado de esta forma, *Mr. Ledbetter* inició el peligroso descenso de las escaleras. El caballero robusto le seguía con un abrigo, la sombrerera y el revólver, mientras hacía observaciones despectivas sobre la fuerza de *Mr. Ledbetter* y le ayudaba en los recodos de la escalera.

—Por la puerta trasera —le ordenó.

Y *Mr. Ledbetter* atravesó tambaleándose un invernadero, dejando a sus espaldas una estela de tiestos rotos.

—No se preocupe por los tiestos —dijo el hombre robusto—; es provechoso para el comercio. Esperaremos hasta y cuarto. Puede dejar todo eso en el suelo. ¡Eso es!

Mr. Ledbetter se desplomó jadeando sobre el baúl.

—Anoche —balbuceó— dormía profundamente en mi habitación y no llegué a imaginar ni remotamente...

—No tiene por qué recriminarse —dijo el caballero robusto, examinando el seguro del revólver.

Empezó a canturrear y *Mr. Ledbetter* intentó decir algo, pero cambió de idea.

Al cabo de un rato se oyó una campanilla. El hombre robusto le llevó hasta la puerta trasera y le ordenó abrirla. Entró un hombre de pelo rubio vestido de marino. Al ver a *Mr. Ledbetter* se sobresaltó violentamente y le puso la mano en la espalda. Entonces vio al hombre robusto.

—¡Bingham! —exclamó—. ¿Quién es éste?

—Se trata tan sólo de un acto de filantropía por mi parte... Es un ladrón, estoy intentando reformarle. Le he pillado hace un momento debajo de mi cama. No hay nada que temer. Es un burro

de aquí te espero. Nos será útil para llevar nuestras cosas.

Al principio, el recién llegado no pareció dispuestos aceptar la presencia de *Mr. Ledbetter*, pero el hombre robusto le tranquilizó.

—Está completamente solo. Ninguna banda del mundo le aceptaría. ¡No...! ¡No empiece a hablar, por el amor de Dios!

Salieron a la oscuridad del jardín mientras la espalda de *Mr. Ledbetter* continuaba inclinada bajo el peso del baúl. El hombre vestido de marino caminaba delante con la maleta Gladstone y un revólver; detrás iba *Mr. Ledbetter*, que se asemejaba a Atlas; *Mr. Bingham* los seguía con la sombrerera, un abrigo y un revólver, como antes. La casa era de las que tienen un jardín que llega justo hasta el acantilado. En el acantilado había una escalera empinada de madera que descendía hasta una caseta de baños que apenas se distinguía en la playa. Abajo había una barca parada, y un hombre pequeño, silencioso y de cara negra se encontraba junto a ella.

—Sólo una breve explicación —dijo *Mr. Ledbetter*—; puedo asegurarles...

Alguien le dio una patada y no dijo nada más.

Con el baúl encima, le hicieron caminar por el agua hasta la barca, le subieron a bordo tirándole de los hombros y el pelo, y no le dijeron ninguna palabra mejor que «canalla» y «ladrón» durante toda la noche. Por fortuna hablaban en voz baja, de modo que la gente no se enteró de su ignominia. Luego le subieron a rastras a un yate tripulado por orientales extraños y crueles, y en parte porque le empujaron y en parte porque se cayó, fue a parar a un lugar oscuro y maloliente, donde iba a permanecer muchos días, aunque no sabe cuántos porque perdió la cuenta, entre otras cosas, a causa del mareo. Le daban de comer galletas y palabras incomprensibles; le daban de beber agua mezclada con ron que no deseaba. Había cucarachas en el lugar donde le habían metido; día y noche había cucarachas y por la noche ratas. Los orientales le vaciaron los bolsillos y le cogieron el reloj; pero acudió a *Mr. Bingham*, quien se lo quedó para sí. Cinco o seis veces los cinco marineros hindúes —si es que eran cinco—, el chino y el negro que componían la tripulación le sacaron y le llevaron a popa, junto a *Bingham* y su amigo para jugar al *whist* entre los tres y escuchar sus historias y fanfarronerías con interés.

Estos jefes le hablaban como se habla a alguien que lleva una

vida criminal. No le permitían ninguna explicación, aunque le dijeron abiertamente que era el ladrón más raro que habían visto. Se lo decían una y otra vez. El hombre rubio tendía a ser taciturno e irascible en el juego, pero *Mr. Bingham*, una vez mitigada la manifiesta inquietud que sentía al salir de Londres, mostraba una vena de filosofía amable. Se extendía en reflexiones sobre el espacio y el tiempo y citaba a Kant y a Hegel, o al menos él decía que los citaba. Varias veces *Mr. Ledbetter* llegó a decir: «Estaba debajo de la cama, ¿sabe...?», pero al final tenía siempre que cortar o pasar el *whisky* o hacer cosas por el estilo. Después del tercer intento malogrado, el hombre rubio estaba pendiente del comienzo de la frase y cuando *Mr. Ledbetter* empezaba a decirla se reía a carcajadas y le golpeaba con fuerza la espalda.

—¡Siempre el mismo comienzo, siempre la misma, historia!
¡Bravo, viejo ladrón! —decía el hombre del pelo rubio.

Así sufrió *Mr. Ledbetter* durante muchos días, veinte tal vez; y una tarde le sacaron con algunas latas de conserva y le desembarcaron en una pequeña isla rocosa en la que había un manantial. *Mr. Bingham* fue en la barca con él dándole buenos consejos durante todo el camino y rechazando sus últimos intentos de explicación.

—No soy realmente un ladrón —dijo *Mr. Ledbetter*.

—Y nunca lo será —dijo *Mr. Bingham*—. Nunca conseguirá serlo. Me alegro de que empiece a entenderlo. A la hora de escoger una profesión, un hombre debe estudiar su temperamento; si no lo hace, tarde o temprano fracasará. Compárese conmigo, por ejemplo. He pasado toda la vida trabajando en bancos... y he triunfado. He llegado a ser director de uno. Pero ¿era feliz? No. ¿Por qué no era feliz? Porque ese trabajo no se ajustaba a mi temperamento. Soy demasiado aventurero... demasiado versátil. Prácticamente lo abandoné. No creo que vuelva a dirigir un banco otra vez. Se alegrarían de que volviera a trabajar con ellos, sin duda, pero he aprendido la lección de mi temperamento... ¡No! Nunca volveré a dirigir un banco. Ahora bien, su temperamento no es el adecuado para el crimen, de igual manera que el mío no está hecho para llevar una vida honrada. Ahora que le conozco mejor, ni siquiera le recomendaría que se dedicase a la falsificación. Vuelva a los caminos de la honradez, amigo mío. Su modo de ser es el

filantrópico, y ése es su modo de ser. Con esa voz le puede ir bien en la «Asociación para el Fomento del Lloriqueo entre los Jóvenes», o algo en esa línea. Considérelo cuidadosamente. Por lo visto, la isla a la que nos estamos acercando no tiene nombre; al menos no figura en el mapa. Puede pensar un nombre para ella mientras permanezca allí meditando sobre lo que le he dicho. Hay bastante agua potable, según tengo entendido. Es una de las islas Granadinas, que pertenecen a las Islas de Barlovento. Allá a lo lejos, borrosas y azules, se ven otras islas de las Granadinas. Hay una infinidad, pero la mayoría de ellas están fuera del alcance de la vista. Me he preguntado a menudo por la utilidad de estas islas, ¿sabe? Ahora sé una cosa más. Al menos, una sirve para dejarle a usted. Tarde o temprano vendrá algún ingenuo nativo que le sacará de aquí. Diga lo que quiera de nosotros entonces, diga improperios si quiere, a nosotros nos trae sin cuidado una Granadina solitaria. Y aquí... aquí tiene plata por valor de medio soberano. No lo derroche absurdamente cuando vuelva a la civilización. Debidamente empleado, puede ayudarle a comenzar una nueva vida. Y no... ¡No varéis, hombre, ya puede ir andando!... No desperdicie la preciosa soledad que tiene por delante en estúpidos pensamientos. Debidamente empleada, puede suponer un punto decisivo en su carrera. No malgaste el dinero, ni el tiempo, y morirá rico. Lo siento, pero tengo que pedirle que lleve sus cosas a tierra en brazos. No, no está profundo. ¡Al diablo con sus explicaciones! Ya no hay tiempo. ¡No, no y no! No pienso escucharle. ¡Tírese al agua!

Y el crepúsculo encontró a *Mr. Ledbetter* —el mismo *Mr. Ledbetter* que se quejaba de que la aventura hubiese muerto— sentado al lado de sus latas de comida con el mentón apoyado sobre las rodillas y mirando con triste dulzura a través de sus gafas el mar radiante y desierto.

Al cabo de tres días le recogió un pescador negro que le llevó a la isla de San Vicente, y de San Vicente se trasladó, gastando sus últimas monedas, a Kingston, en Jamaica. Y allí estuvo a punto de terminar sus días. En la actualidad sigue sin ser un hombre de negocios, pero entonces era singularmente inútil. No tenía la más remota idea de lo que debía hacer. Según parece, la única cosa que hizo fue visitar a todos los pastores religiosos que pudo encontrar en el lugar y pedirles prestado el dinero para el viaje de vuelta. Pero

tenía un aspecto excesivamente mugriento, era muy incoherente y su historia demasiado increíble para ellos. Me encontré con él por casualidad. Se estaba poniendo el sol, y yo paseaba, después de haber dormido la siesta, por la carretera que va a

Dunn's

Battery, cuando le encontré —yo estaba más bien aburrido y con toda la noche por delante—, afortunadamente para él. Iba caminando penosa y lúgubremente hacia la ciudad. Su cara angustiada y el corte casi clerical de su traje sucio y harapiento llamaron mi atención. Nuestras miradas se encontraron. Él vaciló.

—Señor —dijo, tomando aliento—, ¿puede dedicarme unos minutos para oír una historia que me temo que le parecerá increíble?

—¡Increíble! —dije.

—Por completo —respondió con ansiedad—. Nadie la creerá, por mucho que la modifique. Sin embargo, puedo asegurarle, señor...

Se interrumpió desesperado. El tono del hombre me hizo gracia. Parecía un personaje singular.

—Soy —dijo— uno de los seres vivos más desgraciados.

—Entre otras cosas, ¿usted no ha cenado, verdad? —dije, impresionado por una idea.

—No —dijo solemnemente—, no lo he hecho en muchos días.

—La contará mejor después de cenar —dije.

Y sin más, le llevé a un restaurante económico que yo conocía y donde era improbable que un atuendo como el suyo ofendiera a alguien. Y allí, aunque omitió ciertos datos de los que luego tuve noticia, me enteré de su historia. Al principio me mostré incrédulo, pero a medida que el vino le iba reanimando y el débil toque de servilismo que sus desgracias habían añadido a su actitud desapareció, empecé a creerle. Al final, acabé tan convencido de su sinceridad que le conseguí una cama para pasar la noche, y al día siguiente fui a comprobar, por medio de mi banco en Jamaica, la información bancaria que me había proporcionado. Y hecho esto, le acompañé a comprar ropa interior y demás cosas propias de un caballero. Al poco tiempo llegó la comprobación de la información. Su sorprendente historia era verdadera. No añadiré comentarios a nuestras relaciones posteriores. Tres días después salía para

Inglaterra.

«No sé cómo podré agradecerle lo suficiente —empezaba la carta que me escribió desde Inglaterra— la bondad que mostró hacia un total desconocido —y continuaba en un tono parecido durante algún tiempo—. Si no hubiera sido por su generosa ayuda, no habría podido, sin duda, volver a tiempo de reanudar mis deberes académicos, y unos pocos minutos de locura imprudente habrían acarreado mi ruina. A pesar de ello, me encuentro enredado en una sarta de mentiras y evasivas para dar razón de mi bronceado y mi paradero durante las vacaciones. He contado dos o tres historias distintas más bien irreflexivamente, sin darme cuenta de las molestias que esto significaría para mí. No me atrevo a decir la verdad; he consultado un buen número de libros de Derecho en el Museo Británico y no cabe la menor duda de que he intervenido y he sido cómplice de una felonía. Ese canalla de Bingham era el director del banco de Hithergate, según he comprobado, y autor de un desfalco de los más escandalosos. Por favor, queme esta carta cuando la haya leído, confío plenamente en usted. Lo peor de todo es que ni mi tía ni su amiga, la propietaria de la pensión donde me alojé, se creen del todo, al parecer, la circumspecta exposición que les he hecho... de casi todo lo que sucedió realmente. Sospechan que me he visto envuelto en una aventura deshonrosa, pero no sé en qué tipo de aventura deshonrosa piensan ellas. Mi tía dice que me perdonaría si se lo contara todo. Se lo he contado todo y *más*, pero todavía no está satisfecha. Nunca le dejaría conocer la verdad del caso, por supuesto; y describo que fui víctima de una emboscada y amordazado en la playa. Mi tía quiere saber *por qué* me atraparon y amordazaron, y por qué me llevaron en el yate. Yo no lo sé. ¿Puede sugerirme alguna razón? No se me ocurre nada. Cuando me escriba, si puede hacerlo en dos hojas, de modo que pueda enseñar una a mi tía, y si en ella pudiera indicar claramente que *estuve* en Jamaica y que llegué allí al ser abandonado por un barco, me haría un gran favor. Se añadiría, sin duda, a la carga de obligaciones que he contraído con usted..., una carga, temo, a la que nunca podré corresponder plenamente. Sin embargo, si la gratitud...», y así sucesivamente. Al final volvía a pedirme que quemara la carta.

Así termina la extraordinaria historia de las vacaciones de *Mr. Ledbetter*. La enemistad con su tía no duró mucho tiempo. La

anciana le perdonó antes de morir.

EL CUERPO ROBADO

Mr. Bessel era el socio más antiguo de la empresa Bessel, Hart y Brown, de St. Paul's

Churchyard, y durante muchos años fue muy conocido entre los que se interesan por las investigaciones psíquicas como investigador abierto y concienzudo. No estaba casado, y en lugar de vivir en las afueras, como estaba de moda entre la gente de su clase, ocupaba unas habitaciones en el Albany, cerca de Piccadilly. Estaba particularmente interesado en cuestiones de transmisión de pensamiento y de aparición de personas vivas, y en noviembre de 1896, inició una serie de experimentos junto con Mr. Vincey, que vivía en Staple Inn, para verificar la supuesta posibilidad de proyectar, a través del espacio, la aparición de uno mismo por la fuerza de la voluntad.

Sus experimentos fueron llevados a cabo de la siguiente manera: a una hora previamente acordada, Mr. Bessel se encerró en una de sus habitaciones del Albany y Mr. Vincey en su cuarto de estar de Staple Inn; y cada uno concentró su mente, con la mayor fuerza posible, en el otro. Mr. Bessel había adquirido el arte del autohipnotismo, y, en la medida de lo posible, intentó en primer lugar hipnotizarse a sí mismo y luego proyectarse como el «fantasma de un ser vivo» a través del espacio de cerca de tres kilómetros que había entre ellos, hasta el aposento de Mr. Vincey. Durante varias noches, lo intentaron sin ningún resultado satisfactorio, pero en la quinta o sexta ocasión, Mr. Vincey vio o imaginó ver realmente una aparición de Mr. Bessel en su habitación. Afirma que la aparición, aunque breve, fue muy vívida y real. Notó que la cara de Mr. Bessel estaba blanca, que su expresión era de ansiedad y, además, que su pelo estaba desordenado. Por un momento, Mr. Vincey, a pesar de estar esperándolo, se llevó tal sorpresa que no pudo hablar ni moverse, y en ese momento le pareció como si la figura mirara por encima del

hombro y desapareciera inmediatamente.

Habían acordado que se intentaría fotografiar cualquier fantasma que fuera visto, pero *Mr. Vincey* no tuvo la suficiente presencia de ánimo para disparar la cámara que se encontraba en una mesa situada junto a él, y cuando lo hizo, era demasiado tarde. Muy contento, sin embargo, por este éxito parcial, apuntó la hora exacta y en seguida cogió un coche y se dirigió hacia el Albany para informar a *Mr. Bessel* de este resultado.

Se quedó sorprendido al encontrar la puerta de *Mr. Bessel* abierta a la oscuridad de la noche y los aposentos interiores iluminados y en extraordinario desorden. Había una botella de champán hecha pedazos en el suelo; el cuello roto de la botella se encontraba junto al tintero del escritorio, Una pequeña mesa octogonal, en la que había una estatua de bronce y unos cuantos libros escogidos, había sido volcada con violencia, y en la parte inferior del papel amarillo de la pared, se veía la marca de unos dedos manchados de tinta, como si lo hubieran hecho por el mero placer de manchar. Una de las delicadas cortinas de quimón había sido arrancada violentamente de las anillas y arrojada al fuego, de modo que el olor de su lenta combustión invadía la habitación. Todo el lugar, en efecto, estaba desordenado de la forma más extraña. Durante unos minutos *Mr. Vincey*, que había entrado con la seguridad de ver a *Mr. Bessel* esperándole en su cómodo sillón, apenas podía dar crédito a sus ojos y se quedó contemplando, vacilante, estas cosas inesperadas.

Luego, invadido por una sensación de calamidad, llamó al portero.

—¿Dónde está *Mr. Bessel*? —preguntó—. ¿Sabe que todos los muebles de su habitación están destrozados?

El portero no dijo nada, pero siguiendo sus indicaciones, fue en seguida al aposento de *Mr. Bessel* para ver lo que había sucedido.

—Ahora se explica todo —dijo, contemplando el demente desorden—. No sabía nada de esto. *Mr. Bessel* se ha ido. ¡Está loco!

Después procedió a contar a *Mr. Vincey* que una media hora antes, aproximadamente cuando se apareció *Mr. Bessel* en las habitaciones de *Mr. Vincey*, el caballero desaparecido había salido a toda velocidad por las puertas del Albany hacia Vigo Street, sin sombrero y con el pelo desordenado, y había desaparecido

finalmente en dirección a Bond Street.

—Y cuando pasó por delante de mí —dijo el portero—, se rió a carcajadas (era una risa entrecortada) con la boca abierta y una mirada feroz. ¡Le aseguro, señor, que me pegó un buen susto! Se reía así...

Tal y como la imitaba, la risa no dejaba de ser agradable.

—Agitó las manos con los dedos encorvados y arañando... así. Y dijo susurrando ferozmente: «¡Vida!». Sólo esa palabra: «¡Vida!».

—¡Ay! —dijo *Mr. Vincey*—. ¡Qué horror! ¡Ay!

No se le ocurría otra cosa que decir. Estaba, como es natural, muy sorprendido. Iba de la habitación al portero y del portero a la habitación, gravemente preocupado y perplejo. Aparte de su sugerencia de que *Mr. Bessel* volvería dentro de poco y explicaría lo que había sucedido, la conversación que mantenían no llevaba a ninguna parte.

—Puede haber sido un dolor de muelas repentino —dijo el portero—, un dolor de muelas repentino y violento que le ha dado de golpe y le ha vuelto loco. Yo mismo he roto cosas en situaciones semejantes... —reflexionó—. Si fuera así, ¿por qué tenía que decirme «vida» cuando pasó delante de mí?

Mr. Vincey no lo sabía. *Mr. Bessel* no volvía y, finalmente, *Mr. Vincey*, después de haber echado otra ojeada inútil y haber escrito una nota donde preguntaba por lo ocurrido y que dejó en un lugar visible del escritorio, volvió en un estado de ánimo sumamente perplejo a sus habitaciones de Staple Inn. El caso le había conmovido. No acertaba a explicarse la conducta de *Mr. Bessel* de acuerdo con alguna hipótesis sensata. Intentó leer, pero no pudo hacerlo; salió a dar un pequeño paseo, pero iba tan preocupado que casi le atropella un coche al final de Chancery Lane; y, finalmente, una hora antes de lo habitual, se fue a la cama. Durante mucho tiempo, fue incapaz de dormir a causa del recuerdo del desorden silencioso de los aposentos de *Mr. Bessel*, y, cuando por fin se sumergió en un sueño intranquilo, fue perturbado inmediatamente por un sueño vívido y doloroso sobre *Mr. Bessel*.

Vio a *Mr. Bessel* gesticulando de un modo violento, con la cara pálida y retorcida. Se mezclaban inexplicablemente con su aspecto un temor intenso y una súplica apremiante, sugeridos quizá por sus gestos. Incluso cree que oyó la voz de su compañero de experimento

que le llamaba angustiosamente, aunque entonces consideró que esto era una ilusión. La vívida impresión permaneció, aunque *Mr. Vincey* se despertase. Durante un tiempo estuvo despierto y temblando en la oscuridad, poseído por ese terror vago e inexplicable hacia las posibilidades desconocidas que se revela hasta en los sueños de los hombres más valientes. Pero se animó, se dio la vuelta y se durmió de nuevo, sólo para que el sueño volviese con vividez más intensa.

Se despertó tan convencido de que *Mr. Bessel* se hallaba en un peligro agobiante y de que necesitaba ayuda, que no pudo dormir más. Estaba persuadido de que su amigo se había arrojado a alguna horrenda calamidad. Durante un tiempo, estuvo razonando vanamente contra esta creencia, pero al final cedió ante ella. Se levantó, desobedeciendo toda norma de prudencia, encendió la lámpara de gas, se vistió y se lanzó a través de las calles desiertas — desiertas salvo por la presencia de un policía silencioso y las carretas de los periódicos— hacia Vigo Street para preguntar si *Mr. Bessel* había vuelto.

Pero no llegó allí. Cuando bajaba por Long Acre, un impulso inexplicable le desvió hacia Covent Garden, que empezaba a despertar a sus actividades nocturnas. Vio el mercado delante de él: una extraña impresión de luces amarillas incandescentes y negras figuras atareadas. Percibió un grito y vio una figura que daba la vuelta a la esquina del hotel y corría velozmente hacia él. Supo en seguida que se trataba de *Mr. Bessel*, pero estaba transfigurado. Iba sin sombrero y despeinado, con el cuello de la camisa, desabrochado; tenía la boca retorcida y llevaba, cogido cerca de la contera, un bastón con puño de hueso. Corría a gran velocidad, dando ágiles zancadas. El encuentro fue cosa de un instante.

—¡Bessel! —gritó Vincey.

El hombre que iba corriendo no dio muestras de reconocer a *Mr. Vincey*, ni su propio nombre. En cambio, le produjo una herida con el bastón al golpearle salvajemente en la cara, muy cerca del ojo. *Mr. Vincey*, aturdido y pasmado, se tambaleó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre la acera. Le pareció que *Mr. Bessel* saltó por encima de él cuando cayó al suelo. Cuando volvió a mirar, *Mr. Bessel* ya había desaparecido y un policía y unos cuantos mozos de cuerda y vendedores corrían precipitadamente hacia Long

Aire, en impetuosa persecucion.

Con la ayuda de varios transeúntes —toda la calle se llenó de gente que corría—, *Mr. Vincey* intentó levantarse. En seguida se convirtió en el centro de una muchedumbre ávida por ver su herida. Una multitud de voces compitió por tranquilizarle diciéndole que estaba a salvo, y luego por contarle la conducta del loco, como consideraban a *Mr. Bessel*. Había aparecido de repente en medio del mercado gritando: «¡Vida! ¡Vida!», golpeando a diestro y siniestro con el bastón manchado de sangre, saltando y riendo a carcajadas cada vez que acertaba un golpe. Un muchacho y dos mujeres tenían la cabeza abierta; había destrozado la muñeca de un hombre y había golpeado a un niño dejándole sin conocimiento. Durante un tiempo mantuvo alejados a todos de él, tan furioso y decidido era su comportamiento. Hizo una incursión en un puesto de café, lanzó la lámpara por la ventana de la oficina de correos y huyó riéndose después de dejar sin sentido al primero de los dos policías que habían tenido el valor de atacarle.

Naturalmente, el primer impulso de *Mr. Vincey* fue unirse a la persecución de su amigo para evitar, en lo posible, que fuera presa de la violencia de la gente indignada. Pero se movía con lentitud, el golpe le había dejado semiinconsciente y, cuando su impulso seguía siendo sólo un propósito, oyó, mezclado entre la multitud, que *Mr. Bessel* había eludido a sus perseguidores. En un primer momento, *Mr. Vincey* apenas podía dar crédito a esto, pero la unanimidad de la noticia y el grave regreso al poco rato, de los policías burlados acabaron por convencerle. Después de hacer algunas preguntas sin objeto, volvió a *Staple Inn* introduciéndose un pañuelo en la nariz, que ahora le dolía mucho.

Estaba enojado, preocupado y perplejo. Le parecía indiscutible que *Mr. Bessel* tenía que haberse vuelto loco de repente en el transcurso del experimento de transmisión de pensamiento, pero por qué se aparecía en sueños a *Mr. Vincey* con la cara triste y pálida era un problema de solución inalcanzable. En vano se devanó los sesos buscando una explicación. Finalmente, pensó que no sólo *Mr. Bessel* debía de estar loco, sino que también había enloquecido el orden de las cosas. Pero no se le ocurría nada que pudiera hacer. Se encerró prudentemente en su habitación, encendió la estufa —una estufa de gas con ladrillos de asbesto— y, como temía nuevos

sueños si se metía en la cama, se quedó lavándose la cara herida y después intentó inútilmente leer algún libro hasta el amanecer. Durante toda aquella vigilia, tuvo la curiosa persuasión de que *Mr. Bessel* intentaba hablar con él, pero se negó a prestar atención a semejante creencia.

Al amanecer, el cansancio físico le venció, y al fin, se acostó y durmió a pesar de los sueños. Se levantó tarde, angustiado y desasosegado, con la cara muy dolorida. Los periódicos de la mañana no traían noticia alguna de la aberración de *Mr. Bessel*; había ocurrido demasiado tarde para que la pudieran incluir. La perplejidad de *Mr. Vincey*, a quien la fiebre producida por sus contusiones añadía una nueva irritación, se hizo finalmente insoportable, y, después de hacer una infructuosa visita al Albany, se dirigió a St. Paul's

Churchyard para ver a *Mr. Hart*, socio de *Mr. Bessel*, y, por lo que sabía *Mr. Vincey*, su mejor amigo.

Se sorprendió al enterarse de que *Mr. Hart*, aunque no sabía nada del escándalo, había sido perturbado por una visión, la misma que *Mr. Vincey* había visto: *Mr. Bessel*, pálido y despeinado, pidiendo ayuda de todo corazón por medio de gestos. Éste es el sentido que *Mr. Hart* creyó ver en esas señas.

—Iba al Albany a verle justo cuando usted llegó —dijo *Mr. Hart*—. Estaba seguro de que algo malo le había pasado.

Como resultado de esta consulta, los dos caballeros decidieron preguntar en Scotland Yard por su amigo desaparecido.

—Seguro que le echan el guante —dijo *Mr. Hart*—. No podrá seguir mucho tiempo a este paso.

Pero la policía no había echado el guante a *Mr. Bessel*. Confirmaron los sucesos nocturnos a los que *Mr. Vincey* había asistido y aportaron nuevos datos, algunos de ellos de un carácter aún más grave que los que él ya conocía: una serie de cristales rotos en la parte alta de Tottenham Court Road, una agresión a un policía en Hampstead Road, un asalto atroz a una mujer. Todos estos desmanes fueron cometidos entre las doce y media y las dos menos cuarto de la madrugada, y en este tiempo —en realidad, desde el mismo momento en que *Mr. Bessel* salió corriendo de sus habitaciones a las nueve y media de la noche— la policía pudo

seguir el rastro de la violencia, que iba en aumento, de su fantástica carrera. Durante la última hora, esto es, desde antes de la una hasta las dos menos cuarto, corrió enloquecido por las calles de Londres, escapando con asombrosa agilidad de cualquier intento de detenerle o capturarlo.

Pero a partir de las dos menos cuarto había desaparecido. Hasta esa hora los testigos habían sido muy numerosos. Docenas de personas le habían visto, habían huido de él o le habían perseguido, y entonces todo terminó súbitamente. A las dos menos cuarto le habían visto corriendo por Euston Road hacia Baker Street, agitando una lata de aceite de colza combustible y rociando el aceite en llamas por las ventanas de las casas por donde pasaba. Pero ninguno de los policías de Euston Road que están más allá del Museo de Cera, ni ninguno de los que están en las bocacalles por donde tenía que haber pasado de haber dejado Euston Road le habían visto. Desapareció repentinamente. Nada se supo de lo que hizo después, a pesar de las intensas investigaciones que se realizaron.

Esto constituyó una nueva sorpresa para *Mr. Vincey*. Había encontrado un gran consuelo en la convicción de *Mr. Hart*: «Seguro que no tardan mucho en echarle el guante», y con esta certeza había sido capaz de suspender su perplejidad. Pero cualquier novedad parecía destinada a añadir nuevas dificultades a un montón que ya pesaba más de lo que él podía soportar. Comenzó a preguntarse si su memoria no le había jugado una mala pasada y si era posible que todo esto hubiera sucedido; y por la tarde, fue a ver otra vez a *Mr. Hart* para compartir el peso insoportable que abrumaba su mente. Encontró a *Mr. Hart* conversando con un detective muy conocido, pero como este caballero no logró nada en este caso, no tenemos por qué tratar con más extensión su modo de proceder.

Durante todo el día y toda la noche, se investigó activa e incesantemente sin lograr dar con el paradero de *Mr. Bessel*. Y durante todo ese día, *Mr. Vincey* tuvo, en el fondo de su espíritu, la convicción de que *Mr. Bessel*, con la cara cubierta de lágrimas por la angustia, le persiguió a través de sus sueños. Y siempre que veía a *Mr. Bessel* en sus sueños, también veía otras cosas, confusas, pero malignas, que daban la impresión de perseguir a *Mr. Bessel*.

Fue al día siguiente, el domingo, cuando *Mr. Vincey* recordó

ciertas historias extraordinarias de *Mrs.* Bullock, la médium, que por aquella época llamaba la atención por primera vez en Londres. Decidió consultarla. Se alojaba en casa del famoso investigador, el doctor Wilson Paget, y *Mr.* Vincey, aunque no conocía a este caballero, se dirigió a él sin dilación con el propósito de implorar su ayuda. Pero apenas había mencionado el nombre de Bessel, cuando el doctor Paget le interrumpió.

—Anoche, justo al final —dijo—, tuvimos una comunicación.

Abandonó la habitación y volvió con una pizarra sobre la que había ciertas palabras escritas con una letra poco firme, en efecto, pero que era sin discusión ¡la de *Mr.* Bessel!

—¿Cómo ha conseguido esto? —dijo *Mr.* Vincey¿Quiere decir...?

—Lo recibimos anoche —dijo el doctor Paget.

Con numerosas interrupciones por parte de *Mr.* Vincey, procedió a explicar cómo habían obtenido el escrito. Parece ser que en sus *séances*, *Mrs.* Bullock entra en trance, sus ojos giran de un modo extraño bajo los párpados y su cuerpo se queda rígido. Entonces empieza a hablar muy rápido, normalmente con una voz diferente a la suya. Al mismo tiempo, una de sus manos o ambas empiezan a moverse, y si hay pizarras y lápices preparados, escriben a la vez e independientemente del torrente de palabras que brota de su boca. Muchos la consideran una médium todavía más extraordinaria que la célebre *Mrs.* Piper. Era uno de esos mensajes, el que escribió la mano derecha de *Mrs.* Bullock, el que tenía ahora *Mr.* Vincey delante. Consistía en ocho palabras escritas de un modo deslavazado: «George Bessel... excavación prueba... Baker Street... socorro... inanición». Aunque parezca mentira, ni el doctor Paget ni los otros dos investigadores que estaban presentes habían oído hablar de la desaparición de *Mr.* Bessel —las noticias sobre ella sólo salieron en los periódicos de la tarde del sábado— y habían puesto el mensaje aparte, junto a muchos otros de carácter vago y enigmático que *Mrs.* Bullock recibe con frecuencia. Cuando el doctor Paget oyó la narración de *Mr.* Vincey, concentró todas sus fuerzas en seguir el rastro que permitiera encontrar a *Mr.* Bessel. Sería inútil describir aquí sus investigaciones y las de *Mr.* Vincey; baste decir que la pista era auténtica y que *Mr.* Bessel fue descubierto, en efecto, gracias a ella.

Lo encontraron en el fondo de un pozo solitario que habían

excavado y abandonado cuando se iniciaron las obras del nuevo ferrocarril eléctrico, cerca de la estación de Baker Street. Tenía rotos un brazo, una pierna y dos costillas. El pozo está protegido por una valla de cerca de siete metros y, por increíble que parezca, *Mr. Bessel* —hombre gordo y de edad madura— tuvo que escalarla para caer en el pozo. Estaba empapado de aceite de colza y la lata, que estaba hecha pedazos, se encontraba junto a él; pero, por fortuna, la llama se había extinguido al caer. Su locura había desaparecido por completo. Pero estaba, como es natural, terriblemente debilitado, y, al ver a sus salvadores, se echó a llorar de forma histérica.

En vista del deplorable estado de sus habitaciones, le llevaron a casa del doctor Hatton, en Baker Street. Fue sometido a un tratamiento sedativo y se evitó cualquier cosa que pudiera recordarle la crisis violenta que había atravesado. Pero al segundo día se ofreció a relatar los hechos.

Desde entonces, *Mr. Bessel* ha repetido varias veces su relato —a mí entre otras personas— variando los detalles, como sucede siempre que se narran experiencias reales, pero sin contradecirse nunca en ningún punto. Y el relato que hace es, en esencia, como sigue.

Para comprenderlo con claridad es necesario remontarse a sus experimentos con *Mr. Vincey*, antes de que sufriera el extraordinario ataque. Los primeros intentos que hizo *Mr. Bessel*, con la colaboración de *Mr. Vincey*, fueron, como el lector recordará, un fracaso. Pero a lo largo de todos ellos, fue concentrando todo su poder y voluntad en salir del cuerpo: «queriéndolo con todas mis fuerzas», dice él. Al fin, casi en contra de lo que esperaba, tuvo éxito. Y *Mr. Bessel* afirma que él, estando vivo, abandonó realmente su cuerpo, gracias a un esfuerzo de la voluntad, y entró en un lugar o estado situado más allá de este mundo.

La liberación, afirma, fue instantánea: «en un determinado momento, estaba sentado en mi sillón, con los ojos totalmente cerrados y las manos agarradas a los brazos del sillón, haciendo todo lo que podía para concentrar mi mente en *Vincey*, y luego me percibí a mí mismo fuera del cuerpo. Vi mi cuerpo cerca de mí, pero ya no me contenía; las manos se relajaban y la cabeza se inclinaba sobre el pecho».

Nada puede conmover su creencia en esta liberación. Describe la nueva sensación que experimentó de un modo tranquilo y realista. Sintió que se había vuelto impalpable, esto se lo esperaba; pero lo que ya no se esperaba era sentirse enormemente grande. Parece ser, sin embargo, que ésta fue la forma que adquirió. «Era una gran nube —si puedo expresarlo así— anclada en mi cuerpo. Tuve la impresión, al principio, de haber descubierto un yo mayor del cual el ser consciente de mi cerebro era sólo una pequeña parte. Vi el Albany, Piccadilly, Regent Street y todas las habitaciones y lugares de las casas muy diminutos, brillantes y definidos, esparcidos debajo de mí como una ciudad vista desde un globo. De vez en cuando, vagas figuras, como espirales de humo a la deriva, hacían que la visión fuese un poco borrosa, pero al principio apenas les presté atención. La cosa que más me asombró, y que aún sigue asombrándome, fue que veía muy nítidamente los interiores de las casas, así como las calles; veía gente pequeña cenando y hablando en sus casas, hombres y mujeres cenando, jugando al billar y bebiendo en restaurantes y hoteles, y varios lugares de diversión repletos de gente. Era como observar los acontecimientos de una colmena de cristal».

Éstas eran las palabras exactas de *Mr. Bessel*, tal como las apunté cuando me contó la historia. Durante un rato, observó estas cosas sin acordarse de *Mr. Vincey*. Impulsado por la curiosidad, según dice, se inclinó, y con el quimérico brazo informe que descubrió que poseía intentó tocar a un hombre que paseaba por Vigo Street. Pero no lo consiguió, aunque parecía que su dedo atravesaba al hombre. Algo le impidió hacerlo, pero es difícil saber lo que encontró. Compara el obstáculo con una lámina de cristal.

«Sentí lo mismo que un gatito puede sentir —dijo cuando va por primera vez a acariciar su imagen en un espejo». Cuando le oigo contar esta historia, *Mr. Bessel* vuelve una y otra vez a esta comparación de la lámina de cristal para explicar este punto. No es, sin embargo, una comparación totalmente precisa porque, como el lector verá en seguida, había lagunas en esa resistencia generalmente impenetrable, medios de volver a atravesar la barrera del mundo material. Pero, naturalmente, existe una gran dificultad para expresar estas impresiones insólitas con el lenguaje de la experiencia cotidiana.

Algo que le impresionó al instante, y que le inquietó hasta el final de la experiencia, fue el silencio de aquel lugar: estaba en un mundo sin sonido.

Al principio, el estado mental de *Mr.* Bessel consistía en un asombro desprovisto de emoción. Su pensamiento estaba principalmente ocupado en averiguar en qué lugar podría hallarse. Estaba fuera de su cuerpo —fuera del cuerpo material, en cualquier caso—, pero eso no era todo. Cree —y yo, por lo menos, también lo creo— que estaba en un lugar situado completamente fuera del espacio, tal como lo entendemos. Gracias a un esfuerzo intenso de la voluntad, había salido del cuerpo y se había introducido en un mundo situado más allá de éste, un mundo nunca soñado, que, sin embargo, se encuentra tan cerca y tan extrañamente situado con relación a éste, que todas las cosas de la tierra son claramente visibles, tanto por dentro como por fuera, desde ese otro mundo que nos rodea. Durante mucho tiempo, así le pareció, esta observación ocupó su mente, excluyendo cualquier otra cuestión, y luego se acordó de la cita que tenía con *Mr.* Vincey, de la cual esta asombrosa experiencia era, después de todo, sólo un preludio.

Dirigió su atención hacia la locomoción de este nuevo cuerpo en el que se encontraba. Durante un tiempo, fue incapaz de separarse del lazo que le unía al cuerpo terrestre. Durante un tiempo este nuevo cuerpo extraño y nebuloso simplemente oscilaba, se contraía, se dilataba, se enrollaba y se retorció por los esfuerzos que hacía para liberarse, y luego, de pronto, el vínculo que le unía se rompió. Por un momento todo quedó oculto por lo que a él le parecían esferas giratorias de vapor oscuro, y luego, a través de un resquicio efímero, vio su cuerpo inerte que se derrumbaba con languidez, su cabeza sin vida que se desplomaba hacia un lado, y se vio arrastrado como una inmensa nube por un extraño lugar de nubes misteriosas, a través de las cuales se vislumbraba la complejidad de Londres, que se extendía como una maqueta.

Pero ahora se dio cuenta de que el vapor que fluctuaba alrededor de él era algo más que vapor, y el entusiasmo temerario de su primer ensayo se convirtió en temor. Porque percibió, al principio borrosamente, pero después muy claramente y de una forma súbita, que estaba rodeado de caras, que cada rollo y espiral de lo que parecía una materia hecha de nubes era una cara. ¡Y qué

caras! Caras de sombras transparentes, caras de temeridad gaseosa. Caras como las que miran con furia, de una forma insoportable y extraña, al durmiente en las horas aciagas de sus sueños. Ojos diabólicos y codiciosos llenos de codiciosa curiosidad, cosas con las cejas fruncidas y enredadas, y labios que insinuaban sonrisas. Sus manos informes se agarraban a *Mr. Bessel* cuando pasaba, y el resto de sus cuerpos no era más que una estela esquiva de tinieblas que se arrastraban. Nunca dijeron una palabra, nunca salió un sonido de las bocas que daban la impresión de farfullar. Se estrujaban a su alrededor en ese silencio de pesadilla, atravesando libremente la débil bruma que era su cuerpo, reuniéndose cada vez más numerosos a su alrededor. Y el informe *Mr. Bessel*, presa ahora de un súbito miedo, paseaba a través de la silenciosa y activa multitud de ojos y manos violentas.

Tan inhumanas eran estas caras, tan malvados sus ojos saltones y sus gestos misteriosos y amenazadores que no se le ocurrió a *Mr. Bessel* tratar de establecer ninguna relación con estas criaturas flotantes. Fantasmas imbéciles, hijos del vano deseo, seres nonatos y privados del don de la existencia, cuyas únicas expresiones y gestos manifestaban el deseo y el anhelo de vivir, que era su solitario vínculo con la existencia.

Dice mucho en favor de su audacia que, en medio de toda la nube hormigueante de estos espíritus mudos del mal, pudiera todavía pensar en *Mr. Vincey*. Hizo un violento esfuerzo de voluntad y se vio, sin saber cómo, bajando hacia Staple Inn, y vio a *Mr. Vincey* sentado en su sillón, atento y alerta, junto al fuego.

Y reunida en torno a él, como siempre lo hacen en torno a todo lo que vive y respira, se hallaba otra multitud de estas vanas y calladas sombras, anhelando, deseando, buscando una grieta que los llevara a la vida.

Durante un rato, quiso llamar la atención de su amigo, pero no lo consiguió. Intentó ponerse delante de sus ojos, mover los objetos de la habitación, tocarle. Pero *Mr. Vincey* permanecía imperturbable, ignorando el ser que estaba tan cerca del suyo. La cosa extraña que *Mr. Bessel* había comparado con una lámina de cristal los separaba de una forma inexorable.

Finalmente, *Mr. Bessel* hizo algo desesperado. Ya he dicho que, de algún modo extraño, podía ver no sólo el exterior de un hombre,

como lo vemos nosotros, sino también el interior. Extendió su misteriosa mano y metió sus vagos dedos negros a través del cerebro desatento.

Entonces, súbitamente, *Mr. Vincey* se sobresaltó, como alguien que emerge de pensamientos errantes, y a *Mr. Bessel* le pareció que un pequeño cuerpo rojo oscuro, situado en el centro del cerebro de *Mr. Vincey*, se inflaba y brillaba. Después de esta experiencia, han mostrado a *Mr. Bessel* láminas anatómicas del cerebro, y ahora sabe que aquel cuerpo oscuro es esa estructura inútil que los doctores llaman el ojo pineal. Pues, por extraño que parezca a muchos, tenemos, en las profundidades del cerebro —donde posiblemente ninguna luz terrenal puede acceder— ¡un ojo! En aquellos días este dato, como el resto de la anatomía interna del cerebro, era totalmente nuevo para él. Sin embargo, al ver que modificaba su aspecto, impulsó el dedo y, más bien temeroso de las consecuencias, tocó este pequeño punto. *Mr. Vincey* se sobresaltó al instante y *Mr. Bessel* supo que *Vincey* le estaba viendo.

Y en ese mismo instante, *Mr. Bessel* sintió que algo malo le había ocurrido a su cuerpo; de repente, una gran ráfaga de viento dispersó ese mundo de sombras y lo arrebató. Tan fuerte era esta persuasión que no pensó más en *Mr. Vincey*, sino que se dio media vuelta en seguida y todas las innumerables caras retrocedieron con él como hojas arrastradas por un vendaval. Pero volvió demasiado tarde. En un instante vio que el cuerpo que había dejado inerte y desplomado —que yacía en realidad como el cuerpo de un hombre que acaba de morir— se había levantado; se había levantado en virtud de una fuerza y voluntad que no eran las suyas. Se mantenía de pie con los ojos saltones, estirando los miembros torpemente.

Durante un momento lo observó con una consternación frenética y luego se inclinó hacia él. Pero la lámina de cristal se había vuelto a cerrar y le impidió llegar a su cuerpo. Se estrelló furiosamente contra ella y, a su alrededor, los espíritus del mal se reían, le señalaban y se mofaban de él. Se puso colérico y furioso. *Mr. Bessel* se compara a sí mismo con un pájaro que, sin advertirlo, entra revoloteando en una habitación y golpea los cristales que le niegan el camino de la libertad.

Y he aquí que el pequeño cuerpo que una vez había sido suyo está saltando de alegría. Le vio gritar, aunque no podía oír sus

gritos y observó que sus movimientos eran cada vez más violentos. Contempló cómo arrojaba sus queridos muebles, ebrio del loco placer de la existencia; también le vio destrozar sus libros preferidos, romper botellas, beber descuidadamente de los trozos de vidrio, saltar y dar golpes a modo de aceptación apasionada de vivir. *Mr. Bessel* observó estas acciones paralizado por el asombro. Luego se lanzó una vez más contra la barrera infranqueable, y después, rodeado de toda esa multitud de fantasmas burlones, volvió rápidamente, en medio de una horrible confusión, a casa de *Vincey* para contarle el atropello de que había sido objeto.

Pero el cerebro de *Mr. Vincey* estaba ahora cerrado a las apariciones, y el *Mr. Bessel* incorpóreo le persiguió en vano cuando salió apresuradamente a *Holborn* para llamar un coche. Frustrado y aterrorizado, *Mr. Bessel* volvió rápidamente a su casa para encontrarse con su cuerpo profanado, que iba gritando, presa de un enorme frenesí, por el Arco de *Burlington*.

Y ahora el lector atento empezará a comprender la interpretación de *Mr. Bessel* de la primera parte de esta extraña historia. El ser cuyo loco ajeteo por las calles de Londres había causado tantos daños y desastres tenía, en efecto, el cuerpo de *Mr. Bessel*, pero no era *Mr. Bessel*. Era un espíritu perverso que se había escapado de ese extraño mundo situado más allá de la existencia, y en el que *Mr. Bessel* se había aventurado independientemente. Durante veinte horas poseyó su cuerpo, y durante todas esas horas el espíritu desposeído de *Mr. Bessel* vagó de un lado para otro por ese desconocido mundo de sombras, buscando ayuda en vano.

Pasó muchas horas golpeando las mentes de *Mr. Vincey* y de su amigo *Mr. Hart*. Como ya sabemos, despertó a ambos gracias a sus esfuerzos. Pero desconocía el lenguaje que pudiera transmitir su situación a estos salvadores a través del abismo; sus débiles dedos buscaban a tientas en sus cerebros vana e impotentemente. Una vez, en efecto, como ya hemos dicho, fue capaz de desviar a *Mr. Vincey* de su camino para que tropezara con el cuerpo robado en su carrera, pero no pudo hacerle entender lo que había pasado: fue incapaz de obtener ayuda alguna de este encuentro...

A lo largo de estas horas, el espíritu de *Mr. Bessel* se sintió abrumado por la persuasión de que en poco tiempo su furioso inquilino acabaría con la vida de su cuerpo y de que él tendría que

permanecer en aquel país de sombras para siempre. De modo que aquellas largas horas fueron una creciente agonía de terror. Y mientras corría de un lado para otro agitándose inútilmente, incontables espíritus de ese mundo que le rodeaba, le acosaban y le desconcertaban. Y una multitud envidiosa corría aplaudiendo detrás de su compañero afortunado mientras proseguía su gran carrera.

Así debe de ser, al parecer, la vida de estas cosas sin cuerpo de ese mundo que es la sombra del nuestro. Siempre están al acecho, codiciando un camino que los introduzca en un cuerpo mortal, para poder descender, como furias y frenesíes, como apetitos violentos e insensatos, extraños impulsos que se regocijan en el cuerpo que han conquistado. Pues *Mr. Bessel* no era la única alma humana que había en ese lugar. Lo prueba el hecho de que primero encontró una, y después varias sombras de hombres, hombres como él mismo, al parecer, que habían perdido sus cuerpos, tal vez como él había perdido el suyo, y erraban desesperadamente por ese mundo perdido que no es la vida ni la muerte. No podían hablar porque ese mundo es mudo; supo, sin embargo, que eran hombres por sus tenues figuras humanas y por la tristeza de sus caras.

Pero cómo habían entrado en ese mundo, no lo podía decir, ni dónde podrían estar los cuerpos que habían perdido, si siguen anhelando la tierra o si habían caído en la muerte sin retorno. Que fueran los espíritus de los muertos no lo creemos ni él ni yo. Pero el doctor *Wilson Paget* piensa que son las almas racionales de los hombres que se han extraviado en la locura, aquí en la tierra.

Al fin, *Mr. Bessel* fue a dar con un lugar donde estaba reunido un pequeño grupo de estas criaturas silenciosas e incorpóreas, y, abriéndose paso entre ellas, vio abajo una habitación muy iluminada, cuatro o cinco caballeros y una mujer; una mujer corpulenta vestida de bombasí negro y sentada en una silla de forma incómoda con la cabeza echada para atrás. Por los retratos que había visto de ella, supo que era *Mrs. Bullock*, la médium. Y percibió que las regiones y estructuras de su cerebro brillaban y se agitaban como lo hacía el ojo pineal del cerebro de *Mr. Vincey* que ya había visto. La luz era muy desigual; a veces era una amplia iluminación y otras sólo un débil punto crepuscular que se trasladaba lentamente por su cerebro. No dejaba de hablar ni de escribir con una mano. Y *Mr. Bessel* vio que las sombras de hombres

que se agolpaban a su alrededor y gran multitud de espíritus tenebrosos del país de las sombras se esforzaban y se empujaban para tocar las regiones iluminadas de la médium. Cuando uno alcanzaba su cerebro u otro era expulsado, la voz y la escritura de la mano cambiaba, de modo que lo que decía era algo desordenado y confuso en su mayor parte; ya escribía un fragmento del mensaje de un alma, ya un fragmento del de otra, ya farfullaba las fantasías descabelladas de los espíritus del vano deseo. Entonces *Mr.* Bessel comprendió que hablaba por el espíritu que la había tocado y empezó a luchar furiosamente por llegar hasta ella.

Pero estaba alejado del centro de la multitud y en ese momento no pudo alcanzarla; finalmente, cada vez más angustiado, se fue a ver lo que le había sucedido a su cuerpo.

Durante mucho tiempo fue de un lado para otro buscándolo en vano, con el temor de que estuviera sin vida, hasta que lo encontró en el fondo de un pozo de Baker Street, maldiciendo y retorciéndose de dolor. Tenía rotos una pierna, un brazo y dos costillas a causa de la caída. Además, el malvado espíritu estaba colérico por haber poseído tan poco tiempo ese cuerpo y, a causa del dolor, hacía movimientos bruscos y agitaba con violencia su cuerpo.

Entonces *Mr.* Bessel volvió con redoblado celo a la habitación donde tenía lugar la *séance*. En cuanto logró alcanzar la vista la habitación, vio que uno de los hombres que estaban alrededor de la médium miraba el reloj, como si diera a entender que la *séance* terminaría dentro de poco. Entonces, muchas de las sombras que habían estado luchando se marcharon con gestos de desesperación. Pero la idea de que la *séance* estuviera a punto de terminar sólo hizo aumentar el celo de *Mr.* Bessel, y luchó tan tenazmente contra los otros que al poco tiempo alcanzó el cerebro de la mujer. Resultó que en ese preciso instante brillaba con mucha intensidad, y en ese instante escribió el mensaje que el doctor Wilson Paget conservó. Y luego las otras sombras y la nube de espíritus malvados que le rodeaban le empujaron y le alejaron de ella, y durante todo el resto de la *séance* ya no pudo volver a alcanzarla.

Por lo tanto, volvió a Baker Street y contempló, durante largas horas, el fondo del pozo donde el espíritu malvado yacía en el interior del cuerpo robado que había dañado, retorciéndose y maldiciendo, llorando y gimiendo, y aprendiendo la lección del

dolor. Y hacia el amanecer ocurrió lo que estaba esperando, el cerebro brilló con intensidad y el espíritu del mal salió, y *Mr.* Bessel entró en el cuerpo donde había temido que nunca más volvería a entrar. Cuando lo hizo, el silencio —el melancólico silencio— cesó; y oyó el tumulto del tráfico y las voces de la gente que llegaban desde arriba, y ese extraño mundo que es la sombra del nuestro — las sombras oscuras y calladas del fútil deseo y las sombras de los hombres perdidos— desapareció por completo.

Allí yació por espacio de unas tres horas antes de que lo encontraran. Y a pesar del dolor y el tormento de sus heridas, y del lugar húmedo y sombrío donde yacía; a pesar de las lágrimas que brotaban como consecuencia de su agotamiento físico, su corazón se llenó de alegría al ver que había vuelto de nuevo, a pesar de todo, al mundo benévolo de los hombres.

EL TESORO DE MÍSTER BRISHER

—**N**unca se es demasiado prudente a la hora de escoger la mujer con la que te vas a casar —dijo *Mr. Brisher*, y se estiró con una mano de muñeca gorda el bigote lacio que disimulaba su falta de mentón.

—Es por lo que... —Intenté decir.

—Sí —dijo *Mr. Brisher* con un resplandor solemne en sus ojos azules y legañosos, moviendo la cabeza expresivamente y echándome un profundo aliento de alcohol—. Hay un montón que lo han intentado conmigo... podría nombrar muchas de esta ciudad, pero ninguna lo ha conseguido... ninguna.

Contemplé la cara enrojecida, la dilatada línea ecuatorial de su cuerpo, el genial desaliño de su atuendo, y suspiré al pensar que a causa del poco mérito de las mujeres, él tenía que ser necesariamente el último de su estirpe.

—Cuando era joven, yo era un tipo elegante —dijo *Mr. Brisher*—. Hice lo que pude, pero fui muy prudente... mucho. Y logré escapar...

Se inclinó sobre la mesa de la taberna y se notó que pensó si podía confiar en mí. Me relajé cuando comenzó a hacerme sus confidencias.

—En una ocasión estuve prometido —dijo por fin, dirigiendo una mirada evocadora sobre el tablero de la mesa.

—¿Tan cerca estuvo?

Me miró y dijo:

—Tan cerca. El hecho es que... —Miró a su alrededor, acercó su cara a la mía, bajó el tono de la voz y apartó un mundo adverso con su mano tiznada—. Si no ha muerto o se ha casado con algún otro... sigo estando prometido. Todavía.

Confirmó su afirmación moviendo la cabeza hacia delante y retorciendo la cara.

—Todavía —dijo terminando la pantomima, y se puso a sonreír sin venir a cuento, lo cual no dejó de sorprenderme—. ¡Yo!...

—Me escapé —explicó más tarde frunciendo las cejas—. Me volví a casa... Pero no acaba aquí la cosa. Le costará trabajo creerlo, pero encontré un tesoro. Un auténtico tesoro.

Imaginé que era una ironía y no lo acogí con la debida sorpresa.

—Sí —dijo—, encontré un tesoro y me fui a casa. Le digo que podría asombrarle con las cosas que me han pasado.

Durante un tiempo se contentó con repetir que había encontrado un tesoro y que lo había abandonado. No cometí la indiscreción de pedirle que me contara la historia, pero atendí con amabilidad sus deseos corporales y poco después le incité a que volviese sobre la dama abandonada.

—Era una chica encantadora —dijo, creo que con cierta tristeza—. Y respetable.

Arqueó las cejas y apretó los labios para expresar una respetabilidad extrema, incomprensible para nosotros, gente de más edad.

—Sucedió lejos de aquí. Exactamente en Essex, cerca de Colchester. Fue cuando estaba en Londres, trabajando en la construcción. Entonces era un tipo elegante, puedo asegurárselo. Esbelto. Vestía la mejor ropa. Un sombrero... un sombrero de seda, figúrese —y la mano de *Mr. Ledbetter* se lanzó por encima de su cabeza hacia el infinito para indicar un sombrero de seda altísimo—. Un paraguas... un paraguas precioso con un puño de cuerno. Tenía ahorros. Era muy ahorrativo...

Se quedó un rato pensativo, reflexionando, como acabamos todos por hacer tarde o temprano, sobre el esplendor desvanecido de la juventud. Pero, como estaba en una taberna, se abstuvo de expresar la obvia moraleja.

—La conocí por medio de un tipo que estaba prometido a su hermana. Ella estaba pasando unos días en Londres, y se alojaba en casa de una tía que tenía una carnicería. Esta tía era muy singular —todos eran gente muy singular, toda su gente lo era— y no permitía a su sobrina que saliese con este compañero, excepto si su otra sobrina, esto es, mi chica, fuese también con ellos. Así que me introdujo en el asunto para estar a solas con su chica. Solíamos pasear por el parque de Battersea los domingos por la tarde. Yo con

mi chistera y él con la suya, y las chicas muy elegantes. No había muchos en el parque que fueran tan distinguidos como nosotros. No era lo que se dice guapa, pero nunca he encontrado una chica tan encantadora. Me gustó desde el principio y, bueno —aunque no sea yo quien deba decirlo—, yo le gusté a ella. Ya se hace una idea de todo esto.

Yo fingí que sí.

—Y cuando ese tipo se casó con su hermana —él y yo éramos grandes amigos—, no pudo hacer otra cosa que llevarme a Colchester, muy cerca de donde ella vivía. Naturalmente me presentaron a su gente, y bueno, nos prometimos en seguida.

Repitió «nos prometimos».

—Ella vivía con sus padres, como una auténtica señorita, en una bonita casa con jardín; era gente muy respetable. Casi se podía decir que eran ricos. Eran los propietarios de la casa donde vivían; la adquirieron muy barata a la Sociedad de Construcciones porque al antiguo dueño le metieron en la cárcel por ladrón. También tenían algunas tierras, casas de campo y dinero invertido. Todos eran muy tacaños, lo que se dice una familia acomodada. Le aseguro que estaba bien. También tenían muebles. ¡Guau! Tenían un piano. Jane, ella se llamaba Jane, solía tocarlo los domingos, y además muy bien. Apenas había un himno en el libro que no lo pudiera tocar. Muchas tardes nos reuníamos allí y cantábamos himnos. Su familia, ella y yo. Su padre era un miembro destacado en la iglesia. Tenía que haberle visto cómo interrumpía al pastor los sábados, cuando se ponía a entonar himnos. Recuerdo que llevaba unas gafas de oro y solía mirar por encima de ellas cuando cantaba con fuerza —siempre se destacaba cuando cantaba al señor—, y siempre que desentonaba la gente le seguía. Era de esa clase de hombres. Cuando andaba detrás de él y veía su magnífico traje negro y su sombrero con alas, me sentía orgulloso de tener un futuro suegro semejante. Y cuando llegó el verano fui a su casa, donde pasé quince días. Ahora bien, existía una especie de prurito —dijo *Mr. Brisher*—. Jane y yo queríamos casarnos e instalarnos. Pero el padre decía que yo debía conseguir antes una buena posición. En consecuencia había un prurito. En consecuencia, cuando llegué allí, ardía en deseos de mostrar que era un tipo muy competente y que podía hacer bien casi todo, ¿entiende?

Hice un ruido de asentimiento.

—En el fondo del jardín había una parte que estaba silvestre, así que le dije: «¿Por qué no hace aquí un jardín rocoso? Quedaría bonito». «Demasiado caro», dijo él. «Ni un penique —dije yo—, tengo buena mano para esto. Déjeme que se lo haga». Mire usted, yo había ayudado a mi hermano a hacer uno en el pequeño jardín de detrás de su casa, así que sabía cómo hacerlo. «Déjeme hacérselo —dije—. Estoy de vacaciones, pero soy de esa clase de tipos que no soportan estar sin hacer nada. Le haré uno en condiciones». Y, en resumidas cuentas, me dijo que podía hacerlo. Y así fue como encontré el tesoro.

—¿Qué tesoro? —pregunté.

—¡Cómo! —dijo *Mr. Brisher*—. El tesoro del que le estoy hablando y que ha sido el motivo por el que no me he casado.

—¡Qué! ¿Un tesoro desenterrado?

—Sí, una fortuna enterrada, un tesoro. Lo saqué del suelo. Es lo que sigo llamando un auténtico tesoro... —dijo, mirándome con una falta de respeto insólita.

—La parte superior no estaba a más de un metro de profundidad —dijo—. Apenas había empezado a tener sed cuando encontré la esquina.

—Siga —dije—. No había entendido.

—¡Ah, bueno! En cuanto golpeé la caja supe que era un tesoro. Me lo dijo una especie de instinto. Sentí que algo gritaba dentro de mí: «Ésta es tu oportunidad... escóndelo». Fue una suerte que conociera las leyes sobre los tesoros encontrados, porque si no, habría gritado en ese mismo momento. Supongo que usted conoce...

—La corona se embolsa casi todo —dije—, excepto un uno por ciento. Siga. Es una vergüenza. ¿Qué hizo?

—Quité la tapa de la caja. No había nadie en el jardín ni en los alrededores. Jane estaba ayudando a su madre a hacer la casa. Estaba excitado, se lo aseguro. Intenté abrir la cerradura y luego di un golpe en las bisagras. La caja se abrió. ¡Estaba llena de monedas de plata! Relucientes. Temblé al verlas. Y en ese preciso momento... ¡Que me maten si el barrendero no dio la vuelta por detrás de la casa! Casi me dio un síncope al pensar en la estupidez que estaba cometiendo al dejar el dinero a la vista. En seguida oí al tipo de la

casa de al lado, que también estaba de vacaciones, regar sus judías. ¡Con sólo haber mirado por encima de la valla...!

—¿Qué hizo usted?

—Di una patada a la tapa y la oculté en un abrir y cerrar de ojos; después seguí cavando a un metro del tesoro, como un loco. Y mi cara, por decirlo así, reía por su cuenta hasta que lo escondí. Le digo que estaba realmente asustado de mi suerte. Sólo pensé que había que dejarlo escondido, eso era todo. «¡Un tesoro! —susurraba sin cesar para mí mismo—. ¡Un tesoro! ¡Y cientos de libras, cientos y cientos de libras!». Susurraba y cavaba con todas mis fuerzas. Me dio la impresión de que la caja se marcaba como unas piernas debajo de las sábanas, y empecé a echar toda la tierra que sacaba del agujero que estaba cavando para hacer el jardín rocoso sobre el tesoro. Estaba sudando. Y en medio de todo esto, aparece su padre. No me dijo nada, se limitó a quedarse detrás de mí y a mirarme; pero luego me contó Jane que cuando entró le dijo: «Ese mequetrefe tuyo —siempre me llamaba así, no sé por qué— sabe trabajar duro, después de todo». Parecía muy impresionado por mi esfuerzo.

—¿Cómo era de larga la caja? —pregunté de repente.

—¿Larga? —dijo *Mr. Brisher*.

—Sí, ¿qué longitud tenía?

—¡Oh! Algo así como esto... y esto —dijo *Mr. Brisher*, indicando el tamaño de un barril mediano.

—¿Lleno? —dije.

—De monedas de plata... de media corona, creo.

—¡Cómo! —exclamé—. Significaría cientos de libras.

—Miles —dijo *Mr. Brisher* con una tranquilidad llena de tristeza—. Ya lo calculé.

—Pero ¿cómo llegaron hasta allí?

—Todo lo que sé es que lo encontré. Lo que pensé entonces fue esto: «El tipo que había poseído la casa antes que su padre era un ladrón de mucho cuidado. Lo que se dice un criminal de clase alta. Solía conducir su coche como lo hacía Peace».

Mr. Brisher reflexionó sobre las dificultades de la narración y se embarcó en un paréntesis complicado.

—No sé si le he dicho que era la casa de un ladrón antes de que fuera la del padre de mi chica, y me enteré que el dueño había robado un tren correo. Sabía esto e imaginé...

—Es muy probable —dije—, pero ¿qué hizo?

—Estaba —dijo— sudando realmente la gota gorda. Estuve toda la mañana en ello, fingiendo que hacía el jardincito y preguntándome qué debía hacer. Tal vez se lo hubiera dicho a su padre, sólo que dudaba de su honestidad —temía que me lo quitara y se lo diera a las autoridades— y además, teniendo en cuenta que iba a emparentar con la familia, pensé que sería mejor que el tesoro les llegara a través de mí. Entraría en la familia con mejor pie, por decirlo así. Bueno, me quedaban todavía tres días de vacaciones, así que no había prisa; la enterré y seguí cavando al tiempo que me rompía la cabeza pensando cómo encontrar el momento de dejarla en lugar seguro; pero era inútil. Pensaba y pensaba. Una vez dudé de si había visto realmente el tesoro o no; fui allí y lo volví a desenterrar en el preciso momento en que su madre salía a tender la ropa que había lavado. ¡Otro susto! Después, cuando estaba pensando en intentarlo de nuevo, vino Jane a decirme que la comida estaba lista. «Buena falta te hará —dijo—, después de haber cavado ese hoyo». Estuve toda la comida aturdido, preguntándome si el tipo de la casa de al lado no habría saltado la valla y estaría llenándose los bolsillos. Pero por la tarde me tranquilicé —pensé que la caja debía de llevar allí mucho tiempo y que no le pasaría nada por estar un poco más— e intenté hablar un poco con el viejo para tirarle de la lengua y ver lo que pensaba de los tesoros encontrados.

Mr. Brisher hizo una pausa y dio la impresión de que le divertía recordarlo.

—El viejo era un tipo sarcástico —dijo—, un tipo realmente sarcástico.

—¡Cómo! —dije—. ¿Es que él...?

—La cosa fue así —explicó *Mr. Brisher*, posando una mano amistosa sobre mi brazo y echándome el aliento en la cara para tranquilizarme—. Sólo para sonsacarle algo, le conté una historia inventada; le dije que conocía a un tipo que había encontrado un soberano en un abrigo que le habían prestado. Le dije que se quedó con él, pero que yo no estaba seguro si eso estaba bien o no. Entonces el viejo empezó. ¡Dios mío! ¡Menudo sermón me echó!

Mr. Brisher mostró una alegría poco sincera.

—Era, bueno... lo que se dice un tipo poco común en sus burlas.

Dijo que ésa era la clase de amigos que esperaba que yo tuviera; que esperaba eso del amigo de un gandul sin trabajo que se relaciona con chicas que no le corresponden. Bueno, no podría contarle ni la mitad de lo que dijo. Siguió hablando de un modo indignante; le soportaba sólo para sonsacarle algo. «¿No se quedaría —dije— con medio soberano, si lo encuentra en la calle?». «¡Desde luego que no —dijo—, desde luego que no lo haría!». «¡Cómo! ¿Incluso si lo encontrara como un tesoro?». «¡Joven! —dijo—. Hay una autoridad mayor que la mía: Da al César...». ¿Cómo es esta frase? Sí, bueno, él la soltó. El viejo era un tipo poco común golpeándote la cabeza con la Biblia. Y así continuó. Me lanzó tales burlas que ya no pude aguantar más. Había prometido a Jane no replicarle, pero se puso demasiado pesado. Yo... yo le contesté que...

Mr Brisher, por medio de gestos enigmáticos, intentó darme a entender que había salido ganando en la discusión. Pero yo pensaba de otra forma.

—Al final salí indignado, pero no antes de estar seguro de que tenía que coger el tesoro yo solo. La única cosa que me quitaba el sueño era pensar en el modo de vengarme de él cuando tuviera el dinero.

Hubo una larga pausa.

—Ahora bien, apenas lo podrá creer, pero en los tres días nunca tuve ocasión de tocar el dichoso tesoro, ni siquiera saqué media corona. Siempre ocurría algo... siempre. Es sorprendente que no se piense más en ello. Encontrar un tesoro no es extraordinario, conseguirlo sí lo es. Creo que no pegué ojo ninguna de esas noches, pensando dónde iba a llevarlo, qué iba a hacer con él, cómo lo explicaría todo. Me puse malo de verdad. Y por el día estaba torpe, y esto le ponía de mal humor a Jane. «No eres el mismo de Londres», me dijo varias veces. Yo trataba de atribuirlo a su padre y a sus burlas, pero ¡vaya!, ella no lo creía así. ¿A qué había que atribuirlo sino a que yo tenía otra mujer en la cabeza? Le dije que no era verdad. Bueno, reñimos un poco. Pero estaba tan absorto con el tesoro que no hice caso de lo que decía. Bueno, por fin hice una especie de plan. Yo siempre he sido bueno haciendo planes, aunque no tanto llevándolos a cabo. Lo pensé todo con detenimiento y desarrollé un plan. En primer lugar, me llenaría todos los bolsillos

de esas medias coronas, ¿entiende? Y después... ahora lo cuento. Bueno, había llegado al convencimiento de que no podía volver a llevarme el tesoro durante el día, así que esperé hasta la noche anterior al día que tenía que irme y, entonces, cuando todo estaba en silencio, me levanto y me deslizo por la puerta trasera con la intención de llenarme los bolsillos. Y en la cocina, no me ocurre otra cosa que caerme sobre un cubo. Se levanta el padre con una escopeta —tenía el sueño ligero y era muy receloso— y viene hacia mí: tuve que explicarle que había bajado a la fuente a beber agua, porque el agua de mi botella estaba mala. No dejó de lanzarme un par de sarcasmos por aquello.

—Usted quiere decir... —empecé.

—Espere un momento —dijo *Mr. Brisher*—. Le digo que tenía hecho mi plan. Esto sólo fue un pequeño contratiempo, pero no ponía en peligro mi esquema general en absoluto. Decidí terminar el jardincito al día siguiente, como si no existiera una burla en el mundo; cubrí de cemento las piedras, las embadurné de verde y todo eso. Hice una señal con la brocha para indicar dónde estaba la caja. Todos vinieron a verlo y dijeron que había quedado muy bonito; incluso el padre se suavizó un poco al verlo y todo lo que dijo fue: «Es una pena que no pueda trabajar siempre así, podría tener algo concreto que hacer». «Sí —dije sin poder evitarlo—, tengo mucho que hacer en el jardincito». ¿Entiende? «Tengo mucho que hacer en el jardincito», queriendo decir...

—Entiendo... —dijo, pues *Mr. Brisher* tiende a contar sus chistes con excesivos detalles.

—Él no lo entendió —dijo *Mr. Brisher*—, al menos en aquel momento. Sin embargo, cuando todo esto terminó, me preparé para ir a Londres... me preparé para ir a Londres... —se interrumpió—, sólo que no iba a Londres —dijo con súbita vivacidad y acercando su cabeza a la mía—. ¡Ni hablar! ¿Qué piensa de esto? No fui más lejos de Colchester, ni un metro más. Había dejado la azada en un lugar donde pudiera encontrarla. Lo había planeado todo bien. Alquilé un coche en Colchester y fingí que quería ir a Ipswich, pasar allí la noche y volver al día siguiente. El tipo a quien se lo alquilé me hizo dejar dos soberanos al instante, y partí. Tampoco fui a Ipswich. A medianoche el caballo y el coche estaban atados junto al camino que va a la casa donde vivía él —no estaban a más de

sesenta metros— y me puse a trabajar con ahínco. Era una noche apropiada para tales juegos. Estaba cubierto, pero hacía un poco de calor; alrededor del cielo había relámpagos, y al poco rato se desató una tormenta. Al principio cayeron gotas gordas, como las de un líquido efervescente, y luego granizo. Yo continué. Golpeaba ruidosamente, no pensaba que el viejo pudiera oírme. Ni siquiera me molesté en cavar en silencio, y los truenos, los relámpagos y el granizo me excitaban. No me habría asombrado si me hubiera puesto a cantar. Trabajaba con tanto ahínco que me olvidé por completo de los truenos, del caballo y del coche. Muy pronto dejé la caja a la vista y empecé a levantarla...

—¿Era pesada? —dije.

—Me era tan imposible levantarla como volar. Me, puse malo. ¡Nunca había pensado en eso! Me puse furioso, se lo aseguro, y empecé a maldecir. Me indigné bastante. No pensé en dividirlo en partes pequeñas, y aún así no habría podido llevar el dinero suelto al coche. La levanté furiosamente por un extremo y todas las monedas saltaron haciendo un ruido tremendo. Un auténtico estruendo de plata. Y en ese mismo instante... ¡un relámpago! ¡Había tanta claridad como por el día! Y la puerta trasera que se abre... y el viejo que baja al jardín con la condenada escopeta. ¡No estaba a más de cien metros! Le aseguro que me hallaba tan desconcertado que no sabía lo que hacía. No me paré un segundo, ni siquiera para llenarme los bolsillos. Salté la valla como una bala y salí disparado hacia el coche, maldiciendo y jurando, con los bolsillos vacíos, tal como fui. Estaba en un estado... Y, ¿puede usted creer que cuando llegué al sitio donde había dejado el caballo y el coche, estos habían desaparecido? ¡Se habían marchado! Cuando lo vi ya no me quedaban más maldiciones. Me limité a patalear sobre la hierba y cuando me harté, me dirigí hacia Londres... Estaba hecho polvo.

Mr. Brisher se quedó pensativo durante un rato.

—Estaba hecho polvo —repitió con gran amargura.

—¿Y luego? —dije.

—Esto es todo —dijo *Mr. Brisher*.

—¿No volvió?

—¡Ni hablar! Estaba harto de ese maldito tesoro, al menos por una temporada. Además, no sabía lo que les hacen a los tipos que

intentan quedarse con los tesoros encontrados. Me dirigí hacia Londres en ese mismo momento...

—¿Y nunca volvió?

—Nunca.

—Pero ¿qué pasó con Jane? ¿Le escribió usted?

—Tres veces, a ver qué pasaba. Y no respondió. Nos habíamos despedido un poco enfadados a causa de sus celos. De modo que no pude saber a ciencia cierta lo que ese silencio significaba. No sabía qué hacer. Ni siquiera sabía si el viejo me había reconocido. Estuve bastante pendiente de los periódicos para ver cuándo entregaba el tesoro a la corona, pues no tenía ninguna duda de que lo haría, considerando lo honrado que había sido siempre.

—¿Y lo hizo?

Mr. Brisher frunció los labios y movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Él no —dijo—. Jane era una chica encantadora, totalmente encantadora, a pesar de sus celos, y es imposible saber si no hubiera vuelto con ella después de un tiempo. Pensaba que si su padre no entregaba el tesoro, yo tendría por dónde cogerle. Bueno, un día, como era habitual, leo la sección de noticias sobre Colchester... y allí vi su nombre. ¿Por qué cree usted que estaba allí?

No pude adivinarlo.

La voz de *Mr. Brisher* se debilitó hasta convertirse en un susurro, y una vez más habló tapándose la boca con la mano. Una auténtica alegría le inundó súbitamente.

—Por emitir monedas falsas —dijo—. ¡Falsas!

—¿Quiere decir que...?

—En efecto. Falsas. Hubo un proceso muy largo. Pero le cazaron, aunque él se defendió lo suyo. Probaron que había pasado... ¡oh!... cerca de una docena de medias coronas falsas.

—¿Y usted no...?

—¡Ni hablar! A él tampoco le ayudó mucho decir que era un tesoro encontrado.

EL CORAZÓN DE MISS WINCHELSEA

Miss Winchelsea iba a Roma. Hacía más de un mes que no pensaba en otra cosa y el viaje salía en su conversación con tanta frecuencia que mucha gente que no iba a Roma y que probablemente no iría nunca, consideraba su insistencia una descortesía por su parte. Algunos habían intentado convencerla, sin éxito alguno, de que Roma no era un lugar tan atractivo como se decía, y había incluso quien, a sus espaldas, llegó a sugerir que se estaba poniendo terriblemente «pesada» con «su querida Roma». La pequeña Lily Hardhurst había dicho a su amigo *Mr. Binns* que, por lo que a ella se refería, *Miss Winchelsea* podía «irse a su antigua Roma y quedarse allí para siempre; le daba exactamente igual». La extraordinaria ternura que *Miss Winchelsea* mostraba al hablar de Horacio y Benvenuto Cellini, de Rafael, Shelley y Keats —de haber sido la esposa de éste no habría profesado mayor interés en su tumba— era motivo de asombro general. Su vestido suponía un triunfo de la discreción; era práctico, pero no demasiado «turista». —*Miss Winchelsea* tenía verdadero pánico a parecer «turista»— y su Baedeker había sido forrada de gris para ocultar el rojo chillón de la encuadernación. Cuando por fin llegó el día de la partida, y a pesar de su petulancia, su figura resultaba delicada y agradable sobre el andén de *Charing Cross*. Hacía un día espléndido, la travesía del Canal prometía ser agradable y todos los presagios anunciaban lo mejor. Había un alegre sabor de aventura en aquella partida sin precedentes.

Le acompañaban dos amigas que habían sido compañeras en la escuela normal, dos chicas agradables y honestas, aunque no tan puestas en Historia y Literatura como *Miss Winchelsea*. Ambas tenían un elevado concepto de su compañera, pero para dirigirse a ella tenían que bajar la cabeza. *Miss Winchelsea* esperaba pasar buenos ratos animándolas a ponerse al nivel de su entusiasmo

estético e histórico. Sus amigas ya habían cogido los asientos y le dieron una efusiva bienvenida en la portezuela del compartimento. *Miss Winchelsea* hizo un rápido análisis del encuentro y advirtió que Fanny llevaba un cinturón de cuero algo «turista», y que Helen había cedido a la tentación de ponerse una chaqueta de sarga con bolsillos en los que tenía metidas las manos. Pero estaban demasiado contentas consigo mismas y con el viaje como para que su amiga intentara hacerles alguna sugerencia sobre aquellas cuestiones. Pasados los primeros momentos de euforia —el entusiasmo de Fanny era un poco ruidoso y apasionado, y consistía sobre todo en repeticiones enfáticas de «¡Imagínate querida! ¡Vamos a Roma! ¡A Roma!»— comenzaron a prestar atención a sus compañeros de viaje. Helen estaba decidida a tener un compartimento para ellas solas y, con el fin de alejar a los intrusos, salió y se plantó con firmeza en el estribo. *Miss Winchelsea* miró por encima del hombro hacia el exterior e hizo unos comentarios jocosos sobre la gente que atestaba el andén, lo que provocó la risa escandalosa de Fanny.

Viajaban con uno de los grupos de *Mr. Thomas Gunn* —catorce días en Roma por catorce libras—. No pertenecían al grupo dirigido personalmente por el guía, desde luego —ya se había encargado *Miss Winchelsea* de eso—, pero hacían el viaje con ellos por las ventajas que se desprendían de la combinación.

La gente que integraba el grupo formaba una mezcla rarísima y muy divertida. Había un guía políglota de cara colorada, muy chillón, que llevaba un traje de color sal y pimienta, cuyas largas mangas y piernas no cesaban de moverse. Daba las informaciones a gritos. Cuando quería hablar con alguien, extendía el brazo y le sujetaba hasta que conseguía su propósito.

En una mano llevaba un montón de papeles, billetes y recibos. Los viajeros parecían ser de dos tipos: unos a los que el guía buscaba y no encontraba, y otros, que sin que él los llamara, no dejaban de seguirle por todo el andén. Estos últimos debían de creer que la única forma segura de llegar a Roma era no desprenderse del guía. Tres viejecitas resultaban tan especialmente enérgicas en su persecución que terminaron por sacar de quicio al guía hasta un grado tal, que éste las puso en un compartimento y les prohibió salir de él. Durante el resto del viaje, cada vez que el guía pasaba

cerca, surgían de la ventana una, dos, tres cabezas que hacían lastimeras preguntas acerca de una «cajita de mimbre». También había un hombre muy fornido con una señora vestida de negro brillante, igualmente corpulenta, y un anciano que parecía un viejo mozo de cuadra.

—¿Qué puede buscar esta gente en Roma? —preguntó *Miss Winchelsea*—. ¿Qué significará Roma para ellos?

Vieron un cura alto con un pequeño sombrero de paja, y otro muy bajo cargado con un gran trípode fotográfico. El contraste hizo mucha gracia a Fanny. Después oyeron que alguien llamaba a un tal «Snooks».

—Siempre creí que ese nombre era un invento de los novelistas —dijo *Miss Winchelsea*—. ¡Imaginaos! ¡Snooks! Me pregunto cuál será ese *Mr. Snooks*.

Finalmente escogieron a un individuo bajo y regordete, con aspecto decidido, que llevaba un amplio traje a cuadros.

—Si ése no es Snooks, debería serlo —dijo *Miss Winchelsea*.

En ese momento el guía descubrió la intención de Helen de apropiarse del compartimento.

—Sitio para cinco —voceó al mismo tiempo que hacía una traducción paralela con los dedos.

Un grupo de cuatro personas —padre, madre y dos hijas— todos muy nerviosos, entraron dando tropezones.

—Vale, mamáita, déjame a mí —dijo una de las chicas mientras aplastaba el sombrero de su madre con un bolso que intentaba colocar en la rejilla.

Miss Winchelsea detestaba a la gente que daba empujones y llamaba a su madre «mamáita». Después entró un joven que viajaba solo. Según pudo comprobar *Miss Winchelsea*, su vestimenta no era en absoluto «turista»; su maleta Gladstone era de cuero de calidad, con etiquetas que recordaban sus estancias en Luxemburgo y Ostende, y sus botas, marrones, no eran de las corrientes. Llevaba un abrigo sobre el brazo. Antes de que todos se hubieran acomodado en sus asientos, llegó el revisor y, tras unos cuantos portazos, partieron al fin de la estación de *Charing Cross* con dirección a Roma.

—¡Imagínate! —gritó Fanny—. ¡Vamos hacia Roma, querida! ¡A Roma! ¡Todavía me parece mentira!

Miss Winchelsea puso fin a la emoción de Fanny con una ligera sonrisa y la señora a quien llamaban «mamaíta» explicó a la gente allí reunida por qué habían estado a punto de perder el tren. Sus dos hijas, tras llamarla de nuevo «mamaíta» varias veces, le hicieron bajar el tono de voz, de un modo poco amable, y la convencieron para que revisara el contenido de su neceser de viaje. Enseguida alzó la vista y exclamó:

—¡Dios mío! ¡No los he traído!

Las dos chicas exclamaron:

—¡Oh, mamaíta!

Pero nadie supo a qué se refería con aquéllos.

Al cabo de un rato Fanny sacó los Paseos por Roma de Hare, una especie de guía amena, muy popular entre los visitantes de la ciudad; el padre de las dos jóvenes empezó a examinar los billetes minuciosamente, en busca, al parecer, de palabras inglesas. Después de mirarlos por un lado, les dio la vuelta, sacó su pluma y escribió la fecha con sumo cuidado. El joven, tras un discreto examen de los compañeros de viaje, sacó un libro y se puso a leer. Mientras Helen y Fanny se dedicaban a mirar por la ventana para ver Chiselhurst — lugar en el que Fanny tenía interés, pues había sido residencia de la pobre emperatriz de Francia—, *Miss Winchelsea* aprovechó la oportunidad para observar el libro que el joven sostenía en sus manos. No era una guía, sino un volumen delgado de poesía, encuadernado. *Miss Winchelsea* le miró a la cara y su rápida mirada descubrió un rostro agradable y distinguido. Llevaba unos pequeños lentes de oro.

—¿Crees que todavía vivirá ahí? —preguntó Fanny, y con esa pregunta la observación de *Miss Winchelsea* llegó a su fin.

Durante el resto del trayecto *Miss Winchelsea* habló poco e intentó que sus escasas palabras sonaran refinadas y agradables. Su tono siempre había sido bajo, claro y distinguido, y procuró que en esa ocasión también lo fuera. Mientras pasaban bajo los blancos acantilados, el joven dejó de leer y, cuando por fin el tren se detuvo junto al barco, se preocupó cortésmente por el equipaje de *Miss Winchelsea* y sus amigas. *Miss Winchelsea* «detestaba las pamplinas», pero le agradó ver que el joven había captado enseguida que eran damas y las ayudaba sin ninguna afabilidad exagerada; con qué finura dejaba ver que su cortesía no era un

pretexto para intromisiones posteriores. Ninguna de las tres había salido de Inglaterra con anterioridad y estaban muy excitadas y algo nerviosas por la travesía del Canal. Formaron un pequeño grupo en el centro del barco —donde el joven había llevado el bolso de viaje de *Miss Winchelsea* diciéndole que era un buen lugar— y contemplaron cómo las blancas costas de Albión se alejaban. Citaron a Shakespeare y se burlaron de los compañeros de viaje con el tradicional sentido del humor británico.

Se divirtieron particularmente con las precauciones que las personas gruesas tomaban contra las pequeñas olas —predominaban las rodajas de limón y los frascos con brebajes—; una señora se había echado sobre una tumbona, con un pañuelo sobre el rostro, y un hombre robusto y decidido, que llevaba un flamante traje marrón, muy «turista», estuvo paseándose por la cubierta durante toda la travesía, con las piernas tan separadas como la Providencia le permitía. Todas estas precauciones dieron un resultado excelente, pues nadie se mareó. El grupo de turistas acosaba de tal modo al guía con preguntas por toda la cubierta que a Helen le sugirió la imagen un tanto vulgar de gallinas peleándose por un trozo de corteza de tocino. Finalmente, el guía acabó por esconderse en su camarote. Entretanto, el joven del libro de poesía se encontraba en popa viendo cómo Inglaterra se alejaba, con un aspecto que a *Miss Winchelsea* le pareció solitario y triste.

Después vino Calais con sus tumultuosas novedades y el joven no olvidó recoger el bolso de *Miss Winchelsea* y el resto del equipaje. Las tres chicas habían pasado exámenes oficiales de francés en su país, pero como se sentían avergonzadas de su mala pronunciación, el joven les resultó de bastante utilidad, sin extralimitarse en su ayuda. Las instaló en un confortable vagón, se despidió quitándose el sombrero y se marchó. *Miss Winchelsea* le dio las gracias con su mejor educación y Fanny comentó que era «muy atractivo» cuando aún estaba a sólo unos pasos de distancia.

—Me pregunto quién será —dijo Helen—. Debe de ir también a Italia porque he visto unos billetes de color verde en su cartera.

Miss Winchelsea estuvo a punto de hablarles del libro de poesía, pero decidió no hacerlo. Poco después el paisaje que se veía por las ventanas atrajo su atención y se olvidaron del joven. Viajar por un país cuyos anuncios más comunes estaban escritos en francés les

parecía una actividad muy culta, y *Miss Winchelsea* hizo unas cuantas comparaciones no muy patrióticas entre los pequeños carteles que estaban contemplando junto a la vía y las enormes vallas publicitarias que afean el paisaje inglés.

Pero el norte de Francia es realmente una zona poco interesante y, después de un rato, Fanny volvió a los Paseos de Hare y Helen comenzó a comer. *Miss Winchelsea* despertó de un ensueño feliz; había estado intentando ser consciente, dijo, de que realmente iba hacia Roma, pero tras una sugerencia de Helen se dio cuenta de que tenía hambre y las tres se dedicaron a consumir las viandas que llevaban en las cestas, con gran alegría. Después de la comida se sintieron cansadas y permanecieron en silencio hasta que Helen preparó el té. *Miss Winchelsea* habría descabezado un sueño, pero como sabía que Fanny dormía con la boca abierta, y con ellas viajaban dos señoras de edad indeterminada y aspecto criticón que conocían la lengua francesa suficientemente bien como para hablarla, *Miss Winchelsea* se entregó a la tarea de mantener despierta a Fanny. El movimiento del tren se fue haciendo monótono y el paisaje exterior que desfilaba a través de las ventanas acabó por resultar doloroso para la vista. Antes de la parada nocturna, ya estaban tremendamente cansadas.

Cuando esa parada llegó, fue animada por la aparición del joven, cuyos modales resultaron todo lo correctos que se podía desear y cuyo francés fue de nuevo muy útil. Tenía reserva para el mismo hotel que ellas y, por casualidad, al parecer, se sentó a la mesa al lado de *Miss Winchelsea*. A pesar de su entusiasmo por Roma, ella había pensado muy profundamente en una eventualidad semejante, y cuando el joven se decidió a hacer un comentario sobre el aburrimiento del viaje —para entonces ya había dejado pasar la sopa y el pescado— ella no sólo se mostró de acuerdo con su observación, sino que le contestó con otra. Pronto empezaron a comparar sus respectivos viajes y Helen y Fanny resultaron cruelmente apartadas de la conversación. Descubrieron que iba a ser un viaje muy parecido: un día de visita a las galerías de Florencia —«según he oído —comentó el joven—, apenas es suficiente»— y el resto en Roma. Habló de esta ciudad de un modo muy agradable; evidentemente era un hombre culto, pues citó a Horacio al hablar del Soracte. *Miss Winchelsea* había hecho un

trabajo sobre ese libro de Horacio para su ingreso en la universidad y se sintió encantada de poder terminar la cita. Este incidente dio cierto tono a la situación, un toque de refinamiento que lo distinguía de la mera charla. Fanny expresó algunas de sus emociones y Helen intervino con una serie de comentarios sensatos, pero el grueso de la conversación por parte de las chicas recaía naturalmente en *Miss Winchelsea*.

Antes de que llegaran a Roma, el joven ya pertenecía tácitamente a su grupo. No conocían su nombre ni cuál era su profesión, pero parecía que se dedicaba a la enseñanza y *Miss Winchelsea* tuvo la sensación de que era catedrático de universidad. De cualquier modo, algo así debería de ser, un personaje culto y refinado, ni exagerado ni inaccesible. *Miss Winchelsea* intentó descubrir un par de veces si provenía de Oxford o Cambridge, pero él eludió sus tímidos comentarios. Entonces ella buscó la forma de hacerle hablar de dichos lugares para ver si decía «subir» a ellos en vez de «bajar». Sabía que era la forma de reconocer a un hombre de universidad —él empleaba la construcción «de universidad» en vez de «universitario»— en la forma apropiada.

De la Florencia de Ruskin vieron todo lo que el tiempo les permitió; el joven las encontró en la Galería Pitti y la visitó con ellas, con animada charla y, evidentemente, muy agradecido por el reconocimiento que le mostraban. Sus conocimientos sobre arte eran muy vastos, y los cuatro disfrutaron mucho aquella mañana. Visitar las salas y reconocer viejas obras favoritas, o descubrir otras nuevas, resultaba fascinante, especialmente cuando había tanta gente a su alrededor que pasaba las hojas de su Baedeker desesperadamente. Para *Miss Winchelsea*, que detestaba la pedantería, el joven no tenía nada de pedante. Su claro sentido del humor, sin ser vulgar, era divertido, a costa, por ejemplo, de la obra singular de Beato Angélico. Debajo de eso había una grave seriedad que captaba rápidamente la lección moral de cada cuadro. Fanny se paseaba en silencio entre las obras maestras; reconocía que «sabía tan poco sobre ellas» y confesaba que para ella «todas eran bellas». *Miss Winchelsea* consideraba los comentarios de Fanny un poco monótonos. Había sentido un gran alivio cuando la última cumbre soleada de los Alpes había desaparecido y con ella los exagerados gritos de admiración de Fanny. Helen hablaba poco aunque *Miss*

Winchelsea ya sabía, desde que estudiaron juntas, que en ella había una cierta falta de sentido estético y no le sorprendía su silencio. Unas veces se reía de las delicadas bromas gastadas por el joven, otras veces no, y en ocasiones parecía perdida para el arte que les rodeaba y prefería sumirse en la contemplación de las ropas de los otros visitantes.

En Roma, el joven las acompañó sólo en algunas ocasiones. Un amigo suyo, bastante «turista», se lo llevaba a veces. El joven se quejaba cómicamente ante *Miss Winchelsea*.

—Dispongo sólo de dos semanas en Roma —decía—, y mi amigo Leonardo quiere que pase un día completo en Tívoli viendo una cascada.

—¿Qué es su amigo Leonardo? —preguntó *Miss Winchelsea* bruscamente.

—El trotamundos más entusiasta que nunca he conocido —contestó el joven de un modo simpático, pero insatisfactorio para *Miss Winchelsea*.

Pasaron unos momentos deliciosos, y Fanny no podía imaginar qué habrían hecho sin él. El interés de *Miss Winchelsea* y la enorme capacidad de admiración de Fanny eran insaciables. No flaquearon nunca; vieron galerías de pintura y escultura, iglesias llenas de gente, ruinas y museos, árboles de judas y chumberas, carros de vino y palacios: todo, con la mayor resolución. No encontraron ni un pino, ni un eucalipto, pero los nombraban y los admiraban. Nunca dirigieron la vista hacia el monte Soracte, pero prorrumpían en exclamaciones sobre él. Su actitud imaginativa hacía maravillosas las cosas más normales.

—Puede que César haya caminado por aquí —decían—. Rafael debe de haber contemplado el Soracte desde aquí mismo.

Fueron a la tumba de Bíbulo.

—El viejo Bíbulo —dijo el joven.

—El monumento más antiguo de la Roma republicana —añadió *Miss Winchelsea*.

—Lamento ser tan estúpida —dijo Fanny—, pero ¿quién fue Bíbulo?

Hubo una curiosa y breve pausa.

—¿No fue el que construyó la muralla? —dijo Helen.

El joven le lanzó una mirada rápida y se echó a reír.

—Ése fue Balbo —comentó.

Helen se ruborizó, pero ni él ni *Miss Winchelsea* hicieron nada por acabar con la ignorancia de Fanny sobre Bíbulo.

Helen se mostraba más taciturna que los demás, pero ella siempre había sido así; solía encargarse de los billetes de tranvía y esas cosas, y de no perderlos de vista si el joven los cogía para decirle luego dónde estaban cuando él los buscaba. Pasaron ratos estupendos en aquella ciudad rojiza, llena de recuerdos, que fue una vez el centro del mundo. Lo único que lamentaban era la falta de tiempo. Decían que los tranvías eléctricos y los edificios de los setenta, junto con el criminal anuncio que resplandecía sobre el foro, ultrajaban sus sentimientos estéticos, pero eso también era parte de la diversión. Y en verdad Roma es un lugar tan maravilloso que *Miss Winchelsea* llegaba a olvidarse de algunos de sus entusiasmos mejor preparados, y Helen, cogida de improviso, admitía rápidamente la belleza de cosas inesperadas. A Fanny y Helen les habría gustado ver algún escaparate en el barrio inglés, pero la inflexible hostilidad que *Miss Winchelsea* profesaba contra el resto de los visitantes ingleses hizo imposible visitar tal lugar.

La camaradería intelectual y estética entre *Miss Winchelsea* y el joven erudito se fue transformando poco a poco en un sentimiento más profundo. La exuberante Fanny hizo todo lo posible por mantenerse a tono con su profunda admiración, expresando sus exclamaciones vigorosamente y diciendo «¡Venga, vamos!» con gran ilusión cada vez que se nombraba un nuevo lugar de interés. Helen, por el contrario, manifestaba una cierta falta de entusiasmo que incomodaba un poco a *Miss Winchelsea*.

Se negó a ver «algo especial» en la fisonomía de Beatrice Cenci —¡la Beatrice Cenci de Shelley!— en la galería Barberini; un día, mientras los demás lamentaban la existencia de los tranvías, ella empezó a decir con bastante brusquedad que «la gente tenía que desplazarse de algún modo y que utilizar los tranvías era mejor que torturar a los caballos por aquellos horribles cerros». ¡Esos «horribles cerros» eran las Siete Colinas de Roma!

El día que fueron al Palatino, aunque *Miss Winchelsea* no se enteró de sus comentarios, dijo de pronto a Fanny:

—¡No corras tanto, querida! ¡No les gusta que les alcancemos!

—No intentaba alcanzarles —replicó Fanny aflojando el paso—.

De verdad que no —añadió, y estuvo jadeando un minuto.

Pero *Miss Winchelsea* había encontrado la felicidad. Sólo se daría cuenta de lo feliz que había sido paseando entre aquellas ruinas a la sombra de los cipreses e intercambiando los pensamientos más elevados que el ser humano posee y las impresiones más distinguidas que puedan transmitirse, cuando evocara la tragedia que ocurriría después. Sin que se dieran cuenta, el sentimiento se iba introduciendo en su relación y llegaba a resplandecer claramente y de un modo agradable cuando Helen y su modernidad no estaban demasiado cerca. Su interés pasaba imperceptiblemente de las cosas maravillosas que les rodeaban a los sentimientos más íntimos y personales. La información sobre sus vidas iba surgiendo tímidamente; ella hizo alusión a su escuela, a su éxito en los exámenes, y expresó su alegría porque ya hubiera pasado la época de los «atracones» en los estudios. El joven dejó claro que él también se dedicaba a la enseñanza. Hablaron de la grandeza de su tarea, de la necesidad de vocación para afrontar los detalles molestos, de la soledad que a veces sentían...

Esto ocurrió en el Coliseo, pero no les dio tiempo a más aquel día porque Helen volvió enseguida con Fanny, a la que había llevado a ver las galerías superiores del anfiteatro. Sin embargo, los sueños de *Miss Winchelsea*, bastante claros y concretos ya, se hicieron realistas en grado extremo. Se imaginaba a aquel atractivo joven instruyendo a sus alumnos del modo más edificante, con ella como modesta compañera y colaboradora intelectual. Se imaginaba un pequeño pero distinguido hogar, con dos escritorios y estantes blancos para unos libros excelentes, y con reproducciones de obras de Rossetti y Burne Jones sobre paredes empapeladas con diseños de Morris y flores en calderos de cobre trabajado. En realidad se imaginaba muchas cosas. En el Pincio pasaron unos ratos deliciosos juntos, mientras Helen se llevaba a Fanny a ver el «muro Torto». El joven le habló con sinceridad. Le dijo que esperaba que su amistad estuviera sólo empezando y que su compañía era para él algo muy preciado, incluso más que eso.

Se puso muy nervioso y se sujetó los lentes con dedos temblorosos, como si temiera que la emoción los fuera a hacer caer.

—Desde luego —dijo—, debería hablarle de mí. Sé que no es normal que me dirija a usted así. Pero como nuestro encuentro ha

sido tan accidental, o providencial, tengo que aprovechar la situación. Vine a Roma a hacer un viaje solitario... y he sido tan, tan feliz. Hace muy poco que he conseguido cierta posición... y me he atrevido a pensar... que...

Echó una mirada por encima del hombro y dejó de hablar.

—¡Demonios! —exclamó con claridad, pero *Miss Winchelsea* no le censuró ese varonil descuido.

Volvió la vista y vio que su amigo Leonardo se aproximaba. Llegó hasta donde ellos se encontraban, se quitó el sombrero para saludar a *Miss Winchelsea* y sonrió un tanto burlonamente.

—Te he estado buscando por todas partes, Snooks —dijo—. Dijiste que estarías en los escalones de la Piazza hace media hora.

¡Snooks! El nombre fue como un puñetazo en la cara. Ni siquiera oyó su contestación. Más tarde pensó que Leonardo debió de sacar la impresión de que ella era una persona de lo más distraída. La verdad es que ni aún hoy está segura de si fue presentada a Leonardo o no, ni recuerda lo que le dijo. Había sufrido una especie de parálisis mental. De todos los apellidos horribles tenía que ser... ¡Snooks!

Helen y Fanny acababan de llegar; hubo los consiguientes saludos y los jóvenes se marcharon. Con un gran esfuerzo *Miss Winchelsea* consiguió dominarse y hacer frente a las miradas inquisitivas de sus amigas. Durante toda aquella tarde vivió una vida de heroína bajo el indescriptible ultraje de aquel nombre, teniendo que soportar charlas y comentarios mientras «Snooks» le roía el corazón. Desde el momento en que el nombre resonó en sus oídos, el sueño de su felicidad se había desmoronado. Toda la distinción que había imaginado desapareció y quedó deformada por la vulgaridad inevitable de aquel apellido.

¿De qué le servía ahora un hogar distinguido, con reproducciones de cuadros, el empapelado de Morris y los escritorios? Sobre todo aquello había ahora una increíble inscripción escrita con letras de fuego: «*Mrs. Snooks*». Esto puede que al lector le parezca una insignificancia, pero hay que tener en cuenta la delicadeza de espíritu de *Miss Winchelsea*. Imaginad que sois de lo más refinado y después pensad que tenéis que firmar «Snooks». *Miss Winchelsea* se imaginaba a todas las personas que más detestaba llamándola *Mrs. Snooks* y sentía el apellido

pronunciado con un cierto tono insultante. Veía una tarjeta de visita gris en la que el apellido Winchelsea escrito con letras de plata había sido triunfalmente borrado por una flecha, la de Cupido, en favor de «Snooks». ¡Degradante confesión de debilidad femenina! Se imaginaba el terrible alborozo de ciertas amigas, de aquellos primos tenderos de los que su creciente exquisitez le había apartado. ¡Con qué grandes letras escribirían el apellido en el sobre que enviarían con sus sarcásticas felicitaciones!

—¡Es imposible! —murmuró—. ¡Es imposible! ¡Snooks!

Lo lamentaba por él, pero no tanto como por ella misma. De repente sintió una cierta indignación hacia el joven. Ser tan agradable, tan refinado, y no dejar de llamarse «Snooks» ni un momento. Esconder bajo una pretenciosa gentileza de trato el emblema siniestro de su apellido era una especie de traición. Expresado en el lenguaje de la ciencia sentimental, sentía que se había burlado de ella.

Pasó, por supuesto, por algunos momentos de terrible incertidumbre; incluso en una ocasión, un sentimiento semejante a la pasión estuvo a punto de hacer que perdiera su distinción. Había algo en su interior, un incorruptible vestigio de vulgaridad que hacía persistentes tentativas por probar que Snooks no era después de todo un apellido tan feo. Pero toda vacilación desapareció ante el comportamiento de Fanny cuando ésta llegó y le dijo, con aire catastrófico, que ella también conocía la desgracia. La voz de Fanny se redujo a un susurro mientras pronunciaba «Snooks». *Miss Winchelsea* no quiso dar ninguna contestación al joven cuando por fin, en la villa Borghese, pudo charlar un minuto con él; pero prometió que le contestaría por escrito.

Le entregó la carta dentro del pequeño libro de poesía que le había prestado, aquel librito que les había unido al principio. Su rechazo era ambiguo, lleno de alusiones. No podía explicarle por qué le rechazaba, del mismo modo que no se puede hablar a un jorobado de su joroba. Él ya debía de tener una idea sobre el innominable carácter de su apellido. En verdad —ahora se daba cuenta *Miss Winchel*— se había evitado pronunciarlo en una docena de ocasiones. Ella le habló de «obstáculos que no podía salvar» y «razones por las que resultaba imposible lo que le pedía». Al escribir el nombre en el sobre sintió un escalofrío: «E. K. Snooks».

Las cosas empezaron a ponerse peor de lo que esperaba; el joven le pidió una explicación. ¿Cómo podía ella explicarse? Aquellos dos últimos días en Roma habían sido horribles. El aire de perplejidad y asombro del joven le rondaba continuamente en la cabeza. Sabía que le había dado ciertas esperanzas y no tenía el valor suficiente de examinar su mente para ver hasta dónde había llegado. Suponía que el joven debía de considerarla un ser tremendamente voluble. Ahora que se batía en retirada no quiso escuchar sus sugerencias acerca de una pretendida correspondencia cuando dejaran de verse. En este asunto Snooks hizo algo que a *Miss Winchelsea* enseguida le pareció delicado y romántico: utilizó a Fanny como intermediario. Fanny no supo guardar el secreto y aquella misma noche corrió a contárselo a su amiga con el transparente pretexto de pedirle consejo.

—*Mr. Snooks* —dijo Fanny—, quiere escribirme. ¡Imagínate! Ni me había dado cuenta. Pero ¿tú crees que debo permitirselo?

Hablaron sobre ello largo y tendido y *Miss Winchelsea* tuvo cuidado para no retirar el velo que cubría el corazón de su amiga. Empezaba a arrepentirse de haber dejado pasar las sugerencias de carteo que el joven le había hecho.

¿Por qué no iba ella a saber de él de vez en cuando, por muy desagradable que le resultara su apellido? *Miss Winchelsea* decidió que podía permitirselo y Fanny le dio un beso de buenas noches con una emoción inusual. Cuando su amiga se hubo marchado, *Miss Winchelsea* se sentó junto a la ventana de su habitación durante un largo rato. Había luna llena y en la calle un hombre cantaba «Santa Lucía» con una ternura que le partía el corazón... La joven se quedó inmóvil.

Susurró una palabra con suavidad: «Snooks». Después se puso en pie y, tras un profundo suspiro, se fue a la cama. A la mañana siguiente el joven le dijo con decisión:

—Espero noticias tuyas a través de su amiga.

Mr. Snooks las vio marchar de Roma con aquella patética perplejidad interrogante aún sobre su rostro, y de no haber sido por Helen se habría quedado con el bolso de *Miss Winchelsea* a modo de recuerdo enciclopédico. Durante el viaje de vuelta a Inglaterra, *Miss Winchelsea* hizo prometer a Fanny, en seis ocasiones distintas, que le escribiría unas cartas larguísimas. Fanny, al parecer, iba a vivir

bastante cerca de *Mr. Snooks*. Su nueva escuela —siempre estaba cambiando de escuela— distaba sólo cinco millas de Steely Bank, y era precisamente en la universidad politécnica de esa ciudad y en otro par de universidades de primer orden donde *Mr. Snooks* ejercía su profesión. Incluso podría verle en ocasiones. Las dos amigas no pudieron hablar mucho de él —siempre le llamaban «él», nunca «*Mr. Snooks*»—, pues Helen estaba siempre dispuesta a decir cosas desagradables sobre ese tema. Desde los tiempos de la vieja escuela normal, el carácter de esa joven se había agriado considerablemente, pensó *Miss Winchelsea*; se había vuelto dura y cínica. Decía que el joven tenía un rostro débil, confundiendo debilidad y delicadeza, como suele hacer la gente de su especie, y cuando se enteró de que su apellido era *Snooks*, dijo que ya se esperaba ella algo parecido. Después de eso, *Miss Winchelsea* se mostró muy cuidadosa a la hora de expresar sus sentimientos, aunque *Fanny* fue menos discreta.

Las chicas se separaron en Londres y *Miss Winchelsea* volvió, con renovada vitalidad, al colegio femenino de segunda enseñanza en el que había prestado sus servicios como profesor ayudante durante los tres años anteriores. Su nuevo interés en la vida radicaba en la correspondencia con *Fanny* a quien, para darle ejemplo, le escribió una larga y descriptiva carta a los quince días de su regreso. *Fanny* contestó de una manera decepcionante. La verdad es que no tenía dotes literarias, pero lo que a *Miss Winchelsea* le resultaba asombroso era verse deplorando la falta de aptitudes de una amiga. Incluso llegó a criticar la carta en voz alta, en la segura soledad de su estudio, y su crítica, expresada con gran amargura fue: «¡Sandeces!». En la carta *Fanny* contaba lo mismo que *Miss Winchelsea* le había contado en la suya: detalles del colegio. Y de *Mr. Snooks*, sólo esto: «He recibido una carta de *Mr. Snooks* y se ha pasado a verme los dos últimos sábados por la tarde. Habló de ti y de Roma; los dos hablamos de ti. Cómo te deben de haber silbado los oídos, querida...».

Miss Winchelsea reprimió su deseo de solicitar una explicación más precisa y volvió a escribir una dulce y larga carta. «Háblame de ti, querida. Aquel viaje renovó nuestra antigua amistad y quiero, de verdad, seguir en contacto contigo». En la quinta página citaba simplemente a *Mr. Snooks* para decir que le alegraba que le hubiera

visto y que si alguna vez preguntaba por ella le diera afectuosos recuerdos (subrayado). Fanny contestó de la manera más estúpida sobre el tema de su «antigua amistad», recordando a *Miss Winchelsea* una docena de estupideces sobre los días de la escuela normal y sin decir una sola palabra de *Mr. Snooks*.

Miss Winchelsea estuvo casi una semana tan enfadada por el fracaso de Fanny como intermediario que no quería escribirle. Por fin redactó una carta con menos efusión en la que le preguntaba directamente: «¿Has visto a *Mr. Snooks*?». La respuesta de Fanny fue inesperadamente satisfactoria. «Sí, he visto a *Mr. Snooks*», contestó, y después de nombrarle continuó hablando de él; todo era *Snooks*: *Snooks* esto, *Snooks* lo otro. Iba a dar una conferencia, decía Fanny entre otras cosas. Sin embargo, después del primer momento de alegría, esta carta tampoco le satisfacía del todo. Fanny no hacía alusión a un posible comentario de *Mr. Snooks* sobre *Miss Winchelsea*, ni citaba que tuviera aspecto pálido y abatido como debería de estar ocurriendo. Pero he aquí que antes de que le hubiera contestado, llegó una segunda carta de Fanny sobre el mismo tema; un verdadero chorro de palabras que ocupaban seis hojas escritas con su dilatada letra femenina.

En esa segunda carta había algo bastante extraño que *Miss Winchelsea* sólo advirtió cuando releyó la carta por tercera vez. La natural femineidad de Fanny había prevalecido incluso frente a las claras y rotundas tradiciones de la escuela normal; era una de esas débiles criaturas que hacían todas las m, las n y las u, y las r y las e, iguales y que dejaban las o y las a abiertas y las i sin punto. De ese modo, sólo después de una trabajosa comparación entre varias palabras *Miss Winchelsea* quedó convencida de que *Mr. Snooks* no era en absoluto *Mr. «Snooks»*. En la primera carta de Fanny sí era *Mr. «Snooks»*, pero en la segunda su amiga había modificado la ortografía y era *Mr. «Senoks»*. A *Miss Winchelsea* le tembló claramente la mano cuando dio la vuelta a la hoja: ¡significaba tanto para ella! Le había empezado a parecer que un apellido como *Snooks* sólo podría evitarse a un precio demasiado alto y, de pronto, ¡esta solución! Repasó las seis hojas, todas salpicadas con ese nombre comprometido y, en todos los casos, la primera letra después de la S tenía la forma de una e. Durante un rato se paseó por la habitación con la mano en el corazón.

Pasó todo un día reflexionando sobre el cambio mientras elaboraba mentalmente una carta que debía ser a la vez discreta y efectiva, y pensando en lo que iba a hacer una vez que recibiera la respuesta. Si la alteración de la ortografía era algo más que una extraña rareza de Fanny, estaba decidida a escribir directamente a *Mr. Snooks*. Había llegado al punto en que la discreción en el comportamiento resulta inútil. Aún no había inventado la excusa, pero el tema de la carta estaba claro en su mente, incluyendo la insinuación de que «las circunstancias de mi vida han cambiado enormemente desde que nos conocimos». Pero nunca llegó a expresar tal insinuación por escrito. Llegó una tercera carta de aquella caprichosa corresponsal que era Fanny. En la primera línea se proclamaba «la chica más feliz del mundo».

Miss Winchelsea estrujó la carta en la mano sin leer el resto y, con la cara repentinamente rígida, se sentó. Había recibido la carta justo antes de ir a clase y la había abierto cuando los alumnos de tercero de matemáticas estaban trabajando. Después reanudó su lectura dando apariencia de gran serenidad. Pero tras la primera hoja, pasó a leer la tercera sin darse cuenta del error: «... le dije francamente que no me gustaba su nombre», era el comienzo de la tercera hoja. «Me contestó que a él tampoco, ya conoces esa especie de repentina franqueza que tiene». *Miss Winchelsea* la conocía. «Entonces le dije: ¿No podría cambiarlo? Al principio dijo que no sabía cómo. Después, bueno, me dijo lo que significa su nombre. Significa “Sevenoaks”, pero ha llegado a convertirse en *Snooks*; tanto los *Snooks* como los *Noaks*, apellidos terriblemente vulgares, son en realidad deformaciones de “Sevenoaks”. Así que le dije —a veces tengo ideas brillantes— si de *Sevenoaks* derivó a *Snooks*, ¿por qué no volver de *Snooks* a *Sevenoaks*? Y el resultado es, querida, que no ha podido negármelo y ha cambiado su apellido de *Snooks* a *Senoks* en los anuncios de su nueva conferencia. Y después, cuando estemos casados, le pondremos un apóstrofe y lo convertiremos en “*Se’noks*”. ¿No te parece encantador por su parte el que haya tomado en consideración una sugerencia mía por la que muchos otros hombres se hubieran ofendido? Pero él es así, tan encantador como inteligente. Sabía tan bien como yo que le habría aceptado a pesar de su apellido, aunque se hubiera llamado diez veces *Snooks*. Pero aún así me ha dado el gusto».

Los alumnos se sobresaltaron al oír el ruido de papeles desgarrados con rabia y, al levantar la vista, vieron a *Miss Winchelsea* que, con cara pálida, estrujaba en la mano unos cuantos trozos de papel. Durante unos segundos sus fijas miradas se cruzaron y después su expresión se tornó más familiar.

—¿Ha hecho alguien ya el problema número tres? —preguntó en tono sosegado.

Después de aquello continuó serena, pero tuvo que hacer esfuerzos por imponerse durante el resto del día. Pasó dos laboriosas tardes escribiendo diversos tipos de carta antes de encontrar una forma decorosa de felicitar a Fanny. Su razón luchaba desesperadamente contra la convicción de que su amiga se había comportado de un modo extraordinariamente desleal.

Uno puede ser extremadamente distinguido y sentirse emocionalmente deshecho. Ciertamente, ése era el estado de *Miss Winchelsea*. Tenía ataques de hostilidad hacia el sexo masculino, que extendía sin compasión al resto de la humanidad. «Conmigo no se atrevió —se decía—. Pero Fanny es linda y sonrosada, dulce y necia: un partido excelente para un hombre». A modo de regalo de boda le envió un volumen de poesía de George Meredith, cuidadosamente encuadernado, y Fanny le contestó con una carta groseramente feliz en la que le decía que el volumen era «preciosísimo». *Miss Winchelsea* tenía la esperanza de que algún día *Mr. Senoks* tomaría aquel libro entre sus manos y pensaría en quién lo había regalado. Fanny le escribió varias veces antes de su boda, (continuaba con su leyenda favorita de la «antigua amistad»), para describirle su felicidad con todo detalle. *Miss Winchelsea* escribió a Helen por primera vez desde el viaje a Roma, sin decirle nada de la boda, pero expresándole sus más cordiales sentimientos.

Habían estado en Roma en Semana Santa y Fanny se casó durante las vacaciones de agosto. Escribió a *Miss Winchelsea* una extensa carta en la que describía su llegada al hogar y la estupenda disposición de su casita, «tan chiquitina». *Mr. Senoks* estaba empezando a adquirir en el recuerdo de *Miss Winchelsea* una distinción que no tenía nada que ver con la realidad y en vano intentaba imaginarse su grandeza cultural dentro de aquella casa «tan chiquitina». «Estoy muy ocupada pintando un rinconcito —escribía Fanny con su amplia letra hacia el final de la tercera hoja

—, así que perdona que no te cuente más». *Miss Winchelsea* le contestó con su mejor estilo, burlándose con gracia de las tareas de Fanny y deseando con vehemencia que

Mr. Se'noks

viera la carta. Era únicamente esa esperanza lo que le daba fuerzas para escribir y contestar no sólo aquella carta sino otra en noviembre y otra en Navidad.

Las dos últimas contenían insistentes invitaciones para que fuera a *Steely Bank* durante las vacaciones de Navidad. Intentó convencerse de que él le había dicho a Fanny que la invitara, pero aquello tenía todo el aspecto de ser algo que partía de la desbordante afabilidad de Fanny. *Miss Winchelsea* no hacía más que pensar que él ya debería de estar arrepentido de su error; y tenía más que esperanzas de que en breve recibiría una carta de él que comenzara: «Querida amiga». Había algo sutilmente trágico en su separación que era de gran valor para ella: un triste equívoco. Haber sido rechazada hubiera sido intolerable. Pero él nunca escribiría una carta que comenzara: «Querida amiga».

Durante dos años *Miss Winchelsea* no encontró el momento de ir a visitar a sus amigos, a pesar de las reiteradas invitaciones de *Mrs. Sevenoaks*: ya era así, con todas las letras, a partir del segundo año. Un día, hacia Semana Santa, se sintió sola y sin nadie en el mundo que la comprendiera y su mente recurrió una vez más a lo que se conoce como «amistad platónica». Fanny era, claramente, una persona feliz y dedicada a sus nuevas tareas domésticas, pero él, sin lugar a dudas, debía de tener sus horas de soledad. ¿No se habría acordado alguna vez de aquellos días en Roma, perdidos ahora para siempre? Nadie le había entendido como él, nadie en el mundo. Volver a hablar con él sería un gran placer lleno de melancolía; y ¿qué mal podría haber en ello? ¿Por qué debería negarse a sí misma ese deseo? Aquella noche escribió un soneto al que sólo le faltaron los dos últimos versos del segundo cuarteto, que no le salieron, y al día siguiente escribió una deliciosa nota en la que anunciaba a Fanny su llegada.

Y así volvió a verle.

Desde el primer encuentro fue evidente que no era el mismo; parecía más fuerte y menos nervioso. *Miss Winchelsea* pudo apreciar rápidamente que su conversación había perdido su antigua

delicadeza. Incluso encontró una justificación para el comentario de Helen acerca de la debilidad de su rostro: realmente ciertos rasgos eran débiles. Parecía ocupado y volcado en sus asuntos, e incluso debía de creer que *Miss Winchelsea* había ido a ver a Fanny. Se pasó la cena hablando con su mujer de un modo muy inteligente y con *Miss Winchelsea* sólo mantuvo una corta conversación que no condujo a nada. No hizo referencia alguna a Roma y estuvo todo el rato atacando a un individuo que le había robado una idea para hacer un libro de texto, idea que a *Miss Winchelsea* no le pareció tan maravillosa. Descubrió que había olvidado más de la mitad de los nombres de los pintores cuyas obras habían disfrutado en Florencia.

Fue una semana tristemente decepcionante y *Miss Winchelsea* se alegró cuando llegó a su fin. Eludió posteriores visitas con varias excusas. Unos años después, el cuarto de los invitados fue ocupado por dos niños y las invitaciones cesaron. La intimidad de sus cartas había desaparecido mucho tiempo antes.

EL SUEÑO DE ARMAGEDDON

El hombre de cara pálida subió al vagón en Rugby. A pesar de las prisas del mozo que le llevaba el equipaje, se movía con lentitud; advertí, cuando aún se encontraba en el andén, que parecía encontrarse muy enfermo. Tras lanzar un suspiro, se dejó caer en el asiento situado frente al mío, hizo un intento por arreglar su manta de viaje y después se quedó inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Al cabo de un rato pareció darse cuenta de que le observaba. Me miró y estiró una mano extremadamente débil en dirección a su periódico. Luego volvió de nuevo la vista hacia mí.

Fingí leer. Temí haberle molestado involuntariamente, pero al momento me sorprendió encontrarle dirigiéndose a mí.

—Perdón —dije—, ¿decía usted?

—Ese libro —repitió mientras señalaba con un dedo huesudo—, es sobre sueños ¿verdad?

—Desde luego —le contesté, pues se trataba de los Estados del Sueño de Fortnum-Roscoe y el título aparecía en la cubierta.

Permaneció en silencio durante un rato, como si estuviera buscando las palabras.

—Sí —dijo por fin—, pero no le dicen a usted nada.

Al principio no entendí lo que quería decir.

—No saben —añadió.

Le miré a la cara con un poco más de atención.

—Hay sueños —dijo—, y sueños.

Nunca suelo discutir ese tipo de enunciados.

—Supongo... —dijo titubeando—. ¿Sueña usted alguna vez? Quiero decir —añadió—, algo que se le quede fuertemente grabado en la memoria.

—Sueño muy poco —contesté—. Dudo que tenga más de tres sueños al año que pueda recordar.

—¡Ah! —exclamó, y por un momento pareció dedicarse a rememorar sus pensamientos.

—¿Y a usted no se le mezclan sueños y recuerdos? —preguntó

directamente—. ¿No se ha encontrado alguna vez ante la duda de decir: «habrá ocurrido esto o no»?

—Casi nunca —contesté—. Sólo de vez en cuando, y apenas me dura. Supongo que lo que usted dice le pasa a muy poca gente.

—¿Habla él...? —dijo señalando el libro.

—Sí, dice que a veces ocurre —contesté—, y da la explicación usual, referente a la intensidad de la impresión y todo eso, para demostrar que, como regla general, no suele suceder. Supongo que usted sabrá algo de estas teorías... —añadí.

—Un poco —contestó—, fundamentalmente que todas son erróneas.

Sus dedos afilados jugaron con la correa de la ventanilla durante un rato. Me dispuse a proseguir con mi lectura, lo que pareció precipitar un nuevo comentario por su parte; se inclinó hacia mí, como si fuera a tocarme y dijo:

—¿No hay algo que se llama sueño consecutivo, es decir, que se repite noche tras noche?

—Creo que sí —contesté—. Se citan casos de ese tipo en la mayoría de los tratados sobre trastornos mentales.

—¡Trastornos mentales! —exclamó—. Bueno, puede que lo sean; al menos es el lugar que les corresponde. Pero a lo que me refiero —añadió mirando sus nudillos descarnados—, es a si se trata siempre de un sueño. ¿Es un sueño o es algo más? ¿No podría ser algo distinto?

De no haber sido por la preocupación ojerosa que mostraba su rostro, habría rechazado su monótona conversación. Aún recuerdo su mirada mortecina y sus párpados enrojecidos; tal vez conozcáis ese tipo de mirada.

—No se trata solamente de un tema de conversación —dijo—. Es un asunto que me está destrozando.

—¿Se refiere a los sueños? —pregunté.

—Si usted quiere llamarlo así... —repuso—. Noche tras noche... y de un modo tan real. Esto —dijo señalando el paisaje que desfilaba tras la ventanilla parece irreal en comparación. Apenas puedo recordar quién soy, a qué me dedico...

Se detuvo.

—Incluso ahora...

—Usted quiere decir que el sueño es siempre el mismo ¿no? —

pregunté.

—Ya ha terminado —repuso.

—¿Cómo?

—He muerto.

—¿Muerto?

—Destrozado y muerto. Todo lo que había en mi sueño ha muerto para siempre. Soñé que era otro hombre, que vivía en otra parte del mundo y en una época diferente. Soñé con ello noche tras noche, y noche tras noche me desperté en aquella otra vida. Nuevas escenas y acontecimientos... hasta que llegó el último.

—¿En el que usted murió?

—Eso es. En el que morí.

—Y a partir de entonces...

—No —dijo—. Ya nada, gracias a Dios; aquello fue el final del sueño.

Era evidente que yo quería que me contara el sueño. Después de todo, tenía una hora por delante, la luz iba disminuyendo con rapidez y Fortnum Roscoe resultaba un poco aburrido.

—Vivía usted en una época diferente —dije—, ¿quiere eso decir en otro siglo?

—Sí.

—¿Pasado?

—No, no. Futuro.

—¿El año tres mil, por ejemplo?

—No sé qué año era. Lo sabía cuando estaba dormido, cuando soñaba quiero decir, pero ahora que estoy despierto no lo sé. Hay muchas cosas que he olvidado desde que desperté de esos sueños, aunque las sabía cuando estaba, supongo, soñando. Ellos llamaban al año de una forma distinta a la nuestra... ¿Cómo lo llamaban? —dijo llevándose la mano a la frente—. No, lo he olvidado.

Sonrió débilmente. Durante un rato temí que no tuviera la intención de contarme su sueño. Como regla general, detesto a la gente que cuenta sus sueños, pero éste me impresionaba de un modo especial. Incluso quise ayudarle.

—Comenzaba... —le sugerí.

—Desde el principio fue muy real. Me daba la impresión de que despertaba en él de repente. Resulta curioso que en estos sueños nunca me acordara de la vida que ahora vivo. Era como si la vida

onírica fuera suficiente mientras duraba. Tal vez... Pero ya le contaré cómo me encuentro cuando haya hecho lo posible por recordarlo todo. No me acuerdo absolutamente de nada hasta el momento en que me veo sentado en una especie de terraza que da al mar. Me había quedado adormilado y de pronto me desperté, fresco y despejado, sin la menor apariencia de estar soñando, porque la chica había dejado de abanicarme.

—¿La chica?

—Sí, la chica. No me interrumpa o perderé el hilo del relato.

Se detuvo bruscamente.

—¿No creerá que estoy loco, verdad?

—No —contesté—; ha estado soñando, eso es todo. Pero siga contándome su sueño.

—Como decía, me desperté porque la chica había dejado de abanicarme. No me sorprendió encontrarme allí, ni nada de eso, usted ya me entiende. No sentía que mi aparición hubiera sido repentina. Sencillamente acepté la situación tal y como era. Todo recuerdo que pudiera tener sobre esta vida, esta vida decimonónica, se desvaneció al despertarme, desapareció como un sueño. Sabía todo acerca de mi persona, sabía que mi nombre ya no era Cooper, sino Hedon, y conocía mi posición en el mundo. He olvidado muchas cosas desde que desperté —hay una gran falta de cohesión —, pero entonces todo parecía bastante claro y evidente.

Volvió a dudar y, tras agarrar la correa de la ventanilla de nuevo, acercó su rostro al mío y con mirada suplicante me dijo:

—Todo esto le parecerán tonterías ¿no?

—En absoluto —exclamé—. Continúe. Dígame cómo era la terraza.

—No era verdaderamente una terraza, pero no sé qué otro nombre darle. Era pequeña y daba al sur. Estaba toda en sombra menos el semicírculo sobre el balcón desde el que se veía el cielo y el mar y el rincón en el que estaba la chica. Me encontraba echado en un sofá, un sofá de metal con cojines a rayas, y la chica estaba asomada al balcón, de espaldas a mí. La luz del amanecer le rozaba los oídos y las mejillas. Su precioso cuello blanco, decorado con unos pequeños rizos, y sus pálidos hombros recibían la luz del sol mientras toda la elegancia del resto de su cuerpo quedaba disimulada por una fría sombra azulada. Su vestido —¿cómo podría

describirlo?— era holgado y ligero. Al verla allí, delante de mí, pensé en lo bella y atractiva que era, como si nunca antes la hubiera visto. Cuando por fin suspiré y me puse en pie, apoyándome en un brazo, volvió su rostro hacia mí...

El hombre se detuvo.

—Llevo viviendo cincuenta y tres años en este mundo. He tenido madre, hermanas, amigas, esposa e hijas de las que conozco todos sus rostros y gestos. Pero el semblante de esta chica es para mí mucho más real. Puedo evocarlo y verlo de nuevo. Podría dibujarlo o pintarlo. Y después de todo...

Se detuvo de nuevo, pero yo no dije nada.

—Es el rostro de un sueño, el rostro de un sueño. Era bella, pero no con esa belleza que es terrible, fría y venerable, como la de una santa. Tampoco era la belleza que provoca fieras pasiones. Se trataba de una especie de resplandor, de unos labios dulces que se ablandaban en sonrisas y de unos ojos grises y solemnes. Se movía con elegancia; parecía participar de todas las cosas agradables y dulces...

Se volvió a detener y esta vez agachó la cabeza y ocultó el rostro. Después, alzó la vista y continuó, sin hacer ningún otro intento por disimular su fe absoluta en la realidad del relato.

—Verá —continuó—. Yo había renunciado a mis planes y ambiciones y había abandonado todo aquello que había ansiado y por lo que había trabajado, a cambio de su amor. En el norte, lejos de allí, yo era un hombre poderoso, con influencia y riqueza, y con una gran reputación, pero nada de todo esto era digno de compararse con ella. Y con ella había llegado a ese lugar, a esa ciudad de placer y de sol, y había acabado con todo lo anterior definitivamente para salvar al menos lo que quedaba de mi vida. Mientras estuve enamorado de ella antes de saber si me correspondía, antes de imaginar que ella se arriesgaría, que nos arriesgaríamos los dos, toda mi vida me pareció vana y absurda, polvo y cenizas. Y así era. Noche tras noche, y durante largos días, la había ansiado y deseado... ¡Mi alma se había estado debatiendo contra lo prohibido!

»Pero resulta imposible para un hombre contar estas cosas con exactitud. Es una emoción, un matiz, un resplandor que va y viene. Sólo mientras dura, todo cambia, absolutamente todo. El hecho es

que me marché y les dejé en medio de su Crisis para que se las arreglaran como pudieran.

—Dejó, ¿a quién? —pregunté con confusión.

—A la gente del norte. En el sueño yo era un hombre importante, de ésos en los que la gente confía y se agrupa a su alrededor. Millones de personas que nunca me habían visto antes estaban dispuestas a hacer cosas y a arriesgarse por la confianza que tenían depositada en mí. Llevaba años jugando ese juego importante y laborioso, ese monstruoso juego político, rodeado de intrigas y traiciones, discursos y agitación. Aquél era un mundo vasto y confuso, y por fin yo era el jefe de los que se habían rebelado contra la camarilla —ya sabe, se llamaba así a esa especie de mezcla de proyectos ruines y bajas ambiciones con estupideces emocionales ampliamente extendidas y algunos tópicos—, contra esa camarilla que mantenía al mundo en la ceguera y el desorden año tras año y que seguía dirigiéndolo hacia un desastre sin fin. Pero sé que es imposible que usted comprenda las sombras y complicaciones de aquel año —sea cual fuese— u otro posterior. Todo estaba, hasta los más mínimos detalles, en mi sueño. Supongo que había estado soñando con aquello antes de despertarme y el recuerdo borroso de alguna extraña innovación que yo había imaginado todavía me rondaba mientras me frotaba los ojos. Era un asunto sórdido, y le di gracias a Dios por la luz del sol que recibía. Me incorporé y me quedé sentado sobre el sofá contemplando a la joven y alegrándome de haber escapado de aquel tumulto de locura y violencia antes de que fuera demasiado tarde. Después de todo, pensé, así es la vida; el amor y la belleza, el deseo y el deleite, ¿acaso no valen más que todas aquellas disputas siniestras por alcanzar unas metas imprecisas y gigantescas? Me culpaba a mí mismo por haber querido ser un líder cuando podía haber entregado mis días al amor. Pero luego me di cuenta de que, de no haber pasado mi juventud de un modo austero, habría derrochado mis energías con mujeres viles y despreciables, y, sólo de pensarlo, todo mi ser se estremeció de amor y ternura hacia mi amada, la adorada mujer que por fin había aparecido y me había impulsado con su encanto irresistible a abandonar aquella vida.

»—Te mereces todo —dije sin intención alguna de ser oído—; te lo mereces, querida. Te mereces orgullo, alabanza y todo lo demás.

¡Mi amor! Tenerte vale más que todo eso junto.

»Al oír el murmullo de mi voz, ella se volvió.

»—Ven —exclamó; aún puedo oír su voz—. Ven a ver salir el sol por el monte Solaro.

»Recuerdo que me puse en pie de un salto y me reuní con ella en el balcón. Posó su mano blanca sobre mi hombro y con la otra señaló hacia unas grandes masas de piedra caliza que enrojecían como si cobraran vida. Miré, después de observar cómo acariciaba el sol sus mejillas y su garganta. ¿Cómo podría describirle a usted la escena que teníamos ante nosotros? Estábamos en Capri...

—Lo conozco —dije—. He escalado el monte Solaro y he bebido en su cima el vero Capri, un licor turbio como la sidra.

—¡Ah! —exclamó el tipo de la cara pálida—; entonces tal vez pueda usted decirme, es decir, usted sabrá si realmente era Capri. Porque yo no he estado allí en mi vida. Déjeme que se lo describa. Estábamos en una pequeña habitación, una de las muchas que había, muy fresca y soleada, excavada en la piedra de una especie de promontorio que se elevaba sobre el mar. Toda la isla era un hotel enorme, cuya complejidad resulta difícil de explicar, y al otro lado había kilómetros de hoteles flotantes y gigantescas plataformas sobre el mar en las que las máquinas voladoras tomaban tierra. Llamaban a aquello una ciudad del placer. Desde luego no había nada de eso en su época, o mejor dicho, no hay nada de eso ahora. ¡Ahora! ¡Por supuesto!

»Bien. Nuestra habitación estaba en el extremo del promontorio, de modo que podíamos mirar al este y al oeste. Hacia el este había un gran acantilado, de unos mil pies de altura, de un color gris frío con una brillante franja dorada, y más allá estaba la Isla de las Sirenas y una costa baja que se fundía con el esplendoroso amanecer. Al volverse hacia el oeste se divisaba, cercana y nítida, una pequeña bahía con una playita aún en sombra. Y fuera de ésta se alzaba el monte Solaro, alto y rígido, con su cima rosa y dorada, como una belleza entronizada, mientras la luna blanca flotaba tras él en el cielo. Ante nuestra vista se extendía un mar multicolor salpicado con pequeñas barcas de vela.

»Hacia el este, evidentemente, esas barcas eran grises y diminutas, pero hacia el oeste mostraban un color dorado, brillante, casi como el de llamas encendidas. Y a nuestros pies se alzaba una

roca en la que se había labrado un arco que la atravesaba. El azul de las olas se convertía en verde espumoso cuando rompían contra las rocas. Un barco de remos pasó deslizándose por debajo del arco.

—Conozco esas rocas —exclamé—. Casi me ahogo allí. Se llaman los Faraglioni.

—¿I Faraglioni? Sí, así las llamó ella —contestó el hombre del semblante pálido—. Había una historia sobre eso... pero...

Volvió a llevarse la mano hacia la frente.

—No —dijo—, la he olvidado. Bueno, esto es lo primero que recuerdo, el primer sueño que tuve; aquella habitación en sombra y la hermosura del cielo y el aire, mi amada con sus brazos relucientes y su elegante vestido, y cómo nos sentamos y charlamos quedamente. Hablábamos así, no porque alguien pudiera oírnos, sino porque existía todavía tal serenidad de espíritu entre nosotros que nuestros pensamientos se asustaban un poco, creo yo, de verse por fin expresados en palabras. Por eso salían con suavidad.

»Más tarde sentimos hambre y salimos de la habitación por un extraño corredor cuyo suelo era móvil, hasta llegar a un gran salón comedor en el que había una fuente y música. Era un lugar alegre y atractivo, muy fresco y soleado, envuelto por el murmullo de instrumentos de cuerda. Nos sentamos y comimos intercambiando sonrisas, sin prestar atención al tipo que me miraba desde una mesa cercana.

»Luego fuimos a la sala de baile; pero me resulta imposible describirla. El lugar era enorme, mayor que cualquier edificio que usted pueda haber visto, y a un lado estaba la vieja puerta de Capri, incrustada en el muro de una galería superior. Unas vigas ligeras y unos tallos e hilos de oro brotaban de sus columnas como chorros de una fuente, ondeaban por el techo y se entrelazaban, como en una aurora, en difíciles juegos malabares. Alrededor del gran círculo reservado a los bailarines había hermosas figuras, dragones extraños y siluetas de aspecto grotesco, maravillosas e indescriptibles, que sostenían unos candelabros. El lugar estaba inundado de una luz artificial que suponía un ultraje para el día que comenzaba. Mientras avanzábamos entre la multitud, la gente se volvía a mirarnos, pues todo el mundo conocía mi nombre y mi rostro, así como mi decisión de abandonar orgullo y disputas para ir a aquel lugar. Y también miraban a la dama que me acompañaba,

aunque se desconocía o falseaba el relato de cómo había llegado a mi lado. Yo era consciente de que algunos de los hombres que allí se encontraban, a pesar de la vergüenza y deshonor que habían caído sobre mi nombre, me consideraban un hombre feliz.

»La atmósfera estaba llena de música, de perfumes delicados, del ritmo de armoniosos movimientos. Millones de personas atractivas pululaban por la sala, llenaban las galerías y descansaban en otros tantos rincones; llevaban ropas de colores espléndidos y coronaban sus cabezas con flores. Miles de ellos bailaban en el gran círculo, bajo las imágenes blancas de los dioses antiguos, mientras unos cortejos gloriosos de mozos y doncellas iban y venían. Nosotros dos también bailamos, pero no los bailes aburridos de su época, de ésta quiero decir, sino bailes que eran fastuosos, embriagadores. Todavía recuerdo a mi amada bailando con gran alegría. Su rostro era serio, con una gran dignidad, y sin embargo me sonreía y acariciaba... me sonreía y acariciaba con la mirada.

»La música era distinta —murmuró—. Era... no sé cómo describirla; pero era infinitamente más rica y variada que cualquier otra música que haya escuchado despierto.

»Después, una vez que dejamos de bailar, un hombre se acercó a hablarme. Era un individuo delgado, con aspecto decidido y vestido de un modo demasiado sobrio para un lugar como aquél. Me había fijado en él mientras me observaba en el salón y había evitado su mirada cuando pasamos por el comedor.

»Pero ahora que nos habíamos sentado en un rincón y sonreíamos con placer a todos los que iban de un lado para otro sobre aquel suelo reluciente, el tipo se acercó, me dio en el hombro y se dirigió a mí de tal modo que no me quedó otro remedio que escucharle. Me preguntó si podía hablarme un momento a solas.

»—No —le dije—. No tengo secretos para esta dama. ¿Qué quiere usted decirme?

»Añadió que era un asunto trivial o por lo menos algo aburrido para los oídos de una señora.

»—O tal vez para los míos —repose yo.

»El hombre echó una mirada a mi amada, como si quisiera recurrir a ella. De repente me preguntó si había oído hablar de una declaración extensa y vengativa que Evesham había hecho. El tal Evesham siempre había sido mi hombre de confianza en la jefatura

de aquel gran partido del norte. Era un individuo agresivo, duro e imprudente, y yo era el único que había podido contenerle y calmarle. Creo que era más por él que por mí por lo que el resto de mis compañeros se habían mostrado consternados con mi retirada. Esta pregunta sobre su declaración despertó por un instante mi viejo interés por la vida que había abandonado.

»—No he prestado atención a las noticias desde hace varios días —dije—. ¿Qué es lo que ha dicho Evesham?

»Entonces el hombre empezó a hablar con ganas, y debo confesar que incluso me sentí impresionado por la audaz sinrazón de las palabras violentas y amenazadoras que Evesham había empleado. El mensajero que me habían enviado no sólo me habló del discurso de Evesham sino que pasó a pedirme consejo y a indicarme cuánto me necesitaban. Mientras el individuo hablaba, mi amada permaneció sentada, ligeramente inclinada hacia adelante, dedicada a contemplar su rostro y el mío.

»Mis viejos hábitos de organización y planificación se reafirmaron. Pude incluso verme regresando rápidamente al norte y el efecto dramático que tal hecho produciría. Todo lo que ese hombre dijo daba fe del desorden en el que se encontraba el partido, pero no de su destrucción. Yo regresaría más fuerte de lo que había venido. Entonces pensé en mi amada. Pero... ¿cómo podría explicárselo a usted? Había ciertas peculiaridades en nuestra relación, ciertas cosas que no hace falta que le relate, que harían imposible que viniera conmigo. Tendría que dejarla, tendría que renunciar a ella clara y abiertamente si quería hacer todo cuanto fuera preciso en el norte. Y aquel hombre lo sabía. Mientras nos hablaba, sabía tan bien como ella que mis pasos hacia el deber eran la separación, en primer lugar, y después el abandono. Al contacto con esa idea mi sueño sobre un posible retorno se hizo añicos. De repente me puse agresivo con el individuo, que creía que su elocuencia iba ganando terreno.

»—¿Qué tengo que ver yo con todo eso ahora? —dije—. Para mí se acabó. ¿O cree usted que he venido aquí para provocar la reacción de sus amigos?

»—No —contestó—, pero...

»—¿Por qué no me dejan en paz? Todo aquello acabó para mí. No soy más que un simple ciudadano.

»—Sí —dijo—, pero ¿ha pensado usted en esas palabras de guerra, en esos desafíos temerarios, en esas salvajes agresiones...?

»Me puse en pie.

»No —exclamé—. No le escucharé más. Ya tuve en cuenta todo eso, lo sopesé y decidí marcharme.

»Pareció considerar la posibilidad de insistir. Dejó de mirarme para dirigir la vista hacia el lugar desde el que la dama, sentada, nos observaba.

»—La guerra —dijo el hombre como si hablara consigo mismo.

»Después, dio media vuelta lentamente y se alejó.

»Permanecí inmóvil, atrapado en el torbellino de ideas que su petición había originado». Oí la voz de mi amada.

»—Querido —dijo—, si ellos te necesitan...

»No acabó la frase, sino que la dejó reposar así, inconclusa. Me volví hacia su dulce rostro y mi estado de ánimo comenzó a desequilibrarse.

»—Sólo me quieren para que haga aquello que no se atreven a hacer por sí solos —dije—. Si desconfían de Evesham, que se las arreglen con él.

Ella me miró con cierta indecisión.

»—Pero la guerra... —dijo.

»Vi en su semblante una duda que ya había visto anteriormente; una duda sobre ella misma y sobre mí, la primera sombra de la revelación que, considerada a fondo y con firmeza, debía separarnos para siempre.

»Pero mi espíritu estaba más formado que el suyo y podía hacerle creer esto o aquello.

»—Querida —le dije—, no debes preocuparte por esas cosas. No habrá guerra, en serio. La época de las guerras ya pasó. Confía en mí para entender la justicia de esta causa. No tienen ningún derecho sobre mí, querida. Ni ellos ni nadie. Soy libre de escoger mi vida y ésta es la que he escogido.

»—Pero la guerra... —repuso de nuevo.

»Me senté a su lado. La rodeé con mi brazo y le cogí la mano. Me propuse acabar con esa duda y me dediqué a llenar de nuevo su espíritu de cosas agradables. Le mentí y, al hacerlo, me mentí a mí mismo. Ella estaba totalmente dispuesta a creerme, totalmente dispuesta a olvidar.

»En poco tiempo la preocupación había desaparecido y nos dirigimos rápidamente a la Grotta del Bovo Marino donde solíamos tomar un baño todos los días. Nadamos y nos salpicamos agua mutuamente; en aquel agua reconfortante creí convertirme en algo más ligero y fuerte que un hombre. Al final salimos del agua chorreando y corrimos alegremente por las rocas. Después me puse un traje de baño seco y nos sentamos a tomar el sol; descansé mi cabeza sobre sus rodillas y, mientras ella acariciaba suavemente mi cabello, me quedé dormido. De pronto, como si saltara la cuerda de un violín, me desperté en mi propia cama, en Liverpool, en la vida real.

»No podía creer que todos esos momentos tan vívidos habían sido únicamente la materia de un sueño.

»A decir verdad no podía creer que aquello sólo fuera un sueño porque la realidad de lo que en él había era patente. Me bañé y me vestí como de costumbre y, mientras me afeitaba, me pregunté por qué tenía que ser yo, de todos los hombres, el que abandonara a la mujer amada y volviera a dedicarse a la política caprichosa en el arduo y agitado norte. Incluso, ¿qué me importaba si Evesham obligaba al mundo a comenzar una nueva guerra? Yo era un hombre con corazón humano. ¿Por qué iba yo a sentir la responsabilidad de un dios debido al cariz que tomaran los acontecimientos en el mundo?

»Ésa no suele ser mi forma de considerar las cosas, cuando éstas son reales. Soy abogado, sabe usted, y, como tal, tengo mi propio punto de vista.

»La visión era tan real, tan completamente distinta a un sueño, enténdame, que seguí recordando detalles sin importancia durante mucho tiempo; incluso el diseño de la cubierta de un libro que había sobre la máquina de coser de mi esposa me recordaba, con la más absoluta exactitud, la línea dorada que decoraba el sillón en el que había charlado con el emisario del partido que había abandonado. ¿Ha conocido usted alguna vez un sueño con una naturaleza como ésta?

—¿Cómo cuál?

—Como la que le permite recordar pequeños detalles que había olvidado.

Me detuve a pensar. Nunca antes había reparado en esa

cuestión, pero llevaba razón.

—Jamás —contesté—. Eso parece que no tiene nada que ver con los sueños.

—Cierto —contestó—, pero eso es precisamente lo que me ocurrió. Ejercicio como abogado, debe usted entender esto, en Liverpool y no podía evitar preguntarme lo que los clientes con los que trataba en mi despacho pensarían si les dijera de repente que estaba enamorado de una chica que iba a nacer unos doscientos años más tarde y que estaba preocupado por la situación política de los hijos de mis tataranietos. Aquel día estaba negociando el arriendo de un edificio por noventa y nueve años. Se trataba del caso de un constructor particular y queríamos tenerle cogido por todos lados. Tuve una entrevista con él en la que mostró tal falta de disposición que cuando me fui a la cama aún me sentía algo irritado. Aquella noche no hubo sueño. Ni tampoco la siguiente, al menos que yo recuerde.

»La intensa realidad de mi convicción desapareció en cierta medida. Empecé a sentirme seguro de que todo había sido un sueño. Y entonces fue cuando volvió otra vez.

»Cuando eso ocurrió, unos cuatro días más tarde, fue muy distinto. Creo que también habían pasado cuatro días en el sueño. Habían sucedido muchas cosas en el norte y la sombra de esos hechos, esta vez más difícil de disipar, estaba de nuevo entre nosotros. Comenzaba con reflexiones apesadumbradas. ¿Por qué razón, a pesar de todo, tenía que volver durante el resto de mis días a las penalidades y fatigas, a los insultos y a la insatisfacción perpetua, simplemente para salvar de las angustias de la guerra y del desgobierno a cientos de millones de gente vulgar, a la que no amaba y por la que frecuentemente no sentía otra cosa que desprecio? Y además, podría fracasar. Ellos perseguían sus propios fines egoístas, ¿por qué yo no? ¿Por qué no iba yo a vivir también como un hombre? Su voz me sacó de estas reflexiones y, al alzar la vista, la vi.

»Me encontré despierto y paseando. Habíamos salido de la Ciudad del Placer y estábamos cerca de la cumbre del monte Solaro, mirando hacia la bahía sobre la que caía la tarde luminosa. Lejos, a la izquierda, se veía Ischia suspendida en una niebla dorada entre el cielo y el mar. Nápoles aparecía con su fría blancura contra las

colinas, y ante nosotros se alzaba el Vesubio, con su alto y delgado penacho de humo que se dirigía hacia el sur, y las ruinas de la Torre dell'Annunziata

y de Castellammare resplandecían en las proximidades.

—¿Usted ha estado en Capri, verdad? —le interrumpí con brusquedad.

—Sólo en este sueño —contestó—, solo en él. Por toda la bahía, más allá de Sorrento, se encontraban los palacios flotantes de la Ciudad del Placer, amarrados y anclados. Hacia el norte se extendían las amplias plataformas en las que aterrizaban los aviones. Cada tarde llegaban desde el cielo aviones que traían hasta Capri y sus bellos alrededores miles de buscadores de placer procedentes de los lugares más recónditos de la tierra. Todo esto, como digo, se extendía a nuestros pies.

»Pero sólo lo observábamos en parte, a causa de la insólita vista que aquella tarde nos ofrecía. Cinco aviones de guerra que habían permanecido inactivos durante largo tiempo en los lejanos arsenales de las bocas del Rin, maniobraban ahora en el cielo, hacia el este. Evesham había asombrado al mundo al producir esos y otros aviones semejantes y enviarlos a dar vueltas aquí y allá. Era la amenaza material en el gran juego de intimidación que desarrollaba y nos había cogido a todos, incluso a mí, por sorpresa. Evesham era unos de esos tipos enérgicos e increíblemente estúpidos que parecen enviados por el cielo para producir desastres. A primera vista, su energía se parecía de un modo asombroso a su capacidad. Pero en verdad no tenía imaginación ni inventiva, solamente una fuerza de voluntad enorme y absurda y una fe ciega en la estupidez de su suerte para salir de apuros. Recuerdo cómo contemplamos desde el promontorio los giros de la escuadrilla y cómo comprendí el significado completo de tal visión y el cariz que iban a tomar los acontecimientos. Aún entonces, no era demasiado tarde. Podría haber regresado y salvado al mundo. Sabía que la gente del norte me seguiría con tal de que respetara sus normas morales. El este y el sur confiarían en mí como en ningún otro hombre del norte. No tenía más que decírselo a ella y me dejaría marchar... ¡Y no porque no me quisiera!

»Pero yo no quería irme; mi deseo era totalmente opuesto a esa idea. ¡Me había deshecho hacía tan poco tiempo del espíritu de

responsabilidad! Había renegado del sentimiento del deber y la evidente claridad de lo que debía hacer no tenía ninguna influencia sobre mi voluntad. Mi único deseo era vivir, gozar de los placeres y hacer feliz a mi amada. Pero aunque el sentimiento de grandes deberes relegados no tenía fuerza alguna para arrastrarme, me convirtió en una persona silenciosa y preocupada, despojó a los días que había vivido de la mitad de su encanto y me hundió en sombrías meditaciones en el silencio de la noche. Mientras contemplaba los aeroplanos de Evesham —pájaros de mal agüero— ir de un lado a otro, ella permanecía a mi lado observándome y captando la situación con claridad; sus ojos examinaban mi rostro y su expresión ensombrecía de perplejidad. Sus facciones mostraban un tono grisáceo porque el sol poniente se estaba ocultando en el horizonte. —No era culpa de ella que yo me encontrara a su lado. Me había pedido que la abandonara y por la noche me lo repitió con lágrimas en los ojos.

»Por fin, el sentimiento de su presencia me sacó de mi estado. Me volví hacia ella con rapidez y la desafié a bajar corriendo por la montaña. “No”, dijo, como si aquello chocara con su seriedad; pero estaba decidido a acabar con esa formalidad y la hice correr, pues nadie que esté sin aliento puede sentirse triste y melancólico. Dio un traspies, la agarré por la cintura, y así descendimos pasando por delante de dos individuos que se volvieron a mirarnos sorprendidos por mi comportamiento. Debieron reconocerme. Cuando habíamos recorrido la mitad del trayecto, oímos un ruido metálico en el aire y nos detuvimos. Poco después, sobre la cima de la colina, aparecieron esos pájaros de guerra volando uno detrás de otro.

El hombre pareció dudar al borde de la descripción.

—¿Cómo eran? —le pregunté.

—Nunca habían entrado en combate —contestó—. Eran igual que nuestros actuales acorazados; nunca habían combatido. Nadie sabía de lo que eran capaces si los tripulaban hombres exaltados; incluso poca gente se preocupaba en imaginarlo. Eran grandes máquinas pilotadas, con forma de punta de lanza, pero con una hélice en el lugar en que debía ir la empuñadura.

—¿Eran de acero?

—No.

—¿De aluminio?

—No, no, nada de eso. Eran de una aleación muy corriente, tan corriente como ahora es el bronce, por ejemplo. Se llamaba, espere... —dijo mientras se apretaba la frente con los dedos de una mano—. Se me está olvidando todo —añadió.

—¿Y llevaban armas?

—Cañones pequeños que lanzaban proyectiles de gran fuerza explosiva. Disparaban hacia atrás, por la base, como si dijéramos, y se cargaban por delante. Ésa era la teoría, pues nunca habían entrado en combate. Nadie podía decir lo que ocurriría. Mientras tanto, supongo que era muy agradable revolotear por el aire como una bandada de golondrinas, ligeras y veloces. Creo que los pilotos evitaban pensar demasiado en cómo sería un verdadero ataque. Esas máquinas de guerra no eran más que unos de los innumerables aparatos que habían sido inventados y habían caído en desuso durante el largo periodo de paz. Había montones de esos artilugios con gente dedicada a sacarlos a la luz y ponerlos a punto. Máquinas infernales y estúpidas; máquinas que nunca habían sido probadas. Motores grandes, explosivos terribles, cañones enormes. Usted ya conoce el necio sistema de esos individuos ingeniosos que construyen estas máquinas; las producen como los castores hacen sus diques, sin tener en cuenta los ríos que van a desviar ni las tierras que van a inundar.

»Durante el crepúsculo, mientras bajábamos por la sinuosa senda hacia nuestro hotel, lo preví todo. Vi con qué claridad e inevitabilidad los acontecimientos, en las manos estúpidas y violentas de Evesham, conducían a la guerra y me imaginé lo que ésta iba a ser en las nuevas condiciones. Incluso entonces, aunque sabía que el final de mi oportunidad se estaba acercando, no encontré ningún deseo de volver.

Suspiró.

—Ésa fue mi última posibilidad. No entramos en la ciudad hasta que el cielo estaba lleno de estrellas. Paseamos por la terraza, de un lado para otro, y ella me aconsejó que regresara.

»—Amor mío —me dijo mirándome con su dulce rostro—, esto es la Muerte. La vida que llevas conduce a la Muerte. Vuelve con ellos, vuelve a tus obligaciones...

»Comenzó a llorar mientras, entre sollozos y agarrada a mi brazo, decía: “vuelve... vuelve...”.

»De repente enmudeció y, al mirarle a la cara, descubrí en un instante lo que había pensado hacer. Fue uno de esos momentos en los que uno ve.

»—¡No! —exclamé.

»—¿No? —preguntó sorprendida y creo que algo asustada por la respuesta a su pensamiento.

»—Nada me hará volver —dije—. ¡Nada! He escogido, cariño, he hecho mi elección y el mundo debe seguir su curso. Pase lo que pase viviré mi vida, ¡viviré para ti! Nada me apartará de mi camino; nada, mi amor. Aunque murieras, aunque murieras...

»—¿Sí? —murmuró.

»—Entonces... yo también moriría.

»Y antes de que pudiera contestar comencé a hablar con elocuencia, como yo sabía hacerlo en aquella vida, para exaltar al amor y hacer que la vida que estábamos viviendo tuviera un aspecto heroico y glorioso, y que la que yo abandonaba apareciera como algo tan innoble y tremendamente difícil que desdeñarla era lo mejor. Utilicé toda mi imaginación para conseguir esa sensación de atractivo con el fin de convencer no sólo a ella, sino también a mí. Charlamos y ella se me acercó más, indecisa entre lo que consideraba noble y lo que sabía dulce. Finalmente, hablé en tono sublime, presentando todo el tremendo desastre del universo como un escenario glorioso para nuestro amor inigualable, y nuestras dos pobres almas ingenuas se pavonearon por fin, envueltas, o mejor dicho, embriagadas en aquel delirio espléndido y glorioso bajo las estrellas inmóviles.

»Y así pasó mi oportunidad.

Fue la última. Mientras paseábamos de acá para allá, los líderes aunaron sus propósitos y la calurosa contestación que acabaría con las bravatas de Evesham para siempre tomaba forma y aguardaba. Por toda Asia, por el océano y por el sur, el aire y los cables telegráficos vibraban con llamadas a prepararse.

»Ningún ser vivo sabía lo que era la guerra; nadie podía imaginar qué horrores podrían traer todos aquellos nuevos inventos. Creo que la mayoría pensaba aún que era un asunto de uniformes brillantes y cargas ruidosas, con triunfos, banderas y bandas de música, en una época en que la mitad de la humanidad conseguía sus recursos alimenticios en regiones que distaban decenas de miles

de kilómetros.

El hombre del semblante pálido hizo una pausa. Le miré y observé que su mirada se había quedado absorta en el suelo del vagón. Por la ventanilla pasaron una pequeña estación, una serie de vagones de mercancías, una garita de señales y la parte trasera de una casita de campo. Un puente resonó estrepitosamente devolviendo en el eco el estruendo del tren.

—Después de aquello —dijo—, volví a soñar a menudo. Aquel sueño fue mi vida durante las noches de tres semanas. Y lo peor es que hubo noches que no podía soñar, que yacía dando vueltas sobre la cama en esta maldita vida; y allá, en algún lugar inaccesible para mí, ocurrían cosas terribles y trascendentales. Vivía por la noche. Los días, los días de vigilia, esta vida que ahora vivo, se convirtieron en un sueño borroso y lejano, en un escenario monótono, la simple cubierta de un libro.

Se detuvo a pensar.

—Podría contarle todo, relatarle hasta el último detalle del sueño, pero no podría hacer lo mismo con lo que pasaba durante el día. No lo recuerdo. Mi memoria de esos hechos ha desaparecido. Las cosas de la vida se me escapan.

Se inclinó hacia delante y se frotó los ojos. Permaneció en silencio durante un rato.

—¿Y después? —pregunté.

—La guerra estalló como un huracán.

Se quedó abstraído, como si contemplara cosas indescriptibles.

—¿Y entonces? —insistí.

—Un toque de irrealidad —dijo en voz baja, como si hablara consigo mismo—, y habrían sido pesadillas.

Pero no, ¡no lo eran!

Guardó silencio durante tanto tiempo que me dio la impresión de que iba a quedarme sin el resto del relato. Pero entonces retomó el discurso en el mismo tono de íntima interpelación.

—¿Qué otra cosa podía hacer sino huir? Había pensado que la guerra no llegaría hasta Capri. Me había parecido que Capri quedaba fuera, como si hubiera sido la antítesis de todo aquello, pero dos noches después toda la isla gritaba y vociferaba. Casi todas las mujeres y algún que otro hombre llevaban una insignia, la de Evesham, y ya no había música sino un discordante canto de guerra

que se repetía una y otra vez mientras por todas partes los hombres se alistaban y hacían instrucción en los salones de baile. Toda el lugar hervía de rumores; se repetía, incesantemente, que la guerra había comenzado. No era lo que yo esperaba. Había conocido tan poco la vida placentera que no había contado con la violencia de los *amateurs*. Por lo que a mí se refería, me encontraba fuera de todo aquello. Era un hombre que podía haber evitado la explosión de un polvorín. Pero ese momento había pasado: ya no era nadie. El mozalbete más insignificante con una insignia era más importante que yo. La multitud nos daba empujones y vociferaba en nuestros oídos; el maldito canto guerrero resultaba ensordecedor. Una mujer increpó a mi amada porque no llevaba insignia, e injuriados y ofendidos regresamos a nuestras habitaciones; mi amada pálida y callada, yo temblando de rabia. Estaba tan furioso que habría discutido con ella si hubiera encontrado una sombra de acusación en sus ojos.

»Todo mi esplendor había desaparecido. Me paseé por nuestra rocosa habitación de arriba abajo mientras en el exterior el mar se oscurecía y, hacia el sur, una luz aparecía y desaparecía una y otra vez.

»—Debemos salir de aquí —repetía sin cesar—. He hecho mi elección y no quiero saber nada de estos problemas. No tomaré parte en esta guerra. Hemos puesto nuestras vidas al margen de todo esto. Éste no es refugio para nosotros. Vámonos.

»Al día siguiente huíamos de la guerra que invadía el mundo.

»Y todo lo demás fue huir y huir —musitó en tono triste.

—¿Cuánto tiempo duró eso?

No contestó.

—¿Cuántos días?

Su rostro estaba cansado y pálido y tenía las manos crispadas. No prestó atención alguna a mi curiosidad.

Intenté hacerle volver al relato con preguntas.

—¿Dónde fue...? ¿Cuándo? ¿Cuando abandonó Capri...?

—Al sudoeste —dijo mirándome por un breve instante—. Nos fuimos en una barca.

—Yo habría pensado en un aeroplano.

—Todos habían sido incautados.

No le hice más preguntas. Después me pareció que iba a

comenzar de nuevo. Rompió a hablar con una monótona argumentación.

—Pero ¿por qué debía ser así? Si verdaderamente toda esa carnicería, toda esa tensión, es realmente la vida, ¿por qué tenemos ese deseo de placer y belleza? Si no existe refugio alguno, si no hay ningún lugar de paz y si todos nuestros sueños sobre rincones tranquilos son una locura y un engaño, ¿por qué los tenemos? Con toda seguridad no eran los deseos innobles ni las bajas intenciones los que nos habían llevado a aquella situación. Era el amor lo que nos había aislado. El amor me había llegado en sus ojos, envuelto en su belleza; más glorioso que el resto de las cosas y con la forma y el color de la vida, me había hecho partir. Yo había acallado todas las voces, había contestado a todas las preguntas y me había entregado a ella. ¡Y de repente no había más que Guerra y Muerte!

Tuve una idea.

—Después de todo —dije—, podía haber sido sólo un sueño.

—¡Un sueño! —exclamó de un modo colérico— un sueño cuando incluso ahora...

Por primera vez parecía animado. Un ligero rubor llenó sus mejillas. Elevó su mano abierta y, tras cerrarla con fuerza, la dejó caer sobre su rodilla. Habló, y durante todo el rato no volvió a mirarme.

—No somos más que fantasmas —dijo—, fantasmas de fantasmas, deseos como sombras de nubes y briznas de paja que el viento amontona; los días pasan y el uso y la costumbre nos sustentan como un tren sustenta el espectro de sus luces. ¡Sea! Pero hay algo real y cierto que no es onírico, sino eterno e imperecedero. Es el centro de mi vida y todas las demás cosas que lo rodean son subordinadas y completamente vanas. Amaba a aquella mujer del sueño. ¡Y ella y yo hemos muerto juntos!

»¡Un sueño! ¿Cómo puede ser un sueño, cuando impregnó una vida humana de una tristeza sin consuelo, cuando convierte todo aquello por lo que he vivido y me he preocupado en algo vacío y sin sentido?

»Hasta el mismo instante en que ella murió, creí que todavía teníamos posibilidades de huir. A lo largo de aquella noche y aquel día en que navegamos desde Capri a Salerno, hablamos de huir. Estábamos llenos de una esperanza que nos acompañó hasta el fin,

esperanza por la vida que llevaríamos juntos, lejos de todo, lejos de la batalla y del combate, de las salvajes y vanas pasiones y del arbitrario y vacío “debes” y “no debes” del mundo. Nos sentíamos inspirados, como si nuestra búsqueda fuera algo sagrado, como si nuestro amor mutuo fuera una misión...

»Incluso cuando contemplamos desde nuestra barca la serena apariencia de la gran roca de Capri, llena ya de cicatrices y hendiduras por los emplazamientos de los cañones y por los escondrijos que iban a convertirla en fortaleza, no preveíamos todavía la inminente matanza, aunque la furia de los preparativos se expresaba ya en humaredas y nubes de polvo en cientos de puntos. Pero, en verdad, hice de todo ello un simple tema de conversación. Allí estaba la roca, aún bella, a pesar de sus cicatrices, con sus ventanas innumerables, sus arcos y caminos, nivel sobre nivel, hasta mil pies de altura; una talla enorme de color gris, fracturada por terrazas llenas de viñas y por huertos de naranjos y limoneros, con macizos de pitas y chumberas y grupos de almendros en flor. Bajo el arco que hay sobre la Piccola Marina pasaban otras barcas y, al doblar el cabo cerca del continente, vimos otra hilera de ellas que, con el viento en popa, se dirigían hacia el sudoeste. En un instante se convirtieron en una multitud, las más remotas apenas eran unas motas azules en la sombra proyectada por el acantilado oriental.

»—Es el amor y la razón —dije— que huyen de toda esta locura de la guerra.

»Y aunque después vimos un escuadrón de aviones que surcaban el cielo hacia el sur, no le prestamos atención. Ahí estaba, una línea de pequeños puntos en el cielo, y luego más, que llenaba el horizonte por el sudeste, y después aún muchos más hasta que aquel cuadrante del cielo apareció moteado de puntos azules. Unas veces eran pequeñas pinceladas de ese color, otras, al inclinarse, recibían la luz del sol y se transformaban en breves destellos. Llegaban, se elevaban y descendían, cada vez mayores, como una enorme bandada de gaviotas o cuervos que avanzaba con una uniformidad maravillosa y, al acercarse, cubría una enorme extensión de cielo. El ala sur se lanzó en forma de punta de flecha a través del sol y de repente viró hacia el este. Tras tomar esa dirección, los aparatos se hacían cada vez más pequeños y de nuevo

más nítidos, hasta que desaparecían del cielo. Después, advertimos que por el norte, y a gran altura, las máquinas de guerra de Evesham amenazaban Nápoles como una nube de mosquitos al atardecer.

»Todo aquello parecía importarnos lo mismo que una simple bandada de pájaros.

»Incluso el estruendo de los cañones lejanos en el sudeste significaba poco para nosotros.

»Cada día, en los sueños que siguieron, todavía nos sentíamos exaltados, todavía buscábamos un refugio en el que vivir y amar. Sobre nosotros se cernía la fatiga, el dolor y las calamidades. Aunque estábamos llenos de polvo y suciedad por nuestra penosa huida, muertos de hambre y horrorizados de los cadáveres que habíamos visto y de la huida de los campesinos —pues pronto una ráfaga de guerra barrió la península—; a pesar de todas esas cosas que obsesionaban nuestras mentes, la decisión de escapar era cada vez mayor. ¡Oh! ¡Qué valiente y sufrida era ella! Ella, que nunca se había enfrentado al infortunio y al peligro, tuvo valor por ella y por mí. Íbamos de un lado para otro buscando una salida, a través de una zona dominada y saqueada por las huestes de la guerra que se iban agrupando. Siempre fuimos a pie. Al principio encontramos otros fugitivos, pero no nos mezclamos con ellos. Unos huían hacia el norte, otros eran arrastrados por el torrente de campesinos que barría las carreteras principales; muchos se entregaban a la soldadesca y eran enviados al norte. La mayor parte de los hombres eran reclutados a la fuerza. Pero nosotros nos mantuvimos apartados de todo esto; no teníamos dinero para conseguir por medio de soborno un pasaje hacia el norte y temía que mi amada cayera en manos de aquella multitud guerrera. Habíamos desembarcado en Salerno, nos habían hecho retroceder desde Cava, y habíamos intentado cruzar a Taranto por un paso sobre el monte Alburno, pero tuvimos que volver atrás por falta de provisiones y nos vimos en las marismas de Pesto donde se alzan unos grandes templos solitarios. Tenía la idea de que en Pesto podríamos encontrar un barco para volver al mar. Y allí nos sorprendió la batalla.

»Una especie de ceguera espiritual me poseía. Pude ver con claridad que estábamos rodeados, que la gran malla del conflicto

armado nos tenía atrapados en sus redes. Habíamos visto muchas veces las levas de soldados que descendían del norte e iban de un lado a otro, y les habíamos contemplado a lo lejos, entre las montañas, abriendo caminos para las municiones y preparando las baterías. Una vez nos pareció que nos tomaban por espías y disparaban contra nosotros; en cualquier caso, lo cierto es que un cañonazo pasó silbando por encima de nuestras cabezas. Varias veces nos ocultamos en los bosques de los aeroplanos que pasaban sobre nosotros.

»Pero todo esto, todas esas noches de huida y dolor, no importa ahora. Estábamos por fin en un espacio abierto cerca de aquellos grandes templos de Pesto, en un paraje rocoso y solitario salpicado de arbustos espinosos, vacío y desolado, y tan llano que un grupo de eucaliptos que había a lo lejos mostraba sus tallos hasta la raíz. ¡Aún puedo verlo! Mi amada se había sentado bajo un arbolito para descansar un rato porque estaba agotada y era débil, y yo me encontraba de pie, intentando calcular la distancia a la que estaban los proyectiles que iban y venían. Los contendientes combatían muy separados unos de otros con aquellas terribles armas modernas que nunca antes habían sido utilizadas: cañones que llegaban más allá de donde alcanzaba la vista y aeroplanos que podían... lo que podían hacer nadie sabía predecirlo.

»Sabía que estábamos entre los dos ejércitos y que éstos se iban aproximando. Comprendí que nos encontrábamos en peligro y que no nos podíamos detener allí a descansar.

»Aunque todo esto estaba en mi mente, quedaba en segundo plano. Me parecían cosas que no nos incumbían. Pensaba en mi amada principalmente y me invadía una pena angustiosa. Por primera vez se había declarado vencida y había comenzado a sollozar. Pude oír su llanto a mis espaldas, pero no quise volverme porque sabía que tenía necesidad de llorar y se había contenido durante mucho tiempo por mí. Estaba bien, pensé, que llorara y se desahogara. Luego continuaríamos nuestra penosa huida porque no tenía la menor idea de lo que nos amenazaba. Aún puedo verla allí, con su hermoso cabello sobre los hombros, aún puedo advertir los profundos hoyuelos de sus mejillas...

»—Si nos hubiéramos separado —dijo—, si te hubiera dejado marchar...

»—No —repliqué—. Ni siquiera ahora me arrepiento. Nunca me arrepentiré; hice mi elección y la mantendré hasta el fin.

»Y entonces...

»Algo relampagueó sobre nuestras cabezas y estalló. Oí que las balas resonaban a nuestro alrededor, como si nos hubieran arrojado un puñado de guisantes. Desconchaban las piedras a nuestro alrededor, arrancaban fragmentos de los ladrillos y pasaban...

Se llevó la mano a la boca y humedeció los labios.

—Al ver el destello, yo me había vuelto...

»Ella se puso en pie... se puso en pie... y dio un paso hacia mí... como si quisiera acercarse... Una bala le había alcanzado el corazón.

Se detuvo y me miró fijamente. Sentí aquella incapacidad estúpida que siente un inglés en ocasiones semejantes. Le miré a los ojos por un instante y después volví la vista hacia la ventanilla. Nos mantuvimos en silencio durante largo rato. Cuando al fin volví a mirarle estaba sentado de nuevo en su asiento, con los brazos cruzados y se mordía los nudillos.

De repente se mordió una uña y la miró.

—La llevé hacia los templos —dijo—, en brazos —añadió como si aquello importara—. No sé por qué. Eran como una especie de santuario... habían durado tanto tiempo, supongo.

»Debió de morir casi en el acto. Pero... yo le fui hablando... durante todo el rato.

De nuevo el silencio.

—Conozco esos templos —dije con brusquedad.

Verdaderamente me había hecho recordar con claridad aquellas arcadas tranquilas y soleadas de gastada piedra arenisca.

—Fue en el oscuro, en el grande y oscuro. Me senté en una columna caída con mi amada en los brazos... Después del primer balbuceo me quedé en silencio. Al rato las lagartijas salieron y volvieron a corretear como si nada extraño hubiera ocurrido, como si nada hubiera cambiado. Reinaba una quietud espantosa, el sol estaba en lo alto y las sombras no se movían; hasta las sombras de las hierbas sobre los entablamentos estaban inmóviles, a pesar del estruendo y las detonaciones que surcaban el aire.

»Creo recordar que los aviones subían desde el sur y que la batalla se trasladó hacia el oeste. Un aeroplano fue alcanzado, dio

una vuelta y cayó. Lo recuerdo, aunque no me interesó lo más mínimo. No parecía tener importancia. Era como una gaviota herida, ya sabe, con su aleteo momentáneo sobre el agua. Pude verlo caer, un objeto negro sobre el azul brillante del agua, desde un lateral del templo.

»Tres o cuatro proyectiles estallaron en la playa y luego todo cesó. Cada vez que ocurría, las lagartijas huían y se escondían bajo las piedras durante un rato. Ése fue todo el daño, exceptuando una bala perdida que desgarró una piedra cercana dejando una superficie pura y brillante.

»Mientras las sombras crecían, la quietud parecía mayor.

»Lo curioso —señaló con el tono de quien mantiene una conversación trivial— es que no pensaba, no pensaba en absoluto. Me senté entre las piedras, con ella en mis brazos, paralizado, en una especie de letargo.

»Y no recuerdo haber despertado. No recuerdo haberme vestido aquel día. Sé que me encontré en mi despacho, con todas las cartas abiertas delante de mí, y recuerdo cómo me impresionó lo absurdo de mi estancia allí, puesto que en realidad yo estaba sentado, aturdido, en aquel templo de Pesto con una mujer muerta en mis brazos. Leí las cartas mecánicamente. He olvidado de qué trataban.

Se detuvo y hubo un largo silencio.

De repente me di cuenta de que íbamos bajando la pendiente de Chalk Farm. Me asombré del paso del tiempo. Me volví a dirigir a él con otra pregunta brusca, con el tono de «ahora o nunca».

—¿Y volvió a soñar?

—Sí.

Pareció esforzarse por terminar. Su tono de voz era muy bajo.

—Una vez más, y sólo duró unos instantes. Me pareció que despertaba de repente de una gran apatía, que había cambiado de postura y que su cuerpo yacía a mi lado, sobre las piedras. Era un cuerpo desfigurado. Ya no era ella, ¿me entiende? Tan pronto, y ya no era ella...

»Puede que oyera voces. No sé. Sabía con seguridad que unos hombres se acercaban a aquel lugar solitario y que aquello suponía un último ultraje.

»Me puse en pie y atravesé el templo. Entonces aparecieron. El primer hombre, de rostro amarillento, llevaba un uniforme blanco,

muy sucio, guarnecido con una cinta azul, y detrás iban varios más que treparon hasta lo alto de la antigua muralla de la ciudad desaparecida y se quedaron allí, agazapados. Eran pequeñas figuras que brillaban a la luz del sol y escudriñaban desde allí, con las armas en la mano, lo que tenían delante.

»Y más lejos vi a otros y luego a muchos más en otro punto de la muralla. Formaban una larga línea desordenada de hombres en orden abierto.

»Luego, el hombre que había visto primero se puso en pie y dio una orden. Sus hombres se arrojaron de la muralla y se dirigieron, por entre las hierbas altas, hacia el templo. Se dejó caer con ellos y les dirigió. Avanzó hacia mí y, cuando me vio, se detuvo.

»Al principio había observado a esos hombres con simple curiosidad, pero cuando me di cuenta de que intentaban acercarse al templo, intenté impedirselo.

»—No deben entrar aquí —grité al oficial—. Aquí estoy yo. Estoy aquí con mi amada muerta.

»Me miró fijamente y después me gritó una pregunta en una lengua desconocida». Repetí lo que había dicho.

»Él volvió a gritar. Me crucé de brazos y permanecí inmóvil. Luego, se dirigió a sus hombres y se aproximó. Desenvainó la espada.

»Le hice señas para que se alejara, pero siguió avanzando. Me dirigí a él de nuevo en un tono paciente y claro.

»—No debe entrar aquí. Éstos son templos antiguos y yo estoy aquí con mi amada muerta.

»Al rato estaba tan cerca que pude ver su rostro con claridad. Era delgado, con apagados ojos grises y un bigote negro. Tenía una cicatriz sobre el labio superior y su aspecto era sucio y sin afeitar. Continuó gritando palabras ininteligibles, tal vez preguntas, hacia mí.

»Ahora soy consciente de que me tenía miedo, pero en aquel momento no se me ocurrió pensarlo. Mientras intentaba explicarme, me interrumpió con tono imperioso, ordenándome, supongo, que me apartara.

»Hizo ademán de pasar por delante de mí y le agarré.

»Entonces vi que su rostro cambió.

»—¿Está loco? —grité—. ¿No ve que está muerta?

»El oficial retrocedió y me lanzó una mirada llena de crueldad. Vi una especie de resolución exultante en sus ojos... Era deleite. Después, y de repente, frunció el ceño, echó su espada hacia atrás —así— y la clavó.

Se detuvo bruscamente.

Advertí un cambio en el ritmo del tren. Los frenos alzaron sus voces y el vagón chirrió y dio una sacudida. El mundo actual se hacía notar por medio del ruido. A través de la ventanilla empañada distinguí enormes anuncios luminosos que brillaban en los altos postes sobre la niebla, y vi pasar hileras de inmóviles vagones vacíos; después, una garita de señales, que alzaba su constelación de verde y rojo en el lóbrego crepúsculo londinense, pasó tras ellos. Miré de nuevo las facciones ojerosas de aquel hombre.

—Me atravesó el corazón. Sentí una especie de asombro, no dolor ni miedo, sino sólo sorpresa cuando me vi atravesado, cuando noté que la espada se hundía en mi cuerpo. Pero no me dolió, no me dolió en absoluto.

Las luces amarillas del andén surgieron en nuestro campo de visión y pasaron, primero con rapidez, luego lentamente, hasta que se detuvieron con una sacudida. Borrosas siluetas humanas iban de un lado para otro en el exterior.

—¡Euston! —gritó una voz.

—¿Quiere usted decir...?

—No sentí ningún dolor, ningún pinchazo ni escozor. Sólo asombro y una oscuridad que lo invadía todo. El rostro furioso y brutal que tenía ante mí, el rostro del hombre que me había matado parecía alejarse. Desapareció de la existencia...

—¡Euston! —clamaban las voces en el exterior—. ¡Euston!

La portezuela del vagón se abrió dando paso a una oleada de ruido y un mozo apareció ante nosotros. Los golpes de las puertas al cerrarse, el ruido de los cascos de los carruajes, y tras ellos el lejano y confuso rumor de los adoquines londinenses, llegaron hasta mis oídos. Bultos y farolas encendidas resplandecían a lo largo del andén.

—Una oscuridad, un torrente de oscuridad que se abrió, se extendió y borró todas las cosas.

—¿Equipaje, señor? —dijo el mozo.

—¿Y ése fue el final? —pregunté.

Pareció dudar. Después, en un tono casi inaudible, contestó:

—No.

—¿Cómo?

—No pude llegar hasta ella. Estaba allí, al otro lado del templo... y entonces...

—¿Y entonces? —insistí—. ¿Entonces?

—¡Pesadillas! —exclamó—. ¡Auténticas pesadillas! ¡Dios mío! ¡Aves enormes que combatían y destruían...!.

Kipps

PRIMERA PARTE

LA FORMACIÓN DE KIPPS

CAPÍTULO PRIMERO

LA TIENDA DE NUEVA ROMNEY

1

Hasta que hubo entrado en la adolescencia, Kipps no logró averiguar por qué razón vivía él con tíos, en lugar de hacerlo con sus padres como todos los demás niños. En un rincón de su mente sobrevivía el lejano recuerdo de una habitación, desde cuya ventana se divisaban grandes edificios blancos; y también la imagen medio borrosa una de mujer, su madre. No recordaba con mucha claridad sus facciones, pero sí uno de sus trajes, blanco con dibujos de flores y un lazo de seda en la cintura. Vagamente acudían también a su memoria escenas de llantos y sollozos en las cuales él tomaba parte y que siempre iban precedidas o seguidas por la aparición de un hombre alto en la casa.

Kipps sabía, aunque no recordaba que nadie se lo hubiera dicho, que el rostro dulce y nostálgico que le contemplaba desde un marco dorado, encima de la chimenea del cuarto de estar, era el de su madre. Pero esta certeza no influía para nada en sus confusos recuerdos. Aquella fotografía representaba a una mujer muy joven, casi niña, con el cabello ondulado y un rostro mucho más bonito que el de todas las madres de sus amigos. Con una mano sostenía la cinta de una pamelita y sus ojos miraban al fotógrafo respetuosos y obedientes. Era una imagen vaporosa y encantadora. Pero la madre fantasma que le perseguía en sus recuerdos no tenía ninguna semejanza con ella. Quizá la respuesta a aquella incógnita estuviera en que era más vieja, o únicamente a que fuera vestida de un modo distinto...

Era evidente que había entregado a Kipps al cuidado de sus tíos

de Nueva Romney, a los que había dado órdenes explícitas junto con una asignación de dinero. Sin duda debía de poseer el sentido de las diferencias sociales, que más tarde habían de jugar tan importante papel en la vida de Kipps. Dejó dicho que éste no debía ir a una escuela cualquiera, sino a cierta institución de Hastings, que no sólo era una academia para la clase media con un tono social bastante elevado, sino que además era relativamente barata. Parecía haber estado animada por el deseo de dar a Kipps lo mejor de lo mejor, aunque ello significara un sacrificio para ella, como si Kipps fuera en cierto modo un ser superior. De vez en cuando mandaba dinero para sus gastos menudos; pero Kipps no llegó a verla nunca.

Sus tíos se hallaban ya en la cuesta descendente de sus vidas cuando Kipps entró a formar parte de ellas. Se habían casado al crepúsculo, o, por lo menos, al atardecer de sus vidas. Al principio no fueron para Kipps más que vagas figuras que servían de fondo a realidades más tangibles, realidades como sillas y mesas, como la barandilla de la escalera, el mobiliario de la cocina, los trozos de leña, la tapadera de la olla, periódicos viejos, el gato, la calle donde vivían, el patio trasero y los campos abiertos que se ven siempre tan cercanos en aquel pueblecito. Conocía una por una las piedras del patio y se sabía de memoria las características de los muros cubiertos de musgo, mejor que muchos hombres conocen las facciones de sus esposas. Debajo de la tabla de planchar había un rincón que con la ayuda de un chal podía convertirse en una especie de casa propia; y aquel rincón fue para él, durante años, su torre de marfil. Y los dibujos de la alfombra, las asas de los cajones de la cómoda y las esquinas de la alfombrilla de la chimenea que su tío había conmocionado con trozos de telas viejas, constituyeron si aquellos años parte esencial de sus cimientos mentales. La tienda, sin embargo, no la conocía con tanta perfección; era aquélla una región que le estaba prohibida, pero que a pesar de todo llegó a conocer bastante bien.

Sus tíos eran, por así decirlo, los dioses inmediatos de su pequeño mundo, y, como los dioses del universo real, descendían hasta él en ocasiones con mandatos arbitrarios y castigos desproporcionados, desgraciadamente, en las comidas había que elevarse a su nivel olímpico. Había que decir las oraciones, coger la

cuchara y el tenedor de un modo absurdo y antinatural y esforzarse por no comer demasiado de prisa las cosas buenas y los dulces. Al menor descuido en estos detalles su tía le golpeaba los nudillos, a pesar de que su tío acababa siempre rebañando la salsa con los dedos. Algunas veces su tío surgía, pipa en mano, del rincón más remoto la casa cuando el chiquillo se comportaba de un modo natural a su edad, y exclamaba:

—¿Qué está haciendo ahora ese granuja?

Y en otras ocasiones, su tía aparecía en la puerta o la ventana para interrumpir su interesante conversación con niños que, por alguna razón ignorada, eran considerados en la casa como indeseables. Los ruidos más agradables, aunque se esforzara por apagarlos lo más posible, acarreaban la ira de los dioses. Y no se trataba más que de tamborilear en la bandeja del té, de silbar con ayuda de cualquier llave olvidada, de golpear los cristales de las ventanas o tocar una campanilla en el patio... Algunas veces, sin embargo, los dioses le regalaban juguetes rotos de la tienda, porque la tienda era, entre otras cosas, una tienda de juguetes, y entonces sentía que les quería de verdad. (Las otras cosas incluían libros para leer y libros para prestar y también fotografías de asuntos locales; tenía pretensiones de ser una tienda de objetos de porcelana; se vendía también material de oficina y en los escaparates y en los rincones había caballetes, marcos, biombos, aparejos de pesca, rifles, trajes de baño y tiendas de campaña. En resumen, una gran variedad de cosas, todas ellas muy atractivas para un chiquillo). En una ocasión su tía le regaló una trompeta si le prometía no tocarla, pero poco después se la quitó de nuevo. Su tía le obligaba a recitar el catecismo todos los domingos del año...

Según sus tíos fueron haciéndose viejos y según fue creciendo, su opinión acerca de ellos fue modificándose insensiblemente de año en año, hasta que al fin le pareció que habían sido siempre como los vio cuando, en sus años adolescentes, su opinión de las cosas se hizo estable; su tía se le representó siempre como una mujer angulosa y preocupada, con cierta tendencia a llevar el gorro torcido, y su tío como un hombre rollizo, con doble papada, descuidado en el vestir. Ni hacían visitas ni las recibían en su casa. Estaban siempre a la defensiva respecto a sus vecinos y a su prójimo en general; temían a la gente «baja» y aborrecían a los «engreídos»,

y, por lo tanto, se mantenían «encerrados en sí mismos» de acuerdo con el ideal británico. De ahí que el pequeño Kipps no tuviera compañeros de juego, excepto aquellos que encontró gracias al pecado de la desobediencia. Era por naturaleza de sociable disposición. En la calle saludaba a los ciclistas y sacaba la lengua a los niños ricos cuando la niñera miraba para otro lado. E hizo amistad con Sid Pornick, el hijo del dueño de la mecería vecina, amistad que con largas interrupción, estaba destinada a durar toda su vida.

Pornick, el mercero, era, en opinión del viejo Kipps, «un verdadero asno», y según el niño pudo decir de sus palabras, un ser completamente opuesto a los ideales de los Kipps. Pornick poseía una voz tonante con la que irritaba al viejo Kipps al gritar a todas horas llamando a sus hijos. También le irritaba por cantar a coro los domingos con toda la familia, por tener cierta cultura, por comportarse como si la pilastra que separaba las dos tiendas fuera propiedad común, por armar ruido por las tardes cuando los Kipps quería echar la siesta, por subir y bajar con las botas puestas las escaleras sin alfombrar, por tener una barba negra, por querer hacerse amigo de él y por toda clase de cosas. En resumen, irritaba al viejo Kipps. Le encalabrínaba sobre todo con la estera de la puerta. Kipps nunca sacudía la suya, pretendiendo que el polvo se amontonara a su gusto, y sostenía que Pornick esperaba a que se levantara viento apropiado para que el polvo, puesto en libertad por este procedimiento ensuciara la tienda de su vecino. Estos desacuerdos daban lugar a frecuentes peleas, y en una ocasión estuvieron tan cerca de llegar a las manos que Pornick acabó por irse precipitadamente a su propia tienda.

Pero una de estas peleas fue la causa de la amistad entre el pequeño Kipps y Sid Pornick. Los dos chiquillos, contemplando un día una de aquellas escenas, cambiaron unos cuantos comentarios y entonces Kipps declaró que el padre de Sid era «un verdadero asno». Sid dijo que no lo era y Kipps repitió su afirmación. Entonces Sid dijo que con una sola mano podría vencer a Kipps, lo que éste negó no sin cierta vacilación interna. Los dos repitieron sus puntos de vista y el incidente hubiera terminado así de no haber pasado por allí el hijo del carnicero, que insistió en que se jugara limpio.

En vista de ello, los chicos se quitaron las chaquetas y estuvieron

peleando hasta que el hijo del carnicero consideró llegado el momento de seguir su camino para cumplir el encargo de una pierna de cordero, hecho por *Mrs. Holyer*. Entonces, siguiendo sus instrucciones, se dieron la mano e hicieron las paces. Minutos después, orgullosos de haber merecido la aprobación del chico del carnicero, se sentaron el uno junto al otro en la acera y se contemplaron con un nuevo respeto. A los dos les sangraban las narices y los dos tenían un ojo amoratado. Ninguno había cedido y ninguno deseaba volver a pelear.

Fue un excelente comienzo. Después de aquel primer encuentro, ni los atributos de sus familiares ni su valor relativo en las peleas, se interpusieron entre ellos, y si faltaba algo para hacer completa su mutua simpatía, descubrieron que los dos compartían el mismo aborrecimiento hacia el mayor de los Quodling. El mayor de los Quodling ceceaba, usaba un absurdo sombrero de paja y tenía el cutis sonrosado. Además, iba a la escuela con una cartera de color verde claro, hecho ya de por sí despreciable. Se metían con él en la calle y le tiraban piedras y, cuando contestaba con amenazas («Mira, Art Kitpz, zerá mejor que lo dejes zi no quieres que te ajuzte laz cuentas»), intensificaban el ataque y le obligaban a huir.

Después de aquello, rompieron la cabeza de la muñeca de Ann Pornick, que se fue a su casa llorando. Sid recibió una paliza, pero, según explicó más tarde a su amigo, se había colocado un periódico en el sitio estratégico y en realidad no le hicieron ningún daño... Y *Mrs. Pornick* asomó la cabeza a la puta de la tienda y amenazó a Kipps al pasar. Y eso fue todo.

2

La «Academia de Cavendish» elegida por la madre de Kipps, estaba establecida en una casa particular que se elevaba en la parte de Hastings más alejada del mar. Muchos de sus alumnos tenían a sus padres en la «India» o en otros lugares igualmente difíciles de comprobar; otros eran hijos de viuda, ansiosos, como la madre de Kipps, de conseguir para sus hijos una educación superior con el

menor gasto posible; otros eran enviados allí para demostrar la dignidad de sus padres o tutores. Y, naturalmente, había niños que venían de Francia.

El director de la academia era un hombre alto y delgado que disfrutaba de tan mal carácter como mala digestión y que declaraba llamarse George Woodrow, F. S. Sé., letras que indicaban que había pagado cierto número de guineas para agenciarse un diploma. La habitación donde daba la clase estaba esmaltada de blanco, y además de los pupitres gastados y rayados, había en ella una pizarra y dos grandes mapas amarillentos y anticuados, uno de África otro de Wiltshire, que había comprado muy baratos en una venta de ocasión. En su despacho, donde recibía a los familiares de los alumnos, había otros mapas y esferas, pero éstos permanecían ignorados de los chiquillos. En el pasillo aparecía una vitrina en la que se guardaban algunos tubos de ensayo, un trípode, una retorta de vidrio y un mechero Bunsen, todo lo cual ponía de manifiesto que el «laboratorio científico» mencionado en el prospecto no era simple propaganda.

Este prospecto, escrito en un inglés que se distinguía por su engolamiento ya que no por su corrección gramatical, daba un énfasis especial a la sólida preparación para carreras comerciales que se daba en la academia, pero del Servicio Civil, del Ejército y la Marina se hacía una breve y ambigua mención. En prospecto se hablaba de «éxitos de exámenes» y se declaraba que los estudios incluían las artes y los idiomas extranjeros modernos, así como «una sólida formación técnica y científica». A continuación insistía en el «bienestar moral» de los alumnos y en la excelencia de la instrucción religiosa «tan a menudo olvidada hoy en día, aun en colegios de “fama”». Se hablaba también de los cuidados maternos de *Mrs.* Woodrow, que en realidad era una mujer frágil y diminuta ocupada únicamente en sus problemas domésticos. El prospecto terminaba con una frase de intencionada ambigüedad: «El precio no es fijo. Se consume leche y productos propios».

Los recuerdos de aquel colegio que Kipps llevó consigo a la vida posterior, estaban situados en un ambiente de embrollo mental que incluía innumerable imágenes de sí mismo sentado, ocioso y aburrido, chupando papel secante y bebiendo tinta; leyendo libros rotos con cubiertas pintarrajeadas; jugando a las canicas a

escondidas, contando cuentos y pellizcando a su vecino de pupitre; poniéndose de pie siendo golpeado sin razón por faltas imaginarias. Recordaba también los días malos de *Mr. Woodrow* en los que prevalecía la injusticia; la hora de preparación que precedía al desayuno, compuesto de pan y mantequilla; y horribles dolores de cabeza y sensaciones internas sin precedentes, resultado de la cocina maternal de *Mrs. Woodrow*. Recordaba también largos paseos en que los alumnos iban de dos en dos, luciendo todas las gorras que tanto agradaban a sus madres viudas. Cuando llovía, disfrutaban de medias vacaciones y los niños luchaban entre sí, se golpeaban sin cesar y los más fuertes sometían a la fuerza a los más débiles. Había un chiquillo muy cobarde a quien Kipps martirizaba en particular, hasta que un día se rebeló y le dio un buen par de puñetazos. Kipps también recordaba haber dormido con otros dos compañeros en la misma cama; recordaba el olor intenso de la clase cuando volvían a ella después de diez minutos de recreo; recordaba un par de juegos lleno de barro y de piedras. Y recordaba que a escondidas todos los niños decían palabrotas.

«El domingo es nuestro día más feliz» era uno de los *slogans* de Woodrow al hablar con los padres de los alumnos. Y afortunadamente Kipps no era tomado como testigo. Para él, los domingos eran horribles intervalos de inacción, sin trabajo, sin juegos, un espacio de tiempo desprovisto de significación durante el cual había que ir dos veces a la iglesia. La tarde se consagraba a juegos furtivos entre los que figuraba someter a tortura a los compañeros más débiles. De la diferencia entre los domingos y los demás días sacó Kipps sus primeras ideas y opiniones sobre la naturaleza de Dios y del cielo, e instintivamente se propuso evitar un conocimiento más íntimo de ellos mientras le fuera posible.

El estudio variaba según el estado de ánimo de Woodrow. Había períodos letárgicos en los que se distribuían cuadernos y se preparaban cuentas mientras tenían lugar profundas conversaciones e interminables juegos de adivinanza, sin que *Mr. Woodrow*, inanimado ante su mesa y mirando fijamente al vacío, se diera cuenta de nada.

En otras ocasiones el F. S. Sé. se ponía en acción, se alzaba adoptando una postura majestuosa frente a sus alumnos y, sembrando la elección de amargas burlas y castigos corporales, les

enseñaba un capítulo del libro *Primer curso de francés*. Había obtenido sus conocimientos de francés en un colegio británico semejante al suyo actual, y había refrescado el idioma en el transcurso de algunas semanas de ociosidad y bajas aventuras que pasó en la ciudad de Dieppe. De vez en cuando, durante la lección se acordaba de algo ocurrido en aquellos días brillantes; entonces se echaba a reír inexplicablemente y pronunciaba en francés frases incomprensibles para los chicos.

Entre los ejercicios de este tipo, les hacía aprenderse interminables pasajes poéticos que luego hacía que escuchara uno de los chicos mayores en su lugar. También les hacía leer la Biblia en voz alta, verso por verso, así como la historia de Inglaterra, rendían también nombres geográficos y algunas res, en algún momento de energía, Woodrow les ordenaba buscar los nombres hasta que los encontraran en el mapa. Y una vez, sólo una vez, dieron una clase de química utilizando objetos de cristal de formas extrañas e inundando la clase de un olor parecido al de huevos podridos; un objeto extraño se puso a hervir, *Mr. Woodrow* masculló una maldición, y como los niños cogieron aquel objeto y lo arrojaron al centro del dormitorio, toda la clase sufrió un castigo colectivo que duró una hora.

Pero mezclados con los recuerdos de aquella rutina gris brillaban con vivos colores las vacaciones, sus vacaciones, que a pesar de la lucha sorda que tenía lugar entre sus familias respectivas, pasaba con su amigo Sid Pornick, hijo del irascible mercero de barba negra que era su vecino. Aquéllos parecían recuerdos de un mundo distinto. Había días magníficos en los que paseaban por la playa, se interesara por el misterio y el movimiento incesante de los molinos en los que jugaban a ser contrabandistas y salían descalzos en la oscuridad, para hacer largas excursiones y llegar incluso a Hythe, donde los cañones del Imperio se exhibían majestuosos, y a Rye y Winchelsea, colgadas, como ciudades de ensueño, de verdes colinas. El fondo de estos recuerdos era el firmamento que cubría los campos en verano o el tumulto del cielo y del mar. Cerca de allí habían ocurrido naufragios, naufragios reales, y Kipps y su amigo contemplaban con emoción los restos de la armazón de algún barco de pesca que había sido arrojado a la orilla como una cesta vacía una vez que el mar se hubo tragado a

sus ocupantes. Recordaba también haberse bañado desnudo en el mar y haber tratado incluso de nadar a pesar de la prohibición de la tía, así como las excursiones que hacían con el consentimiento familiar, en las cuales llevaban la comida en grandes bolsas de papel de color castaño. Y en lugar de la figura de Woodrow, sus recuerdos estaban presididos por la de su tía, que aunque insistía en hacerle repetir el catecismo todos los domingos, era con él amable y cariñosa, y la de su tío, corpulenta e irascible, pero sedentario y no muy exigente. Todo aquello significaba la libertad.

Sí, las vacaciones eran muy distintas de la escuela. Eran libres, eran espaciosas, y aunque Kipps nunca las describió con estas palabras, poseían un elemento de belleza. En los recuerdos de su infancia, las vacaciones se destacaban como estrellas que iban cobrando una mayor brillantez según se hacían más y más remotas. Y por fin llegó un tiempo en que al pensar en ellas llegó a sentir deseos de llorar.

Las últimas vacaciones eran las que brillaban con más fuerza y en lugar del calidoscópico efecto de sus predecesoras, su brillo se centraba en una sola figura. Porque durante las últimas vacaciones de su vida escolar, Kipps dio sus primeros pasos tentativos en el misterioso camino del Amor. Pasos muy tentativos, porque se había convertido en un muchacho que domaba sus pasiones y cuya capacidad de afecto era más potencial que real.

El objeto de aquel primer despertar del amor no fue otro que Ann Pornick, a cuya muñeca él y Sid le habían roto la cabeza años atrás, en los días en que había aprendido aún el significado de un corazón.

3

Habían comenzado las negociaciones para convertir Kipps en un pañero, cuando el muchacho descubrió el fulgor que se escondía en los ojos de Ann Pomick. Sus días escolares habían pasado para siempre. Era pleno verano. La despedida de la escuela había sido alegre y el excelente lema de que «el último día se saldan las

cuentas», había sido observado escrupulosamente por Kipps para que su honor quedara satisfecho. Había golpeado a todos sus enemigos en la cabeza, había retorcido muñecas y dado puntapiés en un gran número de espinillas; había distribuido todos sus cuadernos sin terminar, sus libros de texto, sus micas y su gorra entre todos los que le querían, y había escrito en secreto al margen de los libros la frase siguiente: «No olvidéis a Art Kipps». También rompió el bastón del anémico Woodrow, grabó su nombre con una navaja en varias paredes del edificio y rompió los cristales de una ventana. Había dicho con tanta frecuencia a todo el mundo que iba a ser marino que casi había llegado a creérselo él mismo. Ahora por fin se hallaba en su hogar y el colegio se había acabado para siempre.

El día de su vuelta a casa se levantó antes de las seis y salió al patio, donde se dedicó a silbar una picante composición de tres notas que los chicos de Academia de Hastings, él y Sid Pornick, consideraban, sin fundamento alguno, como el grito de guerra original de los Hurones. Mientras lo hacía fingía estar ocupado en examinar con respeto y admiración la nueva ala de la bodega, edificada recientemente por su tío.

Pronto llegó la contestación desde el patio vecino de los Pornick. Entonces Kipps empezó a cantar «A las ocho y media, tralalá, en el patio detrás de la iglesia». El «tralalá» se añadía para hacer la frase incomprensible para aquéllos a quienes no iba dirigida y para ocultar sus planes de un modo aún más seguro, los dos intérpretes de aquel dúo repitieron una vez más la vocalización del grito de guerra de los Hurones, después de lo cual cada uno de ellos entró en su casa para encender el fuego, como convenía a niños bien educados que estaban de vacaciones.

A las ocho y media, Kipps se encontraba encaramado en una verja iluminada por el sol en la pradera que se extiende hasta el mar, moviendo las botas con ritmo lento y silbando a todo pulmón las canciones que conocía. De pronto, junto a la pared del patio de la iglesia apareció una niña de falda corta, cabello castaño y ojos de color azul oscuro. Era un poco más alta que Kipps y a éste le costó reconocerla, tan grande era el cambio que había experimentado desde La últimas vacaciones..., si es que la había visto durante las últimas vacaciones, cosa que no recordaba con claridad.

Al verla sintió una vaga emoción. Dejó de silbar la contempló con extraña timidez.

—No puede venir —dijo Ann avanzando hacia él—. Vendrá más tarde.

—¿Qué Sid no puede venir?

—No. Papá ha vuelto a darle una paliza.

—¿Qué ha hecho?

—No lo sé. Papá está muy enfadado esta mañana.

—¡Oh!

Pausa. Kipps la miró y fue incapaz de mirarla nuevo. Ella le examinó con interés.

—¿Has terminado con el colegio? —preguntó Ann tras unos instantes de silencio.

—Sí.

—También Sid.

La conversación languideció. Ann colocó las manos encima de la verja y se puso a dar saltos como si estuviera haciendo ejercicios gimnásticos.

—¿Quieres que hagamos una carrera? —preguntó pronto.

—Cuando quieras —asintió Kipps.

—¿Me das un poco de ventaja?

—¿Hasta dónde?

Ann reflexionó y señaló a un árbol con la mano. Se dirigió a él y una vez allí se volvió.

—¿Hasta aquí?

Kipps, que se había puesto en pie, sonrió con aire de superioridad.

—¡Más lejos, si quieres! —exclamó.

—¿Hasta aquí?

—Un poco más —concedió Kipps.

Pero arrepintiéndose de su magnanimidad echó a correr de pronto, recobrando de este modo la ventaja cedida. Los dos llegaron al mismo tiempo a la meta, acalorados y sin aliento.

—Empatados —dijo Ann echándose con la mano el cabello hacia atrás.

—Yo he ganado —jadeó Kipps.

Siguió entonces una disputa firme pero cortés.

—Corramos otra vez, si quieres —dijo Kipps—. A mí no me

importa.

Ella asintió y los dos echaron a correr hacia la verja.

—No corres mal —declaró Kipps expresando una clara admiración—. Porque debes saber que yo soy uno de los mejores.

Ann volvió a echarse hacia atrás el cabello.

—Pero me diste ventaja —reconoció.

En aquel momento vieron acercarse a Sid.

—Más vale que vuelvas, Ann —dijo a su hermana cuando hubo llegado hasta ellos—. Has estado fuera casi media hora y en casa está todo el trabajo por hacer. Papá dijo que no sabía dónde estabas, pero que cuando te viera te ajustaría las cuentas.

Ann se dispuso a marcharse.

—¿Cuándo hacemos otra carrera? —preguntó Kipps.

—¡Pero, oye! —exclamó Sid, escandalizado—. ¿Has estado echando carreras con ella?

Ann llegó al borde de la verja, con los ojos fijos en Kipps, y después giró bruscamente sobre sus talones y echó a correr campo abajo. Kipps la siguió con la mirada y al fin se volvió hacia su amigo.

—Le di mucha ventaja —dijo excusándose—. Así que no fue una carrera de verdad.

De este modo el asunto quedó zanjado, pero Kipps tuvo pensativo largo rato. En su interior había nacido un sentimiento nuevo.

4

En seguida procedieron a considerar de qué forma dos Hurones auténticos pasarían la mañana. Era evidente que ambos se sentían inclinados a dirigirse hacia el mar.

—He encontrado otros restos de naufragio —dijo Sid—. Y huelen que apestan.

—¿Huelen mal?

—¡Uf! Te digo que apestan. Llevaban trigo, por lo visto, y todo él se ha podrido.

Partiendo de los naufragios empezaron a hablar de acorazados, de guerra y de otros tópicos masculinos. A mitad del camino hacia donde se hallaban los restos, Kipps hizo un comentario casual.

—Tu hermana no es mala chica —dijo como a quien se le ocurre de pronto una idea.

—La tengo muy bien enseñada —repuso Sidney con modestia; y después de una pausa la conversación versó de nuevo sobre temas más adecuados.

Los restos de que Sid hablara estaban llenos de grano podrido y despedían un olor abominable, lo que para ellos constituyó una ventaja porque nadie acudió a disputarles el botín. Tomaron posesión de él por la fuerza y se dispusieron a defenderlo contra un número elevadísimo de indígenas imaginarios que por huyeron a la desbandada. Después penetraron por entre una flota combinada francesa, alemana y rusa, mandando a pique todos los barcos. Después sufrieron naufragio y se vieron obligados a echarse al mar amarrados a dos tablones.

Todos estos juegos borraron la imagen de Ann durante algún tiempo de los pensamientos de Kipps, cuando, sin bebida ni alimento, iban a la deriva en medio de un océano hostil y oteaban el horizonte intentando divisar una vela, volvió a recordarla de pronto.

—Debe de ser muy agradable tener hermanas —dijo de uno los dos náufragos, Sid se volvió hacia él y le miró pensativo.

—No lo creas.

—¿No?

—En absoluto. Saben demasiado y siempre se meten todo.

Dicho esto siguió avizorando el horizonte. Después escupió entre dientes como había leído que hacían lo héroes marinos.

—Las hermanas no sirven para nada —prosiguió—. Para nada. Las chicas sí, pero no las hermanas.

—Pero ¿es que las hermanas no son chicas?

—¡No! —exclamó Sid con indecible desdén.

—Claro que no —convino Kipps—. No quise decirlo. No me refería a eso.

—¿Tienes novia? —preguntó Sid volviendo a escupir.

Kipps confesó, compungido, que no la tenía.

—Supongo que no sabes quién es la mía.

—¿Quién es? —preguntó Kipps, todavía avergonzado de no poder vanagloriarse de lo mismo.

—¡Ah!

Kipps dejó pasar un momento antes de insistir se esperaba de él.

—¡Dímelo!

Sid contempló con una ligera vacilación.

—¿Guardarás el secreto?

—¡Claro que sí!

—¿Lo juras solemnemente?

—¡Lo juro! —exclamó Kipps empezando a ser curiosidad.

—Su nombre empieza con M —dijo Sid con gran solemnidad, comenzando a deletrearlo—. M-a-u-d Ch-a-r-t-e-r-i-s.

Maud Charteris era una joven de dieciocho era hija del vicario de St. Bavon, además de lo cual poseía una bicicleta. Por lo tanto, al escuchar aquel nombre los ojos de Kipps expresaron un profundo respeto.

—¡Vamos, anda! —exclamó, incrédulo—. No creo, Sid Pornick.

—¡Lo es! —afirmó Sid gravemente.

—¿Lo dices en serio?

—En serio.

Kipps le sometió a interrogatorio.

—¿De verdad?

Sid tocó madera, dio un silbido y repitió con solemnidad que todo lo que había dicho era cierto.

Kipps luchaba todavía por comprender la nueva luz que había caído sobre su mundo.

—¿Quieres decir que ella... sabe?

Sid se sonrojó y siguió atisbando el mar iluminado por el sol.

—Daría mi vida por esa chica, Art Kipps —a por último. Y Kipps no repitió la pregunta—. Haría cualquier cosa que me pidiera —prosiguió Sid—, cualquier cosa. Si me pidiera que me arrojara al mar lo haría inmediatamente.

Permanecieron pensativos algunos instantes y después Sid comenzó a hablar del amor, tema sobre el que Kipps ya había meditado, pero del que nunca había oído hablar a la luz del día. Naturalmente, en el intercambio de conocimientos que tenía lugar a la sombra de Woodrow, habían salido a relucir muchos y diversos aspectos de la vida, pero el amor sentimental no se contaba entre

ellos. Sid, que era un muchacho imaginativo, una vez que hubo tocado el tema abrió a su amigo Kipps su corazón, o al menos parte de él. Le enseñó una novela que había jugado un gran papel en su despertar sentimental y se ofreció para que la leyera, diciendo que uno de los descritos en ella era un conde que tenía mucha semejanza con él mismo. Aquel conde era un hombre de pasiones volcánicas que ocultaba bajo una apariencia de «helado cinismo». El único signo exterior que se permitía de vez en cuando era rechinar los dientes, y, ahora que lo pensaba, Kipps recordó que también Sid tenía la costumbre de rechinar los dientes y que había estado haciéndolo toda la mañana. Pasaron algún tiempo leyendo la novela y después Sid volvió a hablar. Dijo que el amor estaba compuesto de una profunda devoción, un gran valor y un toque de misterio. Y mientras él hablaba, ante la imaginación de Kipps se presentaba sin cesar un rostro acalorado y un cabello rebelde continuamente echado hacia atrás con un ademán impaciente de la mano.

Y de aquel modo, sentados sobre los restos de un barco en el que otros hombres habían vivido y habían muerto, y contemplando el mar, hablaron de aquel otro mar en el cual muy pronto habían de embarcarse...

Al fin guardaron silencio y, poniendo el libro entre dos, empezaron a leer cada uno para sí. Pero Kipps se quedaba atrás, y como no quería confesar leía más despacio que Sid, que había sido educado en un colegio considerado inferior, se sumió en la meditación.

—Me gustaría tener una novia —dijo Kipps—. Quiero decir alguien con quien hablar y todo eso...

Un saco flotante les distrajo al fin de su charla. Abandonaron los restos y siguieron al saco durante un kilómetro a lo largo de la playa, bombardeándole con piedras hasta que al fin volvió a reposar en la playa. Los dos se habían hecho ilusiones de que contendría algo romántico y misterioso, pero se trataba únicamente de un gato en estado de putrefacción. De modo que los dos dieron marcha atrás, y pensativos y hambrientos recorrieron de vuelta el camino a sus casas.

Sin embargo, la imaginación de Kipps se había calentado con aquella conversación sobre el amor y cuando por la tarde se encontró con Ann Pornick en la calle Mayor y la saludó, lo hizo de un modo muy distinto de como lo hiciera anteriormente. Y cuando se cruzaron, los dos se volvieron para mirar hacia atrás y se sorprendieron haciéndolo. Sí, Kipps necesitaba una novia...

Después se distrajo, al ver un tractor que atravesaba la ciudad. Pero cuando se hubo acostado aquella noche, escondió la cara en la almohada y dijo en voz baja: «Amo a Ann Pornick».

Después soñó que hacía carreras con Ann, que vivían juntos entre los restos de un barco y que ella estaba siempre sonrojada y tenía el cabello revuelto. No hacían sino vivir en el barco y correr y querer mucho...

A la mañana del día siguiente oyó cantar a Ann a la casa vecina. La estuvo escuchando durante algún tiempo y comprendió claramente que tendría que revelarle sus sentimientos.

Al atardecer se encontraron los dos junto a la iglesia, pero aunque Kipps deseaba decir muchas cosas, una extraña timidez le impidió hacerlo hasta que se hallaron una vez más en la verja. Entre los dos sobrevino un silencio cargado de electricidad y de pronto Kipps se sintió impulsado a hablar de su amor

—Ann —dijo—. Me gustas muchísimo y quisiera que fueras mi novia... ¿Quieres serlo, Ann?

Ann no fingió el menor asombro y pareció pe los pros y los contras de la propuesta, con los ojos fijos en Kipps.

—Lo haré si quieres, Artie —dijo por fin.

—Muy bien —aceptó Kipps con los ojos brillantes—. Entonces eres mi novia.

—Soy tu novia —convino Ann.

Algo pareció surgir entre ellos y durante unos instantes no se atrevieron a mirarse a los ojos.

—¡Mira! —exclamó Ann de pronto.

Y de un salto se puso a perseguir un escarabajo que se movía a un metro de distancia, y una vez más volvieron a ser dos camaradas...

Durante algunos días los dos evitaron cuidadosamente referirse a las nuevas relaciones existentes entre ellos, a pesar de que se

encontraron dos o tres veces. Los dos sentían instintivamente que faltaba algo para que aquel gran cambio pudiera considerarle completo y satisfactorio, pero ninguno de ellos sabía cuál había de ser el primer paso necesario para lograrlo. Kipps hablaba de toda clase de cosas, especialmente de los planes y proyectos de sus tíos para situarle en la vida, y le contó también que le habían hecho dos trajes nuevos, un abrigo y cuatro camisas. Pero, mientras tanto, su imaginación le impulsaba a dar aquel paso, fuera el que fuera, y cuando estaba solo en la oscuridad llegó a convertirse en un adorador ardiente. Se decía que sería muy agradable coger a Ann de la mano; todas las novelas que leía con Sid daban por sentado que aquello era necesario para lograr una mayor intimidad.

Por fin se le ocurrió una gran idea que estaba dentro de la medida de su incipiente valor: ¡partir una moneda en dos! Se hizo con las mejores tijeras de su tía, sacó una moneda de seis peniques de su hucha y tuvo a punto de destrozarse el dedo al intentar partirla por la mitad. Cuando se encontró de nuevo con Ann la moneda estaba aún intacta. Kipps no habría tenido intención de mencionar el asunto, pero sin darse cuenta se sorprendió a sí mismo hablando Ann del significado de una moneda partida y de su fracaso al intentar partir aquélla.

—Pero ¿para qué quieres partirla? —preguntó Ann—. Si está rota no sirve para nada.

—Es un símbolo —explicó Kipps.

—¿Cómo...?

—Tú te quedas con la mitad y yo con la otra mitad, y cuando estemos separados tú miras la tuya y yo la mía..., ¿comprendes?, y así pensamos el uno el otro.

—¡Oh! —exclamó Ann, pensativa, asimilando toda aquella información.

—Sólo que no puedo partirla a pesar de todos mis esfuerzos —dijo Kipps.

Reflexionaron sobre aquella dificultad durante unos minutos y al fin Ann tuvo una idea brillante.

—Ya sé lo que haremos —dijo de pronto poniendo una mano sobre el brazo de Kipps—. Dame la moreda. Artie. Yo sé dónde guarda papá la lima.

Kipps le entregó los seis peniques y entre los dos se hizo un

nuevo silencio.

—Yo la partiré fácilmente —aseguró Ann.

Mientras contemplaban la moneda uno al lado de otro, sus cabezas se tocaron y de pronto Kipps se sintió impulsado a dar un paso más en los ignorados misterios del amor.

—Ann —dijo asombrado de su propia osadía—, te quiero de verdad. Haría cualquier cosa por ti..., cualquier cosa.

Se interrumpió para tomar aliento. Ella no le contestó, pero era evidente que se estaba divirtiendo mucho. Kipps se acercó más aún y su hombro rozó el de la muchacha.

—Ann, quisiera...

Se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Ann.

—Quisiera besarte.

Todo pareció quedar suspendido durante una pausa interminable. El tono de su voz y sus palabras hicieron que todo aquello resultara increíble y fantástico para Kipps. Él no era hombre de los que imponen condiciones...

Por su parte, Ann comprendió que todavía no estaba preparada para que la besaran. Dijo que aquello era una tontería, y cuando Kipps intentó llevarlo a efecto se separó de él. Entonces él intentó hacerla entrar en razón y le dijo que no veía qué ventaja tenía el ser novios si no podían besarse.

Ann repitió que lo de los besos era una tontería. Los dos iniciaron el regreso a sus casas con cierto resentimiento. Cuando llegaron a la calle Mayor, no iban juntos, pero tampoco separados. No se habían cesado, pero entre ambos había surgido una sensación de culpabilidad como si lo hubieran hecho. Cuando Kipps divisó el corpachón de su tío en el umbral de la puerta de la tienda, sus pasos se hicieron menos firmes y la distancia que separaba a la joven pareja se ensanchó. Encima de la tienda de *Mr.* Pornick la ventana estaba abierta y los muchachos vieron a *Mrs.* Pornick que les contemplaba. Kipps dio a sus ojos una expresión de completa inocencia cuando se encontró frente a frente con su tío.

—¿Dónde has estado, muchacho?

—He ido a dar un paseo, tío.

—¿No habrás ido con esa arrapieza de Pornick?

—¿Con esa qué?

—Con esa chica —dijo su tío señalando a Ann con la pipa.

—¡No, no, tío! —repuso en voz muy baja.

—Pasa adentro, muchacho.

El viejo Kipps se echó a un lado lanzando una mirada de soslayo a la ventana de sus vecinos y su sobrino pasó por su lado adentrándose en la gris oscuridad de la tienda. La puerta se cerró detrás del viejo Kipps dejando oír el sonido de la campanilla, y el propietario se dispuso a encender la lámpara de aceite con que se iluminaba por las noches. Era una operación que requería cuidado y un pulso firme, pues de lo contrario se inflamaba o echaba tufo. Y algunas veces lo echaba, a pesar de todo. Por alguna razón desconocida, a Kipps le resultó demasiado ahogado el cuarto de estar, donde su tía estaba dedicada a hacer labor, y subió a su dormitorio.

«Esa arrapieza de Pornick...». A Kipps le parecía que había ocurrido una horrible catástrofe y sintió que se había identificado con su tío y se había separado de Ann para siempre, al negar haber estado con ella. Durante la cena se mostró tan ostensiblemente deprimido, que su tía le preguntó si no se encontraba bien. Entonces, ante la amenaza de tener que tomar alguna medicina o algún brebaje, Kipps fingió una alegría que estaba muy lejos de sentir

Aquella noche permaneció despierto durante media hora, dando vueltas en la cama, resentido porque todo había salido mal, porque Ann no le había dejado besarla y porque su tío la hubiera llamado «arrapieza». Kipps sentía como si él se lo hubiera llamado también...

Después de aquello hubo un intervalo de tiempo durante el cual Ann resultó completamente inaccesible. Pasó un día, dos días, tres días, sin verla. Se encontró varias veces con Sid, fueron de pesca y a bañarse, pero aunque Sid le había prestado otras de novelas de amor, no volvieron a referirse a aquel tema. Kipps deseaba hablar acerca de Ann, pero no se atrevía. El domingo por la noche la vio dirigirse a la iglesia, más bonita que nunca con sus ropas domingueras, pero ella fingió no verle porque iba con su madre y Kipps creyó que lo hacía porque estaba enfadada con él para siempre. «¡Arrapieza...!». ¿Cómo podría perdonarle aquello? Se abandonó a la desesperación y dejó incluso de frecuentar los sitios

donde creía poder encontrarla.

Y de pronto, impensadamente, llegó el fin.

Mr. Sharford, el pañero de Folkestone con quien Kipps iba a trabajar de aprendiz, expresó el deseo de adiestrar un poco al muchacho antes de las ventas de otoño. Kipps se dio cuenta de que le habían hecho la maleta y de cuál era el estado de cosas la noche antes de su marcha. Y entonces sintió el deseo febril de ver a Ann una vez más. Dio un pretexto in necesario para salir al patio y recorrió tres veces la calle de un lado para otro contemplando las ventanas de los Pornick. Pero ella continuaba oculta y él comenzó a desesperarse. Cuando faltaba media hora para su marcha, se tropezó con Sid.

—¡Hola! —exclamó—. Me marcho...

—¿A trabajar?

—Sí.

Pausa.

—Oye, Sid. ¿Vas a tu casa?

—Sí, ahora mismo,

—¿Quieres hacerme un favor? Pregúntale a Ann si tiene eso.

—¿Si tiene qué?

—Ella sabe lo que es.

Sid prometió que se lo preguntaría.

Pero ni siquiera aquello hizo salir a Ann de donde se hallaba.

Por fin apareció el coche de Folkestone y tuvo que entrar en él. Su tía salió a la puerta a despedirle y su tío le ayudó a subir la maleta. Pudo lanzar una mirada furtiva a las ventanas de los Pornick, pero seguía sin ver rastro de Ann. Creyó que estaba ofendida con él para siempre.

—¡De prisa! —apremió el cochero.

No; Ann no saldría a decirle adiós. El coche se sabía puesto en movimiento y el viejo Kipps volvió a entrar en la tienda. Kipps contempló fijamente el vacío, repitiéndose que no le importaba. Pero de pronto oyó un portazo y volvió la cabeza. Conocía muy bien el sonido de aquel portazo. De la mercería salía una figurilla esbelta vestida de color rosa, que echó acorrer con decisión por la calle y que unos segundos después había alcanzado al coche. Al verla, el corazón de Kipps empezó a latir aceleradamente, pero lo hizo la menor demostración de haberla visto.

—¡Artie! —gritó la muchacha sin aliento—. ¡Artie! ¡Artie! ¡Ya lo tengo!

El coche estaba ya acelerando y dejándola atrás cuando Kipps se dio cuenta de lo que la muchacha quería decir. Inmediatamente cobró ánimos e hizo acopio de todo su valor para rogar al cochero que se detuviera un instante. El cochero gruñó como exigiría la diferencia de edad entre ambos, pero el coche se detuvo.

Ann se encaramó a uno de los radios de la rueda, cuando Kipps la miró, vio que sus ojos expresaban firmeza y decisión. Los dos se miraron en silencio mientras sus manos se unían. Un objeto pasó de una mano a otra, un objeto que el cochero, aunque no dejaba de mirarles atentamente con el rabillo del ojo, no logró ver con claridad. A Kipps no se le ocurría nada que decir y todo lo que ella dijo fue:

—Pude partirla esta mañana.

Fue aquél como un espacio en blanco en el que pudiera haberse escrito algo que no se escribió. Después Ann se dejó caer al suelo y el coche reanudó la marcha.

Hasta que no hubieron pasado unos diez segundos no se le ocurrió a Kipps asomarse y saludarla con sombrero nuevo, mientras gritaba con voz ronca:

—¡Adiós, Ann! ¡No me olvides mientras esté fuera!

Ella permaneció de pie en medio de la carretera viendo cómo se alejaba, y por último le dijo adiós con la mano.

Cuando una curva la ocultó por fin de su vista Kipps se sentó en su asiento y se dispuso a guardar en el bolsillo del pantalón la media moneda de seis peniques que tenía en la mano, mientras miraba de soslayo al cochero intentando adivinar lo que había visto.

Después se puso a pensar y decidió que, pasara lo que pasara, cuando volviera a Nueva Romney por Navidad, besaría a Ann.

Entonces todo se arreglaría y él sería completamente feliz.

CAPÍTULO II

EL ALMACÉN

1

Cuando Kipps dejó Nueva Romney, con una caja de latón amarilla, una maleta pequeña, un paraguas nuevo y media moneda de seis peniques, para convertirse en un pañero, era un muchacho de catorce años, muy delgado, de facciones pequeñas y ojos a veces muy claros y a veces muy oscuros. Además, era por naturaleza un poco confuso en su manera de hablar y hasta en su modo de ser, y sus modales eran más bien tímidos. Un destino inexorable había ordenado que sirviera a su país en el comercio y la misma influencia ignorada que había puesto su educación en manos de *Mr.* Woodrow le colocó ahora bajo la férula de *Mr.* Sharford, del Almacén de Tejidos de Folkestone. El aprendizaje es todavía el medio británico reconocido para adiestrarse en la vida. Si Kipps hubiera tenido la desgracia de nacer en Alemania, hubiera sido educado en una costosa escuela especializada, puesto que aquél era el sistema pedagógico de Alemania. Hubiera sido... ¡Pero por qué hacer reflexiones antipatrióticas en una novela! *Mr.* Sharford no tenía nada de pedagogo...

Era un hombrecillo irascible y enérgico cuyas velludas manos tenía casi siempre metidas en el bolsillo. Era completamente calvo, su nariz aquilina mostraba cierta tendencia a inclinarse hacia un lado y concedía toda clase de cuidados a su barba puntiaguda. Caminaba con rapidez y tenía la costumbre de tararear. Al principio había tenido un gran éxito en el negocio, pero poco después se vio en bancarrota y tuvo que recurrir a casarse por interés. Su establecimiento era ahora uno de los más importantes de Folkestone y su tienda ostentaba los números 3, 5 y 7 de la calle. Durante su primera entrevista con un Kipps aturdido y el admirado de todo, no

cesó de repetir alabanzas de sí mismo y de su propio sistema. Se apoyó en el respaldo de la silla, detrás de su escritorio, introdujo los pulgares en las sisas del chaleco y se dispuso a enlazar a Kipps una especie de discurso.

—Esperamos que trabajes como es debido y que tengas en cuenta nuestros intereses —explicó *Mr. Sharford* utilizando la primera persona del plural como corresponde a la realeza—. Nuestro sistema es el mejor que puede encontrarse en ningún sitio. Yo debo saberlo, puesto que fui su creador. Cuando yo tenía catorce años empecé por el peldaño más bajo y por lo tanto no hay un solo escalón que yo ignore. *Mr. Booch* te dará la nota del reglamento y de las multas. Espera un momento...

Fingió estar muy ocupado con unas notas sujeta; por un pisapapeles mientras Kipps permanecía inmovilizado por una especie de parálisis admirativa, contemplando la calvicie de su nuevo jefe.

—Dos mil trescientas cuarenta y siete libras —murmuró *Mr. Sharford* en voz alta, fingiendo haberse olvidado de la presencia de Kipps. Era evidente que se trataba de un lugar en que se llevaban a cabo importantes transacciones comerciales.

Mr. Sharford entregó a Kipps un papel secante y un tintero (como meros símbolos de inferioridad ya que no los utilizó para nada), y salieron los dos a despacho de contabilidad donde tres empleados pusieron a trabajar febrilmente desde que vieron moverse la puerta.

—Booch —dijo *Mr. Sharford*—, ¿tiene un ejemplar del reglamento?

Un hombrecillo de edad aventajada, y que vestía un traje muy raído, con una regla en una mano y una pluma en la boca, tendió en silencio a *Mr. Sharford* un librito con cubiertas amarillas y verdes, dedicado principalmente, como Kipps tuvo pronto ocasión de descubrir, a un voraz sistema de multas. El muchacho se dio cuenta de que los ojos de todos estaban fijos en él y titubeó un momento antes de dejar el tintero sobre una mesa para tener una mano libre.

—Necesitas más seguridad y más aplomo —dijo *Mr. Sharford* mientras Kipps se guardaba el reglamento—. Aquí hace falta decisión. Vamos —concluyó recogiendo los faldones de la chaqueta como una mujer se recogería el vestido y disponiéndose a

acompañarle a la tienda.

A Kipps el local le pareció interminable, con una infinidad de pulidos mostradores atendidos por impecables jóvenes de ambos sexos, todos los cuales tenían los ojos fijos en él. A su derecha había un gran rimero de guantes expuestos en cajas, más allá cintas de todos los colores y, al fondo, ropas de niño. Una jovencita con mitones negros, que estaba haciendo la cuenta a un parroquiano, se equivocó en la suma al sentir sobre ella la mirada de águila de *Mr. Sharford*.

Un hombre joven de calva incipiente y cara redonda, absorto en la tarea de colocar las sillas vacías a lo largo del mostrador a distancias absolutamente males, salió de su abstracción y contestó con respeto a varias observaciones napoleónicas y completamente innecesarias hechas por su jefe. Kipps fue informado de que el nombre de aquel joven era *Mr. Buggins* y que desde aquel momento estaría a sus órdenes inmediatas.

Dieron la vuelta y pasaron a otro local en el que prevalecía un olor nuevo, un olor que estaba destinado a servir de fondo a la vida de Kipps durante muchos años, el olor vago y característico de la mercancía de Manchester. Un hombre grueso, de nariz voluminosa, dio un salto al verles aparecer y comenzó a doblar una pieza de damasco como un autómatas que se pone de pronto en funcionamiento.

—Carshot, ocúpese mañana de este chico —dijo el jefe—. Haga que se espabile.

—Sí, señor —repuso Carshot mirando a Kipps y reanudando su tarea.

—Harás todo lo que *Mr. Carshot* te mande —dijo *Ir. Sharford* poniéndose de nuevo en movimiento. Después cruzaron una amplia estancia llena de las cosas más extrañas que Kipps había visto en su vida. Un gran número de figuras con cuerpo de mujer cornadas por cilindros negros donde debían de estar las cabezas, se hallaban alineadas a ambos lados. De pronto llegó hasta ellos el rumor de una voz femenina que decía con indignación:

—Le aseguro. *Miss Mergle*, que está muy equivocada al suponer que yo haría algo tan poco femenino.. La voz se interrumpió cuando Kipps y su jefe se acercaron al lugar de donde procedía y allí descubrieron a dos muchachas jóvenes, más altas y más rubias que

las demás, ocupadas en escribir en dos mesas contiguas. Kipps supo que también tendrá que hacer lo que ellas dos le ordenaran. Le habían dicho que tenía que hacer lo que le ordenaran Carshot y Booch. Sin olvidar a Buggins y a *Mr. Sharford*.

Descendieron después a un sótano llamado «el almacén», donde Kipps sufrió la ilusión óptica de ver a un grupo de chicos de su edad luchando entre sí. Una voz gritó: «¡Teddy!», y la ilusión pasó. Al mirar de nuevo vio con claridad que estaban haciendo paquetes y que lo último que harían o podrían hacer sería pelear. Sin embargo, de las observaciones que les hizo *Mr. Sharford* dedujo que habían estado peleando..., sin duda en una época remota de sus vidas.

Cuando subieron de nuevo a la tienda y se hallaron entre un gran número de juguetes y «artículos de fantasía», *Sharford* sacó una mano del bolsillo para señalarle una caja de cambios y se perdió en complicados cálculos para sumar los minutos que de ese modo se ahorran al año.

—Siete por ocho... ¿O es siete por nueve? ¡Vamos, vamos! Cuando yo tenía tu edad no tardaba ni medio minuto en calcularlo. Aquí aprenderás pronto y te convertiremos en un muchacho competente. Volviendo a lo de antes, te aseguro que esto significa libras y libras de ahorro al año. Libras y libras. ¡Sistema, Sistema y orden por todas partes! ¡Eficacia!

Siguió murmurando las palabras «eficacia» y «sistema» con cortos intervalos durante algún tiempo hasta que llegaron a un patio donde *Mr. Sharford* mostró a Kipps tres coches para la entrega de mercancías, pintados a rayas amarillas y verdes. Por todas partes había notas con frases como ésta: «Esta puerta está cerrada después de las siete y media. Por orden de *Mr. Edwin Sharford*».

Mr. Sharford siempre anteponía a su nombre las palabras «por orden». Era una de esas personas que hacen colección de tecnicismos, que les resultan imprescindibles, aunque no conozcan bien sus significados. Y además era un hombre no sólo ignorante del idioma inglés, sino incapaz de llegar a aprenderlo con corrección. Siempre omitía los pronombres y los artículos porque el hacerlo así le parecía la esencia del comercialismo. Acortaba las palabras lo más posible, y se hubiera considerado el hazmerreír del comercio en general si hubiera sabido escribir las palabras siguiendo reglas ortográficas y no tal como le sonaban al oído. Pero, por otro lado,

aunque ahorra palabras en algunos casos, las desperdiciaba en transacciones con Londres, ya que al pagar a sus proveedores al por mayor, su sistema no tenía en cuenta los peniques de sobra, pues, como decía él, «facilitaba el negocio» el hacer las cifras redondas al extender los cheques. A su contable le gustó tanto esta parte del sistema, que se dedicó a imitarlo por cuenta propia en los libros, sin que *Mr. Sharford* llegara nunca a enterarse.

Aquel admirable mercader británico resplandecía de orgullo cuando escribía sus pedidos a Londres.

—¿Crees que alguna vez serás capaz de hacer los pedidos para Londres? —preguntaba orgulloso a Kipps, que esperaba con impaciencia después de la hora de cierre para llevar estos triunfos de la eficacia comercial al buzón de correos, poniendo fin de aquel modo a otro día interminable.

Kipps movía la cabeza ansioso de que *Mr. Sharford* terminara de una vez.

—Por ejemplo, aquí he escrito esto: «1 pieza 1, alg. bl.elas

1 1

/

2 ó»;

¿sabes lo que quiere decir «ó»?

Kipps declaraba inmediatamente que no tenía la más remota idea.

—Y escucha esto: «2 piezas seda net seg.m.adj». ¿Comprendes lo que significa?

—No, señor.

Pero no estaba en la naturaleza de *Mr. Sharford* el hacer de maestro.

—Es una lástima que no te dieran cierta educación comercial en la escuela, en lugar de todos esos inútiles conocimientos literarios. Bueno, muchacho, si no te despabilas un poco nunca te verás haciendo pedidos a Londres. Eso está claro. Pon sellos en estas cartas con mucho cuidado de pegarlos bien y procura aprovechar la gran oportunidad que te ofrecen tus tíos de abrirte camino en la vida. Si no lo haces, no sé lo que será de ti.

Kipps, cansado, agotado y hambriento, se dedicaba a pegar los sellos a la mayor velocidad posible.

—Pega los sobres con la lengua —decía *Mr. Sharford* para

ahorrarse la goma de pegar. El lema de aquel gran hombre era: «Las cosas pequeñas son las que cuentan», lema que consideraba como la filosofía de su vida.

Sus creencias políticas ligaban la Reforma (que para él carecía de significado) con la Paz y la Economía, y su idea de una vida municipal satisfactoria era «saber mantener los precios».

2

El pacto estipulado que puso a Kipps en manos de *Mr. Sharford* era muy complejo. Insistía en los privilegios de este último, prohibía a Kipps el juego y la bebida, y le entregaba en cuerpo y alma a *Mr. Sharford* durante siete largos años, los años cruciales de su vida. A cambio, se hacían vagas indicaciones según las cuales Kipps aprendería el arte y los misterios del comerciante; pero como no se estipulaba ningún castigo a la negligencia en el cumplimiento de esta cláusula, y como *Mr. Sharford* era un hombre de negocios práctico y aprovechado, consideró esa condición como mera frase retórica y procedió a dedicarse a utilizar a Kipps del modo más conveniente para él, instruyéndole lo menos posible durante los siete años que duró su contacto.

La alimentación que daba a Kipps consistía principalmente en pan y margarina, infusiones de achicoria y té, carne colonial comprada a tres peniques la libra, patatas al por mayor y cerveza con agua. Pero si Kipps quería comprar por su cuenta algún alimento adicional, *Mr. Sharford* tenía la generosidad de poner su cocina a su disposición... siempre que el fuego estuviera encendido. También se le permitía compartir un dormitorio con otros siete jóvenes y dormir en una cama que, excepto en el más crudo invierno, se consideraba suficientemente caliente teniendo por toda ropa su abrigo, su ropa interior y un montón de periódicos. Kipps se aprendió la lista de mullas, aprendió a hacer paquetes, aprendió en qué lugar ataban colocadas las mercancías y aprendió a extender las manos sobre el mostrador y repetir frases como las siguientes: «¿En qué puedo servirle...?», Le aseguro que no es ninguna molestia»,

etc. Le enseñaron asimismo a medir telas de todas clases, a quitarse el sombrero cada vez que se cruzaba con *Mr. Sharford* en la calle y a practicar una obediencia servil a un gran número de personas. Pero, naturalmente, no le enseñaron cuál era el precio de coste de los artículos que vendía, ni por qué método eran adquiridos. Tampoco se le revelaron las costumbres y las modas sociales. Nunca comprendió la utilidad de la mitad de las mercancías que vendía, como telas para cortinas, cretonas, *chintzes*, etc; tampoco le dijeron para qué servían las servilletas y la ropa blanca de todas formas que enviaban a las familias de alta posición. Los rasos, las crinolinas, los forros, no fueron para él desde el principio más que cosas difíciles de manejar, que debía doblar y volver a doblar constantemente, que cortaba por metros y que veía desaparecer en el mundo misterioso y feliz en que vivían los clientes. Después de pasar horas doblando mantelerías del más fino hilo, que en montón eran más pesadas que el plomo, Kipps iba a cenar encima de un hule en un sótano iluminado por una lámpara de gas, y entonces soñaba con doblar innumerables mantas debajo de su abrigo, de su ropa y de su montón de periódicos. Pero al menos todo aquello le ofrecía la oportunidad de aprender los fundamentos de la Filosofía.

A cambio de estos beneficios, trabajaba tanto que generalmente se acostaba exhausto y dolorido. Su jornada comenzaba a las seis y media de la mañana. Descendía sin haberse puesto todavía la camisa, llevando lo más viejo que poseía y una bufanda, para quitar el polvo y limpiar los cristales hasta que daban las ocho. Después completaba su aseo en media hora, desayunaba austeramente con pan, margarina y lo que solamente un inglés del Imperio llamaría café, y subía a la tienda para empezar la faena del día.

Generalmente ésta empezaba trajinando Kipps de un lado para otro muestras y cajas según las órdenes que le daba Carshot, el encargado de arreglar los escaparates, que gruñía continuamente, trabajara bien o mal el muchacho, a causa de una indigestión crónica. Otras veces tenía que llevar los maniqués a los que hubiera que mudar de vestido, y los días en éstos no se cambiaban los escaparates tenía que cargar con pilas y cajas de mercancías para ponerlos en orden. Después, venían ejercicios que al principio le resultaron enormemente difíciles; algunas telas que tenían dobladas tenían que enrollarse alrededor de ciertos cilindros, pero se negaban

absolutamente a ser enrolladas, al menos por Kipps; otra clase de tejidos que venían de la fábrica enrollados debían ser medidos y doblados, y mientras lo hacía, Kipps desear muchas veces estar muerto. Y lo más triste es que todo aquel trabajo podía evitarse, y si no se evitaba era por lo barata que resultaba la mano de obra ; poco que se reflexiona en el mundo... Después había que consignar otros materiales y hacer paquetes. Y durante todo el tiempo Carshot no cesaba de gruñir...

Tenía la curiosa manía de referirse con exclamaciones a sus vísceras, con palabras que el refinamiento de los tiempos actuales y los ruegos de mis amigos me obligan a escribir en términos muy suavizados.

—¡Por mi hígado! ¡Nunca he visto un chico igual! (De este modo transcribiré su exclamación favorita)—. Y aun cuando se hallaba a medio metro de distancia de un cliente, a Kipps le parecía que seguía refunfuñando y murmurando.

A continuación tenía lugar un agradable intervalo durante el cual Kipps era enviado a la calle para comprobar que en las sastrerías a quienes servían, ni los botones, ni las cintas, ni los forros, etc., tenían defecto alguno. Allí le daban papeles con pedidos y con una pequeña muestra fijada con un alfiler; y desde aquel momento hasta que consideraba prudente volver para enfrentarse con los reproches que tendría que sufrir por el retraso, era libre, libre como el viento.

Hizo algunos admirables descubrimientos topográficos, tales como, por ejemplo, que el camino más práctico para ir del establecimiento de *Mr.* Adolphus Davis hasta el de Messrs, Plummer, Robbis y Tyrrel, dos de las sastrerías a donde se le enviaba más a menudo, no era el que había seguido siempre en línea recta por la calle Sandgate, sino otro que consistía en dar un rodeo por la Vest Terrace desde donde podía desviarse hasta Radnor Park en los días que hacía buen tiempo.

A su vuelta la tienda se hallaba ya en plena actividad sirviendo a los parroquianos. Su deber era entonces estar en todas partes para ayudar a los empleados en lo que fuera preciso, llevar paquetes y facturas de un lado a otro, recoger de vez en cuando lo que caía por el suelo y sostener telas en alto hasta que le dolían los brazos. O, lo que era más difícil todavía, de vez en cuando se hallaba sin nada

que hacer tenía que esforzarse por no mirar fijamente a los clientes al no saber dónde poner los ojos. En tales ocasiones se sentía sumido en un abismo de aburrimiento hasta que lograba olvidarse de lo que le rodeaba y vagar en espíritu por tierras lejanas luchando contra sus enemigos del Imperio o dirigiendo el marco de sus sueños por las aguas misteriosas del océano. Pero estos deleites mentales eran siempre de corta duración y se veía traído a la realidad por una brusca exclamación de cualquiera de sus innumerables jefes:

—¡Vamos, Kipps, despierta!

A las siete y media de la tarde se procedía con febril actividad al arreglo de la tienda. Con la velocidad de una flecha disparada del arco, Kipps comenzaba a cubrir los maniqués, a poner en orden las pilas de telas y a esparcir serrín por el suelo para barrer el local. De vez en cuando los clientes se quedaban después de la hora de cerrar. «A Sharford no le importa que nos quedemos un poco más», decía las señoras. Y estaba terminantemente prohibido tomar medida alguna para arreglar cajones o poner fin a la labor diaria, hasta que las puertas se hubieran cerrado detrás de ellas.

Kipps contemplaba a esas clientes rezagadas desde cualquier rincón, deseándoles la muerte o la lepra por lo menos. Al fin, a eso de las nueve le esperaba abajo una cena consistente en pan y queso con cerveza. Consumido esto le quedaba el resto del día enteramente a su disposición para leer, disfrutar e instruirse. El cerrojo de la puerta de entrada se echaba a las diez y media, y en el dormitorio la luz de gas se apagaba a las once.

3

Los domingos tenía la obligación de ir una vez a la iglesia, pero generalmente iba dos veces, ya que no tenía otra cosa mejor que hacer. Se sentaba siempre atrás. Era demasiado tímido para cantar, perdía hilo en el breviario y pocas veces escuchaba el sermón, pero tenía la idea de que el hecho de ir a la iglesia era en sí un paliativo de la vida. Su tía quería que recibiera la Confirmación, pero él

consiguió retrasar la ceremonia durante algunos años.

En los intervalos entre los dos servicios religiosos vagaba por Folkestone como una sombra en busca de algo. Folkestone no era tan interesante los domingos como los demás días de la semana, porque las tiendas estaban cerradas, pero por la tarde las calles ofrecían un aspecto desusadamente animado. Algunas veces el aprendiz que dormía junto a él condescendía en acompañarle, pero cuando otro compañero declaraba que iría también con ellos, Kipps, por usar todavía ropa hecha en casa y saber que aquélla no era la indumentaria adecuada para tal compañía, se marchaba solo.

Algunas veces salía a las afueras (siempre como un nombre en busca de algo), pero las primeras punzadas del hambre le obligaban a volver atrás, con la puntualidad de un reloj, a las horas de comer. A veces invertía la mayor parte del sueldo semanal de un chelín que le entregaba *Mr. Booch*, en asistir a un concierto. En otras ocasiones recorría la calle de arriba abajo veinte o treinta veces después de cenar, deseando tener el valor suficiente para hablar con cualquier otro de los numerosos individuos que eran empleados como él. Invariablemente terminaba los domingos sintiendo un gran cansancio en las piernas de tanto andar.

No leía nunca porque allí no había ningún libro que leer y, además, porque a pesar de las enseñanzas recibidas de *Mr. Woodrow* no sospechaba aún que literatura pudiera proporcionar ningún placer, tampoco leía periódicos, excepto, ocasionalmente, algún semanario ilustrado para muchachos, que costaba medio penique. Su principal estímulo intelectual consistía en escuchar las discusiones que surgían durante las comidas entre *Carshot* y *Buggins*. Kipps les oía como si sus palabras contuvieran una sabiduría en ingenio sin límites, y las atesoraba para el momento en que él se convirtiera en otro *Buggins* y tuviera la oportunidad y el valor de hablar en público. A veces esta rutina se interrumpía cuando se presentaba trabajo extraordinario, pero esto se veía recompensado por una cena extraordinaria y algunos chelines en concepto de gratificación. Y todos los años (¡no de vez en cuando, sino todos los años!). *Mr. Sharford*, profundamente admirado de su propia generosidad y haciendo comparaciones con los días en que él era aprendiz, concedía a Kipps nada menos que diez días de vacaciones..., ¡diez días cada año! ¡Muchos pobres diablos de

Portland envidiarían al afortunado Kipps! ¡Qué insaciable es el corazón del hombre! ¡Pero qué cortos, qué terriblemente cortos se hacían aquellos días!

Una vez al año había que hacer balance y de vez cuando se «marcaban» materiales recién llegados. Entonces era cuando brillaba con mayor resplandor la personalidad de *Mr. Sharford*.

—¡Orden! —decía—. ¡Sistema! ¡Vamos! ¡Deprisa! —repetía mientras daba órdenes secas, confusas y contradictorias.

Carshot se movía en todas direcciones, reluciente de sudor, con la mirada fija en *Mr. Sharford*, el ceño fruncido y los labios formulando protestas. Los empleados competían en rapidez y en servilismo. Todos aspiraban a ascender de categoría, y por ello se mostraban rastreros con *Sharford* y todos gritaban a *Kipps*. Éste sostenía el secante y tintero y todo lo que le dieran y cumplía toda clase de órdenes. Si dejaba el tintero en cualquier sitio antes de ir a un recado generalmente *Mr. Sharford* lo volcaba, y si se llevaba consigo, *Sharford* lo necesitaba antes de vuelta.

—Me das dolor de cabeza, *Kipps* —solía decir—. Me produces neuralgia. Toda tu persona contiene menos orden y sistema que una patata podrida.

Algunas veces, cuando *Kipps* se llevaba el tinte; *Sharford* parecía a punto de sufrir una congestión y hacía ademanes de mojar la pluma en tinteros imaginarios y maldecía a gritos a *Kipps*, mientras *Carshot* vociferaba a gritos, el primer empleado corría al otro extremo del local y vociferaba también y el segundo aprendiz perseguía a *Kipps* chillando:

—¡Muévete, *Kipps*! ¡Muévete! ¡El tintero! ¡Deprisa! ¡El tintero, estúpido!

En estos períodos de tormenta y de tensión llenaban el alma de *Kipps* un violento aborrecimiento hacia *Sharford* y todos sus congéneres. Sentía que todo aquello era injusto y falto de sentido y los «por qué» resultaban demasiado complicados para su pobre cerebro. Un único deseo inconsciente le guiaba en ciego cumplimiento de su obligación, el deseo de capear, al menos en parte, la tempestad de gritos e insultos que caía sobre su cabeza. Pero su asco era infinito. Y se veía incrementado por los tobillos hinchados y los pies doloridos, que son el resultado lógico del aprendizaje de pañero. Para colmo, el mayor los aprendices,

llamado Minton, un joven malhumorado de cabello negro, labios finos y bigote como un borrón de tinta, llamó la atención de Kipps hacia aspectos más profundos y desesperanzadores de la gestión.

—Cuando te haces demasiado viejo para trabajar, echan a la calle —decía Minton—. Todas las calles están llenas de mendigos y vagabundos que han sido pañeros.

—¿No se establecen por su cuenta?

—¿Cómo quieres que lo hagan? ¡No tienen capital! ¡Cómo quieres que ahorren ni siquiera quinientas libras! Te digo que no puede ser. Hemos de seguir siendo empleados. Estamos en un callejón sin salida y no nos queda otro remedio que seguir en él hasta la muerte.

La idea que fermentaba eternamente en la imaginación de Minton era «dar un buen puñetazo a ese sinvergüenza (ese sinvergüenza era *Mr. Sharford*), y ver como reaccionaba su Sistema y su Orden».

Esta amenaza hacía que Kipps esperara trémulo el desarrollo de los acontecimientos cada vez que Sharford entraba en el departamento de Minton. Les contemplaba a los dos intentando decidir interiormente en qué lugar de la anatomía del jefe preferiría que descargaran los ataques de Minton. Pero por alguna razón desconocida para todos menos para Sharford, que nunca insultaba a Minton como lo hacía al inofensivo Carshot, y aquel interesante experimento sobre las posibles reacciones del Sistema no fue nunca llevado a efecto.

4

Había ocasiones en que Kipps permanecía despierto mientras los demás roncaban en el dormitorio, pensando asustado en el futuro descrito por Minton, comprendía vagamente que su vida estaba presa en el engranaje de la gran maquinaria del comercial que aquella era una fuerza irresistible de la que no tenía ni voluntad, ni conocimiento, ni valor suficiente para escapar. Esta vida había de ser su vida hasta el fin de sus días. Sin aventuras, sin gloria, sin

cambio alguno, sin libertad. Y tampoco podía soñar con el amor y el matrimonio. Noche tras noche decidía ahitarse, escapar al mar, prender fuego al almacén y suicidarse, pero mañana tras mañana se levantaba a las seis y media y bajaba corriendo a limpiar los cátales, temeroso de tener que pagar una multa de seis peniques. Comparaba la esclavitud en que se hallaba sumido con los hermosos días de viento y de sol pasados en Littlestone, con aquellas ventanas de felicidad que brillaban más y más al hacerse más lejanas.

Y le parecía ver la figura diminuta de Ann en todas ellas.

Pero también Ann había pasado por experiencias desagradables. Cuando Kipps llegó a casa para pasar sus primeras Navidades, sintió renovarse el deseo de besarla y recordó la promesa que se hiciera un por lo que, levantándose decidido, salió al patio y se puso a silbar. Hubo un silencio y unos instantes después apareció el viejo Kipps a su espalda.

—Es inútil que silbes, muchacho —le dijo con alta y firme—. Se ha marchado toda la familia. Ella se ha ido a servir a Ashford, hijo mío. Antes a eso lo llamaban esclavitud, pero ahora los tiempos han cambiado.

—¿Y Sid...?

Sid se había marchado también.

—Se ha empleado en una fábrica de bicicletas... —dijo el viejo Kipps.

Kipps sintió como si una mano le apretara el corazón. Giró sobre sus talones y entró en la casa mientras su tío seguía haciendo observaciones en torno de los Pornick desde la ventana.

Cuando Kipps se vio en su dormitorio, se sentó en la cama y permaneció allí mirando al vacío. Todos habían sido apresados por el mismo destino. La vida en general tomaba el aspecto de una perpetua mañana de lunes. Los Hurones se habían desperdigado, los restos de naufragios encontrados en la playa pertenecían al pasado, el sol de aquellos cálidos atardeceres de Folkestone se había puesto para siempre...

El único placer que le quedaba para el resto de las vacaciones era saber que no estaba en la tienda, pero esta esto era transitorio. Dos días más, un día más, medio día más. Cuando volvió a su trabajo pasó dos tres noches en blanco y llegó hasta a escribir a sus as describiendo sus sentimientos y las revelaciones de Minton. Pero

Mrs. Kipps le respondió preguntándole si quería que los Pornick dijeran que no servía para pañero. Esta terrible posibilidad puso punto final al asunto. No; Kipps decidió que los Pornick no tendrían decir aquello de él.

Poco después tuvo ocasión de oír un sermón precedido con voz ronca por un vicario que acababa de llegar de las colonias por razones de salud, y sintió que sus palabras le hacían mucho bien. Le exhortaron a hacer lo que tuviera que hacer con la mejor voluntad. Y, por otra parte, el repaso del catecismo al prepararse para recibir la Confirmación, sirvió para recordarle que debía cumplir su deber en el estado a que Dios quisiera llamarle.

Poco a poco la desesperación de Kipps se hizo mero profunda y acabó por pertenecer al pasado. Se asignó a ocupar la situación que la vida le había ¡parado, por no ver el modo de evitarlo.

En primer lugar, sus pies y sus tobillos acabaron por acostumbrarse a estar en continuo movimiento, más adelante se le concedió asueto todos los jueves por la tarde. Mr. Sharford, después de intentar mantenerse firme y defender lo que él llamaba «la libertad individual» y «mi sistema personal» fundado, aún explicaba, en los motivos más patrióticos, se vio al fin obligado, por la presión de algunos de sus clientes, a seguir el ejemplo de los demás comerciantes cerrando aquel día por la tarde. Por lo tanto, Kipps salía al mundo después de almorzar y podía disponer de varias horas a su antojo. Además, Minton, el pesimista, les dejó para alistarse en un regimiento de caballería, en el que llevó una vida interesante que se vio cortada bruscamente en una operación en el Valle de Terah. Poco después Kipps ascendió de categoría y dejó de limpiar cristales. Atendía a los clientes de menor importancia hasta que fue nombrado tercer aprendiz. Ya para entonces le asomaba el bigote y había tras él tres aprendices nuevos a los que podía gritar y dar sopapos.

5

Y por fin otras distracciones, las distracciones naturales de la

adolescencia, distrajeron su atención de lo inevitable. Por ejemplo, comenzó a interesarse más por el vestir; comenzó a considerarse como un objeto visible y comenzó a gustarle contemplarse en los grandes espejos de la sastrería y mirar a las empleadas.

A esto le ayudó, con el ejemplo y con sus consejos, su inmediato superior, llamado Pearce. En las horas libres, los dos hablaban de corbatas, cuellos, del corte de los pantalones y la forma de sus botas. Kipps acudió a un sastre y su chaqueta corta fue remplazada, por una levita. Animado por esto se compró tres cuellos altos para jubilar los que había llevado hasta entonces. Los nuevos tenían casi diez centímetros de altura, eran más altos aún que los de Pearce, le hacían daño en el cuello y le dejaban una señal roja debajo de las orejas. De aquel modo equipado acabó por considerarse un compañero digno del segundo aprendiz, siempre vestido a la última moda, que había sucedido a Minton.

Lo que más le ayudó a no pensar en la desastrosa situación de su vida, fue que en cuanto hubo cambiado de atuendo las jóvenes del establecimiento comenzaron a descubrir que ya no era un niño. Hasta entonces le habían mirado por encima del hombro sintiéndose superiores, pero ahora descubrieron que era «un muchacho agradable». Me resulta doloroso tener que informar el lector de que su fidelidad hacia Ann quebró al primer encuentro. Comprendo perfectamente que esta historia sería mejor desde el punto de vista sentimental si el héroe hubiera permanecido fiel a aquel temprano amor. Pero entonces hubiera sido una historia distinta. Sin embargo, en ninguno de sus amores posteriores volvió a sentir Kipps lo qué sintiera al contemplar la carita sonrojada y el cabello revuelto de Ann. Aunque aquellos amores no estaban desprovistos, por supuesto, de otras emociones distintas.

Una de las jóvenes del departamento de costura fue la primera que demostró, por su comportamiento, que Kipps era un objeto visible y capaz de interesar, descendió a hablar con él, le animó a que él hablara también, le prestó un libro, le zurció un calcetín y le dijo que sería para él una hermana mayor. Hasta le permitió que la acompañara a la iglesia. Después investigó cuáles eran sus sentimientos acerca de la religión, y venciendo cierta afectación de viril indiferencia hacia la religión por parte de Kipps, le hizo prometer que recibiría la Confirmación. Todo esto impresionó a la

otra señorita que trabajaba con ella, que era su rival natural y que se dispuso con gran despliegue de recursos femeninos a capturar el naciente corazón de Kipps. Pero ésta siguió otro sistema. Salió de paseo con él un domingo por la tarde y le explicó que un caballero debe andar siempre por la parte de la calzada cuando va con una señora por la acera, que todos los caballeros usan, o al menos llevan, guantes en la mano, y en general le explicó los principios del ideal social británico. De aquel modo recibió Kipps la *toga virilis* y se convirtió en un objeto reconocido que podía ser ya blanco del platónico Eros cuyos dardos penetran hasta en los establecimientos de más alta categoría. Y de aquel modo también echó raíces en corazón de Kipps la ambición de todo joven inglés de llegar a ser, si no «un caballero», al menos la verdadera imagen de uno.

Kipps se tomó todo esto con el mayor celo. Fue iniciado en los secretos del «flirteo» y poco después, y según instrucciones de Pearce, que era de naturaleza comunicativo en estos asuntos, hasta en las formas más sencillas del beso. Muy pronto tuvo novia. Antes de que hubieran pasado dos años había tenido seis novias consecutivas y comenzaba a convertirse en un jovencito exigente. Exigente y con ademanes de caballero. Además, recibió cuatro lecciones breves de catecismo y fue confirmado como miembro de la Iglesia Establecida.

En las grandes tiendas como la de Sharford, los noviazgos no implican necesariamente el matrimonio. Se trata de relaciones más refinadas, menos prácticas, menos atadas que los noviazgos de los ricos vulgares. A las empleadas de la tienda no les gustaba estar sin novio, y Kipps era un novio fácil de conseguir. Desde el punto de vista de aquellas chicas un noviazgo tiene muchas ventajas. En primer lugar se cuenta con un acompañante para ir a la iglesia, para ir de paseo. Es mucho más agradable pasear con un muchacho o dejarse besar por él, cuando no es un prometido formal o un hermano adoptivo y no tiene nada que ver con las costumbres en ese aspecto de las muchachas de servicio. Tal es la naturaleza de la caridad humana, que, en Inglaterra, la empleada de una tienda siente el mismo horror a hacer cualquier cosa que recuerde a la chica de servicio, que la periodista, por ejemplo, siente a hacer lo que hace la empleada, o la señorita de sociedad a hacer lo que cualquier muchacha que haya tenido que salir al campo de batalla

económico para ganarse la vida... Pero el más profundo de estos noviazgos (llamémoslos así) no tenía ningún parecido con el amor; era en el mejor de casos, como ponerse a remar donde está decretado que el hombre debe hundirse o nadar. En ellos un hombre no saboreaba la emoción de los lugares peligrosos o la exaltación de verse levantado en vilo por las olas tumultuosas. En ellos se trataba de ropas y pequeñas vanidades, había celos superficiales, halagos, apretones de mano, tímidos tuteos acompañados de vez en cuando por un paseo o una coincidencia. La más atrevida de sus aventuras, la que más se acerca a la gran Señora que es la hija de Urano y del mar, era aquélla en que se sentaba, después del crepúsculo, junto a cualquier jovencita de su edad. Las mujeres que reinaban en su corazón iban y venían como los pasajeros de un autobús; existía el vehículo, por así decirlo, y ellas entraban y salían de él sin producir ningún cataclismo de emoción. Pero, a pesar de todo esto, el desarrollo de aquellos continuos noviazgos distrajo a Kipps y le ayudó a soportar el paso de aquellos años de servidumbre.

6

Para colofón de este capítulo, veamos un ejemplo. Es una brillante tarde de domingo; la escena tiene lugar en una callejuela silenciosa, y Kipps tiene cuatro años más que cuando se separó de Ann. Por encima de su labio superior se distingue claramente una sombra de bigote, y su traje es tan elegante y audaz como sus medios le permiten. El cuello que lleva es tan alto que le hace una señal en las mandíbulas, su sombrero tiene el ala curvada, su corbata demuestra buen gusto, sus pantalones están relativamente bien nados y sus botines se abrochan a un lado. Lleva en la mano un bastón a la moda y contempla de reojo a Fio Bates, la cajera, que luce una blusa clara y un sombrero con flores. Rodea a ésta cierto aire de distinción que posiblemente desaparecería bajo el escrutinio de una mujer de mundo, pero que basta para que Kipps se sienta muy orgulloso de ser su acompañante en aquellos días y de haber

recibido permiso para tutearla de vez en cuando.

La conversación es ligera y alegre, y Fio no deja de sonreír porque su buen carácter es uno de sus principales encantos.

—Veo que no sabes a lo que me refiero —está disparando Kipps.

—Bien, ¿a qué te refieres?

—No a lo que tú crees!

—¡Dímelo!

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

Una pausa durante la cual los dos se miran significativamente a los ojos.

—¿Sabes que tu especialidad es andarte con rodeos? —dijo la joven.

—Tampoco estás tú muy clara.

—¿Que no soy clara?

—No.

—¿Quieres decir que yo también me ando con rodeos?

—No. Quiero decir... que yo...

Pausa.

—¿Qué?

—Has acabado por aturdirme. Eres muy bonita

Ella le mira con travesura. Le golpea con sus guantes y contempla después el anillo que luce uno de sus dedos. Su risa se desvanece momentáneamente. H. otra pausa. Vuelven a encontrarse sus miradas y sus labios sonríen de nuevo.

—Quisiera saber... —dice Kipps.

—¿Qué?

—De dónde sacaste ese anillo.

Ella levanta la mano y lo exhibe.

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? —dice muy despacio, sonriendo con coquetería.

—Me parece que lo adivino.

—Me parece que no.

—¿Que no?

—No. El nombre, no.

—¡Ah!

—¿Lo ves?

—Bueno, al menos déjame mirarlo.

Kipps lo mira. Pausa. Risas, una ligera lucha y nuevo golpe con

los guantes en el brazo de Kipps. Aparece un desconocido por la calle y ella retira precipitadamente la mano mientras mira al recién llegado. Todos se mantienen en un silencio azorado hasta vuelven a estar solos...

CAPÍTULO III

LA CLASE DE TALLADO EN MADERA

1

Aunque aquellas concesiones a Venus Epipontia y aquellos progresos en el arte de vestir hicieron mucho para distraer sus pensamientos y mitigar sus primeras desgracias, sería de un optimismo excesivo presentar a Kipps como un ser completamente feliz. Un vago descontento le acompañaba siempre, envolviéndolo de vez en cuando como una niebla marina. Durante aquellos períodos comprendía perfectamente que en su vida faltaba algo vital. Sin que para ello existiera ninguna razón especial, Kipps tenía la sospecha de que de algún modo irrevocable había en su existencia algo que no marchaba bien. La creciente aserción de la adolescencia convirtió aquellas vagas leas en un claro complejo de inferioridad. Estaba muy bien eso de llevar guantes, abrir las puertas a las señoritas y tener éxito entre ellas; pero, ¿acaso no existían otras cosas más profundas? Reconocía en él grandes abismos de ignorancia en campos en que los verdaderos caballeros se movían con firmeza y desenvoltura. Una vez llegó una empleada al departamento de sombrerería que dijo saber hablar francés y alemán. Cuando Kipps intentó conquistarla le rechazó con desdén, haciendo que el muchacho experimentara una amarga sensación de insuficiencia; de todos modos, se esforzó por tomarlo a broma y cada vez que se encontraba con ella decía burlonamente:

—*Parlez-vous francey?*

Incluso tomó algunas medidas medio secretas para remediar las deficiencias que sospechaba existían en su cultura. Se gastó cinco chelines en cinco número de *El educador de sí mismo* y compró (y hasta pensó leer) una obra de Shakespeare y los poema de Herrick a un compañero que necesitaba dinero. Batalló con Shakespeare toda

una tarde de domingo, descubrió que la literatura inglesa que había aprendido con *Mr. Woodrow* se había perdido en algún rincón de su memoria. No dudaba que se trataba de una obra magnífica, pero no logró averiguar cuál era su significado. Sabía que la literatura clásica tenía un significado, aunque él no supiera encontrarlo. Cierta día descubrió que también había olvidado cuáles eran los ríos de Inglaterra, lo que le produjo una profunda depresión.

Supongo que una fase parecida de descontento e normal en toda adolescencia. La mente en pleno desarrollo busca algo sobre lo que pueda cristalizar, algo sobre lo que pueda concentrar las emociones discursivas que se hacen más abundantes a cada año que pasa. Muchos jóvenes, aunque no todos, enfocan esta ansia de algo más perfecto hacia la religión; pero aquellos años el ambiente espiritual de Folkestone estaba libre de cualquier movimiento de resurgimiento que hubiera podido influir en el ánimo de Kipps. Otros se enamoran. En otros, esta inquietud termina en un voto de leer un libro (no una novela) cada semana, de leer la Biblia desde el principio hasta el final en un año, de aprobar con honores los exámenes de fin de curso o de no volver a mentir jamás. A Kipps acabó por conducirlo a recibir una educación técnica... o lo que entendemos por ello en el sur de Inglaterra. Durante el último año que pasó de aprendiz, se decidió a formar parte de la Asociación de Jóvenes de Folkestone, donde conoció a Chester Coote. Chester Coote era un joven de medios semiindependiente que había heredado una participación en una firma constructora, que leía a *Mrs. Humphry Ward* y se interesaba por la obra social. Era de tez pálida, nariz prominente, ojos azules y voz ligeramente temblorosa. Tomaba parte activa en toda clase de comisiones; ocasiones sociales y vivía con una hermana. De vez en cuando leía a Kipps y a sus compañeros de la Asociación de Jóvenes, alguna obra apropiada para darles estímulo en la vida. Decía que el valerse por sí mismo era la más noble de nuestras características inglesas, criticaba continuamente a los alemanes por su excesivo de cultura. En cierta ocasión, un muchacho alemán hizo algunos comentarios condenatorios que dieron lugar a un discurso sobre política hanoveriana.

Como cuando se excitaba su pronunciación se hacía rural y poco líquida, sus oyentes se rieron de él, y Kipps se divirtió tanto que

olvidó el propósito que se había hecho de preguntar a Chester Coote de qué truco podría poner en práctica para su propio provecho, y en los estrechos márgenes de tiempo que le permitía el Sistema de *Mr. Sharford*, la cualidad británica de valerse por sí mismo. Más tarde, cuando se halló solo a media noche, volvió a recordarlo.

Unos cuantos meses después, cuando hubo terminado su aprendizaje y *Mr. Sharford* le hubo aumentado el sueldo a veinte libras al año, volvió a pensar en él al leer un artículo sobre «Educación técnica» en un periódico matutino olvidado por un cliente. El artículo estaba escrito con penetrante vehemencia y le estimuló para ir a informarse en las clases locales de Artes y Ciencias. Después de haber hablado con todos sus compañeros acerca de ello, siguió el consejo de cuántos aprobaron su decisión desesperada y se apuntó. Al principio asistió a la clase de dibujo por ser la que correspondía a las tardes en que se cerraba la tienda de *Sharford*. Ya había hecho algún progreso en aquella especialidad que durante dos generaciones ha pasado por arte para el pueblo inglés, cuando se cambió el horario de las clases. Por lo tanto, cuando empezaban a soplar los vientos de marzo, se vio precipitado a la clase de tallado en madera y su imaginación, que se concentró primero en aquella interesante especialidad, pasó después a fijarse en su maestra.

2

La clase de tallado en madera era extremadamente selecta y estaba presidida en aquella época por una señorita llamada Walshingham. Y como el destino había ordenado que aquella joven enseñara a Kipps muchas otras cosas además del tallado en madera, es conveniente que el lector se represente su imagen con claridad. Era un año o dos mayor que Kipps, su cutis era pálido, sus ojos grises y llevaba el cabello negro peinado de un modo original, a imitación de un cuadro de Rossetti del «Museo de South Kensington». Era esbelta y alta, y sus manos resultaban blanquísimas y bien formadas cuando se las comparaba con las

manos de las compañeras de Kipps, habituadas, durante muchos años a enrollar y doblar toda clase de telas y mercancías. Vestía en el estilo suelto y con las tonalidades suaves que estuvieron de moda en Inglaterra en la época socialista-estética y que siguen utilizando actualmente los que leen las novelas de Turgeniev, desdeñan la literatura contemporánea y alientan el pensamiento elevado. Yo creo que era muy bella y Kipps compartía mi opinión. Kipps supo que se había matriculado en la Universidad de Londres lo que en su imaginación constituía una hazaña asombrosa, y el modo magistral con que enseñaba a cortar inofensivos pedazos de madera para convertirlos en inútiles piezas en relieve, excitaba su más profunda admiración.

Cuando Kipps se enteró al principio de que le iba enseñar una mujer, experimentó cierto resentimiento, especialmente porque Buggins se había expresado no hacía mucho tiempo en términos harto condenatorios contra la injusticia que representaba el empleo femenino.

—Nosotros tenemos que mantener a nuestras esposas —había dicho Buggins, aunque en realidad él no mantenía ni a una siquiera—. ¿Y cómo vamos a hacerlo si las mujeres vienen a robarnos todas nuestras oportunidades de trabajar?

Después, y al comentarlo con Pearce, Kipps lo contempló desde otro punto de vista y pensó que la aventura no estaría mal. Por último, cuando la vio y la oyó, se sintió cautivado por su femineidad.

La totalidad de los alumnos consistía en dos muchachas jóvenes y una señora soltera de más edad, amigas las tres de *Miss* Walshingham y más deseosas de ayudarla en un experimento interesante que de convertirse en expertas talladoras en madera, un hombre de unos cincuenta años con gafas y barba negra, que nunca hablaba con nadie y que era tan miope que tenía que mirar sus piezas de trabajo por zonas; un chiquillo al que habían dicho que tenía dotes especiales para el tallado, y la patrona de una isa de huéspedes que asistía a aquellas clases todos los inviernos como si fueran un tónico para la salud, por haber descubierto que «le sentaban bien». De vez en cuando *Mr.* Chester Coote entraba en la clase con o sin papeles, según decía, para hablar de negocios, pero en realidad para hablar con la menos atractiva de las dos jóvenes.

Algunas veces un hermano de *Miss Walshingham*, un joven que tenía cierto parecido con Napoleón, aparecía al final de la clase para acompañar a casa a su hermana.

Todos aquellos personajes hicieron sentir a Kipps un complejo de inferioridad que al compararse con *Miss Walshingham*, se hizo sencillamente abismal. Las ideas y conocimientos que parecía tener su capacidad y libertad personal eran como un mundo nuevo para su imaginación. Aquella gente iba y venía con absoluta seguridad, moviéndose sobre un fondo de modelos de escayola, diagramas y mesas, bancos y Acerados, todo lo cual le parecía a Kipps saturado de sabiduría recóndita, como guardianes de los ocultos secretos que constituyen el Arte y la Vida Superior. Se imaginó que volverían a hogares donde se tocaba el piano con distinción, donde habría libros por todas partes y se usaría habitualmente una lengua extranjera. Seguramente tomaban platos complicados en las comidas y conocían las reglas de la etiqueta. Para evitar caer en ridículo, Kipps comenzó a comprarse manuales de un penique que le enseñaban lo que debía evitar, cuáles eran los errores más comunes en la conversación y cosas parecidas. Cada día se convencía más de su ignorancia; era una criatura salida de las tinieblas y cegada por un repentino e insospechado resplandor.

Les oía hablar con toda naturalidad y desenvoltura de libros, de exámenes y de pinturas. En una ocasión determinada la clase, Chester Coote, el joven *Walshingham* y las dos estudiantes tuvieron una discusión sobre algo o alguien llamado «Vagner» o «Vargner», lo que al fin Kipps pudo descubrir que se trataba de un hombre que componía música. El joven *Walshingham* dijo por lo visto algo que constituyó un epigrama y todos le aplaudieron. Sí; Kipps se sentía como una criatura salida de las tinieblas, como un intruso en un mundo resplandeciente. Cuando ocurrió del epigrama, al principio sonrió para fingir que comprendía, pero instantáneamente borró su sonrisa para que creyeran que no estaba escuchando. Después sintió que se sonrojaba, a pesar de que nadie había observado ninguno de los dos gestos.

Era evidente que la única oportunidad que tenía de ocultar su infinita ignorancia consistía en permanecer mudo, mientras era todo oídos y se convertía en ferviente esclavo de *Miss Walshingham*. Ésta se acudía a su lado para ayudarlo y aconsejarle, haciendo lo

que Kipps suponía un esfuerzo para ocultar el desdén que sentía por él. Y lo cierto es que al principio se refería a él como «el joven desmañado de las orejas coloradas».

En cuanto salió de la primera fase de admiración y humildad (le ayudó a salir de aquella condición y sentirse como un ser humano la necesidad que ser la patrona de la casa de huéspedes, de hablar mientras trabajaba... de hablar con él, puesto que no sentía simpatía por *Miss Walshingham* ni sus amigas, y el hombre de las gafas era sordo), Kipps comprendía que se hallaba sumido en un estado de adoración a *Miss Walshingham*, que hubiera sido blasfemo considerar amor.

El lector debe comprender que este estado no tenía relación alguna con los «flirteos» y las pasiones superficiales sentidas hasta entonces. Absolutamente ninguno. Así lo comprendió Kipps desde el principio. El rostro pálido e intelectual le colocaba en una situación aparte. Acercarse a un ser como ella, sacrificarse o perecer por ella, parecía el máximo a lo que hombre alguno, podía aspirar. Porque si su amor llevaba consigo el propio envilecimiento, era también lo suficientemente viril como para abarcar todo su sexo. Todavía Kipps en el fondo de su corazón no había conocido un hombre a quien considerara superior a él. Cuando esto ocurre, es que ya no hay esperanza y la juventud toca a su fin.

Todo otro interés sentimental se desvaneció por completo en Kipps. Pensaba en ella cuando estaba doblando piezas de cretona, tenía su imagen ante los ojos a la hora del té, borrando a todos sus compañeros y haciéndole mostrarse silencioso y preocupado, tanto, que el aprendiz sentado a su derecha se burlaba de él, imitando sus enormes mordiscos al pan y la mantequilla, sin recibir por ello ningún pescozón. Automáticamente su popularidad decreció en los departamentos de vestido, ropa interior femenina y sombrerería. Pero aquello no le importó. Su correspondencia intermitente con Flo Bates, que venía manteniéndose desde que ésta dejó la tienda de Sharford para emplearse en Tunbridge y que había movido a Kipps al principio a hacer incomparables esfuerzos epistolares, murió debido a su negligencia. Poco después se enteró con indiferencia de que Flo «salía con un individuo que tenía una granja».

Todos los jueves se dedicaba a martirizar la madera pinchando y cortando círculos y líneas y todo lo que nuestro mundo insensato

llama adornos, aprovechando mientras tanto todas las oportunidades para contemplar a *Miss Walshingham* furtivamente cada vez que ella miraba a otro lado. Por lo tanto, sus círculos estaban muy lejos de ser redondos, y sus dibujos, por carecer de simetría, no resultaban agradables a la vista. En una ocasión hasta se cortó en dedo. Pero se hubiera cortado alegremente todos los dedos de la mano si de aquel modo hubiese podido tener ocasión de expresar en voz alta sus emociones. Evitaba la conversación con la misma intensidad que le hacía anhelarla, temeroso de que surgiera a la superficie su pavorosa ignorancia.

3

Y llegó un día en que ella no pudo abrir una de las ventanas de la clase. El hombre de la barba negra siguió trabajando indiferente y Kipps no tardó un segundo en aprovechar la oportunidad. Dejó el escoplo sobre la mesa y se adelantó hacia ella.

—Permítame...

Pero tampoco él pudo abrir la ventana...

—Por favor, no se moleste —rogó *Miss Walshingham*.

—No es molestia —aseguró Kipps.

El marco siguió resistiéndose y el joven sintió que su masculinidad quedaba en entredicho. Se dispuso a hacer un poderoso esfuerzo, el cristal se rompió con un chasquido y él introdujo el puño en el vacío mientras los vidrios caían ruidosamente al patio.

Kipps retiró la mano, sintiendo que el borde del cristal roto se incrustaba en su muñeca.

—Lo lamento —dijo volviéndose a *Miss Walshingham*—. No creí que se rompiera así... —concluyó como si hubiera esperado que el cristal se rompiera de otro modo más satisfactorio.

El chiquillo que tenía dotes especiales para el tallado en madera, después de haber contemplado a Kipps con asombro durante unos instantes, se echó a reír ruidosamente.

—Se ha cortado la muñeca —dijo una de las estudiantes

poniéndose de pie.

Era una joven pecosa bastante atractiva, que al hacer aquella afirmación empleó el mismo tono que hubiera utilizado una enfermera profesional.

Kipps fijó la mirada en su muñeca y vio que una línea escarlata le cruzaba la mano. El hombre de la barba negra le contempló desde detrás de sus gafas. —Es cierto, se ha cortado la muñeca— repitió *Miss Walshingham*, lo que movió a Kipps a contemplarse la herida con nuevo interés.

—Se ha cortado la muñeca —explicó la solterona a la dueña de la casa de huéspedes—. Tiene la mano llena de sangre —añadió deseando mirar francamente, pero sin atreverse a hacerlo.

—Naturalmente que se ha cortado la muñeca —dijo la patrona de la casa de huéspedes con irritación.

La otra joven, que conceptuaba a Kipps bastante vulgar, siguió con su trabajo, dando a entender que aquello era lo único que podía hacerse en tal situación, a pesar de que nadie parecía opinar lo mismo.

—Tiene que vendarse la mano —dijo *Miss Walshingham*.

—Yo se la vendaré —se ofreció la muchacha pecosa—. No tenía la menor idea de que se fuera a romper la ventana de ese modo —repitió Kipps ingenuamente—. Ni la menor idea.

De nuevo miró la sangre que brotaba de su herida viendo que estaba a punto de caer al suelo, para él sagrado, de la clase, se metió la mano en el bolsillo para sacar su pañuelo.

—¡Oh, no haga eso! —exclamó *Miss Walshingham*, al mismo tiempo que la muchacha pecosa hacía un ademán de sobresalto.

El chiquillo siguió riendo, pero a pesar de ello Kipps pensó que el movimiento que había inducido a *Miss Walshingham* a exclamar «¡Oh, no haga eso!», había sido un ademán viril y masculino.

—Hay que vendarlo —dijo la dueña de la casa de huéspedes sosteniendo el formón en la mano—. No hay que dejarle sangrar de ese modo.

—Sí, tenemos que vendarlo —dijo la muchacha pecosa, que titubeó dirigiéndose a Kipps—. ¿Tiene usted un pañuelo?

—Por casualidad no lo he traído —contestó Kipps—. Yo... Como no estoy resfriado, no pensé...

La sangre seguía brotando, y la joven de las pecas cruzó una

mirada con *Miss Walshingham*. Las dos examinaron la herida de Kipps. El chiquillo, que parecía haber estado buscando algo debajo de su pupitre, hizo ademán de ir hacia ellos. *Miss Walshingham* sacó entonces su pañuelo, mientras se oía al fondo la voz de las solteronas.

—Yo he hecho dos veces los cursos técnicos de primeros auxilios y sé que hay que vendar así si se trata de una vena y de este otro modo si es una arteria... O no sé si es al contrario...

—Deme la mano —dijo la joven de las pecas.

Y con la ayuda de *Miss Walshingham* procedió a vendar a Kipps. Sí; entre las dos vendaron la herida de Kipps. Le subieron los puños (que afortunadamente no estaban muy raídos), sostuvieron su muñeca, la envolvieron con el pañuelo y entre las dos hicieron un nudo. Y el rostro de *Miss Walshingham*, el rostro de aquel ser casi divino, se acercó hasta casi rozar el de Kipps.

—¿Le estamos haciendo daño? —preguntó.

—Claro que no —dijo Kipps, que lo mismo hubiera dicho aunque le hubieran estado cortando un brazo.

—No lo hacemos tan bien como si fuéramos provisionales —se excusó la chica de las pecas.

—Es una herida muy profunda —dijo *Miss Walshingham*.

—No es nada —contestó Kipps—. Se están usted preocupando demasiado. Lamento haber roto la ventana. No sé en lo que estaba pensando...

—El peligro no está en el corte en sí, sino en que se le infecte después —se oyó decir a la solterona.

—Naturalmente estoy dispuesto a pagar un cristal nuevo —declaró Kipps.

—Tenemos que atarlo lo más fuertemente posible para que deje de sangrar.

—Le aseguro que no es nada —dijo Kipps—. Lo que lamento es haber roto el cristal.

—Sujeta el nudo con el dedo, querida —dijo la muchacha pecosa.

Las dos jóvenes se concentraban en el vendaje y Kipps se concentró en las dos jóvenes.

—... se infectó y hubo que cortarlo... —se oyó decir a la solterona.

—¿Hubo que cortarlo? —preguntó la patrona de la casa de huéspedes.

—Sí, hubo que cortarlo —repitió la solterona volviendo a coger el escoplo.

—Ya está —anunció la joven de las pecas—. ¿Está seguro de que no le aprieta demasiado?

—En absoluto —aseguró Kipps.

Sus ojos se cruzaron con los de *Miss Walshingham* y sonrió para demostrar la poca importancia que concedía a los cortes y a la sangre.

—No es más que un rasguño sin importancia —añadió.

Entonces la solterona se agregó al grupo.

—Debían haber lavado antes la herida. Estaba diciendo a *Miss Collins*... —comenzó a decir mientras contemplaba con ojos críticos el improvisado vendaje—. Debió usted hacer un curso sobre primeros auxilios. ¿Le duele mucho? —preguntó a Kipps.

—En absoluto —repuso éste sonriendo como si fuera un soldado herido en la guerra.

—Estoy segura de que le duele —dijo *Miss Walshingham*.

—De todas formas, es usted muy buen paciente —añadió su amiga.

Kipps sintió que enrojecía.

—Lo único que lamento es haber roto el cristal. Pero ¿quién hubiera pensado que iba a romperse de ese modo?

Pausa.

—Temo que hoy no va a poder seguir tallando —opinó *Miss Walshingham*.

—Lo intentaré. En realidad no me duele mucho. No tiene importancia.

Poco después, mientras Kipps seguía tallando sirviéndose de la mano vendada con el pañuelo de su adorada, ésta se acercó a él expresando en sus ojos un interés nuevo.

—Supongo que tendrá que hacerlo muy despacio —dijo.

La estudiante de las pecas levantó la vista y miró a *Miss Walshingham*.

—Pero al menos hago algo —dijo Kipps—. No me gusta perder el tiempo. Yo no tengo mucho tiempo para desperdiciar.

Las dos jóvenes pensaron que la humildad de aquella frase era

muy meritoria. *Miss Walshingham* fue a decir que el trabajo hecho por Kipps hasta entonces era prometedor, y le preguntó si pensaba perseverar en aquel campo del arte. Kipps contestó que no lo sabía con seguridad, que dependía de muchas cosas pero que si al invierno siguiente estaba todavía en Folkestone seguiría asistiendo a las clases. A *Miss Walshingham* no se le ocurrió preguntar en aquella ocasión por qué sus estudios dependían de su presencia en Folkestone. Siguieron hablando durante algún tiempo, a pesar de que Chester Coote había entrado ya en la clase, y cuando al fin terminó la conversación, Kipps se dio cuenta de lo que el corte de su muñeca había significado para él.

Aquella noche se durmió repasando aquella chara por vigésima vez, atesorando esta frase y aumentando aquélla, e insertando cosas que él podía haber dicho y que quizás algún día podría decirle a *Miss Walshingham* en relación más o menos explícita con su persona. No llegó a decidir si le gustaría más que su herida se infectara ligeramente, lo que le haría más interesante a sus ojos, o que se curara del todo, que serviría para demostrar la pureza excepcional de su sangre...

4

El incidente del cristal roto tuvo lugar a fines de abril, y las clases terminaban a fines de mayo. En aquel intervalo ocurrieron varias cosas y varios cambios. No he hecho justicia a Kipps si en algún momento he dado a entender que carecía de atractivo

Su cara era «interesante», como la joven pecosa hizo notar a Helen Walshingham, que dejó de considerarle como «el joven desmañado de las orejas coloradas».

Las dos hablaron a menudo de él y las dos estuvieron de acuerdo en que tenía una simpatía natural. La muchacha pecosa se dispuso a dibujar a Kipps. Tenía diecinueve años y prefería el dibujo al tallado en madera. Para ella estaba perfectamente claro que Kipps amaba a Helen Walshingham, lo que en su opinión constituía un fenómeno extraño, romántico profundamente interesante. Y como

en aquella época consideraba a Helen como «un encanto», le pareció justo ayudar a Kipps en sus modestos esfuerzos para ofrendarse ante su altar.

Como era cariñosa y comprensiva, Kipps hizo de ella su confidente y le dijo que era incomprendido. Cuando él explicó que «no parecía entenderse con los clientes», ella tradujo aquel fenómeno diciendo que «era demasiado sensible». El descontento por el vacío de su vida, la terrible sensación de que la Educación estaba pasando de largo por su lado, preocupaciones que el tiempo y la costumbre habían acabado por ir borrando poco a poco, revivieron con toda su antigua amargura aunque ya sin sensación de fatalismo. Y como motivos para inspirar compasión, llegaron a ser para Kipps hasta una fuente de placer.

Un día, durante la cena, Carshot y Buggins empezaron a hablar de escritores, de Dickens y de Thackeray, y de cómo Samuel Johnson había entrado en Londres descalzo después de haberse deshecho por orgullo de su único par de botas.

—Lo que tienen no es más que suerte —dijo Buggins desdeñosamente—. Por casualidad escriben algo que gusta al público y ya no tienen que preocuparse de nada más.

—Se dan muy buena vida —opinó *Miss Mergle*—. Escriben durante una hora o cosa así y ya está hecho el trabajo del día. Están casi tan ociosos como la nobleza.

—Trabajan más de lo que pensamos —manifestó Carshot inclinándose para tomar una cucharada de sopa.

—De todas formas, no me importaría nada cambiarme por uno de ellos —declaró Buggins—. Me gustaría ver a uno de esos escritores vendiendo telas.

—Creo que se copian unos a otros —dictaminó: *Miss Mergle*.

—Aun así tienen que escribir los libros desde el principio hasta el fin por su propia mano.

Durante toda la cena siguieron hablando de la vida literaria, del bienestar y la dignidad y las consideraciones sociales concedidas a los que la llevan y de las grandes satisfacciones de su vanidad.

—Se ven sus caras por todas partes, no se hacen un traje nuevo sin que les fotografíen; son casi como los reyes.

Todo aquello produjo una profunda impresión en la imaginación de Kipps. He aquí una clase social que había saltado el abismo. Se

trataba de personas de clase baja, pero que por circunstancias accidentales habían sido capaces de penetrar en el nivel de superioridad social al que aspira todo verdadero inglés, el nivel en que, si uno se encuentra dentro de él, puede dar una propina a un mayordomo, desdeñar a un sastre y codearse con los que conducen a los soldados a la batalla. Aquella noche dio vueltas a todas éstas; ideas hasta que se convirtieron en sueños. Se imaginó que tenía la oportunidad de escribir un libro utilizando un seudónimo, un libro que se hacía muy famoso... Era imposible, naturalmente, pero suponiendo que no lo fuera... Era un sueño muy bonito...

Durante la siguiente clase de tallado hizo saber a sus compañeros que su verdadera vocación era la de ser escritor..., sólo que hasta entonces «no había tenido oportunidad».

Después de aquello hubo ocasiones en que Kipps disfrutó de la agradable sensación que produce el saber que se inspira interés. Todos le consideraban como un nuevo Dickens o algo parecido, y el descubrimiento de aquello hizo mucho para reducir el abismo que le separaba de *Miss Walshingham*. Era pobre, era ignorante, pero no era «vulgar». Las dos amigas, sobre todo la de las pecas, hicieron lo posible por sacar a la superficie todas las cualidades potenciales de Kipps. Eran todavía lo bastante jóvenes como para creer que a los miembros simpáticos y atractivos del sexo masculino nada hay que sea del todo imposible, especialmente bajo el estímulo del aliento femenino.

Sí; la joven de las pecas era la que dirigía el asunto, pero *Miss Walshingham* era la divinidad que lo presidía. A veces, cuando miraba a Kipps, sus ojos adquirían una expresión de propiedad. Kipps era suyo incondicionalmente... y ella lo sabía.

El joven casi nunca se dirigía a ella de un modo directo. Las cosas que se imaginaba decirle permanecían silenciadas o se las decía, con las modificaciones necesarias, a la muchacha pecosa. Y un día ésta se decidió a poner el dedo en la llaga. Mirando al otro extremo de la clase, donde su amiga alcanzaba algo de una repisa, dijo a Kipps:

—A veces creo que Helen Walshingham es la persona más bella del mundo. ¡Mírela ahora!

Kipps contuvo la respiración durante irnos instantes. Como el silencio se prolongaba, su amiga le contempló como un cirujano

contemplantaría una operación llevada a cabo sin anestesia.

—Tiene razón —dijo Kipps al fin, sintiendo que se ruborizaba hasta la raíz del cabello—. Yo también lo creo —añadió con voz ronca.

Después se aclaró la garganta y, permaneciendo pensativo unos momentos, prosiguió la tarea de tallado.

—Eres maravillosa —dijo la joven de las pecas a *Miss* Walshingham cuando volvían juntas hacia su casa—. Kipps adora el suelo que pisas.

—Pero, querida, ¿qué he hecho yo? —arguyó Helen.

—Exactamente. ¿Qué has hecho tú?

Sin que apenas tuvieran tiempo de darse cuenta, llegó la última clase del curso para poner fin del todo a aquellas platónicas relaciones. Kipps no sabía nunca en el día que vivía y aquello le cogió completamente de sorpresa. Justamente cuando los pétalos de su ilusión comenzaban a extenderse con una cierta esperanza, la planta se veía cortada de raíz. Pero Kipps no comprendió del todo que el fin era real y verdaderamente el fin, hasta que volvió a la tienda.

La cosa comenzó mediada la última clase, cuando su amiga, la joven de las pecas, abordó el tema del futuro. Le preguntó qué pensaba hacer cuando ya no hubiera clases, y le dijo que esperaba de él que llevara a cabo todos sus buenos propósitos. Le dijo también que se debía a sí mismo hacer lo posible por aprovechar todas sus posibilidades. Kipps expresó su firme decisión de hacerlo así, pero entre otras dificultades que expuso, explicó que carecía de libros. Ella le dijo que para sacar libros de la biblioteca pública tenía que pedir un impreso que habría de ser firmado por un comerciante de importancia. Cuando le indicó que *Mr.* Sharford podría hacerlo, él contestó que «desde luego», aunque sabía perfectamente que nunca pediría a *Mr.* Sharford una cosa semejante. Después la joven le dijo que iba a pasar el verano en el norte de Gales, información que él recibió sin sentir gran pesar. En un intervalo expresó su intención de seguir asistiendo a las clases de tallado en madera después del verano, si...

La joven de las pecas se sintió orgullosa de su tacto al no pedir una explicación de aquel «si» condicional.

Después Kipps se dedicó a tallar en silencio y a contemplar a

Miss Walshingham.

Por fin llegó la hora; todos se levantaron, *Miss Collins* y la solterona de edad madura se despidieron dando la mano a todo el mundo, y *Kipps* se encontró fuera de la clase con sus dos amigas. Le pareció que hasta aquel momento no había comprendido bien que aquél era el último día. Hubo una pequeña pausa y de pronto la joven de las pecas volvió a entrar en la clase, dejando solos a *Kipps* y a *Miss Walshingham* por primera vez. *Kipps* sintió que se le cortaba la respiración. La joven le miró a la cara con una mezcla de simpatía y curiosidad y le tendió la mano.

—Bien, adiós, *Mr. Kipps* —dijo.

Él retuvo la mano de su adorada entre las suyas.

—Haría cualquier cosa... —comenzó a decir interrumpiéndose al comprender que no tenía el valor suficiente para añadir «por usted». Le estrechó la mano y concluyó—: Adiós, *Miss Walshingham*.

Hubo una pequeña pausa.

—Espero que pase unas agradables vacaciones —dijo ella al fin.

—De todas formas, yo volveré a esta clase el curso que viene —dijo *Kipps* volviéndose y dando unos pasos...

—Así lo espero —dijo *Miss Walshingham*.

Kipps volvió instantáneamente a su lado.

—¿De verdad?

—Espero que vuelvan todos.

—Yo al menos... volveré. Puede contar conmigo —aseguró *Kipps* intentando dar a su voz un profundo y oculto significado.

Durante un breve intervalo de silencio, los dos se miraron a los ojos.

—Adiós —dijo ella.

Kipps saludó con el sombrero y *Miss Walshingham* volvió a entrar en la clase.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la joven de las pecas saliendo a su encuentro.

—Nada —repuso *Helen*—. Al menos... por ahora.

Y sin dar más explicaciones se dedicó a poner en orden los instrumentos que había sobre su mesa. La joven de las pecas salió un momento a la puerta y contempló la escalera. Cuando volvió a entrar miró fijamente a su amiga. El incidente le había parecido de gran importancia. Era el triunfo de su sexo. Y no pudo remediar

pensar que Helen se lo tomaba con demasiada tranquilidad.

CAPÍTULO IV

CHITTERLOW

1

El jueves siguiente, durante la hora de la clase Kipps se vio sumido en una melancolía de intensidad casi increíble. Estaba sentado con los ojos fijos en el reloj de la sala de lectura, con la barbilla apoyada en los puños y los codos puestos sobre varias revistas acumuladas con las que intentaba en vano distraerse. Ni siquiera se fijaba en el hombrecillo de las gafas que, sentado frente a él, le miraba furioso por no tener nada que leer. Allí era donde se había sentado tarde tras tarde, cada tarde más feliz que la anterior, esperando que fuera la hora de ir hacia ella. Hoy, en cambio, no había clase. No habría clase hasta el mes de octubre, y hasta era posible que para él aquello hubiera terminado para siempre.

Existía tal posibilidad porque Sharford, enfadado por una cierta inatención que llevó a Kipps a cometer algún que otro error, la había tomado con él aquellos días.

Kipps suspiró profundamente, echó a un lado las revistas, que fueron inmediatamente capturadas por el hombrecillo de las gafas, e intentó olvidar sus penas sumiéndose en la contemplación de los grabados de la antigua Folkestone, que colgaban de todas las paredes. Pero tampoco aquello pudo consolar a su atribulado corazón. Vagó durante un rato por los corredores y contempló a la gente que iba y venía, pero al oír sus risas le hizo sentirse aún más desgraciado. Por lo tanto abandonó el edificio y salió a la calle, donde un organillo se burló de sus penas. Entonces concibió el propósito desesperado de bajar a la playa donde tal vez podría estar solo.

«Aunque me arrojara por el malecón al mar, ella no me echaría de menos...», se dijo amargamente.

Hundido en la más negra melancolía, bajó por Dover Street al mismo paso y con el mismo estado de ánimo que si fuera acompañando su propio funeral, y dobló la esquina de Tontine Street sin apenas darse cuenta de lo que veía. Y allí fue donde el destino se le hizo el contradicho, en la forma de un grito, del grito de una persona que poseía una voz de volumen poco corriente y que fue seguido por un violento golpe en la espalda.

El sombrero le cayó sobre los ojos y sintió un enorme peso en los hombros y un agudo dolor en las piernas.

Y entonces cayó en un charco de barro que el destino, en colaboración con el Ayuntamiento de Folkestone, habían dejado allí para recibir a Kipps.

Permaneció en aquella posición durante irnos segundos, esperando el desarrollo de los acontecimientos. Deduciendo por último que la violencia momentánea había pasado, se puso en pie ayudado por una mano amable y se halló frente a un hombre que montaba una bicicleta y le sometía a un ansioso escrutinio.

—¿Se ha hecho mucho daño, amigo? —le preguntó solícito.

—¿Fue usted el que me atacó?

—Fue por culpa del manillar —dijo el desconocido con aire compungido—. Está demasiado bajo, y si no me acuerdo de ello voy chocando con la gente por las esquinas.

—Pues siento que esta vez haya tenido que ser conmigo —lamentó Kipps llevándose una mano a la parte más dolorida.

—Bajaba la cuesta —explicó el ciclista—. Estas cuestas de Folkestone le hacen volar a uno. Siento que usted estuviera en mi camino.

—Puede creermelo si le digo que yo lo siento mucho más —declaró Kipps.

—Yo venía dando para atrás a los pedales con todas mis fuerzas, aunque... es posible que el total de mis fuerzas no sea muy grande...

Miró a su alrededor e hizo un ademán como para volver a montar en su máquina. Después se volvió de nuevo hacia Kipps que, inclinado, hacía un examen general del aspecto de su traje.

—Tengo el pantalón desgarrado y creo que estoy sangrando —dijo—. Verdaderamente debería ir usted con más cuidado...

El desconocido investigó con atención los daños causados.

—¡Santo Dios, así es! —Puso una mano amistosa sobre el hombre de Kipps—. Oiga, venga conmigo a mi casa y allí le curaré y se lo coseré. Ya sé que he sido culpa mía, pero... —Su voz se convirtió en un murmullo—. Aquí viene un «poli». Voy a hacerle un ruego. No diga que le atropellé. No llevo luces y podría costarme un disgusto serio.

Kipps levantó la vista y contempló la figura de un policía que se acercaba. Aquel ruego hecho a sus instintos generosos no fue inútil. Inmediatamente se dispuso a ayudar a su asaltante. Al ver acercarse al representante de la ley se puso en pie como si nada hubiera ocurrido.

—Está bien, vámonos.

—Vamos —repitió el ciclista echando a andar. Después, al parecer para engañar al policía, añadió a gritos—: Me alegro mucho de haber vuelto a encontrarle, amigo. Mi casa está sólo a cien metros de aquí —explicó cuando hubieron dejado atrás al policía—. A la vuelta de la esquina.

—Naturalmente —dijo Kipps, cojeando—, no quiero que nadie tenga un disgusto con la ley por culpa mía. Un accidente puede ocurrir en cualquier momento, pero...

—¡Ya lo creo! Ocurren accidentes a todas horas especialmente cuando yo monto en bicicleta. —Se echó a reír—. No es usted el primero a quien he atropellado. ¡Nada de eso! Pero tampoco creo que le haya causado una herida de importancia. Usted no me vio llegar y a lo mejor cree que iba como un loco. Le aseguro que no fue así y lo que le golpeó fue el pedal. Se portó usted muy bien con aquel policía, amigo. Si le hubiera dicho lo ocurrido quizá me hubiera puesto una multa de cuarenta chelines. ¡Cuarenta chelines! En ese caso hubiera tenido que decirle que en el momento actual este servidor no cuenta con reservas monetarias de ninguna clase.

»Claro que si me hubiese denunciado lo hubiera comprendido perfectamente —añadió—, porque después de un golpe como el que usted ha recibido cualquiera querría vengarse. Lo menos que puedo hacer es prestarle una aguja, hilo y dedal y un cepillo para la ropa. No todo el mundo hubiera reaccionado como usted. Le digo que su reacción cuando llegó el “poli” fue digna de verse. Cuando le pedí que no me denunciara no esperaba que me hiciera caso. No hay muchos hombres que hubieran actuado como usted. Se portó como

un caballero.

La indignación que al principio sintió Kipps había desaparecido totalmente. Avanzaba cojeando uno o dos pasos detrás del desconocido, haciendo ruidos guturales al escuchar todas aquellas alabanzas y examinando a la persona que las pronunciaba. Al pasar junto a los faroles encendidos, advirtió que se trataba de una figura regordeta que avanzaba decidida, vistiendo los calzones usados por los ciclistas y exhibiendo unas enormes pantorrillas, que a Kipps le parecieron más grandes aún por contraste con las suyas propias. Llevaba, ladeada, una gorra de ciclista, debajo de la cual salían mechones de cabello rojo oscuro. Las recias mejillas de aquel hombre, así como su barbilla, estaban completamente afeitadas. Y tampoco llevaba bigote. Sus pasos eran firmes y sus gestos, mientras avanzaban por la calleja oscura y desierta, carecían indicar que todo aquello era de su exclusiva propiedad. Cada vez que pasaban junto a un farol, una sucesión de sombras gesticulantes nacían una tras otra de sus pies, se agrandaban y tomaban posesión de la calle hasta fundirse con las otras en el infinito. A la luz vacilante de un farol, Kipps vio que se hallaban en la calle Fenchurch. Después doblaron una esquina, entraron en un callejón aún menos iluminado y se detuvieron a la puerta de una casa más pobre que las demás, que se alzaba entre otras dos mucho más altas, como un borracho entre dos policías.

El ciclista apoyó cuidadosamente su máquina junto a la pared, sacó una llave y sopló vigorosamente en el agujero de la cerradura.

—La cerradura es un poco complicada —dijo dedicándose durante unos momentos a la tarea de abrir la puerta.

Después de dar salida a una serie de ruidos parecidos a los que hubiera podido producir una gran catástrofe mecánica, la puerta se abrió.

—Más vale que espere aquí mientras voy a buscar una bujía —dijo a Kipps—. Probablemente tendí; que echarle aceite —añadió desapareciendo en la oscuridad del pasillo.

Kipps vio al hombre encender una cerilla, y a la he de aquel destello creyó descubrir un pasillo con una habitación al fondo, por la cual desapareció su nuevo amigo. Tanto le interesaron estas cosas que se olvidó momentáneamente del golpe recibido. Un momento después se sintió cegado por el resplandor de un lámpara de

petróleo.

—Entre usted mientras yo meto la bicicleta —dijo el desconocido.

Kipps permaneció solo unos instantes en la iluminada habitación. Con una mirada de conjunto abarcó inmediatamente una mesa redonda cubierta con tapete rojo lleno de rotos y manchas, sobre la que descansaba la lámpara, un espejo empañado encima de la chimenea, el fuego apagado, un montón de portales llenas de polvo, una serie de fotografías, una mesa lateral cubierta de papeles y de ceniza y un sifón. En seguida apareció el ciclista y Kipps vio por primera vez su rostro afeitado y lleno de animación y sus ojos de color castaño. Era un hombre unos diez años mayor que Kipps, pero su rostro sin barba hacía parecer en cierto modo coetáneos.

—Se portó usted como un caballero con aquel policía —repitió al adelantarse hacia Kipps.

—Es lo único que podía hacer —afirmó Kipps con modestia.

El ciclista examinó a su invitado por primera vez y decidió mostrarse hospitalario.

—Debemos dejar que se seque el barro antes de intentar cepillarlo. Tengo un buen *whisky* canadiense, «Tres Estrellas», y una botella de coñac que no está mal. ¿Qué prefiere tomar?

—No lo sé —repuso Kipps cogido de sorpresa. Pero viendo que no le quedaba otro recurso que aceptar, añadió—: Bien, tomaré un poco de *whisky*.

—Bien hecho, muchacho, y si quiere seguir mi consejo, debe tomarlo seco. Es posible que yo no sea buen juez en esta materia, pero conozco muy bien esta marca de *whisky*. «Tres Estrellas». Henry Chitterlow se entiende bien con ella.

Se echó a reír alegremente, miró a su alrededor, titubeó y se retiró, dejando a Kipps en posesión de la estancia y en libertad de hacer un examen más detenido de todo cuanto contenía.

Se fijó especialmente en las fotografías de mujeres que adornaban la habitación, una de las cuales exhibía una escasez de ropa que a Kipps le pareció «un poco fuerte». No tardó mucho tiempo en deducir de todo ello que probablemente se trataba de actrices y que su anfitrión era también actor, como parecía confirmar el gran número de programas y carteles esparcidos por todas partes. En un marco demasiado grande para su tamaño se exhibía una carta con firma ilegible.

Kipps se dispuso a enterarse de su contenido. «Estimado *Mr. Chitterlow* —decía—. Si me envía la carta de que me habló, intentaré encontrar un momento para leerla».

Junto a la ventana vio un hábil diseño de un ciclista, de un inconfundible parecido con Chitterlow. Los papeles amontonados encima de la mesa, junto al sifón, estaban escritos en todas direcciones.

Por fin Kipps oyó el ruido metálico anunciador de que la cerradura de la puerta de entrada se había puesto en funcionamiento, y al punto reapareció *Mr. Chitterlow* sin aliento, con una botella en su pecosa mano.

—Siéntese, amigo, siéntese —le dijo—. Tuve que salir a buscarlo porque no me quedaba ni una triste gota en casa. No, no se siente en esa silla porque esos papeles son parte de mi obra. Siéntese en aquella butaca que tiene el brazo roto. Creo que este vaso está limpio, pero más vale que le eche un poco de sifón que lo agite un poco y lo vacíe en la chimenea. ¡Traiga, yo lo haré!

Mientras hablaba, Chitterlow extrajo un sacacorchos de uno de los cajones de la mesa, descorchó la botella con un estilo que hubiera podido envidiar cualquier encargado de un bar, lavó con gran sencillez y naturalidad dos vasos y echó cinco centímetros del dorado líquido en cada uno de ellos. Kipps tomó el suyo, dio las gracias y después de una momentánea duda sobre si debía o no brindar a la salud de su nuevo amigo, se lo llevó a los labios sin cumplir aquel rito. Durante unos segundos los fenómenos que tenían lugar en su garganta ocuparon todo su interés con exclusión de cualquier otro asunto. Por último descubrió a Chitterlow con una enorme pipa en la boca preparando una segunda ronda de *whisky* al lado de la chimenea.

—Después de todo —dijo el dueño de la casa con la mirada fija en la botella, mientras sus labios dibujaban una amplia sonrisa—, el accidente pudo haber tenido peores consecuencias. Yo necesitaba hablar con alguien y no quería ir a una taberna, por lo menos no a una taberna de Folkestone, porque he prometido no hacerlo a *Mrs. Chitterlow*, que se encuentra ausente (aunque, naturalmente, si hubiese quería ir, hubiese ido de todos modos). ¡Y aquí estamos! Es curioso cómo el ciclismo hace aumentar el círculo de nuestras amistades.

—Sí, es curioso —afirmó Kipps sintiendo que había llegado el momento en que debía decir algo.

—Aquí estamos sentados juntos y charlando como viejos amigos, cuando hace media hora no conocíamos nuestra mutua existencia. Por lo menos no sabíamos que el otro existía. Quizá yo hubiera pasado por su lado en la calle o usted por el mío, sin que yo pudiera saber que, puesto a prueba, se comportaría usted con la decencia y caballerosidad con que lo ha hecho. Pero no está fumando. ¿Quiere un cigarrillo?

Kipps dio una confusa respuesta en la que dijo algo en el sentido de que no le importaría fumar, y para disimular su confusión echó otro trago de *whisky*. Le fue fácil seguir el itinerario de este segundo trago por su interior. Fue como si tuviera una antorcha encendida en las entrañas, que le tocara aquí y allá hasta que todo su ser llegó a hacerse incandescente. Chitterlow sacó una bolsa de tabaco y papel de fumar, y haciendo un paréntesis en la conversación para mencionar a una joven llamada Kitty o algo parecido, que le había enseñado el arte de liar cigarrillos cuando él no era nada más que un chiquillo, armó uno para Kipps. Y con una consideración que le ganó para siempre la gratitud de su invitado, le dijo que, después de todo, quizá le conviniera añadir un poco de sifón al *whisky*.

—A algunas personas les gusta más así —explicó Chitterlow, que añadió con énfasis—: ¡A mí, no!

Envalentonado al ver así debilitado a su enemigo, Kipps bebió el contenido que quedaba de su vaso y vio que volvían a llenarlo en seguida. Empezó a creer que tenía más resistencia de la que creyera anteriormente y se dispuso a concentrar su atención en Chitterlow y a tomar parte en la conversación de un modo más brillante que hasta aquel momento. Comprobó también que expelía el humo por

la nariz con bastante soltura, a pesar de ser aquél un arte adquirido muy recientemente.

Mientras tanto, Chitterlow le había estado explicando que era un autor teatral, a lo que Kipps, respondió que conocía a un individuo, o, mejor dicho, que uno de sus compañeros conocía a un individuo, o, para ser totalmente exactos, que el hermano de uno de sus compañeros conocía a un individuo que había escrito una comedia. A las preguntas de Chitterlow no tuvo más remedio que contestar que no recordaba el título de la comedia, ni dónde se había representado, ni el nombre del empresario, aunque creía que el título era algo así como *El rescate del amor*.

—Pero lo que sí sé, es que ganó quinientas libras con su obra —añadió Kipps.

—Eso no es nada —repuso Chitterlow con aire de suficiencia—. Nada en absoluto. Es posible que a usted le parezca una cantidad elevadísima, pero puedo asegurarle que eso es lo que gana cualquiera el día que se lo proponga. Escribiendo una obra buena se puede ganar cualquier suma. ¡Cualquiera!

—Supongo que sí —contestó Kipps echando otro trago de *whisky*.

—¡Cualquier suma!

Chitterlow comenzó a darle un serie de ejemplo; que así lo demostraban. Era evidente que se trataba de un hombre con dotes especiales para el monólogo. Fue como si un dique hubiera estallado dejando paso a un torrente de palabras. Habló de toda clase de asuntos teatrales. Poco después llegó al capítulo de anécdotas sobre empresarios de fama «mimados y perseguidos por las mujeres de sociedad». Chitterlow describió varios encuentros suyos con aquellos personajes y representó con mucha gracia en honor de Kipps, una imitación de uno de ellos con unas cuartas copas de más, después de lo cual se bebió dos nuevas dosis de *whisky*.

Kipps redujo el extremo de su cigarrillo a una pipa mientras permanecía escuchando a Chitterlow. Éste, de vez en cuando, asentía con una exclamación, admirando la facilidad con que había llegado a intimar con aquel divertido y extraño personaje. Éste le lió otro cigarrillo y después, asumiendo insensiblemente la actitud de un autor teatral de moda al ser entrevistado por un joven admirador, se dispuso a contestar a las preguntas que unas veces

formulaba Kipps y que otras formulaba él mismo, acerca de los detalles y costumbres de su carrera. Llevó a cabo esta tarea con gran seriedad, tratando el asunto de un modo tan extenso que a veces parecía que iba a perderse en una intrincada selva de paréntesis, notas explicativas y episodios adicionales que iban reproduciéndose hasta que su origen se perdía completamente de vista. En resumen, hizo la biografía de un hombre que había estado en todas partes, que había hecho de todo y que sobre todo había tenido un gran éxito económico (citó varias anécdotas de «cuando yo ganaba treinta, cuarenta o cincuenta dólares a la semana») en América y en todo el mundo civilizado.

Y mientras hablaba y hablaba con su bien modulada voz de bajo aquel admirador del *whisky* se ocupaba en encender lámpara tras lámpara en el interior de Kipps, hasta que todo el cuerpo de nuestro joven estuvo iluminado y transformado en una pura llama, Chitterlow se convirtió en verdad en el hombre que reescribía, lleno de experiencia, de genialidad y de sentido del humor, seguidor de Shakespeare, Ibsen y Maeterlinck (tres nombres que con gran modestia reconocía que se hallaban por encima del suyo), y ya no estaba vestido ambiguamente con calzones de ciclista, sino con un traje de corte elegante; la habitación dejó de ser un cuarto pequeño y pobre en un suburbio de Folkestone para convertirse en una estancia ricamente amueblada; las fotografías se hicieron cuadros antiguos y la lámpara de parafina irradió una luz suave y acariciadora. Cierta calorcillo que para muchos hubiera servido para poner en duda la tensión de aquel líquido de tener una gran antigüedad, se desvaneció por completo; dos quemaduras y un zurcido del tapete se convirtieron en detalles agradables, naturales en la mansión de un genio. Y en cuanto a Kipps..., Kipps era un joven brillante con un porvenir prometedor, que se distinguía por haber llevado a cabo una noble acción y que, por lo tanto, había sido premiado permitiéndosele la entrada a un «Sancta Sanctorum» por el que suspiraban en vano toda clase de personajes.

—No los necesito para nada, muchacho. Todo lo que dicen es falso. ¡No crea usted nunca sus palabras!

Y entonces, en medio de una digresión sobre las personas que forman parte de compañías teatrales bajo la equivocada impresión de que son buenos actores, sonaron las campanadas del reloj.

—¡Santo Dios! —exclamó Kipps como el que sale de un sueño—. ¿Están dando las once?

—Sí, deben de ser las once. Eran las diez cuando fui a buscar el *whisky*. Es pronto todavía...

—De todas formas, debo irme —dijo Kipps poniéndose en pie—. No tenía idea de que fuera tan tarde. El portal se cierra a las diez y media... Debía haberme dado cuenta de la hora...

—Bueno, si tiene que marcharse... ¡Yo iré con usted, muchacho! ¡Santo Cielo! Me había olvidado completamente de su traje. No puede ir por la calle de ese modo. Cosaré el roto y mientras tanto sírvase otro *whisky*.

—Debería marcharme —protestó débilmente Kipps. Pero Chitterlow, sin hacer caso de sus palabras dijo que se arrodillara encima de una silla para poder coserle el pantalón con facilidad, mientras el *whisky* (la tercera ronda) se ocupaba una vez más en reponer el calor arterial de Kipps. De pronto Chitterlow se echó a reír y tuvo que dejar de coser para explicar a Kipps que aquella escena no estaría mal en su comedia. De allí pasó a explicarle el argumento de la comedia, y ello le llevó a una digresión sobre otra comedia para la que había escrito una magnífica escena primera que no tardaría diez minutos en leerle. Contenía algo que no había sido nunca llevado al escenario. Se trataba de un hombre a quien se le había posado un insecto en la nuca, que intentaba moverse y hablar con naturalidad en un salón lleno de gente—. No tenga miedo, que no le dejarán en la calle —declaró Chitterlow para animar a su invitado, o entras se disponía a leer y a representar lo que declaró ser (no porque él lo hubiera escrito, sino porque así se lo decía su experiencia en cosas de teatro) una de las mejores escenas que jamás se habían escrito. Y Kipps se mostró entusiásticamente de acuerdo.

Cuando hubo terminado de leer, Kipps declaró unas seis veces seguidas que aquello era magnífico, después de lo cual Chitterlow dijo que nunca había tropezado con una inteligencia tan clara como la de Kipps (quizás hubiera conocido una inteligencia mayor; eso no podía decirlo porque al fin y al cabo acabaran de conocerse, pero que, de eso sí estaba seguro, la de Kipps era la inteligencia más clara con que tropezara en la vida), que era una vergüenza que un muchacho con aquella inteligencia tuviera que encerrarse a las diez

y media y que estaba tentado de recomendar a uno de sus amigos empresarios (o al director de un diario londinense) que diera a Kipps el puesto de crítico teatral en lugar del ignorante que tenía en la actualidad.

—Nunca he publicado ningún escrito —dijo Kipps—, aunque creo que tendría mucho éxito si tuviera ocasión de hacerlo. ¡Estoy seguro! He escrito cientos de carteles publicitarios aunque, claro, eso es distinto...

—El hecho de carecer de experiencias sería una ventaja para usted y daría a sus escritos una mayor sinceridad. Muchacho, la atención con que ha escuchado hasta la última frase de esa escena ha sido extraordinaria. Es posible que su estilo no fuera muy literario, pero yo no tengo fe en los críticos que escriben con estilo literario, como tampoco la tengo en los autores teatrales que se empeñan también en hacerlo así. Una comedia no es literatura. Esto es lo que la gente no quiere ver. Las comedias son comedias. ¡No! Eso no será un inconveniente para usted, se lo aseguro. Como tampoco lo fue para mí antes de dedicarme al teatro. Me gustaría que fuera usted el crítico de los primeros actos de la obra que estoy escribiendo. ¿Todavía no le he hablado de ella? No tardaría ni una hora en leérsela...

3

Después, y por lo que Kipps pudo recordar más tarde, se bebió otra nueva dosis de *whisky* mientras insistía en que verdaderamente tenía que marcharse. Desde aquel momento todo se hizo algo confuso. Recordó claramente más tarde algunas cosas, y como es de todos sabido que los borrachos olvidan cuanto les sucede en ese estado, es evidente que no estaba borracho. Chitterlow le acompañó, en parte para comprobar que no le ocurría nada y en parte para refrescarse un poco la cabeza antes de meterse en la cama; Kipps recordó al día siguiente con claridad que a llegar a la calle Fenchurch descubrió que no podía andar derecho y que la aguja y el dedal de Chitterlow colgando todavía por un hilo del roto

de su pantalón producían un ruido metálico al ir chocando con la acera. Intentó coger la aguja atacándola por sorpresa, pero por una u otra razón tropezó y cayó al suelo. Chitterlow le ayudó a levantarse, riendo ruidosamente.

—Esta vez no ha sido una bicicleta lo que le ha tirado, amigo — exclamó.

Aquello les pareció a ambos la broma más ocurrente del mundo y rieron hasta que se les saltaron las lágrimas. Durante algún tiempo Kipps fingió estar completamente borracho y no poder andar, y Chitterlow le siguió la broma y le sirvió de apoyo. Después aquello Kipps lloró de risa al darse cuenta de lo absurdo que era ir cuesta abajo por la calle para volver a subir por la que conducía al almacén. Recordó después haber intentado explicárselo a Chitterlow y no haberlo conseguido a causa de su propia risa y de la borrachera de su amigo. Su recuerdo siguiente era la fachada oscura y silenciosa del almacén que parecía contemplarle con reprobación. La fuerza con la palabra «Sharford» resaltaba sobre la puerta minada por la luz de la luna, se grabó con especial vigor en su memoria. Kipps se dijo que el establecimiento le cerraba sus puertas para siempre. Aquellas letras le decían que sus años allí habían terminado y que sería desterrado de Folkestone. Nunca volvería a tallar en madera ni a ver a *Miss Walshingham*. No es que esperara volver a verla, pero aquello era el cuchillo que cortaba hasta la más pequeña de sus ilusiones; aquello era ya definitivo. No había acudido a cenar, se había emborrachado, y esto, unido a la reprensión tres o cuatro días antes por haber arreglado mal un escaparate... En el fondo Kipps sintió que estaba completamente sobrio y que era muy desgraciado, pero resolvió comportarse como un valiente y declaró con voz firme y decidida que no le importaba que le hubieran cerrado la puerta.

Entonces Chitterlow le dio una fuerte palmada en la espalda y le dijo que cuando él había estado empleado en Sheffield antes de dedicarse al teatro, se había encontrado igualmente con la puerta cerrada durante seis noches consecutivas.

—¿Y cuál fue el resultado? —preguntó Chitterlow—. Que si quisiera, ahora podría volver y allí me recibirían con los brazos abiertos... Es decir, si todavía se acordaran de mí, lo que seguramente no es muy probable.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó Kipps con voz menos firme.

—Quedarse fuera —contestó Chitterlow—. Si llamara a la puerta se delataría. Más vale que intente colarse por la mañana al mismo tiempo que el gato. Eso es lo mejor que puede hacer. Probablemente conseguirá que no lo adviertan y el jefe ni llegará a enterarse.

Después, y quizás a causa de la palmada recibida la espalda, Kipps comenzó a sentirse muy mal, y siguiendo el consejo de Chitterlow, le acompañó a tomar un poco el aire. Al poco rato devolvió todo lo que había bebido. Chitterlow le aseguró que en seguida se sentiría del todo bien, como así ocurrió. El viento había cesado. La noche era magnífica, iluminada por la luna, toda ella a la disposición de Kipps que se encontraba con muchas horas por delante para hacer su santa voluntad. Así, pues, siempre con su nuevo amigo, se dispuso a caminar hasta Sandgate. Mientras andaban, Chitterlow comenzó a hablar de cómo la luna transformaba el mar y las caras de la gente y de allí pasó al tema del amor, en el cual se extendió considerablemente, con gran número de anécdotas y de imágenes. Todo ello le pareció a Kipps extremadamente interesante y de nuevo olvidó a *Miss Walshingham* y a su incomprensivo jefe.

Chitterlow había tenido aventuras, un sinnúmero de aventuras. Era un hombre que tenía un pasado y que parecía disfrutar sacando aquel pasado a la luz. No le hizo una narración consecutiva, pero sí describió a Kipps innumerables escenas en relación con las mujeres que había amado. Tan pronto huía del marido de una malaya en Ciudad del Cabo, como estaba sumido en apasionadas relaciones con la hija de un vicario de York. De allí pasó a rememorar sus recuerdos en Seaford.

—Dicen que no se puede amar a dos mujeres al mismo tiempo —dijo Chitterlow—, pero yo le aseguro que eso es una tontería —terminó gesticulando y elevando la voz.

—Sí, lo sé —asintió Kipps.

—Cuando yo tenía relaciones con Bessie Hopper, amaba a *tres*... —Se echó a reír y añadió—: Sin contar a Bessie, naturalmente.

De allí pasó a revelar le la clase de vida que se vive en las compañías teatrales y que consiste principalmente en una maraña

inextricable de romances y amoríos.

—La gente dice que el amor no sirve más que para entorpecer el trabajo. Pero yo le aseguro que no es así. Nuestro trabajo no podría proseguir de no existir entre nosotros el amor. Los actores lo necesitan y si carecieran de él perderían temperamento y cualidades artísticas. Y si carecieran de temperamento no querrían actuar.

—Tiene usted razón —convino Kipps—. Está clarísimo...

Chitterlow procedió después a exponer ciertas opiniones históricas de *Mr. Clement Scott* respecto a la moral del teatro. Por estar hablando con confianza y no en público, Chitterlow reconoció tristemente la exactitud de aquellos comentarios. Examinó varios ejemplos típicos que le habían rozado muy de cerca, e hizo notar el contraste entre su propia actitud hacia las mujeres y la del honorable *Thomas Norgate*, con quien, por lo visto, había estado en un tiempo en términos de gran intimidad...

Kipps escuchaba con emoción el relato de aquellos recuerdos. Para él resultaban maravillosos y desde luego completamente creíbles. La vida avanzaba por aquellos canales tumultuosos, apasionados y atrayentes..., en todas partes menos en los establecimientos como el de *Sharford*. Aquellas cosas pasaban en las novelas y en el teatro, sí, pero él había sido un estúpido al no comprender que también ocurrían en la vida. Su participación en la charla quedó reducida, como si dijéramos, a notas marginales. Chitterlow hablaba sin detenerse. De vez en cuando soltaba grandes risotadas, otras veces convertía su voz en un susurro confidencial, otras, la voz se hacía nostálgica y reminiscente y todo el tiempo aquella figura iluminada por la luna hablaba y hablaba sin cesar, exponiendo ante la imaginación de Kipps un mundo nuevo de aventuras y de sensualidad, pero con una especie de resignado sentimentalismo, latente en el fondo de todas sus palabras. ¡La cantidad de aventuras que había tenido! Cuando era más joven que Kipps, estaba ya de vuelta de todo...

Y al fin, dijo con brusca transición, había quemado sus naves y, como ya creía haber mencionado anteriormente, se había casado y era feliz. Indicó que su esposa era «toda una señora». Su padre, era un famoso abogado de *Kentish Town*; su madre era prima segunda de la mujer de *Abel Jones*, el retratista de moda. Eran «casi gente de sociedad». Pero aquello carecía de importancia para Chitterlow. Él

no era un *snob*. Lo que importaba era que su esposa poseía lo que Chitterlow se atrevía a asegurar que era la más hermosa voz de contralto existente en el mundo («Pero para apreciarla como es debido —dijo Chitterlow—, se necesita un gran local»). Sus palabras se hicieron más vagas cuando intentó explicar cuándo y por qué se había decidido por el matrimonio. Por lo visto, su esposa estaba «con su familia» fuera de Folkestone. Kipps comprendió que Chitterlow no se llevaba muy bien con aquella familia. Sin duda, ninguno de ellos apreciaba sus obras, considerando su carrera como algo muy poco remunerativo, a pesar de que, como él y Kipps sabían, dentro de muy poco tiempo serían más ricos de lo que nunca pudieran imaginar. Sólo se necesitaba para ello paciencia y perseverancia.

De allí pasó a sentirse hospitalario e invitó a Kipps a ir de nuevo a su casa. Era una tontería pasarse toda la noche paseando por la calle, cuando en su casa les esperaba una buena botella de *whisky*.

—Puede usted dormir en el sofá. No le molestarán los muelles rotos porque los quité yo todos hace dos o tres semanas. No comprendo por qué tienen que poner muelles a los sofás. Yo conozco sus inconvenientes por experiencia, porque tuve ocasión de sufrirlos cuando pasé tres meses con Bessie Hopper viajando por Inglaterra, por el norte de Gales y por la isla de Man. Nunca nos tropezamos con un sofá que no tuviera un muelle roto. No, no comprendo por qué los ponen... —añadió meditativo.

Descendieron por la calle en pendiente, hacia el puerto, y no tardaron en dejar atrás el «Hotel Pavilion».

4

Una vez más se hallaban en presencia de su vieja amiga la botella de *whisky*, y ésta; bajo la experta dirección de Chitterlow, pronto volvió a iluminar el interior de Kipps. El dueño de la casa bebió también una generosa ración. Luego volvió a encender la pipa y se sumió durante algún tiempo en sus meditaciones, de las que Kipps le sacó al comentar que suponía «que los actores tienen

muchas veces grandes altibajos de fortuna». Aquello animó a su amigo a seguir hablando.

—Ya lo creo —dijo—. Algunas veces tenemos nosotros la culpa, y otras, no. Pero generalmente la tenemos. Cuando no es por una cosa es por otra. Le digo que en esta vida nuestra ocurren toda clase de cosas. Yo soy un fatalista. Creo que nuestro carácter es lo que domina nuestros destinos y de eso no puede uno escapar. Todos creemos que podremos escapar de él, pero no es cierto. —Hizo una pausa y reflexionó durante algunos segundos—. El carácter de cada persona es lo que origina las tragedias. O, mejor que el carácter, la psicología. En eso se tasa la literatura de los griegos, de Ibsen y de otros autores también brillantes.

De allí pasó a hacer una crítica resumida de la vida moderna, como si estuviera repitiendo una lección mientras pensaba en otra cosa. Pero cuando repitió el nombre de Ibsen pareció revivir.

Sintió entonces un gran interés por explicar a Kipps (que estaba dispuesto a recibir gustoso cualquier información sobre aquel tema) cuáles eran los puntos en que Ibsen estaba equivocado y en los que por casualidad él, Chitterlow, estaba muy fuerte. Naturalmente, no deseaba bajo ningún concepto que Kipps pudiera creer que él se comparaba con Ibsen, pero existía el hecho indudable de que su propia experiencia en Inglaterra y en América había sido mucho más extensa que la del famoso dramaturgo. Probablemente Ibsen no había sido testigo en su vida de una pelea en un bar. De eso, naturalmente, no tenía él la culpa, pero el hecho subsistía. Decían que el verdadero genio es capaz de superar la falta de experiencia, pero él personalmente se sentía algo inclinado a dudarlo. Él, Chitterlow, tenía entre manos una obra que quizá no fuera del gusto de William Archer (cuya opinión, después de todo, no tenía en tanto respeto como la opinión de Kipps), pero que él consideraba tan bien construida como cualquiera de las obras de Ibsen.

De aquel modo, por caminos tortuosos, Chitterlow llegó al fin a hablar de su obra. Decidió no leérsela a Kipps, sino contarle el argumento, lo que era más sencillo ya que todavía no estaba terminada. Era un argumento muy complicado. El protagonista era un miembro de la nobleza que lo había visto todo, que lo había experimentado todo y que sabía todo cuanto sabía Chitterlow acerca de las mujeres. El autor fue entusiasmándose gradualmente,

y en un momento dado se puso a representar una escena difícil de escribir. Fue una representación muy real y Kipps aplaudió con vehemencia.

—¡Magnífico! —exclamó el nuevo crítico teatral (que ya para entonces sabía lo que se esperaba de él), golpeando la mesa con el puño y casi volcando su tercera ración de *whisky* (de la segunda ronda)—. ¡Magnífico, Chitterlow!

—¿Comprende el significado? —preguntó Chitterlow, de quien había desaparecido para entonces todo vestigio de su incipiente melancolía—. ¡Bravo, muchacho! Sabía que lo comprendería. Esto es precisamente lo que no hacen conmigo los críticos teatrales. Pero algún día...

Volvió a llenar el vaso de Kipps y prosiguió la representación.

Al poco tiempo ya no parecía necesario conceder a ese Ibsen el derecho de preferencia que le había dado hasta entonces. Kipps y Chitterlow eran amigos y por lo tanto podían hablar franca y amistosamente de cosas no confesadas por lo general.

—De todas formas —dijo Kipps, llevándose el vaso a los labios—, lo que me acaba de leer es magnífico. Eso nadie podrá negarlo.

Veía las cosas con una borrosidad que en cierto modo resultaba agradable y, poniendo cuidado, no tuvo dificultad alguna en volver a colocar el vaso sobre la mesa. Después advirtió que Chitterlow proseguía su representación y que la botella estaba casi vacía. Se alegró de esto último porque de aquel modo no llegaría a emborracharse. Sabía que no estaba borracho, pero también sabía que había llegado el momento de parar. Kipps se dijo que él era una de esas personas que saben cuándo tienen que parar. Intentó interrumpir a Chitterlow para decírselo, pero no logró encontrar la ocasión adecuada. Se dijo entonces que quizá Chitterlow fuera de los que no saben cuándo tiene que parar. Descubrió que desaprobaba la conducta de Chitterlow. Éste seguía hablando y hablando, y sus palabras se sucedían ininterrumpidamente como la corriente de un río. Durante algún tiempo Kipps se sintió inexplicable e injustamente enojado con Chitterlow y quiso decirle: «Tiene usted tantas dotes de escritor como un cangrejo». Pero sólo le había dicho: «Tiene usted tantas dotes...», cuando su amigo le interrumpió, le dio las gracias y le dijo que desde el principio comprendió que era mucho mejor crítico que Archer. De modo que

Kipps se limitó a contemplar a Chitterlow con mirada iracunda hasta que se dio cuenta de que estaba ocurriendo una cosa extraordinaria. Chitterlow mencionaba a alguien llamado Kipps. Esto sumió a Kipps en la perplejidad. De un modo vago, pero con absoluta certeza, se dijo que allí había algo que no marchaba bien.

—Oiga —dijo de pronto—. ¿De qué Kipps está hablando?

—De ese Kipps que le digo. —¿Qué Kipps me dice?

—Ya se lo he dicho.

Durante una breve pausa Kipps se debatió en silencio con algo que no estaba claro. Después reiteró con firmeza:

—¿De qué Kipps está hablando?

—Del que sale en mi obra. El que besa a la chica. —Yo no he besado a una chica en mi vida —dijo Kipps—. Al menos...

Se interrumpió de pronto, porque no recordaba si había besado a Ann o no. Sabía que había tenido intención de hacerlo. Entonces, con tono de infinita tristeza y dirigiéndose a la chimenea, explicó:

—Mi nombre es Kipps.

—¿Eh? —dijo Chitterlow.

—Kipps.

—¿Qué le pasa a Kipps?

—Que Kipps soy yo. —Señaló al pecho con el dedo índice para indicar dónde se hallaba su ser esencial, y se inclinó hacia delante con gravedad—. Mire, Chitterlow —prosiguió—, no tiene usted derecho a utilizar mi nombre en su obra. Si lo hace perderá todo mi apoyo.

Kipps recordó después que a sus palabras había seguido una discusión, y que Chitterlow se había empeñado en explicarle de dónde había sacado los nombres para sus personajes. Los había sacado casi todos de un periódico que andaba rodando por algún sitio de la habitación. Incluso se dispuso a buscarlo, y mientras lo hacía, Kipps continuó la discusión dirigiéndose a la fotografía de la joven ligera de ropa, que parecía contemplarle desde su marco. Kipps le dijo que al principio su modo de vestir no le había parecido muy conveniente, pero que en realidad parecía una muchacha sensata. Le dijo también que si tuviera ocasión de conocer a Buggins se sentiría atraída por él. Y añadió que seguramente ella estaba de acuerdo en que no se debían utilizar en las comedias los nombres de los amigos. Hasta se podía demandar judicialmente al autor.

Sintiéndose más y más confidencial, explicó que ya estaba metido en bastante lío por haberse quedado fuera toda la noche sin necesidad de que dieran su nombre al personaje de una comedia. Estaba seguro de que al día siguiente le esperaba al menos el despido. ¿Por qué había hecho aquello? ¿Por qué no se había marchado a las diez? Porque una cosa le condujo a la otra. Las cosas siempre se conducen unas a otras...

Estaba diciendo a la fotografía que él, Kipps, era completamente indigno de *Miss Walshingham*, cuando Chitterlow abandonó la búsqueda del periódico y le acusó de estar borracho y de decir tonterías.

CAPÍTULO V

-¡DESPEDIDO!

1

Kipps despertó en el sofá que había sido despojado de todos sus muelles, y aunque estaba seguro de no haberse emborrachado, despertó con lo que Chitterlow declaró ser «el resultado natural de lo de anoche». Se había dormido vestido y se sentía profundamente incómodo, pero la jaqueca que sentía y la pastosidad de su lengua le hicieron olvidar las otras pequeñeces. Su cabeza albergaba una idea, una idea grande, una idea triangular que le producía un dolor físico. Si movía la cabeza la idea iba de un lado a otro y le atormentaba. La idea era que había perdido su empleo, que estaba arruinado... Sharford se enteraría de su escapada, y eso, unido a la falta cometida días atrás...

Ayudado por Chitterlow, consiguió al fin sentarse en la cama improvisada y se sometió como un niño a los cuidados de su anfitrión. Chitterlow, por su parte, declaró que tampoco él se sentía muy bien y que necesitaba tomar unas gotas de coñac..., solamente lo que cabía en una cucharilla de café. Así, pues, puso manos a la obra y administró aquel remedio a Kipps como una madre cuidaría a su único hijo. Comparó la «pastosidad» de Kipps con otras que había visto en su vida, especialmente con una experimentada por el honorable Thomas Norgate.

—No resistía el alcohol —explicó a Kipps—. Hay hombres a los que les pasa eso...

Una vez que el dueño de la casa hubo dado al novato bebedor un poco de pasta de anchoas sobre una rebanada de pan con mantequilla, lo que constituía su remedio favorito, Kipps se arregló el cuello y los puños, se cepilló concienzudamente y se dispuso a afrontar a *Mr.* Sharford y cuales fueran las consecuencias de aquella

noche sin precedentes..., la primera «noche de juerga» de su vida.

Siguiendo el consejo de Chitterlow de que tomara un poco el aire antes de volver al almacén, Kipps caminó por las afueras y entró en un bar cerca del puerto para tomar una taza de café. Sintió que aquello le infundía nuevo valor y subió por la calle principal, preparado para afrontar lo inevitable. Un cierto orgullo de su depravación, endulzaba y hacía disminuir sus fundados temores. Después de todo, su dolor de cabeza se debía a haber demostrado que era un hombre; había estado fuera toda la noche, había bebido, y su dolor de cabeza así lo atestiguaba. Si no hubiera sido por el recuerdo de Sharford, se hubiera sentido orgulloso de verse en aquel estado. Pero el recuerdo de Sharford era espantoso. Se encontró con dos aprendices que daban un paseo antes de empezar a trabajar. Al verlos procuró animarse, se echó el sombrero para atrás, introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y asumió un aire despreocupado. Al pasar junto a ellos les sonrió con superioridad. En aquel momento incluso se alegró de exhibir aquel desgarrón en la rodilla y de que parte del barro que cubría su ropa se hubiera resistido a desaparecer al ser cepillado por Chitterlow. ¿Qué creerían sus compañeros que había estado haciendo? Pasó junto a ellos sin hablarles y se imaginó el nuevo respeto con que le estarían contemplando. Pero en seguida volvió a recordar la existencia de *Mr. Sharford*...

Intentó encontrar una explicación plausible a lo ocurrido. Podría explicar que le había atropellado un hombre en bicicleta; que durante algún tiempo estuvo casi inconsciente (aun ahora todavía sentía los efectos del golpe) y que el causante de aquello le había dado *whisky* para que se recuperara. «Y debo confesarle, señor», ensayó nuestro hombre subiendo y bajando las cejas como si quisiera expresar con ello su asombro ante lo ocurrido, «que se me subió a la cabeza...».

Puesta de aquel modo, la cosa no parecía tan terrible.

Llegó al almacén poco antes de las ocho, y el ama de llaves, que siempre le había tenido mucha simpatía, le dio una taza de té caliente con una tostada.

—Supongo que el jefe... —comenzó Kipps.

—Está enterado, sí.

Kipps bajó a la tienda un poco antes de la hora y muy pronto le

dijeron que se presentara ante *Mr. Booch*.

Diez minutos después salía de la oficina de éste.

El empleado con quien había estado trabajando le escudriñó, y Buggins le hizo una pregunta sin rodeos.

Kipps le contestó con una sola palabra:

—¡Despedido!

2

Kipps se apoyó en la pared con las manos en los bolsillos y se sumió en un monólogo.

—Me tiene sin cuidado que me hayan despedido. Hace mucho tiempo que estoy harto de Teddy y de su sistema. Fui un idiota al no marcharme por mi cuenta. ¡Ojalá lo hubiera hecho!

Al poco rato apareció Pearce, y Kipps repitió sus pensamientos.

—¿Por qué ha sido? —preguntó Pearce—. ¿Por lo del otro día?

—¡Nada de eso! —repuso Kipps, asumiendo un aire de profunda disipación—. Anoche no aparecí por aquí —añadió, haciendo que hasta Pearce, el «hombre de mundo», abriera desmesuradamente los ojos.

—¿Qué? ¿Dónde te metiste?

Kipps dio a entender que había «estado por ahí con un escritor amigo suyo».

—No podemos vivir siempre como ermitaños —añadió.

—Claro que no —asintió Pearce queriendo ponerse a su altura.

—Dios mío, ¡si vieras en qué estado tenía la cabeza y la boca esta mañana antes de tomar el remedio! —dijo Kipps a otro de sus compañeros cuando Pearce se hubo marchado.

—¿Qué fue lo que tomaste?

—Pasta de anchoas en una tostada. Es lo mejor que hay. Créeme, Rogers. Es lo que yo tomo siempre y te aconsejo que hagas lo mismo.

Cuando le pidieron más detalles de su escapada, repitió que había andado por la ciudad con un escritor amigo suyo, y cuando le preguntaron qué había hecho, contestó: «Es fácil suponerlo». Y ante

su insistencia declaró que había cosas que unos buenos chicos como ellos no debían saber.

De aquel modo, y durante mucho tiempo, Kipps rehuyó la contemplación de «la puerta de la calle» que Sharford le había mostrado.

3

Todo aquello estaba muy bien cuando se trataba de hacerse admirar por los aprendices, pero cuando Kipps se halló solo consigo mismo, la cosa varió de aspecto. Se sentía muy incómodo y el dolor de cabeza y el mal sabor de boca, aunque algo menos intensos, persistían aún. A decir verdad, se sentía pegajoso, sucio y profundamente asqueado de sí mismo. La idea de trabajar le parecía espantosa, y la de permanecer inactivo, más espantosa aún. El desgarrón de la rodilla constituía un reproche constante. Aquellos pantalones eran los segundos en calidad de los tres pares que poseía, y le habían costado trece chelines y tres peniques. Habían quedado completamente inutilizados. Los que usaba para limpiar no eran adecuados para la tienda y tenía que recurrir a degradar los de los domingos. Cuando advertía que le miraban, asumía una expresión de suprema indiferencia; pero cuando se veía solo, dejaba de fingir.

Consideró el aspecto financiero de la situación. Todo su capital ascendía a cinco libras en la caja de ahorros y cuatro chelines y seis peniques en el bolsillo. Suponía que recibiría el sueldo de un mes, pero no estaba seguro. La caja de hojalata que había traído consigo de Nueva Romney, ya no bastaba para contener todas sus posesiones y tendría que comprarse otra porque además quería hacer buena impresión en su nuevo empleo. También tendría que comprar papel y sellos en abundancia para contestar a los anuncios. Se vería obligado a escribir cartas, en lo que no estaba nada fuerte... Probablemente, si no encontraba nada antes de que pasara un mes tendría que volver a casa de sus tíos...

—¿Cómo lo tomarían los viejos...?

Sin embargo, por el momento decidió no escribirles.

Tales eran los desagradables pensamientos que alentaban en la imaginación de Kipps, mientras aseguraba con fanfarronería a sus compañeros que «hacía tiempo que necesitaba un cambio de ambiente, y que si no le hubieran despedido se hubiera ido él por su cuenta...».

A solas consigo mismo no logró explicarse cómo había sucedido todo. Había sido víctima del destino, o al menos de un personaje tan inexorable como él, Chitterlow. Intentó recordar las fases sucesivas que habían culminado en aquel desastre, pero todo resultaba demasiado intrincado...

Aquella noche Buggins le administró consejos y consuelos.

—Es curioso —le dijo—; cada vez que me han despedido de un sitio creía que nunca encontraría otro empleo. Pero siempre lo he encontrado. Siempre. Así que, pase lo que pase, no te desanimes. Aunque te despojes de todo lo demás, conserva los cuellos y los puños para hacer buena impresión. Si puedes, conserva las camisas, pero sobre todos los cuellos. Tienes la suerte de que sea verano y de no necesitar abrigo... Además, tienes un buen paraguas... Vete en seguida a Londres, alquila la habitación más barata que encuentren y dedícate a buscar. No comas demasiado. Hay muchos que tienen la tendencia de cuidar su estómago en primer lugar. Para almorzar toma una taza de café y un huevo frito si quieres, y recuerda sobre todo que debes presentarte limpio. Creo que los mejores sitios para encontrar trabajo son las tabernas donde comen los cocheros. No te desprendas de tu reloj mientras puedas... Hay muchas tiendas como ésta. ¡Muchas! —Hizo una pausa y añadió pensativo—: Aunque quizá no sea muy fácil encontrar empleo en una de ellas en esta época del año.

Calló un momento y comenzó a recordar sus experiencias pasadas.

Allí se encuentra uno a toda clase de chicos. Algunos parecen verdaderos duques, usan sombrero de copa y magníficos gabanes. En cambio, hay otros... Tienes que tener mucho cuidado, Kipps...

Durante la mañana que siguió a la despedida de Kipps, *Miss* Walshingham fue a comprar a la tienda, acompañada de una señora a quien Kipps más tarde había de conocer como su madre. Las descubrió en la nave principal, junto al mostrador donde se vendían cintas y botones, cuando venía de la sección de guantes con un paquete en la mano. Las dos mujeres estaban inclinadas sobre una caja que contenía cintas de todos colores.

Titubeó durante unos instantes. No estaba muy seguro de lo que la etiqueta requería en aquella situación. Dejó el paquete sobre el mostrador y permaneció mirándolas en silencio. Pero cuando *Miss* Walshingham se enderezó, se sintió poseído por el instinto de la huida...

Volvió a su puesto en un estado de profunda agitación. No bien hubo perdido de vista a Helen, sintió un abrumador deseo de volver a verla. Se paseó de arriba abajo frente al mostrador y dirigió varios comentarios cáusticos a uno de los aprendices cuando pasó por su lado. Cogió un paquete, lo desató, volvió a atarlo sin darse cuenta de lo que hacía y por fin salió de nuevo en dirección a la nave central, mientras escuchaba el tumultuoso latir de su corazón.

Las dos mujeres estaban de pie. Habían acabado de hacer sus compras y esperaban a que les dieran el cambio. *Mrs.* Walshingham contemplaba cuanto le rodeaba sin gran interés; Helen escudriñó todos los rincones de la tienda con ojos que se iluminaron al descubrir a Kipps.

Éste, por la fuerza de la costumbre, apoyó las manos en el mostrador y permaneció unos instantes contemplándola sin hablar. ¿Cómo reaccionaría? ¿Haría como si no le conociera? Pero Helen atravesó inmediatamente la tienda en dirección a Kipps.

—¿Cómo está usted, *Mr.* Kipps? —dijo con toda claridad tendiéndole la mano.

—Muy bien, gracias —dijo Kipps—. ¿Y usted?

La joven le explicó que había estado comprando cintas.

Entonces Kipps recordó la presencia de *Mrs.* Walshingham, y aunque pensaba hacer una alusión a las clases de tallado, cambió de parecer y dijo a Helen que suponía que estaría disfrutando de sus vacaciones. Ella repuso afirmativamente, explicando que tenía más tiempo para leer y distraerse. Kipps le preguntó si pensaba ir al

extranjero, y ella repuso que era posible que fueran a Knocke o a Brujas por irnos días.

Hubo una pausa y Kipps sintió que su alma se rebelaba en su interior. Quería decirle que dejaba la tienda y que no volvería a verla, pero no encontró palabras adecuadas. Los segundos pasaban veloces. La empleada entregaba ya el cambio a *Mrs. Walshingham*.

—Bueno, adiós —dijo Helen tendiéndole la mano de nuevo.

Se volvió hacia su madre y Kipps hizo una inclinación. Ya era demasiado tarde... ¡Demasiado tarde! No podía hablar delante de su madre. Todo se había perdido y no le quedaba sino mostrarse cortés. Se precipitó hacia la puerta y permaneció allí mientras ella salía sonriéndole, sin poder adivinar la lucha que se desarrollaba en su interior. Sonreía como una diosa satisfecha, que viera elevarse hacia ella el humo del incienso. *Mrs. Walshingham* se inclinó también, con un leve titubeo.

Kipps se quedó unos instantes manteniendo la puerta abierta después que las dos mujeres hubieron salido, y en seguida se dirigió al escaparate para verlas avanzar por la calle. *Mrs. Walshingham* parecía estar haciendo preguntas y la actitud de Helen daba a entender que contestaba con la soltura y naturalidad de quien considera el mundo como un lugar satisfactorio para vivir.

—Vamos, mamá. No podía fingir que no conocía a uno de mis propios alumnos... —Estaba diciendo en aquel momento.

Un instante después habían doblado la esquina, desapareciendo de la vista de Kipps.

Y nunca más volvería a verla... ¡Nunca!

Sintió como si le hubieran dado un latigazo en el corazón. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Y ella no lo sabía! Se apartó del escaparate y comprobó que el mundo en general, y la tienda con todos sus empleados, se le habían hecho de pronto insoportables.

Titubeó y se dirigió rápidamente escalera abajo al sótano que hacía de almacén. Rogers le hizo una pregunta, pero fingió no haberla oído.

El local estaba tenuemente iluminado por una pequeña luz de gas. Kipps no se acercó a ésta. Se dirigió al rincón más oscuro, donde, en el estante inferior, se hallaban guardados los tíquets de venta para colocar en los escaparates. Sacó con manos temblorosas la caja que los contenía y la volcó sobre el suelo. De aquel modo,

habiendo hallado una excusa para poder estar inclinado con la cabeza en la oscuridad, logró que su pobre corazón se desahogara.

Allí permaneció hasta que oyó que le llamaban a gritos. Entonces se dispuso una vez más a enfrentarse con el mundo.

CAPÍTULO VI

LO INESPERADO

1

Aquel mismo día, después de la comida y antes de que acudieran los compradores de la tarde, Chitterlow fue a buscar a Kipps para hablarle de una asombrosa coincidencia. No entró directamente preguntando por Kipps, sino que asumió una actitud misteriosa. Cuando Kipps le vio por primera vez, tuvo la impresión de que se trataba de un objeto oscuro que se movía cautelosamente al otro lado del escaparate. Chitterlow estaba inclinándose y alargando el cuello, intentando escudriñar el interior de la tienda por entre una abundante profusión de medias y calcetines que se exhibían detrás de los cristales. Después transfirió su atención a la puerta, y, tras un escrutinio similar, pasó al escaparate de ropa de niño. Todos sus gestos y movimientos revelaban que se hallaba consumido por el nerviosismo y la excitación.

Visto a la luz del día, Chitterlow no hacía tan magnífica figura como a la luz nocturna y cubierto por el oropel de sus propias interpretaciones. Sus facciones y su porte exterior eran los mismos, pero su contextura había cambiado. Su gorra característica no había sido cepillada desde hacía mucho tiempo, y su chaqueta brillaba por el uso. Su cabello rojo y su perfil, aunque todavía atractivos, no recordaban ya a Miguel Ángel y se limitaban a darle un aspecto pintoresco. No obstante, y a pesar de todo esto, los ojos que escudriñaban el interior del local por entre las prendas de niño del escaparate, no habían perdido nada de su fulgor.

Kipps no deseaba en modo alguno encontrarse de nuevo con Chitterlow, y si hubiera estado seguro de que éste no iba a entrar en la tienda, se hubiera escondido en el sótano hasta que hubiese pasado el peligro. Pero como no tenía idea de hasta dónde llegaría

su amigo, decidió esperar a que éste se personara ante el escaparate contiguo a su departamento y entonces salir al exterior (como para inspeccionar las mercancías expuestas) y explicarle que era imposible una entrevista en aquel momento. Le diría que había perdido su empleo...

—Hola, Chitterlow —dijo apareciendo a su lado.

—Es usted precisamente el hombre que buscaba —repuso su amigo sacudiéndole la mano con fuerza—. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veintidós —repuso Kipps—. ¿Por qué?

—Ésta es la más asombrosa de las coincidencias. ¿Y su nombre de pila es...? ¡Un momento! —añadió indicándole con la mano que no contestara—. ¿Se llama usted por casualidad Arthur?

—Sí.

—¡Usted es! —afirmó Chitterlow.

—¿Quién soy yo?

—Es la coincidencia más asombrosa con que he tropezado en mi vida —repitió Chitterlow, metiéndose la mano en el bolsillo de la chaqueta—. ¡Ahora voy a decirle el nombre de pila de su madre!

Se echó a reír y comenzó a buscar en sus innumerables bolsillos. Sacó primero un cuaderno y dos lápices que cambió de sitio, después la mitad de un cigarro, un trozo de caucho de una rueda de bicicleta, unas monedas, un bolsito de mujer y por último una cartera. De ésta, después de dejar caer y recuperar de nuevo varias tarjetas de visita, extrajo un trozo de periódico.

—Eufemia —leyó, acercando su cara a la de Kipps—. ¿Qué le parece? —Se echó a reír ruidosamente—. Es demasiado fantástico para ser real. No me diga que no se llamaba Eufemia, Kipps, porque entonces todo se estropearía.

—¿Que quién no se llama Eufemia...? —preguntó Kipps.

—Su madre.

—Déjeme ver lo que dice ese papel.

Chitterlow le tendió el recorte sin dejar de reír, y Kipps comenzó a leer.

«WADDY o KIPPS. Si Arthur Waddy, o Arthur Kipps, hijo de Margaret Eufemia Kipps, que...».

El dedo de Chitterlow recorrió las líneas impresas.

—Yo aproveché todos los nombres para ponerlos en mi obra

porque no creo en los nombres inventados, como le dije anoche. En eso pienso igual que Zola. Me gusta que los nombres de mis personajes sean reales. ¿Comprende? Y dígame: ¿quién era Waddy?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—¿No oyó nunca el nombre de Waddy?

—¡No!

Kipps intentó seguir leyendo y abandonó su propósito.

—¿Qué significa todo esto? No lo entiendo.

—Significa por lo que yo he podido colegir —dijo Chitterlow explicando por una vez las cosas con claridad—, que va usted a ser rico. No se preocupe por lo de Waddy... Eso no es más que un detalle. ¿Qué significan siempre estas cosas? Pronto se enterará de algo concerniente a usted, que le hará rico. Por pura casualidad elegí ese periódico para sacar los nombres de mi obra. Y en cuanto lo vi esta mañana y lo leí de nuevo, supe que se trataba de usted. Yo creo en las coincidencias, aunque la gente diga que éstas no ocurren en la vida. Yo aseguro que sí que ocurren. Todo es una coincidencia. ¡Ésta es una de ellas, por ejemplo! ¿Increíble? ¡En absoluto! ¡Se trata de usted! ¡Kipps! Mi obra trae suerte. ¡Créame! Y no se preocupe por lo de Waddy.

—¿Eh? —dijo Kipps completamente aturdido.

—Es usted un hombre afortunado —prosiguió Chitterlow—. ¡No se preocupe por lo de Waddy! ¡Está tan claro como la luz! ¡No se quede ahí mirándome, hombre! Lea ese papel si no me cree. ¡Léalo! —añadió agitando el recorte ante las narices de Kipps.

Éste advirtió entonces que uno de los aprendices les observaba desde el interior de la tienda, y el comprobar que estaba inspirando su curiosidad, le infundió confianza en sí mismo.

«... que nació en East Grinstead...».

—Sí, yo nací allí... He oído muchas veces contar a mi tía...

—Estaba seguro —dijo Chitterlow cogiendo uno de los extremos del recorte y acercando su cara a la de Kipps.

«... el primero de setiembre de 1878...».

—Todo coincide —dijo Chitterlow—. Ahora lo único que tiene que hacer es escribir a Watson y Bean y recibirlo.

—¿Recibir qué?

—Lo que sea.

Kipps se llevó la mano al bigote.

—¿Usted escribiría si estuviera en mi lugar?

—¡Ya lo creo!

—Pero ¿de qué puede tratarse?

—Eso es lo mejor de todo —dijo Chitterlow iniciando de puro gozo unos pasos de danza—. ¡Eso es lo mejor de todo! ¡Puede tratarse de cualquier cosa! ¡Quizás hasta de un millón! Y si es así, no se olvidará usted de su amigo Harry, ¿verdad?

—Pero... —reflexionó Kipps— si usted estuviera en mi lugar, ¿qué cree que haría respecto a ese Waddy...?

Levantó la vista y vio que el aprendiz que le observaba desaparecía con asombrosa rapidez en el interior de la tienda.

—¿Qué? —preguntó Chitterlow.

Pero su pregunta no llegó a recibir respuesta.

—¡Ahí está el jefe! —dijo Kipps precipitándose hacia la puerta.

En el interior vio que Sharford estaba en su departamento y preguntaba por él.

—Hola, Kipps —dijo—. ¿Qué hace afuera?

—Estaba comprobando el orden del escaparate, señor.

—¡Hum! —exclamó Sharford.

Durante algún tiempo Kipps estuvo demasiado ocupado para pensar en Chitterlow o en el recorte de periódico que permanecía arrugado en el bolsillo de su pantalón. Lo que sí observó fue un movimiento inusitado en la calle. La nariz de Chitterlow se cernía interrogante sobre el primer panel de la puerta de entrada intentando adivinar el porqué de la brusca desaparición de su amigo. Pero pronto distinguió la calva reluciente de Sharford, comprendió cuál era la situación y se alejó. Entonces Kipps (con el anuncio en el bolsillo) pudo prestar atención a lo que sucedía a su alrededor y se dio cuenta de que Sharford le había hecho una pregunta.

—Sí, señor; no, señor; muy bien, señor... Mañana estará listo, señor... —aseguró al jefe.

Cuando al fin logró disponer de un momento, se situó detrás de la una pila de telas para cortinas recién llegada, sacó el periódico y volvió a leerlo. Aquello no resultaba muy claro. Ese «Arthur Waddy o Arthur Kipps», ¿implicaría a dos personas o a una sola? Lo consultaría con Pearse o Buggins, si no fuera por...

Siempre había tenido el convencimiento de que todo lo referente

a su madre debía ser mantenido en secreto.

«No contestes a ninguna pregunta sobre tu madre —le había dicho siempre su tía—. Te pregunten lo que te pregunten, tú di siempre que no sabes absolutamente nada».

¿Y ahora...? Kipps se sumió en una profunda meditación mientras se tiraba con fuerza del bigote. Hasta entonces había descrito a su padre como un granjero. «Soy huérfano de padre y madre», explicaba siempre. A todo el mundo decía que vivía con sus tíos, pero sin añadir ningún otro detalle sobre sus ocupaciones, ni decir que su tío había sido mayordomo (¡un criado!), lo que hubiera sido la más insensata de las indiscreciones. Casi todos los empleados del almacén eran igualmente vagos y reticentes al hablar de sus familias, tan grande era el miedo que sentían de verse despreciados. Si sacara a la luz aquel «Waddy o Kipps», descubriría todo lo que había querido mantener oculto. Kipps no estaba muy seguro todavía de cuál era su verdadera situación en el mundo (en realidad no estaba muy seguro de nada), pero sabía que había algo en su situación que no se veía muy claro...

¿Entonces...?

Pensó que se ahorraría preocupaciones destruyendo el recorte inmediatamente.

¡Y en ese caso tendría que vérselas con Chitterlow!

—¡Kipps! —gritó Carshot—. ¡Kipps! ¡Aquí!

Kipps volvió a introducir el papel arrugado en su bolsillo y se dispuso a atender a la compradora que acababa de entrar.

—Quisiera... —dijo la clienta mirando a su alrededor a través de un par de gruesas gafas—, quisiera un trozo de cualquier clase de tela para tapizar un banquillo. Cualquier cosa me serviría..., un retal cualquiera.

El asunto del anuncio tuvo que esperar durante media hora, al cabo de la cual la mujer no había decidido aún cómo cubrir el banquillo, y Kipps se encontraba con una colección bastante representativa de la producción textil sobre el mostrador. Todo aquello tendría que ponerlo en orden más tarde. Estaba tan furioso que el anuncio continuó durante algún tiempo en su bolsillo, completamente olvidado.

Sentado aquella noche a la luz de gas, Kipps buscaba la palabra «Eufemia» y hallaba su significado en el libro «Respuestas para todo» que constituía toda la biblioteca de Buggins. Kipps esperaba que éste, según su costumbre, le preguntara qué era lo que estaba buscando. Pero Buggins estaba ocupado con la ropa que tenía que mandar al lavado aquella semana.

—Dos cuellos... Dos pares de calcetines... Debe de haber otro cuello por algún lado.

—Eufemia —dijo Kipps por fin, incapaz de guardar para sí una sospecha que había cruzado por su mente... ¿pertenería a una familia de abolengo?—. Eufemia no es un nombre que se daría a una niña de clase baja, ¿verdad?

—Es un nombre que no se daría a una niña de ninguna clase, ni alta ni baja —declaró Buggins.

—¿Por qué?

—El darles nombres como ése es la causa, en la mayoría de los casos, de que vayan por mal camino. Les hace sentir inquietudes. Si yo tuviera una hija, o si tuviera una docena de hijas, a todas las llamaría Juana. A todas. No hay un nombre mejor que ése. ¡Eufemia...! ¿Hasta dónde hemos llegado? Eh, oye, eso que está debajo de tu cama, ¿no es uno de mis cuellos?

Kipps se lo alcanzó.

—No veo que Eufemia tenga nada de malo —dijo tendiéndoselo.

Después de aquello fue sintiéndose más y más inquieto e intranquilo y musitó una o dos veces como hablando consigo mismo, pero con voz lo suficientemente alta para que le oyera Buggins, que estaba tentado de escribir la carta después de todo. Pero su compañero seguía absorto en la lista de su ropa y no le hizo ningún caso.

Kipps cogió entonces su tintero, pidió a Buggins una pluma prestada y, sin tropezar con excesivas dificultades en la ortografía o redacción, escribió la carta.

Una hora después, nervioso y ligeramente pálido, volvía al dormitorio.

—¿Dónde has estado? —preguntó Buggins, que ahora estaba leyendo el *Daily World Manager*, como le correspondía hacer, después de Carshot, en turno riguroso.

—He salido a echar unas cartas —respondió Kipps colgando el sombrero.

—¿Pidiendo empleo?

—La mayor parte, sí —declaró Kipps—. Naturalmente —añadió con una risa nerviosa—. ¿Para qué otra cosa iba a escribir?

Buggins siguió leyendo. Kipps se sentó sobre la cama y, pensativo, contempló durante algún tiempo el reverso del *Daily World Manager*.

—Buggins... —dijo por fin.

Su compañero inclinó el periódico y le miró a la expectativa.

—Oye, Buggins: ¿qué quieren decir estos anuncios diciendo que fulano de tal recibirá noticias sobre algo que le interesa?

—Se refieren a personas desaparecidas —repuso Buggins, disponiéndose a reanudar su lectura.

—¿Es para comunicarles que les han dejado dinero o algo así? —preguntó Kipps.

—En la mayoría de los casos se trata de deudas —contestó Buggins moviendo la cabeza.

—Pero eso no es «algo que les interesa».

—Ponen eso para atraerlos. Y a menudo también se trata de mujeres.

—¿Cómo?

—De mujeres a quien han abandonado sus maridos. Intentan localizarles de este modo.

—Supongo que algunas veces también se tratará de algún legado, ¿no crees? Si alguien legara a algún desconocido cien libras, por ejemplo...

—Pocas veces se trata de eso —dijo Buggins.

—Entonces... —comenzó a decir Kipps, deteniéndose en seguida con cierta vacilación.

Buggins siguió leyendo. Estaba profundamente interesado en cierto artículo sobre la India.

—¡Qué barbaridad! ¡Sería un disparate conceder el voto a esos negros!

—No hay miedo de que lo hagan —dijo Kipps.

—Son completamente distintos a nosotros —prosiguió Buggins—. No tienen el sentido común de los ingleses, ni tampoco nuestra fuerza de voluntad. Están acostumbrados a hacer cosas de las que un inglés no tiene la menor idea, cosas que no son honradas, como falsos testimonios y todo eso. Sé lo que me digo.

Kipps, y te aseguro que tienen toda clase de testigos de alquiler. Es un negocio como otro cualquiera. Cuando entran en la sala de audiencia, se tocan el sombrero para darse a conocer. Los ingleses no tienen la menor idea de todo esto. Ellos lo llevan en la sangre. Los indios, quiero decir. Son demasiado tímidos para ser honrados. No están acostumbrados a ser libres como nosotros, y si les diéramos la libertad no sabrían qué hacer con ella. En cambio, nosotros... ¡Maldita sea!

El gas se había apagado de repente, por lo que Buggins no había tenido tiempo de leer la columna de noticias sociales.

Después no habló de otra cosa sino de la mezquindad de Sharford al apagar el gas tan temprano. Y después de mostrarse extremadamente sarcástico sobre su jefe, se desnudó en la oscuridad, tropezó con el pie desnudo contra una caja y después de varias exclamaciones de dolor se sumió en un silencio iracundo.

Aunque Kipps hizo desesperados esfuerzos por dormirse antes de que el recuerdo de la carta que acababa de escribir se posesionara totalmente de su imaginación, no le fue posible conseguirlo. Una y otra vez repasó todo lo ocurrido y se dijo que no podría dormirse nunca.

Ahora que sus primeros temores iban calmándose, no lograba saber si se alegraba o si lamentaba haber enviado aquella carta. Si se trata de un legado de cien libras...

¡Tenía que ser eso!

Si lo fuera podría vivir un año, incluso dos, sin preocuparse por conseguir un empleo.

¡Aunque sólo fueran cincuenta libras...!

Buggins respiraba con regularidad cuando Kipps habló de nuevo.

—Buggins...

Su amigo fingió dormir y convirtió su respiración en ronquidos.

—Oye, Buggins... —insistió Kipps, después de una pausa.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Buggins no muy amablemente.

—Supón que descubrieras un anuncio a tu nombre en el periódico pidiéndote que fueras a ver a alguien para recibir noticias de interés... ¿Qué...?

—Esconderme —interrumpió Buggins.

—Pero...

—Yo me escondería.

—¿Eh?

—Buenas noches —dijo Buggins en tono concluyente.

Kipps permaneció inmóvil largo rato, después suspiró profundamente, se volvió y contempló la oscuridad.

¡Había sido un idiota enviando la carta!

¡Un verdadero idiota!

3

Cinco días después de la noche en que se apagó la luz, cuando Buggins estaba leyendo el periódico, un joven de rostro muy pálido y ojos brillantes y abiertos surgió de una calleja lateral frente al Leas. Iba vestido con sus mejores ropas, y aunque hacía un tiempo muy hermoso, llevaba paraguas como si hubiera ido a la iglesia. Titubeó y se volvió hacia la derecha. Escudriñó cada una de las casas al pasar junto a ellas y por fin se detuvo bruscamente. A la entrada de la casa ante la cual se había detenido, se leía la palabra «Hughenden» escrita con grandes caracteres negros. Era una casa grande y decorativa cuya terraza estaba pintada de color verde mar, con adornos blancos. El joven permaneció inmóvil contemplándola.

—¡Caray! —exclamó al fin en el colmo del pasma.

Todas las ventanas del piso bajo tenían cortinas de color rojo. En la de la sala se veía una espléndida planta tropical subiendo de un artístico búcaro. También había un llamador de bronce y dos timbres..., uno de los cuales tenía escrita encima la palabra «Servicio».

—Servicio, ¿eh?

El joven pasó junto a la casa con objeto de examinarla, dio media vuelta y retrocedió. Volvió a titubear y por último se retiró

unos pasos, se sentó en un banco, pasó el brazo por el respaldo y se sumió en la contemplación de «Hughenden», mientras silbaba inclinando la cabeza a la derecha y a la izquierda. Después guardó silencio y miró al edificio con fijeza.

Un caballero muy grueso de rostro congestionado y ojos protuberantes se sentó junto a Kipps, se quitó el sombrero, se pasó el pañuelo por la frente y suspiró. Luego se puso a limpiar el interior del sombrero. Kipps le contempló durante algún tiempo preguntándose cuál podría ser su renta anual y dónde habría comprado aquel sombrero, pero pronto el imán de «Hughenden» volvió a atraerle por encima de todo lo demás.

Una fuerza desconocida le impulsó a hablar.

—Caballero... —dijo inclinándose hacia su compañero de banco, que dio un respingo y se le quedó mirando lleno de asombro.

—¿Qué decía usted? —preguntó.

—Nadie diría que esa casa me pertenece —dijo Kipps señalando con el dedo índice.

El desconocido hizo girar su cuello para contemplar a «Hughenden». Después miró a Kipps, observó su ropa raída y dio un resoplido por toda respuesta.

—Pues es mi casa —dijo Kipps con bastante menos aplomo.

—¡No sea imbécil! —contestó el desconocido poniéndose el sombrero y limpiándose los ojos con el pañuelo—. Ya hace bastante calor, sin necesidad de oír y decir tonterías.

Kipps paseó la mirada de aquel hombre a la casa y de la casa a aquel hombre. El caballero grueso le miró a su vez, dio un gruñido, fijó la vista en el mar y, volviendo a gruñir despreciativamente, miró una vez más a Kipps.

—¿Quiere insinuar que no me pertenece? —preguntó éste.

El desconocido se limitó a contemplar la casa en cuestión por encima del hombro y después fingió ignorar la existencia de Kipps.

—Me ha sido legada esta misma mañana —explicó el joven—; además, no es la única.

—¡Oh! —exclamó el caballero grueso y acalorado, con acento de impaciencia. Parecía esperar que de un momento a otro cualquiera de los que pasaban por la calle le desembarazara de la fastidiosa compañía de Kipps.

—Lo que le he dicho es cierto —insistió éste. Y durante un breve

intervalo guardó silencio mientras seguía contemplando la casa—. Tengo... —prosiguió. Pero volvió a interrumpirse—. Es inútil que se lo diga, si no me cree.

Su compañero de banco, después de luchar consigo mismo, decidió que hacía demasiado calor para sufrir un ataque apoplético.

—Intente burlarse de mí y haré que le encierren —jadeó—. Conozco su juego.

—¿Qué juego?

—Mire, no he nacido ayer. Y además... —añadió con desdén—, no hay más que mirarle para comprender que está mintiendo. Ni usted ni ninguno como usted puede engañarme. —Se interrumpió al sufrir un golpe de tos y fijó la vista en el horizonte.

Kipps miró dubitativamente a la casa, volvió después la vista al viejo y una vez más a la casa. Comprendió entonces que la conversación había llegado a su fin.

Por último se puso en pie y avanzó por encima del césped hasta llegar al portal. Allí su boca formuló la palabra mágica «Hughenden». ¡Era cierto! Miró por encima del hombro como si sintiera deseos de convencer a aquel desconocido, pero decidió que era mejor no intentarlo. Giró sobre sus talones y se alejó. Evidentemente, aquel caballero no deseaba atender a razones.

Permaneció durante un momento inmóvil a cierta distancia de la casa, como si una cuerda invisible tirara de él hacia atrás. Después siguió andando y cuando ya no le fue posible ver la casa desde la acera, saltó al centro de la calle. Por fin, haciendo un gran esfuerzo, consiguió sobreponerse y siguió adelante.

Avanzó por una silenciosa calle lateral y allí se desabrochó la chaqueta con ademán furtivo. Extrajo de un sobre tres billetes de Banco, los contempló y volvió a guardarlos. Luego sacó cinco soberanos del bolsillo del pantalón y los examinó. Era evidente que su exacta semejanza con el retrato de su madre muerta había inspirado una confianza total a los señores Watson y Bean.

Era cierto.

Era realmente cierto.

Volvió a guardar las monedas cuidadosamente y siguió su camino con repentina prisa. Era cierto. Se había convertido en un hombre rico. Avanzó por una calle, dio una vuelta a una esquina, recorrió otra calle, echó a andar en dirección al Pabellón y por

último cambió de parecer y de rumbo, decidido a volver al almacén y contárselo todo a sus compañeros.

De pronto vio a alguien que cruzaba la calle junto a él. Era Chitterlow. Y Chitterlow había sido el que primero le habló del asunto. El escritor avanzaba por la calle, pletórico de energía. Iba mirando al cielo, llevaba la gorra ladeada y sostenía en la mano dos novelas pertenecientes a la biblioteca pública, uno de los periódicos de la mañana, un sombrero nuevo y una bolsa de malla llena de cebollas y tomates...

Cuando Kipps se decidió a ir hacia él para revelarle el asombroso cambio que había tenido lugar en el Orden del Universo, su amigo dobló una esquina y desapareció.

Kipps emitió un débil grito, movió el paraguas y echó a correr hacia el lugar por donde le había visto desaparecer. Alcanzó la esquina, pero Chitterlow no estaba allí; corrió hacia la siguiente y tampoco vio rastro alguno de él; volvió para atrás y buscó con los ojos otra posible salida. Se llevó la mano a la boca y permaneció unos instantes mirando aturdido a su alrededor. Pero todo fue inútil y no consiguió encontrar a su amigo.

Pero el haberle visto siquiera un momento sirvió para poner cierto orden en sus ideas, ligando el pasado con el presente. Y ello era precisamente lo que Kipps necesitaba...

De pronto experimentó un profundo deseo de contar a todos sus compañeros de almacén lo que le había sucedido. Era lo primero que quería hacer. Tenía la sensación de que si explicara el asunto éste cobraría una mayor realidad. Agarró el paraguas por el centro y echó a andar rápidamente.

Entró en la tienda por la puerta de su departamento (a través de cuyo panel había contemplado con aprensión la nariz de Chitterlow pocos días antes) y descubrió al segundo aprendiz en conversación con Pearce. Éste se estaba hurgando una muela con un alfiler, mientras hablaba de las características de Buen Estilo.

Kipps se acercó a ellos por el otro lado del mostrador.

—Escuchad, ¿sabéis lo que ha pasado? —les dijo.

—¿Qué? —preguntó Pearce manipulando con el alfiler.

—A ver si lo adivinas.

—Te has escapado, porque el jefe está en Londres.

—Algo más.

—¿Qué?

—He heredado una fortuna.

—¡Vamos, anda!

—Te aseguro que es cierto.

—¡Largo de aquí con ese cuento!

—Es la pura verdad. He heredado mil doscientas libras... ¡Mil doscientas libras al año!

Se dirigió hacia la puerta que comunicaba el departamento con la nave central, dejando a Pearce boquiabierto y con el alfiler en el aire.

—¡No! —exclamó por último.

—Como te lo digo —repitió Kipps—. Y me marchó.

Y al atravesar la puerta mirando para atrás, tropezó en el felpudo y dio con la cabeza en el suelo.

4

Sucedió que *Mr. Sharford* estaba entonces en Londres comprando material y entrevistándose sin duda con varios aspirantes al puesto de Kipps.

Por lo tanto, no había nada que pudiera hacer callar los rumores, que iban haciéndose cada vez más fuertes, de extremo a extremo de la tienda. Todos los miembros masculinos del personal empezaban sus conversaciones con la misma frase:

—¿Te has enterado de lo de Kipps?

La nueva cajera lo había sabido por *Pearse* y se había precipitado al departamento de modas femeninas para ser la primera en dar la noticia. Kipps había heredado mil doscientas libras... ¡Mil doscientas libras al año! Kipps había heredado un millón doscientas mil libras. Esta cifra podía o no ser exacta, pero los factores esenciales sí lo eran. Kipps había subido a su cuarto. Kipps estaba haciendo la maleta. Kipps había dicho que no se quedaría allí ni un día más, aunque le dieran mil libras. Se rumoreaba que estaba diciendo todo lo que opinaba sobre el viejo *Sharford*.

¡Había bajado de su cuarto! ¡Entraba en el departamento de contabilidad! Hubo un movimiento general de todos los empleados en aquella dirección... (El pobre Buggins, que estaba atendiendo a un parroquiano, no podía comprender a qué demonios se debía aquel inusitado movimiento).

Los empleados corrían de un lado para otro y por todas partes se oía repetir mil veces el nombre de Kipps. La campana llamando a comer pasó inadvertida. El almacén entero estaba sumido en una fiebre de excitación y todos, con los ojos brillantes, deseaban encontrar a alguien que no supiera nada para ser el primero en darle la noticia.

—¡Kipps ha heredado treinta..., cuarenta..., cincuenta mil libras!

—¿Qué? —exclamó el portero, corriendo hacia el departamento de contabilidad como si Kipps se hubiera roto la cabeza.

«Uno de nuestros compañeros acaba de heredar sesenta mil libras», explicó un empleado a su compra dora, para excusarse por haberla abandonado bruscamente.

—¿De repente? —preguntó la compradora.

—Si alguien se merece este golpe de suerte, es, desde luego, *Mr. Kipps* —dijo *Miss Mergle* corriendo en dirección al departamento de contabilidad.

Allí estaba Kipps recibiendo las felicitaciones de todos. Tenía el cabello en desorden y sujetaba toda vía el sombrero y el paraguas con la mano izquierda. La derecha pertenecía por el momento a sus compañeros que rivalizaban en estrecharla. (Mientras tanto la campana seguía llamando a todos a comer, pero nadie parecía oírla siquiera).

—¡Vaya con el bueno de Kipps! —exclamó *Pearce* sacudiéndole la mano—. ¡Vaya con el bueno de Kipps!

Booch, que se frotaba las manos, preguntó a Kipps si se encontraba bien.

—Todos le felicitamos —dijo *Miss Mergle*.

—¡Santo Dios! —exclamó una empleada nueva de la sección de guantes—. ¡Mil doscientas libras al año...! ¡Qué atrocidad! ¿Y no piensa usted casarse por ahora?

—Tres libras, cinco chelines y nueve peniques al día —dijo *Mr. Booch* sumido en profundos cálculos mentales.

Todos repetían que se alegraban de que fuera Kipps el agraciado, excepto el primer empleado, que, por ser hijo único de madre viuda, estaba acostumbrado a ser siempre el centro de toda la atención y a que en casa su palabra fuera ley. Una envidia insoportable le atenazaba el corazón. Todos los demás se alegraban honradamente, se alegraban incluso más que el propio Kipps, porque no estaban tan aturdidos como él...

El agraciado de la diosa fortuna bajó a comer emitiendo frases fragmentarias e inconexas.

—Nunca me imaginé nada parecido... Cuando ese Bean me lo dijo creí que iba a desmayarme... Me dijo: «Le han dejado en herencia una cantidad de dinero...». Aun entonces me imaginé que se trataría de unas cien libras o algo por el estilo...

Cuando todos se hubieron sentado a comer, el orden quedó restablecido, hasta cierto punto. El ama de llaves le felicitó mientras cortaba la carne, y la criada parecía encontrar el rostro de Kipps tan fascinante que a cada momento amenazaba con volcar los platos encima de los comensales. Todos estaban contentos y tenían más apetito que nunca (excepto el primer empleado), y el ama de llaves repartió la carne con desacostumbrada liberalidad.

—Si alguien se merecía una cosa así... (pásame la sal, por favor), es, desde luego, *Mr. Kipps* —dijo *Miss Mergle*.

El tumulto perdió volumen cuando Carshat dirigió la palabra a Kipps desde el otro extremo de la mesa.

—Te convertirás en uno de los elegantes, Kipps —dijo—. Ni tú mismo vas a reconocerte.

—Será un verdadero caballero —añadió *Miss Mergle*.

—Muchas familias de la más alta alcurnia cuentan con mucho menos que usted —opinó el ama de llaves.

—Supongo que irás a Londres —dijo *Pearce*—. Te convertirás en un soltero de moda y te veremos paseando por Burlington Arcade con un manojo de violetas en la solapa.

—Tendrás un piso en el West End. Y serás socio de uno de los clubs más elegantes.

—Tengo entendido que es muy difícil ser admitido como socio de esos clubs —objetó Kipps sin dejar de comer.

—No lo creas. Para el dinero no hay obstáculos —sentenció *Pearce*.

—Hoy día, con dinero se consigue todo, *Mr. Kipps* —declaró una empleada de la sección de ropa interior femenina, que había adquirido un punto de vista cínico sobre la sociedad moderna leyendo las opiniones de Marie Corelli.

Pero Carshot se mostró netamente británico.

—Si yo fuera *Kipps* —dijo, haciendo una pausa momentánea para llevarse el tenedor a la boca—, me iría al Canadá a cazar osos.

—Yo me iría a Boulogne —manifestó Pearce—. Por la Pascua pienso hacerlo por mi cuenta, de todas formas. Es un proyecto que tengo hace mucho tiempo.

—Vaya a Irlanda, *Mr. Kipps* —aconsejó Biddy Murphy, que trabajaba en el taller de costura—. Vaya a Irlanda, el país más hermoso del mundo. Allí se puede pescar y cazar y todo está lleno de chicas bonitas. ¡Los lagos de Killamey son dignos de verse, *Mr. Kipps*! —concluyó elevando los ojos al cielo y haciendo un chasquido con los labios para expresar su entusiasmo.

Y de pronto se les ocurrió una gran idea. Fue Pearce quien la formuló:

—*Kipps*, debes invitarnos a todos a champaña.

—¡Magnífico! —exclamó *Kipps* riendo.

El resto fue fácil. Todo se redujo a una cuestión de detalle y a enviar un voluntario en busca de las botellas.

—¡Aquí viene! —exclamaron cuando el aprendiz apareció de vuelta por la escalera.

—¿Y la tienda? —preguntó alguien.

—¡Al diablo la tienda! —exclamó Carshot pidiendo con ademanes un sacacorchos y algo con que cortar los alambres.

Pearce tenía una navaja con sacacorchos en el bolsillo. (¡Con qué ojos hubiera contemplado Sharford las botellas envueltas en papel dorado, si hubiera podido coger el primer tren!). Los corchos saltaron disparados hacia el techo produciendo simultáneos estampidos y haciendo que la espuma se desbordara.

Kipps se vio entonces rodeado de todos sus compañeros y escuchó cómo exclamaban solemnemente: «¡*Kipps*!» con los cubiletes en la mano.

—Esto no se puede beber en vaso —había dicho Carshot—. No es como si fuera vino o jerez. Esto alegre, pero no emborracha. Apenas es más fuerte que la limonada. Hay gente que lo toma todos

los días en las comidas.

—¿Cómo? ¿Estando, como está, a tres chelines y tres peniques la botella...? —preguntó incrédula el ama de llaves.

—A esa gente no le importa el precio.

El ama de llaves hizo un gesto con los labios y movió la cabeza.

Cuando Kipps vio que todos brindaban por él de aquel modo, sintió tan extraña sensación en la garganta, que por un momento creyó que iba a echarse a llorar.

—¡Por Kipps! —repetían una y otra vez.

Kipps pensó que eran muy buenos y que era una lástima que no todos hubieran tenido la misma suerte.

Sin envidia y con naturalidad, todos sus compañeros le felicitaban y se alegraban con él de la suerte que había tenido.

Los sucesos ulteriores fueron muy diversos. Carshot, por ejemplo, ocupado en despachar unos metros de cretona y queriendo hacerse más sitio en el mostrador para poder medir la tela con comodidad, apartó un montón de piezas con fuerza no muy bien calculada, por lo que cayeron con estrépito, parte sobre el suelo y parte sobre los pies del primer empleado, todavía taciturno y malhumorado. Buggins, por su parte, se paseó por toda la tienda exhibiendo una sombrilla nueva que mantenía en equilibrio sobre un dedo. Se dedicó además a detener a cada uno de los compañeros que pasaban por su lado y a dirigirles una mirada penetrante.

—La nueva sombrilla tiene una línea muy atractiva —les decía. Y añadía, tras una pausa adecuada—: Uno de nuestros compañeros ha heredado una renta de mil doscientas libras al año. Muy atractivo también. ¿No desea nada más por hoy? ¿No?

Y a continuación mantenía abierta la puerta para que pasaran, balanceando elegantemente la sombrilla con la mano izquierda...

El segundo aprendiz, que servía una tela barata a un cliente, contestó cuando éste le preguntó si era fuerte:

—¡Oh, no! ¿Fuerte? Es menos fuerte que la limonada...

El encargado de hacer paquetes decidió batir el récord y recuperar el tiempo perdido, y como consecuencia *Mr. Swaffenham*, de la Sandgate Riviera, que estaba invitado a cenar aquella noche a las siete, recibió a las seis y media, en lugar de la camisa de seda que necesitaba urgentemente, un corsé adaptable especialmente para personas con tendencia al *embonpoint*. Un paquete de ropa

interior de verano escogida por la mayor de las señoritas Walder Shawe, fue distribuido en forma de adiciones gratuitas entre otros paquetes de naturaleza menos íntima, y una caja de sombreros que había sido adquirida por *Lady Pam Short*, se vio enriquecida con la presencia de la gorra del niño que ayudaba a hacer los paquetes...

Todas estas cosas sin importancia revelan de forma elocuente la generosa alegría que sentía el establecimiento en pleno por el extraordinario y repentino enriquecimiento de *Mr. Kipps*.

5

El coche que hace el recorrido entre Nueva Romney y Folkestone está pintado de rojo y tiene anuncios a ambos lados. Es un coche lento y majestuoso. Aun de joven debió de ser lento y majestuoso. Por debajo tiene una especie de maletero sostenido entre ambas ruedas, y en verano se puede bajar la capota. Detrás de los caballos tiene en primer lugar un asiento para el cochero y otra persona, por encima hay otro asiento y encima de éste, si la memoria no me engaña, hay un tercer asiento. El coche hace ese recorrido en ciertos días, y otros días no lo hace. Es necesario averiguar cuándo lo hace. Éste es el único medio de llegar a Nueva Romney y seguirá siéndolo durante muchos años, porque la concesión del ferrocarril por la costa está en poder de la Compañía de Ferrocarriles del Sudeste y, por lo tanto, la paz de aquel lugar se mantiene inviolada, siendo turbada únicamente por las bicicletas de personas como Kipps y como yo. Fue aquel coche, aquel coche viejo, venerable, y por la gracia de Dios inmortal, el que descendió la cuesta de Folkestone, atravesó Sandgate y Hythe y salió a los espacios abiertos llevando consigo a Kipps y su fortuna.

Imáginate allí, lector. Estaba sentado en el asiento más alto, justamente encima del cochero. La cabeza le daba vueltas y más vueltas por efecto del champaña y también al pensar en su maravilloso golpe de suerte. El corazón parecía a punto de saltársele del pecho y el rostro que elevaba al cielo estaba transfigurado. No decía ni una palabra, pero, de vez en cuando, al

recordar algún detalle se echaba a reír. Parecía rebosante de risas, de risas independientes de su voluntad, que surgían de su interior como burbujas en una copa de vino... Tenía un banjo en la mano y de vez en cuando lo hacía descansar en sus rodillas como un cetro. Siempre había deseado tener un banjo, de modo que se había comprado uno mientras esperaba la llegada del coche.

A su lado se sentaba una criadita joven que chupaba un caramelo de menta, y un niño que evidentemente sentía una gran curiosidad cada vez que Kipps se echaba a reír. Junto al cochero había dos jóvenes que no cesaban de hablar. Allí iba Kipps, sin que nadie pudiera imaginar que disfrutaba de una renta de mil doscientas libras al año... Allí iba Kipps, a no ser por el banjo, disfrazado de hombre vulgar. Uno de los jóvenes que se sentaban junto al cochero, miraba a Kipps y a su banjo, especialmente a éste, como si les considerara un misterioso enigma. Muchos reyes han entrado en sus ciudades sin sentirse tan graciosamente triunfantes como se sentía Kipps.

Las sombras se alargaban a su paso y las caras de los viajeros se hacían doradas según iban acercándose al Oeste. El sol se ocultó antes de que dejaran atrás Dymchurch, y cuando entraron en Nueva Romney pasando junto al molino, se había hecho casi de noche.

El cochero bajó el banjo y la maleta. Cuando le hubo pagado, Kipps le indicó que se quedara con el cambio, como hacen los verdaderos caballeros. Después dio la vuelta y tropezó con el viejo Kipps, a quien el sonido del coche al detenerse había hecho salir a la puerta de la tienda en un estado de ánimo agresivo y con la boca llena de comida.

—Hola, tío. No le había visto —dijo Kipps.

—Siempre serás un atolondrado. ¿Qué te trae por aquí? ¿Han cerrado el almacén?

—Tengo que darle una noticia, tío —contestó Kipps dejando caer la maleta.

—No habrás perdido el empleo, ¿verdad? ¿Qué es eso que tienes en la mano? ¡Un banjo! ¿Estás loco? ¡Gastarse el dinero en un banjo! Y no dejes aquí la maleta estorbando el paso a todo el mundo. No he visto nunca un chico como tú. ¡Molly! ¡Ven aquí! ¿Y por qué has traído la maleta? En serio, no habrás perdido el empleo, ¿verdad?

—Ha ocurrido algo importante —dijo Kipps con el ánimo un poco encogido ante aquel recibimiento—. No es nada malo, tío. Se lo explicaré en seguida.

El viejo Kipps cogió el banjo mientras su sobrino levantaba la maleta del suelo. Entonces se abrió la puerta del cuarto de estar, mostrando una mesa preparada con sencillez para la cena. En el umbral apareció *Mrs.* Kipps.

—¡Pero si es Artie! ¿Qué te trae por casa?

—Buenas noches, tía Molly —dijo Artie—. Tengo algo que decirles. He sido muy afortunado.

Pero no quería decírselo de pronto. Pasó con la maleta junto al mostrador, dejando caer al suelo unos juguetes con gran estrépito, y entró en la habitación. Depositó el equipaje en un rincón, al lado del reloj, y se volvió de nuevo hacia sus tíos. La mujer le contempló indecisa; la luz amarilla de la lámpara que se hallaba sobre la mesa, iluminaba su frente y la punta de su nariz. El viejo permanecía de pie en la puerta con el banjo en la mano, respirando ruidosamente.

—He tenido mucha suerte, tía Molly.

—No habrás estado apostando en las carreras, ¿verdad?

—Nada de eso.

—Estoy seguro de que ha ganado en el juego —dijo el viejo Kipps, que todavía no se había repuesto del encontronazo sufrido—. Mira, Molly, ha ganado este banjo y ha dejado su empleo. Eso es lo que ha dicho Y ahora se va a dedicar a ser cantante. Tiene el mismo temperamento que la pobre Pheamy. Ella tenía que hacer su santa voluntad y nadie podía oponérsele

—No habrás dejado tu empleo, ¿verdad, Artie? —dijo *Mrs.* Kipps.

Kipps aprovechó la oportunidad.

—Sí, lo he dejado. Lo he abandonado.

—¿Por qué? —preguntó su tía.

—Para aprender a tocar el banjo.

—¡Santo Dios! —exclamó el viejo Kipps, horrorizado.

—Voy a dedicarme a ir de un lado a otro tocando el banjo —repitió Kipps riendo alegremente—. Voy a pintarme la cara de negro, tía Molly, y a cantar en las playas. Voy a tener un éxito apoteósico y a ganar mucho dinero. Ya verán. Voy a ganar veintiséis mil libras con la mayor facilidad.

—Kipps —dijo su tía—, ¡este chico está borracho!

Los dos contemplaron a su sobrino a través de la mesa, con expresión preocupada, y Kipps estalló en carcajadas al ver que su tía movía la cabeza sin dejar de mirarle tristemente. Y de pronto se puso serio. No podía ocultar la noticia por más tiempo.

—No se preocupe, tía Molly. No estoy loco ni he bebido. He heredado dinero, mucho dinero. ¡He heredado veintiséis mil libras!

Pausa.

—¿Y has dejado el empleo? —preguntó el viejo Kipps.

—Sí. ¡Naturalmente!

—Y después te has comprado este banjo, te has puesto tus mejores pantalones y has venido aquí, ¿verdad?

—¡Pero, Artie!

—Éstos no son mis mejores pantalones, tía —dijo Kipps tristemente—. Hace mucho tiempo que no me he hecho un par de pantalones.

—Nunca hubiera creído que ni siquiera tú pudieras ser tan tonto —dijo el viejo Kipps.

Pausa.

—¡Pero si es verdad! —dijo Kipps un poco desconcertado ante aquella desconfianza—. Es verdad. Veintiséis mil libras y una casa.

El viejo Kipps movió solemnemente la cabeza.

—Una casa en el Leas. Hubiera podido ir a vivir allí, pero no quise hacerlo. Quería venir a decírselo a ustedes.

—¿Cómo conociste la casa?

—Ellos me dijeron cómo se llamaba.

—Hijo mío —dijo el viejo Kipps mirando a su sobrino y esbozando una mueca desdeñosa en la comisura de los labios—. Hijo mío, eres un ingenuo.

—¡Nunca lo creí de ti, Artie! —exclamó Mrs. Kipps.

—¿Pero de qué están hablando? —preguntó Kipps pasando la vista del uno a la otra.

El viejo cerró la puerta de la tienda.

—Se han burlado de ti —dijo en voz baja—. Eso es lo que te estamos dando a entender. Querrían ver cómo reaccionaba un ingenuo como tú.

—Estoy segura de que ese muchacho Quodling ha tenido algo que ver en el asunto. No me extrañaría nada, conociendo su modo

de ser.

(Porque Quodling se había convertido en el terror de Nueva Romney).

—Probablemente se trata de alguien que codiciaba tu puesto.

Kipps contempló los rostros reprobatorios de sus tíos y paseó después la mirada por la habitación que tan familiar le era, con su maleta, la silla rota y su banjo encima de la mesa. ¿Sería verdad que era rico? ¿Sería verdad que habían ocurrido aquellas cosas? ¿O se había apoderado de él una fantástica locura?

Sin embargo... Quizá cien libras...

—¡Pero si todo lo que le he dicho es verdad, tío! ¿No creerá que...? Recibí una carta.

—Falsificada.

—La contesté y fui a una oficina.

El viejo Kipps vaciló un momento, pero siguió moviendo la cabeza con escepticismo. Al recordar la entrevista con *Mr. Bean* y lo ocurrido en la tienda de Sharford, Kipps recobró la confianza.

—Tuve una entrevista con un caballero, tío, un auténtico caballero, que me explicó todo el asunto. Me dijo que su nombre era

Watson & Bean...

Al menos Bean. Dijo que era una herencia... —Kipps se metió la mano en el bolsillo del chaleco— de mi abuelo...

Al oír aquello los dos viejos dieron un respingo.

Su tío lanzó una exclamación y se dirigió a la chimenea, sobre la cual el retrato de su hermana menor sonreía feliz al mundo entero.

—Su nombre era Waddy —dijo Kipps manteniendo la mano dentro del bolsillo—, y su hijo era mi padre...

—¡Waddy...! —exclamó el viejo Kipps.

—¡Waddy...! —exclamó *Mrs. Kipps*.

—Ella nunca nos quiso decir su nombre.

Sobre los tres se cernió un largo silencio.

Kipps sacó una carta, un trozo de periódico y tres billetes de Banco y titubeó al contemplar aquellos objetos.

—¡Molly! Aquel hombre que vino a hacernos preguntas... —dijo el viejo Kipps mirando completamente aturdido a su mujer.

—Sí, aquél debió de ser —contestó *Mrs. Kipps*.

—No cabe duda.

—James —dijo *Mrs.* Kipps casi en un susurro—. Después de todo, ¡quizá... sea verdad!

—¿Cuánto has dicho? —preguntó el viejo—. ¿Cuánto dices que has heredado?

La cosa estaba resultando emocionante, aunque distinto a como Kipps se lo había imaginado. Les contestó casi con humildad y les enseñó las pruebas documentales.

—Mil doscientas libras aproximadamente, fue lo que me dijo. Mil doscientas libras al año. Escribió el testamento poco antes de morir, hará cosa de un mes. Parece que fue entonces cuando cambió de opinión. Al menos eso me dijo *Mr.* Bean. Hasta ese día no había perdonado a su hijo, que murió en Australia hace muchos años. Ya sabéis que su hijo era mi padre. Pero cuando se puso enfermo y comprendió que iba a morir, empezó a preocuparse y a echar de menos a alguien de su propia sangre. Entonces dijo a *Mr.* Bean que él había tenido la culpa de que no se casaran. Y así fue cómo se le ocurrió nombrarme su heredero...

6

Horas después, con una vela en la mano, Kipps subía por la estrecha escalera hasta la pequeña habitación del desván que había sido su refugio durante los días de su infancia y de su juventud. La cabeza le daba vueltas. Había recibido consejos, advertencias, le habían halagado y felicitado, le habían dado *whisky* y agua con limón y azúcar, y se había brindado por él con ambas cosas. Su tío le aconsejaba que se dedicara a la política, y su tía tenía, por encima de todo, una gran preocupación.

—Temo que se case con alguien que esté por debajo de él.

—Debes irte a cazar al extranjero —aconsejó el viejo Kipps.

—Tu deber es casarte con una mujer de alto rango, Artie, no lo olvides.

—Habrán muchos jóvenes ociosos que estarán más que dispuestos a hacerse amigos tuyos, para acabar pidiéndote dinero prestado. Y después, si te he visto no me acuerdo.

—He de tener mucho cuidado —dijo Kipps—. Ya me lo advirtió *Mr. Bean*.

—Y has de tener también mucho cuidado con ese Bean —dijo su tío—. Es posible que aquí en Nueva Romney estemos algo alejados del mundo, pero, no obstante, estoy enterado de que casi todos los abogados son unos trapisondistas. Sigue mi consejo y no te fíes de ese Bean, hijo mío. ¿Cómo podremos averiguar lo que está haciendo con tu dinero, en este mismo momento?

—Parecía muy honrado y respetable —dijo Kipps.

Ya en su habitación, se desnudó con lentitud sumido en sus meditaciones. ¡Veintiséis mil libras!

La preocupación de su tía había hecho que volviera a fijar la atención en ciertos asuntos que su nueva renta de mil doscientas libras al año habían borrado totalmente de su memoria. Sus pensamientos se concentraron en la clase de tallado en madera. ¡Mil doscientas libras al año! Se sentó en el borde de la cama y sus botas cayeron al suelo una detrás de otra, con ruido sordo. ¡Veintiséis mil libras! ¡Hum! Dejó caer al suelo la ropa que había llevado puesta y se metió en la cama. Después se cubrió con las mantas y apoyó la cabeza en la almohada que había sido la primera en conocer su amor por Ann Pornick. Pero no era en Ann en quien pensaba en aquel momento. Parecía estar pensando simultáneamente en todo lo que podía existir en el mundo... menos en Ann Pornick. Los acontecimientos del día pasaron y volvieron a pasar por su mente sobreexcitada. *Mr. Bean* dándole explicación tras explicación, el caballero del Banco que no había querido creerle, un penetrante olor a menta, el banjo. *Miss Mergle* diciendo que nadie mejor que él se merecía aquel golpe de suerte. *Chitterlow* desapareciendo al dar la vuelta a una esquina, la prudencia, las advertencias y los consejos de sus tíos. ¿De modo que su tía Molly temía que se casara con alguien que estuviera por debajo de él? Ella no sabía que...

Sus pensamientos se trasladaron a la clase de tallado y Kipps pudo verse a sí mismo dejando asombrados a todos al hacer un comentario con la más asombrosa naturalidad: «Acabo de heredar veintiséis mil libras...». Después declaró ante todos que siempre había amado a *Miss Walshingham*, siempre, y que por lo tanto había traído consigo las veintiséis mil libras para entregárselas allí mismo y en aquel momento. No pedía nada a cambio... No, no pedía nada

a cambio. Le entregaría el dinero en un sobre y se marcharía. Naturalmente se quedaría con el banjo..., con un regalito para cada uno de sus tíos..., tal vez con un traje nuevo..., y con una o dos cosas más que Helen no echaría de menos. Al llegar a este punto sus pensamientos cambiaron de rumbo. Podía comprarse un coche, podía adquirir uno de esos aparatos que tocan por sí mismos el piano sólo con dar a unos pedales... ¡Buggins se quedaría con la boca abierta! Fingiría que había aprendido a tocar el piano. Podía comprarse una bicicleta y un traje de ciclista...

En su cerebro se amontonaron, atropellándose unos a otros, una multitud de planes, de cosas que podía hacer y sobre todo de imágenes de objetos que podía comprar. Cuando al fin se durmió pasó a sumirse en una serie de sueños desordenados, en uno de los cuales se veía conduciendo un coche de cuatro caballos por la colina de Sandgate mientras se decía: «He de tener mucho cuidado». Vestía innumerables trajes, aunque por una razón desconocida todas las chaquetas, los chalecos y los pantalones eran distintos, con el resultado de que la gente se reía de él. El coche se desvaneció de sus sueños y los trajes le sustituyeron en el puesto de honor. Ahora llevaba pantalones de golf y un sombrero de seda. Este sueño pasó a convertirse en una pesadilla en la que se veía paseando por Folkestone con traje de escocés, con una falda que se encogía cada vez más y seguido de Sharford a quien acompañaban tres policías. «Es mi ayudante —repetía Sharford—. Se ha escapado. Le conozco bien. Decimos que son lavables, pero no lo son...». Sentía que la falda iba encogiéndose más y más y que ya le subía por las piernas. Quería tirar de ella hacia abajo, pero tenía los brazos paralizados. Lanzó un grito de desesperación. «¡Ahora!», exclamó Sharford. Se despertó sumido en un sudor frío, y descubrió que las mantas le habían caído al suelo.

Tuvo la impresión de que acababan de llamarle, de que había dormido más de lo debido y de que tenía que levantarse para ir a limpiar cristales. Después advirtió que todavía era de noche, que la luz provenía de la luna y que él no estaba ya en el almacén. Se preguntó dónde podría estar. Tenía la curiosa sensación de que el mundo había sido barrido y enrollado como una alfombra y de que se hallaba en el vacío. Entonces se preguntó si se había vuelto loco.

—¡Buggins! —exclamó.

No hubo respuesta. No oyó siquiera el ronquido que le era tan familiar. No había habitación, no había Buggins, no había nada...

Al fin la luz se hizo en su memoria. Permaneció durante un rato sentado al borde de la cama y si alguien hubiese podido verle entonces, hubiera advertido que estaba pálido y que sus ojos miraban aturdidos y fijos al vacío. Al fin, exclamó con un hilo de voz:

—¡Veintiséis mil libras!

En aquel momento aquello le parecía el peor de los desastres.

Arregló la cama y se acostó de nuevo. No podía dormir. De pronto comprendió que ya no tendría jamás la obligación de levantarse con puntualidad a las siete de la mañana, y aquel hecho resplandeció en sus pensamientos como una estrella a través de un cielo de nubes. Era libre de seguir en la cama todo el tiempo que quisiera, de levantarse cuando quisiera, de ir donde quisiera. Podía tomar huevos todas las mañanas para desayunar, o pasta de arenques... Iba a dejar asombrada a *Miss Walshingham*.

Tan asombrada como lo estaba él...

Le despertó un tordo que cantaba alegremente al amanecer. La habitación estaba inundada por los rayos del sol. «¡Escucha! — Parecía decir el tordo—. ¡Escucha! ¡Escucha! ¡Mil doscientas libras al año! ¡*Mil doscientas libras al año!* ¡Escucha! ¡Escucha!». Kipps se sentó en la cama y se restregó los ojos con los nudillos. Después saltó al suelo y comenzó a vestirse apresuradamente. No quería perder tiempo en empezar su nueva vida

SEGUNDA PARTE

MR. COOTE O EL MENTOR

CAPÍTULO PRIMERO

LAS NUEVAS CONDICIONES

1

En los acontecimientos que tuvieron lugar a continuación toma parte muy principal una influencia buena, una figura amable y refinada, *Mr.* Chester Coote. El lector debe imaginárselo a punto de penetrar en esta historia, avanzando en dirección a la biblioteca pública, seguro de sí mismo, bien portado, con una cabeza de grandes proporciones (que ejerce un perfecto control y dominio sobre su cerebro poderoso) y llevando un gran sobre blanco en la mano huesuda. En la otra mano lleva un bastón con mango dorado. Viste un traje de color gris pálido, abrochado hasta el cuello, y de vez en cuando le da un golpe de tos. Posee una nariz prominente, ojos rasgados y grises y boca bien formada que en este momento está ligeramente entreabierta. Lleva el sombrero de paja algo inclinado hacia delante, mira directamente a los ojos a las personas con quien, se cruza y aparta la vista cuando le devuelven la mirada.

Ésta es la descripción de *Mr.* Chester Coote en la tarde en que se tropezó con Kipps. Se trata de una persona pulida y activa, de un caballero consciente de su deber, de la sociedad que le rodea y del aspecto serio de la vida. Desde los aficionados al teatro hasta los estudiantes de ciencia, pocas asociaciones podían valerse por sí solas, sin recurrir a él. Contribuía con su voz de bajo profundo, un poco temblorosa a veces, pero siempre rica y poderosa, al coro de San Stylites...

Ahora se dirige a la biblioteca pública, levanta el sombrero para saludar con él a un conocido, sonrío y entra en el edificio...

Y allí, en la biblioteca pública, es donde se encuentra con Kipps.

Para entonces hacía una semana o más que Kipps era rico, y el cambio de situación era ya visible en su persona. Llevaba un traje nuevo de franela, un sombrero panamá y una corbata roja y se apoyaba en un bastón con contera de plata y mango de carey. Se sentía un hombre muy distinto (quizá más distinto de lo que era en realidad) del empleado que había sido la semana anterior. Se sentía como creía que debían sentirse los duques, pero en el fondo experimentaba la misma humildad de siempre. Estaba apoyado en el bastón, estudiando el indicador con el mismo respeto con que lo había mirado desde hacía años. De pronto se volvió y encontróse con la sonrisa obsequiosa de Coote.

—¿Qué hace usted por aquí? —preguntó *Mr. Chester Coote*.

Kipps se sintió de momento totalmente aturdido.

—Oh, he venido a dar una vuelta... —dijo al fin con lentitud.

El hecho de que Coote se hubiera dirigido a él con aquella familiaridad le recordó que ahora su posición social había cambiado.

—Sí, a dar una vuelta. No llevo más que tres días en Folkestone. Acabo de instalarme en mi nueva casa.

—¡Ah! No he tenido todavía la oportunidad de felicitarle por su buena fortuna.

Kipps le tendió la mano.

—Fue para mí una enorme sorpresa —dijo—. Cuando *Mr. Bean* me comunicó la noticia, creí que iba a desmayarme.

—Todo esto ha debido de significar un cambio tremendo para usted.

—¡Ya lo creo! ¿Un cambio? Mucho más que eso. De mí puede decirse, como del chico de esa canción que canta todo el mundo, que no sé siquiera dónde estoy.

—Un cambio extraordinario... —dijo *Mr. Coote*—. Me imagino perfectamente lo que siente. ¿Piensa quedarse en Folkestone?

—Sí, durante algún tiempo. Ya sabrá que tengo una casa, la que perteneció a mi abuelo. Estoy viviendo en ella, con la misma ama de llaves que tenía mi abuelo. Qué casualidad, ¿verdad?, que la casa estuviera aquí mismo...

—En efecto —asintió Coote llevándose la mano a la boca para toser.

—*Mr. Bean* me aconsejó que volviera aquí para atender a varias

cosas. He estado hasta ahora en Nueva Romney, donde viven mis tíos. Pero resulta agradable volver. En cierto modo...

Hubo una pausa de unos minutos.

—¿Ha venido a sacar un libro? —preguntó Coote.

—Todavía no me he hecho socio, pero pienso hacerme, y dedicarme a la lectura. Éste ha sido uno de los deseos de toda mi vida. Precisamente estaba mirando este indicador. Es una magnífica idea. Explica todo lo que uno desea saber.

—Es muy sencillo —dijo Coote, tosiendo de nuevo y con los ojos fijos en Kipps.

Durante unos momentos permanecieron silenciosos. Era evidente que ninguno de los dos tenía muchos deseos de separarse del otro. Entonces Kipps recordó la idea que se le ocurriera uno o dos días atrás, no relacionada especialmente con Coote, sino con cualquier otro personaje como él.

—¿Está usted muy ocupado ahora?

—Acabo de terminar con las clases.

—Porque... ¿Querría venir conmigo a mi casa y acompañarme con un cigarro? —preguntó haciendo movimientos indicativos con la cabeza, mientras se sentía dominado por la horrible duda de si una invitación semejante no constituiría una enorme falta de etiqueta (¿sería aquélla una hora correcta para hacer una invitación?). Me sentiría muy honrado si accediera... —añadió.

Mr. Coote pidió a Kipps que le dispensara un instante para entregar el sobre a la bibliotecaria. Luego declaró estar a su disposición. En la puerta se retrasaron unos segundos al insistir ambos en que el otro pasara delante, pero al fin se vieron en la calle.

—Al principio todo esto resulta muy extraño —dijo Kipps—. Sobre todo el verme instalado en una casa que me pertenece y disponer de las veinticuatro horas del día para hacer lo que se me antoje. No estoy acostumbrado a disfrutar de tiempo libre y casi no sé qué hacer con él. ¿Usted fuma? —preguntó de pronto sacando de la nada, como por arte de magia, una magnífica pitillera de piel de cerdo con adornos de oro. Coote titubeó y al fin rehusó el tabaco—. ¿De verdad no quiere fumar? —insistió Kipps con liberalidad.

Habiéndose convencido de que no era así, nuestro joven prosiguió su camino en silencio, preocupado principalmente por el

efecto que causaría su traje nuevo y vigilando las reacciones de Coote con el rabillo del ojo.

—Ha sido una herencia grande, ¿verdad? Le da una renta de...

—Mil doscientas libras al año —contestó Kipps—. Algo más de mil doscientas libras al año.

—¿Piensa quedarse a vivir en Folkestone?

—Todavía no lo he decidido. Quizá me quede, o quizá no. Tengo una casa amueblada, pero es posible que la alquile.

—¿No ha hecho todavía ningún proyecto?

—Ninguno.

—La puesta de sol ha sido hoy muy hermosa —dijo Coote.

Kipps contestó que lo había sido, en efecto, pasando después a hablar en términos generales de los méritos de las puestas de sol. ¿Era Kipps aficionado a la pintura? No había pintado desde la infancia y no creía que ahora pudiera hacerlo. Coote le dijo que su hermana era pintora, y Kipps recibió aquella información con un profundo respeto. Coote afirmó después que muchas veces deseaba pintar él también, pero que era imposible hacerlo todo a la vez. También en aquello Kipps se mostró de acuerdo con él.

Habían llegado ya al puerto. Los dos jóvenes contemplaron el faro y los muelles moteados de luces, sobre el fondo grisáceo del mar.

—¡Si se pudiera pintar esto! —exclamó Coote.

Kipps echó la cabeza hacia atrás, la ladeó un poco, contempló el puerto guiñando un ojo y declaró que resultaría muy difícil hacerlo. Después Coote hizo un comentario, al parecer en un idioma extranjero. Kipps no contestó, limitándose a encender un nuevo cigarrillo con lo que quedaba del primero, todavía casi entero.

—Estoy completamente de acuerdo con usted... —contestó aspirando el humo.

Se dijo a sí mismo que hasta entonces había llevado bien su parte en el diálogo, pero que por momentos iba haciéndose necesario poner en juego una extremada discreción.

Dejaron atrás el puerto. Coote comentó que hacía un tiempo muy bueno y apropiado para navegar. Luego preguntó a Kipps si había viajado mucho por mar. Kipps contestó que no había viajado «mucho», pero que tenía pensado hacer pronto un viajecito a Boulogne. Coote procedió entonces a ensalzar los encantos del

viajar, mencionando de pasada un gran número de ciudades desconocidas para Kipps. Éste permanecía a la defensiva, pero sintió que detrás de sus defensas le invadía una profunda depresión. Fingir estaba muy bien, pero muy pronto se descubriría que él no sabía nada de todo aquello...

Hablando de aquel modo, se acercaron a la casa. Al llegar a la puerta Kipps comenzó a experimentar un profundo nerviosismo. Era una puerta maciza e impresionante. Llamó con el aldabón, no dando un golpe, ni dos, sino algo así como uno y medio..., como si con aquel medio golpe pidiera excusas a algo. Fueron admitidos por una irreprochable doncella ante la cual Kipps se encogió tímidamente. Colgó el sombrero y tropezó con todos los muebles del vestíbulo.

—¿Está encendido el fuego en el estudio, Mary? —Tuvo la osadía de preguntar.

Pero como evidentemente sabía que así era, condujo a su amigo al piso de arriba. Cuando fue a cerrar la puerta descubrió a su espalda a la doncella, que había acudido para encender la luz. Aquello le aturdió más aún y guardó silencio hasta que la puerta se cerró tras ella. Mientras tanto, para demostrar su sangre fría, se dirigió, tarareando, a la ventana.

Coote se acercó a la chimenea y contempló a su anfitrión. Se llevó una mano a la nuca y se acarició el occipucio, además que era en él característico.

—Bien, ¡aquí estamos! —dijo Kipps mirando a su alrededor con las manos metidas en los bolsillos.

Se trataba de una habitación decorada al estilo Victoriano. Del techo pendía una gran lámpara de gas. En una de las paredes había dos librerías con puertas de cristal, sobre la chimenea un espejo, y encuadraban la ventana cortinas de rico brocado. Encima de la chimenea descansaba un reloj de forma clásica, dos grandes jarrones de porcelana, varios ceniceros y una caja para cerillas de gran tamaño. En el sitio de preferencia, bajo la ventana, había un escritorio de palisandro. De la misma madera eran también las sillas y los demás muebles de la estancia.

—Esto —dijo Kipps hablando casi en voz baja— era el estudio de aquel caballero... Es decir, de mi abuelo. Solía sentarse a escribir en aquel escritorio.

—¿Libros?

—No. Cartas al *Times* y cosas así. Las había recortado todas y pegado después en un álbum... Creo que está en esa librería... ¿No quiere sentarse?

Coote así lo hizo y Kipps fue a situarse en el lugar que había quedado libre delante de la chimenea. Abrió las piernas y se esforzó por aparentar aplomo. La alfombra, la chimenea de mármol, el fuego y el espejo, todo contribuyó a darle un aspecto insignificante. Rodeado de aquellos objetos orgullosos y con su propia sombra dibujándose en la pared opuesta, parecía estar pensando que todo aquello era muy cómico y que se estaba burlando de él...

2

Durante algún tiempo Kipps siguió manteniéndose a la defensiva y fue Coote quien dirigió la conversación. En ningún momento tocaron el tema del enorme cambio que se había operado en la vida de Kipps, y Coote se dedicó a hacer comentarios sobre asuntos locales y sociales. «Ahora debe usted interesarse por estas cosas», fue todo lo que se atrevió a decir en aquel terreno resbaladizo.

Pero pronto se puso de manifiesto que Coote era una persona de amplia cultura social. Dijo que en Folkestone «la sociedad» estaba muy mezclada y que era muy difícil convencer a la gente para que unieran sus esfuerzos e hicieran algo útil. De vez en cuando, en medio de una frase, y de pasada, hacía alusiones a personajes de alto rango militar, y una vez incluso se refirió a una dama con título nobiliario. *Lady Punnet*.

No la nombró por esnobismo ni deliberadamente, sino como quien no quiere la cosa. Por lo visto, había hablado con *Lady Punnet* sobre cosas de teatro. Y también sobre algo relacionado con un hospital. La dama se había mostrado muy razonable y él muy firme en sus pretensiones.

—Agradecen que uno no se incline ante ellos, y entonces siempre son ellos los que ceden —explicó Coote.

Kipps dedujo también que su nuevo amigo estaba en términos de

gran intimidad con el clero. Se refería a sus miembros como «mi amigo *Mr.* Densmore, vicario, y mi amigo el reverendo y honorable...», etcétera. Coote iba creciendo en importancia a los ojos de Kipps mientras iba diciendo aquellas cosas; se convertía, poco a poco, no sólo en el exponente de «Vagner o Vargner», en el hombre cuya hermana había pintado un cuadro que se exhibía en la Academia, en la encarnación de ese algo misterioso llamado «Cultura», sino como si dijéramos en un delegado, o al menos en un intermediario de ese mundo en el que existían lacayos y mayordomos, en el que se movían personajes con títulos nobiliarios, en el que la gente se vestía de etiqueta para cenar y bebía vino en las comidas, un vino que a menudo costaba tres peniques y tres chelines la botella..., de un mundo en el que, a través de una maraña de etiquetas, imperaban las más exóticas costumbres...

Coote se reclinó en la butaca fumando cómodamente, experimentando la satisfacción que le producía su evidente superioridad y *savoir faire*. Kipps estaba sentado en el borde de su butaca, atento a todas las palabras de su invitado y con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Imagínosele según iba sintiéndose más y más empequeñecido y vulgar en medio de sus nuevas posesiones... Sin embargo, aquella conversación era enormemente estimulante y, para él, llena de interés. Pronto se hizo menos general y más seria e íntima. Coote habló de personas que habían salido adelante y de otras que, por el contrario, no lo habían logrado; de personas que parecían estar en el centro de todo, y de otras con las que nadie parecía contar nunca para nada. Por último, comenzó a hablar de Kipps.

—Usted se sentirá muy a gusto en sociedad —dijo de pronto con una sonrisa que hubiera causado admiración a un dentista.

—No lo sé —repuso Kipps.

—Naturalmente, quizá cometa algún error.

—Eso es lo que temo.

Coote encendió un nuevo cigarrillo.

—No puedo remediar sentirme interesado y curioso por lo que hará usted —comentó—. Por supuesto, un joven como usted, que de pronto se ve dueño de una fortuna, estará rodeado de tentaciones.

—He de tener cuidado. Eso fue lo primero que me dijo *Mr.* Bean.

Coote pasó entonces a hablar de los terribles abismos de la

tentación, del juego y las malas compañías.

—Sí..., lo sé —asintió Kipps.

—Tendrá usted muchas dudas. Conozco a un joven con una brillante carrera, rico, agraciado y adorado por las mujeres, y que, sin embargo, es completamente escéptico. Un verdadero escéptico.

—¡Jesús! ¿Un ateo?

—Me temo que sí —dijo Coote—. En el fondo es un muchacho excelente, pero se ha dejado dominar por las tendencias modernas, por todo lo que se habla del superhombre. Nietzsche y todo eso... Me gustaría poder ayudarle.

—Sí —afirmó Kipps dejando caer la ceniza de su cigarrillo—. Yo también he conocido a un hombre así. Era uno de nuestros empleados. Nunca estaba contento. Se marchó del almacén. —Se detuvo un momento pensativo y después continuó—: Se alistó en el Ejército.

—¡Ah! —exclamó Coote—. Y, generalmente —añadió después de una breve pausa— eso suele ocurrirles a quienes más amamos, a los que son más inteligentes y a los que valen más.

—Es la tentación —concluyó Kipps.

Contempló a Coote, se inclinó hacia adelante, volvió a sacudir la ceniza del cigarrillo sobre la chimenea y prosiguió con tono solemne:

—Sí, eso es, uno se ve tentado sin tener tiempo para defenderse.

—¡La vida moderna es tan compleja...! —comentó Coote—. No todos somos fuertes. La mitad de los que siguen el camino equivocado no son malos en el fondo.

—¡Exacto! —asintió Kipps.

—Se ven influidos por el ambiente...

—Sí, sí, así es —Kipps se detuvo y reflexionó antes de continuar—. Yo conozco a un tipo muy curioso. Un actor que también escribe comedias y dramas. Un hombre muy listo, pero... —Dio a entender, con un movimiento de cabeza, que la moralidad de aquel individuo era bastante dudosa—. Naturalmente, la culpa la tiene la vida —añadió.

Coote fingió comprender el significado del comentario de Kipps.

—¿Vale la pena? —preguntó.

—Ésa es la cuestión —dijo Kipps. Guardó silencio y decidió continuar por aquel camino—. Empieza uno a hablar; luego, como

la cosa más natural del mundo, se ofrece una copa, por ejemplo de *whisky* canadiense... Yo me he emborrachado —confesó con un tono de profunda humildad. Y añadió—: Muchas veces.

—¿Sí?

—Docenas de veces. —Kipps sonrió tristemente y añadió—: Últimamente. —Su imaginación se puso en movimiento y siguió hablando—. Una cosa conduce a la otra. El juego, las mujeres...

—Lo sé, lo sé... —convino Coote.

Kipps contempló el fuego y se ruborizó al pronunciar una frase que no hacía mucho había oído a Chitterlow.

—No se puede mentir cuando se ha pasado la edad de ir a la escuela.

—No, claro que no —asintió Coote.

Kipps le miró con expresión confidencial, y bajó la voz.

—La cosa no era tan grave cuando no tenía dinero, pero ahora tengo que sentar la cabeza...

—Es necesario —confirmó Coote con la misma solemnidad.

—Sí —dijo Kipps levantando las cejas y moviendo la cabeza de un lado para otro. Contempló el cigarrillo que tenía entre los dedos y lo arrojó a la chimenea. Empezaba a creer que al fin y al cabo estaba llevando la conversación bastante bien.

Pero Kipps nunca supo mentir de un modo convincente y, por lo tanto, él fue quien rompió primero el silencio.

—No quiero decir que haya sido un depravado ni tampoco un borracho empedernido. Habré bebido más de la cuenta dos o tres veces a lo sumo. ¡Pero ya es bastante!

—Yo no he probado el alcohol en toda mi vida —dijo Coote con franqueza—. ¡Nunca!

—¿No?

—Nunca. No es que tema poder llegar a emborracharme... No es eso. Y tampoco voy tan lejos como para decir que beber en pequeñas cantidades (por ejemplo, en las comidas) sea nocivo. Pero si yo bebiera, lo harían otros que no saben cuándo ha llegado el momento de dejar de beber.

—Exacto —dijo Kipps mirándole con profunda admiración.

—Naturalmente, fumo igual que los demás, como usted puede ver —admitió Coote—. No quiero parecerle un fariseo.

Kipps pensó entonces que aquel Coote era un muchacho

excelente. No sólo era inteligente y educado y un caballero y conocía a *Lady Punnet*, sino que, además de todo, ello, era bueno. Parecía dedicar todo su tiempo y su voluntad a hacer bien a su prójimo. De pronto Kipps sintió el impulso de confiarse en él. Al principio dudó entre declarar que sentía grandes deseos de ejercer el bien, tal como Coote había explicado, o seguir describiéndose como un ser depravado. Las dos cosas le resultaban atractivas. Por fin se decidió a adoptar la actitud de un libertino bien intencionado. Pero, de pronto, sus impulsos cambiaron totalmente de dirección. Acababa de ocurrírsele que Coote estaba en situación de hacer por él algo que le era muy necesario.

—Lo más difícil es elegir las amistades adecuadas —estaba diciendo su nuevo amigo.

—Exacto —contestó Kipps—. Naturalmente..., en mi nueva situación..., ahí está precisamente la dificultad.

Una vez abordado el tema, no le costó trabajo revelar la naturaleza de sus secretas preocupaciones. Sabía que le faltaba refinamiento y cultura. Lo sabía perfectamente. Pero ¿cómo podía conseguir ambas cosas? No conocía a nadie, no tenía amigos... Hizo una pausa significativa antes de continuar. Los compañeros de la tienda estaban muy bien, eran muy buenos chicos y todo lo demás. Pero no eran precisamente lo que él necesitaba.

—Me siento inferior, me siento distinto a los demás y, por lo tanto, nunca puedo estar tranquilo. Y si llega a presentarse la tentación...

—Exacto —dijo Coote.

Kipps le habló entonces del respeto que sentía hacia *Miss Walshingham* y su amiga la joven de las pecas, esforzándose por mostrarse natural.

—Me gustaría hablar con gente de esa clase, pero es imposible. Tengo miedo de que adviertan mi ignorancia.

—Es natural —dijo Coote—. Desde luego.

—Yo asistí a una escuela de la clase media, no vaya a creer que estuve en una de esas escuelas gratuitas —prosiguió Kipps—. Pero, de todas maneras, estaba muy lejos de ser un colegio de primera categoría. Al menos el maestro no se esforzaba mucho por enseñarnos. Si no queríamos aprender, no aprendíamos y no sucedía nada. Creo que al fin y al cabo aquella escuela no era mucho mejor

que las nacionales. Ahora, con todo este dinero, me siento como un pez fuera del agua. Cuando la semana pasada me enteré de lo de la herencia, pensé al principio que tenía todo lo que deseaba. Pero ahora no sé qué hacer. —Miró a su amigo con gravedad y su voz se hizo más aguda al añadir—: Es inútil tratar de ser hipócrita. Yo sé que en el fondo soy un caballero.

Coote asintió con toda seriedad.

—Y tiene las responsabilidades de un caballero —dijo.

—Exacto. Por ejemplo, está la cuestión de las visitas. En muchas ocasiones no sé lo que debo hacer. Sobre todo cuando se trata de alguien a quien conocí anteriormente bajo otro plano distinto. —Kipps se echó a reír con nerviosismo—. Me siento exactamente igual que un pez fuera del agua —repitió fijando sus ojos en Coote.

Pero éste se limitó a indicarle que prosiguiera.

—El escritor de quien le hablé —prosiguió Kipps, pensativo— es un buen hombre, pero no lo que yo llamaría un caballero. Habré de tener mucho cuidado con él, o de lo contrario en poco tiempo acabaría haciendo un sinnúmero de locuras. Él es casi la única persona que conozco, aparte de los empleados de la tienda. Éstos han venido ya una vez a cenar aquí, y después de la cena les canté algunas canciones. Me he comprado un banjo, ¿sabe? Y he aprendido a tocarlo un poco, lo suficiente para acompañar canciones. Todo esto es, en cierto modo, muy divertido, pero ¿a qué conduce? Además, tengo que pensar en mis tíos, que son unas excelentes personas a las que quiero mucho. Es posible que sean un poco entrometidos y que se muestren demasiado inclinados a considerarme como un niño, pero esto carece de importancia. Sin embargo, no es eso lo que deseo. Siento que me he quedado atrás de todo y quiero recuperar el tiempo perdido. Quiero conocer a personas educadas, que sepan hacer las cosas como deben hacerse.

Aquella humildad hizo que Coote comenzara a experimentar una gran simpatía hacia su anfitrión.

—Si yo pudiera contar con alguien como usted y pudiera verle con regularidad... —insinuó Kipps.

Desde aquel punto la cosa resultó ya muy sencilla y comenzó a moverse como si fuera sobre ruedas.

—Si yo puedo serle útil... —ofreció Chester Coote.

—Pero usted está demasiado ocupado...

—No tanto como para no poder ayudarle. Mire usted, su caso es muy interesante. Ésta fue, en parte, la razón que me impulsó a hablarle en la biblioteca. Un hombre como usted, con su falta de experiencia y con todo este dinero...

—Exacto —afirmó Kipps.

—Cuando le conocí me dije que me gustaría oírle hablar y saber cómo piensa, y debo confesarle que pocas veces he sostenido con nadie una conversación tan interesante como la nuestra.

—No sé por qué me resulta fácil confiarme a usted —dijo Kipps.

—Eso me alegra y me enorgullece.

—Necesito un amigo en quien poder confiar.

—Si yo puedo...

—Sí, pero...

—También yo necesito un amigo.

—¿De verdad?

—Sí. Mira, querido Kipps... ¿Me permite que le llame así?

—Sí, sí, sigue.

—Yo también me siento muy solo. Lo de esta noche también a mí me ha hecho bien. No había hablado con nadie de mi trabajo con tanta libertad como lo he hecho aquí.

—¿No?

—No. De modo que si hay algo que yo pueda hacer para ayudarte a guiarte...

Coote exhibió todos los dientes al sonreír bondadosamente. Sus ojos brillaban.

—¡Chócala! —exclamó Kipps profundamente conmovido.

Los dos se pusieron en pie y se dieron la mano con emoción.

—Eres muy amable conmigo —dijo Kipps.

—Haré por ti todo lo que pueda —declaró Coote.

Y de este modo llegaron a un acuerdo. Desde aquel momento eran amigos, amigos íntimos, confidenciales, secretos. El resto de su conversación, que parecía que iba a ser interminable, no fue más que una reiteración de lo mismo. Aquella noche Kipps se confió totalmente a Coote, y éste se comportó como quien recibe una sagrada misión. La siniestra pasión por la pedagogía en la que suelen caer tan fatalmente las personas bien intencionadas, la infinita presunción que permite a un débil ser humano abrogarse la dirección de los asuntos de otro ser humano igualmente débil, se

había adueñado de Cocte. Convinieron que éste sería una especie de confesor y director espiritual de Kipps; había de ayudar a Kipps de mil maneras; había de hacer, en una palabra, de dama de compañía de Kipps para enseñarle todo cuanto ignorara y hacerle participar en una vida social más elevada y mejor. Había de mostrarle sus faltas y aconsejarle sobre lo que debía hacer.

—Hay muchas cosas que desconozco —dijo Kipps—. Por ejemplo, no sé cuál es el traje apropiado para cada momento, ni siquiera sé si ahora estoy vestido como requiere la etiqueta...

—Confía en mí —dijo Coote, afirmando con la cabeza para demostrar que comprendía perfectamente—. Yo te ayudaré.

Según iba avanzando la velada, la actitud de Coote cambió y fue convirtiéndose poco a poco en la de dueño y señor. Comenzó a poseerse de su papel y a estudiar a Kipps con afecto crítico. Era evidente que el nuevo orden de cosas le agradaba.

—Será muy interesante. Porque en ti hay buena madera, Kipps.

(Ahora terminaba ya cada frase diciendo «Kipps» o «mi querido Kipps» con un curioso tono autoritario).

—Sí, lo sé. Lo que ocurre es que hay muchísimas cosas que no comprendo. Ahí está lo malo.

Y siguieron hablando y hablando en este sentido. Kipps lo hacía ya con absoluta libertad. Hablaron de toda clase de cosas, especialmente del carácter de Kipps, sobre el cual éste se mostró dispuesto a dar a su mentor toda clase de información.

—Cuando estoy excitado, no me importaría hacer cualquier cosa.

—Yo soy así.

—No me gusta hacer cosas a escondidas.

—Siempre he sido muy franco.

Las llamas hacían cabriolas a su espalda y su sombra, dibujándose en el techo y en las paredes, parecía agitada por la risa.

3

Kipps se acostó por fin con la sensación de que había dejado

solucionado un problema importante, y permaneció despierto durante largo rato. Se dijo que había sido muy afortunado. Sabía — Buggins, Carshot y Pearce se lo habían hecho ver claramente— que su posición en la vida había cambiado y que debía adaptarse a otro medio ambiente, pero esta adaptación le había parecido completamente fuera del alcance de sus posibilidades. Y ahora, de pronto, del modo más sencillo y natural, había dado con la persona que podía ayudarle a llevar a cabo tan necesaria adaptación. La cosa se había hecho posible. Seguía sin ser fácil, pero ya era posible.

Tenía muchas cosas que aprender, y, entre ellas, el modo de dirigirse a la gente y de saludar y una serie de leyes sociales que requerirían un gran esfuerzo intelectual por su parte. El hombre que rompiera una de tales leyes se convertiría en un proscrito social. ¿Cómo, por ejemplo, debía dirigirse a *Lady Punnet*? Entraba dentro de lo posible que algún día tuviera incluso que hacerlo. Quizá Coote se la presentara. «¡Santo Dios!», exclamó con voz alta con una mezcla de satisfacción y de terror. Se imaginó a sí mismo yendo a la tienda de Sharford a comprarse una corbata, o cualquier otra cosa, y decir delante de Buggins, Carshot, Pearce y todos los demás: «Voy a ver a mi amiga *Lady Punnet*...». Y quizá la cosa no acabara ahí. La imaginación de Kipps dio alas a su fantasía y llevado por ellas se elevó a altitudes poéticas y románticas...

Quizá algún día tuviera que conocer a la familia real. Después de todo..., mil doscientas libras al año es una cantidad que puede permitirle a uno subir muy alto. ¿Cómo tendría que hablar a los reyes? Seguramente tendría que ponerse de rodillas. Siguió desarrollando sus ideas y se perdió en toda clase de sueños. Una renta de más de mil libras al año le convertía automáticamente en un *Esquire*. ¿No es eso? Creía que sí. Y en tal caso, ¿no tendría que ser presentado a la Corte? Tendría que ponerse un traje de terciopelo y llevar una espada. ¡Qué cosa más curiosa debía de ser una Corte! Todo el día arrodillándose la gente y haciendo reverencias. ¿Y qué era lo que decía *Miss Mergle*? ¡Ah, sí! Hablaba de señoras con traje de ceremonia andando para atrás. Kipps sabía que en la Corte todo el mundo andaba para atrás cuando no estaban de rodillas. Aunque naturalmente debía de haber alguien que hablara de pie con el rey que hablaba con él como Kipps podía hablar con Buggins. Quizá fueran los duques los que lo hicieran,

pero con permiso especial. ¿Y los millonarios? ¿Cómo le hablarían los millonarios?

Tal fue el proceso mental por el que aquel ciudadano libre de una República coronada pasó insensiblemente a soñar túrgidos sueños sobre el ascenso social que constituye la aspiración de gran parte de los súbditos británicos, y cuyo objetivo final consiste en pertenecer a una minoría que avanza retrocediendo y tiene por postura normal una espada inclinada.

4

A la mañana siguiente Kipps bajó a desayunar con expresión grave, la del hombre que lleva sobre los hombros el peso de una importante misión que cumplir en la vida.

Nuestro joven concedía un especial interés al desayuno. Diariamente se convertían entonces en realidad sus sueños más ambiciosos en materia de comida. En el almacén era costumbre suplementar con adquisiciones privadas la ración generosa, o mejor dicho, ilimitada de pan y margarina que Sharford concedía a sus empleados, lo que había dado a Kipps ideas muy definidas sobre lo que debía de ser un desayuno. Allí se tomaba una chuleta o dos, o un trozo de cordero (esto, según Buggins, se desayunaba en los grandes clubs londinenses), bacalao, arenques ahumados, tostadas con caviar, un par de huevos pasados por agua o revueltos, tocino, y de vez en cuando riñones o hígado. Además de esto, se hacía servir salchichas, queso, verduras y ostras. A aquello seguían latas de carne de muchas clases, rosbif, callos, mermelada y dos especies de jamón. Cuando había terminado, se sentaba rodeado de platos vacíos, fumaba un cigarrillo y contemplaba con beatífica aprobación todas las fuentes que cubrían la mesa. El desayuno era su comida principal. Se hallaba sentado, cigarrillo en mano, contemplando la habitación con la complacencia que da el haber efectuado una buena comida, cuando le trajeron la correspondencia.

Ésta fue muy abundante aquella mañana... Circulares, tarjetas, peticiones (porque su buena fortuna había trascendido a los

periódicos) y una carta de un hombre de letras, pidiéndole una contribución de diez chelines para ayudar a combatir el socialismo. Con la carta le enviaba también un libro para dar más fuerza a su solicitud. El libro explicaba claramente la necesidad de que todos los propietarios tomaran inmediatamente la ofensiva, si querían que sus posesiones continuaran en su poder. Kipps se sumió en su lectura y comenzó a sentirse profundamente preocupado. Había también una carta de su tío diciendo que le resultaba muy difícil abandonar la tienda para hacerle otra visita, pero que había estado en Lydd el día anterior y había comprado unos cuantos libros antiguos que sería difícil encontrar en Folkestone. «Aquí no conocen el valor de estas cosas —le escribía el viejo Kipps—, pero puedes estar seguro de que son muy valiosas». Seguían unas líneas de carácter crematístico. «Uno de ellos tiene grabados, y es posible que el día menos pensado alguien te ofrezca por ellos una gran cantidad de dinero. Ten la seguridad de que constituyen la mejor inversión que puedes hacer...».

Su tío había sido siempre un adicto de las subastas, y la buena suerte de su sobrino había convertido lo que hasta entonces no había sido más que un deseo en una placentera realidad. El día en que hizo la compra y se atrevió a pujar por los libros, el viejo se había divertido mucho.

Mientras Kipps releía las peticiones de dinero, deseando tener el sentido común que había sido siempre una de las cualidades de Buggins, le trajeron un paquete con los libros anunciados. Venían en un cajón de aspecto no muy seguro, cerrado con grandes clavos y atado con lo que el Ministerio de la Guerra británico hubiera reconocido inmediatamente como una de las cuerdas pertenecientes al ejército.

Kipps la cortó con un cuchillo de la mesa ayudándose con el atizador de la chimenea, y logró al fin extraer del cajón una gran cantidad de libros y otros objetos antiguos.

Había tres volúmenes encuadernados de los primeros números del *Chamber's Journal*, un ejemplar del anuario del *Punch* para 1875, las *Reflexiones* de Sturms, una primera edición (algo rara) de la *Geografía* de Gill, un volumen ilustrado sobre la curvatura espinal, *La Fisiología Humana* de Kirke, *Los Reyes de Escocia* y un librito sobre el lenguaje de las flores. Había también un grabado antiguo

con su marco, una tetera de cobre, un par de despabiladores, una herradura de bronce, dos licoreras (una sin tapa), y lo que era probablemente un trozo de sonajero de un niño del siglo XVIII. Kipps examinó aquellos objetos uno por uno, deseando entender algo de antigüedades. Volviendo de nuevo a hojear la *Fisiología*, tropezó con una ilustración en la que un joven de agradable perfil exhibía todo su interior a la vista del público, con la mayor naturalidad. Aquél era, para el pobre Kipps, un nuevo aspecto de la humanidad, y durante algún tiempo lo contempló pensativo.

—¡Cuántos tubos! —exclamó asombrado.

La ilustración le hizo olvidar durante algún tiempo que «en el fondo era un caballero». Estaba todavía contemplando aquella extraordinaria fotografía cuando hizo su aparición (detrás de la criada) un nuevo personaje procedente de un mundo totalmente distinto de aquél a donde sus sueños habían conducido a Kipps la noche anterior. El hombre que hizo su aparición detrás de la criada era Chitterlow.

5

—¡**H**ola! —dijo Kipps poniéndose en pie.

—¿Está ocupado? —preguntó Chitterlow, sacudiendo la mano de su amigo y dejando caer la gorra de ciclista encima del aparador de madera tallada.

—Estaba hojeando estos libros.

—Leyendo, ¿eh? —Chitterlow dejó descansar por un momento la mirada sobre los libros y demás objetos, antes de continuar—: Esperaba que volviera cualquier noche por mi casa.

—Pensaba hacerlo —dijo Kipps—. Pensaba hacerlo anoche mismo, pero me encontré con un amigo...

Se dirigió a la chimenea, mientras Chitterlow se paseaba por el cuarto contemplando los objetos y disponiéndose a hablar.

—Desde la última vez que nos vimos he hecho muchas alteraciones en mi obra —dijo—. Ni usted mismo la reconocería.

—¿Qué obra es ésa, Chitterlow?

—Aquella de que le hablé. ¿No se acuerda? Usted insinuó que quería comprar la mitad de los derechos. No me refiero a la tragedia. ¡No! No vendería los derechos del drama ni a mi propio hermano gemelo si lo tuviera. ¡No! Me refiero a la nueva comedia en que he estado ocupado. La de la escena del insecto.

—Ah, sí —dijo Kipps—. ¡Ya recuerdo!

—Sabía que no la olvidaría. Usted me dijo que invertiría en ella cien libras...

—Creo recordar algo...

—Bien, pues la he cambiado completamente. Le contaré los cambios. ¿Recuerda lo que me dijo usted sobre una mariposa? Sus ideas no estaban muy claras, ¿sabe...? Continuamente llamaba mariposa al insecto, y aquello, créalo o no, fue lo que me dio la inspiración. Lo he cambiado todo por completo. En vez de hacer que Popplewaddle... (buen nombre para una comedia; lo saqué de la Lista de Visitantes) tuviera un insecto en la nuca mientras estaba en una reunión, le he convertido en un coleccionista de mariposas. Un día encuentra un ejemplar verdaderamente interesante. —Chitterlow comenzó a accionar con gestos adecuados a sus palabras—. ¡Entró por la ventana! Se abalanza sobre ella intentando cogerla y olvida que no quiere que nadie sepa que está en la casa. Al fin entran todos y entonces dice que se trata de una mariposa rarísima que vale mucho dinero (como usted sabe, esto ocurre algunas veces). Después de aquello todos la persiguen. La mariposa no puede salir de la habitación... Como verá, la escena no es la misma. Y además...

Chitterlow se acercó confidencialmente a Kipps. Extendió una mano y la golpeó con los dedos de la otra.

—Y además he hecho otros cambios que podrían ser de Ibsen... Como en *El pato salvaje*, he hecho a la mujer más frívola y ella lo comprende. Cuando están persiguiendo a la mariposa, exclama: «¡Ésa soy yo!». Ella es la mariposa. Es realista, mucho más realista que *El pato salvaje*, ¡donde no hay siquiera un pato! Va a ser un gran éxito. Su inversión en la obra será una mina para usted, Kipps. No crea que se lo digo con ninguna doble intención. A mí me convenía en aquel momento vender y a usted le convenía comprar.

Chitterlow interrumpió su discurso para preguntar:

—¿No tendrá usted un poco de coñac? No es que quiera beber,

pero necesitaría tomar una gota para recuperarme. Me duele un poco el hígado... Si no tiene, no se preocupe. No, no se preocupe. ¿Que tiene *whisky*? Es lo mismo. ¡Mejor aún para el hígado!

Kipps titubeó un momento, se volvió y abrió el aparador. Sacó de éste una botella de *whisky* y la colocó sobre la mesa. Después extrajo un botellín de soda y, tras una levísima vacilación, un segundo botellín para él. Chitterlow cogió la botella de *whisky* y leyó la etiqueta. «Viejo Matusalén». Kipps le entregó el sacacorchos y después se llevó la mano al bigote.

—Ahora tendré que llamar para que nos traigan dos vasos — dijo.

Volvió a titubear y por fin se decidió a tocar el timbre. Cuando apareció la doncella, estaba una vez más de pie con las piernas abiertas, delante de la chimenea. Parecía desesperado.

Una vez apurados los *whiskies* (Chitterlow se sirvió un segundo vaso), Kipps sacó cigarrillos y reanudaron la conversación. Chitterlow recorría la estancia de una lado a otro. Explicó que se había tomado un día de vacaciones y que por eso había venido a visitar a Kipps. Cada vez que se le ocurría una modificación importante en la obra que estaba escribiendo, se tomaba un día de vacaciones y, por extraño que pudiera parecer, aquello le ahorra tiempo porque evitaba que se precipitara a escribir lo que quizá más tarde tuviera que destruir por inútil. No tenía sentido perder el tiempo en algo que luego tendría que rehacer.

Por último salieron a dar un paseo. Pasaron junto al sanatorio y llegaron hasta el trozo de campo lleno de cardos y zarzas, hasta la maleza de rosas silvestres y gayombas, que constituye uno de los mayores atractivos de Folkestone. Pasaron por allí y subieron a lo alto de las rocas que quedan a la izquierda, por un camino que inspiró a Chitterlow para pronunciar un canto de alabanza al alpinismo. De vez en cuando contemplaba el mar y las rocas con una ingenuidad tan infantil, que recordaba a Kipps sus primeros años en Nueva Romney y sus juegos de niños junto al mar. Pero sobre todo habló de su obsesión de comedias y dramas y de ese absurdo que tanta importancia tiene para sus seguidores, el arte. Era aquello algo que requería un gran número de explicaciones. Siguieron paseando, a veces el uno junto al otro y a veces uno tras otro, camino arriba, camino abajo, entre los zarzales o por el borde

de las rocas, mirando a las aguas glaucas. Kipps, como siempre, se esforzaba por hallar la solución de pronunciar una palabra insignificante de vez en cuando; los ademanes de Chitterlow seguían siendo ampulosos, su voz se elevaba y descendía de volumen exponiendo ideas, sentando principios y desarrollando teorías.

Llegó a embarcarse nada menos que en la empresa de reformar el teatro británico, y Kipps se encontró, de pronto, clasificado entre otros aficionados opulentos, e incluso pertenecientes a la aristocracia (entre ellos el honorable Thomas Norgate), interesados en la realización práctica de los más altos ideales en lo referente al teatro. Sólo que Kipps comprendía con mayor claridad que los demás aquellas cosas y tenía la suerte de que, en lugar de ser engañado por los profesionales, Chitterlow estuviera a su lado. Kipps empezó a vislumbrar un rayo de luz entre aquella maraña de palabras. Estaba claro que había comprado la cuarta parte de una comedia (una verdadera mina de oro), y por lo visto era conveniente que comprara la mitad. Creyó advertir también la sombra de una insinuación de que lo mejor sería que comprara la comedia entera y la produjera por su cuenta. Por lo visto tenía que producir una comedia utilizando un sistema nuevo de derechos..., de lo cual él no entendía ni una palabra. A continuación Chitterlow expresó ciertas dudas sobre si, después de todo, aquella comedia bastaría para regenerar por sí misma el actual estado lamentable en que se hallaba sumido el teatro británico. Quizá más adecuado para aquel fin fuera el drama (todavía sin terminar) en el que Chitterlow exponía cuanto sabía sobre las mujeres y en el que la figura principal era un miembro de la nobleza rusa, personificación viviente de las cualidades fundamentales de Chitterlow. Kipps creyó entender después que tenía que producir varias obras. Kipps tendría que producir un gran número de obras teatrales. Kipps debía fundar un Teatro Nacional...

Es posible que Kipps hubiera desaprobado todo aquello si hubiera sabido cómo expresarse. De vez en cuando su rostro asumía una expresión meditativa, pero sus protestas internas no hicieron ninguna otra manifestación exterior.

Siempre en las garras de Chitterlow y de lo desconocido, Kipps se encontró de pronto frente a la casa de Fenchurch Street y allí se

le hizo participar de la comida de mediodía. Entró en la casa olvidando ciertas confidencias y recordó la existencia de una *Mrs.* Chitterlow (la mejor voz de contralto de Inglaterra), al aparecer ésta en la puerta. Parecía mayor que Chitterlow, aunque probablemente no lo era, y su cabello era rojizo con vetas doradas. Vestía una de esas prendas indefinibles que pueden ser batas de noche, vestimenta casera o albornoz de baño, según las exigencias del momento (Kipps vio desde el primer instante que poseía un cuello blanco y mórbido, y sus brazos bien moldeados quedaban también completamente al descubierto). Sus ojos eran grandes y expresivos y Kipps los descubrió una y otra vez fijos en los suyos con expresión enigmática.

Sobre la mesita redonda de la habitación decorada con el espejo y las fotografías, se distribuyó con toda naturalidad una comida sencilla, pero suficiente para los tres. Cuando, siguiendo instrucciones de Chitterlow, se hubo echado mano de un plato que estaba en el armario debajo del bote de mermelada y se hubo buscado el único cuchillo que no tenía el mango flojo, para que lo utilizara Kipps, se sentaron a comer. Chitterlow comió con verdadero apetito, pero éste no entorpeció para nada el flujo de sus palabras. Había hecho las presentaciones entre su mujer y Kipps sin ninguna ceremonia. Era evidente que ella le conocía ya por referencias y, además, Chitterlow, le dio a entender que el objetivo principal de la reunión era llegar a un acuerdo para la producción de la comedia. Tampoco en sus modales utilizó el anfitrión ninguna ceremonia. Cuando *Mrs.* Chitterlow, que al principio tenía plena conciencia de sus deberes sociales, le reprendió por comer una patata con el cuchillo, su esposo contestó:

—¡No debiste casarte con un genio!

Era evidente que el talento de Chitterlow no se mantenía secreto en aquel hogar. Bebieron «Viejo Matusalén» con sifón y nadie hizo el menor movimiento para llevarse los platos usados. Éstos continuaron encima de la mesa. *Mrs.* Chitterlow cogió la bolsita de tabaco de su marido, lió un cigarrillo y se puso a fumar sin dejar de mirar a Kipps con sus grandes ojos castaños. Kipps había visto fumar de vez en cuando a una mujer, pero no de aquel modo. Comenzó a asustarse. Se dijo que no debió dar pie a aquella señora... al menos en presencia de Chitterlow.

Los tres se sentían muy optimistas y Chitterlow se puso a alabar a Kipps con voz sonora. Dijo que desde el principio se había dado cuenta de que Kipps era un joven excelente, que lo había advertido casi antes de que se levantara del barro en aquella noche memorable.

—Para estas cosas tengo un sexto sentido. Por eso...

Se interrumpió, pero evidentemente quiso dar a entender que su seguridad de que Kipps era un joven excelente, fue lo que le movió a convertirle en un hombre rico. Pronunció un gran número de frases de tono filosófico e incoherente sobre la teoría de las coincidencias. Consideraba que la crítica teatral estaba decayendo por días...

A eso de las cuatro de la tarde, Kipps se encontró solo, sentado en un banco frente al puerto. Chitterlow tenía un exceso de personalidad. Se llenó de aire los pulmones y resopló. No cabía duda de que esto era conocer la vida, pero... ¿había deseado acaso conocer la vida aquel mismo día? En cierto modo Chitterlow le había interrumpido al aparecer en su casa. Los proyectos que Kipps se había trazado para aquel día habían sido completamente distintos. Tenía pensado leer un libro que le había enviado Coote referente a las cosas que debía evitar, un libro para él de valor incalculable, en el que estaban contenidas todas las reglas del buen comportamiento según las normas inglesas. Tenía un único defecto, aunque pequeño: estaba ligeramente pasado de moda.

Recordó entonces que había pensado hacer una visita de cumplido a los Coote, como ensayo para la que haría muy pronto a los Walshingham. Pero ya era demasiado tarde.

Volviendo a Chitterlow, tendría que decirle inmediatamente que estaba dando demasiadas cosas por sentadas. Sí, tendría que decírselo así. Aunque no resultaba tan fácil hacerlo en su presencia como cuando estaba solo. Eso de dedicarse a producir y fundar un teatro, etc., era ir demasiado lejos.

No le parecía mal contribuir con la cuarta parte de lo que le pidió Chitterlow, y aun así... ¡cien libras! ¿Resistiría su fortuna la entrega de cien libras?

Tuvo que recordarse a sí mismo que, en cierto sentido, Chitterlow había sido el instrumento de que se sirviera el destino para poner en sus manos aquella fortuna.

No debes juzgarle con demasiada severidad, lector. Para Kipps no existía todavía el sentido de la proporción en estos asuntos. Cien libras le parecían una cantidad tan enorme como el total de cualquier gran fortuna.

CAPÍTULO II

LOS WALSHINGHAM

1

Los Coote vivían en la plaza de Bouverie, en una casita cuya fachada principal estaba cubierta de enredaderas.

Kipps no había acabado de decidir si sería conveniente dar uno o dos golpes con el llamador, pero afortunadamente la casa tenía timbre y no hubo problema.

Le hizo pasar una sirvienta tocada con un gran gorro blanco, que le introdujo en una salita decorada con un piano negro con adornos dorados, una librería cubierta de cristal, un diván de estilo morisco y un gran espejo sobre la chimenea, toda la cual estaba llena de adornos y fotografías. En el marco del espejo se veían incrustadas una serie de invitaciones para reuniones de varios tipos, y una lista de los miembros del club de *criquet* local, con el nombre de Coote como vicepresidente. Sobre la librería había un busto de Beethoven, y las paredes aparecían cubiertas con varios paisajes en óleo y acuarela, todos ellos con marcos dorados. En un extremo de la habitación y frente a la luz, se veía el retrato de una persona a quien al principio tomó Kipps por el propio Coote con gafas y vestido de mujer. Pero después decidió que debía tratarse de su madre. Sin embargo, pronto hizo su aparición el original en cuestión y el visitante descubrió que se trataba de la única hermana de su amigo, que vivía con él y le llevaba la casa. Tenía el pelo recogido en la nuca en un gran moño, al ver el cual Kipps se explicó el frecuente y característico ademán de Coote de llevarse la mano a la parte de atrás de la cabeza con gesto exploratorio. Pero instantáneamente se dijo que aquélla era una idea descabellada.

—¿Mr. Kipps? —dijo la recién llegada.

Kipps contestó sonriendo que así era y entonces ella le dijo que

Chester se había ido a la Escuela de Arte y que volvería en seguida. Preguntó después a Kipps si sabía pintar y le mostró las pinturas de las paredes. Kipps quiso saber de dónde era cada una, y cuando ella le explicó que una de las acuarelas representaba las rocas de las afueras de Folkestone, el joven declaró que nunca las hubiera reconocido.

—Pero son muy bonitas —añadió—. ¿Las ha pintado usted?

Contempló el cuadro con el cuello inclinado como el de un cisne y se acercó para verlo mejor.

—Sí, son muy bonitas —repitió—. Me gustaría saber pintar.

—Eso es lo que dice Chester —repuso ella—. Pero yo le digo que hay otras cosas más útiles que hacer.

En tan agradable conversación se hallaban sumidos, cuando Coote volvió de la Escuela de Arte. Entonces dejaron sola a la mujer y subieron juntos al piso superior, donde pasaron largo rato hablando de libros y de las reglas de la vida y la sociedad. O, para ser exactos, fue Coote quien habló y expuso sus teorías acerca del pensamiento y las lecturas...

El estudio de Coote consistía en realidad en un reducido dormitorio amueblado como un estudio. Sobre la chimenea se exhibían varias cosas que él creía indicativas de cultura y refinamiento: un autotipo de «La Anunciación» de Rossetti, un autotipo del «Minotauro» de Watts, una gran pipa grabada en madera, de fabricación suiza, una fotografía de la catedral de Amiens, un busto frenológico y unos cuantos fósiles. Una librería contenía la décima edición de la Enciclopedia Británica y una cuantas revistas, y encima de ella se veía una caja de cigarrillos. Bajo la ventana había una mesita y encima de ésta un pequeño microscopio, unos polvillos en un plato y unos pedacitos de cristal. Porque Coote era un aficionado a la biología. La pared más larga de la habitación estaba cubierta con estanterías, y dentro de éstas, una colección de libros que no envidiaba a cualquiera de las que exhiben las bibliotecas públicas. Había una gran abundancia de clásicos, novelas que habían alcanzado un éxito contemporáneo, antiguos libros de texto, guías, el Atlas del *Times*, las obras completas de Ruskin, las de Tennyson también completas y encuadradas en un solo volumen. Longfellow, Charles Kingsley, Smiles, un anuario o dos, varios folletos médicos, revistas atrasadas

de varias clases y una serie de escritos sin valor alguno..., en resumen, un compendio del pensamiento británico contemporáneo. Y frente a todo aquello Kipps permaneció mudo de admiración y de respeto y, al menos por el momento, dispuesto a ilustrarse, mientras Coote, el ejemplar Coote, le hablaba de sus lecturas y de la virtud de los libros.

—Nada ensancha tanto el pensamiento como el viaje, el viaje y la lectura... —dijo Coote—. Y ambas cosas, ¡son tan fáciles de conseguir hoy en día y tan baratas!

—Leer ha sido siempre una de mis aspiraciones —replicó Kipps.

—No puedes figurarte el bien que hacen los libros. Siempre que evites, naturalmente, lo que no vale la pena. Deberías hacerte el propósito, Kipps, de leer un libro serio a la semana. Desde luego se puede aprender también en las novelas, pero no lo mismo que se aprende con la lectura seria. Yo hice hace tiempo el propósito de leer un libro serio y una novela a la semana. En esa mesa está lo que he leído últimamente: *Sartor Resartus*, *La vida acuática*, de Mrs. Twaddletome, *Grandes escoceses*, *Vida y cartas de Dean Farrar*...

2

Al fin llegó hasta ellos el sonido del gong y Kipps descendió para tomar el té, sumido en un estado de nerviosa aprensión ante las dificultades con que tendrían que enfrentarse para comer y beber en compañía, sin faltar a la etiqueta. Por encima del hombro de Coote vio que había una cuarta persona sentada en el diván, y al volverse, dejando sin terminar una frase que estaba dirigiendo a Miss Coote referente a su respeto por la literatura, descubrió que la cuarta persona era Miss Helen Walshingham, que estaba sin sombrero y con el mismo aplomo que si se hallara en su casa. Inmediatamente se puso en pie y le tendió la mano.

—¿Está usted viviendo en Folkestone, Mr. Kipps?

—Sí, tengo aquí unos asuntos —respondió Kipps—. Creí que estaba usted en Brujas.

—No nos vamos por ahora. Estamos esperando a que mi

hermano tenga vacaciones y entonces procuraremos alquilar nuestra casa. ¿Dónde vive usted en Folkestone?

—Tengo una casa cerca del puerto.

—Esta tarde me he enterado de su cambio de fortuna.

—¿Verdad que es asombroso? —dijo Kipps—. Todavía no me he acostumbrado del todo. Cuando *Mr. Bean* me lo dijo, estuve a punto de desmayarme... Ha sido un cambio absoluto en mi vida.

Miss Coote le estaba preguntando en aquel momento si tomaba leche y azúcar con el té.

—Me da igual. Como usted quiera.

Coote se mostraba muy activo ofreciendo a todos pan y mantequilla. Las tostadas eran muy finas y muy tiernas. La mitad del pedazo que cogió Kipps cayó al suelo. Lo había estado sujetando por el borde, porque no estaba acostumbrado a aquel método de tomar el té, sin platos o mesa. Aquel pequeño incidente le dejó mudo durante algún tiempo y ni siquiera logró enterarse de la conversación. Cuando por último pudo recobrase de su azoramiento, los otros tres estaban hablando de una persona prodigiosa, a quien muy pronto tendrían el privilegio de escuchar, que, por lo visto, se llamaba «Padrooski». Kipps, sentado muy rígido en su silla, se tragó lo que quedaba de su tostada, rehusó cuando volvieron a ofrecerle y de aquel modo fue capaz de manejar con mayor soltura la taza y el plato de té.

Aparte de la confusión que le producía aquella función social de tomar el té, se hallaba en un estado de trémula agitación debido a la presencia de *Miss Walshingham*. Pasó la mirada de *Miss Coote* a su hermano, para dejarla por último reposar en Helen y no dejó de contemplarla mientras sorbía el té por el borde de la taza. Allí estaba su amada en carne y hueso. Era maravillosa. Contempló, como lo había contemplado tantas veces, el abundante cabello negro que le caía por encima de las orejas, la forma de sus manos y la delicada línea de su frente.

De pronto ella volvió la vista hacia él y le sonrió.

—¿Asistirá usted al recital? —le preguntó.

—Si estoy en Folkestone, desde luego iré —dijo Kipps después de aclararse la garganta—. No entiendo mucho de música, pero me gusta escucharla.

—Estoy segura de que le gustará *Paderewski*.

—Si a usted le gusta, me gustará a mí.

En aquel momento Coote le liberó amablemente de la taza y el platillo.

—¿Ha decidido usted vivir para siempre en Folkestone? —preguntó *Miss Coote*, desde su puesto junto a la chimenea.

—No —dijo *Kipps*—. Todavía no he decidido nada.

Añadió que deseaba viajar un poco antes de instalarse definitivamente en ningún sitio.

—¡Hay tantas cosas que considerar! —exclamó Coote llevándose la mano a la nuca.

—Es posible que vuelva a Nueva Romney, donde viven mis tíos —dijo *Kipps*—. En realidad no tengo nada decidido.

Helen le contempló pensativa durante un momento.

—Tiene que venir a visitarnos antes de que nos vayamos a Brujas —le dijo.

—Será un placer para mí. Es usted muy amable.

—Sí, venga a vemos.

De pronto se puso en pie, sin dar tiempo a *Kipps* para preguntarle cuál sería el día y el momento más oportuno para hacer su visita.

—¿Está segura de que no necesita esa caja de di bujo? —preguntó Helen a *Miss Coote*.

Ya era demasiado tarde para volver a hablar del asunto. Cuando se hubo despedido de *Miss Walshingham*, *Kipps* volvió a subir al estudio con Coote para elegir ciertos libros entre los que mencionaron anteriormente.

Poco después, *Kipps* se dirigía a su casa llevando bajo el brazo los siguientes títulos: *Sésamo y las lilas*. *Sir George Tressady* y un libro de autor desconocido llamado *Vitalidad*, que Coote tenía en gran estima.

Al llegar a su propia sala de estar, abrió *Sésamo y las lilas* y se sumió en la lectura durante algún tiempo.

Pronto, sin embargo, se reclinó sobre el respaldo de su butaca y se dedicó a intentar imaginarse lo que

Miss Walshingham habría pensado de él. Sintió que le invadía la duda de si el traje de franela gris habría estado adecuado para la ocasión. Se volvió hacia el espejo que había sobre la chimenea y después se subió a una silla para poder contemplar el corte de los pantalones. No estaban mal. Afortunadamente ella no le había visto el sombrero. Kipps sabía que el ala estaba mal doblada, pero no había logrado averiguar de qué modo y hasta qué punto debía inclinarse. Pero, en fin, ella no lo había visto. Iría a preguntarlo a la tienda donde lo compró.

Contempló largamente la imagen de su cara en el espejo sin acabar de decidir si le gustaba o no, y por fin descendió de la silla y se acercó a una mesita sobre la que reposaban dos libros muy importantes uno de ellos encuadernado en rojo y oro y el otro en piel verde. El primero se titulaba *Modales y reglas de la buena sociedad*, cuyo autor era un miembro de la aristocracia. Debajo del título se leían las palabras «Vigésima edición». El segundo era ese admirable clásico que se titula *El arte de conversar*. Kipps volvió con ellos a su asiento, abrió el segundo lanzando un suspiro y se reclinó para atrás. Después, con el ceño fruncido, comenzó a leer para sí moviendo los labios, desde el sitio donde tenía trazada una señal.

«Habiéndose posesionado de este modo de una idea, el barquichuelo no debe enviarse repentinamente a alta mar, sino que debe permitírsele que se deslice con suavidad a lo largo de la costa; es decir, que no debe comenzarse una conversación exponiendo un hecho desnudo, o expresando didácticamente una opinión, puesto que, de hacerlo así, el tema quedaría agotado completamente, recibiendo, por lo tanto, el conversador, por toda respuesta, un “Verdad” o “En efecto”, u otra palabra cualquiera igualmente corta. Si la persona a quien se dirigió el comentario mantiene una opinión opuesta, no debe expresarla como contradicción directa. El fin deseado es deslizarse imperceptiblemente en la conversación...».

Al llegar a este punto, Kipps introdujo los dedos por entre el cabello con expresión de profunda perplejidad y volvió a leer todo el párrafo desde el principio.

Cuando Kipps fue a visitar a los Walshingham, todo ocurrió de una manera tan distinta a la descrita en *Modales y reglas de la buena sociedad* que desde el principio se sintió aturdido. En lugar del criado o la criada que el libro indicaba, fue la propia Miss Walshingham en persona quien le abrió la puerta.

—¡Cuánto me alegro de verle! —exclamó dedicándole una de sus encantadoras sonrisas, y haciéndose a un lado para permitirle que pasara al estrecho pasillo que servía de vestíbulo.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió hacerle una visita —dijo Kipps, sin soltar de la mano el sombrero ni el bastón.

La joven cerró la puerta y le condujo a una pequeña salita que a Kipps le pareció de tamaño más reducido que la de los Coote y en la que al principio no distinguió más que un jarrón de cobre con un ramo de amapolas.

—Espero que el entrar en casa sin que esté mi madre no vaya en contra de sus principios, Mr. Kipps. Da la casualidad que ha salido esta tarde.

—Si a usted no le importa, tampoco a mí —repuso Kipps sonriendo amablemente.

Ella dio la vuelta a la mesa y permaneció contemplándole desde allí con la misma mezcla de especulativa curiosidad y de aprobación que recordaba haber visto en sus ojos durante la última clase a que asistiera.

—Me he preguntado varias veces si vendría a visitarnos antes de abandonar Folkestone.

—No pienso abandonar Folkestone por el momento, pero de todos modos no hubiera dejado de venir a verla.

—Mi madre lamentará haber salido. Le he hablado de usted y sé que desea conocerle.

—La vi el día que fue usted a la tienda..., si es que se trataba de ella.

—¡Ah, sí, sí, es cierto! Ha salido a hacer varias visitas de cumplido y yo no la he acompañado porque tenía mucho que escribir. Yo escribo un poco, ¿sabe usted?

—¿De veras?

—Cosas sin importancia. —La joven lanzó una mirada a un escritorio que, situado debajo de la ventana, estaba cubierto de papeles—. Hay que hacer algo para entretenerse.

Se interrumpió y se dirigió a la ventana. Kipps atravesó la habitación y se acercó a ella.

—¿Ha visto el paisaje que tenemos? Nuestra casa da a la plaza... En fin, no puedo quejarme; podría ser peor. Aquel puesto es horrible y también lo son los raíles, pero aun esto es preferible a hallarse frente a frente con nuestra réplica social, ¿no cree? En la primavera resulta muy agradable y también en el otoño.

—A mí me gusta —dijo Kipps—. Esas flores son muy bonitas.

—De vez en cuando los niños las arrancan.

—Sí, supongo que sí.

Kipps se apoyó en su bastón mientras contemplaba la plaza. Helen le lanzó una mirada rápida. Kipps se acordó entonces de una idea que había leído en *El arte de conversar*.

—¿Tienen jardín? —preguntó.

—Uno muy pequeño —repuso ella encogiéndose de hombros—. ¿Quiere que se lo enseñe?

—A mí me gusta mucho la jardinería —dijo Kipps pensando en las verduras que plantara muchos años atrás en el patio de la casa de su tío.

Miss Walshingham le condujo hasta el jardín, sintiéndose secretamente aliviada.

Atravesaron una puerta de cristales y salieron a un pequeño mirador con varios escalones que conducían al jardín. Éste era tan diminuto que apenas cabía en él un macizo de flores. En un rincón se elevaba un tupido sauce llorón. Pero las primeras flores de junio, grandes narcisos y una profusa cantidad de margaritas florecían con vivos colores.

—Éste es nuestro jardín —dijo Helen—. No es muy grande, ¿verdad?

—Es encantador —repuso Kipps.

—Es pequeño..., «pero éste es el día de las cosas pequeñas...».

Kipps no comprendió lo que aquello quería decir.

—Si estaba escribiendo cuando vine, la habré interrumpido —dijo.

Helen se volvió a mirarle y apoyó las manos sobre el borde del mirador.

—Había terminado. No sabía cómo seguir.

—¿Estaba inventando algo? —preguntó Kipps.

Hubo una breve pausa antes de que ella contestara con una sonrisa.

—Intento escribir cuentos... Es necesario tener una ocupación. No sé si algún día escribiré algo que valga la pena... Ahora que mi hermano se ha ido a Londres, tengo mucho más tiempo libre para dedicarlo a escribir.

—Yo he visto alguna vez a su hermano, ¿verdad?

—Acudió a la clase una o dos veces, de modo que probablemente le habrá visto allí. Se ha ido a Londres para examinarse y sacar el título de abogado. Supongo que cuando lo saque, eso será para él una oportunidad de salir adelante en la vida. Es más afortunado que yo.

—Usted tiene sus clases y todo lo demás.

—Que no me satisface. Supongo que soy una persona muy ambiciosa. Los dos lo somos —añadió contemplando por encima del hombro el reducido jardín.

—Yo diría que usted puede hacer todo lo que quiera —dijo Kipps.

—Pues se equivoca. No puedo hacer nada de lo que quiero.

—Ya ha hecho bastante.

—¿Qué he hecho?

—¿No pasó un examen en la universidad?

—¡Bah!

—Yo estaría orgulloso si hubiera podido hacerlo —dijo Kipps.

—*Mr.* Kipps, ¿sabe usted cuántas personas sacan un título en la Universidad de Londres todos los años?

—¿Cuántas?

—Entre dos y tres mil.

—Bueno, ¡pues piense en todas las que no lo sacan!

Helen se echó a reír.

—¡Oh, éstos no cuentan! —exclamó. Pero comprendiendo que aquello podía ofender a Kipps si le daba tiempo para digerirlo, añadió—: El hecho es que soy una mujer descontenta, *Mr.* Kipps. Folkestone es un lugar en el que la gente es calificada según su

prosperidad económica. Nosotros no somos una familia próspera. Vivimos en una calle lateral. Tenemos que vivir aquí porque ésta es nuestra casa, y podemos dar gracias a Dios por no vernos obligados a alquilar habitaciones. Pero, de todas formas, mi hermano y yo sentimos que no se nos ha dado una oportunidad en la vida. Es posible que, de haberla tenido, no la hubiéramos utilizado, pero...

Kipps iba sintiéndose cada vez más halagado al ver que ella le consideraba digno de su confianza.

—Exacto —dijo. Se apoyó en su bastón y añadió con tono convencido—: De todas formas, sigo creyendo que usted podría hacer todo lo que se propusiera.

Helen hizo un gesto negativo con la mano.

—Lo sé —repitió Kipps moviendo la cabeza—. He tenido ocasión de observarla durante las clases de tallado en madera.

Por alguna razón desconocida aquello hizo reír a la joven, y Kipps se dijo que, después de todo, llevaba camino de convertirse en un conversador ingenioso y elocuente.

—No cabe duda de que es usted una de las pocas personas que creen en mí, *Mr.* Kipps.

—¡Claro que sí, desde luego!

En aquel momento llegó hasta ellos el eco de los pasos de *Mrs.* Walshingham que se aproximaba por el pasillo. Un momento después atravesaba la puerta de cristales y aparecía ante ellos con el mismo sombrero que llevaba el día que entró en el almacén de Sharford. Kipps sintió cierta aprensión a pesar de las seguridades que le había dado Coote.

—*Mr.* Kipps ha venido a hacernos una visita —explicó Helen.

Mrs. Walshingham dijo que había sido muy amable por parte de Kipps y añadió que últimamente no recibían muchas visitas. Su actitud era muy distinta de la que había asumido aquel día en la tienda. Kipps se dijo que quizá se hubiera enterado de que ahora era un caballero. En la tienda le había producido la impresión de ser una persona envarada y altiva, pero no bien le hubo dado la mano, a cuyo contacto respondió la dama con una presión amistosa, comprendió que se había equivocado en su juicio. *Mrs.* Walshingham explicó a su hija que *Mrs.* Wace no estaba en casa y a continuación se volvió hacia Kipps y le preguntó si había tomado el té. Kipps contestó que no y Helen desapareció en el interior de la

casa.

—¡Pero, por Dios —protestó Kipps—, no se molesten por mí, se lo suplico...!

Pero Helen ya se había marchado y se encontró solo con *Mrs.* Walshingham, lo que, naturalmente, le azoró durante algunos minutos.

—¿Era usted uno de los discípulos de Helen? —preguntó la dueña de la casa observándole con la superioridad inherente a su posición.

—Sí —repuso Kipps—. Así fue como tuve el placer...

—Helen se interesa mucho por su clase de tallado en madera. Mi hija es una persona llena de energía y la clase es para ella como una válvula de escape.

—Yo opino que es una magnífica profesora.

—Todo el mundo dice lo mismo. Yo creo sinceramente que Helen haría bien todo lo que se propusiera. Es muy inteligente y se entrega a lo que hace en cuerpo y alma.

Mrs. Walshingham se desató la cinta del sombrero con simpática naturalidad.

—Me ha contado muchas cosas de la clase, entre ellas todo lo que pasó aquel día que usted se cortó la mano.

—¿En serio le contó eso?

—Sí. Y me dijo que había sido usted muy valiente.

(En realidad el único comentario de Helen había sido que aquel muchacho tenía gran facilidad para la coagulación de la sangre).

Kipps se ruborizó.

—Me dijo que no se quejó usted ni una sola vez.

Kipps pensó que tendría que pasarse varias semanas aprendiéndose de memoria *El arte de conversar*. Seguía todavía turbado cuando apareció Helen, trayendo en una bandeja todo lo necesario para tomar el té.

—¿Quiere hacer el favor de acercar la mesa? —rogó *Mrs.* Walshingham.

Aquello le hizo sentirse más a gusto. Kipps dejó el sombrero y el bastón en un rincón y acercó una mesita de hierro, pintada de verde. Después siguió a Helen al interior de la casa, a fin de traer las sillas necesarias.

En cuanto se hubo librado de la taza y el platillo del té (rehusó

tomar nada sólido y afortunadamente ellas no insistieron), se sintió como en su casa. Pronto se puso a hablar con toda sencillez sobre su cambio de situación, sus dificultades y sus planes. Les mostró lo que parecía ser toda su alma. Antes de que pasara mucho tiempo, ellas se habían acostumbrado a su acento y empezaban a darse cuenta de lo que la muchacha de las pecas había advertido mucho antes, es decir, de que Kipps tenía cierto atractivo.

El muchacho hizo confidencias y expuso sus problemas, sin perder ni un momento su tono de admiración y respeto hacia las dueñas de la casa.

Permaneció allí casi dos horas, olvidando lo incorrecto que es hacer una visita de tanta duración. Pero ni a *Mrs.* ni a *Miss* Walshingham les importó en absoluto.

CAPÍTULO III

PROMETIDO

1

A los dos meses de aquello, a los cincuenta y tres días, para ser exactos, Kipps había visto convertirse en realidad los más ambiciosos deseos de su corazón.

Esto se hizo posible cuando los Walshingham decidieron (aparentemente intrigados por Coote) no pasar por fin las vacaciones en Brujas, sino quedarse en Folkestone. Fue esta afortunada casualidad la que ofreció a Kipps las oportunidades necesarias.

El día de su triunfo fueron a Lympne, mucho antes de que el verano comenzara siquiera a vislumbrar su fin, es decir, mientras el mes de agosto estaba en todo su esplendor. Habían organizado una excursión por el antiguo canal militar de Hythe. Después almorzarían en el puente de ladrillos, para subir por último al castillo de Lympne. El huésped de honor, todos lo sabían sin decirlo, era Kipps.

Formaban un grupo bullicioso. El canal estaba lleno de hierba y tenía muy poca agua, por lo que se repartieron en tres canoas. El primer deporte que Kipps había abrazado era el remo y el segundo el ciclismo (todavía le faltaban tres o cuatro de las diez lecciones que se había comprometido a tomar). Kipps no remaba nada mal y sus músculos, fortalecidos por muchos años de mover piezas enteras de tela, hacían buen papel al lado de los de Coote. Llevaba de compañera en su canoa a la muchacha de las pecas, la que desde el principio había sabido comprenderle, y los dos desafiaron a una carrera a los hermanos Walshingham.

Coote, siempre cortés y considerado, avanzaba detrás con *Mrs.* Walshingham. No podía esperarse que ésta remara (aunque, claro

es, se ofreció a hacerlo), por lo que iba reclinada sobre un montón de almohadones y protegida por una sombrilla blanca y negra. Desde allí se dedicó a observar a Kipps y a su hija, preguntando de vez en cuando a Coote si se cansaba demasiado y quería que ella llevara un rato los remos.

Todos iban vestidos con atuendos deportivos; las jóvenes miraban a sus parejas por debajo de las anchas alas de sus pamelas y hasta la muchacha de las pecas estaba hermosa. Helen, moviéndose al compás del remo, produjo a Kipps por primera vez la impresión de que, además de tener un bello rostro, poseía un cuerpo grácil y airoso. Kipps estaba vestido con el traje más completo y moderno que había encontrado para la ocasión. Sin sombrero, con el cabello despeinado por el viento y vistiendo con naturalidad su pantalón de franela blanca, se convirtió de pronto en un joven notablemente bien parecido.

Todo aquello le favorecía, el día le favorecía, el mundo estaba de su parte. El joven Walshingham, la muchacha de las pecas, Coote y *Mrs.* Walshingham estaban pendientes de él. Entre el lugar de desembarco y Lympne, la Fortuna había puesto una pradera completamente a la disposición de un toro adolescente. No era un toro grande y feroz, pero, por otro lado, tampoco era un ternero; se trataba de un toro joven en el mismo estado de desarrollo emocional que aquél en que se hallaba Kipps. Nuestros amigos se dirigían inmediatamente hacia aquel lugar.

Después de desembarcar, el joven Walshingham abandonó a Helen con Kipps con la sencilla naturalidad de un hermano, y se dedicó a la joven de las pecas, dejando a Coote que llevara el chal de *Mrs.* Walshingham. Inmediatamente procedió a dejar la mayor distancia posible entre él y los demás. Creo haber mencionado anteriormente que el joven Walshingham era moreno y atractivo, con cierto perfil napoleónico. Por lo tanto, era natural que sus ideas fueran osadas y que hablara en epigramas. Hacía tiempo que había descubierto que la muchacha de las pecas tenía grandes cualidades. Aquel día se sentía en un estado de ánimo muy feliz, porque le había sido confiado el manejo de los asuntos financieros de Kipps (el viejo Bean había visto que se prescindía inexplicablemente de sus servicios). No era aquél mal principio para un abogado que sólo dos meses atrás había conseguido el título. Para colmo, había estado

leyendo a Nietzsche y pensaba que con toda probabilidad él era el Superhombre amoral descrito por aquel pensador. Deseaba desarrollar el tema de la amoralidad ante la muchacha de las pecas, y a fin de poder efectuar tal exposición de las ideas del maestro, se apartaron del camino y se internaron en un bosquecillo, alejándose del toro. Pero Coote y *Mrs.* Walshingham, ambos poco dispuestos, por excelentes razones personales, a molestar a Kipps y a Helen, les seguían pisándoles los talones. Los dos se dirigieron inadvertidamente a la valla que rodeaba la pradera, y al descubrir la presencia del toro, salió a la superficie la innata aversión que Coote sentía hacia cualquier forma de brutalidad. Declaró, pues, que la valla era demasiado alta y que sería más conveniente dar un rodeo. Y *Mrs.* Walshingham accedió con profundo alivio.

Aquello dejó el camino libre para Helen y Kipps, que se encontraron de lleno con el toro. Helen no lo vio en seguida, pero sí Kipps, que, al menos aquella tarde, se sentía capaz de enfrentarse hasta con un león. El animal les contempló con un ojo grande, azulado y maligno, abrió la boca y mugió, mientras movía la cabeza dando a entender que de un momento a otro pensaba lanzarse al ataque. Helen se asustó sin llegar a perder la dignidad, y Kipps se puso extremadamente pálido. Pero tampoco perdió la calma, y la joven se dijo que había perdido el último vestigio de su acento vulgar y de su inseguridad social. Indicó a Helen que anduviera sin apresurar el paso hacia la valla y él avanzó oblicuamente en dirección al animal.

—¡Largo de aquí! —exclamó.

Y, cosa extraña, el toro obedeció. Sin duda alguna, fue un incidente sin importancia, pero bastó para borrar de la mente de Helen la idea inexacta de que un hombre que, como Kipps, tanto miedo tenía a una taza de té, debía necesariamente tener miedo en todos los momentos críticos de la vida. Y hasta quizá fue demasiado lejos al pensar ahora lo contrario. Hasta entonces Kipps le había producido un efecto de inestabilidad. Ahora, de pronto, descubría que era fuerte y robusto. Vislumbró en él aspectos insospechados. ¡He aquí un hombre en quien una joven como ella podía confiar...!

Mientras dejaban atrás Portus Lemanus y subían la cuesta que conducía al castillo, esta nueva idea se grabó con fuerza en sus pensamientos.

Todo el que permanece algún tiempo en Folkestone, va a Lympne más pronto o más tarde. El castillo se ha convertido en una granja y ésta se envuelve en las paredes de la fortaleza como un hombre insignificante se envolvería en el abrigo de un gigante. La más amable de las granjeras atiende a un perpetuo flujo de visitantes, exhibe su cocina y dependencias y conduce a los turistas a una terraza bañada por el sol. Desde ésta se contemplan las laderas, en las que pacen pacíficos rebaños de ovejas, así como los lugares donde duermen para siempre los vestigios de la gloria de Roma. Se sube por una escalera de piedra muy gastada y se contempla el espectáculo. Allá abajo, casi al final de la colina, se extienden los campos hasta el mar, campos en los que se distinguen los torreones de olvidadas ciudades medievales sobre el fondo de montañas de Winchelsea y Hastings; al Este, entre el cielo y el mar, se halla suspendida Francia; y al Norte, el panorama de granjas, casas y bosques se extiende bajo las sombras pasajeras de las nubes.

Allí, lejos del mundo de todos los días y en presencia de toda aquella belleza, fue donde Helen y Kipps se encontraron a solas. Los seis habían tomado la misma dirección pero al comenzar a subir las empinadas escaleras *Mrs. Walshingham* había sentido un mareo, por lo que ella y la joven de las pecas permanecieron abajo, paseando a la sombra del castillo; Coote se acordó entonces de pronto de que no tenían cigarrillos y se llevó consigo al joven *Walshingham* para comprarlos en el pueblo. Explicaron todo esto a gritos desde abajo, y, cuando lo hubieron comprendido. Helen y Kipps se volvieron para contemplar el paisaje y permanecieron largo rato silenciosos.

Helen estaba sentada al borde del mirador y Kipps se hallaba de pie a su lado.

—Siempre me han gustado los paisajes verdes —dijo Kipps después de un gran intervalo, en el que ninguno de los dos habló. Después cambió bruscamente de conversación—. ¿Cree usted que Coote estaba de verdad en lo cierto?

Ella le miró sin saber a qué se refería.

—En lo que dijo respecto a mi nombre —explicó Kipps.

—¿Que su verdadero nombre debe ser «Cuyps»? Tengo mis dudas. Al principio creí...

—Estaba pensando... —dijo Kipps.

Ella le lanzó una rápida mirada y volvió después a fijar sus ojos en el mar.

Durante algún tiempo Kipps no supo qué decir. Había pensado pasar de aquello a hablar de los apellidos en general y del cambio de nombres; ello le había parecido la manera más ingeniosa de llegar a lo que se proponía, pero de pronto se dijo que el proyecto era completamente tonto y vulgar. Contempló un momento el perfil de *Miss Walshingham*, enmarcado por la piedra antigua y el cielo azul. Entonces se olvidó de la cuestión de los nombres, y cuando habló de nuevo, se refirió al paisaje.

—Cuando veo un paisaje como éste y cosas bellas como éstas, me siento...

Helen le miró, comprendiendo que luchaba por encontrar las palabras exactas, certeras y adecuadas.

—... sentimental —concluyó Kipps.

Ella le envolvió en una mirada que contenía cierto calor.

—*Mr. Kipps*, tiene usted un concepto demasiado pobre de sí mismo —dijo con voz acariciadora.

Kipps la miró asombrado como quien despierta de un sueño y ella bajó la vista.

—¿Quiere decir que... usted no tiene un concepto pobre de mí?

Helen levantó los ojos y movió la cabeza.

—Pero..., por ejemplo..., usted no me considera su igual.

—¿Por qué no?

—Pero... —Su corazón latía atropelladamente—. Si yo creyera que... ¡Usted es una mujer tan culta!

—Eso no es nada.

Después, y durante lo que a ambos les pareció un interminable espacio de tiempo, guardaron silencio, un silencio que expresaba y daba a entender muchas cosas.

—Yo sé perfectamente lo que hago —dijo Kipps al fin—. Si creyera posible... Si usted... Creo que sería capaz de hacer cualquier cosa...

Se interrumpió. Helen permanecía con los ojos fijos en el suelo, en una completa inmovilidad.

—Miss Walshingham, ¿es posible que usted... sienta algún cariño hacia mí? ¿Querrá ayudarme? Miss Walshingham, ¿siente usted algo por mí?

Kipps se dijo que nunca iba a recibir respuesta. Pero al fin ella levantó los ojos y le miró.

—Creo que es usted el más generoso (¡mire lo que ha hecho por mi hermano!), el más generoso y el más modesto de los hombres. Y esta tarde se ha portado usted como el más valiente.

Volvió la cabeza, miró hacia abajo, saludó a alguien que estaba en la terraza inferior y se puso en pie.

—Mi madre nos está haciendo señas —dijo—. Debemos bajar.

Kipps se mostró instantáneamente cortés y deferente, pero sus pensamientos se hallaban sumidos en un tumulto que nada temían que ver con aquello. Precedió a su amada a la puerta que daba a las escaleras («un Caballero siempre debe preceder a una dama al subir o bajar las escaleras»), y en el segundo escalón se volvió con semblante decidido.

—Pero... —comenzó a decir desde la oscuridad.

Helen le contempló con la mano sobre la baranda de piedra.

—¿No quiere decírmelo? Debe saber...

—¿Qué es lo que debo saber?

—Si siente algo por mí.

La joven permaneció unos instantes en silencio, y a Kipps le pareció que todo cuanto le rodeaba permanecía en suspenso y estaba a punto de desmoronarse.

—Sí. Lo sé —dijo ella por fin.

De pronto, con impalpable intuición, Kipps supo cuál sería la respuesta y permaneció silencioso. Helen se inclinó hacia él y sus ojos se suavizaron.

—Prométame que si yo no tengo un concepto pobre de usted, tampoco lo tendrá usted de sí mismo.

—¿Qué quiere decir?

Helen se inclinó aún más y habló en voz baja.

—Yo le quiero...

—¿A mí?

Ella se echó a reír francamente.

Kipps, asombrado hasta más allá de toda medida, y queriendo asegurarse de que sus oídos no le habían engañado, preguntó:

—¿Querrá casarse conmigo?

Helen seguía riendo, embargada por la sensación de poder, de dominio y de triunfo, que toda la escena le había hecho experimentar.

—Sí. ¿Qué otra cosa podrían significar mis palabras?

Kipps se sintió como se sentiría un ermitaño al verse arrancado de pronto de sus devociones, de sus hábitos burdos y de sus cenizas y arrojado por las puertas del Paraíso, entre los querubines de alas iridiscentes y ojos clarísimos. Se sintió conducido de pronto al seno mismo de la felicidad...

Su mano se agarró convulsivamente a la cuerda que sirve de barandilla a las escaleras de piedra. Sintió impulsos de besar la mano de Helen, pero no lo hizo.

No dijo una palabra más. Giró sobre sus talones y con expresión un poco asustada se sumió en la oscuridad del descenso...

3

Todos parecieron comprender lo que había sucedido. No se dijo nada ni se dio ninguna explicación; los ojos de ambos expresaban lo suficiente. Kipps recordó más tarde que cuando cruzaban las puertas del castillo. Coote le cogió del brazo como de casualidad y se lo apretó. Era evidente que lo sabía todo. Sus ojos, su nariz y toda su persona brillaban con benevolente aprobación, brillaban también con la satisfacción de haber conducido a buen término un satisfactorio asunto. *Mrs. Walshingham*, que hasta entonces se había sentido algo fatigada, se recuperó y se mostró extremadamente cariñosa con su hija. Pidió a Kipps que le diera el brazo al bajar la cuesta y el muchacho obedeció como un sonámbulo.

Ella y Kipps se pusieron a hablar como personas responsables que eran y avanzaron despacio, mientras los otros cuatro descendían juntos y alegremente cuesta abajo. Kipps se preguntó de qué hablarían los dos, pero pronto se vio sumido con toda naturalidad en una conversación con *Mrs. Walshingham*. Conservaba, por así decirlo, su personalidad superficial, mientras su

ser interno permanecía aturdido y como en éxtasis. Fue una conversación interesante y amistosa, la primera que mantenían los dos solos. Hasta entonces Kipps había tenido un cierto miedo a *Mrs.* Walshingham, a quien consideraba como una persona satírica. Pero aquel día se mostró comprensiva y hasta sentimental, y Kipps, a pesar de su abstracción, se entendió con ella admirablemente. Hablaron del paisaje y de la melancolía inherente a las ruinas del pasado y al recuerdo de las generaciones desaparecidas. Después, *Mrs.* Walshingham tocó el tema de Helen y habló de las ambiciones literarias de su hija.

—Estoy segura de que hará algo. *Mr.* Kipps, para una madre es una gran responsabilidad saber que su hija tiene una inteligencia excepcional.

—No cabe duda de que así es —repuso Kipps, convencido.

Mrs. Walshingham habló también de su hijo, que era casi exacto a Helen, aunque tenía su personalidad propia, y consiguió que Kipps acabara por sentirse paternal.

—¡Son tan listos, tan artistas! ¡Están tan llenos de ideas! A veces hasta tengo miedo. Ellos necesitan una oportunidad, del mismo modo que las demás personas necesitan aire para respirar. —De aquí pasó de nuevo a hablar de los escritos de Helen—. Cuando era muy pequeñita ya componía versos. Su padre tenía las mismas aficiones. —*Mrs.* Walshingham se sumió en patéticas reminiscencias del pasado—. Era más artista que hombre de negocios y eso fue lo que le perdió... Su socio le engañó y cuando ocurrió el desastre todo el mundo le culpó a él... Pero es mejor no pensar en cosas desagradables... Especialmente hoy. Hay días buenos y días malos, *Mr.* Kipps. Y los días de mi vida no siempre han sido buenos.

Kipps la miró con una expresión que imitaba perfectamente a la de Coote.

De allí *Mrs.* Walshingham pasó a hablar de flores, mientras Kipps se representaba una y otra vez la imagen de Helen inclinándose hacia él en la escalera de piedra...

Tomaron el té bajo los árboles, delante de la posada, y en cierto momento Kipps advirtió que todos los componentes del grupo le estaban mirando simultánea y furtivamente. Se hubiera creado cierta tensión en el ambiente, sino hubiera sido por Coote y su tacto instintivo en primer lugar, y en segundo por un enjambre de avispas

que eligió aquel instante para hacer su aparición. Coote estaba decidido a que aquel día memorable terminara bien, y para conseguir ese fin puso en juego todo su sentido humorístico. Después el joven Walshingham se puso a hablar de las ruinas romanas de Lympne, proponiéndose pasar de allí a la exposición de las teorías de Nietzsche sobre el Superhombre.

—Los romanos... —comenzó.

En aquel momento aparecieron las avispas y todos se lanzaron al ataque. Kipps tomó parte en la matanza como en sueños, teniendo que hacer tremendos esfuerzos para mantener una apariencia de cordura. Helen se esforzaba por no mirarle y se comportaba con asombrosa naturalidad, pero en un momento dado Kipps creyó advertir un ligero tinte color de rosa bajo el marfil de sus mejillas...

Por un acuerdo tácito, los demás concedieron a Kipps el privilegio de volver con Helen en la misma canoa. La ayudó a penetrar en ella, cogió el remo y remando despacio logró quedarse detrás. Estaba profundamente conmovido y no dijo ni una palabra. ¿Cómo podría volver a hablarle alguna vez? Ella le habló de cuando en cuando del reflejo del agua, de los árboles y de las flores, y él se limitó a mover la cabeza por toda contestación. Comenzaba a darse cuenta del significado de lo que había ocurrido en el castillo de Lympne, pero no osaba todavía pensar en aquella mujer como cosa suya, ni siquiera en lo más íntimo de su corazón. Pensó, sí, que la diosa había descendido de su altar y le había cogido de la mano...

El cielo brillaba con generoso esplendor. Junto a ellos se erguían protectores los árboles y brillaba la superficie de las aguas. Helen le vio como una figura joven y erguida, manejando los remos con habilidad y haciendo con su rítmico movimiento que el agua salpicara estrellas de plata. Y no le pareció del todo mal. De extremo a extremo del mundo, la juventud atrae a la juventud, y el alma de Helen se sintió triunfante al sentirse adorada. Y, por añadidura, Kipps representaba dinero, la oportunidad, la libertad, Londres..., un sinnúmero de seductoras posibilidades. Kipps no podía ver sus ojos, pero su cerebro embrujado por el amor creyó comprobar que brillaban como estrellas crepusculares...

Para él, el mundo se redujo aquella tarde a la imagen de Helen enmarcada por el cielo cada vez más oscuro, el agua y las sombras de los árboles. Le pareció ver las cosas con extraordinaria claridad y

ella se le reveló como la causa y la esencia de la vida misma.

Había logrado el deseo de su corazón. Era aquél uno de los momentos de la vida en los que parece que no existe el futuro, en los que el tiempo se detiene y creemos que ha llegado el final. Kipps no pudo pensar aquella tarde en el mañana. Había conseguido cuanto su imaginación había deseado y todo su ser detuvo su proceso, sorbiendo la felicidad de aquellos instantes.

4

A las nueve de la noche apareció Coote en el nuevo apartamento de Kipps (porque había alquilado amueblada la casa de su abuelo). Kipps estaba sentado junto a la ventana en la oscuridad, completamente inmóvil. Coote se sintió profundamente conmovido al apretar su mano y le habló con la emoción adecuada a los momentos de crisis. También Kipps estaba muy sensible aquella noche y, por lo tanto, trató a Coote como si fuera un hermano muy querido.

—Es una mujer magnífica —dijo Coote abordando resueltamente el tema.

—¿Verdad que sí?

—Mi querido Kipps, esto es mejor aún que lo de la herencia.

—No lo merezco —dijo Kipps.

—No hay razón para que digas eso.

—Apenas puedo creerlo. No puedo creerlo, no.

Siguió un silencio expresivo.

—Es maravilloso —dijo Kipps.

Coote lanzó un suspiro y los dos se sumieron en el silencio.

—¿Y todo comenzó... antes de que heredaras?

—Cuando yo daba clase con ella —respondió Kipps con unción.

Desde la oscuridad en que se hallaba y que iluminó al encender una cerilla, Coote dijo que todo lo sucedido era muy hermoso y que no hubiera podido desear a Kipps nada mejor... Encendió un cigarrillo y Kipps hizo lo mismo con expresión emocionada.

Poco después hablaron ya con más naturalidad.

Coote comenzó a alabar a Helen, a su madre y a su hermano, habló de fechas y convirtió la cosa en algo concreto y real.

—Son de una familia muy ilustre, ¿sabes? Están relacionados con los Beauprés... ¿Has oído hablar de Lord Beauprés?

—¿De verdad? —preguntó Kipps.

—Es un parentesco muy lejano, desde luego. Pero aun así... —Sonrió, haciendo que sus dientes brillaran a la media luz del crepúsculo.

—Es demasiado —dijo Kipps, abrumado—. Es demasiado...

Coote exhaló el humo del tabaco y durante algún tiempo Kipps escuchó sus alabanzas de Helen y de la excepcional inteligencia de Helen.

—Oye, Coote —dijo de pronto—. ¿Qué debo hacer ahora?

—¿A qué te refieres?

—A cuándo debo ir a verla y todo eso. —Hizo una pausa y reflexionó—. Naturalmente, quiero hacer las cosas bien.

—Por supuesto —dijo Coote.

—Sería horrible estropearlo todo haciendo algo incorrecto ahora.

Su amigo reflexionó profundamente.

—Desde luego debes ir a visitarlas en seguida. Tendrás que hablar con *Mrs.* Walshingham y decirle que quieres casarte con su hija.

—Me parece que ya lo sabe —dijo Kipps con defensiva penetración.

Coote movió la cabeza de un lado para otro.

—Y luego está la cuestión del anillo. ¿Qué debo hacer?

—¿Qué anillo?

—El anillo de compromiso. *Modales y regalos de buena sociedad* no dice nada sobre eso. Ni una palabra.

—Desde luego debes comprar algo de buen gusto.

—¿Qué clase de anillo?

—Algo bonito. Ya te lo indicarán en la tienda.

—Sí, claro. ¿Y tendré que llevárselo y ponérselo yo mismo en el dedo?

—¡No, no! Será mucho mejor enviárselo.

—¡Ah! —exclamó Kipps por primera vez con una nota de alivio en la voz—. Y en cuanto a la visita a *Mrs.* Walshingham..., ¿cómo

debo ir vestido?

—Es una ocasión muy solemne —reflexionó Coote.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Frac?

—Creo que sí —repuso Coote hablando con extrema lentitud.

—¿Pantalones claros?

—Sí.

—¿Y una rosa?

—Creo que estaría muy adecuada en el ojal.

La cortina que ocultaba el futuro se hizo de pronto menos opaca a los ojos de Kipps. El día siguiente y los demás días comenzaban a hacerse por fin perceptibles. ¡Frac, sombrero de copa y una rosa! Con cierta solemnidad se contempló así mismo en el proceso de transformarse en un caballero inglés. Arthur Cuyps, vestido de frac, conocido de *Lady Punnet*, prometido oficial de una parienta lejana del conde de Beauprés...

La magnitud de su buena fortuna le dejó aturdido. Sintió que el mundo se abría como una flor mágica, transformándose al contacto de su varita de oro. Y en el corazón de la flor, Helen se recostaba bellísima. Diez semanas atrás, él había sido el más humilde de los empleados, despedido ignominiosamente de la tienda. Y, sin embargo, era la simiente enterrada, por así decirlo, de todas estas maravillas. Decidió que el anillo de compromiso sería de la mejor calidad; en una palabra, el mejor que tuvieran en la tienda.

—¿Debo mandarle flores? —preguntó.

—No es necesario. Aunque naturalmente es un detalle delicado. Kipps quedó pensativo.

—Cuando la veas tendrás que decirle que fije la fecha.

Kipps salió bruscamente de su ensimismamiento.

—No será muy próxima, ¿verdad?

—No veo ninguna razón para que lo retraséis.

—Pero... Pongamos un año.

—Un año me parece mucho tiempo —observó Coote.

—¿Sí...? —Kipps volvió la cabeza con brusco ademán—. Pero...

Hubo una larga pausa.

—Oye, Coote —dijo al fin con voz alterada—. Tendrás que ayudarme en lo de la boda.

—Será un placer para mí.

—Yo no creí... —De pronto cambió el curso de sus pensamientos

—. Dime, ¿qué es un *tête-à-tête*?

—Un *tête-à-tête* —explicó Coote— es una conversación a solas.

—¿Ah, sí? Yo creí... El libro dice que no debemos tener un *tête-à-tête*, ni estar juntos, ni dar paseos, ni montar a caballo, ni vernos a solas a ninguna hora del día. Es bastante desconsolador, ¿no crees?

—¿Dice eso el libro?

—Acababa de aprendérmelo de memoria cuando tú llegaste. Me pareció muy extraño, pero supongo que habrá que hacerlo así.

—No creo que *Mrs.* Walshingham sea tan estricta —opinó Coote—.

—. Me parece que ese libro es un poco exagerado. Eso sólo se hace ahora en las familias más antiguas y aristocráticas. Además, los Walshingham tienen unas teorías muy modernas y estoy seguro de que tendréis muchísimas ocasiones de estar los dos juntos.

—Tengo muchas cosas en qué pensar —dijo Kipps dando un profundo suspiro—. ¿De modo que tú crees que dentro de unos meses quizá estaré casado?

—Tendrás que estarlo. ¿Por qué no?

Era ya medianoche y Kipps seguía, un poco cansado, pasando con estudiosa expresión las hojas del libro de cubiertas encarnadas. Se detuvo un momento en la página

233 al

ver las palabras siguientes:

«Por un tío o una tía políticos, el período de luto riguroso es de seis meses».

—No —dijo Kipps con un vigoroso esfuerzo mental—. Esto no es.

Siguió pasando páginas y al fin se detuvo ante el capítulo titulado: «Bodas».

Quedó pensativo y contempló la lámpara que pendía del techo.

—Supongo que tendré que ir a decírselo... —dijo por fin.

Kipps fue a visitar a *Mrs.* Walshingham vestido como para una importantísima y solemne ceremonia. Llevaba sombrero de copa y

vestía de frac; sus botines eran del mejor cuero y sus pantalones de un elegante color gris oscuro. Exhibía puños blancos con gemelos de oro y llevaba en la mano los guantes grises, uno de cuyos dedos había estallado al ponérselos. En la otra mano llevaba un paraguas exquisitamente enrollado y apretado. La sensación de estar hecho todo un caballero elegante, inundaba su ser y competía con la solemnidad de la ocasión para ocupar el primer puesto en sus pensamientos. De vez en cuando se llevaba la mano derecha a la corbata de seda. El perfume de la rosa que lucía en la solapa le producía un delicioso placer.

Se sentó en una butaca que había sido tapizada recientemente de cretona.

—Lo sé... —le dijo *Mrs. Walshingham*—. Lo sé todo.

Kipps volvió a decirse que aquélla era una mujer refinada y exquisita.

—Todo esto es conmovedor para una madre —prosiguió la dama dejando descansar la mano sobre una de las mangas impecables del frac de su visitante—. Una hija, Arthur, es mucho más entrañable que un hijo.

Declaró que el matrimonio es una lotería y que sin amor y sin comprensión no existe la felicidad.

Su propia vida no había sido siempre feliz, pues hubo en ella días buenos y días malos... Sonrió dulcemente.

—Éste es uno de los días buenos...

Dijo cosas muy halagadoras para Kipps y le dio las gracias por haber sido tan bueno con su hijo.

—Eso no es nada... —protestó Kipps.

Pero ella continuó desarrollando el mismo tema.

—¡Son los dos tan listos, tan artistas...! Yo les llamo «mis alhajas gemelas».

Estaba repitiendo lo que ya le había dicho en Lympne de que sus hijos necesitaban oportunidades del mismo modo que otras personas necesitan aire para respirar, cuando se vio bruscamente interrumpida por la aparición de Helen. Se hizo el silencio durante unos segundos, quizás a causa de la sorpresa de Helen al contemplar el magnífico atuendo de Kipps. La joven reponiéndose al fin, avanzó hacia él con la mano extendida.

—Acabo de llegar —comenzó a decir Kipps, y se interrumpió sin

saber cómo terminar la frase.

—¿No quieres una taza de té? —preguntó Helen.

Se dirigió a la ventana, desde donde contempló la plaza, y después se volvió a mirar a Kipps.

—Voy a preparar el té —dijo bruscamente.

Y con estas palabras desapareció de nuevo.

Mrs. Walshingham y Kipps se miraron, y la primera sonrió con indulgencia.

—Es natural que sientan timidez al principio —dijo, comprensiva.

Estaba explicando que Helen había sido siempre muy sensible, cuando apareció la sirvienta con las cosas del té. Después llegó Helen, que se instaló detrás de la mesita de bambú y rompió el hielo poniéndose a servir las tazas. Después comenzó a hablar de la próxima representación al aire libre de una obra de Shakespeare, y el momento de tensión pasó. Hablaron de sus opiniones sobre el teatro.

—No acaban de gustarme las comedias en escena No sé por qué, no me producen ninguna sensación de realidad.

—¡Pero si todas las comedias están escritas para la escena! —exclamó Helen mirando al azucarero.

—Ya lo sé —dijo Kipps.

Cuando acabaron de tomar el té, Kipps se levantó.

—No se vaya todavía —dijo *Mrs.* Walshingham cogiéndole de la mano—. Estoy segura de que ustedes dos tienen muchas cosas que decirse.

Y con estas palabras se dirigió a la puerta y salió de la habitación.

6

Entre otras cosas que a Kipps le parecieron igualmente adecuadas a la situación, nuestro hombre pensó en aquel momento abrazar a Helen con ardor, en cuanto la puerta se hubiera cerrado detrás de su madre. También pensó escapar lo antes posible por la ventana.

Pero recordó a tiempo que debía mantener la puerta abierta para que saliera *Mrs. Walshingham*, y cuando se volvió, después de cumplir aquel deber de cortesía, descubrió que Helen estaba inaccesible detrás de la mesa del té. Terminó de cerrar la puerta y avanzó hacia ella con las manos cruzadas a la espalda. Después se llevó una de ellas al bigote, mientras se decía que no debía preocuparse y que por lo menos tenía la seguridad de estar vestido de un modo adecuado para la situación. En un profundo rincón de su mente apareció, con una mezcla de duda y de sorpresa, la percepción de que sus sentimientos hacia Helen eran ahora muy distintos, de que en Lympne se había llevado el viento algo muy precioso que existiera hasta entonces entre ellos... Mientras tanto, ella le miraba con el aire de crítica de quien contempla una adquisición.

—Has sido muy amable al venir a ver a mamá —dijo sonriendo ligeramente.

Hubo una pausa, durante la cual los dos se miraron como si hubiera esperado algo muy distinto y les extrañara no encontrarlo. Kipps estaba de pie al borde de la mesa, y para ocupar sus pensamientos cogió un librito de tapas color castaño que descansaba sobre ella.

—Hoy te he comprado un anillo —dijo por decir algo, abriendo maquinalmente el libro. Después guardó silencio y cuando habló de nuevo lo hizo con más naturalidad—: ¿Sabes que apenas puedo creerlo?

—¿No? —preguntó Helen, que tampoco podía apenas creer en su buena suerte.

—No —prosiguió Kipps—; es como si todo hubiera cambiado. Resulta más extraño aún que cuando me enteré de lo de la herencia. Es como si no fuera yo mismo. Siento que... —La miró confuso a los ojos y a Helen le pareció que con aquel gesto cobraba vida—. Yo no sé nada. No valgo nada. Según vayas tratándome, irás dándote más y más cuenta de ello.

—Pero yo voy a ayudarte.

—Tendrás que ayudarme muchísimo.

La joven se adelantó hasta la ventana, tomó una decisión y se volvió hacia Kipps con las manos a la espalda.

—Todas esas cosas que te preocupan no tienen importancia. Si

no te importara..., si me dejaras que yo te enseñara...

—Te ruego que lo hagas.

—Entonces, lo haré.

—Es posible que para ti no tengan importancia, pero la tienen para mí.

—Si no te ofende que te las explique...

—¿Cómo va a ofenderme que lo hagas tú?

—Es que no permitiré que lo haga ningún extraño.

—¡Ah! —exclamó Kipps abrumado por intensa emoción,

—Hay unas cuantas cosas... Por ejemplo, has de tener más cuidado con la pronunciación de las palabras... ¿No te importa que te lo diga?

—Me gusta que lo hagas.

—Hay que aspirar las haches.

—Ya lo sé. Me lo han dicho. Me lo ha dicho un escritor y actor amigo mío que va a darme una o dos lecciones.

—Me alegro mucho. No se necesita más que tener un poco de cuidado.

—Naturalmente, cuando están en escena tienen que hablar bien y para ello necesitan dar clase de dicción.

—Sí, claro —murmuró Helen, distraída.

—Supongo que no me costará mucho aprender.

—Y también has de tener cuidado en el vestir —dijo Helen siguiendo el hilo de sus pensamientos.

Kipps enrojeció, pero permaneció atento.

—¿De verdad no te importa que te lo diga?

—No, no...

—No debes... preocuparte demasiado del vestido. Es muy fácil pecar por exceso, caer en lo recargado, parecer el maniquí de una tienda. Es mejor asumir cierta naturalidad. Un verdadero caballero viste bien sin que parezca que ha estado esforzándose por vestir bien.

—¿Como si se hubiera puesto lo primero que encontró a mano? —preguntó Kipps con un hilo de voz.

—No exactamente, pero sí vestido con sencillez.

Kipps movió la cabeza asintiendo. Interiormente, en el colmo de la decepción, sentía deseos de terminar a patadas con su sombrero de copa.

—Y tienes que acostumbrarte a estar más natural en visita — prosiguió Helen—. Hay que olvidarse de uno mismo y perder el miedo.

—Lo intentaré —dijo Kipps contemplando la tetera—. Haré todo lo que pueda.

—Ya sé que lo harás —dijo ella dejando descansar por un momento la mano sobre su hombro.

Pero Kipps no advirtió la caricia.

—Hay que aprender...—dijo, con la atención completamente distraída por los terribles esfuerzos que tenían lugar en su cerebro para traducir la frase: «Oye, ¿no crees que debes fijar la fecha?» a un inglés correcto y elegante. No lo había decidido aún, cuando llegó el momento de separarse...

Más tarde permaneció durante largo rato en su cuarto junto a la ventana abierta, repasando mentalmente la entrevista. Sus ojos descansaron con reproche sobre el sombrero de copa que se hallaba a su lado.

—¿Cómo va uno a saber todo eso? —preguntó en voz alta.

Se fijó entonces en que había una irregularidad en el ala del sombrero y, siempre pensativo, hizo una bola con su pañuelo y comenzó a pasarla por el fieltro con suavidad. Su expresión fue cambiando poco a poco.

—¿Cómo diablos va uno a saberlo? —repitió soltando el sombrero con irritación.

Se puso en pie, atravesó la habitación hasta donde estaba la librería y allí mismo comenzó a leer su capítulo diario de *Modales y reglas*.

CAPÍTULO IV

EL FABRICANTE DE BICICLETAS

1

De este modo se embarcó Kipps en su compromiso matrimonial y de este modo tuvo que prepararse para la empresa de casarse con una mujer de clase superior. La mañana siguiente le sorprendió vistiéndose con desacostumbrada seriedad, y la criada de su patrona comprobó que durante el desayuno estaba más silencioso que otros días. Mientras se tomaba su salmón ahumado y sus huevos con tocino, Kipps reflexionó profundamente. Iría a Nueva Romney para contar a sus tíos lo ocurrido y la situación en que se hallaba. Su amor por Helen le infundió valor para decidirse a hacer lo que Buggins le había dicho que haría si estuviera en su lugar, es decir, alquilar un automóvil para toda la tarde. Tomó un almuerzo frío y después, con aire firme y decidido, se puso una gorra y un abrigo que había comprado para este fin, y así equipado se dirigió a la tienda de automóviles. La transacción resultó muy sencilla y una hora después Kipps, con grandes gafas y cubierto de pies a cabeza, avanzaba a través de Dymchurch.

A poco se detuvo ante la tienda de sus tíos.

—Toque un poco la bocina, ¿quiere? —dijo Kipps—. Sí, eso es.

Al oír el estrépito, los dos viejos salieron a la calle.

—¡Pero si es Artie! —exclamó su tía.

Y Kipps disfrutó de su momento de triunfo.

Descendió del automóvil, se despojó de las envolturas y las gafas y el conductor se retiró para disfrutar de una hora de libertad. El viejo Kipps examinó el artefacto y desconcertó momentáneamente a su sobrino al preguntarle cuál era su precio. Los dos hombres permanecieron durante algún tiempo junto al automóvil, causando la admiración del vecindario, y después atravesaron la tienda para

beber algo en la salita.

—Todo esto no son más que experimentos todavía —había dicho el viejo Kipps para que lo oyeran los vecinos—. Hijo mío, sigue mi consejo y espera por lo menos un año antes de comprarte un automóvil para tu uso.

(De todos modos, Kipps no había expresado la intención de hacer nada semejante).

—¿Te gusta el *whisky* que te envié? —preguntó mientras evitaba tropezar con los juguetes que llenaban por completo la tienda.

—Es un *whisky* excelente, hijo mío —contestó su tío haciendo uso de todo su tacto y diplomacia—. No me cabe la menor duda de ello y de que te ha costado un buen pico. ¡Pero a mí no acaba de convencerme! Tiene algo que me produce dolor de estómago, como si me lo quemara.

—Es muy buen *whisky*. Sé de buena fuente que es el que beben los críticos teatrales de Londres.

—No lo dudo, hijo mío; pero ellos se han quemado el hígado hace mucho tiempo, y yo no. Ellos no están delicados como yo. Mi estómago ha sido siempre extremadamente delicado y a veces se niega a retener cualquier cosa que tomo o bebo. En cambio, me gustaron mucho los cigarros. Puedes mandarme más...

No se puede llevar una conversación al tema del amor si se empieza por hablar de las consecuencias gástricas de la comida y la bebida, por lo que Kipps, después de estudiar un grabado de Morland que su tío había adquirido recientemente en una subasta (en perfecto estado, a no ser porque tenía un agujero en el centro), abordó el tema de la mudanza de los dos viejos.

Al principio, cuando tuvo lugar el cambio de fortuna de Kipps, se había hablado mucho del futuro de sus tíos. Habían decidido que recibirían una renta confortable, y la frase «retirarse de los negocios» se había repetido muchas veces. Kipps les había descrito la casita ideal, con una enredadera llena de flores alrededor de la puerta, donde el sol brillara eternamente y nunca soplara el viento. Era un sueño muy agradable, pero cuando llegaba el momento de elegir tal o cual casa, Kipps se veía siempre sorprendido por el cariño que los viejos tenían a su hogar, que le habían dicho toda la vida que era la más incómoda y peor hecha de todas las moradas.

—No tenemos prisa por mudarnos —decía *Mrs.* Kipps.

—Cuando nos mudemos será para instalarnos definitivamente. No quiero andar de un lado para otro —declaraba su esposo.

—Podemos seguir aquí un poco de tiempo, ya que hemos pasado tantos años.

—Hijo mío, deja que yo busque algo que acabe de llenarme...

Y ya el hecho de buscar producía al viejo Kipps una felicidad mayor incluso que la que podría proporcionarle la mera posesión. De vez en cuando cerraba la tienda con más o menos eficacia contra la intrusión de los compradores y se lanzaba al mundo a buscar nueva materia para sus sueños; ninguna casa era demasiado grande para que se informara sobre ella. Las que estaban ocupadas le gustaban más que las vacías, y cuando sus iracundos inquilinos protestaban por aquella invasión de sus Lacones más íntimos, declaraba con énfasis.

—No crean que van a vivir aquí para siempre. Si lo creen, se equivocan...

Además surgieron inesperadas dificultades de otra índole.

—Si vamos a vivir en una casa mayor —dijo un día *Mrs. Kipps*—, necesitaremos una criada. Y yo no quiero en mi casa a ninguna chica que se ría de mí, me rompa los cacharos y me estropee la ropa.

—Si vamos a vivir en una casa más pequeña —dijo otro día *Mrs. Kipps*—, no habrá sitio para la gata.

Por lo visto, una habitación para la gata era absolutamente imprescindible. La reproducción de ésta, aunque poco frecuente, tenía lugar de vez en cuando.

—No quiero malvender todo lo de la tienda —dijo una vez el viejo Kipps—. Llevo años acumulándolo. El otro día puse un letrero en el escaparate diciendo que liquidaba el negocio, pero no han venido más clientes que de costumbre. Ayer sólo se presentó un hombre que pidió una escopeta de aire comprimido. Excusas para espiarnos y reírse de nosotros a nuestra espalda. Se fue sin comprar nada.

Durante algún tiempo hablaron de ello, sin que Kipps encontrara nunca el momento adecuado para comunicarles la gran noticia. En un momento dado, deseando apartarse del peligroso tema de las mudanzas, su tío le preguntó:

—¿Y a qué te dedicas en Folkestone? Tendré que ir a visitarte un

día de éstos.

Pero antes de que Kipps pudiera aprovechar la ocasión, el viejo había pasado a exponer sus ideas sobre el trato que debe darse a las patronas y las costumbres que éstas tienen de engañar al prójimo. Y de aquel modo pasó la oportunidad. Kipps se dijo que lo mejor sería salir a la calle a dar un paseo, decidir el modo de plantear la cuestión y hacerlo así a la vuelta. Pero ya en la calle y solo, sus pensamientos vagaron por regiones muy distintas.

Sus pasos le habían llevado en dirección a la iglesia y se apoyó durante algunos instantes en la verja que años atrás había sido testigo de la carrera que echara con Ann Pornick. Tenía que poner orden en sus pensamientos, pues su mente era como un lago agitado por el viento. La imagen de Helen y del futuro se veía rota y mezclada con reflejos fragmentarios de cosas lejanas, del *whisky* bebido en compañía de Chitterlow, de recuerdos dormidos desde hacía mucho tiempo y que la calle principal de Nueva Romney había despertado aquella tarde, valiéndose de algún truco de luz o de ambiente...

De pronto oyó que gritaban junto a él:

—¡Eh! ¡Art!

Y he aquí que Sid Pornick volvía a entrar en su mundo, al aparecer a su lado tendiéndole una mano amistosa.

Estaba muy cambiado, pero seguía siendo el Sid que Kipps había conocido años atrás. Tenía la misma boca grande, las mismas pecas, la misma nariz chata y el mismo parecido con su hermana Ann sin tener su belleza; pero su voz era distinta y su labio superior exhibía un bigote muy rubio y espeso.

—En este mismo momento estaba pensando en ti —dijo Kipps dándole la mano— y preguntándome si volvería a verte alguna vez. Y aquí estás.

—De vez en cuando me gusta venir por aquí —declaró Sid—. ¿Y qué haces tú?

—Nada de particular —dijo Kipps—. Acabo de...

—No has cambiado mucho —interrumpió Sid.

—¿No?

—Te conocí en cuanto te vi de espaldas, a pesar del sombrero que llevas. Me dije que no podía ser otra persona que Art Kipps, y así fue.

Kipps hizo un movimiento con el cuello como si quisiera mirarse por detrás y comprobar la exactitud de las palabras de su amigo. Después volvió a mirar a éste.

—¡Tienes todo un bigote, Sid!

—Supongo que estás de vacaciones, ¿no?

—Pues... en parte. Acabo de recibir...

—Pues yo sí que estoy de vacaciones —continuó Sid—. Ahora soy yo mismo el que me tomo vacaciones cuando quiero. Me he instalado por mi cuenta.

—¿Aquí?

—¡Nada de eso! En Hammersmith. He puesto una fábrica en pequeño. —Sid hablaba con una afectada naturalidad, como si no existiera un sentimiento llamado orgullo.

—¿Una sastrería?

—¡No, no! Ingeniería. Fabrico bicicletas. —Se introdujo la mano en el bolsillo del chaleco y sacó una cantidad de folletos de color rosa. Entregó uno de ellos a su amigo, pero sus explicaciones no permitieron que Kipps pudiera leerlo—. Ésa es nuestra marca, mi marca para ser exactos..., ¿ves? Obtuve un traspaso con mi nombre... Cubiertas «Pantocar», ocho libras..., sí, éstas..., «Clinchres», diez libras; «Dunlops», once libras; «Damas», una libra más. La mejor máquina de Londres a precios razonables. Sin descuentos, naturalmente. Las hago por encargo. He hecho ya diecisiete. —Reflexionó mirando al mar—. Y ahora he venido a darme una vuelta por aquí. A mi madre le gusta que venga de vez en cuando.

—Creí que os habíais marchado todos...

—¿Después de la muerte de mi padre? ¡No! Mi madre volvió aquí y está viviendo en una de las casitas de Muggett. El aire del mar le sienta bien. Prefiere vivir aquí a vivir en Hammersmith... y yo puedo correr con el gasto. Aquí se reúne con las amigas, charlan, toman el té juntas... Supongo que tú no te habrás casado, ¿verdad, Kipps?

Kipps movió negativamente la cabeza.

—Yo... —comenzó.

—Pues yo sí. Llevo dos años casado y tengo un crío.

Por fin, Kipps consiguió intercalar una palabra en la conversación.

—Yo me comprometí hace dos días —dijo.

—¡Eso está bien! ¿Y quién es la afortunada?

Kipps se esforzó por hablar sin dar importancia a sus palabras y se metió las manos en los bolsillos.

—Es hija de un abogado de Folkestone. De bastante buena familia. Está emparentada con el conde de Beauprés...

—¿Cómo?

—He tenido mucha suerte. He recibido una herencia.

Instintivamente los ojos de Sid se fijaron en la calidad del traje de su amigo.

—¿De cuánto?

—De unas mil doscientas libras al año —dijo Kipps con más naturalidad que nunca.

—¡Por todos los santos! —exclamó Sid, retrocediendo uno o dos pasos.

—Fue mi abuelo —dijo Kipps intentando demostrar calma y hablar con sencillez—. Yo apenas sabía que tenía un abuelo y de pronto... ¡bum! Cuando el abogado me lo dijo estuve a punto de desmayarme

—¿Cuánto has dicho? —preguntó Sid con cierta aspereza.

—Mil doscientas libras al año... aproximadamente.

Sid le alargó la mano con fingida satisfacción y le dijo que se alegraba muchísimo.

—Un fantástico golpe de suerte —dijo—. Eso es, un fantástico golpe de suerte —repitió mientras la sonrisa se borraba de sus labios—. Naturalmente, es preferible que te haya tocado a ti que a mí. No te envidio. Yo no podría quedarme con ese dinero si lo tuviera.

—¿Cómo es eso? —preguntó Kipps.

—Porque soy socialista y estoy en contra de los ricos. ¿Qué es la riqueza? El dinero robado a los pobres. Los ricos deben considerar su fortuna como algo que no les pertenece y que tienen a su custodia. Al menos yo lo consideraría así. La distribución actual de la riqueza... —comenzó a decir. Pero se interrumpió y continuó con franca amargura después de una pausa—: Todo esto no tiene sentido. ¿Quién va a trabajar con gusto en un mundo como el nuestro? Trabajas con todas tus fuerzas y el mundo apenas te retribuye... En cambio, a otros les invita a no hacer nada en

absoluto y les paga mil doscientas libras al año. ¿Quién va a poder respetar las leyes y costumbres, si contempla esta insensatez? ¡Mil doscientas libras al año! —repitió. Pero al ver la expresión de Kipps su voz se suavizó—. No me refiero especialmente a ti, Kipps. Más vale que te haya tocado a ti que a otras personas. Pero...

Apoyó ambas manos en la verja y repitió como hablando consigo mismo:

—Mil doscientas libras al año... ¡Vas a convertirte en un elegante, Kipps!

—Nada de eso —dijo Kipps—. ¡No hay miedo!

—No puedes tener esa cantidad de dinero y seguir como antes. Pronto no querrás descender a hablar con un simple mecánico como yo.

—Eso no ocurrirá, Sid —dijo Kipps con completa convicción—. Yo no soy de esa clase de personas.

—¡Ah...! —exclamó Sid con involuntario escepticismo—. El dinero te hará cambiar. Además, ya estás en las garras de una elegante.

—¿Qué dices?

—Esa chica con quien te vas a casar. Según Masterman...

—¿Quién es Masterman?

—Un buen amigo mío que vive con nosotros. Masterman dice que en un matrimonio es siempre la mujer la que manda y la que hace cambiar al marido. Siempre. No existen las diferencias sociales hasta que aparece la mujer.

—Tú no sabes... —comenzó a decir Kipps.

—¡Quién lo había de decir! —exclamó Sid moviendo la cabeza—. ¡Art Kipps con mil doscientas libras al año!

Kipps intentó que su amigo olvidara el abismo que de repente había surgido entre los dos.

—¿Te acuerdas de los hurones, Sid?

—Ya lo creo.

—¿Te acuerdas de los restos de aquel barco?

—Me parece que lo estoy oliendo... Tenían un olor horrible.

Kipps permaneció silencioso unos momentos, con los ojos fijos en la cara de su amigo.

—Oye, Sid: ¿cómo está Ann?

—Está muy bien.

—¿Dónde está?

—Sirviendo... en un sitio llamado Ashford.

—¡Oh!

La expresión de Sid se hizo más adusta.

—Ella y yo no nos llevamos muy bien porque yo no quiero que esté sirviendo. Ya sé que pertenecemos a una clase muy modesta, pero, de todos modos, no me gusta. No sé por qué una hermana mía ha de estar al servicio de otras personas. No. Aunque las otras personas tengan mil doscientas libras al año...

Kipps no se dio por aludido.

—¿Te acuerdas que nos encontraste aquí un día, cuando ella y yo estábamos echando carreras? No corría mal para ser una chica.

Estas palabras dieron vida en su memoria a una imagen más brillante que la que hasta entonces había recordado, una imagen tan real que le pareció que la muchacha respiraba junto a él, una imagen que no se desvaneció del todo ni siquiera cuando, una hora después, se encontró de nuevo en Folkestone.

Pero Sid no pensaba permitir que las reminiscencias de su amigo cambiaran el curso de la conversación.

—¿Qué vas a hacer con todo ese dinero? No sé qué puedes hacer. Deberías hablar con Masterman. Él te sugeriría muchas cosas. ¿Qué haría yo si recibiera una herencia así? Tal como están las cosas no sería conveniente devolverlo al Estado. Quizá fundara un nuevo periódico socialista, que nos hace mucha falta .

Sid pasó algunos minutos intentando ahogar, sumiéndose en especulaciones, la amargura que se había apoderado de él.

—Tengo que volver al automóvil —dijo Kipps por fin, después de haberle escuchado con gran paciencia.

—¿Cómo? ¿Tienes un automóvil?

—No. Lo he alquilado por unas horas

—¿Cuánto te ha costado?

—Cinco libras.

—¡Con eso se podría mantener a cinco familias durante una semana! ¡Qué barbaridad! —exclamó Sid profundamente escandalizado.

Sin embargo, arrastrado por una especie de fascinación, acompañó a Kipps y estuvo presente cuando éste tomó asiento en el artefacto. Se alegró de comprobar que no se trataba del modelo más

moderno, pero éste era un consuelo muy pequeño. Antes de montar, Kipps había agitado varias veces violentamente la puerta de la tienda para hacer sonar la campanilla y advertir a sus tíos de su marcha. Sid le ayudó a ponerse el abrigo.

—¡Adiós, Sid! —dijo Kipps.

—¡Adiós, Kipps! —exclamó Sid.

Los viejos salieron a la calle para despedirle. Su tío estaba radiante.

—Estoy tentado de irme contigo, Artie —dijo—. ¡Espera! ¡Tengo algo que puedes llevarte!

Volvió a entrar en la tienda y salió con el grabado de Morland, perforado en el centro.

—Quédate con esto, muchacho —aconsejó—. Haz que te lo reparen. Es lo más valioso que te he proporcionado hasta ahora.

Entonces el motor comenzó a rugir y a resoplar, mientras el viejo Kipps se movía inquieto de un lado para otro de la calle previendo terribles catástrofes. Cuando el vehículo arrancó por último, dijo adiós a su sobrino con el bastón y se volvió hacia Sid.

—Si tú pudieras fabricar una cosa así, Pornick, podrías estar orgulloso.

—Yo haré algo mucho mejor que eso, y no tardaré mucho —dijo Sid con las manos metidas en el bolsillo.

—No estoy yo muy seguro —murmuró el viejo.

El motor del automóvil siguió rugiendo y emitiendo toda clase de ruidos, hasta que el vehículo dobló la esquina y desapareció. Sid permaneció inmóvil unos instantes, sin oír la contestación a su jactancia. El joven mecánico acababa de descubrir que haber fabricado diecisiete bicicletas no era una cosa tan importante después de todo, y que son los descubrimientos de esta clase los que más hieren nuestra dignidad...

Encogiéndose de hombros con resignación se dirigió por fin a la casa de su madre. Ésta le había hecho un exquisito pastel para acompañar al té y sintió una gran decepción al ver que él lo consumía sin apenas darse cuenta. ¡Siempre le habían gustado mucho esa clase de pasteles, y ahora que ella se había tomado el trabajo de confeccionarle uno...!

Sid no le dijo —como no lo dijo a nadie— que había visto a Kipps. De momento no deseaba hablar de Kipps.

CAPÍTULO V

EL DISCÍPULO

1

Cuando Kipps reflexionó sobre lo ocurrido aquella tarde, advirtió por primera vez que el verdadero amor, al menos en su caso tropezaba con muchas y grandes incompatibilidades. Sin percibirlo del todo, comprendió que existía una incompleta incongruencia entre la revelación que no pudo hacer a sus tíos y el círculo de las ideas de éstos. Esta incongruencia, más que otra cosa, fue lo que le había hecho guardar silencio: la percepción inconsciente de que al trasladarse de Folkestone a Nueva Romney se trasladaba de un ambiente en el que su compromiso con Helen era algo normal y conveniente, a otro en el que se contemplaría con incrédula desconfianza. A esto se unía el recuerdo de que, al oír la noticia, Sid Pornick había sufrido un brusco cambio. Al conocer su repentino enriquecimiento le había hecho decir, con evidente hostilidad, que muy pronto no querría descender a hablar con un pobre mecánico como él. Kipps no estaba preparado para la desagradable verdad de que el camino del progreso social está lleno de amistades rotas. Y el primer atisbo de este hecho le había causado una penosa confusión mental.

Desde el día pasado en el castillo de Lympne sus relaciones con Helen habían entrado en una nueva fase. Había deseado a Helen como las almas buenas desean el cielo, sin comprender el alcance de sus deseos. Pero ahora había pasado la primera etapa de reverente veneración, y la diosa, desprovista de su velo de misterio, se había inclinado hacia él, se había apoderado con firmeza de su persona y se movía a su lado. A Helen le gustaba Kipps. Y, cosa curiosa, muy pronto le había besado en la mejilla, mientras que él no lo había hecho todavía. Kipps no podía analizar sus

sentimientos. Sólo sabía que el mundo que le rodeaba había experimentado un profundo cambio; pero la verdad era que aunque todavía la adoraba y la temía, aunque todavía se sentía ridículamente orgulloso de su compromiso, había dejado de amarla. Ese algo sutil, entretejido con delicados sentimientos de ternura y deseo, se había desvanecido imperceptiblemente y había desaparecido para siempre de su corazón. No obstante, ni ella ni él sospechaban nada de esto.

Helen se dedicó a educarle, con perfecta buena fe. Le daba consejos sobre su acento; le aconsejaba sobre su comportamiento, sus trajes y su manera de ver las cosas. Uno y otro día hundía cruelmente el filo de su inteligencia en los rincones más sensibles de la secreta vanidad de Kipps y reducía a pedazos su orgullo más íntimo. El joven intentaba evitar en lo posible estas lecciones, haciendo gran uso de Coote. Pero los detalles que se le pasaban por alto eran muy numerosos...

Por su parte, Helen consideraba admirable su buena voluntad e iba sintiéndose más y más maternal respecto a él. Consideraba «espantosas» su educación y sus amistades anteriores. No concedía importancia a Nueva Romney, porque aquello estaba muy lejano, pero descubrió influencias más próximas, averiguó con asombro que en las habitaciones de Kipps tenían lugar de vez en cuando nocturnas sesiones musicales (se escandalizó mucho cuando supo que Kipps cantaba al son del banjo), y que entre las amistades de su prometido se contaban personas tan poco recomendables y vulgares como Buggins, Pearce y Carshot, y sobre todo, un terrible fenómeno social llamado Chitterlow.

Éste se cernió sobre ellos la primera tarde que salieron solos.

Iban andando junto al puerto en dirección a Sandgate (en el último momento *Mrs. Walshingham* no había podido acompañarles), cuando Chitterlow apareció de pronto en su radio visual. Tema puesto el traje a rayas y el sombrero de paja que se había comprado con el dinero que Kipps le diera por adelantado para pagar sus clases de dicción, llevaba las manos en los bolsillos, y el hecho de que mirara con atención a todos cuantos pasaban por su lado, revelaba que estaba sumido en el examen de sus semejantes, para crear los personajes de su próxima obra

—¡Hola! —exclamó al ver a Kipps, quitándose el sombrero de

paja con un gesto tan ampuloso, que a Helen le pareció el de un prestidigitador a punto de sacar de él una paloma.

—¡Hola, Chitterlow! —repuso Kipps un poco cortado y sin descubrirse.

—Un momento, muchacho —prosiguió Chitterlow poniéndole una mano sobre el hombro—. Perdóneme, querida —añadió inclinándose ante Helen como un noble de la corte de los zares, con una sonrisa que le ocupaba toda la cara.

Se llevó aparte a Kipps y le habló en tono confidencial, mientras Helen les contemplaba con el más profundo asombro.

—Quiero hablarle de mi obra —explicó.

—¿Qué pasa con su obra? —preguntó Kipps, consciente de la proximidad de Helen.

—La cosa va bien. Hay en el aire un fuerte olor a sindicato. Muy fuerte.

—Eso está muy bien —dijo Kipps.

—No se lo diga a todo el mundo —indicó Chitterlow llevándose un dedo a los labios, con lo que indicaba demasiado a las claras a quién se refería con ese «todo el mundo»—, pero parece que va a ser un éxito. Bueno, no quiero entretenerle. Hasta pronto. ¿Vendrá por casa?

—Sí.

—¿Esta noche?

—A las ocho.

Después, e inclinándose no como un noble, sino como un verdadero príncipe, Chitterlow saludó y se alejó luego de lanzar a Helen una mirada inquisitiva...

Durante algún tiempo los dos jóvenes guardaron silencio.

—Era Chitterlow —dijo al fin Kipps, señalando a su amigo con la cabeza.

—¿Es amigo tuyo?

—En cierto modo. Un día me atropelló con su bicicleta y de ese modo nos conocimos.

Nuestro joven se esforzaba por hablar con claridad mientras Helen examinaba su perfil.

—¿Qué es lo que hace?

—Se dedica al teatro. Por lo menos escribe comedias.

—¿Y las vende?

—Algunas.

—¿A quién?

—A mucha gente. Vende participaciones. No sé cómo es que no te he hablado antes de él.

Helen contempló por encima del hombro la figura de Chitterlow, que al parecer no logró inspirarle una confianza absoluta. Se volvió hacia Kipps y dijo con tono autoritario:

—Tienes que hablarme de Chitterlow. Ahora.

Y comenzaron las explicaciones...

La obra teatral de aficionados que habían ido a ver a Sandgate, fue para Kipps como un refugio. Mientras buscaban sitio, y durante los entreactos, se esforzó por olvidar que debía seguir explicando el carácter de sus relaciones con su amigo. Pero Helen insistió en seguir hablando de Chitterlow en el camino de vuelta a Folkestone. En su decisión de llegar al fondo del asunto había algo como una preocupación maternal, y le interrogó como interrogaría una maestra de escuela a un colegial rebelde. Muy pronto Kipps sintió que se le teñían de rojo las orejas.

—¿Has visto alguna de sus obras?

—Él me ha contado una.

—¿Pero la has visto en teatro?

—No. No ha estrenado ninguna todavía. Pero lo hará pronto.

—Prométeme que no harás nada sin consultarme.

Naturalmente Kipps se lo prometió.

Los dos prosiguieron su camino en silencio.

—No se puede ser amigo de todo el mundo —dijo Helen instantes después.

—Claro que no. Pero en cierto modo fue él quien me ayudó en lo de la herencia.

A continuación Kipps expuso, a su manera, lo ocurrido con el anuncio del periódico.

—No me gustaría romper con él de repente —explicó.

Helen no dijo nada durante algún tiempo, y cuando habló de nuevo, sus pensamientos parecieron haber cambiado de rumbo.

—Pronto viviremos en Londres —comentó—. Esto seguirá únicamente mientras estemos aquí.

Era ésta la primera insinuación que hacía de sus proyectos postnupciales.

—Alquilaremos un pisito agradable, no demasiado hacia el Oeste, y allí nos rodearemos de nuestro círculo exclusivo de amistades.

2

Durante el resto de aquel verano Kipps siguió recibiendo lecciones. Convirtió su deseo de aprender en un secreto a voces, hasta el punto de que Helen tuvo que insinuarle que su modestia y su franqueza eran excesivas. Todos los amigos hacían a su modo cuanto estaba en su poder para ayudar a Helen en su tarea. Coote seguía siendo el más importante de los profesores, el tutor, por así decirlo (puesto que existen muchas dificultades que un hombre puede plantear a otro hombre, pero de ningún modo a la mujer que ama) y todos los demás colaboraban con él. Hasta la joven de las pecas le daba lecciones de pronunciación. Miss Coote se especializó en el desarrollo de las cualidades artísticas de Kipps, ya que desde el principio se había formado la opinión de que nuestro héroe poseía una extraordinaria sensibilidad para el arte; los comentarios del joven sobre sus cuadros, le habían parecido muy inteligentes y cada vez que iba a visitarles le enseñaba una obra de arte, un libro ilustrado, un grabado de Botticelli, en color. *Las cien mejores pinturas*, una historia resumida del arte alemán o alguna revista de muebles y decoración.

—Yo sé que le gustan mucho estas cosas —solía decir.

—Sí, sí, me gustan mucho —contestaba Kipps.

Muy pronto adquirió un vocabulario bastante rico en exclamaciones apreciativas.

Cuando los Walshingham le llevaron un día a la Academia de Artes y Oficios, se comportó de un modo inteligente en extremo. Durante algún tiempo guardó un prudente silencio y por fin se decidió a hacer un comentario sobre una acuarela de vivos colores.

—Esto es muy bonito —dijo a Mrs. Walshingham—. Me refiero a aquel cuadro de color.

Siempre decía estas cosas preferentemente a la madre y no a la

hija, a no ser que tuviera una seguridad absoluta de que sus palabras eran acertadas.

Cada vez se entendía mejor con *Mrs.* Walshingham y sentía mayor admiración por su tacto y delicadeza; muchas veces se dijo que su futura madre política era la representación del señorío. Sus vestidos estaban siempre en el más perfecto orden y el color desvaído de su cabello y de su rostro, junto con la modestia de sus actitudes y sus emociones, contribuían al efecto general. Kipps era un hombre como tantos otros y él mismo así lo comprendía, pero junto a la madre de Helen se sentía más importante, lo que aumentaba el respeto que sentía hacia ella. La mano que *Mrs.* Walshingham dejaba reposar de vez en cuando sobre su brazo, era de líneas finas y etéreas. Y además, desde el primer momento le llamó por su nombre de pila.

Ella no le daba lecciones como los demás, sino que le guiaba con infinito tacto. Su conversación era anecdótica más que didáctica. Por ejemplo, solía decir: «Me gusta que la gente haga tal cosa». Le contaba anécdotas ejemplares y hazañas caballerescas; repetía comentarios oídos en los ferrocarriles y en los ómnibus y detalles sin importancia, pero que podían ser de utilidad para Kipps, tales como que cierto día en el ómnibus un hombre había servido de intermediario entre ella y el conductor, y al tender a éste el cambio, se había quitado el sombrero. Inculcó tan profundamente en Kipps la costumbre de quitarse el sombrero, que nuestro joven se descubría si se encontraba en la estación de ferrocarril con una mujer y permanecía de aquel modo hasta que, por tropezar con dificultades en el manejo del dinero y los billetes, se veía obligado a ponerse el sombrero de nuevo. *Mrs.* Walshingham le hablaba también de sus dos hijos (llamándoles con frecuencia «sus alhajas gemelas») y mencionaba sus dotes, sus temperamentos, sus ambiciones y su extraordinario talento. Necesitaban una oportunidad, decía, del mismo modo que las demás personas necesitan aire para respirar...

En las conversaciones entre ambos, Kipps había dado siempre por hecho (y ella al parecer también) que viviría con ellos en el piso londinense soñado por Helen. Pero un día quedó sorprendido al enterarse de que aquello no sería así.

—Nosotros necesitaremos nuestro propio círculo... —dijo Helen

con decisión.

—¿Pero no crees que va a sentirse muy sola? —preguntó Kipps.

—Aquí conoce a mucha gente, a los Wace, a *Mrs.* Pebble, a *Mrs.* Botting y a muchas más.

Y de aquel modo Helen arrojó de su mente toda preocupación a ese respecto.

La participación del joven Walshingham en el sindicato educativo de Kipps era menor. Pero en cambio brilló cuando fueron todos a Londres en una expedición artística. Entonces aquel hombre de negocios en embrión enseñó a Kipps a comprar los semanarios más apropiados para leer en el tren, a comprar cigarrillos con boquilla dorada y cigarrillos de un chelín; le enseñó lo que debía pedir para el almuerzo y a beber Mosela en la cena, a calcular el precio de un coche de alquiler (a penique el minuto), a examinar con distinción la cuenta del hotel y a ir sentado en el tren como un hombre sumido en profundos pensamientos, en vez de parecer un tonto y traicionarse ante los demás pasajeros.

Las conversaciones entre Helen y Kipps no eran nunca sentimentales. En aquel aspecto los dos sentían una curiosa timidez. El futuro se representaba ante Kipps con completa claridad, como una campaña conjunta de las dos «alhajas gemelas» de *Mrs.* Walshingham contra el Gran Mundo, en la que Kipps sería considerado como una pieza más del equipaje y como fuente de suministro. Repetían muchas veces que seguirían siendo muy pobres (lo que dejaba asombrado a Kipps, aunque no hacía ningún comentario), hasta que el hermano comenzara a triunfar en su carrera. Pero añadían que si tenían suerte podrían llegar muy lejos.

Cuando Helen hablaba de Londres sus ojos se hacían soñadores, como cuando uno contempla con la imaginación un país distante. Ya parecía existir el núcleo del tan ansiado círculo de amistades. El joven Walshingham era socio de un pequeño club de periodistas y gente literaria. Por otra parte, estaban los Revel. Los dos hermanos eran grandes amigos de los Revel. Sidney Revel había enseñado en una de las mejores escuelas de Folkestone antes de su rápido ascenso en el mundo como escritor de ensayos epigramáticos, el significado de los cuales estaba muy por encima de la inteligencia del público vulgar. El joven Walshingham le había invitado varias veces a tomar el té y fue él quien había aconsejado a Helen que

intentara escribir.

—Es muy fácil —había dicho Sidney.

Ya entonces él escribía artículos de vez en cuando, para algunos periódicos vespertinos y para algunos semanarios. Después se había ido a vivir a Londres y se había convertido casi inevitablemente en un crítico teatral. Más tarde escribió los ensayos y por último *Corazones rojos latiendo*, la novela que le había consagrado. Se trataba de una narración de aventuras, ingenua, emotiva, osada y franca, pero en ningún momento, como había dicho la crítica, morbosa. Había conocido a una viuda americana con mucho dinero y se había casado con ella. Helen explicó a Kipps que habían tomado un piso en Londres y ocupaban un puesto muy importante en la sociedad literaria y artística de la capital. Helen hablaba mucho de los Revel y cuando mencionaba a Sidney se quedaba pensativa. Naturalmente, hablaba sólo de él porque todavía no había conocido a *Mrs.* Revel.

Kipps se enteró de que con ocasión de su matrimonio y de su traslado a Londres, habrían de sufrir el cambio de nombre insinuado por Coote. Se transformarían en *Mr.* y *Mrs.* Cuyps. ¿O era Cuypp?

—Al principio me resultará extraño —dijo Kipps—, pero supongo que pronto me acostumbraré...

Así, pues, cada uno a su modo, todos pusieron su granito de arena en la tarea de refinar y ejercitar la inteligencia de Kipps. Detrás de todas estas otras influencias, presidiéndolas y corrigiéndolas, por así decirlo, se alzaba la sombra de Coote, como una especie de maestro de ceremonias. Mientras contemplaba a nuestro héroe con mirada solícita, pensaba que todo marchaba admirablemente. El carácter de Kipps le servía de estudio y lo comentaba con su hermana, con *Mrs.* Walshingham, con la joven de las pecas, o con cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle.

—Es un carácter interesante —decía—. Es una especie de caballero instintivo. Le atraen todas estas cosas y aprende de día en día. Pronto adquirirá mayor soltura. Le cogimos en el momento oportuno. Ahora..., mejor dicho, el año que viene, debe hacer un curso de literatura. Eso es lo que necesita más que nada.

—Ahora lo que le interesa es montar en bicicleta —dijo *Mrs.* Walshingham.

—Eso está bien para el verano, pero necesita una ocupación intelectual más seria, algo que le saque de sí mismo. El *savoir faire* y el olvido de uno mismo es la mitad del secreto del triunfo...

3

El mundo, tal como Coote lo presentaba, era en parte una ramificación, en parte una ampliación y en parte una rectificación del mundo de Kipps, del mundo que había heredado de sus tíos en Nueva Romney y se había desarrollado en el almacén de Sharford; en resumen, el mundo del pueblo británico. Contenía el mismo sutil sentido de las diferencias sociales que había movido a *Mrs.* Kipps a prohibir a su sobrino que jugara con los chicos de los labradores, y el mismo miedo a todo lo vulgar, que había mantenido la escogida calidad del personal del establecimiento de *Mr.* Sharford. Pero ahora Kipps no tenía ya razón alguna para dudar de su posición en el mundo y permanecía junto a Coote con seguridad total, dentro de la esfera en la que se mueven los auténticos caballeros. En esta esfera hay también distinciones de rango, pero no de clase; en ella están incluidos los Grandes Señores y también los personajes modestos y distinguidos, como Coote, que pueden incluso tener alguna profesión y ocupaciones muy distintas; hay aristócratas, pero hay también gente con medios económicos reducidos. Todos ellos pueden visitarse unos a otros, se comportan de un modo parecido y constituyen el estado dentro del Estado, que se llama Sociedad.

—Pero ¿es esto lo que se llama «estar en sociedad»? —preguntaba el discípulo.

—Sí —decía Coote—. Naturalmente, aquí no hay mucho movimiento, pero aun así, la sociedad local sigue las mismas reglas trazadas.

—¿Hacer visitas y todo eso?

—Precisamente.

Kipps reflexionó, silbó unos compases y se decidió a abordar un problema de conciencia.

—A veces me pregunto si debería vestirme de etiqueta para

cenar cuando estoy aquí solo.

Coote meditó unos instantes, sólo unos instantes, sobre el asunto.

—Creo que ponerte traje de etiqueta sería un poco excesivo —dijo al fin—. Pero podrías al menos cambiarte de traje o ponerte una chaqueta de más ceremonia. Eso es lo que yo haría, al menos si no tuviera que trabajar... y si no fuera pobre.

Tosió ligeramente y se llevó la mano a la nuca.

Después de esta conversación, la cuenta del lavadero de Kipps se cuadruplicó. Y cuando iba a escuchar los conciertos de la banda de música, podía vérselo con la chaqueta desabrochada para lucir su corbata blanca. Él y Coote fumaban los cigarrillos emboquillados que el joven Walshingham había declarado mientras escuchaban la música, y al sonar los primeros compases del himno nacional se ponían de pie con la cabeza religiosamente descubierta. Al menos no podía decirse de ellos que eran desleales.

Los límites de la Sociedad estaban muy cerca de Coote y de Kipps, y el caballero que se precie de tal tiene la obligación de saber quiénes están por «debajo» de él y comportarse con ellos como está reglamentado.

—Esto, para mí, es lo más difícil —dijo Kipps.

Tenía que cultivar una cierta «distancia» y adquirir el arte de saber reprimir la presunción de sus antiguos amigos. Coote reconoció que era difícil.

—Yo estoy muy metido en el grupo de los empleados del almacén —dijo Kipps—. Eso es lo que lo hace tan difícil.

—Puedes hacérselo ver de un modo indirecto.

—¿Cómo?

—Pues... ya se te ocurrirá cuando llegue el momento.

La ocasión llegó una de las tardes en que el almacén cerraba pronto. Kipps estaba sentado en la primera fila junto a la banda de música, con la chaqueta completamente desabrochada y un sombrero nuevo echado sobre los ojos, mientras esperaba a Coote. Habían proyectado oír música durante una hora y servir después de auditorio a *Miss* Coote y a la joven de las pecas, que iban a tocar varios dúos de Beethoven. Cuando Kipps se inclinó hacia atrás en el asiento, sumido en su ocupación favorita en tales ocasiones (consistente en suponer que todos cuantos le rodeaban se estaban

preguntando quién era él), sintió un golpe en la espalda y llegó a sus oídos la voz de Pearce.

—Esto de ser un caballero no está mal —dijo éste acercando una silla de un penique junto a la butaca de Kipps, mientras Buggins aparecía por el otro lado sonriendo y apoyándose en su bastón. Kipps comprobó con horror que estaba fumando una vulgar pipa.

Dos señoras vestidas a la última moda, que estaban sentadas junto a ellos, miraron a Pearce y después apartaron rápidamente la vista sin ocultar su asombro.

—Pero a Kipps no le ha cambiado —dijo Buggins quitándose la pipa de la boca y contemplando a su amigo.

—¡Hola! —saludó Kipps sin demasiada cordialidad—. ¿Cómo va la vida?

—No va mal. La semana que viene tengo vacaciones. Si no te das prisa, Kipps, iré al Continente antes que tú.

—¿Vas a Boulogne?

—*Ya lo creo. Parley vous Francey...?*

—Yo iré allí cualquier día.

Se hizo una pausa. Pearce se llevó a la boca un extremo del bastón y contempló a Kipps. Después paseó la mirada por las personas que había a su alrededor.

—Oye, Kipps —preguntó en voz alta—: ¿has visto últimamente a su señoría?

Kipps comprendió que su amigo quería impresionar a los que pudieran oírle, pero respondió tranquilamente:

—No, no la he visto.

—Estaba con *Sir William* la otra noche —siguió diciendo Pearce, siempre en voz alta— y preguntó por ti.

Kipps creyó advertir que las dos señoras sonreían débilmente, hablaban entre sí y miraban a Pearce de reojo. Kipps sintió que la sangre se le subía a la cara.

—¿Ah, sí? —repuso.

Buggins se echó a reír, de buen humor.

—*Sir William* está muy fastidiado con su gota —continuó Pearce, imperturbable.

Buggins siguió riendo con la pipa entre los dientes y Kipps vio que en aquel momento llegaba Coote. Éste saludó a Pearce con la cabeza.

—Supongo que no habrás esperado mucho tiempo, Kipps —dijo.

—Te he reservado una silla —contestó Kipps.

—¿Estás con tus amigos?

—No se preocupe; nosotros, encantados —dijo Pearce cordialmente—. Cuantos más seamos, mejor. ¿Por qué no te sientas, Buggins?

Buggins movió la cabeza como para decir algo y Coote tosió discretamente.

—¿Le han entretenido los negocios...? —preguntó Pearce.

Coote se puso pálido y fingió no oír. Su mirada se perdió en la lejanía y, al reconocer a un amigo, le saludó quitándose el sombrero con movimiento convulso.

Pearce, que también se había puesto algo pálido, se dirigió a Kipps en voz baja.

—¿No es *Mr.* Coote? —preguntó.

Cuando habló de nuevo, Coote se dirigió a Kipps directa y exclusivamente.

—He venido muy tarde —dijo—. Creo que debemos marcharnos ya.

Kipps se puso en pie.

—Muy bien —asintió.

—¿Qué camino llevan? —preguntó Pearce, que también se levantó, mientras sacudía la ceniza que le había caído en una manga.

Coote quedó momentáneamente sin aliento, pero al fin consiguió reunir las fuerzas suficiente para asestar el golpe que consideraba necesario.

—Gracias; pero me parece que no requerimos para nada su compañía.

Y, sin más, giró sobre sus talones y echó a andar.

Kipps se sorprendió tropezando con las sillas y con los pies de la gente mientras andaba precipitadamente detrás de su amigo. Por fin lograron verse fuera del recinto del concierto. Coote no dijo nada durante algún tiempo, pero al fin comentó, malhumorado;

—¡Qué impertinencia!

Kipps no contestó.

Aquel incidente constituyó una interesante lección sobre el medio de guardar las «distancias» y Kipps tardó mucho tiempo en

olvidarlo. Veía sobre todo la expresión de Pearce, entre asombrada y furiosa. Sentía como si hubiera golpeado a Pearce en la cara estando indefenso. No pudo concentrarse en los dúos de Beethoven y hasta olvidó decir, cuando terminó uno de ellos, cuánto había disfrutado escuchándolo.

4

Pero no debes imaginar, lector, que el ideal nacional de lo que debe ser un caballero depende únicamente del comportamiento, la selección de amistades y el apartamiento de las relaciones degradantes. Hay también un lado serio, un aspecto más profundo, del verdadero «auténtico caballero». El «auténtico caballero» es profundamente religioso, como Coote y como *Mrs. Walshingham*, pero esto nunca es evidente fuera de los muros de la iglesia, excepto quizá, de vez en cuando, al hacer una pausa significativa o lanzar una mirada profunda. Muy pronto Kipps había aprendido a hacer la pausa y a lanzar la mirada; en una palabra, lo que constituye el más alto refinamiento de la espiritualidad, la piedad impresionista.

Y el «auténtico caballero» es también patriota. Cuando uno veía a Coote quitándose el sombrero al escuchar los acordes del himno nacional, se adivinaban las patrióticas emociones que pueden anidar en el pecho de un caballero, de un auténtico caballero.

Pero éstos no eran sino destellos momentáneos. Por lo demás, el auténtico caballero evitaba en lo posible hablar de religión, de nacionalismo, de pasiones, de economía, de política y, sobre todo, de los puntos esenciales de la vida, nacimiento y muerte.

—No se habla de esas cosas —decía Coote haciendo un gesto con la mano.

—Naturalmente... —replicaba Kipps con idéntico tono de voz.

Profundidades en las que era preferible no bucear. No se habla, pero se insinúa. Basta con que hable la acción. A pesar de que los *Walshingham* no eran demasiado observantes, Kipps, que anteriormente había variado de iglesia cada domingo, tenía ahora un asiento propio en *Saint Stylites*. Allí se le veía siempre en el

servicio vespertino y algunas veces por la mañana, vestido con sobria elegancia y sin perder de vista a Coote. Ahora no tenía ya dificultad alguna en seguir el servicio en el libro. Volvió a observar los ritos (que había abandonado poco después de su Confirmación, cuando la joven que había declarado ser su hermana adoptiva abandonara el almacén). Una noche le presentaron al honorable y reverendo Densmore. Kipps se sintió aturdido para poder hablar y el noble clérigo tampoco tuvo mucho que decir, pero al fin y al cabo fueron presentados...

No. No debes imaginar, lector, que el ideal británico de lo que debe ser un caballero carece de un aspecto serio y digno. Sin duda la imaginación se resiste a visualizar a Coote haciendo gala de extraordinarias dotes en el campo del valor. Pero aunque somos caritativos, debemos reconocer que hay personas que hacen cosas imperdonables, personas que se colocan fuera de ella desde el principio. Contra éstos, la Sociedad ha inventado para los suyos una terrible protección: la negación del saludo. Esto no es ninguna broma. Significa la excomunión. Esta negación puede hacerla un individuo, simbólicamente, un grupo de individuos, o la clase alta en general. Es fácil imaginar a Coote cumpliendo este deber. Coote, pálido y erguido, sin hablar, pasando junto al transgresor de la ley social con ojos implacables y labios apretados...

A Kipps no se le ocurrió nunca pensar que un día tendría que sufrir aquel terrible castigo, que sería para Coote alguien con quien no solamente había terminado para siempre, sino que además era un desterrado del mundo de los escogidos.

Y, sin embargo, así había de ser.

No puedo ocultar ya por más tiempo que todos los adelantos que hacía Kipps estaban destinados a sufrir el más espantoso derrumbamiento. Hasta ahora, lector, le has visto ascender. Le has visto hacerse más y más refinado cada día, ir más cuidadosamente vestido, tropezar con menos torpeza al poner en práctica las costumbres de la vida social. Has visto aumentar el abismo que le separaba de sus antiguos compañeros. Y al fin lo he mostrado vestido impecablemente en una atmósfera de luces y de cánticos, en su asiento propio de una de las iglesias de moda en Folkestone... He tenido cuidado de evitar la nota trágica que desde ahora tendrá que deslizarse en mi narración. Sin embargo, la red tendida por sus

amigos de la clase inferior se extendía a sus pies y, además, latía algo extraño en las fibras más íntimas de su ser...

CAPÍTULO VI

DISCORDANCIAS

1

Cierto día salió Kipps hacia Nueva Romney montado en la bicicleta que ya manejaba perfectamente, para dar a sus tíos la noticia de su compromiso. Era ya un ciclista experto, pero todavía necesitaba entrenamiento. El viento del sudoeste, aún disfrazado de brisa veraniega, al darle de frente, equivalía a subir una cuesta y, por lo tanto, de vez en cuando descendía de la máquina y descansaba caminando unos metros. Iba andando por fuera de Nueva Romney, pensando en hacer su entrada triunfal en el pueblo (sujetándose al manillar con una sola mano), cuando de pronto se tropezó con Ann Pornick.

Por casualidad había estado pensando en ella en aquel mismo instante. Había estado pensando cosas muy curiosas, como por ejemplo si no tendría Nueva Romney cierto encanto impalpable que faltaba en el gran mundo de Folkestone, al otro lado de la colina. Aquí todo resultaba más familiar, más hogareño. Al pasar por delante de la casa del viejo Clifferdown observó que habían arreglado la puerta con una cuerda nueva. En Folkestone no se daba cuenta de estas cosas y le tenía sin cuidado que edificaran trescientas casas. Pensándolo despacio, aquello era muy raro. Estaba muy bien eso de tener mil doscientas libras al año; estaba muy bien ir en los tranvías y los ómnibus pensando que ninguno de los presentes era tan rico como él; estaba muy bien comprar y encargar esto y aquello y no tener que trabajar nunca y ser el prometido de una parienta del conde de Beauprés; pero los días que pasara años atrás en Nueva Romney habían estado presididos por una ilusión que todas estas cosas nuevas no contenían. Todo le había hecho feliz, las vacaciones, la luz del sol, la playa, la calle

Mayor. Recordó aquellas vacaciones, que en sus tiempos de aprendiz, al mirarlas retrospectivamente, le habían parecido tan maravillosas. Y resultaba extraño comprobar que ahora, aun en medio de su actual esplendor, seguían pareciéndoselo.

Pero todo aquello había pasado para siempre; seguramente había ocurrido algo en el mundo, algo que había apagado el brillo que tuviera en aquellos tiempos. Él mismo había cambiado, Sid estaba cambiado también, terriblemente cambiado, y sin duda Ann lo estaría, como ellos...

Se la imaginó con el pelo revuelto y las mejillas rojas, tal como la viera a su lado aquel día inolvidable, después de medir sus fuerzas.

Sí, debía estar muy cambiada y sin duda había desaparecido para siempre el mágico encanto que de niña la envolvía de pies a cabeza. Mientras pensaba en esto, levantó la vista y vio a Ann.

Ésta tenía siete años más y estaba muy cambiada, pero de momento a Kipps le pareció que era la misma chiquilla de siempre.

—¡Ann! —exclamó.

—¡Pero si es Art Kipps!

Entonces fue cuando él se dio cuenta de los cambios que había sufrido su amiga..., todos ellos favorables. Era muy bonita, y sus ojos azules, tan oscuros como él los recordaba; pero ahora Kipps era otra vez el más alto de los dos. Ann llevaba un vestido muy sencillo que proclamaba a las claras su condición de mujer sana, y lucía un sombrero adornado con flores. Sonrió a Kipps con franca alegría y le brillaron los ojos.

Kipps comprendió que Sid no había contado a su hermana su cambio de fortuna. Al meditar sobre el comportamiento de Sid, había llegado a la convicción de que él fue el culpable, por haber presumido de un modo exasperante con sus palabras. Por lo tanto, esta vez procuró no pecar en el mismo sentido y cayó en el extremo opuesto.

—Sí, me estoy tomando unas vacaciones —dijo.

—Yo también —dijo Ann.

—¿Vienes de dar un paseo?

Ann le mostró en silencio el ramo de flores silvestres que llevaba en la mano.

—Hace mucho tiempo que no te he visto, Ann. ¿Cuánto tiempo

hace? Siete..., casi ocho años.

—Es mejor no contar —dijo Ann.

—¡Parece imposible que haga tanto tiempo!

—Ya estás hecho un hombre. Tienes bigote —dijo Ann, oliendo sus flores y mirándole por encima de ellas no sin admiración.

Kipps se ruborizó...

Muy pronto llegaron a la bifurcación del camino.

—Yo voy por aquí hasta casa de mamá —dijo Ann.

—Te acompañaré un poco, si me lo permites.

Las distinciones sociales que en Folkestone son obligaciones ineludibles en Nueva Romney no existen, y por lo tanto a Kipps le pareció la cosa más natural del mundo acompañar a Ann, a pesar de que la joven no era más que una sirvienta. Los dos se hablaban ya con toda naturalidad y soltura y pronto se vieron sumidos en íntimas evocaciones. Kipps comprobó, asombrado, que no había transcurrido mucho rato, sin que hablaran del siguiente modo:

—¿Te acuerdas de aquella media moneda de seis peniques? ¿La que cortamos juntos?

—Sí...

—Yo la tengo todavía. —La muchacha titubeó antes de preguntar—: ¿Tienes tú la tuya, Artie?

—Claro que sí. ¿Qué te creías? —contestó Kipps, mientras se preguntaba interiormente por qué hacía tantos años que no contemplaba aquella media moneda.

Ann le sonrió.

—No creí por un momento que la guardaras, y muchas veces he dicho a mí misma que era una tonta al guardar la otra mitad. Además —añadió—, en realidad no quería decir nada...

Mientras hablaba levantó los ojos y su mirada se cruzó con la de Kipps.

—¿Tú crees? —dijo Kipps al cabo de unos segundos, consciente de que estaba siendo infiel a Helen.

—Al menos no quería decir mucho —concluyó Ann—. ¿Sigues trabajando en el mismo sitio?

—Estoy viviendo en Folkestone... —comenzó a decir Kipps. Tuvo una ligera vacilación y decidió que aquello bastaba por el momento—. ¿No te ha dicho Sid que nos encontramos aquí?

—¡No! ¿Aquí?

—Sí, el otro día. Hará una semana.

—Entonces yo no había venido aún.

—Quizá por eso no te lo dijera.

—Sid ha salido adelante —dijo Ann—. Tiene tienda propia, Artie.

—Sí, ya lo sé.

Habían llegado a la casa donde vivía la madre de Ann.

—¿Vas a entrar? —preguntó Kipps.

—Supongo que sí.

Los dos permanecieron mirándose silenciosos durante unos instantes.

—¿Vienes a menudo a Nueva Romney? —preguntóle Ann.

—De vez en cuando...

Otra pausa. Ann le tendió la mano.

—Me alegro de haberte encontrado.

Pero en un rincón olvidado del corazón de Kipps había revivido un sentimiento cuya existencia no hubiera podido sospechar muy poco antes.

—Ann...

—¿Sí...? —dijo ella sonriendo.

Se miraron mutuamente a los ojos y Kipps sintió que renacían en él todas las emociones de su adolescencia. La presencia de Ann desterró todo lo demás. La joven respiraba aceleradamente junto a él, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes.

—Me alegro muchísimo de haberte encontrado de nuevo —dijo—. Me has hecho recordar tiempos pasados.

—¿Verdad que sí?

Nueva pausa. Kipps hubiera querido tener con ella una larga conversación, dar un paseo juntos, acercarse a ella como fuere, y, sobre todo, hubiese deseado disfrutar por más tiempo de la mirada acariciadora de sus ojos. Pero el recuerdo de Folkestone se impuso en su interior.

—Tengo que irme —dijo despidiéndose y alejándose como impelido por una voluntad superior a la suya...

Cuando, desde la esquina, volvió la vista hacia atrás, ella estaba aún a la puerta con expresión algo desconcertada por su marcha repentina. Kipps titubeó un momento, estuvo a punto de volverse y por fin saludó con el sombrero... ¡Aquel sombrero! ¡El sombrero

que representaba a la civilización...!).

Poco después estaba sumido distraídamente en una conversación con su tío. Éste intentaba convencerle de que comprara unos cuantos relojes de pared para venderlos a mayor precio. Le decía también que en una tienda de Lydd había globos, uno terrestre y otro celeste, que resultarían muy decorativos en un salón y que con toda seguridad aumentarían de valor... Kipps no logró recordar nunca si había accedido o no a hacer aquella compra.

Era posible que el viento del sudoeste le ayudara a la vuelta; el caso es que atravesó Dymchurch sin apenas darse cuenta de por dónde iba. Cuando salió de nuevo al campo, le pareció que las colinas de la izquierda y los árboles de la derecha se cernían sobre él obligándole a avanzar por un camino recto y estrecho. No podía volverse en aquella máquina aún no domesticada del todo, pero sabía que detrás de él se extendía, bajo el cielo crepuscular, la vasta llanura que tan bien conocía. Aquello dio materia a sus pensamientos... Mientras atravesaba Hythe se dijo que era indudable que entre las existencias de un hombre que era o pronto sería un auténtico caballero y la de Ann, existía y existiría una total incompatibilidad.

Ya cerca de Seabrook comenzó a pensar que en cierto modo se había degradado al acompañar a Ann... Después de todo, ¿no era más que una sirvienta!

¡Ann!

Aquella muchacha hacía que surgieran en él los instintos de miembro de la clase baja. Había habido un momento en el que se había sorprendido a sí mismo pensando que resultaría muy agradable besarla en los labios. Ann tenía un encanto indefinible..., al menos para Kipps. Éste tuvo la impresión de que durante todo el tiempo que habían estado separados, ella se había hecho más suya, se había entregado del todo a él.

¡Había guardado aquella media moneda durante todos aquellos años!

Ésa era la cosa más halagadora que jamás le había ocurrido a Kipps.

Aquel atardecer, teniendo entre las manos *El arte de conversar*, se sumió en extrañas meditaciones. Después se puso en pie, paseó por la habitación, se acercó a la ventana, se obligó a volver a la realidad y trató de leer *Sésamo y las lilas*. Pero tampoco en este libro logró Kipps concentrar su atención. Se echó para atrás y cerró los ojos. Tan pronto sonreía como suspiraba. De pronto se levantó, sacó de su bolsillo un manojito de llaves, las miró y, tomando una repentina decisión, subió al piso de arriba. Allí abrió la cajita amarilla que una vez había contenido todo cuando poseía en el mundo. En un rincón de su interior había un paquetito sellado con lacre rojo para defenderlo de la curiosidad ajena. Kipps no lo había tocado desde hacía muchos años. Sostuvo este paquete entre los dedos durante un momento y al fin rompió el sello...

Cuando aquella noche estaba a punto de acostarse, recordó algo por primera vez.

—¡Maldita sea! —exclamó en voz alta—. ¡Tampoco esta vez se lo he dicho! ¡Tendré que volver a Nueva Romney!

Se metió en la cama y permaneció pensativo durante largo tiempo.

«Extraño mundo...», reflexionó.

Recordó que Ann se había fijado en su bigote y entonces se embarcó en un mar de egoístas suposiciones. Se imaginó a sí mismo revelando a Ann el total de su fortuna. ¡Qué sorpresa se llevaría!

Por último suspiró profundamente, apagó la luz y poco después estaba dormido...

Pero a la mañana siguiente, y durante todo el día; se sorprendió pensando en Ann..., en Ann la deseable, en Ann la dulce, la cálida. Y con extraordinaria fuerza deseó volver a Nueva Romney... para desear inmediatamente, con idéntica intensidad, no volver jamás.

Aquella tarde, sentado junto al puerto, se le ocurrió una idea.

«Supongo que debí decirle que voy a casarme...».

Todos los sueños e impresiones que parecían haberse borrado de su memoria, volvieron a representarse en su corazón. Recordó cómo había vuelto a Nueva Romney para pasar las vacaciones de Navidad, decidido firmemente a besarla, y recordó el horrible vacío que sintiera al descubrir que se había marchado del pueblo.

Ahora le parecía increíble, y sin embargo no del todo ilógico,

haber derramado lágrimas por ella..., ¿cuántos años atrás?

3

Yo debería dar todos los días las gracias a mi Hacedor por no haberme delegado a mí para juzgar al mundo de los hombres. Porque tendría que compaginar una enorme injusticia con una indecisión espasmódica que prolongaría, en vez de mitigar, la amargura de la vida. No tendría caridad ninguna con la consciente superioridad humana; con los obispos, los políticos venales, los jueces y todo el resto de las almas que se alimentan de sus semejantes, sobre todo con los obispos, hacia los que siento una atávica antipatía y para los que sueño con no poca frecuencia con el castigo de las galeras... Como digo, trataría a toda esta gente sin compasión alguna; pero, por otro lado, con personas como Kipps es donde sería víctima de la más exasperante indecisión. El juicio de los humanos se detendría en Kipps. Todo el mundo y todas las cosas tendrían que esperar. La balanza se inclinaría de un lado para otro, y cada vez que pareciera dispuesta a dejarse caer definitivamente en un sentido, mis dedos la pondrían de nuevo en movimiento. Reyes, guerreros, hombres de Estado, mujeres brillantes, personalidades en general, todos permanecerían esperando, jadeantes de indignación, sin ser juzgados, sin ser tenidos en cuenta, o, peor aún, condenados con indiferencia por importunos, mientras mis ojos escudriñaban por todas partes, buscando la menor cosa que pudiera decir a favor de Kipps... Pero aunque temo que nada pueda salvarle de ser condenado, no tengo más remedio que relatar que antes de que hubieran pasado dos días estaba hablando de nuevo con Ann.

Puedo buscar excusas. La noche anterior había sido testigo de una discusión entre Chitterlow y el joven Walshingham. Los dos habían acudido a visitarle con pocos minutos de diferencia y los dos, sirviéndose generosas raciones de *whisky*, se pusieron a discutir en presencia de Kipps. Al principio parecía que iba a ganar Walshingham, pero por fin, vociferando con todas sus fuerzas, Chitterlow le obligó a guardar silencio. Chitterlow había empezado

hablando de las grandes cantidades de dinero que pueden ganar los autores teatrales, y el joven Walshingham le hizo callar exhibiendo de un modo impresionante sus conocimientos de la alta finanza. Si Chitterlow alardeaba de millares de libras, Walshingham alardeaba de cientos de millares y hablaba de las riquezas de las naciones. Se disponía a hablar del superhombre, pasando por la economía política, cuando Chitterlow se recobró de su primera derrota y volvió a obtener una victoria.

—Hablando de mujeres y de sus artes de seducción... —comenzó a decir (aunque, a decir verdad, no estaban hablando de mujeres, sino de la corrupción de la sociedad por medio de la especulación).

Pronto quedó de manifiesto que en este nuevo campo Chitterlow era invencible. ¡Sabía tanto! ¡Había conocido a tantas! El joven Walshingham se esforzó por ponerse a su altura por medio de epigramas y anécdotas, pero hasta Kipps comprendió que sus aportaciones al tema provenían de los libros y no de la experiencia. Era evidente que Walshingham no había conocido nunca una pasión verdadera. Sin embargo, Chitterlow convencía y asombraba. Se había escapado con mujeres, otras se habían escapado con él, había estado enamorado de varias a la vez («sin contar a Bessie»), había amado y perdido, había amado y triunfado, había amado sin ser correspondido. Habló del estado moral de América (país en el que había tenido gran éxito). Contó un incidente de romántica sencillez, un sueño delirante de amor y belleza, en un viaje en barco de sábado a lunes, por el río Hudson. Después pasó a cantar las alabanzas de Kipling, asegurando que este escritor sabía lo que se decía cuando escribía versos sobre el amor, versos que Chitterlow se apresuró a recitar en beneficio de sus amigos. (Como digo, estas cosas afectan los prejuicios morales del más fuerte de los hombres).

—Me gustaría escribir como Kipling —dijo Chitterlow—. Describir la vida y el amor como él la describe. Pero si nos atrevemos a llevar la vida a la escena, a poner las realidades de la vida en la escena, el mundo reacciona en contra nuestra. Sólo Kipling pudo aventurarse a ello. Oigan este verso que me ha maravillado muchas veces. Otros muchos versos suyos me han maravillado también, pero ninguno como éste. Y, sin embargo, hay en él algo con lo que no puedo estar muy de acuerdo. A ver si lo

están ustedes:

*Yo gocé donde pude,
y ahora el goce debo pagar,
que cuántas más mujeres hubieras conocido,
más difícil te será acostumbrarte a tener una.*

»En mi caso por lo menos (aunque esto no prueba nada, porque no intento negar que yo soy excepcional en muchas cosas), esto no tiene aplicación (se lo confío a ustedes en la seguridad de que no van a divulgarlo), porque yo he sido siempre fiel a Muriel desde que nos casamos, desde que... Ni una sola vez. Ni siquiera por casualidad he hecho o dicho la menor cosa que...

Sus ojos oscuros quedaron pensativos después de hacer aquella confidencia y volvió a recitar con voz grave y profunda las líneas de Kipling.

—Sí —dijo Walshingham aprovechando una pausa en aquel torrente de palabras—; hay que conocer a las mujeres. Y el único medio es la experiencia.

—Hablando de experiencias, muchacho... —dijo Chitterlow volviendo a tomar la voz cantante.

Y de aquel modo siguieron hablando. *Ex pede Herculem*, como diría Coote, el cultivado políglota. Kipps se acostó a las primeras horas del amanecer. La cabeza le daba vueltas a causa de las palabras escuchadas y del *whisky* bebido. Permaneció algún tiempo sentado en la cama, reflexionando tristemente sobre la monogamia, institución que había echado una sombra sobre su vida y permitiendo que sus pensamientos, después de dar algunos rodeos, llegaran por fin a dar forma a la posibilidad de engañar al menos una vez a su prometida con Ann.

Pasó varios días resistiendo y luchando contra el deseo de volver a Nueva Romney.

No sé si esto puede contar como paliativo de su conducta. Supongo que el hombre de alma y espíritu fuerte, el hombre de temple debe ser insensible al ambiente creado por las palabras de un tercero, pero yo nunca he pretendido dar a Kipps un puesto en estas altas esferas morales. El hecho es que al día siguiente pasó la tarde con Ann y no sintió el menor escrúpulo en hacer el papel de un enamorado en potencia.

Se tropezó con ella en la calle Mayor, y cediendo a un impulso momentáneo le propuso dar un paseo «para recordar los viejos tiempos».

—Encantada... —dijo Ann.

Su rápido consentimiento casi asustó a Kipps.

—¿Ahora mismo? —insistió mirando la calle de arriba abajo.

—Muy bien, Artie. Precisamente yo iba paseando en dirección a Saint Mary.

—Vamos hacia allá por detrás de la iglesia —dijo Kipps.

Pocos minutos después se acercaban al mar hablando como si nunca hubieran dejado de verse. Al principio hablaron de Sid. A Kipps no se le ocurrió pensar que Ann era una «mujer» en el sentido que daba Chitterlow a la palabra, sino únicamente que era «Ann». Pero después, recordando la conversación de sus amigos, se puso a pensar de un modo muy distinto. Llegaron a la playa y se sentaron en el suelo encima de los guijarros. Kipps apoyó todo el peso de su cuerpo sobre un codo y se puso a jugar con las piedrecillas, mientras Ann, toda ella iluminada por los rayos del sol, le contemplaba. De vez en cuando guardaban silencio. Agotaron el tema de Sid, agotaron el tema de Ann y Kipps no quería hablar de su herencia... Así, pues, pronto se sorprendió insinuando una conversación amorosa.

—Conservo todavía la media moneda —dijo.

—¿De veras? Yo siempre conservé la mía.. —contestó ella.

Hubo una pausa. Después se dijeron mutuamente lo a menudo que se habían acordado el uno del otro en los pasados años, y aunque es posible que Kipps no fuera sincero, Ann sí lo era.

—He conocido a mucha gente —dijo Ann—, pero nunca a nadie como tú, Artie.

—Ha sido muy hermoso volver a encontrarnos...

¡Mira este barco! Se está acercando muy de prisa...

Kipps permaneció algún tiempo silencioso, pero pronto se sintió emprendedor. Dejó caer los guijarros como por casualidad en la mano de Ann y después acarició, como excusándose, el lugar donde habían caído. Esto hubiera conducido a toda clase de coqueterías si se hubiera tratado, por ejemplo, de Fio Bates, pero Kipps quedó desconcertado al ver que Ann no hacía ningún movimiento y le sonreía con los ojos medio cerrados para defenderlos de los reflejos del sol. Era evidente que se tomaba todo aquello como la cosa más natural del mundo.

Kipps empezó a hablar de nuevo, y acordándose de Chitterlow, aseguró a Ann que nunca la había olvidado.

—Tampoco yo te olvidaré nunca, Artie —contestó ella—. Es extraño, ¿verdad?

El joven también pensó que era extraño. Sintió que le invadían los recuerdos y preguntó de pronto:

—¿Te acuerdas de los escarabajos, Ann?

Sin embargo, lo que Kipps recordaba de aquella tarde no eran precisamente los escarabajos. Se había dado cuenta en aquel momento de que nunca había besado a Ann. Levantó los ojos y allí, muy cerca, vio sus labios entreabiertos.

Años atrás había deseado ardientemente besarla, y su memoria, dando un salto, redujo a la nada el período intermedio. Recordó el propósito que se hiciera entonces y olvidó todo lo que había ocurrido después. Además, había aprendido muchas cosas desde los días de su adolescencia. Esta vez no pidió permiso. Siguió hablando, sintió que sus nervios se contraían y que sus ideas se hacían más claras.

Al fin, habiéndose asegurado de que nadie les veía, se sentó junto a ella e hizo un comentario sobre lo clara que estaba la tarde y lo cercano que parecía estar Dungeness. Después se hizo una vez más el silencio.

—Ann... —susurró en voz baja, rodeando los hombros de la joven con un brazo que temblaba.

Ella permaneció muda y no ofreció ninguna resistencia. Kipps recordó más tarde que la expresión de sus ojos había sido solemne.

Volvió el rostro de Ann hacia él y la besó en los labios. Ella le devolvió el beso con la franqueza y la ternura de una niña.

A Kipps le resultó curioso comprobar que, al pensar retrospectivamente en su infidelidad, no experimentaba la satisfacción que había esperado. No cabía duda de que el hecho de haber ido a la playa con una «mujer», de haberle hablado de amor y haberla besado, cuando estaba prometido a otra «mujer», era algo digno de Chitterlow; pero, sin saber por qué, no podía considerar a aquellas dos personas como «mujeres», sino como Ann y Helen. Sobre todo, se resistía a dar el calificativo de «mujer», en aquel sentido, a Helen. Había algo en los dulces ojos de Ann, en su franca sonrisa, en la ingenua presión de su mano, que resultaba indefenso y conmovedor, algo que daba a todo el asunto un sabor con el que Kipps no había contado. Un verso del poema de Kipling que Chitterlow había recitado, se repetía machaconamente en su imaginación. El que se refería al conocimiento de las mujeres... Pero en realidad él sólo había conseguido conocerse a sí mismo.

Deseaba intensamente volver a Ann y a explicarle... No estaba muy seguro de qué era lo que deseaba explicar...

En realidad no estaba muy seguro de nada. Es difícil resumir nuestra vida entera en un esquema coherente, y, para Kipps, su existencia consistía en una sucesión de estados de ánimo. Cuando pensaba en Helen o en Ann o en cualquiera de sus amigos, recordaba éste o aquel aspecto de cada uno de ellos, y a menudo los diferentes aspectos de una persona resultaban absolutamente incompatibles entre sí. Él amaba a Helen, él adoraba a Helen... y también estaba empezando a odiarla con profunda intensidad. Cuando recordaba aquella excursión a Lympne, su ser se inundaba de emociones profundas, vagas y románticas; cuando pensaba en acompañarla a la fuerza en sus visitas o recordaba su último comentario sarcástico, se sorprendía a sí mismo inventando toda clase de insultos dirigidos a ella. Sin embargo, Ann, con quien había tenido mucho menos contacto que con Helen, resultaba una imagen mucho más sencilla. Era bonita, era dulcemente femenina y en su imaginación resultaba posible poseerla, mientras que Helen le parecía demasiado remota e inaccesible. Más que por ninguna otra

cosa, Ann le atraía por el respeto que sentía hacia él. La mirada de sus ojos era un bálsamo para su vanidad perpetuamente herida...

Las ideas de Kipps se veían influidas por palabras escuchadas por casualidad y por toda clase de circunstancias externas. Sin embargo, en su imaginación, esto, al menos, estaba completamente claro: que haber ido a ver a Ann por segunda vez, haberle dado a entender que ella había sido la imagen central de sus pensamientos durante todos aquellos años y, sobre todo, haberla besado, había sido una acción indigna y vil. Pero desgraciadamente aquel destello de lucidez se produjo en su cerebro unas horas demasiado tarde.

6

Transcurrieron cuatro días. Kipps se levantó muy tarde, se hizo un corte en la barbilla mientras se afeitaba, dejó caer una zapatilla en el agua del baño y, malhumorado, lanzó una maldición.

Es posible, querido lector, que también tú conozcas por experiencia esas intolerables mañanas en las que parece que no tienes ni deseos ni fuerzas para levantarte, en que todo sale mal, todo se cae y todo se rompe, y detestas incluso a los pájaros que cantan en los árboles. A menudo, tales despertares siguen a una noche de insomnio y son debidos a una mala digestión o a alguna íntima preocupación. En el caso de Kipps (a pesar de que Chitterlow le había acompañado también la noche anterior), las preocupaciones habían jugado el papel principal. Durante varios días se le habían ido amontonando cosas desagradables, y en las horas de la madrugada, sin poder conciliar el sueño, Kipps les había pasado revista.

La principal preocupación marchaba bajo esta bandera:

MR. KIPPS

MRS. BINDON BOTTING

le recibirá en su casa el jueves 16 de setiembre

Anagramas, de 4 a 6,30 R. S. V. t.

Una bandera que era el facsímil de una tarjeta de invitación incrustada en el marco de su espejo. En relación con aquel documento terriblemente significativo había tenido con Helen lo que Kipps solamente podía describir como «unas palabras».

Hacía tiempo que era motivo de discusión entre los dos el hecho de que Kipps no aprovechara con suficiente energía las oportunidades que se le ofrecían de practicar las costumbres de la sociedad, y mucho menos buscaba oportunidades por su cuenta. Era evidente que el joven sentía un extraño terror hacia esa diversión vespertina llamada «la visita», y Helen no dejaba de repetirle que aquel terror era estúpido y debía ser vencido. La primera vez que Kipps reveló aquella debilidad fue en casa de los Coote, el día antes de besar a Ann. Estaban todos reunidos charlando agradablemente, cuando la doncella anunció la visita de la más joven de las señoritas Wace. Inmediatamente Kipps manifestó un profundo horror y se levantó a medias de su silla.

—¡Santo Dios! —protestó—. ¿Puedo escapar al piso de arriba?

Pero tuvo que volver a sentarse, porque ya era demasiado tarde. Y probablemente la más joven de las señoritas Wace oyó sus palabras al entrar.

Helen no dijo nada por el momento, aunque es posible que su actitud revelara a las claras su sorpresa, pero más tarde dijo a Kipps que tenía que acostumbrarse a ver gente y sugirió que hiciera una serie de visitas oficiales con ella y con *Mrs.* Walshingham. Kipps asintió de mala gana, por no discutir, pero llegado el momento mostró un talento para la evasión que su prometida no le había atribuido nunca. Helen consiguió por fin que Kipps accediera a acompañarla a visitar a *Miss* Punchafer, de Radnor Park, lo que no resultaría muy difícil, ya que siendo *Miss* Punchafer casi totalmente sorda, podía hablarse de cualquier cosa. Pero cuando llegaron a la puerta de la casa, Kipps logró escabullirse.

—No puedo entrar —murmuró con un hilo de voz.

—Tienes que hacerlo —dijo Helen, hermosa como siempre, pero con más dureza que de costumbre.

—No puedo.

Kipps sacó precipitadamente un pañuelo, se lo llevó a la cara y contempló con mirada hostil a su prometida por encima de él.

—Imposible —dijo con voz ronca a través del pañuelo—. Me

está sangrando la nariz...

Pero aquél fue el final de su capacidad de resistencia y cuando llegó la invitación para el té con anagramas, Helen redujo a la nada sus débiles protestas. Insistió y dijo francamente:

—¡Tengo que hablarte muy en serio sobre esto!

Y así lo hizo...

Coote le explicó algo de la naturaleza de los anagramas y lo que significaba aquel juego. Un anagrama, le explicó, era una palabra con las mismas letras que otra, pero en diferente orden. Por ejemplo.

T. O. C. O. E. sería un anagrama de su propio nombre, Coote.

—T. O. C. O. E. —repitió Kipps cuidadosamente.

—También puede ser T. O. E. C. O. —dijo Coote.

—También puede ser T. O. E. C. O. —dijo Kipps moviendo la cabeza al pronunciar cada letra, para hacerse más fácil la cosa—. Como si fuera «Toe y Co.» —concluyó, haciendo esfuerzos por comprender.

Cuando Kipps logró enterarse al fin de lo que era un anagrama, Coote pasó a explicarle lo que era un té. Kipps supo que habría de treinta a sesenta personas presentes y que cada una de ellas llevaría prendido un anagrama con un alfiler.

—Te dan una tarjeta para que apuntes en ella lo que crees la solución —explicó Coote—. Resulta bastante divertido.

—¡Sí, sí, claro! —exclamó Kipps con fingido entusiasmo.

—Todas estas cosas animan mucho las reuniones —explicó Coote.

Kipps sonrió y asintió con la cabeza.

Pero, a pesar de todo, en las primeras horas de la madrugada sus meditaciones se vieron ensombrecidas por la visión de aquel té con anagramas. Se imaginaba a sí mismo mezclado entre treinta o sesenta personas que lucían una enorme cantidad de letras del alfabeto y se imaginó sobre todo las letras

P. I. K. P. S.

y

T. O. E. C. O...

Se veía intentando formar una palabra con sentido común entre aquella interminable procesión de letras y letras...

Pero la palabra que por último pronunció en voz alta en medio

del silencio de la noche fue: «¡Maldición!».

Y entre aquel maremágnum, se representó la figura de Helen tal como la viera cuando tuvieron las «palabras», con expresión endurecida, irritada, decepcionada. Se imaginó una y otra vez a sí mismo esforzándose por encontrar, bajo su mirada vigilante, el significado de los anagramas...

Intentó pensar en otras cosas, sin caer en un tema aún más peligroso, encabezado por las figuras de Buggins, Pearce y Carshot, tres amistades cortadas que surgían ante él en medio de la oscuridad de la noche convirtiendo sus horribles aprensiones previas en un mudo remordimiento. La noche anterior les correspondía acudir a casa de Kipps y tocar el banjo, y Kipps, con trémula incertidumbre, había colocado la botella de *whisky* entre una fila de vasos y abierto una caja de cigarros escogidos. Pero todo fue en vano. Era evidente que, a su vez, ellos no requerían la compañía de Kipps. En su lugar había aparecido Chitterlow, deseoso de saber en qué había quedado el proyecto del sindicato. Había rechazado todo menos el *whisky* con soda muy poco cargado, al menos hasta que hubieran dejado el asunto decidido, e inmediatamente pasó a exponer sus razonamientos. Muy pronto, y por pura distracción, se sirvió un segundo *whisky* y, como consecuencia, las palabras comenzaron a salir de sus labios con mayor fluidez. Se puso entonces a exponer ante Kipps las alteraciones que había hecho en su comedia (había decidido volver a incluir la escena del insecto en la nuca), repitió a Kipps de pe a pa una discusión que había tenido el día antes con Mrs. Chitterlow, le habló de sus planes para cuando la comedia se hubiera estrenado con éxito, le explicó por qué el honorable Thomas Norgate no había financiado nunca un sindicato y le habló también de sus opiniones sobre aquél. Pero si sus ideas se mezclaban y acumulaban, el resumen de todo ello estaba perfectamente claro. Kipps había de ser el principal participante en el sindicato y su contribución alcanzaría la cifra de dos mil libras. Kipps gimió al recordarlo más tarde a solas en la cama, se volvió y le pareció ver la imagen de Helen contemplándole al otro lado. «Prométeme que no harás nada sin consultarme», le había exigido...

Kipps se dio otra vuelta en el sentido opuesto y durante algún tiempo permaneció inmóvil. Se sentía como un conejo caído en una

trampa.

De pronto, con extraordinaria claridad, su corazón deseó intensamente estar al lado de Ann y la vio como la había visto en Nueva Romney, sentada en la playa acariciada por los rayos del sol. Su corazón la llamó en la oscuridad, con la angustia de una llamada pidiendo socorro. Supo entonces, como si lo hubiera sabido siempre, que había dejado de amar a Helen. Deseaba a Ann, deseaba tenerla entre sus brazos, besarla una y otra vez y apartarse para siempre de todas sus preocupaciones...

Se levantó tarde, pero aquel descubrimiento seguía latente en su interior sin que la luz del día pudiera dejarlo relegado al olvido. Se levantó desalentado y se hizo un corte al afeitarse, pero al fin logró verse en el comedor y llamó al timbre para que le trajeran los componentes de su variado desayuno. En seguida concentró su atención en el correo. Había dos cartas, además de los acostumbrados folletos de propaganda. Una de ellas estaba escrita en papel de luto. Como la escritura le era desconocida, Kipps decidió abrirla primero. En el interior del sobre descubrió una tarjeta:

MRS. RAYMOND WACE

solicita tener el placer de la compañía de

MR. KIPPS

para cenar el martes, 21 de setiembre, a las ocho de la noche

R. S. V. P.

Kipps concentró precipitadamente la atención en la segunda carta. Era de su tío y decía lo que sigue:

«Mi querido sobrino.

Tu carta nos ha llenado de asombro aunque hace tiempo que suponíamos que ocurriría algo por el estilo, pero esperamos que sea para bien. Nos parece muy bien que tu prometida esté emparentada con el conde de Beauprés, pero ten mucho cuidado de que no se aprovechen de ti, porque habrá mucha gente que quiera engañarte ahora que tus circunstancias han cambiado. Hubo un tiempo en que yo estuve de criado en casa del viejo conde y recuerdo que era

muy tacaño con las propinas y que sufría mucho de los callos. Un caballero muy difícil de complacer. Supongo que habrá olvidado por completo mi existencia y de todos modos es preferible no remover el pasado. Mañana es día de ómnibus, y como dices que tu prometida vive muy cerca cerraremos la tienda, ya que ahora tenemos muy poco trabajo, e iremos allí para conocerla y darle un beso. Se alegrará mucho de conocer a tus viejos tíos. Nosotros hubiéramos querido conocerla antes de que la cosa fuera un hecho, pero ya no hay remedio. Esperando que todo salga bien, te abraza tu tío

EDWARD GEORGE KIPPS

»Te llevaré un poco de ruibarbo que he encontrado y que seguramente no habrá en Folkestone, y también un ramo de flores para ella».

«¡Dios mío! ¡Es hoy cuando vienen! —se dijo Kipps poniéndose en pie de un salto, con la carta en la mano—. ¿Cómo diablos...? ¡Imposible! ¡Pretenden dar un beso a Helen!».

Se representó el desastre que se cernía sobre él y sintió que le dominaba la desesperación.

«¡Y es demasiado tarde para ponerles un telegrama y decirles que no vengan!».

7

Unos veinte minutos después, un recadero se vio interpelado por un joven de rostro pálido y desesperado que llevaba un paraguas y una pesada maleta.

—Por favor, lléveme esto a la estación —dijo el joven—. Quiero coger el primer tren para Londres. Tendrá que darse prisa porque no tenemos mucho tiempo.

CAPÍTULO VII

LONDRES

1

Londres constituía el tercer mundo de Kipps. Sin duda existían otros mundos, pero Kipps sólo conocía esos tres: en primer lugar estaban Nueva Romney y el almacén, que habían sido su primer mundo, su mundo de origen, el mundo que contenía también a Ann; el segundo era el de la cultura y el refinamiento, el mundo a que había sido introducido por Coote y dentro del cual contraería muy pronto matrimonio, un mundo que a pasos agigantados iba haciéndose absolutamente incompatible con el primero; el tercero era un mundo todavía inexplorado: Londres.

Kipps se representaba Londres como un lugar de grandes espacios e increíbles multitudes concentradas alrededor de la estación de *Charing Cross* y el «Royal Grand Hotel»; un lugar que contenía toda clase de tiendas y restaurantes, donde a personas tan inteligentes como el joven Walshingham les era posible elegir una comida plato por plato, inspirando un evidente respeto al camarero que anotaba el encargo. Había también exposiciones de cosas muy complicadas (los Walshingham le habían llevado a visitar la Academia de Artes y Oficios y un Museo de Pinturas) y muchísimos teatros. Londres contaba además con innumerables coches de alquiler. El joven Walshingham alquilaba uno a cada momento (durante los dos días de su estancia con Kipps en la ciudad habían tomado nueve), de modo que nuestro héroe no sentía ya mucho respeto por aquellos vehículos. Había aprendido que en cualquier lugar donde se estuviera, si se encontraba uno perdido, no había más que llamar a un coche y decir: «Royal Grand Hotel». Día y noche, estos polvorientos artefactos devuelven a los londinenses a su punto de origen, y si no fuera por su actividad muy pronto toda

la población (tan vasta e incomprensible es la intrincada complejidad de esta gran urbe), se vería perdida para siempre. Al menos esto es lo que se dijo Kipps. Y yo he oído decir lo mismo a gran número de turistas procedentes de América.

El tren en que viajaba nuestro joven estaba compuesto de vagones con pasillo. Kipps olvidó sus preocupaciones por el momento, admirando aquel moderno sustituto de los compartimentos individuales. Pasó del coche de los no fumadores al de los fumadores, fumó allí un cigarrillo y paseó desde su vagón de segunda hasta uno de primera. Pero muy pronto todas sus ansiedades volvieron a apoderarse de él. La sensación de aventura que le había producido su escapatoria, se evaporó casi en seguida y se representó a sus tíos llegando a su casa para descubrir que él se había fugado. Había dejado una esquila para ellos diciéndoles que había tenido que salir urgentemente por «cuestiones de negocios» y había dado orden de que les trataran como si se tratara de él mismo. El motivo inmediato de su acción había sido un miedo espantoso de que se produjera el encuentro entre aquellos viejos, personas excelentes pero sin pulir, y los Walshingham. Sin embargo, ahora que el peligro de que esto tuviera lugar había pasado, comprendió lo exasperados que se sentirían los dos.

Pero ¿cómo explicárselo?

¡Nunca debió darles la noticia por carta!

Debió callarse y decírselo más adelante.

Debió consultar a Helen.

«Prométeme...», le había dicho ésta.

«Oh, ¡maldita sea!», exclamó Kipps poniéndose en pie y dirigiéndose al vagón de fumadores, donde se puso a consumir cigarrillo tras cigarrillo.

¿Y si (¡espantosa posibilidad!) averiguaban la dirección de los Walshingham y se decidían a visitarles...?

Por fortuna, en *Charing Cross* se distrajo de nuevo.

Tomó un coche a la manera de Walshingham y le agradó ver el respeto que reflejaron los ojos del cochero cuando mencionó el «Royal Grand Hotel». Kipps imitó en todo con gran éxito el proceder de Walshingham en su anterior visita a Londres. En conserjería se mostraron muy corteses con él y le dieron una excelente habitación de catorce chelines por noche.

Subió hasta ella y pasó largo rato examinando el mobiliario, contemplando su imagen en los diversos espejos y sentándose por fin al borde de la cama, mientras silbaba una tonada. Pero al comprobar que la imagen de Ann volvía una vez más a tomar posesión de su cerebro se puso en pie y bajó por la escalera después de una momentánea vacilación delante del ascensor. Había pensado almorzar, pero en lugar de ello se dirigió al gran salón y se entretuvo leyendo durante largo rato una guía de los hoteles europeos, hasta que de pronto surgió en su imaginación la idea de si tendría derecho a utilizar aquella principesca estancia sin pagar algo aparte. Empezaba a tener apetito, pero el terror que sentía por las costumbres sociales en la mesa era muy fuerte. Al fin, pasando junto a un portero uniformado, se dirigió al comedor. Pero al vislumbrar un sinfín de camareros y mesas y gran complicación de copas y cubiertos, el terror se apoderó de él y retrocedió, musitando que se había equivocado de camino.

Estuvo paseando por el vestíbulo hasta que le pareció que el portero uniformado le miraba con desconfianza y entonces subió de nuevo a su habitación por la escalera, cogió el sombrero y el paraguas y salió a la calle. Iría comer a un restaurante.

Al cruzar la puerta del hotel tuvo un minuto de satisfacción y se dijo que todos cuantos pasaban por la calle se fijarían en él y exclamarían para sí: «¡Uno de esos elegantes!». Un cochero se llevó la mano a la gorra, pero Kipps denegó con un gesto...

Entonces volvió a acordarse de que tenía hambre.

Sin embargo, se esforzó por convencerse de que no había prisa por comer, a pesar de las protestas de su estómago, y tomó dirección Este, hacia el Strand. Se dijo que muy pronto encontraría un lugar que le conviniera, mientras intentaba recordar los platos que el joven Walshingham había pedido. Sobre todo, no quería ir a un sitio elegante y hacer el ridículo. Cerca de Essex Street encontró un local con el escaparate brillantemente iluminado, en el que se exhibían chuletas, tomates y lechugas. Se detuvo ante él durante unos segundos, hasta que comprendió que allí aquellas cosas se compraban crudas, para cocinarlas en casa. Sea como fuere, ya el hecho de sentir dudas le hizo seguir adelante sin pensarlo más. Poco después llegó a otro sitio en el que se exhibían botellas de champaña, una fuente de espárragos y una minuta con marco

dorado, según el cual allí se podía almorzar por dos chelines. Se disponía a entrar, cuando afortunadamente descubrió a dos camareros que le miraban desde dentro con la más irónica de las expresiones. Siguió su camino, y cuando bajaba por Fleet Street llegó hasta él un aroma de comida caliente. Vio una taberna a pocos pasos, una taberna con varias puertas, pero no acabó de decidir cuál de aquellas puertas era la que debía abrirse para entrar, y por ello prefirió no probar fortuna. Empezaba a ponerse nervioso y a sentirse fatigado.

Titubeó en Farringdon Street y desde allí, pasando junto a San Pablo, se dirigió a Cheapside. Kipps estaba ya completamente desmoralizado y se imaginaba que cada restaurante o casa de comidas que veía presentaba más obstáculos para él. No sabía con qué actitud debía entrar y qué debía hacer con el sombrero; ignoraba qué debía decir al camarero y cómo se llamaban los diferentes alimentos; estaba completamente convencido de que tartamudearía y caería en el más completo ridículo, ¡se reirían de él! Cuanto más hambre sentía, más insoportable se le hacía la idea de que alguien pudiera reírse de él. Al fin se le ocurrió una solución que explicaría su ignorancia. Entraría en uno de aquellos establecimientos y fingiría ser extranjero y no saber inglés. Entonces quizá le comprenderían... Mientras así iba discurriendo, se encontró en una parte de Londres en la que parecía no haber ninguna casa de comidas.

—¡Diablos! —exclamó Kipps irritado por su indecisión—. Entraré en el primer sitio que encuentre.

El primero que encontró fue una freiduría de pescado en una calle lateral, en la que también se servían salchichas hechas en una parrilla de gas.

Hubiera entrado allí, pero de pronto sintió un nuevo escrúpulo. Iba demasiado bien vestido para codearse con las personas que logró distinguir a través del cristal, todas las cuales estaban comiendo con evidente satisfacción.

Estaba ya medio decidido a tomar un coche y enfrentarse con los peligros ignorados del comedor del «Royal Grand», cuando apareció ante él la única persona que conocía en Londres (como siempre aparece en Londres la única persona que uno conoce) y le dio una palmada en el hombro. Kipps estaba contemplando un escaparate a unos cuantos metros de la freiduría de pescado, fingiendo examinar con interés una gran cantidad de ropita de niño de color rosa, mientras intentaba decidirse a entrar en el establecimiento para comer aquellas apetitosas salchichas.

—¡Hola, Kipps! —exclamó Sid—. ¿Gastando los millones?

Kipps se volvió y comprobó con alegría que de los ojos de su amigo había desaparecido todo vestigio de la irritación que a él le había resultado tan dolorosa en Nueva Romney. Sid tenía un aspecto próspero y llevaba un sombrero nuevo que daba un toque de comercialismo a su vestimenta, por lo demás algo socialista. De momento su inopinada aparición alegró el corazón de Kipps. Le vio como un amigo que acudía en su auxilio, y sólo al cabo de unos instantes recordó que Sid era el hermano de Ann.

—Venía por aquí para comprar de segunda mano instrumentos de esmalte... Voy a esmaltar yo mismo.

—¿De veras? —preguntó Kipps.

—Sí. Es una gran ventaja que el cliente pueda elegir el color que desee. ¿Comprendes...? Y a ti, ¿qué te trae por aquí?

Kipps tuvo una momentánea visión de sus tíos al llegar a su casa de Folkestone.

—Quería cambiar un poco de ambiente —contestó.

Sid tomó una rápida decisión.

—Ven conmigo a casa. Hay allí una persona con quien me gustaría que hablaras.

Ni aun entonces se le ocurrió a Kipps pensar en Ann.

—Pues... el caso... —dijo intentando inventar una excusa cualquiera, pero sin conseguirlo—. El caso es que estaba mirando por aquí a ver si encontraba un sitio para comer.

—Por aquí no encontrarás nada —dijo Sid—. Sino crees que rebajarte a ir a los suburbios es un desdoro para ti, te propongo compartir conmigo una pierna de cordero que en estos momentos me está esperando...

Aquellas palabras afectaron profundamente a Kipps.

—No tardaremos media hora en llegar —dijo Sid.

Y la cosa quedó decidida.

Kipps descubrió entonces que en Londres existían otros medios de locomoción aparte de los coches de punto, y que uno de ellos era el ferrocarril subterráneo. Aquello le interesó muchísimo.

—¿No te importa ir en tercera? —preguntó Sid.

—¡Claro que no!

Mientras avanzaban en el vagón guardaron silencio a causa de los desconocidos que les rodeaban por todas partes, pero pronto Sid se puso a explicar a su amigo quién era la persona que quería que conociera.

—Se trata de un hombre que se llama Masterman. Te hará mucho bien... Ocupa la habitación principal de nuestro piso bajo. El motivo de habérselo alquilado no es tanto el sacar algún dinero como disfrutar de su compañía. En primer lugar nosotros no necesitamos toda la casa y, además, yo le conozco hace mucho tiempo. Le conocí en una de nuestras reuniones sociológicas. Muy pronto me dijo que no se encontraba a gusto en donde vivía y así fue cómo llegamos a un acuerdo. Es una excelente persona..., ¡excelente!, y sabe mucho de ciencia. En realidad es una especie de periodista. Ha escrito mucho, pero últimamente ha estado demasiado enfermo para poder hacer nada. Escribe versos y también artículos para el *Commonweal*. Tiene muchísimos libros, a pesar de que ha vendido muchos. Conoce a mucha gente y sabe de todo. Ha sido dentista, posee el título de farmacéutico y muchas veces le he visto leyendo libros en alemán y en francés. Todo lo ha conseguido con su propio esfuerzo. Estuvo aquí tres años... —Sid indicó South Kensington con un movimiento de cabeza— estudiando ciencia. Pero ya le conocerás. Cuando empieza a hablar es cuando se da uno cuenta de todo lo que sabe.

—¡Ah! —exclamó Kipps moviendo afirmativamente la cabeza, y con las dos manos apoyadas en el mango del paraguas.

—Algún día hará grandes cosas —prosiguió Sid—. Ya ha escrito un libro de ciencia que se llama *Fisiografía elemental*, y cuando tenga tiempo escribirá otro sobre la Alta Fisiografía.

Hizo una pausa para que Kipps comprendiera todo el significado de aquello.

—Yo no puedo presentarte a condes y caballeros distinguidos —continuó Sid—, pero en cambio puedo presentarte a una futura celebridad. Eso sí. A menos que..., a no ser que...

Sid titubeó sin decidirse a expresar sus temores con palabras.

—Tiene una tos terrible —dijo al fin.

—Seguramente no le interesará hablar conmigo.

—No te preocupes por eso. Le gusta mucho hablar. Habla con cualquiera... —dijo Sid para tranquilizarle. Y añadió una misteriosa frase en inglés con palabras latinas—: Él no *pute* nada, *non alienum*. Ya sabes.

—Sí, ya lo sé —repuso Kipps sin retirar las manos del puño del paraguas, aunque naturalmente no entendió una palabra.

3

A Kipps la tienda de Sid le pareció un establecimiento floreciente y vio que estaba lleno de la colección de bicicletas y piezas más extraordinarias que había visto en su vida.

—Éstas son las piezas de alquiler —explicó Sid haciéndole los honores—. Y ahí tienes la mejor máquina, a precio democrático, de todo Londres, «La Bandera Roja», hecha por mí. ¿La ves?

Y diciendo esto señaló una máquina que ocupaba todo el escaparate.

—Ahí tengo el surtido de accesorios. Voy a dedicarme también a los motores...

—¿A los corderos? —preguntó Kipps, que no le había oído bien.

—Dije motores..., pero si pasas por aquí entraremos a atacar la pierna del cordero.

Abrió una puerta cuyo panel superior era una ventana cubierta por una cortina y descubrió una pequeña habitación con paredes rojas y muebles verdes; en el centro había una mesa cubierta con un impecable mantel blanco.

—¡Fanny! —gritó Sid—. ¡Aquí está Art Kipps!

Una mujer joven de ojos brillantes, que contaría unos veinticinco o veintiséis años, apareció por otra puerta con las

mejillas rojas por haber estado cocinando. Se limpió una mano en el delantal, estrechó la de Kipps, sonrió y dijo que la comida estaría preparada inmediatamente. Dijo después que ya había oído hablar de Kipps y de su buena suerte. Mientras tanto, Sid desapareció en busca de cerveza y volvió con un vaso para él y otro para Kipps.

—Toma, bebe esto.

Kipps lo hizo así y se sintió mucho mejor.

—Serví la comida a *Mr.* Masterman hace una hora —dijo la esposa de Sid— porque no me pareció bien hacerle esperar.

Todo el mundo se puso en movimiento y muy pronto se sentaban cuatro a la mesa. El cuarto comensal era *Mr.* Walt Whitman Pornick, un caballero de año y medio de edad, a quien se le dio una cuchara para que se entretuviera golpeando la mesa y no hiciera diabluras. Este personaje aprendió muy pronto a pronunciar el nombre de Kipps y lo estuvo repitiendo durante toda la comida, combinándolo por turno con todas las palabras de su repertorio.

—¡Quiero Kipps más! —dijo una de las veces, suscitando la risa de todos.

—Tiene mucha facilidad para aprender las palabras —dijo *Mrs.* Pornick—. No se puede decir nada sin que en seguida lo aprenda.

No había servilletas ni ceremonia alguna, y Kipps se dijo que nunca había disfrutado tanto de una comida. Todos estaban contentos por el encuentro y sentían facilidad para la risa. La cosa marchó sobre ruedas desde el primer momento. Si se insinuaba una pausa, el pequeño Walt se encargaba de llenarla. La esposa de Sid, que combinaba una enorme admiración por la inteligencia de su esposo, su socialismo y su facilidad para los negocios con el sentimiento maternal propio de su sexo, se dirigía a ellos llamándoles «muchachos», y cuando no insistía para que Kipps repitiera de esto o aquello, hablaba de la disparidad existente entre ella y su marido.

—Nadie diría que se llevan un año de diferencia —dijo Kipps—. Parecen los dos de la misma edad. Nadie lo diría.

El recuerdo de su fortuna se había desvanecido hacía mucho tiempo de la imaginación de Kipps, quien se sorprendió a sí mismo contemplando a sus anfitriones con profundo respeto. En realidad, Sid era un excelente muchacho. Con sus veintidós años tenía ya su

propia casa y era el jefe de una familia con esposa e hijo. Él no necesitaba recibir ninguna herencia, y *Mrs.* Pornick ¡era tan afectuosa y agradable! ¡Y el niño...! Sí, Sid había progresado mucho. Kipps tuvo que pensar en sus riquezas para no sentirse un ser abyecto en comparación con él. Decidió que en la primera oportunidad compraría para Walt el juguete más grande y más caro que encontrara.

—¿Quieres más cerveza. Art?

—Sí, un poco más.

—Corta otro pedazo de pan para *Mr.* Kipps, Sid.

—¿Y tú no quieres un poco más?

Sid era un buen chico. De eso no cabía la menor duda.

Kipps se dijo también que, además, Sid era el hermano de Ann, pero no habló para nada de ella por excelentes razones. Después de todo, la irritación que había mostrado Sid al oír el nombre de su hermana el día que se encontraron en Nueva Romney parecía indicar que existía entre ellos cierto alejamiento. Y, por otra parte, tampoco sabía cómo estaban las relaciones entre Ann y su cuñada.

Pero, de todas formas, quedaba el hecho indudable de que Sid era el hermano de Ann.

Hasta el mobiliario de la habitación le pareció alegre y atractivo.

En un extremo había un aparador con varios platos de loza y unos cuantos cubiletes para beber cerveza. En una pared se veía un grabado de Walter, y a través de los cristales de la puerta que les separaba de la tienda se distinguían los anuncios en colores de un gran número de tratantes en bicicletas y un estante lleno de cajas con atractivos letreros.

Le pareció increíble haber estado aquella mañana en Folkestone, y que en aquel mismo momento sus tíos...

¡Brrr...! No quería pensar en sus tíos...

Cuando Sid le repitió su invitación de que subiera a conocer a Masterman, Kipps, satisfecho después de haber bebido una buena

cantidad de cerveza y de haber saboreado el excelente asado elaborado por *Mrs. Pomick*, contestó que iría a verle con gran placer.

Sid preguntó a gritos desde abajo si podían subir, y al contestarles una voz acompañada de un golpe de tos, los dos amigos comenzaron a subir las escaleras.

—Masterman vale mucho —dijo Sid en voz baja—. Deberías oírle hablar en una reunión pública..., si está en forma, naturalmente.

Después de llamar con los nudillos penetraron en una habitación que estaba totalmente sumida en el desorden.

—Éste es mi amigo Kipps —dijo Sid—. Ya sabe, ese amigo de que le hablé. El que tiene mil doscientas libras al año.

Masterman estaba sentado mordisqueando una pipa vacía muy cerca del fuego, como si éste estuviera encendido y se hallaran en lo más crudo del invierno. Kipps le contempló durante unos instantes y después estudió los muebles de la habitación, la cama semioculta detrás de un biombo, una escupidera junto a la chimenea, los restos de comida encima de la cómoda y los libros y papeles desperdigados por todas partes. La cara de Masterman revelaba que era un hombre de unos cuarenta años, o más. Sus ojos tenían un brillo extraordinario y sus mejillas exhibían dos manchas rojas; el poblado bigote que le crecía encima del labio superior estaba cuidadosamente recortado; su dentadura era una ruina, se envolvía la garganta en una bufanda de punto y llevaba una camisa sin puños. No se levantó para saludar a Kipps, pero le tendió una mano muy delgada y con la otra señaló una butaca.

—Me alegro de conocerle —dijo—. Siéntese y póngase cómodo. ¿Quiere fumar?

Kipps contestó afirmativamente y sacó su pitillera. Se disponía a coger un cigarrillo, cuando lo pensó mejor y ofreció primero a Masterman y a Sid. Antes de aceptar uno, Masterman fingió sorprenderse de que su pipa estuviera apagada. Sid echó a un lado una de las hojas del biombo, que le molestaba, se sentó encima de la cama, ahora totalmente expuesta a la vista, y se preparó con cierta satisfacción a ser testigo del tratamiento a que Masterman sometería a Kipps.

—¿Y qué se siente al tener mil doscientas libras al año? —

preguntó Masterman llevándose el cigarrillo a la boca.

—Resulta algo extraño —confesó Kipps después de un tiempo de reflexión—. Resulta muy extraño...

—Yo nunca lo he comprobado —dijo Masterman.

—Cuesta bastante acostumbrarse. Se lo digo por experiencia.

Masterman aspiró el humo del tabaco y contempló a Kipps con ojos curiosos.

—Supongo que sí —dijo al cabo de un rato—. ¿Y le ha hecho completamente feliz? —preguntó bruscamente.

—Nada de eso —contestó Kipps.

Masterman sonrió.

—No. ¿Pero le ha hecho más feliz que antes?

—Al principio, sí.

—Sí. Pero se acostumbró usted. Por ejemplo, ¿cuánto duró la primera alegría delirante que sintió al enterarse de su fortuna?

—Pues... quizá una semana —dijo Kipps.

Masterman movió la cabeza.

—Eso es lo que me desanima a mí de amasar dinero —dijo a Sid—. Se acostumbra uno a tenerlo. La sensación de novedad no dura. Siempre he pensado que sería así y resulta interesante ver confirmada mi teoría. Me temo que seguiré molestándoles viviendo aquí durante algún tiempo.

—Ya sabe que no nos molesta —contestó Sid.

—¡Veinticuatro mil libras...! —exclamó Masterman arrojando una nube de humo—. ¡Santo Dios! ¿No le agobian?

—A veces sí.

—¿Va a casarse?

—Sí.

—¡Hum...! Supongo que con una dama de elevada posición...

—Efectivamente. Es prima del conde de Beauprés.

Masterman se acomodó en su asiento con el aire de quien ha acumulado todos los datos que necesita.

—Dudo mucho —dijo, dejando caer al suelo la ceniza— de que una gran pérdida o ganancia de dinero, tal como están las cosas hoy en día, tenga la menor importancia en la felicidad propia. Debería tenerla... Si el dinero fuera lo que debe ser, el precio de un trabajo, deberíamos recibir un aumento de felicidad por cada libra ganada. Pero el hecho es que nuestra época está desequilibrada y que el

dinero, como todo lo demás, no es otra cosa que un espejismo.

Volvió la cara hacia Kipps y dio énfasis a sus palabras haciendo un ademán con su mano huesuda.

—Si yo no lo creyera así, me preocuparía de conseguir dinero. Pero al ver las cosas con claridad ¡se pierde de tal modo el ánimo...! ¿Creyó usted al recibir el dinero que con él podría comprar todo lo que quisiera?

—Algo así...

—Y descubrió que no era cierto. Descubrió que todo es cuestión de saber dónde comprar y cómo comprar, y que una vez adquirida una cosa siempre hay otra que no se puede lograr con dinero.

—El primer día me compré un banjo... —dijo Kipps.

Sid comenzó a hablar desde el borde de la cama, donde estaba sentado.

—Todo eso está muy bien, Masterman —dijo—; pero, después de todo, el dinero da la fuerza. Se pueden hacer toda clase de cosas con dinero...

—Estoy hablando de felicidad —repuso Masterman—. Se pueden hacer toda clase de cosas en un sitio público con una pistola cargada, pero nada que pueda hacer feliz a nadie. Nada. La fuerza es algo completamente distinto. En cuanto a la felicidad, es necesario que el mundo esté en orden para que el dinero, las propiedades y todas esas cosas tengan un valor verdadero. Y, como ya he dicho antes, este mundo nuestro está en completo desequilibrio. El hombre es hoy día un animal social que se mueve por el Globo y una comunidad no puede ser feliz en un sitio y desgraciada en otro. Ha de ser todo, o nada. La equivocación más grande del mundo es no comprenderlo así. Por lo tanto, la gente cree que existe una clase o un orden por encima o por debajo de ellos, o un país o un hogar en alguna parte del Globo donde podrían sentirse felices y a salvo... El hecho es que la Sociedad es un cuerpo que está sano, o enfermo. Así es la ley. La Sociedad en que nosotros vivimos está enferma. Es una inválida, febril, rebelde, desnutrida. Por ejemplo, no puede uno sentir que las piernas no le duelen si tiene neuralgia, o que no le duele la garganta si se le ha roto un brazo. Ésta es mi teoría y esto es lo que ustedes aprenderán también. Y estoy tan convencido de que tengo razón, que me contento con permanecer aquí y esperar el final de mis días, seguro

de que no puedo mejorar el estado del mundo por mucho que me preocupe... en el momento actual y en lo que a mí se refiere, naturalmente. Ya no soy ni siquiera ambicioso. Mi egoísmo está en el fondo de un pozo, con un filosófico ladrillo atado al cuello. El mundo está enfermo, mis días son cortos y mis fuerzas son escasas. Soy tan feliz aquí como podría serlo en cualquier otro sitio.

Tosió, permaneció silencioso unos instantes y señaló a Kipps con el dedo índice.

—Usted ha tenido la oportunidad de comparar dos escalas sociales. ¿Cree usted que las personas que ahora le rodean son más felices que las otras?

—No —respondió Kipps, pensativo—. No se me había ocurrido pensarlo hasta ahora, pero... no. No lo son.

—Y si descendiera usted al último escalón social y subiera al más elevado, descubriría lo mismo. El hombre es un animal gregario y ninguna cantidad de dinero, por muy elevada que sea, podrá trasladarle a otra época que aquélla en que ha nacido. En toda la escala social hay descontento. Nadie está completamente seguro y todos sienten preocupación e intranquilidad. La antigua tradición ha desaparecido o está desapareciendo, y no hay nadie que pueda crear una nueva tradición. ¿Dónde están ahora los nobles? ¿Dónde están los caballeros? Desaparecieron en cuanto el campesino descubrió que no era feliz y dejó de ser un campesino. Ahora hay hombres grandes y hombres mezquinos. Y eso es todo. Ninguno de nosotros sabe dónde está cada uno. Los que viajan en un vagón de tercera y los que viajan en uno de los automóviles nuevos de dos mil libras, no se diferencian en nada. La sociedad elegante es tan baja, tan vulgar y tan incómoda para un alma equilibrada, como cualquier otra de las graduaciones sociales. No queda en el mundo ninguna sociedad de un nivel elevado. Así, pues, ¿de qué sirve intentar subir?

—¡Muy bien dicho! —dijo Sid.

—Es cierto —asintió Kipps.

—Yo no lo intento —dijo Masterman, aceptando un nuevo cigarrillo de los que Kipps le ofrecía—. No. Este mundo carece de orden. Está roto en muchos pedazos y dudo que pueda curarse. Estamos en el principio de la Decadencia del Mundo. —Hizo girar el cigarrillo entre sus dedos delgados y repitió con satisfacción—: La

Decadencia del Mundo.

—A nosotros nos toca hacerlo resurgir —dijo Sid mirando a Kipps.

—¡Ah! Sid es un optimista —dijo Masterman.

—También lo es usted por lo general.

Kipps encendió un nuevo cigarrillo con aire pensativo.

—Francamente —prosiguió Masterman cruzando las piernas y despidiendo el humo por la nariz—, francamente, creo que esta civilización nuestra está a punto de venirse abajo.

—Existe el Socialismo —dijo Sid.

—Pero no la imaginación suficiente para utilizarlo.

—Tendremos que crearla.

—Dentro de un par de siglos, quizá —dijo Masterman—. Pero mientras tanto sufriremos un ataque muy grave de confusión universal. Confusión universal. Como una de esas catástrofes en las que muere un gran número de personas del modo más innecesario, al contemplar un espectáculo o apiñándose para tomar un tren. Consideraciones de orden Comercial e Industrial. Explotación política. Guerras de Tarifas. Revoluciones. Y un gran derramamiento de sangre porque unos idiotas llaman amarillo a la mitad del mundo blanco. Estas cosas cambian la actitud de todos hacia todos. Y todo el mundo sufrirá las consecuencias. Todos vamos a sentirnos tan cómodos y felices como una familia durante una mudanza. ¿Qué otra cosa podemos esperar?

Kipps habló entonces, pero no en respuesta a la pregunta de Masterman.

—Nunca he acabado de comprender la finalidad del Socialismo. ¿Qué es lo que va a hacer?

Los otros dos habían imaginado que Kipps tenía alguna idea elemental del asunto, pero en cuanto comprendieron que no era así Sid se sumió en un mar de explicaciones y en seguida se le unió Masterman, que abandonó su actitud de hombre indiferente dispuesto a morir. Al principio se limitó a corregir la versión de Sid, pero no tardó mucho en dirigir él la conversación. Toda su persona pareció transformarse. Se inclinó hacia adelante, dejó descansar un codo sobre las rodillas y su rostro adquirió un tinte rosado. Expuso sus teorías contra la propiedad y la clase propietaria con tanta fuerza, que Kipps quedó completamente aturdido y no se le ocurrió

preguntar con qué se rellenaría el vacío que se crearía con aquella abolición. Durante algún tiempo olvidó totalmente su propia opulencia. Parecía que en el interior de Masterman se había encendido una luz. Abandonó su languidez y reforzó sus palabras con expresivos ademanes de sus manos flacas y largas. Kipps vio que según iba argumentando iba sintiéndose furioso.

—Hoy en día el mundo está regido por hombres ricos que pueden hacer su voluntad casi por completo. ¿Y qué hacen? Contribuyen a que la energía del mundo se desperdicie.

—¡Bien dicho! —exclamó Kipps.

Masterman se puso en pie y se colocó de espaldas a la chimenea.

—Colectivamente, los ricos de hoy no tienen ni sentimientos ni imaginación —prosiguió—. No. Poseen maquinaria, tienen más conocimientos y más fuerza de la que nunca se pudo soñar. ¿Y en qué la utilizan? Piense en lo que están haciendo con ello, Kipps, y piense por contraste en lo que podrían hacer. Dios pone en sus manos algo como el automóvil, y todo lo que se les ocurre hacer con él es correr por las carreteras envueltos en gafas y fundas, matando niños y haciendo que la máquina resulte odiosa a la Humanidad. («¡Bien dicho!», exclamó Sid). Dios pone en sus manos medios de comunicación, una fuerza sin paralelo alguno en la historia de los tiempos y una libertad absoluta. ¡Y todo lo desperdician! Aquí, a sus pies (los ojos de Kipps siguieron la dirección del dedo índice del orador y se fijaron en la alfombrilla de la chimenea), bajo sus ruedas malditas, la gran masa humana suda y trabaja en la oscuridad... oscuridad creada porque los otros no dejan pasar la luz. Y la oscuridad se hace mayor día por día. Si no sabes arrastrarte, rufianear, o robar, has de permanecer en el agujero donde naciste. ¡Mientras las bestias de arriba intentan apoderarse de todo! Se oponen a que tengamos escuelas, se oponen a que tengamos luz y aire, nos engañan y después intentan olvidarnos... No existen reglas ni guías, sino accidentes y casualidades felices. Nuestras multitudes aumentan y el grupo de dirigentes no hace provisión alguna, no prevé nada, no anticipa nada.

Masterman guardó silencio, dio un paso y permaneció de pie junto a Kipps dominado por la cólera.

Kipps movió la cabeza para no comprometerse y mantuvo los

ojos fijos en la zapatilla del orador mientras éste proseguía su discurso.

—No es como si pudieran demostramos que han sacado algún beneficio del olvido en que nos tienen, Kipps, no pueden. Son ruines, mezquinos y cobardes. ¡Piense en sus mujeres, por ejemplo! ¡Pintadas, teñidas, ocultando sus formas deformadas bajo metros y metros de tela! No hay una sola mujer en la sociedad elegante de hoy día que no esté dispuesta a venderse en cuerpo y alma, que no fuera capaz de lamer las botas a un judío o de casarse con un negro, antes de vivir como es debido con cien libras al año. ¡Lo que para usted y para mí, Sid, representaría la riqueza! Ellos lo saben, y saben que nosotros lo sabemos... Nadie cree en ellos. Nadie cree ya en la nobleza. Nadie cree ya en la realeza. Nadie cree ya que la ley contenga su justicia... Pero la gente tiene hábitos y costumbres adquiridos hace mucho tiempo y sigue viviendo en el mismo agujero con tal de tener trabajo, con tal de recibir su sueldo semanal. Esto no durará, Kipps. —Tosió e hizo una pausa—. Esperaré a que vengan los años de escasez... —exclamó. De pronto su tos se hizo más fuerte y escupió sangre en el suelo—. No es nada —dijo al oír la exclamación de horror que salió de los labios de Kipps.

Siguió hablando, a pesar de verse interrumpido a cada momento por la tos. Sid le contempló sumido en un éxtasis de dolorosa admiración.

—Contemple el fraude en que han convertido la vida, la miserable burla que hacen de las esperanzas de la juventud. ¿Qué he tenido yo, por ejemplo? A los trece años me vi obligado a entrar en una fábrica como un conejo podría verse obligado a entrar en una caja cloroformizada. ¡A los trece años! ¡Cuando los hijos de ellos son todavía unos bebés! Pero hasta un niño de esa edad podía darse cuenta del infierno que es una fábrica. Allí sólo existe la monotonía, el trabajo continuo, el desprecio y el deshonor. Y, por último, la muerte.

Kipps recordó entonces la voz de Minton, que tiempo atrás le dijera: «... encerrados en una alcantarilla hasta morir». Pero Masterman hablaba con vehemente indignación, en lugar de hacerlo con la resignación y el pesimismo de Minton.

—Al fin, de un modo o de otro, conseguí salir —dijo ya más

calmado, volviendo a sentarse en la silla—. Algunos salían por un golpe de suerte, otros valiéndose de la astucia, y otros para dejarse caer al suelo, por así decirlo, y morir. Éste es el destino del hombre pobre, Kipps. La mayoría no logramos nunca la libertad. Yo trabajaba todo el día y estudiaba la mitad de la noche, y aquí estoy ahora, sufriendo las consecuencias lógicas de aquello. ¡Y nunca se me ofreció una oportunidad, nunca! —En un arranque de cólera dio un puñetazo en el brazo de la silla—. Esos miserables han prohibido las becas para mayores de diecinueve años por miedo a los hombres como yo. Después de esa edad no podemos hacer nada. Todo nuestro esfuerzo es inútil. Cuando llegué a aprender lo necesario, se me cerraron las puertas. Yo creí que el saber obraría el milagro. ¡Lo creí sinceramente! Luché por aprender, lo mismo que otros hombres luchan por conseguir alimentos. He pasado hambre por aprender. He dado la espalda a las mujeres; hasta eso he hecho. He reventado mi maldito pulmón... —Alzó la voz con furia imponente— y sé que valgo más que diez príncipes reunidos. Sin embargo, estoy vencido e inutilizado. Me ha vencido una jauría de perros. No tengo valor alguno ni para mí mismo ni para el mundo. He hecho entrega de mi vida y con ello no he conseguido otra cosa que llegar a valer demasiado y no servir para nada en este mundo desquiciado. Si en vez de dedicarme a aprender, me hubiera propuesto engañar y estafar a mis semejantes... En fin, ya es demasiado tarde. Es demasiado tarde para todo. ¡Y pensar que allá en Nueva York un niño mimado de la sociedad está haciéndose rico traficando con trigo! ¡Santo Dios! —exclamó con voz ronca asiendo con fuerza los brazos de la butaca—. ¡Santo Dios! ¡Si pudiera acogerle! ¡Aun ahora, matándole, haría algo por la humanidad!

Miró a Kipps con ojos brillantes de ira y de pronto toda su actitud experimentó un brusco cambio. Alguien se acercaba con las cosas del té y Sid se levantó para abrir la puerta.

—Todo lo cual se reduce a esto —dijo Masterman, calmado una vez más—: el mundo está desequilibrado y no hay alma viviente que no esté desperdiciando al menos la mitad de sus energías. Así lo descubrirá usted más pronto o más tarde, allá donde le lleven sus pasos... ¿Le importa que fume otro de sus cigarrillos?

Lo encendió con mano temblorosa y se puso en pie cuando la esposa de Sid entró en la habitación. La joven le miró y preguntó

con cierta severidad al observar el tinte rosado de sus mejillas:

—¿Ya ha estado hablando del Socialismo?

5

A las seis de aquella tarde Kipps avanzaba hacia el Este por el parque. Puedes imaginártelo fácilmente, lector. Es un hombre respetablemente vestido, que se mueve a través de un mundo algunas veces incomprensible, pero siempre inmenso. Tan pronto va pensativo como silba alegremente o mira a su alrededor. Hay pocos jinetes en la pista del parque. De vez en cuando un carruaje pasa junto a él. Entre los grandes rododendros y laureles, hay unos cuantos grupos de personas vestidas en el estilo que él adoptó para visitar a los Walshingham al principio de su compromiso con Helen. En medio de la desordenada confusión en que se hallaba sumido en sus pensamientos, Kipps lamentó una vez más no haberse vestido de otro modo en aquella ocasión...

Tentado por una silla pintada de verde, se sentó en ella después de un ligero titubeo, se echó hacia atrás y cruzó las piernas.

Apoyó la barbilla en el mando del paraguas y reflexionó sobre Masterman y sus ataques contra el mundo.

«Debe de estar un poco chiflado», se dijo Kipps.

Reflexionó profundamente unos minutos.

—¿Qué querría decir con eso de «los años de escasez»?

Allí en el parque el mundo parecía sólido y próspero, capaz de defenderse de las garras moribundas de Masterman. Y sin embargo...

Era curioso que le hubiera recordado a Minton.

Sus pensamientos se fijaron después en un tema más importante. Al despedirse, Sid le había preguntado si había visto a Ann, y sin darle tiempo a contestar había añadido que ahora tendría más oportunidad de verla porque estaba sirviendo en Folkestone.

El recuerdo de estas palabras le hizo olvidar el interrogante de si efectivamente el mundo estaría desequilibrado, como decía el filósofo.

¡Ann!

¡Podría tropezarse con ella cualquier día!

Pensativo, se tiró del bigote.

Le gustaría mucho encontrarse con Ann...

¡Pero sería espantoso que tal cosa ocurriera...! ¡En Folkestone! Era demasiado cerca...

Se sumió en un sueño en el que se vio a sí mismo encontrándose con Ann mientras se dirigía a escuchar la banda de música, vestido con su traje de etiqueta Y muy pronto sus sueños se convirtieron en una pesadilla.

¿Qué ocurriría si la encontraba yendo con Helen?

—¡Dios mío! —exclamó Kipps.

La vida le había originado una nueva complicación que iba multiplicándose por momentos. Durante unos instantes deseó con fervor no haber besado a Ann, no haber ido a Nueva Romney por segunda vez. Se maravilló de haber podido olvidar a Helen en aquella ocasión. La imagen de Helen tomó posesión de sus pensamientos. Tendría que escribirle una carta diciéndole que había venido a Londres a pasar uno o dos días. Escribiría también a sus tíos explicándoles que había tenido que venir por cuestiones de negocios. Para los viejos eso bastaba, pero Helen era distinta. Ella insistiría en que le diera más explicaciones.

Deseó no tener que volver nunca más a Folkestone. Ésa sería la mejor solución.

Entonces le llamó la atención, al pasar por su lado, un grupo compuesto de dos caballeros impecablemente vestidos y una dama exquisita. Sin duda hablaban de temas elevados. La dama tocó el brazo del caballero de su izquierda con uno de sus guantes. Un grupo de miembros de la aristocracia, sin duda.

El alma de Kipps contempló la vida en general con la misma timidez con que un pajarillo recién nacido se asomaría al borde del nido. ¡Qué cosa tan extraordinaria era la vida y qué cantidad de gente diversa habitaba el mundo!

Encendió un cigarrillo y se sumió en mentales especulaciones sobre aquel grupo, mientras contemplaba como se alejaban. Probablemente todos ellos tendrían rentas superiores a mil doscientas libras. Aunque quizá no fuera así. Probablemente ninguno de ellos sospechó, al pasar por su lado, que también él era

un caballero de medios independientes, aunque estuviera vestido con menos elegancia. Naturalmente, para ellos todo resultaba fácil. Desde niños estaban acostumbrados a vestir bien y a obrar de un modo adecuado a cada momento. Nunca habían sentido las dudas y las perplejidades que sentía Kipps; nunca se habían visto mezclados con toda clase de personas incompatibles entre sí. Si aquella dama, por ejemplo, se comprometiera con aquel caballero, no tendría que temer ningún encuentro con un tío corpulento y vulgar, o con Chitterlow, o con la mirada peligrosamente significativa de Pearce.

Sus pensamientos volvieron a concentrarse en Helen.

Cuando estuvieran casados y se hubieran convertido en los señores Cuyps o Cuyp (porque Coote no había acabado de decidir si la «s» era o no necesaria), y vivieran en su piso del West End, libres para siempre de bajas amistades, ¿vendrían los dos a pasear aquí por las tardes vestidos igual que aquel grupo? Resultaría muy agradable hacerlo. Si los trajes eran adecuados...

Helen resultaba a veces difícil de comprender.

Kipps arrojó pensativo nubes de humo por la boca y por la nariz.

Tendrían que asistir a té, tendrían que asistir a cenas y comidas, tendrían que hacer visitas... Naturalmente, algún día llegaría a acostumbrarse.

¡Pero, para empezar, eso de los anagramas resultaba excesivo! Ya era bastante difícil saber cuándo había que usar el tenedor y cuándo la cuchara.

Entonces empezó a dudar si, efectivamente, llegaría a acostumbrarse algún día.

Contempló durante unos minutos a una pareja que montaba a caballo y volvió a sumirse una vez más en sus preocupaciones.

Tendría que escribir a Helen. ¿Qué le diría para explicar su ausencia del té con anagramas? Ella había dejado bien sentado que quería que acudiese. Kipps se representó el rostro de su prometida, sin sentir excesiva ternura. Sabía que haría un espantoso ridículo en ese absurdo té. Podía saltárselo y llegar a tiempo para la cena. Las cenas sociales eran también muy difíciles, pero no tanto como los anagramas. Además, podía ocurrir que lo primero que hiciera al llegar a Folkestone fuera tropezarse con Ann. ¿Y si efectivamente se encontraba con ella estando con Helen?

¡En esta vida todo era posible!

¡Gracias a Dios que iban a vivir en Londres!

Pero aquello le hizo acordarse de Chitterlow. También los Chitterlow iban a trasladarse a Londres. Si no conseguían dinero, irían a Londres a buscarlo, y si lo conseguían irían a Londres para producir su comedia. Intentó imaginarse un acontecimiento social invadido por Chitterlow y su retórica, por su flujo torrencial de palabras, y vio, como si estuviera ocurriendo en realidad, a todos los invitados aplastados como espigas después del paso de un huracán.

¡Al diablo Chitterlow!

Pero algún día, de algún modo, tendría que ajustar cuentas con él... Y tampoco podía olvidar a Sid. Sid era el hermano de Ann. Con repentino horror comprendió que había cometido una terrible indiscreción social al aceptar la invitación de Sid.

Sid no pertenecía a esa clase de personas a quienes se puede negar el saludo.. Y, además, era el hermano de Ann. Kipps no quería darle de lado. Sería peor que hacerlo con Buggins y Pearce. Mucho peor. ¡Y después de una comida tan agradable! Sería como si diera de lado a Ann.

Pero ¿y si se lo encontraba cuando iba con Helen o Coote?

—¡Demonio...! —exclamó, hecho un mar de confusiones.

Tiró furioso el cigarrillo y siguió su camino hacia los esplendores del «Royal Grand».

¡Y la gente se imagina que con tener dinero carece uno de preocupaciones!

6

Kipps soportó la grandiosidad del «Royal Grand Hotel» durante tres días y tres noches y después se batió en retirada. El «Royal Grand» derrotó y deshizo a Kipps, no intencionadamente, sino por un lujo, una organización y un confort llevados al extremo.

A su vuelta el primer día, se encontró con una dificultad. Había perdido la pieza circular de cartón que le habían dado con el número de su habitación. Se dedicó a vagar durante algún tiempo

por el vestíbulo y los pasillos, en un estado de profunda perplejidad, hasta que pensó que todos los camareros y empleados de uniforme debían estar observándole y burlándose de él. Junto a la peluquería se encontró con un personaje de aspecto bondadoso, vestido con un traje de color verde botella, a quien expuso su problema.

—Oiga —dijo con la más amable de sus sonrisas—, no consigo dar con mi cuarto...

El personaje vestido de verde, en lugar de reírse de él como podía haber hecho, se mostró extremadamente solícito, explicó a Kipps lo que tenía que hacer, le consiguió una llave y le condujo en el ascensor y a lo largo de un pasillo hasta su cuarto. Kipps le dio una propina de media corona.

Una vez a salvo en su habitación, Kipps se dispuso a prepararse para la cena. Recordando las enseñanzas del joven Walshingham, había traído consigo su ropa de etiqueta. Desgraciadamente, debido a la prisa con que salió huyendo de sus tíos, se le había olvidado incluir en la maleta sus otros zapatos y tardó algún tiempo en decidirse entre ponerse las zapatillas rojas con una flor dorada, o limpiar los zapatos que llevaba puestos con una toalla y seguir con ellos. Pero como había andado mucho y le dolían un poco los pies, acabó por ponerse las zapatillas.

Sin embargo, cuando ya vestido salió de su habitación y vio a los camareros y a los demás huéspedes del hotel dirigir atónitas miradas a sus pies, lamentó no haber elegido los zapatos. ¡Y menos mal que para compensar el efecto llevaba el clac debajo del brazo!

No tuvo mucha dificultad en encontrar el comedor. Se trataba de un local de grandes proporciones y magníficamente decorado. Mucha gente estaba ya cenando en las mesitas iluminadas con lámparas eléctricas. Los caballeros vestían de etiqueta y las damas lucían los escotes más descarados. Kipps, que no había visto hasta entonces a ninguna mujer en traje de noche, intentó convencerse de que sus ojos le engañaban. También había personas que no estaban vestidas de etiqueta y que seguramente se estarían preguntando a qué noble familia representaba Kipps. En un rincón había una orquesta. Todos los miembros de ésta contemplaron al unísono las zapatillas rojas de Kipps, haciendo desaparecer de aquel modo toda probabilidad de recibir una propina en lo que a este personaje se refería. El principal inconveniente de aquel magnífico local era el

excesivo espacio que había que atravesar antes de conseguir ocultar las zapatillas rojas debajo de una mesa.

Eligió una mesita (no la que le ofrecía un camarero de expresión socarrona, sino otra), se sentó y no sabiendo qué hacer con el sombrero que llevaba en la mano, decidió, después de un momento de profunda reflexión, levantarse ligeramente y sentarse encima de él. (Al marcharse se lo dejó olvidado en la silla y un camarero se lo entregó al día siguiente).

Colocó la servilleta cuidadosamente a un lado y eligió la sopa sin tropiezo alguno.

—Que sea clara, por favor.

Pero le aturdió un poco verse enfrentado con una carta de vinos con marco dorado. La volvió, descubrió una sección dedicada al *whisky* y tuvo una brillante idea.

—Oiga —dijo al camarero moviendo la cabeza con ademán confidencial—. ¿Tienen *whisky* «Tres estrellas»?

El camarero se retiró para averiguarlo y Kipps siguió tomando la sopa, satisfecho de sí mismo. Cuando volvió el camarero para decirle que no tenían esa clase de *whisky*, pidió un clarete de en medio de la lista.

—Entonces tomaré esto —indicó. (Sabía que el clarete era un vino bueno).

—¿Media botella? —preguntó el camarero.

—Eso es.

Kipps se dijo interiormente que estaba progresando. Cuando terminó la sopa se echó para atrás, sintiéndose un verdadero hombre de mundo, y paseó la vista lentamente por la habitación dejándola descansar en las damas con traje de noche que se hallaban a su derecha.

¡Nunca lo hubiera creído! ¡Una de ellas no llevaba más que una tira de terciopelo encima de los hombros!

Miró otra vez. Otra reía alegremente con una copa de vino medio levantada. Nuestro joven se dijo que debía ser una mujer muy mala. La del terciopelo negro estaba comiendo pedazos de pan y hablando muy de prisa.

Kipps deseó que Buggins estuviera allí con él para verlas.

Entonces observó que un camarero le estaba mirando, y enrojeció. No volvió a levantar la vista durante algún tiempo y

titubeó indeciso, sin recordar si debía usar el cuchillo o el tenedor para comer el pescado. Pero en aquel momento observó que una señora vestida de rosa sentada en una mesa a su izquierda estaba comiendo el pescado con un utensilio completamente distinto.

Pero cuando le llegó el turno al *vol au vent* fue cuando empezaron las preocupaciones. Primero decidió meter el cuchillo. Mas cuando levantó la vista, vio que la señora vestida de rosa estaba usando el tenedor, y precipitadamente dejó el cuchillo encima del mantel con una gran cantidad de crema adherida a la hoja... Pronto descubrió que, en su mano inexperta, en vez de ser un instrumento de captura el tenedor se convertía en un instrumento de persecución. Sus orejas adquirieron un tono subido. Miró a la señora vestida de rosa y descubrió que ésta le había estado contemplando y sonreía hablando con su acompañante.

Kipps se dijo que aborrecía a la señora vestida de rosa.

Por fin, tras grandes esfuerzos, consiguió atravesar un gran trozo de *vol au vent* y se lo llevó directamente a la boca. Pero era un fragmento demasiado grande y se le escapó en todas direcciones.

Aquí Kipps lanzó una exclamación demasiado fuerte para llevarla a la imprenta y recurrió a la cuchara.

El camarero que le atendía se fue a hablar con sus compañeros, sin duda para burlarse de él. Kipps empezó a ponerse furioso.

—¡Eh! —gritó gesticulando—. ¡Llévense esto!

Todo el grupo de su derecha, el grupo de las señoras escotadas, le miró.

Kipps se encolerizó ante la injusticia de aquella gente que se reía de él. Después de todo, ellos habían tenido ventajas que a él se le habían negado. Y ahora ,que estaba allí esforzándose por aprender, se miraban unos a otros y se reían como idiotas. Intentó cogerlos in fraganti y, sin conseguirlo, se refugió en una segunda copa de vino.

De pronto se sintió socialista. Deseaba que se acercaran los años de estrechez para que todas estas cosas se acabaran.

Le ofrecieron carne con guisantes, pero con un ademán detuvo al camarero.

—No quiero guisantes —dijo.

Conocía por experiencia el peligro y la dificultad que ofrecía comer guisantes. Cuando éstos se alejaron se sintió lleno de amargura. El eco de la retórica ardiente de Masterman comenzó a

reverberar en su cerebro. ¡Bonita clase de gente era ésta para reírse de nadie! ¡Mujeres medio desnudas! Eso era lo que le hacía sentirse tan molesto. ¿Cómo iba a poder comer rodeado de gente medio desnuda? De todas formas, se alegraba de no ser uno de ellos. ¡Que le miraran si querían! Decidió que al que volviera a mirarle le preguntaría si tenía monos en la cara. Los envolvió a todos en una mirada furibunda. Por una desgraciada casualidad, la orquesta estaba tocando en aquel momento una truculenta marcha militar. El cambio mental que sufrió Kipps fue, en cierto sentido, lo que los psicólogos llaman una conversión. En un instante los ideales de Kipps sufrieron una transformación total. Él, que había llegado a ser casi un caballero, el dócil alumno de Coote, el puntilloso cumplidor de las reglas sociales, se convirtió de pronto en un rebelde, un proscrito, un enemigo de la sociedad y del orden social. Allí estaba aquella gente rodeada del producto de sus robos, aquella gente que dominaba al mundo...

—No, gracias —dijo cuando el camarero le ofreció otro plato.

Kipps lanzó una mirada desdeñosa a la señora de la izquierda.

Después rechazó otra fuente. No le gustaba su aspecto. ¡Demasiado complicada! Probablemente el cocinero era extranjero. Se terminó el vino y el pan...

—No, gracias.

—No, gracias.

Descubrió los ojos de un comensal fijos en él con curiosidad, y a su vez le contempló como si quisiera comérselo vivo. ¿No podía acaso rechazar la comida si quería?

—¿Qué es esto? —preguntó señalando un gran cono verde.

—Helado —repuso el camarero.

—Tomaré un poco —decidió Kipps.

Cogió el tenedor y la cuchara y se lanzó al ataque. Pero le sorprendió ver que aquello se resistía.

—¡Vamos! —exclamó con concentrada ira.

Y el truncado vértice del cono salió por el aire con extraordinaria velocidad y cayó al suelo a unos dos metros de distancia.

En la mesa contigua todos reían ya francamente.

¿Les tiraba el resto del cono?

¿O sería mejor huir?

Lo mejor era hacer una retirada honrosa.

—No, no quiero más —dijo Kipps deteniendo con un gesto a un camarero que, excesivamente cortés, le ofrecía un segundo trozo.

Dudó sobre si debería dar a entender que había tirado el helado a propósito al suelo, enfadado por la mala calidad de la comida; pero decidió no hacerlo. Puso las dos manos sobre la mesa, echó la silla hacia atrás, desenredó una de sus zapatillas de la servilleta, que se le había caído, se metió la mano en los bolsillos y salió limpiándose mentalmente el polvo de los zapatos. Dejaba a su espalda un trozo de helado derritiéndose en el suelo, su clac comprimido sobre la silla y, además, todas las ambiciones sociales que había alimentado en su vida.

7

Kipps llegó a Folkestone a tiempo para el té con anagramas. Pero no debes imaginar, lector, que el cambio que tuvo lugar en su interior en el comedor del «Royal Grand Hotel» influyó para nada en sus opiniones personales sobre la reunión social e intelectual que se cernía sobre él y de la que había querido escapar. Volvió a Folkestone porque el «Royal Grand» pudo más que él.

Durante los tres días en los que intentó imponerse al hotel, en el alma de Kipps tuvo lugar, bajo un exterior de calma, una terrible batalla de escrúpulos, dudas y temores. No pensaba permitir que su enemigo le venciera con facilidad, pero al final no tuvo más remedio que declararse derrotado. La diferencia entre ambos contendientes era demasiado grande. Por un lado, Kipps, con, entre otras cosas, un solo par de zapatos; por otro, un sinfín de pasillos y habitaciones con más de mil personas todas ellas ocupadas en mirar a Kipps como un bicho raro, en reírse de él y en buscar ocasiones de humillarle. Por ejemplo, después de aquella famosa cena, la camarera del piso, una joven orgullosa y con aires de superioridad, acudió a la habitación de Kipps porque éste había tocado el timbre creyendo que era el botón de la luz.

—Oiga —dijo el joven llevándose la mano a la barbilla (pues se

había dado un golpe al andar a tientas a la caza y captura del interruptor)—. ¿Por qué no hay velas o cerillas en este hotel? ¡No todo el mundo está acostumbrado a estos modernismos!

—Evidentemente, no —repuso la camarera con mal disimulo desdén, dando un portazo al salir.

«Supongo que debí darle una propina», pensó Kipps.

Después de aquello se limpió los zapatos con un pañuelo de bolsillo, salió a dar un paseo y alquiló un coche para volver. Pero en el segundo «round» el hotel volvió a derrotarle. Porque por no haber dejado los zapatos a la puerta de su habitación, se vio obligado a volver a limpiárselos él mismo por la mañana. Cuando ya estaba completamente vestido, apareció un camarero trayéndole agua caliente y le contempló con sorpresa al ver que había utilizado la fría. Kipps pidió entonces el desayuno, y consiguió que se lo trajeran sin grandes dificultades.

Tropezó después con el inconveniente de que el día se componía de veinticuatro horas y de que durante ellas no tenía nada en absoluto que hacer. Todavía le dolían un poco los pies como consecuencia de la excursión pedestre del día anterior, y no se sintió con ánimos para dar nuevos paseos. Salió y entró varias veces del hotel y el portero, que se llevaba la mano a la gorra cada vez que le veía, fue quien primero hizo pensar a Kipps en la conveniencia de dar propias.

«Lo que quiere es una propina», pensó.

De modo que a la primera oportunidad le dio un chelín. Y habiéndose metido una vez la mano en el bolsillo, no existía razón para no seguir haciéndolo. Compró un periódico y regaló al chiquillo del puesto el resto del chelín, después subió en el ascensor, dio seis peniques al ascensorista y se olvidó inadvertidamente el periódico en el ascensor. En el pasillo se encontró con la camarera y le dio media corona. Estaba decidido a que todo el hotel supiera cuál era su posición económica. No le gustaba aquel lugar; no le gustaba ni política, ni social, ni moralmente, pero decidió que nadie podría tacharle de tacaño mientras viviera entre sus lujosas paredes. Bajó en el ascensor (dando otra propina), y cuando se le acercó un camarero para devolverle el clac, le regaló media corona. Tuvo entonces la vaga sensación de que estaba atacando de flanco al hotel y sobornando al

personal. Éste acabaría por considerarle como «todo un carácter» y encontrarle simpático. Descubrió que sus reservas de moneda pequeña empezaban a disminuir y las repuso en conserjería. Dio una propina a un empleado que se parecía al que le había conducido a su habitación el día anterior, pero cuando vio que uno de los residentes del hotel le miraba con curiosidad, se preguntó si habría obrado bien en aquel caso. Por último salió a la calle, tomó varios autobuses hasta su punto de destino, vagó por remotos suburbios y volvió sobre sus pasos. Almorzó en Islington y a las tres estaba de nuevo en el «Royal Grand», agotado y harto de Londres. Pensó entonces que la campaña de propinas en la que se había embarcado era equivocada después de todo. Y se confirmó en esta sospecha al observar que los empleados le contemplaban, sin ningún respeto, como preguntándose a quién daría dinero primero. No obstante, si a aquellas alturas cambiaba de táctica creerían que estaba un poco loco. Además, no todo el mundo era tan rico como él. ¡Él daba las propinas que quería! Sin embargo...

Cada vez se convencía más de que el establecimiento era más fuerte que él.

Fingió estar demasiado abstraído para reparar en los camareros que le miraban, y después de dejar el sombrero y el paraguas en el guardarropa entró en una salita donde se servía el té de la tarde.

Allí logró lo que al principio consideró como un punto a su favor. La habitación estaba solitaria y silenciosa. Se reclinó hacia atrás en actitud de descanso, hasta que se dio cuenta de que su postura le hacía exhibir demasiado los zapatos llenos de polvo. Se irguió inmediatamente y en seguida empezaron a llegar personas de la clase media, que acomodándose junto a nuestro héroe se dispusieron a tomar el té, haciendo revivir de aquel modo en Kipps la animosidad del día anterior.

A pocos metros de él se había instalado una señora de cabello muy rubio. Estaba hablando con un clérigo a quien posiblemente había invitado a tomar el té con ella.

—No —dijo aquella señora—. *Lady Jane* sería capaz de hacer eso.

—¡Oh, no! —exclamó el clérigo.

—¡La pobre *Lady Jane* fue siempre tan sensible!

La voz de la señora rubia, clara y enfática, se dejó oír

claramente en todos los rincones de la sala.

Un hombre grueso, calvo, de aspecto impotente, se unió entonces a la pareja, cogió una silla y la plantó firmemente dando la espalda a Kipps, lo que ofendió muchísimo a éste.

—¿Le estás contando la desgracia de la pobre *Lady Jane*? —preguntó el recién llegado.

Una señorita magníficamente ataviada y un joven vestido con un traje de corte impecable, se instalaron a la derecha, con aire de excluir a Kipps.

—Se lo he dicho —dijo el hombre en voz alta.

—¿De veras? —preguntó la joven sonriendo.

Sin duda todos estaban de acuerdo en que Kipps era un extraño en su mundo, por lo que él sintió un gran deseo de recordarles su existencia. Decidió, pues, interrumpir la conversación de un modo dramático. ¿Qué haría? ¿Se sumiría en un monólogo al estilo de Masterman? Pero en seguida abandonó esta idea. Paseó la mirada por la habitación y descubrió un gramófono automático.

Se le ocurrió a Kipps que no sería mala idea oír un poco de música y que poniendo aquello en marcha demostraría que era un hombre de buen gusto acostumbrado a tomar el té en sociedad. Se puso en pie, se dirigió hacia el aparato y examinó la lista de piezas musicales. Eligió una al azar, echó una moneda de seis peniques y se dispuso a escuchar una romántica melodía.

Teniendo en cuenta el elevado tono social del «Royal Grand», el instrumento aquél metía demasiado ruido. Al ponerse en marcha dio paso a tres rugidos ensordecedores, rompiendo de aquel modo el silencio en que había estado sumido durante años. La pieza elegida por Kipps parecía estar compuesta únicamente de trompetas, trombones y frenos de ferrocarril. Fue como la explosión de una granada de metralla, como un fuego de rebote. La música, si así puede llamársele, descendió sobre la amiga de *Lady Jane* haciendo que una observación profundamente ingeniosa quedara ignorada para siempre. La joven que había entrado acompañada de su pareja abandonó gritando la habitación. Y el artefacto siguió produciendo sonidos increíbles; música americana, llena de notas americanas, llena del espíritu que impera en los gritos del Oeste y en los rugidos del período de elecciones; música gozosa y exorbitante; música gigantesca del futuro, que arrastra consigo al

oyente como si estuviera dentro de un barril en las cataratas del Niágara...

Todo el mundo miró espantado a su alrededor y la conversación tuvo que ser sustituida por gestos y ademanes.

La amiga de *Lady Jane* se mostró terriblemente agitada.

—¿No se le puede hacer parar? —vociferó señalando con una mano enguantada y diciendo algo al camarero sobre «aquel insoportable joven».

—¡Esto no debería estar permitido! —dijo también a gritos el clérigo amigo de *Lady Jane*.

A una indicación del hombre grueso y calvo, el clérigo movió la cabeza.

La gente empezó a retirarse. Y Kipps se arrellanó en su asiento, satisfecho de sí mismo.

Después pagó la consumición, dio una propina generosa, se puso en pie con la mayor naturalidad y se dirigió a la puerta. Su retirada fue evidentemente el golpe de gracia para la amiga de *Lady Jane*. Y desde la puerta Kipps pudo ver sus ademanes frenéticos como si quisiera decir: «¿Nadie puede detener esta música?».

Las notas acompañaron a Kipps al pasillo, le persiguieron hasta el ascensor y sólo se extinguieron completamente en el silencio de su habitación. Poco después, al mirar por la ventana, descubrió que la amiga de *Lady Jane* y los demás componentes del grupo se habían hecho trasladar el té al jardín.

Sí, aquél fue un punto a su favor. Pero fue el único. Todos los demás los ganó la burguesía y el hotel. Y más tarde hasta se preguntó si efectivamente había sido aquello un punto a su favor. Pensándolo bien, era un poco grosero interrumpir a la gente mientras está hablando...

Vio que un empleado le contemplaba desde la conserjería y de pronto se le ocurrió que el hotel podía vengarse de él al presentarle la cuenta. Probablemente le pedirían libras y libras por su simple estancia allí.

¿Y qué haría si no le llegaba el dinero?

El empleado de conserjería tenía una cara muy desagradable, justamente la clase de cara que estaría dispuesta a sacar ventaja del vacilante Kipps.

Vio que, junto a él, otro empleado se llevaba la mano a la gorra.

Automáticamente le dio un chelín. Pero empezaba a cansarse. Y además la nueva campaña le estaba resultando demasiado cara.

Si el hotel le presentaba una cuenta excesiva, ¿que debería hacer? ¿Negarse a pagar? ¿Armar un escándalo?

No podría vencer a todos aquellos hombres vestidos de verde...

Salió a la calle a eso de las siete, caminó durante largo rato y cenó en Easton Road; después anduvo por Edgware Road y se sentó en el «Metropolitan Music Hall», hasta que el espectáculo le aburrió y volvió al hotel para acostarse. Dio seis peniques al ascensorista y le deseó buenas noches. Ya en la cama, repasó las propinas del día, revivió los horrores de aquella memorable cena y oyó de nuevo los triunfantes rugidos de la música puesta en libertad después de quién sabe cuánto tiempo de silencio. Al día siguiente todo el mundo habría oído hablar de él. ¡No podía seguir allí! Se confesó derrotado. Ninguna de aquellas personas se habría tropezado jamás con un idiota tan grande como él. ¡Uf...!

El método que empleó para anunciar su retirada al conserje rezumaba amargura.

—Me marchó de aquí —dijo resoplando furiosamente—. Prepáreme la cuenta.

—¿Un desayuno? —preguntó el conserje.

—¿Es que tengo cara de comer dos?

Al marcharse, con las mejillas rojas, movimientos convulsivos y el corazón amargado, Kipps repartió propinas a todos cuantos se acercaron a él, incluyendo a un mercader de diamantes sudafricano que estaba esperando a su mujer en el vestíbulo. Y al cochero que le llevó a la estación de Charing Cross le regaló una moneda de cuatro chelines, por no tener cambio, deseando interiormente poder abrasarle vivo. En seguida, para hacer economías, rehusó la ayuda de un mozo y llevó él mismo su maleta al tren.

CAPÍTULO

VIII

KIPPS ENTRA EN SOCIEDAD

1

Entregándose en manos de un destino inexorable, Kipps acudió al té con anagramas.

Al menor allí se encontraría con Helen en presencia de otras personas y le resultaría más fácil explicarle el motivo de su pequeña escapada a Londres. No la había visto desde su última visita a Nueva Romney. Pero era su prometida, tendría que casarse con ella y, por lo tanto, cuanto antes aclararan las cosas, mejor. Al recordar sus proyectos de hacerse socialista, desafiar al mundo y repudiar para siempre a la sociedad, se sintió desanimado. Helen nunca permitiría tal cosa. En cuanto a los anagramas, haría cuanto estuviera de su mano. No podía hacer más. Debía enterrar para siempre en un rincón de su memoria lo ocurrido en el «Royal Grand» y lo ocurrido en Nueva Romney y emprender la reconstrucción de sus ambiciones desmoronadas. Ann, Buggins, Chitterlow, todas estas personas vistas a la luz del nuevo tren de Folkestone, eran lo que habían sido siempre: personas de posición social inferior, que habrían de ser eliminadas de su mundo. Era una lástima que una de ellas fuera Ann. Pensó en Ann durante unos momentos, hasta que el recuerdo del té con anagramas borró su imagen de sus pensamientos. Se dijo que si conseguía ver a Coote aquella tarde, podría llegar a un acuerdo con él respecto al modo de solucionar los anagramas. No sería una vulgar trampa, sino una pequeña mixtificación. Probablemente Coote le indicaría la solución de uno o dos de aquellos enigmas, lo que, aunque no bastara para conseguir un premio, sí era suficiente para evitar su total

humillación. Y si aquel remedio le fallaba, podía asumir una actitud humorista y fingir que estaba fingiendo ser muy torpe... En realidad, había muchas salidas, si uno quería molestarse en buscarlas...

El traje que llevó Kipps al té con anagramas era un término medio entre el último grito de la moda y un conjunto para playa. Una especie de medias tintas. Porque el primer reproche que le hiciera Helen estaba todavía presente en su memoria. Llevó una chaqueta de vestir, pero la compensó con un sombrero panamá de forma romántica, guantes grises y, como toque de color, botines de color castaño. El otro hombre invitado al té (aparte de los eclesiásticos), un médico con una esposa muy atractiva, llevaba un sencillo traje oscuro de vestir. Coote no se hallaba presente.

Kipps estaba un poco pálido, pero era completamente dueño de sí cuando se aproximaba a la puerta de *Mrs. Bindon Botting*.

Dio una vuelta a la manzana mientras entraban otros invitados y al fin se decidió a afrontar la situación como un hombre. La puerta se abrió a su llamada y tras ella apareció... ¡Ann!

Al fondo, medio escondida detrás de unas plantas, se veía a la mayor de las señoritas Botting hablando con dos de los invitados. Se oían muchas voces femeninas...

Nuestros dos jóvenes estaban demasiado asombrados para saludarse, a pesar de que la última vez que se vieran se habían despedido con bastante efusión. Los dos estaban ya nerviosos de antemano por verse obligados a enfrentarse con una situación sin precedentes: un té con anagramas.

—¡Dios mío! —exclamó únicamente Ann.

Se había puesto muy pálida, pero mecánicamente cogió el sombrero de Kipps, mientras éste se quitaba los guantes.

—¡Ann! —dijo él en voz baja—. ¡Qué casualidad!

La mayor de las señoritas Botting sabía que Kipps era uno de esos invitados que requieren una solicitud especial, por lo que salió a su encuentro armada de todos sus encantos. Le dijo que le agradecía muchísimo que hubiera acudido a la fiesta y que su presencia allí era para todos un gran placer. ¡Resultaba tan difícil convencer a los hombres de que compartieran con las mujeres sus diversiones!

Kipps la siguió como un autómatas hasta la sala. Allí se encontró

con Helen, que le resultó extraña, quizá porque llevaba un sombrero nuevo nada favorecedor. Era como si no la hubiera visto desde hacía años. Y además le dejó asombrado porque no parecía resentida por su repentina marcha a Londres. Le tendió una mano sonriendo.

—¿Te has atrevido por fin a afrontar los anagramas? —preguntó.

La segunda de las señoritas Botting se acercó a ellos llevando en la mano gran número de rectángulos de papel, con misteriosas frases escritas.

—Cojan un anagrama —dijo.

Y sin esperar a que hicieran ningún movimiento prendió con un alfiler uno de aquellos documentos en la solapa de Kipps. Las letras eran CYPISHI, y desde el primer momento sospechó Kipps que era aquél un anagrama de Cuyps. También le entregó un objeto parecido a un programa de baile, del que colgaba un lápiz muy pequeño. Le presentaron a mucha gente y pronto se encontró en un rincón con una señora regordeta, que le hablaba con frases rápidas y cortas sin darle tiempo a contestar.

—Mucho calor —decía la señora—. Sí, mucho calor. Mucho calor todo el verano. Un año extraordinario. Todos los años son ahora extraordinarios. No sé adónde vamos a ir a parar. ¿No lo cree usted así, *Mr. Kipps*?

—Sí, claro —asintió Kipps preguntándose mentalmente si Ann estaría todavía en el vestíbulo. ¡Ann...! No debió mirarla con ojos de pez, mientras fingía no conocerla. Aquello no estaba bien. Pero, ¿qué era lo que estaba bien?

La señora regordeta procedió entonces a efectuar una segunda descarga de palabras.

—Espero que le gusten los anagramas, *Mr. Kipps*. Una cosa muy difícil. Sin embargo, hay que hacer algo para reunir a la gente, y al menos esto es mejor que el Ludo. ¿No cree, *Mr. Kipps*?

Ann pasó junto a la puerta abierta y sus ojos cargados de interrogación se cruzaron con los de Kipps. Algo se había dislocado en el mundo para los dos...

Debió decirle que estaba prometido para casarse. Debió haberle explicado todo. Quizá no fuera aún demasiado tarde para hacerlo...

—¿No lo cree así, *Mr. Kipps*?

—Sí, claro —afirmó Kipps por tercera vez.

Una señora con sonrisa cansada, exhibiendo el anagrama de «Wogdelenk» se acercó a la interlocutora de Kipps y las dos se pusieron a hablar. Kipps miró a su alrededor. Helen estaba sumida en una conversación con un pastor joven. Los dos reían alegremente. Kipps se sintió dominado por el deseo de hablar con Ann y comenzó a deslizarse hacia la puerta.

—¿Qué es usted? —le preguntó una muchacha muy alta y extraordinariamente rubia, leyendo el anagrama de nuestro héroe—. No tengo idea de lo que esto quiere decir. Yo soy «*Sir Bubh*». ¿No cree usted que los anagramas son una enfermedad crónica?

Kipps contestó con sonidos guturales, y la joven se convirtió de pronto en el núcleo de un grupo que había formado un sindicato para las adivinanzas y que se interpuso entre él y la salida. La joven alta y rubia no volvió a ocuparse de él. Kipps se encontró acorralado entre dos mesas, mientras llegaba a sus oídos la conversación de «Wogdelenk» y la señora regordeta que antes había hablado con él.

—Despidió al mismo tiempo a las dos doncellas —decía la señora regordeta—. Ya era hora de que lo hiciera. Ésta que tiene ahora no me parece ninguna maravilla. Es bonita, sí, pero una doncella no necesita ser bonita. Y tampoco parece muy lista. Tiene una expresión como atontada.

—Eso no quiere decir nada —contestó la dueña del anagrama de «Wogdelenk»—. Las mías son más bien robustas. ¿Y cree usted que hacen su trabajo? ¡En absoluto!

Kipps se sintió profundamente ajeno a aquella gente y profundamente unido a Ann.

Contempló el sombrero de la señora regordeta y se dijo que era muy feo. A cada frase se bamboleaba hacia adelante y, por otra parte, la pluma que exhibía era demasiado larga.

—¡No ha adivinado ni siquiera uno! —exclamó uno de los componentes del grupo que rodeaba a la joven alta y rubia.

Esta vez no se referían a él, pero muy pronto se darían cuenta de que, aparte de sospechar que su propio anagrama era Cuyps, no tenía la menor idea de lo que se trataba. ¡Qué ruido estaban haciendo! ¡Aquello era como un mercado! De pronto el fuego de la rebelión hizo presa de él. Esta gente era un hatajo de idiotas, los

anagramas eran una idiotez y él había sido un idiota de primera clase al acudir. Allí estaba Helen, todavía riendo con el pastor. ¡Lástima que no pudiera casarse con el clérigo y dejarle a él en paz! Entonces sabría lo que tenía que hacer. Le molestaba toda la reunión, colectiva e individualmente. ¿Por qué intentaban convertirle en uno de ellos? Por todas partes descubrió imperfecciones. En el sombrero de la joven alta y rubia se veían dos alfileres, y el pelo que se escapaba por debajo no podía ser sometido a un escrutinio demasiado exigente. *Mrs.* «Wogdelenk» llevaba una especie de vendaje para las muelas hecho de encaje, y, cerca de ella, otra exhibía gran profusión de alhajas en el cuello y en los brazos. Todas estaban sobrecargadas y ninguna era tan bonita, tan sencilla y tan limpia como Ann. Recordó las palabras de Masterman. Aquí estaba toda la gente con dinero, con tiempo libre, con todas las oportunidades que quisieran para aprender e instruirse, y todo lo que se les ocurría era reunirse en un par de habitaciones y decir estupideces de anagramas y cosas parecidas.

¿Significaba «Cypshi» verdaderamente Cuyps?

De pronto tomó una firme decisión. ¡Iba a marcharse de ahí!

—Perdón... —dijo comenzando a abrirse paso entre los invitados.

¡No quería saber nada de todo aquello!

Sin saber cómo se encontró junto a Helen.

—Me voy —declaró.

Pero ella le dedicó la más breve de las miradas, sin, al parecer, haberle oído siquiera.

—De todas formas, *Mr.* Spratlingdown, debe reconocer que el conformismo tiene también un límite... estaba diciendo.

Cuando Kipps alcanzó un arco hecho en la pared y cubierto con una cortina, se encontró de pronto con Ann que llevaba en las manos una bandeja con varias azucareras.

—¡Qué tipos...! —dijo. Se interrumpió y añadió en tono de confidencia—: Tengo que casarme con ella...

—Señaló al sombrero nuevo de Helen y se dio cuenta de que estaba pisando la falda de alguien.

Ann se le quedó mirando en silencio. Todo aquello estaba más allá del límite de su comprensión.

Kipps se encontró, sin saber cómo, en una habitación más

pequeña y después en el vestíbulo, al pie de la escalera. Hasta sus oídos llegó el fru-frú

de una falda y muy pronto se vio interpelado por su anfitriona.

—¿Pero es que se va usted, *Mr.* Kipps?

—Sí. He de irme. Tengo que irme.

—¡Pero, *Mr.* Kipps!

—Tengo que irme. Me encuentro enfermo.

—Pero ¿antes de que empecemos los anagramas? ¿Antes de que tomemos el té?

Ann apareció en aquel momento detrás de ellos.

—¡Tengo que marcharme! —insistió Kipps.

Si seguía perdiendo el tiempo en discusiones, Helen se daría cuenta de lo que ocurría.

—Si no tiene más remedio que irse...

—Se me ha olvidado una cosa —dijo Kipps, cuyo ánimo comenzaba a flaquear—. De verdad, tengo que irme...

Mrs. Botting se volvió con dignidad ofendida y Ann, con una calma externa, que ocultaba el torbellino de sus pensamientos, se adelantó para abrir la puerta.

—Lo siento mucho —dijo Kipps—. Lo siento mucho.

Sus palabras iban dirigidas en parte a su anfitriona y en parte a Ann.

Inmediatamente un impulso superior a él le hizo salir a la calle. Volvió la cabeza y en aquel momento se cerró la puerta con fuerza.

Echó a andar hacia el puerto, avergonzado y perplejo, recordando la mirada llena de asombro de *Mrs.* Botting.

Pronto, sin embargo, al advertir que la gente que pasaba por su lado se volvía a mirarle, dejó de pensar en ella y se dio cuenta de que todavía llevaba en la solapa el rectángulo de papel con las letras CYP SHI.

—¡Maldito anagrama! —exclamó arrancándoselo de un tirón.

Y las letras, cumplida su misión, se vieron arrastradas por la brisa que se había levantado a la orilla del mar.

Kipps se vistió para la cena de Mrs. Wace con media hora de anticipación y se sentó para esperar a Coote que había quedado en venir a buscarle. A su lado estaba el libro. *Modales y reglas de la buena sociedad*. Había estado leyendo la pulida prosa del miembro de la aristocracia que era su autor, en la página 96:

«Aceptar una invitación es un deber que sólo motivos de salud, desgracias de familia u otras razones de importancia, justifican no cumplir...».

No quiso leer más y se sumió en tétricos pensamientos.

Aquella tarde había tenido una seria conversación con Helen. Se había propuesto explicar a su prometida el cambio que habían sufrido sus ideas, pero no tuvo valor para hacerlo. Empezó dando rodeos al asunto.

—No me gusta la vida de sociedad —había dicho.

—Pero tendrás que ver gente siempre, quieras o no —repuso Helen.

—Depende de la clase de gente. —Se armó de valor y añadió—: Con franqueza, ninguno de los que estaban en el té con anagramas me pareció un genio.

—Tienes que ver a toda clase de gente si quieres conocer mundo.

Kipps guardó silencio durante unos minutos, sin saber qué contestar.

—Mi querido Arthur —dijo ella, casi con afecto—, no te pediría que asistieras a estas cosas si no creyera que es conveniente para los dos; ¿no crees?

Kipps asintió en silencio.

—Cuando vayamos a Londres, comprenderás que ha sido por tu bien. Antes de ponerse a nadar en el mar hay que aprender en una piscina. La gente que vive aquí te sirve para entrenarte. Es posible que sean un poco ridículos y estrechos de miras y que ninguno tenga ideas brillantes, pero eso no tiene ninguna importancia. Pronto adquirirás soltura y *savoir faire*.

Kipps intentó hablar, pero sintió que le fallaba su capacidad de expresión. Suspiró profundamente.

—Pronto te acostumbrarás... —dijo Helen.

Mientras esperaba a Coote, Kipps recordó aquella conversación y

pensó en el porvenir que se le presentaba, viviendo en Londres, y asistiendo a té y a fiestas. Se dijo que tendría por compañía constante al joven Walshingham, que no volvería a ver a Ann.. En aquel momento entró la patrona con un paquetito dirigido a «Arthur Kipps, Esquire».

—Una joven ha traído esto, *Mr. Kipps* —dijo la patrona con cierta severidad.

—¿Eh? ¿Una joven? —repitió Kipps empezando a comprender el significado de aquello.

—Sí, una joven —dijo la patrona con frialdad.

—¡Ah! —exclamó Kipps—. Está bien.

Con el paquete en la mano esperó a que la puerta se cerrara de nuevo y entonces, sintiendo que su nerviosismo aumentaba por momentos, se dispuso a abrirlo. Un sexto sentido, más rápido que el tacto o la vista, le reveló cuál era el contenido. Era la media moneda de seis peniques de Ann. Y con ella, ¡ni una palabra!

Entonces, ¡debió de oírle!

Estaba de pie con el sobre en la mano, cuando oyó en la habitación contigua la voz de Coote, y segundos después aparecía éste vestido de etiqueta, con guantes de un color blanco verdoso y una gran corbata blanca con bordes negros.

—Llevo luto por un primo en tercer grado —explicó—. Resulta bien, ¿verdad?

Advirtió que Kipps estaba pálido y preocupado, lo que achacó a la inminente función social que se cernía sobre él.

—Mantén ese ánimo, Kipps, muchacho, y saldrás bien del paso —dijo, apoyando un guante fraternal en la manga de Kipps.

3

La cena llegó a su crisis, en lo que a las emociones de Kipps se refiere, cuando *Mrs. Bindon Botting* se puso a hablar del servicio, pero antes de aquello habían ocurrido varias cosas de mayor o menor magnitud, que ya le perturbaron de antemano. Una de ellas fue (si el lector me permite mencionar una cosa de naturaleza tan

íntima) el comportamiento del brazo izquierdo de sus tirantes. El elástico (de un alegre color escarlata) se había escapado de la hebilla, abrochada sin duda precipitadamente, y mostraba una fuerte tendencia a colocarse en ángulo oblicuo, como una condecoración oficial, por encima de su impecable camisa. La primera vez que ocurrió fue antes de que entraran a comer. Volvió a colocarlo en su sitio de un tirón aprovechando un momento en que nadie le miraba, y, desde entonces, la supresión de aquella original innovación en la estereotipada monotonía del traje de etiqueta masculino fue su preocupación principal. Más tarde se dijo que su horror había sido excesivo; al menos nadie pareció advertir nada anormal en él. Sin embargo, lector, puedes imaginarte toda la noche con un ojo y una mano ocupadas en atender a aquel punto débil, hiciera lo que hiciera el resto de su persona.

Pero esto, como digo, era un detalle sin importancia. Lo que le horrorizó mucho más fue ver a Helen con traje de noche.

La joven había permitido que su imaginación viajara en dirección a Londres y aquel traje era, quizás, una insinuación de lo que serían sus cenas en el pisito que tantas veces había descrito a Kipps y que iba a ser el núcleo de un delicioso grupo artístico y literario.

De todos los trajes femeninos presentes, era aquél el más atrevido. Todos los invitados pudieron comprobar que *Miss* Walshingham tenía unos brazos y unos hombros en modo alguno despreciables, y también que no sólo poseía una gran dignidad y una poderosa inteligencia, sino grandes atractivos de otro orden. Era el primer traje de noche que se hacía, con el que las finanzas de los Walshingham pagaban tributo al futuro color de rosa que se extendía ante ellos. Su anfitriona resplandecía dentro de un traje negro con adornos dorados. Las demás señoras no llamaban la atención. *Mrs.* Walshingham lucía un vestido con un discreto escote en forma de V, y *Mrs.* Bindon Botting no exhibía ante el mundo más que sus brazos gordezuelos y pecosos. La mayor de las señoritas Botting llevaban los brazos cubiertos, igual que *Mrs.* Wace.

Pero no así Helen. Ésta estaba muy hermosa (Kipps, como los demás, tuvo que reconocerlo); ella lo sabía y con una sonrisa radiante le dio a entender que había olvidado sus diferencias de por la tarde. Mas para Kipps aquélla fue la gota que hizo rebosar el

vaso. Al ponerse aquel traje se había hecho a sus ojos tan remota, tan extraña, tan imposible como esposa y compañera, como si la misma Venus hubiera declarado ante testigos su deseo de casarse con él. Eso... ¡si alguna vez le había parecido la esposa y compañera adecuada!

Ella, por su parte, atribuyó su aturdimiento a humilde admiración y reverencia, y después de dirigirle aquella sonrisa luminosa hizo girar sus bien torneados hombros y dirigió la palabra a *Mrs. Bindon Botting*. Kipps se introdujo la mano en el bolsillo y apretó la media moneda de seis peniques de Ann como si fuera un talismán. Pero en seguida tuvo que abandonarla para volver a su sitio el tirante rebelde Entonces le dio un golpe de tos.

—*Miss Wace* me ha dicho que viene *Mr. Revel* —estaba diciendo *Mrs. Botting*.

—¿Verdad que es maravilloso? —repuso Helen—. Anoche estuvimos con él. Ha venido aquí antes de salir para París, donde va a reunirse por fin con su mujer.

La mirada de Kipps descansó un momento en Helen y después se fijó interrogante y casi acusadora en la de Coote. ¿Dónde quedaba ahora el Evangelio de la «supresión» que tanto le había predicado? ¿Dónde quedaba aquello de que había que silenciar la Religión, la Política, el Nacimiento, la Muerte, el Baño, los Niños y «todas esas cosas» que un verdadero caballero nunca debe mencionar? Él no había hablado de esta cuestión ni siquiera con su mentor, pero no dudó por un momento de que éste, la quintaesencia del refinamiento y la delicadeza, sólo podía considerar de un modo estas confidencias. Observó entonces, con una mezcla de alivio y disgusto, la confirmación de sus temores. Por cierta contracción de los músculos en las mandíbulas de Coote, por el hecho de que evitaba mirar en su dirección, por la manera casi convulsa con que apretaba los guantes, que soltaba de vez en cuando para llevarse la mano a la corbata de ribete negro o a la nuca, y por una creciente disposición a la tos, comprendió que Coote no aprobaba las palabras de su prometida.

Para Kipps, Helen había sido una vez un sueño delicado y maravilloso, una persona misteriosa, etérea y romántica. Pero ésta fue su materialización definitiva, éste fue el momento en que perdió para siempre toda su fascinación. Sin saber cómo (Kipps había

olvidado de qué modo aquello pudo ocurrir y ahora le resultaba completamente incomprensible) se había ligado a aquella mujer dominante y decidida, cuya sombra había amado mucho tiempo atrás. Tendría que llevar adelante el asunto como un caballero. Y sin embargo...

¡Estaba sacrificando a Ann!

Aunque tuviera que pasar por muchas otras cosas, no volvería a permitir que Helen se vistiera de aquel modo... ¿Debería decirle algo sobre su traje aquella misma noche? Mejor sería dejarlo para el día siguiente. Se mostraría firme y hablaría de este modo:

«No me importa nada lo que puedas decir. Estoy decidido. No pienso consentirlo. ¿Me oyes?».

Naturalmente, ella respondería algo inesperado. Siempre decía cosas inesperadas. Pero por una vez él no la escucharía y se limitaría a repetir sus palabras.

De vez en cuando sus pensamientos se veían interrumpidos por la dialéctica agresiva de Mrs. Wace y poco después llegó Revel, que se transformó en el héroe de la noche.

El autor de la novela *Corazones rojos latiendo* era un hombre menos imponente de lo que Kipps se había anticipado, pero muy pronto, con sus modales autoritarios, compensó de un modo más que suficiente la decepción que su aspecto físico hubiera podido provocar. Aunque habitualmente vivía en Londres, su cuello y su corbata no tenían nada de particular y su persona no llamaba la atención en ningún sentido. Al verle se pensaba que, más que los ejercicios ecuestres, las hazañas amorosas y las apasionadas aventuras descritas en su novela, practicaba la vida muelle de butaca; su cuerpo traicionaba cierta tendencia a la obesidad, su cabello era escaso y de color indefinido; tenía la nariz corta y la barbilla asimétrica. Un ojo miraba con más fijeza que el otro. Su aspecto hubiera resultado ordinario y vulgar a no ser por su bigote engomado, que, en medio de las demás facciones, le daba una nota de personalidad junto con las caprichosas arrugas que rodeaban al más grande de sus dos ojos. Al entrar en la habitación su mirada buscó y encontró la de Helen y se dieron la mano con un aire de intimidad que a Kipps le llamó la atención sin razón alguna definida. Al mismo tiempo que se daban la mano, oyó la tos característica de Coote (un sonido como el que produciría una oveja

muy vieja al balar a un cuarto de milla de distancia). Una idea confusa comenzó a tomar forma en la mente de Kipps, pero entonces entraron todos en el comedor y el brazo desnudo de Helen se colgó del suyo. El estado de ánimo de Kipps no era el más indicado para sostener una conversación. Helen le miró y aunque él ni siquiera lo advirtió, le apretó cariñosamente el brazo. Él estaba luchando, mientras tanto, por vencer cierto ahogo que experimentaba su sistema respiratorio. Delante de ellos iba Coote hablando amablemente con *Mrs.* Walshingham; a la cabeza de la procesión avanzaba *Mrs.* Bindon Botting llevando al lado la figura erecta y marcial de *Mr.* Wace. El último era Revel, quien, junto a *Mrs.* Wace, alababa cortésmente el empapelado de las paredes. Kipps se maravilló de la soltura y aplomo de que todos hacían gala.

A partir de la primera cucharada de sopa, se hizo evidente que Revel se consideraba a sí mismo responsable de encauzar la conversación. Y antes de que hubieran terminado con aquel mismo plato, se hizo también evidente que *Mrs.* Bindon Botting se inclinaba a considerar excesivo su sentido de la responsabilidad. En su círculo, *Mrs.* Bindon Botting tenía fama de ser una persona muy ingeniosa, con facilidad casi irlandesa para la descripción humorística. Podía tener entretenida a la gente durante toda la tarde, contando cómo su jardinero se había casado, describiendo su nuevo hogar, o cómo un tal Stigson Warder había enseñado a sus hijos a tocar toda clase de instrumentos musicales, porque sus dotes para la música eran extraordinarias. «¡Tocan hasta el trombón!», decía levantando la voz. Generalmente sus amigos conspiraban para hacerla hablar, pero en esta ocasión se olvidaron de ella, impidiendo que su inteligencia brillara ante los ojos de *Mr.* Revel. Al cabo de un rato de silencio, se dijo que la única solución era interrumpir la conversación por su cuenta. Varias veces intentó atraer hacia sí, sin ningún éxito, la atención de los demás comensales, y, por último, Revel se apoderó de un tópico que ella consideraba exclusivamente suyo, el servicio doméstico.

Llegó a aquel tema después de hablar de los lugares adecuados para vivir.

—Vamos a dejar la casa de Bolton —dijo Revel— y alquilar una en Wimbledon. También estoy pensando tomar habitaciones en el «Hotel de Dañe». Resultaría mucho más conveniente en muchos

sentidos. Mi mujer es una entusiasta del golf y de toda clase de deportes y a mí me gusta sentarme en los clubs (no tengo la resistencia necesaria para dedicarme a esos higiénicos ejercicios). Además, no pueden ustedes imaginarse la desmoralización que han sufrido las criadas de Londres en los últimos tres años.

—Lo mismo pasa en todas partes —dijo *Mrs. Bindon Botting*.

—Posiblemente. Una amiga mía lo llama «la tradición servil en decadencia» y lo considera como un fenómeno esperanzador.

—Debía haber conocido a mis dos últimas criadas —dijo *Mrs. Bindon Botting*, volviéndose hacia *Mrs. Wace* sin dar tiempo a que *Revel* recuperara la iniciativa.

—Y no te he dicho, querida —dijo hablando con voluble rapidez—, que otra vez tengo crisis doméstica.

—¿La criada nueva?

—Sí, la criadita nueva. Se me ha despedido sin darme tiempo siquiera a que busque otra.

—¿Y por qué? —preguntó el joven *Walshingham*.

—¡Misterio! Todo iba perfectamente hasta el día del té con anagramas. Aquel día por la noche estuvo llorando amargamente durante una hora o más y se despidió.

Sus ojos descansaron un momento pensativos en *Kipps* y preguntó:

—¿Tendrán algo deprimente los anagramas?

—Yo creo que... —comenzó a decir *Revel*.

Pero *Mrs. Bindon Botting* triunfó una vez más.

—Al principio me pregunté si los anagramas podrían haber ofendido los principios morales de mi doméstica. Nunca se puede saber. La interrogamos, pero fue inútil. Nos dijo que tenía que marcharse y que no podía darnos ninguna explicación.

—En estos desórdenes se percibe a lo lejos el último resplandor moribundo de la era romántica —dijo *Revel*.

Kipps se llevó distraídamente el tenedor a los labios e intentó concentrar su atención en la comida.

—Supongamos, *Mrs. Botting* —prosiguió *Revel*—, o al menos intentamos suponer, que se trata del amor.

Kipps hizo toda clase de ruidos con el tenedor y el cuchillo.

—¡Claro que se trata del amor! —dijo *Mrs. Botting*—. ¿Qué otra cosa puede ser? Estas pasiones están latentes en nuestra

servidumbre a todas horas. Algún soldado atractivo y mujeriego...

—Las pasiones de las criadas... —comenzó a decir

Revel, logrando al fin convertirse una vez más en el centro de la conversación.

A los ruidos y el desorden de los modales de Kipps siguió una extraña calma. Por una vez en la vida, había tomado una decisión por su libre voluntad. No volvió a escuchar las palabras de Revel. Dejó a un lado el cuchillo y el tenedor y rechazó todo lo que le ofrecieron desde aquel momento. Coote le contempló preocupado, y las mejillas de Helen se tiñeron de rojo.

4

A eso de las nueve de aquella noche, alguien llamó violentamente a la puerta de *Mrs.* Botting. Un joven con traje de etiqueta, sombrero de copa y otros signos de exaltada posición social, esperaba impaciente. Una tira de elástico escarlata atravesaba su camisa en diagonal, dándole un aire aún más distinguido y disimulando algunas manchas de vino tinto que se le habían caído durante la cena. Llevaba el sombrero echado hacia atrás, exhibiendo de aquel modo un cabello cuyo extremado desorden revelaba todo el alcance de su desesperación. Nuestro joven había quemado sus naves y se había negado a reunirse con las damas después de cenar. Coote había protestado, intentando hacerle volver a la razón.

—Hasta ahora te está saliendo muy bien —le dijo por tranquilizarle.

Kipps había contestado que eso le importaba un rábano, y después de un breve forcejeo para librarse del brazo de Walshingham había conseguido alcanzar la puerta.

—Tengo algo que hacer en casa —había dicho, sin más explicaciones.

Y aquí estaba, decidido a todo. La puerta se abrió, revelando el vestíbulo exquisitamente amueblado de *Mrs.* Bindon Botting, iluminado por luces de color de rosa. Y en primer término, con su

uniforme blanco y negro, se hallaba Ann, que al ver a Kipps, palideció.

—Ann —dijo el joven—. Quiero hablar contigo. Tengo algo que decirte. ¿Me oyes? Yo...

—Ésta no es la puerta adecuada para hablar conmigo —interrumpió Ann.

—¡Pero, Ann! Se trata de algo especial.

—Ya has hablado bastante.

—Ann...

—Además, esa puerta que ves ahí abajo es la del servicio. ¡Si me sorprendieran hablando con un amigo en esta puerta...!

—Pero, Ann, yo...

—Por la otra puerta después de las nueve. Soy una criada y probablemente seguiré siéndolo toda la vida. Si vienes de visita a esta casa, ya es distinto y me dirás a quién debo anunciar. Tú tienes tus amigos y yo los míos, y no necesitas hablar conmigo.

—Pero, Ann, yo quiero pedirte...

En aquel momento apareció alguien en el vestíbulo, detrás de Ann.

—Aquí no es —dijo Ann—. No conozco a nadie de ese nombre.

Y sin más, le cerró la puerta en las narices.

—¿Quién era, Ann? —dijo la tía de *Mrs.* Bindon Botting.

—Un caballero un poco bebido, señora. Se había equivocado de casa.

—¿Por quién preguntaba? —insistió la señora, no del todo convencida.

—Por alguien que no conocemos, señora —respondió Ann atravesando el vestíbulo en dirección a la cocina.

—Espero que no estuvieras demasiado brusca con él.

—Estuve con él como se merecía por su modo de portarse —dijo Ann con la respiración entrecortada.

Y la tía de *Mrs.* Bindon Botting, comprendiendo de pronto que aquella llamada estaba en cierto modo relacionada con las tribulaciones sentimentales de la muchacha, decidió dejarla tranquila, después de someterla a un vacilante escrutinio.

La tía de *Mrs.* Bindon Botting era una señora extremadamente simpática y cariñosa; se interesaba por las criadas, les inculcaba la piedad y les hacía confesar sus secretos a pesar de que a veces,

ruborizándose y mintiendo, ellas intentaban resistir. Pero Ann era demasiado reservada y su carácter, en ocasiones, imponía respeto...

Por tanto, la pobre señora subió de nuevo la escalera sin preguntar nada más.

5

La puerta de servicio se abrió y Kipps entró, acalorado y jadeante, en la cocina.

—Toma —dijo ofreciendo a Ann las dos mitades de la moneda de seis peniques.

Ann siguió inmóvil detrás de la puerta de la cocina. Estaba muy pálida y Kipps vio que había llorado.

—¿Y qué? —preguntó.

—¿No lo ves?

Ann hizo un ligero movimiento con la cabeza.

—La he guardado todos estos años.

—Pues la has guardado demasiado tiempo.

Kipps cerró la boca y también él palideció. El amuleto le había fallado.

—¡Ann! —exclamó.

—¿Qué?

—Ann...

La conversación volvió a interrumpirse.

Kipps hizo un movimiento con las manos y avanzó un paso.

Pero Ann movió la cabeza con decisión y se colocó a la defensiva.

—Mira, Ann —dijo Kipps—. Reconozco que he sido un idiota.

Los dos se miraron a los ojos, desesperados.

—Ann, quiero casarme contigo.

Ann se agarró al borde de la mesa.

—No puedes —dijo débilmente.

Kipps dio un nuevo paso hacia delante y la joven se echó para atrás, manteniendo la misma distancia entre los dos.

—Tengo que casarme contigo —dijo.

—No puedes.

—Tengo que casarme contigo. Ann.

—No puedes ir por ahí casándote con todo el mundo. Tienes que casarte con ella.

—No pienso casarme con ella.

Ann movió la cabeza.

—Estás prometido a esa chica. A esa señorita, mejor dicho. No puedes ser novio mío también.

—No quiero ser novio tuyo. Ya estoy harto de noviazgos. Lo que quiero es casarme contigo. ¿Me oyes? Casarme contigo en seguida.

Ann palideció aún más.

—Pero, ¿qué quieres decir?

—Quiero que vengas conmigo a Londres y que nos casemos. Ahora mismo.

—Pero, ¿qué dices?

Kipps, armándose de paciencia, se lo explicó de nuevo.

—Quiero que vengas conmigo y que nos casemos antes de que nadie pueda impedirlo. ¿Comprendes?

—¿En Londres?

—En Londres.

Una vez más se miraron a los ojos.

—No puede ser —dijo Ann—. Por de pronto, falta una semana para que se termine el mes de servicio.

Consideraron aquel inconveniente durante unos segundos, como si no pudiera ser remontado.

—Mira, Ann, ¡pide permiso para marcharte! ¡Pide permiso!

—Ella no me lo daría.

—¡Entonces ven conmigo sin pedírselo!

—Se quedará con mi maleta...

—No se quedará con ella.

—Sí se quedará.

—Te digo que no.

—Tú no la conoces.

—¡Maldita sea! ¡Pues que se quede con ella, si quiere! ¡Que se quede con ella! ¿Qué importa? ¡Yo te compraré doscientas maletas...!

—No estaría bien dejarla de este modo.

—No tienes que pensar en ella, Ann, sino en mí, sólo en mí.

—Y además no te has portado bien conmigo —dijo la joven—. No te has portado bien conmigo, Artie. No debiste...

—Yo no he dicho que me haya portado bien —interrumpió Kipps—. Ann..., no he venido aquí para discutir. Quiero que me contestes sí o no. He sido un idiota. ¡Sí, un verdadero idiota! ¿No te basta que lo confiese? Me he metido en un lío tras otro y he hecho el ridículo... —Su mirada se hizo aún más suplicante y continuó—: No es como si no nos quisiéramos, Ann...

Viendo que ella continuaba impasible reanudó su discurso.

—Yo creí que probablemente no volvería a verte más, Ann. Te aseguro que así fue. No es como si hubiéramos estado siempre juntos. No sabía lo que quería y me porté como un idiota. Lo mismo le hubiera pasado a cualquiera. Pero ahora sé lo que quiero y lo que no quiero. ¡Ann...!

—¿Qué?

—¿Vendrás conmigo...? ¿Vendrás conmigo?

Silencio.

—Si no me contestas, Ann... Estoy desesperado... Si no me contestas, si no dices que vendrás conmigo, saldré ahora mismo de aquí...

Se volvió hacia la puerta sin terminar su amenaza.

—Me iré —repitió—. ¡No tengo un solo amigo en el mundo! No sé por qué he hecho las cosas que he hecho. Lo único que sé es que no puedo seguir viviendo en este mundo.

Hizo un ruido ininteligible con la garganta.

—Me iré a la escollera...

Musitando frases de autocompasión, consiguió abrir la puerta. Era evidente que estaba decidido a marcharse.

—¡Artie! —exclamó Ann.

Kipps se volvió y los dos se miraron un instante, con los nervios en tensión.

—Iré contigo —dijo Ann.

Kipps cerró la puerta y dio unos pasos hacia ella. De pronto, cayeron uno en brazos del otro.

—¡Artie! ¡No te vayas! —sollozó Ann.

Nunca supieron cuánto tiempo estuvieron abrazados.

—¡He sido tan desgraciado! —exclamó Kipps.

El sombrero rodó por el suelo hasta un rincón, donde

permaneció olvidado.

—¡He sido tan desgraciado! —repitió Kipps—. ¡He sufrido tanto, Ann!

—¡Pst! ¡Calla! —dijo Ann, que temblaba de pies a cabeza, mientras acariciaba el cabello de Kipps—. Calla... Ella está escuchando. Te oírás desde la escalera, Artie...

6

Las últimas palabras de Ann cuando, una hora después, se escaparon (*Mrs.* y *Miss* Bindon Botting acababan de volver a casa), merecen párrafo aparte:

—No creas que yo haría esto por todo el mundo... —Fue lo que dijo.

CAPÍTULO IX

EL MONSTRUO MARINO

1

Imagínales, lector, escapando del difícil y complejo sistema social, como si en ello les fuera la vida; primero a pie hasta la Estación Central de Folkestone; después en un vagón de primera, con la maleta de Kipps por todo equipaje, hasta Charing Cross, y desde allí en un coche, a través de las calles de Londres palpitantes de vida, hasta la casa de Sid. Kipps mira continuamente por la ventanilla.

—Creo que es la esquina siguiente —decía una y otra vez.

Porque tenía el convencimiento de que Sid estaba inmune contra toda persecución y temía que nunca lograran encontrarle. Al fin, hallada la casa, pagó al cochero con una generosidad adecuada a la ocasión y se volvió hacia su futuro cuñado.

—Ann y yo vamos a casarnos —anunció.

—Pero yo creí... —comenzó a decir Sid.

Sin dejarle hablar, Kipps le indicó la conveniencia de entrar en la tienda, donde le daría toda clase de explicaciones.

—Sería inútil que discutiera con vosotros —dijo Sid, sonriendo según iba dándose cuenta de la situación—. Las cosas ya están hechas.

Y hasta Masterman, habiéndose enterado de lo ocurrido, bajó majestuosamente de su cuarto para felicitarles.

—Estaba seguro de que le resultaría opresiva la vida de las clases superiores —dijo tendiendo a Kipps una mano huesuda—. Pero nunca creí que tendría la originalidad de escaparse... ¡Cómo va a rabiarse su antigua prometida! Pero no se preocupe. Eso ya no tiene importancia.

Durante la cena prosiguió su discurso.

—Había emprendido usted una subida que no llevaba a ninguna parte. Siempre hubiera ido subiendo de un refinamiento a otro, sin

alcanzar nunca una cumbre en la que se sintiera satisfecho. Esta cumbre no existe. La única cumbre que existe en el mundo que ha abandonado, es aquélla en que hombres y mujeres se entregan al juego y al vicio, mezclados con arzobispos, generales y toda esa gente... Usted hubiera pasado la vida en uno de tantos peldaños, por debajo incluso de los que poseen automóviles, mientras su esposa se movería incesantemente entre su círculo de amistades y se quejaría de no tener una posición más elevada. Yo descubrí todo esto hace mucho tiempo. He conocido mujeres así. Y ya no pretendo subir ningún peldaño en la escala social.

—He pensado muchas veces en todo lo que dijo usted el día en que le conocí —confesó Kipps.

—No recuerdo lo que dije entonces —repuso Masterman—. Pero, sea como fuere, ha obrado usted del modo más noble y más cuerdo y esto hoy en día es un raro espectáculo. Va a casarse con una mujer de posición igual a la suya y va a vivir su vida independientemente de lo que los de arriba o los de abajo crean que debe hacer. Ésta es la única actitud que hoy puede tomarse. Rodearnos de nuestro propio mundo y de nuestro propio hogar; protegerlo contra todo y casarnos con la mujer que nos estaba destinada... Supongo que esto sería lo que yo haría si pudiera... Pero afortunadamente para el mundo, las personas como yo no nacemos por parejas. Además... De todos modos...

Y de pronto, aprovechando una interrupción del pequeño Walt, se sumió en sus pensamientos.

Permaneció en silencio largo rato y por fin volvió a darse cuenta de lo que le rodeaba.

—Después de todo, no hay que perder la esperanza —dijo.

—¿De qué? —preguntó Sid.

—Donde hay vida hay esperanza —intercaló la esposa de Sid—. Pero ninguno de ustedes está comiendo bastante.

Masterman levantó su copa.

—¡Brindo por la Esperanza, que es la Luz del Mundo! —exclamó.

Sid, rebosante de satisfacción, miró a Kipps, como queriendo darle a entender que en ninguna de sus comidas y cenas de sociedad le habían presentado a un tipo como aquél.

—¡Por la Esperanza! —repitió Masterman—. Lo mejor que

podemos tener. Esperanza de vida... Sí...

Sus palabras emocionaron a todos. Hasta el pequeño Walt quedó impresionado.

2

Dedicaron los días anteriores a la boda a hacer agradables excursiones. Una vez fueron en lancha a Kew y admiraron los cuadros de flores; otro día fueron temprano al Palacio de Cristal y se divertieron mucho. Llegaron tan pronto que todo estaba cerrado y cubierto con lonas. En aquellas enormes estancias vacías se sintieron como diminutas criaturas y les pareció que el eco de sus pisadas resonaban de un modo ensordecedor. Contemplaron esculturas de grupos de salvajes y Ann dijo que debían ser unas personas muy raras y que se alegraba de que no existieran en Inglaterra. Después estudiaron, pensativos, un gran número de estatuas clásicas, sin hacer excesivos comentarios. Kipps dijo que el mundo debía de resultar muy extraño en la antigüedad, pero Ann repuso que no creía que la gente fuera vestida de aquel modo por la calle. Al fin, como el local estaba demasiado solitario, salieron al exterior y pasearon sintiendo la caricia de los rayos del sol.

—No he visto nunca nada más bonito —declaró Kipps, volviéndose a contemplar el enorme edificio de cristal, con la imagen de Paxton en el centro de la fachada.

—¡Lo que ha debido de costar hacerlo! —exclamó Ann.

Paseando, llegaron a una parte donde había cuevas y lagos y, entre todo ello, curiosos vestigios que les hicieron pensar en la omnipotencia del Creador del Universo. Pasaron bajo un arco hecho con mandíbulas de ballena y descubrieron sobre la hierba, como asombradas de sí mismas, efigies de iguanodontes, dinosaurios, mastodontes y otros animales similares, esculpidos en tonos verde y oro.

Aquellos monstruos impresionaron profundamente a Kipps, quien durante algún tiempo no consiguió hablar de otra cosa.

—No sé cómo conseguían lo suficiente para comer... —dijo

varias veces.

3

Más tarde, aquel mismo día, sentados en un banco en presencia del monstruo marino que se cierne sobre el lago, los Kipps se pusieron a hablar del futuro. Habían comido en el Palacio de Cristal, habían visto cuadros y toda clase de cosas, y ello, unido a la luz ambarina del sol, les hacía sentirse filosóficos. Kipps rompió el contemplativo silencio en que se hallaban sumidos, haciendo de pronto alusión a una de sus principales preocupaciones.

—Ofreceré a Helen una compensación por daños y perjuicios. Si a pesar de ello, insiste en demandarme por rompimiento de promesa... yo no puedo hacer más... No pueden llevar mis cartas al Tribunal, porque no le he escrito ninguna. De todas formas, supongo que con mil o dos mil libras quedará solucionado el asunto. Eso no me preocupa. No, no me preocupa mucho, Ann...

Ninguno de ellos habló por el momento. Kipps prosiguió:

—Es magnífico que por fin vayamos a casarnos. ¡Qué curioso! ¿Cómo suceden las cosas! Si no te hubiera encontrado aquel día, ¿dónde estaría yo ahora? Y después de haberte encontrado, tampoco se me ocurrió que podíamos casarnos hasta... hasta la noche en que fui a buscarte.

—Tampoco a mí se me ocurrió —dijo Ann contemplando el agua con ojos pensativos.

Durante algún tiempo Kipps se limitó a contemplar, arrobado, el rostro encantador de su novia, y después de una pausa ésta volvió a hablar.

—Supongo que éste era nuestro destino —dijo.

—No comprendo cómo pude pensar en casarme con ella —musitó Kipps.

—No era la mujer apropiada para ti.

—¿Apropiada? ¡Claro que no! ¿Cómo pude tener semejante idea?

—Supongo que ella se te insinuó.

Kipps se sintió momentáneamente tentado a afirmar que así había sido, pero cuando se disponía a hacerlo, su innata honradez se lo impidió.

—No, no fue así, Ann. Es curioso. No sé cómo ocurrió, pero desde luego no como tú dices. No me acuerdo... No. La vida es muy extraña, de eso no cabe duda. Y supongo que yo también soy un individuo extraño. Algunas veces parece que no sé lo que hago. Pero...

Los dos callaron y Kipps se acarició pensativo el bigote. Al fin, después de unos instantes, sus labios dibujaron una sonrisa.

—Tomaremos una casita en Hythe —dijo.

—Sí, mucho mejor que en Folkestone —le respondió Ann.

—Una casita muy pequeña —dijo Kipps—. Naturalmente, tenemos Hughenden, pero está alquilada. Y además es demasiado grande. Aparte de que yo no viviría ahora en Folkestone por nada en el mundo.

—Me hace mucha ilusión tener mi propia casa —dijo Ann—. Desde que estoy sirviendo he pensado siempre lo maravilloso que sería llevar mi propia casa.

—¿Y sabrás manejar bien al servicio?

—¿Al servicio? No necesitamos servicio —repuso Ann con un sobresalto.

—Al menos necesitarás una criada que haga el trabajo pesado.

—¿Y no poder entrar en mi propia cocina?

—Una criada es necesaria.

—Podemos buscar una mujer que venga a ayudarme unas horas —dijo Ann—. Además... si yo tuviera una de esas chicas que ahora se ponen a servir, ¿le quitaría a cada momento la escoba y volvería a limpiarlo todo yo misma? Me las arreglaría mucho mejor sin ella.

—De todas maneras necesitamos una criada —insistió Kipps—. ¿Qué vamos a hacer, si no, si queremos salir juntos o algo por el estilo?

—Entonces tomaré una muy joven para enseñarla a mi manera —dijo Ann.

Kipps dejó las cosas así y se volvió a hablar de su futura casa.

—En Hythe hay muchas casas libres, exactamente como la que nos hace falta, ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Tendremos una cocina, un comedor y un cuartito pequeño, un

cuartito pequeño para estar por las tardes.

—Tiene que ser una casa hecha con sentido común. Hay algunas que no tienen bastante luz y otras con escalera muy empinada por la que hay que subir continuamente cosas. Nuestra casa tendrá el fregadero y el depósito de agua en el piso donde esté la cocina. Como tú no has estado sirviendo, Artie, no sabes de qué manera tan absurda están hechas algunas casas, como si el arquitecto se hubiera preguntado qué era lo que resultaría más incómodo para las criadas.

—Nuestra casa será muy pequeña —dijo Kipps—. ¿Para que necesitamos una grande? Llevaremos una vida muy tranquila. Saldremos de vez en cuando y volveremos pronto a casa. Si no tenemos otra cosa que hacer, leeremos juntos. Invitaremos de vez en cuando a Buggins y a Sid a pasar la noche. Tendremos bicicletas...

—No me imagino montada en bicicleta...

—Compraremos un remolque y en él irás como una reina. Te llevaré a Nueva Romney muy a menudo para ver a los viejos.

—Sí, eso me gustaría... —dijo Ann.

—Tendremos una casita sin pretensiones, con muebles cómodos. No habrá objetos de arte, ni cosas parecidas, sino que todo será muy sencillo.

—Pero nada de socialismo, ¿eh? —dijo Ann, sintiendo nacer en ella una repentina desconfianza.

—Nada de socialismo. Sencillez, simplemente.

—El socialismo está muy bien para quienes lo entienden, Artie, pero yo no estoy de acuerdo con sus teorías.

—En realidad yo tampoco —dijo Kipps—. No discuto con quien lo predica, pero nada de eso me parece real. Aunque hay que reconocer que Masterman es un individuo muy listo, Ann.

—Al principio no me fue simpático, Artie, pero ahora sí... en cierto sentido. Hace falta tiempo para comprenderle.

—Es tan inteligente, que la mitad de las veces no entiendo nada de lo que dice. Es el hombre más inteligente que he conocido. Nunca he oído hablar a nadie de ese modo. Debía escribir un libro... Es triste que un hombre como él no pueda ganarse la vida.

—¿Es porque está enfermo? —dijo Ann.

—Sí, supongo que sí.

Los dos jóvenes permanecieron en silencio durante largo rato.

—Seremos muy felices en una casita así, ¿no crees, Ann?

Ella le miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—Me parece que ya la estoy viendo —continuó Kipps—. Ante todo, tiene que ser muy pequeña. Todos los días tomaremos el té en la cocina, el agua estará siempre hirviendo y el gato dormirá en la alfombra de la chimenea. Y tú estarás siempre allí conmigo.

Los dos se contemplaron con mutua satisfacción y Kipps continuó:

—Me parece que hace más de media hora que no te he besado, Ann. Al menos no lo he hecho desde que estuvimos en las cuevas.

Porque besar a Ann era para él ya casi tan necesario como el respirar.

Ella movió la cabeza sonriendo.

—Es mejor que seas sensato y sigas hablando de *Mr. Masterman*...

Pero las ideas de Kipps habían cambiado de dirección.

—Me gusta tu pelo —dijo acariciándolo—. Lo tenías igual cuando eras una chiquilla. Con grandes ondas... Me he acordado de él muchas veces. ¿Te acuerdas de las carreras que hicimos aquel día detrás de la iglesia?

Durante algún tiempo ambos permanecieron silenciosos, sumidos en agradables reminiscencias.

—Es extraño —dijo Kipps.

—¿Qué es extraño?

—Cómo ha ocurrido todo. ¿Quién hubiera pensado, hace seis semanas, que ahora estaríamos aquí juntos? ¿Quién hubiera pensado que yo tendría dinero?

Su mirada se posó en el gran monstruo marino. Al principio le contempló con indiferencia, pero de pronto sus ojos asumieron una expresión de perplejidad.

—¡Demonio!

Ann sintió interés por saber el motivo de aquella exclamación, y Kipps le puso una mano en el brazo y señaló con el dedo. Ann escudriñó el monstruo y después fijó de nuevo en Kipps una mirada interrogante.

—¿No lo ves? —preguntó Kipps.

—¿El qué?

—Que es exacto a Coote.

—Pero si ya no existen... —dijo Ann todavía sin comprender.

—Es posible que no, pero a pesar de ello es exacto a Coote.

Kipps especuló sobre las efigies monstruosas que se erguían a su alrededor.

—Me gustaría saber cómo se extinguieron todos estos animales antediluvianos. Ningún hombre pudo matarlos.

—Es muy sencillo —dijo Ann—. Les sorprendió el Diluvio...

Kipps reflexionó sobre aquella solución.

—Pero yo creí que tuvieron que meter en el Arca a dos animales de cada especie...

—Dentro de los límites de lo razonable... —dijo Ann.

Y los Kipps dejaron así la cuestión.

El gran monstruo marino, verde y oro, no hizo ningún caso de sus palabras y siguió contemplando el infinito por encima de sus cabezas, sereno e inflexible. Como si fuera el mismo Coote, Coote el perfecto, que les negaba el saludo.

Su serenidad podía tomarse por la paciencia y el estoicismo de una fuerza capaz de esperar el tiempo necesario para conseguir sus fines. Aquella calma majestuosa acabó por hacer que los Kipps se sintieran incómodos. Así, pues, los dos jóvenes se pusieron en pie y siguieron su camino, mirando de vez en cuando para atrás.

4

Ya su tiempo, aquellas dos almas sencillas se casaron y Venus, la Diosa del Amor Nupcial, que es en verdad una diosa muy noble y muy buena, se inclinó hacia ellos y bendijo su unión.

TERCERA PARTE

LOS KIPPS

CAPÍTULO PRIMERO

EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

1

Las lunas de miel, como todas las cosas de este mundo tienen su fin. Vemos, pues, a *Mr.* y a *Mrs.* Kipps descendiendo al andén de Hythe, a donde han ido en busca de la casita que planearon un día, para hacer real el sueño de que hablaron en el jardín del Palacio de Cristal. Forman una pareja valiente, pero los dos no son más que simples criaturas y el mundo es un sistema de complejidades, demasiado difícil e intrincado para que puedan ponerse a su altura. Kipps lleva un traje gris y una corbata elegante. *Mrs.* Kipps es la misma mujer-niña, sana y alegre. Sólo que ahora lleva sombrero.

Es un sombrero muy distinto del que solía usar antes los domingos que tenía libres, un sombrero adornado con plumas, un hebilla, lazos, y otras cosas. El precio de aquel sombrero dejaría a mucha gente sin aliento... ¡costó dos guineas! Kipps lo eligió y Kipps lo pagó. Y después de comprarlo, los dos habían abandonado la tienda con las mejillas rojas, contentos de verse libres de la vendedora y de su sonrisa impertinente.

—Artie —dijo Ann—. No debiste...

Eso fue todo. Pero, como el lector ya se habrá imaginado, el sombrero no favorecía a Ann. Ninguno de sus trajes nuevos le sentaba bien. El estilo sencillo, barato y limpio de su ropa anterior, había dado paso no sólo a aquel sombrero, sino a varias otras cosas del mismo orden. Y entre todas aquellas prendas, surgía su carita encantadora, como la cara de una niña, en el colmo del asombro ante todo lo que le estaba ocurriendo.

Compraron aquel sombrero una tarde que fueron a ver las

tiendas de Bond Street. Kipps miró a la gente que pasaba por la calle y la comparó con Ann. Había observado el sombrero de una señora de aspecto orgulloso y aristocrático, que pasó junto a ellos en una fogosa berlina, y en aquel mismo instante decidió comprar a Ann la cosa más parecida que encontrara.

Los mozos de la estación debieron encontrar algo extraño en la vestimenta de Ann y lo mismo les ocurrió a los cocheros que esperaban fuera y a los dos jugadores de golf y a la señora con sus dos hijas que también bajaron del tren. Kipps, un poco pálido y no del todo dueño de sí, sabía que era a ellos a quienes miraban. En cuanto a Ann... Es difícil saber lo que Ann pensaba de todas estas cosas.

—¡Eh, oiga! —dijo Kipps haciendo una señal a un cochero—. Tengo ahí un baúl marcado A. K. —dijo al inspector de los billetes.

—Pregúntele a un mozo —repuso el inspector dándole la espalda.

—¡Qué diablos...! —exclamó Kipps entre dientes.

2

Una cosa es sentarse al sol y hablar de la casa que a uno le gustaría tener, y otra muy distinta es conseguirla. Nosotros los ingleses (y hoy en día todo el mundo) vivimos en una extraña atmósfera en la que dejamos de lado las cosas importantes para preocuparnos de las pequeñas; estamos entregados a la mezquindad y la pequeñez que constituyen el intercambio; los modales en la mesa y otros detalles sin importancia constituyen la sustancia de nuestras vidas. No podemos librarnos de estas cadenas, ni siquiera dando el paso desesperado de escapar a Londres con una joven de posición social y medios de fortuna inferiores a los nuestros. Las brumas de las emociones exaltadas se desvanecen y pasan, y entonces nos vemos rechazados por todas las deidades que nos inspiran respeto y temor, viviendo bajo la mirada escudriñadora del Sistema Social, sabiendo que éste somete nuestra ropa, nuestra actitud, nuestras pretensiones y nuestros menores movimientos a un

juicio continuo.

Nuestro mundo de hoy es un mundo concebido mezquinamente... y todo cuanto lo compone es una nueva mezquindad que intenta ocultar este hecho. Por de pronto existen en él muy pocas casitas verdaderamente confortables. Y estas pocas no se consiguen así como así; no pueden comprarse con dinero en los tiempos innobles en que vivimos. Las casas, por lo general, están construidas en terrenos que pertenecen a hombres monstruosamente ricos, y las construyen hombres codiciosos a quienes sólo les importa ganar dinero. ¿Qué se puede esperar en estas ridículas condiciones? Ir en busca de casa es espiar la desnudez de este mundo pretencioso, es ver a lo que se reduce nuestra civilización cuando la despojamos de cortinas, tapices, alfombras y todo cuanto nos distrae de los puntos principales de la vida. Vemos entonces planos mezquinos, ejecutados maquinalmente, para fines mezquinos. Vemos los intereses de los seres humanos dejados de lado. Se nos representan sin disfraz alguno los secretos y la sustancia de todos los «Chester Coote» que nos rodean diariamente.

De modo que vemos a nuestro ingenuo y simpático matrimonio Kipps, ir y venir de acá para allá en

Hythe, en Sandgate, en Ashford, en Canterbury, en Deal y en Dover (y por último hasta en Folkestone), buscando por todos lados y sin encontrar lo que habían soñado...

No estaban muy seguros de lo que querían, pero sí lo estaban de que ninguna de las casas que vieron era la de sus sueños. Y fue tanto lo que buscaron y tanto lo que se movieron, que sus deseos comenzaron a perder forma. Vieron habitaciones con las maderas del piso separadas entre sí y llenas de astillas, vieron elocuentes huellas del paso de industriosos ratones, cocinas con una cucaracha muerta en el armario vacío y una gran variedad de carboneras y armarios oscuros por todas partes. Había ocasiones en que les parecía que debían ser víctimas de una conspiración por parte de los agentes de alquileres, tan deprimente resulta una casa vacía de segunda mano, en comparación con la más humilde de las viviendas habitadas.

Generalmente las viviendas eran demasiado grandes. Tenían inmensos ventanales que requerían pesados cortinajes,

innumerables dormitorios, escaleras con cientos de peldaños y cocinas que hacían protestar a Ann. Ésta había acabado por enterarse debidamente de cuál era la posición social de Kipps y reconocer la necesidad de una sirvienta.

—¡Pero, por Dios! —exclamaba—. ¡En esta casa harían falta diez criadas!

Cuando no eran demasiado grandes, eran casi siempre el resultado de una edificación especulativa, la edificación que fue el principal desastre del siglo XIX. Ann rechazó muchas casas por húmedas, y hasta las más modernas de las que habían estado en uso mostraban bien a las claras su enfermiza constitución; la pintura de las paredes se resquebrajaba, los suelos se astillaban, las puertas no cerraban bien, el papel se despegaba, los ladrillos estaban saltados y los barandales de las escaleras oxidados. La naturaleza, en forma de arañas, cucarachas, ratones, ratas, hongos y extraños olores estaban empezando a ganar la batalla...

Además, la distribución era siempre todo, menos cómoda. Todas las casas que vieron tenían en común el hecho de que los arquitectos, al trazar los planos, no habían pensado que las muchachas de servir eran seres humanos, como decía Ann. La democracia social de su hermano Sid se le había metido en la sangre, y ella y Kipps continuaron descubriendo en la vivienda contemporánea una falta de consideración general hacia el servicio doméstico.

—¡Hay escaleras en la cocina, Artie! —decía Ann—. Las pobres tendrán que subir y bajar y acabar rendidas sólo porque no se les ha ocurrido a los que hicieron la casa utilizar el sentido común. ¡Y arriba no hay agua! ¡Hay que subirla toda en cubos...! Todo esto ocurre porque son los hombres los que hacen las casas...

Como puedes ver, lector, el matrimonio Kipps buscaba una casita razonable y sencilla. Pero eso sólo existía en países soñados por su imaginación o es posible que exista en todas partes en el año 1975 después de Jesucristo. Y entonces faltaba mucho para esa fecha.

Pero fue una tontería por parte de Kipps ponerse a construir una casa.

Lo hizo por la extraordinaria animosidad que había concebido hacia los agentes de alquileres.

Todo el mundo aborrece a éstos del mismo modo que todo el mundo quiere a los marineros. No cabe duda de que se trata de un odio muy injusto, pero la labor del novelista no es exponer principios de ética, sino limitarse a los hechos reales. Todo el mundo odia a los agentes de alquileres porque están en un plano de ventaja. Los demás oficios tienen un tanto por ciento de dar y otro de tomar. En el caso de los agentes de alquileres todo es cuestión de tomar. El abogado teme que el cliente le sustituya por otro, el médico no se atreve a ir demasiado lejos, el novelista (aunque el lector no lo sabe) se inclina del modo más abyecto ante los menores deseos del lector; en cuanto a los comerciantes, los lecheros son capaces de librar batalla entre sí ante la puerta de un parroquiano, y los verduleros se echan a llorar si ven que otra casa es preferida a la suya. Pero ¿quién oyó jamás hablar de un agente de alquileres que se esfuerce por servir a alguien? El cliente busca una casa y se dirige a él. El cliente está cansado, agotado, lleno de ansiedad; él está en calma, limpio, inactivo, reticente y ocioso. El cliente le suplica que reduzca la ventana, que pinte los techos, que busque otras casas para poder elegir, que necesita un invernadero... pero, ¡bastante que le importa a él! ¿El cliente quiere, por ejemplo, disponer de una casa? Él se muestra exactamente igual, sereno, indiferente. Recuerdo que en una ocasión se entretuvo limpiándose los dientes con un palillo, mientras contestaba a las preguntas que yo le hacía. Los agentes de alquileres se burlan de la competencia; todos son iguales; no se les puede herir acudiendo a la oficina de enfrente, no se les puede despedir. Lo más que se puede hacer es despedirse uno mismo. Están situados a salvo detrás de un inmenso pupitre de bronce y madera, demasiado lejos para que podamos atacarles repentinamente con el paraguas. Por otro lado, tirar las llaves que nos prestan, en lugar de devolvérselas, constituye un robo y como tal se castiga...

Kipps se decidió a construir por su cuenta a causa de un agente de alquiler de Dover, Con voz algo temblorosa, nuestro amigo le

había presentado un ultimátum: no quería sótano, no quería más de ocho habitaciones, exigía que hubiera agua caliente y fría en el piso de arriba, carbonera con puertas, para evitar que el polvo entrara en la cocina, etc.

—Si quiere todo eso, tendrá que construir la casa usted mismo —había dicho el agente, suspirando con cansancio.

Entonces fue cuando Kipps contestó, sin ninguna intención de cumplir sus palabras, naturalmente, sino sólo para dar a aquel impertinente una respuesta adecuada:

—¡Eso es lo que haré si esto sigue así!

Y entonces el agente de alquileres se permitió sonreír con ironía.

Cuando Kipps reflexionó sobre sus palabras, quedó sorprendido al descubrir que la idea no era tan descabellada. Después de todo, mucha gente ha edificado casas. De lo contrario no habría tantas en el mundo. ¡Sí, mandaría hacer una casa! Entonces iría a ver al agente y le diría: «Mire, amigo, mientras usted me estaba buscando una casa adecuada, yo me he construido una». Se iría a verlos a todos, uno por uno. A los agentes de Folkestone, de Dover, de Ashford, de Canterbury, de Margate, de Ramsgate... Y quizás entonces lamentarían su actitud. Kipps tomó la decisión definitivamente durante las horas de la madrugada.

—Ann... —dijo—. ¡Ann! —repitió despertando a su mujer con la punta del codo.

La joven despertó al fin lo suficiente para preguntar qué era lo que ocurría.

—Voy a construir una casa, Ann.

—¿Eh? —preguntó Ann, como si estuviera despierta.

—¡Que voy a construir una casa!

Ann musitó unas palabras incoherentes en el sentido de que sería preferible que dejara aquello para por la mañana, e inmediatamente se volvió y siguió durmiendo.

Pero Kipps permaneció despierto largo rato, construyendo mentalmente su casa y por la mañana, mientras desayunaban, expuso su decisión. Había aguantado demasiado tiempo los malos modales de los agentes de alquileres, y construir una casa por su cuenta sería para él una dulce venganza.

—Además, haremos una casita pequeña y confortable como la que hemos soñado... —añadió.

Así, pues, sin pensarlo más, alquilaron por un año una vivienda con sótano, sin agua en el piso de arriba, sin cuarto de baño, con grandes ventanas que había que limpiar desde el exterior, con escaleras de piedra, con una carbonera abierta por todos lados, sin suficientes armarios, sin chimenea en el cuarto de servicio y con el suelo lleno de astillas... En resumen, una vivienda típica de la clase media inglesa. Y después de añadir a esta casa unos cuantos muebles, una lánguida sirvienta con el pelo teñido, llamada Gwendolen que iba a casarse con un sargento; después de pasar varias noches en vela haciendo exploraciones nocturnas en busca de ladrones, puesto que se hallaban en un edificio del que él era personalmente responsable, Kipps concedió al fin su atención al proyecto de construir su propio hogar.

4

Al principio pidió consejo a unos y a otros, porque tropezó con grandes dificultades para llevar a cabo sus planes. Un día entró en la casa de un maestro albañil y dijo a la señora que le recibió que quería construir por su cuenta, que estaba decidido y que quería hacer el encargo en aquel mismo momento. Pero ella contestó que su marido no estaba y que tendría que esperar unas horas. Kipps se marchó sin dar su nombre. Después se dirigió a un hombre que iba en un carro, al enterarse de que trabajaba en la construcción de una casa cercana de Saltwood. Pero el desconocido se mostró al principio escéptico y después sarcástico.

—Supongo que tiene usted la costumbre de construir una casa todos los meses —dijo dando la espalda a Kipps con profundo desdén.

El joven pasó después a consultar a Carshot y a Pearce. Éste conocía a un hombre de Ashford cuyo hermano era arquitecto y como en estos casos siempre es preferible tratar con alguien conocido, los Kipps decidieron dirigirse a él. Y así lo hicieron... con ciertas reservas mentales.

El arquitecto, hermano del amigo de Pearce, era un individuo de

corta estatura, que llevaba siempre un maletín negro y un sombrero cilíndrico. Se sentó a la mesa del comedor con el sombrero y el maletín a distancias exactamente equidistantes, a su derecha y a su izquierda, manteniendo una actitud completamente impasible mientras Kipps, ante la chimenea, le exponía sus deseos.

Ann contemplaba la escena sentada junto a la librería. Los dos estaban sobre ascuas.

El arquitecto comenzó por preguntar qué lugar habían elegido para edificar y quedó desconcertado al descubrir que ni siquiera esto estaba decidido.

—Yo pensaba edificar en cualquier parte —dijo Kipps—. No se me ha ocurrido pensar en el sitio.

El arquitecto dijo que hubiera preferido ver el lugar para saber dónde colocar lo que llamó «la fachada trasera». Pero añadió que, naturalmente, era posible proyectar una casa «en el aire», si sus clientes, así lo deseaban. Kipps sintió que enrojecía y confiando secretamente en que aquello no hiciera subir mucho los gastos, contestó que podían hacerlo así.

El arquitecto entonces, con una tos seca, abrió el maletín, extrajo de él un rollo de esparadrapo, varias galletas secas, un recipiente de metal, un par de guantes nuevos, un reloj, un ramito de violetas, un paquete de tornillos y por último un librito de apuntes. Volvió a colocar los demás objetos en su sitio, abrió el cuaderno, se llevó un lápiz a los labios y preguntó:

—¿Y qué comodidades necesitan?

A lo que Ann, que había seguido todos sus movimientos con la más profunda atención y cierto temor, replicó con la prontitud de quien ha estado esperando que le hagan una pregunta:

—¡Armarios!

El arquitecto tomó nota.

—¿Y cuántas habitaciones? —dijo pasando a los detalles secundarios.

Los jóvenes se miraron. Aquello estaba resultando muy difícil.

—¿Cuántos dormitorios, por ejemplo? —preguntó el arquitecto.

—¿Uno? —sugirió Kipps, decidido a reducir gastos a toda costa.

—¡Acuérdate de Gwendolen! —dijo Ann.

—Además, si algún día desean tener huéspedes... —añadió el arquitecto.

—Dos, entonces —dijo Kipps—. Queremos una casa muy pequeña...

—Pero la más pequeña de las casas... —objetó el arquitecto.

Paso a paso acabó por convencerles de la absoluta necesidad de contar con seis dormitorios, para lo cual hasta mencionó, como una remota posibilidad, que quizá «los niños» los necesitaran. Ann se adelantó hasta la mesa, se sentó y planeó una de sus condiciones:

—De todas formas, quiero que cada habitación tenga agua caliente y fría —declaró.

Aquélla era una idea inspirada por Sid.

—Sí —dijo Kipps desde su puesto ante la chimenea—, cada dormitorio habrá de tener agua caliente y fría. Eso está decidido.

Fue entonces cuando por primera vez el arquitecto se dio cuenta de que tenía que tratar con una pareja de excepcional originalidad, y como había pasado la tarde anterior estudiando los planos de tres casas, publicados en la revista de arquitectura, y pensaba combinarlos para trazar un proyecto propio, naturalmente se esforzó por luchar contra aquellas ideas noveles. Explicó, pues, que toda la cuestión de fontanería resultaba costosa en extremo y que todo lo que no estaba incluido en sus proyectos era igualmente costoso, y sólo cuando Ann dijo que prefería no hacer la casa si ésta no iba a resultar conforme a sus deseos y Kipps declaró que no le importaba el precio mientras tuviera lo que deseaba, permitió que en el adquirido profesionalismo de sus planos apareciera una modificación original. Después de lo cual puso broche a la discusión con un nuevo golpe de tos.

—Naturalmente, si no les importa ir en contra de los tiempos...

Explicó que había pensado en un estilo arquitectónico Reina Ana (en cuanto oyó su nombre, Ann movió negativamente la cabeza en un aparte a Kipps) en lo que se refería a la fachada. Dijo que a él le gustaba hacer las fachadas de un estilo definido, aunque podía tener una mezcla; pero siempre con un estilo predominante. La ventaja de lo que llamaba estilo Reina

Ana era la diversidad de sus aspectos... Pero, en fin, si ellos querían hacerlo de otro modo, también era posible. Ahora se hacían casas de todos tipos, algunas sin estilo definido y, sin embargo, muy atractivas. Dijo que era frecuente poner una escalera de roble y una galería.

Indicó que su discurso sobre estilos había llegado a su fin por medio de un nuevo acceso de tos, y volvió a abrir el librito de apuntes que había cerrado en un momento de descriptivo entusiasmo.

—Seis dormitorios —dijo humedeciendo los labios—. Uno con barrotes en la ventana, apropiado para niños si es necesario.

Siguió a ello una interesante divagación sobre la arquitectura en general en la que Kipps apenas tomó parte. De la cuestión de los dormitorios pasaron a la cocina, y en este terreno Ana expresó sus ideas con tan inteligente precisión que se ganó la admiración del arquitecto. Sostuvo que generalmente las carboneras eran demasiado bajas e incómodas y rechazó como poco práctica la idea de colocar la cocina con la carbonera en el piso alto, ya que eso llevaría consigo tener que subir el carbón y ponerlo todo perdido. Decidieron por último hacer una carbonera exterior en el primer piso, unida a la cocina por una escalera también exterior. El arquitecto tomó nota de todo ello.

De allí pasaron, por inspiración del arquitecto, a la posibilidad de la calefacción por gas. Kipps dijo que la calefacción por gas calienta la atmósfera; al tropezarse con la mirada de asombro de su interlocutor, se ruborizó y permaneció largo rato sin decir nada.

Dos días después recibieron una carta en la que el arquitecto les decía que había encontrado en su libro de notas toda clase de detalles en cuanto al sistema de ventilación, así como el número de dormitorios, la fontanería, las dimensiones de la cocina, los armarios y la carbonera, pero nada en absoluto referente a una sala, un comedor, una biblioteca o despacho y el presupuesto aproximado. Añadía que esperaba recibir instrucciones. Daba a entender que un cuarto de estar, un comedor, una sala y un despacho para *Mr. Kipps* eran imprescindibles. La joven pareja estudió arduamente el problema. Y Ann se mostró restrictiva en este aspecto.

—No sé para qué necesitamos una sala, un comedor y un cuarto de estar. Si fuéramos a alquilar la casa, lo comprendería. Pero no vamos a hacer tal cosa. Por lo tanto no necesitamos tantas habitaciones. Por ejemplo, habla de un vestíbulo. ¿Para qué sirve un vestíbulo? ¡Sólo para dar trabajo! ¡Y un despacho...!

Desde que leyó la carta, Kipps había estado silbando y

acariciándose el bigote.

—Creo que me gustaría tener un despacho... No muy grande, desde luego, pero sí una habitación con una mesa y librerías, como la que había en Hughenden.

Sólo después de haber hablado nuevamente con el arquitecto y haber comprobado que la idea de suprimir la sala le escandalizaba, consintieron en añadir aquella estancia. Consintieron para agradarle.

—Pero nunca la usaremos —dijo Ann.

El capricho de Kipps de tener un estudio prevaleció.

—Así podré leer. Siempre he deseado leer. Me acostumbraré a ir allí y leer durante una hora todos los días. Un hombre como yo debe conocer a Shakespeare y a otros muchos como él. Además, necesitamos un sitio donde colocar la Enciclopedia. Un despacho siempre es lo que he deseado. Si se tiene un despacho hay que leer. Si no se tiene, lo único que se lee son novelas baratas.

Levantó los ojos hacia Ann y quedó sorprendido al ver que ella le contemplaba pensativa, sin compartir su entusiasmo.

—¡Será maravilloso tener nuestra casita! ¿Verdad, Ann?

—No será una casita, si tiene tantas habitaciones —contestó la joven.

5

No quedó la menor duda sobre esto, cuando examinaron los planos.

El arquitecto dibujó tres planos distintos sobre un papel azulado y transparente, de olor desagradable. Les dio un colorido muy bonito y marchó en seguida a mostrárselo a los dos jóvenes. El primer proyecto era sencillo, pero así y todo producía la impresión de ser una casa muy grande; el segundo contaba con un invernadero, varios miradores, un alero todo alrededor de la fachada y una especie de galería y resultaba mucho más imponente; el tercer proyecto era toda una mansión, cuajada de adornos externos e internos; en resumen, el fruto grandioso de la mente

creadora del hombre. El arquitecto admitió, al presentárselo, que quizá fuera demasiado suntuoso para Hythe; dijo que se había dejado llevar por la inspiración y había creado una mansión moderna, en el mejor estilo de Folkestone. Tenía un vestíbulo central con una escalinata, una galería morisca, una terraza estilo Tudor, dos terrazas almenadas sobre el pórtico, un ala octogonal con una cúpula oriental, líneas amarillas para romper la monotonía del rojo de la fachada y otros muchos adornos y atractivos. Era el tipo de casa, voluptuoso a su modo, que un magnate de la ciudad se construiría para su uso. Pero a los Kipps les pareció algo excesivo. El primer proyecto tenía siete dormitorios, el segundo ocho, el tercero once; el arquitecto explicó que habían ido encajándose como piedrecillas en las botas de un montañero.

—Son demasiado grandes —dijo Ann en cuanto el arquitecto desenrolló los planos.

Kipps, deseoso de no comprometerse más de lo que ya lo estaba, escuchaba mientras el creador de aquel engendro iba señalando los puntos de interés con una lima, perteneciente al equipo de manicura de bolsillo que llevaba en el maletín. Ann observaba la cara de Kipps y se comunicaba con él furtivamente por encima de la cabeza del arquitecto.

—Demasiado grande —dijeron los labios de Ann.

—Resulta un poco grande para lo que yo tenía pensado —dijo Kipps tranquilizando a Ann con la mirada.

—No le parecerá grande cuando la vea construida —aseguró el arquitecto—. Le doy mi palabra.

—No necesitamos más que seis dormitorios —insistió Kipps.

—Entonces, convierta éste en cuarto de armarios.

Una profunda sensación de impotencia obligó a Kipps a guardar silencio.

—Bien —dijo el arquitecto extendiendo los tres planos—. ¿Cuál eligen ustedes?

Kipps preguntó cuánto costaría cada uno de ellos, y al oírle Ann hizo gestos de alarma. Pero el arquitecto no pudo darles más que una idea vaga y general.

Cuando al fin se marchó, no se habían comprometido a nada. Kipps había prometido estudiar el asunto..

—No podemos hacer esa casa —dijo Ann.

—Todas ellas son demasiado grandes —asintió Kipps.

—Necesitaríamos... ¡Ni con cuatro criadas tendríamos bastante! Kipps se acercó a la chimenea e intentó tranquilizar a su mujer.

—La próxima vez que venga, le explicaré que no es eso lo que queremos. Es... es un mal entendido. No tienes por qué preocuparte, Ann.

—Después de todo no veo la ventaja de construir una casa —dijo Ann.

—Ahora que hemos empezado tenemos que hacerlo. Suponiendo que hiciéramos...

Extendió el más sencillo de los tres planos y se rascó la cabeza con perplejidad.

6

Fue una desgraciada coincidencia que el viejo Kipps apareciera al día siguiente.

El viejo Kipps ejercía una peculiar influencia sobre su sobrino. Le impulsaba a alardear y a hacer afirmaciones que no estaban muy en consonancia con su carácter. Kipps había tenido gran dificultad en reconciliar a los dos viejos con la idea de su *mesalliance*, y de vez en cuando aquella controversia hallaba todavía un eco en las palabras de su tío. Es posible que se debiera a esto y no a simple vanidad el que Kipps hiciera excesivo alarde de bienestar físico y moral cada vez que aparecía el viejo tío. Su tía no se había reconciliado aún con la idea de su casamiento; rechazaba todas las invitaciones que le hacía el joven matrimonio y se mostró taciturna en la única ocasión en que sus sobrinos acudieron a visitarla de paso hacia la casa de *Mrs. Pornick*. Mostró una tendencia a sorbeteear que evidentemente tenía por causa el desdén y no un catarro, y negándose a tener en cuenta la presencia de Ann se limitó a hablar con Kipps o a monologar. La visita fue muy corta, la conversación se limitó a monosílabos y pausas, no se ofreció nada de comer ni de beber y Ann salió de allí con las mejillas teñidas de rojo. Cuando repitieron la visita a Nueva Romney, se negó a acercarse a la tienda.

Pero el viejo Kipps, después de haberse sentado una vez a la mesa del nuevo matrimonio y de haber encontrado la comida de su gusto, comenzó a ablandarse respecto a Ann y volvió a visitarles una y otra vez. Acudía en el ómnibus y, exceptuando los momentos en que tenía la boca completamente llena, daba a su sobrino toda clase de consejos sin dejarle apenas hablar, hasta que llegaba la hora de tomar el ómnibus de regreso. A veces iban juntos paseando hasta el puerto y allí entablaba negociaciones con los boteros para adquirir uno de sus botes, o decía a Kipps que estaba pensando comprar un negocio en Hythe. No indicaba de dónde pensaba sacar el capital para hacerlo, y de vez en cuando resultaba evidente que pensaba en ello como una ocupación para su sobrino y no para él.

Pero a pesar de todo esto, seguía mirando a Ann con una expresión peculiar, y Kipps seguía asumiendo ante él una actitud que podría calificarse de bravucona. Fue su tío quien le convenció, por ejemplo, de que volviera un día a casa con una caja de puros de nueve peniques y de que sustituyera el *whisky* «Tres Estrellas» por la marca de etiqueta blanca consumida habitualmente por casi todo el mundo.

—Esto contiene algo de *whisky*, muchacho —dijo el viejo Kipps cuando lo probó, asumiendo una actitud de conocedor.

—He visto muchos oficiales cuando venían hacia acá —le dijo en otra ocasión—. Tú deberías alistarte como voluntario, muchacho.

—Quizá lo haga más adelante —repuso Kipps.

—En seguida te harían oficial. Necesitan oficiales. Y además no todo el mundo puede permitirse ese lujo. Estoy seguro de que se alegrarían mucho de tenerte entre ellos... ¿No te has comprado un perro todavía?

—Todavía no, tío. ¿Un cigarro?

—¿Ni un automóvil?

—Todavía no, tío.

—No tengas prisa. Y cuando lo compres, cómprate uno que sea bueno y te dure toda la vida aunque tengas que pagar más dinero por él... Me sorprende que no alquiles uno más a menudo.

—A Ann no parecen gustarle los automóviles.

—¡Ah! Supongo que no —comentó su tío lanzando una mirada significativa a la puerta—. No está acostumbrada a salir. Debe de encontrarse más a gusto dentro de casa.

—Estamos pensando construirnos una casa —dijo Kipps precipitadamente.

—Yo no lo haría en tu lugar, muchacho —comentó su tío.

Pero Kipps estaba ya sacando los planos de un cajón, para evitar tener que escuchar otro comentario acerca de Ann.

—¡Hum! —exclamó el viejo, un poco impresionado por el olor y la desusada transparencia del papel que su sobrino puso en sus manos—. Conque estáis pensando en construirnos una casa, ¿eh?

Kipps comenzó por mostrarle el menos ambicioso de los tres proyectos.

—«Plano de casa para Arthur Kipps, Esquire» —leyó su tío lentamente después de ponerse las gafas—. ¡Hum..!

Tardó algún tiempo en dar su opinión, y cuando Ann entró en la habitación le halló examinando los proyectos del arquitecto con expresión dubitativa.

—No hemos podido encontrar una casa decente por ningún lado —dijo Kipps apoyándose en la mesa y asumiendo un tono de gran naturalidad—. De modo que se me ocurrió que lo mejor sería construirnos una a nuestro gusto.

Al viejo Kipps le agradaron aquellas palabras.

—Pensamos que quizá... —dijo Ann.

—Naturalmente, es una especulación —interrumpió el viejo examinando el plano a una distancia de medio metro o más y frunciendo el ceño—. Nunca hubiera creído que queríais vivir en una casa de este tipo. Es la vivienda que elegiría el gerente de un Banco, pero no un caballero, Artie.

—Es sencilla, desde luego —dijo Kipps de pie junto a su tío, contemplando el plano que ahora le pareció menos grandioso que la primera vez que lo mostró el arquitecto.

—No debéis haceros una casa demasiado sencilla.

—Si es cómoda... —comenzó Ann.

El viejo Kipps la miró por encima de las gafas.

—En este mundo, hija mía, si quieres vivir de acuerdo con tu posición tendrás que olvidarte de la comodidad.

Y de aquel modo expresó en inglés contemporáneo la frase antigua de *noblesse oblige*.

—Ésta es la casa de un comerciante retirado o de un abogado del tres al cuarto. Pero vosotros...

—Ése no es el único proyecto —interrumpió Kipps, mostrándole el segundo.

Fue el tercero el que logró la aprobación de su tío.

—¡Eso es una casa, muchacho! —dijo al echarle la primera mirada.

Ann se colocó detrás de su marido mientras el viejo se extendía sobre la conveniencia de la casa más grande.

—Es necesario que mandéis hacer una sala de billar —indicó—. No veo que esté aquí incluida. Lo demás está bastante bien. A muchos de los oficiales les gustaría jugar una partida de billar...

—Esa casa tiene once dormitorios —dijo Ann—. ¿No le parecen demasiados, tío?

—Los necesitaréis. Según vayáis subiendo en sociedad, tendréis huéspedes. Amigos de tu marido... Hay que tenerlo todo previsto. También necesitaréis un gran jardín.

—Con un gran jardín habrá que tomar un jardinero —dijo Ann.

—Si no lo tenéis —contestó el viejo Kipps armándose de paciencia—, ¿cómo vais a evitar que todos los chiquillos y vagabundos que pasen por las calles miren por la ventana del salón?

—No estamos acostumbrados a tener un gran jardín —insistió Ann con terquedad—. Estamos muy contentos sin él. Estamos acostumbrados a no tenerlo.

—No se trata de lo a que estáis acostumbrados, sino de lo que *ahora*, conviene a vuestra posición.

Y con eso Ann quedó fuera de la discusión.

—«Despacho y biblioteca» —siguió leyendo el viejo Kipps—. Eso está bien. El otro día vi un «Tántalo» en Brookland que resultaría muy apropiado para la biblioteca de un caballero. Intentaré conseguirlo al menor precio posible...

Cuando llegó la hora de ir a tomar el autobús de vuelta para Nueva Romney, el viejo Kipps estaba entusiasmado con la idea de que su sobrino edificara por su cuenta, y era evidente que el mayor de los tres proyectos era su favorito y el que en su opinión debía llevarse a cabo.

Pero Ann no había vuelto a abrir la boca sobre aquel asunto.

Cuando Kipps volvió de acompañar a su tío, encontró a Ann sentada junto a la mesa, contemplando con enojo los tres proyectos.

—El tío tenía muy buen aspecto —dijo Kipps volviendo a situarse junto a la chimenea—. Subió las escaleras con la ligereza de un pájaro.

Ann continuó mirando los planos.

—¿No te gustan los planos? —Se aventuró Kipps a preguntar.

—No, no me gustan, Artie.

—A estas alturas tenemos que construir algo...

—Pero... ¡pero esto es demasiado, Artie!

—Sí... son grandes.

Kipps lanzó una rápida mirada a los dibujos y se dirigió a la ventana.

—Fíjate en esa cantidad de habitaciones. Tres criadas se perderían en esta casa, Artie.

—Es necesario que tengamos criadas —dijo Kipps.

Ann contempló con melancolía el trazado de su futura residencia.

—Tenemos que mantener nuestra posición por encima de todo —continuó Kipps volviéndose a ella—. Tienes que comprender, Ann, que ocupamos cierta posición social y que yo no puedo permitir que seas tú quien friegue los suelos. Tienes que contar con criadas. No querrás avergonzarme...

Ann abrió la boca como para hablar, pero guardó silencio.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Kipps.

—Nada —repuso Ann—. Sólo que yo quería una casita pequeña, Artie. Quería una casita pequeña y manejable para nosotros dos solos.

Los ojos de Kipps comenzaron a reflejar obstinación.

—No consentiré que nadie me mire por encima del hombro —declaró—. Y no me refiero únicamente al tío.

Ann le miró interrogante.

—No consentiré que ese Walshingham, por ejemplo, se burle de mí y se dé aires como dando a entender que no sabemos vivir como corresponde a nuestra situación. Ayer le encontré en la calle... Ni Coote tampoco. Yo sigo siendo el mismo. Seguimos siendo los mismos... a pesar de todo lo ocurrido.

Silencio y crujir de papeles. Kipps levantó la vista y vio que los ojos de Ann estaban llenos de lágrimas. Durante unos instantes los dos se contemplaron sin hablar.

—Sí, construiremos la casa más grande —dijo Ann con un sollozo—. No había pensado en eso, Artie.

Su mirada era firme y decidida y se esforzó por contener su emoción.

—Construiremos la casa grande. Nadie podrá decir que yo te arrastré hacia abajo... nadie. Yo creí... Siempre he tenido miedo de eso...

Kipps contempló el plano una vez más. El proyecto de la mayor de las casas le pareció de pronto magnífico.

—No, Artie. Nadie podrá decirlo —repitió Ann. Intentó reconciliarse ella también con el proyecto...

Después de todo, pensó Kipps al mirarla, quizá fuese más conveniente construir el segundo proyecto... Pero ya había ido tan lejos que no supo cómo decirlo.

Y de aquel modo los planos fueron a manos de los constructores y Kipps se comprometió a pagar dos mil quinientas libras por la edificación. Pero, naturalmente, podía hacerlo, porque contaba con una renta de mil doscientas libras al año.

8

Es extraordinario el número de dificultades con que uno tropieza al construir una casa.

—Oye, Ann —dijo Kipps un día—. Tendremos que dar nombre a la casa. Yo había pensado en «La Cabaña». Pero no estoy muy seguro de que sea adecuado. Todas las casas de los pescadores se llaman cabañas.

—¡A mí me gusta! —repuso Ann.

—Pero tiene once dormitorios y no sé cómo vamos a poder llamar cabaña a un sitio con once dormitorios. En realidad es más bien una Villa. Casi una Mansión. Al menos una Casa.

—Bueno —dijo Ann—, pues llámala Villa...

Kipps se sumió en meditaciones.

—¿Qué te parece «Villa Eureka»? —preguntó levantando la voz.

—¿Qué es Eureka?

—Es un nombre. Había una Sastrería Eureka. Y ahora que lo pienso, se pueden sacar muchos nombres de las tiendas. Recuerdo que había otra llamada Mariposa... ¡Pero no! Es mejor Eureka.

—Me parece un poco tonto ponerle un nombre que no significa nada —dijo Ann después de reflexionar.

—Quizás tengas razón. Aunque es lo que hace la mayoría de la gente.

De nuevo se puso a reflexionar.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿Eureka?

—¡No! En Hastings había una casa muy grande enfrente de la escuela que se llamaba Santa Ana. Eso...

—No —interrumpió Mrs. Kipps con resolución—. Te lo agradezco mucho, pero no consentiré que los chicos del barrio se burlen de mí...

Consultaron a Carshot, que después de unos días de reflexión sugirió «Villa Waddy», en recuerdo del abuelo de Kipps; al viejo Kipps, que se inclinaba por «Mansión de Upton», homónimo de la casa donde, tiempo atrás, había prestado servicios como mayordomo; a Buggins, que les aconsejó titularla simplemente «Número Uno» si no había otra casa cerca, o algo patriótico, como «Villa Imperio»; y a Pearce, a quien le gustaba «Sandringham». Pero a pesar de todos estos consejos, continuaban indecisos cuando entre violentas perturbaciones del espíritu y después de dar los pasos más complejos y dificultosos, Kipps se convirtió en el poco entusiasta propietario de media hectárea y presencié cómo comenzaban a abrir zanjas en el sitio que algún día sería su hogar.

CAPÍTULO II

LAS VISITAS

1

Los Kipps, sentados a la mesa entre los vestigios de una tarta de ruibarbo, comentaban el contenido de dos postales que les había traído el correo de la una. En aquel momento, cosa extraña, brillaba el sol. Era un día húmedo, del mes de marzo. Kipps estaba vestido con traje color castaño y corbata verde, y Ann tenía puesta una de esas túnicas sueltas que generalmente van unidas a sandalias griegas e ideas avanzadas. Pero Ann no tenía sandalias griegas ni tampoco ideas avanzadas y había adquirido la túnica, recientemente, siguiendo el consejo de la esposa de Sid.

—Es artística —había dicho Kipps cediendo al capricho de las mujeres.

—Es cómoda —había dicho Ann.

La habitación tenía una puerta de cristales que daba a un pequeño jardín. Desde allí se veía el puerto de Hythe, y el mar, de un color gris verdoso, se agitaba sin cesar en el horizonte.

El mobiliario del matrimonio, a excepción de varias litografías elegidas por Kipps que daban una nota de personalidad a las paredes, había sido escogido por un profesional y su estilo era de una elegancia mediocre. Había un aparador de roble que tenía un solo defecto... recordar a Kipps el arte del tallado en madera. El panel, hecho de espejo, reflejaba ahora la parte posterior de su cabeza. Sobre él había dos libros de la Biblioteca Pública y cada uno de ellos tenía entre las páginas un trozo de papel blanco para servir de señal. Pero ninguno de los dos jóvenes hubiera podido decir el título de uno de aquellos libros y mucho menos el nombre del autor. Encima de la chimenea había varios tarros de diversos colores, cada uno de ellos reflejado en el espejo, y en una pequeña

vitrina se veía un par de jarras japonesas hechas en Birmingham (regalo de boda de Sid Pornick y señora) y varios abanicos chinos. Había también una alfombra turca de gran riqueza. Además de estos objetos la habitación contenía dos relojes de pared cuyo extremado aire de decrepitud atraía siempre a los aficionados a las antigüedades; un globo terrestre y otro celeste, este último también bastante deteriorado; un gran número de libros polvorientos y una lechuga disecada a la que faltaba un ojo, todo lo cual había sido adquirido gracias a los esfuerzos del viejo Kipps. El servicio de mesa era bastante parecido al de *Mrs. Bindon Botting*, aunque más costoso, y además había también copas de diferentes tamaños, aunque los Kipps nunca bebían vino...

Kipps se volvió de nuevo a la más legible de las dos postales.

—«Imposible verte hoy». ¡Me gusta su frescura! ¡Después de que todo me lo debe a mí!

—Creo que te trata con demasiada libertad —dijo Ann.

Kipps expresó su opinión sobre el joven Walshingham.

—Se está pasando de la raya —dijo—. Empiezo a desear que ella me hubiera demandado por rompimiento de promesa. Desde que él me dijo que su hermana no pensaba hacerlo, parece darme a entender que no tengo derecho alguno a gastar mi propio dinero.

—Nunca le gustó que construyeras la casa.

—¿Y qué demonio tiene eso que ver con él? —exclamó Kipps furioso—. ¡Un superhombre...! Pues si intenta asumir conmigo esa actitud, tendrá que oír algo que no va a gustarle ni poco ni mucho.

Después de aquella explosión, Kipps cogió la otra tarjeta.

—No consigo descifrar ni una palabra. Lo único que está claro es la firma de Chitterlow.

Se acercó la cartulina a los ojos y la sometió a un profundo escrutinio.

—Es como si la hubiera escrito alguien en pleno ataque epiléptico. Esta palabra podría ser «que» y esta segunda «precio». Lo demás resulta imposible de leer. Supongo que será para decirme que habrá dado algún paso para estrenar su obra, Ann.

—Supongo que sí.

Kipps volvió a concentrarse.

—Es inútil —dijo al fin—. No puedo descifrar el resto.

En total, un correo bastante desagradable. Dejó la carpeta sobre

la mesa, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta de cristales, donde Ann se unió a él después de intentar sacar algo en limpio de los jeroglíficos de Chitterlow.

—¿Qué podría hacer yo esta tarde? —dijo Kipps con las manos metidas en el bolsillo.

—Puedes dar un paseo —sugirió Ann.

—Ya fui a dar un paseo esta mañana... Pero supongo que tendré que ir a dar otro —añadió después de una pausa.

Durante unos minutos contemplaron el incesante movimiento del mar.

—Me gustaría saber por qué motivo no quiere verme —dijo Kipps volviendo al problema del joven Walshingham—. Eso de que está muy ocupado es una excusa.

Ann no pudo ofrecerle ninguna solución.

—¡Ya está lloviendo otra vez! —exclamó Kipps cuando las primeras gotas cayeron sobre los cristales—. Bueno, supongo que hay que hacer algo... Mira, Ann; me iré dando un paseo bajo la lluvia, pasaré por Newington y echaré un vistazo a las obras de la casa. Puedes darle permiso a Gwendolen para que salga antes de que yo vuelva, y si sigue lloviendo puede acercarse a ver a su hermana. Luego tomaremos el té y nosotros mismos tostaremos el pan... ¿Quieres?

—Sí. Yo encontraré algo que hacer en casa —asintió Ann—. Llévate el impermeable. Si no, cogerás frío.

—De acuerdo —dijo Kipps; y se fue a pedir a Gwendolen su impermeable y el otro par de botas.

2

Todo conspiró para desmoralizar a Kipps aquella tarde.

Cuando salió de casa, el suelo estaba tan calado que abandonó el proyecto de dirigirse a Newington y se volvió en dirección Este hacia Folkestone. El viento agitaba su impermeable y gruesos goterones le golpeaban las mejillas. Pero de pronto cesó la lluvia y el viento, y antes de que hubiera acabado de recorrer la calle mayor

de Sandgate, hacía un magnífico día de primavera. ¡Y el pobre Kipps, con su impermeable y sus botas de lluvia estaba haciendo el ridículo!

La inercia le llevó a recorrer otro kilómetro, hasta el puerto, y allí los elementos y la obra del hombre se conjuraron para representar la comedia de que no había caído, hacía meses, una gota de lluvia. No había ni una nube en el cielo, y exceptuando algún que otro charco ocasional el asfalto estaba completamente seco. Un hombre con uno de esos abrigos que parecen hechos de tela corriente pero que están impermeabilizados, pasó junto a Kipps y le miró de arriba abajo.

Kipps lanzó una exclamación de fastidio. Su impermeable se le enredaba en las piernas y sus botas crujían.

—¿Por qué no hago nunca nada a derechas? —preguntó Kipps a un universo implacable.

Por su lado pasaban señoras distinguidas, gente elegante llevando en la mano un paraguas, niños rubios y bien cuidados. Naturalmente, lo apropiado para un día como aquél era un abrigo ligero y un paraguas.

A cualquiera se le hubiera ocurrido. Kipps tenía ambas cosas en casa, pero ¿cómo iba a explicárselo a todo el mundo? Decidió dar la vuelta junto al monumento de Harvey y escapar por los Jardines Clifton hacia el campo. Y en ese momento se encontró con Coote.

A aquellas alturas Kipps ya se sentía el más abyecto de los proscritos sociales y Coote acabó de darle el golpe de gracia. Pasaron el uno junto al otro, en direcciones opuestas, a un metro de distancia. Cuando Kipps vio a su antiguo mentor, sus piernas titubearon sin saber qué dirección tomar. Por su parte, Coote se sobresaltó visiblemente al reconocerle. Después, una especie de *rigor vitae* pasó por sus facciones, sacó la mandíbula y por debajo de su piel pareció que se movían errantes burbujas de aire (y digo «pareció» porque, naturalmente. Coote contaba, como todos los demás mortales, con tejidos que impedían que aquello se viera). Sus ojos se fijaron en el horizonte y al pasar junto a Kipps, éste oyó perfectamente su respiración rítmica y decidida. Pasó de largo, y Kipps sintió como si le hundieran en un universo poblado únicamente por gatos muertos, cubos de basura y otros desperdicios. ¡La sociedad renegaba de él!

Y por un inexorable decreto de la Providencia, casi inmediatamente lo que quedaba de Kipps tuvo que pasar junto a una larga fila de colegialas que le sometieron a un irónico escrutinio.

Kipps recobró el conocimiento, por así decirlo, en la carretera que une la estación de Shorncliffe con Cheriton, aunque todavía no ha conseguido recordar cómo llegó hasta allí. Sus ideas estaban relacionadas con la novela que había terminado de leer la noche antes y en ellas influía la sensación de ser un paria, que le habían producido los últimos encuentros. La novela estaba en su casa, encima del aparador. Su contenido era social y político (no hay necesidad de revelar su título, ni el nombre del autor) y había sido escrita en tales términos que el cerebro de Kipps no tuvo posibilidad alguna de resistirse a su influjo. Había derribado todo el edificio de sus ideales, sus sueños de una existencia feliz y sencilla, había reducido a polvo su propósito de no tener en cuenta lo que pudiera decir la gente; había vuelto a rehabilitar en él el único concepto adecuado de la vida social británica. Uno de los personajes del libro era un joven adicto a literatura francesa, que vestía de un modo excesivamente individualista, que era continuo motivo de disgusto para su madre ya de cabellos canos, que se portó mal con una joven de la sociedad con quien le habían hecho comprometerse y que se casó con alguien que estaba muy por debajo de él socialmente. Aquello fue verdaderamente lo que acabó por hundirle...

Kipps no pudo evitar aplicar todo ello a su propio caso. Se imaginó lo que todo el mundo pensaría de él y el castigo que tendría que pagar por sus acciones. Y de ahí pasó a recordar la expresión helada del rostro de Coote.

¡Se lo tenía merecido!

Fue aquél un día de remordimientos. Más tarde se dirigió al lugar donde su casa empezaba a ser construida y contempló el desorden reinante, en un estado de ánimo rayano en la desesperación.

Había muy pocos hombres trabajando (sin duda los obreros desahogaban de aquel modo su rencor hacia él), y todo el lugar tenía un aspecto deprimente en gran manera. El letrado de «Wilkins, constructores. Hythe» parecía perdido entre aquel maremágnum de instrumentos, maderas, arena y ladrillos. Los cimientos eran

trincheras llenas de cemento húmedo que iba secándose a trozos; las habitaciones estaban marcadas como cuadrados y rectángulos de hierba verde. Resultaban muy pequeñas... demasiado pequeñas. ¿Qué otra cosa podría esperarse? Naturalmente los constructores le estaban robando, haciendo la casa demasiado pequeña, edificando mal y usando malos materiales. Ya se lo había advertido su tío. Los constructores se estaban aprovechando de él, el joven Walshingham se estaba aprovechando de él. ¡Todo el mundo se estaba aprovechando de él! Se aprovechaban de él y se reían de él, porque no le respetaban, y no le respetaban porque no sabía hacer las cosas como era debido. ¿Quién iba a respetarle?

Era un paria, no tenía puesto en la sociedad de la raza humana. Se le había ofrecido una oportunidad y él había dado la espalda. Se había «portado mal», ésta era la palabra...

En aquel lugar iba a levantarse una casa, una casa por la que tendría que pagar un dineral, una casa demasiado grande para Ann y para él, una casa con once dormitorios para la que necesitarían cuatro criadas que se burlarían de ellos continuamente.

¿Por qué pasos habían llegado hasta allí?

¡Éste era el fin de su buena suerte! ¡Qué oportunidad había perdido! Si hubiera llevado a cabo sus primeros propósitos, ¡cuánto mejor sería todo! Si hubiera contratado una especie de tutor, como fue su idea original, habría aprendido a hacer las cosas bien. Un tutor para caballeros que por causas ajenas a ellos necesitaban instruirse. Si hubiera leído más y hubiera hecho caso a Coote...

¡A Coote, que acababa de negarle el saludo!

¡Once dormitorios! ¿En qué había estado pensando? Nadie vendría a verle, nadie querría tener nada que ver con ellos. Hasta su tía se avergonzaba de él y su tío le trataba con superioridad ¡No tenía un solo amigo verdadero en el mundo! Buggins, Carshot y Pearce eran unos pobres empleados y los Pornick un grupo de socialistas. De pie entre los cimientos de su casa, se sintió como un hombre solitario rodeado de ruinas; allí permaneció, abatido, y se repitió una y otra vez que no era sino un pobre hombre equivocado. Se vio a sí mismo y a Ann, viviendo sus vidas vergonzosas en aquella absurda mansión; todo el mundo se reiría secretamente de ellos y de sus once dormitorios y nadie vendría a verles nunca. ¡Y en cuanto a Ann...!

¿Qué le pasaba a Ann? Últimamente había dejado de dar paseos, se mostraba caprichosa y fácil al llanto y no tenía ganas de comer. Precisamente cuando debía comportarse con más serenidad. Todo era parte del castigo que caía sobre él por sus errores; parte de los castigos sociales que aquella novela le hizo imaginar.

3

Abrió la puerta de la casa con su llavín, se dirigió al comedor y sacó los planos con la vana esperanza de descubrir que no había más que diez dormitorios. Pero fue inútil. El número seguía siendo once. Entonces advirtió que Ann estaba junto a él.

—¡Mira, Artie! —le dijo.

El joven levantó la vista, advirtió que su esposa sostenía en la mano varias cartulinas blancas y levantó las cejas en señal de muda interrogación.

—Hemos tenido visita —dijo Ann.

Kipps dejó a un lado los planos, cogió las tarjetas y las leyó en silencio, con cierta solemnidad. ¡Visitas! Entonces quizás, después de todo, no estaba solo en el mundo. *Mrs. G. Porrett Smith*, *Miss Porret Smith*, *Miss Mabel Porret Smith*, y una tarjeta más pequeña con el nombre del reverendo G. Porret Smith.

—¡Jesús! —exclamó—. ¡Un reverendo!

—Vinieron una señora y dos señoritas, las tres elegantemente vestidas —dijo Ann.

—¿Y él?

—No había ningún «él».

—¿No...? —preguntó Kipps, alargando a su mujer la más pequeña de las tarjetas.

—No. Vinieron una señora y dos señoritas.

—Pero, entonces, ¿por qué dejaron la tarjeta con el nombre del reverendo G. Smith? ¿Para qué la dejaron, si no venía con ellas?

—Pues no venía con ellas.

—¿Estás segura de que no estaba oculto detrás de las señoras?

—Yo no vi a ningún hombre con ellas —repitió Ann.

—¡Qué extraño! —dijo Kipps. Pero entonces recordó una ocasión medio olvidada—. Ya sé lo que ha ocurrido —añadió agitando la tarjeta del reverendo—.

Les ha dado esquinazo. Eso es lo que ha hecho. Se escaparía mientras llamaban a la puerta. —Mientras hablaba, experimentaba cierta satisfacción por haber estado ausente—. ¿Y de qué hablaron, Ann?

Hubo una pausa.

—No les dejé entrar —dijo Ann.

Kipps levantó la vista y advirtió entonces por primera vez que a Ann le sucedía algo extraño. Sus mejillas estaban teñidas y parecía a punto de llorar.

—¿Que no les dejaste entrar?

—¡No! No entraron en casa.

El más profundo asombro hizo enmudecer a Kipps.

—Yo misma abrí la puerta —explicó Ann—. Había estado arriba sacando brillo al suelo. ¿Cómo iba a pensar que vendrían visitas, Artie? En todo el tiempo que llevamos aquí no ha venido nadie a visitarnos. Había mandado a Gwendolen a dar un paseo y tomar un poco el aire y yo estaba arriba sacando brillo al suelo para tenerlo terminado antes de que volviera. Pensé terminar con el suelo y preparar el té para tomarlo contigo. ¿Cómo iba a pensar que vendrían visitas?

Hizo una pausa.

—Bueno —dijo Kipps—. ¿Y qué pasó entonces?

—Entonces llamaron a la puerta. ¿Cómo iba yo a saber quién era? Creí que sería un vendedor ambulante, o alguien por el estilo. No me quité el delantal, ni me lavé las manos. Abrí la puerta y me encontré con ellas.

Se detuvo de nuevo, porque estaba llegando a la parte difícil de explicar.

—¿Y qué dijeron? —preguntó Kipps.

—Ella me dijo: «¿Está *Mrs.* Kipps?». ¿Comprendes? Me preguntó a mí si estaba *Mrs.* Kipps.

—Sí...

—Y yo estaba toda llena de pintura y sin nada en la cabeza. No podía ser ni la señora, ni la criada. Me sentí tan avergonzada que deseé que el suelo me tragara. De verdad. Lo único que se me

ocurrió fue decir: «No está en casa», por la fuerza de la costumbre, mientras extendía la bandeja. Y ellas me dieron las tarjetas y se fueron. No sé cómo voy a poder volver a mirar a esa señora a la cara. ¡Y eso es todo, Artie! Me miraron de arriba abajo y yo cerré la puerta.

—¡Santo Dios! —exclamó Kipps.

Ann se dirigió a la chimenea y atizó el fuego con mano temblorosa.

—Ni por cinco libras hubiera deseado que sucediera una cosa así, Ann —dijo Kipps—. ¡La familia de un reverendo!

Ann dejó caer las tenazas con estrépito en su sitio, se puso en pie y contempló en el espejo su cara arrebolada. La desilusión de Kipps iba en aumento por minutos.

—Debiste tener más juicio, Ann; debiste pensar las cosas...

Permaneció sentado con las tarjetas en la mano, consciente de que el desastre se cernía sobre él. La mesa estaba preparada, el pan tostado, la tetera caliente y el agua hirviendo encima del fuego..

Ann contempló un momento a su marido y después se dispuso a servir el té.

—¡Uf! —exclamó Kipps, incapaz de expresar la totalidad de sus emociones.

—Es inútil empezar a darle vueltas ahora que no tiene remedio —dijo Ann.

—¿Tú crees? ¡Pues yo no! Esta gente, buena gente, viene a visitarnos y se encuentra con que tú le das una bofetada moral...

—Yo no les di una bofetada moral.

—Sí que se la diste. Les diste con la puerta en las narices y ya no volveremos a verles. ¡Ni por un billete de diez libras hubiera querido que sucediera esto!

Durante unos minutos ninguno de los dos habló, y el único sonido fue el causado por lo movimientos de Ann al preparar el té.

—Toma, Artie —dijo ofreciendo una taza a su marido.

Kipps cogió la taza.

—Ya tiene azúcar —advirtió Ann.

—Oh, maldita sea, ¿qué importa eso? —contestó Kipps cogiendo un nuevo terrón con dedos temblorosos y dejando la taza con excesiva fuerza sobre el aparador—. ¿Qué importa eso? ¡Ni por veinte libras hubiera querido que ocurriera una cosa así! —añadió

volviendo al tema que le obsesionaba.

Durante uno o dos minutos permaneció silencioso. Y entonces Ann pronunció las palabras fatales que le hicieron estallar.

—¡Artie! —dijo.

—¿Qué?

—Ahí al lado tienes tostadas con mantequilla.

Hubo una pausa durante la cual marido y mujer se contemplaron mutuamente.

—¡Tostadas con mantequilla! —repitió Kipps—. ¡Me pones a mal con la gente y luego intentas hacer que lo olvide llenándome de tostadas con mantequilla! ¡Tostadas con mantequilla! Ésta era la primera oportunidad que teníamos de alternar con gente de nuestra posición... Mira, Ann, tienes que devolverles la visita.

—¿Devolverles la visita?

—Sí, devolverles la visita. ¡Eso es lo que tienes que hacer! Lo sé... —se interrumpió y señaló con el dedo la variada colección de libros que había en un rincón—. Lo dice *Modales y reglas de la buena sociedad*. Tienes que enterarte de cuántas tarjetas hay que dejar y después irás a dejarlas. ¿Comprendes?

La cara de Ann expresó profundo terror.

—¡Pero, Artie! ¿Cómo puedo hacer tal cosa?

—¿Que cómo puedes? No lo sé, pero tienes que hacerlo. No te conocerán si te pones el sombrero de Bond Street. Y si te reconocen, tampoco te dirán nada. —Su voz se hizo implorante—. Tienes que hacerlo, Ann.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo.

—No puedo hacerlo y no lo haré. Estoy dispuesta a hacer todo lo que me pidas, si es razonable. Pero no puedo volver a presentarme delante de esa gente después de lo que ha pasado.

—¿No quieres hacerlo?

—¡No!

—¡De modo que tenemos que despedirnos de ellos!

No volveremos a verles más. ¡Y así será siempre! ¡No conocemos a nadie y nunca conoceremos a nadie! Y tú no quieres poner nada de tu parte, ni aprender a hacer las cosas como es debido.

Hubo una terrible pausa.

—¡La verdad es que nunca debí casarme contigo, Artie!

—Mira, Ann, no salgas ahora con ésas.

—No debí casarme contigo, Artie. No estoy a la altura de tu posición. Si no me hubieras dicho que ibas a tirarte al mar...

Se interrumpió ahogada por unos irreprimibles sollozos.

—No sé por qué no haces un esfuerzo por aprender, Ann... Yo he aprendido. ¿Por qué no ibas a aprender tú? Pero en lugar de intentarlo, se te ocurre mandar a la criada a dar un paseo y ponerte a sacar brillo al suelo cuando vienen las visitas...

—¿Cómo iba yo a saber que iban a venir tus importantes visitas? —exclamó Ann poniéndose en pie y saliendo de la habitación, sin tocar el té con tostadas que se había prometido tomar tan agradablemente en compañía de su marido.

Kipps quedó sumido en momentánea consternación. Pero pronto volvió a endurecerse.

—¡Qué manera de portarse...! —exclamó indignado para sí.

Durante largo rato siguió murmurando frases entrecortadas y repitiendo con desdén las palabras de Ann: «¡No puedo hacerlo y no lo haré!» y considerándola mentalmente el origen de todas sus desdichas.

De pronto se inclinó y levantó la tapadera de porcelana que cubría una fuente redonda.

—¡Al demonio las tostadas con mantequilla! —gritó al verlas. Y volvió a taparlas con todas sus fuerzas...

Cuando Gwendolen volvió, comprendió que las cosas no estaban como debieran. Sentado junto al fuego, Kipps leía un volumen de la «Enciclopedia británica» elegido al azar, y Ann estaba en el piso de arriba, de donde bajó más tarde con los ojos hinchados. Delante del fuego y todavía en perfectas condiciones, se hallaba una fuente de tostadas, cubiertas con una tapadera de porcelana rota en mil pedazos.

«Han debido pelearse —se dijo Gwendolen atendiendo a sus deberes en la cocina, con el sombrero todavía puesto y la boca llena—. Me parece que los dos están un poco chiflados...», decidió sirviéndose otra tostada de las que Ann había cubierto generosamente con mantequilla.

Los Kipps no volvieron a dirigirse la palabra aquel día. La cuestión de las tarjetas y de las tostadas era para ellos algo tan serio como las diferencias raciales de la Humanidad. Los dos vibraban de indignación. En las primeras horas de la madrugada, Kipps permanecía despierto sintiéndose el más desgraciado de los hombres y a punto estuvo de echarse a llorar. Se dijo que la vida era desoladora y que carecía de sentido y pensó en su absurda casa, en su exilio social, en su mal comportamiento con Helen, en su poco conveniente matrimonio con Ann...

Advirtió entonces que la respiración de su esposa era irregular... Escuchó. ¡Ann estaba despierta y sollozaba!

El joven se esforzó por no enternecerse. Endureció el corazón y pronto Ann quedó inmóvil.

5

¡Éstas son las tragedias, minúsculas y sin sentido, de tales vidas!

Cuando pienso en ellos y los imagino sufriendo en medio de la oscuridad, mi visión penetra las tinieblas, sobre ellos se inclina un monstruo de las mismas proporciones que los dinosaurios del Palacio de Cristal. Un monstruo parecido a Coote, un monstruo de orgullo, de indolencia, de todo lo que es oscuro y destructivo en la vida. Es la materia y las tinieblas, es la antialma, es la fuerza más poderosa de nuestro país, la Estupidez. Mi matrimonio Kipps vive a su sombra. Sharford y su sistema de aprendizaje, la Academia de Hastings, las ideas de Coote, las ideas de los viejos Kipps, todas las ideas que han hecho a Kipps como es, son parte de esas sombras. De no ser por la existencia de aquel monstruo, no se moverían entre falsas ideas, para herirse mutuamente de aquel modo; de no ser por él, la promesa de su infancia y su juventud hubiera dado un fruto mejor; en ellos hubiera despertado la facultad de pensar para hacerlo al mismo ritmo que el mundo, y el sol de la literatura hubiera bañado a sus almas; sus vidas no se hubieran sentido incompatibles como en este momento y no estarían privados de la comprensión, de la visión del Grial que embellece la vida. Yo me he

reído y me río de estas dos personas; y he querido hacerte reír a ti, lector... Pero a través de la oscuridad veo las almas de los Kipps tal como son, como temblorosa materia latente, como cuerpos de niños desnutridos, enfermos e ignorantes... Niños que sienten dolor, se equivocan y sufren y no comprenden por qué.

CAPÍTULO III

EL FINAL

1

A la mañana siguiente llegó un extraño telegrama de Folkestone. «Ruego acudas inmediatamente Urgente. *Walshingham*». Y Kipps, después de un desayuno agitado, pero siempre generoso, salió precipitadamente.

Cuando volvió, estaba muy pálido y traía el traje en desorden. Abrió la puerta con el llavín y entró en el comedor, donde Ann se hallaba cosiendo. La joven oyó que su marido dejaba caer el sombrero al suelo y no se molestaba en recogerlo.

—Tengo algo que decirte, Ann —anunció Kipps, olvidado al parecer de sus diferencias del día anterior. Se acercó a la chimenea se apoyó en ésta y contempló a Ann como si la viera por primera vez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ann sin dejar de coser.

—¡Se ha ido!

Ann levantó la mirada y abandonó su trabajo.

—¿Quién se ha ido? —preguntó, advirtiendo por primera vez la palidez de Kipps.

—Walshingham. He estado con ella y ella me lo ha dicho.

—¿Que se ha ido? ¿Qué quieres decir?

—¡Que se ha escapado!

—¿Para qué?

—Para hacer una cura de salud —dijo Kipps con repentino sarcasmo—. Ha estado especulando. Ha especulado con nuestro dinero y con el de su madre y su hermana y ahora se ha escapado. Eso es todo, Ann.

—¿Quieres decir que...?

—¡Quiero decir que ha volado y que nuestras veinticuatro mil

libras han volado también! ¡Y aquí estamos! ¡Arruinados! ¡Eso es lo que ocurre, Ann! —jadeó.

Ann no encontró las palabras adecuadas para la ocasión.

—¡Dios mío! —exclamó por todo comentario.

Kipps dio unos pasos por la habitación y hundió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Ha especulado con todo el dinero, con el último penique. Y lo ha perdido todo.

Hasta sus labios habían perdido el color.

—¿Quieres decir que no nos queda nada, Artie?

—¡Ni un penique! Ni un simple penique, Ann. Nada. —Kipps sintió que le dominaba la ira y amenazó al aire con el puño cerrado—. ¡Si le tuviera al alcance de la mano, le... le... le retorcería el cuello! Le... le... —Levantó la voz hasta convertirla casi en un grito, pero afortunadamente recordó la presencia de Gwendolen en la cocina y a duras penas consiguió calmarse.

—Pero, Artie —dijo Ann esforzándose por comprender el alcance de aquello—, ¿quieres decir que se ha llevado nuestro dinero?

—Ha escapado con él —contestó Kipps haciendo un gesto con el que intentaba explicar muchas cosas y que no explicaba nada—. Por lo visto se había dedicado a comprar cosas caras y venderlas baratas y a hacer el idiota con todo el dinero que tenía a su alcance. Eso es lo que ha hecho, Ann —repitió esta última frase varias veces, añadiendo una serie de adjetivos violentos.

—¿De modo que nos hemos quedado sin dinero, Artie?

—¡Demonio, Ann! ¿No te lo estoy diciendo? —estalló Kipps—. ¿No te lo he dicho varias veces? —Inmediatamente se arrepintió—. Perdóname, Ann, no he debido gritar de este modo, pero tengo los nervios deshechos y casi no sé lo que digo. Hasta el último penique...

—Pero, Artie...

Kipps lanzó una exclamación, se dirigió a la puerta de cristales y contempló un momento el mar iluminado por el sol.

—Lo que quiero decir —dijo volviendo junto a Ann con aire de exasperación— es que nos ha robado y se ha largado. Eso es lo que quiero decir, Ann.

Ann abandonó la labor sobre sus rodillas.

—Pero, ¿qué vamos a hacer, Artie?

Kipps indicó ignorancia, cólera y desesperación con un gesto de las manos. Cogió uno de los adornos que había sobre la chimenea y volvió a colocarlo en su sitio.

—¿Dices que la viste a ella? —preguntó Ann—. ¿Y qué te dijo exactamente?

—Me dijo que fuera a ver a un abogado, me dijo que consiguiera que alguien me ayudara en seguida. Ahí estaba, vestida de negro como de costumbre, hablando como si nada hubiera ocurrido... ¡Helen! Helen no tiene sentimientos. Me miró frente a frente y me dijo: «Ha sido culpa mía. Debí haberte advertido... pero teniendo en cuenta las circunstancias, era muy difícil». Fue tan franca que no pude decirle nada. No me di verdaderamente cuenta de la situación hasta que me acompañó a la puerta y aun entonces no se me ocurrió nada que decir. Más vale así. Habló como si estuviera haciendo una visita de cumplido y me dijo... ¿Qué fue lo que me dijo de su madre...? «Mi madre está abrumada de dolor, de modo que, naturalmente, todo cae sobre mí».

—¿Y te aconsejó que fueras a ver a un abogado?

—Sí. En seguida me fui a ver a Bean.

—¿Bean?

—Sí. El que estaba encargado al principio de mis asuntos.

—¿Y qué te dijo?

—Primero estuvo muy frío, pero acabó por suavizarse. No podía decirme nada hasta que no supiera los hechos. Pero yo conozco bastante a Walshingham para saber que los hechos no van a servirnos de nada. —Reflexionó unos instantes y añadió—: Es el derrumbamiento, Ann. Probablemente, además, nos habrá dejado llenos de deudas. Tenemos que salir del lío lo mejor que podamos... Tenemos que empezar de nuevo, aunque no tengo idea de cómo hacerlo. Mientras venía a casa he estado dando vueltas al asunto. Tenemos que ganarnos la vida de un modo o de otro, porque se ha acabado para siempre el tener tiempo libre, dinero para gastar y ninguna preocupación, Ann. Hemos sido unos ingenuos. Y ahora nos hemos cogido los dedos. ¡Oh, Dios santo...!

Entonces llegó hasta ellos un ruido desde el pasillo, el producido por los zapatos de la criada. Como si fuera parte integrante del destino, Gwendolen apareció dispuesta a poner la mesa para la

comida. Kipps dominó su cólera. Ann cogió de nuevo la labor y se inclinó sobre ella, y los Kipps consiguieron ocultar la desesperación que sentían mientras su sirvienta estaba en la habitación. La chica colocó el mantel y los cubiertos con lentitud e imprecisión, y Kipps, después de murmurar algo inaudible, se dirigió de nuevo a la ventana. Ann se levantó y guardó la labor.

—Cuando pienso en los viejos... —dijo Kipps en cuanto se hubo cerrado la puerta detrás de Gwendolen—, cuando pienso en los viejos y en que tendré que decírselo, me entran ganas de darme golpes con la cabeza contra la pared. Y Buggins... Buggins, a quien he prometido ayudar a poner una sastrería...

En aquel punto volvió Gwendolen, haciendo que renaciera la calma.

La comida estaba ante ellos. La criada, según su costumbre, dejó la puerta abierta y Kipps la cerró cuidadosamente antes de sentarse. Después contempló su plato sin tocarlo.

—Me siento incapaz de probar bocado —dijo.

—Tienes que comer, Artie...

Durante unos minutos los dos comieron con una especie de melancólico apetito, sumidos en profundas reflexiones.

—Después de todo —dijo de pronto Kipps—, no pueden ponernos en la calle hasta dentro de dos meses. De eso estoy seguro.

—¿Ponernos en la calle? —exclamó Ann.

—Estamos arruinados —dijo Kipps afectando un aire de naturalidad mientras se servía las patatas con manos temblorosas.

Se hizo un largo silencio. Ann dejó de comer y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Más patatas, Artie? —sollozó Ann.

—No podría —repuso Kipps—. No...

Apartó de sí el plato lleno, se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

—No sé qué vamos a hacer —dijo—. ¡Oh, Dios santo! —exclamó cogiendo un libro y tirándolo al suelo.

Entonces su mirada se posó en otra tarjeta de Chitterlow que había llegado en el correo de la mañana y que estaba sobre la chimenea. La cogió, paseó la vista por el mensaje, completamente ilegible, y volvió a dejarla en su sitio.

—¡Un retraso! —dijo con desdén—. No producido por los... ¿los

qué? ¿Cómo pretende que nadie le entienda? Dice no sé qué del Strand. ¡Nunca más podrá sacarme ni un chelín! ¡Estoy hundido para siempre!

Estas dramáticas palabras le produjeron cierto alivio momentáneo. Volvió a pasear de un lado para otro ante la chimenea y de pronto se sentó junto a Ann, apretó los puños y apoyó la barbilla sobre ellos.

—He sido un estúpido, Ann —repitió monótonamente—. He sido un estúpido y un idiota. Pero, aunque lo reconozco, esto es muy duro para nosotros. Muy duro.

—¿Cómo ibas tú a saberlo?

—En cierto modo lo sabía. Lo intuía. ¡Y aquí estamos! No me importaría tanto si estuviera yo solo, pero se trata de ti, Ann. ¡Estamos hundidos para siempre! Y tú... —se interrumpió a tiempo, para no agravar la situación—. Yo sabía que no se podía confiar en él y sin embargo le dejé el dinero. Y ahora tú pagarás las consecuencias... No sé lo que va a ser de nosotros.

Kipps levantó la barbilla y sus ojos brillaron coléricos.

—¿Cómo sabes que lo ha especulado todo? —preguntó Ann después de contemplarle un rato en silencio.

—Lo sé —repuso Kipps, irritado.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Ella no lo sabe, pero puedes estar segura de que es así. Me dijo que sabía que algo raro estaba pasando y cuando descubrió que se había marchado dejando una nota para ella, comprendió lo que se avecinaba. Walshingham se embarcó por la noche y fue Helen quien puso el telegrama.

Ann contempló a su marido con ojos llenos de ternura y perplejidad. Era la primera vez que le veía tan pálido y desesperado y acercó la mano a su brazo sin atreverse a tocarle. La pérdida que acaban de sufrir le parecía una cosa muy remota. Lo principal para ella eran los sentimientos de su marido.

—¿Cómo sabes que...? —Temerosa de irritarle, se interrumpió sin acabar la frase.

La imaginación de Kipps seguía dando vueltas y más vueltas a lo ocurrido.

—No puedo soportarlo, Ann, no puedo... Y tú...

—No sirve de nada pensar en ello.

—Yo sigo pensando y pensando y preguntándome qué vamos a hacer. —Kipps guardó silencio y por fin tomó una decisión—. No podría quedarme en casa esta tarde. Será mejor que me vaya a dar un paseo. No te serviré más que de estorbo, Ann, y estoy seguro de que si sigo aquí encerrado acabaría por dar gritos y tirarlo todo al suelo. No puedo tener las manos quietas. Seguiré pensando que pude haberlo evitado y seguiré insultándome por mi estupidez...

Calló al fin, entre avergonzado y suplicante. Tenía la sensación de que estaba proponiendo que le permitiese abandonarla en casa. Ann le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Haz lo que creas que es mejor para ti, Artie... —dijo—. Yo me dedicaré a la limpieza. Es inútil despedir a Gwendolen antes de que termine el mes, y los cuartos de arriba necesitan un repaso general. Será mejor que lo haga ahora que tengo quien me ayude —añadió con cierto humorismo.

—Sí, creo que me iré a dar un paseo —decidió Kipps.

Si así nuestro pobre Kipps salió de casa para desahogar toda su inmensa desesperación. La fuerza de la costumbre le encaminó al principio al lugar donde estaban edificando lo que iba a ser su futuro hogar, pero al advertirlo dio media vuelta y se puso a recorrer las verdes praderas hacia el lado de Postling: Pronto no fue más que una figurilla negra que se movía rápidamente en dirección a las colinas que nunca había pisado hasta entonces...

2

Volvió cuando ya había anochecido. Ann salió a recibirle al pasillo.

—¿Dónde has estado, Artie? —preguntó con voz en la que vibraba la ansiedad.

—He estado andando y andando, procurando cansarme y pensando todo el tiempo en lo que vamos a hacer. Intentando decidir algo concreto.

—No creí que tardaras tanto.

Kipps sintió de pronto que le invadía un gran remordimiento.

—No sé lo que vamos a hacer —repitió poco después.

—No puedes hacer mucho, Artie, hasta que hables con *Mr. Bean*.

—No, no puedo hacer nada. Eso es lo peor. Y mientras tanto siento que si no hago algo mi cabeza va a estallar... Mientras andaba, iba construyendo mentalmente anuncios por palabras ofreciéndome para trabajar en cualquier cosa. «Buen vendedor y almacenista..., escaparatista...». ¡Dios mío! ¡Tener que empezar de nuevo con todo eso...! Tú podrías irte a vivir algún tiempo con Sid..., y yo te mandaría todo el dinero que ganara. ¡Oh, no sé! ¡No sé!

Una vez acostados procuraron dormir. Pero fue inútil. De pronto Kipps dijo con voz ahogada:

—No tuve intención de asustarte viniendo tan tarde, Ann. Seguí andando sin darme cuenta de la hora, porque me hacía sentirme mejor. Llegué a lo alto de la colina más allá de Stanford y estuve allí sentado mucho tiempo. No hice más que mirar la puesta de sol...

—Probablemente la cosa no está tan mal como crees, Artie —dijo Ann después de un largo intervalo de silencio.

—Está muy mal.

—Probablemente mejor de lo que crees. Si nos quedara un poquito...

De nuevo callaron los dos.

—Ann —dijo la voz de Kipps en la oscuridad.

—¿Qué?

—Ann... —se interrumpió de nuevo, como si quisiera detener sus palabras—. He estado pensando... —dijo volviendo a empezar—. He estado pensando que me he enfadado contigo y me he portado como un idiota por tonterías, por ejemplo lo de las tarjetas, Ann —su voz se rompió en un sollozo—. Pero hemos sido felices, Ann...

Y entonces los dos se echaron a llorar.

Estaban estrechamente abrazados, tan unidos como no lo habían estado desde los primeros días de su matrimonio...

Y el desastre que se cernía sobre ellos no pudo impedir que al fin se durmieran rendidos, con sus pobres cabezas juntas sobre una de las almohadas. No podían hacer nada ni decidir nada. Fuera lo que fuera lo que el destino les reservaba, al menos se tenían el uno al

Kipps volvió de su segunda entrevista con *Mr.* Bean en un estado de profunda agitación. Abrió la puerta con el llavín y cerró tras él de un portazo.

—¡Ann! —gritó—. ¡Ann!

Ann contestó desde lejos algo inaudible.

—¡Tengo novedades que contarte! —gritó Kipps.

Ann apareció, con cierta aprensión, a la puerta de la cocina.

—¡Ann! —dijo Kipps entrando delante de ella en el comedor porque sus noticias eran demasiado importantes para comunicárselas en el pasillo—. Bean dice que probablemente nos quedarán... —decidió prolongar la incertidumbre de su esposa—. ¡Adivina!

—No puedo, Artie.

—¡Piensa en mucho dinero!

—¿Cien libras, quizá?

Kipps habló con extraordinaria énfasis.

—¡Más de mil libras!

Ann le miró sin decir nada y sus mejillas palidieron.

—Más de mil —repitió Kipps—. Probablemente más.

Cerró la puerta del comedor y dio precipitadamente un paso hacia delante, porque era evidente que Ann había perdido completamente el control de sí misma ante aquella mitigación de su desgracia. Se tambaleó y cayó en brazos de su marido.

—¡Artie! —dijo al fin sollozando y abrazándole.

—Es casi seguro —dijo Kipps—. ¡Mil libras!

—Ya te dije, Artie, que probablemente la cosa no estaría tan mal —dijo Ann llorando todavía encima de su hombro.

—Hay cosas que Walshingham no pudo tocar —explicó Kipps, pasando a explicar los detalles—. El terreno que compramos, por ejemplo. Está todo pagado y con lo que hay construido vale quizá quinientas o seiscientas libras, digamos trescientas, para ponernos

en lo peor. Bean dice que podemos venderlo y ganar todavía dinero. Dice que mucha gente vende casas a medio hacer. Después está Hughenden. Hughenden tiene una hipoteca por menos de la mitad de su valor. De allí podremos sacar unas cien libras y además nos queda el alquiler hasta el verano. Dice que probablemente habrá otras cosas. ¡Mil libras! Eso es lo que ha calculado. Pero me dijo que quizás hubiera más.

Los dos estaban ya sentados a la mesa.

—Esto lo cambia todo —dijo Ann.

—He estado pensando mientras volvía a casa, Ann. He venido en automóvil. Es la primera vez que monto en uno, desde hace muchos días. No necesitamos despedir a Gwendolen; por lo menos hasta después. No tendremos que marcharnos de aquí por el momento. Y podemos seguir ayudando a los viejos y a tu madre... Cuando venía me entraron ganas de dar gritos de alegría y estuve a punto de echar a correr para decírtelo antes.

—¡Oh, Artie, cuánto me alegro de poder seguir aquí y estar cómodos por lo menos ahora! —dijo Ann.

—Casi se lo conté al conductor del coche..., pero era demasiado taciturno. ¿Comprendes lo que esto significa, Ann? Podremos poner una tienda, podemos hacer cualquier otra cosa...

Durante largo rato los dos se abandonaron a transportes de alegría y después pasaron a dar forma a sus nuevos planes.

—Tenemos que poner una tienda —dijo Kipps, cuya imaginación había estado trabajando a un ritmo febril.

—¿De telas?

—Para eso hace falta mucho capital... Más de mil libras, si se quiere hacer bien.

—¿Una sastrería, entonces, como lo que pensaba Buggins?

Kipps tardó unos segundos en contestar y en seguida pasó a exponer lo que había pensado.

—Mira, Ann, se me ha ocurrido otra idea. Siempre he pensado que una pequeña librería... Aun antes de todo esto me hubiera gustado tener algo que hacer, en lugar de estar siempre desocupado.

—Tú no entiendes mucho de libros, ¿verdad, Artie? —reflexionó Ann.

—No hace falta entender —explicó él—. Cuando iba a la biblioteca de Folkestone, vi que allí las señoras reaccionan de un

modo muy distinto a como lo hacen en las tiendas de telas. En la de Sharford, si no teníamos lo que querían decían que no y se marchaban. Pero en una librería es distinto. Después de todo, los libros se parecen unos a otros y lo que la gente quiere es leer y entretenerse. No tiene importancia lo que se compra, como cuando se trata de telas y otras cosas. En las bibliotecas y librerías, el público se lleva lo que se le indica y además se siente agradecido. Acuérdate de lo que hicimos tú y yo el día que fuimos a comprar los libros... —Se interrumpió y guardó silencio unos segundos—. El otro día leí un anuncio, Ann. Se lo he consultado a *Mr. Bean*. Pedían quinientas libras.

—¿Para qué?

—Sucursales —dijo Kipps.

Ann siguió sin comprender.

—Es como una sociedad que instala librerías en todo el país —explicó Kipps—. Yo no te lo dije, pero me informé antes de lo de Walshingham. Se me ocurrió que me gustaría tener una tienda, pero no hice nada, porque me pareció un poco ridículo. Y además hubiera sido indigno de mi posición. —Sus orejas se tiñeron de rojo—. Era una especie de ilusión secreta que entonces no podía poner en práctica.

Al fin los Kipps se hablaban el uno al otro con sinceridad. Y pronto sus mentes comenzaron a imaginarse, como marco para sus vidas, una pequeña tienda.

—Se me ocurrió un día que fui a Folkestone y vi a un hombre joven silbando alegremente mientras arreglaba el escaparate de una librería... Me dije entonces que no sería mala idea poner una tienda de libros para no estar ocioso. Así podría sentarme a leer cuando no tuviera ningún cliente. ¿Comprendes? Lo que siempre he querido hacer...

Los dos tenían los codos sobre la mesa y se miraban a los ojos.

—Probablemente seremos más felices que si hubiéramos seguido siendo ricos... —dijo Kipps de pronto.

—No estábamos a la altura... —comenzó a decir Ann, que se interrumpió en seguida.

—Éramos como peces fuera del agua —sonrió Kipps—. Ahora no necesitarás devolver la visita a esa gente —añadió—. En eso has salido ganando.

—¡Es verdad! —exclamó Ann con los ojos brillantes—. Ahora nadie vendrá a dejarnos tarjetas, Artie, nadie. ¡Nos hemos librado de eso!

—¡Y no necesitamos fingir! Seremos gente sencilla sin una posición que mantener. No tendremos criada, si no quieres; no intentaremos vestarnos mejor que los demás. Si no fuera porque no me gusta que me roben, maldito lo que me importaría haber perdido ese dinero. Y creo —dijo con profunda satisfacción—, creo sinceramente, Ann, que al final resultará que hemos hecho un buen negocio.

4

El curioso anuncio que de aquel modo llenó de entusiasmo la imaginación de Kipps, haciéndole soñar con una tienda de libros, era una insignificante faceta de un gran proyecto de origen trasatlántico para modernizar los métodos de venta de libros existentes en el viejo mundo. Era un proyecto tan lleno de entusiasmo y tan prometedor, que sembró el más profundo escepticismo en la mente de *Mr. Bean*. Kipps siguió informándose y recibió un folleto ilustrado (demasiado bien presentado, en opinión de *Mr. Bean*, para que se tratara de una empresa de empuje) que acabó de convencerle. *Mr. Bean* no le permitió invertir su capital en acciones de una compañía cuyo proyecto era alterar el mundo de los libros, pero no pudo evitar que Kipps se convirtiera en uno de sus socios. Y de este modo, cuando comprendieron que no podían crear una nueva Era y la «Unión Comercial de Libreros Asociados, Ltda.» se disolvió, liquidó (lo que quedaba del capital) y se trasladó a otra parte para hacer nuevos proyectos, Kipps permaneció flotando, sin sufrir daño alguno, en este incierto universo, como librero independiente.

A no ser por el pequeño detalle de que fracasó, la «Unión Comercial de Libreros Asociados» parecía destinada a alcanzar el más grande de los éxitos. Su idea era comprar al por mayor a todos sus miembros y asociados e intercambiar entre sí el material; tener

una lista común de libros y una biblioteca pública también común, con un escaparate en el que un cartel explicaría estas cosas al inteligente transeúnte. Era un proyecto plausible y alentador, pero tenía el hándicap de estar controlado por jóvenes que se creían superhombres e incluso genios. Kipps fue varias veces a Londres y un agente fue varias veces a Hythe; *Mr. Bean* intervino en varias ocasiones y por último en la calle Mayor de Hythe apareció una tienda sobre cuyo escaparate se leía la muestra de «Unión Comercial de Libreros Asociados», escrito con artísticos tipos de letra que los futuros clientes apreciarían en todo su valor. Debajo se leía: «Arthur Kipps».

Dudo que Kipps hubiera sido nunca más feliz que durante aquellas semanas de preparativos.

Exceptuando poner una mercería, creo que no hay nada mejor que poner una tienda de libros. Porque, desde luego, no hay gozo terrestre parecido al que se experimenta al instalar una pequeña mercería. Imagina, lector, por ejemplo, tener un cajón lleno de cintas de distintos tamaños, colores y anchos, o un ejército de cajas, grandes y pequeñas, cada una de las cuales exhibe una muestra de botones. Imagina, lector, la variedad de carretes de hilo, los minúsculos sobres de agujas, arreglados por tamaños. Los pobres príncipes y los desgraciados ricos sólo pueden probar la sombra de estas delicias haciendo colecciones de sellos o de mariposas. Escribo, naturalmente, para aquéllos a quienes estas cosas atraen; hay personas que no ven ningún atractivo en unas tiras de papel llenas de alfileres alineados. Yo escribo para los verdaderos sabios y mientras escribo me asombro de que Kipps no pusiera una mercería. No lo hizo. Pero incluso poner una tienda de libros es por lo menos veinte veces más interesante que hacer edificar una casa en un espacio ilimitado y con tiempo ilimitado, o hacer cualquiera de las cosas en que se entretienen las personas de elevada posición social.

Imagínate, pues, lector, a Kipps «yendo a dar una vuelta a ver cómo va la tienda», la tienda que no va a significar una pérdida, o un gasto de dinero, sino un beneficio. No se acerca a ella demasiado de prisa; cuando aparece ante su vista afloja el paso e inclina la cabeza hacia un lado. Cruza a la acera de enfrente para inspeccionar mejor la fachada y ve que su nombre está ya esbozado con líneas blancas; se detiene a mitad de la calzada y escudriña

detalles imaginarios mientras que le contempla uno de sus futuros vecinos, y el anticuario de enfrente; y por fin entra... Huele a pintura y a madera fresca. Ya están los vidrios puestos y un carpintero trabaja afanosamente colocando estanterías adicionales a los lados de las ventanas. El mostrador y la mesa están terminados. Kipps se acerca a la caja, la caja que ha de ser el centro estratégico de la tienda, quita el serrín con la mano y saca el cajón; aquí irá el oro, aquí la plata, aquí el cobre... Los billetes estarán guardados debajo. Después apoya los codos sobre la mesa, descansa la barbilla en los puños y llena los estantes con material imaginario; más libros de los que podrá leer jamás. Todos los días, si tiene la preocupación de lavarse antes las manos para no estropear los libros, podrá leer, como ha deseado siempre. Bajo el mostrador, a la derecha, habrá papel y cordel para envolver los volúmenes vendidos; en el estante de la izquierda habrá revistas de arte. Sigue soñando, atiende a un cliente imaginario, recibe un chelín y siete peniques, hace un paquete y abre la puerta. Y se pregunta cómo pudo pensar alguna vez que una tienda es un lugar desagradable.

—Ahora es diferente —dice por fin—. Porque la tienda es mía.

Sí, por eso es diferente...

Imagina también, lector, a Kipps manejando sus libros de cuentas con cierto aire de sacristán y contemplando una y otra vez su nombre debajo de las facturas: «Arthur Kipps (complicada rúbrica), “Unión Comercial de Libreros Asociados”» (un dibujo decorativo). Imagina, lector, a Ann sentada a la luz de la lámpara, cosiendo prendas diminutas destinadas a un ser desconocido que pronto entrará en sus vidas. Junto a ella está Kipps. Tiene en la mano uno de aquellos impresos y en el otro un sello de goma empapado en tinta de color púrpura, que le ha manchado los dedos. De vez en cuando pone el sello con gran cuidado en el papel y cuando lo levanta aparece un dibujo ovalado que dice así: «Pagado, Arthur Kipps. “Unión Comercial de Libreros Asociados”», y la fecha.

De vez en cuando fija la vista en una caja que contiene pequeñas etiquetas redondas con el siguiente letrero: «Este libro fue comprado a la “Unión Comercial de Libreros Asociados”». Pasa la lengua por una de ellas con lentitud y la pega en el papel. Porque la «Unión Comercial de Libreros Asociados», entre otras brillantes innovaciones, creó el ingenioso sistema de recuperar de nuevo sus

libros como parte del pago por otros nuevos, dentro de un cierto período de tiempo. Cuando fracasó, mucha gente se encontró con gran cantidad de aquellas etiquetas.

5

En medio de todo aquel movimiento, entre todas esas idas y venidas anteriores a su traslado, tuvo lugar la gran crisis que cayó sobre los Kipps, y una mañana, durante las primeras horas de la madrugada, vino al mundo el hijo de Ann...

Kipps iba entrando rápidamente en la madurez de su vida. El alma, una vez ratonil, que tanto se asombró de descubrir «tubos» en el interior del cuerpo humano y que de tal modo se escandalizó al ver los hombros desnudos de una mujer, que había sufrido tormentos de angustia y vergüenza por haber perdido un sombrero en un hotel y que había palidecido ante la necesidad de asistir a un té con anagramas, se enfrentó por fin con las cosas que son verdaderamente reales. De pronto tuvo lugar junto a él el acontecimiento supremo de la vida: el nacimiento de un ser humano. Pasó por horas de impaciencia, por horas de un miedo impotente, y al amanecer le pusieron en los brazos un objeto maravilloso, una criatura tierna y débil, increíblemente conmovedora y suave, con manos diminutas, al ver las cuales sintió que se le encogía el corazón. Lo tuvo entre sus brazos y le tocó las mejillas con las yemas de los dedos, como si temiera que sus labios pudieran lastimarle. ¡Y esta maravilla era su hijo!

Ann le pareció una mujer desconocida y sublime. Su frente y sus labios estaban perlados de sudor y en contra de los temores de Kipps, que había esperado verla pálida y agotada, un saludable rubor teñía sus mejillas. Tenía el aspecto de quien acaba de realizar un acto fatigoso y vigorizador. Kipps se inclinó sobre ella, la besó y no encontró palabras para expresar sus sentimientos. Ella no podía hablar mucho, pero le acarició un brazo con la mano y le dijo una sola frase:

—Pesa más de cuatro kilos, Artie. El de Bessie... El de Bessie no

llegaba a los cuatro.

Haber dado a Kipps la satisfacción de quedar por encima de Sid por la diferencia de unos cuantos gramos, constituía para ella el mayor de los placeres. Contempló un momento a su marido y después cerró los ojos, mientras la enfermera, con gesto maternal, hacía salir a Kipps de la habitación.

6

Kipps estaba demasiado preocupado con sus propios asuntos para volver a acordarse de Chitterlow. Aquel buen hombre había conseguido sus dos mil libras. Kipps se alegraba de que hubieran ido a parar a él, y no al joven Walshingham, y no volvió a pensar en el asunto. En cuanto a las complicadas transacciones que llevaba a cabo y proclamaba en postales ilegibles, eran como voces pasajeras oídas en la calle. Kipps las dejaba a un lado, o las metía entre las páginas de los libros, donde se perdían para siempre y pasaban a mano de los compradores, que quedaban profundamente intrigados al no poder descifrar su contenido.

Pero una mañana, cuando nuestro librero estaba limpiando el local antes del desayuno, Chitterlow apareció de pronto en la puerta de la tienda.

Fue aquélla la visita más inesperada del mundo. Estaba vestido de etiqueta y sobre su enmarañado cabello rojo llevaba un sombrero de copa, ligeramente caído hacia adelante. Abrió la puerta y extendió una mano como para demostrar de qué modo se deben estallar los guantes. Tenía los ojos brillantes y el ceño tan fruncido como sólo puede fruncirlo un actor. Toda su persona emanaba verdadero entusiasmo y, como digo, el espectáculo en conjunto era realmente sorprendente.

La campanilla se agitó durante algún tiempo. Luego, durante un segundo interminable, todo permaneció silencioso. Kipps había quedado sumido en el colmo de la estupefacción, y si hubiera poseído una capacidad de asombro diez veces mayor, todavía no se hubiera repuesto.

—¡Chitterlow! —dijo al fin, con el plumero en la mano, dudando, a pesar de la evidencia de sus ojos, si soñaba o estaba despierto.

Su viejo amigo lanzó una exclamación ininteligible, sin cambiar de postura. No podía hablar. El fantástico discurso que había preparado se había borrado de su memoria. Kipps contempló sus contorsiones faciales recordando inconscientemente las teorías de Lombroso referentes a los genios.

De pronto las facciones de Chitterlow se movieron convulsivamente y el pobre hombre rompió a llorar.

—¡Mi viejo Kipps! ¡El bueno de Kipps! ¡Oh, Kipps! —dijo mezclando la risa con los sollozos del modo más desconcertante—. ¡Mi obra! ¡Oh, mi obra! —sollozó agarrando el brazo de su amigo—. ¡Mi obra, Kipps! (Más sollozos). ¿Se ha enterado?

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Kipps con profunda compasión—. ¿Ha sido un fra...?

—¡No! —gritó Chitterlow—. ¡No! ¡Ha sido un éxito! ¡Amigo Kipps! ¡Mi querido Kipps! ¡Ha sido un... (sollozos), un gran éxito!

Se apartó de Kipps y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Dio unos pasos por la tienda y se sentó por fin en una de las sillas de dibujo especial, hechas para la «Unión Comercial de Libreros Asociados». Sacó del bolsillo un diminuto pañuelo de mujer hecho de encaje y se lo llevó a los ojos.

—¡Mi obra! —exclamó ocultando la cara entre las manos.

Hizo un esfuerzo por dominarse. Kipps se dijo que parecía una criatura pequeña e indefensa. De pronto surgió su voluminosa nariz por encima del pañuelo.

—Estoy aturdido —dijo con voz ahogada, limpiándose las lágrimas una vez más—. Tuve que venir a decírselo... Esto se me pasará en seguida —añadió sin moverse de la silla.

Kipps le miró compadecido de tan buena fortuna. Después oyó pisadas y se dirigió a la puerta que comunicaba la tienda con la casa.

—Un momento —dijo—. No entres ahora en la tienda, Ann. Ha venido Chitterlow y está un poco nervioso. Pero en seguida se le pasará. Porque, ¿sabes?... —Su voz se convirtió en un susurro, como quien da la noticia de la muerte de un amigo...—, ha tenido un éxito con su obra.

Y diciendo aquellas palabras, la obligó a retirarse para que no viera las lágrimas de un hombre, para que no viera llorar a un hombre...

Chitterlow se sintió mejor muy pronto, pero tardó aún bastante tiempo en expresar todo su entusiasmo.

—Tuve que venir a decírselo —explicó—. Tenía que asombrar a alguien. Muriel está en Dymchurch.

Se sonó con estrépito y cuando habló de nuevo, era ya el optimista que Kipps había conocido siempre.

—Todavía no sabe nada, muchacho. Está en Dymchurch con una amiga porque dijo que ya había asistido a otros estrenos míos y que prefería estar muy lejos. No me he acostado en toda la noche y me tiemblan un poco las piernas. Fue un éxito, muchacho. ¡Toda la compañía se quedó asombrada!

Miró fijamente al suelo y continuó sus explicaciones.

—Al principio de la obra el público se rió un poco, pero no desacompañadamente. Esto fue en el segundo acto, ya sabe, en la escena del insecto en la nuca de aquel hombre. Crisole hizo el papel de un modo soberbio. Y entonces fue cuando el público empezó a reír de verdad. —El volumen de la voz de Chitterlow iba aumentando gradualmente de volumen—. ¡Hasta a mí me hizo reír! Les pasamos al tercer acto sin darles tiempo a que se les enfriara el entusiasmo. Nunca he asistido a un estreno semejante. Risas, risas, risas, risas, risas (al repetir la palabra por séptima vez, concedió a su voz toda su potencia), se reían de todo. Se reían de cosas con las que nunca intenté hacer reír. Y en medio de las carcajadas cayó el telón.. Me llamaron al escenario, pero no pude decir ni una palabra. ¡Qué gritos de entusiasmo! Era como moverse entre el agua del Niágara. Me pareció que era la primera vez que oía al público... Y después hicieron salir a los muchachos. —La emoción le hizo callar unos instantes—. Los muchachos... —murmuró.

Sus palabras se multiplicaron y su entusiasmo aumentó por momentos. Muy pronto había recuperado su antigua personalidad. Estaba terriblemente agitado y parecía incapaz de permanecer tranquilo en el mismo sitio. Cuando convenció a Kipps de que no volvería a desfallecer, entró en la vivienda, dio la mano a *Mrs.* Kipps, se sentó y volvió a levantarse inmediatamente. Se dirigió al rincón donde estaba la cuna, contempló distraídamente al

primogénito de los Kipps y dijo que se alegraba sobre todo por el pequeño... Inmediatamente reanudó el hilo de su discurso. Bebió ruidosamente una taza de café y paseó de un lado a otro por la habitación sin dejar de hablar, mientras sus amigos desayunaban intentando comprender sus frases deshilvanadas. El niño durmió tranquilamente durante toda la escena.

—Perdóneme si no me siento, *Mrs.* Kipps. No puedo sentarme; de otro modo lo haría por consideración a usted. Me alegro por ustedes, por Muriel y por todos mis buenos amigos. Esto significa dinero, significa mucho dinero, cientos y miles... Si usted hubiera oído al público, estaría tan segura como yo.

Guardó silencio unos instantes intentando decidirse por un tópico y por fin estalló y se puso a hablar de todos a la vez. Fue como un torrente de agua al romperse el dique que la detiene. En aquel torbellino se mezclaron toda clase de cosas. Por ejemplo, habló de este modo de sus proyectos para el futuro:

—Me alegro de que esto haya ocurrido ahora y no antes. Porque ahora he aprendido una lección y pueden ustedes estar seguros de que seré muy sensato. Hemos aprendido el valor del dinero.

Habló de la posibilidad de comprar una casa en el campo; o de vivir en Venecia, por el arte que contiene esta ciudad; o de tomar un piso en Westminster; o una casa en el West End. También declaró que quería abandonar la bebida y el tabaco y que había ciertas bebidas que eran especialmente perjudiciales para un hombre de su constitución. Pero estos planes y proyectos no excluyeron toda clase de cálculos sobre los probables Beneficios de la obra, basándose en la suposición de que se hicieran mil representaciones aquí y en América; tampoco olvidó la parte que correspondería a Kipps y reiteró muchas veces la satisfacción con que «pagaría aquella parte». Se refirió después a la sorpresa y el pesar con que se había enterado por fuente indirecta de la doblez del joven Walshingham, y a la antipatía que él siempre había sentido por Walshingham y los hombres de su clase. Sin saber cómo ni por qué, surgió también en la conversación el nombre de Napoleón. Todo ello expuesto en forma de una sola frase llena de paréntesis y cláusulas subordinadas que parecían desconocer la existencia del punto final.

En medio de este diluvio llegó el *Daily News*, como el rayo de luz

en el cuadro de Watts. Las aguas se calmaron cuando Chitterlow abrió las páginas del periódico y descubrió en él una columna, una columna entera, de alabanzas. Él sostuvo el papel, Kipps lo leyó por encima de su mano izquierda y Ann por debajo de su mano derecha. Al verlo en letras de molde se desvanecieron las secretas dudas que Kipps pudo haber albergado y Chitterlow volvió a la realidad. Entonces se despidió vertiginosamente, para ir a comprar un ejemplar de cada uno de los periódicos matutinos y mandárselos a Muriel a Dymchurch. No los había comprado en Charing Cross porque se lo impidió la despedida que le habían dado los muchachos, aparte de que había cogido el tren por los pelos, y de que el puesto no se había abierto todavía. Dijo adiós a sus amigos en el colmo de la agitación, salió a la calle iluminada por el sol y echó a andar como si flotara entre nubes. Ann y Kipps vieron cómo se detenía junto a un vendedor de periódicos.

—Quiero un ejemplar de cada uno —le oyeron decir con su magnífica voz de bajo.

Aqué! fue también un día de suerte para el chiquillo. Nuestros amigos le oyeron lanzar una exclamación de alegría al terminar la transacción.

Chitterlow siguió su camino agitando un puñado de periódicos. El vendedor se repuso de su emoción, examinó de nuevo el objeto que brillaba en la palma de su mano, se lo guardó en el bolsillo, contempló a Chitterlow unos instantes y por fin reanudó su trabajo diario...

Ann y Kipps contemplaron cómo se alejaba aquel exponente de la felicidad humana y guardaron silencio hasta que desapareció en la esquina.

—Me alegro muchísimo —dijo Ann por fin, con un ligero suspiro.

—Yo también —afirmó Kipps—. Porque si ha habido alguna vez un hombre que ha trabajado y ha sabido esperar, ha sido Chitterlow...

Atravesaron la tienda pensativos y después de echar una ojeada al niño, que seguía durmiendo pacíficamente, reanudaron su interrumpido desayuno.

—Si ha habido alguna vez un hombre que ha trabajado y ha sabido esperar, ha sido él —repitió Kipps cortando rebanadas de

pan.

—Probablemente es cierto —dijo Ann con cierto aire de nostalgia.

—¿El qué es cierto?

—Eso de que vamos a ganar tanto dinero.

Kipps reflexionó.

—No sé por qué no había de ser cierto —decidió alargando a Ann un pedazo de pan con la punta del cuchillo—. Pero no dejaremos la tienda a pesar de todo —añadió después de un intervalo, en que volvió a reflexionar—. No tengo mucha confianza en el dinero, después de todo lo que nos ha ocurrido...

7

Eso fue hace dos años y, como todo el mundo sabe, la obra de Chitterlow está todavía en el cartel. Sí, era cierto. La comedia ha enriquecido a un pequeño teatro del Strand que en un tiempo estuvo a punto de quebrar; noche tras noche la famosa escena del insecto hace llorar de risa a un público abarrotado, y Kipps (a pesar de que Chitterlow no es, precisamente, lo que llamaríamos un hombre de negocios) es casi tan rico como cuando recibió la herencia. En Australia, en Lancashire, en Escocia, en Irlanda, en Nueva Orleans, en Jamaica, en Nueva York y en Montreal el público ha entrado por las puertas de los teatros, para enriquecimiento de Kipps, fascinado por el humorismo hasta, hace poco ignorado, del drama entomológico. Como una exhalación, surge la riqueza sobre nuestro planeta para ir a parar, al menos en parte, al bolsillo de Kipps.

—Es curioso... —dijo éste.

Estaba sentado en la cocina de su casa y mientras sus pensamientos volaban por esferas filosóficas, sonreía viendo cómo Ann daba al pequeño Artie Waddy Kipps su baño diario, junto al fuego. Kipps estaba siempre presente en esta ceremonia a no ser que lo evitaran los parroquianos, porque aquella mezcla de olores a tabaco, jabón y domesticidad le atraía de un modo irresistible.

—Hola, amiguito —dijo amablemente moviendo la pipa delante de su hijo mientras pensaba, como todos los padres, que pocos niños podían tener un cuerpecito tan bien formado como el de su hijo.

—Papá «teñe» un cheque —dijo Arthur Waddy Kipps, emergiendo un momento de los pliegues de la toalla.

—Se acuerda de todo —dijo Ann—. No se puede decir nada delante de él.

—Papá «teñe» un cheque —repitió el niño prodigio.

—Sí, hijo mío, papá ha recibido un cheque. Que va a ir al Banco para el día en que tú estudies una carrera. ¿Comprendes? De ese modo no serás un ignorante en la vida.

—Papá «teñe» un cheque —insistió aquella extraordinaria criatura, concentrando después su atención en salpicar a todos los objetos con el pie. Cada vez que salpicaba se reía a carcajadas y había que sostenerle, por miedo a que se cayera dentro del baño. Por fin le envolvieron en la toalla desde la cabeza hasta los pies.

Y una vez seco, sus padres le pusieron un pijama de franela, le dieron un beso y la prima de Ann, Emma, que les ayudaba en la casa, se lo llevó a la cama. Cuando Ann hubo recogido el baño y volvió a la cocina, encontró a su marido con la pipa apagada y el cheque en la mano.

—Dos mil libras —dijo—. Es curioso. ¿Qué he hecho yo para ganar dos mil libras?

—¿Qué has hecho para no ganarlas?

Kipps reflexionó sobre aquel nuevo aspecto del asunto.

—Nunca dejaré la tienda —declaró por fin.

—Somos muy felices aquí —dijo Ann.

—Aunque tuviera cincuenta mil libras, no la dejaría.

—No, claro que no.

—El que tiene una tienda, la tiene siempre. Al cabo de un año, allí está la tienda. Pero el dinero..., ¡ya has visto cómo va y viene! El dinero no tiene sentido. Se mata uno intentando conseguirlo y viene cuando menos se piensa. ¿Dónde está ahora la fortuna de mi abuelo? ¡Desapareció! Y se llevó consigo a Walshingham... Es como jugar a los bolos. Allá va la bola, rodando y rodando y no sabes qué es lo que va a derribar. No tiene sentido. Walshingham desapareció y Helen se fue con ese Revel, que se sentó conmigo a la mesa. ¡Con

un hombre casado...! Y Chitterlow es rico. ¡Qué sitio tan magnífico es ese «Gerrick Club» donde almorcé con él el otro día! Es mejor que cualquier hotel. Tiene lacayos con peluca, Ann. No camareros, no, sino lacayos. Él es rico y yo soy rico. Pero, se mire como se mire, no tiene sentido, Ann —terminó, moviendo la cabeza.

Meditó unos instantes sobre todas estas cosas y volvió a romper el silencio.

—A una cosa estoy decidido.

—¿A qué?

—Voy a repartirlo en la mayor cantidad de Bancos que pueda. ¿Comprendes? Un poco aquí y un poco allá. No pienso invertirlo en nada.

—Invertir no es más que tirar el dinero —dijo Ann.

—Y estoy medio inclinado a enterrar parte de ello abajo en la tienda, aunque supongo que si lo hiciera bajaría todas las noches para ver si estaba allí... No confío en nadie en cuestiones de dinero. —Dejó el cheque en la mesa del rincón, sonrió y dio unos golpecitos a la pipa, sin apartar los ojos del papel—. Supón que el viejo Bean quisiera hacerme la trastada también... Tiene el inconveniente de que es un poco cojo...

—¡No, no, Artie, él no lo haría!

—Era una broma. —Se puso en pie, dejó la pipa encima de la chimenea, cogió el cheque y después de doblarlo cuidadosamente volvió a metérselo en el bolsillo.

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta.

—Así debe ser —dijo Kipps—. Mantén una tienda y la tienda te mantendrá a ti. Así es como veo yo las cosas, Ann.

Se aseguró de haber guardado bien el cheque en el bolsillo y abrió la puerta de comunicación...

Pero si es la tienda la que mantiene a Kipps, o Kipps quien mantiene a la tienda, es uno de los misterios comerciales que las personas como yo, de temperamento decididamente antiaritmético, somos incapaces de resolver. Sea como fuere, gracias a Dios a ambos les va muy bien.

La librería de Kipps está a mano izquierda de la calle Mayor de Hythe viniendo de Folkestone, frente al escaparate del anticuario (es muy fácil de encontrar), y allí, lector, puedes verle tú mismo, hablar con él y comprar este libro si lo deseas. Sé que lo tiene en los

estantes. Muy delicadamente me he ocupado de que así sea. Por supuesto, el nombre del librero no es Kipps, pero todo lo demás es tal como te lo he contado. Puedes hablar con él de libros, de política, de la conveniencia de hacer un viaje a Boulogne y de los altos y bajos de la vida. Quizá te repita frases de Buggins (en cuyo establecimiento, situado en Rendezvous Street, Folkestone, se puede adquirir todo lo necesario para el guardarropa de un caballero). Y si tienes la suerte de encontrarle de buen humor, es posible que quizá te cuente cómo «una vez heredó una fortuna».

—Lo gasté todo —te dirá con una sonrisa—. Pero después hice otra..., especulando en el teatro. No necesito seguir con esta tienda, si no quiero. Pero es algo en qué entretenerme...

Y hasta puede ocurrir que te haga confidencias de carácter más íntimo.

—Yo he visto muchas cosas —me dijo un día—, ¡ya lo creo! ¡Yo sé lo que es la vida! ¡Sí, una vez... me escapé a ver mundo...!

(Naturalmente no debes decir a Kipps que él es «Kipps» o que he contado su vida en este libro. No tiene la más remota sospecha de que haya hecho tal cosa y nunca se sabe cómo va a reaccionar la gente. Ahora yo soy un parroquiano antiguo y un verdadero amigo y por muchas razones preferiría que las cosas quedaran tal como están).

8

Una tarde de julio en que cerraron pronto la tienda, dejaron al niño con Emma y Kipps se llevó a Ann a dar una vuelta en barca por el Canal de Hythe. El sol se había ocultado en medio de una orgía de colores, dejando tras sí un mundo cálido y silencioso. Llegó el crepúsculo. El agua brillaba, el cielo mostraba un tono azul oscuro y los árboles inclinaban sus ramas sobre el agua, como lo hicieran la tarde que Kipps condujo a Helen en su canoa cuando sus ojos le parecieron estrellas resplandecientes. Kipps dejó de remar, se apoyó en los guiones, y de pronto pensó en el misterio de la vida y en el eterno por qué de todas las cosas. En el fondo de su ser se

formuló una pregunta que asomó tímidamente y no llegó a salir a la superficie; una pregunta acerca del origen de la belleza, de la belleza impalpable, de la belleza indefinida, que de un modo tan extraño aparece entre los recuerdos y los sucesos de la vida. No llegó aquella pregunta a adquirir forma o sustancia; surgió meramente, como el fantasma de un rostro podría surgir de las profundidades de las aguas, y en seguida volvió a hundirse en la nada.

—Artie... —dijo Ann.

Kipps se sobresaltó y levantó la vista.

—¿Qué?

—¿En qué estás pensando, Artie?

El joven reflexionó.

—En realidad, creo que no estaba pensando en nada —dijo al fin, sonriendo—. No...

Se apoyó de nuevo en los remos.

—Creo que estaba pensando en lo extraño que es todo, o en algo por el estilo...

—Artie, a veces tú mismo eres extraño...

—¿Verdad que sí? No creo que nunca haya existido una persona como yo.

Reflexionó durante otro minuto.

—Oh... No sé... —dijo por fin, y volviendo a la realidad comenzó a remar con brío.

Los Coote vivían en la plaza de Bouverie, en una casita cuya fachada principal estaba cubierta de enredaderas.

En los días del cometa

PRÓLOGO

EL HOMBRE QUE ESCRIBÍA EN LA TORRE

Era un hombre de pelo entrecano, de aspecto robusto, sentado ante su mesa, escribiendo.

Parecía estar en una habitación de una torre a mucha altura, de modo que a través de la alta ventana que había a su izquierda sólo se percibían distancias, un remoto horizonte marino, un promontorio y aquella neblina y el centelleo que, a la luz del sol poniente, señala la existencia de una ciudad a muchas millas de distancia. Todos los detalles de la habitación aparecían graciosos y ordenados, y por alguna circunstancia sutil, en ésta o en aquella pequeña diferencia, me parecían nuevos y extraños. No eran de ningún estilo preciso que yo pueda describir, y el sencillo traje que llevaba el individuo no indicaba ningún período ni país determinado. Pensé que podría tratarse del Futuro Feliz, o de la Utopía, o del País de los Ensueños Sencillos. Una brizna errante de recuerdo, la frase y el relato de *El Gran Sitio Bueno*, de Henry James, centelleó por mi mente, pasó y no dejó ningún rastro de luz.

El individuo que vi escribía con un objeto parecido a una pluma estilográfica, detalle moderno que impedía cualquier retrospección histórica, y, al acabar cada hoja de papel escrita ágilmente, la dejaba sobre un montón que había encima de una graciosa mesita al lado de la ventana. Las hojas recién terminadas yacían sueltas cubriendo en parte las demás que iban sujetas en fascículos.

Era evidente que no se daba cuenta de mi presencia, y yo permanecí quieto, esperando que su pluma hiciese una pausa. Viejo como ciertamente era, escribía, sin embargo, con mano muy firme...

Descubrí que un espejo cóncavo pendía de través encima de su cabeza. Un gesto suyo llamó poderosamente mi atención, y al mirar hacia arriba vi, deformada y fantástica, pero brillante y bellamente coloreada, la amplificadora, reflejada y evasiva imagen de un palacio,

de una terraza, de la perspectiva de una gran calzada con mucha gente, una gente exagerada, de aspecto imposible a causa de la curvatura del espejo, que iba y venía. Volví la cabeza con rapidez para poder ver más claramente por la ventana que había a mi espalda, pero se hallaba a demasiada altura para que yo pudiera contemplar directamente aquella escena tan próxima, y después de una pausa momentánea volví de nuevo a mirar con curiosidad al espejo deformador.

El escritor estaba apoyado en el respaldo de su sillón. Dejó la pluma a un lado y exhaló un suspiro resentido a medias. —«¡Oh, trabajo! ¡Cómo me satisfaces y me cansas!»— del hombre que ha estado escribiendo a su entera satisfacción.

—¿Qué lugar es éste? —pregunté—. ¿Y quién es usted?

Él miró a su alrededor con una expresión de viva sorpresa.

—¿Qué lugar es éste? —repetí—. ¿Dónde estoy?

Me miró fijamente un instante frunciendo aún más sus arrugadas cejas, y después su expresión se dulcificó en una sonrisa. Me señaló un sillón al lado de la mesa y dijo:

—Estoy escribiendo.

—¿Sobre todo?

—Sobre el Cambio.

Yo me senté. Era un sillón muy cómodo y bien situado bajo la luz.

—Si usted quisiera leerlo... —dijo.

—¿Esto lo explica? —le pregunté indicando el manuscrito.

—Esto lo explica —me contestó.

Atrajo una nueva hoja de papel hacia sí, mientras me miraba.

Yo abarqué con una mirada la habitación, y después miré la mesita. Un fascículo marcado claramente «1» llamó mi atención y lo cogí. Devolví la sonrisa a sus ojos amistosos.

—Muy bien —dije sintiéndome de repente a mis anchas.

Él hizo con la cabeza un gesto de asentimiento y siguió escribiendo, y yo, en un estado de ánimo intermedio entre la confianza y la curiosidad, me puse a leer.

Ésta es la historia que aquel feliz anciano, de aspecto activo y robusto, había escrito en aquel lugar tan placentero y agradable.

LIBRO PRIMERO

EL COMETA

CAPÍTULO PRIMERO

POLVO EN LAS SOMBRAS

1

Me he puesto a escribir la Historia del Gran Cambio en lo que ha afectado a mi propia vida y a las vidas de una o dos personas estrechamente relacionadas conmigo, sobre todo para complacerme a mí mismo.

Hace ya mucho tiempo, en mi cruda y desdichada juventud, concebí el deseo de escribir un libro. Escribir algo en secreto y ensimismarme luego en ensueños de gloria literaria fue uno de mis principales alivios. Leía con una envidia llena de simpatía cualquier recorte que me viniera a las manos referente al mundo de la literatura y a las vidas de los literatos. Es algo muy agradable, aun en medio de la felicidad actual, tener el tiempo y la ocasión de poder recoger y realizar parcialmente esos viejos sueños sin esperanza. Pero si fuera esto sólo, en un mundo en el que tantas cosas de interés creciente y palpitante hay aún por hacer, incluso para un viejo como yo, no creo que bastara para ponerme a escribir en mi mesa. Siento que una recapitulación de mi pasado, tal como la presente narración lleva implícita, se hace necesaria para asegurar mi propia continuidad mental. El transcurso de los años lleva al hombre finalmente a la retrospección. A los setenta y dos años la propia juventud es muchísimo más importante de lo que lo era a los cuarenta. Y he perdido ya el contacto con mi juventud. La antigua vida parece tan separada de la nueva, tan extraña, tan irracional, que a veces encuentro que raya en lo increíble. Los datos han desaparecido, así como los edificios y los lugares. Me quedé parado de repente el otro día, durante mi paseo de la tarde por el

marjal, donde en otro tiempo los tristes suburbios de Swathinglea se perdían hacia Leet, y me pregunté: «¿Era aquí, de veras, donde yo antes me agazapaba entre los hierbajos, los escombros y la basura y cargaba mi revólver, a punto de asesinar? ¿Ha ocurrido nunca cosa semejante en mi vida? ¿Era posible que yo me hallara en semejante estado de espíritu, que yo tuviera semejantes pensamientos e intenciones? ¿No será más bien que algún raro duende de las pesadillas, salido del país de los sueños, habrá deslizado un pseudorecuerdo entre las imágenes de mi desaparecida vida?». Debe de haber muchas personas, todavía vivas, sujetas a las mismas perplejidades. Y creo también que aquellos que se encuentran ahora en pleno crecimiento para ocupar luego nuestros sitios en esta gran empresa de la Humanidad entera, necesitarán muchas narraciones como la mía para tener un concepto, aun el más parcial, del viejo mundo de sombras que hubo antes del advenimiento de nuestros días. Además, da la casualidad de que mi caso es un caso típico del Cambio. Me cogió a mitad de camino en una ráfaga de pasión, y cierto curioso accidente me situó durante algún tiempo en el mismo núcleo del nuevo orden...

Mis recuerdos me retrotraen, a través de un intervalo de cincuenta años, a un cuartucho mal iluminado, con una pequeña ventana abierta al cielo estrellado, e instantáneamente vuelve a mis sentidos el característico olor de aquel cuarto, el olor penetrante de una mal despabilada lámpara quemando parafina barata. El alumbrado eléctrico hacía quince años que, ya perfeccionado, se hallaba en uso, pero la mayor parte de los habitantes del mundo utilizaban aún aquel tipo de lámparas. Esta primera escena se desarrolla, al menos en mi mente, con aquel acompañamiento olfatorio. Aquél era el olor de la noche en el cuarto. De día se olía una más sutil fragancia, un cierto olor a reclusión y a poca ventilación, un olor peculiar, levemente acre, que asocio, no sé por qué, con el polvo.

Permitidme que os describa este cuarto detalladamente. Tendría aproximadamente una extensión de unos dos metros por dos metros y medio, y una altura de algo más que eso. El techo era de escayola, con grietas en varios sitios, agrisado por el hollín de la lámpara, y coloreado en un rincón con todo un sistema de manchas amarillas y verde-oliva producidas por el filtraje de la humedad del piso de

arriba. Las paredes estaban cubiertas de un papel castaño oscuro, sobre el que se había impreso en oblicua reiteración un diseño carmín, algo así como una rizada pluma de avestruz, o una flor de acanto, que en sus puntos menos ajados ofrecía una cochambrosa jovialidad. Veíanse algunas heridas grandes, bordeadas de escayola producidas por los fallidos intentos de Parload de clavar clavos en la pared a fin de poder colgar sus cuadros. Uno de los clavos había dado en un intersticio entre dos ladrillos y había quedado firmemente sujeto, y de aquel clavo pendía, sostenida con muy poca seguridad por una gastada y anudada cuerda de persiana, la estantería colgante de Parload, consistente en unas tablas de madera pintadas con una pintura al esmalte de color azul dulzón y decoradas además con una franja de tela americana más o menos rosada, fijada precariamente con tachuelas. Debajo había una mesilla que se comportaba con un espíritu de venganza propio de una mula contra todas las rodillas que se metían debajo de ella impremeditadamente. Estaba cubierta con una tela, cuyo dibujo rojinegro había perdido monotonía gracias a los accidentes producidos por la versatilidad del tintero de Parload, y encima de ella, como *leit motiv* del conjunto, imperaba la pestilente lámpara. Esta lámpara debía de estar fabricada con algún material blancuzco y transparente que no era porcelana ni vidrio, tenía una pantalla hecha del mismo material, que, desde luego, no protegía ni poco ni mucho la vista del lector, y que parecía hallarse admirablemente adaptada para poner en lastimosa evidencia el hecho de que, después de haber despabilado la lámpara dichosa, el polvo y el petróleo habían untado generosamente toda su parte exterior.

Los tablones irregulares de madera que constituían el suelo de la habitación estaban cubiertos de un esmalte gastado y raído, de un tono achocolatado, sobre el cual un pequeño islote representado por una manoseada alfombra florecía vagamente entre el polvo y las sombras.

Había en el hogar una minúscula parrilla hecha de hierro fundido, de una sola pieza, y pintada de color pardo claro, y un guardafuegos todavía más pequeño y mal ajustado que ponía de relieve la piedra gris del hogar. No había fuego en la chimenea. Únicamente unos cuantos papelotes arrugados y hechos trizas y el hornillo de una pipa de tusa eran visibles tras los barrotes, y en un

rincón, como si la hubieran tirado allí expresamente, una carbonera angular barnizada, con las bisagras de la tapadera rotas. En aquella época era costumbre calentar cada habitación por separado, por medio de un hogar también separado, más prolífico en suciedad que en calor, y a la raquítica ventana, la diminuta chimenea y la mal ajustada puerta se las suponía que organizarían la ventilación del cuarto por sí mismas, sin otra dirección.

El *truckle-bed* de Parload ocultaba sus grises sábanas bajo un viejo cubrecama hecho de retazos; ocupaba uno de los lados de la habitación y cubría unas cajas y otros objetos diversos. En los dos ángulos de la ventana había una rinconera y un aguamanil sobre los cuales veíanse distribuidos los enseres del aseo personal.

El aguamanil estaba sobre un mueble que había sido construido, sin duda alguna, por alguien que llevaba mucha prisa y que había prodigado con exceso las aplicaciones de tornería para intentar distraer la atención de las bastas economías de trabajo real a base de una barroca ornamentación de bulbos y burbujas en las junturas y en las patas del mueble. Al parecer, aquella pieza había sido después puesta en las manos de alguna persona que disponía de mucho tiempo que perder y que se hallaba equipada con un pote de cierta pintura ocre, con otro de barniz y con un juego de pinceles flexibles. Aquella persona había empezado por pintar el armatoste; luego, me imagino, debió de darle una capa de barniz, y por fin se pondría calmosamente a trabajar con los pinceles, rayando y peinando el barniz hasta hacer con él una fantástica imitación del grano de alguna madera de pesadilla. El lavabo así construido había tenido, evidentemente, una existencia larga y violenta. Había sido descantillado, pataleado, astillado, horadado, manchado, quemado, martilleado, desecado, mojado y ensuciado; había vivido, en fin, toda clase de aventuras posibles, excepto una conflagración o un lavado, hasta que había llegado a aquel elevado refugio, al ático de Parload, para cubrir los sencillos requerimientos del aseo personal del susodicho Parload. Había allí una palangana y un jarro de agua y un cubo de estaño para el agua sucia, y más allá un trozo de jabón amarillo en una jabonera, un cepillo de dientes, una brocha de afeitar de cola de rata, una toalla de alemanisco y dos o tres objetos más de menor importancia. En aquellos días sólo las personas muy ricas poseían más equipaje, y hay que hacer notar que cada gota de

agua que empleaba Parload tenía que ser acarreada por una pobre criada, la «friegaplatos», como la llamaba Parload, desde los sótanos hasta lo más alto de la casa, y luego otra vez a los sótanos. Ya empezamos a olvidarnos de lo moderna que es la invención del aseo personal. Es un hecho que Parload nunca se había desnudado para echarse a nadar, nunca había podido disfrutar de un baño simultáneo por todo su cuerpo desde su infancia. Y esto era lo que ocurría con una persona de cada cincuenta en la época a que me estoy refiriendo.

Una cómoda, también singularmente veteada, que tenía dos cajones grandes y otros dos pequeños, contenía la ropa de Parload, y unas perchas sujetas a la puerta, sus dos sombreros, completaban el inventario de la «salita-dormitorio», tal como yo las conocí antes del Cambio. Pero me había olvidado de que también había una silla con un cojín en el asiento, que parecía pedir excusas por los defectos que había en la rejilla. Me olvidé de anotarla en el momento de hacer el inventario, porque precisamente estaba sentado en ella en la ocasión en que empieza esta historia.

He descrito el cuarto de Parload con tantos detalles porque así podréis comprender el tono en que están escritos mis primeros capítulos, pero no debéis imaginaros que aquel equipo singular o el hedor de la lámpara atrajeron mi atención en absoluto en aquellas circunstancias. Yo tomaba toda aquella pringosa asquerosidad como si fuese el escenario más natural y adecuado de la existencia humana. Aquello era el mundo para mí, aquello era lo que yo conocía del mundo. Mi mente se hallaba ocupada por entero en cuestiones más graves y más intensas, y sólo es ahora, a través de la distancia, cuando veo estos detalles del ambiente bajo una luz que lo: hace destacables, como cosas significativas, como las evidentes manifestaciones externas del antiguo desorden mundial que hallaba eco en nuestros corazones.

2

Parload hallábase ante la ventana abierta, con los prismáticos en

la mano, buscando y encontrando, y no muy seguro de haber vuelto a encontrar, y perdiéndolo de vista otra vez, el nuevo cometa.

No creí entonces que el cometa fuera otra cosa que un estorbo, porque yo quería hablar de otras cosas. Pero Parload no pensaba más que en el cometa. Yo me sentía con la frente que me abrasaba, febril, con una serie de amarguras y preocupaciones entrelazándose en mi mente. Quería abrirle mi corazón, quería, al menos, aliviar mi corazón con una explicación romántica de mis cuitas, y prestaba muy poca atención a las cosas que él me decía. Fue aquélla la primera vez que oí hablar de la nueva motita entre las incontables motitas del firmamento, y no me hubiera importado lo más mínimo no volver a oír hablar de aquel asunto.

Éramos dos jóvenes de una edad semejante. Parload tenía veintidós años, ocho meses más que yo. Era el copista de los documentos de un abogadillo de Overcastle, mientras que yo era el tercer empleado del despacho de Rawdon, en Clayton. Nos habíamos encontrado por primera vez en el «parlamento» de la Asociación Cristiana de Jóvenes, de Swathinglea, y habíamos descubierto que asistíamos a unas clases simultáneas en Overcastle, pues él estudiaba ciencias y yo taquigrafía. Habíamos adquirido la costumbre de irnos a casa juntos, al salir de clase, y de este modo empezó nuestra amistad. Swathinglea, Clayton y Overcastle, eran pueblos contiguos, en la gran zona industrial de los Midlands. Nos habíamos confiado nuestras secretas dudas sobre materia religiosa, nos habíamos confesado mutuamente nuestro interés por el socialismo. Él había venido dos veces a mi casa, a cenar conmigo, y con mi madre, otras tantas noches de domingo, y yo tenía entrada libre en su cuarto. Él era entonces un joven de pelo rubio claro, alto, desgarbado, con un desarrollo desproporcionado del cuello y de las muñecas, y capaz de reaccionar ante ciertas cosas con demostraciones de gran entusiasmo. Durante dos noches por semana se dedicaba a atender las clases nocturnas de la Escuela de Ciencias que se había organizado en Overcastle, siendo la fisiografía su tema favorito, y a través de esta insidiosa abertura practicada en su mente las maravillas del espacio infinito habían llegado a tomar verdaderamente posesión de su alma. Había requisado unos viejos prismáticos de su tío, granjero de Leet, más allá del marjal, había adquirido un planisferio de papel y el *Almanack*

Whitaker's

, y durante algún tiempo la luz diurna y la lunar no constituyeron para él más que vacuas interrupciones a la única satisfactoria realidad de su vida: mirar las estrellas. Eran las profundidades lo que le sobrecogía, las inmensidades y las misteriosas posibilidades que podían flotar entre las tinieblas de aquel insondable abismo. Con infinito trabajo y con la ayuda de un artículo muy preciso en *The Heavens*, pequeña revista mensual, que informaba a los que se hallaban bajo aquella obsesión, había, por fin, conseguido enfocar sus prismáticos sobre un nuevo visitante de nuestro sistema, procedente del espacio infinito. En aquel momento estaba mirando con una especie de éxtasis aquella trémula y diminuta centella de luz, casi perdida entre otros puntitos relucientes, y no se cansaba de mirar. Mis cuitas tenían que esperar que él estuviese listo.

—¡Maravilloso! —exclamó.

Y en seguida, como si su primera exclamación no le satisficiera, repitió:

—¡Maravilloso!

Después, volviéndose hacia mí, añadió:

—¿No te gustaría verlo?

Tuve que mirar y luego tuve que escuchar. Aquel intruso, difícilmente visible, iba a ser inmediatamente uno de los mayores cometas que el mundo hubiera visto nunca, y su trayectoria lo situaría a una distancia de unas decenas de millones de kilómetros de la Tierra... a un simple paso, según parecía creer Parload por su modo de hablar. También tuve que oír que el espectroscopio ya estaba sondeando sus secretos químicos, lleno de perplejidades por la presencia de una franja sin precedentes en el verde, y cómo en aquellos instantes estaba siendo fotografiado en el mismo acto de desenroscar, en urna dirección excepcional, su cola dirigiéndola hacia el Sol, y que en seguida volvería a enroscarla. Durante todas estas explicaciones, que se producían como una especie de resaca, estaba yo pensando en primer lugar en Nettie Stuart y en la carta que acababa de escribirme, y luego en la detestable faz del viejo Rawdon tal como la había visto aquella misma tarde. Tan pronto me encontraba planeando la respuesta adecuada para Nettie como pensaba en las tardías réplicas a mi patrono, y luego, de nuevo Nettie brillaba con toda la extensión en el fondo de mis

pensamientos...

Nettie Stuart era la hija del jardinero principal de la viuda del rico Verrall, y ella y yo nos habíamos besado y nos considerábamos novios desde antes de los dieciocho años. Mi madre y la suya eran primas segundas y antiguas compañeras de colegio, y cuando mi madre se había quedado viuda muy joven a causa de un accidente ferroviario, no había tenido más remedio que tomar realquilados. Era el ama de llaves del cura de Clayton, y su posición se estimaba como muy inferior a la de *Mrs. Stuart*. La amable costumbre de ir a hacer una visita de vez en cuando a la quinta del jardinero en Checkshill Towers todavía mantenía a las dos amigas en contacto. Generalmente yo iba allí con ella. Y recuerdo que fue en el crepúsculo de un claro día de julio, uno de esos prolongados atardeceres dorados que menos que dar entrada a la noche parece que admitan por fin, por pura cortesía, a la luna con un escogido cortejo de estrellas, fue en uno de esos atardeceres, pues, como digo, que Nettie y yo, en el estanque de las carpas doradas, donde convergen las avenidas bordeadas de tejos, hicimos nuestras tímidas promesas de principiantes. Recuerdo todavía, y algo se remueve en mis entrañas con este recuerdo, la trémula emoción de aquella aventura. Nettie iba vestida de blanco, con el pelo cayéndole en ondas de suave negrura por encima de sus oscuros ojos brillantes, y llevaba un pequeño collar de perlas alrededor del cuello dulcemente modelado, con una pequeña moneda de oro colgante que anidaba en el hoyo de su garganta. Besé sus remisos labios, y durante los tres años siguientes de mi vida... (¡oh, hasta creo que durante todo el resto de mi vida y de la suya...!) me parece que habría podido ofrecerme a morir por ella.

Hay que hacerse cargo, y cada año que pase se hará más difícil comprenderlo, de lo enteramente distinto que era el mundo de entonces del de ahora. Era un mundo de tinieblas, lleno de desorden evitable, de enfermedades evitables, de dolores evitables, de asperezas, de rigorismos, de estúpidas crueldades impremeditadas, pero así y todo, y pudiera muy bien ser que fuera en virtud de la general tiniebla, había también momentos de una rara belleza que ya no me parecen posibles en mi experiencia. El gran Cambio ha venido para siempre, la dicha y la belleza forman parte de nuestra atmósfera, hay paz en la tierra y buena voluntad en todos los

hombres. Nadie quisiera ni tan sólo soñar con volver a las aflicciones e infortunios de nuestros antiguos tiempos, y, no obstante, toda aquella miseria y todas aquellas desdichas eran, de vez en cuando, traspasadas; la cortina gris de todo aquel cúmulo de infelicidades quedaba apuñalada de vez en cuando por gozos y alegrías de una intensidad tal, por percepciones de una agudeza tal, que me parecen ahora haber desaparecido por completo de nuestra vida actual. ¿Será el Cambio lo que ha robado a la vida sus extremos, o será tal vez únicamente que la juventud me ha abandonado (hasta la fuerza de la edad madura me está ya abandonando) llevándome sólo, sus desesperaciones y sus éxtasis, dejándome solo, acaso, con el raciocinio, la compasión y el recuerdo?

No podría decirlo. Tendría que ser joven ahora, después de haber sido joven entonces, para resolver este problema imposible.

Tal vez un observador imparcial, incluso en los viejos tiempos, habría encontrado muy poca belleza en nuestra agrupación. Tengo dos retratos nuestros, a mano, en esta misma mesa donde escribo y en ellos me veo como un jovenzuelo desgarrado, metido en un traje de confección que no me sienta bien, y Nettie... En realidad, Nettie va muy mal vestida, y su actitud resulta algo más que un poco tiesa. Pero a través de este retrato la vuelvo a ver con su brillante vivacidad y algo de aquel misterioso encanto que poseía para mí. Su rostro ha triunfado del fotógrafo. De otro modo ya haría tiempo que hubiera tirado esta fotografía.

La realidad de la belleza no puede expresarse con palabras. Quisiera poseer el arte de poder dibujar algo que sobrepasa toda descripción. Había una especie de gravedad en sus ojos. Había algo, algo que se reducía sólo a una sutilísima diferencia entre su labio superior y los de las demás muchachas, que hacía que su boca se cerrase tan dulcemente y se abriese más dulcemente aún en una sonrisa. ¡Oh, aquella sonrisa suya tan grave y tan dulce!

Después de habernos besado y haber decidido no decir a nuestros respectivos padres durante algún tiempo la irrevocable elección que habíamos hecho, llegó el momento de separarnos tímidamente y ante los demás, y mi madre y yo regresamos a través del parque iluminado por la luz de la luna, mientras los helechos crepitaban al rozar sus hojas los asustados ciervos, hasta la estación

ferroviaria de Checkshill, y de allí a nuestro mugriento sótano de Clayton; y ya no vi más a Nettie, exceptuando lo que vi de ella en mis pensamientos, durante cerca de un año. Pero a nuestro próximo encuentro decidimos que teníamos que escribirnos, y así empezamos nuestra correspondencia con gran secreto porque Nettie no quería que nadie en su casa, ni siquiera su hermana única, supiera nada de nuestro mutuo afecto. Así es que tuve que enviar mis preciosos documentos, cerrados y sellados, por medio de una amiga del colegio, confidente de ella, que vivía cerca de Londres... Podría todavía escribir la dirección, a pesar de que tanto la casa, como la calle, como el suburbio han desaparecido más allá de toda nueva indagación humana.

Nuestra correspondencia dio lugar a nuestro desvío, ya que por primera vez entramos en una clase de contacto que era algo más que sensual, y nuestras mentes buscaban trabajosamente la manera de expresarse.

Pero hay que tener presente que el mundo de las ideas estaba, en aquellos días, en el estado más extraño que cabe imaginarse. Sofocado por un cúmulo de fórmulas anticuadas e inadecuadas, era un mundo tortuoso, casi un verdadero laberinto, con mecanismos, tretas y adaptaciones secundarias, supresiones, convenciones y subterfugios. Viles contigüidades violaban la verdad en los labios de todos los hombres. Yo fui educado por mi madre en la fe, una fe extraña, anticuada y estrecha, en ciertas fórmulas religiosas, ciertas reglas de conducta, ciertos conceptos sobre el orden social y político, que tenían tanto que ver con las realidades y necesidades de la vida cotidiana contemporánea como la ropa limpia que se guarda en un cajón de la cómoda, perfumada con lavanda. Verdaderamente su religión olía a lavanda; todos los domingos mi madre dejaba de lado todas las cosas de la realidad, las ropas y hasta los enseres y avíos de todos los días, ocultaba sus manos nudosas, a veces agrietadas de tanto fregar, con unos guantes negros, cuidadosamente remendados, se ponía su viejo traje de seda negra y su gorrito, y me llevaba, también limpio y atildado de un modo que .:o era natural, a la iglesia. Allí cantábamos y hacíamos reverencias y oíamos como recitaban unas preces sonoras y nosotros nos uníamos a ellas con unas respuestas aún más sonoras, y nos levantábamos con un congregacional suspiro de alivio cuando la

doxología, con su introito «Ahora Dios el Padre, Dios el Hijo», daba por terminado con una breve reverencia el breve y manso sermón. Había un infierno en aquella religión de mi madre, un infierno rojo de encrespadas llamas que en otro tiempo había sido muy terrible; había también un diablo que era, de oficio, el enemigo del rey de Inglaterra, y había, asimismo, muchísimas denuncias de la inicua lujuria de la carne. Se daba por sentado que creíamos que la mayoría de los habitantes de nuestro desdichado mundo tenían que hacer penitencia por todos los desórdenes y enredos de este planeta, sufriendo exquisitos tormentos por los siglos de los siglos. Amén. Pero, en realidad, aquellas llamas encrespadas eran más bien bonitas y alegres. Todo aquello se había dulcificado y se iba desvaneciendo en una amable irrealidad ya desde mucho antes de mi tiempo. Si me había producido algún terror en mi infancia, lo había ya olvidado, y para mí no era tan terrible como el gigante al que mató un tallo de judía. Y ahora lo veo todo como si fuese un escenario para la cansada y pálida faz de mi pobre madre, y hasta casi como si formara parte amorosamente de ella misma. Y *Mr. Gabbitas*, nuestro pequeño y rechoncho realquilado, extrañamente transformado en sus vestiduras y elevando su voz con distintiva hombría al nivel de aquellas plegarias isabelinas, parecía, creo yo, darle un especial y peculiar interés en Dios. Ella irradiaba su trémula amabilidad hacia Él, y Le redimía de todas las deducciones de los vengativos teólogos; ella era, en realidad, sólo con que yo hubiese podido percibirlo, la respuesta efectiva de todo lo que ella misma habría querido enseñarme.

Así lo veo ahora, pero hay algo duro y desagradable en la vivaz intensidad de la juventud, y habiéndome tomado al principio todas estas cosas seriamente, el ardiente infierno y el ansia de venganza de Dios ante cualquier negligencia, como si fueran tan reales y coetáneas como la fundición de hierro de Bladden o el Banco de Rawdon, las eché luego de mi mente con la misma seriedad.

Mr. Gabbitas, algunas veces, tal como se dice, «hacía caso» de mí, y me había inducido a que continuara dedicándome a la lectura después de haber dejado el colegio, y con las mejores intenciones del mundo y para anticipar y prevenir el daño que podía hacer la ponzoña de los tiempos, me había dejado el *Escepticismo contestado*, de Burble, y había llamado mi atención sobre la biblioteca del

Instituto, en Clayton.

El excelente Burble me produjo un grandísimo sobresalto. Parecía evidente, según se colegía de sus respuestas a los escépticos, que los argumentos en favor de la ortodoxia doctrinaria y de todo aquel porvenir vago y de ninguna manera tan terrible como se pretendía, que yo había aceptado hasta entonces igual que había aceptado la existencia del sol, eran muy pobres, y para remacharme esta idea el primer libro que saqué del Instituto resultó ser una edición americana de las obras completas de Shelley, tanto su prosa gaseosa como su verso atmosférico. Muy pronto me sentí maduro para aceptar una patente irreligiosidad. Y al poco tiempo, en la Asociación de Jóvenes Cristianos, trabé conocimiento con Parload, el cual me dijo, bajo la promesa del más siniestro secreto, que él era «un socialista a rajatabla». Me prestó varios ejemplares de un periódico que llevaba el título estridente de *El Clarín*, el cual estaba precisamente emprendiendo una cruzada contra la religión establecida y generalmente aceptada. Los años de adolescencia de los jóvenes medianamente inteligentes se hallan abiertos, y siempre se hallarán sanamente abiertos al contagio de las dudas filosóficas, de los más diversos desprecios y de todas las ideas nuevas, y debo confesar que yo estaba gravemente atacado de la fiebre propia de esta fase. Digo dudas, pero más que dudas, lo cual son cosas muy complejas, eran negaciones bruscas y absolutas. «¡Que yo haya podido creer esto!». Y también, hay que recordarlo, estaba yo entonces empezando mi correspondencia amorosa con Nettie.

Vivimos ahora, en los días actuales, cuando el Gran Cambio se ha cumplido en la mayoría de las cosas, en un tiempo en que todo el mundo está educado en una especie de amabilidad intelectual, en una amabilidad que no disminuye en nada nuestro vigor, y resulta difícil ahora comprender la sofocante y combativa manera cómo los jóvenes de mi generación ordenaban sus pensamientos. El mero hecho de pensar en ciertas cosas ya constituía un acto de rebelión que le colocaba a uno en una posición oscilante, entre furtiva y retadora. La gente empieza a encontrar a Shelley, a pesar de toda su melodía, escandaloso y mal adaptado ahora, porque sus anarquistas se han desvanecido, y, no obstante, hubo un tiempo en que el pensamiento, entonces moderno, *tenía* que bailar al tono de la rotura de cristales. Se hace un poco difícil poder imaginar el

fermentativo estado de la mente, la disposición a denostar la autoridad constituida, a sostener una persistente nota provocativa, como la que nosotros, jóvenes bárbaros, nos complacemos en sostener. Empecé a leer con avidez escritos como los que Carlyle, Browning y Heine nos han dejado para mayor perplejidad de la posteridad, y no sólo me quedé en leer y admirar, sino que llegué hasta a imitar. Mis cartas a Nettie, después de uno o dos alardes sinceros de superfervorosa ternura, se desviaron hacia la teología la sociología o el cosmos, en ampulosas y sobrecogedoras expresiones. No hay duda de que debieron sorprenderla en grado sumo.

Guardo la mayor simpatía y algo inexplicablemente cercano a la envidia por mi perdida juventud, pero ahora me sería difícil mantener mi posición contra cualquiera que intentara condenarme sin atenuantes por haber sido un necio, presumido y emotivo gaznápiro, en realidad muy semejante al de mi descolorido retrato. Y cuando intento recordar cuáles deben de haber sido exactamente la calidad y el tenor de mis más arduos y sostenidos esfuerzos para escribir cartas memorables a mi novia, confieso que siento escalofríos... Y, no obstante, desearía que todo aquello no hubiese quedado destruido por completo.

Las cartas que ella me dirigía eran muy sencillas; estaban escritas con una caligrafía redondeada y uniforme, y muy mal fraseadas. Sus dos o tres primeras cartas denotaban cierto tímido placer en el uso de la palabra «querido», y me acuerdo que al principio dio lugar a un delicioso sentimiento de placer. Pero al empezar a mostrarse las pruebas de mi fermentación mental, sus respuestas dejaron de ser tan felices como al principio.

No quiero importunaros explicándoos cómo reñimos a nuestra tontísima manera juvenil, y cómo fui el domingo siguiente, y sin que mediara invitación alguna, Checkshill, y todavía estropeé más las cosas, y cómo después escribí una carta que ella consideró «simpatiquísima» y que arregló el asunto. Tampoco quiero hablaros de nuestras ulteriores fluctuaciones de comprensión y de nuestros malentendidos. Siempre era o el culpable y el penitente final hasta la próxima vez, y, entretanto, pudimos disfrutar de algunos momentos de grandes ternuras. Yo llegué a quererla mucho. Pero siempre me ocurría la desdicha siguiente: mientras estaba en la oscuridad y a solas, pensaba en ella con gran intensidad, pensaba en

sus ojos, en su contacto, en su dulce y deliciosa presencia, pero cuando me ponía a escribirle pensaba en Shelley, en Bums, en mí mismo y en otras cuestiones de tan poca importancia como éstas. Cuando uno está enamorado, de este modo fermentativo, resulta más difícil hacer el amor que cuando no se está enamorado. Y en cuanto a Nettie, ya sé que en realidad no me amaba a mí, sino a esos amables misterios. No era mi voz lo que podía elevar sus sueños al nivel de la pasión... Así es que nuestras cartas siguieron resultando descentradas. Después, de pronto, ella me escribió una en la que decía abrigar sus dudas sobre si podía seguir sintiendo interés por alguien que se decía socialista y que no creía en la Iglesia, y casi inmediatamente a esta carta siguió otra con inesperadas novedades. Ella decía que creía que no estábamos hechos el uno para el otro, ya que diferíamos tanto en gustos y en ideas, y que, en fin, hacía ya mucho tiempo que ella estaba pensando en devolverme mi palabra de matrimonio y dejarme libre. En realidad, aunque no me di cuenta cabal de ello en el primer momento, me había despedido. Encontré la carta al llegar a casa, después de haber recibido la no muy cortés negativa de Rawdon a la propuesta que le hice de aumentarme el salario. Aquella noche precisamente tuve que pasar por un estado de febril adaptación a dos nuevos y asombrosos hechos, dos hechos casi diría abrumadores, o sea, que ya no era indispensable ni para Nettie ni para Rawdon. ¡Y venirme ahora con cometas!

¿Dónde estaba?

Me había acostumbrado tanto a considerar a Nettie como indiscutiblemente mía (la entera tradición del «verdadero amor» me lo indicaba así), que el hecho de que ella cambiara de frente con aquellas preciosas frasecitas que implicaban la ruptura y el abandono, después de habernos besado y de haber cuchicheado y de haber llegado a un punto tan íntimo en las pequeñas familiaridades aventuradas de la juventud, me escandalizó profundamente. ¡Y Rawdon tampoco me consideraba indispensable! Sentí como si hubiese sido súbitamente repudiado por el universo y amenazado de eliminación; sentí que debía inmediatamente afianzarme en mí mismo de algún modo positivo y categórico. No había ningún bálsamo, en la religión que yo había aprendido ni en la irreligión que había adoptado, para el amor propio herido.

¿Y si abandonara la oficina de Rawdon de una vez para siempre, y luego, de algún modo rapidísimo y extraordinario, hiciera prosperar la fábrica de cerámica cercana, y gran competidora, de Frobisher?

La primera parte del programa, al menos, sería de fácil realización: ir a Rawdon y decirle: «Adiós, buenas tardes, y si te he visto no me acuerdo», pero por lo que atañe al resto me podía fallar lo de Frobisher. Esto, sin embargo, era un asunto secundario. La cuestión predominante era la de Nettie. Me encontré la mente acibillada con volanderos fragmentos de retórica que podrían serme de mucha utilidad en la carta que le escribiría. Desprecio, ironía, ternura... ¿qué iba a ser?

—¡Vaya! —exclamó Parload súbitamente.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Que han encendido los hornos en la fundición de Bladden, y el humo se eleva exactamente por mi pedazo de cielo.

La interrupción se produjo en el preciso momento en que yo estaba a punto de confiarle mis pensamientos.

—Parload —dije—, es muy probable que tenga que dejar todo esto. El viejo Rawdon no quiere aumentarme el sueldo, y después de habérselo pedido no creo que pueda permanecer en su casa en las mismas condiciones que antes. ¿Ves? Es posible que tenga que marcharme de Clayton para siempre.

3

Esto hizo que Parload dejara a un lado los prismáticos y se quedara mirándome.

—Es muy mala época ahora para cambiar —dijo después de una pequeña pausa.

Rawdon había dicho lo mismo en un tono mucho menos agradable.

Pero con Parload yo me sentía siempre en disposición a hacer sonar la nota heroica.

—Estoy cansado —dije— de trabajar por cuenta de otros. Tan

mala resulta el hambre del cuerpo como la del alma.

—No sé, no sé, realmente... —murmuró Parload lentamente.

Y de este modo iniciamos una de nuestras interminables conversaciones, una de esas largas y vagas, intensamente generalizadas y difusas charlas personales que serán siempre muy apreciadas por los jóvenes inteligentes hasta el fin del mundo. El Cambio no ha abolido nada de esto.

Sería una hazaña increíble de la memoria si ahora pudiera recordar toda la tortuosa maraña de palabrería empleada en aquella ocasión. En realidad, casi no puedo acordarme de nada de ello, aunque las circunstancias ambientales y la atmósfera prevaleciente cuando fueron pronunciadas destacan, como una clara y concisa imagen, en mi mente. Yo adopté una actitud a mi manera y me comporté como un mentecato, sin ningún género de duda. Me comporté como un perfecto egoísta, zaherido y mordaz, y Parload hizo su papel de filósofo preocupado con las profundidades del espacio.

Me acuerdo de que en seguida nos encontramos los dos andando por la calle en la cálida noche de verano, y hablando, tal vez a causa de eso, con entera libertad. Pero de una cosa que dije me acuerdo perfectamente.

—A veces desearía —dije haciendo un gesto hacia el firmamento — que ese cometa tuyo o algo parecido chocara de veras contra este mundo... y nos mandara a todos a paseo... Así se acabarían las huelgas, las guerras, los tumultos, los amores, los celos, las envidias y todas las miserias y las vilezas de la vida...

—¡Ah! —exclamó Parload.

Y aquel pensamiento pareció quedarse revoloteando a su alrededor.

—Esto no sería más que otra de las muchas desdichas de esta vida —añadió, como sin darle importancia, cuando yo ya me hallaba enfrascado en otra cosa.

—¿A qué te refieres?

—A la colisión con un cometa. Únicamente haría retroceder las cosas. Haría que lo que quedara de la vida fuese aún más salvaje de lo que es ahora.

—Pero, ¿por qué tendría que quedar *algo* de la vida? —pregunté.

Éste era nuestro estilo. Mientras tanto seguíamos andando por la

angosta calle y luego por los caminos que conducen a Clayton Crest y a la carretera.

Pero mis recuerdos me retrotraen tan eficazmente a aquellos días anteriores al Cambio que hasta me olvido de que actualmente aquellos lugares han quedado alterados más allá de todo reconocimiento, que la angosta calle y los caminitos y la vista desde Clayton Crest y, en fin, el mundo entero donde yo nací, me crié y me hice hombre, ha desaparecido totalmente, fuera del espacio y del tiempo, y casi fuera de la imaginación de todos aquellos que pertenecen a la generación siguiente a la mía. Vosotros no podéis ver, como yo, la calle vacía y oscura que quedaba entre dos hileras de casas mezquinas, la oscura y desierta vía iluminada por una macilenta lámpara de gas en la esquina, no podéis sentir el duro pavimento mal adoquinado bajo las botas, no podéis contemplar las ventanas vagamente iluminadas, ni las sombras proyectadas sobre las feas, remendadas y mal sujetas cortinillas, de las personas hacinadas en las casas. Ni podéis pasar por delante de la cervecería con su brillante luz de gas y sus extrañas ventanas semicerradas, ni podéis sentir un vaho maloliente y un lenguaje más maloliente aún desde la puerta, ni ver la silueta encogida y furtiva de algún bribonzuelo escurriéndose a nuestro lado, escaleras abajo.

Cruzamos una calle más larga, por la que subía un desvencijado tranvía de vapor, vomitando humo y chispas y haciendo sonar todo su repertorio de estrépitos metálicos. Hacia abajo se veía el grasiento brillo de los escaparates de las tiendas y las luces de las carretillas de los buhoneros tachonando la oscuridad de puntos de fuego. Un nebuloso movimiento de gente serpenteaba a lo largo de la calle, y pudimos oír la voz de un predicador ambulante que pronunciaba un sermón en un solar, entre dos casas. Vosotros no podéis ver estas cosas como yo las puedo ver, ni os podéis imaginar, a menos de que conozcáis los cuadros que aquel gran artista llamado Hyde legó al mundo, el efecto de la gran valla ante la que pasamos, iluminada por debajo por un mechero de gas y elevándose por encima de él hasta terminar abruptamente, como un filo negro recortado contra el pálido cielo.

¡Aquellas vallas donde se fijaban anuncios y carteles! Eran las cosas de colores más brillantes que había en aquel mundo ya desaparecido. Allí, en capas sucesivas de engrudo y papel, todas las

empresas comerciales más o menos escabrosas de aquellos días se reunían en cromática discordia. Píldoras y sermones, teatros y tómbolas benéficas, maravillosos jabones y succulentas conservas, máquinas de escribir y máquinas de coser, todo mezclado en una especie de clamor visualizado. Y después de esto venía un cenagoso camino lleno de escorias, sin una sola luz, un camino que utilizaba sus muchas charcas para pedir de prestado una estrella al cielo, de vez en cuando. Anduvimos chapoteando por aquel camino, sin damos cuenta, mientras seguíamos hablando.

Luego atravesamos los *allotments*, por entre una verdadera selva de coles y cobertizos de mal aspecto, pasamos por delante de una destartalada fábrica abandonada y llegamos a la carretera. La carretera subía, haciendo una curva, por delante de unas cuantas casas y de una cervecería, dando la vuelta hasta dominar todo el valle en el que yacían cuatro ciudades industriales atestadas de gente, en muy poco espacio.

Quiero admitir que, con el crepúsculo, sobrevino un período de fantástica magnificencia sobre toda aquella extensión de tierra, a la que cobijó hasta el amanecer. La horrible mezquindad de sus detalles quedó velada, las conejeras que eran los hogares, las erizadas multitudes de chimeneas, las feísimas matas de reacia vegetación entre las improvisadas vallas de duelas y alambres, las mohosas heridas que enmarcaban dos lomas opuestas de donde se sacaba el mineral de hierro y las yermas montañas de escoria procedente de los altos hornos, quedaban veladas; el vapor, el humo hirviente y el polvo de las fundiciones, de las fábricas de cerámica y de los altos hornos quedaban transfigurados y asimilados por la noche. La atmósfera, cargada de polvo, que durante el día no era sino una opresión grisácea, durante el crepúsculo se transformaba en un misterio de profundas coloraciones translúcidas, de azules y violetas, de rojos sombríos y rutilantes, de una extraña claridad reluciente de verdes y amarillos a través de un cielo ensombrecido. Cada uno de aquellos hornos advenedizos, al hundirse en el horizonte su monarca el sol, se coronaba de llamaradas y los oscuros montones de escorias empezaban a brillar con centelleantes fuegos, y cada fábrica de cerámica se recortaba, rebelde, bajo una volcánica cimera de luz. El imperio del día se disgregaba en un millar de baronías feudales de ardientes ascuas. Las calles

secundarias se destacaban en el valle por sus lámparas de gas de color amarillo desvaído, que adquirían más brillo al entremezclarse en las plazas y cruces principales con la palidez blanquecina de los manguitos incandescentes y el frío brillo de los altos arcos voltaicos. Los entrelazados rieles del ferrocarril hacían surgir brillantes casetas de señales en sus intersecciones, señales que eran estrellas verdes y rojas en constelaciones rectangulares. Los trenes se transformaban en negras serpientes articuladas que corrían vomitando fuego...

Además, allá, en lo alto, como un objeto puesto allí ex profeso fuera de nuestro alcance y casi olvidado, Parload había descubierto un reino que no estaba gobernado ni por el sol ni por los hornos: el universo de las estrellas.

Éste era el escenario de muchas conversaciones que habíamos tenido nosotros dos. Y si, bajo la luz del día, subíamos a la cima y dirigíamos nuestras miradas hacia poniente, podíamos divisar una gran extensión de tierra arable, con parques y grandes mansiones señoriales y la torre de una catedral distante. Algunas veces, cuando el día se presentaba lluvioso, las cumbres de las remotas montañas se veían claramente como suspendidas del cielo. Más allá de lo que alcanzaba la vista, bastante más allá, había Checkshill, y la sensación de su presencia invisible en la distancia era siempre más imperiosa de noche que de día. ¡Checkshill y Nettie!

A nosotros dos, jóvenes como éramos entonces, mientras andábamos por aquel camino lleno de carbonilla y de cenizas, paralelo a la carretera, y discutíamos con calor nuestras perplejidades, nos parecía que aquella cima nos daba, compendiada, una vista general del mundo.

Allí, a un lado, en la hacinada oscuridad, alrededor de las fábricas y de los talleres, los trabajadores, agrupados en manadas, como rebaños, mal vestidos, mal alimentados, mal instruidos, servidos mal y costosamente en todas las ocasiones de su vida, preocupados por la incertidumbre hasta de su insuficiente subsistencia un día y otro, las capillas y las iglesias creciendo e hipertrofiándose en medio de los miserables hogares, igual que saprofitos en medio de la corrupción general; y por otro lado, tanto en espacio, como en libertad y dignidad completamente opuestos a los superhacinados hogares donde los obreros se pudrían, las pocas quintas pintorescas y elegantes donde vivían los grandes

propietarios, y los dueños de fábricas de cerámica, fundiciones, granjas y minas. Más lejos, distantes, bonitas, vulgares, destacándose entre un pequeño grupo de puestos de libros de segunda mano, las residencias eclesiásticas, las tabernas, fondas y demás edificios propios de un mercado comarcal en decadencia, la catedral de Lowchester apuntaba con una hermosa y sencilla aguja a los vagos cielos increíbles. Así nos parecía a nosotros que estaba planeado el mundo entero bajo el impacto de estas primeras impresiones juveniles.

Lo veíamos todo con una gran simplicidad, tal como suelen verse las cosas en la juventud. Teníamos nuestras soluciones, enconadas y llenas de confianza, y cualquiera que se atreviese a criticarlas era amigo de los ladrones. Era un caso patente de latrocinio, según nosotros, un caso de los más evidentes. En aquellas grandes mansiones acechaban el propietario y el capitalista, con su truhán el abogado, y su estafador, el cura, y nosotros, los demás, éramos las víctimas de sus deliberadas villanías. No había duda alguna de que guiñaban los ojos y se reían detrás de sus copas llenas de vinos raros y exquisitos, al lado de sus mujeres vestidas de un modo deslumbrador y perverso, planeando explotar aún más a los pobres.

Y en medio de toda la miseria del otro lado, entre brutalidades, ignorancia y embriaguez, sufría multitudinariamente su inocente víctima, el trabajador.

Y nosotros dos, casi a la primera mirada lo habíamos descubierto todo. Únicamente tenía que ser afirmado todo aquello con suficiente retórica y vehemencia para cambiar la faz del mundo entero. El trabajador se levantaría (en forma del Partido Laborista, y con jóvenes como Parload y yo mismo para representarle) y entraría en posesión de lo que le pertenecía, y entonces...

Entonces los ladrones se escamarían y montarían en cólera, y todo sería extremadamente satisfactorio.

A menos que mi memoria me esté jugando una mala pasada, esto que he dicho no haría injusticia al orden de ideas y de acción que Parload y yo considerábamos como el resultado final de la sabiduría humana. Lo creíamos con gran calor y rechazábamos con el mismo calor la evidente objeción de su rudeza. A veces, durante nuestras grandes conversaciones, nos sentíamos henchidos de

impetuosas esperanzas en el triunfo próximo de nuestra doctrina, pero con más frecuencia nuestra actitud era de ardiente resentimiento contra la maldad y la estupidez que retrasaban un plan tan sencillo de reconstrucción del orden del mundo. Después nos volvimos malignos, y empezamos a pensar en barricadas y en violencias concretas. Yo me acuerdo muy bien de que me sentía amargado aquella noche precisa de que os estoy hablando, y la única faz que se mostraba en la hidra del Capitalismo y del Monopolio, la única faz que yo podía percibir claramente, sonreía exactamente tal como había sonreído el viejo Rawdon cuando se negó a darme más de los despreciables veinte chelines semanales que me daba.

Deseaba intensamente salvaguardar el respeto que me tenía a mí mismo por medio de alguna venganza efectuada en él, y tenía la sensación de que si esto podía hacerse matando a la hidra, podría arrastrar los despojos a los pies de Nettie, y así solventar mi otro gran problema. «Y ahora, ¿qué piensas de mí, Nettie?».

Esto se acerca bastante a la calidad de mis ideas de por entonces, y ya podéis imaginaros cómo gesticulé y declamé aquella noche ante Parload. Podéis imaginaros cómo unas pequeñas siluetas negras, insignificantes, situadas en medio de aquella desoladora noche de flamígero industrialismo, y mi vocecilla con cierto acento retórico, protestando, denunciando...

Consideraréis estas ideas de mi juventud muy pobres, necias y violentas, y particularmente si pertenecéis a la generación joven, a la nacida después del Cambio, compartiréis esta opinión. Hoy el mundo entero piensa claramente, piensa reflexivamente, en certidumbres lúcidas, de tal modo que hallaréis imposible poder imaginar siquiera que otra clase de pensamientos haya sido posible. Dejadme que os explique, pues, cómo podéis situaros mentalmente en un estado parecido al que nosotros disfrutábamos anteriormente. En primer lugar, tenéis que echar a perder vuestra salud con una mala alimentación y exceso en la bebida, tenéis que dar al traste con vuestro estado físico mediante una constante negligencia del ejercicio muscular, y una vez obtenido esto, tenéis que hacer lo posible para estar siempre preocupados, a fin de sentirnos angustiados e incómodos, y después tenéis que poneros a trabajar durante cuatro o cinco días seguidos, durante muchas horas cada

día, en algo demasiado mezquino para ser interesante, en algo demasiado complejo para poder hacerlo maquinalmente, y que, en resumidas cuentas, carezca del menor significado personal para vosotros. Una vez hecho esto, id directamente a un cuartucho sin ventilación, lleno de una atmósfera viciada, y allí poneos a pensar en algún problema complicado. Al cabo de muy poco tiempo os encontraréis en un estado de gran confusión intelectual, molestos, impacientes, agarrándoos a todo lo sencillo, eligiendo y rechazando soluciones y conclusiones a tontas y a locas. Intentad jugar una partida de ajedrez en estas condiciones y veréis como jugaréis de un modo estúpido, perdiendo, a fin de cuentas, la partida y los estribos. Intentad hacer algo que sea propio de un buen funcionamiento del cerebro o del temperamento, y fracasaréis.

Bueno, pues resulta que el mundo, antes del Cambio, estaba tan enfermo y febril como os he descrito; se hallaba preocupado, fatigado de tanto trabajar y perplejo ante problemas que no podían formularse con sencillez, problemas que cambiaban y eludían la solución, y todo ello en una atmósfera que se había espesado y corrompido hasta hacerse irrespirable. No había nadie en el mundo capaz de pensar con sangre fría. Nada había en la mente del mundo sino medias verdades, juicios temerarios, alucinaciones y mucha emoción. Nada...

Ya sé que parece increíble que algunos elementos de la joven generación empiecen a concebir dudas respecto a la grandeza del Cambio que ha sufrido nuestro mundo, pero leed..., leed los periódicos de aquella época. Todas las edades se mitigan y se ennoblecen a medida que van desvaneciéndose en el pasado. Y corresponde a aquellos que, como yo, tenemos una historia de aquel tiempo para relatar, proporcionar por medio de un escrupuloso realismo espiritual, algún antídoto para aquella falsa magnificencia.

Siempre que Parload y yo estábamos juntos era yo quien llevaba la voz cantante.

Ahora, según creo, puedo considerarme a mí mismo retrospectivamente con una imparcialidad casi perfecta. Las cosas han cambiado de tal modo que ahora soy, en realidad, otra persona que no tiene nada de común con aquel jovenzuelo jactancioso y necio cuyas confusiones e inquietudes traigo a colación. Ahora lo veo vulgarmente teatral, egoísta, insincero, y en realidad no me gusta nada, pero le guardo aquella instintiva simpatía material que es el fruto de una intimidad incesante. Precisamente porque se trata de mí mismo, podré sentir y escribir con conocimiento de causa sobre ciertas cosas que le enajenarán la simpatía de casi todos los lectores, pero, ¿por qué tendría yo que paliar o defender su carácter?

Siempre era yo, como digo, quien llevaba la voz cantante, y habría quedado atónito si alguien me hubiera dicho que no era la mía la inteligencia más preclara en estos torneos de palabrería. Parload era muy quieto, algo tieso y reprimido en todo, mientras que yo poseía el don, supremo para los jóvenes y las democracias, de la expresión copiosa. En lo más recóndito de mi corazón diagnosticaba que Parload era un poco lerdo; creía yo que Parload adoptaba aquella actitud de grave sosiego porque se hallaba obsesionado con la idea congenial de la «precaución científica». No me fijé en que mientras mis manos eran útiles principalmente para la gesticulación o para sostener una pluma, las de Parload podían hacer toda clase de cosas, y, por consiguiente, no creí que hubiese unas fibras que partiendo de aquellos dedos se remontaran a algo que debía de haber en su cerebro. Y a pesar de mis constantes alardes y jactancias de mi taquigrafía, de mi literatura, de mi indispensable participación en el negocio de Rawdon, nunca hizo Parload hincapié en la cronometría y en el cálculo que «empollaba» en aquella Escuela de Ciencias tan bien organizada. Actualmente Parload es famoso, es una figura de una gran época, y su obra sobre la intersección de las radiaciones ha ensanchado el horizonte intelectual de la humanidad para siempre, mientras que yo, que soy, todo lo más, un desbastador de la madera intelectual, un bebedor del agua de la vida, no puedo hacer sino sonreír, como él puede hacerlo a su vez, al pensar cómo le molesté, cómo adopté actitudes y cómo le cansé a fuerza de disparates y divagaciones en la oscuridad de aquellos días primitivos.

Aquella noche me sentía estrepitoso y elocuentísimo. Rawdon era, naturalmente, el eje alrededor del cual yo giraba... Rawdon y el patrono rawdonesco, la injusticia de los «salarios de esclavitud», y todas las condiciones ambientales inmediatas de aquel callejón industrial sin salida, donde parecía que nuestras vidas habían sido arrojadas. Pero, de vez en cuando, dirigía miradas de soslayo a otras cosas. Nettie se hallaba siempre en el fondo de mi mente, mirándome enigmáticamente. Aquello de que yo tuviera un asunto romántico en algún lugar distante, más allá de la esfera de nuestras relaciones, formaba parte de mi actitud con Parload, y aquella nota daba una resonancia byroniana a muchas de las sandeces que yo iba produciendo y exhibiendo ininterrumpidamente para su mayor asombro y pasmo.

No quiero cansaros con una relación excesivamente detallada de la conversación de un tontuelo que además se hallaba acongojado y se sentía infeliz y cuya voz era un bálsamo para las humillaciones que le hacían escocer los ojos. En realidad, ahora, en muchos aspectos, no puedo desenredar esta arenga a que me refiero de las muchas otras cosas que puedo haber dicho en otras conversaciones con Parload. Por ejemplo, no me acuerdo si fue entonces o antes o después cuando, como por accidente, dije algo que podía ser tornado como una confesión de ser toxicómano.

—No debes hacer esto —repuso Parload, disgustado—. No tienes que emponzoñarte el cerebro con eso.

Mi cerebro, mi elocuencia, tenían que ser unos factores importantísimos en la revolución que se acercaba...

Pero hay una cosa que pertenece claramente a esta conversación que estoy rememorando. Al principio tenía firmemente decidido no dejar el empleo en la oficina de Rawdon. Yo quería simplemente quejarme y burlarme de mi patrono ante Parload. Pero me puse a hablar de un sinfín de cosas que no guardaban la menor relación con los motivos convincentes que yo podía tener para permanecer en mi empleo, con el resultado de que me volví a mi casa aquella noche irrevocablemente decidido a mantener una actitud fogosa y viril, por no decir retadora, con mi patrono.

—No puedo aguantar más a Rawdon —dije a Parload, a modo de rúbrica.

—Se acercan tiempos difíciles —murmuró Parload.

—El próximo invierno...

—Antes. Los americanos han estado produciendo con exceso y van al *dumping*. En la industria del hierro habrá convulsiones.

—No me importa. Las fábricas de cerámica están muy firmes.

—¿Con lo del acaparamiento del bórax? No... He oído decir...

—¿Qué has oído decir? Vamos a ver.

—Secretos de oficina. Pero no es ningún secreto que se presentarán malos tiempos para los cacharrereros. Ha habido mucho préstamo y mucha especulación. Los amos ya no se limitan a preocuparse de un solo negocio, de una sola industria, eso es lo que quiero decir. La mitad del valle puede que se encuentre «jugando» antes de haber transcurrido dos meses.

Parload soltó este discurso, excepcionalmente largo, del modo más expresivo y grave.

«Jugar» era nuestro eufemismo local con el que pretendíamos expresar un período en el que no hubiera ni trabajo ni dinero, una época de estancamiento, de hambre y de ociosidad. Esta clase de intermedios parecían ser, aquellos días, la consecuencia necesaria de la organización industrial.

—Será mejor que te quedes con Rawdon —me aconsejó Parload.

—¡Uf! —exclamé, afectando un noble desagrado.

—Habrá jaleo —dijo Parload.

—¿Y qué más da...? Bueno, pues que haya jaleo... y cuanto más, mejor. Este sistema debe terminar, más tarde o más temprano. Esos capitalistas, con sus especulaciones, sus acaparamientos y sus *trusts* hacen que las cosas vayan de mal en peor. ¿Por qué razón tendría yo que agacharme en el despacho de Rawdon, como si fuera un perro atemorizado, mientras el hambre campea por las calles? El hambre provoca la revolución. Cuando llegue, debemos salir a darle la bienvenida. Sea como sea, lo voy a hacer ahora mismo.

—Muy bien... —empezó a decir Parload.

—Ya estoy cansado —dije—. Quiero enfrentarme de hombre a hombre con todos esos Rawdon. Me parece que si me sintiera hambriento y salvaje, podría hablar a los hombres hambrientos...

—Piensa en tu madre —dijo Parload, con su manera de hablar lenta y juiciosa.

Aquello sí que era una dificultad.

Vencí aquel obstáculo con un ardid retórico.

—Pero, ¿sería justo sacrificar el futuro del mundo, sacrificar hasta el propio porvenir sólo por el mero hecho de que la madre de uno se halle totalmente desprovista de imaginación?

5

Ya era tarde cuando me despedí de Parload y regresé a mi casa.

Nuestra casa se hallaba en una plazoleta de un barrio muy respetable, cerca de la iglesia parroquial de Clayton. *Mr.* Gabbitas, el vicario, vivía en la planta baja. En el primer piso vivía una anciana señorita, *Miss* Holroyd, que pintaba flores sobre porcelana y mantenía a su hermana ciega. Mi madre y yo vivíamos en el sótano y dormíamos en la buhardilla. La fachada de la casa quedaba velada por una parra ornamental que, desafiando la atmósfera de Clayton, se arracimaba en sucias matas colgantes sobre el porche de madera.

Al subir los peldaños de la entrada vi a *Mr.* Gabbitas en su habitación sacando copias de sus fotografías a la luz de una vela. El mayor placer de su insignificante vida consistía en irse al extranjero durante las vacaciones con un pequeño aparato fotográfico de rarísima hechura, para volver con una gran cantidad de nebulosos y siniestros negativos que había tomado en diversos lugares hermosos e interesantes. Estos negativos los mandaba a la tienda de fotografía donde se los revelaban a buen precio, y luego el bueno de Gabbitas se pasaba todas las tardes del año sacando copias para infligírselas a sus amigos inocentes. En la Escuela Nacional de Clayton había un gran cuadro, en forma de tira alargada, inscrito con caracteres ingleses antiguos, que decía: «Vistas de Italia, por el reverendo E. B. Gabbitas». Parecía que sólo vivía y viajaba para esto. Era su única alegría verdadera. Bajo la luz recortada por la pantalla pude divisar su corta nariz afilada, sus ojuelos pálidos tras las gafas, su boca fruncida por la atención que prestaba a su trabajo...

—¡Grandísimo embustero a sueldo! —murmuré sordamente.

¿No formaba también él parte del sistema? ¿No formaba parte del plan de latrocinio que nos había hecho esclavos de un salario a Parload y a mí? Aunque había que reconocer, de todos modos, que

su participación en el procedimiento era ciertamente muy pequeña.

—¡Grandísimo embustero a sueldo! —repetí, bajo el cobijo de la oscuridad, por fuera de su leve resplandor de cultura turística...

Mi madre abrió la puerta y se quedó mirándome silenciosamente, porque comprendió en seguida que había algo que no andaba bien y que sería inútil que me lo preguntara.

—Buenas noches, mamá —dije besándola bruscamente.

Encendí mi vela y me fui escalera arriba hacia mi cuarto, con la intención de acostarme en seguida, sin volverme para mirarla.

—Te he guardado un poco de cena, querido.

—No quiero cenar.

—Pero, hijo...

—Buenas noches, madre.

Seguí escalera arriba y cerré de un portazo casi en sus narices. Apagué la luz de un soplo y me tendí en la cama. Permanecí allí un buen rato antes de volverme a levantar para desnudarme.

Había ocasiones en que aquella muda mirada implorante en el rostro de mi madre me irritaba en extremo. Y así ocurrió aquella noche. Sentí que tenía que luchar contra aquello, que yo dejaría de existir si accedía a las sugerencias de aquella imploración, y sentí que la resistencia contra aquello me zahería y dividía mi propio yo, más allá de lo que se pudiera tolerar. Era evidente que tenía que buscar por mí mismo la solución de los problemas religiosos, de los problemas sociales, de las cuestiones de conducta y moral, de las cuestiones de oportunidad, con las que sus pobres creencias simplicísimas no podrían ayudarme en modo alguno... ¡Y ella no lo comprendía! Su religión era la oficial, sus únicas ideas sociales consistían en la ciega sumisión al orden establecido: a las leyes, a los médicos, a los curas, a los abogados, a los maestros y a todas las personas respetables que ostentan algún rango o autoridad por encima de nosotros. Para ella, creer equivalía a temer. Sabía bien, por centenares de pequeños indicios, que, a pesar de que a veces yo asistía a los servicios religiosos con ella, estaba perdiendo contacto con todas aquellas pequeñas cosas que regulaban su vida, para hundirme en algo desconocido y terrible. Por ciertas palabras mías, ella comprendió lo que yo torpemente ocultaba. Ella intuía mi socialismo, intuía mi espíritu de rebeldía contra el orden establecido, intuía los impotentes resentimientos que me llenaban

de acritud contra todo lo que para ella era sagrado. Y, no obstante, no era a sus dioses a quien ella intentaba proteger, sino a mí. Parecía que siempre estuviese a punto de decirme: «Hijo mío, ya sé que la vida es dura... pero la rebelión lo es todavía más. No le hagas la guerra a todo esto, hijo mío... ¡No lo hagas! No hagas nada para que puedan sentirse ofendidos. Estoy segura de que resultarás perjudicado si lo haces... Será mucho peor para ti».

A mi madre la habían intimidado hasta dejarla sin voluntad, lo mismo que había ocurrido con tantas y tantas mujeres de aquella época, por la mera brutalidad de la aceptación del hecho consumado. El orden establecido la dominaba, obligándola a la adoración de ceremonias y prácticas abyectas. Aquello la había hecho encorvarse, la había envejecido prematuramente, le había robado la fuerza visual, de modo que a los cincuenta y cinco años me miraba a través de unos lentes baratos para verme solo vagamente, le había infligido un estado habitual de ansiedad y había casi paralizado sus manos..., ¡sus pobres manos queridas! En el mundo entero no podría encontrarse una mujer con unas manos tan tiznadas, tan endurecidas por el trabajo, tan gastadas y deformadas por el trabajo doméstico, tan agrietadas y bastas, tan mal cuidadas... Al menos puedo decir esto en defensa propia: que mi acritud contra el mundo y mi animosidad contra la fortuna eran tanto por causa de ella como por causa mía.

Y, no obstante, aquella noche pasé por su lado con cierta rudeza. Contesté brevemente a sus preguntas, la dejé preocupada y perpleja en el pasillo y le cerré la puerta en las narices.

Durante un buen rato estuve profiriendo denuestos y maldiciones contra la rudeza y la maldad de la vida, contra la avaricia de Rawdon y contra la frialdad de la carta de Nettie, contra mi debilidad y mi insignificancia, contra un sinnúmero de cosas para mí intolerables y contra otro sinnúmero de cosas que yo no podía enmendar. Dando vueltas y más vueltas iban mis pobres sesos, fatigados en extremo e incapaces de pararse en el molino de rueda de escalones de mis desgracias. Nettie. Rawdon. Mi madre, Gabbitas. Nettie... Y la rueda giraba sin cesar.

De repente me sobrevino un agotamiento emocional total. Un reloj daba las doce de la noche. Después de todo, yo era aún joven y tenía estas transiciones rápidas. Me acuerdo muy claramente de que

me incorporé bruscamente, me desnudé con rapidez y a oscuras, y apenas puse la cabeza sobre la almohada me quedé dormido.

Lo que no sé es cómo durmió mi madre aquella noche.

Por extraño que parezca, no me acuso de haberme comportado de ese modo con mi madre, a pesar de que mi conciencia me acusa con fuerza de mi arrogancia con Parload. Lamento mucho mi comportamiento para con mi madre en los días anteriores al Cambio. Constituye una fea cicatriz en mis recuerdos, que siempre me será dolorosa, hasta el fin de mis días, pero no veo la manera como hechos de esta naturaleza podían ser evitados en las condiciones entonces imperantes. En aquella época de confusión y de oscurantismo los hombres se hallaban sobrecogidos por sus necesidades, por sus esfuerzos y por sus ardientes pasiones antes de que pudieran aprovecharse de la ocasión de tener un año por lo menos para poder pensar diáfananamente. Se aplicaban intensa y esforzadamente en alguna obligación parcial, pero inmediata, y el desarrollo del pensamiento cesaba en ellos. Se adaptaban en estrechos cauces mentales y se endurecían en ellos. Muy pocas mujeres eran capaces de aceptar una idea nueva después de los veinticinco años, y muy pocos hombres después de los treinta y uno o treinta y dos. El descontento de las cosas existentes se consideraba inmoral y constituía ciertamente un problema para todos, y la única protesta contra todo ello, el único esfuerzo contra la tendencia universal en todas las instituciones humanas a embotarse y entorpecerse, a trabajar poco y mal, a enmohecerse y debilitarse camino de la catástrofe, venía de la juventud, de la cruda e implacable juventud. Les parecía, en aquellos tiempos, a los pensadores, que la dura ley de nuestra existencia consistía en someternos a nuestros mayores y dejar que nos ahogáramos en una viciada atmósfera o en no hacer el menor caso de ellos, desobedeciéndolos, apartándolos, y dando un pequeño paso hacia el progreso antes de que nosotros también nos anquilosáramos y fuéramos un obstáculo como ellos.

Aquel gesto de apartar a mi madre para pasar, mi huida sin respuesta satisfactoria hacia mis silenciosas meditaciones, fue (y ahora me doy cuenta de ello) una imagen de la dificultad que había en las relaciones normales entre los padres y los hijos de aquellos tiempos. No había otro camino; aquella tragedia perpetuamente

repetida formaba, según parecía, parte integrante de la misma naturaleza del progreso del mundo. Entonces no nos imaginábamos que hubiera mentalidades que pudiesen madurar sin volverse rígidas ni que los hijos pudieran honrar a sus padres y al mismo tiempo pensar por sí mismos. Nos sentíamos coléricos y premiosos porque nos sentíamos sofocados en la oscuridad, en una atmósfera viciada y envenenada. Esta deliberada animación de la inteligencia que actualmente es una cualidad universal, ese vigor con consideración, ese raciocinio acoplado a un confiado espíritu emprendedor que ahora brillan por todos los ámbitos de nuestro mundo, eran cosas desintegradas y desconocidas en la corruptora atmósfera de nuestro anterior estado.

(Aquí terminaba el primer fascículo. Lo dejé a un lado y busqué el segundo).

—Bueno, ¿qué? —preguntó el hombre que escribía.

—¿Es una novela esto?

—Es mi historia.

—Pero usted... En medio de todas estas bellezas... Usted no puede ser ese mismo muchacho mal preparado y escuálido de quien se trata en lo que acabo de leer...

Él sonrió.

—Es que ahora interviene en el asunto cierto Cambio. ¿No lo he insinuado? Yo vacilé y no supe qué objetar. (Entonces vi el segundo fascículo al alcance de mi mano, y lo cogí).

CAPÍTULO II

NETTIE

1

No puedo recordar —*proseguía la historia*— qué lapso de tiempo separaba aquella noche en la que Parload me enseñó por primera vez el cometa, y que sólo hice como si lo viera, y aquella tarde de domingo que pasé en Checkshill.

Entre estas dos fechas hubo tiempo suficiente para notificarle a Rawdon que me iba de su casa, para buscar un nuevo empleo con un esfuerzo tan denodado como vano, para pensar y decir muchas cosas injustas y violentas a mi madre y a Parload y para pasar por diversas fases de una miseria cada vez más acentuada. Debí de haber mediado una apasionada correspondencia con Nettie, pero toda la emoción y la fuerza de aquello se ha desvanecido de mi recuerdo. Lo único que queda claro en mi memoria es que escribí una magnífica carta de despedida a Nettie, quitándomela de delante para siempre, y que recibí como contestación una repulida y almidonada notita suya, en la que me decía que aunque hubiera que dar nuestras relaciones por terminadas no había motivo para escribir las cosas que yo le había escrito. Me parece que yo volví a escribirle en un tono que consideré satírico. A esto ella no respondió. Este intervalo fue, por lo menos, de tres semanas, y más probablemente de cuatro, ya que el cometa que la primera vez que lo vi era sólo un puntito dudoso perdido en el firmamento, visible únicamente si se miraba a través de unos prismáticos, al final de dicho período era ya una gran presencia blancuzca, más brillante que Júpiter, que proyectaba sombras por su propia cuenta. Se había presentado activamente en el mundo del pensamiento humano. Todo el mundo hablaba de él, todo el mundo se apresuraba a contemplar su creciente esplendor apenas se ponía el Sol... Los

periódicos, los *music-halls*, los anuncios inclusive, se servían de él o le prestaban eco.

Sí, el cometa se presentaba como una entidad dominante antes de que yo hubiera vuelto a insistir para aclarar las cosas a Nettie. Y Parload se había gastado dos libras esterlinas de sus ahorros para comprarse un espectroscopio a fin de poder ver con sus propios ojos, noche tras noche, aquella misteriosa, aquella línea estimulante..., la línea desconocida en el verde. ¿Cuántas veces, me pregunto ahora, dirigí mis miradas al símbolo titilante de lo desconocido que se nos venía encima a través de la inhumana vacuidad de los espacios siderales, antes de rebelarme? Pero, al fin, no pude aguantar más, y le reproché a Parload muy acerbamente que perdiera el tiempo en aquel «diletantismo astronómico».

—Ahora, aquí —dije—, estamos al borde del mayor *lock-out*

que haya habido en la historia de este país. Hay miseria y hambre a la vista, hay todo el sistema competidor capitalista como una gran herida inflamada, y te pasas las horas con la boca abierta contemplando como un tonto ese maldito puntito de nada en el cielo...

Parload se quedó mirándome.

—Sí, es cierto lo que dices —repuso lentamente, como si aquello fuese una idea nueva—. ¿Verdad que sí...? No sé por qué será.

—Yo quiero que empiecen las reuniones de última hora de la tarde en

Howden's

Waste.

—¿Crees que te escuchará alguien?

—¡Ya lo creo...! Ahora, sí.

—Pero antes no lo hicieron —repuso Parload mirando con su instrumento preferido.

—El domingo hubo una manifestación de obreros parados en Swathinglea. Y la cosa acabó a pedradas.

Parload permaneció un buen rato sin decir nada, mientras yo iba diciendo todo lo que se me ocurría. Parecía como si estuviera considerando algo.

—Pero, después de todo —dijo por fin, con un torpe movimiento hacia su espectroscopio—, eso significa algo.

—¿El cometa?

—Sí.

—Pero, ¿qué puede significar? No querrás que yo crea en astrología. ¿Qué importa lo que arda en el cielo... cuando la gente se está muriendo de hambre en la Tierra?

—Esto es... es la ciencia.

—¡La ciencia! Lo que nos interesa es socialismo y no ciencia.

Aun así Parload parecía reacio a abandonar su cometa.

—El socialismo está muy bien —dijo—, pero si eso que hay ahí arriba llegara a chocar con la Tierra, tendría mucha importancia.

—Nada importa fuera del hambre.

—Bueno, pues figúrate que matara a todos los hombres.

—¡Oh! —exclamé—. Esto es un disparate.

—No sé —dijo Parload, espantosamente incierto entre sus dos lealtades.

Volvió a mirar el cometa. Estuvo a punto de repetir su creciente información sobre la proximidad de las órbitas de la Tierra y del cometa y de las consecuencias que de ello se derivarían, pero yo lo interrumpí con algo que había leído de un escritor hoy olvidado, Ruskin, un verdadero volcán de sugerencias idiotas que impresionó muchísimo a los jóvenes excitables y elocuentes de aquellos días. Era algo sobre la insignificancia de la ciencia y la importancia suprema de la Vida. Parload se quedó escuchando, vuelto a medias hacia el firmamento, con las puntas de los dedos sobre el espectroscopio. Pareció llegar a una repentina decisión.

—No. No estoy de acuerdo contigo, Leadford —dijo—. No sabes nada de lo que es la ciencia.

Parload discutía muy raramente con aquella brusquedad. Yo estaba tan acostumbrado a disfrutar de la entera posesión de nuestras conversaciones que aquello fue como si me hubieran dado un golpe.

—¿No estás de acuerdo conmigo? —pregunté.

—No —dijo Parload.

—Pero, ¿cómo es posible?

—Creo que la ciencia tiene más importancia que el socialismo —insistió—. El socialismo es una teoría. La ciencia... la ciencia es algo más.

Y aquello fue todo lo que pareció capaz de decir.

Nos enfrascamos en una de esas extrañas discusiones que los jóvenes analfabetos suelen siempre encontrar profundas e interesantes. ¿Ciencia o socialismo? Era, naturalmente, como empeñarse en discutir el origen del bien, la razón de ser zurdo o el gusto de las cebollas; era una polémica totalmente imposible. Pero la amplitud de mi retórica me permitió, al menos, conseguir que Parload se exasperase, y como la mera oposición a mis conclusiones fue suficiente para exasperarme a mí, acabamos en el tono de una verdadera querella.

—¡Ah, muy bien! —exclamé—. ¡Ahora ya sé dónde estamos!

Cerré de un portazo, como si quisiera hacer saltar la casa, y salí echando pestes a la calle. Sin embargo, tuve la impresión de que él ya estaba otra vez en la ventana, contemplando su bendita línea en el verde, antes de que yo tuviese tiempo de doblar la esquina.

Tuve que seguir andando durante una o dos horas a fin de refrescarme lo suficiente para poder volver a casa.

¡Y precisamente era Parload quien me había iniciado en el socialismo!

¡Renegado!

Durante aquellos días de desasosiego me pasaron por la cabeza las ideas más extraordinarias. Confieso que aquella noche mi mente corría persistentemente :ras una serie de revoluciones de acuerdo con el más acreditado modelo francés, y yo ya me veía sentado en un Comité de Salud Pública, juzgando a los apóstatas y renegados. Parload estaba allí, entre los prisioneros, dándose cuenta demasiado tarde del error de sus opiniones. Tenía las manos atadas a la espalda, a punto de salir para el matadero. A través de las puertas abiertas se oía la voz de la justicia, la ruda justicia del pueblo. Yo, aun sintiéndolo mucho, tenía que cumplir con mi deber.

—Sí castigamos a aquellos que quieren traicionarnos para entregarnos a los reyes —decía yo, con triste determinación—, con mucha más razón debemos castigar a aquellos que quieren posponer el Estado a la búsqueda de conocimientos inútiles.

Y dicho esto, con siniestra satisfacción, lo enviaba a la guillotina.

—¡Ah, Parload! ¡Parload! ¡Si me hubieras escuchado antes, Parload...!

A pesar de todo, aquella disputa me disgustó profundamente. Me

sentí hasta desdichado. Parload era mi único confidente, y me costaba mucho vivir separado de él, sin nadie que me escuchara, día tras día.

Aquella época fue muy triste para mí, incluso desde antes de mi última visita a Checkshill. Las largas horas de ociosidad pesaban mucho en mis manos. Estaba fuera de casa todo el día, en parte para dar visos de realidad a la ficción de que iba buscando diligentemente otro empleo, y en parte para escapar de la persistente pregunta que veía en los ojos de mi madre. «¿Por qué te peleaste con *Mr. Rawdon*? ¿Por qué?». Pasaba la mayor parte de las mañanas en el departamento de los periódicos de la Biblioteca Pública, redactando imposibles solicitudes para empleos imposibles... Me acuerdo de que, entre otras, envié una ofreciendo mis servicios a una firma de detectives privados, siniestro hatajo de traficantes en bajas envidias y en innobles celos ya felizmente desaparecidos de este mundo, y escribí también, a propósito de un anuncio pidiendo «estibadores», diciendo que ignoraba cuáles eran las obligaciones de un estibador, pero que estaba dispuesto a aprenderlas. Durante las tardes y al anochecer vagaba por entre las extrañas luces y las sombras de mi valle natal maldiciendo todas las cosas creadas. Mis vagabundeos cesaron cuando descubrí que estaba gastando rápidamente las suelas de las botas.

¡La estancada e inconcluyente malaria de aquella época!

Me doy perfecta cuenta de que yo era un jovenzuelo lleno de mal humor y de malas disposiciones, con una gran capacidad de aborrecimiento, *pero...*

Había una excusa para el odio.

Lo que estaba mal en mí era odiar a los individuos y comportarme groseramente con tal o cual persona, con dureza y espíritu vengativo, pero lo cierto es que hubiera estado igualmente mal aceptar sin resentimiento alguno el ofrecimiento que me hacía la vida. Ahora veo con toda la claridad y toda la calma lo que entonces sólo podía sentir oscuramente y con una intensidad desequilibrada, o sea, que mis condiciones de vida eran intolerables. Mi trabajo era aburridísimo y fatigoso y me cogía una proporción muy poco razonable de mi tiempo. Andaba mal vestido, mal alimentado, mal acondicionado, mal instruido y mal preparado, mi voluntad había quedado suprimida y se hallaba entumecida

hasta constituir una verdadera tortura. No tenía amor propio ni me sentía orgulloso de mí mismo, ni podía contar con tener la ocasión de enderezar ningún entuerto. Era una vida que casi no valía la pena de ser vivida. El hecho de que una gran proporción de gente que vivía a mi alrededor no disfrutara de mejor suerte y que muchos la tuvieran aún peor, no invalida estos hechos. Era una vida en la cual la satisfacción y la alegría hubiesen sido manifestaciones vergonzosas. Si alguien se sentía contento y resignado, peor para los demás. No cabe duda que aquello de echar por la borda mi empleo fue una acción irreflexiva y necia, pero era todo tan evidentemente necio y sin objetivo en nuestra organización social que aún ahora no estoy dispuesto a aceptar la culpa de ello, excepto que fui la causa de las penas y ansiedades de mi madre.

¡Pensad en el hecho, que ya lo abarca todo, del *lockout*!

Aquel año fue francamente malo, un año de desorganización económica universal. A causa de una falta de dirección inteligente el gran *trust* de los «reyes del hierro» americanos, una pandilla de propietarios de altos hornos, enérgicos y de una increíble bajeza de miras, habían fundido muchísimo más hierro del que podían colocar en el mundo entero. (En aquellos días no había medio de poder estimar de antemano ningún requerimiento de este género). Los reyes del hierro americanos habían hecho aquello incluso sin contar con los otros grandes industriales metalúrgicos de los demás países. Durante su período de actividad habían atraído a sus industrias gran cantidad de obreros y habían construido una serie de fábricas y fundiciones enormes. Es evidentemente justo que la gente que hace cosas tan estúpidas tenga que padecer por ello, pero en otro tiempo era posible, y hasta era costumbre en estos casos, que los verdaderos incapaces, los culpables de los desastres pudieran evitarse tener que cargar con las consecuencias de su incapacidad. Nadie creía que estuviera mal que un «capitán de industria» de escaso cacumen, después de haber conducido a sus gentes a la sobreproducción y a la manufactura desproporcionada de algún determinado artículo, los abandonara, los despidiera, como tampoco había nada que pudiera evitar la súbita y frenética venta a bajo precio de algún producto, a fin de sorprender y destruir el negocio similar de un rival, asegurarse clientes para las necesidades cada vez más distendidas de la propia industria y traspasarle una

buena parte del castigo que hubiera debido recibir el autor de la sobreproducción. Esta operación era conocida con el nombre de *dumping*. Los reyes del hierro norteamericanos estaban entonces haciendo el *dumping* al mercado británico. Los patronos británicos, como es natural, hacían recaer las consecuencias de las pérdidas hasta donde era posible sobre sus propios trabajadores, pero además provocaban una gran agitación a fin de que se promulgara la legislación pertinente para prevenir, no el estúpido exceso relativo de la producción, sino el *dumping*; es decir, no la enfermedad, sino las consecuencias de la enfermedad. El conocimiento necesario para evitar tanto el *dumping* como sus causas, la producción independiente de los diversos artículos eran cosas inexistentes, pero esto no les hacía la menor mella, y como respuesta a sus demandas había surgido un curioso partido de proteccionistas, partidarios de represalias, los cuales combinaban ciertas vagas propuestas en favor de respuestas espasmódicas a estos ataques convulsivos procedentes de fabricantes extranjeros con la evidentísima intención de sacar un gran provecho a las aventuras financieras consiguientes. Los elementos deshonestos y temerarios eran tan evidentes en este movimiento, que contribuían en gran manera a enrarecer más la atmósfera general de desconfianza y de inseguridad, y en el retroceso registrado ante la perspectiva de que el poder fiscal pasara a manos de la clase de hombres conocidos como los «nuevos financieros», se podía oír a viejos hombres de Estado atemorizados, afirmando apasionadamente que el *dumping* no existía o que era una cosa muy agradable y encantadora. Nadie quería enfrentarse ni tener nada que ver con la intrincada verdad del asunto. El efecto obtenido sobre la mente de un observador imparcial era el de una bandada de mentalidades insustanciales y disparatadas dejándose llevar a la deriva por una serie de cataclismos económicos irracionales, con los precios y el trabajo echados por los suelos de cualquier modo, como unas torres después de un terremoto. Y en medio de las movedizas masas derrumbadas seguía el pueblo trabajador pasando la vida como podía, sufriendo, perplejo, desorganizado, y para todo lo que no fueran protestas violentas e infructuosas, completamente impotente. Ahora no es posible que podáis comprender la absoluta necesidad de un ajuste en el viejo orden de las cosas. Al mismo tiempo había gente que se moría

materialmente de hambre en la India, mientras, por otra parte, había quien se dedicaba a quemar el trigo invendible en América. Eso parece una fantasía, más propio de una pesadilla de locos que de la realidad, ¿no? Era una pesadilla, una pesadilla de la que nadie en la tierra esperaba despertar.

A nosotros, los jóvenes, con la certidumbre y el racionalismo de la juventud, nos parecía que las huelgas y los

lock-outs

, la sobreproducción y la miseria no era posible que fueran simplemente el resultado de la ignorancia y de la falta de ideas y de sentimientos. Necesitábamos otros factores más dramáticos que estas nieblas mentales, que estos diablos meramente atmosféricos. Nos escapamos, por lo tanto, hacia el refugio ordinario del ignorante desdichado, hacia la convicción de la existencia de unas conspiraciones crueles e insensatas (nosotros las llamábamos «conspiraciones») contra el pobre.

Podéis ver aún cómo nos las figurábamos si vais a cualquier museo y miráis las caricaturas del capital y del trabajo que se publicaban en los periódicos socialistas alemanes y americanos de antaño.

2

Me había desprendido de Nettie con una epístola elocuente, me había imaginado que el asunto estaba liquidado de una vez para siempre («Ya he terminado con las mujeres» le había dicho a Parload), y entonces hubo un silencio total durante una semana.

Antes de que hubiera acabado de transcurrir aquella semana me preguntaba con creciente emoción qué sería lo que iba a ocurrir entre nosotros.

Me pasaba la vida pensando en Nettie, recordándola (a veces con firme satisfacción, y otras veces con pesaroso remordimiento), lamentándome, condoliéndome, dándome cuenta de aquel final absoluto que se había interpuesto entre los dos. Desde el fondo de mi corazón no podía creer que todo hubiera terminado entre

nosotros, igual que no podía creer que hubiese llegado el fin del mundo. ¿No nos habíamos besado? ¿No habíamos conseguido una atmósfera de susurrante proximidad? ¿No habíamos echado un puente entre nuestra mutua timidez virgen? Claro que yo era suyo, claro que ella era mía, y las separaciones y las querellas finales y los malhumores y las distancias no eran más que adornos del hecho eterno. Así sentía yo que iba el asunto, fuera cual fuese la forma que diese a mis pensamientos.

Siempre que mi imaginación se ponía a trabajar, al llegar al final de aquella semana, se me aparecía la imagen de Nettie del modo más natural del mundo. Pensaba en ella repetidamente de día, y soñaba con ella de noche. La noche del sábado soñé con ella de una manera muy vivida. Tenía la cara colorada y húmeda de lágrimas, el cabello en desorden, y cuando yo le dirigí la palabra, dio media vuelta y se fue. De un modo algo vago, este sueño me dejó con cierto sentimiento de desesperación y de ansiedad. La mañana siguiente tenía un ansia rabiosa de verla.

Aquel domingo mi madre deseó con mucho ahínco que fuera a la iglesia. Tenía un doble motivo. Creía que aquello ejercería una influencia favorable en mi busca de empleo durante la semana siguiente, y, además, *Mr. Gabbitas*, con cierto misterio tras sus antiparras, me había prometido que vería si podía hacer algo por mí, y mi madre quería coaccionarle a fin de que no se arrepintiera de su promesa. Yo consentí a medias, y después un vivo deseo de Nettie se apoderó de mí. Le dije a mi madre que no iría a la iglesia y a las once emprendí camino a pie de los veintisiete kilómetros que me separaban de Checkshill.

Intensificó grandemente la fatiga de esta larga expedición el hecho de que la suela de mi bota se rompiera al nivel de los dedos, y después que hube podido cortar el colgajo de suela un clavo empezó a insinuarse en la planta de los pies atormentándome de lo lindo. Sin embargo, la bota tenía un aspecto normal después de la escisión del colgajo de suela y no ofrecía ninguna indicación visible de mi incomodidad. Comí un poco de pan con queso en una pequeña posada, a mitad de camino, y me encontré en el parque de Checkshill a eso de las cuatro. Me abstuve de ir por la carretera que iba directamente a la casa pasando por los jardines, y en vez de ello me fui por el atajo atravesando la loma de más allá de la casita del

segundo guarda, por un caminito que Nettie solía llamar suyo. Era una simple senda de ciervos que conducía a un pequeño valle y a una bonita hondonada donde solíamos encontrarnos. De allí se pasaba, a través de unos acebos, a lo largo de un angosto sendero que seguía el muro que cercaba el plantío de árboles, a los jardines.

En mis recuerdos, este paseo por el parque antes de encontrarme con Nettie se destaca con gran viveza. La larguísima expedición antes de llegar a él queda reducida en mi memoria a un simple efecto combinado de carretera polvorienta y botas dolorosas, pero el valle aquél cubierto de helechos y el súbito tumulto de dudas e inusitadas esperanzas que me sobrecogió resalta en mi memoria como algo muy significativo, algo inolvidable, algo esencial para el significado de todo lo que siguió. ¿Dónde la encontraría? ¿Qué diría? ¿Qué me diría? Me había hecho estas preguntas antes sin encontrar respuesta. Ahora volvían otra vez, con una rémora de complicaciones nuevas, y no hallaba respuesta en absoluto para ellas. A medida que me iba acercando a Nettie, ésta dejaba de ser el mero término de mi autoproyección egoísta, el custodio de mi vanidad sexual, y replegándose sobre sí misma se transformaba, por encima de todo esto, en una personalidad propia, una personalidad y un misterio, una esfinge que yo había intentado evitar únicamente para encontrármela de nuevo.

Hallo ciertas dificultades para poder describir las características del juego amoroso de antaño de un modo que ahora pueda ser comprendido.

Nosotros, los jóvenes, no teníamos prácticamente ninguna preparación para la excitación y las emociones de la adolescencia. Con los jóvenes mantenía el mundo una conspiración de silencios estimulantes, no había iniciación alguna. Había libros, había historias de un carácter curiosamente convencional que insistían en ciertas particularidades constantes en los asuntos amorosos e intensificaban grandemente nuestro deseo hacia ellos: confianza perfecta, lealtad perfecta, devoción eterna. Muchos de los complejísimos factores esenciales del amor eran ocultados totalmente. Se leían aquellas descripciones y se obtenían algunos conocimientos accidentales de esto o de aquello, que le dejaban a uno de momento algo perplejo para olvidarlo todo en seguida. Y así íbamos creciendo. Luego experimentábamos unas extrañas

emociones, unos nuevos deseos muy alarmantes, unos sueños extrañamente cargados de sentimiento, y un inexplicable impulso al abandono empezaba a infiltrarse extrañamente entre las cosas familiares, puramente egoístas y materialistas de la segunda o tercera infancia. Éramos como viajeros desorientados que hubiesen acampado en el desecado lecho de un río tropical. De pronto, nos veíamos con el agua hasta las rodillas y hasta el cuello, en medio de la inundación. Nuestro ser se nos escapaba de improviso de nosotros mismos para ir a la búsqueda de otros seres... sin que nosotros supiéramos el motivo. Este nuevo y fortísimo deseo de entregarnos a alguien del otro sexo, nos apartaba de todo lo demás y hasta de nosotros mismos y nos llevaba muy lejos. Nos sentíamos llenos de vergüenza y de deseo. Nos absteníamos de decírselo a nadie, como si fuese un secreto, y estábamos resueltos a satisfacer nuestro deseo aun en contra de todo el mundo. En este estado íbamos a la deriva del modo más accidental que concebirse pueda hasta dar contra otra criatura tan ciega y tan perdida como nosotros mismos, y con ella enlazábamos los nacientes átomos.

Estábamos obsesionados por los libros que habíamos leído, por todo lo que habíamos oído decir referente a que tan pronto estuviéramos unidos, aquella unión había de ser para toda la vida. Después, más adelante, descubríamos que nuestra pareja era también producto del egoísmo, un ser imbuido de unas ideas y unos impulsos que no sabían compaginarse con los nuestros.

Esto era lo que sucedía con los jóvenes de mi calle y con la mayoría de los jóvenes del mundo. Así que, pues, cómo aquella tarde de domingo que yo buscaba a Nettie me encontré de manos a boca precisamente con ella, con una Nettie de cuerpo ágil, esbeltamente femenina, de ojos color de avellana, con su carita dulce, suave y juvenil medio oculta bajo el .la de su sombrerito de paja. Era la hermosa Venus que yo había resuelto apropiarme en exclusiva.

Allí, sin haberse dado todavía cuenta de mi presencia, estaba ella, mi esencial razón de vivir, la personificación de lo más íntimo y sagrado de la vida para mí... Y, además, era un ser humano, un ser humano como yo.

Llevaba en la mano un libro abierto, como si lo estuviese leyendo mientras paseaba. Ésta era una de sus actitudes preferidas,

pero en aquella ocasión estaba de pie, inmóvil, contemplando el verde muro cubierto de líquenes que cercaba el plantío y, según me parece ahora, escuchando algo. Tenía los labios entreabiertos, curvados en una leve y dulcísima sombra de sonrisa.

3

Recuerdo con absoluta precisión su raro sobresalto al oír el leve ruido que hicieron mis pies al acercarse, su sorpresa, sus ojos casi de consternación y espanto ante mi presencia. Puedo acordarme de cada una de las significativas palabras que pronunció durante nuestro encuentro y de la mayoría de las que yo le dije. Al menos así me lo parece, aunque pudiera estar equivocado. Pero no intentaré comprobarlo ahora. Los dos teníamos una educación lo bastante deficiente para que pudiéramos explicarnos con claridad, y, por lo tanto, tuvimos que expresar nuestros sentimientos con torpes frases estereotipadas. Vosotros, que habéis recibido una instrucción muy superior, no hubierais comprendido nuestra intención. Os hubiera producido una impresión de vesania. Pero puedo reproducir aquí nuestras primeras palabras, porque si al principio no significaron gran cosa para mí, después significaron muchísimo.

—¿Tú aquí, Willie? —preguntó ella.

—He venido —dije olvidando en un momento todas las frases bonitas que me había propuesto decir— porque pensé que te daría una sorpresa...

—¿Una sorpresa?

—Sí.

Quedose contemplándome fijamente durante un momento. Puedo imaginarme otra vez su bonita cara al mirarme... su querida cara impenetrable. Se echó a reír con una risilla extraña, se le fueron los colores de la cara durante un momento, y, tan pronto como hubo hablado, volvió a aparecerle el color.

—¿Por qué una sorpresa? —preguntó elevando el tono de la voz.

Yo estaba demasiado atento a hilvanar mi explicación para

poder detenerme a pensar lo que aquello podía implicar.

—Quería decirte —dije— que no tenía la intención de escribir... las cosas que te puse en mi carta.

4

Cuando Nettie y yo teníamos dieciséis años habíamos sido parecidos en todo. Ahora que éramos poco menos de dos años más viejos, su metamorfosis era completa, mientras que yo me encontraba únicamente al comienzo de la prolongada adolescencia masculina.

En un instante ella se dio cuenta de la situación. Los ocultos motivos de su recién madurada mente de pajarito se dispararon en forma de un intuitivo plan de acción. Me trató con aquella neta comprensión con que una mujer trata a un muchacho.

—Pero, ¿cómo has venido? —preguntó.

Le dije que andando.

—¡Andando!

Me condujo al jardín. Yo *debía* de estar cansado. Tenía que volver a casa con ella y sentarme un buen rato. Precisamente era cerca de la hora del té. Los Stuart tomaban el té a la anticuada hora de las cinco. Todos se mostrarían sorprendidos al verme. ¡Vaya! ¡Qué ocurrencia esa de venir andando! ¡Qué ocurrencia! Pero ella ya suponía que veintisiete kilómetros no eran nada para un hombre. ¿A qué hora me habría puesto en marcha?

Y, mientras tanto, me mantenía a distancia, sin ni tan sólo tocarme con la mano.

—¡Pero, Nettie! ¡He venido ex profeso para hablarte!

—Amigo mío, vamos a tomar primero el té, si te parece. Y, además... ¿no estamos hablando ya?

El «amigo mío» era una frase nueva, que sonaba extrañamente a mis oídos.

Ella apresuró el paso un poquito.

—Yo quería explicar... —empecé a decir.

Sea lo que fuera lo que yo quisiese explicar, no tuve la menor

ocasión de hacerlo. Dije unas cuantas cosas deshilvanadas que Nettie contestó más con la entonación que con las palabras.

Cuando hubimos pasado el plantío, ella acertó un poco el paso, y así llegamos al jardín. Mientras andábamos ella no apartaba su brillante y clara mirada de mí. Me pareció entonces que mantenía los ojos fijos en mí, pero ahora ya sé, mucho mejor de lo que hubiera podido saberlo entonces, que, de vez en cuando, miraba por encima de mí, hacia el plantío. Y durante todo el tiempo, y a través de su rápida, desalentadora e incongruente charla, estaba afanosamente pensando en algo.

Su peinado y modo de vestir señalaba el final de la transición.

¿Podré acordarme?

Sí, pero no podré explicarlo, mucho me lo temo, en los términos que emplearía una mujer. Su brillante cabellera castaña, que en otro tiempo flotaba por su espalda en forma de alegre trenza atada con un trozo de cinta escarlata, había sido recogida en una complicación de bonitas curvas, rizos y mechones por encima de su diminuta oreja y alrededor de la mejilla, y a lo largo de las suaves y alargadas líneas del cuello. Su traje blanco había descendido hasta los pies y su esbelto talle, que poco tiempo antes era una simple expresión geográfica, una línea imaginaria como el ecuador, era ahora de una gran belleza flexible. Un año antes, ella no había sido más que una niña bonita destacándose de un trajecito insignificante del que salían un par de piernas con unas medias pardas, activísimas y eficientísimas. Y ahora aparecía un cuerpo nuevo, desconocido, que se balanceaba al andar con una insistencia sinuosa. Cada movimiento, y particularmente la caída de la mano y del brazo para recoger la desacostumbrada falda larga, y la graciosa inclinación hacia delante que había aprendido a hacer, atraían mis miradas. Un chal muy fino (supongo que aquello debía de llamarse chal) de color verde, que algún nuevo instinto, recientemente despertado en ella, le había inducido a echarse sobre los hombros, se adaptaba estrechamente a las suaves curvas de su cuerpo, para caer ondeando en largas líneas sinuosas al menor soplo de la brisa, y venir por fin, como un tímido tentáculo independiente que tuviese algún secreto que confiar, a posarse momentáneamente sobre mi brazo.

Ella se recogió el chal.

Atravesamos el verde portal abierto en el alto muro del jardín. Yo mantuve abierto el batiente para que pasara ella, porque ésta era una de las envaradas cortesías por mis restringidas existencias en esta clase de artículo, y entonces, durante un segundo, ella estuvo casi a punto de rozarme. Así llegamos a la bien arreglada formación de macizos de flores, cerca de la casita del jardinero principal, y con la larga perspectiva de los cristales del invernáculo a nuestra izquierda. Anduvimos por entre el invernadero y los cuadros de begonias, hasta llegar bajo la sombra de un seto de tejos, a veinte metros de distancia de aquel mismo estanque de las carpas doradas a cuyo borde habíamos hecho nuestros votos y nos habíamos jurado fidelidad y amor, y de allí nos dirigimos al porche, leño de wistarias.

La puerta estaba abierta de par en par, y ella me precedió.

—¡Adivinad quién ha venido a vernos! —gritó.

Su padre contestó desde la salita, y se oyó el ligero chasquido de una silla al levantarse alguien. Me pareció que le habíamos estropeado la siesta.

—¡Madre! —llamó con su clara voz juvenil—. ¡Puss!

Puss era su hermana.

Explicó a todos, como maravillándose, que yo había venido andando desde Clayton, y todos prorrumpieron en repetidas exclamaciones de sorpresa.

—Valdrá más que te sientes, Willie —dijo el padre—, y que descanses un poco. ¿Cómo está tu madre?

Me miraba lleno de curiosidad mientras hablaba.

Iba vestido con su traje dominguero, una especie de *tweed* pardusco, pero llevaba el chaleco desabrochado para estar más cómodo durante la siesta. Era un hombre rubicundo, de ojos castaños, y aún recuerdo el efecto que me producían sus pelos dorado-rojizos al nacer en sus mejillas para fluir hasta su magnífica barba. Era de baja estatura, pero muy robusto, y la barba y el bigote eran las dos cosas de mayor tamaño que se veían en su persona. Nettie tenía de él todas las posibilidades de belleza que poseía; su claro cutis y sus brillantes ojos castaños, y había amalgamado estas características con cierta vivacidad que le provenía de su madre. A la madre la recuerdo como una mujer de mirada de lince y provista de una gran actividad. Ahora me parece como si se hubiera pasado

la vida trayendo y llevando comida de una parte a otra, o haciendo alguna faena parecida. Conmigo, tanto por el afecto que sentía por mi madre como por mí mismo, siempre se mostraba amable y solícita.

Puss era una chiquilla de unos catorce años, cuya mirada dura y brillante y su pálida tez, igual que la de su madre, es lo que más recuerdo.

Todas estas personas se mostraban muy amables conmigo, y entre ellas había un reconocimiento común, que muchas veces se exteriorizaba, muy agradablemente por cierto, en la expresión, de que yo era «muy listo». En aquella ocasión todos permanecieron a mi alrededor como si no supieran qué tenían que hacer o decir.

—¡Siéntate! —repitió el padre—. Acércale una silla. Puss.

Nos pusimos a hablar en un tono algo tenso y artificioso. Ellos, evidentemente, estaban extrañados de mi repentina aparición, cubierto de polvo, cansado, y blanco como el papel. Pero Nettie no se quedó para animar la conversación.

—¡Vaya! —exclamó súbitamente, como si se sintiera vejada por algo—. Os aseguro que...

Y salió corriendo de la habitación sin terminar la frase.

—¡Dios mío, qué muchacha...! —exclamó *Mrs. Stuart*—. ¡No sé lo que le pasa!

Transcurrió media hora antes de que Nettie volviera. A mí me pareció muchísimo tiempo, y, sin embargo, ella debía de haber andado un buen trecho, porque cuando volvió le faltaba el aliento. Mientras tanto yo había soltado, como por casualidad, que había dejado mi empleo en casa de Rawdon. «Puedo encontrar algo mejor», había dicho.

—Me había dejado olvidado mi libro en la hondonada —dijo Nettie jadeando—. ¿Está el té a punto?

Ésta fue toda su excusa.

No llegamos a ponernos en situación ni con la aparición del té con todos sus accesorios. El té, en la casita del jardinero, era algo muy serio, con un gran pastel acompañado de una serie de otros más pequeños, conservas y frutas diversas, en conjunto un bonito espectáculo, sobre la mesa. Yo estaba cabizbajo, torpe, preocupado y perplejo por aquella actitud inexplicable de Nettie. Hablaba muy poco y le dirigía miradas incendiarias por encima del enorme

pastel. Toda la elocuencia que había estado concentrando durante las veinticuatro horas anteriores se había perdido miserablemente en los recovecos de mi mente. El padre de Nettie intentó hacerme hablar. Le gustaba mucho mi facilidad de palabra, porque a él le costaba mucho expresarse, y quedaba muy complacido y hasta asombrado de ver lo fácilmente que yo iba vertiendo mis opiniones. En realidad, estoy seguro de que con él yo me sentía más parlanchín que con Parload, aunque para todo el mundo yo no era más que un joven muy tímido. «Tendrías que escribir todo eso en los periódicos —solía decirme el viejo—. Esto es lo que tendrías que hacer».

O bien: «Posees el don de la elocuencia, amigo. Tendríamos que haberte hecho abogado».

Pero aquella tarde ni a él acerté a agradar. Habiendo fracasado en los otros estímulos, el buen hombre volvió al tema de mi busca de empleo, pero ni eso logró hacerme salir de mi abstracción.

5

Durante mucho tiempo temí tener que volver a Clayton sin haber podido decirle nada a Nettie. Nettie parecía insensible a la necesidad que yo tenía de hablarle, y ya estaba yo pensando en hacerle una pregunta sobre lo nuestro allí, delante de todos. Fue gracias a una maniobra transparente de su madre, que había estado observándome y que nos envió, por fin, a los dos a hacer algo (ahora no recuerdo exactamente qué) en uno de los invernáculos. Cualquiera que hubiese sido teóricamente el pretexto de aquella misión, en realidad el más simple, el más inocente, cerrar una puerta o una ventana, no creo que lo llegáramos a realizar siquiera.

Nettie vaciló un poco y obedeció. Me condujo hacia uno de los invernáculos, que consistía en un pasadizo, bajo de techo, en medio de una atmósfera cargada y húmeda, con piso de ladrillo, y que transcurría entre unos andamiajes atiborrados de tiestos de helechos. Detrás de ellos, otras plantas de frondoso ramaje se extendían y entrelazaban, sujetas artificialmente, a fin de hacer una especie de techo impenetrable de hojas. En aquella sofocante

intimidad de verdor, ella se detuvo, y, dando media vuelta, se enfrentó conmigo como un animal acosado.

—¿No te parece hermosa esta brenca? —preguntó, mirándome con unos ojos que decían: «Vamos, empieza».

—Nettie —empecé a decirle—. Fui un solemne botarate al escribirte del modo que te escribí.

Me dejó sorprendido con la expresión de asentimiento que brilló en su rostro. Pero no dijo nada y se quedó esperando.

—Nettie —repetí, decidido a todo—, no puedo vivir sin ti. Te..., te quiero.

—Si fuera cierto que me quieres —repuso con mucha compostura, contemplándose los blancos dedos que había metido entre las verdes ramas de una selaginácea—, ¿podrías haber escrito las cosas que me escribiste?

—Es que no las escribí con mala intención —afirmé—. No las escribí con intención alguna.

Lo que yo pensaba entretanto era que aquellas cartas que le había escrito estaban precisamente muy bien redactadas, y que Nettie era una estúpida si no lo creía así, pero en aquel momento me daba clara cuenta de la imposibilidad en que me hallaba de hacérselo creer.

—Tú las escribiste.

—Pero después hago una excursión de veintisiete kilómetros para decirte que no lo hice con intención.

—Sí. Pero esto me cuesta mucho trabajo creerlo.

Me parece que entonces me vi perdido. Luego repliqué con voz insegura:

—No.

—Tú crees que me quieres. Pero no es verdad.

—Sí lo es. ¡Nettie! ¡Ya sabes que te quiero!

Por toda respuesta, ella denegó con la cabeza.

Entonces hice lo que creí que era una zambullida heroica.

—Nettie —dije—, prefiero quedarme contigo que... que con mis propias opiniones.

Ella estaba todavía ocupada con la selaginácea.

—Eso lo crees tú ahora —dijo.

Yo me deshice en protestas.

—No —cortó ella secamente—. Ahora es distinto.

—Pero, ¿por qué tienen que cambiar las cosas sólo dos cartas?

—No son sólo las cartas. Pero todo ha cambiado... Ha cambiado para siempre.

Se quedó algo parada después de aquella frase, buscando una expresión apropiada. Levantó los ojos y permaneció unos instantes mirándome fijamente. Después se movió levemente, casi nada, pero me demostró que creía que nuestra conversación debía darse por terminada.

Sin embargo, yo no tenía la menor intención de acabar de aquella manera.

—¿Para siempre? —balbucí—. ¡No! ¡Nettie! ¡Nettie! ¡Tú no dices eso en serio!

—Sí, lo digo en serio —afirmó deliberadamente, con sus ojos aún fijos en los míos y con una actitud que correspondía plenamente al sentido de sus palabras.

Parecía que estuviera haciendo acopio de valor para enfrentarse con la ruptura que tenía que producirse. Naturalmente, yo empecé a charlar por los codos, pero mi raudal de palabrería no consiguió conmoverla. Se había atrincherado y disparaba sus contradicciones como cañonazos en medio de mi elocuente y enfático ataque. Recuerdo que nuestra conversación adquirió el absurdo tono de una disputa sobre si yo podía amarla o no. Y allí estaba yo, con una gran desesperación en mi alma, una desesperación cada vez más profunda y más dilatada, al verla allí, a la defensiva, más hermosa y más atractiva que nunca, y por arte de magia inexplicable, separada de mí e inaccesible.

Y es que antes de esto nunca habíamos estado juntos sin que nos entregáramos a pequeños atrevimientos amorosos, sin que nos viéramos acosados por una excitación teñida de un levísimo sentimiento de culpabilidad, pero, así y todo, deliciosísima.

Supliqué, me excusé, argüí. Intenté hasta demostrarle que mis cartas, tan acerbos y difíciles, provenían de mi deseo de volver a entrar completamente en contacto con ella. Hice unas afirmaciones, a todas luces exageradas, acerca de la añoranza que sentía cuando estaba alejado de ella, del doloroso asombro y de la tristeza de encontrarla tan fría y tan extraña. Ella me miró, sintiendo y acusando la emoción de mi discurso, pero aferrada a sus ideas. No me cabía la menor duda, por mucha que sea la pobreza que mis

palabras, ahora escritas fríamente, pueden indicar, que en aquella ocasión estuve elocuente. Hablé con toda intención y con gran intensidad de expresión; en realidad estuve totalmente concentrado en lo que decía. Me dediqué especialmente a inculcar en su ánimo mis sentimientos y la distancia y la grandeza de mis deseos. Trabajé obstinadamente por llegar a ella, a través de una verdadera explosión de palabrería.

Su semblante fue cambiando paulatinamente, por gradaciones imperceptibles, como cuando, al amanecer, la luz de la aurora empieza a invadir un cielo claro y despejado. Yo sentía que, de algún modo, la había conmovido, que su dureza estaba deritiéndose y que su determinación se ablandaba adentrándose en la región de las vacilaciones. El hábito de una antigua familiaridad estaba al acecho en algún rincón de su ser. Pero no me dejó que llegara a alcanzarla.

—¡No! —gritó bruscamente, echando a andar.

Dejó reposar su mano sobre mi brazo. Un nuevo tono maravillosamente amistoso apareció en su voz.

—Es imposible, Willie. Todo es diferente ahora... todo. Hicimos un disparate. Nos equivocamos. Los dos, tontos de nosotros, nos equivocamos y todo es distinto ahora y para siempre. Sí, sí...

Y dio media vuelta.

—¡Nettie! —grité.

Salí en su persecución por el angosto pasadizo, entre los andamiajes, hacia la puerta del invernáculo. La perseguí igual que una acusación, y ella corrió precediéndome como si fuera culpable y se sintiese avergonzada. Así es como lo recuerdo ahora.

Después no permitió que volviera a hablarle.

No obstante, pude convencerme de que mi charla había abolido la tajante separación, la delimitada distancia que había entre nosotros al encontrarnos en el parque. Constantemente volvía a encontrarme con sus ojos color de avellana fijos en los míos. Aquellos ojos tenían una expresión de sorpresa, como si se diera cuenta de la inusitada relación que había entre nosotros dos, y también demostraban cierta lástima cargada de simpatía. Y, a pesar de todo, algo defensivo también.

Al volver a la casita, me puse a hablar con su padre, más libremente que antes, menos cohibido y con más desparpajo, sobre

la nacionalización de los ferrocarriles, y mi ánimo y mi humor se habían reajustado tanto al darme cuenta de que todavía podía producir cierto efecto en Nettie, que hasta estuve juguetón con Puss. Mrs. Stuart dedujo de todo ello que las cosas andaban por mejor camino que antes y empezó a prodigar sus anchas sonrisas.

Pero Nettie permaneció pensativa y habló muy poco. Estaba perdida en un abismo de perplejidades que yo no podía contrarrestar, y un momento después se escurrió silenciosamente de entre nosotros, y subió a su cuarto.

6

Naturalmente, me dolían demasiado los pies para poder volver andando a Clayton, pero en el bolsillo guardaba un chelín y un penique para el tren entre Checkshill y Two Mile Stone, y esta distancia me proponía hacerla en ferrocarril. Cuando estuve dispuesto a marcharme, Nettie me dejó estupefacto con una inesperada y considerable solicitud hacia mí. Dijo que debía ir por la carretera, pues era ya demasiado oscuro para pasar por el atajo hasta la entrada del parque.

Yo le indiqué que había luna llena.

—Y con el cometa —intervino el viejo Stuart.

—No —insistió ella—, tienes que irte por la carretera.

Yo todavía se lo discutí.

Ella estaba de pie a mi lado.

—Hazlo por mí —me instó en voz baja y con una mirada persuasiva que me dejó perplejo.

En aquel momento me pregunté por qué razón le gustaría tanto que yo fuera por la carretera.

Yo me hubiera dejado tal vez convencer si no hubiese sido por el argumento con que hizo seguir su ruego.

—Los agrifolios del plantío producen una oscuridad absoluta... Y, además, allí están los galgos.

—No tengo miedo a la oscuridad —dije—, ni a los galgos...

—¡Pero esos perros! ¿Y si hubiera uno suelto?

Aquello era un típico argumento de muchacha, de una muchacha que todavía no había comprendido que el miedo es un argumento exclusivo de su propio sexo. También pensé en aquellos terribles animales descarnados, tirando de las cadenas y ladrando de una manera indescriptible al oír en medio del silencio de la noche los pasos de algún viandante por el linde de Killing Wood, y aquel pensamiento borró mi deseo de complacerla. Lo mismo que la mayoría de las naturalezas imaginativas yo era fácilmente susceptible al miedo y propenso a una retirada, y me hallaba constantemente ocupado en su supresión y ocultación. Por lo tanto, rehusar a ir por el atajo cuando podía parecer que lo hacía por miedo a los perros con toda seguridad encadenados, era algo totalmente imposible.

Así, pues, eché a andar por el atajo, a pesar de lo que ella me había aconsejado, sintiéndome muy valiente y muy contento de demostrar mi bravura de un modo tan fácil, pero, sin embargo, algo preocupado de que ella pudiera creer que yo quería llevarle la contraria.

Una leve nubecilla velaba la luna, y el camino, bajo las hayas, era oscuro y sinuoso. Yo no estaba tan preocupado con mis asuntos amorosos como para haberme olvidado de mi costumbre cuando atravesaba de noche aquel parque salvaje y solitario. Me hice una cachiporra sujetando un grueso guijarro a un extremo de mi retorcido pañuelo y fijando el otro extremo en el puño, y con esta arma en el bolsillo proseguí mi camino, confortado.

Y ocurrió que, al salir de los agrifolios, en uno de los ángulos del plantío, me quedé mudo de asombro al divisar inopinadamente a un joven vestido de *smoking* y fumando un cigarro.

Yo andaba sobre el césped, de modo que el ruido de mis pisadas era muy leve. Él estaba al descubierto, bajo la luz de la luna, con su cigarro brillando como una estrella de fuego, y no se me ocurrió en aquel momento que yo iba avanzando en su dirección, casi invisible bajo una sombra impenetrable.

—¡Hola! —exclamó, con una especie de amistoso desafío—. ¡He llegado yo primero!

Salí al claro de luna.

—¿Y a quién puede importarle eso? —dije.

Yo ya había dado una interpretación impremeditada a sus

palabras. Sabía que existía una disputa intermitente sobre el uso de aquel atajo entre los habitantes de la casa señorial y los del pueblo, y no hay ni que decir de qué lado se inclinaban mis simpatías en aquella contienda.

—¿Eh? —exclamó el joven, sorprendido.

—Se figuraría que iba a echar a correr, supongo —dije yo, acercándome más hacia él.

Todo mi enorme odio hacia su clase se había reavivado a la vista de su traje y del imaginado reto que entrañaban sus palabras. Lo conocía. Era Edward Verrall, hijo del hombre a quien pertenecía no sólo aquella gran hacienda, sino más de la mitad de la fábrica de cerámica de Rawdon, y que tenía intereses y posesiones, minas de carbón y rentas, por todo el distrito de Four Towns. Edward Verrall era un galán, según decía todo el mundo, muy inteligente. A pesar de que era muy joven, ya se hablaba de presentarlo como diputado en las próximas elecciones. Había tenido grandes éxitos en la Universidad, y sus amigos lo iban popularizando asiduamente entre nosotros con vistas al Parlamento. Él se adueñaba, con una gran confianza y con una gran ligereza, de ciertas ventajas. Yo, para obtenerlas, hubiera sido capaz de exponerme al potro, pues estaba convencido de que era mucho mejor que él. Él era, mientras estaba allí de pie, la figura representativa de todo lo que me llenaba de rencor. Un día había detenido su coche delante de nuestra casa, y todavía recuerdo el espasmo de rabia con que había observado la servil admiración de mi madre al mirarlo a través de la rendija de la persiana.

—Es el hijo de *Mr.* Verrall —había dicho ella—. Y dicen que es muy inteligente.

—¡Claro que lo dicen! —contesté—. ¡Al cuerno ellos y él...!

Pero esto es sólo un inciso.

Estaba evidentemente sorprendido de encontrarse cara a cara con un hombre, y el tono de su voz cambió.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó con irritado acento.

Mi réplica consistió en el fácil expediente de hacerle eco.

—¿Y quién demonios es usted?

—Conteste —dijo él.

—Yo voy por este sendero porque me da la gana, ¿sabe usted? Es un camino público..., igual que esto había sido terreno público.

Usted nos ha robado esta tierra..., usted y los suyos, y ahora quiere usted robarnos el derecho al paso. Después nos pedirá que nos borremos de la faz de la tierra. Pero yo no pienso complacerle, ¡ea!

Yo era más bajo, y creo que un par de años más joven que él, pero tenía agarrada la cachiporra improvisada en mi bolsillo, a punto de usarla, y me habría peleado con él con una gran satisfacción. Pero retrocedió un paso al ver mi actitud.

—Socialista, supongo —dijo, alerta y tranquilo, y con un leve acento de chacota.

—Uno de tantos.

—Ahora todos somos socialistas... —repuso filosóficamente—, y no tengo la menor intención de disputarle a usted el derecho al paso.

—¿No?

—No.

—Bien.

Volvió a meterse el cigarro puro en la boca y hubo una breve pausa.

—¿Va usted a coger el tren? —preguntó.

Parecía absurdo no contestar.

—Sí.

Él dijo entonces que hacía una noche muy agradable para dar un paseo.

Yo me quedé suspenso un momento. Allí estaba el camino, abierto ante mí, y él entonces se hizo a un lado. Me pareció que no había otra cosa que hacer sino continuar mi ruta.

—Buenas noches —dijo él.

Yo le correspondí refunfuñando un áspero saludo.

Mientras iba andando silenciosamente me sentía como una bomba a punto de estallar. En aquel encuentro quien había salido más airoso era, indiscutiblemente, él.

Ahora acuden a mi memoria, en una rara mezcla de cosas

enteramente divergentes, que se destacan como un recuerdo de intensa vivacidad.

Al cruzar el último campo abierto, siguiendo el atajo hacia la estación de Checkshill, me di cuenta de que tenía dos sombras.

Aquello produjo una fuerte sacudida en mi mente e hizo detener su turgente caudal de pensamientos durante un instante. Recuerdo el inteligente desprendimiento de mi súbito interés. Me volví rápidamente para mirar la lima y vi el gran cometa blanco que las nubes acababan de dejar al descubierto.

El cometa estaba tal vez a treinta grados de la Luna. ¡Qué cosa tan maravillosa era! Flotaba en el firmamento como una aparición de color verde pálido sobre el azul oscuro de los espacios siderales. Parecía más brillante que la Luna, porque era más pequeño, pero la sombra que proyectaba, aunque claramente delimitada, era mucho menos intensa que la de la Luna... Yo proseguí mi camino anotando mentalmente estos hechos, mientras observaba cómo mis dos sombras me precedían.

Soy totalmente incapaz de poder narrar ahora la secuencia de mis ideas en aquella ocasión. Pero, de repente, como si me hubiese hallado con este nuevo hecho de manos a boca al doblar una esquina, el cometa desapareció de mi mente y me encontré frente a una idea absolutamente nueva. A veces me pregunto si no fueron las dos sombras que proyectaba, una de ellas con una especie de femenina languidez respecto a la otra, y no tan alargada, lo que me sugirió la idea o la palabra de una cita en mi mente. Todo lo que sé, y muy claramente por cierto, con la certeza de la intuición, es que comprendí qué era lo que había hecho salir al hijo de Verrall vestido de *smoking*, de la oscuridad del plantío. ¡Claro! ¡Había ido a encontrarse con Nettie!

Una vez iniciado, aquel proceso mental se desarrolló en un tiempo infinitesimal. Aquel día tan lleno de perplejidades para mí, el misterioso fantasma que nos había mantenido apartados a Nettie y a mí, aquel inexplicable y extraño no sé qué que había en sus maneras, quedó completamente aclarado.

En un momento supe por qué había adoptado aquella actitud de persona culpable al aparecer yo, qué era lo que la había hecho salir tan precipitadamente aquella tarde, por qué había entrado apresuradamente en su casa, la naturaleza del libro que había salido

a buscar, la razón por la que había deseado que yo me marchara por la carretera y por qué había dado muestras de sentir lástima de mí. Todo aquello quedó aclarado en un abrir y cerrar de ojos.

Hay que imaginármese en aquel momento como una figurita negra que se queda parada de repente, inmóvil, rígida y tensa, para reanudar en seguida la actividad con un gesto de impotencia, dejando oír un grito inarticulado y con dos pequeñas sombras burlándose de su desilusión. Y alrededor de aquella figura hay que imaginarse una gran extensión de pradera iluminada por la luz de la luna, limitada por la elevada silueta indicadora de unos árboles distantes, unos árboles vagamente definidos y medio borrosos, y por encima, como una cúpula, la paz de aquella maravillosa noche iluminada.

Durante unos instantes la percepción de aquel hecho me dejó como atontado. Mis pensamientos se detuvieron, fijos en mi descubrimiento. Mientras tanto, mis pies me fueron llevando, a través de la cálida oscuridad, hasta la estación de Checkshill, con sus lucecitas, y una vez allí a la ventanilla de los billetes, y luego al tren.

Me acuerdo de aquello como si empezara a darme cuenta ahora de la realidad. Me hallaba solo en uno de los pringosos compartimientos de tercera clase de aquella época y estaba dominado por la súbita, casi frenética, insurrección de mi rabia. Me puse de pie dando un grito, como un animal furioso, y di un puñetazo con todas mis fuerzas al tabique del compartimiento...

Lo curioso del caso es que me he olvidado completamente de mi estado de ánimo después de aquel acto. Lo único que sé es que, más tarde, acaso durante un minuto, me quedé colgando fuera del vagón, con la puerta abierta, pensando en la posibilidad de saltar del tren en marcha. Tenía que ser un salto dramático, y me iría corriendo hacia ella y le armaría un escándalo. Permanecí un rato colgado del estribo, dispuesto a saltar. No recuerdo por qué renuncié a hacerlo, pero lo cierto es que, tras dudas y vacilaciones, al fin no lo hice.

Cuando el tren se detuvo en la estación siguiente, yo ya había abandonado mi idea de volver a Checkshill. Me hallaba sentado en un rincón del vagón, con la mano magullada a consecuencia del tremendo puñetazo, bien apretada bajo el brazo y todavía insensible

al dolor, intentando elaborar claramente un plan de acción..., de una acción que expresara la monstruosa indignación que me poseía.

CAPÍTULO III

EL REVÓLVER

1

¡Ese cometa va a chocar contra la Tierra!

Eso dijo uno de los dos individuos que subieron al tren durante la parada y se sentaron en mi compartimiento.

—¡Oh! —exclamó el otro.

—Dicen que está hecho de gas. Supongo que no vamos a estallar.

¿Y qué me importaba a mí todo aquello?

Estaba pensando en la venganza..., en la venganza contra las condiciones primarias de mi ser. Estaba pensando en Nettie y en su amante. Estaba firmemente dispuesto a que él no consiguiera a Nettie..., aunque para evitarlo tuviera que matarlos a los dos. No me importaba lo demás que ocurrir pudiera, si esta finalidad quedaba asegurada. Todas mis frustradas pasiones se habían transformado en rabia. Aquella noche habría aceptado los tormentos eternos del infierno con tal de tener la seguridad de la venganza. Un centenar de posibilidades de acción, un centenar de situaciones tempestuosas, un torbellino de planes violentos, se perseguían unos a otros a través de mi mente avergonzada y exasperada. La única perspectiva que podía tolerar era la de alguna vindicación gigantesca, inexorablemente cruel, de mi amor propio humillado.

¿Y Nettie? A Nettie la amaba todavía, pero con unos celos intensísimos, con el agudo odio inconmensurable del amor propio herido y del apasionado de seo burlado.

2

Mientras bajaba por la ladera de Clayton Crest, puesto que mi chelín y mi penique sólo me permitían viajar en tren hasta Two Mile Stone y de allí seguir a pie, atravesando el cerro de Clayton Crest, recuerdo haber visto un hombrecillo que, con una voz muy aguda, estaba predicando, bajo la luz de una lámpara de gas, respaldado por una pared llena de anuncios, a unos pocos ociosos domingueros. Era un hombre pequeñito, calvo, con una pequeña barba ensortijada, así como el poco pelo que le quedaba, y unos ojos azules lacrimosos. Cuando yo pasé por allí estaba diciendo que el fin del mundo se acercaba.

Me parece que fue ésta la primera vez que oí a alguien relacionar el cometa con el fin del mundo. Aquel buen hombre había escogido aquel tema mezclándolo con una serie de datos de política internacional y de profecías entresacadas nada menos que del Libro de Daniel.

Me detuve un momento para oírle. No creo que me hubiera detenido si no hubiese sido porque su auditorio me obstruía el paso, y la vista de su expresión estafalaria de loco de remate y de su gesto de señalar al cielo con el dedo, me llamaron la atención.

—¡Ahí está el final de todos vuestros pecados y locuras! —aullaba—. ¡Ahí! ¡Ahí está la estrella del Juicio Final, del Juicio del Altísimo! ¡Todos los hombres están destinados a morir...! ¡Todos están destinados a morir!

Y cambiando la voz, en una especie de canto gregoriano curiosísimo, añadió:

—¡Y después de la muerte, el Juicio Final! ¡El Juicio Final!

Dando unos empujones me abrí camino por entre los curiosos y seguí adelante, oyendo aquel sonsonete que me perseguía. Continué dominado por los mismos pensamientos que me habían estado agobiando: dónde podría comprar un revólver y cómo podría ejercitarme en su uso. Probablemente me habría olvidado de aquel individuo y de sus profecías si no hubiera sido uno de los actores del espantoso sueño que tuve el breve rato que me quedé dormido aquella noche. Porque la mayor parte de tiempo estuve despierto pensando en Nettie y su pretendiente.

Luego siguieron tres días muy extraños..., tres días que ahora parece como si hubieran estado enteramente concentrados en un

solo asunto.

Este asunto dominante fue la compra de mi revólver. Me había aferrado resueltamente a la idea de que tenía que revalidarme a mí mismo con algún acto extraordinario de violencia a los ojos de Nettie, o tenía que matarla. No permitiría que aquella resolución se marchitara. Tenía la sensación de que si dejaba pasar aquello, los últimos jirones de mi amor propio y de mi honor pasarían y se desvanecerían a su vez, y que durante el resto de mi vida no merecería que nadie me tuviera el menor respeto y sería indigno del amor de otra mujer. El orgullo y el amor propio me mantuvieron en mi propósito entre ráfagas de pasión.

Y, sin embargo, no era cosa fácil comprar un revólver.

Me sentía especialmente tímido y reacio al pensar en el momento en que tendría que entendérmelas con el vendedor, y me sentía muy preocupado por tener una historia urdida y a punto para el caso en que el armero empezara a preguntarme por qué compraba el arma. Determiné decir que me iba a Texas, y que allí me sería de alguna utilidad. En aquella época, Texas tenía fama de ser un país salvaje, sin ley. Como yo no sabía nada de calibres ni de impactos, hubiera querido también ser capaz de preguntar, impertérrito, a qué distancia podía matarse a un hombre o a una mujer con aquel arma. Consideraba los aspectos prácticos de este asunto con una relativa sangre fría. Me fue bastante difícil encontrar un armero. En Clayton había algunas escopetas de caza de diversos tipos, en una tienda de bicicletas, pero los únicos revólveres que tenían en aquella tienda me habían dado la impresión de ser demasiado pequeños, como de juguete, para mis propósitos. Fue en el escaparate de una casa de préstamos en la angosta calle Mayor, de Swathinglea, donde encontré lo que quería, un arma relativamente pesada y de aspecto muy serio, con una etiqueta que decía: «Tipo usado en el Ejército norteamericano».

Había sacado de la Caja de Ahorros mi capital entero, en conjunto algo más de dos libras esterlinas, para poder hacer esta compra, y por fin encontré que resultaba una transacción muy fácil. El prestamista me dijo dónde podía obtener municiones, y aquella noche regresé a mi casa con los bolsillos abultados y convertido en un hombre armado.

La adquisición del revólver fue, como digo, el principal asunto

de aquellos días, pero no hay que pensar que estuviese tan enfrascado en ello como para ser insensible a los emocionantes acontecimientos que ocurrían en las calles por las que yo transitaba en busca de los medios para realizar mi propósito... Las calles estaban llenas de gente que murmuraba. La región entera de Four Towns, desde sus estrechas puertas, fruncía el ceño, enfurruñada. La ordinaria y sana afluencia de ciudadanos que iban a sus ocupaciones, los grupos de trabajadores encaminándose al trabajo, parecían congelados, petrificados. Había muchos hombres en grupos y corrillos por las calles, apiñados como se apiñan los crepúsculos sanguíneos en los capilares, en las primeras fases de la inflamación. Las mujeres tenían un aspecto adusto y preocupado. Los obreros metalúrgicos habían rechazado la proyectada reducción de sus salarios y el

lock-out

había dado principio. Todos estaban «en el ajo». La Junta de Conciliación hacía todo lo posible para evitar el rompimiento con los mineros y carboneros, pero el joven Lord Redcar, el propietario más importante de nuestras minas de carbón, y propietario, además, de todo Swathinglea y de la mitad de Clayton, había adoptado una actitud de intransigente superioridad que hacía la ruptura inevitable. Lord Redcar era un joven apuesto y valiente, y todo su orgullo se rebelaba ante la idea de que le diera órdenes «una pandilla de condenados mineros», y sostenía que iba a combatirles. El mundo le había tratado muy bien desde su más tierna infancia. El trabajo de cinco mil personas había producido el dinero suficiente para pagar su educación, y su mente, generosamente alimentada, estaba henchida de grandes ambiciones, románticas y dispendiosas. Se había distinguido precozmente en Oxford por su actitud desdeñosa e insolente hacia la democracia. Había algo atractivo en su refinado antagonismo contra la multitud. Por una parte, el joven y brillante noble, pintorescamente solitario, y, por otra parte, la muchedumbre fea e inexpresiva, vestida ordinariamente con trajes sucios, ajados y mal cortados, gentes ineducadas, mal nutridas, envidiosas, bajas, viles y poseídas de una invencible repugnancia a trabajar y de un maligno apetito para las buenas cosas que sólo raramente podían alcanzar. Para las intenciones corrientes, puramente imaginativas, se podía dejar aparte del cuadro al policía,

al leal y fornido policía, protector de su señoría, y hasta se podía dejar ignorado el hecho de que, mientras Lord Redcar podía meter sus manos legal e inmediatamente en el hogar y el pan de obrero, el obrero apenas podía llega; a rozarle la piel por medio de algún violento quebrantamiento de la ley.

Lord Redcar vivía en Lowchester House, ocho kilómetros más allá de Checkshill, pero en parte para demostrar el poquísimos caso que hacía de sus antagonistas, y en parte, sin duda, para poder estar personalmente en contacto con las negociaciones que todavía procedían, se le podía ver casi todos los días en los alrededores de los cuatro pueblos que componían el distrito, conduciendo aquel automóvil suyo que podía llevarle a una velocidad de noventa y cinco kilómetros por hora. Se podía haber pensado que la pasión inglesa por el juego limpio sería suficiente para quitarle a aquel procedimiento cualquier posibilidad de peligro, pero no podía evitar que tuviera que oírse frecuentemente insultado. En una ocasión cierta irlandesa borracha hasta llegó a amenazarle con el puño...

Una multitud oscura y quieta, cada día más numerosa, una multitud compuesta en su mayoría de mujeres, se cernía, como se cierne a veces permanentemente una nube sobre el pico de una alta montaña, en la plaza del Mercado, frente al edificio del Ayuntamiento donde se celebraba la conferencia.

Me consideré plenamente autorizado para contemplar el automóvil de Lord Redcar, que en aquel momento pasaba, con especial animosidad a causa de las goteras de nuestro techo.

Vivíamos en una casa que habíamos alquilado. El propietario era un hombrecillo ahorrador y mezquino llamado Pettigrew, que vivía en Overcastle, en una villa adornada con imágenes en yeso de perros y cabras, y a despecho de nuestro contrato específico, se negaba a hacer ninguna reparación en la casa. Descansaba en la seguridad que tenía de la timidez de mi madre. En una ocasión, hacía ya mucho tiempo, mi madre se había atrasado en el pago del alquiler, se había atrasado dos meses, y él le había concedido los días de gracia por un mes más. El temor, o, mejor dicho, la aprensión que tenía ella de que otro día pudiese verse obligada a tener que solicitar la misma gracia, la hacía su abyecta esclava. Hasta temía pedirle que hiciera reparar el techo, por miedo de que

se ofendiese. Pero una noche que llovió a cántaros, cayó mucha agua en la cama y le produjo un fuerte resfriado, además de manchar y empapar el pobre cubrecama de retales. Entonces me pidió que redactara una carta excesivamente cortés para el viejo Pettigrew suplicándole como un favor que cumpliera sus obligaciones legales. Forma parte de la imbecilidad general de aquellos días el hecho de que la legislación parcialísima entonces en vigor constituyera un profundo misterio para el pueblo, sus disposiciones fuesen imposibles de determinar y su maquinaria imposible de poner en movimiento. En vez del Código claramente escrito, de las lúcidas declaraciones de reglas y principios que están ahora al servicio de todos en general y de cada uno en particular, la ley era entonces el confuso secreto de la profesión legal. Las pobres gentes, las gentes sobrecargadas de trabajo, tenían que someterse constantemente a pequeños desafueros a causa de la intolerable incertidumbre, no sólo de la ley, sino de lo que costaba hacerla cumplir y de las demandas sobre su tiempo y de la energía que los procedimientos podían requerir. En realidad, no había justicia para nadie que fuera lo bastante pobre para no poder permitirse el lujo de alquilar la deferencia y la lealtad de un buen abogado; no había más que la brusca protección de la policía y los excéntricos consejos de los magistrados a la masa de la población. El Código civil, en particular, era un arma misteriosa para uso de la clase alta, y no puedo imaginar una injusticia que hubiera sido suficiente para inducir a mi madre a apelar a él.

Todo esto ya empieza a sonar como una cosa increíble. Lo único que puedo hacer es asegurarnos que realmente era así.

Pero yo, cuando supe que el viejo Pettigrew había ido a darle la lata a mi madre explicándole todas las vicisitudes de su maldito reumatismo para inspeccionar después el techo y alegar que allí no había que hacer nada, di rienda suelta a mi más frecuente emoción en aquellos días, o sea, a una ardiente indignación, y tomé la cuestión en mis propias manos. Le escribí instándole, con un deslucido tono de tecnicismo, a que se encargara de hacer reparar el techo de nuestra casa, «según contrato», y añadía que «si no se había efectuado en el término de una semana a partir del día de la fecha, nos veríamos obligados a tramitar el correspondiente expediente». Al principio, me abstuve de mencionar esta elevada

línea de conducta a mi madre, y así fue cómo, cuando el viejo Pettigrew vino presa de gran agitación y blandiendo la carta que yo le había escrito, mi madre se sintió casi tan agitada como él.

—¿Cómo has podido escribir al viejo Pettigrew una carta como ésa? —me preguntó.

Yo le respondí que el viejo Pettigrew era un desvergonzado bribón, o algo parecido, y mucho me temo que me comporté de un modo impropio de un hijo obediente cuando ella me dijo que lo había arreglado todo con el viejo Pettigrew (aunque no me dijo cómo, yo pude adivinarlo muy bien), y que yo tenía que prometerle, pero prometerle de veras, que no me metería más en aquel asunto. No quise prometer nada.

No teniendo nada mejor que hacer, fui inmediatamente a ver al viejo Pettigrew a fin de exponerle el caso personalmente, desde lo que yo consideraba ser su verdadero aspecto. El viejo Pettigrew eludió mi intervención en el asunto. Me vio como subía los peldaños (todavía puedo ver su extraña narizota y la arrugada frente y ceñuda ceja y la greña de pelo gris que se veían por el ángulo que la cortina no cubría bien), y ordenó a su criada que echara la cadena cuando ella iba a abrir la puerta y me dijera que él no quería recibirme. Por consiguiente, tuve que volver a usar la pluma.

Entonces, como yo no tenía la menor idea de cómo se hacía esto de «tramitar el correspondiente expediente», se me ocurrió la brillante idea de apelar a Lord Redcar, nuestro señor feudal, indicándole que la seguridad de sus rentas iba decreciendo en manos del viejo Pettigrew. Añadí algunas observaciones generales sobre los arrendamientos, sobre los censos y sobre la propiedad privada de la tierra. Y Lord Redcar, cuyo espíritu se rebelaba al solo nombre de democracia, y que para demostrarlo cultivaba unos modales impertinentes y humillantes con sus inferiores, se ganó mi más profundo aborrecimiento para siempre, al hacer que su secretario me saludara de su parte y me aconsejara que me ocupase de mis propios asuntos y le dejara a él ocuparse de los suyos. Esto me produjo una rabia tal que rompí su nota en innumerables pedazos diminutos y los tiré dramáticamente al suelo, esparciéndolos por todo el cuarto. Luego, para evitarle trabajo a mi madre, tuve que ir recogiendo laboriosamente los papeles.

Estaba todavía meditando una tremenda réplica, una acusación contra todos los que pertenecían a la clase de Lord Redcar, contra sus modales, su moralidad y sus crímenes económicos y políticos, cuando mi conflicto con Nettie se levantó de nuevo imponiéndose a mis otros conflictos menores. Pero no los borró tan completamente que pudiera yo ver impasible pasar zumbando por mi lado el automóvil de su excelencia mientras yo proseguía la larga y tortuosa búsqueda de un arma. Y al cabo de algún tiempo descubrí que mi madre se había producido una contusión en una rodilla y cojeaba. Temiendo irritarme al plantear de nuevo el problema delante de mí, ella se había dispuesto a cambiar su cama de sitio sin recabar mi ayuda, y entonces fue cuando se dio el golpe en la rodilla. Todos sus pobres muebles, según descubrí, habían sido arrinconados a las desconchadas paredes del dormitorio; se había producido una gran mancha en el techo, y el centro de la habitación lo ocupaba un balde...

Es necesario que explique todas estas cosas, que os dé el tono de las incomodidades y las dificultades con que se arreglaban las cosas, que evoque el ambiente agitado que se respiraba en las recalentadas calles aquel verano, la ansiedad sobre la huelga, los rumores e indignaciones, las reuniones y asambleas y mítines, la creciente expresión de gravedad en los rostros de los policías, los combativos titulares de los periódicos locales, los corrillos de piquetes que observaban a todos los que pasaban cerca de las silenciosas fundiciones, desprovistas de su penacho de humo. Pero en mi mente estas impresiones iban y venían irregularmente, a modo de telón de fondo movedizo, con cambiante sentido, ante el que se destacaba mi preocupación por aquel propósito que iba tomando forma oscuramente y para el que mi revólver era un imperativo elemento esencial.

A lo largo de las calles sumidas en la cambiante luz del anochecer, en medio de las ceñudas multitudes, el pensamiento de Nettie, de mi Nettie y de su caballero, iba manteniendo incólume aquel propósito en mi cerebro.

Fue tres días después de esto, o sea, el miércoles, cuando ocurrió el primero de aquellos siniestros ataques que terminaron en el sangriento incidente de Peacock Groxe y en la inundación de la línea entera de las minas de carbón de Swathinglea. Fue el único de aquellos tumultos que el destino me hizo presenciar, y todo lo más se pudo considerar como un simple preliminar trivial de la lucha que siguió luego.

Los relatos que se han escrito de este suceso varían ampliamente. Al leerlos ahora me doy cuenta del extraordinario descuido de la verdad con que se deshonraba la Prensa de aquellos últimos días. En mi despacho tengo archivados muchos periódicos de aquel tiempo (en realidad, los colecciono), y he cogido al azar en este momento tres o cuatro de aquella época para darles un vistazo a fin de refrescar mis impresiones de lo que entonces vi. Los tengo delante de mí. Son unos papeles raros, arrugados, increíbles. Las hojas se han roto por los pliegues, la tinta se desvanece a su alrededor, y yo tengo que desdoblarlos con mucho cuidado mientras voy leyendo sus furibundos titulares. Mientras estoy sentado aquí, en este lugar sereno, toda su calidad, su compaginación, su tono, sus argumentos y exhortaciones, me producen la impresión de que procedían de hombres intoxicados o borrachos. Dan la sensación de un vocerío desmayado, de los gritos y chillidos que se pueden oír confusamente en un pequeño gramófono para niños... Únicamente en los periódicos del lunes encuentro, medio olvidada en la última página, después de las noticias de la guerra, alguna información de ciertos sucesos ocurridos en Clayton y en Swathinglea.

Lo que yo vi sucedió a última hora de la tarde. Yo había estado aprendiendo a disparar mi revólver. Había ido andando con él durante seis o siete kilómetros a través de un páramo hasta llegar a un pequeño bosquecillo, lleno de campanillas azules, situado a mitad de la carretera que va de Leet a Stafford. Allí había pasado las primeras horas de la tarde, experimentando el arma y ejercitándome con el tiro con cuidadosa premeditación y decidida persistencia. Había llevado conmigo la montura de caña de una birlocha, que podía doblarse y desdoblarse, y cada agujero que hacía con el revólver lo marcaba y numeraba para compararlo con mis otros empeños. Por fin me convencí de que podía hacer blanco

en un naípe a treinta pasos de distancia, nueve veces de cada diez. La luz era demasiado escasa para que yo pudiera discernir la diana que había pintado con lápiz, y en aquel estado de quieta compostura que algunas veces aparece junto a la sensación de hambre en los hombres apasionados, me volví, por Swathinglea, a mi casa.

La carretera descendía orillada por dos hileras de casas de obreros de aspecto desolado, para convertirse en la calle Mayor de Swathinglea, allí donde, al lado del primer farol y el primer buzón, comenzaba el trayecto del tranvía de vapor. Hasta entonces aquella sucia carretera había permanecido quieta y solitaria, pero, pasada la esquina, allí donde había las primeras cervecerías, se animaba. Aún estaba quieto aquello, hasta los niños se hallaban menos inactivos que de Costumbre, pero había mucha gente dispersa en pequeños grupos y orientada hacia la entrada de la mina de carbón de Bantock Burden.

El lugar estaba tomado por los piquetes, aunque en aquel momento los mineros se hallaban todavía nominalmente trabajando y las conferencias entre patronos y obreros continuaban en el Ayuntamiento de Clayton. Pero uno de los empleados de la mina de Bantock Burden, un tal Jack Briscoe, era socialista y se había distinguido por una violenta carta sobre la crisis, que había mandado al principal periódico socialista de Inglaterra, *The Clarion*, en el cual se había metido aventuradamente con los motivos que podían tener Lord Redcar. La publicación de aquella carta había ido seguida de su despido fulminante. He aquí lo que Lord Redcar escribió un día o dos más tarde en *The Times*, porque tengo en mi poder ese ejemplar de *The Times*, así como todos los demás periódicos londinenses del último mes del Cambio:

«A ese hombre se le pagó y se le despidió. Cualquier patrono que se respetara habría hecho lo mismo».

La cosa había ocurrido la noche anterior y los obreros no sabían de momento qué actitud debían tomar sobre un asunto que, después de todo, era muy intrincado y discutible. Pero, mientras tanto, declararon una especie de huelga semioficial de todas las minas de carbón de Lord Redcar, al otro lado del canal de Swathinglea. Fueron a la huelga sin previo aviso, cometiendo en este súbito paso un incumplimiento de contrato. Pero en las luchas sociales de

añto, los trabajadores se situaban siempre en el lado de la sinrazón a fuerza de cometer ilegalidades causadas por el irrefrenable deseo de demostrar su fuerza, característica propia de las mentalidades poco educadas.

No todos los hombres habían abandonado el trabajo en la mina de Bantock Burden. Allí había algo que no funcionaba bien, una indecisión o algo parecido. La mina estaba todavía en plena actividad y corría el rumor de que Lord Redcar había ido a contratar a otros mineros de Durham para tenerlos a punto en caso de huelga, y que los nuevos obreros se hallaban ya en la mina. Sin embargo, no es posible determinar con absoluta seguridad cómo estaban las cosas aquellos días. Los periódicos hablaban de esto, de aquello y de lo de más allá, pero nada de lo que decían era digno de crédito.

Creo que yo habría seguido alejado del tenebroso escenario de aquel conflicto social sin hacer ni una pregunta a nadie, si no hubiera sido porque, casualmente, Lord Redcar apareció en escena casi al mismo tiempo que yo, y en el acto se acabó mi abstención.

Lord Redcar había dicho que si los hombres quedan lucha, él estaba dispuesto a ofrecerles la mejor ocasión de luchar que pudieran haber soñado, y se había mostrado durante todo el día decidido a resolver sólo a medias la cuestión: preparando tan concienzudamente como le fue posible la concentración de los esquiroles que, según él decía y nosotros creíamos, tenían que remplazar a los huelguistas en los pozos de las minas.

Yo fui testigo presencial del incidente que ocurrió fuera del pozo de la mina de Bantock Burden, y... no sé lo que ocurrió.

Imaginad vosotros mismos cómo sucedió la cosa.

Yo iba bajando por una empinada callejuela, entre las altísimas aceras, a unos dos metros de altura sobre el nivel de la calzada, en las que se abrían, en una serie monótona, las puertas de las interminables casitas. La perspectiva de los achaparrados tejados de pizarra azul y de los grupos de chimeneas se extendía hacia la explanada irregular que había ante la mina, cubierta de lodo carbonizo surcado por las rodadas, con un montón de escoria cubierto de hierbajos a la izquierda y las rejas de entrada a la mina a la derecha. Más allá, la calle Mayor volvía a formarse, con sus tiendas; y los rieles del tranvía de vapor, que empezaban a mis pies,

y eran agudamente visibles gracias al brillo reflejado por la luz del cielo, se perdían allí entre sombras, para sólo distinguirse en un punto donde reflejaban la grasienta irradiación amarilla de un farol de gas recientemente encendido, desvaneciéndose definitivamente detrás de la curva. Más lejos se veía un oscuro grupo de casas, una infinidad de pequeñas chozas humeantes, entre las que surgían algunas iglesias, tabernas, escuelas y otros edificios rodeados de las dominantes chimeneas de Swathinglea. A la derecha, destacándose muy claramente, y en una situación relativamente elevada, la boca del pozo de la mina de Bantock Burden estaba marcada por un delgado enrejado de listoncillos llevando como insignia una gran rueda negra, muy perceptible bajo la luz del crepúsculo, y, más allá, formando una perspectiva irregular había otras, siguiendo la dirección de los yacimientos. El efecto, al bajar por la cuesta, era que allí había una serie de vidas oscuras y comprimidas bajo el altísimo, amplio y luminoso cielo del atardecer contra el que se destacaban las ruedas indicadoras de los pozos de mina. Y presidiendo la tranquila amplitud de aquel cielo había aquel gran cometa, entonces verdiblanco, maravilloso para todos aquellos que tuviesen ojos para ver.

La menguante claridad del ocaso levantó todos los contornos y siluetas de los tejados hacia el Oeste, y el cometa surgió a levante por entre el denso tumulto de humo de las fraguas de Bladden. La luna tenía aún que salir.

En aquellos momentos el cometa había empezado a adoptar la forma nebulosa que se nos había hecho familiar por medio de millares de fotografías y apuntes. Al principio no fue más que una mota telescópica; luego había adquirido brillo hasta alcanzar las dimensiones de la mayor estrella del firmamento; después había ido creciendo, hora por hora, en su increíblemente veloz, silenciosa e inevitable acometida contra la Tierra, hasta igualar y sobrepasar el tamaño de la Luna. En aquellos momentos era la cosa más espléndida que el cielo hubiera tenido nunca. En mi vida he visto una fotografía que pudiera dar una clara idea de ello. Nunca, en ningún momento, adoptó la convencional figura con rabo que se le supone a los cometas. Los astrónomos hablaban de su doble cola, una precediéndole y otra siguiéndole, pero éstas estaban tan escorzadas que quedaban reducidas a nada, de modo que la forma

que en realidad tenía era la de una panzuda bocanada de humo luminoso con un núcleo mucho más brillante. Al salir por el horizonte aparecía de un color amarillo fuerte y sólo empezaba a mostrar su distintivo color verdoso al salir de las brumas de la tarde que velaban la lejanía.

Era un objeto que llamaba la atención durante un buen rato. A pesar de mis preocupaciones terrenas, no tuve más remedio que permanecer mirándolo con la vaga premonición de que, después de todo, un objeto como aquél, tan extraño y tan glorioso, debía de tener algún significado y no podía de ningún modo ser motivo de absoluta indiferencia respecto a los planes y valores de mi vida.

Pero, ¿cómo?

Pensé en Parload. Pensé en el pánico y la aprensión que se estaba generalizando respecto a esta cuestión, y en las seguridades que daban los hombres de ciencia de que el cometa pesaba tan poco (todo lo más unos centenares de toneladas de gas y polvo muy difundido), que aunque viniera a chocar contra la Tierra, la cosa no tendría graves consecuencias. Y, después de todo, decía yo, ¿qué significado terrenal ha encontrado nadie nunca en las estrellas?

Luego, a medida que iba bajando hacia el pueblo, las casas y demás edificios seguían subiendo y se hacía más patente la presencia de aquellos vigilantes grupos de personas, la tensión de la situación, y uno se olvidaba del cielo.

Preocupado conmigo mismo y con mis tenebrosos ensueños sobre Nettie y mi honor, iba haciendo mi camino en medio de la paralizada amenaza de aquellos corros, y cuando toda la escena aquélla estalló en un drama me cogió de improviso...

La atención de todos se orientó con irresistible magnetismo hacia la calle Mayor, y me englobó, envolviéndome como la acometida de las aguas desbordadas pueden coger y envolver una brizna de hierba. Bruscamente, la muchedumbre por entero vibró con una sola y única nota. No era una palabra, era un sonido mezcla de amenaza y protesta, algo intermedio entre un prolongado «¡Ah!» y un «¡Uuuuh...!». Entonces, con una ronca intensidad furibunda se oyó un grave y poderoso abucheo, «¡Buuu...! ¡Buuu...! ¡Buuu!», una nota estúpidamente expresiva de salvajismo animal. «¡Tuut-tuut!» hizo la bocina del automóvil de Lord Redcar como una réplica ridiculizante. «¡Tuut-tuut!» se le oyó zumbar y vibrar al

obligarle la muchedumbre a acortar la marcha.

Todos los manifestantes parecían moverse hacia las rejas de entrada de las minas de carbón, y yo también, con todos los demás.

Oí un grito. Por entre las oscuras siluetas que tenía delante vi como el automóvil se detenía para volver en seguida a emprender la marcha, y vi sólo un momento algo que se contorsionaba en el suelo...

Más tarde se afirmó que Lord Redcar conducía y que atropelló deliberadamente a un muchachito que no quería cederle el paso. Se aseveró, con la misma seguridad, que no era un muchachito, sino un hombre que intentó pasar por delante del automóvil al marchar éste lentamente por entre la multitud, y que aunque se escapó casi por milagro de ser cogido por el vehículo se cayó cuan largo era. Tengo estas dos informaciones publicadas, bajo estrepitosos titulares, en dos de estos ajados periódicos, ahí encima de mi mesa. Nadie pudo nunca saber la verdad. Y es que, en semejante tumulto ciego de pasión, ¿podía haber alguna verdad?

Hubo un movimiento de la masa hacia delante, la bocina del automóvil sonó de nuevo, todo se inclinó violentamente hacia la derecha en un espacio de diez metros y se oyó un disparo como de pistola.

Durante unos momentos pareció que todo el mundo echaba a correr. Una mujer que llevaba en brazos un niño envuelto en un chal se me echó encima y me hizo retroceder tambaleándome. Todos creíamos que había sonado un disparo de arma de fuego, pero en realidad fue algo que le había ocurrido al motor; lo que en aquellos anticuados artilugios se llamaba un *backfire*. Una leve humareda azulada estaba suspendida en el aire, detrás del automóvil. La mayor parte de la gente volvió apresuradamente a sus casas, en gran desorden, dejando un buen espacio despejado en el sitio donde ocurrió el hecho, en el centro del cual permanecía el automóvil.

El hombre o muchacho que había caído estaba todavía tendido en el suelo, sin que hubiera nadie a su lado para socorrerle, hecho un negro guiñapo, con un brazo extendido y las piernas abiertas. El automóvil se había detenido y sus tres ocupantes se habían levantado. Seis o siete figuras negras rodearon el automóvil, y parecían haberse pegado a él con el intento de evitar que aquello

volviera a reproducirse; una de aquellas figuras era Mitchell, un dirigente sindical muy conocido, y estaba discutiendo en fiero tono grave con Lord Redcar. No pude oír nada de lo que decían, pues no me hallaba cerca de ellos. A mis espaldas, las rejas de entrada de la mina estaban abiertas y había una corriente de ayuda hacia los ocupantes del automóvil, procedente de aquella dirección. Había un espacio cubierto de barro y nada más, en una distancia, tal vez de cincuenta metros, entre el automóvil y la reja, y allí al fondo las ruedas y la cabeza del pozo de la mina se destacaban, negras, contra el cielo. Yo era uno de los que componían aquel rudo semicírculo de personas que se mantenían, sin saber aún qué actitud adoptar, alrededor de aquella disputa.

Fue una cosa natural, no premeditada, que mis dedos se contrajeran sobre el revólver que tenía en el bolsillo.

Avancé unos pasos con las intenciones más vagas del mundo, pero no lo bastante de prisa que no me adelantaran algunos individuos que iban a reunirse con los del grupo que estaba cerca del automóvil.

Lord Redcar, dentro de su gran abrigo de pieles, sobresalía por encima del grupo que lo rodeaba; sus gestos eran fáciles y amenazadores, y hablaba en voz muy alta. Debo admitir que tenía una buena presencia. Era un joven alto, rubio, guapo, con una bonita voz de tenor y un instinto certero para dar un efecto de gallardía a sus actitudes. Al principio mis miradas se dirigieron exclusivamente a él. Parecía un símbolo, un símbolo triunfador de todo lo que reivindica la teoría de la aristocracia, de todo lo que me henchía el alma de resentimiento. Su chófer estaba sentado, acurrucado, mirando el grupo por debajo del brazo de su excelencia. Pero Mitchell tenía también muy buena presencia y su voz era alta y firme.

—Ha herido usted al muchacho —gritaba Mitchell—. Espere aquí hasta que veamos si está herido o no.

—Esperaré o no esperaré, según me plazca —decía Redcar.

Y dirigiéndose al chófer le ordenó:

—¡Anda! ¡Baja, y ve a ver!

—Vale más que no baje —replicó Mitchell.

El chófer se quedó como paralizado, medio doblado y vacilante, en el estribo.

El individuo que estaba en el asiento de detrás se levantó, e inclinándose hacia delante habló con Lord Redcar. Este nuevo hecho hizo que para mí todo lo demás quedase relegado al fondo del escenario. ¡Aquel hombre era el joven Verrall!

Era mi propósito que venía a encontrarme a mitad de camino.

Tenía que haber lucha. Parecía inevitable una pelea de un momento a otro, y he aquí que...

¿Qué iba a hacer yo? Lo pensé muy rápidamente. A menos de que mi memoria me falle ahora, creo que actué con rápida decisión. Mi mano oprimió el revólver y entonces me acordé de que estaba descargado. En un instante hube decidido el camino que debía seguir. Di media vuelta y me abrí paso entre la airada muchedumbre que volvía a surgir de todas partes dirigiéndose de nuevo hacia el automóvil.

Pensé que entre los montones de escoria que había al otro lado de la calle estaría tranquilo y no me vería nadie, y allí podría volver a cargar el revólver sin que nadie me observara...

Un alto muchachote, dando grandes zancadas, con los puños cerrados, se detuvo un segundo al verme.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Les tiene miedo o qué?

Yo lo miré fijamente y estuve a punto de enseñarle el revólver. La expresión de sus ojos cambió. Se quedó perplejo. Luego, profiriendo un gruñido, siguió adelante.

Oí que, detrás de mí, las voces se iban haciendo cada vez más fuertes, más agudas.

Vacilé un momento, me volví a medias del lado donde proseguía la disputa, y en seguida eché a correr hacia los montones de escoria. Mi instinto me aconsejó que evitara que me vieran cargando el arma. Tenía, por lo tanto, suficiente sangre fría para pensar en las consecuencias de lo que me proponía hacer.

Miré otra vez hacia atrás, hacia la oscilante discusión —¿no habría empezado ya la pelea?—, y me dejé caer en un hoyo, entre unos montones de escombros, y, arrodillado entre hierbajos, cargué el revólver con ágiles y temblorosos dedos. Cargué una recámara, me levanté y anduve una docena de pasos por donde había venido, pensé en una serie de posibilidades, vacilé, volví al sitio de partida y cargué las otras recámaras. Lo hice lentamente porque me sentía algo torpe, y al final vino el momento de la inspección. ¿Me habría

olvidado de algo? Después, durante unos segundos, me quedé agazapado antes de levantarme, resistiendo la primera ráfaga de la reacción contra mi impulso. Me detuve a reflexionar, y durante un momento aquel gran meteoro verdiblanco que estaba encima de mi cabeza volvió a ocupar mi mente. Entonces por primera vez lo relacioné claramente con toda aquella absurda violencia que se había producido en la vida humana. Uní aquellas consideraciones con el acto que intentaba llevar a cabo. Iba a matar al joven Verrall, como si dijéramos bajo la bendición de aquel verde resplandor...

Pero, y Nettie ¿qué?

Me fue imposible meditar sobre aquella complicación.

Volví a salir y franquéé el montón de basuras dirigiéndome lentamente otra vez hacia el lugar donde se desarrollaba el altercado.

Naturalmente, tenía que matar a Verrall...

Yo quisiera que me creyerais si os digo que no sentía el menor deseo de asesinar al joven Verrall en aquella precisa ocasión. No me había imaginado unas circunstancias como aquéllas. Nunca había pensado en él en relación con Lord Redcar y nuestro negro mundo industrial. Verrall se hallaba en aquel otro mundo distante de Checkshill, el mundo de los parques y los jardines, el mundo de las cálidas emociones acariciadas por la luz del sol, el mundo de Nettie. Su aparición allí en aquellas circunstancias era desconcertante. Me había cogido de sorpresa. Yo estaba demasiado cansado y hambriento para poder pensar con claridad, y la dura complicación de nuestro antagonismo prevalecía en mí. En el tumulto de mis emociones pretéritas había pensado constantemente en conflictos, peleas, disputas, actos de violencia, y ahora el recuerdo de aquellas cosas tomaba posesión de mí como si fueran resoluciones irrevocables.

Se oyó una aguda exclamación, el chillido de una mujer, y la multitud retrocedió como la resaca. La lucha había empezado.

Lord Redcar, según creo, se había apeado de un salto de su automóvil y había derribado a Mitchell tirándole al suelo, y algunos individuos acudían, desde las puertas de la mina, en ayuda de su malparado compañero.

Tuve alguna dificultad en abrirme paso a través de la multitud. Me acuerdo claramente de que en una ocasión me quedé como

aprisionado entre dos hombretones, de tal modo que los brazos se me pegaron a mis costados, pero todos los demás detalles han huido de mi memoria. Únicamente recuerdo que me sentí proyectado violentamente hacia el lugar donde se desarrollaba la refriega.

Choqué contra uno de los salientes del automóvil, y de pronto me encontré cara a cara con Verrall, que se apeaba del compartimiento trasero. Tenía la cara de un color anaranjado, procedente de la luz del automóvil, lo cual contrastaba con las sombras producidas por la luz del cometa, deformándole extrañamente las facciones. Aquel efecto sólo duró un instante, pero lo suficiente para desconcertarme. Entonces él dio un paso adelante y las rubicundas luces y la extrañeza se desvanecieron.

No creo que me reconociera, pero percibió inmediatamente que yo iba dispuesto a atacarle. Y en aquel momento me dio un puñetazo al azar, pero yo lo sentí en la mejilla.

Instintivamente solté el revólver, saqué la mano derecha de la faltriquera levantándola en una tardía parada y con la izquierda le aticé un puñetazo en el pecho.

Lo dejé tambaleándose, y mientras retrocedía con la violencia del golpe vi que me había reconocido. Con aquella impresión se mezclaba otra de asombro según note en la expresión de su cara.

—¡Me has conocido, cerdo! —le grité dándole otro puñetazo.

Luego tuve la sensación de que estaba dando vueltas sobre mí mismo. Tuve la impresión de que Lord Redcar, como una gran mole de pieles, dominaba el fragor de la lucha como un héroe homérico. Me desplomé a sus pies, lo cual me produjo la impresión de que era él quien se elevaba, y no hizo el menor caso de mí. Su clara voz, sin tonalidades, aconsejó a Verrall:

—¡Basta, Teddy! No conseguiremos nada. Los piquetes tienen barras de hierro...

A mi alrededor pasaban y traspasaban un sinfín de pies. Algún minero de botas claveteadas tropezó con mi tobillo y siguió dando trapiés. Se oían gritos y maldiciones por doquier, y luego sentí que todo se había ido de mi lado. Levanté la cabeza con dificultad y vi al chófer, a Verrall y a Lord Redcar (este último recogiénose como una damisela las faldas de su abrigo de pieles de una manera en extremo grotesca), uno tras otro, en fila india, dirigiéndose a través de un espacio iluminado por el cometa hacia las abiertas rejas de

entrada de la mina.

Yo intenté incorporarme apoyando las manos en el suelo.

¡Verrall!

No siquiera había sacado mi revólver... Me había olvidado. Me encontraba cubierto de lodo negruzco... las rodillas, los codos, los hombros, la espalda.

Quedé agobiado por un sentimiento de ridícula impotencia. Con un doloroso esfuerzo me puse en pie.

Vací un momento y luego intenté dirigirme hacia las rejas de entrada de la mina, pero, pensándolo mejor, me decidí porirme cojeando a casa, dolorido, confuso, avergonzado. No tuve ni el valor ni las ganas de ayudar a destrozar y quemar el automóvil de Lord Redcar.

4

Durante la noche, la fiebre, el dolor, la fatiga, y tal vez también la indigestión de mi cena a base de pan con queso, me despertaron de mi pesadilla de un mundo de brujas para ponerme cara a cara con la desesperación. Yo me sentía como un alma perdida en medio de la desolación y la vergüenza; me sentía deshonrado, irremisiblemente perdido.

Me enfurecí contra el Dios cuya existencia negaba, y lo maldije.

Y estaba en la misma naturaleza de mi fiebre, que consistía en realidad en fatiga sólo en una mitad, siendo la otra mitad el desorden de una juventud apasionada, que Nettie, una extraña Nettie deformada, se me apareciese durante los breves sueños que tuve en el transcurso de aquella noche de agotamiento, para dominar sobre mi desdicha. Con exagerada nitidez me notaba muy sensible a la intensidad de sus encantos físicos, de toda su gracia y su hermosura; hacía vibrar en mí toda la gama del deseo y toda la gama del amor propio. Ella era, en una forma corpórea, mi honor perdido. No solamente era una pérdida, sino también una ignominia perderla. Ella representaba la vida y todo lo que se me negaba, y se burlaba de mí, entre fracasado y derrotado. Mi espíritu se levantaba

hacia ella, y entonces la contusión de mi mandíbula parecía agravarse con un calorcillo y un dolorcillo sordos, y yo me sentía de nuevo revolviéndome en el lodo ante mis rivales.

Habla momentos en que parecía que iba a volverme loco, y entonces rechinaba los dientes y me hincaba las uñas en las palmas de las manos, y únicamente dejaba de maldecir y de gritar a causa de la insuficiencia de palabras. Y en una ocasión, cerca del amanecer, salté del lecho y fui a sentarme al lado del espejo, con el revólver cargado en la mano. Por fin me levanté, lo metí cuidadosamente en el cajón y cerré con llave... fuera del alcance de algún impulso súbito. Después, me dormí un ratito.

Noches como ésta no constituían nada raro ni extraño en el orden de cosas del viejo mundo. En ninguna ciudad, en ninguna noche del año dejaba de haber entre los durmientes, muchos que se despertaban inquietos, sondeando las profundidades de la ira y de la miseria. Había incontables millares de personas tan enfermas, tan desasosegadas, que se debatían en la misma línea fronteriza de la locura, cada una de ellas considerándose el centro de un universo de tinieblas y de perdición...

El día siguiente lo pasé sumido en una lúgubre y letárgica melancolía.

Había intentado volver a Checkshill aquel día, pero tenía el tobillo tan hinchado que la excursión no era posible. Me quedé en casa, en la mal iluminada cocina del sótano, con el pie vendado, leyendo y meditando tétricamente. Mi madre querida me cuidaba, observándome con sus ojos pardos, perpleja ante mi negro silencio y mis ceñudas preocupaciones. No le había explicado cómo fue que me contusioné el tobillo y me ensucié el traje. Me había cepillado la ropa por la mañana, antes de que me levantara.

¡Oh! A las madres no se las trata así ahora. Y esto debe consolarme. No sé hasta qué punto seréis capaces de imaginaros aquella habitación oscura, pringosa, desordenada, con su mesa de pino sin barnizar, con el papel de la pared hecho jirones, las cazuelas y la tetera en la angosta estantería, las cenizas en el hogar y el guardafuegos herrumbroso sobre el que descansaban mis vendados pies. No sé hasta qué punto podéis figuraros la ceñuda y pálida faz de adolescente que yo era entonces, sin afeitar, sin cuello ni corbata, sentado en la silla Windsor, y la pequeña anciana,

tímida, sucia y cariñosa, que no se movía de mi lado, mirándome amorosamente con sus ojos brillantes, entre sus fruncidos y arrugados párpados...

Cuando, a media mañana, mi madre salió para hacer la compra, también me compró un periódico de medio penique. Era uno como estos que ahora tengo encima de la mesa, sólo que el ejemplar que tenía yo entonces estaba todavía húmedo de tinta fresca, y estos que tengo aquí ahora están tan viejos que se resquebrajan al tocarlos. Tengo aquí un ejemplar del mismo número que leí aquella mañana. Era un periódico titulado enfáticamente *New Paper*, pero todo el mundo lo compraba y lo conocía por el sobrenombre de «El Grito». Aquella mañana apareció lleno de noticias estupendas y de titulares todavía más estupendos, tan estupendos que durante un rato me distrajo de mis egoístas meditaciones. Porque, según parecía, Alemania e Inglaterra se hallaban al borde de la guerra.

De todos los fenómenos monstruosos e irracionales de antaño, la guerra era ciertamente el más sorprendentemente irracional. En realidad, la guerra era un hecho menos perjudicial que otras calamidades de índole más pacífica, tales como, por ejemplo, el general asentimiento a la propiedad privada de la tierra, pero sus calamitosas consecuencias se evidenciaban de un modo tan patente que hasta en aquellos días de sofocante confusión la gente se maravillaba de ello. La guerra moderna no tenía sentido alguno, por ningún concepto. Aparte de la mortandad y mutilación que producía en multitud de personas, de la destrucción de extensísimas cantidades de material y del desperdicio de innumerables unidades de energía, sus efectos eran nulos. La antigua guerra de las naciones bárbaras y salvajes al menos producía ciertos cambios en la Humanidad: una tribu cualquiera se creía superior en lo físico y en la disciplina, y lo demostraba prácticamente sobre sus tribus convecinas, y si salía victoriosa de la contienda se quedaba con sus tierras y sus mujeres y perpetuaba así, engrandeciéndola, además, su superioridad. La nueva guerra no produjo cambios más que en el color de los mapas, en los dibujos de los sellos de Correos y en las relaciones mutuas entre unos cuantos individuos notables o accidentalmente eminentes. En uno de los últimos ataques epilépticos internacionales de esta naturaleza, por ejemplo, los ingleses, con gran acopio de disentería y de malos versos y con unos

cuantos centenares de muertos en el campo de batalla, vencieron a los boers del África del Sur y dominaron su territorio al precio enorme de unas tres mil libras por cabeza, sin tener en cuenta que podían haber comprado la totalidad de aquella absurda imitación de nación por la décima parte de este precio. Y exceptuando unas pocas sustituciones de personalidades, un grupo de funcionarios parcialmente corrompidos en vez de otro grupo de la misma índole, los cambios permanentes fueron del todo insignificantes. Sin embargo, un joven excitable que vivía en Austria se suicidó cuando el Transvaal dejó de ser una «nación». Muchas personas se trasladaron al teatro de esta guerra cuando se había acabado, para encontrar allí a la Humanidad igual que antes, aparte de un empobrecimiento general, y una enorme cantidad de latas de conserva vacías, alambradas y cartuchos también vacíos. La Humanidad no había cambiado nada y había vuelto a reemprender sus antiguas costumbres, hábitos y equívocos aunque con una ligera perplejidad; el negro, aún en su *kraal* de chozas mal ventiladas; el blanco, en su fea y mal arreglada cabaña...

Pero nosotros, en Inglaterra, vimos todas estas cosas o no las vimos, gracias al espejismo del *New Paper* y a la luz de la locura. Toda mi adolescencia, desde los catorce a los diecisiete años, marchó al compás de la música de aquella monstruosa y resonante intimidad; los vivos, los aplausos, las ansiedades, las canciones y el ondear de banderas, los desaguizados del generoso Buller y el glorioso heroísmo de De Wet, que siempre conseguía escaparse, y ahí estaba toda su gracia y su heroísmo, y nunca se nos ocurrió a ninguno de nosotros que el total de la población contra la que luchábamos representaba menos de la mitad de los seres que vivían hacinados dentro de Four Towns.

Pero antes y después de este estúpido conflicto se iba formando un antagonismo mucho mayor, un antagonismo que lenta y quedamente se estaba definiendo como una cosa inevitable, apartándose de vez en cuando de la pública atención para reanudar la exhibición de su propia presencia más acusadamente que antes, brillando unas veces con aguda expresión definitiva, y otras veces invadiendo o insinuándose en alguna nueva región de las ideas. Este antagonismo era el de Alemania y la Gran Bretaña.

Cuando pienso en la creciente proporción de lectores que

pertenecen por entero al nuevo orden de cosas, que están creciendo y desarrollándose sólo con unos vagos recuerdos primitivos del mundo de antaño, encuentro las mayores dificultades para explicar por escrito las ininteligibles confusiones que eran cosas corrientes y habituales para sus padres.

Aquí estábamos nosotros, los británicos, cuarenta y un millones de almas, en un estado tal de absurda confusión económica y moral, sin valor, energía, inteligencia ni nada para intentar mejorar nuestra situación, que hasta la mayoría de nosotros apenas temamos el valor suficiente para ponernos a pensar seriamente en este estado de cosas. Y por si esto fuera poco, teníamos todos nuestros asuntos irremediabilmente enmarañados con las confusiones, enteramente diferentes de las nuestras, de trescientos cincuenta millones de otras personas esparcidas por toda la superficie del Globo; y por otra parte también estaban los alemanes, cincuenta y seis millones de personas, todas contra nosotros, en un estado de confusión que no era ni un ápice menor que el nuestro; y, además, los escandalosos hombrecillos, directores de periódicos, y los que escribían libros y artículos y daban conferencias, y que por regla general, en aquella época de demencia universal, pretendían encarnar el verdadero espíritu nacional, gentes todas ellas activísimas en ambos países, exhortando, con una especie de infernal unanimidad, y no sólo exhortando, sino la mayoría de las veces persuadiendo, a ambos pueblos a dedicar el pequeño caudal común de energía material, moral e intelectual que poseían, al negocio puramente destructivo y ruinoso de hacer la guerra. Me veo obligado a contar todas estas cosas aunque no las creáis, porque son vitales para mi relato. No había un solo hombre sobre la tierra que os pudiera hablar de algún beneficio real y permanente, o de algo que pudiera neutralizar la evidente ruina y perjuicio que resultaría de una guerra entre Inglaterra y Alemania, tanto si Inglaterra aplastaba a Alemania, como si resultaba destruida y subyugada por ella. Ni siquiera os podría hablar de lo que pudiere resultar de una conflagración tan horrible.

El hecho era, en realidad, que existía una enorme obsesión irracional; era, en el macrocosmo de nuestra nación, algo curiosamente paralelo a la ira y los celos que tanto influían en mi microcosmo individual. Daba la medida del exceso de la emoción

común sobre la inteligencia común, el legado de pasiones desordenadas que hemos recibido del animal de que provenimos. Del mismo modo que yo me había convertido en el esclavo de mi propia sorpresa y de mi ira, y andaba de acá para allá con un revólver cargado, intentando y proyectando vagos crímenes fluctuantes, así esas dos naciones iban por la tierra, con las orejas calientes y la cabeza llena de confusión con marinas y ejércitos también cargados, como mi revólver, y terriblemente dispuestas a luchar. Sólo que en ellas no había siquiera una Nettie que pudiera justificar su estupidez. No había más que imaginarias frustraciones por ambas partes.

Y la Prensa diaria era el principal instrumento que orientaba a aquellas enormes multitudes excitándolas a la lucha.

La Prensa, esos periódicos que ahora nos parecen tan extraños como los *Empire*, las *Nations* y los *trusts* y otras empresas monstruosas de aquellos tiempos extraordinarios, era algo así como un accidente imprevisto. Había aparecido, como aparece la hierba en los jardines abandonados, porque en todo el mundo no había una clara voluntad que produjera algo mejor. Hacia el final, aquella «Prensa» se hallaba casi por entero bajo la dirección de jovenzuelos de aquel tipo vivaz y poco inteligente que nunca está un momento sin hacer nada y que, en cambio, está siempre persiguiendo algo con increíble celo. Y si queréis comprender realmente aquélla era de locura que terminó con el cometa, debéis tener presente que todas las frases que intervenían en la producción de estas raras antiguallas estaban empapadas de una recia energía sin sentido y sin propósito, y que estas frases aparecían en concentrada acometida.

Dejadme que os describa, brevemente, la jornada de un periódico.

Figuraos en primer lugar un edificio proyectado y construido de cualquier manera, en una sucia calle secundaria, sembrada de papeles, del viejo Londres, y unos cuantos hombres, bastantes, vestidos zarrapastrosamente, entrando y saliendo del edificio con la velocidad de un proyectil. Y dentro, unos obreros impresores, tensamente activos, con ágiles dedos, pues siempre se estaba dando prisa a los impresores, trabajando con ahínco en sus linotipias, amoldando y arreglando masas de metal en una especie de cocina

infernol, encima de la cual, en una colmena de cuartitos brillantemente iluminados, unos hombres despeinados escribían sin cesar, o, mejor dicho, emborronaban cuartillas. Se oía una incesante vibración de timbres de teléfono y un continuo tintineo de agujas telegráficas, y se producía una carrera de mensajeros, unas idas y venidas continuas de unos hombres agitados que llevaban pruebas y ejemplares de un lado para otro. Luego empezaba el estrepitoso rugido de la maquinaria, contagiada de aquella locura, trabajando cada vez a mayor velocidad, zumbando y detonando; mecánicos que desde el día que nacieron no habían tenido nunca tiempo para lavarse, corrían de un lado para otro, provistos de latas de aceite, mientras el papel se iba desprendiendo de sus rollos con un escalofrío de apresuramiento. Tenéis que imaginaros al propietario llegando explosivamente en su automóvil, apeándose de un salto, antes de que se hubiese detenido del todo, llevando agarrado de la mano un fajo de cartas y documentos, lanzándose como una flecha dentro del local, resuelto a atropellar al primero que se le pusiera delante y metiéndose maravillosamente en mitad del camino de todo el mundo. Al verle, hasta los «botones», que son los únicos que esperan sin hacer nada, se levantan como movidos por un resorte y huyen precipitadamente a todas partes. Aliñad la visión que tenéis de todo esto con colisiones, maldiciones, juramentos e incoherencias. Podéis imaginaros todas las partes de esta complejísima máquina de lunáticos trabajando histéricamente en un *crescendo* de prisas y de excitación a medida que avanza la noche. Las únicas cosas que parecen ir despacio dentro de aquel local vibrante y precipitado son las manecillas del reloj.

Lentamente todos los objetos van arrastrándose hacia la publicación, hacia la consumación de todos estos esfuerzos. Entonces, a primera hora de la madrugada, en las calles oscuras y desiertas aparece un desatado torbellino de carros y de hombres, y el edificio arroja papel por todas las puertas: balas, montones, torrentes de periódicos, que son arrebatados y tirados por todas partes a voleo, en lo que parece un espectáculo de lucha libre, y de pronto, todo el mundo sale disparado estrepitosamente hacia el Este, el Oeste, el Norte y el Sur. El interés pasa al exterior. Los hombres de los cuartitos se van a sus casas, los obreros de la imprenta se dispersan bostezando y las rugientes prensas empiezan

a pararse. El periódico ya existe. La distribución sigue a la manufactura y nosotros vamos siguiendo los paquetes.

Nuestra visión se transforma en un espectáculo de dispersión. Podéis ver todos esos fardos arrojados a las estaciones que llegan a tiempo de coger los trenes por verdadero milagro, apresurándose para llegar a su destino, disgregándose en otros fardos más pequeños, lanzados con feroz puntería en los andenes de las estaciones en las que no para el tren, y luego, en todas partes, estos pequeños fardos, disgregándose a su vez en paquetes más pequeños todavía, y en otros más reducidos aún, y éstos en periódicos separados, y aparece la aurora sin que nadie se dé cuenta de ella en medio de las grandes carreras y gritos de los muchachos vendedores, mientras los periódicos van siendo echados en los buzones de las casas, por las aberturas de las ventanas, en los quioscos de periódicos, donde quedan amontonados o desplegados sobre el mostrador. Durante unas horas hay que imaginarse al país entero punteado de blanco por los crepitantes papeles de los periódicos, con anuncios en todas partes, vociferando la presurosa mentira del día; hombres y mujeres en los trenes, hombres y mujeres comiendo y leyendo, hombres en sus gabinetes, con los pies apoyados en el guardafuegos de la chimenea, hombres y mujeres que leen sentados en sus camas; madres, hijos e hijas, esperando a que el padre ter mine, un millón de personas dispersas por todos los ámbitos de las Islas Británicas leyendo, leyendo precipitadamente, o febrilmente a punto de leer. Es como si un chorro vehemente hubiese rociado con aquella blanca espuma de periódicos la faz de la tierra .

Y después, ¿sabéis?, todo ese papel desaparece, desaparece maravillosamente, desaparece completamente, se desvanece como se desvanece la espuma del mar sobre una playa de arena.

¡Tontería! ¡Grandísima tontería! Todo no es más que un ruidoso paroxismo, una excitación irracional, un daño necio y un derroche de fuerzas que en realidad no significa nada...

Una de esas partículas blancas era el periódico que yo tenía en mis manos mientras estaba sentado, con el pie vendado y apoyado en el guardafuegos de acero, en aquella oscura cocina del sótano de mi madre, completamente despabilado de mis preocupaciones personales por aquellos escandalosos titulares. Mi madre se hallaba

sentada, con las mangas arremangadas, dejando al descubierto sus nudosos brazos, pelando patatas mientras yo leía.

Aquel periódico era como un elemento de una invasión de gérmenes morbosos que se hubiesen apoderado de un cuerpo. Allí estaba yo, simple corpúsculo individual en el gran cuerpo amorfo de la comunidad inglesa, uno entre cuarenta y un millones de otros corpúsculos semejantes, y a pesar de todas mis preocupaciones, aquellos potentes titulares, aquel fermento periodístico me cogió de lleno, haciéndome dar vueltas sobre mí mismo. Y en toda la extensión del país hubo aquel día millones de personas que leyeron lo que yo leí y se dejaron engatusar como yo por el mismo hechizo magnético, se dejaron engatusar para... ¿cómo lo decíamos entonces...? ¡Ah, sí...! Para «enfrentarnos con el enemigo».

El cometa había pasado a la oscuridad de la segunda página. La columna que llevaba por título «Famoso astrónomo dice que el cometa chocará contra la Tierra. ¿Importa mucho ahora?», no la leyó nadie. Alemania (yo me figuraba generalmente a aquella maligna criatura mítica como un emperador encorsetado, de atiesados mostachos, embellecido con unas alas heráldicas negras y un gran espadón) había insultado nuestra bandera. Éste era el mensaje que nos traía el *New Paper*, y el monstruo se levantaba ante mí como una montaña, amenazando con nuevos ultrajes, escupiendo visiblemente los impecables colores de mi país. Alguien había izado la bandera británica en la orilla derecha de algún río tropical cuyo nombre no había oído pronunciar hasta entonces, y un oficial alemán borracho, siguiendo unas instrucciones ambiguas, la había arriado. Luego uno de los muchos indígenas, muy conveniente para el caso, británico indiscutiblemente, había sido herido de un disparo en la pierna. Pero los hechos distaban de ser claros. Nada estaba claro excepto el propósito de no aguantar más insensateces por parte de Alemania. Fuera lo que fuese lo que en realidad había sucedido o había dejado de suceder, teníamos la intención de exigir excusas, y al parecer ellos no tenían ni la más remota intención de darlas.

«¿HA LLEGADO POR FIN LA GUERRA?».

Éstos eran los titulares. El corazón nos saltaba para que se

contestara afirmativamente...

Hubo unas horas de aquel día en que yo me olvidé completamente de Nettie, al soñar con batallas y victorias por mar y por tierra, al soñar con disparos de obuses, trincheras, cañones, y la carnicería espantosa que produciría montones de muchos millares de hombres.

Pero la mañana siguiente emprendí de nuevo el camino de Checkshill, y lo emprendí, me acuerdo bien de ello, muy esperanzado, olvidando cometas, huelgas y guerras.

5

Hay que dejar bien sentado que no tenía ningún propósito de convertirme en asesino cuando me dirigí a Checkshill. En realidad no tenía ningún plan. Había una gran confusión de intenciones, dramáticamente concebidas, en mi cabeza, escenas de amenazas y denuncias y terror, pero no abrigaba la menor intención de matar a nadie. El revólver tenía que neutralizar la desventaja que yo le llevaba a mi rival en edad y musculatura.. Pero realmente no era ni eso. ¡El revólver...! Cogí el revólver porque yo era entonces un joven mentecato. Era cargarme con algo dramático. Pero no tenía, como digo, ningún plan.

Continuamente, durante esta segunda expedición a Checkshill, me sentía irradiado de un nuevo y poco razonable optimismo. Me había despertado por la mañana con la esperanza (podía haber muy bien sido el último rastro, a medio desvanecerse, de algún sueño olvidado) de que, después de todo, aún era posible que Nettie se inclinara hacia mí, que su corazón se sintiese amable para conmigo, a despecho de todo lo que yo me figuraba que había ocurrido. Hasta pensé que era posible que hubiese interpretado mal lo que yo había visto. Tal vez ella misma me lo explicaría todo. Sin embargo, y sin saber porqué, el revólver seguía en mi faltriquera.

Empecé cojeando, pero después del tercer kilómetro mi tobillo se calentó hasta olvidarse de la contusión, y durante todo el trecho que quedaba anduve bien. ¿Y si estuviese equivocado?

Todavía estaba debatiendo aquello conmigo mismo cuando me encontré en el parque. En uno de los rincones de la dehesa, cerca de la casita del guarda, me acordé, a la vista de unos jacintos azules de tardía floración, de la época en que Nettie y yo íbamos a cogerlos juntos. Parecía imposible que nos hubiéramos separado para siempre. Una oleada de ternura me invadió y seguía invadiéndome cuando llegué a la pequeña hondonada y me dirigí hacia los agrifolios. Pero allí la dulce Nettie de mis amores infantiles se desvaneció y empecé a pensar en la nueva y deseable Nettie y en el hombre con quien me había encontrado a la luz de la luna, pensé en el angosto y ardiente propósito que había crecido tan reciamente de mi frescor primaveral, y mi ánimo se ensombreció.

Atravesé el bosque de hayas, dirigiéndome hacia el jardín con corazón triste y resuelto. Cuando llegué a la puerta verde del muro del jardín me puse a temblar de tal forma que no pude coger la aldaba, porque en aquel momento ya no me cabía la menor duda de cómo terminaría aquello. Aquel temblor fue seguido de una sensación de frío, de palidez y de piedad de mí mismo. Me quedé asombrado al encontrarme haciendo visajes, al sentirme las mejillas húmedas, e inmediatamente di rienda suelta a una desenfrenada pasión de llorar. Tenía que tomarme algún tiempo hasta tranquilizarme... Di media vuelta y me alejé de la puerta dando traspiés hasta cierta distancia, sollozando sin contenerme, hasta echarme en el suelo, a cubierto de todas las miradas, entre los helechos, y casi en seguida me volvió la calma. Allí me quedé echado durante un buen rato. Casi llegué a desistir de mi empeño, pero mi emoción pasó como la sombra de una nube, y, dueño otra vez de mí mismo, avancé con gran sangre fría hacia el jardín.

Por la abierta puerta de uno de los invernáculos vi al viejo Stuart. Estaba inclinado sobre el andamiaje, con las manos en los bolsillos y tan profundamente ensimismado que no se dio cuenta de mí...

Vacilé un momento, y me dirigí, lentamente, hacia la casita.

Algo había allí .que me pareció extraño, pero al principio no pude decir de qué se trataba. Una de las ventanas del dormitorio estaba abierta, y el corto portier característico, con su barrita superior de latón desclavada en parte, pendía oblicuamente a través de espacio vacío. Tenía un aspecto descuidado y raro, porque, por

regla general, en aquella casa todo estaba siempre en orden.

La puerta se hallaba abierta de par en par y dentro reinaba un silencio absoluto. Pero echando una ojeada al vestíbulo, generalmente tan arreglado (eran aproximadamente las dos y media de la tarde), pude ver una pila de tres platos sucios, con unos cuchillos y tenedores también usados encima de una de las sillas.

Entré en el vestíbulo, miré hacia las habitaciones contiguas y dudé sin saber qué hacer.

Entonces así el picaporte y di un fuerte aldabonazo, seguido de un amistoso:

—¡Hola!

Durante un rato nadie me respondió, y yo me quedé al acecho escuchando, con los dedos sobre mi arma. Al cabo de un rato, alguien se movió en el piso de arriba, y todo quedó silencioso de nuevo. La tensión de la espera pareció que me trataba los nervios.

Ya tenía la mano en el picaporte para llamar por segunda vez cuando Puss apareció en la entrada.

Durante un momento quedamos mirándonos mutuamente sin decir palabra. Iba despeinada, tenía la cara sucia, llena de lágrimas e irregularmente enrojecida. Su expresión al verme fue de puro asombro. Me hizo el efecto de que iba a decir algo, pero de pronto echó a correr hacia el jardín.

—¡Eh! ¡Puss! —grité—. ¡Puss!

Eché a correr tras ella.

—¡Puss...! ¿Qué ocurre? ¿Dónde está Nettie?

Puss desapareció dando la vuelta a la esquina de la casa.

Yo me quedé perplejo, dudando si ir en pos de ella o no. ¿Qué significaba todo aquello? Entonces oí a alguien en el piso de arriba.

—¡Willie! —exclamó la voz de *Mrs. Stuart*—. ¿Eres tú?

—Sí —contesté—. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está Nettie? Tengo que hablarle.

Ella no contestó, pero oí el leve crujido de su vestido y juzgué que estaría en el primer rellano.

Me detuve al pie de la escalera, esperando que ella apareciera de un momento a otro.

De pronto se oyó un ruido extraño, un tropel de ruidos, palabras confusas y presurosas, desligadas, con una nota dominante de desesperación gutural que por fin dominó a las palabras y terminó

en un lamento. Si no fuera porque sabía que salía de la garganta de una mujer me habría parecido, porque era exactamente igual, el sonido balbuciente de un niño que llora por algún agravio que ha recibido.

—No puedo —decía la voz—. ¡No puedo!

Y eso era todo lo que yo podía entender. Para mis oídos inexpertos era el sonido más extraño que pudiera concebir, habida cuenta que procedía de una amable mujercita de aspecto maternal a quien yo había considerado siempre bajo el único aspecto de una inimitable confeccionadora de pasteles. Aquello me aterrorizó. Eché inmediatamente escaleras arriba, en un estado de alarma infinita, y allí me la encontré, en el rellano, apoyada en una cómoda, al lado de la puerta abierta de su dormitorio, y llorando. Nunca había visto llorar de aquel modo. Un espeso mechón de pelo negro se le había escapado y le colgaba, dando una vuelta en espiral por la espalda. Hasta entonces yo no había notado que ella tenía el pelo gris.

Cuando llegué al rellano, su voz se elevó de nuevo:

—¡Oh! ¡Y que te lo tenga que decir a ti, Willie...! ¡Que te lo tenga que decir a ti!

Hundió su cabeza en el pecho y un nuevo raudal de lágrimas ahogó las demás palabras.

Yo no dije nada. Me sentía demasiado sorprendido, pero me acerqué a ella y esperé...

Nunca he visto semejante modo de llorar. Todavía me acuerdo hoy de la extraordinaria mojadura de su pañuelo.

—¡Que haya vivido para ver esto! —se lamentó—. ¡Mejor hubiera sido, sí, mil veces mejor, verla aquí muerta a mis pies!

Yo empecé a comprender.

—*Mrs.* Stuart —le pregunté aclarándome la garganta—, ¿qué le ha ocurrido a Nettie?

—¡Que haya vivido para ver eso! —repitió ella, a guisa de contestación.

Esperé un rato más esperando que se calmara.

Entonces hubo una pausa. Me olvidé del arma que llevaba en el bolsillo. Permanecí silencioso, y de repente ella se irguió ante mí secándose los ojos hinchados de tanto llorar.

—¡Willie! —exclamó tragando saliva—. ¡Se ha marchado!

—¿Nettie?

—Se ha ido... Se ha escapado... Se ha escapado de casa. ¡Oh, Willie, Willie! ¡Qué vergüenza! ¡Qué pecado y qué vergüenza!

Se echó en mis brazos y volvió a sus lamentaciones diciendo que mejor quisiera ver a su hija muerta a sus pies.

—Bueno, bueno —dije yo, temblando como un azogado.

Y añadí tan suavemente como pude:

—¿A dónde se ha ido?

Pero entonces ella únicamente estaba preocupada por su propio pesar, y yo tuve que sostenerla, confortándola y calmándola con toda la pena de lo inevitable inundando mi alma.

—¿Adónde se ha ido? —pregunté por cuarta vez.

—No lo sé, no lo sé... No lo sabemos. ¡Oh, Willie! ¡Se fue ayer por la mañana! Yo le dije: «Nettie, vas muy bien vestida para salir por la mañana». «Es que hace muy buen día hoy», me dijo. ¡Y éstas fueron sus últimas palabras...! ¡Willie...! ¡La niña que amamanté con mis propios pechos! Sí, sí. Pero, ¿a dónde habrá ido? —insistió.

Ella siguió sollozando, y volvió a contarme la historia, más detallada ahora, y con una especie de fragmentaria premura:

—Se marchó, hecha un brazo de mar, se marchó de esta casa para siempre. Y sonreía, Willie... Como si aún estuviera contenta de marcharse.

—¡Contenta de marcharse...! —murmuré silenciosamente, como un eco, moviendo sólo los labios.

—«Vas muy bien vestida para salir tan de mañana», le dije. «Muy bien vestida». «Déjala que se ponga bonita», dijo su padre. «¡Para eso es joven!». Y había ocultado en algún sitio un paquete con sus cosas para recogerlo después, y se fue... ¡Se marchó de esta casa para siempre!

Pareció tranquilizarse un poco, pero a poco repitió:

—¡Déjala que se ponga bonita...! ¡Deja que se ponga bonita, que para eso es joven...! ¡Oh! ¿Cómo es posible que sigamos viviendo, Willie...? Él se aguanta, pero está igual que un animal herido. Está herido en el corazón. Nettie siempre había sido su favorita. Nunca se interesó por Puss como por ella. Y ella le ha herido...

—¿A dónde se ha ido? —insistí.

—No lo sabemos. Ella abandona a los de su misma sangre... Confía sólo en sí misma... ¡Oh, Willie, esto me matará! Quisiera que las dos estuviéramos en la tumba, tanto ella como yo.

—Pero —intervine humedeciéndome los labios y hablando lentamente—, seguramente se ha marchado para casarse.

—¡Si eso fuera verdad...! He rogado a Dios que fuera así, Willie. He rogado que tuviera piedad de ella... él, quiero decir, el que está con ella.

Yo experimenté una fuerte sacudida.

—¿Quién es?

—En su carta nos decía que era un caballero... Decía que era un caballero.

—¿En su carta? Pero, ¿ha escrito? ¿Puedo ver esa carta?

—Su padre se quedó con ella.

—Pero si ella escribe... ¿Cuándo ha escrito?

—Esta mañana.

—Pero, ¿de dónde ha venido? Esto lo puede usted saber...

—No lo decía. Decía que era muy feliz. Decía que el amor es una cosa que la coge a una como una tempestad...

¡Maldición! ¿Dónde está la carta? Déjeme que la vea. Y en cuanto al caballero ese...

Ella se me quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¡Usted sabe quién es!

—¡Willie! —protestó.

—¿Sabe usted quién es? ¿Se lo dijo ella?

Sus ojos denegaron, pero sin mucha decisión.

—¿Es el pollo Verrall?

Ella no contestó.

—Todo cuanto pude hacer por ti, Willie... —empezó a decir apresuradamente.

—¿Es el pollo Verrall? —insistí.

Durante un segundo acaso estuvimos frente a frente, rígidos, mirándonos con una expresión de mutua comprensión... Después la pobre mujer se derrumbó sobre la cómoda, y su mojado pañuelo le ofreció un refugio contra mi inexorable mirada.

La lástima que sentía por ella se desvaneció. ¡Ella sabía que era el hijo de la propietaria tan bien como yo! Y, por lo visto, por su forma de reaccionar, hacía tiempo que lo sabía.

Yo me quedé un momento suspenso, asqueado, sorprendido y decepcionado. De repente me acordé del viejo Stuart, allá fuera, en el invernáculo, y dando media vuelta, eché escaleras abajo.

Mientras bajaba volví la cabeza para ver cómo *Mrs. Stuart* se dirigía, encorvada y vacilante, a su habitación.

6

El viejo Stuart se hallaba en un estado lamentable.

Lo encontré, todavía inerte, en el invernáculo donde lo había visto antes. Al acercarme, ni siquiera se movió. Me miró un instante, y luego se puso a mirar fijamente otra vez los tiestos de flores que había allí.

—¡Eh, Willie! —dijo—. Hoy es un día negro para todos nosotros.

—¿Qué piensa usted hacer? —pregunté.

—Mi mujer se lo toma de una manera que tuve que venirme aquí.

—¿Qué piensa usted hacer?

—¿Qué debe hacer un hombre en un caso así?

—¡Hágalo, pues! —grité—. ¡Hombre, hágalo!

—Él tiene que casarse con ella... —dijo sentenciosamente.

—¡Por Dios, claro que sí! —exclamé—. ¡Tiene que casarse! ¡Es lo menos que puede hacer!

—Debería hacerlo... Es... es cruel. Pero, ¿qué puedo hacer yo? Supongamos que se niegue, que es lo más probable. ¿Qué pasa entonces?

Se inclinó, desalentado, hacia mí, presa de una desesperación cada vez mayor.

—Aquí está esta casita —dijo, siguiendo una mezquina argumentación—. Hemos vivido todos aquí durante toda la vida, como si dijéramos... ¡Tener que marcharse! A mi edad... no puedo querer ir a morirme en un tugurio.

Permanecí un rato mirándolo y especulando sobre los pensamientos que podían rellenar los huecos entre estas palabras entrecortadas. Y me pareció que su letargia y la actitud que sus palabras indicaban eran abominables.

—¿Tiene usted su carta? —le pregunté bruscamente.

Él se metió la mano en el bolsillo del pañuelo, se quedó inmóvil

unos segundos, y luego, como si despertara, me enseñó la carta. La sacó torpemente del sobre y me la entregó silenciosamente.

—¿Qué es eso? —exclamó mirándome por primera vez—. ¿Qué tienes en el mentón, Willie?

—No es nada —dije—. Es una contusión.

Abrí la carta. Estaba escrita en papel de fantasía de un color verdoso, y con la vulgaridad y la insuficiencia de expresión propias de Nettie, y aún quizá con una vulgaridad de insuficiencia de expresión más acusadas que de costumbre. Su escritura no ofrecía trazas de ninguna emoción; la letra era redonda y vertical, como si Nettie la hubiera escrito durante una lección de caligrafía. Sus cartas eran siempre como caretas que se hubiera puesto para ocultar su cara; caían como un telón sobre los cambiantes encantos de su rostro. Llegaba uno incluso a olvidarse del sonido de su alegre y clara voz, confrontado con la perplejidad producida por aquella cosa estereotipada que se había apoderado misteriosamente del corazón y del amor propio. ¿Qué decía aquella carta?

«Mi querida madre:

No te desesperes porque me vaya. He ido a un sitio donde me hallo muy segura y con alguien que me cuida mucho. Lo siento por vosotros, pero tenía que ser así. El amor es una cosa muy difícil, y se apodera de una del modo que una menos espera. No creas que estoy avergonzada de ello; al contrario, me siento satisfecha de mi amor, y no debéis preocuparos por mí. Soy muy, muy feliz. (Esto fuertemente subrayado).

Con todo mi cariño para padre y Puss, tu hija que te quiere,

NETTIE».

¡Vaya documento raro! Ahora lo veo bajo su verdadero aspecto, y le doy el valor de simpleza pueril que realmente tenía, pero en aquellos momentos lo leí con un contenido tormento de rabia. Me hundió en un abismo de vergüenza irremediable; me pareció que no habría más amor propio para mí en toda mi vida hasta que hubiera podido vengarme. Me quedé mirando aquella letra vertical sin atreverme a moverme ni a hablar. Por fin miré de reojo a Stuart.

Stuart tenía el sobre en la mano, mirando el matasellos entre las uñas de los pulgares.

—Ni nos dice siquiera dónde está —dijo dando vueltas al sobre, desesperanzado.

Y luego, desistiendo, añadió:

—Es duro para nosotros, Willie. Estaba aquí... No tenía nada de qué quejarse, era la favorita de todos nosotros. Ni siquiera la obligábamos a que tomara parte en el trabajo de la casa... Y se marcha y nos deja como un pájaro que ha aprendido a volar. No tiene confianza en nosotros; esto es lo que me sorprende. Y se coloca... Me pregunto qué le ocurrirá a ella.

—¿Y qué le ocurrirá a él?

Movió la cabeza para demostrar que aquel problema estaba más allá de sus alcances.

—¿Usted irá a buscarla? —pregunté dando una entonación indiferente a mi voz—. ¿Hará que él se case con ella?

—¿Y adónde voy a ir? —preguntó con un tono de aflicción haciendo un gesto con el sobre que tenía en la mano—. ¿Y qué podría hacer? Y aunque lo supiera... ¿Cómo podría yo abandonar estos jardines?

—¡Gran Dios! —exclamé—. ¡Cómo podría abandonar estos jardines! ¡Se trata de su honor, hombre! ¡Si Nettie fuera mi hija... si Nettie fuera mi hija, removería el mundo...!

Y ahogándome casi, añadió:

—Pero, ¿usted aguantará esto?

—¿Y qué puedo hacer?

—¡Obligarle a que se case con ella! ¡Darle de latigazos a él! ¡Darle de latigazos, digo...! ¡Yo lo estrangularía!

El viejo se rascó lentamente el peludo carrillo, abrió la boca y movió la cabeza. Luego, con una intolerable nota de tardía y amable sensatez, concluyó:

—Las gentes como nosotros, Willie, no podemos hacer estas cosas.

Yo creí volverme loco. Sentí el salvaje impulso de darle una bofetada. Una vez, en mi infancia, me encontré un pájaro terriblemente mutilado por algún gato, y en un frenesí de horror y de lástima, lo rematé. Me invadió la misma sensación al ver aquella vergonzosa alma mutilada aleteando delante de mí. Después...

después lo descarté del caso.

—¿Puedo ver ese sobre? —pregunté.

Él me ofreció el sobre, no de muy buena gana.

—Míralo —dijo.

Y señalando con su tosco índice el sello, añadió:

—I. A. P. A. M. P. ¿Qué querrá decir?

Yo cogí el sobre y lo miré. El sello adherido era costumbre en aquella época, estaba manchado por un matasellos circular que llevaba el nombre de la oficina de Correos de punto de partida y la fecha.. El impacto, en este caso, había sido muy leve o se había hecho con poca tinta, y la mitad de las letras del nombre no habían dejado impresión alguna. Sólo pude distinguir:

IAP — AMP

y muy tenuemente, debajo,

D. S. O.

Adiviné el nombre en un instantáneo destello de intuición. Era Shaphambury. Incluso los espacios en blanco tomaban forma en mi mente. Tal vez, en una especie de semivisibilidad, había allí otras letras marcadas, si no mostrándose del todo, al menos insinuándose. Era un lugar situado en la Costa Oriental, no me acordaba exactamente si en Norfolk o en Suffolk.

—¡Hombre...! —exclamé.

Me interrumpí en seguida.

¿Qué iba a sacar con decírselo?

El viejo Stuart me había dirigido una aguda mirada, casi por decir una mirada temerosa.

—¿No... no lo habrías adivinado? —dijo.

Shaphambury... Tenía que acordarme de aquel nombre.

—No creerás que lo has adivinado, ¿verdad? —repitió.

Le devolví el sobre.

—Por un momento he creído que sería Hampton —dije.

—Hampton —repitió—. ¡Hampton! ¿Cómo has podido creer que sería Hampton?

Dio la vuelta al sobre y añadió:

—¡Hombre, Willie, eres todavía peor que yo para estas cosas!

Volvió a meter la carta en el sobre, e irguiéndose la volvió a

guardar en el bolsillo del pañuelo.

No tenía la menor intención de arriesgarme en aquella cuestión, y sacando un trozo de lápiz del bolsillo del chaleco me separé un poco de él y escribí «Shaphambury» muy rápidamente en el raído y algo pringoso puño de mi camisa.

—Bueno —dije como quien no ha hecho nada de particular.

Me volví hacia él y le hice alguna observación desprovista en absoluto de importancia... No me acuerdo qué fue.

Ni siquiera terminé la vaga observación que había iniciado.

Levanté la vista y vi a una tercera persona que parecía estar aguardando en la puerta del invernáculo.

7

Era la anciana *Mrs. Verrall*.

No sé si podré haceros comprender el efecto que me produjo la presencia de aquella señora. Era una viejecita de aspecto agradable, pequeña, con el pelo de un color rubio claro extraordinario. Sus facciones flacas y aquilinas aparecían fruncidas, lo que daba un aspecto de forzada dignidad, e iba ricamente vestida. Quisiera subrayar este «ricamente vestida» o que la frase quedase impresa en caracteres ingleses antiguos floridos o en caracteres góticos. No hay actualmente en la tierra quien vaya tan ricamente vestido como ella iba. Nadie, joven o viejo, se permite ahora vestir con semejante suntuosidad. Pero no debéis imaginar ninguna extravagancia en la forma, ni ninguna especial belleza o riqueza de color. Los colores predominantes eran el negro y los tonos pardos de las pieles, y el efecto de riqueza estaba producido enteramente por el extremado coste de los materiales empleados. *Mrs. Verrall* llevaba unos brocados de seda de un rico modelo, un fabuloso encaje negro sobre satén de color púrpura, unos intrincados alamares, entre los que se retorcían filamentos y cintillas de terciopelo, y en invierno, además, pieles raras. Los guantes se le ajustaban exquisitamente, y llevaba en el cuello unos collares de oro fino y perlas y una gran cantidad de brazaletes en las muñecas. Se tenía que ver a la fuerza que el

objeto más sencillo de los que llevaba costaba más que todo el ajuar de una docena de muchachas como Nettie. Su sombrerito afectaba aquella simplicidad que está más allá de los rubíes. La riqueza es la primera característica de la anciana señora que yo quisiera haceros patente; la segunda es la limpieza. Al verla, se tenía en seguida la impresión de que era una mujer exquisitamente cuidadosa de su persona. Si se hubiera lavado a mi pobre madre querida con lejía durante un mes seguido, no habría salido tan limpia como era *Mrs.* Verrall de un modo constante y manifiesto. Y haciendo resaltar toda su presencia, brillaba su tercera cualidad: su evidente confianza en la respetuosa subordinación de los demás.

Estaba un poco pálida y desalentada, pero sin demostrar ninguna disminución de su confianza fundamental. Para mí era evidente que había venido a entrevistarse con Stuart para tratar de aquel arranque de pasión que había tendido un puente sobre el abismo que separaba a las dos familias.

Y aquí me encuentro otra vez escribiendo en un lenguaje desconocido para mis lectores más jóvenes. Vosotros que sólo conocéis el mundo que siguió al Gran Cambio hallaréis que muchas de las cosas que os cuento son inconcebibles. Sobre estos extremos no puedo apelar, como he apelado para otras confirmaciones, a los viejos periódicos, listas eran cosas sobre las que nadie escribía porque quedaban comprendidas y sobreentendidas por todo el mundo; todo el mundo había adoptado una actitud unánime a su respecto. Existían en Inglaterra y en América, y en realidad en todo el orbe, dos grandes divisiones irregulares entre los seres humanos: los seguros y los inseguros. No es que hubiera, ni nunca la había habido, una verdadera nobleza en Inglaterra ni en Norteamérica, pues es un error muy corriente considerar que los lores ingleses fuesen nobles; ni por la ley ni por la costumbre había familias nobles, y además carecíamos en absoluto de la edificante contingencia que se podía encontrar, por ejemplo, en Rusia, de una nobleza pobre. La dignidad de par del Reino era una posesión hereditaria que, lo mismo que las posesiones de fincas y los bienes materiales, correspondía exclusivamente al hijo mayor de la casa; no irradiaba ningún lustre de «nobleza obliga». El resto del mundo estaba dentro de la ley y prácticas comunes... y toda la América era común. Pero, gracias a la propiedad privada de la tierra que había

resultado de la negligencia de las obligaciones feudales en la Gran Bretaña y de la extraordinaria falta de perspicacia política en las Américas, grandes masas de bienes se habían hecho artificialmente estables en manos de una exigua minoría, a la que era necesario hipotecar todas las nuevas empresas tanto públicas como privadas. Los elementos que formaban esta exigua minoría se mantenían agrupados, no a causa de alguna tradición de servicio público o de nobleza, sino por la natural simpatía de los intereses comunes y por su común modo de vivir en gran escala. Constituían una clase sin límites claramente definidos; algunas individualidades vigorosas, por medio de métodos en su mayor parte violentos y discutibles, se introducían constantemente en la seguridad, partiendo de la inseguridad, y los hijos y las hijas de las personas seguras, al casarse con elementos inseguros, o por su loca extravagancia o flagrante vicio, se hundían en la vida de ansiedad e insuficiencia que constituía la vida ordinaria del hombre. El resto de la población carecía de tierras, y, a menos que trabajara directa o indirectamente para los seguros, no tenía derecho legal a la existencia. Y era tal la superficialidad y la insuficiencia de nuestras ideas, era tal el sofocante egoísmo de nuestros sentimientos antes de los Últimos Días, que se hubieran encontrado poquísimas personas entre los seguros que dudasen de que aquél era el orden natural, y el único concebible, del mundo.

Es la vida de los inseguros la que estoy ahora exponiendo, la vida de los inseguros bajo el Viejo Orden, y creo que puedo comunicaros algo de su desesperante amargura, pero no debéis imaginaros por ningún concepto que los seguros gozaban de una dicha paradisiaca. El abismo de inseguridad que había por debajo de ellos se hacía sentir, aunque no fuera comprendido. La vida a su alrededor era positivamente fea: tenían constantemente a la vista el espectáculo de casuchas mezquinas, de gente mal vestida; no podían escaparse de la vulgar propaganda de los traficantes en artículos populares. Bajo el nivel de sus mentes había un sentimiento inconsciente de incomodidad; eran personas que, no sólo no pensaban claramente sobre los problemas de la economía social, sino que hasta hacían alarde de una instintiva repugnancia a pensar. Su seguridad no era tan perfecta que no tuvieran un verdadero pavor de caer en el abismo, y siempre se estaban

sujetando con nuevas cuerdas. El cultivo de las «relaciones» y de los intereses, el deseo de confirmar y mejorar sus posiciones, era para ellos una constante y una innoble preocupación. Hay que leer a Thackeray para percibir el aroma completo de sus vidas. Además, las bacterias tenían una especial tendencia a hacer caso omiso de las distinciones de clase, y estas gentes nunca encontraban servidores a su gusto. Leed los libros que aún existen hablando de ellos. Cada generación se lamenta de la mengua de aquella «fidelidad» de los servidores que, en realidad, ninguna generación vio nunca. Un mundo que sea escuálido en una de sus partes es escuálido en su totalidad, pero eso ellos nunca llegaron a comprenderlo. Creyeron que no había lo suficiente de todo para todos, creyeron que ésta era la intención de Dios y una condición incurable de la vida, y se agarraron apasionadamente y con un recio sentimiento de sus derechos a su desproporcionada participación. Mantuvieron relaciones comunes con la «sociedad», o sea, con los individuos que ellos consideraban «seguros» prácticamente, y la elección de la palabra «sociedad» es superabundantemente elocuente de la calidad de su filosofía. Pero si podéis llegar a dominar estas ideas extrañas sobre las que descansaba el viejo sistema, igualmente comprenderéis el horror que tenían estas gentes a los matrimonios con los «inseguros». En el caso de sus muchachos y mujeres en general, esta incidencia era rarísima, y en todo caso, sea cual fuere el sexo, era considerado como un desastroso crimen social. Cualquier cosa era mejor que eso.

Ya tenéis suficientes elementos de juicio para daros cuenta de lo horrenda que era, con demasiada probabilidad, la suerte, durante aquellos oscuros últimos días, de cualquier muchacha de las clases «inseguras» que amara y cediese al impulso del autoabandono sin previo matrimonio, y así comprenderéis la peculiar situación de Nettie con el pollo Verrall. O el uno o el otro tenían que sufrir... Y como que los dos se hallaban en un estado de gran exaltación emotiva y eran capaces de extrañas generosidades mutuas, era una cuestión pendiente y naturalmente motivo de gran ansiedad para una madre que se hallase en la posición de *Mrs. Verrall*, saber si el perjudicado en último término no sería su hijo, o sea, si, como resultado de aquel candente comercio irresponsable, Nettie no volvería en plan de futura dueña y señora de Checkshill Towers. Las

probabilidades estaban en contra de aquella conclusión, pero, desde luego, cosas semejantes ocurrían a veces.

Estas leyes y estas costumbres suenan, ya lo sé, como el registro de unas invenciones propias de orates de malos instintos. Eran, sin embargo, hechos invencibles en aquel mundo desvanecido ya, donde, por un accidente, yo había nacido, y era precisamente el sueño de un estado de cosas mejor lo que se reputaba como una locura. ¡Pensad tan sólo en ello! Aquella muchacha a la que yo amaba con toda mi alma, y por la que estaba dispuesto a sacrificar mi vida, no era lo bastante buena para casarse con el joven Verrall. Y con sólo mirar la serena, hermosa y anodina cara de Verrall podía percibirse que se trataba de un ente más débil que yo, y de ningún modo mejor que yo. Ella iba a ser su juguete, su muñeca de placer, hasta que él se decidiera a dejarla de lado, y la ponzoña de nuestro sistema social había saturado de tal modo la naturaleza de ella (el traje de *smoking* de Verrall, su libertad y su dinero le habían parecido a ella una cosa tan fina, comparado conmigo que iba vestido de un modo lamentable y raído), que incluso había aceptado semejante perspectiva. Y el resentimiento de las convenciones sociales que su situación creaba se llamaba «envidia de clase», y los predicadores de suaves maneras nos reprochaban que tuviéramos algún resentimiento contra una injusticia que hoy no habría persona viviente que tolerara ni que pensara en aprovecharse de ella.

¿Qué sentido tenía estar siempre hablando de la «paz» cuando no había paz por ningún lado? Si había alguna esperanza en medio de los desórdenes de aquel viejo mundo, únicamente radicaba en la rebelión y en los conflictos.

Pero si podéis comprender, en realidad, lo vergonzosamente grotesca que era la vida a la antigua usanza, empezareis a apreciar el significado de la aparición de *Mrs. Verrall*, tal como surgió al momento en mi mente.

¡Había venido a buscar una fórmula de compromiso para el desastre!

¡Y los Stuart se avendrán al compromiso! Esto lo comprendí en seguida.

El profundo asco que sentí ante la perspectiva del inminente encuentro entre Stuart y la rica propietaria hizo que me comportara

de un modo irracional y violento. No quería ver aquello, quería evitar a cualquier precio hasta tener que presenciar el primer gesto de Stuart.

—Me voy —dije. Y les di la espalda, sin despedirme.

Mi camino de retirada pasaba por el lado de la anciana, así es que tuve que acercarme a ella.

Vi como cambiaba de expresión, como se entreabrían sus labios, como la frente se le arrugaba y los ojos se ponían redondos igual que dos naranjas. Ya a primera vista me tomó por un tipo raro, y había algo en mi modo de avanzar hacia ella que le quitó el aliento.

Se quedó plantada, en lo alto de los tres o cuatro peldaños que conducían al invernáculo. Después retrocedió uno o dos pasos, con cierto ademán de dignidad ofendida ante la determinación de mi acometida.

No le dirigí el menor saludo.

Bueno, en realidad, sí le hice una especie de saludo. No es la ocasión ahora de que yo empiece a excusarme por lo que dije entonces, pues expongo la verdad desnuda ante vosotros. Si lo explico con toda crudeza lo comprenderéis y me perdonaréis. Yo me hallaba entonces henchido del deseo brutal y agobiante de insultarla.

Y por eso me dirigí a aquella pobre mujer riquísima, pequeña y anciana, en los siguientes términos, convirtiéndola por medio de una violencia metonimia en un amplio plural:

—Vosotros, los infernales ladrones de tierras —le dije a boca de jarro—, *¿habéis venido a ofrecerles dinero?*

Y sin esperar que me demostrara sus dotes de réplica, pasé groseramente por su lado sin más, y me fui, andando rápidamente a grandes zancadas, con los puños cerrados...

Más tarde intenté imaginarme qué debió de parecerle a ella mi actitud. En lo que concernía a su universo particular, yo carecía en absoluto de existencia, o sólo había existido como una vaga cosa negruzca, una mota insignificante, lejos, en el parque, transitando como un ser desprovisto de la menor importancia, hasta aquel momento en que ella había hecho su aparición, conturbada pero con gran compostura, en su seguro jardín, buscando a Stuart por entre los invernáculos. Entonces, bruscamente yo nací para ella, en aquel escenario de verdes muros y suelo enladrillado, como un

pájaro de mal agüero que primeramente se la quedó mirando con fijeza y después avanzó hacia ella, ceñudamente. Una vez admitido en la existencia, me desarrollé rápidamente. Crecí en perspectiva y me hice, por momentos, cada vez más importante y siniestro. Subí los peldaños con una inconcebible hostilidad y una evidente falta de respeto, la dominé con mi estatura, y me transformé, al menos durante un instante, en una especie de segunda Revolución Francesa, soltándole en la faz, con la más intensa concentración, aquellas malignas e incomprensibles palabras.

Durante un segundo amenacé con aniquilarla. Afortunadamente, aquello fue mi mayor desahogo.

Y luego, en un santiamén, yo desaparecí y el universo quedó más o menos lo mismo que siempre había estado, exceptuando el alborotado remolino que se sentía en él, y la leve sensación de inseguridad que yo había dejado a mi paso, como una estela.

Lo que no me cupo nunca en la cabeza durante aquellos días fue que una gran proporción de ricos, lo eran con una absoluta buena fe. Yo creía que ellos veían las cosas exactamente como las veía yo, y que lo negaban por pura maldad. Pero, en realidad, la anciana *Mrs. Verrall* era tan incapaz de dudar del derecho que tenía su familia a dominar un gran trecho de campo, como era de examinar los treinta y nueve artículos o cualquier otro de los pilares adamantinos sobre los que descansaba con toda seguridad su universo.

No cabe duda que la sorprendí y la asusté terriblemente, pero ahora me doy cuenta de que no podía comprenderme.

Nadie de su casta pareció nunca comprender aquellos lívidos destellos de odio que, de vez en cuando, iluminaban la hacinada oscuridad que se removía a sus pies. La llamarada brillaba entre las tinieblas durante un momento para desvanecerse en seguida, como una figura amenazadora vista en la carretera al ser iluminada extemporáneamente por los faros del coche para ser engullida de nuevo, en un instante, por la oscuridad ambiente. Consideraban que aquello eran cosas del mismo valor que las pesadillas y hacían todo lo posible por olvidarse de lo que evidentemente era tan insignificante como molesto.

CAPÍTULO IV

GUERRA

1

En el momento en que insulté a la anciana *Mrs.* Verrall me convertí en un ser representativo: yo era un personaje que defendía a todos los desheredados del mundo. No tenía anhelos de amor propio o de placer en mí; me sentía enfurecido, en franca rebelión contra Dios y la Humanidad. Ya no había más intenciones vagas que me hicieran inclinarse de un lado para otro; tenía una idea perfectamente clara de lo que me proponía hacer. Exteriorizaría mi protesta y moriría.

Quería exteriorizar mi protesta y morir. Iba a matar a Nettie..., a la Nettie que se había entregado a otro y que en aquel momento representaba para mí todas las delicias imaginables, las perdidas imaginaciones de mi juvenil corazón, los inalcanzables gozos de la vida. Y también mataría a Verrall, a Verrall que representaba a todos los que se aprovechaban de la irremediable injusticia de nuestro orden social. Los mataría a los dos. Y hecho esto, me saltaría al tapa de los sesos. ¡Será cosa de ver qué venganza seguiría a mi cerril negativa de vivir!

Estaba firmemente resuelto. Me hallaba rabiosamente enfurecido. Y por encima de mí, anulando las estrellas, triunfante por encima de la amarilla luna en menguante que lo seguía más baja, el meteoro gigante dominaba el firmamento, hacia el cénit.

—¡Dejadme matar! —gritaba yo—. ¡Dejadme matar!

Esto iba voceando en mi frenesí. Estaba con una fiebre que desafiaba el hambre y la fatiga. Durante mucho rato había estado rondando por el brezal, hacia Lowchester, hablando conmigo mismo, y ahora que había ya caído la noche, me iba hacia mi casa recorriendo aquellos larguísimos veintisiete kilómetros sin la menor

idea de descanso. Y no había comido nada desde la primera hora de la mañana.

Supongo que tengo que considerarme como atacado de locura, pero me acuerdo muy bien de mis desvaríos.

A veces iba llorando y contemplaba, a través de las lágrimas, aquella claridad que no era noche ni día. Otras veces me ponía a razonar, con lo que yo llamaba el espíritu de todas las cosas. Pero siempre que hablaba me dirigía a aquella blanca luminosidad que procedía del cielo.

—¿Por qué tengo que estar aquí sufriendo ignominias? —preguntaba—. ¿Por qué me has dado un orgullo que no puede ser satisfecho, con deseos que me trastornan y me desgarran? Este mundo es una chirigota... ¿Será una broma pesada que les estás gastando a tus invitados? ¡Yo... hasta yo... lo haría con más gracia...! ¿Por qué no aprendes de mí cierta decencia en la gracia? ¿Por qué no deshacer lo hecho? ¿He atormentado yo nunca, día por día, a algún infeliz gusano... fabricando una suciedad cualquiera para que él la vaya llevando a rastras, una suciedad que le asquee, que lo mate de hambre, que lo magulle, que lo ridiculice? ¿Por qué tienes que hacerlo tú? Tus bromas son pesadas y torpes. Prueba... prueba otra clase de gracias ahí arriba, diviértete con otra cosa, ¿me oyes?, con algo que no zahiera de un modo tan infernal... Dices que ésta es tu intención... tu intención para conmigo. Que estás haciendo algo de mí... Los dolores del parto de un alma. ¡Ah! ¿Cómo puedo creerte? Olvidas que tengo ojos para las otras cosas. Dejemos aparte mi caso, pero ¿y el de aquella pobre rana aplastada por la rueda de un carro...? ¿Y el pájaro destrozado por el gato?

Después de estas blasfemias hacía un gesto con la mano, como si me hallara en medio de los ridículos debates de una sociedad insignificante.

—¡Contesta a eso! —exclamaba.

Una semana antes había habido luna llena: blanco y negro, recortado en duros contornos, por todos los espacios del parque, pero ahora la luz era lívida y tenía toda la calidad de la neblina. Una bruma blanca, extraordinariamente baja, que no llegaba a la altura de un metro sobre el nivel del suelo, iba a la deriva por el césped, acariciando las hojas de hierba, y los árboles se elevaban como espectros de aquel mar fantasmal. Sombrío y extraño fue el

mundo aquella noche; no parecía que hubiera nadie fuera de allí. Yo y mi cascada voceilla íbamos, solitarios, por entre misteriosos silencios. A veces argüía del modo que he explicado, otras veces iba dando tropiezos en aquella fantástica vacuidad, otras veces sentía mi tormento más vivo y agudo que nunca.

Bruscamente, surgía de la misma apatía un hirviente paroxismo de furia al pensar en Nettie burlándose de mí y en ella y Varrall estrechamente abrazados.

—¡No lo toleraré! —chillé—. ¡No lo toleraré!

Y en uno de estos delirantes accesos saqué mi revólver del bolsillo y disparé en la quietud de la noche. Disparé tres veces.

Los proyectiles perforaron el aire; los sorprendidos árboles se refirieron unos a otros, en ecos decrecientes, lo que yo había hecho, y luego, con lenta determinación, la noche vasta y paciente se sumió de nuevo en la calma. Mis disparos, mis maldiciones, mis blasfemias, mis plegarias, porque también recé, los recogió el silencio.

Era, ¿cómo podría expresarlo?, una ahogada gritería, tranquila, perdida entre las serenas suposiciones, el abrumador imperio de aquella claridad. El ruido de mis disparos, de los impactos en el espacio, fue, en aquel instante, enorme, y luego, en seguida, quedó disipado, consumido. Me vi a mí mismo de pie, empuñando el revólver, asombrado, con mis emociones dominadas por algo que no podía comprender. Entonces miré por encima de mis hombros aquella gran estrella y me quedé contemplándola fijamente.

—¿Quién eres tú? —pregunté, por fin.

Me sentía como el hombre que se halla en un desierto solitario, y de pronto oye una voz...

Aquello también se disipó.

Al pasar por Clayton Crest me acuerdo de que me extrañó no encontrar la muchedumbre que salía noche tras noche a contemplar el cometa, y el predicador aquel tan bajito, aquél que predicaba en el solar de más allá de los montones de escoria, exhortando a los pecadores para que se arrepintieran de sus pecados antes de que llegara el día del Juicio Final, tampoco estaba en su sitio habitual.

Era más de medianoche y todo el mundo se había refugiado en su casa. Pero al principio no pensé en ello, y aquella soledad me dejó perplejo y se grabó fuertemente en mi memoria. Los faroles del

gas estaban todos apagados a causa del resplandor del cometa, y aquello también ofrecía un cariz extraño. El pequeño vendedor de periódicos del quiosco de la silenciosa calle Mayor había cerrado y se había ido a su casa, pero una de las pizarras anunciadoras había sido colocada más tarde que las demás y se había quedado fuera, y todavía pude acercarme a ver cuáles eran las últimas noticias sensacionales.

En realidad, sólo había una palabra escrita con letras grandes que parecían mirarle a uno fijamente. La palabra era: «GUERRA».

Podéis imaginaros aquella calle miserable, desierta y silenciosa, a no ser por el eco de mis pisadas..., sin un alma despierta aparte de mí. Después podéis imaginaros cómo yo me detuve ante el cartel. Y, en medio de aquella absoluta calma, garrapateaba sobre el tablero, un poco sesgada y apañuscada, pero perfectamente legible bajo la fría luz meteórica, absurda y espantosa, la inconmensurable perversidad de aquella palabra...

¡«GUERRA»!

2

Me desperté en aquel estado de ecuanimidad que tan a menudo sigue a una gran conmoción emotiva.

Era tarde, y mi madre se hallaba a la cabecera de mi cama. Me traía el desayuno en una abollada bandeja.

—No te levantes todavía, hijo —me dijo—. Has estado durmiendo hasta ahora. Eran las tres cuando volviste anoche. Debes de estar muy cansado. Tenías la cara blanca como esta sábana, y tus ojos relucían de un modo... Me asustaste al entrar. Y tropezaste en la escalera.

Mis miradas se dirigieron cautelosamente al bolsillo de mi chaqueta, donde había algo que abultaba. Seguramente ella no lo había notado.

—Fui a Checkshill —dije—. Ya sabrás... tal vez...

—Recibí una carta ayer tarde, hijo.

Se inclinó hacia mí para ponerme la bandeja encima de las

rodillas y me besó suavemente el cabello. Durante un momento los dos permanecemos inmóviles, con su mejilla rozándome apenas la cabeza.

Yo cogí la bandeja que ella tenía aún en las manos, deseoso de poner término a aquella pausa.

—No toques mi ropa, mamá —dije rápidamente al ver que iba a coger mi chaqueta—. Ya la cepillaré yo después.

Al volverse ella para irse, la dejé atónita al decirle:

—¡Tú, madre mía, tú! Un poco... Lo comprendo. Sólo que ahora... ¡Oh, déjame...! ¡Déjame...!

Y con la docilidad de una buena criada, se fue dejándome solo. ¡Oh, querido corazón, dulce y sumiso, que el mundo y yo maltratamos tanto...!

Aquella mañana tenía la impresión de que nunca sería capaz de dejarme arrebatar por otra ráfaga de pasión. Me sentía poseído de una tristeza mental. Mi propósito me parecía en aquel momento tan inflexible como el hierro; en mí no había ya ni amor, ni odio, ni miedo... Únicamente sentía una profunda lástima de mi madre por todo lo que iba a suceder. Desayuné lentamente, pensando cómo podría saber dónde se hallaba exactamente Shaphambury y cómo podría llegar hasta allí. Mi fortuna no llegaba a cinco chelines.

Me vestí metódicamente, escogiendo el menos raído de mis cuellos y afeitándome con mucho más cuidado de lo que solía. Luego me dirigí a la Biblioteca Pública a fin de consultar un mapa.

Shaphambury estaba en la costa de Essex, así es que se me ofrecía la perspectiva de un viaje largo y complicado desde Clayton. Fui a la estación y anoté algunos datos de la guía de ferrocarriles. Los faquines a quienes pregunté no pudieron darme explicaciones claras sobre Shaphambury, pero el taquillero me ayudó bastante y, al fin, conseguimos entre los dos poner en claro todo lo que yo quería saber. Después de esto volví a salir a la calle. Por lo menos necesitaba dos libras esterlinas.

Volví a la Biblioteca Pública y me dirigí a la sala de los periódicos para recapacitar sobre este problema.

Un hecho se me hizo patente. La gente que allí había parecía leer con una atención excepcional los periódicos de la mañana. Había algo raro en la atmósfera de la sala, con más gente y más charlas que de costumbre y durante un momento me quedé algo

perplejo. En seguida creí adivinar el motivo: la guerra con Alemania. ¡Claro! Se suponía que en aquellos momentos se desarrollaba una batalla naval en el Mar del Norte. ¡Que hubiera tantas batallas como quisieran! Yo me puse a reflexionar sobre mis propios asuntos.

¿Parload?

¿Podría ir a hacer las paces con él y pedirle prestado el dinero que me hacía falta? Sopesé las posibilidades de aquello. Después pensé en vender o en pignorar algo, pero eso me parecía muy difícil. Mi gabán de invierno no me había costado ni siquiera una libra cuando era nuevo; mi reloj no era probable que se evaluase en muchos chelines. Así y todo, estas dos prendas podían ser factores a considerar. Pensé, con cierta repugnancia, en los pequeños ahorros que mi madre estaba haciendo, probablemente para poder pagar el alquiler. Ella lo guardaba como un tesoro, bajo llave, en una antigua cajita para el té que tenía en su dormitorio. Yo sabía que sería poco menos que imposible conseguir que me diese voluntariamente parte de aquel dinero, y aunque me decía a mí mismo que en aquella cuestión de pasión y muerte no importaban los detalles, no podía dejar de sentir unos escrúpulos atormentadores cada vez que pensaba en aquella cajita de té. ¿No había otro camino? Tal vez después de haber recurrido a otra parte me quedara el recurso de completar el total con unos cuantos chelines que le pediría que me prestara, con toda franqueza. «Esos otros», me dije a mí mismo pensando sin apasionamiento por una sola vez en los seguros de sí mismos, «encontrarían mil dificultades en seguir sus románticas andanzas sobre la base de una caja de préstamos. Sin embargo, debemos arreglárnoslas como sea».

El día iba transcurriendo inexorablemente, pero no me excité por ello. «Ir despacio es ir de prisa», solía decir Parload, y yo tenía la intención de hacerlo todo, bien pensado y reflexionado, tomando la puntería a distancia para actuar entonces con la velocidad del proyectil.

Dudé unos momentos ante la tienda de un prestamista al volver a casa para la comida del mediodía, pero decidí no empeñar el reloj hasta que pudiera llevar también allí mi gabán.

Comí silenciosamente madurando mis planes.

Después de nuestra comida del mediodía, que consistió en una empanada de patata, con más patata que otras cosas, y unos indicios de col y jamón, me puse el gabán y salí a la calle. Mi madre estaba en el fregadero, en la parte posterior de la casa.

El fregadero en el viejo mundo era, en las casas como la nuestra, un cuartucho húmedo, fétido y desagradable, generalmente subterráneo, detrás de una cocina-sala de estar oscurísima, que se ponía más que sucia en nuestro caso, debido al hecho de dar a ella la carbonera, bostezadora sima de negra suciedad que difundía minúsculas partículas de carbón, esparciéndolas por el irregular suelo embaldosado. Aquél era el cuarto del «lavado de los platos», la húmeda y grasienta operación que seguía a cada comida. Su atmósfera mantenía siempre una humedad fría y un olor irresistible de col hervida. Al conjuro de su nombre surgen en mi memoria los recuerdos de las negras manchas de hollín allí donde habían descansado un minuto la cazuela o la tetera, junto con las peladuras de patatas que obturaban la rejilla del sumidero y unos pingajos de un color indefinible llamados «trapos de cocina». El ara de aquel lugar lo constituía la «fregadera», un gran receptáculo de piedra, refinadamente repugnante, revestido de una cutícula grasienta y de aspecto desagradable, y encima de él había un grifo de agua fría, dispuesto de tal modo que al dejar salir el agua salpicaba y mojaba al que lo había abierto. Aquel grifo era todo nuestro aprovisionamiento de agua.

Y en un lugar semejante imaginaos una anciana mujeruca, algo incompetente, pero muy buena, con un elevado espíritu de altruismo y sacrificio, con unas ropas muy sucias cuyos colores originales habían venido a acabar en un gris oscuro neutro, calzada con unas botas usadas y mal ajustadas, con las manos deformadas por el trabajo, y pelo gris desaseado... Esta mujer era mi madre. Durante el invierno tendría las manos llenas de grietas y sufriría un resfriado permanente y una tosecilla constante.

Y mientras estaba allí lavando, yo me iba para intentar vender mi gabán a fin de poder abandonarla.

Tuve que luchar con extrañas vacilaciones antes de decidirme a empeñar mis dos únicas prendas negociables. Una débil resistencia a hacer aquello en Clayton, donde el prestamista me conocía, me condujo a la puerta de la casa de préstamos de Lynch Street, en Swathinglea, donde había comprado mi revólver. Luego se me ocurrió una idea de que estaba haciendo partícipe de demasiadas cosas mías a un solo hombre, y decidí regresar a Clayton. No me acuerdo del dinero que me dieron; de lo que me acuerdo es que era algo menos de la cantidad que yo había calculado que necesitaba para pagar el billete de ida a Shaphambury. Con una decisión cada vez más firme me encaminé otra vez hacia la Biblioteca Pública para determinar si andando dieciséis o dieciocho kilómetros me sería posible acortar el trayecto en ferrocarril. Mis botas se hallaban en un estado lamentable y además la suela de la izquierda se estaba abriendo, así es que tuve que convencerme de que todos mis planes podían fracasar si emprendía una larga caminata con las botas rotas. Mientras anduviese normalmente y con cuidado todavía me servirían, pero de ningún modo podía utilizarlas para una larga y difícil caminata. Fui al zapatero de *Hacker Street*, pero dijo que no podría arreglármelas en menos de cuarenta y ocho horas y que con toda su buena voluntad no podía intentar siquiera hacerlo antes.

Volví a mi casa a las tres menos cinco, decidido a coger el tren de las cinco para Birmingham fuese como fuese, pero lejos aún de sentirme satisfecho en lo referente al dinero. Pensé en empeñarme un libro o alguna otra cosa, pero no encontré nada que tuviese algún valor en toda la casa. La plata de mi madre (dos grandes cucharas y un salero) hacía ya algunas semanas que estaban en la casa de préstamos, exactamente desde el día en que venció el alquiler correspondiente al segundo trimestre del año. Pero yo tenía la cabeza llena de oportunidades para pignorar lo que fuese.

Al subir los peldaños de nuestra puerta noté que *Mr. Gabbitas* me miraba, pues había levantado la punta de la cortina de su habitación con un gesto súbito. Detrás de aquellas cortinas de color rojo apagado, vi una especie de alarmada resolución en su mirada. Inmediatamente *Mr. Gabbitas* desapareció, y al pasar yo por el pasillo él abrió de repente la puerta de su cuarto y me interceptó el paso.

Espero que os imaginéis mi apariencia como la de un tenebroso

y ceñudo patán, vestido con uno de aquellos trajes propios del antiguo mundo, baratos y usados, con zonas brillantes por el roce en todas partes, con una corbata de un rojo descolorido y una ropa interior raída y deshilachada. Llevaba la mano izquierda metida en el bolsillo, como si allí dentro hubiese algo que yo hubiera de tener bien cogido. *Mr. Gabbitas* era más bajo que yo, y la impresión que se tenía de él al verle por vez primera era de algo brillante, como de un pájaro. Hasta creo que él deseaba tener aspecto de pájaro; tenía todas las posibilidades del encanto que producen las aves, pero, en realidad, no había en él nada de la ardiente vitalidad del pájaro. Y los pájaros no se encuentran nunca sin aliento y con la boca abierta. El viejo iba vestido con las ropas clericales de aquellos tiempos, ese traje que nos parece ahora el más extraño de todos los de nuestro antiguo mundo, y él lo lucía bajo su forma más ordinaria: negro, de tela barata, mal cortado, y mal llevado. Los largos faldones acentuaban el aspecto de cuba que ofrecía su figura y la cortedad de sus piernas. La blanca corbata alrededor de su cuello redondo debajo de su cara inocente de grandes antiparras, quedaba algo harapienta, y entre sus no muy limpios dientes sujetaba una pipa de agavanzo. Su tez era blancuzca, y aunque sólo tenía treinta y tres o treinta y cuatro años todo lo más, el pelo rubio se le estaba enrareciendo en la coronilla.

Ahora aquel individuo os daría la impresión de la más extraña de las figuras por su completa indiferencia respecto a todo lo que significase belleza física o dignidad en lo concerniente a su propia persona. Os parecería un ente rarísimo, pero en los antiguos tiempos no sólo lo aceptaban, sino que lo respetaban. Hace cosa de un año que aún vivía, pero su apariencia ahora había cambiado. Como lo vi aquel día, a primera hora de la tarde, tenía un aspecto desaseado. Era un pequeño ser desmañado, sucio y astroso; no solamente su traje era feo y estrafalario en extremo, sino que, si lo hubieseis desnudado, habríais notado ciertamente en la prominente panza, resultado de unos músculos blandos y de unos apetitos blandamente controlados, así como en los redondeados hombros y la pecosa piel amarillenta, la misma ausencia de esfuerzo para la consecución de una belleza limpia, la ausencia, en fin, de cualquier sentimiento de belleza y de limpieza. Y tendríais la instintiva sensación de que así había sido desde su nacimiento. Producía la

impresión de que no sólo iba a la deriva por la vida, comiendo lo que le ponían delante, creyendo todo lo que le decían, haciendo sin ningún vigor todo lo que le encargaban que hiciera, sino que si se encontraba en la vida era porque había ido allí a la deriva. No podía creérselo hijo del amor propio y de la clara resolución o de alguna espléndida pasión de amor. Había simplemente *acontecido*... ¡Pero todos nosotros habíamos acontecido igualmente! ¿Por qué estaré yo empleando este tono para hablar de aquel pobre cura pequeñajo?

—¡Hola! —dijo con forzado tono de amistosa vivacidad—. ¡Hace mucho tiempo que no lo veo! Entre, que charlaremos un poco.

Una invitación del realquilado tenía la categoría de una orden. Me hubiera gustado mucho poderla rehusar. Nunca fue invitación alguna tan inoportuna como aquélla, pero no se me ocurrió ninguna excusa.

—Muy bien —dije torpemente, mientras él mantenía la puerta abierta para que yo entrara.

—Encantado de que acepte —prosiguió—. No se tiene muchas veces la ocasión de hablar con personas inteligentes en esta parroquia.

¿Qué diablos se proponía aquel hombre? Ésta era mi secreta preocupación. Me colmó de atenciones con cierta nerviosa hospitalidad, hablando en fragmentos de frases entrecortadas frotándose las manos, y mirándome de soslayo por encima de sus antiparras. Al sentarme en su butaca de cuero, me vino a las mientes extrañamente la idea de la silla del dentista de Clayton, no sé por qué.

—Van a darnos qué hacer en el Mar del Norte, según parece —observó con cierto inocente deleite—. Y me gusta mucho que hayan presentado la batalla.

Había un aire de cultura en aquella habitación que siempre me había intimidado y que me dejó cohibido aun en esta ocasión. La mesa que había debajo de la ventana estaba sembrada de material fotográfico y de los últimos álbumes de sus recuerdos continentales, y en las estanterías tapizadas de hule situadas a ambos lados de la chimenea había lo que en aquellos días yo tenía por una increíble cantidad de libros, tal vez ochocientos en total, incluyendo los álbumes de fotografías del reverendo y los libros escolares de texto.

Esta insinuación de erudición quedaba reforzada por un pequeño escudo de madera con las armas de un colegio, que pendía encima del espejo, y por un retrato de *Mr. Gabbitas* con toga y birrete en un marco de Oxford, que adornaba la pared de enfrente. Y en el centro de aquella pared hallábase el escritorio, mueble que al abrirse, según sabía yo, tenía diversas casillas y compartimientos. Aquel escritorio le daba una categoría no sólo de persona culta, sino hasta de literato. Allí preparaba *Mr. Gabbitas* sus sermones. ¡Y los componía él mismo!

—Sí —prosiguió tomando posesión de la alfombrilla que había delante de la chimenea—, la guerra tenía que estallar tarde o temprano. Si les hundimos la flota ahora, bueno..., ¡se acabó la cuestión!

Se levantó de puntillas para apoyarse después sobre los tacones, y se puso a contemplar blandamente a través de sus antiparras un acuarela hecha por su hermana, cuyo motivo era un manojo de violetas, que pendía encima del aparador que era al mismo tiempo despensa de té y bodega.

—Sí —repitió.

Yo tosí, buscando la manera de poder marcharme inmediatamente.

Me invitó a fumar (¡aquella querida y vieja costumbre!), y al rehusar yo, empezó a hablar en tono confidencial de aquella «espantosa cuestión», de las huelgas.

—La guerra no va a mejorar este aspecto de las cosas —dijo, muy serio.

Habló de la falta de sentido común que habían demostrado los mineros de carbón al ir a la huelga simplemente por causa de los sindicatos, sin pensar en sus esposas ni en sus hijos, y esto me excitó a la controversia, y me apartó un poco de mi resolución de escaparme.

—No estoy de acuerdo con eso —repliqué aclarándome la garganta—. Si esos hombres no hubieran ido a la huelga ahora con motivo de los sindicatos, si hubieran dejado disolverse a los sindicatos, ¿dónde estarían cuando les escatimaran el sueldo con el pretexto de las reducciones?

Él contestó que los mineros no podían esperar que les dieran salarios máximos cuando los propietarios vendían el carbón a

precios mínimos.

—No es eso —objeté—. Los propietarios no le tratan como debieran. Y ellos tienen que protegerse.

Mr. Gabbitas replicó:

—Bueno, no sé. Hace bastante tiempo que estoy en Four Towns, y debo decir que no creo que la balanza de la injusticia caiga del lado de los patronos.

—Cae sobre los obreros —convine.

Y así nos enfrascamos en una discusión. «¡Maldita discusión!», pensé. Yo carecía de habilidad para discutir con el reverendo y la irritación se insinuó en el tono de mi voz. Tres pequeñas manchas coloradas aparecieron en las mejillas y en la nariz de *Mr. Gabbitas*, pero su voz no dejó traslucir nada de su enfado.

—Es que yo soy socialista. Y no creo que este mundo haya sido creado para que una pequeña minoría se ponga a bailar sobre las cabezas de los demás.

—Amigo mío —dijo el reverendo *Gabbitas*—, también yo soy socialista. ¿Quién no lo es? Pero esto no me lleva al odio de clases.

—Es que usted no ha sentido en su cara el tacón de este maldito sistema, y yo sí.

—¡Ah!

En el mismo momento alguien llamó con los nudillos en la puerta de entrada, y al quedarse silencioso el reverendo *Gabbitas*, se oyó el ruido que hacía mi madre al franquear la entrada, seguido de un golpecillo tímido con los nudillos en la puerta de la habitación del reverendo.

Me levanté resueltamente, pero él no dejó que me fuera.

—¡No, no, no! —exclamó él—. Sólo vienen por el dinero de Dorcas.

Puso su mano en mi pecho con un gesto de coacción física y exclamó:

—¡Adelante!

Y volviéndose hacia mí añadió:

—Ahora es cuando nuestra conversación empieza a hacerse interesante.

Entonces entró *Miss Ramell*, una viejecita solterona que era una potencia dentro de la iglesia en Clayton.

El reverendo *Gabbitas* la saludó (ella no hizo el menor caso de

mí) y se dirigió a su escritorio. Yo permanecí de pie, al lado de mi silla, pero incapaz de salir del cuarto.

—¿No les interrumpo? —preguntó *Miss Ramell*.

—En absoluto —dijo él, abriendo el escritorio.

No pude evitar ver lo que hizo. Me sentía tan impaciente por mi impotencia en irme por las buenas, que en aquel momento no relacioné con la búsqueda de la mañana el hecho de que él estuviera sacando dinero de allí. Escuché adustamente su conversación con *Miss Ramell*, y vi únicamente, como dicen en el País de Gales, con el delante de mis ojos, el pequeño cajón del escritorio que tenía en el fondo, al parecer, una respetable cantidad de soberanos.

—Son tan poco razonables... —se lamentaba *Miss Ramell*.

¿Quién no lo sería en una organización social que rayaba en la locura?

Me aparté un poco de ellos, puse el pie en el guardafuegos, apoyé el codo en la repisa de la chimenea, guarnecida con un fleco de felpa, y me quedé contemplando las fotografías, pipas y ceniceros que la adornaban. ¿Qué era lo que tenía que resolver antes de ir a la estación?

¡Claro! Mi mente dio un salto, como si la obligaran a saltar por encima de un abismo sin fondo, para posarse sobre los soberanos que en aquel momento desaparecían al cerrar el cajón del reverendo Gabbitas.

—No quiero interrumpir por más tiempo su conversación —dijo *Miss Ramell* dirigiéndose hacia la puerta.

Mr. Gabbitas la acompañó con gestos de extremada cortesía, le abrió la puerta y la condujo al pasillo. Durante unos momentos tuvo la intensa sensación de mi proximidad a aquellos soberanos. Me había parecido que debía de haber diez o doce...

La puerta de entrada se cerró y el reverendo volvió al cuarto. Mi oportunidad de escaparme se había desvanecido.

—**T**engo que marcharme —dije con un afán cada vez más acentuado de salir cuanto antes de aquella habitación.

—¡Pero, amigo mío! —insistió el pastor—. No puedo ni pensarlo. Estoy seguro... de que no hay nada especial que lo reclame fuera de aquí.

Y con un evidente deseo de cambiar el tema de nuestra conversación, añadió:

—Nunca me ha expuesto usted su opinión acerca del librito de Burble.

Yo me sentía en aquel momento bajo la capa de mis fingidas muestras de sumisión, furiosamente encolerizado contra él. Se me ocurrió preguntarme a mí mismo por qué razón tendría yo que condescender a expresarle mis opiniones. ¿Por qué razón había yo de experimentar un sentimiento de inferioridad intelectual y social respecto a él? Él me preguntaba mi opinión sobre Burble. Resolví explicársela..., si necesario fuera, con arrogancia. Entonces quizá me dejara libre. No volví a sentarme, sino que permanecí de pie al lado de la chimenea.

—¿Quiere usted decir aquel librito que me prestó el verano pasado? —pregunté.

—Razona sólidamente, ¿eh? —repuso indicando con un gesto un sillón cercano, mientras sonreía amplia y persuasivamente.

Yo seguí de pie.

—Sus facultades de raciocinio no me parecieron gran cosa —dije.

—Fue uno de los obispos más inteligentes que ha tenido Londres.

—Tal vez lo fuera. Pero se empeñó en ir regateando alrededor de un argumento muy débil —dije yo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que se equívoca. No creo que pruebe nada de lo que se propone. No creo que el cristianismo predique la verdad. Es un hipócrita y él lo sabe. Sus argumentaciones... paparruchas.

Mr. Gabbitas se puso, según me parece, algo más pálido de lo que él hubiera deseado, y desapareció de sus maneras aquel aspecto suyo propiciatorio. Tenía los ojos y la boca abiertos de asombro, y hasta pareció que se le redondeaba la cara y las cejas se le

arqueaban al oír mis observaciones.

—Siento mucho que sea ésta su opinión —dijo, por fin, con el aliento entrecortado.

No repitió la invitación para que me sentara. Se acercó uno o dos pasos hacia la ventana, y dio media vuelta.

—Supongo que admitirá usted... —empezó a decir con un leve e irritante tono de condescendencia intelectual.

No voy a explicaros ahora sus argumentos ni los míos. Los encontraréis, si os interesa, en algún rincón olvidado de nuestros museos de libros, allí donde se guardan las marchitas y arrugadas publicaciones baratas (las publicaciones de la «Asociación de Prensa Racionalista», por ejemplo) sobre las que estaban basados mis argumentos. Guardadas allí, en aquel curioso limbo, junto con ellas y casi imposibles de distinguirse, están las infinitas «Réplicas» de la ortodoxia, lo mismo que cadáveres entremezclados en alguna trinchera después de una enconada batalla. Todas aquellas disputas de nuestros padres que alguna vez llegaban a ser disputas realmente furiosas, están ahora más allá de los límites de la comprensión. Vosotros, los jóvenes, ya sé que las leéis con impaciente perplejidad. No podéis comprender cómo unas personas sensatas pudieron nunca llegar a solventar nada en esta clase de controversias. Todos los viejos métodos del pensamiento sistemático, las absurdas extravagancias de la lógica aristotélica han seguido a los números mágicos y a los números místicos, y la «Rumpelstiltskiniana» mágica de los nombres hasta llegar a la oscura noche de lo inconcebible. No podéis comprender nuestras pasiones teológicas como no podéis comprender los caprichos que hacían que todos los pueblos antiguos hablaran de sus dioses sólo por medio de circunloquios, que hacía que los salvajes languidecieran hasta morir sólo porque habían sido fotografiados, o que el granjero de la época de la reina Isabel se volviera a casa sin querer empezar siquiera el trabajo cotidiano porque había visto tres vacas juntas. Hasta yo mismo, que he pasado por todo ello, me acuerdo ahora de esas controversias con un sentimiento rayano en la incredulidad, dudando casi que hayan podido existir.

La fe podemos comprenderla hoy ya que todos los hombres viven por la fe, pero antaño todo el mundo confundía irremediablemente la fe con la increíble y forzada creencia en

ciertas declaraciones pseudoconcretas. Estoy por decir que ni los creyentes ni los incrédulos tenían la fe tal como la entendemos ahora nosotros, porque poseían unas facultades intelectuales insuficientes. No podían confiar en nada a menos de poder ver, tocar o decir algo, igual que sus bárbaros antepasados no podían cerrar un trato sin un previo intercambio de prendas. Si bien es cierto que ya no adoraban troncos ni piedras o satisfacían sus necesidades por medio de peregrinaciones e imágenes, en cambio es muy cierto que todavía tenían una feroz afición a las imágenes auditivas y a las palabras y fórmulas impresas.

Pero, ¿para qué volver a resucitar los ecos de las antiguas logomaquias?

Baste decir que muy a menudo perdíamos la cabeza, y con mucha facilidad, en busca de Dios y de la verdad, y decíamos exquisitas sandeces sin cesar. Y en conjunto, visto desde la imparcial perspectiva de mis setenta y tres años, juzgo que si mi dialéctica era mala, la del reverendo Gabbitas era mucho peor.

Pequeñas manchas rosadas aparecieron en sus mejillas y un tono chillón se apoderó de su voz. Nos interrumpimos mutuamente de un modo cada vez más grosero. Nos pusimos a inventar hechos y a citar autoridades cuyos nombres yo pronunciaba mal, y al darme cuenta de que Gabbitas estaba algo atemorizado ante la alta crítica y los autores alemanes, solté los nombres de Karl Marx y de Engels, empleándolos como si fuesen los dos unos exégetas de la Biblia, con no poco efecto. ¡Aquello fue un altercado de majaderías! ¡Una discusión absurda! Nuestra conversación iba subiendo de tono, con la intervención de algunas notas pendencieras, mientras mi madre, sin duda alguna, permanecía en la escalera, escuchando alarmadísima, con un aire como de estar diciendo: «¡Hijo mío, no lo ofendas! ¡Oh, no lo ofendas! *Mr.* Gabbitas nos alegra con su amistad. Piensa y reflexiona en lo que dice *Mr.* Gabbitas». A pesar de ello, nosotros dos aún no habíamos perdido contacto con cierto simulacro de mutua deferencia. La superioridad ética del cristianismo sobre todas las demás religiones pasó a primer plano, no sé cómo. Tratamos aquella cuestión en un plano de audaces e imaginativas generalidades a causa de la insuficiencia de nuestros conocimientos históricos. Yo me sentí impulsado a denunciar el cristianismo como una ética de esclavos y a declararme discípulo de

un escritor alemán, muy en boga en aquella época, llamado Nietzsche.

Para haberme confesado discípulo suyo tengo que reconocer que conocía malísimamente las obras del maestro. En realidad, todo lo que de él sabía me había llegado a través de un artículo a dos columnas publicado la semana última en *The Clarion*... Pero el reverendo Gabbitas no leía *The Clarion*.

Ya sé que estoy abusando de vuestra credulidad si digo que ahora estoy seguro de que el reverendo Gabbitas ignoraba en absoluto hasta el nombre de Nietzsche, a pesar de que este escritor presentaba una actitud de ataque separada y distinta contra la fe que defendía el reverendo caballero.

—Soy discípulo de Nietzsche —dije adoptando un aire de explicación extensiva.

Mr. Gabbitas dio un respingo tan grande al oír aquel nombre que yo tuve que repetírselo.

—Pero ¿sabe usted lo que dice Nietzsche? —le pregunté con la peor intención del mundo.

—Ya se le ha replicado adecuadamente a ese señor —contestó dispuesto a seguir fingiéndose enterado.

—¿Por parte de quién? —proferí vivamente—. ¡Dígamelo si lo sabe!

Y me quedé esperando la respuesta, cruel e inexorable.

5

Un feliz accidente vino en auxilio de *Mr.* Gabbitas salvándolo del compromiso de aquel reto y me hizo dar un paso más en mi carrera de desastres personales.

El accidente se produjo, pisándole los talones a mi pregunta, en forma de un piafar de caballos y el chirrido de unas ruedas que se detuvieron frente a la casa. De un vistazo vi un coche con un cochero con sombrero de paja y un par de caballos tordos. Me pareció aquél un carruaje increíblemente magnífico para Clayton.

—¡Eh! —exclamó el reverendo Gabbitas, yendo a la ventana—.

¡Pero si es *Mrs. Verrall*! ¡Es *Mrs. Verrall*! ¡Vaya! ¿Qué querrá de mí?

Se volvió hacia mí. El arrebató de la controversia había pasado y el rostro le resplandecía como un sol. Según pude percibir, no era cosa de todos los días que *Mrs. Verrall* fuera a visitarle.

—¡Me interrumpen tan a menudo...! —dijo casi sonriendo—. ¡Le ruego que me excuse un momento! Después... Ya le hablaré después del individuo ese. Pero no se vaya. Le ruego que no se vaya. Le puedo asegurar... que será de lo más interesante.

Salió del cuarto haciendo vagos gestos prohibitivos con la mano.

—¡Tengo que irme! —le grité yéndole a la zaga hasta el pasillo.

—¡No, no, no! —dijo él, ya en el pasillo—. Tengo la respuesta a punto, y creo que anda usted equivocado.

Le vi bajar apresuradamente los peldaños para ir al encuentro de la dama.

Proferí un juramento. Di tres pasos hacia la ventana, y aquello me condujo a un metro de distancia de aquel maldito cajón.

Le dirigí una mirada, y luego otra a aquella anciana señora, tan absurdamente poderosa, e instantáneamente los rostros de su hijo y de Nettie brillaron en mi cerebro. Los Stuart habían ya aceptado, sin ningún género de duda, el hecho consumado. Y yo también... ¿Qué estaba yo haciendo allí...?

¿Qué estaba yo haciendo allí mientras se me escapara la sentencia?

Me despabilé. Me sentía inyectado de energía. Dirigí, para asegurarme, una incisiva mirada a las obsequiosas espaldas del cura y otra a la perfilada nariz de la vieja dama, y luego, con una serie de pequeños movimientos rápidos y precisos, abrí el cajoncito, cogí cuatro soberanos, me los guardé en el bolsillo y volví a cerrar el cajón. Me acerqué otra vez a la ventana... Aún estaban hablando.

Todo iba bien. Era muy posible que *Mr. Gabbitas* no volviera a abrir aquel cajón hasta al cabo de muchas horas. Miré al reloj del cuarto. Faltaban veinte minutos todavía para la salida del tren de Birmingham. Tenía tiempo suficiente para comprarme un par de botas y marcharme. Pero, ¿cómo iba a dirigirme a la estación?

Salí audazmente al pasillo y cogí mi bastón y mi sombrero... ¿Pasaría por su lado como si nada?

Sí. ¡Bien pensado! No podría ponerse a discutir conmigo mientras estuviese atendiendo a una persona tan importante... Bajé

decididamente los peldaños.

—Quiero que me haga usted una lista, *Mr. Gabbitas*, de todos los casos que realmente se lo *merecen* —estaba diciendo la anciana *Mrs. Verrall*.

Lo curioso del caso es que ni por asomo se me ocurrió que allí había una madre cuyo hijo yo me disponía a matar. No la vi en absoluto bajo este aspecto. En su lugar, me sentía poseído de indignación ante la patente imbecilidad de un sistema social que daba a aquella anciana mujeruca medio paralítica el poder de remediar o no las urgentes necesidades vitales de centenares de semejantes suyos, siguiendo sus caprichos de vieja chocha, decidiendo quién se lo merecía y quién no.

—Podríamos hacer una lista provisional —decía él mientras me miraba con expresión preocupada al pasar yo por su lado.

—Tengo que irme —le dije aguantando su inquisitiva mirada.

Y añadí:

—Estaré de vuelta dentro de veinte minutos.

Dicho esto, proseguí adelante. Él se volvió de nuevo hacia su protectora como si al punto me hubiera olvidado. Tal vez, después de todo, no sintiera mi partida.

Yo me sentía extraordinariamente capaz y poseído de una gran sangre fría, alborozado como un chiquillo, por aquel hurto tan expedido y eficaz. Después de todo, podría dar cima a mi gran determinación. Ya no me sentía oprimido por la sensación de continuas obstaculizaciones. Tenía la impresión de que podía adueñarme de los incidentes y utilizarlos en mi favor. Ahora iría directamente a *Hacker Street*, a casa del zapatero, a comprar un buen par de botas fuertes y resistentes (diez minutos), y luego, a la estación (cinco minutos más). Y ¡hasta la vista! Me sentí tan eficiente y tan amoral como si yo fuera el Superhombre de Nietzsche que acabara de encarnarse. No se me ocurrió que el reloj del pastor podía señalar la hora con un considerable margen de error.

Perdí el tren.

Esto ocurrió, en parte, porque el reloj del reverendo Gabbittas iba retrasado, y en parte fue debido a la obstinación comercial del zapatero, que se empeñó en probar otro par, después de haberle yo declarado que no tenía tiempo. Me quedé, no obstante, con el último par, le di una dirección errónea para la devolución de mis botas viejas, y sólo dejé de sentirme como el superhombre nietzscheano al ver que el tren salía de la estación.

Ni siquiera entonces perdí la cabeza. Se me ocurrió casi inmediatamente que, en caso de que me persiguieran en seguida, yo disfrutaría de grandes ventajas si no cogía el tren en Clayton. Haberlo cogido en Clayton habría sido un error del que sólo la suerte me había salvado. Así y todo, yo había sido muy indiscreto en mis investigaciones sobre Shaphambury, porque, una vez sobre la pista, el taquillero me recordaría a la fuerza. Las probabilidades estarían en contra si él se hallase envuelto en el caso. Por consiguiente, me guardé muy bien de entrar en la estación y no hice ninguna demostración de haber perdido el tren, sino que pasé por delante de la entrada, carretera abajo, atravesé el puente de hierro, y me dirigí, dando un rodeo, por el ladrillar de White y los *allotments* hacia el camino que, pasando por Clayton Street, iba a parar a

Two-Mile

Stone. Allí, según calculé, dispondría de un amplio margen de tiempo para coger el tren de las 6,13.

En aquellos momentos no me sentía ni excitado ni alarmado. Supongamos, razonaba yo, que por algún accidente el pastor vuelve a abrir el cajón ahora mismo; ¿estará seguro de que le faltan cuatro soberanos, de un total de diez o doce? Y si se da cuenta, ¿creará inmediatamente que soy yo quien los ha cogido? Y aun siendo así, ¿saldrá en seguida en mi persecución o esperará que yo vuelva? Y si se pone a actuar inmediatamente, ¿irá a hablar primero con mi madre o recurrirá a la policía? Además, hay una docena de carreteras y casi otras tantas líneas de ferrocarril en la región de Clayton. ¿Cómo sabrá la que yo he tomado? Supongamos que se dirija inmediatamente a la estación donde yo he debido tomar el tren. Nadie se acordará de habérmelo visto coger, por la sencilla

razón de que no lo habré cogido. Pero, ¿y si se acordaran de que yo les había mencionado Shaphambury? No era muy probable.

Resolví no ir directamente a Shaphambury desde Birmingham, sino de allí a Monkshampton y a Wyvern, y de Wyvern a Shaphambury por el Norte. Esto podía implicar tener que pasar la noche en cualquier lugar intermedio, pero también me ocultaría ante la eventualidad de que me persiguieran, a menos que la persecución fuese muy persistente. Y todavía no se trataba de un caso de asesinato, sino únicamente del hurto de cuatro soberanos.

Me había desprendido de toda ansiedad, a fuerza de argumentos más o menos capciosos, antes de llegar a Clayton Crest.

Al llegar a Clayton Crest miré hacia atrás. ¡Qué mundo aquél! Y súbitamente me di cuenta de que estaba contemplando aquel mundo por última vez. Si podía alcanzar a los fugitivos y llevaba a cabo mi empresa, moriría con ellos... o me ahorcarían. Me detuve, y volví a mirar con mucha atención aquel dilatado y feísimo valle.

Era mi valle natal, y yo me iba de él para no volver nunca, según creía entonces, y, no obstante, en aquella postrera perspectiva, el grupo de pueblos que me habían visto nacer y que me habían achicado y deformado, y que me habían hecho lo que era, me parecieron, de un modo indefinible, muy extraños. Tal vez estaba más acostumbrado a verlos desde aquel punto de vista que lo abarcaba todo cuando quedaban velados y suavizados por la noche. En aquel momento se destacaba todo el panorama, surgiendo por entre la humareda de las fábricas, bajo el claro sol de la tarde, lo cual puede explicar hasta cierto punto aquella sensación de extrañeza. Y tal vez, además, hubiera algo en las emociones que había experimentado durante una semana o más, que intensificara mi perspicacia, mi agudeza sensorial, que me permitiera traspasar lo usual y dudar de lo aceptado. Ahora estoy seguro de haber percibido entonces por primera vez la promiscuidad, el hacinamiento de aquel conjunto, de aquel revoltillo, de aquella confusión de minas y de hogares, de depósitos de carbón y de fundiciones, de muelles de estación de ferrocarril, canales, escuelas, fraguas y altos hornos, iglesias, capillas, chozas de *allotments*, una extensa aglomeración irregular de feos accidentes humeantes, donde los hombres vivían tan felices como ranas en el cubo de la basura. Cada una de aquellas cosas tropezaba y deterioraba las otras

cosas a su alrededor, ignorándolas como si no estuvieran allí también; el humo de los hornos ensuciaba la arcilla de la fábrica de cerámica, el estruendo metálico de ferrocarril ensordecía a los feligreses que rezaban en la iglesia, la taberna lanzaba vaharadas de corrupción a la misma puerta de la escuela, las tristes casuchas se apretujaban miserablemente en medio de las monstruosidades del industrialismo, produciendo el efecto de unos imbéciles que anduvieran a tientas. La Humanidad se ahogaba en medio de sus productos, y toda su energía se gastaban en aumentar su desorden, como un ciego herido que sufre, lucha y se hunde en un pantano.

No pensé claramente todas estas cosas aquella tarde, ni mucho menos me pregunté cómo yo, con mis propósitos criminales, las podía haber tolerado hasta entonces. Dejo escrita aquí esa percepción del desorden y de la sofocación ambiente como si yo entonces hubiese pensado en ello, pero en realidad sólo lo sentí, lo sentí transitoriamente al volverme para mirar el valle, y allí me quedé, aun cuando aquellas ideas ya se me hubieran escapado de la mente.

No vería ya más aquel paisaje.

Volvía a aquella idea. Al menos, no lo lamentaba. Todas las probabilidades estaban a favor de que yo muriera en una atmósfera no contaminada por emanaciones acres, bajo un cielo claro y limpio.

Desde la distante Swathinglea vino un rumor apagado, el lejano rugido de una muchedumbre amotinada, y, luego se oyeron, en rápida sucesión, tres tiros.

Aquello me dejó perplejo durante un buen rato... Bueno, me era igual, puesto que me iba para siempre... ¡Gracias a Dios, me iba para no volver! Entonces, al volverme para seguir mi camino, pensé en mi madre.

Parecióme un mundo muy depravado para dejar allí a mi madre. Mis pensamientos se concentraron en ella muy vivamente durante un instante. Allí, a lo lejos, bajo aquella luz de la tarde, iba ella de un lado para otro, sin darse cuenta todavía de que me había perdido, inclinada, atizando el fuego en aquella oscura cocina del sótano, tal vez llevando una lámpara al fregadero para despabilarla, tal vez sentada pacientemente, contemplando la lumbre, esperando que yo volviera para tomar el té. Una gran piedad por ella, un gran

remordimiento por aquellas negrísimas desazones que yo iba a dejar caer sobre su cabeza inocente, se apoderaron de mí. ¿Para qué, después de todo, iba, yo a hacer aquello?

¿Por qué?

Me detuve otra vez y me quedé inmóvil contemplando la cumbre de la montaña que se levantaba entre mi hogar y yo. Estuve casi decidido a volver a mi casa.

Entonces pensé en los soberanos del pastor. Si él ya los había echado, de menos, ¿a qué iba yo a regresar? Y, aunque regresara, ¿cómo podría volver a ponerlos en el cajón?

¿Y cómo pasaría yo la noche siguiente a mi renuncia de vengarme? ¿Y cuando volviera Verrail? ¿Y Nettie?

¡No...! Aquello tenía que cumplirse.

Pero podía haber besado a mi madre antes de marcharme, podía haberle dejado algún mensaje, algo, en fin, para tranquilizarla al menos durante cierto tiempo. Toda la noche estaría escuchando y esperándome...

¿Le mandaré un telegrama desde

Two-Mile

Stone?

Ahora, ya no; demasiado tarde, demasiado tarde. Enviar un telegrama significaría revelar el camino que había seguido, sería atraerme la persecución, una persecución rápida, veloz y segura, si es que tenía que haber persecución. ¡No! ¡Mi madre tenía que sufrir!

Proseguí, ceñudo, hacia

Two-Mile

Stone, pero ahora como si alguna voluntad superior a la mía dirigiera mis pasos hacia allá.

Llegué a Birmingham antes de oscurecer, y pude coger, muy justo, el último tren para Monkshampton, donde había planeado pasar la noche.

CAPÍTULO V

LA PERSECUCIÓN DE LOS DOS AMANTES

1

Al llevarme el tren de Birmingham a Monkshampton, no sólo me llevaba a un país donde yo no había estado nunca, sino que me sacaba fuera de la luz ordinaria, fuera del contacto y de la calidad de las cosas ordinarias, dentro de la extraña noche sin precedentes, gobernada por el meteoro gigante de los últimos días.

Había por aquella época una curiosa acentuación de la alternativa común de noche y día. Quedaban separados por una amplia diferencia de valores respecto a los asuntos mundanos. Durante el día, el cometa era un motivo más de comentarios en los periódicos, que quedaba residenciado por un millar de otros asuntos de interés más candente; era casi nada comparado con la conmoción bélica que se había apoderado de nosotros. Era un fenómeno astronómico situado muy lejos, en el cénit de China, a millones de kilómetros, en las profundidades de los espacios siderales. Llegábamos a olvidarlo. Pero tan pronto como el sol se hundía en el ocaso, la gente se volvía cada vez más hacia el Este, y el meteoro recobraba su imperio sobre todos nosotros.

Se esperaba su salida oteando el horizonte, y, no obstante, cada noche el cometa llegaba como una sorpresa. Siempre aparecía más brillante de lo que uno se había atrevido a suponer, siempre mayor y con alguna maravillosa modificación de sus contornos, y últimamente con un extraño disco verde, menos luminoso, sobre su superficie, que iba creciendo al mismo tiempo que el cometa, y que no era sino la sombra proyectada por la Tierra. Como brillaba con luz propia, esta sombra no era negra ni de contornos duros, sino que brillaba con gran fosforescencia y con una intensidad decreciente del lado en que el estímulo de los rayos del sol

disminuía. Al ascender hacia el cénit, mientras los últimos jirones de la luz diurna seguían la estela del sol poniente, su iluminación blanca y verde borraba las realidades del día, difundiendo un brillo espectral sobre todas las cosas. Alteró el color del cielo sin estrellas que había a su alrededor en un profundísimo azul, en el color más profundo del mundo, un extraordinario color azul como no lo había visto nunca ni he vuelto a verlo desde entonces. Me acuerdo también de que, mientras miraba por la ventanilla del tren que me conducía rápidamente a Monkshampton, percibí una luz rojocobriza que se mezclaba con todas las sombras proyectadas por ella, cosa que me dejó asombrado y perplejo.

Aquella luz transformó nuestras feísimas ciudades industriales inglesas en ciudades espectrales. En todas partes, las autoridades locales suprimieron la iluminación de las calles, pues se podían leer los caracteres de imprenta más pequeños al resplandor del cometa; así es que al llegar a Monkshampton pasé por unas calles pálidas, blancuzcas, desconocidas, cuyos globos eléctricos proyectaban su sombra sobre la calzada. Algunas ventanas iluminadas aquí y allí parecían arder, con unas llamas rojizo-anaranjadas, como agujeros recortados en una cortina de pesadilla que colgase ante un horno. Un policía que andaba con pasos silenciosos me indicó una hospedería, a la luz de un rayo de luna; un hombre de rostro verdoso nos abrió, y me quedé allí a pasar la noche. Y al día siguiente me despertó un fuerte griterío y vi que la hospedería era en realidad una sucia cervecería que apestaba a cerveza, y que el hospedero era un individuo gordo, y mugriento, con el cogote lleno de pecas rojizas, y que había un enorme y estrepitoso tráfico en la mal empedrada calle.

Salí, después de haber pagado la cuenta, a una calle dominada por el eco de los gritos de dos vendedores de periódicos y por los escandalosos ladridos de un perro que los emulaba. Los vendedores de periódicos gritaban:

—¡Gran desastre británico en el mar del Norte! ¡Acorazado hundido con toda la tripulación!

Compré un periódico, y seguí mi camino hacia la estación leyendo los detalles de aquel triunfo de la antigua civilización, o sea, de la destrucción por explosión de un gran buque de hierro, lleno de cañones y explosivos y de la maquinaria más cara y más

hermosa que aquella época era capaz de producir, y con novecientos hombres robustos, sanos y fuertes por encima de lo normal. El hundimiento lo había provocado una mina de contacto remolcada por un submarino alemán. Leí hasta saturarme de una verdadera fiebre de entusiasmo bélico. No sólo me olvidé del meteoro, sino que durante un buen rato estuve completamente distraído del propósito que me llevaba a la estación. Al llegar allí, sin embargo, compré el billete, e inmediatamente el tren echó a andar hacia Shaphambury.

Así, pues, el cálido día se enseñoreó otra vez del mundo y la gente se olvidó de la noche.

Cada noche el cometa brillaba sobre nosotros con renovada y creciente insistencia, con su belleza y su magnificencia, como una promesa de los espacios siderales, y nos dejaba a todos pasmados, silenciosos y maravillados durante un rato. Y a los primeros rumores apagados de la aurora del nuevo día, al ruido de los cerrojos que se descorrían y del estruendo de los carros de la leche que pasaban, nos olvidábamos de todo, y el polvoriento día ordinario reaparecía bostezando y desperezándose. Las manchas del humo del carbón se elevaban a través del firmamento, y nosotros nos levantamos a la sucia y desordenada rutina de la vida.

—Así ha sido siempre la vida —decíamos—, y así será siempre.

La gloria de aquellas noches era casi universalmente considerada como meramente espectacular. No significaba nada para nosotros. Por lo que hacía referencia a la Europa occidental, sólo una pequeña e ignorante sección de las clases bajas consideraban al cometa como un portento anunciador del fin del mundo. En el extranjero, donde todavía había campesinos, la cosa era diferente, pero en Inglaterra la gente del campo había ya desaparecido. Todo el mundo leía. Los periódicos, en los tranquilos días anteriores a aquel rápido conflicto a que habíamos llegado con Alemania, habían disipado absolutamente cualquier posibilidad de pánico con relación a este asunto. Los vagabundos en las carreteras y los niños en la *nursery*, habían aprendido que, a lo sumo, el conjunto de aquella nube resplandeciente pesaría escasamente un centenar de toneladas. Este hecho había quedado conclusivamente demostrado gracias a las enormes desviaciones que habían, por fin, dado la vuelta a nuestro mundo. Había pasado muy cerca de tres de los

asteroides más pequeños sin producir la menor desviación perceptible en su trayectoria de casi tres grados. Cuando chocara contra la Tierra veríamos un espectáculo magnífico, sin duda alguna, sobre todo aquellos que estuviesen situados en la parte correspondiente al paso del cometa, pero aparte de esto, nada más. Y hasta era dudoso que nosotros nos halláramos en el hemisferio apropiado para poder presenciar el fenómeno. El meteoro brillaría cada vez más, se iría haciendo mayor y llegaría a cubrir el firmamento visible, pero siempre con la sombra de nuestra Tierra proyectada en su centro, apagando el brillo de su núcleo central, hasta que por fin ocuparía todo el cielo, un cielo de verdes nubes luminosas, con un resplandor blanco en el horizonte, a poniente y a levante. Luego habría una pausa, una pausa de una duración no muy exactamente definida, y después, sin duda, una gran pirotecnia de estrellas fugaces, estrellas que podían ser de algún color insospechado a causa de aquel elemento desconocido que revelaba la franja en el verde. Durante cierto tiempo el cénit seguiría disparando estrellas fugaces. Algunas de ellas se esperaba que cayesen en la Tierra y pudieran ser objeto de estudio.

Esto sería todo, según decía la Ciencia. Las nubes verdes se arremolinarían para desaparecer, y era posible que se levantasen grandes tempestades. Pero, a través de la escobilla formada por el resplandor meteórico, ya atenuado, el viejo firmamento, las viejas estrellas reaparecerían, y todo seguiría igual que antes. Y como que aquello tenía que ocurrir entre la una de la madrugada y las once de la mañana del martes próximo (yo me quedé a dormir en Monkshampton el sábado por la noche), el fenómeno sería sólo parcialmente visible, y hasta quizá fuese invisible del todo desde nuestra parte del planeta. Tal vez si ocurría más tarde, no veríamos más que alguna estrella fugaz cerca del horizonte. Todo esto lo sabíamos gracias a las seguridades que nos habían dado los científicos. Así y todo, no pudo evitarse que las últimas noches fueran las más hermosas y memorables de todas las experiencias humanas.

Las noches se habían hecho muy calurosas, y cuando, al día siguiente, hube recorrido inútilmente todo Shaphambury, me atormentó muchísimo la idea, al reaparecer aquella gloria inigualable de la noche luminosa, de que, bajo su espléndida

bendición, Verrall y Nettie se hacían el amor.

Anduve de un lado para otro, una y otra vez, a lo largo del paseo marítimo, escrutando los rostros de las jóvenes parejas que por allí deambulaban, con la mano a punto en el bolsillo y un curioso dolorcillo en el corazón que no tenía relación alguna con la rabia. Cuando, por fin, todos los paseantes se hubieron ido a sus casas a acostarse, yo me quedé solo con la estrella.

Mi tren de Wyvern a Shaphambury, aquella mañana, llevaba una hora de retraso. Dijeron que era a causa del movimiento de las tropas que se habían concentrado para enfrentarse con una posible incursión desde el Elba.

2

Shaphambury me pareció una población muy rara entonces. Pero algo se iba acelerando en mí para hacerme sentir la rareza de muchas otras de las cosas hasta entonces normalmente aceptadas. Ahora, considerado retrospectivamente, lo encuentro extrañísimo. Todo el pueblo aquél me parecía extraño a mis ojos no acostumbrados a los viajes; hasta el mar parecía extraño. Sólo en dos ocasiones durante mi vida había estado en la costa, y las dos veces había sido en plan de excursión al País de Gales, cuyos grandes acantilados y peñascales sobre un fondo montañoso prestaban al horizonte un efecto muy diferente del que se veía en el litoral de East Anglia. Allí, lo que ellos llamaban acantilado era un talud costanero de tierra blanco-parduzca que se desmoronaba y no alcanzaba una altura de quince metros.

Tan pronto como llegué empecé una exploración sistemática de Shaphambury. Todavía recuerdo claramente el plan que me hice entonces, y me acuerdo de cómo todas mis investigaciones se hallaron obstaculizadas por el abrumador deseo de que todo el mundo parecía estar preocupado con las probabilidades de una incursión alemana antes de que la Flota del Canal regresara a nuestros puertos. Dormí en un fonducho de Shaphambury situado en una mala calleja, y pasé allí la noche del domingo. No llegué a

Shaphambury, desde Wyvern, hasta las dos de la tarde, a causa de la poca frecuencia de trenes domingueros, y no estuve sobre la pista hasta media tarde del lunes. Al llegar el pequeño tren local a la vista del pueblo, saliendo de una curva por detrás de una loma, vi una serie de ondulantes terrenos herbosos, entre los cuales una gran abundancia de grandes tableros anunciadores de chillones colores llamaban la atención y cortaban el distante horizonte marino. La mayoría de estos anuncios se refería a comestibles o a medicamentos para tomar después de dichos comestibles, y su colorido había sido dispuesto con el fin de que fuera más vistoso que hermoso, para que destacara sobre las suaves tonalidades grisáceas del paisaje de la costa levantina. Hay que hacer notar que la mayoría de los anuncios que constituían un factor sobresaliente en la vida de aquellos días y que hacían posible la publicación de la vasta industria periodística, se referían a alimentos, bebidas, tabaco y a los medicamentos que prometían un restablecimiento de la salud que los otros artículos anunciados habían destruido. Dondequiera que uno se dirigiese se le recordaba en relucientes letras que, después de todo, el hombre era poco más que un gusano, aquel animal sin ojos y sin oídos que hace agujeros y vive sin quejarse en un ambiente de nutritiva porquería, «conducto alimenticio con sus apéndices vicariantes». Pero, además, de aquellos carteles anunciadores había otros en blanco y negro, de las llamadas, grandilocuentemente, «fincas». Las empresas individuales de aquella época habían conducido a la parcelación de casi todo el terreno alrededor de las poblaciones del litoral, con la inevitable construcción de carreteras y viviendas; toda la costa, exceptuando una pequeña porción del litoral oriental y meridional se hallaba en este estado, y si las promesas de estos planes se hubieran podido realizar del todo, la población entera de la isla habría quedado acomodada a lo largo de la costa. No ocurrió nada parecido, naturalmente, ya que todo el litoral se había afeado con el objeto de estimular el necio juego de Bolsa con las acciones de estas parcelas, y por todas partes se veían carteles anunciadores de agentes de empresas urbanizadores en todos los estados concebibles de lozanía y deterioro, mal construidas carreteras de explotación semicubiertas por la hierba, y aquí y allá algunos rótulos: «Trafalgar Avenue», o «Sea View Road». También aquí y allá, algunos incautos habían

invertido dinero, algunos desgraciados empleados de comercio con «ahorros» habían vendido su alma a los contratistas de obras locales y se habían hecho construir una casita. Y allí estaba la casita, mal planeada, de aspecto mezquino, aislada, mal situada en una parcela miserablemente vallada, a través de la cual ondeaban bajo la brisa las ropas sacadas de la colada doméstica, en medio de la yerma desolación de los terrenos de la empresa. Después, nuestro tren cruzó la carretera y una hilera de mezquinas viviendas de ladrillo amarillo (pomposamente llamadas casas para obreros) y de inmundos cobertizos negruzcos que hacía en los *allotments* de aquella época un mal de ojo universal, señalaron la proximidad de las zonas más céntricas, según la guía local, «de una de las más deliciosas playas de moda de East Anglia, el país de las amapolas». Después venían más casuchas miserables, la tétrica y desgarrada mole de la central eléctrica, que ostentaba una enorme chimenea porque nadie sabía cómo hacer completa la combustión del carbón, y en seguida nos encontramos en la estación del ferrocarril, a cosa de un kilómetro del centro de aquel lugar de salud y placer.

Inspeccioné meticulosamente la ciudad antes de hacer ninguna pregunta. La calle empezaba muy mal, con una hilera de tiendas baratas y presuntuosas, de aspecto insolvente, luego una taberna y una parada de coches, pero después de un intervalo ocupado por una serie de pequeñas casitas de ladrillo rojo, medio ocultas por los arbustos de sus jardines, la calle desembocaba en la calle Mayor, confusamente brillante, pero de aspecto bastante agradable; los postigos y las persianas de aquella calle Mayor estaban echados y el ambiente tenía una quietud sabática. Allí, al fondo, se oía el discordante tañido de la campana de una iglesia, y unos niños con trajes nuevos de brillantes colores se dirigían a la escuela dominical. De allí, y a través de una plaza de casas de huéspedes con la fachada de estuco que daba la impresión de ser una versión más refinada y más limpia de mi plaza nativa, llegué a un jardín de asfalto: el Paseo Marítimo. Me senté en un banco de hierro y observé en primer lugar las amplias extensiones de la cenagosa arena que formaba la playa con sus extrañas casetas de baños con ruedas, pintadas con los anuncios de las píldoras del doctor Fulano... Luego dirigí la vista a las fachadas de las casas emplazadas frente a aquellos consejos viscerales. Casas de

huéspedes, hoteles particulares y posadas se agrupaban a derecha y a izquierda, y a cierta distancia terminaban bruscamente. A un extremo, una serie de andamiajes indicaban la existencia de una empresa constructora; en el otro extremo, después de un solar, se elevaba una monstruosa mole roja, un enorme hotel que dejaba en ridículo a los otros edificios. Hacia el Norte había unos taludes bajos con una serie de blancas tiendas de campaña en las que los voluntarios locales bajo las armas, acampaban. Y hacia el Sur una amplia extensión de arenosas dunas, con arbustos ocasionales y grupos de pinos enanos y algún que otro cartel anunciador. Un cielo de un azul opresivo se cernía sobre esta perspectiva, el ocaso proyectaba sombras añiles y hacia el Este se divisaba un mar blancuzco. Era domingo, y la comida del mediodía todavía retenía a la gente dentro de sus casas...

«¡Qué mundo más extraño!», pensé. Desde luego, a vosotros ahora os debe parecer increíblemente, imposiblemente extraño. Entonces, después de un intervalo, me esforcé en volver a mi asunto.

¿Cómo tenía que hacer las preguntas? ¿Por quién tenía que preguntar?

Permanecí perplejo algún tiempo pensando en aquello. Al principio me sentí cansado e indolente, pero en seguida empezaron a ocurrírseme cosas.

Mi solución era bastante ingeniosa. Inventé la siguiente historia: Yo me encontraba de vacaciones en Shaphambury y aprovechaba la ocasión para intentar averiguar el paradero de la dueña de un valioso boa de plumas, que había quedado olvidado en un hotel, propiedad de mi tío, en Wyvern; el boa de plumas pertenecía a cierta joven que viajaba con un caballero también muy joven, sin duda alguna unos recién casados, que debían de haber llegado a Shaphambury el jueves. Repasé la historia varias veces, y di a mi tío imaginario y a su hotel sendos nombres satisfactorios. Por lo menos, este cuento serviría de justificación a todas las preguntas que se me acudiera hacer.

Aquello quedó resuelto, pero así y todo yo permanecí sentado todavía un buen rato esperando que hiciera acto de presencia la energía suficiente para ponerlo en práctica. Entonces me volví hacia aquel gran hotel. Su suntuosa magnificencia parecía indicar a mi

inexperto juicio que aquél era el lugar indicado para ser escogido por un joven rico y de buena familia.

Me fueron franqueadas unas enormes puertas por un portero irónicamente cortés, con un magnífico uniforme verde, el cual contempló mi traje mientras escuchaba mi pregunta, y en seguida, con cierto acento alemán, me dirigió a un suntuoso empleado, el cual a su vez me dirigió a un joven principesco que se hallaba detrás del mostrador, un mostrador de reluciente madera y latón, igual que un Banco, igual que varios Bancos. Aquel joven magnífico, mientras contestaba a mi pregunta, mantenía sus ojos fijos en mi cuello y mi corbata... y entonces me di cuenta de que las dos prendas tenían un aspecto abominable.

—Quisiera encontrar a cierta señora y a cierto caballero que llegaron a Shaphambury el jueves pasado —dije.

—¿Amigos de usted? —preguntó con un ironía terriblemente fina.

Pude sacar en claro, por fin, que la pareja que yo buscaba no había estado allí. Pudiera ser que hubiesen comido en el restaurante, pero no habían alquilado ninguna habitación. Salí del hotel, cuya puerta me fue franqueada obsequiosamente, en un estado de decaimiento moral que me impidió lanzarme al ataque de otro establecimiento aquella tarde.

Mi resolución había llegado a una especie de bajamar. En aquel momento había más gente paseando por el Paseo Marítimo y su elegancia dominguera me dejaba confuso. Olvidé mi propósito con la aguda sensación de la conciencia de mi propio ser. Tuve la impresión de que el bulto que en mi bolsillo hacía el revólver era visible, y me sentí avergonzado. Eché a andar por el Paseo Marítimo alejándome de la ciudad hasta que, por fin, me dejé caer y me tendí en un suelo de guijarros y amapolas. Este estado de ánimo prevaleció en mí durante toda la tarde. Al anochecer me dirigí a la estación e hice unas cuantas preguntas a los mozos del andén. Pero los mozos, según pude colegir, formaban una clase de hombres que se acordaban más de los equipajes que de las personas, y yo no tenía la menor idea de la clase de equipaje que Verrall y Nettie podían llevar.

Después trabé conversación con un viejo salaz, con una pata de palo y una sortija de plata, que barría los peldaños que conducían a

la playa desde el paseo. Aquel hombre sabía muchas cosas de las parejas jóvenes que frecuentaban aquellos lugares, pero sólo en términos generales, e ignoraba completamente la existencia de la pareja que yo buscaba. Me trajo a la memoria, del modo más desagradable, los aspectos sensuales de la vida, y me alegré mucho cuando apareció una lancha cañonera en alta mar y se puso a hacer señales a la guardia de la costa y al campamento, cortando así por lo sano sus observaciones sobre las vacaciones, la playa y la moral.

Me separé de él, y sintiendo que había pasado el momento de mi bajar espiritual, volví a sentarme en el paseo, observando la progresiva aparición de aquellas nubes de fuego frío que quitaban toda importancia a la rubicundez del cielo de poniente. Mi languidez del mediodía iba desapareciendo, y sentía fluir de nuevo cálida la sangre que corría por mis venas. Y a medida que el crepúsculo y aquel tenue resplandor remplazaban la luz del ocaso robando a aquel lugar extraño para mí toda su consabida rareza, todo su sentido materialista sin finalidad, me iba volviendo el sentimiento romántico, se iba apoderando de nuevo de mí la pasión y todas mis viejas ideas de honor y de venganza. Recuerdo muy bien cómo se produjo aquel cambio de mi estado de ánimo en aquella ocasión, pero tengo la impresión de que, aunque menos distintamente, había tenido aquella misma sensación en muchas ocasiones anteriores. Antiguamente, la noche y la claridad de las estrellas ofrecían una impresión de íntima realidad que le faltaba a la luz del día. La luz del día, tal como se veía en las ciudades y pueblos populosos, impresionaba sin duda, pero únicamente al modo de una conmoción; era una luz perturbadora, insistente. La oscuridad echaba un velo sobre los aspectos más salientes de aquellas absurdas aglomeraciones humanas, y entonces se podía existir, entonces se podía dar rienda suelta a la imaginación...

Tuve la extravagante ilusión, aquella noche, de que Nettie y su amante se hallaban muy cerca, y de que, de súbito, daría inopinadamente con ellos. Ya os he relatado cómo me fui paseando a la hora del crepúsculo, tratando de identificarlos en cada pareja que se me acercaba. Y me quedé dormido, por fin, en un dormitorio desconocido, con las paredes llenas de textos bíblicos pintorescamente decorados, maldiciéndome a mí mismo por haber desperdiciado todo un día.

Los busqué en vano a la mañana siguiente, pero, pasado el mediodía, llegué en rápida sucesión a una multitud de datos y pistas que me dejaron perplejo. Después de fracasar en mi búsqueda de una pareja joven cuyas señas coincidieran con las de Varrall y Nettie, descubrí un cuarteto de parejas muy poco satisfactorio.

Cualquiera de estas cuatro parejas podía ser la que yo buscaba, pero no había certidumbre con ninguna de ellas. Las cuatro parejas habían llegado el miércoles o el jueves. Dos de ellas ocupaban sus respectivas habitaciones, pero ninguna se hallaba en casa en aquel momento. A media tarde pude reducir mi lista con la eliminación de un joven vestido de color parduzco, con patillas y largos puños almidonados, que iba acompañado de una señora de unos treinta años o más, de un tipo muy conscientemente señorial. La otra pareja había salido a pasear, y aunque estuve aguardando su regreso, vigilando la casa de huéspedes hasta que apareció en el firmamento la ígnea nube, contribuyendo al entremezclar su luz con la del sol poniente en un espléndido ocaso, más espléndido todavía que de costumbre, no pude dar con ella. Luego la descubrí cuando en la tribuna, con unas lamparitas de mesa entre los dos, contemplando de vez en cuando aquel esplendor que no era ni noche ni día. La muchacha, con su traje de noche de color de rosa, me pareció muy bonita y alegre. Tenía unos brazos muy bien formados y unos hombros bien moldeados y blanquísimos y la línea de la mejilla, con su pelo rubio alrededor de las orejas, estaba llena de promesas de sutiles delicias. Pero no era Nettie, y el feliz mortal que estaba con ella era un ejemplar del raro tipo de degenerado que nuestra vieja aristocracia producía con tanta frecuencia: sin barbilla, con una gran narizota huesuda, cabeza pequeña, pelo rubio, expresión lánguida, y un cuello que requería una verdadera manga. Yo estaba en la calle, bajo la lívida luz del meteoro, odiándolos con toda el alma y maldiciéndolos por todo el tiempo que me habían hecho perder. Permanecí allí, hasta que se hizo evidente que les había llamado la atención, hecho un negro ovillo de envidia, recortada mi silueta contra el resplandor sideral.

Aquello dio fin a Shaphambury. La cuestión que me quedaba por debatir era a cuál de las restantes parejas tenía que perseguir.

Volví de nuevo al paseo intentando fijar mi próxima actitud, murmurando incoherencias, porque había algo en aquella luminosa maravilla que se le metía a uno en el cerebro y parecía que le quitaba un peso de encima.

Una de las parejas se había dirigido a Londres y la otra se había ido a *Bungalow*, en Bone Cliff. Pero yo no tenía la menor idea de dónde estaba situado el pueblo de Bone Cliff.

Me encontré otra vez con el hombre de la pierna de palo en lo alto de la escalera.

—Hola —le dije.

Él señaló hacia un punto del mar con su pipa.

—¡Qué raro! —dijo.

—¿Qué es ello? —pregunté.

—¡Reflectores! ¡Humo! ¡Barcos hacia el Norte! Si no fuese por esa maldita Vía Láctea que se ha vuelto verde, podríamos verlo.

Se hallaba demasiado preocupado con aquello para poder hacer caso de mis preguntas. Por fin condescendió a decirme por encima del hombro:

—¿Que si sé dónde está *Bungalow*...? ¡Ya lo creo! Es un lugar de artistas y de lo otro. ¡Vaya juergas! Se bañan juntos hombres y mujeres... ¡Algo escandaloso...!

—Pero, ¿dónde está? —insistí, sintiéndome súbitamente exasperado.

—¡Allá! —dijo él—. ¿Qué es esa llamarada? ¡Un cañonazo...! ¡Que me condene si no lo es!

—Ya lo habríamos oído antes de que el barco estuviera lo bastante cerca para percibir el fogonazo —repliqué.

Él no contestó. Sólo haciéndole comprender que seguiría importunándole hasta que me explicara lo que deseaba saber, pude conseguir que se apartara un poco de su absorbente contemplación de aquella danza fantástica entre la superficie del mar y el resplandor del cielo. Hasta llegué a asirle un brazo y sacudirle. Entonces se volvió hacia mí profiriendo juramentos.

—A once kilómetros de aquí, por esta misma carretera —dijo—. ¡Y váyase al infierno de una vez!

Yo le contesté con un insulto obsceno para darle las gracias y así

nos separamos. Y emprendí la marcha hacia aquel pueblo llamado *Bungalow*, en Bone Cliff.

Me encontré con un policía que miraba al cielo, un poco más allá del final del paseo, y me aseguró de que el hombre de la pata de palo me había dado la buena dirección.

—Es una carretera muy solitaria, ¿sabe usted...? —me dijo el policía, cuando yo ya me iba.

Tuve la extraña sensación de que por fin me hallaba sobre la verdadera pista. Dejé la oscura masa de Shaphambury a mis espaldas, y eché a andar vivamente bajo la vaga palidez de la noche, con la tranquila seguridad del viajero que se aproxima al término de su viaje.

No recuerdo los incidentes de aquella larga expedición, y lo único que queda en mi memoria es el recuerdo de una creciente fatiga. El mar estaba liso y reluciente como un espejo, como una gran extensión de plata bruñida, listada de lentas y anchas ondulaciones, pero de vez en cuando una leve brisa aparecía como un suave suspiro y rizaba la superficie en millares de tenuísimos centelleos como de escamas, que nunca llegaban a desaparecer del todo. El camino era, a trechos, arenoso, y otras veces se hacía gredoso, con unos grandes terrones que presentaban brillantes facetas; unos negruzcos matorrales se hallaban diseminados, unas veces en grupos y otras en matas solitarias, entre los soñolientos mogotes de arena. En cierto lugar apareció una extensión de hierba, con un rebaño de espectrales ovejas recortándose sobre el fondo gris. Al cabo de un rato apareció un pinar que contribuyó a incrementar la negrura de la carretera. Este pinar se deshilachaba en sus límites en pinos achaparrados, enanos, fantásticamente retorcidos. Luego aparecieron unos pinos aislados, como brujas, que me hacían gestos rígidos al pasar yo por su lado. Grotescamente incongruentes en medio de estas formas aparecieron de pronto unos carteles anunciadores de empresas constructoras que decían: «Se construyen casas a gusto del cliente». Parecía que llamaban a gritos el silencio, las sombras, el lustre sideral.

Recuerdo el persistente ladrido de un perro, procedente de alguna parte, tierra adentro, y saqué mi revólver varias veces del bolsillo, examinándolo con cuidado. Naturalmente, debí de obedecer a los dictados de mi deseo al hacer eso, debí de estar

pensando en Nettie y en la venganza, pero ahora no puedo acordarme de aquellas emociones en absoluto. Sólo me acuerdo, y muy bien por cierto, de los reflejos verdosos del gatillo y del cañón del revólver al tener el arma en la mano.

Luego se presentó a mi vista, en toda su amplitud, el cielo, el maravilloso, el luminoso cielo sin luna y sin estrellas, y las vacías profundidades azules del espacio entre el meteoro y el mar. Y en una ocasión, vi allá, a lo lejos, como extraños fantasmas, recortándose sobre el resplandeciente fondo, muy pequeños y distantes, tres largos buques de guerra, negros, sin mástiles ni velas, ni humo, ni luces, oscuros, tenebrosos, mortíferos, furtivos, navegando a gran velocidad y guardando una distancia igual entre sí. Cuando volví a mirar se habían hecho muy diminutos, y de pronto, el resplandor los hizo desaparecer.

Un instante después vi una llamarada que me pareció un fogonazo, y mirando hacia arriba, vi la estela de una luz verde que flotaba aún en el espacio, desvaneciéndose. Después de aquello se percibió como un murmullo en la atmósfera, y yo noté un escalofrío, un latido más fuerte en las arterias, una sensación de frescor, un sentimiento de renovación de propósitos...

En aquel momento mi camino se dividía en dos, pero no me acuerdo si me encontraba cerca de Shaphambury o cerca del final de mi excursión. Sólo queda clara en mi mente la duda que sentí al verme en el dilema de escoger entre aquellas dos carreteras sin pavimentar, llenas de rodadas.

Por fin llegué a cansarme. Encontré unos montones de algas podridas y una serie de rodadas que iban en diversas direcciones, hasta que me di cuenta de que me había apartado de la carretera y había perdido la dirección. Empecé a dar traspiés entre los arenosos mogotes, muy cerca del mar; llegué al principio de una playa arenosa vagamente iluminada, y algo fosforescente llamó mi atención hacia el rompiente de las olas. Me incliné para examinar los minúsculos puntitos luminosos que flotaban en el rizado escarceo.

Exhalé un suspiro y me erguí saturándome de la silenciosa paz de aquella noche maravillosa. El meteoro había remolcado ya sus relucientes redes por todo el firmamento y empezaba a ir a su ocaso. Por la parte de Oriente el cielo adquiriría otra vez su color

azul normal y la línea del mar era como un filo de intensa negrura. En aquel momento, recién escapada de aquel gran resplandor, débil aún de luz, pero trémulamente bravía, una tenue estrella apareció suspendida en los límites de lo invisible.

¡Qué hermosa era! ¡Qué quieta y qué majestuosa! ¡Paz! ¡Paz...! ¡La paz más allá de toda comprensión, envuelta en luz, descendiendo a la Tierra...!

Me sentí el corazón henchido y, de repente, me puse a llorar. Había algo nuevo, algo extraño, en mi interior. Tuve la sensación de que yo, en realidad, no quería matar a nadie.

Yo no quería matar. Yo no quería ser ya un esclavo de mis pasiones. Un gran deseo se había apoderado de mí, un gran deseo de escapar, de huir de la vida, de huir de la luz del día que es calor y conflicto y deseo, y escapar hacia la fría noche de la eternidad y del reposo. Yo ya había hecho mi juego. Y había perdido...

Permanecí de pie, a la orilla del gran océano, henchido de un articulado espíritu de plegaria, deseando con todas mis disminuidas fuerzas... la paz de mí mismo.

Pronto, por la parte de Oriente, aparecería de nuevo el rojo telón que se correría sobre todos estos misterios, otra vez el mundo finito, las grises, crecientes y duras certidumbres del amanecer. Sabía que mi deseo volvería a apoderarse de mí. Aquello había sido para mí un descanso, un intermedio, pero al día siguiente volvería a ser otra vez William Leadford, mal nutrido, mal vestido, mal equipado y torpe, un ladrón vergonzante, una llaga sobre la faz de la vida, motivo de zozobras y pesares hasta para la madre que adoraba. No había más esperanza para mí que la de conseguir la venganza antes de mi muerte.

¿Por qué esta cosa vil y mezquina que es la venganza? Se me ocurrió la idea de que tal vez fuera preferible dejar las cosas tal como estaban, y que aquellos dos camparan por sus respetos.

¿Meterme en el mar, en aquel tibio oleaje que entremezclaba las naturalezas del agua y de la luz? ¿Quedarme allí con el agua hasta el pecho, meterme el cañón del revólver en la boca...?

¿Por qué no?

Di media vuelta con cierto esfuerzo. Anduve lentamente playa arriba, reflexionando...

Me volví para contemplar de nuevo el mar. ¡No! Algo dentro de

mí decía: «¡No!».

Tenía que reflexionar.

Era molesto ir más adentro, porque allí empezaban los mogotes y las marañas de arbustos. Me senté en medio de unas malezas, descansando, con el mentón en la palma de la mano. Me saqué el revólver del bolsillo y me quedé contemplándolo. ¿Vida? ¿Muerte...?

Me pareció que estaba sondeando las profundidades de la existencia, pero lo que ocurrió fue que, imperceptiblemente, me quedé dormido, y sentado tal como estaba, soñé.

4

Dos personas estaban bañándose en el mar.

Yo me había despertado. Todavía era de noche, aquella noche blanca y maravillosa, y la franja azul del cielo despejado no era más ancha que antes. Aquellas personas debieron de llegar a la playa tan pronto como yo me quedé dormido, y debieron de despertarme casi inmediatamente. Entraron en el mar hasta que el agua les llegó a la altura del pecho, y volvieron a salir en seguida dirigiéndose a la playa. Eran una mujer, con el pelo recogido alrededor de la cabeza, y un hombre. Formaban un grupo de dos figuras muy graciosas, en negro y plata, con un brillante oleaje verde que parecía brotar de sus cuerpos formando a su alrededor un verdadero diseño de llameantes rizos de espuma. Él chapoteó en el agua mojando intencionadamente a su compañera, y ella se vengó haciendo lo mismo. En un momento el agua les llegó tan sólo a las rodillas y en seguida sus pies quebraron la larga orla de plata del mar.

Llevaban unos trajes de baño muy ajustados que no ocultaban nada de la reluciente y goteante belleza de sus juveniles formas.

Ella miró volviendo la cabeza y al ver que él estaba más cerca de lo que ella se figuraba, tuvo un sobresalto, gesticuló, profirió un pequeño grito que me traspasó el corazón, y echó a correr por la playa, hacia mí. Veloz como el viento, pasó por mi lado y se desvaneció entre las negras malezas retorcidas. En un instante ella y

su perseguidor desaparecieron detrás de un montículo de arena.

Oí como él la llamaba, con un tono de voz mitad de agotamiento, mitad de risa...

Y súbitamente me sentí invadido de una furia bestial. Me levanté con los puños en alto, rígido, en un gesto de amenaza impotente contra el cielo...

Porque aquella ágil y veloz forma de luz y belleza era Nettie... ¡Y su compañero el hombre por el cual me había traicionado!

Y en mi mente brilló como una llamarada la idea de que yo había estado a punto de morir allí mismo, por una mera represión de ánimo... ¡sin haber llevado a cabo mi venganza!

En un instante me vi corriendo y tropezando, revólver en mano, en una furiosa e insospechada persecución de aquellos dos seres, por la suave y silenciosa arena.

5

Llegué a una pequeña loma, y descubrí un agrupamiento de bungalós, que eran los que daban nombre a aquella aldea marítima y que yo había estado buscando, arrinconados en la falda de una especie de anfiteatro de dunas. Una puerta se cerró de golpe. Nettie y su acompañante habían desaparecido y yo me detuve, con los ojos muy abiertos.

Había un grupo de tres bungalós que estaban más cerca de mí que los demás. Era en uno de aquellos tres que ellos habían entrado, y yo llegué demasiado tarde para poder ver en cuál... Todos tenían las puertas y las ventanas descuidadamente abiertas, y en ninguno de ellos se veía luz.

Aquel lugar, que por fin había encontrado, era fruto de la reacción de algunas personas de espíritu artístico y vida despreocupada contra la carísima e incómoda rigidez social de las playas de moda más encopetadas de aquellos tiempos. En aquella época las compañías de ferrocarriles a vapor solían vender sus vagones después de haber quedado desvencijados e inservibles, y a algún genio se le había ocurrido la posibilidad de transformar los

vagones en pequeñas cabinas habitables para las vacaciones de verano. Aquello se había convertido en una moda entre cierta clase de gentes de temperamento bohemio. Los primeros añadieron unas cabinas a otras, y aquellos pequeños hogares improvisados, alegremente decorados y provistos de amplias verandas o galerías porticadas y con aditamentos suplementarios para su utilización, producían el más brillante contraste imaginable con las insípidas rigideces de las playas de moda tradicionales. Desde luego, aquel modo de acampar entrañaba muchas incomodidades que tenían que ser salvadas alegremente, y por eso aquella ancha playa arenosa era sagrada para los espíritus elevados y para la gente joven. El percal y el banjo, las linternas japonesas y las frituras son las principales «notas» que encuentro en las impresiones de aquellos que antaño trabaron buen conocimiento de dichos lugares. Pero por lo que a mí se refiere, aquella extraña colonia de personas que acampaban por placer tenía tanto de misterio como de sorpresa, reforzada esta sensación más que mitigada por unas cuantas sugerencias imaginativas que yo había recibido del hombre de la pata de palo en Shaphambury. Yo no vi aquello como una simple reunión de seres despreocupados y en alegre ociosidad, sino de un modo tétrico, de una única manera que podía mirarlo un pobre hombre envenenado por el fracaso de todos sus anhelos para disfrutar de la vida. A este pobre hombre y a todos los tiznados trabajadores la belleza y la limpieza les estaban absolutamente denegadas. En medio de una suciedad grasienta, de unos deseos cenagosos, contemplaba a sus congéneres más felices con una amarga envidia y unas atormentadoras e inmundas sospechas. ¡Era curioso aquel mundo en el que la gente del pueblo consideraba al amor como una especie de bestialidad, hermano de la embriaguez...!

Antiguamente, siempre hubo algo de crueldad en el fondo de esta cuestión del amor sexual. Por lo menos ésta es la impresión que he traído conmigo a través del abismo del gran Cambio. El éxito en el amor parecía ser el mayor triunfo que se podía conseguir, y fracasar en amor era algo vergonzoso, despreciable...

No consideré que tuviera nada de particular que aquella fibra salvaje recorriera las emociones mías y llegara a ser el hilo en el que se enhebraran todas estas emociones. Creía yo entonces, y me parece que estaba en lo justo al creerlo, que el amor de los

verdaderos amantes era una especie de desafío, que ellos cerraban un sistema cuando estaban uno en brazos del otro y que se reían del mundo que quedaba fuera de dicho sistema. Se amaba contra el mundo, y aquellos dos se amaban contra mí. Mantenían sus relaciones bajo la amenaza de una vigilante ferocidad. Una espada, una afiladísima espada, el borde más tajante de la vida, yacía entre sus rosas.

Sea lo que sea lo que de ello puedan otros considerar como verdadero, lo cierto es que, al menos para mí, aquello era una verdad como un templo. Nunca fui retozón, nunca fui un amante alegre y regocijante. Yo deseaba ardientemente. Tal vez había escrito cartas amorosas desatinadas por esta misma razón, porque con este tema tan grave yo no podía jugar...

La imagen de la reluciente forma de Nettie, de su evasivo y audaz abandono en brazos de su fácil conquistador, me producía unos accesos de rabia casi insoportables para mi corazón y mis nervios y la tensa potencia de mi ser. Fui descendiendo lentamente por entre las pálidas dunas, hacia aquel raro poblado de descuidada sensualidad y dentro de mi minúsculo cuerpo sentía la fría avidez del olor y de la muerte, con un odio sombríamente brillante, con la espada del mal desenvainada.

6

Me detuve y me quedé planeando lo que tenía que hacer.

¿Iría de bungaló en bungaló hasta que aquéllos a quienes buscaban contestaran a mi llamada? Pero si salía algún sirviente, ¿qué haría yo?

¿Esperaría allí mismo donde estaba... tal vez hasta la mañana... aguardándoles? Y mientras tanto...

Los bungalós cercanos estaban sumidos en el más profundo silencio. Si me deslizara silenciosamente hasta ellos, desde una ventana abierta, de algo visto u oído, podría obtener una pista que me guiara. ¿Avanzaría dando un rodeo y echándome encima de ellos, o me dirigiría en línea recta a la puerta? La noche era lo

bastante clara como para que ella pudiera reconocirme claramente a una distancia regular.

La principal dificultad estribaba en que si yo ponía sobre aviso a otras personas con mis preguntas, mi pareja de traidores podía ponerse de acuerdo con aquellas personas para quitarme el arma e impedirme todo movimiento. Aparte de esto, ¿qué nombres usarían allí los dos fugitivos?

¡Buum...! Aquel estampido distrajo mi atención. Inmediatamente volvió a repetirse.

Al volverme, impaciente, del modo que uno se vuelve ante una impertinencia, vi un gran acorazado a menos de cuatro millas de distancia, navegando a toda marcha por aquella superficie moteada de escamas plateadas, mientras de sus chimeneas, un enjambre de chispas, intensamente rojas, brillaban en la oscuridad de la noche. Al volverme de nuevo, vi el candente fogonazo de sus cañones disparando mar adentro, y, contestando, a lo lejos, unas rojas llamaradas y una larga línea de humo en la conjunción de cielo y mar. Así es como lo recuerdo, y también recuerdo que yo me quedé mirándolo en un estado de estúpida aprehensión. Aquello no tenía importancia. ¿Qué tenía que ver aquello conmigo?

Con un estremecido siseo, un cohete, desde el promontorio de más allá del poblado se elevó hacia el cielo para estallar en una lluvia de oro cálido sobre el fondo aterciopelado del firmamento, y el ruido de los cañones tercero y cuarto llegó a mis oídos.

Las ventanas de los oscuros bungalós, una después de otra, aparecieron como rectángulos de rojiza claridad que con temblorosa luz vacilante se hacían cada vez más brillantes. Unas cabezas aparecieron en las ventanas mirando hacia el mar, una puerta se abrió enviando al exterior una breve línea amarilla para que se mezclara y se perdiera en el resplandor del cometa. Aquello me hizo volver a pensar en mi asunto.

¡Buum...! ¡Buum...!

Cuando volví a mirar el gran acorazado, un pequeño chorro de llamas, como la luz de una antorcha, osciló detrás de las chimeneas. Desde donde yo estaba se podía oír perfectamente el estruendoso latido de sus máquinas...

Oí las voces de unos individuos que se llamaban unos a otros en el poblado. Una figura vestida de blanco con capucha, un hombre

envuelto en un albornoz con toda la apariencia de un árabe absurdo en aquel paisaje, salió de uno de los bungalós más próximos, y se quedó allí quieto, inmóvil, sin sombra, bajo el resplandor del cometa.

Hizo pantalla con las manos para proteger sus ojos y se puso a mirar el mar. Después gritó algo a las personas de dentro de la casa.

Las personas de dentro... ¡Mis personas! Mis dedos oprimieron el revólver. ¿Qué me importaba a mí aquella guerra idiota? Iría dando un rodeo por los mogotes de arena, con la idea de acercarme a los tres bungalós subrepticamente, por el flanco. Aquella batalla naval me iría muy bien para mi propósito... y excepto para esto se hallaba para mí totalmente desprovista de interés. ¡Buum! ¡Buum! Las enormes, voluminosas conmociones pasaron zumbando, hicieron latir más de prisa mi corazón y se perdieron. Nettie iba a salir para ver aquello.

Primero una y luego otras dos figuras salieron de los bungalós para unirse con la primera. El brazo del hombre del albornoz señaló hacia el mar, y su voz de tenor se elevó para explicar aquello. Pude oír algunas palabras:

—¡Es alemán! —decía—. Está cogido.

Alguien le contradijo y entonces siguió el acentuado rumor de una discusión. Yo seguí dando el rodeo por el camino que me había trazado, vigilando a todas aquellas personas entretanto.

De pronto, se pusieron a gritar todos con tanta fuerza que yo me detuve y también miré hacia el mar. Vi una enorme columna de agua que había levantado el cañonazo que las baterías de costa habían disparado contra el acorazado sin alcanzarlo. Una segunda columna de agua se elevó más cerca aún de nosotros, y después una tercera y una cuarta, y por fin un gran torbellino de polvo, un remolino de humo, grande como una nube, saltó por la parte del promontorio por donde había sido disparado el cohete, y se extendió lentamente a derecha y a izquierda. En seguida se oyó un enorme estampido, y el hombre de la voz de tenor dio un salto gritando:

—¡Le ha dado...!

¡A ver! Naturalmente, tuve que ir a dar la vuelta más allá de los *bungalows*, para luego dirigirme otra vez hacia el grupo por detrás.

Una voz de falsete de mujer gritó:

—¡Eh, los novios! ¡Eh, los novios! ¡Salgan a ver esto!

Algo brilló en la sombra del bungalow más cercano, y una voz masculina contestó desde dentro. No pude oír lo que dijo, pero de pronto oí que Nettie decía:

—Fuimos a bañarnos.

El primero de los que habían salido gritó:

—¿No oyen los cañonazos? Hay un combate... a menos de cinco millas de la playa.

—¿Eh? —preguntó el del bungalow, mientras abría la ventana.

—¡Allí, allí!

No oí la respuesta a causa de un levísimo crujido que produjo con mis propios movimientos. Evidentemente, toda aquella gente se hallaba demasiado ocupada con la batalla para mirar hacia el sitio donde yo me encontraba. Yo me dirigí directamente hacia la negrura que envolvía a Nettie y el tenebroso deseo de mi corazón.

—¡Mira! —gritó alguien señalando al cielo.

Yo miré hacia arriba y me quedé pasmado. El cielo aparecía listado de brillantes regueros verdes que irradiaban desde un punto determinado entre el horizonte occidental y el cénit, y el interior de las brillantes nubes del meteoro, un movimiento tremolante como a borbotones había aparecido, de modo que parecía extenderse tanto hacia el Oeste como, dando una gran curva por la parte de atrás, hacia el Este, acompañado de un crujiente sonido como si todo el firmamento estuviese punteado de espectrales disparos de pistola. Tuve la impresión de que el meteoro venía en mi ayuda, descendiendo con millares de pistolas, como un telón para ocultar aquella tontería sin sentido que estaba ocurriendo ante nuestras miradas en el mar.

¡Buum!, hizo uno de los cañones del gran acorazado, y repitió en el acto: ¡Buum! Y los cañones de los cruceros que iban en su persecución dispararon sendos cañonazos como réplica.

La visión de aquella listada, movediza y luminosa espuma en el cielo era algo verdaderamente incomprensible. Me quedé un momento estupefacto y me sentí mareado. Tuve un instante de curiosos pensamientos puramente especulativos. Sí, después de todo, los fanáticos tenían razón, y el mundo realmente tocaba a su fin, ¡qué triunfo para Parload!

¡Entonces se me metió en la mollera que todas aquellas cosas

sucedían para consagrar mi venganza! La guerra abajo, los cielos arriba, formaban la tonante vestidura de mi acción. Oí la voz de Nettie que gritaba algo a menos de cincuenta metros de distancia, y mi pasión resurgió. Yo iba a volver a ella en medio de aquellos terrores, mensajero de una insospechada muerte. Yo iba a poseerla, con un balazo, entre rayos y pavores. Al pensar en ello di un grito, que nadie oyó, y avancé temerariamente empuñando el revólver.

Así me vi a cincuenta metros, a cuarenta metros, a treinta metros. El pequeño grupo, todavía sin enterarse de mi presencia, se había hecho más numeroso mirando el cielo tachonado de verde y los buques de guerra más remotos. Alguien salió corriendo del bungaló, con una pregunta a flor de labios, y se detuvo al verme. Era Nettie, envuelta coquetamente en una bata oscura, mientras el verde resplandor se reflejaba en sus bonitas facciones y en su blanca garganta. Pude darme cuenta de su expresión, sobrecogida de terror y de congoja, al verme avanzar hacia ella, como si hubiera recibido un golpe en pleno corazón. Se quedó inmóvil... como blanco a mis disparos.

¡Buum!, hizo el cañonazo del acorazado como si diera una orden. ¡Pum!, hizo la bala de mi revólver, disparada por mi mano. En realidad no quería tirar contra ella. ¡No quería en absoluto disparar! ¡Pum!, volví a disparar avanzando todavía... Y las dos veces me pareció haber errado el tiro.

Ella avanzó un paso o dos hacia mí, con los ojos muy abiertos. Entonces intervino alguien y cerca de ella vi a Verrall.

Un hombretón extraño, el hombre del albornoz, gordo y con aspecto de extranjero, salió de la oscuridad y se situó ante ellos como un escudo. Aquello me pareció una interrupción absurda. Su semblante denotaba a la vez asombro y terror. Vino corriendo hacia mí con los brazos extendidos y las manos abiertas, como si intentara detener un caballo fugitivo. Me gritó alguna idiotez. Parecía que quisiera disuadirme de mi afán de venganza.

—¡No sea usted imbécil! —le grité con voz áspera—. ¡No es a usted!

Sin embargo, aquel individuo siguió escudando a Nettie.

Con un enorme esfuerzo resistí el impulso que sentí de disparar contra su obeso corpachón. Sea por lo que fuere, tuve la intuición de que no debía disparar contra él. Durante un momento estuve

dudando, pero, entrando de nuevo en actividad, me hice bruscamente a un lado, salvando el obstáculo de su brazo izquierdo extendido, y encontré ante mí a otros dos individuos en actitud indecisa. Hice un tercer disparo en el aire, por encima de sus cabezas, y eché a correr hacia ellos. Salieron de estampía a derecha y a izquierda. Yo me erguí y me enfrenté a un metro de distancia con un joven con expresión astuta que venía por un lado y parecía querer cogerme. Al ver que yo me detenía resueltamente, él retrocedió un paso, volvió la cabeza e hizo como si intentara un golpe. Entonces me di cuenta de que tenía el camino expedito y de que Verrall y Nettie (él la tenía cogida del brazo para ayudarla) habían echado a correr.

—¡Naturalmente! —exclamé.

Disparé un cuarto tiro, tan ineficaz como los anteriores, y entonces, atacado por un acceso de furia por mis yerros, eché a correr tras ellos para dispararles un tiro a quemarropa para no desaprovechar las balas que me quedaban.

—¡Esos tipos! —exclamé, refiriéndome a los que me habían impedido llevar a cabo mi propósito.

Y añadí:

—¡A un metro...!

Empecé a jadear, y seguí hablando en voz alta conmigo mismo:

—¡A un metro! Hasta entonces tendré cuidado... No debo... no debo disparar otra vez.

Alguien me perseguía, tal vez varios de aquellos individuos... No lo sé, porque los dejé muy atrás...

Seguí corriendo. Durante un rato tuve toda mi atención concentrada en la veloz monotonía de la huida y la persecución. Las arenas se trasformaron en un torbellino de verde luz lunar, la atmósfera era atronadora. Una luminosa neblina verde se enroscaba a nuestro alrededor. Pero, ¿qué importaba todo aquello? Corríamos. ¿Ganaba o perdía terreno? ¡He aquí el problema! Pasaron por una brecha que había en un seto que apareció saliendo de la nada bruscamente, y torcieron a la derecha. Noté que nos hallábamos en una carretera. ¡Pero aquella neblina verde! Parecía que la estuviésemos arando. Nettie y Verrall se iban desvaneciendo en la niebla, y al darme cuenta de ello hice un nuevo esfuerzo y gané cuatro o cinco metros más.

Nettie se tambaleó. Él la asió del brazo y la arrastró hacia adelante. Doblaron hacia la izquierda. Habíamos salido de la carretera otra vez y nos hallábamos en un campo. Al menos daba la impresión de césped al pisarlo. Tropecé y me caí en una zanja que parecía llena de humo; en seguida me incorporé, pero ellos ya eran como fantasmas medio desvanecidos entre los lívidos remolinos que habían a mi alrededor.

Así y todo, seguí corriendo.

—¡Adelante, adelante! —Iba yo gritando con la violencia de mi esfuerzo.

Volví a tropezar y proferí un juramento. Sentí las conmociones de los cañonazos rasgar el aire cerca de mí, a través de la lóbreguez ambiente.

¡Nettie y Verrall habían desaparecido! Todo desaparecía, pero yo seguía corriendo. Tropecé una vez más. Había algo a mis pies que me impedía avanzar, hierbas altas o brezos, pero no pude ver de qué se trataba; sólo pude percibir aquel humo que se arremolinaba a la altura de mis rodillas. Sentí un ruido en el cerebro y que la cabeza me daba vueltas. Tuve la sensación de una vana resistencia contra una oscura cortina verde que iba cayendo como un telón, cayendo, cayendo implacablemente, pliegue tras pliegue. Todo se fue volviendo progresivamente oscuro.

Hice un último esfuerzo frenético, levanté el revólver y disparé mi penúltimo tiro a la ventura, y caí de cabeza al suelo. ¡Y maravilla de maravillas! La verde cortina se había vuelto negra, y la Tierra y yo dejamos de existir.

LIBRO SEGUNDO

LOS VAPORES VERDES

CAPÍTULO PRIMERO

EL CAMBIO

1

Me pareció despertar de un sueño reparador.

No me desperté de golpe, sino que primero abrí los ojos y permanecí echado, muy cómodamente, mirando una línea de extraordinarias amapolas escarlata que brillaban contra un cielo también brillante. Era el cielo de un magnífico amanecer, y un archipiélago de islas purpúreas y de playas doradas flotaba en un cielo verde-dorado. Las amapolas también, pimpollos de cuellos de cisne, ardientes corolas y translúcidos y robustos pericarpios, tenían una calidad luminosa y parecían fabricadas con una especie de luz más sólida que la otra.

Me quedé contemplando, sin maravillarme, todas estas cosas durante un buen rato, y entonces se hicieron presentes en mi conciencia, mezclándose con las amapolas, las erizadas espigas verdes y doradas de un campo de cebada.

La remota y levísima pregunta de dónde me encontraba pasó por mi mente para desvanecerse en seguida.

Todo estaba muy quieto. Tan quieto como la muerte.

Me sentí muy ligero, dominado por la sensación de un gran bienestar físico. Percibí que estaba tendido de costado en un reducido espacio de terreno pisoteado, en medio de un campo de cebada, lleno de hierbajos y de amapolas y que se hallaba inexplicablemente saturado de luz y belleza. Me incorporé, y permanecí durante largo tiempo gozando la delicia y el encanto que me producían los pequeños convólvulos enroscados alrededor de los tallos de cebada y la pimpinela que se extendía en encajes sobre el

suelo.

Después volvió a presentármese la misma cuestión. ¿Qué lugar era aquél? ¿Cómo había sido que me encontraba durmiendo allí?

No podía recordarlo.

Me dejó perplejo la sensación de extrañeza que me causaba mi propio cuerpo. Era una cosa muy extraña (no podría decir en qué sentido), y la cebada, y los hermosos hierbajos, y la gloria de la aurora detrás de todo esto, desarrollándose lentamente, eran cosas que compartían la misma extraña cualidad. Yo tuve la sensación de ser un objeto colocado en alguna ventana pintada y muy luminosa, como si aquella aurora naciera a través de mí. Me sentí como formando parte de alguna exquisita pintura, lleno de luz y alegría.

Una leve brisa pasó susurrando y haciendo doblarse las espigas de cebada. Aquello hizo dar un salto a mis pensamientos.

¿Quién era yo? Ésta sería una buena manera de empezar.

Levanté el brazo y la mano izquierda ante mí. Vi una mano sucia y un puño raído, pero con tal aspecto de irrealidad que parecían pintados, como un mendigo hubiera podido serlo por Botticelli. Miré fijamente durante un buen rato una bonita perla que era el gemelo de mi puño.

Recordé a Willie Leadford, que había poseído aquel brazo y aquella mano, como si fuera alguien distinto de mí.

¡Claro! Mi historia (un sumario esbozo de ella más que el pasado inmediato) empezó a tomar forma en mi memoria, como un hecho muy pequeño, muy brillante e inaccesible, como algo que se mira por medio del microscopio. Clayton y Swathinglea me volvieron a la mente, las chozas, los barrios bajos y la oscuridad, diminutos, y en sus oscuras y ricas tonalidades, agradables, y a través de todo ello yo me dirigía a mi destino. Me senté apoyando las manos en las rodillas y recordando aquella extraña carrera apasionada que había terminado con mi fútil disparo dentro de la creciente oscuridad del fin. La idea de aquel disparo despertó de nuevo mis emociones.

Había algo ahora en ello, algo absurdo, que me hizo sonreír lastimeramente.

¡Pobre criatura miserable e iracunda! ¡Pobre mundo, tan pequeño, tan miserable y tan iracundo también!

Suspiré de lástima, no sólo lástima de mí mismo, sino de todos los cálidos corazones, los atormentados cerebros, las tensas y

esforzadas individualidades de esperanza y de dolor que habían hallado, por fin, la paz bajo la fluente niebla y la sofocación del cometa. Porque con toda certidumbre nuestro mundo había terminado para siempre. En el antiguo mundo todos eran débiles y desdichados, mientras que yo ahora me encontraba fuerte y sereno. Porque yo estaba seguro de estar muerto; ningún ser viviente podía tener aquella perfecta seguridad en el bien, aquella paz, fuerte y confiada. Había dado fin a la fiebre llamada vida. Yo estaba muerto, y todo estaba perfectamente. ¿Y aquellos...?

Sentí que todo aquello era incongruente.

¡Aquéllos serían entonces los campos de cebada de Dios...! Los tranquilos y silenciosos campos de cebada de Dios, llenos de inmarcesibles flores de amapola, cuyas semillas traen la paz.

2

Era muy extraño encontrar campos de cebada en el Cielo, pero sin duda me estaban reservadas muchas sorpresas.

¡Qué quieto estaba todo! ¡Paz! La paz más allá de toda comprensión. ¡Después de todo, había llegado hasta mí! ¡Pero realmente, estaba todo muy quieto! No piaba ni un pájaro. ¡Seguramente me encontraba solo en el mundo! No se oía ningún pájaro. Sí, y todos los distantes sonidos indicadores de vida habían cesado: el mugido de las vacas, el ladrido de los perros...

Algo así como un beatífico temor se infiltró en mi corazón. Ya sabía que todo estaba perfectamente bien, pero me apenaba encontrarme solo. Me levanté para encontrarme con la cálida citación del sol naciente que se precipitaba a mi encuentro, como si dijéramos con gozosas noticias, sobre las espigas de cebada...

Cegado, di un paso. Mi pie tropezó con una cosa dura, y al mirar al suelo descubrí mi revólver, negroazulado, como una serpiente muerta a mis pies.

Durante un instante aquello me dejó perplejo.

Después me olvidé de ello. La maravilla de aquella quietud tomó posesión de mi alma. ¡La aurora, y ni el canto de un solo pájaro!

¡Qué hermoso era el mundo! ¡Qué hermoso y qué silencioso! Anduve lentamente por la cebada hasta una línea de saúcos, viburnos, zarzas y jijallos que formaban el cercado del campo. Observé, al pasar por su lado, una musaraña, muerta, según me pareció, entre los rastrojos y después un sapo inmóvil. Me sentí sorprendido a ver que éste no se apartaba dando brincos al ruido de mis pisadas y me incliné a recogerlo. Tenía el cuerpo flácido, como si estuviera vivo, pero no hizo ningún movimiento, y el brillo de su ojo estaba empañado.

Me parece ahora que estuve sosteniendo en mi mano aquel animalejo inerte durante mucho tiempo. Luego, muy suavemente, volví a inclinarme para dejarlo en el suelo allí mismo donde lo había encontrado. Yo estaba temblando..., temblando con una emoción anónima. Miré con anhelantes ojos, escrutando a mi alrededor, por entre los tallos de cebada, y he aquí por doquier cucarachas, moscas y otros animalitos, inmóviles, yaciendo en la misma posición en que quedaron cuando se vieron vencidos por los vapores. Parecían pintados. Algunos de ellos eran nuevos para mí, porque yo no estaba muy familiarizado con las cosas naturales.

—¡Dios mío! —exclamé—. Pero, ¿seré yo solo...?

Luego, al hacer otro movimiento, oí un agudo chillido. Di media vuelta, pero no pude ver nada que se moviera; sólo me pareció ver un levísimo movimiento en un surco y oí el decreciente crujido producido por la huida de algún animal. Al oír aquello volví hacia mi sapo nuevamente, y vi como movía los ojos y temblequeaba. E inmediatamente, con vacilantes gestos de inválido, extendió sus miembros y huyó de mí, arrastrándose.

Pero la sorpresa, esa amable hermana del miedo, se había apoderado de mí. Un poco más lejos vi una mariposa de color pardo y carmín posada sobre un aciano. Al principio pensé si sería la brisa lo que la hacía moverse, pero en seguida vi que las alas le temblaban. Y mientras la estaba contemplando, volvió a la vida, extendió sus alas y se puso a revolotear por el aire.

Contemplé como volaba hasta que, de repente, pareció desvanecerse. Y entonces me di cuenta de que la vida iba volviendo a esta cosa y a la otra y a la de más allá, a la derecha, a la izquierda, por todas partes, con lentos estirones e inclinaciones, con revoloteos, con pequeñas sacudidas y movimientos...

Fui andando muy lentamente, pisando con gran precaución a causa de aquellos animalitos aletargados que despertaban débilmente a la vida, a través de la cebada, hacia el cercado. Era un cercado verdaderamente hermoso, de modo que mis ojos quedaron fijos en él. Fluía a lo largo del campo y se entrelazaba como una espléndida música. Estaba colmado de altramuces, madreselvas, collejas y digitales. Lúpulos y clemátides salvajes se enroscaban en sus ramajes y pendían de ellos como guirnaldas, y a todo lo largo de la zanja que bordeaba el cercado las pamplinas estrelladas levantaban sus caritas aniñadas, en coros de líneas y masas. Nunca había visto yo semejante sinfonía de flores, zarzas y hojas. Y, de pronto, en la profundidad del seto, oí un gorjeo y el aleteo de un pájaro alarmado.

¡Nada estaba muerto, y todo se había transformado en cosas de una gran belleza! Y yo me quedé un buen rato parado con la mirada atenta contemplando la intrincada delicia que se desplegaba ante mí, y maravillándome de la enorme riqueza que Dios ha dispensado a los mundos que ha creado...

Una alondra había roto el silencio con el brillante hilo de su canto, y en seguida otra, invisible en la atmósfera, transformó aquella quietud azul en un brocado de oro...

La tierra era creada otra vez. Únicamente con la reiteración de frases como ésta intento dar una impresión del intenso frescor de aquella madrugada. Durante cierto tiempo quedé sobrecogido con los bellísimos detalles de la existencia, tan indiferente a mi antigua vida de celosa pasión y de tristeza impaciente, como si fuera el mismo Adán hecho de nuevo. Podría hablaros ahora, con infinitos detalles, de las florecillas cerradas que se abrían mientras yo las contemplaba, de los tallos y briznas de hierba, de un abejaruco que recogí tiernamente del suelo (nunca hasta entonces me había dado cuenta de la gran delicadeza de su plumaje) y que en seguida, abriendo sus negros ojillos, pareció juzgarme, y se posó, erguido sobre mi dedo, sin el menor asomo de miedo, después de lo cual extendió las alas, y sin darse ninguna prisa echó a volar. En una alberca había una gran ebullición de renacuajos. Como todas las cosas que vivían bajo el agua, los renacuajos no se habían alterado por el Cambio. En medio de todos aquellos incidentes viví los grandes primeros momentos, dejando perder un instante, en la

maravilla de cada pequeña parte, la colosal maravilla del conjunto.

Corría un caminito entre el seto y la cebada, y a lo largo de él, ocioso, contento y alegre, mirando todas aquellas cosas hermosísimas, dando un paso e inclinándome para contemplar algo, y luego volviendo a emprender la marcha, llegué a un portillo con unos peldaños que conducían a un camino situado en un nivel inferior, casi cubierto de hierbas y de malezas.

Y en la gastada madera de roble del portillo había un anuncio redondo, y en el anuncio se leían estas palabras: «Píldoras G. 90 de Swindells».

Me senté a horcajadas en el portillo, sin acabar de percatarme del todo de lo que significaban aquellas palabras. Pero me dejaron aún más vacilante que el revólver y el puño sucio de mi camisa.

A mi alrededor los pájaros elevaron sus trinos al cielo. Cada vez había más pájaros.

Volví a leer el rótulo una y otra vez, y relacioné aquel hecho con el de llevar aún mi vieja ropa y con el de que mi revólver había estado tirado a mis pies. Una conclusión se me hizo evidente: No me hallaba en un nuevo planeta; aquélla no era una gloriosa vida ultraterrena tal como al principio había supuesto. Aquel hermosísimo país de las maravillas era el mundo, ¡el mismo viejo mundo de mi rabia y mi muerte! Pero aquello era como si me encontrara de pronto con una mujer sucia y asquerosa que se hubiera lavado y vestido con un traje de reina, adorable y finísima...

Pudiera muy bien ser que se tratara, a fin de cuentas del viejo mundo, pero algo había recubierto todas las cosas, una brillante y ardiente certidumbre de salud y dicha. Pudiera ser que aquello fuese el viejo mundo, pero todo el polvo y la furia de la vida antigua había terminado definitivamente. Al menos yo no abrigaba la menor duda sobre ello.

Me acordé de las últimas frases de mi antigua existencia, aquel tenebroso clima de persecución y de coraje, y la oscuridad universal y el torbellino de los verdes vapores de extinción. El cometa había chocado contra la Tierra y había terminado con todo; de eso también tenía yo la plena seguridad.

Pero, ¿y después?

¿Y ahora?

Las imaginaciones de mi adolescencia volvieron a mi mente como posibilidades especulativas. En aquellos días había creído firmemente en el advenimiento de un día final, en el gran advenimiento procedente del cielo, con trompetas y pavor, la Resurrección y el Juicio Final. Mi errante fantasía me sugería ahora que aquel Juicio Final debía ya de haber venido y de haber pasado. Que había pasado y, de algún modo u otro, se había olvidado de mí. Me había dejado allí solo, en un mundo barrido, exceptuando, naturalmente, aquel anuncio de Swindells, para volver acaso a empezar de nuevo...

Sin duda Swindells había tenido su merecido.

Mis pensamientos se entretuvieron unos momentos con Swindells, con la actividad y el empuje estúpidos de aquella criatura extinguida, mercader de basuras, que ensuciaba el campo con embustes, para poder obtener (¿qué había buscado?) una gran casa feísima y disparatada, un automóvil destructor del sistema nervioso, una gran cantidad de sirvientes desvergonzados y abyectos. Y al final, una serie de tortuosas intrigas para obtener el título de *baronet* como culminación de su vida, tal vez. ¡No os podéis imaginar las pequeñeces y las mezquindades de aquellos tiempos pasados, y sus cándidas, pueriles y absurdas rarezas! Y por primera vez en mi vida pensé en aquellas cosas sin amargura. En los días pretéritos había visto maldad, había visto tragedia, pero ahora veía únicamente la extraordinaria tontería de la antigua vida. El aspecto risible de la riqueza y de la importancia humanas se me presentó como una reluciente novedad, se vertió sobre mí como una nueva aurora y me sumió en la hilaridad. ¡Swindells! ¡Al cuerno con Swindells! Mi visión del Juicio Final se transformó en una deliciosa bufonada. Vi al Ángel del Juicio, con la cara tapada y riéndose a carcajadas, y la presencia corpórea de Swindells sosteniéndose en medio de la hilaridad de las esferas.

—He aquí una cosa, una cosa muy bonita. ¿Y qué vamos a hacer con esta cosa tan bonita?

Y entonces vi cómo sacaban un alma de un cuerpo rechoncho y de aspecto sustancial, como una caracola de su concha...

Solté una sonora y prolongada carcajada. Y he aquí que mientras reía, la aguda punta de los hechos ocurridos me apuñaló el regocijo y me puse a llorar, a llorar fuerte, con un llanto que me

convulsionaba, y las lágrimas me iban rodando cara abajo.

3

En todas partes el despertar vino con la aurora. Nos despertamos al gozo de la mañana y anduvimos deslumbrados bajo una luz que era un puro deleite. En todas partes era así. Era una mañana permanente. Siempre era mañana porque, hasta que los rayos directos del sol lo hubieron tocado, el cambiante nitrógeno de nuestra atmósfera no pasó a un estado permanente y definitivo, y los durmientes se quedaron allí donde habían caído. El aire se mantenía suspenso en su estado intermedio, inerte, incapaz de producir la vida, desprovisto de su color verde, pero sin haber cambiado del todo en el gas que ahora vive en nosotros...

A todo el mundo, según creo, se le ocurrió un equivalente de los estados mentales que he intentado describir, alguna maravilla, alguna impresión de alegre novedad. Se presentó también muy a menudo cierta confusión de la inteligencia, cierta dificultad de autorreconocimiento. Recuerdo claramente que, mientras estaba sentado en el portillo, tuve las mayores dudas sobre mi propia identidad y caí en las más raras elucubraciones metafísicas.

«Si éste soy yo —me decía—. ¿cómo es que ya no trato de ir como un loco en busca de Nettie? Nettie es ahora la cosa más remota que imaginarse pueda., y todos mis errores también. ¿Por qué ha desaparecido de mí repentinamente aquella pasión? ¿Por qué al pensar en Verrall no se me altera el pulso...?».

Yo no era más que uno de los muchos millones que aquella misma mañana se hallaron asaltados de las mismas dudas. Supongo que uno debe conocerse a sí mismo, al despertar del sueño de la insensibilidad, por la familiaridad de las sensaciones corporales, y aquella mañana todas nuestras sensaciones corporales, incluso las más íntimas, estaban alteradas. Los más íntimos procesos químicos de la vida estaban modificados, incluso el metabolismo nervioso. En vez de los pensamientos fluctuantes, inciertos, oscurecidos por la pasión, y los correspondientes sentimientos que de ellos se

derivaban, aparecieron otros procesos, firmes, completos, sanos. El tacto era diferente, la vista era diferente, el oído y todos los demás sentidos eran mucho más sutiles; si no hubiese sido porque nuestros pensamientos eran más firmes y más completos, estoy seguro de que muchos hombres se hubieran vuelto locos. Pero del modo que ocurrió, lo comprendimos. La impresión dominante que quisiera imbuir en vosotros en esta relación del Cambio fue una sensación de enorme rompimiento, una vasta y sustancial exaltación. Se había producido un efecto, como si dijéramos, de ligereza en la cabeza que era también una sensación de clarividencia, y la alteración de las sensaciones corporales, en vez de producir la ofuscación mental, la pérdida de identidad que era una alteración mental corriente en las condiciones imperantes en otro tiempo, daba simplemente una nueva sensación de desprendimiento de las túrgidas pasiones y de los embrollos de la vida personal.

En esta historia de mi amarga y restringida juventud que os he estado refiriendo, he procurado constantemente registrar la impresión de estrechez, la tensión la confusión, los enredos y las telarañas del viejo mundo. Se me hizo evidente, al cabo de una hora de haber despertado, que todo aquello, por algún procedimiento misterioso, había terminado para siempre. Aquélla era también la experiencia general. Los hombres se levantaron; aspiraron el nuevo aire en sus pulmones, con una larga y profunda inspiración, y el pasado se desprendió de ellos; podían perdonar, podían prescindir de su vida anterior, podían intentar algo... Y no era nada nuevo, no era ningún milagro que trastornara el antiguo orden del mundo. Era un cambio en las condiciones materiales, un cambio en la atmósfera, que de un solo golpe los había liberado de la muerte... En realidad, el hombre no había cambiado en absoluto. Todos nosotros sabíamos antes del Cambio, por ciertos hechos candentes que nos habían acontecido a nosotros y a otros, por los historias y la música y por diversos actos heroicos y relatos espléndidos, hasta qué punto de bondad, de gallardía y de refinamiento podían llegar, en determinadas ocasiones, casi todos los entes humanos, sin excepción; pero la ponzoña en el aire, la pobreza en los elementos más nobles, que hacía que aquellos momentos fueran raros y sobresalientes, todo había cambiado. El aire cambió, y el Espíritu del Hombre, que había permanecido aletargado y soñoliento, y que

cuando soñaba, soñaba con cosas estúpidas y abominables, se despertó, e incorporándose miró con ojos asombrados, maravillados, miró otra vez, cara a cara, la vida.

4

El milagro del despertar me sucedió en la soledad Después de la risa, las lágrimas, únicamente al cabo de algún tiempo me topé con otro hombre. Hasta que oí su voz no creía yo que hubiera ninguna otra persona en el mundo. Todo aquello parecía pertenecer al pasado, con todas las pesadumbres y tensiones que pertenecían ya al pasado. Yo había salido de mi pozo individual en el que mi tímido egoísmo estaba al acecho, había sobrepujado a toda la Humanidad, había tenido la sensación de que yo era la Humanidad entera, me había reído de Swindells como me habría podido reír de mí mismo, y aquel grito que llegó a mis oídos me pareció igual que la aparición de una idea inesperada en mi propia mente. Pero cuando se repitió, contesté.

—Estoy herido —dijo la voz.

Bajé los peldaños hasta el camino, y me encontré con Melmount sentado cerca de la zanja, de espaldas a mí.

Algunas de las impresiones sensoriales incidentales de aquella mañana se hincaron tan profundamente en mi mente que de veras creo que cuando, por fin, llegué a enfrentarme con los grandes misterios de esta vida, cuando las cosas de esta vida se desvanecan ante mis ojos como la niebla matutina se desvanece al salir el sol, esos fútiles detalles insignificantes serán lo último que me abandone, serán los últimos jirones visibles de aquel velo que se irá atenuando. Creo, por ejemplo, que podría describir el aspecto exacto de la piel que llevaba alrededor del cuello de su gran chaqueta de motorista, que podría pintar exactamente el matiz rojo apagado de su gran carrillo con las rubias pestañas asomando en la línea de su perfil, apenas rozadas por la luz. El sombrero se le había caído, y su cabeza, con el pelo lacio, entre rubio y rojo, estaba inclinada, pues el individuo se estaba mirando el pie torcido. Su

espalda parecía enorme. Y había algo imponderable en la mera contemplación de su maciza mole que hizo que me fuera simpático desde el principio.

—¿Qué le ocurre? —pregunté.

—¡Hombre! —dijo, con voz clara y tono deliberado, volviéndose un poco de lado con cierto esfuerzo, sin levantarse, y mostrándoseme de perfil, con su nariz bien modelada y sus grandes sensuales labios, conocidos de todos los caricaturistas del mundo—. Estoy en un apuro. Me caí y me torcí el tobillo. ¿Dónde está usted?

Yo di la vuelta a aquella mole y me situé delante de él mirándolo fijamente. Se había quitado la polaina, la bota y el calcetín; los guantes de automovilista se le habían caído al suelo y se estaba dando un masaje en la parte lesionada con sus gruesos pulgares.

—¡Hombre! —exclamé—. ¡Usted es Melmount!

—¡Melmount! —repitió reflexionando—. Éste es mi nombre... Pero esto nada tiene que ver con mi tobillo.

Permanecimos silenciosos durante unos momentos. De vez en cuando, él profería un gruñido de dolor.

—¿Sabe usted qué ha ocurrido? —inquirí.

Él pareció completar su diagnóstico.

—No está roto —dijo.

—¿Sabe usted qué ha pasado?

—No —contestó levantando la vista hacia mí y mirándome por primera vez sin curiosidad alguna.

—Hay alguna diferencia...

—Sí, hay alguna diferencia.

Sonrió con una sonrisa de inesperado placer, y se vio un naciente interés reflejado en sus ojos.

—He estado un poco preocupado con mis propias sensaciones. Noto que hay un extraordinario brillo en todas las cosas. ¿Será eso?

—Eso forma parte del plan. Y una extraña sensación, una clara perspicacia...

Él me contempló de arriba abajo meditando gravemente.

—Me desperté —dijo buscando algo en los recovecos de su memoria.

—Yo también.

—Perdí el camino... No sé cómo. Había una curiosa niebla

verde.

Se miró el pie tratando de recordar.

—Tenía algo que ver con el cometa. Me hallaba al lado de un seto en la oscuridad. Intenté echar a correr... Y seguramente en este camino. ¡Mire...! Ahí hay un palo roto. Debí de haber tropezado con la barandilla del cercado, y me caí de cabeza, sin duda.

Analizó esta hipótesis y concluyó:

—Sí...

—Estaba todo muy oscuro —dije— y una especie de gas verde salió de la nada y se esparció por doquier. Esto es lo último que yo recuerdo.

—¿Y luego despertó usted? Lo mismo que yo... Me desperté en un estado de gran aturdimiento. Verdaderamente hay algo extraño en el aire. Yo iba..., yo iba a toda velocidad por la carretera en un automóvil, muy excitado y preocupado. Bajé a...

Extendió un dedo triunfante y añadió:

—¡Acorazados! ¡Ahora me acuerdo! Hemos extendido en línea nuestra flota, desde aquí hasta Texel. Nos hemos atravesado a ellos y al Elba, minado. Hemos perdido el *Lord Warden*. ¡Hombre, sí! ¡El *Lord Warden*! Un acorazado que nos costó dos millones de libras esterlinas... ¡Y aquel asno de Rigby, que dijo que la cosa no tenía importancia! Mil cien hombres se hundieron con él... Ahora me acuerdo. Estábamos recorriendo el Mar del Norte, como una red, con la flota del Atlántico esperándolos en las Islas Feroe..., y ninguno de ellos disponía de carbón para tres días. Pero, ¿fue eso un sueño? ¡No! Se lo expliqué asimismo a mucha gente para tranquilizarles... ¿Sería una reunión...? Todos se sentían muy belicosos, pero extremadamente asustados. ¡Qué gente más rara...! Barrigudos y calvos como gnomos la mayoría de ellos. ¿Dónde? ¡Claro! Hablamos de todo eso... Una gran comida... ¡Ostras...! Colchester. Fui allí para demostrarles que la alarma sobre la incursión era una paparrucha. Y estaba de vuelta... Pero no tengo la impresión de que eso fuera... reciente. Supongo que sí debe de serlo. Sí, ¡claro que sí!... ¡Naturalmente! Salí de mi coche al pie de la cuesta con la idea de dirigirme por el sendero del promontorio, porque todo el mundo decía que uno de sus acorazados estaba acosado a lo largo de la costa. Oí sus cañonazos...

Reflexionó un instante y agregó:

—¡Qué raro que lo hubiera olvidado! ¿Oyó usted los cañonazos? Yo le dije que sí.

—¿Fue anoche?

—A última hora de anoche. A la una o las dos de la madrugada.

Él se echó hacia atrás, apoyándose en la mano y me miró sonriendo francamente.

—Aún ahora —dijo— parece extraño, pero en conjunto no parece sino un sueño sin pies ni cabeza. ¿Cree usted que nunca haya existido un *Lord Warden*? ¿Cree usted realmente que hemos hundido toda aquella maquinaria... para divertirnos? Aquello fue un sueño. Y no obstante, sucedió.

A juzgar por las costumbres de otro tiempo habría sido una cosa notable que yo hablara con aquella libertad y facilidad con un gran hombre como aquél.

—Sí —dijo—. Eso es. Se tiene la impresión de haber despertado... de algo más que del gas verde. Como si las otras cosas tampoco... hubieran sido reales.

Frunció el ceño y se frotó una pantorrilla.

—Pronuncié un discurso en Colchester —dijo.

Yo pensé que iba a añadir algo sobre aquello, pero se ve que en él persistía cierto hábito reticente que hizo que se mantuviera silencioso un momento.

—Es muy curioso que este dolor sea, en conjunto, más interesante que desagradable —exclamó.

—¿Le duele?

—¡El tobillo dichoso!, o está roto o tengo un esguince... Me parece que es un esguince. Me duele mucho cuando intento moverlo, pero personalmente no me duele. Aquella especie de náusea que acompaña a las contusiones locales... ¡ni asomo de ella...!

Se quedó reflexionando un instante y añadió:

—Hablé en Colchester, sobre cosas de la guerra. Ya lo veo mejor ahora. Los periodistas... garrapatea que garrapatea. Max Sutaine, 1885. Gritería. Felicitaciones por las ostras. ¿Qué era aquello? ¿Sobre la guerra? Una guerra que tiene que ser larga y sangrienta, que exigirá tributo tanto al castillo como a la barraca, ¡que exigirá tributo...! ¡Filigranas retóricas! ¿Estaría borracho anoche?

Frunció las cejas. Había encogido la rodilla derecha en la que

descansaba el codo, y apoyaba la barbilla en el puño cerrado. Sus profundos ojos grises, bajo las pobladas cejas, se quedaron contemplando fijamente una serie de cosas invisibles y desconocidas.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Dios mío!

Parecía la bonita estampa de una figura pensativa bajo la luz del sol; daba la impresión de una grandeza más que física.

Me dio la sensación de que me correspondía atender sus meditaciones. Nunca me había encontrado, hasta entonces, con un hombre de aquella especie, ni sabía que tales hombres existieran...

Lo curioso del caso es que ahora no puedo recordar las ideas que había podido tener antes del cambio referentes a la personalidad de los gobernantes, pero dudo incluso que en aquellos días pensara en ellos como en seres individuales, tangibles, poseedores de cierta complejidad intelectual. Creo que mis impresiones eran las de una mezcla, en partes iguales, de caricaturas y titulares periodísticos. Lo cierto es que no les tenía el menor respeto. Y ahora, sin ningún servilismo ni la menor insinceridad, como si esto fuera el primer fruto del Cambio, me hallaba en presencia de un ser humano con el cual me sentía inferior y subordinado, con el cual, como he dicho, me encontraba en una actitud desprovista de todo servilismo o insinceridad y llena de respeto y atención. Mi inflamado, mi rancio egoísmo (¿o serían sólo, después de todo, las oportunidades de la vida?) no me habría permitido nunca aquello antes del Cambio.

Volvió de sus reflexiones aún con cierta perplejidad en su modo de ser.

—El discurso que pronuncié anoche —dijo— fue una sarta de disparates dichos con toda la mala intención. Nada puede modificarlo. Nada... ¡No...! Diminutos gnomos barrigudos en traje de *smoking* engullendo ostras...

Formaba parte, una parte naturalísima, de la maravilla de aquella mañana que él adoptara aquella nota increíble de franqueza y que ello no hiciera disminuir en lo más mínimo mi respeto hacia él.

—Sí —repuso—, tiene usted razón. Todo ello constituye un hecho indiscutible, y no puedo creer que fuese otra cosa que un sueño.

Aquel recuerdo se destaca sobre el oscuro pasado del mundo con extraordinaria claridad y brillo. La atmósfera, según recuerdo, estaba llena de llamadas, píos y cantos de pájaros. Estoy persuadido también, y ello es muy curioso, de que se oía un distante y gozoso repiqueteo de campanas, pero ahora estoy medio convencido de que anduve equivocado acerca de eso. Sin embargo, había algo en el fresquísimo mordisco de todas las cosas, en aquella especie de nueva sensación, parecida a un rocío, que hacía sonar campanas en el cerebro de la gente. Y aquel gran hombre rubio, sentado con aire pensativo en el suelo, era francamente bello, incluso en su torpe postura, como si de veras lo hubiese creado algún gran maestro de fuerza y de buen humor.

Aunque es muy difícil ahora hacerse cargo de estas cosas, un desconocido me habló, sin ninguna reserva, campechanamente, tal como actualmente hablan los hombres a los hombres. Antes de aquellos días, no solamente pensábamos mal, sino que lo que pensábamos, millares de consideraciones mezquinas, la dignidad, la disciplina objetiva, la discreción y otras tonterías similares, demostrativos del estado de desaliño de nuestras almas, nos lo hacían disimular antes de que se lo dijéramos a nuestros congéneres.

—Ahora lo estoy recordando todo —dijo.

Y me explicó, mitad directamente, mitad en soliloquios, lo que tenía entre ceja y ceja.

Quisiera expresar todo lo que me dijo, lo que grabó en mi inteligencia naciente, imagen tras imagen, con rápidos y entrecortados fragmentos de discurso. Si ahora yo tuviese un recuerdo completo y preciso de lo que me dijo aquella mañana os lo transcribiría literalmente, con toda minuciosidad. Pero, excepto en las cosas más destacadas, me encuentro únicamente con impresiones generales muy borrosas. Debo rehacer constantemente en mi memoria sus frases y sus discursos que tengo medio olvidados, y contentarme con poderos comunicar su efecto. Pero así y todo, me parece que lo estoy viendo y oyendo cuando decía:

«El sueño empeoró mucho al final. La guerra... ¡Qué cosa tan horrible! ¡Horrorosa! Y era igual que una pesadilla... No se podía hacer nada para escapar de ella... ¡Todo el mundo se hallaba sumergido, cogido en ella!».

Su sentido de la indiscreción había desaparecido.

Me explicó el espectáculo de la guerra, tal como todo el mundo lo ve hoy. Sólo que, aquella mañana, resultaba una cosa asombrosa. Él se hallaba sentado en el suelo, absurdamente olvidado de su pie descalzo e hinchado, tratándose al mismo tiempo como el más humilde de los accesorios y como su igual, explicándose a sí mismo y en voz alta las grandes obsesiones de su mente:

«¡Podíamos haberla evitado! Cualquiera de nosotros que hubiera querido explicarse podía haberla evitado. Con un poco de decente franqueza. ¿Qué nos impedía ser francos unos con otros? Su emperador estaba en una postura que era un montón de ridículas suposiciones, pero en el fondo era un hombre cuerdo».

Hizo un bosquejo, en unas cuantas palabras expresivas, del emperador, de la Prensa alemana, del pueblo alemán y de nuestro pueblo. Se expresó como nos expresaríamos ahora, pero con cierto calor, como un hombre semiculpable y enteramente resentido, y añadió:

—¡Sus profesores abrochados hasta el cuello! ¿Existieron nunca hombrecillos semejantes? ¡Y los nuestros! Alguno de nosotros debiera de haber tomado una directiva más firme... Si unos cuantos de nosotros hubiéramos tomado una directiva más firme, y hubiésemos deshecho aquella tremenda tontería a tiempo... fue cayendo en unos murmullos incomprensibles, y después en el silencio...

Yo estaba de pie, mirándolo, comprendiéndole, aprendiendo muchas cosas de lo que él me decía. Durante la mayor parte de la mañana del Cambio, me olvidé de Nettie y de Verrall tan completamente como si no se tratara más que de dos personajes de una novela que hubiese dejado de lado, para terminarla luego a mis anchas, a fin de poder hablar con aquel hombre.

—¡Ah, bien! —exclamó, despertándose con un sobresalto de sus pensamientos—. ¡Henos aquí despiertos! Pero esto no puede durar, todo esto se acabará. ¿Cómo pudo empezar...? Amigo mío, ¿cómo diablos pudieron empezar todas esas cosas? Me siento como un

nuevo Adán... ¿Cree usted que esto haya ocurrido... así, en general? ¿O vamos a encontrarnos con aquellos gnomos y demás...? ¿Qué importa?

Hizo como si fuera a levantarse y entonces se acordó de su tobillo. Me pidió que le ayudara hasta su bungaló. No parecía haber nada extraño en el hecho de que él requiriera mis servicios o de que yo le obedeciera alegremente. Le ayudé a vendarse el tobillo, y echamos a andar, yo sirviéndole de muleta. Los dos hacíamos una rara figura, como la de un cuadrúpedo cojeando, por aquel tortuoso camino, hacia los acantilados y el mar.

6

Su bungaló, más allá del campo de golf, estaba a unos dos kilómetros del camino. Bajamos hacia la playa, andando por la pálida arena alisada por el oleaje, haciendo una especie de danza del trípode, tambaleándonos y dando saltitos, hasta que yo empecé a ceder bajo su peso, y en seguida que pudimos nos sentamos. Verdaderamente tenía el tobillo roto, y no podía apoyarlo en el suelo sin que le causara un dolor enorme. Por consiguiente, tardamos unas dos horas en llegar a la casa, y habríamos tardado aún más a no ser por la oportuna aparición de su ayuda de cámara que vino en nuestro auxilio. Habían encontrado al automóvil y al chófer, destrozados e inmóviles, en la curva de la carretera, cerca de la casa, y habían estado buscando a Melmount por aquel sitio, ya que de otro modo nos habrían visto antes.

Durante la mayor parte de aquel rato permanecimos sentados, unas veces sobre el césped, otras en un pedrejón de greda y otras en un espolón de madera, charlando con la franqueza propia de las relaciones entre hombres de buenas intenciones, sin reservas, del modo corriente y abierto como se sostienen las relaciones hoy, pero que entonces constituían la cosa más extraña del mundo. Él llevó casi siempre la voz cantante, pero a la primera pregunta que me hizo le hablé, tan llanamente como se puede hablar de unas pasiones que para mí se me habían vuelto incomprensibles, de mi

criminal persecución de Nettie y su amante y del modo como me sentí subyugado por los vapores verdes. Él me estuvo contemplando con mirada grave y asintió comprensivo. Después me hizo unas cuantas preguntas, breves y penetrantes, sobre mi instrucción, mi educación y mi trabajo. Había una premeditación en su manera de hablar, con breves pausas, que no permitían demora alguna.

—Sí —dijo—. Sí..., naturalmente. ¡Qué tonto he sido!

Y no dijo nada más hasta que hubimos efectuado otro de nuestros esfuerzos para andar un poco a lo largo de la playa. Al principio no percibí la conexión que pudiera tener mi relato con aquella autoacusación.

—¡Supongamos —dijo él, jadeante, sentado en el espolón de madera— que hubiese habido algo así como un hombre de Estado...!

Se volvió hacia mí.

—¡Si uno de ellos hubiera decidido que toda esa confusión tenía que terminar! Si uno se hubiese encargado de ello, del mismo modo que un artista se encarga de su arcilla, del mismo modo que el constructor toma posesión del sitio y de la piedra, y hubiera hecho...

Hizo un gesto con su ancha manaza hacia las glorias del cielo y del mar, y haciendo una profunda aspiración, añadió:

—Algo que se ajustara a este escenario...

Y volvió a decir, a guisa de explicación:

—Entonces no habría historias como la de usted, ¿sabe...? Y, a propósito, hableme más de usted, hableme de todo lo que haga referencia a usted. Tengo la sensación de que todas estas cosas han pasado ya para siempre, que todas estas cosas han sufrido un cambio definitivo para siempre... Usted ya no será lo que ha sido de hoy en adelante. Todas las cosas que usted ha hecho no tienen ahora la menor importancia. Para nosotros, al menos, carecen en absoluto de importancia. Nos hemos encontrado los que estábamos separados en la oscuridad que hemos dejado atrás. Dígame... Sí, cuénteme...

Yo le referí mi historia tan franca y sinceramente como os la acabo de referir a vosotros.

—Y allí —prosiguió—, donde sobresalen aquellas rocas cubiertas de algas, más allá del promontorio, allá está el pueblo de *Bungalow*. ¿Qué hizo usted con su pistola?

—Allá la dejé... entre la cebada.

Me dirigió una mirada por entre sus rubias pestañas.

—Si los otros sienten lo mismo que sentimos usted y yo —dijo— habrá hoy un montón de pistolas perdidas entre la cebada...

Así fuimos departiendo aquel hombretón y yo con un cariño fraternal que no necesitaba palabras para expresarse. Nuestras almas se compenetraban mutuamente con una absoluta buena fe; nunca había tenido yo otra cosa que una suspicaz vigilancia respecto a mis congéneres. Aún lo veo, sentado en aquella desierta y desolada playa de la bajamar, apoyándose en aquel espolón incrustado de conchas, contemplando al pobre marinero ahogado cuyo cadáver encontramos. Porque encontramos un ahogado, un desdichado a quien se le había escapado la oportunidad de presenciar aquel gran amanecer por el que tanto nos regocijábamos. Lo encontramos en un charco, entre algas pardas, bajo la oscura sombra del maderamen de algún buque naufragado. No hay que exagerar los horrores de antaño. Aquellos días era tan frecuente como ahora en Inglaterra hallarse cara a cara con la muerte. Aquel cadáver era el de un marinero de la tripulación del *Rather Adler*, el gran acorazado alemán que, sin que nosotros entonces lo supiéramos, yacía en el fondo del mar, a menos de nueve millas de distancia, sobre montañas de légamo, abollada y despedazada mole de maquinaria, completamente sumergida en la pleamar, que guardaba entre sus intersticios novecientos hombres valientes ahogados, todos ellos fuertes y hábiles, todos ellos capaces de las zafias más admirables...

Me acuerdo muy bien de aquel pobre muchacho. Se había ahogado durante la anestesia del gas verde. Sus facciones juveniles estaban tranquilas, pero la piel del pecho estaba arrugada y hecha jirones por el agua hirviente, y tenía un brazo doblado hacia atrás de un modo muy extraño. Incluso esta muerte innecesaria, con todas sus complicaciones de crueldad, tenía un sello de dignidad y de belleza. Todo fluía hacia un significado común, mientras nosotros nos hallábamos allí, yo el mal trajeado, el mal equipado proletario, y Melmount, con su gran abrigo forrado de pieles (estaba sudando, después de tanto andar, pero no había pensado en quitárselo), apoyado en los groseros espolones, y lamentándose por la muerte de aquella pobre víctima de la guerra que él mismo había

contribuido a hacer estallar.

—¡Pobre muchacho! —exclamó—. ¡Pobre muchacho! ¡Un hombre a quien nosotros, los desatinados imbéciles, enviamos a la muerte! ¡Mire usted la tranquila belleza de este rostro, de este cuerpo, lanzado así a la muerte como si nada!

(Recuerdo que cerca de la mano del muerto, una estrella de mar encallada en la playa movía sus lentas extremidades tentaculares, en un supremo esfuerzo para volver al mar. Dejó unas huellas acanaladas en la arena).

—Esto ya no sucederá más —jadeó Melmount, apoyándose en mi hombro—. Ya no sucederá más...

Pero lo que más recuerdo de Melmount es que cuando se puso a hablar un poco más tarde, sentado sobre una gran roca de greda, con el sol dándole de lleno y con la cara llena de sudor adoptó una clara decisión:

—Tenemos que terminar con la guerra —dijo con aquella voz susurrante y llana, propia de él—. Es una estupidez. Con tanta gente como hay que sabe leer y pensar, no hay necesidad de seguir luchando. ¡Dios mío! ¿Qué nos proponíamos nosotros, los gobernantes...? Aletargados, como si nos halláramos en una atmósfera sofocante, demasiado atontados, soñolientos y ruines unos con otros para que nadie se levantara a abrir las ventanas. ¿Qué nos proponíamos?

En mi mente veo una gran figura sentada y quieta, perpleja y asombrada de sí misma y de todo lo que le rodeaba.

—Hemos de cambiar todo eso —replicó extendiendo sus anchas manos en un ademán hacia el mar y el cielo—. ¡Lo hemos hecho tan mal! ¡Sólo el cielo sabe por qué!

Lo vuelvo a ver como un extraño gigante contemplando aquella playa de esplendor iluminada por la luz de la mañana, con las aves marinas revoloteando a nuestro alrededor y aquella imagen de la muerte allí cerca, símbolo de las dormidas potencialidades de otros tiempos. Recuerdo, como parte integral de esta imagen, que en la lejanía, a través de la arenosa extensión, uno de aquellos blancos carteles anunciadores de una empresa de construcción, se levantaba, algo inclinado, en medio del césped amarillo-verdoso en la cima de uno de los acantilados.

Él siguió hablando, maravillándose de las cosas de la

antigüedad.

—¿Se le ha ocurrido a usted nunca imaginar la mezquindad..., ¡la mezquindad...!, de cada una de las almas responsables de una declaración de guerra? —preguntó.

Y prosiguió, como si aquella perorata fuese necesaria para hacerle creíble, describiendo a Laycock, que fue el primero que pronunció aquellas palabras en el Consejo de Ministros.

—Un pedante de Oxford, corto de talla, con voz de tenor y unos cuantos latinajos... El tipo clásico de tonto que se ha educado bajo la admiración de sus hermanas mayores... Durante todo el rato le estuve observando..., pensando que era un asno, indigno de tener en sus manos las vidas de tantos hombres... Y más valiera que hubiera pensado lo mismo de mí. ¡No hice nada para evitarlo! El maldito enano imbécil estaba disfrutando con el drama aquel, le gustaba trompetearlo, mirándonos a todos con los ojos desorbitados de un mal actor. «¡Entonces esto es la guerra!», dijo. Richover se encogió de hombros. Yo formulé una ligera protesta y cedí... Luego soñé con él.. ¡Vaya pandilla que éramos! Todos nos sentíamos algo espantados de nosotros mismos... Todos, como si dijéramos, fuimos el instrumento... ¡Y son los tontos de esa calaña los que conducen a cosas como ésta!

Hizo un gesto con la cabeza señalando el muerto que estaba casi a nuestro lado y prosiguió:

—Será interesante saber lo que ha ocurrido en el mundo... Este vapor verde... ¡Qué cosa más rara! Pero sé lo que ha ocurrido... Es la Conversión. Siempre he sabido... Pero esto es hacer el tonto. ¡Hable!, voy a acabar con esto.

Hizo un movimiento como si fuera a levantarse, con sus torpes manos extendidas.

—¿A acabar con qué? —pregunté dando un paso adelante instintivamente para ayudarle.

—Con la guerra —dijo con un fuerte susurro, posando su manaza en mi hombro, pero sin hacer ningún esfuerzo para levantarse—. Voy a terminar con la guerra... ¡Voy a acabar con cualquier clase de guerra! Y con todas esas cosas que deben terminar. El mundo es hermoso, la vida es una cosa grandiosa y espléndida; sólo tenemos que abrir los ojos para verlo. Piense en las glorias por las que hemos pasado como una piara de cerdos por un

jardín. El color..., los sonidos..., las formas. Hemos tenido nuestras envidias, nuestras disputas, nuestras vulgares empresas y nuestras vagas timideces, hemos charlado sin medida, nos hemos dado picotazos y hemos ensuciado el mundo... como las cornejas en el templo, como inmundos pajarracos en la sagrada casa de Dios. Todo en mi vida ha sido necedad y mezquindad, grosera; placeres y sórdidas hipocresías..., todo. ¡Soy un pobre y desvalido ser en medio del resplandor de esta mañana, un hombre mezquino y lleno de vergüenza! Y si no fuese por la gracia de Dios habría muerto esta misma noche..., igual que ese pobre muchacho... en medio de la miseria de mis pecados. ¡No más de eso! ¡No más de eso...! Tanto si el mundo ha cambiado como si no, ¿qué importa? *Nosotros dos hemos visto esta aurora...*

Hizo una pausa y añadió:

—Me levantaré e iré a mi Padre, y le diré...

Su voz se fue desvaneciendo en un murmullo incomprensible. Me apretó con fuerza el hombro al apoyarse y se levantó...

CAPÍTULO II

EL DESPERTAR

1

Así vino a mí el gran Día.

Y del mismo modo que yo me había despertado, así, en la misma aurora, se despertó el mundo entero.

Porque el mundo entero y todos los seres vivientes habían sido sorprendidos por la misma marea de insensibilidad. En el término de una hora, al contacto de este nuevo gas en el cometa, un estremecimiento de reacción catalítica había pasado por el globo. Dicen que fue el nitrógeno del aire, el viejo ázoe que en un santiamén quedó cambiado en algo distinto, y en cosa de una hora se transformó en un gas respirable, diferente del oxígeno, pero ayudando y sosteniendo la acción de éste, como un baño de fuerza y de salud para los nervios y el cerebro. Ignoro las alteraciones precisas que se produjeron, así como los nombres que los químicos les atribuyen, ya que todos los hombres y yo fuimos renovados.

Me imagino lo que ocurrió considerado en el espacio. Un momento planetario, una leve brizna, el más tenue remolino de un meteoro aproximándose a este planeta, igual que una pelota, igual que una pelota con sol y sombra, flotando en el vacío, con su pequeña y casi impalpable capa de nubes y de aire, con sus oscuras charcas de océanos y sus brillantes pliegues de tierra. Y al entrar en contacto con aquel mosquito que salía del vacío, la cubierta externa, gaseosa y transparente se empañó de color verde en un instante y luego, lentamente, volvió a clarificarse...

Después de esto, durante tres horas o más, pues sabemos que el tiempo mínimo en que se produjo el Cambio fue casi exactamente de tres horas, ya que todos los relojes siguieron andando, en todas partes no hubo hombres, bestias, pájaros ni otros bichos vivientes

que se movieran, sino que todos se quedaron paralizados.

En toda la Tierra aquel día, en la tierra de todo el que respirase, se había producido el mismo zumbido en el aire, la misma acometida de vapores verdes, la crepitación, la lluvia de estrellas. El hindú había dejado su trabajo mañanero en los campos para mirar al firmamento, maravillarse y caer en la inconsciencia; el chino, con su traje azul, había caído de cabeza en su escudilla de arroz del mediodía; el mercader japonés había salido de algún regateo en su despacho para quedarse atónito y caer inanimado en el umbral de su puerta; los observadores de estrellas en la Puerta Dorada habían sido alcanzados por los vapores mientras esperaban la salida de la gran estrella. Aquello había sucedido en todas las ciudades del mundo, en cada valle solitario, en cada casa, en cada hogar, en cada refugio e incluso en el campo raso. En alta mar, los trasatlánticos atestados de pasajeros, dispuestos siempre a maravillarse de cualquier cosa, se quedaron boquiabiertos y de pronto se sintieron sobrecogidos de terror y lucharon subyugados. El capitán se tambaleó en el puente y se cayó; el fogonero se cayó de cabeza en medio de sus carbones; las máquinas siguieron zumbando y haciendo girar la hélice sin que nadie las atendiera; los barcos pesqueros fueron silenciosamente a la deriva con el timón suelto a la buena de Dios, dando vaivenes y cabeceos...

La gran voz del Hado material gritó: «¡Alto!». Y a la mitad de la comedia los actores se tambalearon, cayeron y se quedaron inmóviles. En Nueva York ocurrió lo mismo. La mayoría de los auditorios teatrales se dispersó, pero en dos teatros atiborrados de público, la compañía, para evitar un movimiento de pánico, siguió actuando en medio de la creciente tiniebla, y los espectadores, con la experiencia de otros desastres, se mantuvieron quietos en sus asientos. Y allí se quedaron sentados (sólo las filas de más atrás se movieron algo) y allí mismo, en líneas disciplinadas, fueron dando cabezadas, inclinándose, hasta caerse al suelo. Me dice Parload (aunque por cierto nada sé del razonamiento en que se basa su convicción) que al cabo de una hora de haber ocurrido el impacto, la primera modificación verde del nitrógeno se había disuelto y desaparecido totalmente, dejando el aire tan traslúcido como siempre. El resto de aquel maravilloso interludio fue claro; únicamente que nadie pudo utilizar los ojos para comprobar dicha

claridad. En Londres el acontecimiento se produjo por la noche, pero en Nueva York, por ejemplo, la gente se hallaba en la animación propia de la última hora de la tarde, y en Chicago estaban sentándose a la mesa para cenar y todo el mundo salió al exterior a ver qué pasaba. Los rayos de la luna debieron de iluminar calles y plazas llenas de personas que caían a montones. Los tranvías eléctricos, carentes de frenos automáticos, quedaron detenidos por los cuerpos que habían arrollado en su marcha desenfrenada. La gente yacía por el suelo, en traje de noche, en los restaurantes, en las escaleras, en los vestíbulos, en todas partes, en la postura en que les había alcanzado el verde vapor. Jugadores jugando, borrachos bebiendo, ladrones al acecho en sitios ocultos, parejas pecadoras, todos fueron cogidos en un momento para dejar que se despertasen con la mente y la conciencia despejadas en medio del desorden de sus pecados. A los pueblos americanos el cometa los alcanzó en la plena locura de la vida nocturna de diversión y de vicio, mientras la Gran Bretaña yacía dormida en el sueño cotidiano. Pero, como he dicho, la Gran Bretaña no dormía tan profundamente que no se excitase por lo que podía haber sido una gran batalla naval y una gran victoria. De un lado a otro del Mar del Norte sus buques de guerra barrían la inmensidad, en línea, como una red, para envolver a sus enemigos. En tierra también aquella noche se registraron grandes acontecimientos. Los campamentos alemanes se hallaban bajo las armas, desde Redingen a Markirch; sus soldados de infantería cayeron a montones como heno segado y agavillado, detenidos en su marcha nocturna en todos los caminos entre Longnyon y Thiancourt y entre Avricourt y Donen. Las colinas de más allá de Spincourt estaban cubiertas de soldados franceses apretujados. La delgada línea de zapadores franceses se extendía por el suelo, entre picos, palas y zanjás dejadas sin terminar, que envolvían parcialmente la cabeza de las columnas alemanas, desde allí, por las vertientes de los Vosgos hacia la frontera, cerca de Belfort, y de allí al Rhin...

Los aldeanos húngaros y los italianos bostezaron y al ver que la madrugada se presentaba muy oscura, dieron la vuelta a la cama para poder dormir sin sueños. El mundo mahometano extendió su alfombra y quedó cogido en mitad de sus plegarias. Y en Sidney, en Melbourne, en Nueva Zelanda, aquello se presentó en forma de una

gran niebla a primera hora de la tarde, que dispersó a las multitudes que habían acudido a las carreras de caballos y a los campos de cricquet, y detuvo la descarga de los barcos y sacó a los hombres de su siesta para dejarlos tambaleándose y cayéndose por las calles...

2

Mis pensamientos se dirigen hacia los bosques, las selvas y las maniguas del mundo, a la vida selvática que sufrió la misma suspensión que el hombre, y pienso en los millares de actos de fecundidad y fertilidad que quedaron interrumpidos y truncados, como las palabras heladas con que Pantagruel se encontró en el mar. No sólo los hombres se quedaron inmóviles; todo bicho viviente que respirara se transformó en un objeto insensible e inanimado. Fieras y pájaros yacieron en medio de los decaídos árboles y hierbas de aquel crepúsculo universal; el tigre se tendió insensibilizado, al lado de su reciente víctima, que quedó desangrada en su letargo. Incluso las moscas cayeron, planeando con las alas extendidas; la araña quedó colgando de su cargada red, y lo mismo que un copo de nieve pintarrajeado la mariposa se dejó caer al suelo y allí quedó inmóvil. Y como raro contraste, los peces del mar no sufrieron nada en absoluto...

Hablando de peces se me ocurre un curioso inciso dentro de aquel gran sueño mundial. El singular destino de la tripulación del submarino

«B-94»

siempre me ha parecido una cosa memorabilísima. Por lo que he podido saber, los hombres de dicha tripulación fueron los únicos seres vivientes que no pudieron ver aquel velo verde que se corrió como una cortina por todo el mundo. Durante todo el tiempo en que la inmovilidad reinó en la superficie, ellos siguieron su camino hacia la desembocadura del Elba, pasando por entre las cadenas que cerraban los puertos y por entre las minas, muy lentamente y con muchísimas precauciones, dentro de aquel siniestro crustáceo de

acero, atestado de explosivos, rozando el cenagoso fondo del río. Llevaban a remolque una larga guía que debía orientar a sus compañeros desde el barco de origen que se hallaba flotando a flor de agua fuera del estuario. Luego, en el largo canal, más allá de los fuertes, salieron por fin a la superficie para ver un instante a sus víctimas futuras y aspirar un poco de aire. Esto debió de haber ocurrido antes del crepúsculo matutino, porque todos ellos insisten precisamente en el brillo de las estrellas. Los tripulantes del submarino se quedaron estupefactos al encontrarse a menos de trescientos metros de un acorazado que había embarrancado en el limo, ladeándose con la bajamar. Estaba ardiendo en medio de otros buques, pero nadie parecía preocuparse, nadie en aquel extraño silencio parecía ocuparse de ello, y no sólo en aquel buque naufragado, sino en los demás que se mantenían a flote, negros y siniestrados. Aquellos tripulantes perplejos y sobrecogidos tuvieron la impresión de que la flota entera debía de estar llena de cadáveres.

La de aquellos hombres tuvo que ser, a lo que presumo, una de las más extrañas experiencias concebibles. No perdieron la sensibilidad, y según explicaron, con unas grandes ganas de reír que les acometieron de súbito, empezaron a respirar el nuevo aire. Ninguno de ellos era escritor, así es que no tenemos ninguna imagen que refleje su pasmo, ni ninguna descripción de lo que se dijo entonces. Lo único que sabemos es que aquellos hombres se encontraban despiertos y en plena actividad antes de que ocurriera el despertar general, y cuando por fin los alemanes empezaron a moverse y a incorporarse se encontraron a aquellos extranjeros en posesión de su acorazado, el submarino abandonado a la deriva, y los ingleses, tiznados y fatigados, pero con una especie de exaltación furiosa, ocupados, bajo la brillante luz del amanecer, en salvar de la incomprensible conflagración a sus insensibles enemigos.

Pero el pensar en ciertos fogoneros que los marineros del submarino no pudieron salvar, me retrotrae a la secuencia de grotesco horror que corre paralelamente a este acontecimiento, la secuencia que no puedo pasar por alto, a pesar de todos los esplendores de bienestar humano que han sido su consecuencia. No puedo olvidar los barcos sin guía que embarrancaron, que se

hundieron desastrosamente con toda la tripulación dormida, ni puedo olvidar que, tierra adentro, muchísimos automóviles se lanzaron a su destrucción por las carreteras, y que los ferrocarriles, sobre sus rieles, siguieron a toda marcha, a despecho de las señales, para ser descubiertos, por fin, por sus asombrados maquinistas resucitados, en unas líneas desconocidas, con las calderas apagadas, o, menos afortunados, para ser descubiertos por unos asombradísimos labradores recién despiertos, aplastados entre montones de hierros y de maderos humeantes y crepitantes. Los fuegos de las fundiciones de Four Towns aún ardían, y la humareda de nuestros hornos aún manchaba el cielo. Realmente los fuegos ardieron con más intensidad durante el Cambio... y se extendieron...

3

Podéis imaginaros lo que ocurrió entre la impresión y la composición del ejemplar del *New Paper*, que ahora está ahí ante mí. Fue el primer periódico impreso en la Tierra después del Gran Cambio. Ahora está gastado y tostado, fabricado con una clase de papel que nadie intentó nunca presumir que fuera para conservar. Lo encontré en la mesa del cenador del jardín de la posada, mientras esperaba a Nettie y a Verrall, antes de que tuviera lugar la conversación de que voy a hablar en seguida. Mientras lo miro vuelvo a imaginarme toda aquella escena. Nettie se me aparece en su traje blanco sobre el fondo azul verdoso del jardín iluminado por los rayos del sol, escrutando mi cara mientras yo estoy leyendo...

Está tan desgastada aquella hoja de papel que se resquebraja por los pliegues y se me hace pedazos en las manos. La tengo sobre mi escritorio como un recuerdo muerto de las muertas edades del mundo, de las viejas pasiones de mi corazón. Sé que discutimos las noticias que traía, pero, a pesar de mi vida, no puedo acordarme de lo que dijimos; sólo recuerdo que Nettie habló muy poco, y que Verrall lo estuvo leyendo durante un rato por encima de mi hombro. Y a mí no me gustaba que él lo estuviera leyendo por

encima de mi hombro...

El documento que se halla ahora ante mí debió de ayudarnos mucho para vencer las primeras timideces y torpezas de aquel encuentro.

Pero de todo cuanto dijimos e hicimos entonces ya hablaré en uno de los siguientes capítulos...

Era fácil ver que el *New Paper* había sido compaginado durante la noche y que después habían sido sustituidas grandes piezas de las planchas estereotipadas. Ignoro cómo eran los antiguos métodos de impresión para poder saber ahora con precisión lo que ocurrió entonces, pero el periódico da la impresión de que se le quitaron unos trozos de composición y que fueron remplazados por otros bloques. Hay algo de baratillo en todo ello, y los nuevos fragmentos están impresos con tinta más oscura y tienen una impresión más borrosa que los otros, excepto hacia la izquierda, donde no han cogido la tinta y aparecen algunas muescas. Un amigo mío, algo versado en las cuestiones de tipografía antigua, me ha indicado que la maquinaria del *New Paper* quedó averiada aquella noche, y que el día siguiente del Cambio, Banghurst fue a tirar el periódico de prestado a una imprenta vecina, que tal vez estuviera en relaciones de dependencia económica con él.

Las páginas exteriores pertenecen por completo a la época antigua; las únicas partes del periódico que han sufrido alteración son las correspondientes a las dos hojas centrales. Aquí vemos expuesto en un curioso cuadrilátero, impreso a cuatro pequeñas columnas, LO QUE OCURRIÓ. Esto corta por la mitad una columna con titulares alarmantes que empieza así: «Gran batalla naval actualmente en desarrollo. El destino de dos imperios en la balanza. Rumores sobre la pérdida de dos...».

Se tenía claramente la impresión de que aquellas cosas ya no interesaban a nadie. Probablemente eran suposiciones, y las noticias eran inventadas.

Resulta muy curioso ir uniendo los gastados y raídos fragmentos para releer aquellas pruebas descoloridas de la primera inteligencia de una nueva época.

Aquellas claras y simples manifestaciones en la porción rehecha del periódico me dieron una impresión entonces, según puedo recordar, de algo soso y extraño, dentro de aquel marco de pésimo

inglés vociferante. Ahora me parecen como la voz de la sensatez en medio de una vastísima violencia menguante. Pero aquellas manifestaciones son testigo de la pronta recuperación de Londres de los efectos del gas, de la nueva y rápida energía en aquella enorme población. Me siento sorprendido ahora al notar el enorme caudal de investigación, de experimento y de inducción que tuvo que lograrse el día que transcurrió antes de que fuera impreso el periódico... Pero esto no viene a cuento. Mientras estoy aquí sentado reflexionando sobre este papel parcialmente carbonizado, me vuelve a la memoria otra vez la curiosa visión que apareció en mi mente la mañana aquélla, la visión de aquellas redacciones de periódicos que ya he descrito en el momento de la crisis.

La ola catalítica debió de haber cogido aquellas redacciones en plena actividad, en su febril actividad nocturna, y hasta realmente en un estado excepcionalmente febril, con todo aquello del cometa y de la guerra, y más particularmente con la guerra que con el cometa. Es muy probable que el Cambio se insinuara en la redacción imperceptiblemente, en medio del estruendo y la gritería y del relumbrar de la luz eléctrica que constituían la atmósfera nocturna de aquel lugar; hasta las verdes llamaradas debieron de pasar inadvertidas en aquel ambiente, y las preliminares hilachas descendentes de vapores verdes no debieron parecer otra cosa que inoportunos jirones de la niebla londinense. (En aquella época, Londres, ni siquiera en verano, se veía libre de la oscura niebla). Y entonces, por fin, el Cambio se derramó sobre los londinenses, subyugándolos.

Si hubo alguna advertencia para ellos, debió de consistir en un repentino tumulto universal en la calle, seguido de una quietud más universal todavía. No pudieron haber tenido otro indicio.

No hubo tiempo de parar las máquinas antes de que la gran invasión de vapores verdes los hubiera sumido a todos en la nada. Debió de enlazarlos, haciéndolos caer al suelo, ocultándolos y silenciándolos. Es curioso que mi imaginación siempre se conmueva al pensar en ello, y supongo que es porque aquélla fue la primera idea que conseguí formarme de lo que debió de suceder en las ciudades. Nunca he podido acostumbrarme a la sensación de extrañeza que me produjo la idea de que, cuando sobrevino el Cambio, la maquinaria siguiera funcionando. No sé por qué razón

precisamente aquello me pareció tan extraño, pero lo cierto es que fue así, y hasta cierto punto sigue pareciéndomelo. Supongo que será porque está uno tan acostumbrado a considerar a la maquinaria humana como una extensión de la personalidad humana, que el grado de autonomía que el Cambio le permitió exhibir fue, para mí, una verdadera sorpresa. Las lámparas eléctricas, por ejemplo, debieron de haber continuado ardiendo, al menos durante algún tiempo, como nebulosas de verdes halos; en medio de la creciente oscuridad, las enormes prensas debieron de continuar rugiendo, imprimiendo, echando ejemplar tras ejemplar de aquella fantástica información de la batalla, con sus titulares alarmantes a cuatro columnas, y todo aquel lugar debió de seguir retemblando y zumbando con el habitual rugido de las máquinas. ¡Y todo esto aunque allí no hubiera ya hombres que pudieran gobernar aquella maquinaria! Aquí, allá y acullá, bajo aquella niebla cada vez más densa, aquellos hombres, con los miembros encogidos o extendidos, yacían inmóviles.

Algo maravilloso habría parecido todo aquello si hubiera habido algún hombre dotado por casualidad del poder de resistencia al vapor y que hubiese podido andar por aquellos parajes, observándolo todo entre la densísima niebla.

Pronto debieron de agotar las máquinas su caudal de tinta y de papel, empezando a chocar y a golpear y a repiquetear en el vacío, en medio del silencio general. Después me imagino que las calderas se apagarían por falta de combustible, la presión del vapor disminuiría en los pistones, la maquinaria se pararía, las lámparas arderían con una luz más mortecina, que aumentaría y decrecería de intensidad alternativamente según el funcionamiento de la dinamo. ¿Quién podría describir hoy, con toda precisión, la sucesión de todas estas cosas?

Y luego, he aquí que, en medio de los debilitados ruidos, el vapor verde se aclaró hasta desvanecerse, y en el término de una hora desapareció. Tal vez entonces una leve brisa se agitaría por la superficie de la Tierra.

Los ruidos de la vida fueron apagándose todos, pero algunos hubo que no desaparecieron en absoluto, y hasta los hubo que resonaron triunfantes en medio de aquella bajamar universal. En un mundo inconsciente, los relojes de los campanarios de las iglesias

dieron las dos y luego las tres. Los relojes siguieron con su tic-tac, dando puntualmente las horas para unos oídos sordos e inconscientes...

Y entonces sobrevino el primer albor de la mañana, los primeros crujidos de la revivificación. Tal vez en aquella imprenta los filamentos de las lámparas ardían todavía, la maquinaria aún latía débilmente cuando los encogidos bultos de ropas se transformaron otra vez en hombres y empezaron a moverse y a mirar. El personal de la imprenta se sintió indudablemente escandalizado al comprobar que todos se habían dormido. En medio de aquella aurora deslumbrante, el *New Paper* se despertó maravillado, y se levantó, parpadeando ante su nueva y asombrosa personalidad...

Los relojes de las iglesias de la ciudad, de prisa, como si se empujaran unos a otros, empezaron a dar las cuatro. El personal de la imprenta, sucio y despeinado, pero con una extraña sensación de refrigerio en las venas, se situó alrededor de las averiadas máquinas, maravillado e interrogativo. El director leyó los titulares que había aprobado la noche anterior con una risa de incredulidad. Hubo muchas risas involuntarias aquella mañana. Fuera, en la calle, los distribuidores pasaban la mano por el cuello y frotaban las rodillas de sus caballos, que comenzaban a despertarse.

Y entonces, muy despacio, después de un sinfín de conversaciones y de dudas, se dispusieron otra vez a publicar el periódico.

Hay que imaginarse todos aquellos individuos, medio atontados aún y profundamente perplejos, impulsados por la inercia de sus antiguas ocupaciones, dedicándose de la mejor manera que sabían a una labor que resultaba tan extraordinaria como irracional. Debieron de trabajar sumidos en un mar de incertidumbres, y, no obstante, alegres y conscientes de sus actos. A cada paso debió de haber interrupciones para discutir los infinitos problemas que se les planteaban. Aquel periódico no llegó a Menton hasta cinco días después.

Dejadme que os transmita una impresión muy real que recibí de un individuo vulgar y prosaico, un tendero de ultramarinos llamado Wiggins, y que os explique lo que le sucedió durante el Cambio. Oí la historia de aquel hombre en la oficina de Correos de Menton, cuando, la tarde del Primer Día, se me ocurrió telegrafiar a mi madre. El sitio donde yo me encontraba era también una tienda de ultramarinos, y resultó que dicho tendero y el propietario de esta última tienda estaban conversando cuando yo entré. Eran acérrimos rivales, y Wiggins acababa de cruzar la calle para poner punto final al hostil silencio que se había mantenido entre los dos durante una veintena de años. El destello del Cambio se vislumbraba en sus ojos, y sus mejillas ligeramente sonrosadas y sus gestos más sutiles hablaban a voces de las nuevas influencias físicas que habían invadido todo su ser.

—No hemos obtenido ningún provecho de todo nuestro odio —me dijo *Mr. Wiggins* al explicarme la emoción de su encuentro—, y tampoco sacaron el menor provecho nuestros parroquianos. He venido para decírselo a mi antiguo competidor. Tenga usted esto bien presente, joven, si llega alguna vez a tener una tienda propia. Hemos estado dominados por una estúpida enemistad y no puedo imaginarme cómo no lo hemos visto antes bajo este aspecto. Fue una verdadera estupidez. ¡Una envidia estúpida! ¡Piense usted...! ¡Dos personas viviendo a la distancia de una pedrada que no se hablan durante veinte años y que continuamente van endureciendo más y más su corazón cada uno respecto al otro!

—Yo tampoco puedo imaginarme cómo llegamos a semejante estado de cosas, *Mr. Wiggins* —repuso el otro, empaquetando té en paquetes de una libra, por mero hábito, mientras hablaba—. Fue nuestro maldito orgullo y nuestra obstinación. Sabíamos que era una necedad, pero así y todo, persistimos en ello.

Yo seguía allí de pie redactando el telegrama.

—Hace unos días —prosiguió, dirigiéndose a mí—, decidí vender con rebaja los huevos franceses. Perdía dinero, claro está. Mi competidor había puesto un gran letrero con el precio de nueve peniques la docena... Yo los rebajé de golpe a ocho peniques. ¡Una rebaja de un penique por docena, demonio! Justo, justo por encima del precio de coste... Y hasta no sé, no sé... Y aun así...

Se inclinó por encima del mostrador y concluyó:

—¡No eran la misma clase de huevos!

—¿Y qué persona que esté en sus cabales haría semejante cosa?

—preguntó *Mr. Wiggins*.

Yo entregué mi telegrama y el dueño de la tienda lo despachó en seguida. Y mientras se hallaba con ello, yo me puse a cambiar impresiones con *Mr. Wiggins*. Ignoraba tanto como yo entonces la naturaleza del cambio que se había obrado en todas las cosas. Se había alarmado tanto por las llamaradas verdes, según dijo, que, después de haberlas estado observado durante un rato desde detrás de las persianas de su dormitorio, se había levantado vistiéndose apresuradamente, y había hecho asimismo que se levantara toda su familia, a fin de que todo el mundo se hallara preparado para el final. Hizo que todos se vistieran con el traje de los domingos y salieron juntos al jardín, con la mente tan sobrecogida por la admiración que les causaba la gloriosa magnificencia del espectáculo, como por un grande y creciente pavor. Eran protestantes estrictos, gente muy religiosa fuera de las horas de trabajo, y a todos les pareció, durante aquellos últimos momentos de magnificencia, que, después de todo, tal vez la ciencia anduviese equivocada y los fanáticos estuviesen en lo cierto. Los vapores verdes traían la convicción, y aquella buena gente se preparó para su próximo encuentro con su Dios...

Hay que tener presente que aquel individuo tenía un aspecto muy vulgar. Iba en mangas de camisa y con un delantal sujeto sobre su enorme barriga, y me contó su historia con un acento anglicano que sonó en mis oídos a inglés chapurreado de Staffordshire. Refirió su historia sin el menor asomo de vanidad, como si fuese una cosa incidental, y, no obstante, me dio la sensación de algo heroico.

Aquella gente no echó a correr de un lado para otro, como hicieron muchísimos. Aquellos cuatro seres vulgares y sencillos se quedaron fuera de la puerta trasera de su casa, en medio del senderito de su jardín que corría por entre una plantación de uvas espinas, agobiados por los terrores de su Dios y de sus Juicios que se cernían sobre ellos... y allí mismo empezaron a cantar. Y allí se quedaron, el padre, la madre y las dos hijas, cantando reciamente, pero con la monotonía con que solían cantar sus correligionarios...

«Con la esperanza de Sión, mi alma en triunfo canta...».

Y así fueron cayendo uno tras otro, y allí yacieron inmóviles.

El jefe de la oficina de Correos los había oído cantar, en medio de las crecientes tinieblas. «Con la esperanza de Sión...».

Era la cosa más extraordinaria del mundo ver a aquel individuo rubicundo, de brillante mirada, cómo nos contaba la historia de su reciente defunción. No parecía posible que aquello hubiese ocurrido durante las últimas doce horas. Daba la sensación de algo pequeño y remoto el hecho de aquellas personas que se iban cantando, entre las tinieblas, hacia su Dios. Era como si me enseñaran una escena pintada de una manera menuda y meticulosa, en un medallón.

Pero el efecto no quedaba limitado a aquel objeto preciso. Un gran número de cosas que habían acontecido antes del advenimiento del cometa habían sufrido la misma reducción transfiguradora. También hubo otras personas, según he sabido después, que fueron juguete de la misma ilusión, de cierta sensación de engrandecimiento. Tuve la impresión entonces, y aún sigo teniéndola ahora, de que aquel pequeño ente oscuro que se había lanzado a través de Inglaterra en persecución de Nettie y de su amante no tendría más allá de tres centímetros de altura, y que toda nuestra vida anterior no había sido otra cosa que una representación en un teatro de marionetas mal iluminado, que había tenido lugar durante el crepúsculo...

5

La imagen de mi madre se me aparece siempre que pienso en el Cambio.

Y me acuerdo de que un día me hizo una confesión.

Había estado sin poder dormir toda la noche, según me dijo, y creyó que las detonaciones de las estrellas errantes y meteoritos eran disparos de armas de fuego. Había habido disturbios en Clayton y en todo Swathinglea durante el día, así es que se levantó de la cama para ver en qué paraba aquello. Tuvo la vaga sensación de que yo andaba metido en los disturbios.

Pero cuando sobrevino el Cambio ella ya no estaba mirando.

—Cuando vi aquella lluvia de estrellas —me dijo— y pensé que tú te hallabas fuera de casa en medio de todo aquello, creí que no estaría de más rezar una oración por ti, ¿verdad? Pensé que a ti no te importaría.

Y de este modo obtuve otra de mis imágenes. Los verdes vapores van y vienen, y, al lado de su cubrecama de retales, aquella anciana querida se arrodilla y se inclina y se cae, entrecruzadas aún las nudosas manos en actitud de plegaria... ¡de plegaria por mí!

A través de las endeble cortinillas y de las desconchadas persianas me imagino cómo van desvaneciéndose las estrellas por encima de las chimeneas, cómo la pálida luz de la aurora se va insinuando en el cielo y cómo la vela de mi anciana madre llamea y se apaga...

Aquello también vino hacia mí, a través de la quietud y de la inmovilidad, aquella figura silenciosa arrodillada, aquella dulce y ardiente plegaria a Dios para que me amparase, plegaria silenciosa en un mundo envuelto en el silencio, volando a través de los espacios...

6

Con la aurora, el despertar se fue propagando por toda la Tierra. Ya os he explicado cómo llegó hasta mí y cómo anduve maravillado por los transfigurados campos de trigo y de cebada de Shaphambury. Así le llegó a todo el mundo. Muy próximos a mí, durante un buen rato y completamente olvidados por mí, Verrall y Nettie se despertaron... Se despertaron muy cerca el uno del otro, y los dos oyeron antes que ningún otro sonido sus propias voces en medio del silencio y de la luz. Y los seres dispersos que habían ido corriendo de una parte a otra y que habían caído en la playa de *Bungalow*, se despertaron; los durmientes habitantes de Menton se despertaron también y se incorporaron en medio de aquella insospechada y refrescante novedad; las contorsionadas figuras yacentes en el jardín con el himno religioso aún en los labios empezaron a moverse en medio de flores, y tocándose tímidamente

unas a otras creyeron que se hallaban en el Paraíso. Mi madre se encontró agazapada al lado de la cama y se levantó... Se levantó con una alegre e invencible convicción de que sus plegarias habían sido escuchadas...

Quando nos llegó la noticia, los alemanes concentrados entre las dos líneas de polvorientos álamos que bordeaban la carretera de Allarmont, se hallaban ya compartiendo su café con los soldados de infantería franceses, que habían salido a saludarles desde sus camufladas trincheras, entre los viñedos, en las laderas de Beauville. Aquellos hombres preparados para una inminente escaramuza, y que habían caído dormidos en plena tensión nerviosa, a punto de lanzar el cohete que debía dar la orden de disparar y empezar con el estruendo y batahola de sus fusiles, se hallaban poseídos de cierta perplejidad. Al ver y oír el movimiento humano y la confusión de la carretera de abajo, se habían sentido invadidos, cada uno de ellos, de la sensación de que les era totalmente imposible disparar. Un recluta nos ha descrito la historia de su despertar y lo curioso que le pareció el fusil a su lado en la trinchera y cómo se lo puso sobre las rodillas para examinarlo mejor. Luego, a medida que el recuerdo de su propósito se fue aclarando, soltó el arma y se puso de pie, con una especie de gozoso horror ante la comprobación del crimen de que se había escapado, para poder ver más de cerca a los hombres a quienes debía de haber asesinado. ¡Bravos muchachos que no merecían tan triste destino! El cohete anunciador no fue disparado. Abajo, los hombres ya no formaron en filas, sino que se quedaron sentados en la cuneta en grupos, discutiendo con incredulidad las causas de la guerra.

—¡El emperador! —decían—. ¿El emperador? ¡Qué tontería! Nosotros somos civilizados. ¡Que se encargue otro de todo eso...! ¿Dónde está el café?

Los oficiales sujetaban sus propios caballos y hablaban francamente con la tropa, sin preocuparse de la disciplina. Algunos de los franceses salieron de las trincheras y se fueron saltando cuesta abajo. Otros permanecieron en actitud expectante, con el fusil en la mano. Unas caras llenas de curiosidad se quedaron observando a estos últimos. Algunas exclamaciones se dejaron oír:

—¡A ver! ¡Dispara!

—¡Tonterías!

—¡Son ciudadanos franceses, muy respetables!

Hay un cuadro donde está todo ello pintado, con mucha claridad y detalle, a la luz de la mañana, en la Galería de las Batallas, entre las ruinas del viejo Nancy, donde se ve el uniforme de antaño del «soldado», con las extrañas gorras, cintos y botas, la cartuchera, la cantimplora, aquella especie de equipaje de turista que llevaban auestas los hombres, todo un equipo rarísimo y elaborado. Los soldados se fueron despertando uno tras otro. Me pregunto a veces si, de haberse despertado los dos ejércitos en un solo instante, la batalla, por mero hábito e inercia, no habría empezado por las buenas. Pero los hombres que se despertaron en primer lugar, se incorporaron, miraron a su alrededor, mudos de asombro, y tuvieron tiempo para pensar un poco...

7

Por todas partes había risas, por todas partes había lágrimas.

Hombres y mujeres, al encontrarse de repente iluminados y exaltados, capaces de realizar lo que hasta entonces habían juzgado como imposible, incapaces de realizar lo que hasta entonces había sido para ellos irresistible, felices, esperanzados, altruistamente enérgicos, rechazaron de plano la suposición de que aquello fuese meramente un cambio en la sangre y la textura material de la vida. Negaban la existencia de los cuerpos que Dios les había dado, del mismo modo que en otro tiempo los salvajes del Alto Nilo se rompían los caninos, porque les daban, según ellos, la apariencia de bestias. Aquellos hombres y mujeres declararon, en su entusiasmo, que a lo que todos asistían era a la venida de un espíritu, y no había nada fuera de esto que pudiera satisfacer su necesidad de explicaciones. Y hasta cierto punto fue verdad aquello de la venida de un Espíritu. El Gran Renacimiento salió directamente del Cambio, la última, la más profunda, la más extensa y la más duradera de las vastísimas inundaciones de emoción religiosa que llevan este nombre.

Pero, en realidad, difería esencialmente de sus innumerables

predecesores. Los antiguos renacimientos fueron diversas fases de fiebre; éste fue el primer movimiento de salud; era, en conjunto, más quieto, más intelectual, más particular, más religioso que ninguno de los otros. En otro tiempo, y más especialmente en los países protestantes, donde las cosas de la religión eran motivo de franca conversación, y la ausencia de la confesión y de sacerdotes bien entrenados hacía que los estados emotivos religiosos fuesen contagiosos y explosivos, el revivalismo, en sus diversos grados, constituía una fase normal de la vida religiosa. El revivalismo estaba siempre algo presente en todas partes, ya fuera por medio de alguien que se dedicaba a turbar la conciencia de los habitantes de determinado pueblo, ya por medio de una velada de emoción en alguna Sala de las Misiones; de vez en cuando una gran tormenta que barría un continente, otras veces en forma de un esfuerzo organizado que se presentaba en alguna ciudad con banda y banderas y folletos y carteles y automóviles, dispuestos a salvar almas. Nunca, en ocasión alguna, tomé parte ni me sentí atraído por ninguno de estos movimientos. Mi naturaleza, aunque apasionada, tenía un sentido demasiado crítico (o escéptico si queréis, porque lo mismo da), a la vez que era excesivamente tímida para poder ser arrastrada a esta suerte de torbellinos. Sin embargo, en diversas ocasiones Parload y yo asistimos, burlones, aunque algo turbados, sentados en las últimas filas, a alguna reunión revivalista.

Llegué a conocer lo bastante de ellos para comprender su naturaleza, y no me sorprende enterarme ahora que, antes de la venida del cometa, por todos los ámbitos del mundo, incluso entre salvajes, incluso entre caníbales, se registraban los mismos trastornos periódicos o al menos otros muy semejantes. El mundo se estaba apagando; hallábase febril y lleno de confusiones, y aquellos fenómenos no eran ni más ni menos que la instintiva lucha del organismo contra la pérdida de su potencia, la coagulación de sus venas, la limitación de su vida. Invariablemente aquellos «resurgimientos» eran seguidos de períodos de vida sórdida y restringida. Los hombres obedecían a sus bajos motivos inmediatos hasta que el mundo llegaba a hacerse intolerablemente amargo. Alguna desilusión, algún obstáculo, llegaba a alumbrar (de un modo ciertamente muy sombrío, pero, así y todo, suficiente para tener una visión distinta) la hacinada escualidez, el tenebroso recinto de

la vida. Quedaban sus espíritus llenos, al fin, de un repentino asco que rápidamente les invadía por la insensata pequeñez de la antigua manera de vivir, de la realización del pecado, de un sentido de indignidad respecto a todas las cosas individuales, de un deseo por algo comprensivo, sustentador, por algo de mayores proporciones, por más amplias comuniones y porque las cosas fueran menos habituales. Sus almas, formadas para más amplios fines, les gritaban de repente en medio de los nimios intereses, de las estrechas prohibiciones, de la vida: «¡Eso no, eso no!». Una gran pasión para escapar de la celosa prisión de ellos mismos, una pasión inarticulada, balbuciente, llorosa, los iba invadiendo paulatinamente.

Yo he visto (recuerdo que lo vi en la capilla calvinista metodista de Clayton) al viejo Pallet, el quincallero, arrepentirse, con su cara gorda y pecosa, deformada bajo la luz de los mecheros de gas. Se dirigió al banco del arrepentimiento, un banco destinado a esta clase de exhibiciones, y empezó a acusarse, sollozando, con gran pesadumbre y repugnancia, de alguna indelicadeza sexual (era viudo), y recuerdo aún perfectamente cómo su obeso corpachón temblaba y se balanceaba bajo el peso de su grandísima pena. Expuso su pecado ante quinientas personas, las mismas ante las cuales, en circunstancias ordinarias, disimulaba sus propósitos y sus pensamientos. Y es un hecho que demuestra la realidad de las cosas, que a pesar de ser yo entonces un jovenzuelo despreocupado, no me reí en absoluto de aquel hombre gimoteando y grotesco, no me reí ni pensé siquiera en la posibilidad de sonreír. Lo escuché grave y atento..., tal vez algo perplejo.

Sólo más tarde, y con cierto esfuerzo artificioso, me eché a reír...

Aquellos «resurgimientos» de antaño eran, como digo, los movimientos convulsivos de un cuerpo que agoniza. Son las manifestaciones más claras que existen de la época anterior al Cambio, de que prácticamente todos teníamos la sensación de que las cosas distaban mucho de andar bien. Pero demasiado a menudo no eran más que iluminaciones momentáneas. Su fuerza se derrochaba en gritos incoordinados, gesticulaciones y lágrimas. Eran únicamente a modo de llamaradas de opinión. El hastío de la estrechez de la vida, de la bajeza de la vida, se manifestaba en

nuevas bajezas y estrecheces. El alma avivada se transformaba en menos de un día en hipócrita; los profetas se disputaban la prioridad; las seducciones (y esto es una cosa indiscutible) eran frecuentes entre los penitentes, y Ananías se iba a su casa y volvía con un regalo falsificado. Y era casi universalmente admitido que los conversos tenían que ser impacientes e inmoderados, desdenosos de la razón, cargados de expedientes y argumentos opuestos al sano equilibrio, a la destreza y al conocimiento. Completamente llenos de la gracia, como viejos odres de fino pellejo, desbordantes de vino, daban la impresión de que estallarían, de que reventarían al ponerse en contacto con los duros hechos y la sana dirección.

Así se derrocharon los antiguos «resurgimientos», pero el Gran Resurgimiento no se derrochó, sino que se desarrolló hasta ser, para la mayor parte de la cristiandad al menos, la permanente expresión del Cambio. Por parte de muchos, el resurgimiento ha tomado la apariencia de una tajante declaración de que se trataba nada menos que de un Segundo Adviento. No me ataño a mí discutir la validez de esta sugerencia, pero lo cierto es que para casi todos ha sido equivalente a un duradero ensanchamiento de todos los aspectos de la vida...

8

Un recuerdo insignificante reaparece en mi memoria. Es insignificante, pero, a pesar de ello, gracias a algún ardid de calidad, es lo que resume el Cambio para mí. Es el recuerdo de las bellísimas facciones de una mujer, una mujer de rostro colorado y ojos brillantes de lágrimas que pasó por mi lado sin dirigirme la palabra, arrebatada por alguna intención secreta. Pasó por mi lado cuando, a primera hora de la tarde de aquel día primero, agobiado por un repentino remordimiento, bajé a Menton para enviar un telegrama a mi madre diciéndole que todo iba bien. Ignoro a dónde iba aquella mujer, como ignoro de dónde venía. Nunca volví a verla, y únicamente su cara, resplandeciente con aquella luminosa resolución novísima, ha quedado grabada en mi memoria...

Aquella expresión suya era la del mundo entero.

CAPÍTULO III

EL CONSEJO DE GOBIERNO

1

Qué cosa más extraña y sin precedentes fue aquel Consejo de Gobierno en el que estuve presente, aquel Consejo de Gobierno que se reunió dos días más tarde en el bungaló de Melmount y que acordó convocar una conferencia para redactar la constitución del Estado Mundial. Estuve allí presente porque me convenía permanecer al lado de Melmount. No tenía necesidad de ir a ningún sitio, y no había nadie en el bungaló en el que estaba confinado a causa de su tobillo roto, más que un secretario y un ayuda de cámara para ayudarle a dar comienzo a su contribución en las enormes tareas que evidentemente aguar daban a los gobernantes del mundo. Yo sabía taquigrafía y como allí no había siquiera un fonógrafo, tan pronto como él tuvo vendado el tobillo entré en su casa, y sentándome en su escritorio empecé a escribir bajo su dictado. Una prueba de la extraña desidia que corría parejas con la espasmódica violencia de antaño es el hecho de que el secretario no supiera taquigrafía y de que no hubiese ningún teléfono en aquel lugar. Todos los mensajes debían ser llevados a la oficina de Correos del pueblo, a aquella tienda de ultramarinos de Menton, situada cerca de un kilómetro de distancia... Así, pues, tomé asiento en el fondo de la habitación de Melmount, donde habían llevado el escritorio, y empecé a anotar lo que se estimó necesario. En aquella ocasión, la habitación me pareció ser la mejor amueblada del mundo, e incluso ahora podría identificar los colores vivos y alegres de la tela del sofá en que estaba echado el gran hombre de Estado y el fino y rico papel, el rojo lacre y la escribanía de plata del escritorio. Ahora ya sé que mi presencia en aquel cuarto era algo extraña e insólita y que la puerta abierta y hasta las entradas y

salidas de Parker, el secretario, constituían otras tantas innovaciones. En otro tiempo, los Consejos de Gobierno eran una especie de cónclave secreto, ya que lo secreto y lo furtivo constituían la esencia de la vida pública. Antiguamente todos los hombres ocultaban algo a todos los demás; la gente se mostraba cautelosa, prevaricadora y engañosa, la mayoría de las veces sin motivo alguno. Casi sin que nadie se diera cuenta, aquella reserva había desaparecido de la vida.

Cierro los ojos y vuelvo a ver aquellos mismos hombres y oigo sus deliberaciones. Primeramente los veo algo difuminados bajo la fría lucidez de la luz diurna, y luego los veo concentrándose y juntándose entre las sombras y el misterio, alrededor de las pantallas de las lámparas. Formando parte integrante de esta imagen y destacándose muy claramente, tengo el recuerdo de unas migas de bizcocho y una gota de agua derramada, que quedó brillando redondita para sumirse en seguida en el verde mantel...

Recuerdo particularmente la figura de Lord Adisham. Llegó al bungaló un día antes que los demás, pues era el amigo íntimo de Melmount. Dejadme que os describa a ese estadista, a ese hombre de Estado, único entre los quince que hicieron la última guerra. Lord Adisham era el ministro más joven, tenía cuarenta años y un aspecto simpático y risueño. Sus limpias facciones grisáceas presentaban un recto perfil, unos ojos sonrientes, una amable y cuidada voz, un rostro bien afeitado y unos modales fáciles y aplomados. Tenía aquella perfecta calidad del hombre que había ido a parar con facilidad a un sitio ya preparado para él. Tenía el temperamento de lo que entonces solíamos llamar «un filósofo», o sea, en realidad, un indiferente. El Cambio lo había cogido en pleno fin de semana, pescando con moscas artificiales, y hasta recuerdo que dijo que se había encontrado al despertarse con la cabeza a la distancia de un metro del agua. Cada vez que había crisis, Lord Adisham se iba invariablemente a pescar con moscas artificiales a fin de mantener su ánimo a tono con la situación. Y cuando no había crisis nada había que le gustase tanto como pescar con moscas artificiales, y como que, naturalmente, no había nada que pudiera impedirsele, se iba a pescar igualmente. Cuando compareció allí, vino resuelto a abandonar la pesca. Yo estaba presente cuando Lord Adisham llegó a la residencia de Melmount y

le oí decir aquello; y por medio de un camino mucho más ingenuo era evidente que había llegado al mismo plan de intenciones que había llegado mi patrono. Los dejé solos para que conversaran a sus anchas, pero luego volví para mandar sus largos telegramas a sus colegas que iban a venir. Lord Adisham estaba, sin duda alguna, tan afectado por el Cambio como el mismo Melmount, pero sus hábitos de urbanidad, ironía y aceptable buen humor habían sobrevivido al Cambio, y entonces expresaba la alteración de su actitud, sus emociones expansivas en una rara modificación del viejo estilo de hombre de mundo, con artificioso horror del entusiasmo que le dominaba.

Aquellos quince hombres que gobernaban el Imperio Británico eran extrañamente diferentes de como yo había esperado encontrarles, y siempre que no se requerían mis servicios me quedaba contemplándolos atentamente. Los políticos y hombres de Estado ingleses formaban una clase muy peculiar en aquella época, clase que actualmente ha desaparecido totalmente. En algunos aspectos eran distintos de los hombres de Estado de los otros países del mundo, y no encuentro ahora ninguna referencia adecuada de ellos... Tal vez vosotros seáis lectores de viejos libros. Si es así, los encontraréis retratados con un poco de hostil exageración en *La casa desierta*, de Dickens, o con una mezcla de grosera adulación y de aguda comicidad por Disraeli, que gobernó entre ellos accidentalmente, por un equívoco y por complacer a la Corte, y todas sus arrogancias han sido descritas, ominosamente tal vez, pero sin faltar a la verdad, tal como los vieron las personas pertenecientes a la clase «oficial permanente», en las novelas de la señora Humphry Ward. Todos estos libros están aún en este mundo a disposición de los curiosos, y además de todo ello el filósofo Bagehot y el pintoresco historiador Macaulay nos dicen algo sobre sus métodos de pensar, el novelista Thackeray evita el lado peor de su vida social y existen algunos párrafos muy buenos y muy irónicos de descripciones personales y recuerdos que pueden encontrarse en el *Twentieth Century Garner*, debidas a las plumas de escritores como, por ejemplo, Sidney Low. Pero una imagen de ellos en conjunto es precisamente lo que hace falta. Entonces ellos eran demasiado grandes y estaban demasiado próximos; ahora, con enorme rapidez, se nos han vuelto incomprensibles.

Nosotros, los pertenecientes al pueblo de antaño, fundábamos los conceptos que teníamos de nuestros gobernantes casi enteramente en las caricaturas que entonces constituían el arma más poderosa de la controversia política. Igual que la mayor parte de los aspectos diversos del antiguo estado de cosas, aquellas caricaturas obtenían un desarrollo insospechado, eran como una especie de tumor parasitario de lo que finalmente habían sustituido por entero, o sea de las tenues y vagas aspiraciones de los ideales democráticos originales. Representaban no solamente las personalidades dirigentes de nuestra vida pública, sino los más sagrados conceptos estructurales de esa vida bajo unos aspectos risibles, vulgares y deshonorosos, y finalmente llegaron casi a construir por entero toda suerte de sentimientos graves y honorables hacia el Estado. El Estado de la Gran Bretaña estaba casi siempre representado por un rubicundo granjero, orgulloso de sus talegas y con una enorme barriga, y aquel refinado ensueño de libertad que son los Estados Unidos se representaba bajo la forma del astuto y flaco perillán con una chaqueta azul y un pantalón a rayas. Los principales ministros del Estado eran rateros, lavanderas, payasos, ballenas, jumentos y elefantes, y muchos problemas que afectaban al bienestar de millones de personas eran tratados y juzgados igual que si se tratara de una pantomima idiota. Una guerra trágica en el África del Sur que destruyó millares de hogares, empobreció a dos países, y produjo la muerte o la invalidez a cincuenta mil hombres, se representaba como una disputa de una gran comicidad entre un ente estrafalario y violento llamado Chamberlain, provisto de un monóculo, una orquídea y un genio muy malo, y el viejo Kruger, anciano obstinado y muy astuto, tocado con un mal sombrero ridículo. El conflicto fue comentado, a veces, en tonos de bestial irritabilidad, y otras veces en tonos de relajada indecencia.

El alegre malversador se hizo bonitamente millonario tras aquella pendencia digna de asnos, y detrás de estas simplezas y disimulado por ellas, iba avanzando el Destino, hasta que por fin aquellos payasos de feria abrieron las puertas de la barraca para revelar lo que había en su interior: hambre y sufrimientos, tizones ardiendo y espadas y un sinfín de cosas vergonzosas. Aquellos hombres habían llegado a la fama y al poder en aquella atmósfera,

y aquel día se me presentaron como la más extraña de las fantasías: los vi como actores que hubieran abandonado de pronto sus papeles grotescos de payasos y de tontos, como si se hubieran lavado la pintura de la cara y hubiesen dejado de lado la pose profesional.

Aún en los casos en que la representación no era francamente grotesca y degradante, era enteramente equívoca. Cuando leo algo sobre Laycock, por ejemplo, se me presenta la imagen de una gran inteligencia, muy activa, aunque algo desatinada, en un corpachón heroico y compacto, pronunciando aquel discurso «goliático» que tanto contribuyó a precipitar las hostilidades, y no se adapta a la imagen de aquel personaje tartamudo, con voz de falsete, algo calvo y muy pagado de sí mismo que vi, ni concuerda tampoco con la descripción desdeñosa que de él me hiciera Melmount. Dudo mucho que el mundo tenga nunca una visión adecuada de aquellos hombres, tal como eran en realidad antes del Cambio. Con cada año que transcurre van pasando, de un modo cada vez más increíble, más lejos de nuestra simpatía intelectual. Nuestro alejamiento no puede robarles la porción que les corresponde de derecho en la historia del tiempo pasado, pero los desposeerá de todos los efectos que la realidad pudiera darles. Toda su historia en conjunto, se nos hace cada vez más extraña, cada vez más semejante a una especie de rarísimo drama bárbaro representado en una lengua olvidada. Allí los vemos pasearse pomposamente, en las fantásticas metamorfosis de la caricatura, allí vemos a los antiguos primeros ministros y presidentes, con sus estaturas absurdamente exageradas por las tragedias políticas, con sus facciones cubiertas por grandes máscaras inhumanas, con sus voces adulteradas por las necias frases hechas de los discursos en público, disfrazados más allá de toda semejanza con la sensatez humana, rugiendo y protestando por medio de la Prensa. Allí se queda la incomprensible farsa ajada y descolorida, apartada, abandonada, completamente descartada en este nuevo mundo, desierta y silenciosa, desprovista de todo interés, con sus múltiples vaciedades tan inexplicables hoy como las crueldades de la Venecia medieval, como la teología del antiquísimo Bizancio. Y, sin embargo, esos payasos gobernaron en otro tiempo e influyeron en las vidas de cerca de la cuarta parte del género humano; esos políticos, con sus absurdas preocupaciones, imperaron en el mundo, fueron causa de mucho ruido, de mucho

entusiasmo, de mucha excitación, y permitieron la existencia... de una miseria infinita.

Vi a esos hombres realmente avivados por el Cambio, pero vestidos aún con el extraño ropaje de aquellos tiempos, los modales y los convencionalismos de la época; si se habían desprendido de las opiniones y puntos de vista del viejo mundo todavía tenían que referirse constantemente a la época caducada, como punto de partida común. Mi inteligencia refrescada estaba al nivel de las de ellos, de modo que creo que los vi en su absoluta realidad. Estaba allí Gorrell-Browning, el canciller del Ducado, y lo recuerdo como un hombre alto, carirredondo, cuya esencial vanidad y tontería de expresión, cuyo hábito de proferir voluminosas trivialidades en sus discursos, triunfaron absurdamente en una o dos ocasiones del espíritu que en su interior se había despertado. Gorrell-Browning luchó contra ello, se burló de sí mismo y se echó a reír. De repente, dijo sencilla e intensamente (y para todos fue aquél un momento de auténtica, neta y clara pesadumbre):

—He sido un tipo vano, complaciente conmigo mismo y presuntuoso... Poca utilidad voy a prestar aquí. Me he entregado a la política y a las intrigas y se me ha escapado la misma esencia de la vida.

Entonces, durante un buen rato, permaneció sentado, inmóvil.

También estaba Carton, el Lord Canciller, de rostro blanco y ojos inteligentes, cuya maciza faz rasurada era digna de haber estado entre los bustos de los Césares, con una voz lenta y elaborada dicción, con labios sensuales, ligeramente oblicuos y triunfantes, y un parpadeo momentáneo, voluntarioso y humorístico a la vez.

—Tenemos que perdonar —dijo—. Tenemos que perdonar a todos, incluso a nosotros mismos.

Estos dos estaban en un extremo de la mesa, de modo que yo podía verlos muy bien. Madgett, el ministro del Interior, más pequeño que aquellos otros dos, con arrugadas cejas y una sonrisa helada en su boca torcida de delgados labios, estaba al lado de Carton, contribuyendo muy poco a la discusión salvo en unos cuantos comentarios muy inteligentes, y cuando la luz eléctrica, después de unas oscilaciones, se apagó, las sombras se profundizaron extrañamente en sus órbitas y le dieron la enigmática expresión de un irónico duendecillo. A su lado hallábase aquel gran

par del Reino, el conde de Richover, cuya autoindulgente indolencia le había permitido aceptar el papel de patricio romano en la Inglaterra del siglo xx, mecenas y protector de la cultura, que había distribuido su tiempo por partes casi iguales entre sus *jockeys*, la política y la composición de algunos estudios literarios para mantenerse a tono con su papel.

—No hemos hecho nada que valiera la pena —dijo—. Y en cuanto a mí, ¡vaya personaje que he estado representando!

Reflexionó unos momentos. Sin duda alguna, estuvo pensando en sus dilatados años patricios, en las hermosas casas señoriales donde había morado, en las numerosas carreras de caballos en que su nombre había sido vociferado, en las entusiásticas reuniones que él había alimentado de bellas esperanzas, en sus fútiles modales, magníficos y condescendientes, en sus baladíes intentos literarios...

—He sido un tonto —confesó sin ambages.

Los otros le escucharon con un respetuoso silencio.

Gurker, el ministro de Hacienda, estaba en parte oculto, desde mi punto de vista, detrás de Lord Adisham. De vez en cuando, Gurker se inmiscuía en la discusión, inclinándose hacia adelante, con una profunda voz cavernosa, una gran nariz, una boca vulgar, con el labio inferior caído y saliente y unos agudos ojuelos que lo observaban todo en medio de pliegues y arrugas. Hizo su confesión por cuenta de su raza.

—Nosotros, los judíos —dijo—, hemos pasado por el sistema de este mundo sin crear nada, consolidando muchas cosas y destruyendo otras muchas. Nuestro orgullo racial ha sido monstruoso. Parece como si hubiéramos empleado nuestra amplia y grosera intelectualidad nada más que para desarrollar, dominar y mantener la convención de la propiedad, para transformar la vida en una especie de ajedrez mercantil a fin de poder gastar nuestras ganancias groseramente... Hemos carecido del sentido de servir a la Humanidad. La belleza, que es un atributo divino..., la hemos transformado en una posesión.

Esos hombres y esas palabras permanecen muy concretamente en mi memoria. Acaso las haya escrito yo mismo en aquella ocasión, pero de eso no me acuerdo. No recuerdo ahora cómo se comportaron *Sir Digby Privet*, *Revel*, *Markheimer* y los demás, pero recuerdo su presencia bajo el aspecto de voces, interrupciones,

comentarios expuestos imperfectamente...

Se tenía la extraña impresión de que excepto tal vez en lo que hacía referencia a Gurker o a Revel, aquellos hombres no habían deseado particularmente el poder que detentaban y que nunca habían deseado hacer gran cosa desde las posiciones que ocupaban. Se habían encontrado en el Ministerio y hasta llegar a aquel momento de iluminación y de clarividencia no se habían avergonzado de ello, pero no habían hecho tampoco nada indigno de un caballero en los asuntos que les atañían. Ocho de los quince procedían de la misma escuela y habían pasado por una educación enteramente paralela: algo de griego, algo de matemáticas elementales, algo de una «ciencia» eunuca, un poco de historia, unas lecturas de la silenciosa y tímida literatura ortodoxa inglesa de los siglos XVII, XVIII y XIX. Los ocho se habían empapado de la misma tradición insustancial de comportamiento caballeroso, una tradición esencialmente pueril, desprovista de toda imaginación, sin letras y sin armas, una tradición susceptible de derretirse en sensiblería ante una crisis cualquiera, interpretando como una gran virtud el simple deber realizado de un modo más bien torpe. Ninguno de aquellos ocho había efectuado verdaderos experimentos con la vida; todos habían vivido con las gafas puestas, habían pasado de niñera a profesora, de profesora a la escuela preparatoria, de Eton a Oxford, y de Oxford a la rutina político-social. Hasta sus vicios y sus distracciones habían sido aceptados como de buen tono. Todos ellos se habían escapado subrepticamente de Eton para asistir a las carreras de caballos, se habían escapado luego de Oxford para ir a disfrutar de la vida de la ciudad (vida de café concierto), y todos habían vuelto dócilmente a la vida escolar cotidiana. Y ahora, de pronto, descubrimos sus propias limitaciones...

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Melmount—. Nos hemos despertado, y este Imperio en nuestras manos...

Ya sé que esto va a parecer la más fabulosa de todas las cosas que tengo que decir del mundo antiguo, pero lo cierto es que lo vi con mis propios ojos y lo oí con mis propios oídos. Es un hecho incontrovertible que aquel grupo de hombres que constituían el Gobierno de una quinta parte de la porción habitable de la Tierra, que mandaban un millón de hombres armados, que poseían una armada tal como el género humano no había visto semejante hasta

entonces, cuyo Imperio formado de naciones, lenguas y razas diversas aún nos deslumbra en estos días mucho mejores, no tenían en absoluto ninguna idea común respecto a lo que se proponían hacer. Habían constituido Gobierno durante tras largos años y antes de sobrevenir el Cambio no se les había ocurrido nunca la necesidad de tener ideas comunes. No había entre ellos ninguna idea común. Aquel gran Imperio no era otra cosa que algo que iba a la deriva, un algo sin ningún propósito, que comía, bebía, dormía y llevaba las armas, un algo que estaba desmedidamente orgulloso de sí mismo por el mero hecho de existir por casualidad. Era un algo sin plan, sin intención, que no significaba absolutamente nada. Y los otros grandes imperios a la deriva, peligrosamente a la deriva, como minas submarinas, se hallaban en el mismísimo caso. Por absurdo que os pueda parecer actualmente un Consejo de ministros británico, no era ni un ápice más absurdo que el organismo de control, consejo autocrático, comité presidencial, o lo que fuera, de cada uno de sus ciegos rivales...

2

Recuerdo, como algo que me sorprendió profundamente en aquella ocasión, la ausencia de todo género de discusión, de toda diferencia de opinión sobre los principios elementales de nuestro Estado actual. Aquellos hombres habían vivido hasta entonces dentro de un sistema de convenciones y motivos adquiridos: lealtad hacia un partido, lealtad hacia varios convenios secretos y sobreentendidos, lealtad hacia la Corona. Todos ellos habían sido capaces de mantener la más estricta observancia de los precedentes, todos habían sido capaces de la más completa supresión de las dudas subversivas, todos mantenían sus emociones religiosas bajo un perfecto control. Parecía como si hubiesen estado protegidos por invisibles, pero impenetrables barreras, de todas las especulaciones violentas y destructivas, de las teorías socialistas, republicanas y comunistas que se pueden todavía vislumbrar a través de la literatura de los últimos días del cometa. Pero entonces era como si

en el mismo momento de despertar, aquellas barreras, aquellas defensas, se hubieran desvanecido, como si los vapores verdes hubiesen despejado sus mentes, disolviendo y arrastrando centenares de rígidas limitaciones e infranqueables obstáculos. Aquellos hombres habían aceptado y asimilado de una vez todo lo que era bueno de las mal urdidas propagandas que habían llamado de un modo tan vehemente y vano a las puertas de sus mentes en los pasados días. Era exactamente igual que el despertar de un sueño absurdo y agobiador. Habían salido juntos, del modo más natural e inevitable, para situarse en el estado iluminado por la diáfana luz del obvio y razonable acuerdo con el que también estaríamos conformes todos nosotros dentro del nuevo orden imperante en el mundo.

Permitidme que os enumere las principales cosas que habían desaparecido de sus mentes. En primer lugar había el antiguo sistema de la «propiedad», que había conseguido enredar de un modo extraordinario la administración de la tierra sobre la que vivíamos. Antiguamente nadie creía que aquello fuese justo ni siquiera conveniente, pero todo el mundo lo aceptaba. La comunidad que vivía sobre la tierra se suponía que había renunciado a su conexión necesaria con aquella tierra, excepto en determinados casos muy limitados, tales como las carreteras y los parques. El resto había sido dividido del modo más insensato en cuadrados, rectángulos y triángulos de diversos tamaños, entre veinticinco mil hectáreas y unas pocas áreas, que habían sido colocados bajo el absoluto gobierno de una serie de administradores llamados terratenientes. Estos terratenientes eran dueños de la tierra casi del mismo modo que actualmente un hombre es dueño de su sombrero. La compraban y la vendían, y la recortaban como si fuese un pedazo de queso o de jamón, y podían cultivarla o dejarla yerma, o erigir en ella unos adefesios horribles. Si la comunidad necesitaba una carretera o una línea de tranvías, si se deseaba que un pueblo o una ciudad determinados estuviesen situados en determinada posición, incluso en el caso de que quisieran simplemente transitar por allí, podían hacerlo únicamente aceptando tratados exorbitantes con cada uno de los monarcas de los territorios afectados. Nadie podía permanecer en la tierra hasta que hubiese pagado peaje y rendido homenaje a uno de aquellos

magnates. Prácticamente no estaban en relación ni tenían ningún deber con el Gobierno, nominal, municipal o nacional en cuyo territorio se encontraba enclavado el suyo propio... Esto parece, ya lo sé, una locura, pero el género humano estaba loco entonces. Y esto ocurría no sólo en los viejos países de Europa y de Asia, donde este sistema se había implantado gracias a la racional delegación del control local a ciertos magnates territoriales, que habían podido evadirse de sus deberes, sino en los «países nuevos», como entonces llamábamos a los Estados Unidos de América, a la Colonia de El Cabo, a Australia y a Nueva Zelanda, donde durante todo el siglo XIX estuvieron regalando porciones considerables de territorio a cualquier persona que quisiera aceptarlas. Si en aquellas tierras había carbón, oro o petróleo, si había buena tierra arable o un buen puerto natural, o un lugar a propósito para la edificación de una bonita ciudad, aquellos gobiernos, necios y obsesionados, pedían colonos a gritos y un verdadero raudal de zarrapastrosos, tramposos y aventureros se disponían inmediatamente a fundar una nueva sección de la aristocracia rural del mundo. Después de un breve siglo de esperanzas y de orgullo, la gran República de los Estados Unidos de América, considerada como la esperanza del género humano, se transformó en su mayor parte en una muchedumbre a la deriva de hombres sin tierra. Los propietarios de tierras, los propietarios de ferrocarriles, los propietarios de alimentos (porque tierra significa alimento), los propietarios de los minerales gobernaron la vida del Estado, dándole universidades del mismo modo que se da limosna a un mendigo, y gastaron sus recursos en una serie de lujos inútiles y estúpidos, como el mundo nunca los había visto hasta entonces. He aquí, pues, una cosa que aquellos estadistas de antes del Cambio consideraban como el orden natural del mundo, y que después del Cambio consideraron como la loca y desvanecida ilusión de un período de demencia.

Y lo mismo que sucedió con la cuestión de la tierra, sucedió también con centenares de otros sistemas e instituciones y otros factores complicados y falsos en la vida del hombre. Hablaron de comercio, y yo, por primera vez, pude darme cuenta de que se podía comprar y vender sin que saliera perdiendo ninguna de ambas partes; hablaron de organización industrial, y pudo vislumbrarse esta organización bajo la dirección de capitanes que

no buscaran viles ventajas. La niebla de las antiguas asociaciones, de los enredos personales y de los habituales reconocimientos había sido dispersada en cada una de las fases y procesos de la educación social de los hombres. Ciertas cosas, tiempo ha escondidas y disimuladas, quedaban al descubierto con una asombrosa claridad y desnudez. Aquellos hombres que acababan de despertar, se reían con una risa disolvente, y la antigua confusión de escuelas y colegios, de libros y tradiciones, la antiquísima y chapucera enseñanza de las diferentes iglesias, mitad figurativa, mitad formal, la complejidad de debilitantes y confusionistas sugerencias e indicaciones, entre las que el amor propio y el honor de la adolescencia dudaba, tropezaba y caía, se transformó, ni más ni menos, en un curioso y agradable recuerdo medio desvanecido.

—Tiene que haber una educación común para la juventud —dijo Richover—, una franca iniciación. En vez de educar a nuestros hijos, lo que hemos estado haciendo ha sido ocultarles las cosas y ponerles trampas. ¡Y tan fácil como hubiera sido educarlos bien...! ¡Tan fácilmente como puede hacerse esto...!

Todo esto persiste en mi memoria como el estribillo de aquel Consejo de Gobierno: «¡Tan fácil como es hacer esto!». Pero cuando ellos pronunciaron estas palabras, resonaron en mis oídos con la calidad de un extraordinario poder renovador. ¡Todo puede hacerse fácilmente, contando con la franqueza y el valor! Ya había pasado el tiempo en que aquellas perogrulladas tenían la frescura y el maravilloso esplendor de un evangelio.

Con unos puntos de vista tan amplios, la guerra contra los alemanes (aquella hembra mítica, heroica y armada, llamada Germania, había desaparecido de las imaginaciones de los hombres) quedó reducido a un mero episodio agotado. Melmount había logrado ya establecer una tregua, y los demás ministros, después de analizar algunas reminiscencias que los dejaron asombrados, consideraron el asunto de la paz como una mera cuestión de detalle... El plan entero de gobierno del mundo se había vuelto fluido en sus mentes, tanto en los pequeños detalles como en los grandes; y la maraña, imposible de analizar, de todos los barrios, parroquias, distritos, municipios, provincias, estados, consejos, juntas y naciones; las entrelazadas, superpuestas y antagónicas autoridades; la susceptibilidad de los pequeños intereses y

reclamaciones, en los cuales una ingente multitud de abogados, agentes, apoderados, propietarios y organizadores vivían como pulgas en un viejo gabán, entre conflictos, envidias, fórmulas, desacuerdos, del antiguo orden de cosas... todo eso lo dejaron olvidado.

—¿Cuáles son los nuevos requerimientos? —preguntó Melmount —. Este Estado está demasiado podrido para poder enmendarse. Tenemos que empezar de nuevo. Pues bien, vamos a empezar de nuevo.

3

«¡**V**amos a empezar de nuevo!». Esta frase de sentido común, me pareció entonces movida por el valor, me pareció la más noble de las frases. Me sentí conmovido al oírla. En realidad, aquel día se nos presentaba tan oscuro como temible, y ninguno de nosotros pudo percibir la forma de lo que intentábamos empezar. Todo cuanto vimos fue la clara certidumbre de que el antiguo orden de cosas debía terminar para siempre...

Y entonces, en un brevísimo espacio de tiempo, la Humanidad, en una vacilante, pero eficaz, fraternidad se puso a renovar el mundo. Aquellos primeros años aquellas primera y segunda década de la nueva época, fueron, en sus detalles cotidianos, una época de trabajo gozoso y regocijante; cada uno veía, principalmente, su propia participación en aquello, y muy poco del conjunto. Es únicamente ahora, al dirigir una mirada retrospectiva a todo aquello, desde estos años ya muy maduros, desde esta elevada torre, cuando veo la dramática secuencia de sus cambios y veo como las viejas confusiones crueles de otra edad se clarifican, se amplifican y se disuelven desvaneciéndose en la lejanía ¿Dónde está ahora aquel mundo antiguo? ¿Dónde está Londres, aquella sombría ciudad de humo y de nieblas, llena de ruidos y del obsesionante rumor del desorden, con su aceitoso y reluciente río, surcado por innumerables barcas y orillado de cieno, con sus oscuros pináculos y sus ennegrecidas cúpulas, sus tristes agrupaciones de casas todas

iguales, tiznadas por el hollín, sus miríadas de sucias, arrastradas y zarrapastrosas prostitutas, sus millones de empleados siempre apresurados? Incluso las hojas de sus árboles estaban sucias con negras y grasientas asquerosidades.

¿Dónde está ahora París, la blanca, con su follaje verde y disciplinado, su difícil y su inquebrantable gracia, su vicio elegantemente organizado, sus millares de obreros estrepitosamente calzados, fluyendo por los puentes bajo la fría luz gris del amanecer? ¿Dónde está ahora Nueva York, la gran ciudad del estruendo y de la energía furibunda, barrida por el viento y por la competencia, con sus enormes edificios empujándose unos a otros, alargándose cada vez más hacia el cénit para tener un lugar en el cielo, mientras los caídos son implacablemente eclipsados? ¿Dónde están sus sitios excitantes, de pesado y dispendioso lujo? ¿Dónde está el vergonzoso, contundente vicio de sus mal vigilados barrios bajos? ¿Dónde está toda aquella escuálida y extravagante fealdad de su vida tan esforzada? ¿Y dónde está ahora Filadelfia, con sus innumerables hogares, pequeñísimos y aislados, y Chicago con sus innumerables corrales de ganado manchados de sangre y su hampa polígota de furioso descontento?

Todas esas vastísimas ciudades han desaparecido, del mismo modo que ha desaparecido mi *Potteries* nativa y el *Black Country*, mientras que las vidas que habían quedado allí cogidas, estropeadas, hambrientas y mutiladas en medio de sus laberintos, sus olvidadas adaptaciones, y su extensa, inhumana y mal concebida maquinaria industrial, escaparon... hacia la verdadera vida. Aquellas ciudades de crecimiento accidental han desaparecido para siempre; no humea una sola chimenea en nuestro mundo presente, y el sonido del lloriqueo de los niños que trabajaban y padecían hambre, la opaca desesperación de las mujeres cargadas, el ruido de brutales pendencies y riñas en los callejones, todos los placeres vergonzosos y las repugnantes groserías del orgullo se han ido con ellas, después del cambio fundamental que se obró en nuestras vidas. Al mirar retrospectivamente hacia el pasado veo una extensa y exultante polvareda de cambios de casa que se levanta en la clara atmósfera que siguió a la hora de los vapores verdes, vuelvo a vivir el Año de las Tiendas, el Año de los Andamiajes, y lo mismo que el triunfo de un nuevo tema en una pieza de música se elevan

las grandes ciudades de nuestros días nuevos. Veo Caerlyon y Argedon, las ciudades gemelas de la baja Inglaterra, con la tortuosa ciudad de verano del Támesis entre ellas, y veo también la desvaída suciedad del viejo Edimburgo morir para renacer de nuevo, blanca y alta, bajo la sombra de su antigua colina. Y también Dublín, reformada, y haciendo renacer en ella, mucho más rica, hermosa y espaciosa la ciudad de la risa de oro y de los grandes corazones, brillando alegremente bajo un rayo de sol que se filtra entre la suave y tibia lluvia. Veo las grandes ciudades que América planeó y construyó; la Ciudad Dorada, con árboles frutales de frutos siempre maduros, a lo largo de sus espaciosas y tibias avenidas, y la Ciudad de los Mil Capiteles, con el gozo y la alegría de su continuo repicar de campanas. Veo otra vez, tal como las vi entonces, la ciudad de los teatros y de los grandes locales de reunión, la Ciudad de la Caleta Soleada y la nueva ciudad que todavía se llama Utah; y dominada por la cúpula de su observatorio y las líneas simples y dignas de la fachada de la Universidad, sobre el galayo, Martenabar, la grande y blanca ciudad de invierno en los altos de las nieves perpetuas. Y también otros lugares de menor importancia: las villas, los pueblos de veraneo, las aldeas, mitad casas mitad bosques, con un gran alboroto de torrentes saltando y despeñándose en mitad de las calles, pueblos adornados con avenidas de cedros, pueblos de jardines, de rosas y otras flores maravillosas y animados por el perpetuo zumbido de las abejas. Y por todo el mundo van nuestros hijos, los mismos que el antiguo mundo habría transformado en serviles oficinistas y en dependientes de comercio, en esclavos del arado y en criados; nuestras hijas, que antes eran unas chiquillas anémicas, prostitutas, mujeres astrosas y sucias, madres llenas de ansiedad o ajadas y gruñonas ruinas, ahora van por el mundo alegres y valerosas, aprendiendo, viviendo, dichosas y contentas, valientes y libres. Pienso en ellas paseándose por las claras y vetustas ruinas de Roma, por entre las tumbas de Egipto o los templos de Atenas, pienso en su llegada a Mainington y en su extraña felicidad, en su llegada a Orba con la maravilla de su blanca y esbelta torre... Pero, ¿qué puede decirse de la plenitud y el placer de vivir? ¿Quién podría enumerar todas nuestras nuevas ciudades en el mundo...? Ciudades construidas por las cuidadosas manos de los hombres para otros hombres vivientes, ciudades que hacen

llorar a los hombres que las ven tan hermosas, tan graciosas, tan agradables...

Debió sin duda de otorgárseme el don de la visión prematura de todas esas cosas mientras estaba allí sentado, detrás del diván donde se había echado Melmount, pero el conocimiento que tengo ahora de las cosas realizadas se ha entremezclado con mis esperanzas y las ha eclipsado. Algo debí de prever, no cabe duda... Y si no, ¿por qué estaba tan alegre mi corazón?

LIBRO TERCERO

EL MUNDO NUEVO

CAPÍTULO PRIMERO

EL AMOR DESPUÉS DEL CAMBIO

1

Hasta ahora nada he dicho de Nettie. Me he apartado considerablemente de mi cuestión personal. He intentado haceros comprender el efecto producido por el Cambio en relación con la esencia general de la vida humana, su efecto de rápido y magnífico amanecer, de una arrolladora irrupción, de una inundación de luz y de espíritu de la vida. En mi memoria, toda mi existencia de antes del Cambio es como un pasadizo oscuro con algunos detalles de belleza que van y vienen de vez en cuando. El resto es equivalente a un sordo dolor bañado en las tinieblas. Luego, de repente, los muros, los acerbos confines se desmoronan y desaparecen, y yo me encuentro andando, ciego, deslumbrado, perplejo, y, no obstante, contentísimo, por este mundo dulce y hermoso con su incesante variedad de belleza, sus satisfacciones, sus oportunidades, entusiasmado con este glorioso don, que es la vida. Si poseyera el poder de componer música compondría un himno universal que se amplificara, recogiendo este y aquel tema para elevarse finalmente en un éxtasis de júbilo. Tendría que ser todo el sonido, todo el orgullo, toda la esperanza inicial bajo el brillante resplandor de la luz mañanera, todo el gozo de los acontecimientos inesperados, toda la alegría del penoso esfuerzo que se encuentra repentinamente con su premio; tendría que ser como un capullo recién abierto, como los felices juegos de niños, como las dichosas madres sosteniendo en brazos a su hijo primogénito, como ciudades edificándose al son de la música, como grandes navíos adornados con banderolas y bautizados con vino deslizándose por el dique, en

medio de ovaciones entusiastas, hacia su primer encuentro con el mar. A través de todo ello marcharía la Esperanza, la dulce Esperanza, radiante e invencible, hasta que al final se convertiría todo en la Marcha Triunfal de la Esperanza, la conquistadora, entrando al son de las trompetas y bajo un dosel de banderas por las puertas del mundo, abiertas de par en par.

Y en aquel momento, de aquella luminosa aureola de alegría y júbilo, salió Nettie radiante, transfigurada.

Así vino de nuevo hacia mí... asombrosa, como un ser increíblemente olvidado.

Ella vuelve y Verrall la acompaña. Ahora precisamente ella vuelve a mi memoria, exactamente igual a como volvió entonces hacia mí, al principio de un modo raro, sin que yo pudiera distinguirla claramente, algo deformada por ciertas cosas que se interponían entre nosotros; la percibí con ciertas dudas, al darme cuenta de su presencia a través de los cristales ligeramente coloreados y ondulados del escaparate de la tienda de ultramarinos de Menton, que también hacía las veces de oficina de Correos. Fue en el segundo día después del Cambio. Yo había estado enviando telegramas por cuenta de Melmount, que estaba preparando su partida hacia Downing Street. Vi a los dos, al principio como dos figuritas desdibujadas. El cristal del escaparate les daba una apariencia curvada y contrahecha, exagerando y alterando sus gestos y sus pasos.

Sentí que me correspondía brindarles la paz, y salí a la calle bajo los auspicios del repiqueteo de la campanilla de la puerta. Al verme se detuvieron al instante, y Verrall exclamó, con el tono de aquel que ha estado buscando a alguien:

—¡Ahí está!

Y Nettie exclamó:

—¡Willie!

Yo me dirigí hacia ellos, y todas las perspectivas de mi reconstituido universo se alteraron al hacerlo.

Me pareció que veía a los dos por primera vez. ¡Qué pareja más agradable! ¡Qué graciosos y qué humanos parecían los dos! Era como si nunca los hubiera mirado hasta entonces, y en realidad casi podría decirse que así era, puesto que siempre los había visto a través de una niebla de egoísta apasionamiento. Ellos también

habían compartido conmigo las universales tinieblas, el empequeñecimiento de la época periclitada, y asimismo compartían la exaltación universal de la nueva época que alboreaba. Pero en aquellos momentos noté de repente que Nettie y mi amor por Nettie revivían en mí. Aquel Cambio que había agrandado tantos los corazones humanos no podía poner fin al amor. En realidad, había incrementado y glorificado enormemente el amor. Ella se colocó inmediatamente en el centro de aquel ensueño de reconstrucción universal que henchía mi mente y tomó posesión de todo. La brisa le había soltado unas tenues hebras de sus cabellos a través de la mejilla, sus labios se abrieron con aquella dulce sonrisa tan suya y sus ojos parecían llenos de una maravillosa admiración, de un salmo de bienvenida, de un sentimiento amistoso infinitamente dulce.

Yo le cogí la mano que me tendía y me quedé sobrecogido de admiración.

—Quería matarte —le dije, sencillamente, intentando darme cuenta cabal de lo que quería decir.

Ahora aquella idea me parecía algo así como querer apuñalar a las estrellas o asesinar a la luz del sol.

—Después le estuvimos buscando a usted —dijo Verrall— sin que pudiésemos encontrarle... Oímos otro disparo.

Volví la mirada hacia él y la mano de Nettie se desprendió de la mía. Fue entonces cuando se me ocurrió que los dos habían caído juntos, y pensé en lo que debió de ser despertarse en aquel amanecer con Nettie al lado. Tuve la visión de los dos, tal como los había visto por última vez, en medio de los vapores cada vez más densos, muy juntos, con las manos cogidas. Los verdes halcones extendieron sus oscuras alas sobre sus últimos pasos tambaleantes. Y así cayeron. Y despertaron... como dos amantes juntos, en una mañana paradisíaca. ¿Quién podrá decir lo brillantes que fueron para ellos los rayos del sol, lo hermosas que fueron las flores, lo dulce que resultó en sus oídos el canto de los pájaros...?

Esto era lo que sentí en mi corazón, pero mientras tanto los labios decían:

—Cuando me desperté, tiré mi pistola.

Sin saber qué más decir, permanecí silencioso unos momentos. Luego dije unas cuantas vaciedades.

—Estoy muy contento de no haberos matado... y de que estéis ahora aquí, tan bien y tan guapos... Yo me vuelvo a Clayton pasado mañana... He estado aquí tomando notas taquigráficas para Melmount, pero eso está ya casi terminado...

Ninguno de los dos dijo nada, y como si todo hubiera dejado repentinamente de importarme, añadí en un plan informativo:

—Melmount se irá, o, mejor dicho, lo llevarán a Downing Street, donde tiene sus colaboradores, de modo que ya no me necesitará más... Naturalmente, ha sorprendido mi asociación con Melmount. Es que lo encontré... por casualidad... inmediatamente después de despertarme. Se había roto el tobillo en aquel camino... Tengo que irme ahora a Four Towns para preparar un informe. Estoy muy contento de volveros a ver a los dos...

Y con cierta emoción en la voz, añadí:

—Para despedirme y desearos muchas felicidades. Esto era, más a menos, lo que se me había ocurrido cuando los vi por primera vez a través del escaparate de la tienda de ultramarinos, pero no era exactamente lo que sentía y pensaba en el momento de decirlo. Seguí hablando en aquel tono, porque de otro modo se habría producido un silencio embarazoso. Tenía la impresión de que me sería muy difícil despedirme de Nettie. Mis palabras sonaban con un efecto irreal. Me callé y nos quedamos un momento mirándonos en silencio.

Fui yo, me parece, quien descubrió más cosas. Me estaba dando cuenta por primera vez de lo poquísimo que el Cambio había modificado mi naturaleza en su esencia. En aquel mundo de maravillas me había olvidado de la cuestión del amor. Y eso fue todo. Nada se perdió de mi naturaleza, nada había desaparecido de ella, sólo que el poder del pensamiento y de la autolimitación habían aumentado en proporciones maravillosas, y en mi ser habían introducido otros intereses. Los vapores verdes pasaron, nuestras mentes quedaron como barridas y compuestas de nuevo, pero nosotros seguíamos siendo nosotros mismos, aunque viviendo en una atmósfera nueva y mucho más delicada. Mis afinidades no habían cambiado; los encantos personales de Nettie quedaron aún más aguzados en mi sentir, gracias al refinamiento de mi percepción. En su presencia, al encontrar su mirada, mi deseo volvía a despertarse inmediatamente, no ya de un modo frenético,

sino cuerdo y sensato.

Era lo mismo que cuando en otro tiempo me iba a Checkshill después de haber estado escribiendo sobre socialismo... Dejé caer su mano. Era absurdo despedirse en aquella forma.

Todos sentíamos lo mismo. Y nos quedamos torpemente inmóviles y pendientes de nuestros sentimientos sobre aquella despedida. Fue Verrall, según creo, quien dio forma a mis pensamientos, diciendo que al día siguiente podríamos volver a vernos para despedirnos definitivamente, y de este modo acabó nuestro encuentro en un arreglo transitorio. Quedamos de acuerdo en que acudiríamos los tres a la posada de Menton y comeríamos juntos...

Sí, era evidente que aquello era todo cuanto teníamos que decirnos entonces...

Nos separamos con cierto embarazo. Yo me fui calle abajo, sin volver la mirada hacia atrás, sorprendido de mí mismo e infinitamente perplejo. Era como si hubiera descubierto algo que me hubiese pasado inadvertido y que hubiese echado a rodar todos mis planes, algo enteramente desconcertante. Por primera vez volví, preocupado y desanimado, a trabajar con Melmount. Quería seguir pensando en Nettie. Mi mente había adquirido, de pronto, una intensa actividad con relación a Nettie y a Verrall.

2

La conversación que sostuvimos los tres al iniciarse la nueva era ha quedado profundamente grabada en mi memoria. Hubo algo simple y fresco en ella, algo juvenil y exaltado. Abordamos y tratamos con cierta ingenua timidez las cuestiones más difíciles que el Cambio había planteado a los hombres para que ellos mismos las resolvieran. Me acuerdo de que no les prestamos mucha atención. Todo el antiguo plan de la vida humana había desaparecido: la estrecha competencia, la codicia, la baja agresión, el envidioso aislamiento de un alma con relación a todas las demás. ¿Dónde habíamos ido a parar? Esto era precisamente lo que nosotros y un

millar de millones de otras personas estaban discutiendo...

Da la casualidad de que este último encuentro con Nettie está inseparablemente asociado, no sé por qué, con la patrona de la posada de Menton.

La posada de Menton era uno de los raros sitios agradables del viejo orden. Era una posada de extraordinaria prosperidad, muy frecuentada por la gente de Shaphambury, y muy frecuentada por sus comidas y sus tés. Disponía de una ancha y musgosa bolera, alrededor de la cual había glorietas cubiertas de hiedra, en medio de macizos de antirríneas, malvas, azules consólicas reales, y otras flores de verano corrientes, de altos tallos. Estas flores sobresalían y destacaban sobre un fondo de laureles y acebos, por encima de los cuales asomaba el alero de la posada y su enseña (un san Jorge montado en blanco corcel, matando al dragón) que a su vez tenía por fondo un plantío de hayas bronceadas, bajo el cielo azul.

Mientras esperaba la llegada de Nettie y de Verrall en aquel agradable lugar donde nos habíamos citado, hablé con la patrona, una mujer ancha de espaldas, sonriente y pecosa, sobre la mañana aquélla en que había ocurrido el Cambio. Aquella mujer estaba segura de que en el mundo todo había cambiado para bien. Aquella confianza y algo que había en su voz hicieron que me fuera simpática desde que empecé a hablar con ella.

—Ahora que estamos todos despiertos —dijo—, todas esas cosas sin sentido que corren por el mundo se pondrán en cintura. ¿Por qué? ¡Ah! No lo sé, pero estoy completamente segura.

Sus amables ojos azules se encontraron con los míos en una mirada de infinita amistad. Sus labios, en las pausas, tomaban la forma de una preciosa sonrisilla.

Las antiguas tradiciones eran muy fuertes en nosotros. Todas las posadas inglesas de aquellos días ponían en la cuenta lo más inesperado, y yo pregunté qué nos costaría aquella comida.

—Tanto se me da que pague usted como que no pague —dijo—. Y si quiere pagar, pague lo que quiera. Estamos de fiesta ahora. Supongo que tendremos que seguir pagando y cobrando, del modo que sea, pero no será la molestia que ha sido hasta ahora... Estoy segurísima de ello. Es una cosa que nunca me ha gustado. No es el dinero lo que me preocupa. Habrá grandes cambios, puede estar usted seguro, pero aquí estaré yo para procurar que los caminantes

se sientan bien... Es un sitio muy agradable éste, cuando la gente está alegre. Es sólo cuando están celosos o se sienten mezquinos, o cansados, o devoran más de lo que pueden digerir sus estómagos, o cuando se dan a la bebida, que Satanás entra en este jardín. He visto aquí muchísimas caras placenteras y muchas parejas que han vuelto una vez han estado aquí, más alegres y contentas la segunda vez que la primera, pero nada podrá igualarse a lo que será de ahora en adelante, ahora que todo va por buen camino.

Sonrió aquella bondadosa mujer, con la alegría de vivir y el gozo de la esperanza, y añadió:

—Les serviré una tortilla a usted y a sus amigos... ¡Una tortilla como las que se comen en el Paraíso! Tengo la impresión de que voy a guisar estos días de un modo como nunca he guisado antes. Me siento llena de alegría al pensar en lo que voy a hacer...

Fue entonces cuando Nettie y Verrall aparecieron bajo la rústica arcada de rosas carmesíes que constituía la salida de la posada. Nettie iba de blanco, tocada con un sombrero de paja de alas anchas, y Verrall vestía un traje gris...

—He aquí a mis amigos —dije.

Pero, a pesar de toda la magia del Cambio, algo atravesó la luz del sol dentro de mi alma, igual que el paso de la sombra de una nube.

—¡Bonita pareja! —exclamó la posadera al verlos cruzar el aterciopelado césped para dirigirse a nuestro encuentro...

Era, realmente una pareja muy bonita, pero esta verdad no me alegró en lo más mínimo. No... hasta pestañee un poco al percatarme de ello.

3

Este viejo periódico, esta primera edición del *New Paper*, última reliquia de una época desaparecida, es como aquella pequeña pieza de convicción que la superstición de otras épocas (¡aquellos extraños creyentes que trajeron a cierta persona vestida de negro y llamada *Mrs.* Piper para que ayudara a Cristo!) solía poner en

manos de las «videntes». Al quebradizo contacto de aquel periódico, miró a través de un abismo de cincuenta años para volver a verme a mí y a los otros dos sentados alrededor de una mesa, en la glorieta, y huelo como olí entonces el olor a agavanzo que llenaba el aire, y oigo durante nuestras largas pausas el continuo murmullo de las abejas zumbando entre los heliotropos de los arriates.

Es la aurora de la nueva era, pero nosotros tres llevamos aún encima las marcas y uniformes del tiempo antiguo.

Me veo a mí mismo, jovenzuelo moreno y mal vestido, con la señal del golpe que me propinó Lord Redcar en la mandíbula. El joven Verrall está sentado al otro extremo de la mesa, más robusto que yo, mejor trajeado, rubio y quieto, dos años mayor, pero no pareciéndolo a causa de la blancura de su cutis. Y frente a mí está Nettie, con sus negros ojos fijos en mi rostro, más seria y más hermosa que nunca. Su traje es el mismo traje blanco que llevaba cuando la vi en el parque, y todavía lleva en su cuello exquisito el collar de perlas con la pequeña moneda de oro. ¡Está igual y cambiada al mismo tiempo! Entonces era una muchacha y ahora es una mujer... con toda mi zozobra y toda la maravilla del Cambio de por medio. La verde mesa alrededor de la cual nos hallamos sentados está cubierta con un mantel impecable sobre el que se exhibe una apetitosa comida con un servicio muy sencillo. A mis espaldas, luce la brillante luz del sol reflejada en el jardín verde. Lo veo todo. Me veo sentado allí, comiendo torpemente, con este mismo periódico echado sobre la mesa, mientras Verrall habla del Cambio.

—No puede usted imaginarse —dice con su acento refinado y seguro— lo mucho que el Cambio ha destruido en mí. Aún no me siento despierto del todo. ¡Los hombres de mi especie estábamos muy mal educados! Nunca llegué a sospecharlo.

Verrall se inclina por encima de la mesa hacia mí, con el evidente deseo de hacerse comprender, y añade:

—Me encuentro como un animalito fuera de su caparazón: blando y nuevo. Me habían educado para que me vistiera de un modo determinado, para que me comportara de un modo determinado, para que pensara de un modo determinado, y ahora veo que todo esto es un error y una mezquindad, en su mayor parte, o por lo menos... un sistema de muletillas sociales. Nos

comportábamos decentemente entre nosotros, a fin de ser una verdadera pandilla de truhanes para el resto del mundo. ¡Vaya hidalguía! ¡Vaya caballerosidad! Pero es algo que me deja perplejo...

Puedo oír todavía su voz como si estuviera pronunciando aún aquellas palabras y veo otra vez el enarcamiento de sus cejas y su agradable sonrisa.

Hizo una pausa. Verrall había querido decir aquello, pero era aquello precisamente lo que habíamos de decir entonces.

Me incliné un poquito hacia él y cogí fuertemente mi vaso.

—¿Ustedes van a casarse? —pregunté.

Ellos se miraron.

Nettie habló con suavidad.

—No tenía ninguna intención de casarme cuando me escapé.

—Ya lo sé —repuse.

Levanté la mirada con cierta sensación de esfuerzo y mis ojos se encontraron con los de Verrall.

—Creo que nosotros dos hemos unido nuestras vidas —me contestó—. Pero aquello que nos invadió fue una especie de locura.

Yo asentí.

—Toda pasión es locura —dije.

Pero en seguida empecé a dudar de la veracidad de aquellas palabras.

—¿Por qué hicimos todo eso? —inquirió él volviéndose bruscamente hacia ella.

Nettie tenía las manos entrelazadas bajo su barbilla y los ojos bajos.

—Porque teníamos que hacerlo —dijo con su expresión inadecuada de antes.

Entonces pareció como si a ella se le hubiese abierto un nuevo horizonte.

—¡Willie! —exclamó, con súbita franqueza, mientras me miraba con ojos implorantes—. No quise tratarte mal... Te lo aseguro... Seguí pensando en ti... y en mi padre y mi madre durante todo aquel tiempo... Sólo que no me sentí conmovida en absoluto. Y no hizo que me apartara ni un ápice del camino que había escogido.

—¡Escogido! —exclamé yo.

—Es que parecía que algo se había apoderado de mí —admitió

ella—. ¡Es tan difícil de comprender! ¡Es tan inexplicable todo...!

Y al decir esto hizo un gesto de desesperación.

Los dedos de Verrall tamborilearon sobre los manteles durante unos momentos. Después volvió a mirarme cara a cara.

—Algo me decía: «¡Tómala...!». Todo me lo decía. Era un deseo rabioso... No sé, todo contribuía a ello... o no contaba para nada. Usted...

—Prosiga —dije.

—Cuando me enteré de su existencia...

Yo miré a Nettie.

—¿No le hablaste nunca de mí? —pregunté sintiendo algo parecido al aguijón de otro tiempo.

Verrall contestó en su lugar.

—No. Pero yo lo adiviné... Lo vi a usted aquella noche en que mis instintos estaban en vilo. Y en seguida me figuré quién era usted.

—Usted triunfó sobre mí... Si yo hubiera podido, habría triunfado sobre usted... Pero prosiga...

—Todo se unía para hacer de nuestra aventura lo más agradable de la vida. Tenía cierto aire de generosa temeridad. En realidad, no significaba sino daño y agravio, y hasta podría haber significado un fracaso completo para aquella vida de política y negocios para la que me habían educado y que debía seguir inevitablemente con peligro de mi honor. Esto lo hacía todavía más bonito. Significaba la ruina o la miseria para Nettie. Y esto también lo hacía aún más bonito. Ni una sola persona cuerda o decente habría aprobado lo que hicimos. Y esto lo hacía todavía más espléndido. Yo disponía de todas las ventajas debido a mi posición, y las empleé vilmente. Esto no tenía la menor importancia.

—Sí —dije yo—, es verdad. Y la misma ola tenebrosa que le arrastró a usted me arrastró a mí en su seguimiento. Con aquel revólver... y gimiendo de odio.

Y la palabra, Nettie, para ti, ¿cuál fue? ¿«Entrégate»...? ¿«Échate de cabeza escaleras abajo»?

Las manos de Nettie se posaron sobre la mesa.

—No puedo decir lo que fue —dijo hablándome directamente, con el corazón al desnudo—. Las mujeres no estamos acostumbradas, como los hombres, a mirar dentro de sus mentes.

No lo veo claro ni siquiera ahora. Los más mezquinos motivos parecían concurrir allí... por encima del deber. ¡Motivos mezquinos y miserables! Yo sólo pensaba en trajes...

Sonrió y pareció como si le hubiese dado de lleno un rayo de sol.

—Sólo pensaba en ser como una verdadera señora y estar en un hotel... con todo un tropel de camareros atentos a mis deseos. Ésta es la espantosa verdad. Willie. ¡Sólo pensaba en cosas tan mezquinas como ésas!

¡Y aún otras más mezquinas todavía!

Me la imagino otra vez, suplicante, hablando con una franqueza tan diáfana y sorprendente como la aurora de aquel primer gran día.

—No todo era mezquino —dije después de una pausa.

—¡No! —exclamaron los dos a la vez.

—Pero una mujer puede escoger más que un hombre —añadió Nettie—. Lo veía todo en pequeñas imágenes brillantes, ¿sabes...? Aquella chaqueta... Hay algo... ¿No te molestará que te lo diga? No... Ahora ya sé que no te molestará...

—No —asentí acompañando este monosílabo con un gesto.

Ella se puso a hablar como si estuviera hablando directamente a mi alma, de un modo quieto y al mismo tiempo vivaz, intentando expresar escuetamente la verdad.

—Había algodón en aquel traje tuyo —dijo—. Ya sé que es algo horrible que esa tontería me hubiese hecho vacilar, pero lo cierto es que fue así. ¡Si en los días pasados hubiésemos confesado esto! Y aborrecía a Clayton con toda mi alma... Clayton y toda su pringue. ¡Aquella cocina! ¡Aquella horrorosa cocina de tu madre! Y, además, Willie tenía miedo de ti. Yo no te comprendía, y, en cambio, a él, sí. Ahora es diferente... Pero entonces yo sabía muy bien lo que él significaba. Y además, me gustaba su voz.

—Sí —aprobé dirigiéndome a Verrall tranquilamente—. Sí, Verrall, tiene usted una bonita voz. ¡Es extraño que antes yo no hubiese reparado en ello!

Permanecimos silenciosos un buen rato pensando en nuestras pasiones de unos días antes.

—¡Dios mío! —exclamé—. Nos impulsaba nuestra pobre inteligencia navegando como un diminuto aparejo de cofa sobre las olas del instinto y de los deseos inarticulados, con todos los

espumeantes afanes del tacto, de la vista y del sentimiento... lo mismo que un gallinero que se hubiese caído por la borda y todas las gallinas estuvieran cloqueando en medio del mar embravecido.

Verrall se rió aprobando la imagen de que me había valido.

—Hace una semana —dijo intentando llevar el símil más allá—, nos hallábamos todos aferrados a nuestros gallineros, contra viento y marea. Esto era la pura verdad hace una semana. Pero, ¿y ahora...?

—Ahora el viento ha cesado —repuse yo—. La tormenta mundial ya pasó. Y cada uno de los gallineros se ha transformado por milagro en un navío que avanza mar adentro cortando las olas.

4

—¿**Q**ué vamos a hacer ahora? —preguntó Verrall.

Nettie cogió un clavel rojo oscuro del cuenco de flores que había ante nosotros, y empezó limpia y deliberadamente a doblar los sépalos del cáliz y arrancar los pétalos uno a uno. Recuerdo que estuvo haciendo aquello mientras hablábamos. Nettie colocó aquellos mellados arambeles carmines en una larga hilera, arreglándolos de diversos modos y maneras. Cuando, al fin, me encontré solo con aquellos vestigios, el dibujo estaba todavía incompleto.

—Bueno, pues —dije—, el asunto me parece muy sencillo. Ustedes dos se quieren.

Me callé y ellos me contestaron únicamente con su silencio, con un silencio preñado de pensamientos.

—Ustedes se pertenecen. Ya lo he reflexionado desde diferentes puntos de vista. Lo cierto es que yo quería... lo imposible... Y me comporté pésimamente. No tenía ningún derecho a perseguirles.

Y dirigiéndome particularmente a Verrall, añadí:

—¿Se considera usted comprometido con ella?

Él asintió con un gesto.

—¿Ninguna influencia social, ninguna disminución de toda esta generosa claridad de la atmósfera (porque ello pudiera ocurrir), le

hará a usted desdecirse...?

Él me contestó mirándome con fijeza.

—¡No, Leadford, no!

—No le conocía a usted —dije—. Temí que fuera usted diferente de lo que es.

—Lo era —confesó.

—Ahora todo ha cambiado —murmuré.

Me callé, porque en aquel momento perdí el hilo de mi discurso.

—Y en cuanto a mí —continué, al recobrarlo, mirando el rostro abatido de Nettie—, como estoy subyugado, y seguiré estándolo, por un gran afecto hacia Nettie, y este gran afecto es un semillero de deseos, y como que ver que Nettie es de usted es algo que no podría aguantar... No me queda otro remedio que dar media vuelta y largarme, separándome de ustedes dos... Ustedes deben evitar mi encuentro y yo el suyo... Tenemos que dividir el mundo, igual que Jacob y Esaú... Yo debo dirigirme, con toda mi voluntad, hacia otras cosas. Al fin y al cabo, esta pasión no es todo en la vida. Quizá lo sea para las bestias y los salvajes, pero no para los hombres. Debemos separarnos y olvidar. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

No levanté la mirada. Permanecí inmóvil, con una gran tensión nerviosa, mientras los rojos pétalos grababan un recuerdo indeleble en mi cerebro. Tuve la sensación, a través de su silencio, de que Verrall estaba de acuerdo.

—Pero... —empezó a decir Nettie.

Y se interrumpió bruscamente.

Yo esperé unos momentos. Suspiré y, echándome hacia atrás en mi silla, dije sonriendo:

—Es sencillísimo, ahora que podemos pensar fríamente.

—¿De veras crees que es sencillísimo? —preguntó Nettie cortándome el discurso.

Yo levanté la vista y vi que ella tenía fijos los ojos en Verrall.

—Mira lo que son las cosas —dijo—. Me gusta Willie. Es muy difícil expresar lo que de veras se siente... pero no quiero que se vaya de esta manera.

—Pero, entonces —objetó Verrall—, ¿cómo...?

—No —dijo Nettie, barriendo las piedras del clavel a medio arreglar y haciendo con ellos un confuso montón.

Volvió a arreglarlos muy rápidamente en una larga hilera.

—Es tan difícil... Durante toda mi vida nunca he intentado llegar al fondo de mis pensamientos. En realidad, no he tratado a Willie como se merece. Él..., él contaba conmigo. Y yo lo sabía. Yo era toda su esperanza. Yo era para él una promesa deliciosa... algo así como para dar cima y esplendor a una vida... mucho mejor que todo lo que él había tenido hasta entonces. Y un orgullo secreto... Willie vivía pensando en mí. Supe muy bien... cuando tú y yo empezamos a vernos... que aquello era una especie de traición que yo le hacía...

—¿Traición? Tú sólo ibas buscando tu camino a través de esas perplejidades.

—Pero tú lo consideraste como una traición.

—No lo sé...

—Yo, sí. Y hasta cierto punto, lo creo así todavía. Porque tú me necesitabas.

Hice un ademán de protesta ante la exposición de aquella idea y me quedé reflexionando.

—Y cuando él nos buscaba para matarnos —dijo ella dirigiéndose a su amante—, sentí en lo más profundo de mi mente lo que él sentía... Y comprendo perfectamente todas las cosas horrendas, la humillación... ¡la humillación por la que tuvo que pasar!

—Sí —dije yo—, pero no veo...

—Yo sí lo veo. Estoy procurando ver. Pero ya sabes, Willie, que tú formas parte de mi vida. Te he tratado mucho más tiempo que a Edward. Te conozco mejor. En realidad, te conozco con todo mi corazón. Tú crees que todo lo que me decías era como si lo echaras al pozo, y que yo nunca comprendí este asunto tuyo, tus ambiciones y todo lo demás. Pues lo comprendí. Lo comprendí mejor de lo que yo misma creí entonces. Ahora..., ahora todo está claro para mí. Lo que yo tenía que comprender era algo más profundo de lo que me trajo Edward. Y ahora ya lo tengo... Tú formas parte de mi vida, y no quiero separarme de esto que ahora he comprendido tan bien, no quiero perderlo.

—Pero tú amas a Verrall...

—¡El amor es una cosa tan extraña...! ¿Existe un amor? Quiero decir un amor único.

Y volviéndose hacia Verrall, añadió:

—Yo sé que te quiero. Puedo hablar claro sobre esto... Antes no habría podido hacerlo. Es como si mi mente acabara de salir de una cárcel perfumada. Pero, ¿qué es este amor que te tengo? Es un cúmulo de fantasías, de cosas que te atañen..., el aspecto que tienes, tu modo de obrar. Son los sentidos... y los sentidos de determinadas bellezas. Además, algo de adulación, de cosas que dijiste, de esperanzas y decepciones para mí. Y todo esto había ido apropiándose de la desatinada ayuda que le prestaban aquellas emociones que dormitaban en mi cuerpo, aquello parecía serlo todo. Pero no lo era. ¿Cómo podría describirlo? Era como si tuviera una lámpara muy brillante, pero con una pantalla muy gruesa... todo lo demás de la habitación queda oculto. Pero si quitas la pantalla, te encuentras con que, aun siendo la misma luz... ¡alumbra a todo el mundo!

Dejó de hablar. Durante un rato no dijo nada, y Nettie, con un rápido movimiento, hizo una pirámide con los pétalos.

Las figuras retóricas siempre me perturbaban un poco, y aquello de que «aun siendo la misma luz...» me corría por la mente como un enigmático estribillo.

—No hay mujer que crea estas cosas —afirmó ella, bruscamente.

—¿Qué cosas?

—No hay mujer que nunca haya creído en ellas.

—Tienes que elegir a uno de los dos —dijo Verrall, comprendiéndola antes que yo.

—Nos han educado así. Nos dijeron, y esto se ve en los libros, en los cuentos, en la manera que tiene la gente de mirar, en el modo que tiene la gente de comportarse, que un día había de aparecer un hombre. Él lo ha de ser todo y los demás no serán nada. Hay que abandonar todo lo demás y vivir sólo para él.

—Y al hombre también le cuentan lo mismo de una mujer —repuso Verrall.

—¡Pero los hombres no lo creen! Tienen una mentalidad más obstinada... Los hombres siempre se han comportado como si no lo creyeran. No se necesita ser vieja para saberlo. No lo creen por naturaleza. Pero la mujer no cree nada por naturaleza. La mujer va a la tumba ocultando sus pensamientos hasta casi de sí misma.

—Eso era antes —dije yo.

—Pero tú no lo has hecho, desde luego... —replicó Verrall.

—Eso debe de haberlo hecho el cometa. Y Willie. Es una gran estupidez eso de despedirse de Willie, echarlo de casa, como quien dice, para no verlo nunca más..., queriéndolo como lo quiero. Es cruel, es feo eso de pisotearlo como si fuese un enemigo derrotado, demostrándole que voy a ser igualmente feliz. No tiene sentido la regla que prescribe esto. Es egoísta, es bestial. Es como si estuviéramos desprovistos de sentidos. Yo...

Hubo como un sollozo en su voz, y añadió:

—¡Willie...! ¡No quiero!

Yo permanecí con la cabeza baja, con los ojos fijos en los ágiles dedos de Nettie.

—Sí, es egoísta —dije, por fin, con mesurada deliberación, sin el menor asomo de emoción—. Sin embargo, está en la naturaleza de las cosas... ¡No...! Es que, después de todo, aún somos medio brutos, Nettie. Y los hombres, como tú dices muy bien, son más obstinados que las mujeres. El cometa no ha alterado nada de eso, sólo lo ha dejado más claro. Hemos llegado a la existencia a través de un verdadero tumulto de fuerzas ciegas... Y vuelvo a lo que acabo de decir. Nos hemos encontrado con nuestras pobres mentes racionales, nuestra voluntad de vivir, a la deriva, en un mar de instintos, de pasiones, de prejuicios instintivos, de estupideces medio animales... Y aquí estamos, como náufragos agarrados a cualquier cosa, como el que se despierta sobre una almadía.

—Y volvemos, por fin, a mi pregunta —dijo Verrall en voz baja—. ¿Qué vamos a hacer?

—Separarnos —contesté—. Tienes que hacerte cargo, Nettie, de que no somos ángeles. Son los mismos cuerpos de antes... He leído en alguna parte que en nuestros cuerpos se pueden encontrar vestigios de lo primitivo ancestral; que en nuestro oído interno (creo que es en nuestro oído interno) y en nuestros dientes, aún queda algo del pez; que hay algunos huesos que recuerdan..., ¿cómo se dice?..., nuestros antepasados marsupiales... y que hay centenares de trazas e indicios del mono. Hasta tu hermoso cuerpo, Nettie, lleva ese enigma. ¡No! Dejádme terminar... Nuestras emociones, nuestras pasiones, nuestros deseos, la sustancia de ellos, igual que la sustancia de nuestros cuerpos, son cosas animales, competitivas, aunque sean muy deseables. Tú no hablas ahora como una mente a otras mentes, cosa que se puede hacer cuando se ha

hecho ejercicio, cuando se ha comido, cuando uno está ocioso, pero cuando hay que volver a la lucha por la vida, se vuelve indefectiblemente a la materia.

—Sí —aprobó Nettie, siguiendo el hilo de mi discurso a cierta distancia—, pero tú la dominas.

—Únicamente en plan de obediencia. No hay nada de magia en esta cuestión... Para poder conquistar la materia hay que dividir al enemigo, y aceptar la materia como aliada. Hoy resulta ser cierto que el hombre, por medio de la fe, puede mover las montañas. Puede decirle a una montaña: «Vete y échate al mar», pero si lo consigue es porque ayuda a los demás hombres y confía en ellos, porque tiene el ingenio, la paciencia y el valor de ganar para su causa el hierro, el acero, la dinamita, las grúas, los camiones, el dinero ajeno... Para poder vencer mi deseo de ti no debo obstaculizarlo perpetuamente con tu presencia. Debo marcharme a un sitio donde no pueda verte, debo dedicarme a otros intereses, debo meterme en luchas y discusiones...

—¿Y olvidar? —preguntó Nettie.

—No, olvidar no —contesté—. Pero, por supuesto, debo dejar de estar pensando en ti constantemente.

Ella se quedó callada durante unos momentos.

—No —repuso demoliendo su último dibujo de pétalos y mirando a Verrall.

Verrall se inclinó apoyándose de codos sobre la mesa, con las manos entrelazadas.

—Mire usted —me dijo—, no he pensado ni poco ni mucho en todas estas cosas. Ni en la escuela ni en la Universidad se acostumbra a hacer eso... El sistema establecido ya se cuidaba de evitarlo, y ello precisamente formaba parte del sistema. Ahora lo modificarán, sin duda alguna. Parece como si estuviéramos resbalando, sin penetrar en ellas, sobre ciertas cuestiones que ya se nos habían ofrecido, al menos, en griego, con comentarios al margen, en Platón. Pero ésas son cuestiones que a nadie se le ocurrió trasladar de lengua muerta a realidad viva...

Se calló un momento y pareció como si contestara a una pregunta de su mente al dirigirse a Nettie.

—No. Creo, como Leaford, que, tal como él dijo, está en la naturaleza que los hombres sean exclusivistas... Las mentes son

libres de pensar y el pensamiento puede dar la vuelta al mundo, pero sólo un hombre puede poseer a una mujer. Hay que despedir a los rivales. Estamos hechos para la lucha por la existencia, somos la misma lucha por la existencia. Las cosas que viven son la encarnación de esta lucha. Y la cosa funciona de modo que cada hombre tenga que luchar por su pareja, y que para cada mujer haya un solo hombre que prevalezca sobre los demás. Los otros han de marcharse.

—Como los animales —dijo Nettie.

—Sí...

—Hay muchas cosas en la vida —dije yo—, pero ésa es, a grandes rasgos, la verdad universal.

—Sin embargo —dijo Nettie—, vosotros no lucháis porque los hombres tienen inteligencia.

—Tú eliges.

—¿Y si prefiero no escoger?

—Ya has escogido.

Ella exclamó con acento de impaciencia:

—¡Oh! ¿Por qué tenemos que ser las mujeres siempre esclavas del sexo? ¿Será de veras que ésta era de la razón y de la luz que acaba de empezar, no modificará nada de eso? ¡Y los hombres también! Me parece todo muy... estúpido. No creo que ésta sea la solución adecuada al problema, ni nada parecido, sino que es la persistencia de las malas costumbres del tiempo que fue... ¡El instinto! No dejáis que os gobiernen los instintos en un sinfín de otras cosas. Aquí estoy yo, entre vosotros dos. Aquí está Edward. Lo quiero porque es alegre y agradable y simpático, y porque..., porque lo quiero, ¡ea! Aquí está Willie, que forma parte de mí misma... Es mi amigo más antiguo. ¿Por qué no he de poder tener a los dos? ¿No será nada inteligente, y por ello me consideráis exclusivamente como una mujer y nada más? ¿No tengo inteligencia, y por esto me tratáis siempre como si fuese una cosa por la que tenéis que luchar?

Y luego me espetó esta desdichada proposición:

—Quedemos los tres juntos. No nos separemos. Separarnos es aborrecernos, Willie. ¿Por qué razón no tenemos que quedar amigos para siempre? ¿Por qué hemos de vivir separados, sin vernos ni hablar?

—¿Hablar? —dije—. ¿De esto?

Miré a Verrall y mi mirada se encontró con la suya, y nos quedamos estudiando mutuamente nuestras expresiones. Era el limpio y directo escrutinio de un honrado antagonismo.

—No —decidí—. Entre nosotros no puede existir nada parecido.

—¿Nunca? —preguntó Nettie.

—¡Nunca! —afirmé, convencido.

Y haciendo un gran esfuerzo, añadí:

—No podemos meternos con las leyes y costumbres referentes a estas cosas. Estas pasiones están demasiado próximas a la esencia del propio yo. Es mejor recurrir a la cirugía que prolongar la enfermedad. De Nettie, mi amor lo pide todo. El amor del hombre no está hecho de devoción, sino que es una demanda, un desafío. Y, además, me he entregado a una nueva amante, y soy yo el infiel, Nettie. Detrás de ti y por encima de ti se levanta la futura Ciudad del Mundo, y yo me encuentro en esta construcción. ¡Corazón querido! Tú eres sólo la felicidad. Si mi sangre pudiera bautizar los cimientos..., casi podría esperar que ésta fuera mi parte, Nettie... Aunaré todas mis fuerzas en ello.

Y poniendo toda la convicción que me fue posible en las palabras, dije:

—Ningún conflicto pasional debe distraerme.

Hubo una pausa.

—Entonces debemos separarnos —dijo Nettie con la expresión de una mujer que acaba de recibir una bofetada.

Yo asentí con la cabeza...

Se hizo un breve silencio y me levanté. Los tres nos levantamos. Nos despedimos casi con aspereza, sin hablar más, y un minuto después me encontré solo en la glorieta.

No creo que mirara como se alejaban. Sólo me acuerdo de mí mismo, abandonado allí, sintiéndome horriblemente solo. Volví a sentarme para caer en profundas meditaciones.

De repente, levanté la vista. Nettie había vuelto y me estaba contemplando.

—Desde que hemos hablado he estado pensando.. —dijo— y Edward me ha dejado que viniera a verte sola. Tengo la sensación de que podré hablar mejor contigo si estamos solos.

Yo no dije nada y aquello la dejó algo confusa.

—No creo que debamos separarnos —dijo—. No.. No creo que debamos separarnos. Cada uno vive a su manera. No sé si comprenderás lo que quiero decir Willie. Es difícil decir lo que siento, pero quiero de cirio. Si tenemos que separarnos para siempre, quiere decirlo... y muy llanamente. Antes siempre tuve el instinto femenino y la educación que se da a las mujeres, que hace que todo se tenga que disimular. Pero.. Edward no lo es todo para mí. Piensa en lo que te estoy diciendo... Edward no lo es todo para mí. Quisiera poder explicarte mejor lo que yo siento. Ye misma no lo soy todo para mí. Tú, al menos, forma; parte de mí, y no puedo soportar la idea de tener que dejarte. Y no puedo comprender por qué razón he de dejarte. Hay una especie de relación de sangre entre nosotros dos, Willie. Hemos crecido juntos. Es tamos dentro el uno del otro. Yo te comprendo, ahora te comprendo de veras. Se puede decir que he llegado a la comprensión de un salto. De veras que te comprendo, a ti y tus ensueños, y quiero ayudarte. Edward... Edward carece de ensueños... Es una cosa espantosa para mí, Willie, pensar que tenemos que se paramos.

—Pero esto ya lo hemos decidido... Debemos separarnos.

—Pero, ¿por qué?

—Porque te quiero.

—Bueno, ¿y por qué tendría yo que ocultártelo Willie...? Yo también te quiero.

Nuestras miradas se encontraron y ella se ruborizó

—Eres un estúpido —dijo con decisión—. Todo esto es una estupidez. Yo os quiero a los dos.

—¡No sabes lo que te dices! —exclamé.

—¿Quieres decir que debo marcharme?

—Sí, sí. ¡Vete!

Durante un momento nos quedamos mirándonos, mudos y silenciosos, como si en lo profundo de la insondable tiniebla bajo la

superficie y la actual realidad de las cosas, existieran conceptos de mudo y amorfo significado. Nettie hizo como si fuera a hablar, pero desistió de ello.

—Pero, ¿debo irme? —preguntó, por fin, temblándole los labios.

Las lágrimas en sus ojos eran estrellas. Luego empezó a decir:

—Willie...

—Vete —la interrumpí—. Sí, vete.

Y nos quedamos otra vez silenciosos.

Ella permaneció allí de pie, lastimera figura con los ojos arrasados de lágrimas, deseándome y compadeciéndome. Algo de aquel amor tan dilatado, que llevará a nuestros descendientes más allá de todos los límites, de las duras y claras obligaciones de nuestra vida personal, nos sacudió como el primer aliento de un viento procedente del cielo, que sopla y pasa. Sentí el impulso de cogerle una mano y besársela, y entonces se apoderó de mí un temblor, y sentí que si la tocaba, toda mi fortaleza se desvanecería...

Y así, a cierta distancia uno de otro, nos despedimos, y Nettie se fue, de muy mala gana, volviéndose a mirarme de vez en cuando, a reunirse con el hombre que había elegido y con el destino que ella también había elegido, apartándose de mi vida..., como si en mi vida se hubiese apagado el sol...

Entonces, me parece que doblé el periódico y me lo metí en el bolsillo. Pero mis recuerdos de aquel encuentro finalizan con el rostro de Nettie, volviéndose a medida que se iba alejando.

6

Recuerdo todo esto muy claramente. Podría garantizar la exactitud de las palabras que he puesto en nuestros respectivos labios. Luego viene un vacío. Tengo una nebulosa idea de haber vuelto a la casa, cerca del campo de golf, y de la barahúnda producida por la marcha de Melmount, y tengo también la vaga impresión de que me disgustó la energía demostrada por Parker en aquella ocasión y de que me fui carretera abajo, con un fuerte deseo

de despedirme de Melmount a solas.

Acaso ya estuviera dudando de mi decisión de separarme para siempre de Nettie, porque me parece que tenía la intención de referir a Melmount todo lo que habíamos dicho y hecho...

No creo que cambiara ni una palabra con él y me parece que nos despedimos con un simple apretón de manos. No estoy seguro. Esto se ha borrado de mi memoria. Pero me queda el recuerdo, claro y cierto, de mi fase de fría desolación mientras contemplaba como su auto se alejaba trepando por Mapleborough Hill hasta que desapareció al otro lado de la loma.

Y también recuerdo que tuve allí la primera intimación, completa y definida, de que, después de todo, aquel gran Cambio, junto con mis noveles y amplios propósitos para el futuro, no significaban la felicidad para mí. Surgió un sentimiento de protesta en mi interior contra aquella gran injusticia.

—Es demasiado pronto para que me dejen solo —murmuré.

Tuve la sensación de que había sacrificado demasiado, y de que, después de haberme despedido de la cálida vida de pasión de Nettie y del deseo, de las rivalidades físicas y personales de lo que formaba más intensamente mi propio ser, constituía una injusticia dejarme solo y descorazonado para reemprender la senda de los deberes fríos y acerados de aquella nueva vida más amplia. Me sentí como recién nacido y desnudo, y me vi perdido.

—¡Trabajar...! —exclamé haciendo un esfuerzo para llegar a lo heroico.

Y, exhalando un suspiro, me alegré de que la senda que me tocaba seguir me condujera, al menos, hacia mi madre...

Pero lo curioso es que me acuerdo muy bien de que me sentí alegre y satisfecho aquella misma noche en Birmingham, y recuerdo también que me sentía muy activo y que todo me interesaba. Pasé la noche en Birmingham porque el servicio de trenes estaba muy desorganizado y no pude proseguir adelante. Fuimos a escuchar una banda que estaba tocando su metálica música del viejo mundo en el parque público y allí trabé conversación con un hombre que me dijo haber sido redactor de uno de los periódicos locales. Se mostraba entusiasmado con todos los planes de reconstrucción que estaban entonces tomando forma sobre las vidas del género humano, y algo de aquel noble ensueño me volvió a la memoria con sus palabras.

Fuimos andando juntos hasta llegar a un lugar llamado Bourneville, bajo la luz de la luna, y hablamos de las nuevas agrupaciones sociales que debían sustituir los antiguos hogares aislados y de cómo debía vivir la gente en lo sucesivo.

Aquel lugar llamado Bourneville era un lugar afín a lo que nos proponíamos nosotros. Había sido un intento, por parte de una empresa particular de fabricantes, para mejorar las viviendas de sus trabajadores. Dadas nuestras ideas actuales, aquello podría parecer un debilísimo esfuerzo de benevolencia, pero en aquella época Bourneville era algo extraordinario y mucha gente venía de lejos para ver sus acicaladas y bien acondicionadas quintas, con las bañeras empotradas en el suelo de la cocina, a pesar de lo absurdo de su colocación allí, junto con otras brillantes invenciones. Nadie parecía ver entonces el menor peligro para la libertad en aquella época agresiva, que podría originarse al hacer a los obreros inquilinos y deudores al mismo tiempo de sus patronos, aunque una ley llamada la ley Truck había intervenido, desde mucho tiempo antes, para impedir otros desarrollos de menor cuantía en la misma dirección... Pero mi interlocutor y yo parecía que hubiésemos estado siempre percatados de aquella posibilidad y no abrigábamos la menor duda referente a la naturaleza pública del deber de alojamiento. Nuestro común interés se dirigía hacia la posibilidad de establecer guarderías y cocinas comunes y salones públicos que economizaran trabajo a la gente y le dieran espacio y libertad.

Era muy interesante todo aquello, pero, así y todo, resultó algo triste. Cuando estuve acostado aquella noche, pensé en Nettie y en las extrañas modificaciones de preferencia que había hecho, y entre otras cosas, en cierto modo, recé. Recé aquella noche, dejadme que os lo confiese, a una imagen que se me había grabado en el corazón, una imagen que todavía me sirve como símbolo de lo inconcebible, recé a un Maestro Artífice, capitán invisible de todos los que han contribuido a la construcción del mundo y han trabajado por el perfeccionamiento de la Humanidad.

Pero antes y después de rezar, me imaginé que estaba conversando con Nettie... Pero ella nunca entró conmigo en el templo de aquel culto.

CAPÍTULO II

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE MI MADRE

1

Al día siguiente llegué a mi casa de Clayton.

La nueva y extraña claridad del mundo era allí aún más brillante a causa del tropel de desgraciados y tenebrosos recuerdos de la sombría infancia, de la agobiadora adolescencia y de la amargada juventud que rondaban por aquellos lugares. Me pareció que allí veía la mañana por primera vez. Las chimeneas no humeaban aquel día, los hornos no ardían, la gente estaba ocupada en otras cosas. El claro y fuerte sol, el diáfano brillo de la impoluta atmósfera, llenaba de una extraña alegría las angostas calles. Pasé por el lado de muchas personas sonrientes que regresaban a sus hogares, procedentes de los almuerzos públicos que se daban en el Ayuntamiento, hasta que se pudiera organizar algo mejor. Y entre aquellas personas me encontré con Parload.

—¡Tuviste razón en lo del cometa! —grité al verlo.

Parload, al verme, se dirigió hacia mí tendiéndome la mano.

—¿Qué hace la gente aquí? —pregunté.

—Nos mandan comida de fuera —dijo— y vamos a arrasar todas estas barracas y casuchas. Mientras tanto, iremos a vivir en tiendas al páramo.

Y entonces empezó a hablarme de muchas cosas que se estaban organizando. Los comités del territorio del Midland habían vuelto al trabajo con notable celeridad y un propósito definido, y la redistribución de la población estaba ya planeada a grandes rasgos. Parload trabajaba en una improvisada escuela de ingeniería. Esperando que los planes de trabajo quedasen definitivamente establecidos, casi todo el mundo volvía a asistir a las escuelas de capacitación a fin de conseguir tanta instrucción técnica como fuese

posible para utilizarla en las demandas de la gran empresa de reconstrucción que estaba comenzando.

Parload me acompañó hasta la puerta de mi casa, donde me encontré con el viejo Pettigrew que bajaba la escalera. Tenía un aspecto cansino, pero su mirada era más brillante que antes, y llevaba, de un modo que bien se veía que no estaba acostumbrado a ello, un herramental.

—¿Cómo va el reumatismo, *Mr. Pettigrew*? —pregunté.

—La dieta —dijo el viejo Pettigrew— hace milagros...

Y mirándome fijamente, prosiguió:

—Estas casas tendrán que derribarse, supongo, y nuestras nociones sobre la propiedad tendrán que sufrir una revisión considerable... a la luz de la razón. Pero mientras tanto he estado echando remiendos a este vergonzoso tejado de mi casa. ¡Y pensar que hubiera podido eludir y escabullirme...!

Alzó una mano, frunció las comisuras de su boca y movió su avejentada cabeza.

—El pasado es el pasado, *Mr. Pettigrew*.

—¡Su pobre madre! ¡Una mujer tan buena y tan honrada! ¡Tan sencilla, tan amable, tan indulgente! ¡Hay que ver, querido amigo! Estoy avergonzado.

—El mundo entero se sonrojó al amanecer el otro día, *Mr. Pettigrew* —dije—, y se sonrojó muy bonitamente. Ahora ya está. Sólo Dios sabe quién no estará avergonzado de todo lo que ocurrió antes del martes último.

Le tendí una mano misericordiosa, olvidándome ingenuamente de que yo allí no era más que un ladrón, y él me la estrechó y prosiguió su camino moviendo la cabeza y repitiendo que estaba avergonzado, pero, según creo, algo reconfortado.

La puerta se abrió y el rostro de mi pobre anciana madre, maravillosamente limpio, apareció.

—¡Ah, Willie...! ¡Hijo querido...! ¡Tú...! ¡Tú...!

Subí de un brinco los peldaños para sostenerla, porque temí que se cayera.

¡Cómo me abrazó aquella viejecita querida...!

Pero primeramente cerró la puerta. La antigua costumbre de respeto por mi humor irregular la dominaba todavía.

—¡Ah, queridísimo! —No cesaba de repetir—. ¡Ah, queridísimo,

qué mal lo has pasado!

Y se quedó con la cara apoyada en mi hombro para no disgustarme con la visión de las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

Hizo un ruido como si tragara algo y se quedó un buen rato quieta, abrazándome estrechamente contra su corazón con sus largos brazos...

Me dio las gracias por mi telegrama y yo, pasándole el brazo por la cintura, me la llevé a la sala.

—Estoy perfectamente, madre mía —le dije—, y los días de oscuridad ya han terminado... para siempre.

Después de esto, como si hubiera agotado su valor, se echó a llorar, y lloró, con llanto inagotable, sin que nadie la reprendiera.

No me había dejado adivinar, durante los últimos cinco años miserables que habían terminado, que aún era capaz de llorar.

2

Madre querida! Le quedaba sólo una breve estancia en este mundo renovado. Yo ignoraba la duración de aquel período, aunque tenía que ser corto a la fuerza, pero hice cuanto pude, y no fue mucho a pesar de que acaso sí lo fuera para ella, para neutralizar la dureza de mis pasados días de ira y rebeldía. Tuve buen cuidado de estar constantemente a su lado, porque percibí la necesidad que ella tenía de mí. No teníamos ideas para intercambiar o placeres para compartir, pero a ella le gustaba verme sentado a la mesa, contemplarme mientras trabajaba y verme ir de un lado para otro. Ya no tenía que hacer las faenas pesadas de la casa. Sólo se ocupaba de los servicios ligeros, fáciles y agradables, de aquellos que a las ancianas, fatigadas por largos años de esfuerzos, les complace hacer, y creo que al final de su vida se sintió dichosa.

Se mantuvo dentro de su extraña versión de la religión, más propia del siglo XVI que del presente, sin cambiar un ápice a este respecto. Había llevado consigo aquel preciso amuleto que podría decirse que ya formaba parte de ella misma. Y, no obstante, el

Cambio se hizo evidente aun en aquella persistencia. Un día le dije:

—Pero, ¿aún crees en aquel infierno de llamas, madre mía? ¿Sigues creyendo en eso, con ese corazón tan tierno que tienes?

Me aseguró que sí.

Había algún enredo teológico que se lo hacía necesario, pero así y todo...

Se quedó mirando un buen rato un arriate de primulas que había delante de ella, muy preocupada, y luego dejó reposar su trémula mano en mi brazo.

—¿Sabes, Willie querido? —dijo como si pretendiera aclarar un pueril error de interpretación por mi parte—. Pues resulta que no creo que nadie vaya a parar allí. Nunca creí tal cosa...

3

Aquella conversación persiste en mi memoria a causa de su simpática decisión teológica, pero la conversación a que me refiero fue sólo una de las muchísimas que tuvimos. Era muy agradable salir todos los días después de comer, luego de haber efectuado el trabajo del día y antes de continuar con los estudios de la tarde (¡qué extraño habría parecido antes que un jovenzuelo de la clase industrial se dedicase a los estudios superiores de sociología, y qué tan natural nos parece ahora!), a pasear por los jardines de Lowchester House, fumando un cigarrillo, mientras ella hablaba peripatéticamente de lo que le interesaba. Físicamente el gran Cambio no le prestó nuevas fuerzas. La pobre había vivido en aquella tétrica cocina subterránea de Clayton demasiado tiempo para poder esperar ningún rejuvenecimiento material. Mi madre brilló del modo como un ascua moribunda entre cenizas puede brillar con una corriente de aire fresco... y es casi seguro que el Cambio aceleró su fin. Pero aquellos años últimos fueron para ella de una gran tranquilidad, con un contento logrado sin esfuerzo. Para mi madre la vida fue como un día ventoso y lluvioso que se despeja sólo para dejar ver el resplandor crepuscular, cuando los rayos del sol ya han pasado. No adquirió ningún hábito nuevo, entre las

comodidades de la vida nueva, ni hizo nada nuevo. Sólo se encontró con una luz más feliz encima de la vieja tiniebla.

Vivía con otras señoras pertenecientes a nuestra comunidad, en uno de los pisos superiores de Lowchester House. Aquellas habitaciones de los pisos altos eran sencillas y espaciosas, elegantes y bien arregladas dentro del estilo georgiano, y habían sido organizadas de modo que proporcionaran las máximas comodidades y la máxima utilidad y para economizar también la necesidad de una servidumbre especializada. Nos habíamos incautado de varias «casas señoriales», como entonces se denominaban, para hacer en ellas comedores comunales, con cocinas convenientemente espaciosas, y agradables residencias para las personas de más de sesenta años, y para quienes la edad del descanso había llegado, y otros establecimientos de utilidad pública de índole parecida. Habíamos hecho aquello, no sólo con la casa de Lord Redcar, sino también con Checkshill House, donde *Mrs.* Verrall se comportó como una patrona muy digna y capaz, y, en fin, con la mayoría de las hermosas residencias situadas en la bella y anchurosa región que se extendía entre el distrito de Four Towns y las montañas del País de Gales. Alrededor de aquellas grandes mansiones se habían edificado, por regla general, grandes dependencias accesorias, lavaderos, casitas para los criados casados, establos, lecherías, y otros edificios similares, disimulados adecuadamente por la arboleda. Nosotros los transformamos todos en residencias, y agregamos a ellos primeramente tiendas y cabañas de madera y luego edificios residenciales de planta cuadrangular. A fin de poder estar más cerca de mi madre, ocupé dos pequeñas habitaciones en los nuevos edificios de la Colegiata, los cuales nuestra comunidad fue la primera en poseer, y aquella residencia me resultó muy conveniente para alcanzar la estación del rápido tren eléctrico que me llevaba cotidianamente a las conferencias y a mi trabajo estadístico y de secretaría en Clayton.

La nuestra fue una de las primeras comunidades que se puso en orden. Nos resultó de una gran ayuda la energía de Lord Redcar, que poseía un sensible gusto por las asociaciones pintorescas de sus lares ancestrales: el rodeo que hacía nuestra línea, a través de las hayas, los helechos y las campánulas de West Wood, respetando la agradable selvaticuez abierta del parque, fue una de sus

sugerencias; y nosotros teníamos múltiples motivos para estar orgullosos de nuestros alrededores. Casi todas las demás comunidades que brotaron de la campiña que rodeaba el valle industrial de Four Towns, al cambiar de residencia los trabajadores, vinieron a nosotros con el fin de estudiar la arquitectura de los cuadrados y rectángulos residenciales con que habíamos sustituido los callejones que antes había entre las casas señoriales y las grandes residencias eclesiásticas de alrededor de la catedral y para estudiar también el procedimiento de adaptación de aquellos edificios a nuestras novísimas necesidades sociales. Algunos sostuvieron haber mejorado incluso nuestras condiciones. Pero no pudieron ciertamente emular el jardín de rododendros que se extendía más allá del plantío; aquello era una cosa típicamente nuestra en aquella zona de Inglaterra, a causa de su madurez y de la rareza de una buena turba libre de cal.

Aquellos jardines habían sido planeados bajo el tercer Lord Redcar, cincuenta años antes o más. Abundaban los rododendros y las azaleas, y algunos puntos se hallaban tan bien resguardados y soleados que incluso florecían magnolias en ellos. Había allí unos árboles altísimos, rodeados de rosas trepadoras carmín y amarillas, con una infinita variedad de arbustos y espléndidas coníferas y una hierba gigante de las Pampas, como ningún otro jardín puede exhibir. Y, creadas por las sombras de estos árboles, había irnos claros con grandes extensiones de césped de color de esmeralda, y aquí y allí arriates de rosas, y macizos de flores, y otros arriates para tulipanes, y otros para primulas, belloritas y primaveras. A mi madre le gustaban estos últimos arriates con los redondos ojuelos mirones de sus innumerables corolas amarillas, pardo-rojizas y moradas, más que cualquier otra cosa del jardín, y durante la primavera del Año de los Andamiajes, le gustaba mucho ir todos los días conmigo a sentarse en el banco desde donde se podían contemplar en mayor número.

Aquello le daba, según creo, entre otras impresiones agradabilísimas, una sensación de amable opulencia. En otro tiempo, no pudo disfrutar nunca del placer de tener algo agradable en más cantidad que la estrictamente necesaria.

Nos sentábamos en el banco y allí permanecíamos pensando o hablando. Lo curioso era que parecía haber una completa

comprensión entre los dos, tanto si hablábamos como si permanecíamos callados.

—El cielo —me dijo ella un día—, el cielo es un jardín.

Yo sentí la tentación de burlarme un poco.

—Y habrá joyas y piedras preciosas, ¿sabes?... Todas las paredes y puertas serán de piedras preciosas... Y habrá cantos y música.

—Habrá todo eso para aquéllos a quienes les guste —replicó mi madre con firmeza.

Y después de meditar un instante, añadió:

—Habrá de todo para todos nosotros, claro está. Pero para mí, el cielo no sería cielo, hijo mío, si no tuviera jardín, un jardín, un jardín hermoso y soleado..., y tener muy cerca de nosotros a aquéllos a quienes queremos.

Vosotros, los de esta nueva generación, más feliz que la nuestra, no podéis imaginaros la maravilla de aquellos primeros días de la nueva era, la sensación de seguridad, los extraordinarios efectos de contraste. Por la mañana, excepto en pleno verano, me levantaba antes del amanecer y desayunaba en el rápido y cómodo tren, y a veces contemplaba las luces de la aurora al salir del pequeño túnel que perforaba Clayton Crest, y me dirigía a mi trabajo, donde trabajaba como un hombre. Ahora que hemos conseguido que los hogares y las escuelas, y todas las comodidades de la vida, fueran apartados de nuestro carbón, de nuestra escoria de hierro y de nuestra arcilla; ahora que millares de timideces y de «derechos» de obstrucción han quedado borrados del mapa, ahora podemos ir directamente hacia donde nos hemos propuesto, absorbiendo tal empresa en tal otra, cortando a través de tal o cual trozo de terreno que antiguamente constituía una verdadera obstrucción al progreso; hemos podido unir y separar, efectuar gigantescas consolidaciones y gigantescas economías, hasta que el valle, dejando de ser una sima de escuálidas tragedias humanas y mezquinas industrias perpetuamente en conflicto, se transfiguró en una belleza única, una salvaje belleza inhumana de fuerza, maquinaria y llamaradas. Se sentía uno titán en aquel Etna. Regresaba al mediodía para bañarse y cambiar de ropa en el tren, y luego me distraía con la ociosa conversación durante la comida en el comedor del club en Lowchester House, y me iba a tomar el fresco durante la verde y soleada tranquilidad de las primeras horas de la tarde.

Algunas veces, en sus momentos de más profunda meditación, mi madre llegaba a poner en duda que aquella fase dichosa y última de su vida no fuese un sueño.

—Un sueño —le decía yo—, sí, un sueño..., pero un sueño que se halla a un paso más cerca del despertar de lo que se hallaba aquella pesadilla de antaño.

Mi madre sentía un gran bienestar y una gran seguridad al ver mi traje nuevo, alegando que le gustaban mucho las nuevas modas. Y no era sólo la diferencia de traje. Es que yo había crecido tres centímetros, el tórax también se me había ensanchado unos cuantos centímetros y había aumentado siete kilos, antes de llegar a la edad de veintitrés años. Yo llevaba un traje pardo de un tejido muy suave y ella se entretenía en acariciarme la manga, admirándolo mucho. Tenía muy desarrollado el sentido femenino de la corrección en el vestir.

Algunas veces se quedaba meditando sobre el pasado, frotándose las pobres manos rugosas, que nunca se suavizaron. Me explicó muchas cosas de mi padre que yo ignoraba, y otras muchas de su vida de muchacha. Era como encontrarme con unas flores marchitas y aplanadas entre las páginas de un libro y sentir todavía su levísimo perfume el saber que, en otro tiempo, mi madre había sido amada apasionadamente, y que mi remoto padre había vertido cálidas lágrimas de ternura en sus brazos. Y otras veces ella me hablaba dulcemente, con frases anticuadas que sólo sus labios sabían despojar de su amarga estrechez, de Nettie.

—No te merecía, hijo mío —decía, a veces, bruscamente, dejando que yo adivinara a quién quería referirse.

—No hay hombre que sea merecedor del amor de mujer —contestaba yo—, ni mujer que lo sea de un hombre. Yo la quería, madre mía, y esto no puedes modificarlo.

—Hay otras.

—Para mí, no... ¡No puedo empezar de nuevo, madre...! No puedo volver a empezar desde el principio.

Entonces ella suspiraba y callaba.

En otra ocasión me dijo, creo que con estas mismas palabras:

—Estarás muy solo cuando yo me vaya, hijo mío.

—No pienses en irte —dije.

—¿Es que no sabes que el hombre debe buscarse una mujer?

Yo no contesté.

—Piensas demasiado en Nettie, hijo mío. Si pudiera verte casado con alguna muchacha simpática y amable, con una muchacha buena y cariñosa...

—Madre querida, hazte el cargo de que ya estoy casado. Tal vez algún día... ¿Quién sabe? Puedo esperar.

—¡Pero esto de no tener amistad con mujeres!

—Tengo amigos. No te preocupes, madre. Hay trabajo de sobras en este mundo para cualquier hombre, aunque no tenga corazón para amar. Nettie para mí era toda la belleza y toda la vida. Lo era, lo es y lo será...

Mi corazón me decía que el final no había llegado todavía.

Una vez mi madre me hizo súbitamente una pregunta que me dejó sorprendido.

—¿Dónde están ahora?

—¿Quiénes?

—Nettie y él.

Había penetrado hasta lo más profundo de mis pensamientos.

—No lo sé —dije concisamente.

Su arrugada mano mariposeó hasta posarse levemente sobre la mía.

—Mejor es así —dijo con tono de súplica—. Realmente, más vale que sea así...

Había algo en su temblorosa voz que, durante un momento, me retrotrajo a una época lejana, a aquellas protestas de antaño, a aquellos consejos de sumisión, a aquellas súplicas para que no lo ofendiera, a todas aquellas cosas que siempre habían hecho que se removiera dentro de mí el airado espíritu de rebeldía.

—Eso, lo dudo —murmuré.

Y sentí de repente que ya no podría hablar más de Nettie con mi madre. Me levanté y me alejé de ella, y al cabo de un rato volví para hablar de otras cosas y le ofrecí un ramo de asfódelos.

Pero no siempre pasaba la tarde con ella. Había días en los que mi ardiente deseo por Nettie surgía de nuevo, y entonces sentía la necesidad de estar solo y echaba a andar o montaba en bicicleta. Al cabo de poco tiempo encontré interés y alivio en aprender a montar a caballo. El caballo ya estaba, y muy rápidamente, cosechando los beneficios del Cambio. Después del primer año de la nueva época,

casi en ningún sitio pudo hallarse la inhumanidad de la tracción caballar. Por todas partes, el tiro, el acarreo y el esfuerzo de arrastre se efectuaban por medio de máquinas, y el caballo se había transformado en un objeto de placer y de transporte de la juventud. Monté a caballo tanto con silla, como (lo cual es mucho mejor) desnudo y con el caballo, desensillado. Descubrí que los ejercicios violentos me iban muy bien durante los ataques de profunda melancolía que me sobrevenían, y cuando tiempo después, el montar a caballo fue cayendo en desuso, me uní a los aviadores que practicaban el vuelo con o sin motor más allá de Horsemarden Hill... Pero al menos un día de cada dos lo pasé con mi madre, y en conjunto creo que le ofrecí los dos tercios de mis tardes.

4

Cuando, más adelante, aquella enfermedad, aquella creciente debilidad que fue una verdadera eutanasia para tantos y tantos ancianos al comienzo de la nueva era, se apoderó de mi madre, se nos presentó Anna Reeves para cuidarla como una hija, según nuestra nueva costumbre. Ella fue la que vino espontáneamente. Ya nos era un poco conocida a causa de algunos encuentros incidentales y de algunos servicios también incidentales que había prestado a mi madre en el jardín, y cuando supo que estaba enferma se ofreció a cuidarla. Entonces tenía el aspecto de una de esas buenas muchachas, buenas y nada más, que el mundo no ha dejado nunca de producir, incluso en sus peores momentos, y que en otro tiempo eran, en realidad, el oculto antiséptico de nuestras vidas atropelladas, odiosas y desleales. Esas muchachas cumplían sus silenciosos sacrificios, ejecutaban sus inmutables, constantes, rutinarias, desagradecidas y altruistas tareas como Utilísimas hijas, como enfermeras, como fieles criadas, como las humildes providencias de los hogares. Anna Reeves tenía exactamente tres años más que yo. Al principio, no me pareció una beldad; era pequeña, pero más bien robusta y pelirroja, de tez rubicunda también, pestañas y cejas rubias y pobladas y ojos pardo-rojizos.

Pero sus pecosas manos demostraron ser muy útiles y su voz contagiaba la alegría...

Los primeros días Anna Reeves no fue más que una chiquilla bondadosa, vestida de azul, con delantal blanco, que se movía en las sombras proyectadas por la cama donde mi anciana madre se hundía cada vez más en el descanso de la muerte. Ella siempre se adelantaba, anticipándose a ayudar en cualquier pequeña necesidad, profiriendo palabras de reconfortante sencillez, y mi madre entonces siempre le sonreía. Al cabo de poco tiempo, descubrí la belleza del sano equilibrio de su cuerpo de mujer, y descubrí la gracia de la bondad incansable, la dulzura de una tierna piedad, y la gran riqueza de su voz, de sus pocas palabras, de sus frases tranquilizadoras. Noté, y me he acordado siempre de ello, que una vez la flaca mano de vieja de mi madre acarició la mano cubierta de pecas de Anna mientras arreglaba el cubrecama.

—Es una chica muy buena —dijo un día mi madre—. Es una gran muchacha... Se porta como si fuese mi hija... Yo nunca tuve una hija, en realidad.

Se quedó reflexionando un rato y añadió:

—Tu hermanita murió.

Nunca había oído yo hablar de aquella hermanita.

—El 10 de noviembre —prosiguió mi madre—. Tenía veintinueve meses y tres días... ¡Cómo lloré...! ¡Cómo lloré! Aquello fue antes de que tú vinieras al mundo, hijo mío. ¡Hace tanto tiempo...! Y ahora lo veo como si fuera ayer. Yo estaba casada hacía poco tiempo, y tu padre se portó muy bien conmigo. Pero todavía veo sus manecitas, sus queridas manecitas, ¡tan quietas!... Hijo mío, dicen que ahora..., ahora no permitirán que mueran los niños.

—No, madre —dije—. Ahora lo haremos mejor.

—El médico del «Seguro» no pudo venir. Tu padre fue a buscarlo dos veces. Estaba visitando a otro enfermo, un cliente de pago. Tu padre entonces fue a Swathinglea, y aquel hombre no quiso venir si no le pagábamos la visita por adelantado. Y tu padre se había cambiado de traje para tener un aspecto más respetable y no llevaba dinero encima, ni siquiera para el billete de vuelta en el tranvía. Fue la cosa más cruel del mundo estar aguardando con mi pequeñita sufriendo... Y no puedo quitarme de la cabeza que tal vez

habríamos podido salvarla... Pero siempre ocurría lo mismo con los pobres aquellos días aciagos de antaño... ¡Siempre! Cuando, por fin, vino el médico, se puso furioso. «¿Por qué no me han llamado antes?», preguntó. Estaba furioso porque no se le había avisado antes... Le supliqué que hiciera lo imposible... pero ya era demasiado tarde.

Mi madre me explicó todo esto, muy quedamente, con los párpados entornados, como si estuviera explicando un sueño.

—Ahora haremos estas cosas mucho mejor —dije sintiendo un extraño resentimiento al oír aquella lamentable historia que su debilitada y monótona voz me estaba refiriendo.

—Hablabas, la pobrecilla —prosiguió mi madre—. Hablabas estupendamente para su edad... ¡Hipopótamo...!

—¿Eh? —exclamé.

—Hipopótamo, hijo mío... Muy claramente, un día, mientras su padre le enseñaba unas imágenes... Y sus plegarias. «Con Dios me acuesto..., con Dios me levanto...». Le hice unos calcetines. De punto, hijo mío, y el talón era difícilísimo.

Cerró los ojos. Ya no me hablaba a mí, sino a sí misma. Murmuró otras cosas vagas, pequeñas frases, espectros de otras épocas muertas hacía muchísimo tiempo... Sus palabras se hicieron indistintas.

En seguida se durmió. Yo me levanté y salí de la habitación, pero me quedé extrañamente obsesionado por la idea de aquella vida minúscula que había sido tan alegre y esperanzadora, sólo para situarse inexplicablemente fuera de toda esperanza, para caer en el no ser, aquella hermana de quien nada había sabido hasta entonces... Inmediatamente monté en cólera ante los irremediables pesares del tiempo pasado, de aquel grande océano de sufrimientos que podían haberse evitado, de los cuales éste era sólo una gotita roja, luminosa y trémula. Me paseé por el jardín y lo encontré demasiado pequeño para mí. Salí a vagar por el páramo.

—¡Lo pasado, pasado! —exclamé.

Y a través de un abismo de veinticinco años pude oír el desconsolado llanto de mi madre por aquella hijita que había muerto. En realidad, mi viejo espíritu de rebeldía no ha muerto del todo en mí, a pesar de toda la transformación de los tiempos modernos... Me sosegué, por fin, en un levísimo y austero consuelo

al pensar que nada sabemos de las cosas que acontecen en el mundo ni de la finalidad que perseguimos en él o fuera de él, y de que tal vez todo no puede ser explicado a inteligencias como las nuestras, y pensé también, lo cual fue mucho más reconfortante, que ahora poseemos la fuerza y el valor y este nuevo don del amor sensato, y que sean los que sean los equívocos y fracasos del pasado, ninguna de aquellas tristes eventualidades que constituyeron la trama de la vida antigua, han de seguir sucediendo. Ahora podíamos prever, podíamos prevenir y evitar.

—El pasado es el pasado —dije con resolución, mientras volvían a aparecer ante mis ojos, en mi camino de regreso a casa, las cien ventanas de la antigua Lowchester House, reflejando la luz del sol —, y aquellas tristezas han dejado de serlo.

Pero no pude de ningún modo eludir aquella tristeza común, propia de la nueva era, aquel recuerdo y el enigma insoluble de las incontables vidas que habían tropezado, caído y fracasado en el dolor y la oscuridad, antes de que se hubiera podido clarificar nuestra atmósfera...

CAPÍTULO III

BELTANE Y NOCHEVIEJA

1

Al final, mi madre murió casi de repente, y su muerte fue un gran golpe para mí. El diagnóstico era en aquella época, todavía muy primitivo. Los médicos estaban, naturalmente, perfectamente percatados de los increíbles defectos de su preparación y hacían todo cuanto podían para subsanar su ignorancia, pero aún seguían siendo extraordinariamente ignorantes. Algún factor de la enfermedad poco inteligentemente observado entró en juego e hizo que mi madre cogiera una calentura que la llevó a la muerte con gran rapidez. Ignoro qué clase de remedios o medidas pertinentes se intentaron. Casi ni me di cuenta de lo que ocurría hasta que todo hubo terminado.

En aquellos días mi atención estaba concentrada en el revuelo que promovió el gran festival de Beltane que se celebró el primero de mayo del Año de los Andamiajes. Fue la primera de las diez grandes quemas de desperdicios que inauguraron la nueva era. Los jóvenes de hoy difícilmente podrían imaginarse los enormes montones de escombros, basuras y cosas inútiles que tuvimos que destruir. Si no hubiésemos fijado un día y una estación apropiada, el mundo entero se habría convertido en una incesante humareda de pequeñas fogatas. A mi juicio, fue una excelente idea resucitar los antiquísimos festivales de las hogueras de mayo y noviembre. Era inevitable que la antigua idea de purificación resucitara a la vez que el nombre; se tenían la impresión que se quemaba algo más que los estorbos materiales, y que innumerables cosas casi espirituales, actas, documentos, cuentas, recuerdos vengativos y otras muchísimas cosas quedaban aniquiladas también en aquellas grandes hogueras. La gente pasaba, rogando, por entre las fogatas, y

como un hermoso símbolo de la nueva y más sensata tolerancia que influía las acciones de los hombres, aquellos que aún se sentían reconfortados por las antiguas creencias ortodoxas vinieron también, sin coacción alguna, a rogar que todo el odio de sus profesiones de fe se quemara también en las hogueras. Porque aun en los fuegos de Baal se puede encontrar a Dios viviente, ahora que los hombres han dejado de sentir odio y el rencor ha dejado de existir.

Muchas fueron las cosas que tuvimos que destruir en aquellas grandes purgas. En primer lugar había casi todas las casas y edificios de la época pasada. Al final apenas se salvó en Inglaterra un edificio por cada cinco mil de los que había cuando apareció el cometa. Año por año, a medida que íbamos reconstruyendo nuestros hogares de acuerdo con los requerimientos más sanos de nuestras nuevas familias sociales, íbamos arrasando aquellas horribles estructuras, las antiguas casas residenciales, construidas apresuradamente, sin imaginación, sin belleza alguna, sin la más corriente honradez, sin comodidades ni conveniencias, en que se había albergado la población de los comienzos del siglo xx , hasta que no quedó ninguna en pie. No salvamos sino aquello que era hermoso o interesante de entre toda aquella tétrica y melancólica abundancia. Claro está que no pudimos echar al fuego las casas enteras, pero sí pudimos hacerlo con las mal ajustadas puertas de baratillo, las espantosas ventanas, las escaleras atormentadoras de la servidumbre, las mohosas y oscuras alacenas, los agusanados papeles de las desconchadas paredes, las alfombras llenas de polvo y de porquería, las mal diseñadas, y no obstante presuntuosas, mesas y sillas, los bufetes y las cómodas, los viejos libros saturados de cochambre, los adornos (¡aquellos sucios, decrépitos y penosísimos adornos, entre los que recuerdo que, a veces, había incluso pájaros muertos rellenos de paja!), todo lo quemamos. El maderamen, con capa sobre capa de pintura, ardió especialmente bien. He intentado anteriormente daros una impresión de los muebles que se utilizaban en la era pasada al hablar del dormitorio de Parload, del cuarto de mi madre, de la salita de *Mr.* Gabbitas, pero, gracias a Dios, no hay nada actualmente en el mundo que pueda dar idea de la horrenda suciedad de todo aquello. Porque, en primer lugar, ya no hay en ninguna parte ningún ejemplo de

combustión imperfecta del carbón, como tampoco hay aquellas carreteras y caminos polvorientos, que parecían cicatrices. Quemamos y destruimos la mayor parte de nuestros edificios junto con todo el maderamen, todos nuestros muebles, exceptuando unos cuantos millares de piezas de una belleza expresiva e intencionada, y de las que se han desarrollado nuestras actuales formas; también quemamos casi todos nuestros cortinajes y alfombras, así como casi hasta el último vestigio de los trajes a la antigua usanza. Sólo unos cuantos modelos, cuidadosamente desinfectados, de aquellos trajes, se guardan ahora en nuestros museos.

Ahora se suele escribir, con especial horror, acerca de los vestidos y las ropas del antiguo mundo. Los trajes masculinos se llevaban continuamente, sin estar sujetos a ningún proceso de limpieza, exceptuando algún ocasional cepillado superficial, durante períodos de un año o más. Estaban confeccionados con materiales oscuros y eran de un dibujo confuso y entremezclado a fin de disimular el estado de contaminación a que habían llegado, y de una textura afieltrada y porosa, admirablemente calculada para que se acumulara en ella todo el polvo y la suciedad ambiente. Muchas mujeres llevaban faldas confeccionadas con materias similares, y de una forma tan larga e inconveniente que se arrastraban inevitablemente por todas las suciedades de nuestras calles frecuentadísimas por los caballos. Nos jactábamos en Inglaterra de que la población entera de la isla llevaba botas, ya que los pies de los ingleses eran, en su mayoría, tan feos que necesitaban ocultarse, pero ahora nos parece inconcebible que pudieran llevar los pies aprisionados en aquellas sorprendentes cajas de cuero o de imitación de cuero. He oído decir que una parte de la decadencia física que se pudo observar en nuestro pueblo durante los últimos años del siglo XIX, aunque sin duda alguna debida también en parte a la mala calidad de los alimentos que ingería, era principalmente atribuible a la vileza del calzado corriente. Los ingleses de aquella época evitaban todo ejercicio al aire libre, porque sus botas se gastaban de un modo ruinoso y, además, les apretaban y molestaban si se dedicaban a ello. He mencionado ya, me parece, la parte que jugaron mis botas en el escuálido drama de mi adolescencia. Tuve una sensación de impío triunfo sobre el enemigo caído cuando, por fin, me encontré

conduciendo carros y más carros cargados de botas y zapatos baratos (material invendido, procedente de Swathinglea) hasta el tope de los altos hornos de Glanville, para echarlo todo dentro.

«¡Plap!», hacían al caer en los hornos. Beltane llegó mientras el crepitar de su ignición llenaba el aire. Ya no se produciría ningún resfriado por la humedad de las suelas de cartón, ya no se produciría un solo callo a causa de sus estúpidas formas, ni una sola uña se encarnaría en el sufrido dedo gordo...

Destruimos y quemamos también la mayoría de nuestros edificios públicos al reformar nuestro plan de habitación, nuestros teatros, nuestros bancos y nuestras oficinas que más bien parecían madrigueras, nuestras fábricas (éstas en el primer año), y toda aquella repetición anodina de iglesias y capillitas de estilo seudogótico, miserables caparazones de cal y piedra, sin gusto, inventiva ni belleza en ninguno de ellos, que los hombres habían lanzado a la faz de su Dios, del mismo modo que echaban alimentos baratos en las bocas de los sudorosos obreros; todo eso lo barrimos de la tierra en el transcurso de la primera década. Luego tuvimos que liquidar todo el sistema anticuado de ferrocarriles de vapor, con sus estaciones, señales, vallas y material de transporte; todo un equipo mal planeado de aparatos ruidosos distribuidores de humo, que, bajo las anteriores condiciones, habían mantenido una vida decadentemente obstructiva durante tal vez medio siglo. Hubo también una gran cosecha de vallas, tabloneros de anuncios, tinglados, feos cobertizos, todo el hierro acanalado del mundo, y todo cuanto estuviera alquitranado, todos nuestros gasógenos y depósitos de gasolina, todos nuestros vehículos de tracción caballar, todos los carros y camiones fueron liquidados... Pero acaso se haya dicho bastante para dar una idea de la cantidad y calidad de nuestras grandes hogueras, de nuestras igniciones, de nuestras fundiciones, de nuestro denodado esfuerzo destructivo, por encima de cualquier otro esfuerzo constructivo, durante aquellos primeros años.

Pero aquéllas fueron sólo las groseras bases materiales de los fuegos del mundo que iba a renacer como nuevo fénix. Aquéllas fueron únicamente las señales externas y visibles de las innumerables reclamaciones, derechos, adhesiones, cuentas, actas y credenciales que se echaron al fuego. Un enorme cúmulo de

insignias y uniformes, ni lo bastante curiosos ni lo bastante bonitos para que merecieran guardarse, fueron a engrosar las llamas, así como todos nuestros símbolos, aparatos y material de guerra, exceptuando irnos cuantos trofeos y recuerdos verdaderamente gloriosos. Después fueron condenadas innumerables muestras de nuestras viejas, bastardas y semicomerciales bellas artes. Grandes pinturas realizadas sólo para complacer a la gente medio educada de la clase media ardieron un momento y desaparecieron para siempre; los mármoles académicos se disolvieron en utilísima cal; una tremenda multitud de estatuillas imbéciles, cacharrería decorativa y bordados y tapices junto con toda la mala música y pésimos instrumentos musicales, compartieron este mismo destino. Y los libros, incontables libros y montones de periódicos cayeron también dentro de aquellas piras. Únicamente de las casas particulares de Swathinglea, en las que moraban gentes que habíamos creído hasta entonces, y tal vez no injustamente, analfabetas, pudimos recoger un carro entero de ediciones baratas y mal impresas de los clásicos ingleses menores (la mayoría de ellas, obras aburridísimas, y aún sin haber sido leídas) y casi un camión lleno de novelones de un penique, gastados, sobados, mugrientos y arrugados, materia vil, despreciable y acuosa, la hidropesía de la mente de nuestra nación... Y a mí me pareció que al recoger y juntar aquellos librotos y periódicos, también juntábamos algo más que tinta y papel, juntábamos ideas torcidas, contrahechas y contagiosas, y viles sugerencias, fórmulas de estúpidas tolerancias y lerdas impaciencias, mezquinas ingenuidades defensivas de lentos y perezosos hábitos de pensar junto con tímidas e indolentes evasiones. Hubo más que un toque de maligna satisfacción en mí al ayudar a recoger todo aquello.

Hallábame tan atareado en mi participación en aquel trabajo de basurero que no noté, como sin duda habría hecho a no ser por lo que digo, las pequeñas variaciones en el estado de salud de mi madre. Incluso tuve la impresión de que se sentía más fuerte: sus facciones parecían más sonrosadas y se mostraba más parlanchina...

La víspera de Beltane, y habiendo terminado con nuestro auto de fe en Lowchester, me dirigí por el valle hasta Swathinglea para ayudar a clasificar el material del grupo de fábricas de cerámica, cuya principal producción había consistido en adornos de imitación

de mármol para las repisas de las chimeneas, y por fin allí me encontró Anna, la enfermera, y me dijo por teléfono que mi madre había fallecido, de repente, aquella mañana, poco después de mi salida de casa.

Durante un rato no lo creí. Aquel acontecimiento, evidentemente inevitable, me dejó tan agobiado cuando se produjo que nadie hubiese dicho que estaba convencido de su proximidad. Seguía trabajando, y luego, de un modo casi apático, con cierta curiosidad, pero de mala gana, eché a andar hacia Lowchester.

Al llegar allí me encontré con que ya habían dado fin las ceremonias religiosas, y me enfrenté con las facciones blancas y tranquilas de mi anciana madre, muy quietas, pero frías y serias, con un aspecto majestuoso, en medio de flores blancas.

Entré solo en aquella habitación silenciosa, y me quedé un rato a su lado de pie. Después me senté y me quedé reflexionando...

Luego, por fin, extrañamente sosegado, y con las profundidades de mi soledad abriéndose ante mí, bajo mis pies, salí de aquella habitación para entrar de nuevo en el mundo, en aquel mundo vivaz, activo, ruidoso, feliz y atareado con los últimos preparativos para la gigantesca cremación de las cosas pasadas.

2

Recuerdo aquel primer festival de Beltane como la noche más terriblemente solitaria que pasé en mi vida. Aparece en mi mente a trozos, fragmentos de un intensísimo sentimiento con muchos blancos intercalados de escenas olvidadas.

Me acuerdo muy claramente de que yo me hallaba en la gran escalera de Lowchester House, aunque no recuerdo cómo salí de la habitación donde yacía mi madre, y que en el rellano me encontré con Arma, que subía mientras yo bajaba. Anna acababa de enterarse de mi regreso, y subía la escalera presurosamente para venir a mi encuentro. Se detuvo, igual que yo, nos estrechamos las manos, y ella se quedó mirándome fijamente, del modo que suelen hacerlo las mujeres. Así permanecemos durante unos segundos. Yo no pude

decirle nada en absoluto, pero me di perfecta cuenta de su emoción. Contesté, pues, a la viva presión de su mano, la solté, y después de un extraño segundo de vacilación seguí bajando, sumido en mis preocupaciones. No se me ocurrió entonces preguntarme qué era lo que ella podía estar pensando.

Recuerdo el pasillo lleno de la dorada luz del atardecer y cómo yo anduve maquinalmente unos pasos hasta el comedor. Luego, a la vista de las mesitas, y a la súbita ráfaga de las voces de los que hablaban dentro, al abrir alguien la puerta, cuando yo me disponía a entrar, recordé que no tenía el menor apetito... Después de esto, tengo una impresión de mí mismo atravesando el césped frente a la casa y del propósito que tenía de irme solo hacia el páramo, y de que alguien que pasaba por mi lado dijo algo referente a un sombrero. Yo había salido de casa sin sombrero.

Un fragmento de mis pensamientos se ha enlazado con cierto efecto producido por unas sombras alargadas sobre el césped, dorado con la luz del sol poniente. El mundo se hallaba singularmente vacío, a mi juicio, sin Nettie y sin mi madre. Ya no tenía ningún sentido. Nettie había vuelto entonces a ocupar mis pensamientos...

Luego me acuerdo de haber llegado al páramo. Evité los montículos donde se amontonaba el material de desecho para las hogueras, y busqué los lugares más solitarios...

Recuerdo muy claramente que me encontraba sentado sobre la puerta de entrada de un vallado, más allá del parque, en un redil, pasada la cumbre que ocultaba el espectáculo de la hoguera de Beacon Hill con toda la muchedumbre a su alrededor, y que estaba mirando y admirando la puesta de sol. La tierra dorada y el cielo que la rodeaba no parecían ser sino una pequeña burbuja flotando en el globo de la futilidad humana... Luego, al llegar el crepúsculo, eché a andar por la desconocida carretera, entre setos, bajo un revuelo de murciélagos.

Aquella noche dormí al raso. Pero tenía mucho apetito y comí. Gené, cerca de la medianoche, en una pequeña posada de la carretera de Birmingham, a muchos kilómetros de mi casa. Instintivamente había huido de las cumbres donde se habían reunido grande muchedumbres alrededor de las hogueras, pero en la posada también había bastante animación y tuve que compartir

mi mesa con un buen hombre que iba a quemar las escrituras de unas hipotecas, ahora ya inútiles. Le hablé de ello..., pero mi alma estaba a mucha distancia de mis labios...

Muy pronto apareció en cada cima una flor de fuego como un tulipán. Unas pequeñas figurillas negras se agrupaban a su alrededor, puntuando la base de sus pétalos, y en cuanto al resto de las multitudes que se hallaban al aire libre, la amable noche se las tragó. Dejando las carreteras y los caminos frecuentados y anclando a campo traviesa conseguí quedarme solo, aunque el confuso ruido de voces y el rugido y la crepitación de las grandes fogatas parecía estar siempre junto a mí.

Dirigí mis pasos errantes hacia un prado solitario, e inmediatamente me eché en una hondonada de profundas sombras para quedarme contemplando las estrellas. Permanecí oculto en la oscuridad y, de vez en cuando, el rumor de los fuegos de Beltane, en los que se estaban quemando las locuras y las tonterías de una era desaparecida y la gritería de las personas que pasaban por entre los fuegos rogando para ser liberados de su propia cárcel, llegaba a mis oídos...

Y volví a pensar en mi madre y en seguida en mi nueva soledad, y mi corazón volvió a palpar por Nettie.

Pensé en muchas cosas aquella noche, pero principalmente en el desbordamiento de amor y de ternura que me había sobrevenido al despertar después del Cambio, en la gran necesidad, en la grande e insatisfecha necesidad en que me encontraba de tener a aquella mujer única que podía satisfacer todos mis deseos. Mientras había vivido mi madre, hasta cierto punto puede decirse que era ella la dueña de mi corazón, alimentándome esta clase de emociones y mitigando aquella vacuidad de espíritu, pero ahora, de pronto, aquella única posibilidad reconfortante me había abandonado. Había habido muchos que, en la época del Cambio, creyeron que aquel gran progreso de la humanidad traería consigo la abolición del amor, pero en realidad, lo que había sucedido es que lo transformó en otro más refinado, más lleno, más vitalmente necesario. Creyeron que, en vista de que los hombres ahora estaban henchidos de la alegre pasión de hacer cosas y contentos, dispuestos y entusiasmados de poder prestar un servicio a sus congéneres, ya no habría necesidad de la única comunión íntima y de toda

confianza que había constituido la más excelente de todas las cosas de la vida anterior. Y, realmente, mientras aquello fue cuestión de ventaja o de lucha por la existencia, estuvieron en lo cierto. Pero mientras fue cuestión de espíritu y de las más finas percepciones de la vida, anduvieron completamente equivocados.

No habíamos eliminado, ni mucho menos, el amor, sino que lo habíamos despojado de su baja y soez envoltura, de su orgullo, de su vanidad, de su amor propio, de su suspicacia, de sus elementos mercenarios y egoístas, hasta que al fin quedó en nuestras mentes puro, brillante e invencible. A través de todas las finas y bifurcadas sendas de la vida nueva, se hizo cada vez más evidente que para cada ser había otros que se hallaban misteriosamente e indescritiblemente a tono con él, cuya mera presencia producía placer, cuya mera existencia era de un gran interés, cuya idiosincrasia se mezclaba con diversos factores accidentales para producir una armonía completa y predominante para sus predestinados amantes. Esas personas constituían lo esencial de la vida. Sin ellas, el estupendo y magnífico espectáculo de un mundo rejuvenecido hubiera sido como un corcel enjaezado pero sin jinete, como un jarrón sin flores, como un teatro sin comedia... Y para mí fue clarísimo, aquella noche de Beltane, tan claro como las blancas llamaradas, que Nettie, únicamente Nettie, despertaba aquellas armonías en mí. ¡Y Nettie se había ido! ¡Yo mismo la había echado de mi lado y no sabía a dónde se habría dirigido! ¡Yo mismo había, en mi primera virtuosa tontería, eliminado su presencia de mi vida para siempre!

Así lo vi entonces, mientras, tendido en la oscuridad e invisible para todos, llamaba a Nettie, lloraba por ella. Me eché de bruces ocultando la cara en la hierba y volví a llorar por ella, mientras la gente dichosa y feliz iba de un lado para otro y el humo se deshilachaba al llegar a las distantes estrellas, y los rojos reflejos, las sombras y los fluctuantes destellos danzaban sobre la faz de la Tierra.

¡No! El Cambio nos había liberado ciertamente de nuestras bajas pasiones, de la concupiscencia maquinal y habitual y de las mezquinas y groseras ideas, pero de las pasiones del amor no nos había liberado en absoluto. Había dado lo suyo al señor de la vida, a Eros. Durante toda la larga aflicción de aquella noche, yo, que lo

había rechazado, confesé su imperio con lágrimas e inconsolables lamentos...

No puedo dar ni la menor idea acerca de cuándo me levanté, ni de mis tortuosos vagabundeos por entre las fogatas de medianoche, ni de cómo me evadí de las rientes y regocijadas multitudes que se dirigían a sus casas en tropel entre las tres y las cuatro de la madrugada, para reanudar sus vidas, barridas y aderezadas, despojadas de su pasado, completamente limpias. Pero al amanecer, cuando las ascuas de la alegría del mundo empezaron a apagarse (fue un gélido amanecer que me hizo tiritar dentro de mis ropas de verano), llegué, a través de un campo, a un pequeño soto lleno de jacintos de color azul oscuro. Una extraña sensación de familiaridad detuvo mis pasos, y allí me quedé, perplejo. Entonces decidí separarme del sendero una docena de pasos, e inmediatamente un árbol singularmente deforme vino a encajar con una muesca que había en mi memoria. ¡Aquél era el sitio! Allí fue donde, en otra ocasión, había colocado mi blanco para disparar contra él mi revólver, aprendiendo su manejo para el día que encontrara a Verrall.

El blanco y el revólver habían desaparecido, y mi violento y angosto pasado, con sus últimos vestigios, se había encogido hasta desvanecerse en las temblorosas llamas de los fuegos de Beltane. Finalmente, eché a andar a través de montones de grises cenizas, de regreso a la gran casa donde yacía la inmóvil imagen de la querida madre mía que acababa de perder.

3

Volví a Lowchester House cansadísimo, sintiéndome muy desdichado, agotado por mi infructuoso anhelo por Nettie. No tenía la menor idea de lo que debía hacer.

Una inexplicable atracción me condujo dentro de la gran casa para volver a contemplar la inmovilidad de lo que había sido el rostro de mi madre, y al entrar en la habitación, Anna, que estaba sentada al lado de la ventana abierta, se levantó para venir a mi

encuentro. Tenía el aire de quien espera algo. Ella también estaba pálida de tanto velar; toda la noche se la había pasado velando a la muerta y esperaba, ansiosa, mi vuelta. Yo permanecí, mudo, entre ella y la cama...

—Willie... —susurró.

Sus ojos parecían la lástima personificada.

Una fuerza invisible hizo que nos abrazáramos. El rostro de mi madre pareció más resuelto, más imperativo. Me volví hacia Anna como un niño se vuelve hacia su niñera. Le puse las manos sobre los hombros y ella me atrajo hacia sí, y mi corazón se desbordó. Oculté mi rostro en su seno, y, perdidas las fuerzas, estallé en un raudal de llanto...

Ella me acogió en sus brazos, murmurándome al oído como se le murmura a un niño pequeño:

—¡Pobrecillo, pobrecillo!

De repente, me besó. Me besó con una voraz intensidad de pasión, me besó en las mejillas, me besó en los labios. Me besó en los labios con sus labios, salados de lágrimas. Y yo le devolví los besos...

Después, bruscamente, nos separamos y permanecemos a cierta distancia el uno del otro... mirándonos.

4

Tengo la impresión de que el intenso recuerdo de Nettie se desvaneció por completo de mi mente al contacto de los labios de Anna. Amaba a Anna.

Nos dirigimos al Concejo de nuestro grupo, que entonces no se llamaba Concejo, sino Comité comunal, y allí me la entregaron en matrimonio. Al cabo de un año, ya me había dado un hijo. Ella fue y ha sido siempre mi más leal amiga, y durante algún tiempo fuimos unos amantes apasionados. Puedo decir que ella me ha amado siempre, manteniendo mi alma, henchida de amor y de tierna gratitud. Siempre que nos encontrábamos, nuestras manos y nuestros ojos se entrelazaban en amigable saludo, y durante

nuestras vidas, desde aquel momento, hemos sido el uno para el otro una recíproca ayuda y un mutuo refugio... Pero al cabo de algún tiempo, mi amor y mi deseo por Nettie se reprodujo con la misma intensidad de antes, como si nunca hubiera dejado de estar presente.

Nadie tendrá ninguna dificultad ahora para comprender cómo pudo ser aquello, pero en los días de la malaria universal, aquello habría sido algo de todo punto imposible. Yo habría tenido que aplastar aquel segundo amor y echarlo de mis pensamientos, manteniéndolo secreto para que Anna no se enterase o mintiendo a todo el mundo. La teoría del mundo antiguo consistía en que sólo podía haber un único amor; para nosotros, que flotamos sobre un verdadero océano de amor, la cosa resulta difícil de comprender. La naturaleza del hombre debía pertenecer exclusivamente a la mujer que lo poseía, así como la naturaleza de ella debía pertenecer exclusivamente a él. No había lugar para nada más. Si se sentía un exceso de amor, aquello era considerado como un descrédito. Las personas formaban entonces un sistema secreto y recluso de dos unidades, dos unidades más los hijos que ella tuviera de él. Él estaba obligado a no encontrar belleza alguna en ninguna de las demás mujeres, ni agrado ni interés, y ella lo mismo respecto a los demás hombres... Los hombres y las mujeres de antaño se apartaban de los demás en parejas, guareciéndose en casitas defensivas, como animales en sus madrigueras, y en aquellos «hogares» permanecían con los mejores propósitos amorosos, propósitos que, muy a menudo, se transformaban en celosa vigilancia de aquella extravagante propiedad mutua. Todo el frescor desaparecía con gran rapidez de su amor, de su conversación, todo el amor propio desaparecía igualmente a consecuencia de su vida en común. Permitirse una libertad cualquiera equivalía al deshonor. El hecho de que Anna y yo nos quisiéramos y que después de nuestra excursión amorosa juntos nos fuésemos cada uno por nuestro lado y volviéramos a comer en los comedores públicos hasta el advenimiento de su maternidad, habría parecido entonces de una violencia terrible para nuestra inalterable lealtad. Y el hecho de que yo estuviera dispuesto a seguir amando a Nettie, que amaba de un modo distinto a Verrall y a mí, habría sido un ultraje a la misma quintaesencia de la antigua convención.

En la pasada época, el amor era una propiedad cruel. Pero ahora Anna podía dejar que Nettie viviera en mi mente, tan libremente como una rosa tolera la presencia de una azucena. Si yo podía oír notas que no se hallaban en su pentagrama, Anna se alegraba, puesto que me amaba, de que yo escuchase otra música distinta de la suya. Además, ella podía percatarse muy bien de la belleza de Nettie. La vida es ahora tan rica y tan generosa, derramando amistad y millares de sentimientos tiernos y ayudas y consuelos, que nadie escatima a los demás la completa realización de todas las posibilidades de belleza. Para mí, desde el principio, Nettie fue la personificación de la belleza, la forma y el color de los divinos principios que iluminan al mundo. Para cada uno de nosotros existen ciertos tipos, ciertos rostros y formas, gestos, voces y entonaciones que poseen esa calidad inexplicable e imposible de analizar, y que salen de la multitud de personas amables y conocidas que se hallan en nuestro ambiente. Estas personas nos conmueven misteriosamente, removiendo profundas sensaciones que, de otro modo, dormirían, a la vez que penetran e interpretan para nosotros el mundo entero. Rechazar esta interpretación sería como rechazar el sol, llenando la vida de tinieblas y de muerte... Yo amaba a Nettie y amaba a todas aquellas personas que eran como ella, en la medida en que eran iguales a ella, en la voz, en los ojos, en las formas o en la sonrisa. Y entre mi esposa y yo no existía ninguna amargura porque la gran diosa, fuente de vida, Afrodita, reina del mar viviente, llegara a mi imaginación revestida de aquella forma. Aquello no menoscababa en absoluto nuestro mutuo amor, ya que actualmente en nuestro mundo el amor es libérrimo... Es como una red dorada alrededor de nuestro globo que comprende toda la humanidad.

Pensaba mucho en Nettie, y me hacían pensar en ella todas las cosas conmovedoramente bellas: la buena música, el color puro e intenso, todas las cosas tiernas y solemnes. Las estrellas eran suyas, así como el misterio de los rayos de luna, y el sol lo llevaba prendido en el cabello, finamente pulverizado, batido en destellos y en hilillos de luz entre las ondas de su cabellera... Luego, de pronto, un día llegó una carta de ella, con su escritura clara e inalterable, pero con un nuevo lenguaje de expresión, contándome muchas cosas. Se había enterado de la muerte de mi madre, y su continuo

pensar en mí se había vuelto tan intenso que había llegado a romper el silencio que yo le había impuesto. Nos escribimos, como amigos corrientes, un poco cohibidos al principio y con un grandísimo anhelo por mi parte de volver a verla. Durante algún tiempo me abstuve de expresar mi deseo, pero luego me sentí impelido a confesárselo. Y así fue como el día de Año Nuevo del Año Cuatro, Nettie vino a Lowchester. ¡Qué bien me acuerdo de su llegada, a través de un abismo de cincuenta años! Yo salí y crucé el parque para ir a su encuentro, a fin de que estuviéramos solos al encontramos. Era una mañana sin un soplo de brisa de un día quieto, claro y frío. La tierra estaba alfombrada de nieve y en todos los árboles había un inmóvil y brillante encaje de hielo. El sol naciente daba unos toques de oro a aquella blancura, y mi corazón latía y cantaba conmigo. Recuerdo muy bien las nevadas ondulaciones de la llanura, herida por el sol, destacándose nítida y recortada contra el brillante azul del cielo. Y en seguida vi a la mujer amada que venía a mi encuentro a través de los blancos árboles inmóviles...

Yo, que de Nettie había hecho una diosa, he aquí que la encontraba hecha una semejante, una mujer de carne y hueso. Se acercó, muy abrigadita, trémula, con una tierna promesa de lágrimas en sus ojos, con las manos extendidas y aquella inolvidable sonrisa en sus labios. Fue como si se apareara del ensueño que de ella yo me había fabricado, hecha un ovillo de deseos, pesadumbres y humana simpatía. Al cogerle las manos, noté que estaban un poco frías. La diosa brillaba a través de ella, sin duda alguna, centelleaba por todo su cuerpo. Nettie era el templo de adoración del amor hacia mí... Sí... Pero yo la sentía como una cosa recién descubierta: la hechura y las fibras de su vitalidad, sus amadísimas manos, personales y mortales...

EPÍLOGO

LA VENTANA DE LA TORRE

Esto es todo lo que aquel hombre de pelo entrecano y aspecto simpático había escrito. Yo me había sumido en aquel relato desde los primeros párrafos, olvidando la presencia del escritor, de su graciosa habitación y de la elevada torre donde estaba aposentado. Pero, gradualmente, a medida que iba acercándose el final, cierto sentimiento de extrañeza volvió a infiltrarse en mí. Se hacía más evidente cada vez para mí que aquélla era una humanidad distinta de la que yo había conocido, irreal, de costumbres diferentes, diferentes creencias, diferentes interpretaciones y diferentes emociones. No era un mero cambio en el ambiente y en las instituciones el producido por el cometa, sino también un cambio de sentimientos y de ideas. En cierto modo, el Cambio había deshumanizado al mundo, robándole sus despechos, sus mezquinas pero intensísimas envidias, sus incongruencias, su mal humor. Al llegar al final, y especialmente después de la muerte de la madre del autor, tuve la sensación de que mis simpatías se apartaban de su historia. Aquellas hogueras de Beltane habían quemado algo en él que en mí aún funcionaba vivamente y sin trabas, algo que se rebelaba en particular ante el retorno de Nettie. Dejé de fijar la atención en lo que leía distrayéndome un poco. No sentí lo mismo que él, no alcancé el sentimiento que había tenido de completa comprensión de sus frases. ¡Vaya con su Lord Eros! Él y toda aquella gente transfigurada eran ciertamente unas figuras nobles y hermosas, como los personajes que se ven en los grandes cuadros, como los dioses de la noble escultura, pero tenían la misma relación de compañerismo con los hombres que podían tener esos personajes de las obras de arte. A medida que se iba realizando el Cambio, en cada fase de su realización, el abismo entre ellos y los hombres se fue ensanchando y cada vez se hacía más difícil siguiendo sus palabras.

Dejé sobre la mesa el último fascículo y mis ojos se encontraron con su amistosa mirada. Era difícil no sentir simpatía hacia él.

Tuve una sensación muy sutil de embarazo al formular la pregunta que más perplejo me había dejado. Y, no obstante, me parecía tan lógica que tuve que formularla a la fuerza.

—¿Y fueron ustedes... fueron ustedes... amantes?

Sus cejas se enarcaron.

—¡Claro!

—Pero, ¿y su esposa?

Era evidente que él no me comprendía. Yo vacilé.

Aún más. Me dejaba perplejo mi propia convicción de aquella bajeza.

—Pero... ¿siguieron ustedes amándose?

—Sí.

Yo no estaba tampoco seguro de haberle comprendido.

Hice todavía otro intento, más valeroso.

—¿Y Nettie no tuvo otros amantes?

—¿Cómo? ¿Una mujer tan hermosa como ella? No sé cuántos amaron la belleza en ella, ni lo que ella encontró en los demás. Pero nosotros cuatro, desde entonces, estuvimos siempre muy juntos, ¿comprende usted? Éramos amigos, nos ayudábamos, amantes en un mundo de amantes.

—¿Cuatro?

—Estaba Verrall.

Entonces comprendí, de repente, que los pensamientos que se removían en mi mente eran viles y siniestros, que las raras suspicacias, las groserías y las torpes envidias de mi viejo mundo habían terminado para aquellas almas, mucho más refinadas que las nuestras.

—Ustedes hicieron entonces —dije tratando de mostrarme liberal— un hogar conjunto.

—¡Un hogar! —exclamó mirándome fijamente.

Yo, no sé por qué, miré mis pies.

¡Qué objeto tan torpe y chapucero es una bota! ¡Y qué basto y descolorido me pareció mi traje! ¡Qué ásperamente tosco me encontraba yo en medio de aquellos entes refinadísimos y perfeccionados! Por un momento sentí asco de mí mismo. Quise sobreponerme a todo aquello. Después de todo, aquélla no era mi

educación. Quise con todas mis ansias decir algo que le hiciera bajar los humos, quise, como si dijéramos, confirmar mis sospechas, formulando para ello una acusación ofensiva. Levanté la mirada y vi que él se había puesto de pie.

—Veo —me dijo— que está usted hablando como si todavía siguiera igual el viejo mundo. ¡Un hogar!

Tendió la mano y la ventana se ensanchó silenciosamente para que pudiéramos ver al exterior, y la espléndida perspectiva de aquella ciudad de ensueño se abrió ante mí. Durante un momento vi sus galerías y sus espacios al aire libre, sus árboles de frutos dorados y sus aguas cristalinas, su música y sus regocijos, su amor y su belleza incesantes, fluyendo por sus intrincadas calles. Y a las personas que se hallaban más cerca pude distinguirlas directa y claramente, y me convencí de que no eran contrahechas como me había parecido al verlas en el espejo deformador que pendía del techo. Realmente, no justificaban mis sospechas, y, sin embargo... Había personas como las que se ven en la Tierra..., sólo que parecían cambiadas. ¿Cómo podría expresar el cambio? Del mismo modo que una mujer cambia a los ojos de su amante, del mismo modo que una mujer cambia por un amor. Estaban como exaltados...

Yo permanecí de pie a su lado, mirando hacia fuera. Me sentía avergonzado, con las orejas enrojecidas por mi impertinente curiosidad y por la incomodidad que me producía la sensación que tenía de la existencia de profundas diferencias morales. Él era más alto que yo...

—Éste es nuestro hogar —dijo sonriendo, con sus ojos pensativos fijos en mí.

Ana Verónica

Capítulo Primero

ANA VERÓNICA HABLA CON SU PADRE

1

Una tarde de cierto miércoles, a últimos de septiembre, Ana Verónica Stanley volvía de Londres en un estado de profunda agitación, y firmemente decidida a hablar con su padre aquella misma noche. Antes de aquel día, había temblado al tomar tal resolución, pero esta vez nada podría alterarla. La crisis había llegado y casi se alegraba de que así fuera. En el tren que la traía de vuelta a su casa se dijo a sí misma que iba a ser una crisis decisiva. Ésta es la razón de que la presente novela comience aquí y no antes ni después, porque lo que constituye su sustancia es la historia de esta crisis y de sus consecuencias.

Volvía sola en un compartimiento desde Londres a Morningside Park y estaba sentada con los dos pies en el asiento, postura que hubiera disgustado a su madre si la hubiese visto y horrorizado a su abuela más allá de toda medida; tenía la barbilla apoyada en las rodillas y las manos entrelazadas, y estaba tan sumida en sus pensamientos que descubrió con sobresalto, al leer el letrero en un farol, que se hallaba ya en Morningside Park. Por un momento pensó que el tren salía de la estación, cuando en realidad no hacía sino entrar en ella.

—¡Dios mío! —exclamó.

Se puso en pie de un salto, cogió un paquete atado con una correa que contenía varios cuadernos, un libro de texto y un folleto con cubierta de color castaño amarillento y saltó del tren, para descubrir que éste aminoraba la marcha y que, como resultado de su precipitación, ahora tenía que recorrer el andén en toda su

longitud.

«Me equivoqué de nuevo —se dijo—. ¡Idiota!».

Se increpó duramente a sí misma mientras se ponía en marcha con el aire de externa serenidad que deben asumir las jóvenes de veintidós años a la vista del público.

Salió de la estación, pasó junto a las oficinas de los comerciantes en carbones y llegó a la verja que se alzaba junto a la carnicería, detrás de la cual discurría el camino hasta su casa. A la puerta del estanco se hallaba un hombre joven y sin sombrero, vestido de gris, que en aquel momento pegaba un sello a una carta. Al verla se puso rígido y su rostro adquirió un tono rubicundo. Ella aparentó no darse cuenta de su existencia, aunque fue probablemente su persona lo que la indujo a dar un rodeo en lugar de tomar el camino directo de la avenida.

—¡Uf! —exclamó el joven contemplando la carta dubitativamente antes de echarla al buzón—. ¡Allá va!

Después permaneció indeciso unos instantes con las manos en los bolsillos y la boca dispuesta para silbar, antes de echar a andar por la avenida.

Ana Verónica se olvidó de él en cuanto cruzó la verja y sus ojos volvieron a expresar su preocupación.

«Ha de ser ahora o nunca», se dijo.

Morningside Park era un suburbio que no había llegado a desarrollarse totalmente. Como la Galia prerrománica, consistía en tres partes. Primeramente estaba la avenida que, trazando una elegante curva, partía de la estación del ferrocarril hasta llegar al campo abierto. A ambos lados se levantaban pequeñas villas de ladrillos. Después venía un grupo de casas alrededor del estanque y junto a las arcadas de la estación se hallaban las viviendas de los obreros, a través de las cuales corría el camino de Surbiton hasta Epton. Ahora, como un hongo brillante, estaba surgiendo una especie de cuarto estado, compuesto de villas encarnadas y blancas, con alegres aleros y persianas. Por detrás de la avenida se elevaba una pequeña colina atravesada por un camino que llegaba hasta una serie de escalones. Allí se dividía en dos ramas, una de las cuales volvía una vez más a la avenida.

«Ahora o nunca —se repitió Ana Verónica subiendo los escalones—. A pesar de que detesto toda clase de discusión, he de

hacer valer mis derechos, o ceder para siempre».

Se sentó un momento y contempló la parte posterior de las casas; a continuación dirigió la vista al lugar en donde se levantaban, entre los árboles, las nuevas villas encamadas y blancas. Parecía estar haciendo el inventario del lugar.

«¡Dios santo! —exclamó al fin—. ¡Qué sitio! Me extraña no haberme ahogado ya. Quisiera saber por quién me toma».

Cuando al fin descendió las escaleras, su rostro tenía la expresión clara y tranquila de quien ha tomado una decisión definitiva. Se mantenía erguida y sus ojos castaños miraban con firmeza hacia delante.

Al aproximarse a la avenida, se encontró cara a cara junto al joven rubio y sin sombrero vestido de gris. Toda su actitud parecía pedir disculpas por el encuentro, puramente fortuito. Saludó con timidez.

—Hola, Vee —dijo.

—¡Hola, Teddy! —repuso ella.

El muchacho permaneció indeciso mientras ella pasaba junto a él. Era evidente que no se hallaba en estado de ánimo propicio para sostener una conversación. Teddy comprendió que tendría que dirigirse a su casa por el sendero que cruzaba el campo.

—¡Maldición! —exclamó—. ¡Maldición...! —repitió amargamente al echar a andar.

2

Ana Verónica Stanley tenía veintiún años y medio. Su cabello era negro, sus cejas de elegante dibujo y su cutis transparente; y las fuerzas que habían modelado sus facciones lo habían hecho con ilusión y cariño, dando como resultado algo verdaderamente hermoso. Era muy esbelta, a veces parecía alta y andaba y se movía con gracia y ligereza, como todo ser que se siente contento de vivir. Sus labios se unían con una expresión en parte de contento y en parte de ironía, dibujando la sombra de una sonrisa; su actitud era siempre de tranquila reserva; pero detrás de esta máscara se sentía descontenta de su suerte y ansiosa de libertad y de vida.

Quería vivir. Sentía una vehemente impaciencia de no sabía qué,

de hacer, de ser, de experimentar. Pero la experiencia anhelada tardaba en aparecer. El mundo que la rodeaba parecía como una casa que sus moradores han abandonado para pasar el verano en otro lugar. Las persianas estaban bajadas, la luz del sol permanecía fuera y no se podía discernir cuáles eran los colores que las paredes encerraban. Ella quería saberlo. Pero no podía estar segura de que las persianas se alzaran alguna vez, de que las puertas y ventanas llegaran a abrirse, o de que las lámparas, que parecían prometer un resplandor de fuego y de luz, fueran sacadas de sus fundas y encendidas. Un millón de seres minúsculos revoloteaba a su alrededor, no sólo hablando, sino pensando en voz baja...

Durante sus días escolares, especialmente durante sus primeros años, el mundo había sido muy explícito con ella, diciéndole lo que había de hacer y lo que no había de hacer, señalándole lecciones que había de aprender, juegos que había de jugar e intereses de todas clases. Pero pronto descubrió que existía un grupo de intereses llamado amor y matrimonio, que llevaba consigo ciertas fases muy atractivas, de coqueteos y conversaciones con personas de sexo opuesto. Se aproximó a este campo de intereses con su característica naturalidad. Y entonces tropezó con una sorpresa. Muy pronto su mundo, por medio de las maestras, de sus compañeras de más edad, de su tía y de un gran número de otras personas responsables y autorizadas, le aseguró que de ningún modo debía permitirse pensar en aquellos intereses. Miss Moffatt, la profesora de Historia e instructora de Moral, fue especialmente explícita en este tema. Todos estaban de acuerdo en mostrar desprecio o compasión hacia las jóvenes que sentían interés por tales asuntos y que traicionaban este interés en su conversación, sus vestidos o su comportamiento. En resumen, se trataba de un grupo de intereses distinto a todos los demás, extraño y especial, del que uno debía avergonzarse. Pero, a pesar de todo esto, a Ana Verónica le resultaba extraordinariamente difícil no pensar en estas cosas. Sin embargo, por poseer una gran cantidad de orgullo, decidió que no pensaría en estos desagradables tópicos y se esforzó con todas sus fuerzas por no hacerlo. Pero al final de sus días escolares aquello le dejó la sensación de expectación y vacío que ya he descrito, junto con cierto interrogante en la imaginación.

Descubrió que el mundo, desterrando estos asuntos, carecía de

mucho atractivo para ella. No tenía gran cosa que hacer, excepto vegetar en una existencia amenizada por visitas de los vecinos, juegos de tenis, lecturas de novelas, paseos y cuidados de la casa de su padre. Pensó que sería mejor dedicarse a los estudios. Su inteligencia era brillante y se esforzó por convencer a su padre de que la permitiera asistir a los cursos de Somerville o Newnham; pero su padre había conocido a una joven que había estudiado en Somerville, había hablado con ella y había sacado la consecuencia de que los estudios restan atractivo a la mujer. Dijo simplemente que prefería que se quedara en casa. Tuvieron varias disputas y, mientras tanto, ella siguió en el colegio. Al fin llegaron a una fórmula de compromiso y Ana Verónica se matriculó en un curso de Ciencias en el Instituto Femenino de Tredgold. (En el colegio se había ya graduado en la Universidad de Londres). Alcanzó la mayoría de edad y tuvo varios altercados con su tía hasta que logró convencerla de que le permitiera tener su propia llave para entrar y salir de la casa con libertad. Su mente comenzó a sentir de nuevo curiosidades vergonzosas disfrazándolas con la apariencia de arte y literatura. Leía con voracidad, y, a causa de la censura de su tía, comenzó a ocultar los libros que temía le fueran prohibidos, en lugar de traerlos a casa abiertamente. También iba al teatro siempre que conseguía encontrar una persona conveniente que la acompañara. Aprobó el examen general de Ciencias con toda clase de honores y se especializó en Biología. Poseía un agudo sentido de la forma y una lucidez mental poco corriente, por lo que la Biología y sobre toda la Anatomía comparada, le inspiraron un profundo interés, aunque no influían directamente en su vida privada. Trabajaba bien y al cabo de un año había adelantado en conocimientos a su propia profesora. Comprendió que ésta no tenía nada que enseñarle, y como buena anatomista descubrió que la forma de su cráneo dejaba que desear. Sintió el deseo de inscribirse como estudiante en el Colegio Imperial de Westminster, donde enseñaba Russell, para allí ampliar sus estudios.

Había hecho ya la propuesta en casa, y la contestación de su padre había sido bastante evasiva:

—Lo pensaré, Vee; lo pensaré despacio...

Lo estuvo pensando durante tanto tiempo que Ana Verónica se vio forzada a inscribirse de nuevo en el Instituto Tredgold. Mientras

tanto, surgió un conflicto de menor importancia, que sacó a relucir la cuestión de la llave propia y en general la posición que Ana Verónica ocupaba en la casa de su padre.

Además de los varios hombres de negocios, abogados, militares y viudas que vivían en la avenida de Morningside Park, había allí cierta familia de dotes artísticas, con la que Ana Verónica había contraído una gran amistad. Mr. Widgett era periodista y crítico de arte; iba siempre vestido con un traje a cuadros de color gris verdoso acompañado de corbata marrón; fumaba en pipa al pasear por la avenida los domingos por la mañana, viajaba a Londres en tercera clase y despreciaba abiertamente el golf. Ocupaba una de las pequeñas viviendas que quedaban junto a la estación. Tenía un hijo y tres hijas, cuyo cabello rojo Ana Verónica encontraba adorable. Dos de ellas habían sido íntimas amigas suyas en el colegio y habían cooperado para que su mente explorara más allá de los límites de la literatura que tenía en su casa. Era una familia alegre, irresponsable y pobre, y las chicas salieron del colegio para entrar en la Escuela de Arte de Fadden. Su vida se componía de bailes con los estudiantes de Arte, de reuniones socialistas, de museos y teatros, de charlas sobre el trabajo, e incluso, en ocasiones, de trabajar. De vez en cuando arrastraban a Ana Verónica al círculo de sus experiencias. Le habían pedido que acudiera al primero de los dos grandes bailes anuales de Fadden que tendría lugar el

1º

de octubre. Ana Verónica había aceptado la invitación con entusiasmo, pero su padre le había dicho que no podría ir.

Se había mostrado firme y había insistido en que de ningún modo iría al baile.

Asistir al baile incluía dos cosas que con todo su tacto Ana Verónica había sido incapaz de ocultar a su tía y a su padre. Su característica reserva llena de dignidad no le había servido de nada aquella vez. Una de estas cosas era que pensaba lucir un traje de mujer pirata, y la otra, que tendría que pasar en Londres lo que quedara de noche después del baile, con las chicas Widgett y un grupo de amigos, en un hotel cerca de Fitzroy Square.

—¡Pero, querida! —exclamó la tía Mollie.

—Es que —dijo Ana Verónica con el aire de quien comparte con otros sus problemas— he prometido ir. No pensé que... No sé de

qué forma voy a volverme atrás ahora.

Y fue entonces cuando su padre presentó su ultimátum. No lo hizo verbalmente, sino por medio de una carta, lo que a ella le pareció un método verdaderamente innoble.

«No ha podido hacerlo mirándome a los ojos —se dijo Ana Verónica—. Claro que en realidad todo esto es obra de tía Mollie».

Y por esta razón, cuando Ana Verónica se acercaba a la puerta de su casa, se dijo una vez más:

«Lo aclararé con él de algún modo. Tengo que aclararlo. Y si no quiere...».

Pero no llegó a formular la alternativa con palabras.

3

El padre de Ana Verónica era un abogado muy atareado. Era un hombre de cincuenta y tres años, delgado, serio y de aspecto preocupado. Iba siempre cuidadosamente afeitado. Su boca ofrecía una expresión de dureza, tenía la nariz aguileña, el cabello y los ojos grises, llevaba gafas con montura de oro y presentaba una pequeña calvicie circular en medio de la cabeza. Se llamaba Peter. Había tenido cinco hijos a intervalos regulares, de los cuales Ana Verónica era la menor, de modo que su nacimiento carecía para él de toda sorpresa y no le prestó mucha atención. La llamaba su «pequeña Vee», le daba palmaditas siempre que estaba a su lado y la trataba como puede tratarse a una persona de cualquier edad entre los once y los veintiocho años. Su trabajo le tenía siempre preocupado, y cuando volvía de la ciudad, dedicaba sus reservas de energía, en parte, al golf, juego que se tomaba muy en serio, y en parte a la práctica de la petrografía microscópica.

Se dedicaba a la microscopía, al antifilosófico estilo Victoriano, y la denominaba su «afición». El hecho de que en su decimoctavo cumpleaños le regalaran un microscopio, le había hecho dedicarse a la microscopía técnica y una amistad casual con un tratante en microscopios de Holborn había confirmado aquella inclinación. Poseía manos expertas y hábiles y se había convertido en uno de los aficionados clasificadores de piedras más diestros del mundo. Pasaba mucho más tiempo y gastaba mucho más dinero del que

podía permitirse, en una habitación en lo alto de la casa, haciendo nuevos aparatos lapidatorios y nuevos accesorios microscópicos, reduciendo trozos de roca a una delgadez casi transparente y montándolos de nuevo hasta lograr objetos verdaderamente bellos. Explicaba que lo hacía por distraerse. Exhibió sus mejores creaciones en la Sociedad Microscópica de Lowndean, donde su mérito técnico siempre causaba admiración. Su valor científico no era muy grande, puesto que al elegir las rocas consideraba primero la dificultad de su manejo, y su atractivo una vez terminado el trabajo. Manifestaba gran desprecio hacia las secciones que exhibían los «teóricos». Es posible que demostraran muchas cosas, pero sus obras estaban muy por debajo de las suyas propias. Sin embargo, un mundo equivocado concedía a aquellos competidores toda clase de distinciones...

No era un lector asiduo y lo poco que leía eran novelas ligeras como *La espada roja*, *El casco negro*, *La túnica escarlata*, también para distraerse. Leía, en invierno, después de la cena, y Ana Verónica asociaba siempre sus lecturas con la tendencia a monopolizar la luz y a exhibir ante el guardafuegos de la chimenea un raído par de zapatillas de piel de varios colores. A veces se preguntaba por qué su padre necesitaba tanta distracción. Su periódico favorito era el *Times*, que comenzaba a leer todas las mañanas, mientras desayunaba (manifestando casi siempre una profunda irritación), y se lo llevaba para terminarlo después en el tren, dejando a los habitantes de la casa sin periódico.

Ana Verónica recordó en alguna ocasión que le había conocido cuando era más joven, pero un día había seguido a otro y cada uno de ellos había borrado la impresión de su predecesor. Recordaba, eso sí, que cuando era muy niña le había visto algunas veces con pantalón blanco de tenis y que solía volver del trabajo en bicicleta. En aquellos días también ayudaba a su madre en los trabajos de jardinería. Mientras ella le contemplaba desde la escalinata, él clavaba alambres en la pared para que trepara la enredadera.

Como hija menor, a Ana Verónica le había caído en suerte vivir en un hogar que iba haciéndose menos animado y variado según crecía. Su madre murió cuando ella tenía trece años. Sus dos hermanas mayores se habían casado: una, sumisa; la otra, no. Sus dos hermanos habían salido al mundo años atrás y ella había sacado

todo el partido posible de su padre. Pero no era éste un padre de quien se pudiera sacar mucho partido, a pesar de que Ana Verónica estudió sus puntos flacos.

Sus ideas sobre las mujeres eran sentimentales y anticuadas. Pensaba que eran criaturas, o bien demasiado malas, tan malas que no había en el vocabulario moderno palabras con que describirlas (y en ese caso, con frecuencia vergonzosamente deseables), o demasiado puras y buenas para vivir en este mundo. Había hecho esta sencilla clasificación del sexo femenino excluyendo toda clase intermedia y sostenía que estas dos especies de mujeres habían de mantenerse apartadas incluso en los pensamientos. Las mujeres están hechas como vasijas de porcelana, para ser adoradas o para ser despreciadas, pero en ambos casos son vasijas muy frágiles. Él no había querido tener hijas. Cada vez que le había nacido una, había ocultado ante su mujer su desilusión con gran ternura y cariño, pero en la soledad del cuarto de baño se había desahogado, lanzando maldiciones apasionadamente sinceras. Era un hombre profundamente masculino, desprovisto de toda sensibilidad maternal. Había amado a su esposa, de ojos negros y rojas mejillas, con auténtica devoción, pero siempre había sentido, aunque nunca se había permitido pensar en ello, que el darle tantos hijos era poco delicado por su parte y en cierto sentido una intrusión en su vida. Sea como fuere, había dado carrera a sus dos hijos, que salían a flote, si no con brillantez, al menos con normalidad. Uno había ingresado en el Servicio Civil de la India y el otro en una empresa dedicada al negocio de motores, que iba adquiriendo importancia por días. Suponía que las hijas quedarían al cuidado de su madre. No tenía idea de lo que debía hacer respecto a ellas.

Tener una hija es un accidente en la vida de un hombre.

Naturalmente una hijita es algo delicioso. Corretea alegremente por la casa, salta, es muy linda, tiene enormes cantidades de pelo rubio y mayor facilidad para expresar afecto que sus hermanos. Es un apéndice decorativo de la madre, sabe imitarla y hace sus mismos gestos. Pronuncia frases ingeniosas que pueden repetirse en la oficina y que harían reír publicadas en el *Punch*. Se le puede dar nombres cariñosos como *Babs* y *Bibs*, y *Viddles* y *Vee*. Les gusta sentarse en las rodillas de su padre. Todo esto es muy agradable y como debe ser.

Pero una hijita es una cosa y una hija es otra muy distinta. Las relaciones de una hija con su padre constituyen algo sobre lo que Mr. Stanley nunca había reflexionado. Cuando al fin se vio obligado a pensar en ello, tuvo que recurrir a distraer su mente. Las novelas que le gustaba leer no consideraban este aspecto de la vida, ni podrían servirle de guía. Sus protagonistas no tenían hijas, sino que les bastaba con las hijas de los demás. En su opinión, el defecto de esta clase de literatura era que consideraba con ligereza los derechos paternos. Él, instintivamente, consideraba a sus hijas como su propiedad absoluta, propiedad cuya obligación era obedecerle. Eran suyas, podía entregarlas si así lo consideraba conveniente o guardarlas a su lado para consuelo de su vejez, si así lo prefería. La propiedad absoluta le parecía el resultado natural de todos los cuidados y dispendios que llevaba consigo la educación de una hija. Las hijas no eran como los hijos. No obstante, advirtió que tanto las novelas como el mundo en que vivía se hallaban en desacuerdo con estas ideas. Por lo tanto, todo esto llegó a preocuparle. Lo antiguo y lo moderno se hallaba en oposición; sus hijas se habían convertido en seres casi independientes... dependientes, lo que es absurdo. Una se había casado de acuerdo con sus deseos y la otra en contra de ellos. Y ahora Ana Verónica, su pequeña Vee, insatisfecha con su hogar estable, firme y seguro, se dedicaba a asistir a reuniones socialistas y a bailes de arte con amigas que van por la calle sin sombrero, y tenía la tendencia de llevar sus ambiciones científicas hasta un límite francamente antifemenino. Debía pensar que él no era más que el hombre que debía pagar sus cheques y proveerla de medios para disfrutar de su libertad. Insistía en que debía abandonar la seguridad del Instituto Femenino de Tredgold cambiándolo por las clases de Russell, y pretendía asistir a un baile de disfraces vestida de pirata y pasar el resto de la noche acompañada por las atolondradas hijas de Widdett en cualquier indescriptible hotel del Soho.

Se había esforzado por no pensar en ello, pero la situación y su hermana ya no se lo permitían. Finalmente había dejado a un lado *El sombrero lila*, se había retirado a su estudio, había encendido la luz de gas y escrito la carta que fue la causa de que sus poco satisfactorias relaciones con su hija llegaran a una crisis definitiva.

«**M**i querida *Vee*», escribió.

¡Estas hijas! Contempló la punta de la pluma, reflexionó, rasgó la cuartilla y comenzó de nuevo.

«Mi querida Verónica: Me ha dicho tu tía que te has comprometido con las chicas Widdett a asistir a un baile de disfraces en Londres. He creído entender que quieres ir vestida con un fantástico disfraz bajo la capa de noche, y que después de la fiesta te propones quedarte en un hotel con tus amigos y amigas, sin ninguna persona mayor que os acompañe. Siento tener que disgustarte en algo que te ilusiona, pero tengo que decirte...».

«¡Hum!», reflexionó mientras tachaba las tres últimas palabras.

«... pero todo esto es imposible».

—No —dijo.

Lo tachó de nuevo y añadió:

«... pero debo decirte que considero mi deber prohibir tales placeres».

—¡Maldita sea! —exclamo al contemplar la carta llena de tachaduras.

Cogiendo una nueva cuartilla copió cuanto había escrito, mientras la irritación se apoderaba de él.

«Lamento que hayas podido considerar una cosa semejante...», continuó.

Reflexionó y comenzó un nuevo párrafo.

«La verdad es que has empezado a albergar ideas muy extrañas sobre lo que una joven de tu posición puede y no puede hacer, y tu absurdo proyecto evidencia estas ideas. Creo que no comprendes del todo mis ideales y las relaciones que deben existir entre padre e hija. Tu actitud hacia mí...».

Se interrumpió y mordisqueó la pluma. Era difícil escribir con claridad sus pensamientos.

«... hacia tu tía...».

Durante unos instantes buscó la palabra adecuada.

«... y hacia la mayoría de las cosas establecidas en la vida, es, francamente, muy poco satisfactoria. Eres inquieta, agresiva y censuradora, con el irreflexivo y rudo sentido crítico de la juventud. No conoces los factores esenciales de la vida (ruego a Dios que tardes en conocerlos), y en medio de tu ignorancia estás dispuesta a

actuar de un modo que lamentarás durante mucho tiempo. La vida de una joven está llena de trampas y añagazas en las que puede caer en cualquier momento...».

Al llegar aquí se detuvo, imaginándose la expresión de Verónica al leer esta última frase. Pero estaba ya demasiado conmovido para poder advertir si cometía un error escribiendo aquellas metáforas.

«Al fin y al cabo, así es —se dijo—. Es la verdad. Y ya es hora de que ella lo sepa».

«La vida de una joven está llena de trampas y añagazas en las que puede caer en cualquier momento y de las que debe apartarse a toda costa».

Apretó los labios y frunció las cejas con solemne decisión.

«Mientras yo sea tu padre, mientras sea responsable de tu vida, me creeré siempre en la obligación de poner en juego toda mi autoridad para cortar tu extraña tendencia a hacer cosas extravagantes. Llegará un día en que me lo agradecerás. No es que crea, mi querida Verónica, que haya en ti alguna maldad innata; no la hay. Pero no es sólo el mal lo que contamina a la juventud, sino la proximidad del mal. Una reputación de indiscreta puede hacerte tanto daño como si tu conducta fuera verdaderamente reprensible. Por lo tanto, te ruego que comprendas que en este asunto obré por tu bien».

Firmó con su nombre y meditó. Después abrió la puerta del estudio y llamó:

—¡Mollie!

Volvió entonces a asumir una vez más su actitud autoritaria junto a la chimenea, ante los reflejos azulados de la luz del gas.

Su hermana apareció en la puerta.

Iba vestida con un complicado traje, compuesto todo él de encaje y bordados y confusos dibujos negros, rojos y crema. Mollie era, en muchos aspectos, una versión femenina, mucho más joven, de su hermano. Tenía la misma nariz afilada, de la que solamente Ana Verónica, de toda la familia, había logrado escapar. Su porte era elegante y tenía cierta aristocrática dignidad adquirida durante su largo compromiso matrimonial con un vicario descendiente de los Edmondshaws de Wiltshire. Su prometido murió antes de que pudieran casarse, y cuando su hermano se quedó viudo ella acudió en su ayuda y se dedicó al cuidado de su hija menor. Pero desde el

principio su concepto de la vida, relativamente anticuado, había chocado con la atmósfera suburbana, el espíritu de la juventud y el recuerdo de la pequeña *Mrs. Stanley*, cuya familia no había sido precisamente presentable... utilizando la forma menos dura de clasificarla. *Miss Stanley* decidió sentir un cálido afecto por su sobrina menor y ser una segunda madre en su vida... una segunda madre y una madre mejor. Pero no había encontrado el terreno muy propicio y había mucho en su persona que Ana Verónica no lograba comprender.

En aquel momento entró en la habitación con aire de reservada solicitud.

Mr. Stanley señaló la carta con una pipa que había sacado del bolsillo de su chaqueta.

—Léela y dime lo que te parece —dijo.

Su hermana la cogió con una mano llena de anillos y la leyó con aire de crítica, mientras él llenaba la pipa.

—Sí —dijo al fin—, es firme y al mismo tiempo afectuosa.

—Podía haber dicho muchas más cosas.

—Has dicho lo que tenías que decir. Nada más que lo necesario. Creo que de ningún modo debe ir a esa fiesta.

Hizo una pausa y *Mr. Stanley* esperó a que continuara.

—No creo que se dé cuenta del daño que esa gente puede hacerle o de la clase de vida a que la arrastraría —dijo—; echarían por tierra todas sus oportunidades.

—¿Crees que se le ofrecerá alguna?

—Es una joven extraordinariamente atractiva —dijo su hermana, añadiendo a continuación—. O al menos así lo creen algunas personas. Claro que es mejor no hablar de ciertas cosas hasta que éstas existan y sean tangibles.

—Razón de más para que no dé qué hablar ahora.

—Ésa es exactamente mi opinión.

Mr. Stanley cogió la carta y la sostuvo en la mano pensativo, durante unos instantes.

—Daría cualquier cosa por ver a nuestra pequeña *Vee* feliz y bien casada.

A la mañana siguiente entregó la nota a la criada al abandonar la casa para tomar el tren de Londres. Cuando Ana Verónica la recibió tuvo al principio la fantástica idea de que contenía un regalo

La decisión de Ana Verónica de aclarar las cosas con su padre no pudo llevarse a cabo sin alguna dificultad.

Como no volvía de la ciudad hasta las seis de la tarde, se fue a jugar al tenis con sus amigas las Widgett hasta la hora de la cena, fil ambiente durante la comida tampoco le fue propicio. Su tía se mostró extraordinariamente amable y le habló como si se tratara de una visita de cumplido acerca del alarmante desarrollo de los clavelones aquel verano, lo que constituía una especie de «peligro amarillo» para las plantas más pequeñas, mientras su padre estudiaba unos papeles.

—Me parece que tendremos que pasarnos sin clavelones el año que viene —repitió la tía Mollie por tercera vez— y sin margaritas. También éstas han crecido demasiado.

Elizabeth, la criada, entraba para servir la cena cada vez que Ana Verónica tenía la oportunidad de pedir una entrevista. En cuanto hubieron terminado de cenar, *Mr. Stanley*, después de haber fingido que pensaba quedarse a fumar una pipa, subió de pronto a su estudio para sumirse en la petrografía, y cuando Verónica llamó con los nudillos, contestó desde el otro lado de la puerta cerrada con llave:

—¡Vete, Vete! Estoy ocupado.

También durante el desayuno le fue imposible hablar con él. Su padre se dedicó a leer el *Times* con exagerada atención y se levantó inmediatamente para tomar el primero de los dos trenes que solía tomar para ir a Londres.

—Iré contigo a la estación —declaró Ana Verónica—. También yo puedo tomar este tren.

—Tendremos que correr —dijo su padre mirando el reloj.

—¡Correremos!

Pero no hubo necesidad de tal cosa y se limitaron a andar de prisa.

—Mira, papá... —comenzó a decir. Pero se interrumpió sin saber cómo continuar.

—Si se trata de tus planes para el baile, es inútil todo lo que digas, Verónica. Estoy decidido.

—Me harás quedar en ridículo ante todos mis amigos.

—No debías haberte comprometido a nada sin consultar con tu tía.

—Creía que ya tenía edad suficiente para decidir por mí misma

—dijo Ana Verónica vacilando entre la risa y el llanto.

Su padre apresuró el paso.

—No quiero discusiones ni llantos en la avenida —ordenó—. ¡Basta! Si tienes algo que decir, díselo a tu tía.

—¡Pero, oye, papá!

Él hizo con el *Times* un ademán imperioso.

—Está decidido. No irás a ese baile. ¡No irás!

—Es que tengo que hablarte de otras cosas.

—No me importa. Éste no es el lugar adecuado.

—¿Entonces puedo ir a verte al estudio esta noche después de cenar?

—Estaré ocupado.

—Es muy importante. Y no puedo hablar contigo en ningún otro momento. Quiero que lleguemos a un acuerdo.

Frente a ellos caminaba un caballero a quien evidentemente adelantarían muy pronto si seguían andando a aquel paso. Se trataba de *Mr.* Ramage, el morador de la gran mansión que se alzaba al final de la avenida. Había conocido recientemente a *Mr.* Stanley en el tren, donde cambiaron frases corteses. Era un corredor de seguros y el propietario de un periódico financiero; había prosperado rápidamente en los últimos años y *Mr.* Stanley le admiraba y detestaba por igual. Era intolerable pensar que podía oír su conversación. *Mr.* Stanley acortó el paso.

—No tienes derecho a molestarme de este modo, Verónica —dijo—. No veo qué beneficio puedes sacar de un asunto que ya está zanjado. Si necesitas consejo, tienes a tu tía. Sin embargo, si crees que debes airear tus opiniones...

—Entonces, esta noche, papá.

Su padre produjo un sonido con el que probablemente quiso expresar asentimiento, y entonces Ramage volvió la vista para atrás, se detuvo, saludó y esperó que le alcanzaran. Era un hombre de unos cincuenta años, de pelo gris, boca expresiva y salientes ojos

negros, que fijó escudriñadores en Ana Verónica. Vestía a la moda del West End y afectaba una urbanidad y cortesía que desconcertaba e irritaba al padre de Ana Verónica. No jugaba al golf, pero hacía ejercicio practicando la equitación, detalle también antipático.

—Hay demasiada frondosidad en la avenida —dijo *Mr. Stanley* mientras avanzaban—. Debían haber podado los árboles en primavera.

—Todavía tienen tiempo —dijo *Ramage*—. ¿Viene con nosotros. *Miss Stanley*?

—Yo voy en segunda y cambio de Wimbledon.

—En ese caso, iremos todos en segunda, si nos lo permite —dijo *Ramage*.

Mr. Stanley estuvo a punto de intervenir, pero no se le ocurrió de qué modo hacerlo, y se contentó con gruñir mientras preguntaba:

—¿Cómo está *Mrs. Ramage*?

—Como de costumbre. Le resulta muy molesto estar incorporada en la cama. Pero no tiene más remedio que hacerlo.

Como el tópico de su esposa inválida le aburría, se volvió inmediatamente hacia Ana Verónica.

—¿A dónde va usted? —preguntó—. ¿Piensa proseguir este invierno su trabajo científico? Supongo que la tendencia es hereditaria. —Durante unos instantes *Mr. Stanley* casi sintió simpatía por *Ramage*—. Estudia usted Biología, ¿no es cierto?

Comenzó a hablar de sus conocimientos de Biología como un lector de revistas que se ve reducido a obtener la información que en éstas se publica y se alegra de encontrarse con alguien que puede ampliarla.

Poco después los dos estaban en los mejores términos de amistad. Continuaron su conversación en el tren, lo que *Mr. Stanley* consideró como una nota de mal gusto teniendo en cuenta su presencia, y por ello fingió sumirse en la lectura del *Times* mientras la escuchaba. Le sorprendió desagradablemente la galante atención que *Ramage* concedía a Ana Verónica y las inteligentes respuestas de ésta. Eran cosas que no encajaban con sus ideas preconcebidas sobre la próxima entrevista que había de celebrar con su hija, caso de no poder evitarlo. De pronto comprendió de mala gana que, en

cierto sentido, Ana Verónica podía ser considerada como una persona mayor. Él era un hombre que clasificaba todas las cosas sin tener en cuenta fases intermedias, y para él, en cuestión de edad, no había más que dos clases femeninas: niñas y mujeres. La diferencia estaba en si se tenía o no derecho a acariciarlas. Pero he aquí que una niña (tenía que ser una niña, puesto que era su hija y era acariciable) imitaba perfectamente a una mujer. Siguió escuchando. En aquel momento estaba comentando, con extraordinaria y asombrosa seguridad una de las últimas comedias.

—Su manera de hacer el amor me pareció poco convincente — comentaba—. Acentuaba demasiado la mímica.

Mr. Stanley no comprendió inmediatamente el significado de aquellas palabras, pero un momento después se hizo la luz en su cerebro. ¡Santo cielo! ¡Estaba hablando de la manera de hacer el amor! Durante algún tiempo no oyó nada más y permaneció mirando fijamente con pétreos ojos el artículo de fondo del *Times* de aquel día. ¿Entendería ella algo de lo que había dicho? Afortunadamente iban en un vagón de segunda clase y sus habituales compañeros de viaje no se hallaban presentes. Aun así se imaginó que todos los viajeros estaban escuchando escondidos detrás de sus periódicos.

Por supuesto, las niñas repiten frases y opiniones cuyo significado no pueden comprender totalmente. Pero un hombre de edad madura como Ramage debía tener más sentido común y no hacer hablar de aquel modo a la hija de un amigo y vecino.

¡Ah! Después de todo, parecía que cambiaba de tema.

—Brodick es muy pesado —estaba diciendo—, y el interés principal de la comedia está en el desfalco.

¡Gracias a Dios! *Mr.* Stanley bajó el periódico y escudriñó los sombreros y las cejas de sus tres compañeros de viaje.

Llegaron a Wimbledon. Ramage ayudó a Ana Verónica a descender de la plataforma como si se tratara de una duquesa. Ella aceptó sus atenciones como tales deferencias por parte de hombres de edad madura todavía galantes fueran la cosa más natural del mundo. Cuando Ramage volvió a acomodarse en su rincón, comentó:

—La juventud crece de prisa, Stanley. Me parece que era ayer cuando corría por la avenida toda piernas y pelo.

Mr. Stanley le contempló a través de sus gafas con un sentimiento parecido a la animosidad.

—Ahora es toda sombrero e ideas —dijo con un toque de humorismo.

—Parece una muchacha de inteligencia poco común —comentó Ramage.

Mr. Stanley contempló con cansancio la cara perfectamente afeitada de su vecino.

—No estoy seguro de la conveniencia de todos estos estudios superiores... —dijo con el tono de quien da a su frase un profundo significado.

6

Pero según fueron pasando las horas de aquel día llegó a alcanzar una especie de acumulación de reflexiones. Se sorprendió a sí mismo pensando en su hija menor durante toda la mañana y más aún durante la tarde. Se representó varias veces su espalda joven y esbelta al descender del tren sin mirarle siquiera, y recordó la visión fugaz que tuvo de su cara, alegre y serena, cuando el tren salía de Wimbledon. Volvió a oír con exasperante perplejidad el tono natural de su voz al declarar que aquel actor no hacía el amor de un modo convincente. En realidad *Mr. Stanley* se sentía muy orgulloso de su hija, pero también profundamente enfadado y resentido ante la audaz seguridad en sí misma con la que la joven parecía dar a entender su absoluta independencia de él. Después de todo, no era una mujer; sólo lo parecía. Era imprudente e ignorante; no tenía ninguna experiencia. Ninguna. Comenzó a pensar las cosas firmes y enérgicas que le diría aquella noche.

Almorzó en el «Legal Club» de Chancery Lane, donde se encontró con Ogilvy. Estaba visto que aquel día las hijas eran la principal preocupación de sus padres. Ogilvy le habló del terrible problema de uno de sus clientes a aquel respecto, y le contó los detalles.

—Un caso curioso —dijo Ogilvy poniendo mantequilla en el pan y cortándolo de un modo que le era característico—. Un caso curioso que me ha hecho pensar.

Comió unos segundos en silencio y prosiguió:

—Se trata de una muchacha de dieciséis o diecisiete años, diecisiete y medio para ser exactos, que anda suelta por Londres. Una colegiala. Su familia es buena gente del West End. Gente de Kensington. El padre ha muerto. Ella sale del colegio y viene a casa. Después se matricula en Oxford. Veintiún años, veintidós años. ¿Por qué no se casa? Su padre le ha dejado mucho dinero en el testamento y además es una joven atractiva.

Ogilvy se interrumpió y se dedicó a cortar la carne.

—Estaba casada en secreto con un empleado —dijo con la boca llena.

—¡Santo Dios! —exclamó *Mr. Stanley*.

—Un joven muy guapo a quien conoció en Worthing. Muy romántico y todo eso. Él fue quien arregló la cosa.

—Pero...

—Puro romanticismo por parte de ella. Puro cálculo por parte de él. Tuvo la precaución de leer el testamento antes de hacerlo. Sí, como ve es un asunto muy bonito.

—¿Y ella no le quiere ahora?

—En absoluto. A una chica de dieciséis años le impresiona un cabello ondulado, la luz de la luna y una voz de tenor. Supongo que la mayoría de nuestras hijas se casarían con afinadores de órganos a esa edad, si tuvieran la ocasión de hacerlo. Mi hijo quiso casarse con una mujer de treinta años, empleada en un estanco. Pero un hijo es muy distinto y se puede arreglar, como nosotros lo arreglamos. Bien, ésta es la situación. Mis clientes no saben qué hacer, no podrían soportar el escándalo. No pueden permitir una bigamia. El tipo dio edad y dirección falsas, pero no se le puede condenar por una cosa así... ¡Y ahí tiene! Una mujer con la vida deshecha. ¡Al pensar en ello entran deseos de volver al sistema oriental!

Mr. Stanley sirvió el vino.

—¡Maldito canalla! —exclamó—. ¿No hay un hermano que pueda darle de patadas?

—Eso no es más que una mera satisfacción personal —reflexionó Ogilvy—. Mera satisfacción sensual. Y por el tono de algunas de las cartas, deduzco que ya lo han hecho. Pero esto no altera la situación.

—Estos canallas... —dijo *Mr. Stanley*, que hizo una pausa.

—Nuestra tarea principal debe ser alejar a nuestras hijas de ellos.

—Hubo un tiempo en que las jóvenes no tenían las ideas extravagantes que tienen hoy en día.

—Como *Lydia Languish*, por ejemplo. Sí, es cierto que no tenían tanta libertad como ahora.

—De todo tienen la culpa las malditas novelas y el torrente de noticias espúreas e intencionadas que aparecen en la prensa. Todos los ideales nuevos e ideas avanzadas sobre los derechos de la mujer y cosas de este estilo...

Ogilvy reflexionó.

—La joven de quien le hablo, que es en realidad de una franqueza encantadora, fue influida, según me dijo, por una representación escolar de *Romeo y luneta*.

Mr. Stanley consideró aquello como algo ajeno a la cuestión.

—Debería haber una censura de libros. Es muy necesaria. Aun con la censura de las obras de teatro, representan muy pocas cosas que podamos ver con nuestras esposas e hijas. ¿Qué pasaría si no existiera la censura?

Ogilvy siguió el curso de sus pensamientos.

—Me inclino a creer, *Stanley*, que fue la versión abreviada de *Romeo y Julieta* lo que hizo el daño. Si no hubieran suprimido la parte de la nodriza, la chica hubiera sabido más y hubiera hecho menos. No dejaron del drama más que la luna y las estrellas, la escena del balcón y aquello de: «¡Mi *Romeo*!».

—Shakespeare es completamente distinto de los escritores modernos. Yo no tengo nada en contra de Shakespeare. Pero este miasma moderno...

Mr. Stanley se sirvió mostaza sin terminar la frase.

—No discutiremos sobre Shakespeare —dijo Ogilvy—. Lo que me llama la atención es que hoy en día las jóvenes andan por todas partes tan libres como el aire y pueden casarse y hacer toda clase de cosas sin que nadie se lo impida. No tienen más barrera que la costumbre, cada vez menos extendida, de decir la verdad, y las limitaciones de su imaginación. Y en este aspecto se influyen las unas a las otras. Aunque no es de mi incumbencia, creo que deberíamos enseñarlas más, o restringirlas más. Una de las dos

cosas. Están demasiado libres para ser tan inocentes, o son demasiado inocentes para estar tan libres. Éste es mi punto de vista. ¿Va usted a tomar tarta de manzana, Stanley? Últimamente la tarta de manzana era magnífica... ¡verdaderamente magnífica!

7

Aquella noche, después de la cena, Ana Verónica exclamó:

—¡Papá!

Su padre la miró por encima de sus gafas y habló gravemente:

—Si tienes que decirme algo, guárdalo para el estudio. Voy a fumar aquí un rato y después subiré. No sé qué puedes tener que decirme. Creo que mi carta debe haber dejado las cosas suficientemente aclaradas. Esta noche tengo que estudiar varios documentos importantes, muy importantes.

—No te entretendré mucho, papá —dijo Ana Verónica.

—Mollie —comentó *Mr. Stanley* cogiendo un cigarro de la caja, mientras su hija y su hermana se ponían en pie—, no comprendo por qué *Vee* y tú no resolvéis este asunto, sea lo que sea, sin molestarme a mí.

Era la primera vez que la controversia se hacía triangular, ya que los tres eran tímidos por naturaleza.

Mr. Stanley se detuvo en mitad de la frase y Ana Verónica mantuvo la puerta abierta para que saliera su tía. La atmósfera estaba cargada. Su tía salió de la habitación con dignidad y subió en seguida a refugiarse en su habitación. Estaba completamente de acuerdo con su hermano. Le disgustaba profundamente que la muchacha no se dirigiera a ella. Aquello parecía demostrar una falta de afecto, una ofensa deliberada e inmerecida que le hacía sentirse justamente ofendida.

Cuando Ana Verónica entró en el estudio vio que la escena había sido cuidadosamente preparada. Las dos butacas se hallaban, una frente a otra, a ambos lados de la chimenea, y en medio del reflejo circular producido por la lámpara se hallaba un montón de papeles atado con una cinta. Stanley tenía un documento en la mano y fingió no darse por enterado de la llegada de su hija.

—Siéntate —dijo al fin. Jugueteó con los papeles y al cabo de

unos momentos se volvió de nuevo hacia ella—. ¿De qué se trata, Verónica? —preguntó en tono de deliberada ironía, contemplándola burlonamente por encima de las gafas.

Ana Verónica no hizo caso de la invitación de su padre a sentarse. Permaneció de pie en la alfombra y le miró.

—Mira, papá —dijo con toda naturalidad—. Yo tengo que ir a ese baile.

Mr. Stanley acentuó su ironía.

—¿Por qué? —preguntó.

La muchacha tardó unos segundos en contestar.

—Porque no veo que haya razón alguna en contra para que yo asista.

—Basta con que yo lo vea.

—¿Por qué no puedo ir?

—Porque ni el lugar ni la compañía son adecuadas.

—Pero, papá, ¿qué sabes tú cómo es la compañía y el lugar?

—Está fuera de toda discusión. No está bien, no es correcto, es imposible que duermas en Londres en un hotel. La idea no puede ser más absurda. No comprendo qué idea se ha adueñado de ti, Verónica.

Ladeó ligeramente la cabeza, hizo descender las comisuras de sus labios y la miró de nuevo por encima de las gafas.

—Pero ¿por qué es absurdo? —preguntó Ana Verónica jugueteando con la pipa que se hallaba encima de la chimenea.

—No creo necesario que te lo explique.

—Pero, papá, es que yo no creo que sea absurdo. De esto es de lo que quiero que hablemos. La cuestión se reduce a lo siguiente: ¿vas a permitirme que sea yo quien juzgue lo que me conviene y lo que no me conviene, o no?

—A juzgar por lo que te habías propuesto hacer, es evidente que no.

—Pues yo creo que ya tengo edad para ello.

—Mientras vivas en mi casa... —comenzó a decir *Mr. Stanley*. Pero no llegó a terminar la frase.

—Me estás tratando como si no viviera en ella. Y creo que no es justo.

—Tus ideas sobre la justicia son muy curiosas —comentó su padre—. Mi querida Verónica —añadió asumiendo un tono de

paternal paciencia—, no eres más que una niña. No sabes nada de la vida ni de sus peligros y posibilidades. Crees que todo es inofensivo y sencillo. Pero no lo es. No lo es. Estás equivocada. En algunas cosas, en muchas cosas, tienes que confiar en las personas mayores que tú, en los que saben más que tú de la vida. Tu tía y yo hemos hablado de este asunto. No hay nada más que decir. No irás a ese baile.

La conversación cesó durante algunos minutos. Ana Verónica se esforzó por dominar la complicada situación y no perder la cabeza. Se había vuelto para contemplar el fuego.

—Papá —dijo—, tienes que comprender que no se trata solamente del asunto del baile. Quiero asistir a él porque es una experiencia nueva para mí, porque creo que resultará interesante y aprenderé cosas nuevas. Tú dices que no sé nada, lo que probablemente es cierto. Y ¿de qué modo voy a aprenderlo?

—Hay cosas que espero no llegues nunca a aprender.

—Yo no estoy tan segura. Quiero saber todo cuanto haya que saber.

—¡Tonterías! —exclamó su padre alargando la mano hacia el montón de papeles.

—Éste es mi modo de pensar y es lo que quería decirte. Quiero ser un ser humano; quiero aprender cosas y saber cosas y no estar protegida como si fuera algo demasiado precioso para vivir en este mundo. No sentirme encerrada en un rincón oscuro.

—¡Encerrada! ¿Hice alguna objeción cuando quisiste ir al Instituto? ¿Te he prohibido alguna vez que salgas a horas razonables? ¡Incluso te he dado una bicicleta!

—Deseo que me tomes en serio —dijo Ana Verónica—. A mi edad soy ya una persona mayor. Quiero continuar mi trabajo universitario en condiciones apropiadas, ahora que he pasado el grado intermedio. Creo que no tendrás queja de mí en cuanto a los estudios. Nunca me han suspendido en un examen. Y a Roddy le suspendieron dos veces.

Su padre la interrumpió.

—Mira, Verónica, seamos francos el uno con el otro. No vas a asistir a las clases de ese hereje llamado Russell. Asistirás únicamente a las clases del «Instituto Tredgold». Lo he pensado bien y no cambiaré de opinión. Mientras vivas en mi casa tendrás que

hacer lo que yo quiera. Estás equivocada incluso en tu opinión sobre la talla científica de ese hombre y su trabajo. Hay hombres en Lowndean que se ríen de él. Y yo mismo he visto trabajos terminados por sus discípulos que parecen casi vergonzosos. También he oído rumores sobre su ayudante. Toda clase de rumores. Es un hombre llamado Capes que no contento con la ciencia, escribe artículos en revistas mensuales. Pero todo esto no viene al caso. No vas a asistir a sus clases y ¡basta!

La joven escuchó en silencio este discurso, pero la cara que contemplaba el fuego adquirió una expresión obstinada y terca que hizo resaltar el parecido entre padre e hija. Cuando al fin habló sus labios temblaban.

—Entonces, supongo que cuando me haya graduado tendré que volver a casa.

—Creo que es lo natural.

—¿Y a no hacer nada?

—Una mujer siempre encuentra cosas que hacer en casa.

—Hasta que alguien se compadezca de mí y se case conmigo.

Mr. Stanley levantó las cejas, golpeó impacientemente el suelo y cogió los documentos dando por terminada la discusión.

—Escúchame, papá —dijo Ana Verónica con la voz alterada—. ¿Qué ocurrirá si no me someto a lo que pretendes?

Su padre la contempló, como si éste fuera un nuevo aspecto de la cuestión.

—¿Qué ocurrirá si, por ejemplo, asisto a este baile?

—No harás tal cosa.

—Bien... Pero —durante un instante le faltó respiración— ¿de qué modo vas a evitarlo?

—¡Te lo he prohibido! —exclamó *Mr. Stanley* levantando la voz.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿qué harás si voy de todos modos?

—¡Vamos, Verónica! No, no. Esto es imposible. ¡Compréndeme! ¡Te lo prohíbo! No quiero oír que me amenazas con la desobediencia —hablaba casi a gritos—. ¡Te lo he prohibido!

—Estoy dispuesta a renunciar a cualquier cosa si me demuestras que en ella hay algún mal.

—¡Renunciarás a lo que yo quiera que renuncies!

Los dos se miraron durante una pausa, con expresión dura y obstinada.

Por medio de una asombrosa e inmóvil gimnasia interior ella se esforzaba en contener las lágrimas. Pero cuando habló con labios temblorosos, no logró impedir que asomaran a sus ojos.

—Pienso ir a ese baile —dijo entre sollozos—. ¡Pienso ir a ese baile! Quería razonar contigo, pero tú no quieres razonar. Te crees dogmático.

Al contemplar sus lágrimas la expresión de su padre cambió, haciéndose triunfante y un poco preocupada. Se puso en pie para rodearla con sus brazos, pero ella se apartó de él. Sacó un pañuelo y, sirviéndose de él mientras tragaba las lágrimas, logró poner fin a su llanto. La voz de *Mr. Stanley* había perdido toda su ironía.

—¡Vamos, Verónica! —rogó—. No seas irrazonable, Verónica. Todo esto es por tu bien. Tu tía y yo no pensamos más que en lo que te conviene.

—Y no me dejáis vivir. No me dejáis existir.

Mr. Stanley perdió la paciencia y se enfadó francamente.

—¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Te has vuelto loca? Mi querida niña, vives y existes. Tienes un hogar. Tienes amigos, conocidos, posición social, hermanos y hermanas y todas las ventajas. Y en lugar de limitarte a gozar de todo esto, quieres asistir a clases donde disecan conejos y ratones e ir a bailar por la noche con disfraces absurdos acompañada de Dios sabe quién. ¡Eso no es vivir! Estás fuera de ti. No sabes lo que pides ni lo que dices. No tienes razón ni lógica. Lamento tener que herir tus sentimientos, pero todo lo que te digo es por tu bien. No debes ir al baile, y no irás. En esto estoy completamente decidido. Y llegará un día, Verónica, hazme caso, llegará un día en que me agradecerás mi firmeza de esta noche. Me duele tener que decepcionarte, pero lo que te propones no debe ser.

Dio un paso hacia ella, pero Ana Verónica se apartó de él.

—Muy bien —dijo—. Buenas noches, padre.

—¡Cómo! ¿No me das un beso?

Ana Verónica fingió no oír.

La puerta se cerró tras de ella y durante largo rato *Mr. Stanley* permaneció de pie ante el fuego, reflexionando sobre la situación. Al fin se sentó y llenó la pipa con lentitud y meticulosidad...

«No sé qué otra cosa podía haber dicho», comentó para sí.

Capítulo II

ANA VERÓNICA ESCUCHA DISTINTAS OPINIONES

1

—¿**V**as a venir con nosotros al baile de Fadden, Ana Verónica?
—preguntó Constance Widdett.

Ana Verónica reflexionó antes de contestar.

—Ésa es mi intención —dijo al fin.

—¿Te estás haciendo el traje?

Ana Verónica dijo sin dudar:

—Sí.

Estaban en el dormitorio de la mayor de las Widdett. Hetty se había distendido un tobillo y varias personas le hacían compañía.

Era una habitación grande y clara decorada con dibujos de pintores desconocidos. Tenía una librería que bajo varias figuras de escayola y la mitad de un cráneo humano, exhibía una variada colección de libros. Bernard Shaw, Swinburne, Tom Jones, *Los Ensayos* de la Sociedad Fabiana, Pope y Dumas, se hallaban mezclados. Constance Widdett inclinaba su cabello rojo sobre su trabajo. Estaba pintando en colores en una mesa de cocina que había subido para ese fin. Y en la otra cama se sentaba una mujer de unos treinta años, vestida de verde, a quien Constance había presentado como *Miss Miniver*. *Miss Miniver* contemplaba el mundo con grandes ojos azules y emotivos que resultaban aún más agrandados por las gafas que usaba. Su nariz exhibía un tono rosado, su boca era de caprichoso dibujo y sus gafas se movían con rapidez cuando su mirada se fijaba en las caras de sus amigas. Parecía estallar en deseos de hablar y estar esperando la oportunidad para hacerlo. En la solapa lucía una insignia de marfil con las palabras «Derecho femenino al Voto». Ana Verónica estaba sentada al pie de la cama de la paciente, mientras Teddy Widdett

ocupaba la única silla de la habitación, fumaba cigarrillos y se esforzaba por disimular el hecho de que sólo miraba a Ana Verónica. Teddy era el joven sin sombrero que se había encontrado con Ana Verónica días antes en la avenida. Era menor que sus hermanas, había sido educado con ellas y por lo tanto estaba acostumbrado a la compañía femenina. Un ramo de flores, obsequio de Ana Verónica, adornaba la mesa de tocador. Ana Verónica se había acicalado con especial cuidado, ya que debía hacer una visita social aquella tarde en compañía de su tía.

La joven decidió mostrarse más explícita.

—Me han prohibido que vaya al baile —dijo.

—¡Oh! —exclamó Hetty volviendo la cabeza, mientras Teddy decía con profunda emoción:

—¡Dios mío!

—Sí —dijo Ana Verónica—, y esto complica la situación.

—¿Tu tía? —preguntó Constance, que estaba al corriente de los asuntos de su amiga.

—No, mi padre. La prohibición es en serio.

—¿Por qué? —preguntó Hetty.

—Ésa es la cuestión. Le pregunté por qué, pero no pudo darme ninguna razón.

—¡Se atrevió usted a pedir razones a su padre...! —exclamó *Miss Miniver* en un tono de voz acalorado—. Sí. Intenté razonar con él, pero no lo conseguí.

Ana Verónica reflexionó un instante.

—Por eso mismo creo que debo ir.

—¡Se atrevió usted a pedir razones a su padre! —repitió *Miss Miniver*.

—Nosotros siempre discutimos con nuestro padre. ¡Pobrecillo! —dijo Hetty—. Casi ha llegado a gustarme discutir con él.

—Los hombres no atienden nunca a razones —dijo *Miss Miniver*—. Y nunca tienen razones que dar. ¡Nunca! Y ni siquiera lo saben. No tienen la menor idea. Ésta es una de sus peores características; una de las peores.

—Pero oye, *Vee* —dijo Constance—. Si vienes con nosotros después de esa prohibición se va a armar un escándalo.

Ana Verónica se preguntó si debía hacer más confidencias. Su situación la tenía indecisa y la atmósfera de los *Widgett* invitaba a

la sinceridad.

—No se trata sólo del baile —dijo.

—Sino también de las clases —dijo Constance, siempre bien informada.

—Se trata de la situación en general. Por lo visto, no quieren que yo exista todavía. No quieren que estudie y no quieren que crezca. Tengo que quedarme en casa y permanecer al margen de todo.

—¡Dedicada a las tareas del hogar! —dijo *Miss Miniver* con tono sepulcral.

—Hasta que te cases, *Vee* —dijo Hetty.

—Bien, pues no creo que pueda soportarlo.

Miles de mujeres se han casado para obtener la libertad —dijo *Miss Miniver*—. ¡Miles y miles! ¡Uf! Y se han encontrado con que el matrimonio es una esclavitud mucho peor.

—Supongo que éste es nuestro sino —dijo Constance pintando de rosa los pétalos de una flor—. Pero es injusto.

—¿Qué es nuestro sino? —preguntó su hermana.

—¡La esclavitud! ¡La sujeción! Cuando pienso en ello siento en mi cuerpo huellas de pisadas... de pisadas de hombres. Procuramos olvidar esta verdad, pero ya no es posible ignorarla. ¡Maldición! ¡Me he equivocado!

Miss Miniver se dirigió a Ana Verónica y comenzó a hablar como quien revela profundos secretos.

—Tal como las cosas están hoy día, eso es cierto —dijo—. Vivimos gobernadas por instituciones hechas por el hombre. Casi todas las mujeres del mundo viven así, excepto unas cuantas que enseñan o saben escribir a máquina, pero aun a éstas las pagan muy poco y las explotan. ¡Es horrible pensar cómo nos explotan! —Calló unos instantes y al fin terminó de este modo—: Así estarán las cosas hasta que se nos conceda el derecho al voto.

—Yo soy partidario del voto femenino —dijo Teddy.

—Sí, supongo que nos pagan poco y nos explotan —dijo Ana Verónica—. Supongo que no hay manera de ganar dinero de un modo independiente.

—Las mujeres carecen de libertad económica porque carecen de libertad política —explicó *Miss Miniver*—. Los hombres se han preocupado de que así sea. La única profesión decente a la que

puede recurrir la mujer (excepto el teatro) es la enseñanza, y en ésta ya somos demasiadas. De todas las demás, el Derecho, la Medicina, la Bolsa, nos destierran los prejuicios.

—Queda el Arte —dijo Ana Verónica—, y la Literatura.

—No todo el mundo tiene esos dones. Y, de todas formas, ni aun allí a la mujer se le da lo que se le debe. Los hombres están en contra de ella. A todo cuanto hace se le quita importancia. Casi todas las mejores novelas han sido escritas por mujeres y, sin embargo, ya ve como los hombres se ríen todavía de la mujer novelista. Sólo hay un medio para que la mujer progrese, y es agradar a los hombres. ¡Para esto creen ellos que existimos!

—Somos unos animales —dijo Teddy—. ¡Unos animales!

Pero *Miss Miniver* no hizo caso de esta admisión.

—Naturalmente —siguió diciendo con voz monótona—, agradamos a los hombres. Tenemos esta ventaja. Les conocemos demasiado bien y la mayoría de nosotras utilizamos este conocimiento para conseguir nuestros fines. No lo hacemos todas, pero sí algunas. Demasiadas. Me gustaría saber lo que harían los hombres si nos despojáramos de nuestras caretas y les dijéramos lo que opinamos de ellos, si les demostráramos lo que somos y lo que valemos. —Sus mejillas se tiñeron de color—. Nuestro punto flaco ha sido la maternidad.

Pronunció un discurso largo, confuso y enfático sobre la situación de las mujeres, mientras Constance trabajaba, Ana Verónica y Hetty escuchaban y Teddy emitía sonidos comprensivos y consumía cigarrillos baratos. Mientras hablaba, accionaba con las manos e inclinaba la cabeza hacia adelante; a veces miraba a Ana Verónica, y otras veces contemplaba una fotografía de la Axenstrasse, cerca de Flüelen, que colgaba de la pared. Ana Verónica la miraba, vagamente de acuerdo con ella y al mismo tiempo despreciando su insuficiencia física y sus movimientos convulsivos. En realidad, el discurso era una mezcla de frases hechas, de pasajes leídos, de argumentos sugeridos más que expuestos, y todo ello servido en una salsa de extraño entusiasmo; en fin, algo informe, pero intenso. Ana Verónica se había acostumbrado en el Instituto Tredgold a desenredar madejas de argumentaciones confusas, y en aquella ocasión tuvo el curioso convencimiento de que en el fondo de todo aquello había algo real,

algo que tenía significado. Pero resultaba muy difícil sacarlo de la maraña. No comprendía la nota de hostilidad hacia los hombres que vibraba en las palabras de *Miss Miniver*, ni la malignidad amarga que iluminaba sus ojos y sus mejillas, ni la insinuación de que había sufrido una serie de ofensas que habían ido acumulándose hasta hacerse insoportables.

—Nosotras somos la especie —decía *Miss Miniver*—. Los hombres no son más que incidentes. Se dan importancia, pero ésta es la verdad. En todas las especies animales, las hembras son más importantes que los machos; los machos han de esforzarse por agradarles. Recordad las plumas del gallo, recordad la competencia que se hacen todos los animales, excepto los humanos. Los ciervos, los toros, todos tienen que luchar por las hembras, en todas partes. Típicamente en la humanidad es el macho el más importante. Y esto ocurre a causa de nuestra maternidad; lo que nos degrada es nuestra misma importancia. Mientras cuidábamos de los niños, nos robaron nuestros derechos y libertades. Los niños nos hicieron esclavas y los hombres se aprovecharon de ello. Es, según dice *Mrs. Shalford*, lo accidental conquistando lo esencial. En un principio no había machos entre los primeros animales. Está demostrado. Más tarde aparecen entre las especies inferiores, entre los crustáceos y otros animales semejantes, como pequeñas criaturas inferiores a las hembras. Eran objeto de risa. Y también entre los seres humanos eran las mujeres las que gobernaban al principio; eran dueñas de todo, inventaron las Artes. El gobierno primitivo era el Matriarcado. ¡El Matriarcado! Los Señores de la Creación corrían de un lado para otro y no hacían más que obedecer.

—Pero ¿es eso cierto? —preguntó Ana Verónica.

—Está demostrado —dijo *Miss Miniver*, que añadió a continuación—: Está demostrado por profesores americanos.

—Pero ¿cómo lo han demostrado?

—Por medio de la Ciencia —respondió *Miss Miniver*, que se apresuró a continuar, alargando una mano retórica que exhibía parte de un dedo a través del guante—. Y ahora ¡ved lo que ha sido de nosotras! ¡Ved en lo que nos hemos convertido! ¡En juguetes! ¡En delicadas naderías! Somos un sexo de inválidas. Nos hemos convertido en parásitos.

Ana Verónica pensó que aquello era al mismo tiempo absurdo y

exacto. Hetty, que tenía períodos de lúcida expresión, aprovechó la pausa retórica de *Miss Miniver*.

—No estoy de acuerdo en eso de que seamos juguetes. Nadie juega conmigo. Nadie considera a Constance o a *Vee* como una delicada nadería.

Teddy produjo un sonido confuso, pero su comentario fue ahogado por un carraspeo de garganta y enterrado precipitadamente bajo un oportuno golpe de tos.

—Y más vale que no lo hagan —prosiguió Hetty—. No somos juguetes. Juguetes no es la palabra. Estamos consideradas como material inflamable que no puede dejarse en cualquier parte. Somos la especie y la maternidad en nuestro papel; esto es cierto, pero nadie quiere confesarlo por miedo a que nos inflamemos y nos dediquemos a jugar este papel sin esperar a que se nos dé ninguna otra explicación. ¡Como si nosotras lo ignoráramos! El problema más importante es la edad, antes nos casaban a los diecisiete años, induciéndonos a hacer ciertas cosas sin darnos tiempo a protestar. Ahora no lo hacen, sabe Dios por qué razón. Ahora no nos casan hasta que hayamos pasado los veinte. En el intervalo no hacemos nada. Hay un gran abismo de años y nadie sabe en qué ocuparse. Por lo tanto, el mundo está lleno de hijas en espera. Hijas que empiezan a pensar y a hacerse preguntas y no son una cosa ni otra. Somos en parte seres humanos y en parte hembras en suspenso.

Miss Miniver escuchaba con expresión de perplejidad. El método de exposición de la familia *Widgett* no resultaba muy claro para su mente retórica.

—Para todo esto no hay más remedio que el voto —dijo sin aliento—. Cuando tengamos esto...

Pero Ana Verónica la interrumpió sin prestar atención.

—¡Eso es! —dijo—. No saben qué hacer con nosotras. No tienen la menor idea de cuáles son sus propósitos respecto a nosotras.

—Excepto mantenemos alejadas del fuego para evitar que nos inflamemos —dijo Constance contemplando su obra con la cabeza inclinada.

—Y no permiten que seamos nosotras quienes gobernemos nuestras vidas.

—Pero lo haremos —dijo *Miss Miniver*, resistiéndose a ser silenciada—. Aunque algunas de nosotras tengamos que morir para

conseguirlo.

Apretó los labios con decisión, haciendo que para todos resultara evidente que se hallaba consumida por la misma pasión de sacrificio que ha dado mártires al mundo desde el principio de las cosas.

—Quisiera hacer comprender a cada mujer, a cada niña, lo que el voto significa para nosotras.

2

Cuando Ana Verónica se dirigía por la avenida al encuentro de su tía, advirtió que alguien corría tras ella intentando alcanzarla. Volvió la cabeza y vio a Teddy que llegó hasta ella, y se detuvo, casi sin aliento, con las mejillas rojas y el pajizo cabello en desorden. Comenzó a hablar entrecortadamente.

—Oye, Vee. Medio minuto, Vee. Tú deseas la libertad. Escucha. Si deseas la libertad... He tenido una idea. ¿Sabes lo que hacen los estudiantes en Rusia? Llevan a cabo un matrimonio legal. Puro trámite. Algo que libera a la mujer del control de sus padres. ¿Comprendes? Te casas conmigo. Sencillamente. Sin ninguna responsabilidad. Sin ninguna desventaja. ¿Por qué no? Yo estoy dispuesto y conseguiría la licencia. No ha sido más que una idea. No tiene importancia. Haría cualquier cosa por complacerte, Vee. Cualquier cosa. No soy digno de besar el polvo de tus botas.

Hizo una pausa.

El deseo de Ana Verónica de echarse a reír se vio reprimido por la profunda seriedad de la expresión del muchacho.

—Eres muy bueno, Teddy —dijo.

Él afirmó en silencio, demasiado conmovido para hablar.

—Pero no veo de qué modo esto puede ser la solución del problema —dijo Ana Verónica.

—¿No? Bueno, no era más que una propuesta. Olvídalo. Naturalmente, si en algún momento cambias de opinión... estaré siempre a tus órdenes. Espero que no te hayas ofendido. Muy bien... Adiós. Tengo que jugar al *hockey* con Jackson. Adiós, Fee. No era más que una idea. ¿Comprendes? Algo sin importancia. Una idea pasajera.

—¡Eres un encanto, Teddy!

—¡Oh, nada de eso! —repuso Teddy quitándose un imaginario sombrero y dejándola sola.

3

La visita que Ana Verónica hizo con su tía aquella tarde, tuvo al principio la misma relación con la conversación celebrada en casa de las Widdett que la que podría tener una estatua de *Mr. Gladstone* con el interior de un animal en una mesa de disección. Las Widdett hablaban sin conceder importancia alguna a las apariencias externas; los Palsworthy hallaban todo el sentido de la vida en su superficie. Eran los seres más artificiales que se movían en el mundo artificial que rodeaba a Ana Verónica. Es posible que la capacidad mental de los Widdett fuera escasa y pobre, pero se presentaban ante el mundo sin disfraz. *Lady Palsworthy* era la viuda de un caballero que había prosperado en el comercio al por mayor de carbón; ella pertenecía a una buena familia del siglo XVII y era pariente lejana del fallecido prometido de la tía Mollie. Era la figura social eminente de Morningside Park, y a su modo superficial y alambicado una mujer extremadamente bondadosa y agradable. Con ella vivía una tal *Mrs. Pramlay*, hermana del médico de Morningside Park y miembro muy activo del Comité de la Sociedad para Ayuda de Mujeres Desvalidas. Ambas damas se hallaban en términos de amistad con todo lo mejor de la sociedad de Morningside Park; recibían una vez al mes, a veces ofrecían reuniones musicales, eran invitadas a todas partes, poseían un campo de tenis y otro de cricquet y eran expertas en el arte de reunir a la gente. No hablaban nunca de nada profundo, nunca discutían, nunca alentaban la crítica. Eran simplemente dos mujeres agradables.

Ana Verónica se sorprendió recorriendo al lado de su tía la avenida que acababa de ser el escenario de su primera declaración amorosa, y especulando por primera vez en su vida sobre las actitudes mentales de la hermana de su padre. El efecto que producía al principio era que se trataba de alguien completamente seguro de sí mismo, como si lo supiera todo y únicamente su

instintiva delicadeza le impidiera decir lo que sabía. Pero las limitaciones de su instintiva delicadeza eran muy grandes; además de a los asuntos sexuales, se extendían a la religión, la política y a cualquier mención de dinero o de crímenes. Ana Verónica se sorprendió preguntándose si estas exclusiones representarían, después de todo, algo más que supresiones. ¿Había algo en las estancias cerradas y selladas de la mente de su tía? ¿Estaban completamente amuebladas y sólo un poco polvorientas y necesitadas de aire, o estaban vacías y pobladas únicamente por una cucaracha o alguna rata? ¿Cuál sería el equivalente mental del roído de una rata? La imagen no era muy brillante. ¿Qué pensaría su tía de la reciente proposición matrimonial de Teddy? ¿Qué pensaría de la conversación sostenida con las Widdetts? ¿Qué diría si le hablaba de los machos parásitos de los crustáceos? La muchacha reprimió una risa que hubiera sido inexplicable.

Su cerebro se sumió en la ciencia antropológica con un destello de humorismo. Uno de los secretos interrogantes de su mente era el grotesco curso que de vez en cuando seguían sus ideas, como si se rebelaran y amotinaran. Después de todo —se sorprendió reflexionando—, detrás del complaciente rostro de su tía se alzaba un pasado fantástico (no el pasado personal de su tía, naturalmente, que se limitaba a su compromiso matrimonial y era casi increíblemente insípido), sino un pasado ancestral que contenía toda clase de cosas escandalosas: juegos y matanzas, exogamia, matrimonios por captura, canibalismo. Un número de antecesores que quizá tuvieran algún leve parecido con su tía, con el cabello no tan cuidadosamente arreglado y con gestos y actitudes todavía indisciplinados, pero antecesoras al fin en línea directa, habían bailado durante una breve y emocionante vida en el campo salvaje. ¿No quedaría un eco de aquello en algún rincón del cerebro de Miss Stanley? Aquellas estancias vacías, si estaban vacías, eran los equivalentes de predecesores asombrosamente decorados. Quizá fuera mejor que no quedara recuerdo alguno...

Al llegar aquí Ana Verónica estaba ya asustada de sus propios pensamientos que, no obstante, no podía contener. En su imaginación ella y su tía estaban a punto de volver a la primitiva vida vegetal, apasionada y completamente indecorosa, saltaban de rama en rama y disfrutaban de una total libertad. Sin embargo, su

llegada a la casa de los Palsworthy interrumpió estas imágenes y trajo una vez más a Ana Verónica a las exigencias de su vida artificial.

A *Lady Palsworthy* le gustaba Ana Verónica porque siempre sabía cómo comportarse, su mirada era digna y sus vestidos de buen porte. Pensaba de ella que era tan tímida como debían de ser todas las jóvenes, que no era ni demasiado habladora ni demasiado callada y que carecía de toda la agresividad, el egoísmo y la falta de consideración de la típica joven moderna. Pero *Lady Palsworthy* no había visto nunca a Ana Verónica corriendo tan veloz como el viento cuando jugaba al *hockey*. No la había oído discutir de Teología y no había observado que su esbelta figura era natural y no debida a un corsé. Daba por hecho que Ana Verónica usaba un corsé de ballenas, no muy fuerte quizá, pero ballenas de todos modos, y no pensó más en el asunto. En realidad sólo la había visto en sus tés, cuando la artificialidad de los Stanley se hallaba en su cénit. Hay demasiadas jóvenes hoy en día que a la hora del té resultan impresentables por sus risas estridentes, la descarada postura de sus piernas al sentarse y su vulgar falta de respeto; cierto que ya no fuman como las jóvenes de finales del siglo pasado, pero a pesar de ello parece que huelen a tabaco. No entienden de afabilidades y atacan la superficie de las cosas como si lo hicieran con un propósito definido. *Lady Palsworthy* y *Mrs. Pramlay* vivían para las amenidades y las superficies de las cosas. Ana Verónica era una de las pocas jóvenes (y hay que invitar siempre a alguna joven, del mismo modo que hay que exhibir siempre algún ramo de flores) que uno podía invitar a sus reuniones sin arriesgarse a traer con ella una nota discordante. Además, su relación con *Miss Stanley* le daba a uno una ligera pero agradable sensación de propiedad sobre la muchacha; e incluso se podían alimentar ciertos sueños respecto a ella.

Mrs. Pramlay las recibió en una agradable sala, cuyas puertas vidrieras daban al jardín y permitían contemplar el campo de cricquet, la pista de tenis a lo lejos y el caminillo bordeado de rosales, dalias y girasoles. Su mirada se encontró con la de *Miss Stanley* y se mostró más afectuosa que nunca al saludar a Ana Verónica. Ésta se dirigió a continuación al jardín, donde se hallaba la *élite* de la sociedad de Morningside Park. Allí se encontró con

Lady Palsworthy, que le ofreció una taza de té y la condujo por entre los grupos de gente. Al otro lado del césped y moviéndose indeciso de un lado para otro, Ana Verónica distinguió, e inmediatamente fingió no verle, a *Mr. Manning*, el sobrino de *Lady Palsworthy*, un joven alto, de unos treinta y siete años, con rostro atrayente y pensativo, bigote negro y cierta ampulosidad de ademanes. Desde aquel momento la fiesta se redujo para Ana Verónica a un juego en el que tuvo que maniobrar inadvertida y por fin inútilmente, para impedir una conversación a solas con aquel caballero.

En anteriores ocasiones, *Mr. Manning* había dado a entender que Ana Verónica le resultaba interesante y que por su parte deseaba interesarle también. Pertenecía al Servicio Civil y después de varias conversaciones sobre la estética, de carácter sentencioso, agradable y difuso, le había enviado un pequeño volumen que describió como el fruto de su inspiración y que en realidad consistía en poesías cuidadosamente elaboradas. Se refería a los aspectos más bellos de los sentimientos de *Mr. Manning*, y como la mente de Ana Verónica se hallaba ocupada en temas fundamentales y no hallaba placer en formas métricas, todavía no había encontrado el momento de cortar sus páginas. Así que, al verle, exclamó para sí:

«¡Cielos!».

Se dispuso a esquivarle por todos los medios, pero *Mr. Manning* se dirigió hacia ella en línea recta, mientras hablaba con la tía del vicario del olor que despedían las nuevas lámparas de la iglesia. No puede decirse que cortó la conversación, sino más bien que se cernió sobre ella, ya que era hombre de elevada estatura.

Los ojos que contemplaron a Ana Verónica desde aquella altura, estaban sin duda llenos de amables intenciones.

—Tiene usted hoy un aspecto espléndido, *Miss Stanley* —dijo—. Debe de sentirse muy bien.

Resplandeciente de alegría, le tendió las manos con efusión y *Lady Palsworthy*, que en aquel momento apareció en su ayuda, se llevó consigo a la tía del vicario.

—Amo el final del verano más de lo que pueden expresar las palabras —dijo—. He intentado describirlo con palabras, pero es inútil. Es como una bendición. Me hace pensar en la música.

Ana Verónica asintió y se esforzó por hacer que aquel

asentimiento implicara que había leído alguno de sus poemas.

—Debe de ser espléndido poder componer música... ¡Magnífico! Beethoven es el mejor, ¿no cree usted? La Pastoral...

Ana Verónica asintió de nuevo.

—¿Qué ha hecho usted desde nuestra última conversación? ¿Sigue cortando conejos y estudiando su interior? He pensado desde entonces a menudo en aquella charla.

Mr. Manning no pareció necesitar respuesta alguna a su pregunta, y repitió:

—Muy a menudo.

—Estas flores de otoño son muy hermosas —dijo Ana Verónica, después de una pausa que resultó algo violenta.

—Venga a ver las margaritas que crecen al fondo del jardín —dijo *Mr. Manning*—. Son un sueño.

Y Ana Verónica se vio de este modo reducida a un aislamiento aún más remoto que el extremo del jardín, mientras toda la reunión les miraba y hacía comentarios.

«¡Maldita sea!», se dijo Ana Verónica preparándose para la discusión.

Mr. Manning le dijo que amaba la belleza y la obligó a hacer una admisión similar. Conseguido esto, se dedicó a hablar de su propio amor por la belleza. Explicó que en su opinión la belleza justificaba la vida, que no podría imaginar una buena acción que no fuera bella, ni una cosa bella que fuera completamente mala. Ana Verónica dijo que, según la historia, algunas personas que poseían la belleza habían poseído también una gran dosis de maldad, pero *Mr. Manning* expresó su duda de que los que fueran malos fueran verdaderamente bellos, o de que los que fueran bellos fueran verdaderamente malos. Ana Verónica no logró mantener completamente fija su atención, mientras él explicaba que se sentía casi un esclavo en presencia de la belleza. Al fin llegaron al lugar donde crecían las margaritas de San Miguel. Eran verdaderamente muy hermosas y abundantes y lucían sobre un fondo de girasoles.

—Siento deseos de gritar —dijo *Mr. Manning* con ampuloso ademán.

—Han salido muy bien este año —asintió Ana Verónica evitando toda controversia.

—Cuando veo cosas bellas, siempre siento deseos de gritar o de

llorar —dijo *Mr. Manning*. Hizo una pausa y la miró, añadiendo después en tono confidencial—: También siento deseos de rezar.

—¿Cuándo es el día de San Miguel? —preguntó Ana Verónica con cierta incoherencia.

—¡Sabe Dios! —exclamó *Mr. Manning*, que añadió a continuación—: El 29.

—Creí que era antes. ¿No tenía que reunirse el Parlamento?

Su acompañante hizo un nuevo ademán con la mano que apoyó en un árbol, y cruzó las piernas.

—¿Le interesa la política? —preguntó casi en tono de protesta.

—Sí, bastante —afirmó Ana Verónica—. Me resulta... Es... interesante.

—¿Lo cree usted así? Por mi parte siento que mi interés en esas cosas decae de día en día.

—A mí me inspira una gran curiosidad. Es posible que se deba a mi ignorancia. Creo que toda persona inteligente debería interesarse por la política. Es algo que nos interesa a todos.

—No lo sé —dijo *Mr. Manning* con una sonrisa indescifrable.

—Yo lo creo así. Después de todo, la política es la historia del futuro.

—Cierta clase de historia —objetó *Mr. Manning*—. Cierta clase de historia. ¡Pero mire estas maravillosas margaritas!

—¿Acaso no cree usted que las cuestiones políticas son importantes?

—No creo que lo sean esta tarde, y menos aún para usted.

Ana Verónica dio la espalda a las margaritas de San Miguel y contempló la casa con el aire de quien ha cumplido un deber.

—Acerquémonos a aquel macizo, ya que hemos llegado hasta aquí, *Miss Stanley*. Son más hermosas aún, si tal cosa es posible.

Ana Verónica hizo lo que le indicaban.

—Ya sabe usted que yo soy un poco anticuado. *Miss Stanley*. Creo que las mujeres no deben ocuparse de cosas como la política.

—Yo soy partidaria del voto —dijo Ana Verónica.

—¿Es posible? —preguntó *Mr. Manning* moviendo el brazo en dirección a las flores—. Desearía que no lo fuera.

—¿Por qué no? —preguntó volviéndose hacia él.

—Porque choca con todas mis ideas. Para mí las mujeres son algo tan femenino, tan sereno, tan elevado, y la política algo tan

sórdido, tan fatigoso y tan polvoriento, que no pueden tener relación alguna entre sí. Creo que el deber de toda mujer es ser bella. Ser bella y comportarse como conviene a su belleza. La política es, por su misma naturaleza, una cosa fea. Yo... yo soy un adorador de las mujeres. He adorado a las mujeres desde mucho antes de encontrar a la mujer que algún día podría adorar. Hace mucho tiempo. Y no me agrada que se dediquen a asistir a comités, a hacer discursos y propaganda.

—No veo por qué la responsabilidad de la belleza debe caer únicamente sobre las mujeres —dijo Ana Verónica, acordándose de pronto de una parte del discurso de *Miss Miniver*.

—Esa responsabilidad está en ustedes por la naturaleza de las cosas. ¿Por qué habían de descender de su trono, ustedes que son reinas? Si a ustedes no les importa, a nosotros, sí. No queremos que nuestras mujeres, nuestras Madonnas, nuestras Santa Catalinas, nuestras Mona Lisa, nuestras diosas y ángeles y princesas de cuentos de hadas se conviertan en una especie de hombres. Para mí, la mujer es sagrada. Yo no daría el voto a la mujer. Soy socialista, *Miss Stanley*.

—¿Qué ha dicho...? —preguntó Ana Verónica, alarmada.

—Soy un socialista de la orden de John Ruskin. ¡Sí, lo soy! Yo convertiría a este país en una monarquía colectiva, en la que todas las mujeres serían reinas. Nunca se pondrían en contacto con la política o la economía. Nosotros, los hombres, trabajaríamos para ellas y les serviríamos con incommovible lealtad.

—Sí, eso es muy bonito en teoría —dijo Ana Verónica—, pero la mayoría de los hombres se olvidan de sus deberes.

—Sí —repuso *Mr. Manning* en el tono de quien llega a un resultado después de hacer una elaborada demostración—. Y por lo tanto, cada uno de nosotros, aunque sirva y respete a todas las mujeres, debe elegir para sí una reina propia a quien adorar.

—A juzgar por el sistema llevado a la práctica —comentó Ana Verónica, hablando con indiferencia y comenzando a andar lenta pero decididamente hacia la casa—, la cosa no da resultado. Todo eso está muy bien mientras no es uno mismo el material con que se hace el experimento.

—Las mujeres tienen más poder del que creen, sólo con limitarse a ser la influencia y la inspiración de los hombres.

Ana Verónica guardó silencio.

—Dice usted que desea tener voto —dijo *Mr. Manning* de pronto.

—Creo que debería tenerlo.

—Bien, pues yo tengo dos, uno en la Universidad de Oxford y otro en Kensington. —Se puso al nivel de su compañera y prosiguió con cierta torpeza—: Permita que se los ofrezca.

Siguió una breve pausa durante la cual Ana Verónica decidió dar a aquellas palabras otra interpretación.

—Deseo el voto para mí —dijo—. No sé por qué habría de recibirlo de segunda mano, aunque es muy amable por su parte. ¿Ha votado usted alguna vez, *Mr. Manning*? Supongo que debe haber algo así como una oficina. Y una urna electoral... —Su cara asumió una expresión de conflicto interno—. ¿Qué es exactamente una urna electoral? —preguntó, como si aquello fuera de primordial importancia para ella.

Mr. Manning la contempló pensativo durante un momento, acariciándose el bigote.

—Una urna es una especie de caja. —Hizo una larga pausa y siguió con un suspiro—: A todos los votantes se les da un papel...

Habían llegado a donde se hallaban reunidos los demás invitados.

—Sí —dijo Ana Verónica—. Sí, comprendo.

Al otro lado del césped distinguió a *Lady Palsworthy* que estaba hablando con su tía. Las dos mujeres miraban fijamente a los dos jóvenes mientras se acercaban al grupo.

Capítulo III

LA MAÑANA DE LA CRISIS

1

Los días después amaneció el día de la crisis, el día del baile de Fadden. De cualquier modo hubiera habido una crisis, pero las cosas se complicaron para Ana Verónica por el hecho de que había una carta en la mesa del desayuno dirigida a ella con la escritura de *Mr. Manning*, que su tía pretendió con gran tacto y delicadeza no haber advertido. Ana Verónica había bajado sin pensar en otra cosa más que en su inflexible decisión de ir al baile, se opusiera quien se opusiera. No conocía la letra de *Mr. Manning* y tuvo que abrir la carta y leer unas líneas para darse cuenta de su significado. Entonces, durante algún tiempo, olvidó completamente el asunto de Fadden. Con bien fingida indiferencia y las mejillas arreboladas terminó el desayuno.

No tenía que ir al «Instituto Tredgold», porque las clases de la temporada no habían comenzado todavía. Después del desayuno salió al jardín y habiendo descubierto un lugar cerca del invernadero que tenía la ventaja de estar fuera del campo visual de las ventanas de la casa, segura de no sufrir interrupción alguna, reanudó la lectura de la carta.

La escritura de *Mr. Manning* era clara, sin ser fácilmente legible; grande y redonda, indicaba falta de decisión y trataba las letras mayúsculas del mismo modo que la gente liberal trata hoy en día las opiniones, como si no tuvieran importancia; era la mano de un niño, en vez de la de un hombre maduro, y llenaba siete hojas de papel escritas únicamente por un lado:

Mi querida Miss Stanley:

Espero que me perdone si le molesto con una carta, pero

he estado recordando nuestra conversación en casa de Lady Palsworthy. Hay cosas que deseo que usted sepa y no puedo esperar hasta que volvamos a vernos. Lo peor de las conversaciones en reuniones sociales, es que se cortan cuando no han hecho más que empezar. Aquella tarde volví a mi casa con la sensación de que no había dicho nada, absolutamente nada de todo lo que pensaba decirle a usted, de los pensamientos que cruzaban por mi imaginación. Eran cosas que había decidido revelarles, por lo que volví a casa irritado y decepcionado y sólo conseguí aliviar mi irritación escribiendo unos cuantos versos. ¿Se ofendería si le dijera que fueron inspirados por usted? Debe perdonar las licencias poéticas de que abuso. He aquí uno de esos versos. La irregularidad métrica es intencionada, porque desearía, por así decirlo, mantenerla a usted aparte de todo; quisiera cambiar totalmente, incluso hablar de otra manera cuando hablo de usted.

A SONG OF LADIES AND MY LADY

*Saintly white and a lily is Mary,
Margaret's violets, sweet and shy;
Green and dewy is Nellie bud fairy,
Forget-me-nots live in Gwendolen's eyes.
Annabel shines like a star in the darkness,
Rosamund queens it a rose, deep rose;
But the Lady I love is like sunshine in April weather
She gleams and gladdens, she warms and goes.*

Que este verso le revele mi secreto. Todos los versos malos son escritos en un estado de irreprimible emoción.

Mi querida Miss Stanley: cuando la otra tarde hablaba con usted de trabajo, de política y de cosas semejantes, todo ello me inspiró un profundo resentimiento. Discutíamos si debía o no tener voto. La vez anterior hablamos de sus perspectivas de triunfo en la profesión médica o como empleada del Gobierno. Y, mientras tanto, el corazón me gritaba: «¡Aquí está la reina de tu vida!». Deseé con una intensidad de deseo que no había conocido anteriormente, cogerla, hacerla mía, llevármela conmigo y apartarla del torbellino de la vida. Porque nada logrará convencerme de que el destino del hombre en el mundo no es proteger, escuchar, trabajar, vigilar y luchar contra el mundo, en

defensa de la mujer. Deseo ser su esclavo, su caballero, su protector, su —apenas me atrevo a escribir la palabra—, su esposo. Por lo tanto, me dirijo a usted suplicante. Tengo treinta y cinco años, he andado por el mundo y he probado el sabor de la vida. Me costó mucho trabajo abrirme camino en mi carrera (era el tercero en una lista de cuarenta y siete), y desde entonces he ido ascendiendo casi cada año, y cada vez con mejores perspectivas, en el servicio social. Antes de conocerla a usted no había conocido a nadie capaz de inspirarme amor. Usted me ha revelado profundidades de mi naturaleza cuya existencia yo no había llegado a sospechar. Exceptuando varias tempranas ebulliciones de pasión, naturales en quien, como yo, tiene una disposición romántica y cálida, que no dejaron huella alguna (que a juzgar por mi opinión, severa en este aspecto, no merecen ser atacadas y de las que de ningún modo me avergüenzo), vengo a usted puro y libre de toda traba. La amo. Además de mi sueldo, disfruto de cierta propiedad privada que espero incrementar por medio de mi tía. Por lo tanto, puedo ofrecerle una vida de amplio y generoso refinamiento, viajes, libros, estudios, y relaciones en un círculo de personas inteligentes, brillantes y comprensivas con quienes mi trabajo literario me ha puesto en contacto y de cuya existencia, por haberme visto únicamente en Morningside Park, usted no tiene ninguna idea. Tengo cierto renombre, no sólo como lírico, sino como crítico, y pertenezco a uno de los clubs más brillantes de la época, en el que bohemios de éxito, políticos, hombres de negocios, artistas, escultores y miembros de la nobleza en general se mezclan con la mayor naturalidad. Éste es mi verdadero ambiente y estoy convencido de que usted no solamente lo embellecería, sino que se sentiría dichosa en él.

Me resulta difícil escribir esta carta. Hay tantas cosas que desearía decirle, alcanzan éstas niveles tan diferentes, que el efecto es necesariamente confuso y discordante, y me pregunto si sentirá usted la emoción de que esta carta está impregnada. Porque aunque confieso que parece una petición oficial o algo semejante, le aseguro que estoy escribiéndola presa de miedo y con mano temblorosa. Mi imaginación está llena de ideas e imágenes que he ido

atesorando y acumulando. Sueños de viajes juntos, de comidas en algún alegre restaurante, de luna y música en ese aspecto de la vida, de verla vestida como una reina y resplandeciendo en el centro de una recepción..., toda mía y yo de usted, contemplando las flores en un jardín..., en nuestro jardín. En Surrey hay propiedades muy bonitas y un automóvil pequeño está al alcance de mis medios. Como ya le he dicho, he oído decir que toda poesía está escrita en un estado emotivo, y no me cabe duda de que lo mismo ocurre con las ofertas de matrimonio. He comprobado a menudo que sólo cuando uno no tiene nada que decir se escriben versos con facilidad. No hay más que leer a Browning. No consigo reunir en una carta los complejos deseos acumulados durante casi dieciséis meses (según mi diario) de pensar únicamente en usted, desde aquella fiesta de Surbiton donde hicimos carreras de canoas. Hasta mis frases se quiebran y me traicionan. Pero no me importa parecer absurdo. Soy hombre de firme voluntad y hasta ahora he conseguido todos mis deseos; pero nunca he deseado poseer una cosa en la vida con la intensidad con que deseo poseerla a usted. No es lo mismo. Porque la amo, la misma idea de que no me sea posible hacerla mía me hace sufrir. Si no la amara tanto, creo que podría conquistarla por medio de mi fuerza de carácter. Muchas veces me han dicho que soy hombre dominador y casi todos mis éxitos en la vida se deben a mi indomable vigor.

He dicho ya lo que tenía que decir, aunque lo haya dicho a tropezones y mal. Pero estoy cansado de romper cartas y convencido de que no podré, por más que lo intente, decirlo mejor. Me resultaría muy fácil escribir una carta elocuente sobre cualquier otra cosa. Pero no quiero escribir sobre ninguna otra cosa. Permítame que le haga ahora la pregunta que no pude hacerle la otra tarde. ¿Quiere casarse conmigo, Ana Verónica?

Sinceramente suyo,

HUBERT MANNING

Ana Verónica leyó esta carta con ojos graves y atentos. Su interés fue en aumento con la lectura y su disgusto desapareció.

Sonrió dos veces, pero no irónicamente. Cuando hubo terminado comenzó de nuevo y mezcló las páginas buscando frases sueltas. Por último comenzó a reflexionar.

«¡Es curioso! Supongo que tendré que darle alguna respuesta. ¡Es todo tan distinto de lo que nos hacían esperar nuestras ilusiones!».

En aquel momento, a través de los paneles del invernadero, vio a su tía, que avanzaba con serenidad entre los frambuesos.

—¡Ah, no! —exclamó Ana Verónica saliendo de su rincón y dirigiéndose con rápidos pasos hacia la casa—. Voy a dar un largo paseo, tía —dijo.

—¿Tú sola, querida?

—Sí tía. Tengo muchas cosas en que pensar.

Miss Stanley reflexionó mientras contemplaba a Ana Verónica dirigirse hacia la casa. Pensó que su sobrina estaba demasiado segura de sí misma, tenía demasiada confianza en sus posibilidades. En la fase de la vida que estaba atravesando, debía ser más suave, más tierna, debía hacer más confidencias. Por lo visto, no tenía idea alguna de los estados y motivos que convenían a su edad y posición. Miss Stanley paseó por el jardín pensando en estas cosas y por fin oyó el portazo dado por Ana Verónica al cerrar la puerta.

«Quisiera saber...», se dijo Miss Stanley.

Durante largo rato permaneció examinando una fila de malvarrosas, como si ellas pudieran darle la explicación. Después entró en la casa y subió las escaleras, titubeó en el descansillo y por último, casi sin aliento pero asumiendo un aire de gran dignidad, abrió la puerta y se introdujo en la habitación de Ana Verónica. Estaba arreglada y limpia. Había un escritorio situado delante de la ventana y una estantería decorada con la calavera de un cerdo, una rana disecada en una botella y una pila de cuadernos de brillantes tapas negras. En una esquina se veían dos palos de *hockey* y una raqueta de tenis, y por las paredes, y valiéndose de autotipos, Ana Verónica había expuesto los resultados de sus incursiones en el campo del arte. Pero Miss Stanley no prestó atención a ninguna de estas cosas. Se dirigió directamente al armario y lo abrió. Allí, colgado entre los vestidos de Ana Verónica, había un traje del rojo más llamativo, adornado con vivos colores. Era muy corto..., tan corto que no llegaría a cubrir la rodilla. En la misma percha había una chaqueta de terciopelo negro que evidentemente pertenecía al

conjunto. Debajo, se veía una prenda que seguramente sería una segunda falda.

Miss Stanley titubeó, cogió primero una y después otra de las piezas de aquel traje y las contempló. Cogió la tercera con mano temblorosa por la cintura y, al levantarla, su parte inferior se dividió en dos cuerpos de color escarlata.

—¡Oh! ¡Unos pantalones! —exclamó.

Sus ojos vagaron por la habitación, como si quisiera que hasta las sillas fueran testigos de lo que acababa de presenciar.

Debajo de la mesa escritorio le llamó la atención un par de zapatillas turcas de color amarillo y oro y de aspecto ordinario y llamativo. Se acercó a ellas, todavía con los pantalones en la mano, y se inclinó para examinarlas. Se trataba de los mejores zapatos de baile de Ana Verónica cubiertos con papel dorado.

Miss Stanley volvió a concentrar su atención en los pantalones.

«¿Cómo podré atreverme a decírselo a mi hermano?», se preguntó.

2

Ana Verónica llevaba un ligero bastón. Recorrió con paso rápido la avenida y el barrio proletario de Morningside Park y cruzando los campos llegó a una pradera que conducía a Caddington y los Downs. Al llegar allí redujo el paso. Se colocó el bastón debajo del brazo y releyó la carta de Manning.

«Tengo que reflexionar —se dijo—. Quisiera que esto no hubiera sucedido precisamente hoy».

Le resultó muy difícil empezar a meditar y, además, no sabía claramente sobre qué debía hacerlo. En realidad se había propuesto resolver en aquella meditación pedestre los principales intereses de la vida. En primer lugar, tenía que resolver su propio problema y la respuesta que había que dar a la carta de *Mr.* Manning; mas para esto, por hallarse en posesión de un cerebro lógico y ordenado, comprendió que tendría que meditar sobre las relaciones generales entre los hombres y mujeres, el objeto y las condiciones del matrimonio y su papel en el bienestar de la raza, el objetivo de la raza, el objetivo de todo lo que existe en el mundo...

«Son demasiadas las cosas que hay que resolver», murmuró para sí.

Además, el asunto del baile de Fadden, fuera de toda proporción, ocupaba el fondo de sus pensamientos y lo teñía todo con tintes de rebelión. Ella creía que estaba pensando en la proposición matrimonial de *Mr. Manning*, pero en realidad estaba pensando en aquel baile.

Durante algún tiempo, sus esfuerzos para lograr una completa concentración se disiparon cuando pasó por la calle principal de Caddington. La distrajo un automóvil lleno de motoristas y los apuros de un chiquillo que, montado en un caballo recalcitrante, conducía a otro por la brida. Cuando una vez más concedió su atención a aquellos interrogantes al llegar al camino que conducía a la montaña, descubrió que la imagen de *Mr. Manning* dominaba sus pensamientos. Allí estaba, alto e imponente, hablando con voz clara desde debajo de su poblado bigote, con frases deliberadamente cariñosas. ¡Se había declarado! ¡Deseaba hacerla suya! ¡La amaba!

Ana Verónica no sintió ninguna repulsión al pensarlo. El hecho de que *Mr. Manning* la amara se presentaba a su imaginación sin producir ningún estremecimiento de pasión, de ilusión o de repugnancia. Le parecía estar tan relacionado con su cuerpo y su sangre como la hipoteca hecha por un desconocido. Estaba en otro mundo distinto de aquél en que los hombres se sienten dispuestos a morir por un beso en el que dos manos en contacto encienden un fuego que quema dos vidas... del mundo del amor, del mundo de las cosas bellas.

Pero aquel otro mundo, a pesar de su firme empeño en excluirle, surgía por entre las rendijas y las esquinas de su espíritu, se atrevía a invadir el orden en que ella había elegido vivir, brotaba de los cuadros, se dejaba oír en canciones y música; invadía sus sueños, escribía frases rotas y enigmáticas en las paredes de su cerebro. En aquel momento se sintió consciente de su presencia, como si se tratara de una voz que gritara en el exterior de una casa, de una voz que gritara apasionadas verdades a la luz del sol, de una voz que gritara mientras los hombres hablan de un modo insincero en una habitación oscura fingiendo no oír. La voz gritaba en aquel momento que *Mr. Manning* no era el hombre indicado, aunque fuera alto, moreno, arrogante y cariñoso, aunque tuviera treinta y

cinco años, gozara de una próspera situación y fuera el marido ideal. A pesar de todo esto, insistía la voz, su cara no tenía movilidad, era parco en sus movimientos, nada había en él que irradiara calor. Si Ana Verónica hubiera podido poner palabras a aquella canción, hubieran sido las siguientes: «¡O matrimonio por amor, o nada!». Pero sabía demasiado poco del amor para formular tal frase.

«No le amo... —se dijo, empezando a comprender—. Y no creo que tenga importancia el hecho de que sea un hombre bueno. ¡Bien! Una cosa al menos está decidida..., aunque significa que voy a tener jaleo con tía Mollie».

Durante algún tiempo permaneció sentada en el suelo antes de disponerse a emprender la bajada.

«Pero me gustaría tener idea de lo que me espera en el futuro», añadió.

Mientras escuchaba el canto de una alondra, sus pensamientos se fueron disipando.

«Matrimonio y maternidad... —se dijo Ana Verónica cuando sus ideas volvieron a cristalizarse, al dirigirse la alondra hacia su nido—. Creo que todo lo demás es sólo una canción».

3

Sus pensamientos volvieron a concentrarse en el baile de Fadden.

Pensaba ir, pensaba ir, pensaba ir... Nada le haría cambiar de opinión y estaba dispuesta a afrontar las consecuencias. ¿Y si su padre la echaba de su casa? No le importaba. Pensaba ir al baile. Si llegaba ese momento, se limitaría a salir de la casa y marcharse. Pensó en su traje con considerable satisfacción y recordó sobre todo una daga con piedras de cristal de colores en el puño que reposaba en un cajón de su dormitorio. Iría vestida como la mujer de un corsario.

«Dar una puñalada a un hombre por celos... —pensó—. Supongo que tendrían que resolver antes de qué modo introducir el arma entre los huesos».

Se acordó de su padre y haciendo un esfuerzo le aventó de sus pensamientos.

Intentó imaginarse el efecto colectivo del baile de Fadden. Nunca en su vida había estado en un baile de disfraces. *Mr. Manning* volvió de nuevo a su memoria y se lo representó en la fiesta. Era posible que acudiera. Conocía a mucha gente y no sería extraño que hubiera allí amigos suyos. ¿De qué iría vestido?

Experimentando cierta sensación de culpabilidad, se interrumpió en la tarea de vestir y desvestir mentalmente a *Mr. Manning* como si se tratara de un muñeco. Se lo había imaginado vestido de cruzado, disfraz con el que resultaba plausible, pero pesado... («No sé qué es lo que le da ese aspecto de pesadez. ¿Será el bigote?»). Se lo imaginó también como húsar y como un jeque árabe. También le vistió de dragón y de gendarme. Este último disfraz era el que mejor sentaba a su perfil severo e inmóvil. Para cada traje compuso una fórmula adecuada con la que rechazar su proposición matrimonial.

Cuando en sus pensamientos llegó a este punto, reanudó su paseo hacia lo alto de la colina.

«No me casaré nunca —se dijo Ana Verónica con decisión—. Yo no soy de las que se casan. Por eso es tan importante que ahora reflexione sobre la vida».

4

Las ideas de Ana Verónica acerca del matrimonio eran limitadas y carecían de todo orden. Sus profesores y maestras habían hecho lo posible por convencerla de que aquello era algo tremendamente importante y sobre lo que de ningún modo se debía pensar. La primera vez que pensó en el matrimonio como un hecho extremadamente significativo en la vida de la mujer, había sido al casarse su hermana Alice. La segunda vez, cuando ocurrió la fuga de su hermana segunda, Gwen.

Estos acontecimientos ocurrieron cuando Ana Verónica tenía unos doce años. Un espacio de ocho años le separaba de sus hermanas, espacio de tiempo que llenaban dos hermanos varones. Sus hermanas se movían en un mundo de personas mayores, inaccesible para Ana Verónica y al que su curiosidad no alcanzaba. Reñían con ella porque mezclaba sus zapatos y sus raquetas de tenis y la pequeña experimentaba una profunda admiración, que ocultaba

con todo cuidado, al tener el privilegio de verlas por la noche vestidas de blanco, o rosa, o azul, dispuestas a salir con su madre. Consideraba a Alice algo ñoña, opinión que sus hermanos compartían, y a Gwen, una glotona. No sabía nada de sus asuntos amorosos y salió del colegio para asistir a la boda de Alice, sumida en un estado de profunda curiosidad.

Sus impresiones de aquella ceremonia eran muchas y confusas, y se mezclaban con el recuerdo de una pasión transitoria, que no encendió ningún fuego recíproco, por un primo con la cabeza cubierta de rizos, vestido con un traje de terciopelo negro y cuello de encaje, que tomó parte como paje en la ceremonia. Le siguió de un lado a otro con insistencia, y después de una lucha (en la que él la pellizcó y le dijo que le dejara en paz) logró besarle entre las malvarrosas que crecían en el invernadero. Más tarde su hermano, Roddy, también vestido de terciopelo, atizó a aquel Adonis un puñetazo en la cara.

La boda en la casa resultó emocionante. Todo parecía estorbar. Se cambiaron de sitio los muebles, las comidas se sirvieron a horas extrañas y todo el mundo, Ana Verónica incluida, apareció vestida con sus mejores trajes. Ella lucía un traje de color crema con cinturón de color castaño, falda corta y el pelo suelto, y Gwen un traje de color crema, cinturón castaño, falda larga y el pelo recogido. Y también su madre vestía un traje color crema y leonado, pero confeccionado de una forma más complicada.

A Ana Verónica le impresionó que todo el mundo se dedicara a probarse y contemplar y criticar las «cosas de Alice». Estas «cosas» consistían en un traje de paseo, un par de botas a medida, un traje de novia verdaderamente indescriptible, medias, guantes, sombrillas, etc. Durante las semanas anteriores había desfilado por la casa una serie de objetos tan inútiles como los siguientes:

Una colcha de encaje auténtico; un reloj pintado de purpurina; figuras de peltre para adorno; una ensaladera con sus cubiertos correspondientes; una colección de «Los poetas ingleses» (doce volúmenes), encuadernados en rojo, etc.

Y por entre todas aquellas novedades y ajetreos, se movía una figura solícita, preocupada, deprimida. Era el doctor Ralph, anteriormente asociado con el doctor Stickell, de la avenida, que ahora había inaugurado su propio consultorio en Wamblesmith. Se

había afeitado las patillas y venía a visitarles vestido de franela gris, pero a pesar de estos cambios era evidente que se trataba de la misma persona que había asistido a Ana Verónica cuando tuvo el sarampión y cuando se tragó una espina de pescado. Su papel había cambiado, y ahora jugaba el de novio en aquella divertida comedia. Alice iba a convertirse en *Mrs. Ralph*. El médico acudía como pidiendo perdón por atreverse a hacer aquello y toda su cordialidad parecía haberse esfumado. En un momento dado preguntó a Ana Verónica de un modo casi furtivo:

—¿Crees que Alice está contenta, Vee?

Por fin un día apareció como transfigurado, vestido con los pantalones grises más flamantes que Ana Verónica viera jamás y con un sombrero nuevo y brillante extremadamente favorecedor...

Y no era sólo que se cambió el mobiliario de las habitaciones, sino que los caracteres y las emociones de todos también parecían haber sufrido un cambio. Su padre se mostraba particularmente irascible y más inclinado que nunca a sumirse en sus asuntos petrológicos. Hasta en la mesa, trinchaba los platos con especial solemnidad. Cuando llegó el día de la ceremonia, sus explosiones de sonora cordialidad se turnaron con momentos de vigilante preocupación. Gwen y Alice se mostraron extrañamente cariñosas la una con la otra, lo que pareció irritarle, y *Mrs. Stanley* se movió de un lado para otro con enigmática expresión, sin dejar de observar con ansiedad a su marido y a Alice.

Ana Verónica recordaba confusas impresiones de varios carruajes adornados, de gente que, rebosante de amabilidad, se empeñaba en dejar paso a los demás, y, por último, de la iglesia. Todos los conocidos se acomodaron en reclinatorios que no eran los que utilizaban todos los días y el templo aparecía decorado con profusión de plantas y flores.

Recordaba sobre todo a Alice, curiosamente transfigurada con su atavío nupcial, que parecía entristecerla mucho. En un momento dado, las damas de honor y los pajes se amontonaron y pudo ver perfectamente la espalda, los hombros y la cabeza cubierta por el velo de su hermana Alice al dirigirse al altar. Por alguna razón incomprensible, aquella imagen le hizo sentir una profunda compasión por su hermana. También recordaba claramente el olor de los naranjos en flor y la cara de Alice, desanimada y triste, junto

a Ralph, contestando lo que debía contestar, mientras el reverendo Edward Bribble permanecía de pie ante ellos con un libro abierto. El doctor Ralph parecía contento y escuchaba las respuestas de Alice con la misma expresión que si la estuviera auscultando y descubriera que la mejoría progresaba.

Después su madre y Alice se besaron y abrazaron, mientras el doctor Ralph les contemplaba haciendo ademanes de comprensión. Él y su padre se dieron la mano.

Ana Verónica se sintió profundamente interesada en el reverendo Bribble, y estaba pensando en él cuando una explosión musical por parte del órgano hizo comprender a todo el mundo que, fueran cuales fueran las recónditas opiniones de los presentes, aquel excelente instrumento musical de viento se sentía satisfecho y expresaba esta satisfacción a la manera de Mendelssohn... Pum, pum, pe-rum... Pum, pum, pe-rum...

La comida de boda fue para Verónica un espectáculo en el que lo irreal destruía lo real. Lo pasó muy bien y le gustó, hasta que le sirvieron mayonesa en contra de sus deseos. Uno de sus tíos, cuya opinión tenía en gran estima, la sorprendió haciendo gestos furiosos a Roddy, ya que éste fue quien le jugó la mala pasada.

En aquel entonces, Ana Verónica no logró sacar consecuencias de todas aquellas impresiones. Allí estaban los hechos. Los almacenó en su imaginación retentiva para digerirlos más adelante, como una ardilla que almacenara almendras. Sólo una cosa emergió con toda claridad de aquellas impresiones: que a no ser que fuera sacada del agua a punto de ahogarse por un hombre soltero, en cuyo caso la ceremonia sería inevitable, o que se encontrara completamente desprovista de ropa, en cuyo caso un *trousseau* sería la solución, el matrimonio era una experiencia que debía ser cuidadosamente evitada.

Cuando volvían a casa, preguntó a su madre por qué ella, Alice y Gwen habían llorado después de la ceremonia.

—¡Pst! —susurró su madre antes de explicar—: Por la pena natural que sentimos.

—Pero ¿es que Alicia no quería casarse con el doctor Ralph?

—¡Oh, calla, Vee! —dijo su madre—. Estoy segura de que será muy feliz con el doctor Ralph.

Pero Ana Verónica no estuvo tan segura hasta que fue a Wamblesmith a visitar a su hermana y la vio convertida en una mujer doméstica y tranquila, con un vestido serio y adecuado, al mando del hogar del doctor. Éste acudió a tomar el té, la rodeó con sus brazos y la besó. Alice le llamó por el nombre cariñoso de *Squiggles*, y permaneció unos instantes refugiada en sus brazos con expresión de satisfecha posesión. Ana Verónica sabía que antes de la boda había llorado mucho. Había habido escenas y discusiones desde el otro lado de puertas entreabiertas. Ella había oído a Alice hablar y llorar al mismo tiempo. Es posible que el matrimonio fuera doloroso. Pero ya todo había pasado y Alice salía adelante. Ana Verónica comparó todo aquello con ir al dentista.

Después, Alice comenzó a convertirse en una extraña y muy pronto se puso enferma. Tuvo un niño y se hizo tan vieja como cualquier persona mayor, y muy aburrida. Ella y su marido se marcharon a ejercer en Yorkshire y tuvieron cuatro niños más, ninguno de los cuales era fotogénico.

Y de este modo se desvaneció de los pensamientos de Ana Verónica.

5

Lo de Gwen ocurrió cuando ella estaba en el colegio, en Marticombe-on-Sea, un curso antes de que comenzara los estudios superiores. El asunto nunca estuvo del todo claro para ella.

Su madre dejó de escribirle por espacio de una semana, y cuando lo hizo fue en términos desacostumbrados.

Querida hija. Tengo que decirte que tu hermana Gwen ha ofendido profundamente a tu padre. Espero que siempre la quieras, pero no olvides que ha ofendido a tu padre y se ha casado sin su consentimiento. Tu padre está muy enfadado y no quiere que se pronuncie su nombre cuando él esté presente. Se ha casado con un hombre que no nos parecía el marido adecuado para ella y se ha ido con él...

Cuando Ana Verónica volvió a casa para pasar las siguientes vacaciones, su madre estaba enferma y Gwen se hallaba en su cuarto. Iba vestida con uno de sus antiguos vestidos, se había peinado de un modo distinto, llevaba un anillo de matrimonio y parecía haber llorado.

—¡Hola, Gwen! —dijo Ana Verónica intentando tranquilizarlas—. ¿Conque te has casado? ¿Cómo se llama el feliz mortal?

Gwen contestó que se llamaba Fortescue.

—¿Tienes una fotografía o algo? —preguntó Ana Verónica después de besar a su madre.

Gwen hizo una pregunta, y siguiendo las indicaciones de su madre sacó un retrato que se hallaba escondido en el joyero, debajo del espejo. En él vio un rostro masculino con nariz griega, cabello muy rizado y barbilla y cuello más grandes de lo corriente.

—De aspecto no está mal —comentó Ana Verónica contemplando la fotografía desde varios ángulos y esforzándose por mostrarse agradable—. ¿Qué objeciones hace papá?

—Supongo que tendrá que saberlo —dijo Gwen a su madre, intentando hablar con naturalidad.

—Mira, *Vee* —explicó *Mrs. Stanley*—. *Mr. Fortescue* es actor y tu padre no aprueba esa profesión.

—¡Oh! ¿No dan títulos a los actores?

—Es posible que algún día se lo den a Hal —dijo Gwen—. Pero para eso falta mucho tiempo.

—Supongo que esto te convierte a ti en actriz.

—No sé si me dedicaré también al teatro —repuso Gwen en un tono de voz lánguidamente profesional—. A las otras actrices no les gusta mucho que marido y mujer trabajen juntos y no creo que Hal me permitiera trabajar lejos de él.

Ana Verónica contempló a su hermana con nuevo respeto, pero las tradiciones familiares son muy fuertes.

—No sé si tendrás facultades para ello...

La cuestión de Gwen influyó tanto en la enfermedad de *Mrs. Stanley*, que al fin su marido accedió a recibir a *Mr. Fortescue* en la sala y a darle la mano, diciendo que esperaba que todo fuera para bien.

El perdón y la reconciliación fueron fríos. Luego, *Mr. Stanley* se dirigió sombrío a su despacho y *Mr. Fortescue* comenzó a vagar por

el jardín con pisadas silenciosas, la nariz griega levantada y las manos a la espalda, deteniéndose de vez en cuando para contemplar los árboles frutales que crecían junto al muro.

Ana Verónica le contempló desde la ventana del comedor, y después de unos instantes vacilación salió al jardín por la parte opuesta y fingió mostrarse sorprendida al tropezarse con él.

—¡Hola! —exclamó Ana Verónica apoyando las manos en la cintura—. ¿Es usted *Mr. Fortescue*?

—A su servicio. ¿Es usted Ana Verónica?

—¡Naturalmente! Oiga, ¿se ha casado usted con Gwen?

—Sí.

—¿Por qué?

Mr. Fortescue enarcó las cejas y asumió una expresión divertida.

—Supongo que me enamoré de ella, Ana Verónica.

—Es curioso. ¿Y ahora tiene que mantenerla?

—Hasta el límite de mi capacidad —repuso *Mr. Fortescue* haciendo una inclinación.

—¿Tiene usted mucha capacidad?

Mr. Fortescue trató de mostrarse turbado para ocultar la realidad, y Ana Verónica pasó a hacer una serie de preguntas sobre el teatro, si su hermana podría ser actriz, si era lo bastante hermosa para ello, quién le haría los trajes y así sucesivamente.

Resultó que *Mr. Fortescue* no tenía mucha capacidad para mantener a su hermana, y poco después de la muerte de su madre Ana Verónica se tropezó con Gwen que bajaba del despacho de su padre vestida con un descuidado traje de luto, llorosa y resentida. Después de aquello, Gwen desapareció del mundo de Morningside Park y a los oídos de Ana Verónica no llegaron las suplicantes cartas que su padre y su tía recibían, aunque sí vagas intimaciones de que algo horrible sucedía, comentarios breves, y repentinos accesos de ira de su padre al mencionar a «ese canalla».

6

A estos dos casos se resumían los conocimientos de Ana Verónica acerca del matrimonio. Eran los únicos que había visto de cerca. Por lo demás, sacó sus ideas sobre el estado matrimonial del

comportamiento de las mujeres casadas, las cuales, en Morningside Park, le parecían cansadas, aburridas y anodinas en comparación con la vida de los jóvenes y los personajes de los libros que leía. Como resultado de todo ello, consideraba a las personas casadas como insectos que han perdido las alas, y a sus hermanas como pobres criaturas que apenas habían tenido alas. Se imaginó a sí misma encerrada en una casa a la benévola sombra de *Mr. Manning*. ¿Quién sabe? ¡Quizá hasta llegara a llamarle *Mangles* por analogía con *Squiggles*!

«Creo que no me casaré con nadie», se dijo.

Entonces se sumió en nuevas meditaciones que la hicieron sentirse confusa de nuevo. ¿Habría que desterrar de la vida el romanticismo? Resultaba penoso hacerlo, pero nunca como aquel día había deseado proseguir sus estudios universitarios. Nunca había sentido un deseo tan intenso de tener libre iniciativa, de que su vida no estuviera influida por vidas ajenas. ¡A cualquier precio! Sus hermanos lo habían logrado. Si no del todo, al menos más de lo que lograría ella jamás, a no ser que se impusiera a todos con extraordinario vigor y energía. Entre ella y la hermosa y lejana perspectiva de libertad y propia iniciativa, se interponían *Mr. Manning*, su tía, su padre, los vecinos, las costumbres, las tradiciones, las fuerzas creadas... Aquella mañana le pareció que todo esto estaba armado de redes que caerían sobre ella si sus movimientos llegaban a hacerse en algún modo libres.

Tuvo la sensación de que una venda había caído de sus ojos, de que se estaba descubriendo a sí misma por primera vez, de que se estaba descubriendo como podría hacerlo un sonámbulo al despertar de pronto rodeado de peligros, de estorbos, de dudas, al borde de una crisis importante.

La vida de una joven se le representó como algo feliz e inconsciente, pero en realidad guiado y controlado por otros y llena de fingimientos y disimulos. Y en cierto modo, aquello resultaba conveniente. Pero de pronto se le representó la realidad, lo que significaba «ser mayor». La necesidad de convertirse en una persona «seria», con suprema seriedad. Los *Ralph* y los *Manning* y los *Fortescue* cayeron sobre la inexperiencia, la ignorancia de la novata, y antes de que abriera por completo los ojos, antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, una nueva serie de controles y

guías, una nueva serie de obligaciones, responsabilidades y limitaciones habían reemplazado a los antiguos.

—Quiero ser una persona —dijo Ana Verónica a las colinas y al cielo—. No consentiré que me ocurra tal cosa, aunque para evitarlo tengan que ocurrirme otras peores.

Cuando Ana Verónica se encontró, poco después del mediodía, encaramada en una verja que separaba un camino de herradura y una pradera desde la que se dominaba el gran espacio de terreno que separaba Chalking de Waldersham, había tomado tres firmes decisiones. En primer lugar, no pensaba casarse, y, sobre todo, no pensaba casarse con *Mr. Manning*; en segundo lugar, por un procedimiento u otro, pensaba proseguir sus estudios, no en el Instituto Tredgold, sino en el Colegio Imperial; y en tercer lugar, como acto significativo e inmediato, símbolo de su futura actitud y declaración de su iniciativa libre y adulta, pensaba asistir aquella noche al baile de Fadden.

Pero tenía que considerar aún la posible actitud de su padre. Hasta entonces le había resultado difícil concentrarse en ese punto. Sus futuras relaciones con su padre seguían permaneciendo en el misterio. ¿Qué ocurriría cuando a la mañana siguiente del baile volviera a Morningside Park?

No podía echarla a la calle. Pero no conseguía imaginarse cuál sería su reacción. No la asustaba la violencia, pero tenía miedo de otra cosa más impalpable, de una fuerza de otra clase. ¿Qué ocurriría si dejaba de darle dinero, si la colocaba en la alternativa de permanecer en casa llena de resentimiento o de salir a ganarse la vida? Que dejara de darle dinero le parecía altamente probable...

¿Qué puede hacer una joven?

Al llegar a este punto, las reflexiones de Ana Verónica se vieron interrumpidas y dadas de lado por la aproximación de un hombre montado a caballo. Apareció *Mr. Ramage* con traje de montar, sobre un caballo negro. Al ver a la muchacha tiró de las riendas, saludó y la miró con sus ojos salientes. Los de la joven se fijaron en él con curiosidad.

—Me ha tomado la delantera —dijo el recién llegado—. Siempre me bajo del caballo al llegar aquí y descanso unos instantes apoyado en la verja. ¿Me permite que hoy haga lo mismo?

—La verja es suya —repuso la muchacha amablemente—. Usted

la descubrió primero y es usted quien debe permitirme que me sienta en ella.

Mr. Ramage se apeó del caballo.

—Permítame que le presente a *César* —dijo.

Cuando Ana Verónica acarició el cuello del animal, comentó la suavidad de su piel mientras deploraba internamente la fealdad de los dientes equinos. *Ramage* condujo el caballo a uno de los postes y *César* resopló y comenzó a investigar la hierba.

Ramage se apoyó entonces en la verja junto a Ana Verónica y durante unos instantes reinó el silencio. Después hizo algunos comentarios sobre el paisaje y dijo que estaba envuelto en un resplandor otoñal que se extendía por las colinas y los valles hasta llegar a los bosques y al pueblo.

—Es tan amplio como la vida —dijo *Mr. Ramage* contemplándolo y colocando un pie enfundado en una elegante bota sobre los hierros de la verja.

7

—¿**Y** qué es lo que hace usted aquí, señorita, tan sola y lejos de su casa? —preguntó levantando la vista.

—Me gusta dar largos paseos —repuso Ana Verónica.

—¿Solitarios?

—Éste es precisamente su atractivo. En ellos puedo reflexionar sobre toda clase de cosas.

—¿Problemas?

—Problemas algunas veces muy difíciles.

—Ha tenido la suerte de nacer en una época en que puede hacerlo. Su madre, por ejemplo, no podía. Ella tendría que reflexionar en su casa... bajo vigilancia.

Ana Verónica le miró pensativa, y él no intentó disimular la admiración que le inspiraba toda la gracia y el encanto de su juventud.

—Supongo que las cosas han cambiado —dijo ella.

—Jamás se ha visto una era de transición como la actual.

La muchacha preguntó hacia dónde apuntaba tal transición. *Mr. Ramage* lo ignoraba.

—Basta con saber que ha de ocurrir un cambio —dijo como quien pronuncia un epigrama—. Debo confesar que la mujer moderna me interesa profundamente. Yo soy un hombre de los que se interesan por las mujeres más que por ninguna otra cosa. No tengo por qué negarlo. El cambio de actitud que se ha operado en ellas es asombroso. Ha desaparecido el hábito que tenía la mujer de encogerse como un caracol al menor contacto. Si usted hubiera vivido hace veinte años, su principal obligación en la vida hubiera sido no saber nada, no oír nada y no comprender nada.

—Hay todavía muchas cosas que no comprendemos —dijo Ana Verónica sonriendo.

—Sí. Pero entonces hubiera tenido que fingir reprobación sobre cosas que en realidad comprendía perfectamente y en las que no veía mal alguno. El prototipo de la joven de aquellos tiempos ha desaparecido. Se ha perdido, la han robado, se ha descarriado quizá... ¡Espero que no volvamos a encontrarla jamás!

Se regocijó de aquella emancipación.

—Mientras semejantes ovejas andaban sueltas, todos los hombres eran considerados como peligrosos lobos. Llevábamos invisibles cadenas y anteojeras. Ahora usted y yo podemos charlar aquí y *Honi soit qui mal y pense*. Este cambio de panorama ha dado al hombre algo de que antes carecía. Amistades femeninas. Y estoy comenzando a creer que las mejores amistades que un hombre puede tener son las femeninas.

Hizo una pausa y, después de lanzar a Ana Verónica una mirada expresiva, prosiguió:

—Prefiero charlar con una muchacha verdaderamente inteligente, a hacerlo con cualquier hombre.

—Sí, creo que somos más libres que antes —dijo Ana Verónica manteniendo la conversación en términos generales.

—¡Oh, de eso no cabe duda! Desde que las jóvenes de la última década del siglo pasado rompieron sus cadenas y se dedicaron a montar en bicicleta (recuerdo haber conocido aquellos días en mi primera juventud), ha tenido lugar una transición triunfante.

—Es posible. Pero ¿acaso somos ahora más libres?

—¿Cómo?

—Quiero decir que nuestras cadenas son más largas, pero nos atan de todas formas. En realidad, la mujer no es libre.

Mr. Ramage guardó silencio.

—Nos dejan ir de un lado para otro... —dijo Ana Verónica.

—Sí.

—Pero con la condición de que no hagamos nada.

—¿De que no hagan qué?

—¡Oh! Nada...

Él la contempló interrogante mientras sus labios dibujaban una leve sonrisa.

—Creo que a la larga todo se reduce al hecho de que no podemos ganarnos la vida —dijo Ana Verónica sonrojándose ligeramente—. Hasta que nosotras no podamos marcharnos de casa y ganar dinero como hacen nuestros hermanos, estaremos atadas y encadenadas. Es posible que la cuerda o la cadena sea muy larga, pero no por eso dejará de existir. Si el jefe de la familia tira de la cuerda, tenemos que volver a casa. Esto es lo que quiero decir.

Mr. Ramage reconoció la fuerza de aquella argumentación. Le agradó la metáfora de la cuerda, que, en realidad, Ana Verónica debía a Hetty Widdett.

—¿Querría ser usted independiente...? —preguntó—. Quiero decir, independiente en el sentido más completo de la palabra. Vivir por su cuenta. Porque no es tan divertido como parece.

—Todo el mundo quiere ser independiente —repuso Ana Verónica—. Todo el mundo. Hombres y mujeres.

—¿Y usted?

—¡Por supuesto!

—Quisiera saber por qué.

—No existe ningún por qué. Simplemente, me gustaría saber que soy dueña de mí misma.

—Eso es algo que nadie sabe —dijo *Mr. Ramage* que permaneció en silencio unos instantes.

—Pero los muchachos... Los muchachos salen al mundo y se las arreglan por sí solos. Se compran su ropa, eligen sus amigos y deciden sobre su modo de vivir.

—¿Y a usted le gustaría hacer eso?

—Exactamente.

—¿De verdad? ¿Por qué no lo hace?

—Significaría una pelea con mi padre.

—Me lo imagino... —dijo *Ramage*.

—Y además —prosiguió Ana Verónica dejando a un lado aquel aspecto de la cuestión—, ¿qué podría yo hacer? Los hombres tienen una profesión o especialidad. Pero... ésa es una de las cosas sobre las que he estado reflexionando. Suponga..., suponga que una joven quisiera empezar a vivir, a vivir sola... —Le miró francamente a los ojos—. ¿Qué es lo que debe hacer?

—¿Usted...?

—Sí, yo...

Ramage comprendió que se le pedía consejo. Inmediatamente se mostró más solícito y personal.

—¿Qué podría usted hacer? Creo que *usted* podría hacer toda clase de cosas... Pero ¿qué debe usted hacer?

Comenzó entonces a hacer una exhibición de su conocimiento del mundo y contempló sus posibilidades desde un optimista punto de mira. Ana Verónica le escuchaba pensativa con la vista fija en el césped y de vez en cuando hacía una pregunta o discutía un punto. Él, por su parte, mientras hablaba, escudriñaba su cara, acariciaba con los ojos su figura esbelta y lozana y se preguntaba interiormente lo que habría en aquella cabecita. Se la describió a sí mismo como una muchacha magnífica. Era evidente que deseaba marcharse de su casa, que estaba impaciente por marcharse de su casa. ¿Por qué? Mientras parte de su cerebro se ocupaba en prevenirla contra el error de caer en la enseñanza siempre mal pagada y le explicaba que para las mujeres de iniciativa, como para los hombres, el mundo de los negocios es, con mucho, la mejor de las oportunidades, la parte más secreta de su cerebro estaba ocupada en intentar descifrar ése por qué.

Su primera idea, como hombre de mundo, fue explicar aquel estado de inquietud por un amor, un amor secreto, prohibido o imposible. Pero echó a un lado tal explicación, pensando que si aquello fuera así, haría a su amado y no a él todas las preguntas que acababa de formular. La insatisfacción y la impaciencia eran entonces las causas. Su casa la aburría. Comprendía perfectamente que la hija de *Mr. Stanley* se aburriera mortalmente. Pero ¿era aquello causa suficiente? En su mente entraron vagas e indefinidas sospechas de la existencia de algo mucho más vital. ¿Acaso aquella muchacha deseaba adquirir experiencia? ¿Desearía aventuras? Como hombre de mundo, consideraba la calma juvenil como una

máscara... Detrás de ella siempre latía la vida, aunque estuviera dormida. Si no se trataba aún de un amante, se trataba del amante todavía sin nacer, todavía no sospechado...

Se había apartado muy poco de la verdad al declarar que las mujeres eran lo que más le interesaban en la vida. No le interesaban tanto las mujeres, como la mujer, en particular. Se había enamorado a los trece años por primera vez, y todavía se sentía capaz de enamorarse de nuevo. Su esposa inválida y su dinero habían sido el hilo sobre el que giraba su vida. Enhebradas en aquella relación permanente, había habido siempre una serie de experiencias femeninas, de asuntos absorbentes, excitantes, interesantes y memorables. Cada uno había sido distinto de los demás, cada uno tenía una característica propia, cierta belleza, cierto frescor. No lograba comprender cómo había hombres que vivían sin absorberse en este aspecto predominante de la existencia, en esta maravillosa investigación en una personalidad extraña, en las posibilidades de agradar, en el proceso complejo y fascinador que comienza en un interés mutuo y acaba en la intimidad suprema más apasionada. Él subordinaba los restantes factores de su existencia a aquel fin; vivía para ello, trabajaba para ello, se mantenía en forma para ello.

Por lo tanto, mientras hablaba de trabajo y libertad con Ana Verónica, sus ojos ligeramente salientes contemplaban el airoso equilibrio de sus miembros y su cuerpo sobre la verja, las elegantes líneas de su cuello y su barbilla. Su sonrisa y el tono de su cutis ya le habían inspirado curiosidad las veces que la había visto en Morningside Park. ¡Y de pronto, sin saber cómo, allí estaban los dos hablando libre e íntimamente! La había encontrado cuando se hallaba en un estado de ánimo comunicativo y había utilizado sus años de experiencia para sacar partido de aquella circunstancia. A ella le agradó y se sintió un poco halagada por su interés y comprensión. Se esforzó por explicar sus motivos, por presentarse ante él bajo una luz que la favoreciera. Era evidente que él procuraba poner todo su ingenio a su disposición y la joven se sintió dispuesta a justificar aquel interés.

Es posible que se describiera a sí misma, con cierta exageración, como una persona sometida a toda clase de ligaduras. Incluso mencionó de pasada la irrazonable actitud de su padre.

—Me extraña que todas sus amigas no piensen como usted y quieran salir al mundo —dijo Ramage. Hizo una pausa y sus siguientes palabras fueron inquisitivas—. Quisiera saber si usted será capaz de hacerlo... Permítame que le diga una cosa. Si alguna vez lo hace y yo puedo ayudarla de algún modo, con algún consejo o recomendación... Debo decirle que aunque yo no creo en la incapacidad femenina, sé que existe la inexperiencia femenina. Como sexo, están ustedes ligeramente desentrenadas. Lo consideraré, y permíteme si le parezco demasiado premioso, como una prueba de amistad. No creo que nada en la vida me resulte más agradable que ayudarla, porque sé que usted aprovechará mi ayuda. Hay algo en usted que me dice que tendrá suerte y triunfará...

Y mientras él hablaba y la contemplaba, ella contestaba y, mientras tanto, le observaba a su vez y meditaba acerca de él. Le agradaba la animación que emanaba de su persona.

Su inteligencia parecía ser superior a la normal; su conocimiento de la realidad en todos sus aspectos, servía para reforzar el punto en que ella estaba más débil. En todo cuanto decía se adivinaba algo que agradó a Ana Verónica: la certeza de que las cosas pueden hacerse, de que para moverse no hay necesidad de esperar a que sea el mundo el que empuje. Comparado con su padre, con *Mr.* Manning y con todos los hombres que conocía, Ramage poseía algo indescifrable que hablaba de libertad, de poder, de aventura deliberada...

En especial le gustó su teoría sobre la amistad. Resultaba muy agradable hablar con un hombre de aquel modo, con un hombre que veía en ella a una mujer y no la trataba como a una niña. Se entendieron perfectamente. Charlaron durante cerca de una hora y por fin se dirigieron juntos al punto donde se bifurcaba el camino. Allí, después de grandes protestas de amistad que fueron casi ardientes, Ramage montó sobre su caballo y se alejó al paso, sonriendo y saludando, mientras Ana Verónica tomaba la dirección Norte, hacia Mickleschil. Allí, en un discreto saloncito de té, consumió lenta y distraídamente el escaso alimento que las personas de su sexo suelen tomar en tales ocasiones.

Capítulo IV

LA CRISIS

1

Dejamos a *Miss Stanley* con el disfraz de Ana Verónica en la mano y los ojos fijos en las zapatillas pseudoturcas de su sobrina.

Cuando *Mr. Stanley* llegó a su casa a las seis menos cuarto, en un tren que llegaba quince minutos antes del que solía tomar, su hermana le esperaba en el vestíbulo con expresión intranquila.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido, Peter! —dijo—. Tu hija piensa ir...

—¿Ir? ¿Adónde?

—A ese baile.

—¿Qué baile?

La pregunta era retórica, puesto que conocía perfectamente la respuesta.

—Creo que se está vistiendo... en este momento.

—¡Entonces, dile que vuelva a desvestirse, maldita sea!

El día había sido poco satisfactorio y durante todo él estuvo irritado.

Miss Stanley reflexionó unos instantes sobre aquellas palabras.

—No creo que lo haga —dijo.

—Tiene que hacerlo —concluyó *Mr. Stanley* dirigiéndose a su estudio. Pero su hermana le siguió—. No puede irse ahora. Tendrá que esperar a después de la cena.

—Va a ir a tomar algo con las *Widgett* en la avenida y se marcharán juntas.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando estábamos tomando el té.

—Pero ¿por qué no se lo prohibiste terminantemente? ¿Cómo se atrevió a decirte lo que pensaba hacer?

—Fue una verdadera provocación. Me dijo tranquilamente que ésos eran sus planes. Nunca la he visto tan segura de sí misma.

—¿Qué le dijiste tú?

—Yo le dije: «¡Mi querida Verónica! ¿Cómo puedes pensar en tales cosas?».

—¿Y entonces?

—Se tomó otras dos tazas de té y un trozo de bizcocho y me habló del paseo que acababa de dar.

—Si sigue paseando de este modo, algún día se encontrará con alguien...

—No me dijo que se hubiera encontrado con nadie.

—Pero ¿no le dijiste nada más sobre el baile?

—Dije todo lo que pude en cuanto comprendí que estaba haciendo lo posible por no tocar el tema. Le dije: «Es inútil que me hables del paseo, dando por hecho que no se volverá a hablar del baile, porque te equivocas. Tu padre te ha prohibido que vayas».

—¿Y qué?

—Me contestó: «Lamento tener que portarme mal contigo y con papá, pero considero mi deber asistir a ese baile».

—¡Que lo considera su deber!

—«Muy bien —le dije—; entonces me lavo las manos. Tú serás responsable de tu desobediencia».

—¡Esto es rebeldía! —exclamó *Mr. Stanley* de pie en la alfombra y dando la espalda a la chimenea apagada—. ¡Debiste decírselo así en seguida! ¿Qué deber puede tener una hija, que no sea el de respetar a su padre? ¿Qué puede anteponer a esto? ¡La primera ley de todo ser humano es obedecer a su padre! —Su voz comenzó a elevarse—. ¡Cualquiera diría que no he dicho nada sobre el asunto! ¡Cualquiera diría que le he dado permiso para asistir! ¡Supongo que esto es lo que le enseñan en esos infernales institutos modernos! ¡Supongo que esto es una de las estupideces...!

—¡Oh! ¡Pst, Peter! —exclamó *Miss Stanley*.

Su hermano se interrumpió bruscamente. Entonces se oyó el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse en el rellano de la escalera. Después llegó hasta ellos el rumor de pisadas descendiendo la escalera con toda calma.

—Dile que venga —ordenó *Mr.* Stanley con imperioso ademán.

2

Miss Stanley salió del estudio y contempló cómo su sobrina bajaba las escaleras.

Ana Verónica tenía los ojos brillantes y estaba dispuesta a hacer valer sus derechos. Su tía no la había visto nunca tan bonita. Su disfraz, con la excepción de las medias verdes, las zapatillas pseudoturcas y los bajos de los pantalones, quedaba escondido bajo una gran capa de noche con capucha negra. Era evidente que debajo de la capucha se había adornado el cabello con seda roja. Y pegados de algún modo a sus orejas (a no ser que se las hubiera agujereado, posibilidad que resultaba demasiado horrible para poder contemplarla con calma), se veían largos pendientes de filigrana.

—Me voy en este momento, tía —dijo la joven.

—Tu padre está en el estudio y quiere hablar contigo.

Ana Verónica titubeó. Después se acercó a la puerta y contempló desde allí la severa expresión de su padre. Al hablar, lo hizo con una nota completamente falsa, de alegre naturalidad:

—Tengo el tiempo justo para despedirme de ti antes de marcharme, papá. Me voy al baile con las Widdetts.

—Escucha, Verónica —dijo *Mr.* Stanley—. Escucha un momento. ¡No vas a ir a ese baile!

Ana Verónica ensayó un tono menos forzado y más digno.

—Creí que ya habíamos discutido el asunto, papá.

—No vas a ir a ese baile. No vas a salir de esta casa así vestida.

Ana Verónica intentó tratarle como trataría a cualquier otro hombre que insistiera en imponer sobre ella sus opiniones masculinas.

—Lo siento —dijo con voz muy tranquila—, pero voy a ir. Lamento tener que desobedecerte, pero tengo que hacerlo. Quisiera... —Comprendió que había cometido un error al comenzar la frase—, quisiera que no hubiera necesidad de pelear.

Se detuvo bruscamente y se dirigió a la puerta principal. Inmediatamente su padre la alcanzó.

—Me parece que no me has oído, *Vee* —dijo con ira mal controlada—. ¡Te he dicho que no vas a ir! —gritó.

La joven hizo un esfuerzo por comportarse con la dignidad de una princesa. Incluyó la cabeza, y no encontrando nada más que decir, se movió hacia la puerta. Su padre se interpuso ante ella y durante un instante los dos forcejearon con las manos en el cerrojo. Ambos estaban rojos de cólera.

—¡Suéltame! —gritó ella cegada por la ira.

—¡Verónica! —exclamó *Miss Stanley*—. ¡Peter!

Pero ellos no la oyeron y prosiguieron sus desesperados forcejeos. Entre los dos no había habido jamás violencia alguna desde el día en que él, a pesar de las protestas de su madre, la había llevado, pateando y gritando, al cuarto de jugar, castigada por alguna diablura ya olvidada. Ahora, con algo parecido al horror, se enfrentaron de aquel modo.

La puerta se cerraba con un pestillo y un pasador con llave, al que por la noche se añadía una cadena y dos cerrojos. Tomando toda clase de precauciones para no caer el uno sobre el otro, Ana Verónica y su padre se sumieron en una lucha absurdamente desesperada, la una para abrir la puerta y el otro para mantenerla cerrada. Ella alcanzó la llave y él le cogió la mano y se la retorció cuando intentaba hacerla girar. El dolor le hizo dar un grito.

Sintió que la inundaba una ola de vergüenza y desesperación, y una inmensa pena al pensar en el afecto que existía entre los dos, destrozado ahora, y en el inmenso desastre que había caído sobre ellos.

Desistió de su propósito, retrocedió, giró sobre sus talones y huyó escaleras arriba.

Mientras subía, iba llorando y riendo al mismo tiempo. Llegó a su cuarto, entró en él y cerró la puerta con llave como si temiera que la persiguieran para torturarla.

—¡Oh, Dios! —exclamó—. ¡Oh, Dios!

Se despojó violentamente de la capa y durante unos minutos recorrió la habitación de un lado a otro. Parecía una mujer pirata dominada verdaderamente por la pasión.

«¿Por qué no puede razonar conmigo, en lugar de tratarme así?», se preguntó una y otra vez.

«**N**o aguantaré una cosa semejante —se dijo de pronto—. ¡Me iré de todas formas!».

Se dirigió a la puerta, pero prefirió volverse a la ventana. La abrió y salió fuera, cosa que no había hecho desde hacía cinco largos años, para encontrarse sobre el tejado del cuarto de baño que su padre había mandado construir en el piso bajo. En una ocasión, ella y Roddy habían descendido por la cañería.

Pero lo que una niña de dieciséis años puede hacer vestida con una falda corta, no puede hacerlo una señorita de veintiuno, con un disfraz y una capa de baile. Cuando empezaba a comprenderlo así, descubrió la presencia de *Mr. Pragmar*, el droguero, que vivía tres jardines más allá y que habiendo salido a pasear para hacer apetito antes de la cena, la contemplaba fascinado junto a la segadora del césped.

A Ana Verónica le resultó muy difícil dar un aire de digna corrección a su retirada por la ventana, y cuando se halló una vez más dentro de su cuarto, apretó los puños y emprendió una silenciosa e iracunda danza de un lado a otro.

Cuando pensó que probablemente *Mr. Pragmar* conocía a *Mr. Ramage* y le contaría lo que había visto, gritó con renovada irritación y repitió con vigor los pasos de la danza.

4

Dos horas más tarde, *Miss Stanley* golpeó con los nudillos la puerta de su habitación.

—Te traigo la cena, *Vee* —dijo.

Ana Verónica estaba echada en la cama, mirando al techo. En la estancia reinaba la penumbra. Reflexionó antes de contestar. Tenía mucha hambre. Había comido muy poco o nada en el té y su almuerzo tampoco había sido muy abundante.

Se levantó y abrió la puerta.

Su tía no tenía nada que objetar contra la pena de muerte, o la guerra, o el sistema industrial, o la prisión perpetua, o la tortura de criminales, o el Libre Estado del Congo, porque aquellas cosas estaban lejos de su órbita. Pero contra lo que sí objetaba, lo que no

le gustaba, lo que no podía soportar, era que alguien no comiera, no disfrutara comiendo. Para ella, la demostración suprema de un estado emocional era que éste alteraba el curso de la digestión normal. Una persona conmovida por algo comía muy poco, y el síntoma de la mayor emotividad era no poder llevarse el cubierto a la boca. Por esta razón, y mientras cenaba en silencio con su hermano, la idea de que Ana Verónica estaba sola en su cuarto le había resultado muy penosa. Inmediatamente después de la cena, se dirigió a la cocina y se puso a preparar una bandeja. Y la preparó, no con cosas frías, sino con cuidado especial, para que fuera realmente tentadora. Con ella en las manos, entró en la habitación de su sobrina.

Ana Verónica se vio entonces confrontada con el hecho más desconcertante de la vida: con la bondad de una persona a quien se considera completamente equivocada. Cogió la bandeja, tragó saliva y dio paso a las lágrimas.

Su tía tomó aquello por una señal de arrepentimiento.

—Querida —dijo, poniendo afectuosamente una mano sobre el hombro de Ana Verónica—. ¡Si supieras lo apenado que está tu padre!

Ana Verónica intentó zafarse de su mano, y al hacerlo, la pimienta que había sobre la bandeja se volcó; los polvos llenaron el espacio e instantáneamente las dos sintieron deseos de estornudar.

—Creo que no te das cuenta —replicó con las mejillas inundadas de lágrimas— de lo que esto significa para mí... ¡Atchís!

Dejó caer la bandeja con fuerza sobre su mesa de tocador.

—¡Pero, querida! ¡Piensa que es tu padre! ¡Atchís! ¡Atchís!

—Ésta no es razón —dijo Ana Verónica, hablando desde detrás de su pañuelo e interrumpiéndose bruscamente.

Sobrina y tía se miraron con ojos acuosos pero antagónicos, ambas demasiado conmovidas para comprender lo absurdo de la situación.

—Espero... —dijo Miss Stanley con dignidad, volviéndose hacia la puerta con furiosa expresión—, espero que tengas en cuenta lo ocurrido y tu estado de ánimo cambie...

Ana Verónica permaneció en el cuarto en semipenumbra, contemplando la puerta que se había cerrado tras de su tía y sujetando todavía el pañuelo con la mano. Su alma estaba

dominada por una sensación de inmensa catástrofe. Había luchado por primera vez para obtener dignidad y libertad, como una persona mayor e independiente, y he aquí cómo la trataba el mundo. No había cedido ante ella ni la había aniquilado. Se había limitado a echarla a un lado por medio de un forcejeo indigno, de una vulgar comedia, de una sonrisa irónica.

«¡Dios mío! —exclamó Ana Verónica—. ¡Tengo que hacer algo!».

Capítulo V

LA HUIDA A LONDRES

1

Ana Verónica tuvo la impresión de que aquella noche no llegó a dormir, o de que al menos pasó la mayor parte de ella envuelta en un torbellino de sentimientos y reflexiones.

¿Qué podía hacer?

Una idea la dominaba: tenía que marcharse de casa, tenía que imponerse en seguida, o perecer.

«Muy bien —se dijo—. Es necesario que me vaya».

Sentía que quedarse significaba ceder totalmente. Y tendría que irse al día siguiente. Eso estaba claro. Si retrasaba la marcha un día, la retrasaría dos; si la retrasaba dos días, la retrasaría una semana, y después de una semana ya sería demasiado tarde.

«Me iré —se prometió a sí misma en medio de la noche—. Me iré aunque ello me cueste la muerte».

Trazó sus planes y calculó sus medios y recursos, que resultaban ligeramente desproporcionados. Tenía un reloj de oro muy bueno que había pertenecido a su madre, un collar de perlas también muy bueno, varias sortijas sin pretensiones, algunas pulseras de plata y otros adornos de poco valor, tres libras y trece chelines y unos cuantos libros. Así equipada, se proponía establecerse independientemente en el mundo.

Pronto encontraría trabajo.

Aquella noche confiaba en que lo encontraría con facilidad; se consideraba fuerte, inteligente y capaz, en comparación con la mayoría de las jóvenes que conocía. No sabía con certeza de qué modo encontraría aquel trabajo, pero ello era lo de menos. Cuando lo tuviera, escribiría a su padre diciéndole lo que había hecho.

Éstos fueron sus proyectos, que en términos generales parecían

muy factibles. Pero, de vez en cuando, entre aquellas fases de relativa confianza pasaba por momentos de duda desconcertante en los que le parecía que el universo le hacía muecas siniestras y amenazadoras, desafiándola a que se enfrentara con él, preparando un castigo humillante y vergonzoso.

«No me importa —se dijo Ana Verónica—, ¡lucharé!».

Intentó planear con todo detalle sus movimientos. Las únicas dificultades que se representaba claramente, eran los obstáculos que tendría que vencer para salir de Morningside Park y no las que encontraría al fin de su viaje. Estas dificultades estaban hasta tal punto más allá de su experiencia, que le resultó posible no pensar en ellas diciéndose con confianza que «todo iría bien». Pero en el fondo sabía que tendría que vencerlas y en algunos momentos aquello se convirtió en una horrible obsesión, como si se tratara de un monstruo que la estuviera esperando al otro lado de la esquina. Intentó imaginarse a sí misma con una ocupación, intentó verse sentada ante un escritorio o volviendo después de su trabajo a un piso atractivamente amueblado en el que viviría libre e independiente. Pasó algún tiempo entretenida en amueblar el piso en su imaginación. Pero aunque lo llenó de muebles, siguió resultando para ella extremadamente informe. Podía contener mucho de bueno y de malo.

«Me iré —se dijo Ana Verónica por centésima vez—. ¡Me iré! No me importa lo que pueda suceder».

Por la mañana salió de un sopor, como si no hubiera llegado a dormirse. Era hora de levantarse.

Se sentó al borde de la cama, miró a su alrededor y paseó la vista por la hilera de libros y el cráneo de cerdo.

«Tendré que llevármelos —se dijo, para que sus palabras vencieran su propia incredulidad ante lo que se había propuesto hacer—. ¿Cómo me las arreglaré para sacar el equipaje de la casa?».

La figura de su tía, un poco distante, un poco propiciatoria detrás del servicio de desayuno, le produjo una sensación de aventura casi catastrófica. Era posible que nunca volviera a desayunar en aquella habitación. ¡Nunca! Y quizás algún día, muy pronto, lo echara de menos. Se sirvió lo que quedaba de tocino y volvió a pensar en el problema de sacar el equipaje de la casa. Al fin decidió recurrir a la ayuda de Teddy Widdget, y si la de éste

fallaba, a la de una de sus hermanas.

2

Encontró a la generación más joven de los Widgett sumida en lánguidas evocaciones. Pero todos se animaron al enterarse de que Ana Verónica no había aparecido porque, según sus palabras, «la habían encerrado».

—¡Dios mío! —exclamó Teddy con más sentimiento que nunca.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Hetty.

—¿Qué quieres que haga? —dijo Ana Verónica—. ¿Acaso tú pasarías por ello? Pienso marcharme.

—¿Marcharte? —preguntó Hetty.

—Me voy a Londres.

Ana Verónica había esperado inspirar admiración, pero en lugar de ello toda la familia Widgett, a excepción del impulsivo Teddy, expresaron una común consternación.

—¿Pero cómo piensas hacerlo? —preguntó Constance—. ¿A casa de quién irás?

—¡Me iré sola y alquilaré una habitación!

—Pero ¿quién te la pagará?

—Tengo dinero —repuso Ana Verónica—. Cualquiera cosa es mejor que la vida que llevamos aquí.

Y viendo que Hetty y Constance se disponían a hacer nuevas objeciones, decidió no darles tiempo para ello y en cambio pedirles ayuda.

—No tengo más que un maletín muy pequeño. ¿Podéis prestarme el equipaje que necesitaré?

—¡Eres extraordinaria! —dijo Constance pasando lentamente de la idea de la disuasión a la idea de ayuda.

Hicieron lo que pudieron por ella. Le prestaron un baúl y una especie de saco y Teddy se declaró dispuesto, por amor a ella, a ir hasta el fin del mundo y a llevar todas las maletas.

Hetty, que miraba por la ventana (todos los días fumaba su cigarrillo matutino apoyada en la ventana para que pudieran contemplarla los habitantes de Morningside Park de ideas menos avanzadas) y que intentaba no hacer objeciones, distinguió a Miss

Stanley que se dirigía a la compra.

—Si quieres llevar a cabo tu proyecto —dijo—, ahora es el momento.

Ana Verónica se dirigió inmediatamente a su casa con el saco, esforzándose por no precipitarse y mantener su aire de digna reserva y de persona que ha sido tratada injustamente. Teddy entró por la parte trasera del jardín y dejó caer los bultos por la verja. Todo aquello resultó muy entretenido. Su tía volvió antes de que el equipaje estuviera terminado del todo, y Ana Verónica descendió las escaleras y salió de la casa recordando con inquietud el baúl y el saco escondido en su habitación debajo de la cama. Después del almuerzo se dirigió a casa de los Widdett para terminar de perfilar sus proyectos, y cuando su tía se hubo retirado a su habitación para descansar como hacía diariamente a la hora de la digestión, se decidió a correr el riesgo de que las criadas la delataran y llevó el saco y el baúl a la puerta del jardín, donde esperaba Teddy para conducirlos a la estación.

Después subió de nuevo a su cuarto, se vistió cuidadosamente para salir, se puso el sombrero más serio que encontró y, curiosamente emocionada, se dispuso a tomar el tren de las tres y cuarto.

Teddy la ayudó a entrar en el departamento de segunda clase, declarando de paso que era una «chica espléndida».

—Si te ocurre algo o quieres algo, ponme un telegrama —le dijo—. Por ti iría al fin del mundo, haría cualquier cosa, Vee.

—¡Eres un encanto, Teddy!

—¿Quién no haría cualquier cosa por ti?

El tren comenzó a moverse.

—¡Eres magnífica! —dijo Teddy mientras el viento removía sus cabellos—. Buena suerte. ¡Buena suerte!

Ella le dijo adiós con la mano, hasta que una curva le ocultó de su vista.

Entonces se encontró sola en el tren y se preguntó qué haría a continuación, mientras intentaba no imaginarse a sí misma como a una criatura alejada de su casa y de todo refugio que pudiera protegerla contra el mundo con el que había decidido enfrentarse.

Se sentía más pequeña e indefensa de lo que había esperado sentirse.

«Vamos a ver —se dijo intentando superar su desaliento—. Voy a tomar una habitación alquilada en una pensión, porque es más barato. Pero esta noche me iré a un hotel y daré una vuelta... Todo saldrá bien...».

Sin embargo, el desaliento seguía cerniéndose sobre ella. ¿A qué hotel iría? Si indicara al chófer que la llevara a un hotel, a cualquier hotel, ¿qué diría y qué pensaría? Era posible que la condujera a un sitio demasiado caro y distinto de lo que ella necesitaba. Por último decidió que tendría que buscarlo ella misma y que, mientras tanto, dejaría el equipaje en Waterloo. Una vez hecho esto entró en Londres con una sensación en parte de pánico y en parte de decisión, pero sobre todo de alegría por haber obtenido al fin la libertad.

Aspiró profundamente el aire londinense.

3

Pasó de largo frente a los primeros hoteles que encontró, sin saber por qué, pero en realidad porque le daba miedo decidirse a entrar en ninguno de ellos. Andando despacio cruzó el puente de Waterloo. Era media tarde, no había muchos peatones y muchos pares de ojos que pasaban en autobuses y tranvías se fijaban en ella. Caminaba erguida y tranquila, brillando en sus ojos el fulgor que había inspirado su decisión. Iba vestida como se visten todas las jóvenes inglesas para ir a la ciudad, sin pecar de coquetería o de excesiva rigidez. Su blusa sin cuello descubría la línea grácil de su garganta, sus ojos brillaban y su cabello negro caía suelto y ondulado por encima de sus orejas...

Ana Verónica pensó que aquélla era la tarde más hermosa de su vida. El río, los grandes edificios de la orilla Norte, Westminster y la catedral de San Pablo se veían iluminados por la luz dorada del sol londinense. El sol más suave, más penetrante y menos opresivo del mundo. Hasta los cochecillos y vehículos antiestéticos que la calle Wellington arrojaba incesantemente sobre el puente, resultaban maravillosos a sus ojos. Un abundante tráfico de barcos se movía por el río y encima de ellos volaban las gaviotas de Londres. Nunca hasta entonces había estado allí a aquella hora, bajo aquella luz, y

le pareció que lo veía todo por primera vez. Aquel lugar inmenso, aquel Londres, era ahora suyo, tendría que luchar contra él, pero podría ir donde quisiera. Viviría en él.

«Me alegro de haberme decidido a venir», se dijo.

Pasó junto a un hotel que no parecía demasiado opulento ni demasiado sórdido en una calle lateral que desembocaba en el Embankment, se decidió tras un esfuerzo y, volviendo a Waterloo por el puente de Hungerford, detuvo un coche para llevar su equipaje a aquel refugio elegido. La señorita que se hallaba detrás del mostrador pasó por un momento de vacilación antes de contestar. Al fin dijo que tenía que consultar con el gerente, y mientras Ana Verónica fingía leer con profundo interés un cartel que se exhibía sobre el mostrador y en el que se solicitaban donativos para un hospital, experimentó la desagradable sensación de estar sometida a investigación por parte de un caballero con frondosos bigotes que salió de un despacho interior y penetró en el vestíbulo para examinarla y examinar su equipaje. Pero el examen debió resultar satisfactorio y muy pronto se encontró instalada en la habitación número 47, esperando su equipaje.

«Hasta ahora todo va bien», se dijo.

4

Pero más tarde, cuando sentada en una de las sillas tapizadas de seda roja contempló su baúl y su saco en el centro de aquella habitación impersonal y meticulosamente ordenada, con su armario vacío y su desierto tocador, se sintió invadida por el desaliento, como si hubiera sido arrojada con todo cuanto poseyera a aquel lugar desprovisto de todo calor humano...

Decidió salir a la calle de nuevo, comer algo y buscar una habitación para vivir. ¡Eso es lo que tenía que hacer! ¡Tenía que encontrar una habitación barata y ponerse a trabajar!

Pero ¿qué hay que hacer para encontrar trabajo?

Recorrió el Strand y la plaza de Trafalgar y llegó a Piccadilly por Haymarket. Después, cruzando pequeñas plazas y calles laterales, salió a Oxford Street. Sus pensamientos estaban divididos en hacer por un lado especulaciones sobre el modo de encontrar empleo y en

apreciar por el otro la belleza de Londres. Lo agradable del caso era que por primera vez en su vida andaba por Londres sin rumbo fijo, por primera vez en su vida gozaba contemplando realmente Londres.

Se esforzó por resolver el problema de cómo encontrar trabajo. ¿Debería entrar en una de aquéllas oficinas y explicarles lo que era capaz de hacer? Titubeó ante el escaparate de una agencia de embarque en Cockspur Street y en los almacenes del Ejército y la Marina, pero pensó que probablemente aquella solicitud debía hacerse a una hora especial y que convendría enterarse antes de dar ningún paso. Y, además, no tenía especial interés en dar aquel paso inmediatamente.

Se sumió en agradables sueños y en especulaciones fantásticas. Se imaginó que detrás de los millares de puertas ante las cuales pasaba, existían inmensas posibilidades. Sus ideas sobre el empleo de la mujer y la posición en la vida de la mujer moderna, se basaban principalmente en la figura de Vivie Warren, de la obra de teatro *La profesión de Mrs. Warren*. Había visto esta obra con Hetty Widdett, hacía muy poco tiempo. Casi toda ella le había resultado incomprensible, o comprensible en un modo que evitaba toda curiosidad ulterior, pero la figura de Vivie, enérgica, dura, triunfante, dando órdenes y dominando completamente a un segundo Teddy personificado en el personaje de Frank Gardner, le había resultado fascinadora. Se vio a sí misma como una segunda Vivie.

Sus pensamientos se apartaron de Vivie Warren, atraídos por el curioso comportamiento de un caballero de mediana edad en Piccadilly. De pronto surgió de la nada en la vecindad de Bullington Arcade, y cruzó la calle en dirección a ella sin apartar los ojos de su persona. Ana Verónica calculó que tendría la misma edad que su padre. Llevaba el sombrero ligeramente ladeado y la chaqueta quizás exageradamente ceñida, pero la corbata revelaba cierta distinción y refinamiento. Su rostro aparecía ligeramente enrojecido y sus ojos brillaban. Se detuvo en el bordillo de la acera sin mirarla, como si se dispusiera a cruzar la calle, y de pronto se dirigió a ella hablando por encima del hombro.

—¿En qué dirección vas? —preguntó claramente con voz dulzona.

Ana Verónica se quedó mirando aquella sonrisa propiciatoria, aquella ávida mirada, mientras se sentía sumida en el más profundo estupor. Después se echó a un lado y siguió su camino con paso más rápido. Pero aquello había desequilibrado sus ideas y no volvió a recuperar con facilidad la satisfacción interna que sintiera poco antes.

¡Qué hombre más extraño!

El arte de ignorar es una de las cualidades de toda joven bien educada, el cual le ha sido inculcado con tanta fuerza que consigue ignorar hasta sus propios pensamientos y conocimientos. Ana Verónica pudo preguntarse cuál podía ser la intención de aquel caballero al dirigirse a ella y saber al mismo tiempo perfectamente (al menos en términos generales) lo que aquello significaba. Cuando iba todos los días desde su casa al Instituto Tredgold y de éste a su casa de nuevo había visto muchos incidentes de aquel aspecto de la vida del que se supone que las jóvenes no saben nada, aspectos que resultaban profundamente significativos para ella, pero que a causa de los convencionalismos y la tradición debían quedar inefablemente remotos. Aunque su capacidad intelectual era en cierto grado excepcional, nunca había considerado aquellas cosas con los ojos bien abiertos. Las había considerado a escondidas, sin cambiar impresiones con nadie.

Siguió su camino ya sin soñar ni apreciar cuanto la rodeaba, sino estudiando a la humanidad tras la máscara aparente de una serena tranquilidad.

La deliciosa sensación de libertad que experimentara un minuto antes había completamente desaparecido.

Al aproximarse al final de Piccadilly, vio acercarse una mujer. Era una mujer alta que a primera vista parecía bella y elegante. Avanzaba con la seguridad de un barco majestuoso. Pero según iba acercándose se podía distinguir la pintura que cubría su rostro y una expresión de dureza. Cierta artificiosidad en su porte y en la magnificencia de su atavío revelaba ser aquello que, para calificarlo, Ana Verónica no logró recordar la palabra adecuada. Era una palabra entendida a medias y escondida en lo más remoto de su mente, la palabra «meretriz». Detrás de aquella mujer y un poco a un lado, avanzaba un hombre elegantemente vestido, en cuyos ojos se leía el deseo y la admiración. Algo reveló claramente a Ana

Verónica que aquellas dos personas estaban ligadas por un lazo misterioso; que la mujer intuía la existencia del hombre a su espalda.

Aquel incidente le recordaba por segunda vez que, después de todo, es cierto que una mujer joven no puede adentrarse sola en el mundo sin exponerse a ciertos peligros, que el mal se halla dispuesto a atacar en cualquier momento y que por todas partes acechan peligros y pequeños insultos más irritantes que los mismos peligros.

Y fue en las calles y plazas silenciosas y tranquilas que salen de Oxford Street donde advirtió por primera vez que también a ella la seguían. Distinguió a un hombre que andaba por la acera opuesta sin dejar de mirarla.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Maldita sea!

Se esforzó por no creer a la evidencia y siguió su camino, sin mirar a la derecha ni a la izquierda.

Dejando atrás el Circo, Ana Verónica entró, para tomar algo, en un salón de té. Y mientras esperaba que le trajeran el té, volvió a ver a aquel hombre. O aquello era un encuentro fortuito y casual, o la había venido siguiendo desde Mayfair. Pero esta vez no cabía duda acerca de sus intenciones. Penetró en el local buscándola con la mirada y se acomodó al otro extremo, frente a un espejo en el que podía contemplar su imagen a su antojo.

Bajo la impenetrable máscara de su rostro, Ana Verónica hervía de indignación. Contempló desde la ventana el tráfico de Oxford Street, mientras se dedicaba mentalmente a apalear a aquel hombre con saña. ¡La había seguido! ¿Para qué la había seguido? Debió venir haciéndolo desde Grosvenor Square.

Se trataba de un hombre alto y rubio con ojos azules y manos largas y blancas que exhibía con evidente orgullo. Se había quitado el sombrero y permanecía contemplando a Ana Verónica por encima de su intacta taza de té. La miraba con fijeza intentando atraer su vista hacia él. En un momento dado, cuando creyó haberlo conseguido, sonrió con sonrisa insinuante. De vez en cuando se acariciaba el bigote y tosía con afectación.

«¡Y tener que compartir el mundo con él...!», se dijo Ana Verónica, que se veía reducida a leer la lista de precios que el salón de té ponía en cada mesa a disposición de sus clientes.

Sabe Dios cuáles serían los vulgares conceptos de pasión y deseo que albergaba aquel rubio cráneo, sabe Dios cuáles serían los sueños de aventuras e intrigas que su imaginación le había inspirado, pero fueran cuales fueran, bastaron para que cuando Ana Verónica salió de nuevo a la calle, aquel hombre reanudara su persecución idiota, exasperante e indecente.

Ana Verónica no tenía la menor idea de lo que debía hacer. No sabía lo que ocurriría si se dirigía a uno de los guardias de tráfico. Quizá se viera obligada a denunciar a aquel hombre y tuviera que aparecer al día siguiente ante un tribunal.

Se puso furiosa consigo misma. No se dejaría influir por aquella agresión obstinada y persistente. Haría como si no lo hubiera advertido. Sí, ésta era la solución. Se detuvo bruscamente y contempló el escaparate de una tienda de flores. El hombre pasó por su lado, volvió atrás y permaneció junto a ella contemplándola en el cristal.

La tarde se había fundido con el crepúsculo, las tiendas empezaban a convertirse en gigantescas linternas de colores y los faroles callejeros comenzaban a vivir. Ana Verónica se había perdido. Se hallaba desorientada y no reconocía las calles por las que andaba. Continuó de calle en calle sintiendo que Londres había perdido todo su encanto. No tenía contra la siniestra, amenazadora y monstruosa inhumanidad de la ciudad sin límites, más que el hecho real de que sufría una persecución, la persecución de un hombre indeseable y obstinado.

Por segunda vez Ana Verónica tuvo la tentación de maldecir al Universo.

Hubo momento en que pensó volverse hacia aquel hombre y dirigirle la palabra, pero algo leyó en su cara, al mismo tiempo estúpida y obstinada, que le dijo que él continuaría persiguiéndola y que si le hablaba lo consideraría como un punto a su favor. A la luz del crepúsculo dejó de ser una persona contra la que se podía luchar para convertirse en algo más general, en algo que se arrastraba como un reptil hacia ella, negándose a abandonar su presa.

Y de pronto, cuando la tensión que sentía se había hecho casi insoportable y estaba a punto de dirigirse a cualquier persona que pasara por su lado en demanda de ayuda, su perseguidor desapareció. Durante unos minutos apenas pudo creer que aquello

fuera cierto. Pero lo era. Sin embargo, aunque la noche se lo había tragado, el desconocido había causado a la joven un gran daño. Perdió su ánimo y sintió que la libertad se había terminado para ella. Le resultó agradable mezclarse en la corriente de obreros que salían de su trabajo y marchaban hacia sus hogares e imitar su paso apresurado. Siguió a un hombre con sombrero blanco y chaqueta gris hasta llegar a la esquina de Tottenham Court Road, y allí, por el letrero de un autobús y los gritos del conductor, averiguó el camino que debía seguir. Tenía miedo de que la siguieran, tenía miedo de las puertas oscuras y abiertas ante las que pasaba y tenía miedo del resplandor de las luces. Tenía miedo de estar sola e ignoraba la causa de sus temores.

Eran las siete y media cuando llegó al hotel en que se hospedaba.

Creyó entonces que se había desembarazado para siempre del hombre que la siguiera, pero aquella noche descubrió que hasta en sueños la perseguía. La acechaba, la miraba, se arrastraba hacia ella, avanzaba con sonrisa dulzona e insinuante hasta que al fin despertó de su pesadilla y permaneció despierta dominada por el miedo y el horror mientras escuchaba los distintos ruidos del hotel.

Aquella noche estuvo a punto de tomar la decisión de volver a su casa a la mañana siguiente. Pero el día renovó su valor y las primeras sensaciones de pánico se desvanecieron completamente en su memoria.

5

Desde la oficina de Correos del East Strand había enviado a su padre el siguiente telegrama:

Estoy perfectamente y a salvo. Verónica.

Después había comido a la carta y se había dispuesto a contestar a la proposición matrimonial hecha por *Mr. Manning*. Pero le había resultado muy difícil.

«Mi buen amigo», comenzó. Hasta ahí era fácil. Tampoco había tenido que pensar mucho, para seguir de este modo: «Me resulta

muy difícil contestar a su carta».

Pero después de aquello no se le ocurrían ideas ni frases y se había puesto a pensar en los acontecimientos del día. Decidió que pasaría la mañana siguiente contestando a los anuncios de los periódicos, que abundaban en el salón de lectura, y después de hojear durante media hora varios números atrasados del *Sketch* se había ido a acostar.

Pero al día siguiente, cuando se dispuso a contestar a los anuncios, descubrió que era más difícil de lo que se había imaginado. En primer lugar, no había tantos anuncios como esperaba. Se acomodó junto a un portarrevistas, comparándose mentalmente con Vivie Warren, y examinó el *Morning Post*, el *Standard* y el *Daily Telegraph*. En el *Morning Post* había gran demanda de institutrices y niñeras, pero no ofrecía ninguna otra posibilidad; el *Daily Telegraph* necesitaba sobre todo aprendizas de costura. Ana Verónica se dirigió al escritorio y escribió varias notas, pero después se acordó de que no tenía dirección que dar para las respuestas.

Decidió dejar el asunto hasta el día siguiente y dedicar la mañana a contestar a Mr. Manning. Después de romper un gran número de páginas logró redactar lo que sigue:

Mi buen amigo:

Me resulta muy difícil contestar su carta. En primer lugar le diré que es para mí un honor extraordinario el hecho de que piense en mí de un modo tan elevado, y en segundo término, que desearía que no me hubiera escrito.

Antes de continuar volvió a leer aquellas líneas.

«¿Por qué habrá de escribir cosas así? —se preguntó—. Pero ya he roto demasiadas cuartillas y no quiero romper otra».

Así, pues, prosiguió, haciendo esfuerzos desesperados por expresarse con soltura:

Antes de esto, éramos buenos amigos y ahora quizá nos resulte difícil volver a nuestros antiguos términos de amistad. Pero si esto es posible, desearía que así fuera. Porque creo que todavía soy demasiado joven e ignorante. Últimamente

he estado pensando en todas estas cosas y he llegado a la conclusión de que el matrimonio es lo más importante en la vida de una mujer. No es una más entre las cosas importantes, sino la más importante de todas, y, por lo tanto, ¿cómo podría decidirme a aceptar antes de adquirir un conocimiento más amplio de la vida? Le ruego, pues, que olvide haber escrito su carta y que perdone esta respuesta. Quiero que piense en mí como si yo fuera un hombre, sin relacionarme para nada con el matrimonio.

Espero que pueda hacerlo así, porque doy un gran valor a mis amistades masculinas y lamentaré no poder contarle entre ellas. Creo que no hay mejor amigo, para una joven, que un hombre algo mayor que ella.

Quizá cuando reciba esta carta habrá llegado a sus oídos el paso que he dado, abandonando mi hogar, y probablemente desaprobará mi conducta. Es posible que piense que lo he hecho en un momento de enfado porque mi padre me encerró cuando intenté ir a un baile en contra de sus deseos. Pero en realidad el motivo es mucho más profundo. En Morningside Park sentí que había llegado a un momento en que mi vida debía detenerse, como si me hubieran encerrado y no pudiera salir a la luz, como si hubiera llegado a un punto de decoloración, en términos botánicos. Era como una especie de marioneta que se mueve obedeciendo las cuerdas que manejan otros. Prefiero pasar apuros y tener que trabajar, a convertirme en la sombra de otras personas. Quiero ser yo misma. Pero ignoro si ustedes los hombres podrán comprender este apasionado sentimiento. Por todo esto, no soy ya la misma persona que usted conoció en Morningside Park. Soy una mujer en busca de empleo y de libertad, soy lo que durante la primera conversación que sostuve con usted le dije que deseaba ser.

Espero que comprenda las cosas como son y que no esté ofendido conmigo o escandalizado por todo lo que he hecho.

Con sincero afecto.

ANA VERÓNICA STANLEY.

Por la tarde reanudó su búsqueda de habitación. La sensación de novedad había dado paso a un sentido más realista del asunto. Se dirigió a la zona Norte y llegó a un barrio empobrecido y oscuro.

Nunca se había imaginado que la vida era tan siniestra como le pareció al principio de aquella búsqueda. Una vez más se sintió enfrentada con un elemento de la vida en el que se había acostumbrado a no pensar; con algo que a pesar de su resistencia mental chocaba con todas sus ideas preconcebidas, según las cuales se consideraba a sí misma como una joven valiente y decidida que había salido de Morningside Park como quien sale de una celda para penetrar en un mundo libre y espacioso. Varias patronas de casas de huéspedes le contestaron con una negativa, mientras asumían un aire de virtud que Ana Verónica no supo cómo explicarse.

—No alquilamos habitaciones a señoritas —le dijeron.

Por Theobald's Road se dirigió en diagonal hacia Titchfield Street. Las habitaciones que allí encontró estaban escandalosamente sucias, o eran terriblemente caras, o las dos cosas a la vez. Algunas estaban adornadas con grabados que le parecieron lo más vulgar e indecoroso que había visto en su vida. Ana Verónica amaba las cosas bellas y entre éstas le gustaba contemplar la belleza desnuda; pero aquellos grabados no hacían sino insistir en mostrar la redondez y las curvas del cuerpo femenino. Las ventanas estaban oscurecidas con cortinajes y los suelos alfombrados. Por todas partes había adornos de porcelana. Todas las mujeres que tenían habitaciones para alquilar, le contestaron que ella no servía para vivir en ellas. Aquello le pareció muy raro.

Muchas de aquellas casas se veían envueltas en una atmósfera que delataba vulgaridad e incluso maldad. Las mujeres que ofrecían habitaciones utilizaban gestos y ademanes amistosos como si se tratara de una máscara, mientras por detrás relucían sus ojos llenos de dureza. Una de ellas, vieja y desdentada y con manos temblorosas, llamó a Ana Verónica «querida», y a continuación hizo un comentario incomprensible y soez cuyo significado Ana Verónica temió comprender.

Durante algún tiempo renunció a su búsqueda y recorrió las sucias y oscuras calles pensando en el aspecto sórdido de la vida y

avergonzada de su anterior torpeza. Sintió algo parecido a lo que experimenta el hindú al tocar algo que ofende a su casta. Contempló con aprensión las personas con quienes se tropezó en la calle. Una o dos veces vio a varias jóvenes de su edad que, vestidas de un modo muy llamativo, salían de aquella vecindad en dirección a Regent Street. No se le ocurrió pensar que al menos ellas habían hallado un modo de ganarse la vida y que tenían aquella superioridad sobre ella. No se le ocurrió pensar que a pesar de la diferencia de circunstancias y educación, tenían un alma como la suya propia.

Durante algún tiempo Ana Verónica prosiguió su camino, midiendo el alcance y el significado de aquel sórdido vecindario. Al fin, un poco más arriba de Houston Road, tuvo la sensación de que desaparecía la nube impalpable que se había cernido sobre ella y que la atmósfera moral sufría una alteración. Las ventanas comenzaron a lucir persianas limpias y los escalones que subían a los portales se distinguieron igualmente por su limpieza. Le pareció que los letreros anunciando habitaciones, que se exhibían en las ventanas, tenían un significado distinto. En una calle cerca de Hampstead Road encontró una habitación excepcionalmente ordenada y limpia que le fue mostrada por una mujer de mirada bondadosa.

—¿Es usted estudiante? —le preguntó.

—Sí —dijo Ana Verónica—. Estudio en el Instituto Tredgold.

Pensó que sería más conveniente silenciar por el momento el hecho de que había abandonado su hogar y que estaba buscando empleo. La habitación estaba empapelada en tonos verdes, y la butaca y los asientos de las otras sillas estaban tapizados con cretona de dibujos grandes, exacta a la que encuadraba la ventana. Había una mesa redonda cubierta, no por un tapete, sino por una tela verde que armonizaba con el papel. Junto a la chimenea había varias estanterías. La alfombra no estaba excesivamente desgastada y la cama, colocada en un rincón, aparecía cubierta con una colcha blanca. En las paredes no se veían grabados ni adornos superfluos, y sí únicamente una reproducción del festín de Baltasar en litografía, a la moda victoriana. La mujer que le mostró la habitación era muy alta, parecía comprensiva y su actitud era la de una criada adiestrada.

Ana Verónica trajo su equipaje en un taxi desde el hotel; dio una propina de seis peniques al portero y otra de dieciocho peniques al cochero, sacó algunos de sus libros y objetos personales para dar a la habitación un aire más íntimo y después se sentó frente al fuego de la butaca, que, por cierto, no era nada incómoda. Había encargado una cena consistente en té, un huevo duro y melocotones en almíbar.

«Y ahora —se dijo Ana Verónica contemplando la habitación con aire de posesión—, ¿qué debo hacer?».

Se dedicó a escribir a su padre, lo que le resultó algo difícil, y a las Widgett, cosa ya más sencilla. La necesidad de defenderse a sí misma y de asumir un tono tranquilo y confiado, la ayudó a disipar la sensación de hallarse indefensa y expuesta a mil peligros en un mundo sórdido y abundante en siniestras posibilidades. Metió las cartas en su sobre, reflexionó sobre ellas durante algún tiempo y al fin salió a la calle y las echó al buzón. Después deseó recuperar la carta escrita a su padre para leerla de nuevo y volver a escribirla si no le producía buena impresión.

Al día siguiente él sabría su dirección.

Pensó en ello con repentino pánico, mezclado con cierta inexplicable satisfacción.

«“¡Pobre papá!” —se dijo—. Se habrá llevado un disgusto terrible... Pero tenía que suceder más tarde o más temprano... Me gustaría saber lo que dirá cuando reciba la carta».

Capítulo VI

DISCUSIONES

1

Ana Verónica despertó al día siguiente en un estado de ánimo magnífico. Se acomodó en su habitación, y mientras leía los anuncios del *Daily Telegraph* consumió un huevo pasado por agua y pan tostado con mermelada. Pero entonces recibió un telegrama que le anunciaba la llegada de su tía. El telegrama recordó a Ana Verónica que, excepto su dormitorio, no contaba con un lugar donde recibir visitas. Bajó a hablar con la patrona y le rogó que le permitiera utilizar la sala del primer piso, que afortunadamente estaba vacía. Explicó que esperaba una visita importante y pidió que cuando llegara la condujera a aquella estancia. Su tía apareció a eso de las diez y media, vestida de negro y cubierta con un velo excesivamente tupido. Se lo levantó con el aire de un conspirador que se quita el antifaz y presentó a su sobrina una cara enrojecida y llorosa. Durante unos instantes permaneció en silencio.

—Querida —dijo cuando recuperó el aliento—, tienes que volver a casa en seguida.

Ana Verónica cerró la puerta sin hacer ruido y permaneció callada.

—Esto casi ha matado a tu padre del disgusto... ¡Después de lo que pasó con Gwen!

—Le puse un telegrama.

—¡Pero él te quiere tanto! ¡Te quería tanto!

—Le mandé un telegrama diciéndole que todo iba bien.

—¡Y yo sin imaginarme por un instante lo que estaba sucediendo! ¡Sin tener la menor idea! —Se dejó caer en una silla y colocó los brazos encima de la mesa—. ¡Oh, Verónica! ¡Abandonar tu casa de ese modo!

Se notaba que había llorado y entonces se echó a llorar de nuevo. Ana Verónica quedó conmovida ante aquel despliegue de emoción, y esperó a que se calmara.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó su tía—. ¿Por qué no te confiaste a nosotros?

—¿A qué te refieres? —preguntó Ana Verónica.

—A lo que has hecho.

—Pero ¿qué es lo que he hecho?

—¡Abandonarnos! Marcharte de este modo sin decirnos una palabra. Tu padre y yo estábamos orgullosos de ti y teníamos puestas en ti nuestras esperanzas. ¡Yo creía que eras completamente feliz! Tu padre permaneció toda la noche sin dormir, aunque al fin pude convencerle de que se acostara. Quería ponerse el abrigo y venir a buscarte por todo Londres. Fue igual que cuando se marchó Gwen, aunque ella dejó una carta en el sofá. Tú no hiciste ni siquiera eso, Vee, ni siquiera eso.

—Os mandé un telegrama, tía Mollie —dijo Ana Verónica.

—Un telegrama lacónico en el que ni siquiera mandabas las doce palabras permitidas.

—En él os decía que estaba bien.

—Gwen nos dijo que era feliz. Antes de que llegara el telegrama tu padre ni siquiera sabía que te habías ido. Empezaba a enfadarse porque te retrasabas para la cena cuando lo trajeron. Lo abrió sin concederle importancia, y cuando comprendió lo que significaba dio un puñetazo en la mesa que hizo saltar la cuchara por el aire y derramó la sopa encima del papel. «¡Juro que iré a buscarles y mataré a ese hombre! ¡Le mataré!», dijo, furioso. Yo creí que era un telegrama de Gwen.

—Pero ¿qué es lo que papá supuso?

—Lo que cualquiera hubiera supuesto. «¿Qué ha pasado, Peter?», le pregunté. Estaba de pie y tenía en la mano el telegrama hecho una bola. Dijo una palabra horrible y me contestó: «Es de Ana Verónica, que ha ido a reunirse con su hermana». «¿Qué se ha ido?». «¡Sí, se ha ido! ¡Lee esto!». Me tiró el telegrama, tan furioso, que lo arrojó dentro de la sopera. Se puso hecho una furia cuando intenté sacarlo con el cacillo, y me dijo lo que decía. Después volvió a sentarse y declaró que todos los novelistas debían ser ahorcados. Puse en juego toda mi capacidad de persuasión para impedir que

viniera inmediatamente en busca tuya. Es la primera vez que veo a tu padre conmovido desde que éramos niños. «¡Oh, mi pequeña Vee! ¡Mi pequeña Vee!», repetía. Ocultó la cara entre las manos y permaneció un rato silencioso, como quien ha recibido un golpe que no puede soportar.

Ana Verónica había permanecido en pie mientras su tía le daba todas aquellas explicaciones.

—¿Pretende insinuar, tía Mollie —preguntó—, que mi padre creyó que me había escapado con un hombre?

—¿Qué otra cosa quieres que pensara? ¿Crees que alguien podría imaginarse que serías tan loca como Petra marcharte sola?

—¿Después de... después de lo que pasó la noche anterior?

—¿Por qué sacar a relucir ofensas antiguas? ¡Si pudieras verle esta mañana! Está pálido como el papel y al afeitarse se ha llenado de cortes. Quería venir a buscarte en el primer tren, pero yo le dije: «Espera a ver si escribe». Y, efectivamente, recibimos tu carta. Temblaba tanto que apenas podía abrir el sobre y al fin me lo arrojó. «Vete a buscarla —me dijo—. ¡No es lo que creíamos! No es más que una broma». Después de decir esto salió para la ciudad sin una palabra más, dejándose en el plato, intacta, una gran loncha de tocino. No ha desayunado nada, anoche no cenó y lo último que ha tomado ha sido el té de ayer.

Cuando dejó de hablar, tía y sobrina se contemplaron en silencio.

—Tienes que volver a casa inmediatamente —dijo *Miss Stanley*.

Ana Verónica se contempló los dedos, que resaltaban en el mantel de color rojo oscuro. Su tía había hecho una descripción demasiado realista de su padre como hombre dominante, opresivo, sentimental y ruidoso. ¿Por qué no podía dejarla que siguiera su camino a su modo? La sola idea de volver a su casa resultó incompatible con su orgullo.

—Me parece que lo que me pides es imposible —dijo. Levantó la vista y repitió con mayor seguridad—: Lo siento mucho, tía, pero creo que es imposible.

Y fue entonces cuando empezaron las discusiones. Aquel día su tía estuvo discutiendo durante dos horas enteras.

—¡Pero, querida, es imposible que hagas esto! —Con aquella idea fija se perdió en un mar de explicaciones y ruegos. Le costó mucho trabajo convencerse de que Ana Verónica continuaba firme en su decisión.

—Pero ¿cómo vas a vivir? ¡Piensa en lo que dirá la gente! —Esto se convirtió en una muletilla—. ¡Piensa en lo que dirá *Lady Palsworthy*! ¡Piensa en lo que dirá Fulana de Tal! ¿Qué explicaciones vamos a dar a la gente? ¿Y qué quieres que le diga a tu padre?

Al principio Ana Verónica no había estado completamente segura de que se negaría a volver a su casa. Había pensado en alguna fórmula de compromiso que le permitiría disfrutar de cierta libertad, pero cuando su tía comenzó a exponerle los diferentes aspectos de su escapada y se sumió en consideraciones y frases inconsecuentes mezclando toda clase de emociones, comprendió claramente que si volvía a su casa la situación volvería a ser la misma de antes.

—¿Y qué pensará *Mr. Manning*? —agregó su tía.

—No me importa lo que piense nadie —repuso Ana Verónica.

—No comprendo qué es lo que te ha ocurrido. No comprendo qué es lo que quieres.

Ana Verónica no dio ninguna respuesta. En el fondo de su corazón tenía la desconcertante sensación de que tampoco ella sabía muy bien qué es lo que quería.

—¿No te importa lo que piense *Mr. Manning*?

—No sé qué relación puede tener él con mi venida a Londres.

—Él... él adora el terreno que pisas. No te lo mereces, pero así es. O al menos lo adoraba anteaer.

La tía Mollie extendió los dedos de su mano enguantada con ademán retórico.

—Todo esto me parece una locura. ¡Una locura! ¡Portarte de este modo solamente porque tu padre no permitió que le desobedecieras!

Por la tarde *Mr. Stanley* en persona reanudó la discusión. Las teorías que el padre de Ana Verónica sustentaba sobre el modo de discutir eran bastante personales, por lo que, separados por su sombrero y su paraguas como si fueran la maza del Parlamento, él y su hija se enzarzaron en una violenta disputa. La joven se había propuesto mantenerse en una digna reserva, pero él se mostró desde el principio consumido por la ira y dando por sentado que la insubordinación había llegado a término y que su hija volvería sumisa a su hogar, lo que ya en sí era más de lo que Ana Verónica estaba dispuesta a aguantar. Su deseo de dominar la situación y vengarse de la preocupación que había sentido durante la noche pasada le hizo mostrarse brutal, más brutal de lo que ella recordaba haberle visto jamás.

—Has logrado que la ansiedad no me dejara dormir, señorita —dijo al entrar en la habitación—. Supongo que ya estarás satisfecha.

Ana Verónica sintió miedo, porque la cólera de su padre le asustaba siempre, y al hacer esfuerzos para ocultarlo llevó hasta un extremo ridículo su dignidad de reina ofendida. Dijo que esperaba no haberle lastimado por el paso que se había visto obligada a dar, a lo que él contestó diciendo que no fuera estúpida. Ana Verónica intentó mantener sus posiciones declarando que se había visto en una situación imposible, a lo que su padre replicó gritando:

—¡Tonterías! ¡Tonterías! Cualquier padre en mi lugar hubiera obrado del mismo modo.

Hubo una pausa, y al ver que su hija no tenía nada que decir, *Mr. Stanley* prosiguió:

—Bien, ya has corrido una pequeña aventura y espero que hayas aprendido una lección. De modo que sube a tu cuarto y recoge tus cosas mientras voy a la calle a buscar un coche.

Aquellas palabras sólo podían ser contestadas de un modo.

—No pienso volver a casa.

—¿Que no piensas volver a casa?

—¡No!

Y a pesar de su decisión de conservar la calma y la dignidad, Ana Verónica se echó a llorar asustada de sí misma. Por lo visto, estaba condenada a llorar cada vez que hablaba con su padre. Él la obligaba a decir cosas inesperadas y a obrar también de un modo

inesperado. Pero la joven temió que interpretara sus lágrimas como signo de debilidad y repitió:

—No pienso volver a casa. Prefiero morirme de hambre.

Por un momento pareció que no había nada más que decir. Después, *Mr. Stanley*, poniendo las manos sobre la mesa y contemplándola a través de sus gafas con animosidad no disimulada, preguntó:

—¿Puedo preguntarte, en ese caso, cuáles son tus proyectos? ¿De qué modo piensas arreglártelas para vivir?

—¡Viviré! —sollozó Ana Verónica—. ¡No te preocupes por eso! Yo me las arreglaré para vivir.

—Claro que me preocupo... —dijo *Mr. Stanley*—. ¿Crees que para mí no tiene importancia que mi hija ande corriendo por Londres mendigando trabajo y olvidando su dignidad?

—No mendigaré trabajo —repuso Ana Verónica secándose las lágrimas.

A continuación se sumieron en una discusión aún más amarga. *Mr. Stanley* hizo uso de su autoridad y ordenó a Ana Verónica que volviera a casa, a lo que naturalmente ella se negó; entonces le aconsejó solemnemente y por su bien que no le desobedeciera y volvió a ordenarle que volviera a casa. Después dijo que si no hacía lo que le ordenaba, nunca más «volvería a pisar el umbral de su casa». Esta amenaza conmovió a Ana Verónica de tal modo, que declaró con acompañamiento de sollozos y lágrimas que prefería no volver y durante algún tiempo los dos hablaron simultáneamente y sin saber lo que decían. *Mr. Stanley* le preguntó si se daba cuenta del significado de su acción y procedió a mostrarse todavía más explícito, asegurándole que no tocaría ni un penique de su dinero hasta que volviera a su casa. Ni un penique. Ana Verónica repuso que no le importaba.

De pronto, *Mr. Stanley* cambió de táctica.

¡Pobre niña! —exclamó—. ¿No comprendes la infinita locura de este proceder? ¡Piensa! ¡Piensa en el cariño y en el afecto que abandonas! ¡Piensa en tu tía, que ha sido y es una segunda madre para ti! ¡Piensa en tu madre y en el dolor que sentiría si viviera!

Hizo una pausa, profundamente conmovido.

—Si mi madre viviera —sollozó Ana Verónica— comprendería lo que siento.

La conversación se hacía cada vez más agotadora y Ana Verónica se aborreció a sí misma por sentir aquel creciente antagonismo hacia su padre, por discutir con él, por calcular las respuestas que debía darle, como si no se tratara de su padre, sino de su hermano. Era horrible. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Quería vivir su propia vida y él se proponía impedirlo valiéndose de los insultos y el desprecio.

Al mirar atrás se asombró del estado a que habían llegado las cosas, porque al principio se había sentido dispuesta a volver a casa con ciertas condiciones. Mientras esperaba su llegada había considerado las relaciones presentes y futuras entre ambos del modo más completo y satisfactorio. Había deseado llegar a un acuerdo. Pero en lugar de ello se veía enfrentada con aquella tormenta, aquellos gritos, aquellas lágrimas, aquellas amenazas y aquellos ruegos repentinos. Lo que la fatigaba no era únicamente el hecho de que su padre había dicho cosas inconsecuentes e irrazonables, sino que a causa de un contagio incomprensible ella le había replicado en el mismo tono. Él había dado por hecho desde el principio que el motivo de la discusión era que ella había abandonado su hogar y que la única alternativa era la obediencia. Ante aquello, lo único que a Ana Verónica le quedaba por hacer era rebelarse. Además, él le dio a entender con indirectas, una o dos veces, que sospechaba la existencia de un hombre al fondo de todo ello. ¡La existencia de un hombre...!

El final fue la visión de su padre en el umbral, dándole una última oportunidad, con el sombrero en una mano y el paraguas en la otra.

—¿Comprendes lo que esto significa...? —preguntó—. ¿Lo comprendes?

—Sí, lo comprendo —dijo Ana Verónica con las mejillas inundadas de lágrimas y dominada por la misma cólera—. Lo comprendo.

Reprimió sus sollozos y repitió:

—No recibiré ni un penique de tu dinero. Ni un penique. Y jamás pisaré el umbral de tu casa.

Al día siguiente apareció de nuevo su tía. Estaba diciendo que nunca se había oído que una joven abandonara su casa y sus padres como había hecho ella, cuando llegó su padre, que fue introducido por la patrona. Había decidido seguir una nueva táctica. Dejó el sombrero y el paraguas encima de la mesa, se puso en jarras y contempló a Ana Verónica con firmeza.

—Bueno, me parece que ya es hora de poner fin a estas idioteces.

Ana Verónica se dispuso a replicar, pero *Mr. Stanley* siguió hablando con la misma calma:

—No he venido a discutir contigo. Esto tiene que acabar de una vez. Vendrás a casa con nosotros inmediatamente.

—Creo haberte explicado...

—Me parece que no me has oído —dijo su padre—. Te he ordenado que vuelvas a casa.

—Ya te dije ayer...

—¡Vuelve a casa!

Ana Verónica se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo su padre volviéndose hacia su hermana—. Esto pone fin a la cuestión. No suplicaremos más. Que la experiencia le dé una lección.

—¡Pero, mi querido Peter! —dijo *Miss Stanley*.

—No —repuso su hermano con firmeza—. Un padre no debe suplicar a su hija.

Miss Stanley se puso en pie y contempló fijamente a Ana Verónica, que permaneció inmóvil con las manos a la espalda, y con un mechón de cabello negro caído sobre uno de sus ojos, lo que le daba aspecto de niña obstinada.

—No sabe lo que hace.

—Lo sabe perfectamente.

—No comprendo qué es lo que te impulsa a obrar de este modo —dijo *Miss Stanley* a su sobrina.

—¿De qué sirve discutir? —dijo su hermano—. Que siga su camino. Hoy en día los hijos no pertenecen a sus padres. Y eso se debe a los novelistas sin sentido común y sin vergüenza que andan sueltos por el mundo. No podemos protegerlas contra ellos, porque ni siquiera podemos protegerlas contra sí mismas.

Cuando su padre acabó de pronunciar estas palabras, un profundo abismo pareció abrirse entre ellos.

—No comprendo por qué padres e hijos no pueden ser amigos —dijo Ana Verónica.

—¿Amigos? ¡Cómo quieres que seamos amigos si vemos que por vuestra desobediencia acabáis perdiéndoos! Vamos, Mollie, dejémosla que haga lo que quiera. He intentado poner en juego mi autoridad, pero ella prefiere desafiarla. No hay nada más que decir.

Ana Verónica sintió de pronto una profunda desesperación. Hubiera dado cualquier cosa por ser capaz de pronunciar una palabra que salvara aquel abismo sin fondo abierto entre ella y su padre, pero no se le ocurrió nada que fuera sincero.

—¡Papá! —exclamó—. ¡Tengo que vivir!

Su padre interpretó erróneamente aquellas palabras.

—Eso solo a ti te incumbe —dijo con la mano en el picaporte—. A no ser que decidas volver a Morningside Park.

Miss Stanley se volvió hacia ella.

—Vee —dijo—, vuelve a casa. Vuelve antes de que sea demasiado tarde.

—¡Vamos, Mollie! —exclamó Mr. Stanley desde la puerta.

—Vee, ¿oyes lo que dice tu padre?

Miss Stanley luchó unos segundos con sus emociones. Con impulsivo ademán se dirigió a su sobrina, dejó caer algo pesado sobre la mesa y se volvió hacia su hermano. Ana Verónica contempló con el más profundo asombro aquel objeto oscuro que resonó al caer. Era un portamonedas. Dio un paso hacia adelante.

—¡Tía! —exclamó—. Yo no ruedo...

Se interrumpió al sorprender una mirada de súplica en los ojos azules de su tía, y en aquel momento la puerta se cerró tras ella. Hubo unos segundos de silencio y a continuación oyó el portazo de la puerta de la calle...

Ana Verónica comprendió que estaba sola frente al mundo. Aquella vez la despedida parecía final. Tuvo que resistir un impulso de verdadero terror que casi la hizo correr tras ellos y ceder a sus deseos.

—¡Demonio! —exclamó—. ¡Esta vez es la definitiva!

Cogió el portamonedas, lo abrió y examinó su contenido. En el interior había tres libras esterlinas, seis chelines y cuatro peniques,

dos sellos de correos, un llavín y el billete de vuelta de su tía a Morningside Park.

5

Después de aquella entrevista, Ana Verónica se consideró definitivamente separada de su hogar. El dinero había sido el golpe final. Pero las discusiones no terminaron allí, puesto que su hermano Roddy, que trabajaba en un negocio de automóviles, apareció dispuesto a convencerla. Su hermana Alice le escribió y *Mr. Manning* le hizo una visita.

Su hermana Alice parecía haber desarrollado un profundo sentido religioso en Yorkshire y le habló con palabras que para Ana Verónica carecían de significado. Entre otras cosas, Alice le imploró que no se convirtiera en uno de «esos intelectuales asexuados, que no son hombres ni mujeres».

Ana Verónica meditó aquella frase.

«Eso se lo debe a él... —se dijo más tarde—. ¡Pobre Alice!».

Su hermano Roddy acudió por la tarde, le pidió una taza de té y se dispuso a escuchar sus razones.

—Es un poco fuerte para el viejo, ¿no te parece? —dijo Roddy, que en el taller de automóviles había desarrollado un método franco y directo para expresar sus ideas—. ¿Te molesta que fume? —continuó—. No sé cuál es tu juego, *Vee*, pero supongo que tendrás alguna razón. ¡Buena colección de hermanos hemos salido! Alice convertida en una maníaca y llena de críos. A Gwen la vi el otro día y está peor que nunca. Jim está metido hasta el cuello en estudios teológicos y tonterías de ese tipo y escribe cartas aún peores que las de Alice. Y ahora, lo que faltaba, tú te haces independiente. Creo que yo soy el único miembro cuerdo de la familia. Papá está tan loco como todos vosotros, a pesar de toda su respetabilidad; uno de estos días sufrirá una crisis. Ya una o dos veces ha estado a punto de que le ocurra. Tiene los nervios deshechos. Supongo que al fin y al cabo todos somos seres humanos, pero... ¡qué precio hay que pagar por la sagrada institución de la Familia! En realidad estoy de acuerdo contigo, *Vee*, pero no sé cómo vas a poder salir adelante. Es posible que un hogar sea una especie de jaula, pero al fin y al

cabo... es un hogar. Te da derecho a que el viejo te mantenga mientras le sea posible. Para las mujeres que trabajan, la vida es muy dura.

Hizo algunas preguntas y durante algún tiempo escuchó los razonamientos de su hermana.

—Yo en tu lugar abandonaría todo esto, Vee —dijo—. Tengo cinco años más que tú y mucha más experiencia por ser un hombre. Lo que buscas es demasiado arriesgado y muy difícil de conseguir. Que estés dispuesta a salir adelante por tus propios medios es muy bonito y todo lo que quieras, pero es demasiado duro. Ésta es mi opinión. Tendrás que luchar a fondo. Mi consejo es que hagas las paces con papá y vuelvas a casa antes de que te veas obligada a hacerlo de todos modos. Si no te humillas ahora, es posible que más adelante te arrepientas. Yo no puedo ayudarte con dinero, porque la vida ya está bastante difícil para un hombre solo, y mucho más para una muchacha como tú. Tienes que tomar el mundo como es. La única solución posible para una mujer, es conquistar a un hombre que le solucione todos estos problemas. Es inútil escapar a este axioma, Vee. No he sido yo quien ha hecho las leyes, sino la Providencia. Las cosas son así y éste es el orden del mundo. Es como la apendicitis. No es agradable, pero así nos han hecho. No podemos alterar las cosas. Vuélvete a casa, deja que papá te mantenga y consíguete lo antes posible un hombre que siga haciéndolo. Quizás esto no te resulte romántico, pero es lo más sensato. Todo este movimiento feminista no sirve para nada. Después de todo, la Providencia ha arreglado las cosas de modo que los hombres os mantengan, mejor o peor. Así hizo el Universo y hay que tomarlo como viene.

Ésta fue la esencia del discurso de Roddy. Se sumió en diferentes variaciones sobre el mismo tema durante una hora y acabó diciendo al despedirse:

—Vuélvete a casa, Vee, vuélvete a casa. Estas nuevas teorías acerca de la libertad están muy bien, pero no van a funcionar como creéis. El mundo no está todavía maduro para que las muchachas como tú puedan enfrentarse con él. Ésta es la verdad desnuda. Los niños y las mujeres tienen que depender de los hombres o hundirse... Al menos durante las próximas dos o tres generaciones. Vuelve a casa y espera cien años, Vee. Cuando pase este tiempo

inténtalo de nuevo y es posible que tengas alguna oportunidad. Ahora no tienes ni sombra de ella... si juegas limpio.

6

Ana Verónica se asombró al comprobar que *Mr. Manning*, con palabras diferentes, sostenía las mismas opiniones que su hermano Roddy. Apareció por allí para hacerle una visita, y presentó sus excusas irradiando amabilidad y comprensión. Estaba claro que *Miss Stanley* le había dado la dirección de Ana Verónica. La patrona no logró recordar su nombre y dijo que se trataba de un caballero alto y atractivo con bigote negro. Suspirando con resignación ante el precio de la hospitalidad, Ana Verónica dispuso que prepararan una taza de té más y que encendieran la chimenea en el primer piso, antes de prepararse cuidadosamente para la entrevista. En aquella pequeña habitación y bajo el reflejo de la lámpara de gas, la estatura y la buena calidad del traje de *Mr. Manning* resultaban impresionantes. A aquella luz producía un efecto muy sentimental, como uno de los oficiales de la guardia de Ouida, supervisado por *Mr. Haldane* y la Facultad de Economía de Londres y retocado en el Instituto de Keltic.

—Mi atrevimiento al venir a visitarla es imperdonable, *Miss Stanley* —dijo apretándole la mano a su manera característica—. Pero no olvide que me dijo usted misma que podíamos ser amigos. Es doloroso que se encuentre aquí —añadió señalando con la mano la presencia amarillenta de la primera niebla del año que se vislumbraba al otro lado de la ventana—. Su tía me dijo lo que había ocurrido. Comprendo perfectamente que su orgullo le impulsara a dar este paso. Sí, lo comprendo.

Se sentó en la butaca, bebió dos tazas de té, consumió varios de los pasteles que Ana Verónica había mandado traer y siguió hablando y expresando sus ideas mientras la miraba con grave expresión y evitaba cuidadosamente que las migas se le engancharan en el bigote. Ana Verónica le escuchaba, asumiendo inconscientemente el aire de una experta anfitriona.

—Pero ¿de qué modo terminará todo? —dijo *Mr. Manning*—. Naturalmente, su padre tendrá que comprender lo magnífico de su

actitud. Ahora no la comprende. He estado con él y he visto que no la interpreta bien. Tampoco la interpretaba yo después de recibir su carta, pero ahora desearía servirla con todo cuanto está en mi mano. Es usted como una princesa maravillosa desterrada en estas horribles habitaciones.

—Me temo que en lo que toca a ganarme la vida, soy todo menos una princesa —dijo Ana Verónica—. Pero, francamente, me he propuesto salir adelante sin reparar en lo que tenga que luchar.

—¡Dios mío! —exclamó *Mr. Manning* como quien hace un aparte en el escenario—. ¡Usted ganarse la vida! Es usted como una princesa desterrada —repitió sin dejarla hablar—. Ha venido a esconderse en estas sórdidas habitaciones (perdóneme que las llame sórdidas) y con su presencia consigue quitarle importancia al hecho... No creo que ningún lugar donde usted pueda vivir consiga arrojar una sombra sobre su persona.

Ana Verónica sintió una ligera turbación.

—¿No quiere tomar otra taza de té, *Mr. Manning*?

—Cuando la oigo hablar de ganarse la vida —dijo *Mr. Manning*, dejando a un lado la taza sin contestar a la pregunta—, es como si oyera a un arcángel decir que va a entrar en la Bolsa, o a Cristo que va a vender palomas... Perdone mi atrevimiento. No puedo evitar representarme esta imagen.

—Es una comparación muy ocurrente.

—Sabía que no se ofendería.

—Pero ¿tiene aplicación en este caso? Todo lo que usted dice, *Mr. Manning*, está muy bien como ideal o sentimientos, pero ¿corresponde a la realidad? ¿Son realmente las mujeres seres tan angelicales y los hombres tan caballerosos? Yo sé que ustedes los hombres quieren convertirnos en reinas y diosas, pero en la práctica... Contemple, por ejemplo, a las mujeres que nos encontramos por las mañanas dirigiéndose a su trabajo, vulgares, adocenadas, bastas... No se puede decir que sean reinas y nadie las trata como tales. Recuerde también a las mujeres que alquilan habitaciones... La semana pasada tuve que buscar una para mí, y las mujeres con que tropecé me hicieron sentirme asqueada. Son peores que cualquier hombre. Allá donde iba y llamaba a la puerta, me encontraba con otra mujer sucia y desastrosa (otra reina caída, supongo), más desastrada que la anterior y más sucia. ¡Sus pobres

manos!

—Sí, lo sé —dijo *Mr. Manning* con comprensión.

—¡Imáginese también a todas las esposas y madres, con sus ansiedades, con sus limitaciones, con sus montones de criaturas!

Mr. Manning expresó pesar. Hizo un ademán con el pedazo de tarta que se llevaba a la boca, y contestó:

—Ya sé que nuestro orden social tiene mucho que desear y que sacrifica todo lo mejor y más bello de la vida. No intento defenderlo.

—Y, además, ya que hablamos de reinas —prosiguió *Ana Verónica*—, hay veintiún millones y medio de mujeres para veinte millones de hombres. Supongamos que el lugar que nos corresponde es un trono. Queda un déficit de un millón y medio de tronos, sin contar a las viudas que vuelven a casarse. Por otro lado, mueren más niños que niñas, por lo que la verdadera desproporción entre adultos es aún mayor.

—Sí —convino *Mr. Manning*—. Conozco las estadísticas. Comprendo que tiene usted cierta razón al impacientarse por la lentitud del Progreso. Pero explíqueme una cosa que no comprendo, una sola. ¿De qué modo cree usted que va a ayudar por el hecho de decidirse a luchar por su cuenta? Esto es lo que me preocupa.

—¡Oh, no intento ayudar! —dijo *Ana Verónica*—. Me limito a discutir mis ideas sobre lo que debe ser una mujer y de este modo dejarlo aclarado en mi mente. Me encuentro en estas habitaciones buscando trabajo porque... en fin, ¿qué otra cosa puedo hacer cuando mi padre me encierra en casa?

—Lo sé, lo sé. No crea que no lo comprendo. Pero, de todas formas, me desagrada verla en esta ciudad oscura y triste. Es como una selva. Todo el mundo procura sacar ventaja de los demás sin pensar para nada en el prójimo, todo el mundo colabora en echar carbonilla al aire, por todas partes autobuses y tranvías haciendo ruido, un caballo que se cae, una vieja que tose en una esquina... Todas estas cosas dolorosas ocurren en una gran ciudad. ¡Y a usted se le ocurre venir aquí! ¡Es usted demasiado valiente, *Miss Stanley*, demasiado valiente!

Ana Verónica reflexionó. Llevaba dos días buscando empleo.

—Es posible que tenga usted razón —dijo.

—No es que me importe que las mujeres sean valientes, porque

admiro el valor. ¿Qué podría ser más grandioso que una joven bella como usted frente a un tigre salvaje? ¡Sería como Una y el León! Pero esto no se parece en nada a aquello; esto no es más que una jungla sin fin, llena de competencias vulgares y egoístas.

—¿Y usted quiere mantenerme fuera de ella?

—Exactamente —dijo *Mr. Manning*.

—¿En una especie de bello jardín, con hermosos vestidos, donde me limitaría a cortar flores?

—¡Ah! ¡Si eso fuera posible!

—¿Mientras otras mujeres van a trabajar y alquilan habitaciones? En realidad ese jardín mágico quedaría reducido a una casa en Morningside Park con mi padre cada vez más enfadado durante las comidas y a una oprimente sensación de inseguridad e inutilidad.

Mr. Manning dejó una vez más la taza sobre la mesa y miró a Ana Verónica intensamente.

—Al hablar así no me trata con justicia, *Miss Stanley* —dijo—. Mi jardín mágico sería bastante mejor.

Capítulo VII

IDEALES Y REALIDADES

1

Después de aquello y durante varias semanas, Ana Verónica aprendió el valor que su persona tenía en el mercado del mundo. Anduvo de un lado para otro en un Londres del mes de noviembre, oscuro, imponente y lleno de niebla, esforzándose por encontrar el empleo modesto pero independiente que con tanta precipitación había creído fácil de conseguir. Anduvo de un lado para otro ocultando sus emociones, fueran éstas las que fuesen, mientras la realidad de su situación aparecía crudamente ante ella. Su diminuta habitación era como un refugio y de él salía al mundo con sus casas grises y manchadas por el hollín, con sus calles refulgentes de tiendas, con sus ventanas iluminadas bajo cielos de color cobre, o grises, o negros, del mismo modo que los animales salen de sus cubiles en busca de alimentos. Al volver a casa escribía cartas cuidadosamente meditadas o leía algún libro comprado en la librería de Mudie (donde había gastado media guinea), o se sentaba junto al fuego y se dedicaba a pensar.

Progresivamente y de mala gana, había acabado por reconocer que Vivie Warren era lo que se llama un «ideal». No existían tales mujeres y no existían tales situaciones. El trabajo que se le ofrecía no era en modo alguno lo que ella se había imaginado. Para sus escasas capacidades, no quedaban abiertos más que dos caminos y ninguno de ellos le atraía ni le parecía ofrecer un medio de huir de la sujeción contra la cual, representada en su padre, se había alzado en rebelión. Uno de estos caminos era convertirse en una especie de esposa o madre asalariada y accesoria, ser una institutriz o ayudante de profesora. El otro era entrar en el comercio, en un almacén o como empleada en una tienda de sombreros. La primera

de estas ocupaciones le parecía demasiado doméstica o restringida; para la segunda tenía el hándicap de su falta de experiencia. Además, nada de esto le agradaba. No le gustaban las tiendas, no le gustaban las caras de las otras mujeres y consideraba a los hombres que regían estos establecimientos como las personas más intolerables que jamás había conocido. ¡Uno de ellos incluso se atrevió a llamarla «querida mía»!

Se le ofrecieron dos puestos de secretaria en los que no se excluía a las mujeres; uno de ellos era con un miembro radical del Parlamento y el otro con un médico de Harley Street, pero ambos hombres rechazaron sus servicios con la mayor cortesía, admiración y terror. Celebró también una curiosa entrevista en un hotel con una señora de edad madura cubierta de polvos y de alhajas que buscaba señorita de compañía. Pero, al parecer, no le pareció que Ana Verónica fuera la persona adecuada.

Además, casi todas estas cosas estaban terriblemente mal pagadas. Le producirían únicamente los medios necesarios para subsistir, mientras que requerirían todo su tiempo y energía. Había oído hablar de mujeres periodistas y escritoras, pero ni siquiera pudo llegar a presencia de los editores que intentó ver, y tampoco estaba segura de haber podido desempeñar el trabajo que le hubieran encargado, de poder verlos. Un día desistió de su empeño y se presentó en el Instituto Tredgold. No habían llenado su vacante, sino que se habían limitado a notar su ausencia, por lo que pudo pasar un día muy agradable dedicada a la disección de un tortuga. Aquello le resultó tan interesante y le hizo olvidar de tal modo su preocupación por subsistir y su necesidad de encontrar trabajo, que continuó yendo durante una semana entera como si nada hubiera cambiado y siguiera viviendo en su casa. Después se le presentó una tercera oportunidad de trabajar como secretaria, lo que le hizo abrigar nuevas esperanzas. Era un puesto de amanuense, con el que se combinaban ciertos deberes de enfermera a desempeñar junto a un caballero inválido que vivía en Twickenham y que se dedicaba a las investigaciones literarias para demostrar que el *Faery Queen* era en realidad un Tratado de Química molecular escrito en un código especial y pintoresco.

Mientras Ana Verónica se zambullía de este modo en el mar industrial y conocía el mundo tal como es, examinaba también las ideas y actitudes de un gran número de seres humanos que se ocupaban principalmente del mundo como debiera ser. En primer lugar *Miss Miniver*, y en segundo su propio interés, la condujeron a cierto grupo de gente que sueña con el progreso del mundo, con cambios grandes y fundamentales, con una nueva Era que habrá de reemplazar todo el desorden de la vida contemporánea.

Miss Miniver se enteró de su escapada y consiguió su dirección por medio de las *Widdgett*. A las nueve de la noche del día siguiente se presentó allí en un estado de trémulo entusiasmo. Siguió a la patrona escaleras arriba y llamó a Ana Verónica:

—¿Puedo subir? ¡Soy yo! ¿Se acuerda de mí? ¡*Nettie Miniver*!

Y apareció ante Ana Verónica antes de que ésta consiguiera recordar claramente quién podría ser *Nettie Miniver*.

Sus ojos tenían una luz frenética y su cabello lacio parecía también albergar ideas originales acerca del modo más conveniente de colocarse en la cabeza. Sus dedos querían salir de los guantes como deseosos de ponerse en contacto inmediatamente con Ana Verónica.

—¡Es usted magnífica! —exclamó con veneración, sujetando sus dos manos y escudriñando su cara—. ¡Magnífica! ¡Tan serena, tan decidida, tan en calma! Las jóvenes como usted son las que demostrarán a los hombres lo que somos. ¡Jóvenes cuyo espíritu ellos no han podido quebrar!

Al oír aquellas cálidas palabras, Ana Verónica sintió un bálsamo en el corazón.

—Ya en *Morningside Park* la estuve observando, querida —dijo *Miss Miniver*—. Tengo la costumbre de observar a las mujeres. Entonces pensé que estas cosas no tenían importancia para usted, que era usted una de tantas. Ahora es como si de pronto se hubiera convertido en una mujer madura.

Se detuvo, titubeó y añadió:

—Quisiera saber... si se debió a algo que yo dije...

Pero no esperó la contestación de Ana Verónica y pareció dar por sentado que la causa de la huida habían sido sus palabras.

—Todas se contagian —prosiguió—. Se extiende como el fuego.

Vivimos en una época magnífica. En una época gloriosa. Nunca hubo una época como ésta en que vivimos. Todos nuestros fines están cercanos. ¡La Insurrección de las Mujeres! Cuénteme todo lo que ocurrió, como una mujer hermana a otra.

Esta última frase enfrió algo el entusiasmo de Ana Verónica, pero a pesar de ello el magnetismo de aquella mujer era muy fuerte. Y, además, resultaba agradable ser considerada como heroína después de tanta discusión y tantas dudas secretas.

Pero *Miss Miniver* no escuchó mucho tiempo. Lo que ella quería era hablar. Se instaló cómodamente encima de la alfombra junto a la librería, contempló el fuego y el rostro de Ana Verónica y se dejó ir.

—Apaguemos la luz —dijo—. Para hablar basta con el resplandor del fuego. Querida mía, acaba usted de salir a la vida, acaba usted de enfrentarse con ella.

Ana Verónica permaneció en silencio con la barbilla apoyada en la mano, mientras *Miss Miniver* discursaba. El significado de sus palabras comenzó a adquirir forma y a inspirar a Ana Verónica una profunda aprensión. Hablaba de un mundo grande, gris, monótono; de un mundo brutal, supersticioso, confundido y cruel, que atacaba a los débiles e indefensos. En tiempos antiguos y en países lejanos, sus tendencias malvadas se habían expresado en forma de tiranías, matanzas, guerras, etc. Pero en la realidad, y en Inglaterra, llevaba la forma del comercialismo y la competencia, de sombreros de seda, de moralidad suburbana, de sistemas de explotación y de la subyugación de las mujeres. Hasta ahora la cosa había sido aceptada. Pero *Miss Miniver* había reunido contra el mundo a una minoría pequeña pero enérgica, a los Hijos de la Luz, a quienes describió con toda clase de adjetivos laudatorios y sobre cuyas cualidades la mente de Ana Verónica prefirió mostrarse más escéptica.

Miss Miniver dijo que todo empezaba a arreglarse, que se esperaba la venida del Pensamiento Elevado, de la Vida Sencilla, del Socialismo, del Humanitarianismo. En realidad todo tenía el mismo significado. Le gustaba estar metida en ello, tomar parte en ello, respirar el nuevo movimiento, ser su misma esencia. Hasta ahora había habido en la historia del mundo, con grandes intervalos, precursores de este progreso, voces que habían hablado

y se habían extinguido. Pero al fin había llegado el momento. Mencionó con familiar respeto a Cristo, a Buda, a Shelley, a Nietzsche y a Platón. A todos ellos les llamó pioneros. Sus nombres brillaban en la oscuridad rodeados de espacios vacíos, del mismo modo que las estrellas brillan en la noche, pero ahora... todo era diferente; había llegado el amanecer, el verdadero amanecer.

—Son las mujeres las que han iniciado el movimiento —dijo *Miss Miniver*—. Las mujeres y el pueblo. Todos ellos se han alzado.

Ana Verónica escuchaba con los ojos fijos en el suelo.

—Todos ellos se han alzado —prosiguió *Miss Miniver*—. Y usted no pudo resistir la llamada y acudió a nuestras filas. Algo la atrae. Algo atrae a todo el mundo. Salen de los suburbios, de las pequeñas ciudades, de todas partes. Yo estoy en todos los movimientos. En la medida de mis fuerzas pertenezco a todos ellos. Mantengo el dedo en el pulso de las cosas.

Ana Verónica no dijo nada.

—¡El amanecer! —exclamó *Miss Miniver*, mientras sus gafas reflejaban el fuego como lagos de llamas de sangriento rojo.

—Yo vine a Londres —dijo Ana Verónica— impulsada por mis propios asuntos. No estoy muy segura de comprender del todo sus palabras.

—Claro que no —dijo *Miss Miniver*, gesticulando triunfalmente con su mano delgada y su muñeca más delgada aún y acariciando la rodilla de Ana Verónica—. Claro que no. Eso es lo más maravilloso del caso. Pero lo comprenderá algún día. Debe permitirme que la lleve a reuniones, a conferencias... Entonces empezará a comprender. Empezará a ver el nuevo movimiento abriéndose como un capullo. Yo estoy metida en ello y le concedo todos los momentos de que dispongo. Abandono el trabajo, lo abandono todo. Enseño en una escuela tres días a la semana. El resto del tiempo... lo dedico a nuestro movimiento. Yo puedo vivir con cuatro peniques al día. Imagínese la libertad que esto me da para seguir las cosas de cerca. La llevaré conmigo a todas partes. La haré conocer a los sufragistas, a los tolstoianos y a los fabianos.

—He oído hablar de los fabianos —dijo Ana Verónica.

—Es la sociedad más importante. Es el centro de los intelectuales. Algunas de las reuniones son magníficas. Allí van mujeres hermosísimas y audaces hombres que son verdaderos

pensadores... ¡Y pensar que están haciendo historia! Se reúnen allí para trazar los planes de un mundo nuevo y lo hacen sin darle apenas importancia. Allí va Shaw, y Webb, y Wilkins el escritor, y Toomer y el doctor Tumpany... todos ellos personas extraordinarias. Allí hablan, deciden, planean... Imagínese... ¡están haciendo un mundo nuevo!

—Pero ¿acaso va esa gente a cambiarlo todo? —preguntó Ana Verónica.

—¿Queda otra solución? —Miss Miniver hizo un ademán señalando el fuego—. ¿Qué otra solución queda... tal como están las cosas hoy en día?

3

Miss Miniver introdujo a Ana Verónica en su mundo con generosidad tan entusiasta, que seguir haciendo críticas internas parecía una ingratitud. Además, y casi insensiblemente, Ana Verónica comenzó a acostumbrarse al aspecto peculiar y a los modales también peculiares de sus nuevas amistades. En consecuencia, la sorpresa que le produjo su actitud intelectual se fue desvaneciendo. En muchos aspectos tenían razón. Ana Verónica se repetía esto muchas veces e intentaba borrar la paradójica convicción de que de algún modo, y aun en relación directa con aquella razón, todo ello era un absurdo.

En el universo de *Miss Miniver* ocupaba un lugar muy destacado un matrimonio llamado Goopes, la pareja más extraña que se puede concebir, propietarios de una frutería de Theobald's

Road. No tenían hijos ni criada, y habían reducido el hecho de vivir a la más bella de las bellas artes. Ana Verónica se enteró de que *Mr. Goopes* era matemático y enseñaba en alguna escuela, y que su esposa escribía una columna semanal en la revista *Ideas Nuevas* sobre la alimentación vegetariana, la vivisección, la degeneración, la secreción láctea, la apendicitis y el pensamiento elevado en general, lo que no era obstáculo para que también sacara adelante la tienda de frutas. Su mismo mobiliario tenía cierto aspecto misterioso, y cuando estaba en su casa *Mr. Goopes* se vestía

sencillamente con un traje en forma de pijama de tela basta atado con cintas de color castaño, mientras que su esposa llevaba una túnica púrpura ricamente bordada. Era un hombre pequeño y parco en palabras, y su mujer poseía una de esas barbillas que poco a poco van convirtiéndose en un cuello macizo y ancho. Una vez por semana, todos los sábados celebraban una pequeña reunión desde las nueve hasta las primeras horas de la madrugada. En ellas no se hacía otra cosa que hablar y quizá leer en voz alta, mientras se tomaban refrigerios compuestos de frutas, bocadillos, limonadas y vinos sin fermentar. Después de grandes preliminares y anuncios. *Miss Miniver* condujo a Ana Verónica a uno de aquellos festines.

La presentaron como a una joven que se rebelaba contra los suyos, a una reunión que consistía en una señora muy vieja con el rostro lleno de arrugas que llevaba encima de la cabeza lo que a Ana Verónica le pareció un chal, en un joven tímido y rubio con gafas, en dos mujeres nada distinguidas, vestidas sencillamente con faldas y blusas, y en un matrimonio de mediana edad, los dos muy gruesos y vestidos de negro, el concejal *Mr. Dunstable*, del Consejo de Borough de Marylebone, y su esposa. Todos estaban sentados en semicírculo alrededor de una chimenea llena de adornos de cobre que lucía la inscripción: «Éste es el momento».

A ellos se sumó más tarde un joven pelirrojo que lucía una corbata color naranja y un traje a cuadros, y varias otras personas que Ana Verónica, a pesar de todos sus esfuerzos, nunca logró recordar ni imaginarse por separado.

La conversación era animada y siempre brillante de forma, aunque no de fondo, y había momentos en que Ana Verónica sospechaba que los que hablaban no hacían sino esforzarse para lograr su admiración.

Hablaban de un nuevo sustituto para aderezar la cocina vegetariana, de la que *Mrs. Goopes* estaba convencida que ejercía una influencia excepcionalmente purificadora sobre el espíritu. También hablaron del anarquismo, y del socialismo, y de si el primero era todo lo contrario del segundo o únicamente su forma más elevada. El joven pelirrojo hizo varias alusiones a la filosofía hegeliana, lo que confundió momentáneamente a los que hablaban. Después el concejal *Dunstable*, que hasta entonces había permanecido en silencio, comenzó a hablar, se salió por la tangente

y expresó su opinión personal sobre varios de sus compañeros del Consejo. Durante el resto de la noche siguió haciendo esto siempre que tenía oportunidad entre dos tópicos. Se dirigía sobre todo a Goopes y hablaba como si consultara a una serie de preguntas imaginarias sobre el personal del Consejo de Marylebone.

—Yo diría que Blinders es honrado —decía—. Claro que un hombre vulgar...

Por su lado, *Mrs.* Dunstable no tomaba parte en la conversación más que con asentimientos de cabeza. Cada vez que el concejal Dunstable alababa o culpaba a alguien, asentía dos o tres veces, según lo requiriera el énfasis de sus palabras. Y siempre parecía contemplar de reojo el traje de Ana Verónica. *Mrs.* Goopes desconcertó de pronto a la pareja, dirigiéndose bruscamente al joven de la corbata amarilla (que al parecer era ayudante del editor de *Ideas Nuevas*) para hablarle de una crítica de Nietzsche y Tolstoi que había aparecido en la revista y cuyo contenido arrojaba dudas sobre la sinceridad del último. Todos parecían muy preocupados por la sinceridad de Tolstoi.

Miss Miniver dijo que si alguna vez perdía la fe en la sinceridad de Tolstoi, nada podría tener ya interés para ella, y preguntó a Ana Verónica si no eran éstos sus sentimientos. *Mr.* Goopes explicó que debía hacerse una distinción entre la sinceridad llevada a un nivel sublime.

El concejal Dunstable dijo que la sinceridad era a menudo cuestión de oportunidad y lo demostró con una anécdota sobre Blinders. Mientras la explicaba, el joven de la corbata color naranja logró dar a la discusión un sabor de osadía y erotismo, preguntando si se podía ser completamente sincero en el amor.

Miss Miniver dijo que no había verdadera sinceridad más que en el amor y preguntó a Ana Verónica si no creía lo mismo, pero el joven de la corbata color naranja declaró que era perfectamente posible estar enamorado con toda sinceridad de dos personas al mismo tiempo, aunque quizás en un plano diferente con cada una y engañándolas a ambas. Pero aquello hizo que *Mrs.* Goopes le refutara con la lección que Tiziano enseña con tanto arte en su «Amor sagrado y profano», y se mostró muy elocuente al hablar de la imposibilidad de engaño alguno en el amor sagrado.

Después hablaron de amor durante algún tiempo y el concejal

Dunstable, volviéndose hacia el joven pálido y rubio y hablando en voz baja aunque perfectamente audible, le hizo un informe breve y confidencial sobre los rumores infundados que corrían acerca de la bifurcación de los afectos privados de Blinders que habían creado una situación algo desagradable en el Consejo.

La anciana que llevaba la cabeza cubierta por un chal, tocó de pronto el brazo de Ana Verónica y dijo con voz profunda:

—¿Ya están hablando de amor? Ustedes hablan del amor, de la primavera... ¡Oh! ¡La juventud!

El joven de la corbata color naranja, sin hacer caso de los esfuerzos por parte de Goopes de llevar la conversación a un tono más elevado, volvió a insistir en considerar la posible distribución de los afectos amorosos de los personajes modernos.

La anciana del chal dijo entonces:

—¡Ah! ¡Si ustedes los jóvenes supieran...!

El joven de las gafas se aclaró la garganta y preguntó al de la corbata color naranja si creía posible el amor platónico. *Mrs.* Goopes dijo que creía en ello firmemente. Miró a Ana Verónica, se puso en pie y condujo a Goopes y al joven tímido hacia la mesa de los refrescos.

Pero el joven de la corbata color naranja permaneció en su lugar y preguntó si acaso el cuerpo no tenía algo que denominaba como su legítimo derecho. Y de aquel punto, pasando por la *Sonata a Kreutzer* y *Resurrección*, volvieron a Tolstoi.

Goopes, que al principio se había mostrado reservado, volvió a hablar del método socrático con objeto de hacer callar al joven de la corbata color naranja, y al fin pareció convencerle de que el cuerpo no es más que una ilusión y que todo se limita al espíritu y a moléculas de pensamiento. Al fin la conversación quedó reducida a un duelo dialéctico entre los dos, mientras los demás escuchaban en silencio... Todos menos el concejal de Marylebone, que se había apartado con el joven rubio y tímido y estaba sentado dando la espalda a todo el mundo, tapándose la boca con una mano y hablándole confidencialmente de la lucha crónica entre la modestia natural y la sencillez general del Consejo y los males sociales de Marylebone.

La conversación continuó. Más tarde criticaron a los modernistas, concediendo una atención especial a los ensayos

atrevidos de Wilkins, de donde pasaron a discutir el futuro del teatro. Ana Verónica intervino en la discusión acerca de los novelistas con una encendida defensa de *Esmond* y una negación de que *El egoísta* fuera una obra oscura. Cuando habló, todos los demás callaron para escuchar sus palabras. Después discutieron si Bernard Shaw debería entrar en el Parlamento. Esto les trajo de nuevo al tópico de vegetarianismo, y el joven de la corbata color naranja y *Mrs. Goopes* manifestaron sus opiniones sobre la sinceridad de Chesterton y Belloc, a lo que Goopes puso fin reanudando sus teorías sobre el método socrático.

Por fin Ana Verónica y *Miss Miniver* bajaron la oscura escalera, salieron a las plazas londinenses cubiertas de niebla y cruzaron Russell Square, Woburn Square y Gordon Square en dirección a la residencia de Ana Verónica. Caminaban de prisa, con cierto apetito, debido al hecho de que durante tantas horas no habían tomado alimento más que a base de frutas, pero sintiendo una extraordinaria agilidad mental. *Miss Miniver* no podía decir exactamente si Goopes, Bernard Shaw, Tolstoi y el doctor Tumpany, o Wilkins el escritor, eran los cerebros más perfectos de su época. Lo que para ella estaba claro es que en todo el mundo no había cerebros como aquéllos.

4

Así, una noche, Ana Verónica fue con *Miss Miniver* a Essex Hall, donde ocuparon dos de los últimos asientos y pudieron ver y oír a las principales figuras de la sociedad fabiana, que estaban rehaciendo el mundo. Bernard Shaw, Toomer, el doctor Tumpany y Wilkins subieron al escenario. El local estaba atestado y la gente que los rodeaba se componía de jóvenes entusiastas y una gran variedad de hombres del tipo de Goopes. Los temas tratados constituían una extraña mezcla de cosas personales y mezquinas, con una devoción idealista cuya grandeza no podía ponerse en duda. En casi todos los discursos se hablaba de los grandes cambios que se hacían necesarios en el mundo, cambios que había que llevar a cabo con grandes esfuerzos y sacrificios.

Después, acudió a otra reunión aún más grande y entusiasta: la

de la sección más avanzada del movimiento femenino, celebrada en Caxton-Hall, donde una vez más se habló de los cambios necesarios para el progreso. Acudió también a una velada de la Asociación de Reforma de Alimentos, donde los cambios inminentes se hacían alarmanamente visibles. La reunión feminista tenía mucha más fuerza emotiva que la socialista. Ana Verónica se sintió influida por el ambiente y aplaudió e hizo continuas exclamaciones, que ni una reposada y posterior reflexión consiguió explicar.

—Sabía que te impresionaría... —dijo Miss Miniver, cuando salieron a la calle acaloradas y llenas de excitación—. Sabía que empezarías a comprender el sentido de todo ello.

Y así era, en efecto. Ana Verónica comenzó a vibrar con una nueva vida, no tanto porque sentía en ella nuevos sistemas de ideas, sino un gran impulso hacia cambios futuros, un gran descontento de la vida tal como se vive en el presente, una clamorosa confusión de ideas para la reconstrucción de los métodos comerciales, del desarrollo económico, de las reglas de la propiedad, del bienestar de los niños, de la alimentación, del vestido y la enseñanza. Atribuyó una conciencia exagerada a la multitud de gente que transitaba por los inmensos espacios de Londres, la cual daba a entender con sus mismos movimientos y gestos la urgencia de los cambios que se avecinaban. Algunos de ellos se movían e incluso se vestían como visitantes extranjeros de paso hacia tierras extrañas e infinitamente mejores, más que como londinenses indígenas que eran. En su mayor parte se trataba de hombres que practicaban las artes plásticas, de escritores jóvenes, de empleados y de una gran proporción de mujeres y muchachas estudiantes. Todos ellos constituían un ambiente en el que Ana Verónica se halló sumergida y que al fin se convirtió en el suyo propio.

Ninguna de las cosas que decían o hacían era del todo nueva para Ana Verónica, pero todas ellas adquirían ahora un significado distinto, se hacían vivas y no se limitaban a informaciones sacadas de los libros... Eran cosas vibrantes, articuladas, consistentes.

El escenario de Londres, como fondo de Bloomsbury y Marylebone, de donde aquella gente iba y venía, adquirió a causa de sus fachadas grises, de sus ventanas respetables y de sus raíles de hierro, un aspecto que en cierto modo cada día le recordaba más a su padre en sus fases más inexorables y a todo aquello contra lo

cual se había propuesto luchar.

Por sus lecturas, y bajo la influencia de los Widdett, en su mente estaba ya preparado el terreno para que en él fructificaran nuevas ideas y movimientos, aunque es posible que por temperamento estuviera más dispuesta a resistirse y a criticar que a abrazarlas. Pero la gente entre la cual se hallaba mezclada ahora gracias a *Miss Miniver* y a los Widdett —porque Teddy y Hetty la visitaban con frecuencia desde Morningside Park, la llevaron a un restaurante barato del Soho y la presentaron a algunos estudiantes de Artes que eran también socialistas, haciendo de este modo posible que más tarde pudieran reunirse para hablar en un estudio—, estaban convencidas, no sólo de que este mundo estaba equivocado de un modo estúpido y evidente, con lo que Ana Verónica estaba de acuerdo, sino que no necesitaba más que unos cuantos pioneros que se comportaran de un modo «avanzado», para que el nuevo orden se estableciera. Cuando el noventa por ciento de las diez o doce personas que se tropieza uno en un mes, no sólo repiten una cosa, sino que la dan por sentada, es muy difícil no participar de la misma creencia. Casi imperceptiblemente, Ana Verónica comenzó a cambiar de actitud, aun cuando su cerebro se oponía a todo cuanto aquello entrañaba. Y *Miss Miniver* comenzaba a influir en ello.

El hecho mismo de que *Miss Miniver* nunca consiguiera exponer claramente su argumentación, de que no le preocuparan sus propias contradicciones y de que no diera importancia a lo inconsistente de sus puntos de vista, todo lo cual le había granjeado la hostilidad de Ana Verónica en su primer encuentro de Morningside Park, se convirtió al fin en el secreto de su creciente influencia. Al cabo de algún tiempo el cerebro acaba por cansarse de hacer resistencia y cuando se enfrenta una y otra vez con las mismas frases, las mismas ideas que ya ha destruido, desenmascarado, disecado y enterrado, va teniendo cada vez menos energías para repetir la operación. Entonces empieza uno a darse cuenta de que unas ideas que consiguen una persistente resurrección han de tener necesariamente algo de cierto. Lo que *Miss Miniver* llamaría la verdad elevada, acaba por triunfar.

Sin embargo, a pesar de estas conversaciones, estas conferencias, movimientos y esfuerzos, a pesar de que Ana Verónica acompañaba a su amiga y de que a veces aplaudía con idéntico entusiasmo, sus

ojos expresaban interrogaciones y sus cejas se mostraban más dispuestas que nunca a fruncirse. Estaba de acuerdo con todo ello, a veces incluso intensamente, y, sin embargo, sentía que algo se le escapaba. Morningside Park había sido para ella algo pasivo e imperfecto; todo esto la envolvía en su actividad, pero seguía siendo imperfecto. Todavía fracasaba en algo intangible. Le influyó en ese aspecto el hecho de que la gran mayoría de cuantos la rodeaban fueran gente vulgar, personas borrosas y de aspecto cansado. Le influyó también que todos argumentaban mal, eran egoístas en sus modales e inconsecuentes en sus frases. Había momentos en que se preguntaba si toda aquella serie de movimientos, sociedades, reuniones y conversaciones, no sería sencillamente un espectáculo coherente de un gran fracaso que se protegiera a sí mismo tras el deslumbrante brillo de sus propias afirmaciones.

Todo ello comenzó al fin a perturbar la mente de Ana Verónica cuando por las noches intentaba dormir. La mantenía despierta el contraste entre el pensamiento avanzado y el pensador avanzado. Las propuestas del socialismo en general, por ejemplo, le parecían admirables, pero de ningún modo extendía su admiración a ninguno de sus exponentes. Le atraía la idea de una ciudadanía igual para hombres y mujeres, por comprender que una organización feminista daría forma y objeto al orgullo personal, al deseo de libertad y propio respeto que la habían traído a Londres; pero cuando escuchaba a *Miss Miniver* discursar sobre los próximos pasos que habría de dar la campaña sufragista, o se enteraba de que ciertas mujeres habían presentado una petición a un ministro, o se habían levantado en una conferencia pública para hacer su demanda del voto sin conseguir otra cosa que ser sacadas del local en medio de gritos y protestas, su espíritu se rebelaba. Ana Verónica no conseguía desprenderse de la divinidad. En su interior bullía algo no formulado aún, que la mantenía apartada de aquellos aspectos prácticos de sus creencias.

«Tú no has venido aquí por estas cosas, Ana Verónica —decía aquella voz interna—. Éste no es tu objetivo».

Era como si se enfrentara con una oscuridad dentro de la cual latía algo maravilloso y bello de forma aún desconocida. Y el fruncimiento de sus cejas se hacía aún más perceptible.

A principios del mes de diciembre, Ana Verónica comenzó a considerar la necesidad de llevar sus cosas a empeñar. Decidió empezar por su collar de perlas. Pasó una tarde y una noche muy desagradables (llevaba varias horas lloviendo y ella se había dejado su mejor par de botas en la casa de su padre de Morningside Park) pensando en su situación económica y meditando sobre el curso de acción más conveniente. Su tía le había mandado en secreto ropa interior de abrigo, doce pares de medias y su chaqueta de invierno, pero se había olvidado de las botas.

Estas cosas arrojaron una luz clara sobre su situación. Por último decidió dar un paso que desde el principio le había parecido lo más razonable, pero que hasta entonces, por motivos demasiado imprecisos para ser formulados, no se había decidido a dar. Decidió ir a la oficina de Ramage y pedirle consejo. Al día siguiente se arregló con especial cuidado, buscó su dirección y marchó hacia la parte comercial de la ciudad.

Tuvo que esperar varios minutos en la antesala, donde tres jóvenes la contemplaron con curiosidad y admiración no disimulados. En seguida apareció Ramage, cortés y efusivo, y la hizo entrar en su oficina.

Los tres jóvenes intercambiaron miradas expresivas.

El despacho de Ramage estaba lujosamente amueblado, con una gruesa alfombra turca, una chimenea y un escritorio antiguo, y las paredes se hallaban cubiertas con grabados de Greuze y una pintura moderna de varios niños bañándose en un lago iluminado por el sol.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Ramage—. Una maravillosa sorpresa. Creía que se había desvanecido usted de mi mundo. ¿Ha estado fuera de Morningside Park?

—¿Le he interrumpido en su trabajo?

—Efectivamente. Pero es un inesperado placer. El trabajo existe para sufrir estas interrupciones. Siéntese aquí, en la mejor silla para los clientes.

Ana Verónica se sentó y los ojos de Ramage la examinaron.

—He estado buscándola —dijo—. Lo confieso.

Ana Verónica pensó que había olvidado lo saltones que eran aquellos ojos.

—Necesito que me aconseje —dijo.

—Bueno...

—¿Se acuerda de lo que hablamos una tarde sentados en una verja? Hablamos de que las mujeres deberían poder ganarse la vida de un modo independiente.

—Sí, sí.

—Pues bien, algo me ha ocurrido en casa.

Hubo una pausa.

—¿Le ha sucedido algo a *Mr. Stanley*?

—He tenido una desavenencia con mi padre. Fue sobre... una cuestión de lo que yo no podía o podía hacer. En fin, él... él me encerró en mi cuarto. Me encerró como en una prisión.

Durante unos instantes sintió que le faltaba el aliento.

—¡Oh! —exclamó *Mr. Ramage*.

—Yo quería ir a un baile organizado por los estudiantes de Artes que él no aprobaba.

—¿Qué razones dio para que no asistiera?

—Ninguna. Yo pensé entonces que aquello no podía seguir así, por lo que hice las maletas y me vine a Londres al día siguiente.

—¿A casa de una amiga?

—Me vine sola y alquilé una habitación.

—Debo decir que es usted muy valiente. ¿Lo hizo todo sola?

Ana Verónica sonrió.

—Sí, sola —dijo.

—¡Es magnífico! —*Mr. Ramage* se apoyó en su asiento y la contempló, inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado—. Es usted extraordinaria. Si yo fuera su padre, no sé si la habría encerrado. Pero afortunadamente no lo soy. ¿De modo que salió dispuesta a luchar contra el mundo y a convertirse por su cuenta en una ciudadana libre? —Se echó de nuevo hacia delante y cruzó los brazos—. ¿Y cómo lo ha tomado el mundo? Si yo fuera el mundo, creo que hubiera extendido una magnífica alfombra roja y dorada y le hubiera pedido que expresara sus deseos. Pero supongo que no ha ocurrido así.

—No del todo.

—Sí, supongo que le habrá dado la espalda y habrá seguido pensando en otras cosas y no en usted.

—Me ofreció de quince a veinticinco chelines a la semana por exprimir todas mis energías.

—El mundo no tiene idea de lo que se debe a la juventud y al valor. Nunca la ha tenido.

—En efecto —dijo Ana Verónica—. Pero la cosa es que yo necesito un empleo.

—¡Exactamente! Y por lo tanto se ha dirigido a mí. Como ve, yo no le vuelvo la espalda, sino que la miro y considero su situación.

—¿Y qué cree que debo hacer?

—¡En efecto! —Levantó un pisapapeles y lo volvió a dejar sobre la mesa—. ¿Qué es lo que debe hacer?

—He buscado toda clase de cosas.

—Pero hay que considerar que en el fondo usted no quiere hacer ninguna de ellas.

—No le comprendo.

—Usted quiere ser libre y todo lo demás, sí. Pero no quiere hacer el trabajo que le proporcione el medio de ser libre. Quiero decir que el trabajo no le interesa por sí mismo.

—Supongo que no.

—Ésta es una de las diferencias entre nosotros. Los hombres somos como niños. Podemos absorbernos en nuestros juegos, en nuestras aficiones, en los negocios que hacemos y por eso algunas veces los hacemos bien y salimos adelante. Pero las mujeres... las mujeres, por regla general, no sienten de este modo. En realidad no es asunto suyo y como consecuencia natural no triunfan como nosotros, no salen adelante... y el mundo no les paga. No les atraen las cosas que atraen a los hombres, porque son más serias y se concentran en la realidad central de la vida, dejando a un lado sus aspectos externos. Creo que esto es lo que hace que la carrera independiente de una mujer sea mucho más difícil que la de un hombre.

—Sí, la mujer no desarrolla una especialidad —dijo Ana Verónica esforzándose por comprender las palabras de *Mr.* Ramage.

—La mujer ya tiene una. Su especialidad es el objeto central de la vida, es la vida en sí, el calor de la vida, el sexo... y el amor.

Pronunció estas palabras con aire de profunda convicción y con los ojos fijos en Ana Verónica. Era como si le hubiera revelado un secreto profundo y personal. Ella se sobresaltó al oírle, se dispuso a contestar bruscamente y se contuvo. Sus mejillas se colorearon.

—Esto no tiene nada que ver con la pregunta que le he hecho —

dijo—. Es posible que sea cierto, pero no tiene relación con mis preocupaciones.

—Claro que no —dijo Ramage como quien sale de un profundo ensimismamiento. En seguida comenzó a interrogarla con tono profesional acerca de los pasos que había dado y de los lugares a donde había acudido. No expresó el optimismo de su primera conversación en el campo. Se mostró amistoso pero dubitativo—. Desde mi punto de vista es usted una mujer madura... Es tan antigua como todas las diosas y la contemporánea de cualquier hombre viviente. Pero desde... desde el punto de vista económico, es usted una persona muy joven y sin experiencia.

Hizo una pausa y comenzó a desarrollar esta idea.

—Está usted todavía en la fase evolutiva. Respecto a la mayoría de las cosas en el mundo del trabajo que una mujer puede hacer con eficiencia y con las que puede ganarse la vida, usted está todavía sin madurar y sin evolucionar totalmente. Si hubiera ido a la Universidad, por ejemplo, la situación sería distinta.

Habló de un puesto de secretaria, pero hasta para aquello necesitaría saber taquigrafía y escribir a máquina. Le explicó una y otra vez que lo que debía hacer era no intentar ganar un sueldo, sino adquirir conocimientos.

—Es usted como una mina de oro inaccesible. El material es magnífico, pero no tiene nada preparado para la venta. Éste es el resumen de la situación.

Reflexionó unos minutos, dejó caer la mano sobre la mesa y levantó la mirada hacia ella como a quien se le ocurre una idea brillante.

—Vamos a ver —dijo con ojos más saltones que nunca—. ¿Por qué estas prisas por hacer algo? Si ha de ser libre, ¿por qué no hacer lo más sensato? Consiga que su libertad valga la pena. Prosiga sus estudios en el Colegio Imperial, por ejemplo, gradúese y haga que suba su valor. O conviértase en una buena mecanógrafa, taquígrafa y experta secretaria.

—Lo que usted me propone es imposible.

—¿Por qué?

—Si vuelvo a casa mi padre no me permitirá asistir al colegio, y en cuanto a la mecanografía...

—No vuelva a casa.

—Sí, pero se olvida de un detalle. ¿Cómo voy a vivir?

—Eso es fácil. Muy fácil.. Pida dinero prestado. Pídamelo a mí.

—Yo soy incapaz de hacer semejante cosa —dijo Ana Verónica secamente.

—No veo razón alguna para que no lo haga.

—Es imposible.

—Consideróme como un amigo. Los hombres lo hacen continuamente, y ya que está dispuesta a desempeñar el papel de hombre...

—Esto está fuera de toda discusión, *Mr. Ramage*.

Las mejillas de Ana Verónica estaban teñidas de rojo.

Ramage frunció los labios y se encogió de hombros sin apartar la mirada de la joven.

—Como usted quiera... De todas formas, no comprendo el motivo de su negativa. Es el mejor consejo que puedo darle. Ya sabe que aquí me tiene. Imagínese que posee una cantidad guardada en el Banco a la que puede recurrir en cualquier momento. Es posible que al principio le resulte extraño, porque nos educan de modo que el hecho de tocar las cuestiones monetarias nos parece una falta de delicadeza. Es como una especie de timidez. De todas maneras, ya sabe que puede disponer de mí para la cantidad que necesite. Yo seré siempre la alternativa entre un trabajo mal remunerado o la vuelta a casa y la libertad absoluta.

—Es usted muy generoso...

—En absoluto —interrumpió él—. No es más que una propuesta amistosa. No soy ningún filántropo y le cobraré un cinco por ciento. No es más que un simple negocio.

Ana Verónica abrió los labios dispuesta a hablar, pero guardó silencio. Sin embargo, aquello del cinco por ciento pareció mejorar el aspecto de la propuesta de Ramage.

—Considere mi oferta siempre abierta. —Volvió a jugar con el pisapapeles y cuando habló de nuevo lo hizo en un tono completamente distinto—. Y ahora cuénteme cómo se marchó de Morningside Park. ¿Cómo se las arregló para sacar el equipaje de la casa? Debió ser una aventura muy emocionante para usted. Precisamente lo que siempre he lamentado de mi juventud es que nunca me escapé de ninguna parte con nadie para ir a ningún sitio. Y ahora... supongo que soy demasiado viejo, aunque me sienta

joven... ¿Qué sentía cuando venía en el tren hacia la estación de Waterloo?

6

Antes de Navidad Ana Verónica había ido a visitar de nuevo a Ramage y aceptado la oferta que rehusara al principio.

A aquella decisión contribuyeron gran número de razones. La principal de ellas fue su urgente necesidad de dinero. No había tenido más remedio que comprarse un par de botas y una falda, y no le dieron mucho por el collar de perlas que llevó a empeñar. Por otra parte, deseaba pedir aquel dinero. En todos sentidos aquella acción le parecía cada vez más lo que había dicho Ramage: lo más sensato que podía hacer. Allí estaba el dinero. No tenía más que pedirlo. Aquello quitaría a su aventura gran parte de su aspecto desagradable. En realidad, parecía el único medio posible de que ella pudiera salir triunfante de su acto de rebelión. Aunque sólo fuera por quedar bien ante su padre, deseaba triunfar. Y, después de todo, ¿por qué no pedirle prestado el dinero a Ramage?

Lo que él había dicho era cierto. La gente de la clase media siente una ridícula timidez en cuanto se menciona la palabra «dinero». Y ¿por qué habría de sentirse?

Ella y Ramage eran amigos, muy buenos amigos. Si ella estuviera en situación de poder ayudarle, no cabía duda de que lo haría. Daba la casualidad de que era a la inversa y de que era él quien podía ayudarla, ¿por qué no había de permitir que lo hiciera?

Se decidió al fin, dejó a un lado todos sus escrúpulos, fue a ver a Ramage y le planteó la pregunta sin casi preámbulos.

—¿Puede prestarme cuarenta libras? —le dijo.

Mr. Ramage dominó su expresión de triunfo y reflexionó rápidamente.

—De acuerdo —repuso—. Desde luego.

Y sin añadir una palabra más cogió el carnet de cheques.

—Es mejor hacer números redondos —prosiguió—. Pero será mejor no darle un cheque... Bueno, sí, se lo daré. Le haré un cheque al portador para que pueda hacerlo efectivo en el Banco, que está muy cerca... Me permito aconsejarle que no guarde usted todo el

dinero en su casa, sino que se abra una pequeña cuenta y vaya sacando de ella poco a poco. Será mejor que saque una libreta de ahorros, para lo cual no necesitará tantas referencias como le pedirían en un Banco. De este modo el dinero durará más y no le servirá de estorbo.

Estaba de pie, muy cerca de ella y la miraba a los ojos. Parecía que trataba de comprender algo que le tenía intrigado.

—Me alegro de que al fin haya recurrido a mí —dijo—. Es una prueba de confianza. La otra vez que estuvo aquí me sentí un poco ofendido. —Titubeó y cambió de conversación—. Me gustaría charlar con usted de muchas cosas. Es mi hora de almorzar. ¿Quiere acompañarme?

Ana Verónica reflexionó antes de contestar.

—No quiero hacerle perder el tiempo.

—No se preocupe por eso. No iremos a ningún sitio conocido de por aquí. Están llenos de hombres y no sabe uno a quién se va a encontrar. Pero conozco un lugar pequeño y tranquilo donde podremos hablar sin que nos molesten.

Por alguna razón indefinible, Ana Verónica se resistía a almorzar con él, pero tan indefinible era, que la dejó a un lado y Ramage atravesó con ella la oficina, cortés y atento, lo que inspiró profundo interés a los tres empleados. Cuando salieron, los tres se precipitaron hacia la única ventana y desde allí vieron como tomaban un coche. Su subsiguiente conversación y comentarios quedan fuera de los límites de nuestra historia.

—¡A casa Ritter! —dijo Ramage al cochero—. En Dean Street.

Era raro que Ana Verónica utilizara un coche, de modo que aquello le resultó agradable y estimulante. Disfrutó plenamente del balanceo del carruaje sobre sus grandes ruedas, del ruido de las pisadas del caballo y del paso por las calles llenas de gente.

El restaurante le pareció también entretenido y discreto. Se trataba de un local pequeño con varias mesas, sobre cada una de las cuales lucía una lamparita con pantalla y un ramo de flores. Aquel día no había niebla, las pantallas daban sensación de intimidad y un camarero italiano les atendió en un inglés deficiente pero exhibiendo una amplia sonrisa. Todo aquello resultó muy agradable para Ana Verónica. La comida de Ritter era mejor que la de sus compatriotas y también mejor guisada. Y por otra parte, Ramage,

con perfecto conocimiento del paladar femenino, ordenó que les sirvieran Vero Capri. Ana Verónica sintió un agradable calor en las venas, y pensó que su tía se horrorizaría si la viera en aquel momento, almorzando *tête-à-tête* con un hombre. Sin embargo, aquello no podía ser más inocente.

Durante la comida hablaron amistosamente de los asuntos de Ana Verónica. Ramage resultaba un conversador brillante y entretenido y manifestaba cierta osadía que, sin embargo, quedaba dentro de los límites de lo permisible. Ella le describió a los Goopes y los fabianos y le habló también de su patrona. Por su parte, él hizo amenos comentarios sobre la vida moderna. Parecía tener grandes conocimientos sobre la vida. Esbozó posibilidades y la hizo sentir curiosidad. Ofrecía un gran contraste con la juventud ingenua de Teddy. Ana Verónica pensó que valía la pena conservar aquella amistad.

Pero cuando aquella noche lo recordó de nuevo, sintió que algunas dudas comenzaban a minar aquella convicción.

Se preguntó lo que Ramage pensaría de ella y lo que podía significar el brillo de sus ojos. Temió haberle causado una impresión equivocada por querer seguir adecuadamente, su conversación y haber hablado con más libertad de la conveniente.

7

Aquello aconteció dos días antes de Nochebuena. A la mañana siguiente recibió una carta de su padre:

«Mi querida hija: Vamos a entrar en los días del perdón y por lo tanto quiero tenderte la mano por última vez con la esperanza de una reconciliación entre los dos. Aunque no soy yo quien debe insistir, te ruego que vuelvas a casa. Mis puertas están todavía abiertas para ti. Si decides volver, olvidaremos lo pasado y haremos lo posible para que seas feliz.

»Te imploro que vuelvas. Tu aventura ha ido demasiado lejos y se ha convertido en un motivo de serio disgusto para tu tía y para mí.

»Tanto ella como yo somos incapaces de comprender los motivos que te impulsan a obrar como lo haces, así como los medios con que cuentas para seguir viviendo así. Si pensaras en uno de los aspectos menos importantes de la cuestión, la dificultad en que nos vemos para explicar tu ausencia, empezarías a darte cuenta de lo que todo esto significa para nosotros. No necesito decirte que tu tía se une a mí en esta petición. Por favor, vuelve a casa. No dudes de que me mostraré comprensible y razonable.

»Con todo mi afecto.

PAPÁ».

Ana Verónica permaneció junto al fuego con la carta de su padre en la mano.

«¡Qué carta más extraña! —se dijo—. Pero supongo que la mayoría de las cartas que uno escribe son extrañas. Dice que tiene la puerta abierta... como si se tratara del Arca de Noé. Quisiera saber si en realidad desea que vuelva. Es curioso pensar lo poco que sé de él, de cómo siente y de lo que siente. ¿De qué modo trataría a Gwen?».

Continuó en la misma postura y se puso a pensar en su hermana.

«Creo que debería visitar a Gwen. Me gustaría saber lo que ocurrió entonces. —De su hermana sus pensamientos pasaron a su tía—. Desearía volver a casa por ella. Ha sido muy generosa conmigo si se tiene en cuenta lo poco que le da papá. —Pero al llegar aquí en sus meditaciones, triunfó la verdad—. Pero debo ser sincera conmigo misma y lo cierto es que no soy capaz de volver sólo por ella. Es muy buena y me quiere y yo *debería* portarme bien para complacerla. Pero no lo deseo. No me importa. Ni siquiera me importa lo que pueda sentir».

Después, como para compararla con la carta de su padre, sacó el cheque de Ramage de la caja que contenía sus papeles. Porque hasta entonces no lo había cobrado.

«Puedo rasgarlo, ceder ante mi padre y volver a casa —se dijo mientras contemplaba los dos papeles—. ¡Quizá después de todo Roddy tuviera razón...! Papá se dedica a abrir y cerrar la puerta de su casa, pero llegará un día...

»Puedo volver a casa... —Miró el cheque de Ramage como si se

dispusiera a romperlo—. No —dijo al fin—. Soy un ser humano y no una tímida mujer. ¿Y qué haría yo en casa? Si cedo, estoy perdida. ¡Al diablo! Ya me las arreglaré para salir adelante».

Capítulo VIII

BIOLOGÍA

1

El mes de enero sorprendió a Ana Verónica como estudiante del laboratorio de Biología del Colegio Imperial que se eleva sobre los edificios de varias calles laterales, en el ángulo existente entre Euston Road y Great Portland Street. Estaba trabajando intensamente en el curso más avanzado de Anatomía comparada, profundamente aliviada por poder ocupar su mente en una tarea metódica e interesante y haber podido salir de las indecisiones de los dos meses anteriores. Hacía lo posible por olvidar dos hechos. Primero, que había alcanzado este estado de satisfactoria actividad incurriendo en una deuda de cuarenta libras con Ramage, y segundo, que su situación era necesariamente provisional y su futuro completamente incierto.

El laboratorio de Biología tenía un ambiente característico y propio. Estaba situado en lo alto del edificio y desde la ventana se distinguían una serie de casas que daban a Regent Park. Se trataba de una galería estrecha y larga, bien iluminada, bien ventilada y muy tranquila, llena de mesas e instrumentos, caracterizada por un olor a alcohol metílico y a animales disecados y esterilizados. A uno de los lados había una serie de muestras preparadas por el mismo Russell. Lo que en aquel lugar más agradaba a Ana Verónica, era que conseguía relegar los demás ambientes que había conocido a un plano borroso y confuso. Todo ello en general y cada uno de sus objetos en particular tendían solamente a un fin: a ilustrar, a elaborar, a iluminar, a hacer comprender con más y más claridad el significado de la estructura animal y vegetal. De un extremo a otro y del suelo al techo no se preocupaba de otra cosa que de las teorías referentes a las formas de vida. El mismo limpiador de la pizarra

parecía estar allí para compartir el trabajo, y la habitación entera tenía ambiente de iglesia. Es posible que éste fuera el motivo de que resultara tan satisfactorio. Comparado con los confusos movimientos y personajes de las reuniones fabianas o con el inexplicable entusiasmo de la petición del sufragio, con los discursos que eran en parte una exhibición de motivos egoístas, en parte astutas maniobras y en parte gritos incoherentes para conseguir fines formulados de un modo informe, comparado con las ideas y venidas de públicos y partidarios que eran como un papel arrebatado por el viento en las calles, aquel laboratorio silencioso, tranquilo y metódico brillaba como una estrella solitaria entre nubes.

Día tras día y durante una hora en la sala de conferencias, con magnífica fuerza y entusiasmo, Russell resolvía dificultades y hacía propuestas, tomaba medidas y solventaba problemas para la elaborada construcción del árbol familiar de la vida. A continuación los estudiantes pasaban al laboratorio y comprobaban estos hechos sobre tejidos casi vivientes utilizando el microscopio, y el escalpelo, la sonda y el micrótopo y toda su destreza, haciendo de vez en cuando una visita al compacto museo vecino, donde se exhibían ejemplares y muestras colocadas en hileras perfectas, bajo la dirección del ayudante, llamado Capes.

A cada lado de la fila de mesas había un par de pizarras y en éstas, con palabras rápidas y nerviosas que contrastaban enormemente con la pronunciación lenta y articulada de Russell, Capes dirigía la disección y hacía comentarios sobre la estructura de lo que se tratara de examinar. Después se movía por el laboratorio sentándose por turno junto a cada uno de los estudiantes, comprobando su trabajo, resolviendo sus dificultades y contestando a preguntas referentes a la conferencia de Russell.

Ana Verónica se había inscrito en el Colegio Imperial, obsesionada por la fama de Russell, por el papel que había jugado en las controversias darwinianas y por el efecto de fuerza y poder que emanaba del rostro amarillento y leonino que se descubría bajo su cabello plateado. Capes fue, para ella, un descubrimiento. Capes era algo que se le daba por añadidura. Russell ardía como una llama, pero Capes iluminaba con luz brillante, aunque fuera momentánea, cien rincones oscuros que Russell dejaba en la

sombra.

Capes era un hombre excepcionalmente rubio, de unos treinta y dos o treinta y tres años, tan rubio que por casualidad se había librado de tener rubias las pestañas y las cejas. A fuerza de trabajo había logrado adquirir cierto renombre. Hablaba con voz agradable y con curiosa espontaneidad que era a veces algo torpe en la exposición y a veces perfectamente clara.

Analizaba con rapidez y precipitación, pero en general de un modo irreprochable, y dibujaba con una sencillez que compensaba en significado lo que le faltaba de precisión. En la pizarra, las tizas de colores se movían como cohetes de tonos distintos al surgir a la vida diagrama tras diagrama.

Aquel año había en el laboratorio una desacostumbrada proporción de mujeres y jóvenes, hecho que quizá se debiera a que la clase era excepcionalmente poco numerosa. En total eran nueve estudiantes, cuatro de los cuales eran femeninos. Como consecuencia de tan reducida asistencia, era posible llevar a cabo el trabajo sobre una base más familiar de lo que hubiera permitido una clase más numerosa. Además, se había instituido la costumbre de tomar una taza de té a las cuatro de la tarde bajo los auspicios de una tal *Miss Garvice*, una joven alta y esbelta que hacía gala de una profunda incapacidad intelectual y en quien el instinto casero parecía estar anormalmente desarrollado.

Capes asistía a estos té; era evidente que le agradaban y aparecía a la puerta de la habitación con cierta timidez, esperando a que le invitaran.

Ana Verónica le consideró desde el principio un hombre excepcionalmente interesante. Por de pronto le pareció la persona más variable que había conocido en su vida. En ocasiones se mostraba brillante y locuaz, hablando con todos y hubiera resultado dominador a no ser por su innata bondad; en cambio, otras veces era casi monosilábico y ni siquiera *Miss Garvice* conseguía sacarle una palabra. En algunos momentos se mostraba irritable y molesto y sus esfuerzos no lograban éxito alguno en sus intentos de parecer normal. En cambio, otros días desbordaba de un ingenio curiosamente maligno que acababa por destruir cualquier tópico que hubiera tenido el valor de enfrentarse con él. Los hombres que Ana Verónica había conocido hasta entonces eran tipos mucho más

estables: Teddy, siempre absurdo; su padre, siempre autoritario y sentimental; Manning, siempre Manning. Del mismo modo, la mayoría de los otros que había conocido revelaban una estabilidad similar. Goopes se mostraba siempre intelectual, lento y socrático. Y en cuanto a Ramage... también Ramage exhibía siempre el mismo aire de avidez, aquel aire de saberlo todo, aquella mezcla en sus palabras de frases brillantes con frases comunes. Con Capes, con las reacciones de Capes, no se podía contar por anticipado.

Los cinco estudiantes masculinos eran muy distintos. Uno de ellos era un joven de dieciocho años, de tez muy blanca, que se echaba el pelo para atrás imitando a Russell, que tenía la tendencia de permanecer mudo cuando Ana Verónica se acercaba a él y con quien se mostraba bondadosa por cumplir un deber de caridad. Había también un joven de veinticinco años siempre vestido de azul que mezclaba a Marx y a Bebel con los dioses más ortodoxos del panteón biológico. Había también un muchacho decidido y alegre que había heredado de su padre cierta afición por la bacteriología. Los restantes eran un estudiante japonés muy silencioso que dibujaba maravillosamente y hablaba un inglés deficiente, y un escocés con gafas que todas las mañanas se ofrecía como ayudante voluntario y supletorio, contemplaba el trabajo de Ana Verónica, le decía que sus disecciones estaban «muy por encima del nivel femenino», se quedaba por allí como si esperara alguna muestra de apasionada gratitud por parte de ella, y con ademanes admirativos que hacían brillar las gafas como diamantes, volvía a su propia mesa.

En opinión de Ana Verónica, las mujeres no eran tan interesantes como los hombres. Había dos maestras, una de las cuales, *Miss Klegg*, podría ser prima hermana de *Miss Miniver*, por tener gran número de sus características. Había también otra muchacha de aspecto eternamente preocupado, que trabajaba muy bien y cuyo nombre Ana Verónica nunca llegó a conocer. Finalmente quedaba *Miss Garvice*, que al principio le inspiró admiración por la gracia de sus movimientos y que acabó por darle la impresión de que moverse con soltura y elegancia era el principio y el fin de su personalidad.

Las semanas siguientes fueron para Ana Verónica un período de intensos estudios y distracciones. Las impresiones de las semanas anteriores parecieron ponerse en orden en cuanto dejó su caótica busca de empleo y se puso de nuevo en contacto con el desarrollo coherente y sistemático de las ideas. El trabajo que se llevaba a cabo en el Colegio Imperial estaba en el más íntimo contacto con los intereses de cada día y las controversias de actualidad. Se alimentaba de las dos principales investigaciones de Russell, en la relación entre los branquidermos y los equino-dermatos y en los factores secundarios y terciarios producidos en los mamíferos y en los pseudomamíferos, así como en las formas libres de las larvas de varios organismos marinos. Además, existía una vigorosa competencia y un sistema de críticas mutuas entre el Colegio Imperial y los Mendelianos de Cambridge, que se hacía sentir en las conferencias. El laboratorio vibraba, lleno de vida.

Pero la influencia de la ciencia irradiaba más allá de su propio campo, más allá de los problemas interesantes y de una técnica elevada (que no nos proponemos por un solo momento exponer al lector, quien a estas alturas estará naturalmente enterado). La Biología es una ciencia extraordinariamente simple. Hace una serie de generalizaciones experimentales y a continuación expone la armonía de la relación existente entre esta colección infinitamente polifacética de fenómenos. Cada átomo de la zona germinadora de un huevo, los movimientos nerviosos de un caballo impaciente, los ademanes de un niño al hacer un cálculo, las sensaciones de un pez, los hongos que surgen sobre las raíces de una planta y el cieno que cubre una roca, eso y miles de cosas semejantes son sacadas a la luz y sus causas explicadas por la Biología. Y estas generalizaciones tentaculares no sólo reúnen todos los hechos de la Historia natural y de la Anatomía comparada, sino que se extienden más y más hacia un mundo de intereses que queda completamente fuera de sus límites legítimos.

Una noche, después de una larga conversación con *Miss Miniver*, se le ocurrió de pronto a Ana Verónica que este sistema biológico tenía para ella algo más que un interés académico. Y no sólo eso, sino que, después de todo, era un método más sistemático y satisfactorio para resolver las cuestiones latentes en todas las

discusiones de la sociedad fabiana, las charlas del «Club Artístico Central», las reuniones en los estudios y las disputas profundas y sin fondo de todos los hogares. Era el mismo *Bios*, cuya naturaleza, caminos, métodos y aspectos preocupaba a todos. Y ella, ella misma, era este *Bios* eterno que comenzaba de nuevo su viaje de selección, multiplicación, fracaso y supervivencia.

Pero aquél no fue más que un fulgor momentáneo por el que aplicó la generalización a su propia persona. Y no desarrolló el tema.

Por otro lado, los ratos libres de Ana Verónica habían encontrado nuevos intereses y preocupaciones. Seguía asistiendo a los movimientos socialistas y a la agitación sufragista en compañía de *Miss Miniver*, y juntas acudieron a varias reuniones locales de los fabianos y a un sinnúmero de conferencias en pro del sufragio. Teddy Widgett no cesaba de mariposear en torno suyo y de vez en cuando la convidaba, junto con *Miss Miniver*, a tomar una taza de té en compañía de un grupo de personas de las mismas tendencias. También *Mr. Manning* aparecía una y otra vez en su mundo, lleno de solicitud, y declaraba siempre que la consideraba espléndida y magnífica, y que desearía comentar un serie de cosas con ella. De vez en cuando le rogaba que le acompañara a tomar el té, por lo general en un reducido y agradable local en Tottenham Court Road, donde exponía su propio punto de vista y daba a entender que ella no tenía más que ordenarle para que el menor de sus deseos fuera cumplido. Con frases cuidadosamente subrayadas y voz firme y decisiva, expresaba a la joven sus varios gustos artísticos y apreciaciones estéticas. Por Navidad le regaló una pequeña edición de las novelas de Meredith, muy bien encuadernadas en cuero flexible, y al entregárselo le dijo que en su elección del autor se había guiado más por las preferencias de Ana Verónica que por las suyas propias. Siempre que estaban juntos, había en su actitud algo marcadamente liberal. Con ello quería expresar no sólo lo que opinaba de sus reuniones no autorizadas, sino también que, en lo que a él concernía, esta irregularidad carecía de importancia, que había arrojado de sí tales consideraciones.

Por lo demás, Ana Verónica seguía viendo a Ramage casi todas las semanas, diciéndose una y otra vez que su amistad era excepcional. Él le rogaba que le acompañara a cenar en cualquier

restaurante italiano medio bohemio cerca del Soho o en uno de los establecimientos más elegantes alrededor de Piccadilly Circus, y por lo general ella no se negaba. No veía razón alguna para negarse. Aquellas cenas, con su abundancia de entremeses ambiguos, con sus fuentes llenas de alimentos multicolores, con sus vinos de Chianti y especialidades parmesanas, con sus camareros políglotas y su clientela escogida, resultaban divertidas y alegres. Y además le agradaba Ramage y concedía gran valor a su ayuda y sus consejos. Resultaba interesante comprobar de qué modo tan diferente y característico contemplaba él las cuestiones que a ella le interesaban. Y, por último, era divertido descubrir este otro aspecto de la vida de un habitante de Morningside Park. Hasta entonces había creído que todos volvían a casa lo más tarde a las siete, como solía hacer su padre. Ramage hablaba mucho de las mujeres en general y de alguna en particular, y sobre todo de los problemas de Ana Verónica. Continuamente hacía resaltar el contraste entre la suerte del hombre y la de la mujer, y la trataba como si ella fuera la base para tales comparaciones. El motivo principal de que a Ana Verónica le agradara aquella amistad, era que se salía de lo común.

Después de cenar iban a dar un paseo, por lo general al Embankment para contemplar el río a ambos lados del Puente de Waterloo. Se despedían en el Puente de Westminster y de allí él se iba a la estación. En una ocasión sugirió que fueran a ver a una bailarina nueva que había llamado mucho la atención, pero Ana Verónica no sentía deseo alguno de ver a una bailarina nueva. De modo que en lugar de ello hablaron del baile y de la danza y de lo que podría significar en la vida. Ana Verónica lo consideraba como un alivio espontáneo de energía que expresaba bienestar, pero Ramage dijo que por medio del baile los hombres, los pájaros y los animales que bailan saben apreciar su propio esfuerzo.

Estas entrevistas, que habían sido planeadas para hacer sentir a Ana Verónica un gran afecto por *Mr.* Ramage, habían conseguido, por el contrario, que éste sintiera un interés cada vez más profundo por la joven. Se daba cuenta de que sus progresos eran muy lentos, pero no se le ocurría el modo de hacerlo con más rapidez. Pensó que tenía que hacer brotar en ella ciertas ideas e intensificar ciertas curiosidades y sentimientos. Hasta que tal cosa ocurriera, su experiencia le decía que todo sería inútil, que una muchacha como

aquella resultaría de una frialdad impenetrable ante cualquier intento de aproximación. A este respecto tenía toda la fascinación de ser un interrogante absoluto. Por un lado parecía pensar con rectitud y franqueza y hablaba serena y libremente de tópicos que la mayoría de las mujeres evitarían o disimularían; pero, por otra parte, se advertía que no tenía consciencia, o al menos parecía no tenerla (éste era el problema), de que nada de todo aquello pudiera aplicarse a su persona, que sería lo primero que hubiera pensado cualquier otra mujer. Ramage se preocupaba siempre de que Ana Verónica advirtiera que él era un hombre con talento y experiencia y ella una mujer joven y hermosa, y que de las relaciones entre los dos podían surgir toda clase de posibilidades. Ella respondía con aparente indiferencia y nunca como una mujer bella y consciente de su atractivo. Siempre resultaba para él la estudiante perfecta.

La atracción que sobre Ramage ejercía su belleza se hacía más intensa en cada encuentro. A sus ojos aparecía radiante cuando la veía en la calle avanzando hacia él, y la contemplaba como si se tratara de una persona distinta, joven, esplendorosa, sonriente. De vez en cuando descubría cualquier detalle, una onda de su cabello, una línea de fino dibujo en el contorno de sus sienes o su cuello, que constituía para él un descubrimiento exquisito.

Empezaba a pensar en ella sin cesar. Muchas veces, sentado en su despacho, componía frases y conversaciones que olvidaba en cuanto se encontraba cara a cara con ella. Y comenzó también a despertarse por las noches dominado por su obsesión.

Pensaba en ella y en sí mismo de un modo completamente distinto a como lo hiciera al principio, y pensaba también en la inválida que dormía en la habitación contigua a la suya, cuyo dinero había hecho posible su negocio y su posición en la vida.

«Siempre he podido alcanzar todos mis deseos», se decía Ramage en medio de la oscuridad de la noche.

3

Durante algún tiempo la familia de Ana Verónica desistió de hacer nuevos ofrecimientos directos de perdón. Evidentemente esperaban que sus recursos se extinguieran. Ni su padre, ni su tía, ni

sus hermanos dieron señales de vida. Pero una tarde, a primeros de febrero, apareció la tía Mollie en un estado que oscilaba entre la dignidad y el resentimiento, pero manifiestamente preocupada por el bienestar de su sobrina.

—Anoche tuve un sueño —dijo—. Te vi en un lugar enlodado y resbaladizo sujetándote con las manos y hundiéndote cada vez más. Resbalabas y caías y estabas muy pálida. Fue un sueño extremadamente realista. Resbalabas, caías y volvías a levantarte para resbalar de nuevo. Fue tan intenso que me desperté y permanecí horas enteras en la cama pensando en ti e imaginándote aquí sola sin nadie que te proteja. Me pregunté lo que estarías haciendo y cómo irían tus asuntos. Me dije que aquello era una coincidencia y que debía hacer algo inmediatamente, y éste es el motivo de mi visita. —Hablabas muy de prisa, casi sin respirar—. No puedo ocultarte que no me parece bien que una muchacha como tú esté sola en Londres.

—Pero, tía, yo sé perfectamente cuidar de mí misma.

—Aquí debes de estar muy incómoda. Es una situación muy violenta y molesta para todos.

Habló con cierta aspereza porque tenía la impresión de que Ana Verónica sospechaba que la había engañado con aquel sueño y que ahora que estaba en Londres debía aprovechar la oportunidad y expresar su parecer.

—¡Pensar que no has celebrado la Navidad! Y ni siquiera sabemos lo que haces.

—Estoy trabajando para graduarme y conseguir el título.

—¿Y por qué no puedes hacerlo en casa?

—Trabajo en el Colegio Imperial. Es el único lugar donde es posible conseguir un buen título y papá no quiere ni oír hablar de ello. Si viviera en casa tendríamos un disgusto tras otro. ¿Cómo puedes creer que yo estaría dispuesta a volver, cuando me encierra con llave en mi habitación?

—Desearía que no ocurriera nada de esto —dijo Miss Stanley después de una pausa—. Desearía que tú y tu padre llegaraís a un acuerdo.

—Yo también lo deseo —respondió Ana Verónica con convicción.

—¿No podríamos arreglarlo de algún modo? ¿No podríamos

hacer una especie de tratado de paz?

—Él no cumpliría las condiciones. Un día se pondría furioso y nosotras no nos atreveríamos a recordárselas.

—¿Cómo puedes decir tales cosas?

—¡Pero sí es cierto!

—De todas formas no eres tú quien debe decirlo.

—Sea como sea, ello impide que hagamos un trato.

—¿No podría yo hacer un trato?

Ana Verónica reflexionó y no se le ocurrió ningún acuerdo posible que le permitiera celebrar cenas casi subrepticias con Ramage, o pasear por las plazas de Londres hablando del socialismo con Miss Miniver durante las primeras horas de la madrugada. Había probado el sabor de la libertad y de momento no sentía necesidad alguna de protección. Sin embargo, la idea de hacer un pacto no le pareció mala.

—No comprendo cómo te las arreglas para vivir —dijo Miss Stanley.

—Oh, mis gastos son muy reducidos —se apresuró a replicar Ana Verónica mientras seguía pensando en el posible tratado de paz.

—¿Y no tienes que pagar nada en el Colegio Imperial? —preguntó su tía, pregunta que resultaba extremadamente desagradable.

—Sí, he tenido que pagar algunas cuentas.

—¿Cómo te has arreglado?

«¡Maldición!», se dijo Ana Verónica intentando borrar de su cara toda posible expresión de culpabilidad.

—Pedí el dinero prestado.

—¿Prestado? Pero ¿quién te lo prestó?

—Una amiga —dijo Ana Verónica.

Poco a poco se iba sintiendo acorralada. Precipitadamente buscó una respuesta razonable para la pregunta que evidentemente vendría a continuación, pero ésta no llegó a ser formulada. Su tía cambió de táctica.

—Pero, mi querida Ana Verónica, ¡vas a entramparte!

Inmediatamente, y con infinito alivio, Ana Verónica se refugió en su dignidad.

—Tía, creo que deberías confiar en mi propia estimación y

decoro y saber que estas cualidades impedirán que ocurra tal cosa.

De momento, a su tía no se le ocurrió ninguna respuesta adecuada a aquel contraataque, y Ana Verónica se aprovechó de su ventaja para cambiar de conversación e intentar averiguar dónde estaban sus botas.

Pero cuando su tía volvía en el tren a Morningside Park, razonó de este modo:

«Si ha pedido dinero prestado, tiene que estar atrapada. Nada de esto tiene sentido...».

4

De un modo imperceptible Capes logró ocupar un lugar preeminente en los pensamientos de Ana Verónica. Y una vez conseguido esto, alcanzó a grandes pasos y muy de prisa algo más que aquella preeminencia. Ella empezó por interesarse por sus demostraciones y teorías biológicas, después se sintió atraída por su carácter y por último, en cierto modo, se enamoró de su espíritu.

Una tarde en que tomaban el té en el laboratorio surgió una discusión sobre el sufragio femenino. El movimiento estaba entonces en sus primeras fases militantes y sólo una mujer se le oponía, *Miss Garvice*. Ana Verónica prefería mostrarse neutral, pero la oposición de un hombre la inclinaba siempre hacia el lado del sufragio; experimentaba un curioso deseo, impulsado por la lealtad de que las mujeres salieran triunfadoras en la discusión. En este asunto, Capes mostraba una calma irritante. No declaraba una oposición en regla ni una indecisión fluctuante, sino un cínico escepticismo. *Miss Klegg* y la estudiante más joven atacaron vigorosamente a *Miss Garvice* por decir que, en su opinión, las mujeres perdían algo precioso al mezclarse en los conflictos de la vida. La discusión se hizo más amplia, siempre amenizada por el té, el pan y la mantequilla. Capes se sentía inclinado a apoyar a *Miss Klegg*, hasta que *Miss Garvice* le acorraló recordando un reciente artículo suyo aparecido en la revista *Siglo XIX* en el que había hecho un ataque vigoroso contra la petición de Lester Ward de un nuevo matriarcado como el primitivo y contra sus teorías sobre la importancia predominante de las hembras en todo el reino animal.

Ana Verónica no conocía este aspecto literario de su profesor y sintió una ligera punzada de celos hacia *Miss Garvice* por conocerlo. Más tarde buscó el artículo en cuestión que le pareció maravillosamente escrito y razonado. Capes tenía el don de saber escribir con naturalidad y sin afectación, lo que complementaba su pensamiento claro y lógico, y seguir sus ideas escritas dio a Ana Verónica la sensación de estar cortando objetos con un cuchillo completamente nuevo y perfectamente afilado. Ansiosa por leer nuevos escritos suyos, el miércoles siguiente se dirigió al Museo Británico, donde rebuscó en todas las revistas científicas hasta encontrar sus ensayos y sus artículos. Por lo general los artículos científicos y de investigación, cuando no conciernen a teorías extravagantes, tienen tendencia a resultar ligeramente pesados, pero Ana Verónica descubrió en ellos, encantada, la misma naturalidad y sencillez que en los artículos escritos para el lector de cultura media. Más tarde se sumió en la lectura de los artículos de Capes y volvió a releerlos, firmemente decidida a hacer alusión a sus frases, como lo había hecho *Miss Garvice*, a la primera oportunidad.

Cuando volvió a su casa aquella noche pensó, con algo parecido a la sorpresa, en su trabajo en el Colegio Imperial y decidió que en él había tenido oportunidad de darse cuenta de que Capes era en verdad una persona muy interesante.

De ahí pasó a analizar mentalmente a Capes. Se preguntó por qué resultaba tan distinta de los demás y pasó algún tiempo antes de comprender que esto se debía a que se estaba enamorando de él.

5

Y, sin embargo, Ana Verónica pensaba mucho entonces en el amor. En su mente se derrumbaban cada día varias barreras intelectuales. Todas las influencias que la rodeaban apoyaban su predisposición natural en contra de todas las tradiciones de su hogar y su pasión por resolver las cuestiones vitales de la vida. Por medio de una serie de indirectas, Ramage le había hecho comprender que el problema de su propia vida estaba inseparablemente relacionado con los problemas de la vida de cualquier otra mujer y que el principal problema de las mujeres es

el amor.

—Un hombre entra en el mundo preguntándose cómo conseguirá colocarse —le había dicho Ramage en una ocasión—. La mujer, entra pensando instintivamente de qué modo podrá entregarse.

Ana Verónica había apreciado aquella frase en todo su valor e hizo que germinara y extendiera en su cerebro tentáculos aclaratorios. El laboratorio biológico, donde se veía la vida como un escenario de apareamiento, reproducción y selección, y de nuevo apareamiento y reproducción, parecía secundar aquella afirmación de Ramage. Por otro lado, todas las conversaciones de *Miss Miniver*, los *Widgett* y sus partidarios, parecían barcos batidos por la tempestad junto a las playas del amor.

«Durante siete años —se dijo Ana Verónica— he estado intentando no pensar en el amor. Me he obligado a mí misma a contemplar las cosas bellas sólo de soslayo...».

Ahora se autorizó a sí misma a contemplar estas cosas frente a frente y se hizo una secreta declaración de libertad.

«Esto son tonterías —se dijo—. Es una verdadera esclavitud. Para esto, lo mismo daría que estuviera en Morningside Park. El amor es lo más grande de la vida, es la única satisfacción de la mujer, lo que compensa todas las demás restricciones. Y, sin embargo, yo huyo de él, huimos todas con el espíritu paralizado a medias, hasta que acaba por dominarnos porque nos sorprende indefensas. ¡Pues desde ahora maldito si pienso seguir así!».

Pero a pesar de todo esto descubrió que no era capaz de hablar del amor con toda libertad.

Ramage daba siempre cien vueltas al tópico prohibido, esperando que ella le diera pie para frases más personales. Ana Verónica se preguntó muchas veces por qué no lo hacía. Pero algo instintivo la dominaba, y a pesar de sus propósitos de no ser «tonta» y anticuada, descubrió que cada vez que él se mostraba levemente atrevido en este asunto, ella respondía de un modo científico e impersonal, casi entomológico. Se apoderaba de cada comentario de él y lo sometía a un profundo análisis. En el laboratorio todos obraban del mismo modo, pero Ana Verónica fue sintiendo de día en día una creciente desaprobación hacia su propia austeridad mental. Tenía al lado un hombre de mundo con experiencia, que

era su amigo, que evidentemente sentía gran interés por aquel tópico supremo y que deseaba hacerla partícipe de sus experiencias. ¿Por qué no se sentía tranquila con él? ¿Qué le impedía que averiguara cosas hasta entonces ocultas? Ya es bastante difícil aprender sin necesidad de que esta dificultad se vea diez veces aumentada a causa de toda esta serie de restricciones de palabra y pensamiento.

Al fin consiguió romper la barrera de la timidez en una dirección, y una noche habló del amor y de las realidades del amor con *Miss Miniver*. Pero la conversación le resultó poco satisfactoria. *Miss Miniver* repitió frases de *Mrs. Goopes*.

—La gente avanzada —dijo con aire de suficiencia— tiende a generalizar el amor. «Rezaré mejor el que ame mejor todas las cosas grandes y pequeñas». Mi vida entera se compone de amor.

—Pero yo me refería al amor de los hombres —dijo Ana Verónica—. ¿No deseas el amor de un hombre?

Durante algunos segundos permanecieron silenciosas, ambas turbadas por aquella pregunta. *Miss Miniver* contempló a su amiga con reproche por encima de las gafas.

—¡No! —exclamó al fin con la aspereza de un latigazo—. Ya he pasado por todo eso —prosiguió después de una pausa. Al hablar de nuevo lo hizo con lentitud—. Hasta ahora no he encontrado todavía un hombre cuyo intelecto me inspire respeto.

Ana Verónica la contempló pensativa durante un momento y decidió insistir.

—Pero ¿qué hubiera ocurrido de encontrarlo? —preguntó.

—No puedo imaginarlo —dijo *Miss Miniver*—. Y piensa..., piensa... —Su voz bajó de tono— en el horrible embrutecimiento que lleva consigo.

—¿Qué embrutecimiento? —preguntó Ana Verónica.

—¡Mi querida Vee! —exclamó hablando ya en un susurro—. ¿Es que no sabes...?

—¡Oh! Claro que sé que...

—Entonces...

Las mejillas de *Miss Miniver* habían adquirido un rojo subido.

—¿No te parece que damos demasiada importancia a lo que tú llamas embrutecimiento? —dijo Ana Verónica indiferente a la confusión de su amiga. Después de una pausa momentánea decidió

continuar la conversación—. Fingimos creer que los cuerpos son feos cuando en realidad son la cosa más hermosa del mundo. Fingimos que nunca pensamos en nada de lo que nos hace ser como somos.

—¡No! —exclamó *Miss Miniver* casi con vehemencia—. ¡Estás equivocada! No creí que pensaras en estas cosas. ¡Los cuerpos son horribles! Nosotros somos alma. El amor vive en un plano elevado. No somos animales. Si yo alguna vez encontrara un hombre a quien pudiera amar, le amaría platónicamente. —Hizo una pausa, sus gafas relucieron y repitió—: Platónicamente. De alma a alma.

Volvió la cara hacia el fuego, cruzó los brazos y se encogió de hombros con un estremecimiento.

—¡Uf! —exclamó.

Ana Verónica la observaba en silencio.

—No necesitamos a los hombres —dijo *Miss Miniver*—. No los necesitamos para nada. Nos sobran sus aires de suficiencia y sus risas estridentes. Son unos brutos vacíos, estúpidos y bestiales. ¡Unos brutos! Personifican a la bestia que la Humanidad lleva todavía dentro. Algún día la ciencia nos enseñará el medio de prescindir de ellos. Sólo las mujeres importan. No todas las especies tienen machos. Ya sabes que algunas carecen de ellos.

—Sí, por ejemplo los pulgones —reconoció Ana Verónica—. Pero ni siquiera ellos...

La conversación se interrumpió durante varios minutos y al fin Ana Verónica apoyó la barbilla sobre una de sus manos.

—Me gustaría saber cuál de nosotras dos tiene razón —dijo—. Yo no comparto en absoluto tu animosidad.

—Tolstoi explica todo esto muy bien —dijo *Miss Miniver* sin hacer caso de la actitud de su amiga—. Para él, la vida no tiene secretos. Ve a los hombres degradados por pensamientos y acciones bestiales y por toda clase de crueldades. Y todo ello se debe a que han ido endureciéndose a fuerza de bestialidad y envenenándose con el juego de la carne matada por ellos mismos y por bebidas fermentadas, bebidas que contienen miles y miles de microbios.

—Algunas de las cosas que comen y beben son vegetales —objetó Ana Verónica.

—Es igual. Además están borrachos de materialismo; están ciegos a todas las cosas bellas y sutiles y contemplan la vida con

ojos inyectados en sangre y las ventanas de la nariz dilatadas. Son arbitrarios, injustos, dogmáticos, brutales y lujuriosos.

—Pero ¿tú crees de verdad que lo que comen influye en su cerebro?

—No lo creo. Lo sé —dijo Miss Miniver—. *Experte credo*. Cuando yo llevo una vida pura y limpia, libre de estimulantes y de excitantes, pienso con lúcida claridad; pero si tomo un bocado de carne o de algo semejante, mi visión mental se hace borrosa.

6

Poco a poco y sin que ella supiera cómo, igual que un apetito nuevo, surgió en Ana Verónica un irrefrenable deseo de disfrutar de la belleza en todas sus manifestaciones. Como si su sentido estético se hubiera hecho supersensible. Su cerebro se acusó a sí mismo de dureza y frialdad. Comenzó a buscar la belleza y la descubrió en lugares y aspectos inesperados. Hasta entonces la había visto en cuadros y en obras de arte, como una cosa sacada de la vida, pero ahora la sensación de la belleza se extendía a una multitud de aspectos insospechados del mundo que la rodeaba.

La idea de la belleza se convirtió en una obsesión y se fundió con su trabajo biológico. Una y otra vez se sorprendió a sí misma preguntándose con curiosidad:

«¿Por qué, por qué este afán de buscar la belleza?».

Y el hecho de que buscara razones para ello le permitía seguir pensando en aquella idea fija, cuando debía concentrar su atención únicamente en la Biología.

Estaba influida por dos sistemas de valores, por dos series de explicaciones que la Anatomía comparada por un lado y su sentido de la belleza por el otro, habían hecho vivir en sus pensamientos. No podía decidirse sobre cuál era la cosa más bella y la que daba más valor a los demás objetos. ¿Era acaso que la lucha de las cosas por sobrevivir creaba, como una especie de subproducto, estas intensas preferencias y apreciaciones, o era que una fuerza mística conducía a la vida hacia la belleza contra todas las corrientes y sin considerar el valor de la supervivencia y todas las discreciones manifiestas de la vida?

Se dirigió a Capes con aquel problema, y se lo describió minuciosa y claramente. Él le dio una serie de explicaciones, como hacía siempre que ella le exponía alguna dificultad, y le indicó que leyera varios libros sobre la vida de las mariposas, el esplendor de los pájaros y las aves del paraíso, las rayas de los tigres y las motas de las panteras. Habló de un modo interesante, aunque general, y ella prefirió escucharle a seguir su consejo de leer toda aquella literatura. Una tarde, Capes se puso a mariposear en torno suyo y al fin se sentó a su lado. Durante algún tiempo hablaron de la belleza y de su misterio. En contraste con Russell, cuyos métodos intelectuales eran, por así decirlo, escépticamente dogmáticos. Capes habló sobre el asunto en una vena de misticismo muy poco profesional. Su charla pasó a la belleza de la música en particular, y aunque tuvieron que interrumpirla, pudieron reanudarla a la hora del té.

Pero ya no fue lo mismo. Todos los estudiantes se hallaban reunidos alrededor de la tetera de *Miss Garvice*. Tomaban el té y fumaban y era difícil lograr la misma sensación de intimidad. El escocés informó a Ana Verónica de que la visión de la belleza depende necesariamente de nuestras premisas metafísicas, y el joven que imitaba a Russell en su modo de peinarse, quiso hacerse notar diciendo al estudiante japonés que el arte occidental es simétrico, al contrario del oriental, que es asimétrico, y que entre los organismos más elevados existe una tendencia hacia la simetría externa para ocultar su interior falta de equilibrio. Ana Verónica decidió que tendría que reanudar otro día su conversación con Capes, y levantando la vista le descubrió entonces sentado en un taburete con las manos en los bolsillos y la cabeza ligeramente ladeada mientras la contemplaba con expresión pensativa. La mirada de la joven tropezó con la de él durante un momento, llena de curiosa sorpresa.

Capes apartó la mirada y la fijó en *Miss Garvice*, como quien despierta de un sueño. Después se puso en pie y atravesó el laboratorio en dirección a su refugio, la sala donde se hacían los ensayos.

Un día ocurrió un incidente que llegó a adquirir un profundo significado.

Ana Verónica había estado trabajando en varias secciones microtómicas de una salamandra en desarrollo, y Capes acudió a examinar el resultado. Ana Verónica se puso en pie y entonces él se sentó al microscopio y pasó algún tiempo estudiando sección tras sección. La joven le miró y vio que los rayos de sol que entraban a través de la ventana iluminaban sus mejillas, descubriéndose así que estaban cubiertas por un delicado vello. En aquel momento sintió un profundo sobresalto interno. Algo dentro de ella sufrió un profundo cambio.

Se sintió consciente de la presencia de él como nunca lo había estado de ser humano alguno. Contempló la forma de su oreja, los músculos de su cuello, el dibujo de sus cejas y la curva de sus párpados; observó todos estos objetos familiares como si se tratara de cosas infinitamente bellas. Y, en efecto, eran cosas bellas. Mentalmente se imaginó sus hombros debajo de la chaqueta y pensó en los músculos de sus brazos, hasta fijar por fin la mirada en la mano sensitiva que descansaba sobre la mesa. Pensó en él como en algo sólido, fuerte, algo en lo que se podía confiar más allá de toda medida. La consciencia de su proximidad inundó todo su ser.

Capes se puso en pie.

—Creo que ha hecho usted un buen trabajo —dijo.

Con un sobresalto y un esfuerzo por tranquilizarse, la joven ocupó su sitio junto al microscopio, mientras él permanecía de pie a su lado inclinándose por encima de su hombro.

Ana Verónica sintió que su proximidad la hacía temblar y que la invadía el deseo de sentir su contacto. Pero consiguió dominarse y fijó la vista en la lente.

—¿Ve ese punto? —preguntó Capes.

—Sí, lo veo.

—Esto es lo que quiero que comprenda.

Acercó una silla para sentarse al lado de Ana Verónica, situó su codo a un palmo del de la joven y trazó un diagrama. Después se puso en pie y se alejó.

Su marcha dejó a Ana Verónica una sensación de vacío, de enorme pérdida; una sensación que no sabía si contenía un infinito

pesar o un alivio infinito...

Pero ahora sabía ya qué era lo que le ocurría.

8

Y aquella noche, sentada en la cama sin terminar de desnudarse, comenzó a acariciarse lentamente un brazo y a palpar los músculos que se distinguían bajo la piel. Pensó en la maravillosa belleza de la piel y de la contextura viviente. Descubrió entonces que también su brazo tenía un vello suave y rubio, como la piel de un melocotón.

«Somos monos espiritualizados —se dijo. Extendió el brazo y volvió la mano en todas direcciones—. ¿Por qué fingir? —se preguntó en un susurro—. ¿Por qué fingir? ¡Hay tanta belleza oculta en el mundo!».

Dirigió una tímida mirada al espejo que se alzaba encima de la mesa de tocador y después al resto del mobiliario, como si éste pudiera penetrar los pensamientos que iban acudiendo a su mente.

«Quisiera saber si en realidad soy hermosa —se dijo finalmente Ana Verónica—. Quisiera saber si alguna vez brillaré como una luz, como una diosa transparente... Quisiera saber... Supongo que miles de mujeres lo han deseado como yo... En Babilonia, en Nínive... ¿Por qué no enfrentarse con los hechos?».

Se puso en pie. Se colocó de frente ante el espejo y se contempló de arriba abajo con ojos gravemente pensativos, gravemente críticos, pero llenos de admiración.

«Y después de todo..., ¡no soy más que una de tantas personas en el mundo!».

Compulsó las pulsaciones de las arterias de su cuello y por último se llevó la mano, suave y casi tímidamente, al punto donde el corazón le latía en el pecho.

9

El hecho de saberse enamorada cambió los pensamientos de Ana Verónica y alteró la naturaleza de sus topicos.

Comenzó a pensar con insistencia en Capes y supuso que

durante las últimas semanas debía haber estado también pensando en él de un modo inconsciente. Se sorprendió al descubrir la cantidad de impresiones suyas que su mente almacenaba y la exactitud con que recordaba sus menores gestos y frases. Entonces se dijo que no estaba bien pensar de manera tan continuada en un solo tema, e hizo un poderoso esfuerzo por encauzar su imaginación en otras direcciones.

Pero, asombrada, comprobó hasta qué punto las cosas más pequeñas e insignificantes volvían a hacerla pensar en Capes. Y cuando al fin logró dormir. Capes se convirtió en el maravilloso huésped de sus sueños.

Durante algún tiempo, le resultó suficiente el hecho de saberse capaz de amar, y que Capes la amara a su vez quedaba fuera de los límites de su imaginación.

Incluso no quería pensar en él correspondiendo a su amor. Quería imaginárselo como la persona adorada, quería estar cerca de él y contemplarle, quería que él hiciera su vida, fuera y viniera, haciendo y diciendo esto y aquello, inconsciente de la presencia de ella, mientras ella también permanecía inconsciente de sí misma. El saberse amada por él, haría que todo fuera distinto. De ser así, él volvería los ojos hacia ella, y ella se vería obligada a pensar en sí misma y en cómo aparecía ante él. Se vería obligada a ponerse a la defensiva y lo importante entonces serían sus propias acciones. Él exigiría y ella se ocuparía apasionadamente en satisfacer sus exigencias. Amar solamente, era preferible. Amar era olvidarse de sí misma, era experimentar un puro deleite al contemplar otro ser humano. Sentía que teniendo a Capes a su lado, se contentaría con seguir amando toda la vida.

Al día siguiente acudió a sus estudios y el mundo le pareció compuesto de una inmensa felicidad, jaspeado ocasionalmente por formas, personas y deberes. Descubrió que su amor no estorbaba para nada su trabajo microscópico. Más bien todo lo contrario. Se sobresaltó cuando oyó abrirse la puerta de la sala de ensayos y los pasos de Capes al acercarse al laboratorio, pero cuando llegó a su lado era ya completamente dueña de sí misma. Colocó un taburete para Capes a poca distancia del suyo, y después que él hubo examinado su trabajo titubeó ligeramente y se dispuso a reanudar su charla sobre la belleza.

—Creo que el otro día me mostré demasiado místico en mis opiniones sobre la belleza —dijo.

—El misticismo es bello —repuso Ana Verónica.

—Debemos enfocarlo desde el ángulo de nuestro trabajo. He estado pensando... No estoy seguro de que la percepción de la belleza no sea en primer lugar intensidad de pensamiento, libre de dolor; intensidad de percepción sin destrucción alguna de los tejidos.

—Prefiero el misticismo —dijo Ana Verónica mientras pensaba: «Existe un gran número de cosas bellas que no son intensas».

—Pero la delicadeza, por ejemplo, puede percibirse intensamente.

—Sin embargo, ¿por qué un rostro es hermoso y otro no lo es? Según su teoría, dos rostros juntos, el uno junto al otro a la luz del sol, deberían ser igualmente hermosos. Hay que percibirlos exactamente con la misma intensidad.

Pero él no estaba de acuerdo.

—No quiero decir únicamente intensidad de sensación. Dije intensidad de percepción. Se puede percibir intensamente la armonía, la proporción, el ritmo. Son cosas leves y efímeras en sí mismas, como hechos físicos, pero como el detonador de una bomba, dan paso al explosivo. Hay que considerar el factor interno, así como el externo... No sé si me expreso con claridad. Quiero decir que lo importante es que la capacidad de percepción es el factor esencial de la belleza. Claro que la más profunda impresión puede ser causada por un murmullo.

—Eso nos hace volver una vez más al misterio —dijo Ana Verónica—. ¿Por qué ciertas cosas y no otras nos abren los horizontes?

—Podría ser el resultado de una selección, como la preferencia que ciertos insectos sienten por las flores azules, que no son tan llamativas como las amarillas.

—Eso no explica las puestas de sol.

—No tan claramente como explica el misterio de un insecto iluminándose sobre papel de color. Pero quizá si no nos gustaran los ojos claros, brillantes, límpidos (lo que es biológicamente comprensible), no podrían gustarnos las piedras preciosas. Es posible que las dos atracciones sean colaterales. Después de todo,

un cielo puro, de brillantes colores, es la señal de que ha llegado el momento de salir de nuestro escondrijo, de alegrarnos y seguir viviendo.

—¡Hum! —exclamó Ana Verónica moviendo la cabeza.

Capes sonrió alegremente y sus ojos se encontraron con los de la joven.

—Es una idea que lancé de pasada —dijo—. Lo que pretendo decir, es que la belleza no es algo que se inserta. La belleza es la vida, la vida misma, la vida naciente, desarrollándose limpia y fuerte.

Se puso en pie, dispuesto a acercarse al alumno siguiente.

—Existe también la belleza insana —dijo Ana Verónica.

—Lo dudo —repuso Capes.

Hizo una pausa y se alejó en dirección al joven que se peinaba del mismo modo que Russell.

Ana Verónica contempló su espalda durante unos instantes y después atrajo hacia sí el microscopio. Permaneció algún tiempo completamente inmóvil, sintiendo que había dejado atrás un paso difícil y que ahora podría seguir hablando con él, como pudo hacerlo antes de comprender qué era lo que le sucedía..

Una idea estaba clara en su cerebro. Que conseguiría una beca, asegurándose de aquel modo otro año en el laboratorio.

«Ahora comprendo el significado de todo», se dijo.

Y durante algunos días le pareció que, efectivamente, el secreto del universo, que tan obstinadamente había permanecido oculto e ignorado, se le había revelado en todo su esplendor.

Capítulo IX

DISCORDANCIAS

1

Una tarde, poco después del gran descubrimiento de Ana Verónica, llegó al laboratorio un telegrama para ella, que decía:

Aburrido y sin nada que hacer, ¿quiere cenar conmigo esta noche en cualquier sitio donde podamos hablar? Le quedaré agradecido. — RAMAGE.

Aquello agradó a la joven. Hacía diez o doce días que no veía a Ramage y no le parecía mal tener una larga charla con él. Su mente rebosaba hasta tal punto de amor, que incluso se le ocurrió que podría hablar de ello. Y aunque no lo hiciera, resultaría agradable oírle hablar a su modo característico, sabiendo que todo el tiempo latía en su interior aquel secreto maravilloso.

Lamentó encontrar a Ramage con tendencia a la melancolía.

—Esto semana he ganado más de setecientas libras —dijo.

—¡Qué emocionante!

—No lo crea. No es más que un juego.

—Un juego con el que se pueden comprar toda clase de cosas.

Ramage se volvió hacia el camarero, que tenía en la mano la lista de los vinos.

—Nada me levanta el ánimo como el champaña —dijo—. Éste —añadió después de reflexionar un momento—. ¡Oh, no! ¿Es más dulce éste? Muy bien.

Cruzó los brazos y contempló a Ana Verónica con los ojos muy abiertos.

—Todo me sale bien y, sin embargo, no soy feliz. Creo que estoy enamorado.

Se echó hacia atrás para que le sirvieran la sopa, y después resumió:

—Creo que debo estar enamorado.

—No puede estarlo —dijo Ana Verónica con gran seriedad.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque no es precisamente un estado de depresión.

—¿Qué sabe usted de eso?

—¡Puedo tener teorías! —exclamó la joven, radiante.

—¡Bah! ¡Teorías! Estar enamorado es un hecho.

—Un hecho que debería hacerle feliz.

—Es una inquietud..., un deseo... ¿Cómo? —El camarero había intervenido—. ¿Parmesan? ¡Lléveselo!

Lanzó una mirada al rostro de Ana Verónica y le pareció que la muchacha estaba radiante. Se preguntó por qué creería que el amor hacía feliz a la gente y comenzó a hablar de las flores que adornaban la mesa. Llenó las dos copas de champaña.

—Tiene que beberlo —dijo—. Para que me ayude a olvidar mi depresión.

Comían perdices cuando volvieron al tópico del amor.

—¿Qué le hace pensar —preguntó mirándola con avidez— que el amor hace felices a las personas?

—Sé que debe ser así.

—Pero ¿por qué?

Ana Verónica pensó que insistía demasiado.

—Las mujeres saben estas cosas por instinto —repuso.

—Dudo que las mujeres sepan estas cosas por instinto. Tengo mis dudas sobre el instinto femenino. Se supone que todas las mujeres saben cuándo un hombre está enamorado de ellas. ¿Cree usted que esto es cierto?

Ana Verónica eligió cuidadosamente un trozo de ensalada.

—Creo que sí —decidió al fin.

—¡Ah! —exclamó Ramage.

Ana Verónica levantó los ojos y advirtió que él la estaba mirando con ojos lánguidos a los que trataba de dar mucho más significado del que eran capaces de expresar. Hubo una breve pausa entre los dos, cargada para Ana Verónica de rápidas y fugaces sospechas e insinuaciones.

—Quizá se hable demasiado del instinto de las mujeres —dijo al

fin—. Es un modo de esquivar las explicaciones. Y además es posible que las chicas de mi edad sean distintas de las mujeres. No lo sé. Supongo que una chica como yo no podría decir si un hombre está enamorado de ella o no lo está. —Su imaginación voló hacia Capes y sus pensamientos se tradujeron en palabras—. No puede saberlo. Supongo que depende de su propio estado de ánimo. Creo que si uno desea una cosa intensamente, se siente inclinado a creer que puede lograrla, y que si uno ama a otra persona deben sentirse muchas dudas. Y si uno ama muchísimo a otra persona, es uno ciego cuando más necesidad tiene de ver.

Se detuvo bruscamente, temerosa de que Ramage pensara en Capes al escuchar sus palabras. Y, en efecto, él la contemplaba con ansiedad.

—¡Siga!

Ana Verónica se sonrojó.

—Eso es todo —dijo—. Temo que en este asunto mis ideas estén un poco confusas.

Ramage la contempló y se sumió de nuevo en sus reflexiones cuando el camarero volvió a interrumpirles.

—¿Ha ido alguna vez a la ópera, Ana Verónica? —preguntó al fin.

—Una o dos veces.

—¿Quiere que vayamos ahora?

—Creo que me gustaría oír un poco de música. ¿Qué representan?

—*Tristán*.

—No he oído nunca *Tristán e Isolda*.

—Decidido, pues. Iremos. De algún modo encontraremos entradas.

—Es usted demasiado amable —dijo Ana Verónica.

—Mucho más amable es usted al acceder a venir conmigo.

Tomaron un coche. Ana Verónica se echó para atrás, sintiéndose cómoda y a gusto mientras contemplaba las luces, el movimiento y el brillo del tráfico callejero. Ramage se acercaba a ella más de lo necesario, la miraba sin cesar, hacía ademán de hablar y guardaba silencio. Cuando llegaron al «Covent Garden», Ramage adquirió uno de los palcos superiores y entraron cuando comenzaba la obertura.

Ana Verónica se quitó la chaqueta, se sentó en la silla de la

esquina y se inclinó para observar al público del patio de butacas. Ramage colocó su silla junto a la de ella, de cara al escenario. La música fue posesionándose poco a poco de Ana Verónica, mientras sus ojos se deslizaban desde las filas de público hasta la orquesta, con sus violines vibrantes, con los metódicos movimientos de los instrumentos metálicos, con las partituras brillantemente iluminadas y las luces escondidas. Anteriormente había estado en la ópera, pero como un átomo de una masa congestionada en los asientos más baratos y con la visión obstruida por las espaldas, las cabezas y los sombreros del público. Ahora, por contraste, en su actual posición, disfrutaba de una agradable sensación de espacio y holgura. Con los compases finales de la obertura, se levantó el telón y apareció Isolda, sobre la proa de un buque del tiempo de los bárbaros. La voz del joven hombre de mar brotó de lo alto del mástil y comenzó la historia de los amantes inmortales. Ana Verónica no la conocía completamente y, por lo tanto, la siguió con un interés apasionado y profundo. Las magníficas voces seguían cantando y describiendo las fases y facetas del amor, mientras el barco avanzaba por el mar al rítmico compás de los remeros. Los amantes expresaron al fin la irresistible atracción que les unía, y en aquel momento, entre los gritos de los marineros, apareció el rey Mark, y se detuvo junto a ellos.

El telón descendió lentamente, cesó la música, las luces del teatro se encendieron y Ana Verónica salió de su confuso sueño de amor involuntario y arrollador, envuelto en brumas de color y sonido, para descubrir que Ramage estaba sentado junto a ella y que una de sus manos enlazaba su cintura. Hizo un movimiento y la mano se retiró.

—¡Ana Verónica! —dijo Ramage respirando profundamente—. ¡Esta música es conmovedora!

Ella le contempló inmóvil.

—¡Quisiera que hubiera bebido usted esa poción de amor!

La muchacha no supo qué contestar y él prosiguió:

—La música que estamos oyendo es el alimento del amor. Me hace desear la vida más allá de toda medida. ¡La vida! ¡La vida y el amor! ¡Me parece desear ser siempre joven, siempre fuerte... y morir con grandeza!

—Es muy hermoso —dijo Ana Verónica en voz baja.

Durante unos instantes permanecieron silenciosos, intensamente conscientes de su mutua proximidad. Ana Verónica estaba excitada. Sus relaciones con Ramage se iluminaron con una luz extraña y desconcertante. Hasta entonces no se le había ocurrido representárselo bajo aquel aspecto. No la escandalizaba; la asombraba, la interesaba enormemente. Pero aquello no podía continuar. Intuía que él iba a decir algo más, algo aún más íntimo y personal. Sentía curiosidad, pero al mismo tiempo estaba decidida a no oír lo que fuera. Tenía que hacerle hablar, a toda costa, de un tema impersonal, y rebuscó desesperadamente en su cerebro.

—¿Cuál es el significado exacto de un *motiv*? —preguntó al fin—. Antes de haber oído música de Wagner, escuché entusiastas descripciones de ella hechas por una maestra del colegio muy antipática.

Se detuvo con aire interrogante, y Ramage la contempló sin hablar durante un intervalo de tiempo que ella juzgó interminable. Parecía titubear entre dos caminos a seguir.

—No estoy muy enterado de la técnica musical —dijo al fin con los ojos en los de ella—. Para mí es una cuestión de sentimiento.

Pero se contradijo a sí mismo sumiéndose en una perorata sobre los *motifs*. Por un acuerdo tácito, ambos prefirieron olvidar lo que se había interpuesto entre los dos, lo que había convertido en movedizo el terreno sobre el cual se movían y que tan seguro había sido hasta entonces...

Durante la música amorosa del segundo acto, hasta que los cuernos de caza de Mark irrumpieron en escena, Ana Verónica estuvo consciente de la presencia de un hombre muy cerca de ella, de un hombre que se disponía a decir algo, que se disponía quizás a tocarla, que alargaba hacia ella invisibles y ávidos tentáculos. Intentó reflexionar sobre lo que haría en tal o cual eventualidad. Su mente había estado y estaba llena del recuerdo de Capes, llena de la ilusión de un Capes como amante ideal. Y de un modo incomprensible, Ramage se confundía con él en su imaginación. Sintió el grotesco impulso de persuadirse a sí misma de que quien estaba a su lado era Capes, de que Capes la envolvía, por así decirlo, en alas de deseo. El hecho de que, por el contrario, se trataba de su amigo fiel, que le estaba haciendo un amor ilícito, continuó a pesar de sus esfuerzos, siendo para ella un detalle

insignificante. La música la distrajo, haciéndola luchar contra una sensación de borrachera espiritual. Se le iba la cabeza. La música seguía vibrando, anunciando el momento en que el rey irrumpía en escena.

De pronto, Ramage la cogió por la muñeca.

—La amo, Ana Verónica. La amo... con toda mi alma.

Ella acercó su cara a la de él y sintió su cálida proximidad.

—¡Por favor, no! —dijo libertando su muñeca.

—¡Por Dios, Ana Verónica! —exclamó luchando por volver a apresarla—. Por Dios... Dígame ahora, en este momento, que usted también me ama.

Su expresión era ávida y, por así decirlo, furtiva. Ella le contestó en voz baja, porque a menos de un metro de Ramage se veía el brazo de una de las mujeres que ocupaban el palco contigoo.

—¡Suelte mi mano! ¡Éste no es lugar apropiado!

Ramage la soltó y comenzó a hablar en un susurro.

—Ana Verónica, le digo que esto es verdadero amor.

Besaría el suelo que pisan sus pies. Amo hasta su aliento... He intentado no decírselo, he intentado ser sencillamente su amigo. Pero es inútil. La quiero. La amo. La adoro. Haría cualquier cosa, daría cualquier cosa por hacerla mía... ¿Me oye? ¿Oye mis palabras...? Amor mío...

Intentó coger uno de los brazos de la joven, pero desistió ante su instantáneo ademán defensivo. Durante un largo intervalo ninguno de los dos habló.

Ella permaneció sentada en un rincón del palco, sin saber qué hacer o qué decir. Asustada, curiosa, perpleja..., pensó que era su deber ponerse en pie y pedir ser conducida a su casa, protestar de sus palabras como de un insulto. Pero no deseaba en absoluto hacer tal cosa. Tales acciones llenas de dignidad no entraban en el límite de su voluntad. Recordó que Ramage le era simpático, que le debía muchas cosas y además... estaba interesada, profundamente interesada. Aquel hombre estaba enamorado de ella. Intentó valorar exactamente la situación y sacar alguna conclusión del tumultuoso desorden de sus ideas.

Ramage comenzó de nuevo a hablar. Lo hizo en voz tan baja que resultaba difícil entenderle.

—La amo —decía— desde que se sentó conmigo en aquel

camino. Siempre la he amado. No me importa lo que pueda separarnos, no me importa nada en el mundo. La amo, y todo lo demás para mí no existe..

Su voz se elevaba y descendía entre la música y las canciones de Tristán y el rey Mark, como la voz que se oye a través de un teléfono mal conectado. Ana Verónica contempló su rostro suplicante, y se volvió después a mirar el escenario, donde Tristán estaba herido en los brazos de Kurvenal, con Isolda a sus pies. El rey Mark, la encarnación de la fuerza, la encarnación del amor y la belleza masculina, se hallaba de pie junto a él. Después cayó el telón, cesó la música, el público comenzó a moverse y a aplaudir y las luces de la sala se encendieron de nuevo. La luz irrumpió en la oscuridad del palco, y Ramage puso fin al torrente de sus palabras echándose para atrás. Esto ayudó a Ana Verónica a recuperar el dominio de la situación.

Volvió una vez más la mirada hacia él y contempló a su antiguo amigo y agradable compañero, que de pronto había decidido convertirse en amante y que musitaba cosas interesantes pero aceptables. Su cara estaba enrojecida, y sus ojos, llenos de ansiedad, se posaron en los de ella con apasionados interrogantes.

—¡Diga algo! —exclamó—. ¡Hábleme!

Ana Verónica advirtió que le era posible sentir lástima de él y que podía lamentar la situación en que ambos se hallaban. Por supuesto, aquello era imposible. Pero se sentía inquieta y agitada y recordó de pronto que estaba viviendo a expensas de aquel hombre. Se inclinó hacia adelante y le habló.

—*Mr. Ramage* —dijo—. Por favor, no siga hablando así.

Él hizo un ademán, pero guardó silencio.

—No quiero que siga hablando así. No quiero escucharle. Si hubiera sabido que pensaba usted hacer tal cosa, no hubiera venido aquí.

—No puedo remediarlo. ¿Cómo quiere que guarde silencio?

—¡Por favor! —insistió la joven—. ¡Se lo ruego!

—¡Tengo que hablar con usted! ¡He de decir lo que tengo que decir!

—Pero ahora no..., ¡aquí no!

—Ha ocurrido. Yo no lo había preparado. Pero ahora que he empezado...

Ana Verónica comprendió que deseaba meterse en explicaciones, pero comprendió también que las explicaciones estaban fuera de lugar aquella noche. Quería pensar.

—Mr. Ramage —dijo—. Yo no puedo... Ahora no. Por favor... Ahora no, o de lo contrario tendré que marcharme.

Él la miró, intentando adivinar el misterio de sus pensamientos.

—¿No desea marcharse?

—No. Pero debo hacerlo..., debería...

—Yo necesito hablar de esto. Lo necesito.

—Ahora no.

—Pero es que la amo. La amo, y no puedo soportarlo más.

—Entonces, por favor, no me hable ahora. No quiero que me hable ahora. Habrá otro lugar... Éste no es el más apropiado. Me ha interpretado usted mal. No puedo explicarle...

Se contemplaron mutuamente, ciegos ambos a todo lo que no fueran sus sentimientos.

—Perdóneme —se decidió a decir él por fin. Su voz temblaba ligeramente de emoción cuando colocó la mano sobre la rodilla de Ana Verónica—. Soy el más estúpido de los hombres. He sido un estúpido, un inconcebible estúpido, al hablarle de este modo. Soy... soy un idiota enamorado y, por lo tanto, no soy responsable de mis actos. ¿Me perdonará si no vuelvo a hablarle?

Ella le miró con ojos perplejos y turbados.

—Imagínese que todo lo que he dicho no ha sido dicho. Y sigamos disfrutando de esta noche. ¿Por qué no? Imagínese que he tenido un ataque de histeria y que me he recuperado.

—Sí —repuso Ana Verónica sintiendo una impulsiva y momentánea admiración por él. Comprendió que aquél era el único modo de salir de aquella incómoda y molesta situación.

Ramage todavía la contemplaba interrogante.

—Y hablemos de esto... en otro momento. En algún sitio donde podamos hacerlo sin interrupción. ¿Quiere?

La muchacha reflexionó, mientras él pensaba que nunca la había visto tan segura de sí misma, tan tranquila y tan hermosa.

—Sí —dijo al fin—. Eso es lo que debemos hacer.

Pero no había terminado de pronunciar aquella frase, cuando ya dudaba de la conveniencia del armisticio que acababan de firmar.

Él sintió un salvaje impulso de gritar de júbilo.

—De acuerdo —dijo con extraña exaltación, aumentando la presión de su mano sobre la muñeca de la joven—. ¿Y esta noche somos amigos?

—Somos amigos —repitió Ana Verónica retirando su mano.

—Esta noche somos lo que hemos sido siempre, con la excepción de que la música en que estamos sumergidos es divina. ¿Ha podido escucharla mientras yo la molestaba? Al menos oyó el primer acto. Y todo el tercer acto es música de amor. Tristán se está muriendo, e Isolda está a su lado. Wagner acababa de enamorarse cuando lo escribió. Empieza con ese extraño solo que no podré volver a escuchar sin que el recuerdo de esta noche invada mi pensamiento.

Las luces se desvanecieron. Comenzaba el prelude del tercer acto. La música se elevó y descendió hablando el lenguaje de los amantes distanciados, de los amantes distanciados por antiguas cicatrices y recuerdos, y el telón se alzó, descubriendo a Tristán herido y reclinado en un diván y al pastor con su pipa en la mano.

2

Las explicaciones entre ambos tuvieron lugar la noche siguiente, pero fueron explicaciones hechas en términos muy distintos a los que Ana Verónica había anticipado. En términos completamente distintos y mucho más reveladores. Ramage acudió a recogerla a sus habitaciones y ella le recibió mostrándose encantadora y cariñosa, como una reina que se sabe a punto de causar un dolor a un esclavo fiel. Su actitud para con él fue desusadamente amable y gentil. Ramage llevaba un sombrero nuevo, de ala algo más ancha que la de su predecesor, que le sentaba perfectamente, quitando a sus ojos oscuros algo de su agresividad y dándole un aire benévolo y lleno de dignidad. De toda su persona se desprendía una controlada excitación, así como la anticipación del triunfo.

—Iremos a un lugar donde podamos estar solos —dijo—. Allí..., allí podremos aclarar las cosas.

De modo que esta vez fueron al «Rococó», en Germain Street, y subieron la escalera hasta un descansillo en el que encontraron a un camarero calvo y con bigotes como los de un almirante francés, y cuyos modales revelaban una discreción ilimitada. Parecía estar

esperándolos. Amablemente les introdujo en una diminuta habitación que contenía una estufa de gas, un sofá cubierto con una colcha de seda roja y una mesita adornada con un jarrón de flores.

—¡Qué lugar más curioso! —exclamó Ana Verónica contemplando el sofá con cierto recelo.

—Aquí podremos hablar con libertad —dijo Ramage—. Es un sitio privado.

Contempló los preparativos del camarero y en seguida se dispuso a ayudar a Ana Verónica a quitarse el abrigo, entregándolo después al camarero, que lo colgó en un rincón de la habitación. Evidentemente, ya había encargado la cena y los licores, y el camarero bigotudo dejó entrar a su subordinado con la sopa.

—Voy a hablar de temas indiferentes hasta que hayan concluido estas interrupciones del servicio —dijo Ramage—. Después... después estaremos solos... ¿te... gustó *Tristán*?

Ana Verónica hizo una pausa de una décima de segundo antes de contestar.

—La mayor parte de la ópera me pareció indescriptiblemente hermosa.

—¿No es cierto? ¡Y pensar que ese hombre la sacó de la más vulgar de las historias de amor! ¿No la ha leído?

—No, nunca.

—Pues ello expresa en una cáscara de nuez el milagro del arte y de la imaginación. Este extraño e irascible músico se enamoró de una mujer rica y de su cerebro salió *esto*, una obra de arte de gloriosa música, que ofrenda a los amantes el amor, a los amantes que aman, a pesar de todo lo que en el mundo hay de prudente, de respetable y de convencional.

Ana Verónica reflexionó. No quería dar la impresión de que se negaba a hablar, pero por su mente cruzaron toda clase de preguntas extrañas.

—¿Por qué las personas enamoradas serán tan provocadoras, tan indiferentes a cualesquiera consideraciones?

—Hasta los ciervos se tornan valientes. Supongo que se debe a que el amor es lo más importante de la vida. —Ramage se interrumpió un segundo y prosiguió con énfasis—: Sí, es lo más importante de la vida y todo lo demás se inclina ante él. ¡Todo, querida mía, todo! Pero tenemos que hablar de cosas indiferentes

hasta que hayamos acabado con el camarero.

La cena terminó al fin y el camarero del bigote presentó la cuenta y salió de la habitación cerrando la puerta tras sí con infinita discreción. Ramage se puso en pie y de pronto, como sin darle importancia, dio la vuelta a la llave en la cerradura.

—Ahora nadie puede interrumpirnos —dijo—. Estamos solos y podemos hacer y decir lo que queramos. Estamos solos los dos.

Permaneció inmóvil, contemplándola. Ana Verónica se esforzó por asumir un aire de indiferencia. La vuelta dada a la llave la sobresaltó, pero no se le ocurrió ninguna objeción que hacer. Sintió que se hallaba en un mundo de costumbres desconocidas.

—¡Cuánto he esperado este momento! —exclamó Ramage mirándola intensamente durante unos instantes, hasta el punto de que el silencio llegó a hacer se opresivo.

—¿Por qué no se sienta y me dice lo que quiere decirme? —preguntó Ana Verónica con un hilo de voz.

De pronto se sentía asustada y luchó por desterrar sus temores. Después de todo, ¿qué podía ocurrir?

Ramage seguía mirándola intensa y fijamente.

—Ana Verónica...

Antes de que ella pudiera decir una palabra para detenerle, estaba a su lado.

—¡No! —exclamó débilmente cuando él se inclinó, la rodeó con su brazo, cogió sus dos manos y la besó en los labios.

El universo de Ana Verónica, que nunca se había mostrado con ella tan respetuoso como hubiera deseado, dio un grito y se derrumbó. Todo en el mundo sufrió un cambio total. Si el odio matara, Ramage hubiera caído, atravesado por un rayo de odio.

—¡Mr. Ramage! —gritó poniéndose en pie con dificultad.

—¡Amor mío! —exclamó él abrazándola con firmeza—. ¡Amor mío!

—¡Mr. Ramage...! —comenzó de nuevo. Pero la boca de él selló sus labios y su aliento se mezcló con el suyo. Sus ojos se encontraron con uno de los de Ramage a pocos centímetros de distancia y le pareció que se trataba de un ojo monstruoso, inmenso y obstinado.

Ana Verónica cerró los labios con firmeza, apretó las mandíbulas y se dispuso a defenderse. Se libró de su abrazo e interpuso un

brazo entre su pecho y el de él. Entonces empezaron a luchar con furia y cada uno de ellos adquirió consciencia del otro como de un cuerpo plástico y enérgico, de los músculos fuertes de sus cuellos contra sus mejillas, de manos aferradas a hombros y cintura.

—¡Cómo se atreve! —jadeó Ana Verónica, mientras su mundo se burlaba de ella y la insultaba—. ¡Cómo se atreve!

Los dos se asombraron de la fuerza de su contrario, aunque quizá fuera Ramage el más asombrado. Ana Verónica había sido una apasionada jugadora de *hockey* y había seguido un curso de *jiu-jitsu* en la escuela superior. Su defensa dejó de ser apropiada a una señorita y se convirtió en una defensa vigorosa y eficaz. Un mechón de su cabello se soltó y rozó los ojos de Ramage, y los nudillos de su puño pequeño, pero apretado, se incrustaron dolorosamente en su mandíbula, junto a la oreja.

—¡Suélteme...! —masculló Ana Verónica haciéndole experimentar un dolor agudísimo.

Ramage dio un grito, la soltó y retrocedió un paso.

—¿Cómo se ha atrevido a hacer una cosa semejante? —exclamó furiosa Ana Verónica.

3

Los dos se miraron con ira, en medio de un universo que había cambiado su sistema de valores con calidoscópica precisión. La muchacha estaba acalorada y sus ojos brillaban de cólera. Respiraba agitadamente y tenía el cabello revuelto. También él estaba descompuesto. Tenía el cuello desabrochado y se llevaba una mano a la mandíbula.

—¡Fiera! —exclamó expresando lo primero que se le vino al pensamiento.

—No tenía usted derecho... —jadeó Ana Verónica.

—¿Por qué me ha atacado de este modo?

Ana Verónica se esforzó por convencerse de que no había querido hacerle daño deliberadamente, y por lo tanto no contestó a la pregunta.

—¡Jamás se me ocurrió que...!

—¿Qué demonios esperaba de mí, entonces? —preguntó él.

Casi cegadora, la luz se hizo en sus ideas y entonces comprendió el significado de la habitación, el camarero y toda la situación. Lo comprendió todo. Penetró en un mundo de mezquinos conocimientos, de hechos desnudos. Sintió impulsos de gritar, llamándose a sí misma la idiota más grande de la creación.

—Creí que deseaba hablar conmigo —dijo.

—Quería hacerle el amor. Y usted lo sabía —añadió al ver que ella guardaba silencio.

—Usted me dijo que estaba enamorado de mí —dijo Ana Verónica—. Yo quería explicarle...

—Dije que la amaba y que la deseaba. —La primera impresión de inconcebible asombro iba evaporándose en él—. Estoy enamorado de usted. Usted sabe que lo estoy. Y, sabiéndolo, ha estado a punto de estrangularme... Creo que me ha roto un tendón o algo. ¡El dolor que siento es como si me lo hubiera roto!

—Lo lamento —dijo Ana Verónica—. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Le contempló durante unos segundos, mientras los dos reflexionaban rápidamente. Si la abuela de la muchacha hubiera podido leer sus pensamientos, hubiera vuelto a morir. Ante todo lo que estaba sucediendo, lo lógico era que se hubiera desmayado o puesto a gritar. Debía haber mantenido una apariencia de dignidad ultrajada que ocultara el desfallecimiento que sentía en su corazón. Yo desearía escribir que así ocurrió, pero no sería ésta una justa descripción de su actitud. Sin duda alguna, se sintió como una reina ofendida, alarmada y asqueada profundamente. Pero estaba excitada y en lo más hondo de su ser había algo, una vena aventurera, ignorada hasta entonces, un elemento sutil que se adentraba en su mente haciéndola pensar que todo aquel asunto era, después de todo, un juego apasionante. En lo más hondo de su corazón Ramage no le inspiraba el menor miedo. Es más, sentía una inexplicable simpatía hacia él. Y lo más grotesco de todo ello era que en lugar de avergonzarse, se había limitado a experimentar de un modo crítico y desapasionado la extraña sensación de ser

besada. Hasta entonces ningún ser humano había tocado sus labios...

Habían de pasar unas horas antes de que se evaporaran aquellos ambiguos elementos que componían sus sensaciones y de que experimentara una verdadera repugnancia. Entonces fue cuando comenzó a sentirse completamente avergonzada de todo el desgraciado incidente y de la ignominiosa lucha y el forcejeo que siguió.

Ramage, por su parte, se esforzó por comprender la serie de reacciones inesperadas que de aquel modo habían destruido su *tête-à-tête*. Se había prometido un dominio completo de la situación de aquella noche, y había fracasado. Todo su dominio se había disipado, por así decirlo, con el primer choque. Se dio cuenta entonces de que Ana Verónica se había comportado con él de un modo indigno.

—Escúcheme —le dijo—. Yo la traje aquí para hacerle el amor.

—Yo no sabía que éste era su modo de hacer el amor. Más vale que me deje marchar.

—Todavía no. La amo. La amo más aún, después de haber comprobado que hay algo diabólico en usted... Es usted lo más hermoso, lo más deseable que he conocido en mi vida. Y ha sido delicioso besarla aunque fuera a este precio. ¡Pero, demonio! ¡Es usted una fiera! ¡Es como las mujeres romanas que llevaban estiletes escondidos en el pelo!

—Yo vine aquí para hablar razonablemente, *Mr.* Ramage. Es abominable...

—¿De qué sirve mantener ese tono de indignación, Ana Verónica? Aquí estoy. La amo, me consume el deseo de poseerla ¡y voy a poseerla! No me mire de ese modo ahora. No se envuelva en una respetabilidad victoriana, ni finja que no sabía, que no suponía, etcétera, etcétera. Hay que dar alguna vez el paso que separa los sueños de la realidad. Éste es el momento. Nadie la amará jamás como yo la amo ahora. He estado soñando con usted y con su cuerpo noche tras noche... Me he imaginado...

—*Mr.* Ramage, yo vine aquí... No supuse por un momento que usted se atrevería a...

—¡Tonterías! ¡Ése ha sido su error! Es usted demasiado intelectual y quiere hacerlo todo con la mente. Los besos le dan

miedo. El calor de su sangre le da miedo. Y eso ocurre sólo porque en este aspecto no ha nacido todavía.

Dio un paso hacia ella.

—*Mr. Ramage* —dijo Ana Verónica secamente—, me parece que no me ha comprendido. Tendré que decírselo claramente. Yo no le amo. No le amo ni puedo amarle. Amo a otro. Me resulta repulsivo que usted me toque siquiera.

Él contempló atónito este nuevo aspecto de la situación.

—¿Que usted ama a otro?

—Amo a otro, sí —afirmó ella—, y jamás podría amarle a usted.

Entonces fue cuando, con una pregunta, *Ramage* le reveló su idea acerca de las relaciones entre hombres y mujeres, mientras se llevaba de nuevo instintivamente la mano a la mandíbula.

—Entonces, ¿por qué diablos permite que yo la invite a cenar y a la ópera... y por qué viene conmigo a un reservado? —La furia le dominó—. ¿De modo que tiene usted un amante? ¡Mientras yo la he estado manteniendo..., sí, manteniendo!

Como un proyectil ofensivo, arrojó a la cara de la joven esta concepción de la vida. Ella quedó paralizada. Sintió que era necesario escapar, pero no podía moverse. Ni por un momento se le ocurrió pensar en la interpretación que él daba a la palabra «amante».

—*Mr. Ramage* —dijo aferrándose a su idea fija—, quiero salir de esta horrible habitación. Todo ha sido un equívoco. He sido imprudente y tonta. ¿Quiere hacer el favor de abrir la puerta?

—¡De ningún modo! ¡Al diablo su amante! ¿Cree usted que yo voy a seguir manteniéndola mientras él le hace el amor? ¡Pues no lo crea! ¡Jamás oí nada semejante! Si él la quiere, que la consiga como pueda. Ahora es usted mía. La he pagado, la he ayudado y será usted mía aunque para conseguirlo tenga que romperla en pedazos. Hasta ahora no ha conocido usted más que mi aspecto amable y bueno. Pero ahora... ¡maldita sea! ¿Cómo va usted a evitarlo? ¡Voy a besarla!

—¡No lo hará! —dijo Ana Verónica con acento de firme decisión.

Ramage hizo un movimiento hacia delante. Ella entonces retrocedió rápidamente y cogiendo una de las copas de vino que había sobre la mesa, la tiró al suelo, donde se hizo añicos con

estrépito.

—Si da un paso más —dijo— romperé todas las copas que hay en la mesa.

—¡Entonces haré que la encierren! ¡Lo juro!

Ana Verónica quedó momentáneamente desconcertada y se representó a la policía, los magistrados, la sala de justicia abarrotada de gente y el escándalo. Vio a su tía sumida en el llanto, a su padre pálido y acongojado.

—¡No se acerque! —gritó.

Hubo una discreta llamada a la puerta y la expresión de Ramage se alteró.

«No —dijo la joven para sí—. No tiene valor».

Sabía que estaba a salvo. Él se acercó a la puerta.

—No es nada —explicó tranquilizador a la persona que llamara.

Ana Verónica lanzó una ojeada al espejo y al comprobar el desorden en que estaba su persona, comenzó a arreglarse el cabello mientras Ramage parlamentaba.

—Se cayó una copa al suelo... —le oyó decir—. *Non. Pas du tout. Non... Niente... Bitte, Oui, dans la note...* Luego, luego...

La conversación terminó y se volvió una vez más hacia la joven.

—Me voy —dijo ella secamente, con tres horquillas en la boca.

Cogió su sombrero, que estaba colgado en la puerta del rincón, y comenzó a ponérselo. Ramage contempló con ojos iracundos el eterno milagro del arreglo femenino.

—Mire, Ana Verónica —dijo—. Quiero decirle unas palabras acerca de todo esto. ¿Va usted a decirme, y espera que yo lo crea, que ignoraba por qué la traje aquí?

—Exactamente —repuso ella con dignidad ofendida.

—¿No suponía que la besaría?

—¿Cómo iba a suponer que ningún hombre creería... creería que tal cosa sería posible... sin amor?

—¿Cómo iba yo a saber que no había amor?

Esto la hizo guardar silencio irnos instantes.

—¿Y de qué diablos cree usted que está hecho el mundo? —prosiguió él—. ¿Por qué cree que la he protegido? ¿Por el placer abstracto de la bondad? ¿Es usted parte de la gran hermandad blanca que lo toma todo sin dar nada a cambio? ¿Es usted acaso la mujer buena, que todo lo acepta como si le fuera debido? ¿Cree

usted sinceramente que una mujer puede vivir tranquilamente de un hombre, sin dar nada a cambio?

—Creí que era usted mi amigo...

—¡Su amigo! ¿Qué tienen en común un hombre y una mujer para ser amigos? ¡Pregúnteselo a su amante...! Y aunque así fuera, ¿cree usted que una amistad puede basarse en recibir sin dar nada? ¿Sabe él que yo la mantengo? ¡Usted no quiere sentir los labios de un hombre sobre los suyos, pero está dispuesta a recibir lo que le den!

Ana Verónica sintió que la dominaba una cólera impotente.

—¡Es usted odioso, *Mr. Ramage*! —exclamó—. No comprende nada. ¡Es... es horrible! ¿Quiere dejarme salir de aquí?

—¡No! —gritó Ramage—. Tiene que oírme. Al menos me quedará esa satisfacción. Ustedes, las mujeres, con todos sus trucos, son un sexo de estafadoras. Tienen la habilidad instintiva de los parásitos. Utilizan sus encantos para conseguir sus fines y logran ir subiendo decepcionando a los hombres. Este amante suyo...

—¡Él no lo sabe! —exclamó Ana Verónica.

—¡Pero usted sí lo sabe!

Ana Verónica sintió deseos de llorar y, en efecto, su voz tuvo un tono lacrimoso cuando repuso:

—¡Sabe usted tan bien como yo que el dinero que me dio fue un préstamo!

—¡Un préstamo!

—¡Usted mismo lo dijo!

—¡Gongorismos! Los dos sabíamos la verdad.

—Le devolveré hasta el último penique.

—Lo pondré en un marco... cuando me lo devuelva.

—Le pagaré aunque para ello tenga que ponerme a trabajar como costurera a tres peniques la hora.

—No me pagará nunca, aunque ahora crea que lo hará. Creerlo así es un modo de disfrazar la situación. Es lo que siempre hacen las mujeres. Todas ustedes son inferiores y dependen de nosotros por instinto. Pero sólo las que se creen buenas, como usted, retroceden. Retroceden cuando llega el momento de dar algo a cambio de lo que sacan de nosotros... Saben refugiarse en la pureza, la delicadeza y demás tonterías por el estilo, cuando llega el momento de pagar.

—Mr. Ramage —dijo Ana Verónica—, quiero marcharme... inmediatamente.

5

Pero no se fue inmediatamente. La amargura de Ramage se desvaneció tan bruscamente como su agresividad.

—Ana Verónica... —exclamó—. ¡No puedo dejarla marchar así! ¡No comprende usted! ¡No puede comprender!

Comenzó a dar confusas explicaciones y excusas contradictorias por su exigencia y su explosión de ira. La amaba, dijo. La deseaba con tanta intensidad que obraba en contra de sus sentimientos, haciendo cosas ofensivas y sin sentido. Sus insultos se esfumaron y de pronto se sintió elocuente y apaciguado. Con sus palabras, hizo comprender a Ana Verónica algo del deseo agudo y atormentador que había surgido en su interior y tomado posesión de él. Ella permaneció, por así decirlo, asqueada de él y, sin embargo, comprendiéndole, mientras miraba a la puerta y no dejaba de observar sus menores movimientos.

Sea como fuere, Ramage le hizo ver aquella noche que en la vida existe una discordancia imposible de suprimir, algo que destruiría todos sus sueños y todas sus ilusiones de un modo de vida que dejaría libres a las mujeres, capacitándolas para la amistad con los hombres. Ese algo, esa discordancia, era la apasionada predisposición de los hombres a creer que el amor de las mujeres puede ser ganado, conquistado y controlado. Ramage dejó de lado todo cuanto desde el principio de sus relaciones dijera acerca de su ayuda y amistad desinteresadas como si nunca hubiese existido tal cosa entre ellos, como si desde el principio aquello no hubiera sido más que palabras, más que un disfraz que deliberadamente ambos habían asumido. Él se había propuesto conquistarla, y ella le había dado pie para ello. Y al recordar al amante desconocido (porque Ramage estaba convencido de que se trataba de un amante y ella fue incapaz de decir una palabra para explicarle que esta otra persona a quien amaba, ni siquiera conocía su amor), Ramage volvió a encolerizarse y reanudó sus sarcasmos y sus insultos. Los hombres protegen a las mujeres, y la mujer que recibe, debe pagar.

Éste era el simple código que se deducía de todas sus palabras, código al que despojó de todo matiz de refinamiento o delicadeza. Que él hubiera pagado cuarenta libras para ayudar a aquella mujer que prefería a otro hombre, no era a sus ojos más que un fraude y una burla que convertía la negativa de la joven en una humillación irritante y ofensiva. Y esto, a pesar de que estaba apasionadamente enamorado de ella.

—Ha puesto usted su vida en mis manos —la amenazó—. Recuerde el cheque que cobró. Ahí está. Es una evidencia en contra suya. La desafío a que explique su existencia. ¿Qué cree que pensará la gente? ¿Qué cree que pensará su amante?

Ana Verónica repitió una y otra vez su deseo de marcharse y declaró su firme decisión de pagarle a cualquier precio.

Por último aquella escena de pesadilla terminó y Ramage abrió la puerta. La joven, pálida y con los ojos muy abiertos, salió al descansillo tenuemente iluminado. Pasó ante tres camareros observadores y evidentemente preocupados y salió del «Hotel Rococó», asombroso laboratorio en el que se trabaja con las relaciones entre hombres y mujeres, dejando atrás a un portero vestido de azul y granate. Ya en la calle aspiró con fuerza la brisa de una noche fresca y despejada.

6

Cuando Ana Verónica se vio por fin en su pequeño dormitorio y cuarto de estar, todos los nervios de su cuerpo temblaban de asco y vergüenza. Arrojó el sombrero y el abrigo sobre la cama y se sentó frente al fuego.

«¿Qué puedo hacer? —se preguntó reduciendo de un golpe a mil pedazos una de las brasas supervivientes—. Estoy en un callejón sin salida. Estoy metida en un buen lío. ¡En un horrible lío! ¡En un lío espantoso! ¿Me oyes, Ana Verónica? ¡Estás en un lío asqueroso, repugnante e imperdonable! ¡Qué bien lo he manejado todo! ¡Qué bien! ¡Cuarenta libras! ¡De las cuales no me quedan ni veinte!».

Se puso en pie, dio una patada en el suelo y, recordando de pronto al inquilino del piso de abajo, se sentó y se quitó las botas.

«Éste es el resultado de querer ser una mujer moderna.

¡Demonio! ¡Empiezo a tener mis dudas sobre la conveniencia de la libertad! Ana Verónica, eres una idiota. Una idiota. ¡Oh! ¡Qué asco! ¡Qué asco!».

Se frotó los labios salvajemente con el dorso de la mano.

«¡Uf! Las jóvenes de los tiempos de Jane Austen no se metían en estos líos. Al menos, eso creemos ahora... Quizá le ocurrió a alguna de ellas y nadie se ha enterado. Pero, en fin, la mayoría se vieron libres de ello. Eran educadas severamente, se sentaban muy rígidas y tomaban los acontecimientos de sus monótonas vidas como verdaderas señoras. Sin embargo, sabían cómo eran los hombres detrás de sus caretas. Sabían que eran enemigos disfrazados. ¡Pero yo no lo sabía! ¡Yo lo ignoraba! Después de todo...».

Durante algún tiempo se representó a la delicadeza y el recato y sus restricciones protectoras como la única cosa deseable en el mundo. Aquellos tiempos de damiselas siempre escoltadas, de delicadas segundas intenciones y refinadas alusiones, se representaron ante ella con el brillo de un paraíso perdido. Y en realidad para algunas mujeres lo era.

«¿Tendrán la culpa mis modales? —se preguntó—. ¿Me habrán educado mal? Si yo fuera silenciosa, pálida y me moviera llena de dignidad, ¿no hubiera sido todo distinto? ¿Se hubiera él atrevido a...?».

Durante aquellas horas cruciales de su vida, Ana Verónica se sintió totalmente asqueada de sí misma y consumida por el ardiente deseo de saber moverse con suavidad, de saber hablar con dulzura y vaguedad, de ser recatada, en una palabra. Los detalles de la escena la atormentaban.

«¿Por qué, entre otras cosas, le golpeé deliberadamente con los nudillos en el cuello, para hacerle daño?».

Intentó contemplar el lado humorístico de la situación.

«¿Te das cuenta, Ana Verónica, de que estuviste a punto de estrangular a un caballero?».

Pero pronto volvió a indignarse consigo misma.

«¡Ana Verónica, eres una imbécil y una estúpida...! Eres... ¿Por qué no estás envuelta en algodón en rama, como deben estarlo las muchachas decentes? ¿Qué has estado haciendo? ¿Dónde te has metido?».

Hurgó el fuego con las tenazas y resumió:

«Todo lo cual no me sirve de nada para devolver ese dinero».

Aquella noche fue la más intolerable que Ana Verónica pasara en su vida. Antes de acostarse se lavó la cara con desacostumbrada atención. Esta vez no había duda. No consiguió dormir. Cuanto mejor iba comprendiendo la realidad de su situación, más profundo se hacía su desprecio hacia sí misma. De vez en cuando el mero hecho de estar en la cama se le hacía insoportable y se levantaba, paseaba por el cuarto y se insultaba... hasta tropezar con alguno de los muebles.

Después tenía momentos de calma en los que se decía:

«Vamos a ver. Hay que buscar una solución».

Por primera vez se enfrentaba con los factores de la situación de la mujer en el mundo, con las amargas realidades que contenía su libertad, con la casi inevitable subordinación a un hombre u otro, cuyos deseos tendría que complacer si quería seguir viviendo. Se había apartado del apoyo de su padre, declarando su independencia. Y aquí estaba... en un lío, porque le había sido imposible evitar el aceptar la protección de un hombre. Ella había creído... ¿Qué había creído? Que la dependencia de las mujeres no era más que una ilusión, que para desvanecerse no requería otra cosa que ser negada. Ella lo había negado con vigor..., y aquí estaba.

No se detuvo, sin embargo, en considerar estas generalidades, sino que se dedicó a repetirse una y otra vez la misma pregunta, el mismo insoluble problema:

«¿Qué puedo hacer ahora?».

Más que nada en el mundo, deseaba arrojar las cuarenta libras a la cara de Ramage. Pero se había gastado casi la mitad y no tenía la más remota idea del modo cómo podía recuperar aquella suma. Se le ocurrieron toda clase de métodos para conseguirlo y trazó toda clase de planes desesperados, pero todos los rechazó con apasionada irritación.

Se desahogó golpeando la almohada e inventando nuevos epítetos contra sí misma. Saltó de la cama, levantó la persiana y contempló durante breves momentos a través de los cristales de la ventana el paisaje de tejados y chimeneas. Luego volvió a sentarse tristemente al borde del lecho. ¿Qué podía hacer, que no fuera volver a casa? No se le ocurría ninguna otra alternativa.

Pero le resultaba intolerable la idea de volver y confesarse derrotada. Más que nada deseaba no hacer el ridículo en Morningside Park, y durante largas horas no se le ocurrió ninguna otra salida que no fuera una rendición incondicional.

«¡Preferiría hacerme corista!».

No tenía mucha idea de cuáles eran la situación y los deberes de las coristas, pero consideraba esta salida como su último recurso. Esta idea hizo nacer en ella la vaga esperanza de poder lograr el perdón de su padre amenazándole con recurrir a ello, pero pronto comprendió con abrumadora claridad que, ocurriera lo que ocurriera, nunca podría confesar su deuda a su padre. Y ni el más completo de los perdones podría borrarla. Si regresaba a casa, sería imperativo pagar. Tendría que recorrer la avenida muchas veces, ver a Ramage, encontrárselo a menudo en el tren...

Durante algún tiempo recorrió la habitación de extremo a extremo.

«¿Por qué pedí aquel dinero prestado? Cualquier idiota hubiera sido más prudente... Tengo un alma atrevida y un espíritu inocente... la peor combinación posible. ¡Ojalá alguien matara a Ramage en un accidente! Pero entonces encontrarían ese cheque a mi nombre... ¿Qué pensará él hacer?».

Intentó imaginarse la situación que podría acarrear el antagonismo de Ramage, porque éste se había mostrado tan insultante y tan acerbo que no podía creer que dejara las cosas como estaban.

Por la mañana salió con su libreta de ahorros y dio la orden de que le entregaran todo el dinero que poseía. En total, eran veintidós libras. Dirigió un sobre a Ramage y garrapateó en una hoja de papel: «Pronto le enviaré el resto». Cobraría las veintidós libras por la tarde y le enviaría cuatro billetes de cinco libras. El resto se lo quedaría para atender a sus necesidades más inmediatas. Algo aliviada después de dar aquel paso, se dirigió al Colegio Imperial para olvidar al lado de Capes sus problemas durante unas horas, si tal cosa era posible.

Al principio, el laboratorio de Biología tuvo virtudes curativas. La mala noche pasada la había dejado cansada, pero no inútil, y pasó una hora o más absorta en el trabajo y olvidada completamente de sus preocupaciones.

Pero después que Capes hubo examinado su trabajo, comprendió que toda la armazón de su vida actual estaba condenada a un inmediato derrumbamiento, que dentro de muy poco sus estudios cesarían y que quizá no volvería a verle jamás. Y ya no pudo experimentar consuelo alguno.

La tensión nerviosa de la noche anterior se impuso en su organismo, perdió interés por su trabajo y no hizo ningún progreso. Se sentía irritada y tenía mucho sueño. Almorzó en un pequeño establecimiento de Great Portland Street, y como hacía mucho sol, se sentó en un banco de Regent's Park y se dedicó a pensar en los problemas que la abrumaban. Una niña de quince o dieciséis años le dio una hoja impresa en la que leyó «El voto para las mujeres». Aquello dirigió una vez más sus pensamientos al aspecto más general de sus perplejidades. Nunca como en aquel momento se había sentido tan dispuesta a afirmar que la posición de la mujer en el mundo moderno es intolerable.

Capes se reunió con los estudiantes a la hora del té y dio muestras del humor endiablado que a veces se adueñaba de él. No observó que Ana Verónica tenía los ojos hinchados y estaba preocupada. *Miss Klegg* sacó a relucir la cuestión del sufragio femenino, y Capes se dispuso a meter cizaña entre ella y *Miss Garvice*. El joven del cabello echado hacia atrás, y el escocés intervinieron en la discusión, pronunciándose contra la concesión del voto a la mujer.

Capes se dirigía una y otra vez a Ana Verónica. Le gustaba obligarla a expresar su opinión. Ella se esforzó por hablar, pero no logró hacerlo con soltura y, además, Capes se oponía a su argumentación con un vigor que era la manera de reconocer su inteligencia, pero que aquella tarde hizo que brotara en ella una desacostumbrada vena de irritabilidad. Capes había estado leyendo a Belfort Bax y se declaró su admirador. Comparó a los hombres en general con las mujeres en general, describió a los hombres como mártires pacientes, en perpetua inmolación, y a las mujeres como

favoritas mimadas de la naturaleza. Y a pesar del tono frívolo de sus palabras, se advertía en ellas una profunda convicción.

Capes y *Miss Klegg* discutieron durante algún tiempo. La cuestión dejó de ser una conversación para pasar el rato mientras tomaban el té y se convirtió para Ana Verónica en algo trágicamente real. Allí estaba el hombre a quien amaba, alegre y tranquilo, disfrutando de la libertad de su sexo, sin advertir siquiera que ella se estaba asfixiando ante sus ojos, y burlándose de la apasionada rebelión de las almas femeninas contra el destino de sus vidas.

Miss Garvice repitió una vez más, y casi en los mismos términos, las opiniones que exponía siempre sobre la cuestión. Opinaba que las mujeres no están hechas para la lucha y el torbellino de la vida, que su puesto está en el mundo pequeño, en el hogar; que su fuerza no reside en el voto, sino en su influencia sobre los hombres y sobre la mente de sus hijos.

—Es posible que las mujeres deban comprender los asuntos de los hombres —dijo—, pero mezclarse en ellos es sacrificar la influencia que ahora pueden ejercer.

—Esa opinión es muy sólida —dijo Capes, interviniendo como para defender a *Miss Garvice* de un posible ataque por parte de Ana Verónica—. Es posible que no sea muy justo, pero así es como han sido ordenadas las cosas. Las mujeres no están en el mundo como lo están los hombres, como combatientes individuales. Y no veo de qué forma pueden estarlo. Cada hogar es un pequeño escondrijo, un nicho fuera del mundo de los negocios y de la competencia, en el que se refugian las mujeres y el futuro.

—¡Un pozo! —exclamó Ana Verónica—. ¡Una prisión!

—Un refugio. Así están hechas las cosas.

—Y el hombre permanece como dueño a la puerta de la jaula.

—Como centinela. Olvida usted la fuerza de las costumbres, de la tradición y del instinto, que le convierten en un amo tolerable. La naturaleza es madre. Sus simpatías siempre han sido femeninas y ha hecho al hombre responsable de la mujer.

—¡Me gustaría que usted supiera lo que es vivir en una jaula! —exclamó Ana Verónica dejándose dominar por una repentina ira.

Se levantó mientras hablaba y dejó la taza junto a la de *Miss Garvice*, mirando a Capes como si únicamente se dirigiera a él.

—Yo no puedo soportarlo —dijo.

Todos se volvieron asombrados hacia ella. Ana Verónica no pudo contenerse y prosiguió:

—Ningún hombre puede imaginarse lo que es estar encerrada en esa jaula. Ni el modo cómo somos engañadas. Se nos enseña a creer que somos libres, a pensar de que somos reinas... y después descubrimos la realidad. Descubrimos que ningún hombre trata noblemente a una mujer, como de hombre a hombre. Ninguno. Nos desea... o no. Y en este caso, ayuda a alguna otra mujer en contra nuestra... Es probable que todo lo que usted dice sea cierto y necesario... ¡Pero piense en nuestra profunda decepción! Aparte de nuestro sexo, nosotras pensamos igual que los hombres, tenemos los mismos anhelos que los hombres. Salimos al mundo, algunas de nosotras...

Se interrumpió, porque las palabras que acababa de pronunciar le parecieron carentes de significado. Quedaba mucho más que debía expresar.

—La mujer se ve siempre burlada —dijo—. Cada vez que intenta tomar posesión de la vida, interviene el hombre para impedirlo.

Con repentino horror descubrió que estaba a punto de echarse a llorar y deseó no haberse puesto en pie. Se preguntó una y otra vez por qué lo había hecho. Nadie habló y se vio obligada a continuar.

—¡Piense bien en esa burla! Sé que aparentemente disfrutamos de cierta libertad... Pero ¿ha intentado usted alguna vez moverse dentro de una enagua, *Mr. Capes*? ¡Pues imagínese lo que debe ser vivir dentro de ella, alma, cuerpo y espíritu! ¡Es muy fácil para los hombres burlarse de nuestra situación!

—Yo no me burlaba —dijo Capes con sinceridad.

Ana Verónica, de pie, le miró a la cara. La voz de Capes interrumpió su discurso y la obligó a guardar silencio. Se sentía herida y agotada y le resultaba insoportable que él permaneciera a dos metros de distancia sin sospechar nada, cuando tenía en sus manos un incalculable poder sobre su propia felicidad. Se sentía angustiada por los problemas que acarreaba la embarazosa situación en que se hallaba. Estaba harta de sí misma, de su vida, de todo, menos de él; hacia él tendía todo su ser.

Se interrumpió al oír sus palabras y perdió el hilo de lo que estaba diciendo. Durante aquella pausa advirtió que la atención de

todos estaba fija en ella y que las lágrimas amenazaban con inundar sus ojos. Sintió que una oleada de emoción surgía en su interior. Distinguió al estudiante escocés que la contemplaba con la más profunda estupefacción, con una taza de té en la mano y los ojos aumentados en los cristales de sus gafas.

La puerta que daba al pasillo se le ofreció con irresistible invitación, como la única alternativa a una pública e inexplicable explosión de llamo.

Capes comprendió inmediatamente su deseo, se puso en pie de un salto y abrió la puerta para dejarla salir.

8

«¿**P**or qué volver aquí nunca más?», se preguntó Ana Verónica mientras bajaba la escalera.

Se dirigió a la Caja de Ahorros, sacó el dinero y se lo envió a Ramage. Después salió a la calle segura únicamente de una cosa... de que no iría directamente a su habitación. Necesitaba respirar el aire y distraerse contemplando cuanto se movía a su alrededor. Los días empezaban a alargarse y faltaba todavía alrededor de una hora para que oscureciera. Decidió atravesar el parque y dirigirse al Jardín Zoológico, subiendo después por Primrose Hill hasta Hampstead Heath. Allí vagaría de un lado a otro en una protectora oscuridad y buscaría solución a sus problemas...

De pronto sintió pasos precipitados a su espalda y se volvió. Era Miss Klegg, que la perseguía jadeante. Ana Verónica se detuvo y su compañera la alcanzó.

—¿Va al parque?

—Sí. Necesito dar un paseo.

—No me extraña. *Mr.* Capes estuvo irritante.

—No es eso, sino que durante todo el día he tenido una terrible jaqueca.

—*Mr.* Capes es muy injusto... —prosiguió *Miss Klegg*—. Muy injusto. Y me alegro de que usted le hablara como lo hizo.

—Fue una discusión sin importancia.

—Le estuvo bien empleado. Todo lo que usted dijo necesitaba ser dicho. Cuando usted se fue, él se puso de pie y fue a refugiarse

en la sala de ensayos. De lo contrario, yo hubiera seguido los argumentos que usted comenzó.

Ana Verónica no dijo nada y *Miss Klegg* prosiguió:

—Se muestra injusto muy a menudo, y además tiene la costumbre de burlarse de la gente, lo que no le gustaría que le hicieran a él. Hace que los demás hablemos sin pensar y después se apodera de nuestros pensamientos sin darnos tiempo a expresarlos de un modo satisfactorio.

Pausa.

—En realidad es inteligente —continuó *Miss Klegg*—. Es miembro de la «Royal Society» y no debe tener más de treinta años.

—Escribe muy bien —dijo Ana Verónica.

—No debe tener más de treinta. Debió de casarse muy joven.

—¿Casarse?

—¿No sabía usted que estaba casado? —preguntó *Miss Klegg*, asaltada de pronto por una sospecha que le hizo lanzar una rápida mirada a su compañera.

Ana Verónica no respondió en seguida y volvió bruscamente la cabeza. Un autómatas que debía existir en su cerebro pronunció con voz desconocida para ella estas palabras:

—Están jugando al fútbol.

—La pelota no nos alcanzará porque están demasiado lejos —dijo *Miss Klegg*.

—No sabía que *Mr. Capes* estuviera casado —dijo Ana Verónica reanudando la conversación con tono indiferente.

—Lo está. Yo creí que todo el mundo lo sabía.

—Pues es la primera noticia que tengo —dijo Ana Verónica.

—Yo creí que todo el mundo lo sabía. Creí que todo el mundo estaba enterado.

—Pero ¿por qué?

—Está casado y creo que vive separado de su mujer. Hubo un escándalo o algo parecido, hace algunos años.

—¿Qué escándalo?

—Un divorcio o algo así..., no sé, pero creo que estuvo a punto de tener que renunciar a su puesto en el colegio. Si no hubiera sido porque el profesor *Russell* habló en favor suyo, dicen que habría tenido que irse.

Ana Verónica permaneció silenciosa.

—Creí que era cosa pública —dijo Miss Klegg—, o de lo contrario no le hubiera dicho nada.

—Supongo que a todos los hombres les ocurren cosas semejantes —dijo Ana Verónica como quien discute algo impersonal—. Y además, es algo que a nosotras no nos incumbe. —Entonces cambió bruscamente de dirección—. Tengo que marcharme por ahí —añadió.

—Creí que iba a atravesar el parque.

—No. Tengo trabajo. No quería más que respirar un poco de aire puro; y, además, pronto cerrarán las puertas. Va a anochecer.

9

A eso de las diez, estaba sentada pensativa junto al fuego, cuando le entregaron un sobre certificado.

Lo abrió y sacó una carta, dentro de la cual estaban los billetes que había enviado a Ramage unas horas antes. La carta comenzaba así:

Mi querida joven: No puedo permitir que haga usted esta tontería...

Hizo una bola con los billetes y la carta y con ademán impulsivo lo arrojó todo al fuego. Instantáneamente cogió las tenazas e intentó recuperarlos, pero sólo logró salvar un trozo de la carta. Las llamas destruyeron las veinte libras con voracidad. Durante unos minutos permaneció agarrada a las tenazas, contemplando los restos de la catástrofe.

«¡Dios mío...! —exclamó por último poniéndose de pie—. ¡Esto es el fin, Ana Verónica!».

Capítulo X

LAS SUFRAGISTAS

1

«**N**o hay más que una salida —se dijo Ana Verónica sentándose en la cama a medianoche y mordiendo las uñas—. Yo creí que me rebelaba contra papá y contra Morningside Park, pero lo hice contra todo el orden de las cosas...».

Se estremeció y se apretó con fuerza las rodillas. Una vez más volvía a sentir una ira salvaje contra las condiciones actuales imperantes en la vida de la mujer.

«Supongo que la vida toda no es más que una serie de azares. Pero la vida de una mujer es toda azar, un azar artificial. “Hay que encontrar el hombre”. Ésta es la consigna. Todo lo demás son tonterías e hipocresías. El hombre es el medio de abrir las puertas de la vida, y nos dejará vivir si así le agrada... ¿No podrá alterarse este estado de cosas? ¿Serán libres las actrices?».

Intentó imaginarse otro mundo en que estas monstruosas limitaciones fueran acotadas, en el que las mujeres disfrutaran de los mismos derechos de ciudadanía que los hombres. Durante algún tiempo pensó en los ideales y en las aspiraciones de los socialistas, en las vagas insinuaciones de una llamada a la maternidad, en un completo aflojamiento de la dependencia individual de las mujeres que está entrelazada con el orden social existente. Pero en el fondo de su mente existía siempre un espectador cuya presencia deseaba olvidar. No quería mirarle, no deseaba pensar en él; cuando sus ideas vacilaban, hablaba en voz alta, para no perder el hilo de sus generalizaciones.

«¡Es cierto! No sirve de nada evadir el tema. Si las mujeres han de ser libres alguna vez, si han de ser incluso respetadas, tiene que haber una generación de mártires... ¿Por qué no hemos de ser

mártires nosotras? Además, para la mayoría no nos queda otra salida. Pretender tener vida propia es una especie de estafa. Una especie de estafa —repitió como si alguien la contradijera—. Somos un sexo de estafadoras».

Sus pensamientos pasaron entonces a fijarse en otros aspectos, en otro tipo de feminidad.

«¡Pobre Miniver! ¿Qué otra cosa puede ser, sino lo que es? Que exponga su caso sin claridad, que intercale sus afirmaciones con tonterías, no quiere decir que no tenga razón».

Pensó entonces en Capes y, al recordarle, le pareció que caía a través de una superficie finísima, como una corteza de lava, y que se veía en las profundidades de una ardiente cavidad. Durante mucho tiempo se sumergió en el recuerdo de Capes, incapaz de escapar de su imagen y de la idea de su presencia en su propia vida.

Después permitió que su mente soñara con ese paraíso de nubes en el que creían los Goopes, las Minivers y los fabianos. Se imaginó que por algún medio las mujeres dejaban de ser, económica y socialmente, dependientes de los hombres.

«Si yo fuera libre podría ir hacia él... —se dijo—. Es humillante nuestro esfuerzo por atraernos la atención del hombre... Podría ir a él y decirle que le amo. Yo sólo deseo amarlo. Con un poquito de amor por su parte, tendría suficiente. No haría daño a nadie y él no tendría que cargar con ninguna responsabilidad».

Emitió un sollozo y dejó caer la cabeza sobre las rodillas. Siguió pensando en su amado y deseó poder besar sus pies. Sus pies, que tendrían la misma firme textura que sus manos... Pero de pronto su espíritu se alzó en rebeldía.

«¡No consentiré en esta esclavitud! ¡No lo consentiré! —amenazó al techo con el puño y prosiguió—: ¿Me oyes? ¡Tú, quienquiera que seas y dondequiera que estés! No me esclavizaré ante los pensamientos de ningún hombre, no me esclavizaré ante las costumbres de ninguna época. ¡Maldita sea la esclavitud del sexo! ¡Yo soy un hombre! ¡Me sobrepondré a esta humillación aunque para ello tenga que morir!».

Con el ceño fruncido, contempló la oscuridad que la rodeaba.

«Manning... —dijo contemplando su imagen mentalmente con insistencia—. ¡No!».

Sus pensamientos se volvieron en otra dirección.

«¡No importa! —exclamó después de una pausa—. No importa que sean absurdos. Significan todo lo que puede tener la mujer... excepto sumisión. El voto no es más que el principio, el principio imprescindible. Si no hay un principio...».

Ana Verónica había tomado una decisión. Bruscamente se levantó de la cama, se arregló el embozo y la almohada, se reclinó sobre ésta y en seguida se quedó dormida.

2

El día siguiente amaneció oscuro y brumoso como si en lugar de marzo fuera noviembre. Ana Verónica se despertó algo más tarde que de costumbre y permaneció en la cama unos instantes antes de recordar la decisión tomada durante la noche. Entonces saltó al suelo y comenzó a vestirse.

No salió en dirección al Colegio Imperial. Hasta las diez estuvo escribiendo una serie de cartas a Ramage, que rompió unas tras otra sin llegar a terminar ninguna. Por último desistió, se puso el abrigo, salió a la calle húmeda y gris y con paso firme tomó dirección Sur.

Bajó por Oxford Street hasta Holborn, donde preguntó por Chancery Lane. Una vez llegada allí, buscó y encontró el 107 A, uno de los heterogéneos bloques de oficinas que ocupan el lado derecho de la avenida. Examinó en la portería los nombres de diferentes firmas comerciales, y descubrió que la «Junta de la Libertad Femenina» ocupaba varias habitaciones contiguas en el primer piso. Subió la escalera y titubeó entre cuatro grandes puertas vidrieras, cada uno de las cuales exhibía el mismo letrero con el nombre de la Junta. Abrió una de ellas al azar y se halló en una amplia y desarreglada habitación llena de sillas en desorden, como si recientemente se hubiera celebrado allí una reunión. En las paredes había tableros de anuncios con varios papeles escritos, tres o cuatro cartelones anunciando varios mítines, a uno de los cuales Ana Verónica había acudido con *Miss Miniver*, y una serie de frases publicitarias escritas en rojo. En una esquina había un montón de banderas. La estancia se hallaba completamente vacía, pero a través de la puerta entornada que la separaba de la habitación contigua vio a dos muchachas muy jóvenes que, sentadas ante una mesa,

estaban escribiendo, muy atareadas.

Ana Verónica avanzó hacia la puerta y la abrió del todo.

—He venido a informarme —dijo.

—Llame a la otra puerta —dijo una jovencita con gafas, de unos diecisiete o dieciocho años, señalando con impaciencia hacia la derecha.

En la estancia contigua, Ana Verónica encontró a una mujer de mediana edad y aspecto cansado, sentada ante una mesa y abriendo cartas, mientras otra joven martilleaba una máquina de escribir. Aquella mujer levantó la cabeza con gesto interrogante al ver entrar a Ana Verónica.

—Quisiera informarme sobre todo este movimiento —dijo ésta.

—¿Es usted de las nuestras? —preguntó la mujer.

—No lo sé —repuso Ana Verónica—. Creo que sí. Quiero hacer algo para ayudar a las mujeres. Pero quisiera saber lo que hacen ustedes.

La mujer cansada guardó silencio unos instantes.

—¿No ha venido para poner dificultades?

—No. Pero quisiera enterarme de todo.

La mujer cerró un instante los ojos y contempló después a Ana Verónica.

—¿Qué sabe usted hacer?

—¿Hacer?

—¿Está dispuesta a hacer algo para ayudarnos? ¿Distribuir folletos? ¿Escribir cartas? ¿Hablar en pro del voto femenino? ¿Enfrentarse con situaciones difíciles?

—Si aclaran mis dudas...

—¿Si aclaramos sus dudas?

—Entonces, si es posible, desearía ir a la cárcel.

—No es agradable ir a la cárcel.

—¡Es lo que deseo!

—Pero no es agradable el medio de llegar.

—Eso es cuestión de detalle.

La mujer de aspecto cansado la contempló en silencio.

—¿Qué objeciones ha venido a hacer?

—No son objeciones exactamente. Deseo saber lo que hacen y por qué creen que con ello ayudan a las mujeres.

—Trabajamos en pro de una igual ciudadanía para hombres y

mujeres. Los hombres tratan a las mujeres como a seres inferiores y queremos lograr un trato de igualdad.

—Sí —asintió Ana Verónica—. Estoy de acuerdo con esto. Pero...

La mujer alzó las cejas.

—¿Es a eso a lo que todo queda resumido? —continuó Ana Verónica.

—Puede hablar con *Miss Kitty Brett* esta tarde, si lo desea. ¿Quiere que le dé una hora?

Miss Kitty Brett era una de las dirigentes más conspicuas del movimiento. Ana Verónica aprovechó la ocasión que se le presentaba de hablar con ella, y, hasta la hora de la entrevista, pasó la mayor parte del tiempo en el Museo Británico, leyendo y meditando sobre un libro acerca del movimiento feminista que la mujer cansada le había aconsejado adquirir.

Compró un poco de pan y queso y después vagó por las galerías superiores, llenas de ídolos polinésicos, ropas polinésicas y todos los accesorios de la vida en la Polinesia. Intentaba exponerse claramente sus problemas, pero su cerebro se mostraba más discursivo y vago que nunca, y parecía decidido a generalizar todos los tópicos.

«¿Por qué han de depender las mujeres de los hombres? —se preguntó. Pero instantáneamente la cuestión se convirtió en una serie de variaciones generales sobre el tema—. ¿Por qué son las cosas como son? ¿Por qué son vivíparos los seres humanos? ¿Por qué tenemos hambre tres veces al día? ¿Por qué nos desmayamos ante el peligro?».

Durante algún tiempo contempló los miembros resacos y el rostro inmóvil de un momia. Sintióse armada de paciencia y satisfecha de sí misma. Era como si se hubiera tomado el mundo como es, un mundo en el que se enseña a los niños a obedecer a los mayores y en el que las mujeres son dominadas por los hombres, porque tal orden de cosas es natural. Era maravilloso pensar que aquel objeto había vivido, sentido y sufrido. Quizás hubiera deseado alguna vez a otro ser humano. Quizás alguien había besado aquella frente cadavérica. Quizás alguien había acariciado con manos amorosas aquellas mejillas hundidas. Quizás alguien había tocado aquel cuello nudoso con gesto de apasionamiento. «Al fin —parecía

pensar— me embalsamaron con las especias mejores. Tomé el mundo como era y acepté las cosas como son».

3

La primera impresión que Kitty Brett produjo en Ana Verónica fue la de que era una persona agresiva y desagradable. La segunda, que poseía un asombroso poder de persuasión. Debía de tener unos veintitrés años y su aspecto era sano y limpio. Una blusa, de línea severa pero femenina, dejaba desnudos su cuello y sus brazos. Sus ojos, de color azul oscuro, brillaban con animación, y su cabello castaño y abundante estaba sujeto en un gran moño. Era completamente incapaz de exponer una inteligente argumentación. Se trataba de un ser entrenado implacablemente para lograr un solo y único objetivo.

Hablaba con gran entusiasmo y en lugar de contestar a las preguntas o resolver los problemas de Ana Verónica, los echó a un lado y se dedicó a exponer las razones abstractas de la rebelión de las mujeres que entonces agitaba al mundo de la política y la intelectualidad.

—¿Qué es lo que buscamos? ¿Cuál es la meta de nuestro movimiento? —preguntó Ana Verónica.

—¡La libertad! ¡La ciudadanía! Y el medio para conseguirlo, el medio para conseguirlo todo, es el voto.

Ana Verónica dijo algo sobre un cambio general de ideas en el mundo.

—¿Cómo podríamos cambiar las ideas del mundo si careciéramos de fuerza? —dijo Kitty Brett.

Ana Verónica no se sintió lo suficientemente preparada para contestar a aquel contraataque.

—No deseamos convertir nuestros ideales en un mero antagonismo de los sexos...

—Cuando las mujeres logren que se les haga justicia, no existirá antagonismo entre los sexos —sentenció Kitty Brett—. No existirá tal cosa. Pero, mientras tanto, estamos decididas a seguir atacando.

—Yo opino que la mayor parte de las dificultades que abruman a las mujeres son de orden económico.

—Eso viene después.

Como Ana Verónica se disponía a hablar de nuevo, la interrumpió con una confianza contagiosa.

—¡Todo lo demás vendrá después!

—Sí —afirmó Ana Verónica, esforzándose por ver con claridad las cosas, tal como las había visto en el silencio y la oscuridad de la noche.

—Nunca se ha conseguido nada sin basarse en la fe —aseguró Miss Brett—. Una vez hayamos alcanzado el voto y seamos reconocidas como ciudadanas libres, haremos todo lo demás.

A pesar de la aureola de prestigio de que gozaba Kitty Brett, Ana Verónica pensó que después de todo, aquello no era otra cosa que el evangelio predicado por Miss Miniver, pero con resonancias distintas. Y al igual que aquel evangelio, tenía un significado, un significado distinto a sus palabras, algo fugaz y, sin embargo, algo que, a pesar de la incoherencia superficial de su fraseología, era esencialmente cierto. Algo tenía sometidas a las mujeres, y si no eran las leyes hechas por el hombre, éstas eran una forma exterior de aquel algo. Algo, en fin, tenía sometida a toda la especie humana, evitando su contacto con la infinita grandeza de la vida...

—El voto es el símbolo de todo —dijo Miss Brett—. Por favor, no se pierda usted en una maraña de consideraciones secundarias. No me pida que le revele lo que la mujer puede hacer y ser. Existe la posibilidad de una vida nueva, distinta de la antigua. Pero esto sólo se logrará si nos mantenemos unidas, únicamente si trabajamos juntas. Éste es el único movimiento que hace trabajar juntas a las mujeres de todas las clases sociales. Este trabajo da alma a las mujeres que se han tomado hasta ahora la vida con pasividad, a mujeres que se han entregado a pequeñeces y vanidades.

—Deme algo que hacer —la interrumpió Ana Verónica—. Ha sido muy amable recibíendome, pero no quiero hacerle perder más tiempo. Quiero hacer algo. Quiero atacar a todo lo que mantiene amordazada a la mujer. Siento que si continúo sin hacer nada, voy a ahogarme. Necesito hacer algo... y pronto.

Ana Verónica no tuvo la culpa de que el golpe de aquella noche hubiera adquirido caracteres burlescos. Ella hacía todas las cosas intensamente, con una entrega total de cuerpo y alma. Y aquello le pareció el último ataque desesperado contra un universo que no le permitía vivir como deseaba vivir, que la aprisionaba y la amordazaba; un ataque contra las mismas mordazas invisibles, la misma tiranía que se había jurado vencer después de aquel memorable conflicto con su padre en Morningside Park.

La alistaron para aquella noche —le informaron que el golpe se daría en la Cámara de los Comunes, aunque no le dieron más detalles— y le dieron instrucciones de que fuera sola al número 14 de Dexter Street, Westminster, y de que no preguntara la dirección a ningún policía. Descubrió que el 14 de Dexter Street no era una casa, sino un cobertizo en una calle oscura, con grandes puertas en las que se leían los nombres de

«Podgers & Cario, Transportes y Mudanzas». Esto la dejó perpleja y durante unos segundos titubeó sin saber qué hacer, pero la aparición de otra mujer bajo la luz de un farol la tranquilizó. En uno de los portalones había una puertecilla, a la que llamó. Inmediatamente la abrió un hombre con cejas casi blancas y aire de conspirador.

—Entre —silabeó en voz baja. Cerró la puerta sin hacer ruido y señaló—. Por aquí.

A la escasa luz de una lámpara de gas, Ana Verónica descubrió un patio con el pavimento de guijarros en el que se alineaban varios coches de mudanzas, con los caballos preparados y las luces encendidas. De la sombra de uno de ellos surgió un hombre joven con gafas.

—¿Es usted A, B, C o D? —preguntó.

—Me dijeron que D —respondió Ana Verónica.

—Por aquí —dijo él, señalando con el folleto que llevaba en la mano.

Ana Verónica se encontró entre un pequeño grupo de mujeres que hablaban entre sí excitadas, en murmullo.

La luz era tan escasa que veía sus caras de un modo confuso y vago. Nadie le dirigió la palabra. Permaneció entre ellas, observándolas y sintiéndose totalmente ajena a todo. Los oblicuos

rayos de luz distorsionaban sus figuras y dibujaban el claroscuro en sus ropas.

—Ha sido idea de Kitty —dijo una—. Iremos en los coches.

—¡Kitty es magnífica! —exclamó otra.

—¡Magnífica!

—Siempre he querido hacer el servicio de la cárcel —dijo una voz—. Siempre. Desde el principio. Pero hasta ahora no ha sido posible.

Una muchachita rubia y diminuta que estaba junto a Ana Verónica dio de pronto rienda suelta a una risa histérica que se rompió en un sollozo.

—Antes de trabajar por el sufragio —dijo una voz firme y sin inflexiones—, yo no podía siquiera subir la escalera sin sentir palpitaciones.

Alguien a quien Ana Verónica no logró distinguir, parecía estar al frente del grupo.

—Creo que debemos entrar —dijo a Ana Verónica una mujer diminuta, de bastante edad, con un sombrero anticuado, que hablaba con voz ligeramente temblorosa—. ¿Puede usted ver algo con esta luz? Quisiera entrar ya. ¿Dónde está C?

Sintiendo un extraño temor, Ana Verónica contempló el oscuro interior de los vagones. Las puertas estaban abiertas y grandes letreros indicaban el lugar asignado a cada una. Indicó el camino a aquella mujer y después se dirigió al coche marcado con una D. Una joven con un brazalete blanco estaba situada en la puerta y las iba contando mientras entraban en el coche.

—Cuando sintáis golpes en el techo, tenéis que salir —dijo con voz autoritaria—. Estaréis frente a la entrada principal del edificio. Tenéis que dirigiros allí y entrar en el vestíbulo. Después intentaréis subir al primer piso gritando: «¡El voto para la mujer!».

Hablaba como una maestra que se dirigiera a unos cuantos niños pequeños.

—Y procurad no salir demasiado apelotonadas... —añadió.

—¿Listo? —preguntó el hombre de las cejas claras, apareciendo de pronto en la puerta. Esperó unos instantes, desperdiciando una sonrisa animosa que la luz apenas podía distinguir, y después cerró la puerta del vagón dejando a las mujeres sumidas en la oscuridad...

El coche arrancó.

—¡Esto es igual a lo de Troya! —exclamó una voz vibrante de entusiasmo—. ¡Igual a lo que ocurrió en Troya!

5

De este modo Ana Verónica, decidida, aunque llena de dudas, se mezcló con la corriente de la historia y escribió su nombre de pila en los registros de la policía del país.

Pero por respeto a su padre dio un apellido falso.

Algún día, cuando los premios de literatura permitan la ardua investigación que la labor requiere, la Campaña de las Mujeres encontrará su Carlyle, y los detalles de aquella maravillosa serie de hazañas con las que *Miss Brett* y sus colegas obligaron a todo el mundo occidental a estudiar la posición de la mujer en la sociedad serán el tema de las más deliciosas y asombrosas narraciones. De momento, mientras el mundo espera la aparición de tal escritor, las confusas noticias aparecidas en los periódicos constituyen la única fuente de información para los curiosos. Cuando aparezca tal escritor, hará al golpe dado aquella noche la justicia que merece; describirá al detalle la escena, las idas y venidas de los coches, automóviles y berlinas a través de la noche fría y oscura; la policía, numerosa, pero tranquila y segura de que no ocurriría nada anormal, junto a las distintas entradas de los grandes edificios, cuyo Victoriano estilo gótico surge del resplandor de los faroles, rodeado por la lóbreguez de la noche; el Big Ben dominando desde la altura, y el tráfico incidental de Westminster; coches, carros y omnibuses atravesando el puente en ambas direcciones... Alrededor de la Abadía y de Abington Street estaban situados los piquetes y las avanzadillas de la policía, con la atención fija en el punto a donde, como una colmena furiosa, se dirigían las mujeres procedentes de Caxton Hall, Westminster. Y los vagones de inofensiva apariencia atravesaron aquellas barreras y se introdujeron en los mismos puntos vitales de las posiciones defendidas.

Pasaron ante los ociosos que habían desafiado la inclemencia del tiempo para ver lo que hacían las sufragistas y siguieron sin incidente alguno hasta una distancia de treinta metros de aquellas

puertas ansiadas.

Y allí se descargaron.

Si yo fuera pintor, pondría en juego toda mi habilidad para dar proporción, perspectiva y dignidad al edificio; lo haría gris y majestuoso, lo haría más inmenso y respetable de lo que puede hacerlo una mera descripción verbal. Después, en un negro brillante, y muy pequeños, pintaría aquellos vagones impertinentes, detenidos al pie de toda esa grandeza. Y saliendo de ellos, un torrente de diminutos objetos negros, figurillas de mujeres valientes, en son de guerra contra el universo.

Ana Verónica iba en primera línea.

Instantáneamente, la calma expectante de Westminster murió y hasta el *speaker*, en su silla, se encogió al oír los silbatos de la policía. Los miembros más osados del Parlamento abandonaron sus puestos y se dirigieron al vestíbulo. Otros se echaron sus sombreros hacia delante, se encogieron en sus asientos y fingieron creer que todo en el universo estaba tranquilo. Pero fuera todo el mundo corría. Unos corrían para ver y otros corrían para defenderse. Hasta dos ministros echaron a correr. Al abrirse las puertas del vagón y sentir el aire fresco en la cara, las dudas y la depresión sentidas por Ana Verónica dieron paso a una exaltación ingobernable. La misma sensación de aventura que ya la había hecho abrirse paso a través de crisis que hubieran abrumado de horror y vergüenza a cualquier otra muchacha dotada de una dosis normal de feminidad, se adueñó entonces de todo su ser, Frente a ella había una gran puerta gótica. Y ella tenía que atravesar aquella puerta.

La mujer de la voz temblorosa y el sombrero anticuado pasó corriendo por su lado, aunque sin perder su aspecto de respetabilidad. Al correr, emitía un ruido extrañamente amenazador, como el que uno utilizaría para obligar a un grupo de patos a salir del propio jardín: *Brrrr...* Los policías avanzaban por todas partes dispuestos a intervenir. La mujercita aquella se lanzó como un proyectil contra el tórax del primero, y Ana Verónica aprovechó aquel instante para deslizarse entre ellos.

Pero entonces se sintió cogida por la cintura y levantada del suelo.

Un elemento nuevo se mezcló con su exaltación en aquel momento. Un elemento de repugnancia y de terror. Nunca en su

vida había experimentado nada tan desagradable como la sensación de ser levantada inesperadamente en vilo. Lanzó un grito involuntario y, como un animal asustado, comenzó a retorcerse y a luchar contra los hombres que la sujetaban.

El asunto dejó de ser una aventura agradable para convertirse en una pesadilla de violencia y de pánico. Su cabello se soltó, y el sombrero le cayó encima de un ojo sin poder arreglárselo por no tener las manos libres para hacerlo. Sintió que si aquellos hombres no la soltaban, iba a ahogarse. Pero ellos retrasaban el momento de dejarla libre. Al fin, con indescriptible alivio, sus pies tocaron el suelo y se vio conducida por dos policías que le sujetaban las muñecas con destreza profesional. Ana Verónica se retorció para libertarse mientras exclamaba:

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Al oírla, el paternal policía de su derecha la miró con severidad. Entonces la soltaron e intentaron sacarla fuera de allí.

—¡Váyase, jovencita! —dijo el policía en tono paternal—. Éste no es lugar adecuado para usted. Váyase a casa.

Con manos firmes y bien entrenadas a las que era inútil intentar oponerse, la empujó hasta diez o doce metros de distancia, por encima del suelo reluciente. Ana Verónica vio ante sí espacios vacíos y gente que corría hacia ella. Estuvo a punto de someterse y de resignarse a que aquél fuera el fin de la aventura, pero al oír la palabra «casa», se volvió de nuevo.

—¡No quiero irme a casa! —dijo—. ¡Y no me iré!

Logró libertarse del policía e intentó avanzar de nuevo hacia el portal.

—¡Quieta!

En aquel momento su atención quedó prendida en la violenta lucha en que estaba enzarzada la mujercita de la voz temblorosa, que parecía dotada de una fuerza sobrehumana. Tres policías que pugnaban por someterla, tropezaron con los que se ocupaban de Ana Verónica.

—¡Quiero que me arresten! ¡No quiero ir a casa! —gritaba la mujer una y otra vez. La dejaron en el suelo y ella se abalanzó sobre ellos. A uno le arrancó el casco y lo tiró con ira al pavimento.

—¡Tendrán que arrestarla! —gritó un inspector que apareció a caballo.

—¡Tendrán que arrestarme! —repitió ella.

Entonces la sujetaron entre todos y la levantaron en vilo mientras ella gritaba. Al ver aquello, Ana Verónica sintió que su sangre comenzaba a hervir.

—¡Cobardes! ¡Soltadla! —gritó. Y liberándose de una mano que la había mantenido sujeta, golpeó una y otra vez con los puños al policía que al fin consiguiera inmovilizar a la mujer.

Y, naturalmente, Ana Verónica fue arrestada también.

A continuación tuvo que pasar por la amarga y humillante experiencia de ser llevada a la fuerza por las calles, hasta el puesto de policía. Fuera lo que fuera lo que Ana Verónica se había imaginado de antemano, todo quedó borrado al comprobar cuál era la realidad. La condujeron por entre una muchedumbre ruidosa, cuyos rostros sonreían y la contemplaban sin compasión a la luz de los faroles.

—¡Vamos, chica! —gritó una voz—. ¡Aráñales!

Pero ella avanzó con cristiana resignación, resintiéndose únicamente del contacto de aquellas manos en sus muñecas. Varias personas parecían enzarzadas en una violenta lucha. Se oían gritos insultantes expresados de mil modos distintos, algunos de los cuales Ana Verónica no logró comprender. Un joven delgado y con gafas la siguió durante largo rato gritando: «¡Valor! ¡Valor!». Alguien le arrojó un puñado de barro y parte de él se le introdujo por el cuello. Un asco infinito se adueñó de ella y se sintió manchada e insultada hasta el límite. No podía esconder la cara. Intentó poner fin a aquella pesadilla con un acto de firme voluntad, intentó tener la fuerza suficiente para convertir en realidad el deseo de estar muy lejos. Tuvo una visión fugaz de la mujer de la voz temblorosa, que también era conducida por dos policías, luchando aún, débilmente y con expresión asustada, pero triunfante. Su sombrero cayó al suelo y se llenó de barro. Un golfillo lo recuperó y corrió tras ella para devolvérselo.

—¡Tienen que arrestarme! —exclamaba sin aliento, insistiendo en algo que ya había ocurrido—. ¡Tienen que hacerlo!

El puesto de policía le pareció a Ana Verónica un anhelado refugio. Titubeó antes de dar su nombre y por fin declaró llamarse Ana Verónica Smith, con residencia en el 107 A de Chancery Lane...

Aquella noche sintió que la indignación la consumía al haber

comprobado de qué modo tan brutal la había tratado el mundo. Las mujeres arrestadas fueron conducidas a un pasadizo del puesto de policía de Pantom Street que daba a una celda demasiado descuidada y sucia para ser habitada, por lo que la mayoría pasaron la noche de pie. Por la mañana, alguien les llevó café caliente y bollos. Cuando al fin fue llevada a presencia del magistrado, se resignó a lo inevitable.

Sin duda alguna, él se limitó a expresar la actitud de la sociedad hacia aquellas heroicas defensoras de sus derechos, pero a Ana Verónica le pareció únicamente grotesco e injusto. Por lo visto, no se trataba del magistrado en funciones y se sentía irritado por ello.

—Unas cuantas mujeres histéricas —repitió una y otra vez durante la vista, jugueteando con el papel secante—. Unas cuantas criaturas histéricas. ¡Uf!

La sala estaba atestada de gente, en su mayor parte partidarios y admiradores de las culpables, y el hombre de las cejas claras se movía por todos los rincones.

La aparición de Ana Verónica fue breve. No tenía nada que decir en su propio favor. Un amable inspector de policía la condujo hasta el estrado. La joven contempló el Tribunal, los empleados sentados en mesas auxiliares llenas de documentos y las filas de policías en postura rígida, y escuchó los murmullos de los espectadores a su espalda. Sentado en una silla de alto respaldo detrás del pupitre, el sustituto del magistrado la contempló con malignidad desde detrás de sus gafas. Un joven de aspecto desagradable, pelo rojo y boca sensual, sentado a la mesa de los periodistas, se dedicaba a dibujarla sin ningún disimulo.

Ana Verónica se interesó por el juramento prestado por los testigos, y el beso dado a la Biblia le pareció muy gracioso.

—¿Desea preguntar algo a los testigos? —preguntó amablemente el inspector.

Los diablillos traviesos que bullían al fondo del cerebro de Ana Verónica le sugirieron varias preguntas jocosas. Por ejemplo, de dónde había sacado el testigo su estilo discursivo. Pero se dominó y contestó con sumisión:

—No.

—Bien, Ana Verónica Smith —dijo el magistrado una vez expuestos los hechos—. Es usted una joven atractiva, fuerte y

respetable, y es una lástima que no haya encontrado otra ocupación para dar rienda suelta a su exuberancia. ¡Veintidós años! ¡No comprendo en qué están pensando sus padres, que la dejan meterse en estos asuntos...!

El cerebro de Ana Verónica se sintió invadido por un torrente de respuestas imposibles de formular.

—Estoy convencido de que la mayoría de ustedes no tienen la menor idea de la naturaleza de lo que tienen entre manos y de que se ven inducidas por terceros a tomar parte en estos actos de desorden público. Supongo que no sabría usted explicarme siquiera las consecuencias que pueda tener el voto femenino, si yo se lo preguntara. No, ni siquiera eso. Pero esto está de moda y no están contentas hasta que no se ven metidas en ello.

Los hombres sentados a la mesa de los periodistas levantaron las cejas, sonrieron levemente y se inclinaron hacia atrás observando las reacciones de Ana Verónica. Uno de ellos, con aspecto de duende calvo, bostezó ruidosamente. Todo esto ya lo tenían archisabido y lo habían escuchado catorce veces. El magistrado titular hubiera llevado el asunto de un modo muy distinto.

Aria Verónica se vio enfrentada con la alternativa de ser libertada previo el pago de cuarenta libras (¿qué querría decir cuarenta libras?) o el encarcelamiento durante un mes. «Segunda clase», dijo alguien. Pero primera o segunda, a ella le daba igual. Eligió la cárcel.

Por fin, después de un largo trayecto en un coche sin ventanillas, llegó a la prisión de Canongate, porque la de Holloway estaba ya llena. Tuvo la mala suerte de ir a Canongate.

La prisión le pareció horrible. Era muy grande y prevalecía en ella un olor opresivo. Además, tuvo que esperar dos horas en compañía de dos ladronas vulgares, hasta que le asignaron una celda. El desaseo que en ella reinaba le causó una gran sorpresa. Se había imaginado que las cárceles tenían azulejos blancos y que todo en ellas estaba inmaculadamente limpio. Pero, por el contrario, parecían estar al nivel higiénico de los albergues para vagabundos. La bañaron en un agua turbia que ya había sido usada anteriormente. No le permitieron bañarse sola, sino que lo hizo otra presa privilegiada, y descubrió que en Canongate no se permiten las objeciones a aquella regla. También le lavaron la cabeza y la

vistieron después con un traje de basta sarga, le pusieron un gorro y le quitaron su ropa. El traje no había sido lavado después de usado por la presa anterior, y hasta la ropa interior que le dieron le pareció sucia. Horribles recuerdos de cosas vistas por el microscopio se adueñaron de su imaginación y la hicieron estremecerse de repugnancia. Sentada al borde de la cama, sintió que toda la piel de su cuerpo temblaba al contacto de aquella ropa. Paseó la mirada por la habitación, que al principio le pareció austera y que según fueron pasando los momentos fue considerando más y más inadecuada, y durante varias horas meditó profundamente sobre todo lo que había sucedido y todo lo que había hecho desde que el torbellino del movimiento sufragista había reducido a segundo término sus asuntos personales...

Lentamente, tras unos minutos en que se sintió atónita y estupefacta, estos asuntos personales y su problema personal volvieron a adueñarse de su imaginación. Hasta entonces había creído que los había ahogado por completo.

Capítulo XI

REFLEXIONES EN LA CÁRCEL

1

Durante la primera noche le resultó imposible dormir.

La cama era inconcebiblemente dura, las ropas bastas e insuficientes y la celda al mismo tiempo fría y mal ventilada. El rechinar de las puertas y la sensación de estar continuamente vigilada la irritaban. A cada momento abría los ojos y miraba a su alrededor. Estaba física y mentalmente agotada y ni su cuerpo ni su imaginación podían descansar. Sentía que a intervalos regulares una luz iluminaba su cara y un ojo sin cuerpo la contemplaba, y esto, según fueron transcurriendo las horas, se convirtió en un tormento...

Volvió a pensar en Capes. Su imagen se le representó mientras se agitaba en un duermevela y en un delirio inconsciente y se sorprendió a sí misma hablándole en voz alta. Durante el transcurso de la noche un Capes irreal se encaró con ella y discutió con ella sobre los hombres y las mujeres. Se lo representó con uniforme de policía y con rostro impasible. Y, por alguna razón recóndita, se persuadió a sí misma de que tenía que exponer sus razones en verso.

«Nosotras somos la música, vosotros el instrumento —se dijo—. Nosotras la poesía y vosotros la prosa».

*El hombre tiene la razón, la mujer la rima,
El hombre gana siempre, la mujer termina.*

Estas frases surgieron de su cerebro febril que a continuación engendró una serie de aleluyas semejantes dirigidas a Capes. A través de su cerebro dolorido, adquirieron forma y expresión, y en

ellas dio rienda suelta a mil rencores hasta entonces silenciados.

«¡Maldita sea! ¡Maldita sea!» —exclamó, recordando de pronto aquel baño obligatorio y pensando en las infecciones cutáneas. Después se sintió dominada por el remordimiento al reflexionar sobre la costumbre que había adquirido de maldecir. Y, mientras tanto, su imaginación seguía exponiendo en verso sus ideas. Escondió la cara en la almohada y se tapó los oídos para no percibir los latidos de su cerebro. Permaneció inmóvil algún tiempo. Por fin se sintió algo más tranquila y pudo dirigirse mentalmente a Capes en términos racionales.

«Después de todo, la teoría del señorío no es tan falsa —se dijo—. Las mujeres deben poseerlo, deben ser seres silenciosos y dignos, fuertes solamente en virtud y en resistencia contra el mal. Amor mío (aquí al menos, puedo llamarte así), no cabe duda de que eso es así aunque los Victorianos lo llevaron a un límite exagerado. Para ellos, la inocencia en la mujer no era más que una blancura vacía, una blancura sin brillo, que no por ello dejaba de ser inocencia. Pero yo he leído, he meditado, he adivinado y he buscado tanto, que mi inocencia ha acabado por macularse.

»Amor mío, yo deseaba apasionadamente algo, pero ¿qué? Quería ser *limpia*. Tú también quieres que lo sea. Es decir, querrías que lo fuera si me concedieras un pensamiento...

»Quisiera saber si me concedes algún pensamiento...

»Yo no soy una mujer buena. No quiero decir que no soy una buena mujer, sino que no soy una mujer buena. Mi pobre cerebro está tan aturdido, querido, que no sé lo que digo. Quiero decir que no soy un buen ejemplar de mujer. Tengo algo de masculino. A las mujeres buenas también les ocurren cosas y, sin embargo, permanecen limpias. Pero yo siempre estoy intentando hacer que sucedan cosas y no consigo otra cosa que mancharme...

»Con suciedad que puede lavarse, pero que sigue siendo suciedad...

»Quisiera ser la mujer sumisa y pura que corrige y cura y sirve a otros, que es adorada y traicionada, la reina mártir, la madre blanca... Pero no se puede ser así si no se tiene alguna religión. Y yo no tengo religión...

»No soy dulce y sumisa...

»No soy vulgar... no. Pero carezco de pureza de espíritu. El

espíritu de las mujeres buenas está guardado por ángeles armados con espadas de fuego para no dejar entrar al mal...

»¿Existirán en realidad mujeres buenas...?

«Quisiera no maldecir tanto. Empecé haciéndolo por gracia... Y ahora es como una ceniza que manchara todas mis acciones y todas mis palabras... Maldije a aquel policía y él me miró escandalizado... ¡Maldición! Voy viendo las cosas más claras. Debe de estar amaneciendo.

»¡Oh, quisiera dormir, dormir, dormir!».

2

«**B**ueno —se dijo Ana Verónica después del paseo, sentada en el incómodo asiento de madera que era el único mueble de la celda, aparte de la cama—. Es inútil permanecer aquí sumida en una especie de trance. Durante todo un mes no tengo otra cosa que hacer más que pensar. Así es que ya es hora de que empiece a hacerlo. Ana Verónica, piensa, y procura aclarar el embrollo en que te has metido.

»¿De qué modo formularé las preguntas? ¿Qué soy yo? ¿Qué tengo que hacer? ¿Puede solucionarse verdaderamente una situación, reflexionando? ¿O nos limitamos, por el contrario, a hacer frases y a cambiar de estado de ánimo?

»A la gente del siglo pasado no les sucedía lo mismo. Ellos distinguían el bien del mal; ellos tenían una fe religiosa bien definida que explicaba todo y trazaba reglas para todo. Nosotros no la tenemos. Al menos, yo no la tengo. Y es inútil fingir que existe, cuando no es así. Supongo que yo creo en Dios, aunque en realidad nunca pienso en Él. Poca gente piensa en Él. Supongo que mi fe es más o menos así: “Creo bastante firmemente en Dios Padre Todopoderoso, síntesis del proceso evolutivo, y, con un vago sentimentalismo, en Jesucristo, su hijo...”.

»Ana Verónica, es inútil fingir que se tiene fe, cuando no es cierto...

»En cuanto a la oración pidiendo fe... esta especie de monólogo es lo más parecido a la oración que soy capaz de hacer. ¿Acaso no estoy orando ahora?

»Todas nuestras ideas están confusas. Una confusión de motivos... eso es lo que soy yo...

»Por ejemplo, examinemos este absurdo anhelo de estar con Capes. ¿Por qué lo deseo con tanta fuerza?, ¿por qué le deseo, por qué le quiero, por qué pienso en él y no puedo olvidarle?

»Pero no con todo mi ser...

»Más que a nadie en el mundo, Ana Verónica, te amas a ti misma. ¡Convéncete de esto! El alma que tienes que salvar es el alma de Ana Verónica...».

Se arrodilló en el suelo de la celda, juntó las dos manos y permaneció durante mucho tiempo en silencio.

«¡Oh, Dios mío! —exclamó al fin—. ¡Cómo desearía haber aprendido a rezar!».

3

Se le ocurrió la idea de plantear estos sutiles y complicados problemas al capellán cuando la avisaron de la próxima visita de éste, pero no había contado con el reglamento de Canongate. Cuando él entró se puso en pie según le habían ordenado, y él la dejó atónita sentándose, según era costumbre, en el único asiento de la celda. No se quitó el sombrero para demostrar que los tiempos de los milagros habían pasado para siempre. Estaba acalorado y tenía las orejas encarnadas, resultado, sin duda, de una controversia anterior. Al tomar asiento, clasificó mentalmente a Ana Verónica.

—Supongo que es usted otra mujer que sabe mejor que su creador cuál debe ser su puesto en el mundo —dijo—. ¿Tiene alguna pregunta que hacerme?

Ana Verónica hizo un rápido reajuste mental. Y su orgullo le dictó la siguiente pregunta:

—¿Pertenece usted a la curia normal —dijo después de una pausa, mirándole por encima del hombro—, o ha ido a la universidad?

—¡Oh! —exclamó el clérigo.

Durante unos instantes respiró entrecortadamente y después, con un gesto desdeñoso, se puso en pie y abandonó la celda.

Así, pues, Ana Verónica no recibió los consejos que en el estado

espiritual en que se hallaba necesitaba con tanta urgencia.

4

Transcurridos un día o dos logró poner un poco de orden en sus ideas. Se sorprendió en una fase de violenta reacción contra el movimiento sufragista, una fase debida principalmente a una de esas antipatías que sienten de vez en cuando las personas de su temperamento, y que fue inspirada por la joven que ocupaba la celda contigua. Era una muchacha alta y desgarbada, con una sonrisa inexpresiva, expresión vacua y voz de contralto. Era ruidosa y entusiasta y siempre iba horriblemente peinada. En la capilla cantaba con tan evidente placer que Ana Verónica se veía obligada a apretar los dientes, y en el patio se paseaba moviendo todos los miembros como si careciera de coyunturas. Siempre estaba faltando al reglamento, hablando en apartes, haciendo señas... Y se convirtió para Ana Verónica en la viva encarnación de todo lo que convertía al movimiento sufragista en algo defectuoso e insatisfactorio.

Siempre era ella la que iniciaba todas las faltas de disciplina, y su mayor hazaña consistió en convencer a las demás presas de que se dedicaran a imitar los ruidos de los animales del jardín zoológico. Así que al llegar la hora de comer, toda la galería vibraba con ladridos, gruñidos, rugidos, gritos de pelícanos y maullidos felinos, mezclados con risas histéricas. Para muchas, aquello constituía un increíble alivio. Más aún que el canto de los himnos. Pero irritaba a Ana Verónica.

—¡Idiotas! —exclamó al oír por primera vez aquella batahola, refiriéndose específicamente a su insufrible vecina de la voz de contralto—. ¡Insufribles idiotas!

Aquella fase tardó algunos días en pasar y le dejó algunas cicatrices morales y algo parecido a una decisión.

«La violencia no servirá de nada —se dijo—. La violencia acabaría conmigo... Pero en cuanto a todo lo demás, estoy en lo cierto... Sí».

Según iban transcurriendo los días, largos y monótonos, Ana Verónica descubrió que su mente asumía actitudes definidas y alcanzaba distintas conclusiones. Una de éstas era la clasificación de

las mujeres: las que son hostiles a los hombres y las que no sienten esta hostilidad.

«La verdadera razón por la que estoy aquí fuera de lugar —se dijo— es el hecho de que a mí me gustan los hombres y me gusta hablar con ellos. Nunca he sentido en ellos hostilidad hacia mí. No creo sinceramente en los derechos de la clase femenina... No quiero que ninguna ley liberadora me proteja de un hombre como Capes, y en el fondo de mi corazón sé que siempre estaré dispuesta a aceptar lo que venga de él...

»La mujer necesita unirse a un hombre, a un hombre que esté hecho de mejor madera que ella. Lo necesita más que nada en el mundo. Es posible que no sea justo, pero la vida está hecha de este modo. Ni la ley, ni las costumbres, ni la violencia masculina, lo han hecho como es. Es así por un orden superior. La mujer quiere ser libre, quiere ser libre legal y económicamente, para no tener que estar sujeta al hombre que no está hecho para ella. Pero sólo el Dios que hizo el mundo puede cambiar las cosas para evitar que sea la esclava del que le estaba reservado como dueño.

»¿Y qué ocurre si no le es posible conseguir a aquel hombre? ¡Hemos desarrollado hasta tal punto nuestro sentido de la preferencia...!».

En un mar de confusiones, se llevó la mano a la frente.

«¡Qué complicada es la vida! —exclamó—. Si por un lado nos libramos de nuestras ligaduras, por otro nos atamos con mayor fuerza. Antes de que haya ocurrido un cambio, un verdadero cambio, ya habré muerto. Estaré muerta, muerta, muerta... Llevaré muerta doscientos años...».

5

Una tarde, cuando todo estaba silencioso, la celadora la oyó gritar de pronto, con desesperación:

«¿Por qué diablos quemé aquellas veinte libras?».

6

Aquella noche, contempló en silencio la cena que le pusieron delante. La carne era mala y dura y estaba mal guisada.

«Supongo que alguien saca provecho de la comida —se dijo—. Ésta es la verdadera contextura de la vida; esto es lo que nosotras, las personas refinadas y privilegiadas, hemos olvidado. Creemos que en el fondo todo es recto y noble, pero no hay tal cosa. Creemos que si abandonamos a los seres que son nuestros amigos y salimos al mundo, todo será fácil y agradable. Y no nos damos cuenta de que hasta la civilización que existe en Morningside Park, es mantenida con mil dificultades y peligros por policías a quienes no debemos escandalizar hablando como carreteros...

»No es éste el mundo adecuado para que una joven inocente ande sola por él. Es un mundo de suciedad, de enfermedad de la piel y de parásitos. Es un mundo en el que la ley puede estar representada por un cerdo imbécil y los puestos de policía ser jaulas llenas de suciedad... Necesitamos alguien que nos ayude y nos proteja... y agua limpia.

»¿Me estoy haciendo razonable, o me están domando?

»Simplemente, estoy descubriendo que la vida tiene muchos aspectos complejos e incomprensibles. Yo creía que no había más que agarrarla por la garganta.

»¡Pero no tiene garganta!».

7

Un día se le ocurrió la idea de sacrificarse e hizo lo que consideró descubrimientos morales de gran importancia.

«¿Qué he sido yo hasta ahora? —se preguntó—. La imagen desnuda del egoísmo, la voluntad de Ana Verónica, sin permitir que religión, disciplina o autoridad alguna me dominara».

Pensó entonces que al fin había encontrado la piedra de toque de su conducta. Comprendió que en todos sus movimientos y proyectos no había pensado más que en sí misma. Incluso Capes no había sido más que un excitante para poder sentir un apasionado amor; un simple ídolo a cuyos pies podía arrojarle mentalmente y de aquel modo experimentar placer. Había salido al mundo

dispuesta a vivir una vida hermosa, una vida libre y sin ligaduras, sin contar para nada con lo que aquello le costaría a ella y a los demás.

«He hecho sufrir a mi padre. He hecho sufrir a mi tía. He hecho sufrir y he despreciado al pobre Teddy. No he hecho feliz a nadie. Merezco todo lo que me ha pasado.

»Debo someterme, aunque sea únicamente por lo que les hice sufrir a todos ellos para conseguir mi soñada libertad...

»La bandera de tu orgullo habrá de inclinarse, Ana Verónica...

»Sumisión... y bondad.

»¿Quién eres tú, para que el mundo se incline a tus pies?

»Tienes que ser un ciudadano honrado, Ana Verónica. Tienes que llevar tu parte de carga. No debes anhelar a un hombre que no te pertenece y que ni siquiera está interesado por ti. Eso está claro

»Tienes que seguir el camino más razonable, Ana Verónica. Tienes que ajustarte a las personas que Dios ha colocado a tu alrededor. Todo el mundo lo hace».

Sus ideas siguieron multiplicándose en este sentido. No había razón que le impidiera ser amiga de Capes. Al menos sabía que la consideraba agradable y que le gustaba hablar con ella. No había razón, no, que le impidiera ser amiga suya. Después de todo, la vida está hecha así. No existe ninguna entrega y no hay nada mejor que controlar toda posible oferta. Todo el mundo tiene que hacer un pacto con la vida.

Sería muy agradable ser amiga de Capes.

Ella podría continuar sus estudios de Biología y quizá desarrollar las mismas cuestiones que él estudiaba...

Quizás algún día una nieta suya se casara con un nieto de él...

Con brillante claridad, vio que en su loca persecución de la independencia no había hecho nada por nadie, mientras que muchas personas la ayudaron a ella. Pensó en su tía y en aquel portamonedas abandonado sobre la mesa; pensó en la ayuda de las Widgett y en la admiración de Teddy; pensó, con una nueva emoción, en su padre; pensó en la consciente generosidad de Manning; pensó en la devoción de *Miss Miniver*.

«¡Y yo no he tenido más que orgullo... orgullo... orgullo!

»Soy la hija pródiga. Iré a la casa de mi padre y le diré...

»Supongo que el orgullo es pecado. He pecado contra el Cielo...

Sí, he pecado contra el Cielo y contra ti.

»¡Pobre papá! ¿Gastará mucho dinero para darme un banquete y celebrar mi vuelta al redil?

»¡Disciplina! Al fin, hay que llegar a ella. Empiezo a comprender a Jane Austen, las cortinas de cretona, los refinamientos y todo lo demás. Hay que ponerse guantes para cubrir nuestros dedos avarientos. Hay que aprender a levantar la cabeza...

«Y de una forma o de otra —añadió después de una larga pausa — tengo que devolver a Ramage esas cuarenta libras».

Capítulo XII

ANA VERÓNICA PONE ORDEN EN LA SITUACIÓN

1

Ana Verónica hizo un esfuerzo para llevar a la práctica sus buenos propósitos. Antes de escribir a su padre, meditó larga y cuidadosamente, y también lo hizo antes de enviar la carta a su destino.

«Mi querido papá: He reflexionado profundamente desde que me trajeron a la cárcel. Todo lo que he pasado me ha enseñado mucho sobre la vida y la realidad. Comprendo que es necesario ceder si se quiere vivir, y que fui una ignorante al creer lo contrario. He intentado conseguir el libro de Lord Morley sobre este tema, pero parece ser que no existe en la biblioteca de la cárcel y que el capellán le considera un escritor indeseable».

Al llegar aquí, advirtió que se había apartado del tema y prosiguió:

«Lo leeré cuando esté en libertad. Pero veo claramente que tal como están las cosas, una hija depende por necesidad de su padre, y que mientras esté en tal situación le corresponde vivir en armonía con sus ideales».

«Un poco impersonal», se dijo Ana Verónica cambiando el tono de la carta y haciendo que el último párrafo pecara de lo contrario.

«De verdad, papá, siento mucho todo lo que ha ocurrido. ¿Me permites volver, para intentar ser una hija mejor?»

2

Su tía acudió a esperarla a la salida de Canongate, y, sintiéndose algo confusa entre lo que era un acto oficial y lo que era una leve ofensa a la justicia nacional, se vio mezclada en una procesión triunfal compuesta por sufragistas que se dirigía al «Restaurante Vegetariano». Después de observarla, una de las mujeres dijo en voz alta: «Es inofensiva. Y además esto le sentará bien». *Miss Stanley* se disponía a ingerir un menú vegetariano, cuando recuperó por fin el orden de sus ideas. Obedeciendo a un oscuro instinto, había acudido a la cárcel con un velo negro, que levantó para besar a Ana Verónica y no volvió a dejarlo caer. Le sirvieron un plato de huevos y procuró soportar toda la subsiguiente agitación y los subsiguientes discursos con la dignidad apropiada a una dama de buena familia. La tranquila vuelta a casa que ella y Ana Verónica se habían prometido, quedó completamente desorganizada. No pudieron hacer un intercambio de explicaciones, y después de arreglar los asuntos en la casa de huéspedes llegaron a Morningside Park avanzada la tarde, totalmente deprimidas, con un intenso dolor de cabeza y resonando aún en sus oídos la voz de la indomable Kitty Brett.

—¡Unas mujeres terribles, querida! —dijo *Miss Stanley*—. Aunque algunas de ellas eran atractivas e iban bien vestidas. No comprendo por qué hacen tales cosas. Tu padre no debe enterarse de lo que nos ha ocurrido... ¿Por qué me dejaste entrar en aquella vagoneta?

—Creí que teníamos que entrar... —repuso Ana Verónica.

—Tomaremos el té en el gabinete en cuanto estemos listas... Yo voy a cambiarme de ropa y creo que nunca más me pondré este sombrero ni este velo...

Diré que nos pongan tostadas con mantequilla. Tus pobres mejillas están hundidas...

3

Cuando Ana Verónica subió aquella noche al estudio de su padre, le pareció por un momento que los acontecimientos de los últimos seis meses habían sido un sueño. Los grandes espacios de Londres, las calles iluminadas y brillantes, le parecían algo muy remoto; el laboratorio de Biología con su trabajo y sus emociones, las reuniones socialistas, los paseos en coche con Ramage... todo ello le pareció leído en un libro. El estudio no había experimentado ningún cambio. Allí estaba la lámpara, allí estaba la chimenea, allí estaba el manojo de papeles atados con la misma cinta rosa. Y en la butaca estaba su padre, sentado en la misma postura que le era característica. Ella permanecía de pie, como el día en que él se negó a permitir que acudiera al baile de Fadden. Ambos se habían despojado del barniz de cortesía con que se hablaron en el comedor, y un observador imparcial hubiera podido leer en sus caras la misma obstinación de entonces, así como una cierta dureza, claramente manifiesta en el padre y algo suavizada en la hija, pero dureza al fin, que convertía su reconciliación en una fría transacción y descontaba todo posible sentimentalismo.

—¿De modo que has reflexionado? —comenzó su padre, refiriéndose a la carta recibida y mirándola por encima de las gafas—. Me parece muy bien, hija mía, pero desearía que lo hubieras hecho sin necesidad de que ocurriera lo que ha ocurrido.

Ana Verónica comprendió que no debía olvidar ser y mostrarse razonable.

—Hay que vivir para aprender —dijo, con lo que era una pasable imitación del tono de *Mr. Stanley*.

—Siempre que, en efecto, hayas aprendido.

Hubo una pausa en la conversación.

—Supongo, papá, que no te opondrás a que continúe mis estudios en el Colegio Imperial.

—Si ello ha de servir para mantenerte ocupada... —contestó él con una sonrisa levemente irónica.

—Los estudios están pagados hasta el final de curso.

Su padre afirmó gravemente con la cabeza, como si aquello fuera un informe oficial.

—Puedes continuar tus estudios mientras no alteren tus obligaciones en la casa. Estoy convencido de que la mayoría de las

investigaciones de Russell están equivocadas, pero eso debes averiguarlo por tus propios medios. Ya tienes edad suficiente. Sí, tienes edad suficiente.

—El trabajo que hago es necesario para el examen de la Facultad de Biología.

—Es absurdo que sea así, pero supongo que tienes razón.

Hasta aquí parecían estar de acuerdo, pero, de todos modos, para ser aquello la vuelta al hogar de la hija pródiga, la escena carecía de calor humano. Ana Verónica tenía aún que aclarar lo principal. Hubo una breve pausa.

—Ésta es una época de puntos de vista realistas y de trabajo realista —dijo Mr. Stanley—. Sin embargo, creo que los mendelianos van a dar a Russell más de un disgusto.

—Papá —dijo Ana Verónica—. Todo esto... Vivir lejos de casa... me ha costado dinero.

—Creí que eso ya lo habías previsto.

—Y si he de decirte la verdad, tengo algunas deudas.

—¡No!

El corazón de Ana Verónica se encogió al observar el cambio que se produjo en la expresión de su padre.

—Tuve que pagar mis habitaciones... Y pagué los gastos del colegio...

—Sí, pero ¿cómo conseguiste...? ¿Quién te dio el dinero?

—La patrona me reservó las habitaciones todo el tiempo que estuve en Canongate y los gastos del colegio han resultado considerables.

Ana Verónica habló precipitadamente, porque la pregunta de su padre era la más difícil de contestar que le había sido hecha en toda su vida.

—Mollie y tú pagasteis la cuenta de la patrona. Ella me ha dicho que tenías dinero.

—Lo pedí prestado —dijo Ana Verónica sintiendo que una profunda desesperación se apoderaba de ella.

—Pero ¿quién te lo dejó?

—Empeñé mi collar de perlas. Me dieron tres libras por él y otras tres por mi reloj.

—Seis libras. ¡Hum! ¿Tienes las papeletas? Pero dices que pediste dinero prestado...

—Sí.

—¿A quién?

Ana Verónica se enfrentó con su mirada y se estremeció. Era imposible, indecente, decir la verdad. Si mencionaba el nombre de Ramage, a su padre le daría un ataque. Podía ocurrir cualquier cosa. Y mintió.

—A las Widdett.

—Verdaderamente, *Vee*, has hecho demasiado público el estado de nuestras relaciones.

—Ellas lo conocían, después de lo ocurrido la noche del baile.

—¿Cuánto les debes?

Ana Verónica sabía que cuarenta libras era una cantidad demasiado elevada, y sabía también que no debía titubear.

—Ocho libras —dijo, añadiendo en seguida—: Quince libras me pondrían completamente al corriente.

En su interior lanzó una exclamación poco adecuada a su posición social y se dedicó febrilmente a hacer cálculos. *Mr.* Stanley, por su parte, decidió aprovechar la ocasión para decir unas cuantas cosas. Durante unos segundos pareció meditar.

—Está bien —dijo al fin con deliberada lentitud—. Lo pagaré. Lo pagaré todo. Pero espero, *Vee*, espero que éste sea el fin de semejantes aventuras. Creo que habrás aprendido la lección y que comprenderás que no se puede cambiar el orden de las cosas. En este mundo, nadie puede hacer lo que se le antoje. Siempre hay limitaciones y barreras.

—Lo sé —dijo Ana Verónica (¡quince libras!)—. Lo he aprendido. Haré... haré lo que pueda. (¡Quince libras! De quince a cuarenta, van veinticinco).

La joven titubeó. No se le ocurría nada más que decir.

—Bueno —dijo al fin—. Y ahora, ¡a comenzar una nueva vida!

—¡A comenzar una nueva vida! —repitió su padre, poniéndose en pie.

Los dos se miraron con desconfianza, no muy seguros de sí mismos. *Mr.* Stanley dio un paso hacia su hija, y en este momento recordó las circunstancias de su última conversación en aquel mismo estudio. Ella se dio cuenta de su propósito y su vacilación, titubeó también y por último se acercó, le cogió por las solapas y le besó.

—¡Ah, Vee! ¡Esto es otra cosa! —Y torpemente, su padre la besó también—. Y ahora, vamos a ser sensatos.

Ana Verónica se apartó de él y salió de la estancia con expresión grave y preocupada. (¡Quince libras! ¡Y necesitaba cuarenta!).

4

Como era lógico después de aquel día agotador, Ana Verónica pasó la noche inquieta y desconsolada. Los nobles propósitos trazados en Canongate le parecieron desprovistos de sentido. La firmeza de su padre se le presentó como algo que quedaba fuera de los cálculos en que basaba sus proyectos y, sobre todo, no había creído tropezar con tantas dificultades para conseguir las cuarenta libras que necesitaba para devolver a Ramage.

Estas dificultades la habían cogido de sorpresa y su cerebro agotado no pudo acudir en su ayuda. Recibiría quince libras, y nada más. Sabía que esperar más era como esperar encontrar una mina de oro en el jardín. La oportunidad había pasado. Comprendió que no podía enviar a Ramage una cantidad inferior a veinte libras, como primera entrega.

Ya le mandó aquella vez veinte libras y no volvió a escribirle explicándole por qué no había vuelto a enviárselas cuando él se las devolvió. Debió escribirle inmediatamente y decirle lo que había sucedido. Si le mandaba ahora quince libras, Ramage creería que se había gastado desde entonces las cinco que restaban. ¡No! Eso era imposible. Tendría que guardar las quince libras hasta reunir veinte, y eso no ocurriría hasta su cumpleaños... en el mes de agosto.

Se removió inquieta en la cama, perseguida por visiones de Ramage que eran en parte sueño y en parte recuerdos y en las que su acreedor se convertía en un ser monstruoso que la perseguía y amenazaba sañudamente.

«¡Maldito sea el sexo, del principio al fin! —exclamó Ana Verónica—. ¿Por qué no podemos reproducirnos por medio de esporas asexuadas, como los hongos? Los seres humanos nos destruimos unos a otros, y hasta la amistad más limpia se envenena o se contagia... ¡Tengo que devolver esas cuarenta libras! ¡Es necesario!».

Durante algún tiempo ni aun el recuerdo de Capes logró consolarla. Le vería al día siguiente, pero se sentía tan desesperada que se imaginó que él le daría la espalda y no le concedería siquiera una mirada. Y si aquello ocurría, ¿de qué serviría verle?

«¡Ojalá fuera una mujer, para que pudiera ser mi amiga! Quiero que sea mi amigo. Quiero simplemente poder hablar con él y estar a su lado. Me basta con estar a su lado...».

Guardó silencio, con la cabeza enterrada en la almohada, y por fin exclamó:

«¿De qué sirve fingir? Le amo».

Lo repitió en voz alta una y otra vez y comenzó a imaginarse a sí misma cometiendo actos de devoción perruna hacia un biólogo que, para hacer la cosa aún más dramática, era completamente indiferente a sus sentimientos.

Por último, con las pestañas húmedas por lágrimas que únicamente la emoción que se siente a las tres de la mañana puede destilar, logró quedarse dormida.

5

Un impulso instintivo e incomprensible la obligó a no acudir al Colegio Imperial hasta mediodía. A aquella hora encontró el laboratorio desierto, como había esperado. Se dirigió a la mesa de debajo de la ventana, donde solía trabajar, y la halló limpia y dispuesta con todos los reactivos necesarios. Era evidente que se la habían reservado. Dejó sobre ella los cuadernos y aparatos que había traído, y cuando se sentó en el taburete la puerta de la sala de ensayos se abrió a su espalda. Como Ana Verónica se sentía incapaz de volver la cabeza con naturalidad, fingió no haber oído. Después, las pisadas de Capes se aproximaron, y Ana Verónica, con un esfuerzo de voluntad, se volvió.

—La esperaba esta mañana —dijo Capes—; ya sé que la pusieron en libertad ayer.

—Creo que ya es bastante que haya venido esta tarde.

—Empezaba a temer que no viniera nunca más.

—¿Temía que no viniera?

—Sí. Me alegro de que haya vuelto por muchas razones. —

Hablaba con un ligero nerviosismo—. Entre otras cosas, deseaba decirle que... yo ignoraba que se tomara usted tan en serio la cuestión del sufragio. Tengo un peso sobre mi conciencia por haberla ofendido...

—¿Que usted me ofendió? ¿Cuándo?

—Me ha perseguido su recuerdo. Me porté de un modo grosero y estúpido. Estábamos hablando del sufragio y yo... me burlé de él.

—No fue usted grosero.

—No sabía que la cosa la importaba tanto.

—Ni yo tampoco. Espero que no haya estado dando vueltas a ello todo este tiempo.

—Así ha sido. Tenía la sensación de haberle causado un daño involuntario.

—No fue usted, sino yo quien me hice daño a mí misma.

—Quiero decir que...

—Me comporté como una idiota, eso es todo. Tenía los nervios desechos y estaba preocupada. Somos animales histéricos, *Mr. Capes*. Hice que me encerraran para tranquilizarme, impulsada por el mismo instinto que impele a los perros a comer hierba. Pero ya pasó todo.

—Que sus nervios estuvieran al descubierto no es excusa para que yo los tocara. Debí comprender que...

—No tiene ninguna importancia... si usted está dispuesto a perdonarme mi actitud.

—¡Perdonarla yo!

—Lamento haber sido tan estúpida.

—Bien, todo está aclarado ya —dijo *Capes* con una nota de alivio en la voz y asumiendo una postura más cómoda al borde de la mesa—. Pero si le importaba tan poco el sufragio, ¿por qué fue a la cárcel?

Ana Verónica reflexionó antes de contestar.

—Aquello fue sólo una fase.

—Fue una nueva fase en la historia de la vida —sonrió *Capes*—. Ahora todo el mundo parece pasar por ella.

—¿Qué hace *Miss Garvice*?

—Va mejorando. Usted nos ha hecho cambiar a todos, incluso a mí. La campaña es un éxito. —Al observar la expresión inquisitiva de los ojos de Ana Verónica, repitió—: Se lo aseguro. Un verdadero

éxito. Los hombres tendemos a pensar en las mujeres con demasiada ligereza, a no ser que ellas nos recuerden que no debemos hacerlo así... Usted me recordó que no debía hacerlo...

—Entonces, ¿no fue del todo en vano mi estancia en la cárcel?

—No fue el hecho de que estuviera en la cárcel lo que me impresionó, sino las cosas que dijo aquí. De pronto sentí que la comprendía y que la consideraba como lo que era... como una persona inteligente. Perdóneme que le diga esto, con todo su significado. En la actitud general del hombre hacia la mujer, hay un toque de infantilismo... aunque no creo que se nos pueda reprochar demasiado el que no tomemos muy en serio a algunas personas de su sexo. Pero tenemos la costumbre de mostrarnos con ustedes poco naturales y afectados. —Hizo una pausa y sus ojos la contemplaron con gravedad—. Y usted no merece tal cosa.

La repentina aparición de *Miss Klegg* en el umbral de la puerta más alejada, puso fin a su coloquio. Al ver a Ana Verónica, permaneció un instante como extasiada y por fin avanzó con las manos extendidas.

—¡Véronique! —exclamó (aunque hasta entonces nunca la llamara otra cosa que *Miss Stanley*), mientras la besaba y abrazaba con profunda emoción—. ¡Pensar que tenía usted esos proyectos y no nos dijo ni una palabra! Está algo más delgada, pero, aparte de eso, tiene mejor aspecto que nunca. ¿Ha sufrido mucho? Intenté abrirme paso para verla a la salida del puesto de policía, pero había demasiada gente y no logré acercarme... Pienso ir a la cárcel en cuanto termine el curso —declaró—. Ninguna fuerza humana podrá impedírmelo.

6

Capes la hizo sentirse feliz durante toda aquella tarde. ¡Se mostraba tan cariñoso, tan interesado por ella y tan dichoso de que hubiera vuelto! La ceremonia del té en el laboratorio fue como una especie de recepción sufragista. *Miss Garvice*, aunque asumiendo una actitud de neutralidad, se declaró casi conquistada por el ejemplo de Ana Verónica. El escocés dijo que si las mujeres viven en una esfera especial, se trata de una esfera grandiosa, y que nadie

que creyera las doctrinas de la evolución podía negar con lógica «algún día» el derecho al voto a las mujeres por mucho que se sintieran inclinados a dudar de la conveniencia de la concesión inmediata. La negativa era una cuestión de tiempo, y en ningún modo podía considerarse absoluta. El joven peinado al estilo de Russell se aclaró la garganta y dijo, sin venir grandemente a cuento, que conocía a un hombre, amigo de Thomas Bayard Simmons, que se había amotinado en la Galería de los Extranjeros. Por último, Capes, habiendo comprobado que todos ellos se mostraban partidarios de Ana Verónica, ya que no del todo del feminismo, se sintió travieso y comenzó a desarrollar la idea del escocés en el sentido de que todavía quedaba la esperanza de que las mujeres evolucionaran hacia algo más elevado.

Era evidente que se sentía optimista y alegre. Ana Verónica consideró la deliciosa posibilidad (que no había que tomarse demasiado en serio, sino sólo sentirse a medias) de que ello fuera debido a su vuelta. Aquella tarde volvió a casa sintiendo que flotaba en un mundo tan de color de rosa como la noche anterior le había parecido gris.

Pero al salir del tren de la estación de Morningside Park tuvo un sobresalto. A veinte metros de ella, en la plataforma, distinguió el sombrero reluciente y la figura inconfundible de Ramage. Inmediatamente se ocultó lo mejor posible y se inclinó como para abrocharse los zapatos hasta que le vio salir de la estación. Después le siguió a distancia hasta que la bifurcación de la avenida le ofreció un rápido medio de escape. Ramage siguió avenida arriba y ella echó por el camino sintiendo que su corazón latía aceleradamente.

«Aquello sigue sin solución —se dijo—. Todo está igual que antes, ¡maldita sea! No pueden borrarse las cosas solamente por el hecho de hacer buenos propósitos».

En aquel momento vio ante ella la radiante figura de Manning. Con una sensación de alivio, sonrió al verle, con lo que automáticamente la satisfacción de Manning se hizo aún más rebosante.

—No llegué a tiempo a la salida de la cárcel —dijo—, pero después estuve en el mismo restaurante. Ya sé que usted no me vio, pero yo no dejé de contemplarla.

—¿Se ha convertido usted en uno de nuestros adeptos? —

preguntó Ana Verónica.

—¡Ya lo creo! ¿Quién podría evitarlo? Esas espléndidas mujeres deben conseguir el voto —dijo sonriendo paternalmente.

Los dos echaron a andar juntos y se sumieron en una conversación que a Ana Verónica le pareció muy agradable, porque sirvió para desterrar de su mente sus preocupaciones. Aquella tarde llegó a parecerle que Manning tenía un gran atractivo. La luz que Capes había extendido por encima del mundo, incluyó en su abrazo hasta a su rival.

7

Los motivos que indujeron a Ana Verónica a comprometerse oficialmente con Manning nunca estuvieron muy claros para ella. Los razonamientos más opuestos se habían enfrentado en una dura lucha en su corazón, y uno de los principales fue que se sabía apasionadamente enamorada de Capes. En ciertos momentos tenía la sensación de que éste comenzaba a interesarse por ella y todo esto le hizo sentir miedo de lo que pudiera ocurrir, de los resultados de cualquier acción irreflexiva por su parte.

«No debe saberlo nunca —se repetía una y otra vez—. ¡Nunca! O de lo contrario... será imposible que seamos amigos».

No era esto en modo alguno todo lo que bullía en la mente de Ana Verónica, pero era, con mucho, su más firme decisión, lo único en que se permitía pensar a plena luz. Todo lo demás quedaba oculto en sombras, y si alguna vez salía a la superficie, volvía a ser escondido precipitadamente. Ana Verónica no se permitía jamás contemplar cara a cara aquellos sueños que se burlaban del orden social en que vivía, y nunca se confesaba a sí misma haber escuchado los murmullos de su corazón. Por todo esto Manning fue pareciéndole cada día más y más indicado como un refugio, como una fortaleza. De aquella confusa aleación de sentimientos y deseos algunos aspectos aparecieron netamente destacados. El hecho de ver a Capes todos los días le hacía experimentar una felicidad que echaba una sombra sobre el camino que había resuelto seguir. Durante una semana no apareció por el laboratorio, y fue aquélla una semana interesante e intensa...

Cuando reanudó su asistencia al Colegio Imperial, el dedo índice de su mano izquierda lucía una sortija antigua con dos zafiros, que había pertenecido a la abuela de Manning.

Era evidente que aquella joya ocupaba gran parte de sus pensamientos. Continuamente se detenía en su trabajo contemplándola, y cuando Capes se acercó a ella, primero descansó la mano sobre su regazo y después la puso encima de la mesa para que estuviera bien visible. Pero los hombres no suelen fijarse mucho en tales detalles y eso le ocurrió a Capes.

Por la tarde, después de profundas reflexiones, Ana Verónica se decidió a ir al grano.

—¿Son buenos estos zafiros? —le preguntó.

Capes se inclinó para examinarlos. Ana Verónica se quitó la sortija y se la entregó.

—Muy buenos. Son más oscuros que la mayoría. Pero yo no entiendo mucho de joyas. ¿Es un anillo antiguo? —preguntó al devolvérselo.

—Creo que sí. Es una sortija de compromiso... —Se la introdujo en el dedo y añadió con voz a la que se esforzó en dar un tono indiferente—: Me la dieron la semana pasada.

—¡Oh! —exclamó Capes sin expresión alguna, fijando los ojos en los de Ana Verónica.

—Sí. La semana pasada.

La joven le miró también y de pronto sintió que aquel anillo colocado en su dedo era el error más grande de su vida. Pero inmediatamente dejó de considerarlo así y pensó en ello como en una necesidad inevitable.

—¡Qué curioso! —exclamó Capes después de una breve pausa, una pausa llena de insinuaciones, que les separó como una barrera.

La joven continuó sentada en completa inmovilidad. La mirada de Capes descansó en la joya durante unos segundos para pasar después a su muñeca y a la suave curva de su brazo.

—Supongo que debo felicitarla —dijo, mientras sus ojos expresaban asombro y perplejidad—. La verdad es que no sé por qué esto me coge de sorpresa. Era una idea que no se me había ocurrido. Usted siempre me ha parecido completa... sin necesidad de eso...

—¿Por qué?

—No sé por qué. Pero esto ha sido para mí como... dar la vuelta a una casa que por delante parece completa y terminada y descubrir que por detrás tiene un ala de habitaciones con las que no se había contado.

Ana Verónica levantó la mirada y descubrió que él la observaba con intensidad. Durante unos instantes los dos contemplaron la sortija y ninguno de ellos habló. Al fin Capes fijó su atención en el microscopio.

Capítulo XIII

EL ANILLO DE LOS ZAFIROS

1

Durante algún tiempo aquel anillo pareció ser efectivamente la solución satisfactoria de los problemas de Ana Verónica. Era como verter un ácido fuerte sobre un metal. El muro que había aparecido interponerse entre ella y Capes desapareció y los dos se embarcaron en una abierta y declarada amistad. Un sábado fueron juntos al Jardín Zoológico para comprobar por sí mismos un punto de interés morfológico en el tucán, y pasaron el resto de la tarde paseando y hablando en términos generales de la superioridad del intercambio intelectual sobre todas las relaciones simplemente apasionadas. Capes se extendió sobre este tópico y Ana Verónica no pudo adivinar que al hacerlo no se mostraba en absoluto sincero.

—No estamos más que en el amanecer de la Época de la Amistad, en la que supongo que los intereses comunes sustituirán a las pasiones. Ahora hay que amar u odiar, lo que en cierto modo es también amor. Pero desde ahora comenzaremos a sentir otra clase de interés por nuestros semejantes. Empezaremos a sentir curiosidad y a hacer experimentos con ellos.

Mientras hablaba, parecía ir elaborando las ideas. Contemplaron a los chimpancés y admiraron la dulzura de su mirada, «mucho más humana que la de los seres humanos». Pasaron también unos momentos entretenidos ante la jaula general de los monos viendo como daban enormes saltos casi mortales.

—¿Quién cree usted que se está divirtiendo más —preguntó Capes—, ellos haciéndolo, o nosotros viéndolo?

—Yo creo que ellos...

—Ellos lo hacen, pero lo olvidan. Nosotros lo recordamos. Estos movimientos se adentran en mi memoria, donde permanecerán para

siempre. Mientras que la vida es algo únicamente material.

—La vida es maravillosa.

—Es mejor contemplar la vida que ser la vida.

—Las dos cosas pueden compaginarse —dijo Ana Verónica, que aquella tarde no tenía ganas de discutir.

—Vamos a ver los jabalíes —dijo Capes.

Ella le siguió, pensando que estar junto a él le producía una sensación excitante y extraña. Sus frases más sencillas la llenaban de admiración, y cuando le explicó que era el azúcar, y no el pan ni los bollos, el talismán que ganaba el cariño de los animales, se maravilló de su práctica omnisciencia.

Por último, junto a la salida de

Regent's

Park se tropezaron con *Miss Klegg*. La expresión de su rostro sugirió a Ana Verónica la idea de llevar a Manning un día al colegio, idea que por una causa o por otra no puso en práctica hasta dos semanas después.

2

Cuando al fin lo hizo, el anillo de zafiros adquirió otro significado en la imaginación de Capes. Cesó de ser el símbolo de una persona remota y abstracta para convertirse de pronto en el de un ser visible y tangible.

Manning apareció por la tarde, ya terminado el trabajo, cuando el biólogo estaba resolviendo algunas dificultades con que había tropezado el escocés en el tratamiento metafísico del cráneo de un elefante africano. Acababa de descubrir una sutura que al escocés le había pasado inadvertida, cuando se abrió la puerta del pasillo y Manning penetró en su mundo.

Visto desde el otro extremo del laboratorio, Manning causaba un efecto verdaderamente agradable, y al contemplar la sonrisa con que avanzó hacia su prometida, *Miss Klegg* sustituyó el romance que hasta entonces había adjudicado a Ana Verónica, por este otro, mucho más sencillo y normal. En una de sus manos enguantadas llevaba un bastón y un sombrero; su traje estaba admirablemente planchado; tenía el rostro atractivo, y sus ojos oscuros expresaban

una ardiente solicitud.

—He venido a buscarte para tomar el té —dijo tendiendo una mano hacia ella.

—Acabo de terminar —repuso Verónica alegremente.

—Con todos mis horribles instrumentos científicos —preguntó él con una sonrisa que Miss Klegg consideró extraordinariamente bondadosa.

—Con todos mis horribles instrumentos científicos.

Manning siguió mirándola con aire de orgullosa propiedad y examinando también el mobiliario y los objetos que llenaban la habitación. La poca altura del techo le hacía parecer anormalmente alto. Ana Verónica limpió un escalpelo, colocó una cartulina sobre un recipiente que contenía varios conejos de indias en embrión sumergidos en un líquido color malva y desarmó el microscopio.

—Me gustaría saber un poco más sobre biología —dijo Manning.

—Ya estoy lista —declaró Ana Verónica cerrando de un golpe la caja del microscopio y contemplando por un instante el laboratorio —. Mi sombrero está colgado en una percha del pasillo.

Echó a andar seguida de su prometido, que abrió la puerta para dejarla pasar. Cuando Capes lo miró en aquel instante, le pareció que Manning la tenía rodeada con sus brazos y que ella no se resistía.

Cuando hubieron desaparecido, acabó de resolver los problemas del escocés y volvió a entrar en la sala de ensayos. Se sentó en el antepecho de la ventana abierta, cruzó los brazos y contempló durante largo tiempo los tejados y chimeneas de la ciudad, que se elevaban hacia un cielo azul, limpio de nubes. No era ni había sido nunca un adicto del monólogo, y el único comentario que se permitió hacer sobre un universo que aquella tarde le resultaba evidentemente poco satisfactorio, fue una palabra rotunda:

«¡Maldición!».

Aquello debió de servirle de algún alivio, porque la repitió. Después se puso en pie y volvió a repetirla.

«¡He sido un idiota! —exclamó—. ¡Burro! —prosiguió, calentándose más y más—. ¡Eres el más obstinado de los burros! Debí hacer algo para impedirlo. ¡No sirvo para nada! ¡Amistad! ¡Bah!».

Cerró el puño y pareció tomar en consideración la idea de

atravesar con él el cristal de la ventana. Desechó esta tentación, pero cogió un gran tubo de ensayos que estaba sobre la mesa y que contenía el resultado del trabajo de una semana y lo arrojó al otro lado de la estancia. Después, sin precipitarse, alargó el brazo hacia donde estaban los demás tubos y los envió a reunirse con el primero debajo de la biblioteca, donde cayeron con gran estrépito.

«¡Hum! —se dijo contemplando el destrozo con más calma—. ¡He sido un estúpido! —añadió después de una pausa—. ¿Por qué no me daría cuenta a tiempo?».

Se metió las manos en los bolsillos, dispuso los labios para silbar y salió a la parte exterior de la sala de ensayos, permaneciendo allí como si fuera la personificación de la calma y la tranquilidad.

—Gellet —llamó—, venga a limpiar esto, ¿quiere? Se me han roto.

3

En la nueva vida de Ana Verónica había un punto negro: Ramage. Aquel hombre, por el préstamo que le había hecho y por lo ocurrido entre ambos aquella noche horrible, pendía sobre ella como la espada de Damocles. Y no veía para el problema otra solución que la pronta devolución del préstamo, cosa de todo punto imposible. Reunir veinticinco libras era una tarea que quedaba totalmente fuera de sus posibilidades. Faltaban cuatro meses para su cumpleaños, y aún entonces recibiría, como máximo, cinco libras. Aquello la obsesionaba a todas horas y a media noche solía despertarse angustiada para repetir con amargura:

«¿Por qué demonio quemé aquellos billetes?».

El hecho de haber visto dos veces a Ramage en la avenida desde su retorno al hogar paterno, hacía más desagradable aún la situación. Él la había saludado con irreprochable cortesía mientras sus pupilas se distendían, dando a sus ojos una expresión indescifrable.

Ana Verónica comprendía que si deseaba honradamente obrar con nobleza, debería contárselo todo a Manning más pronto o más tarde, porque era evidente que tenía que pedirle ayuda en aquella situación, o resignarse a no poder resolverla. Cuando Manning no

estaba a su lado, la cosa parecía muy sencilla y se le ocurrían toda clase de explicaciones extremadamente claras y plausibles. Pero cuando llegaba el momento de darlas, descubría que era mucho más difícil de lo que había supuesto.

Aquella tarde, al bajar juntos la gran escalinata del edificio, mientras ella rebuscaba en su mente la forma más apropiada para abordar el asunto, él la felicitó por el buen gusto de su vestido y expresó su felicidad por estar a su lado.

—Verte junto a mí me hace sentir que nada es imposible —declaró—. La primera vez que te vi en el «Surbiton» me dije: «Hay muchas cosas buenas en la vida, pero de todas ellas la mejor es esa maravillosa joven que está remando en el lago. Yo haré de ella mi Grial y quizás algún día, si Dios así lo quiere, será mi esposa».

Mientras pronunciaba estas palabras con profundo sentimiento, miraba fijamente al cielo.

—¿Tu Grial? —dijo Ana Verónica—. Ah, sí... claro. Aunque un Grial que tiene de todo menos de santo.

—Que es completamente santo, Ana Verónica. ¡No puedes imaginarte lo que eres y lo que significas para mí! Supongo que en todas las mujeres existe algo de místico y de maravilloso.

—Existe algo de místico y de maravilloso en todos los seres humanos. No comprendo por qué los hombres se lo adjudican solamente a las mujeres.

—Pero así es —dijo Manning—. Al menos para los verdaderos hombres. Para mí no existe nada más que un tesoro. ¡Dios mío! Soy tan feliz que siento deseos de saltar y de gritar.

—Imagínate la cara que pondría aquel hombre de la carretilla si lo hicieras.

—Me extraña poder contenerme —dijo Manning contemplándola sonriente.

—Creo que no te das cuenta... —comenzó a decir ella.

Pero él no la escuchaba. Movi6 un brazo y habló con énfasis.

—¡Me siento tan fuerte como un gigante! ¡Me siento capaz de hacer grandes cosas! ¡Dios mío! Yo haré versos espléndidos y maravillosos, y en todos ellos estarás tú, Ana Verónica. Ellos reflejarán solamente tu imagen. A ti dedicaré mis libros. Pondré todas mis obras a tus pies.

—Veo que no te das cuenta —insistió ella— de que soy un ser

humano con bastantes defectos.

—No quiero darme cuenta —dijo Manning—. Dicen que el sol tiene manchas, pero yo no me preocupo por ello. Me calienta, me ilumina y llena mi mundo de flores. ¿Por qué examinarlo con gafas negras, para descubrir cosas que no me atañen?

—Pero yo tengo muchas faltas.

Él movió la cabeza lentamente sin dejar de sonreír.

—Y quisiera confesártelas.

—Te doy mi absolución.

—No deseo tu absolución. Deseo que puedas verme tal como soy.

—Eres tú quien debe verse tal como eres. Yo no creo en las faltas ni en los defectos. Para mí son únicamente factores suavizadores, más hermosos que la perfección, como las manchas de los mármoles antiguos. Si me hablas de tus faltas, yo te hablaré de tu esplendor.

—De todas formas, quiero hablarte de muchas cosas.

—Afortunadamente tenemos miles de días por delante para hablar de ellas. Cuando pienso en el futuro...

—¡Pero es que quiero hablarte de ellas ahora!

—He compuesto una poesía sobre ello. Todavía no la he puesto nombre, pero creo que acabaré por llamarla «Epitalamio». Escucha:

*Like him who stood on Darien
I view uncharted sea,
Ten thousand days, ten thousand might
Before my queen and me.*

—Sí —dijo su reina—. Muy bonito...

Pero se interrumpió bruscamente, pensando en lo que aquello significaba. ¡Diez mil días y diez mil noches! ¡Y eso no sería más que hasta que tuvieran unos sesenta años! ¡Todavía les quedaban más días y más noches!

—Pero hálame de tus faltas —dijo Manning—. Si para ti tienen importancia, la tendrán para mí.

—No se trata precisamente de faltas —repuso Ana Verónica—, sino de algo que me preocupa. (¡Diez mil días y diez mil noches! Puesto así todo parece distinto).

Le resultaba difícil empezar y se alegró cuando él comenzó a hablar de nuevo.

—Quiero ser el refugio de todas tus preocupaciones. Quiero ser la barrera que te separe de la maldad y la vileza del mundo. Quiero hacerte sentir que en mí tienes un rincón a donde no llega el clamor de la muchedumbre y a donde no alcanzan los vientos huracanados de las pasiones.

—Todo eso está muy bien —repuso Ana Verónica sin gran entusiasmo.

—Así es como te veo en mis sueños —continuó Manning—. Quiero que mi vida esté bañada de oro para que pueda ser un digno marco de la tuya. En ella estarás como en un templo, que enriqueceré con colgaduras, alegraré con poesías y que llenaré de objetos preciosos. Y quizá poco a poco conseguiré hacer desaparecer la casta desconfianza que te hace huir de mis besos... Perdóname si mis palabras se hacen apasionadas. El parque es todo verde y gris esta tarde, pero mi corazón está teñido de rosa y oro... Es difícil expresar los sentimientos...

4

Tomaron el té acompañado de un plato de fresas con nata, en una mesita situada frente al pabellón de Regent's

Park. Ana Verónica no había hecho todavía su confesión. Manning se inclinó hacia adelante sobre la mesa y habló de la felicidad en que estaría sumida su vida matrimonial. Ana Verónica se reclinó en el asiento sin prestar la menor atención, con la mirada fija en un partido de *críquet* que se desarrollaba a poca distancia, mientras toda clase de pensamientos bullían en su imaginación. Recordaba las circunstancias que la indujeron a comprometerse con Manning y pensaba que las relaciones entre ambos se estaban desarrollando de un modo muy extraño.

Recordaba con toda claridad el momento en que le diera el «sí». Había tenido la precaución de que esto ocurriera en un asiento del jardín que quedaba visible desde la casa. Habían estado jugando al tenis y a Ana Verónica no le fue difícil averiguar sus intenciones.

—Sentémonos un momento —propuso Manning.

La joven accedió y le escuchó hasta el fin introduciendo los dedos entre las cuerdas de su raqueta. Por fin habló en tono forzado.

—Me ha pedido que me case con usted, *Mr. Manning*... —comenzó a decir.

—Deseo poner mi vida a sus pies.

—Pero yo no le amo... Quiero ser completamente sincera. No puedo sentir ninguna emoción apasionada con relación a usted. Estoy segura.

Él permaneció silencioso unos instantes.

—Es posible que esa emoción esté dormida y llegue a despertar algún día. ¿Cómo puede estar segura de que no será así?

—Creo que... soy una persona muy fría. —Se detuvo mientras él la miraba en silencio esperando sus palabras—. Ha sido usted muy bueno conmigo.

—Daría mi vida por usted.

Ana Verónica sintió que su corazón comenzaba a enternecerse. Entonces le había parecido que la vida no resultaría desagradable si estaba protegida por la bondad y el sacrificio de aquel hombre. Se lo imaginó siempre cortés y enamorado, se imaginó que por un sentido de caballerosidad la dejaría en libertad de vivir su propia vida, regocijándose con infinita generosidad en todo lo que a ella la hacía feliz.

—Me parece una injusticia —dijo— aceptar todo lo que usted me ofrece y darle tan poco a cambio.

—Usted lo es todo para mí. Y además no somos dos comerciantes midiendo el peso de las mercancías.

—*Mr. Manning*, en realidad yo no deseo casarme.

—¿No lo desea?

—¡Me considero tan... indigna de su generoso amor! —dijo buscando las palabras apropiadas y deteniéndose por último, ante la dificultad con que tropezaba para expresarse.

—De eso soy yo el mejor juez —dijo Manning.

—¿Estaría dispuesto a esperar?

Él guardó silencio unos instantes.

—Cumpliré los deseos de mi dama.

—¿Me dejará que siga estudiando durante algún tiempo...?

—Si usted así lo quiere, tendré paciencia.

—Creo, *Mr. Manning*... No sé... ¡Es todo tan difícil! Cuando pienso en el amor que usted me ofrece... Yo debería ofrecerle un amor semejante.

—¿Usted siente aprecio por mí?

—Sí. Aprecio y agradecimiento...

Manning golpeó la hierba con su raqueta en la breve pausa que siguió.

—Es usted el más perfecto, el más maravilloso de los seres humanos... dulce, franca, intelectual, valiente y hermosa. Y yo soy su esclavo. Estoy dispuesto a esperarla, a ganar su amor y a dar mi vida entera por conseguirlo. Deme permiso para intentarlo. Usted quiere tener tiempo para meditar, quiere ser libre por ahora... La comprendo y sé lo que siente. Es usted la más brillante de las diosas... Diana... Palas Atenea...

Ana Verónica le miró. Mirando al suelo y de perfil, Manning daba una sensación de fuerza y de rectitud. La joven sintió que una profunda gratitud nacía en lo más hondo de su ser.

—Es usted demasiado bueno conmigo —dijo en voz baja.

—Entonces... ¿acepta?

Una larga pausa.

—No sería noble...

—¿Acepta?

—Sí.

Durante unos instantes Manning había permanecido inmóvil.

—Si sigo aquí sentado —dijo poniéndose bruscamente en pie— acabaré por ponerme a gritar. Vamos a dar un paseo. Estoy escuchando interiormente las notas de la *Marcha nupcial* de Mendelssohn. Si saber que ha hecho a un ser humano completamente feliz le sirve de satisfacción...

Tendió las manos a Ana Verónica y ella se levantó también.

Entonces él la atrajo hacia sí, y de pronto, frente a todas aquellas ventanas, la besó en los ojos y en las mejillas.

—¡No! —exclamó Ana Verónica resistiéndose. Por fin él la dejó libre.

—Perdóneme. ¡Soy demasiado feliz!

Ella sintió en aquel momento que el pánico la dominaba y se preguntó si no habría cometido un terrible error.

—Mr. Manning, por ahora... —dijo— ¿quiere mantenerlo secreto? Tengo muchas dudas... Por favor, no se lo diga ni siquiera a mi tía.

—Como usted quiera, pero todo el mundo lo adivinará. Lo mantendremos en secreto... durante algún tiempo. Pero no mucho tiempo, ¿verdad, Ana Verónica?

—No.

Pero el anillo, la expresión triunfal de su tía y la evidente satisfacción de su padre junto con una tendencia nueva en él de elogiar a Manning en todo momento, dieron al traste con todos sus deseos de discreción.

5

Al principio, sus relaciones con Manning resultaron conmovedoras y satisfactorias. Le admiraba, se compadecía en cierto modo de él y le estaba sinceramente agradecida. Hasta llegó a pensar que quizá pudiera llegar a amarle algún día. Nunca le amaría como amaba a Capes, naturalmente, pero en el amor hay muchos grados y calidades. El que pudiera sentir hacia Manning sería más reflexivo, mucho más reflexivo; sería el amor discreto y monótono de una esposa virtuosa y condescendiente. Se había convencido de que su matrimonio con él era la más prudente de las medidas y se vio a sí misma viviendo su vida protegida por él, una vida buena, restringida, un poco patética, pero llena de dignidad; una vida llena de disciplinas y de sacrificios...

Pero antes había de aclarar el asunto de Ramage, naturalmente. Tenía que explicárselo a Manning y pagar aquellas cuarenta libras.

Después, poco a poco, su interna exaltación fue disminuyendo. Nunca logró darse cuenta de cuál había sido el momento en que cambiara su actitud. Al principio se había sentido como una Diosa de la Fortuna, como la coronación del amor de un hombre bueno (mientras ella adoraba en secreto a otra persona), pero pronto advirtió que ella no era más que un maniquí en la imaginación de su prometido, que él no amaba las realidades de su ser, las cosas que ella sentía y deseaba, las pasiones y los sueños que podían conmoverla. Era para él como una muñeca, como la actriz que su

capricho había elegido para jugar un papel pasivo...

Aquella fue una de las decepciones más provechosas que Ana Verónica sufriera en la vida.

Pero ¿conseguían la mayoría de las mujeres algo mejor...?

Aquella tarde, en el parque, cuando se disponía a contarle lo sucedido con Ramage, comprendió con mayor claridad todas estas cosas. Comprendió que hablar a Manning de sus aventuras con Ramage sería como pintar figuras negras al óleo encima de una acuarela. Los dos hablaban un lenguaje distinto. ¿Cómo podría llegar a explicarle lo que ni siquiera podía explicarse a sí misma, la razón de haber pedido prestado aquel dinero? La verdad cruda era que había mordido un anzuelo. Mientras se hacía todas estas reflexiones prestaba cada vez menos atención a los interminables discursos de Manning, y se preguntó si sería conveniente hablar del asunto en forma romántica, describir a Ramage como un malvado y un villano y a sí misma como una doncella pura y blanca... Pero dudaba de que Manning la escuchara. Se negaría a hacerlo y la absolvería de antemano.

Y de pronto, como a la luz de un relámpago cegador, comprendió que nunca podría hablar a Manning de Ramage. ¡Nunca! Pero aquello dejaba sin resolver el problema de las cuarenta libras.

Su mente siguió generalizando. Entre ella y Manning ocurriría siempre lo mismo. Contempló la vida que se le ofrecía, desprovista de toda ilusión, llena de fingimientos, poblada de desatenciones mutuas en medio de un jardín de versos y poesías.

Pero ¿logró alguna vez mujer alguna otra cosa mejor? Quizá todas las mujeres del mundo han de pasar por las mismas experiencias.

Se acordó de Capes. No pudo evitar pensar en él. Capes era distinto. Capes la miraba a ella y no al vacío, la hablaba a ella, la trataba como un factor visible y concreto. Capes la veía, la sentía, la apreciaba, aunque no la amara. Y por lo menos no la envolvía en sentimentalismos. Además, desde que dieron juntos aquel paseo por el Jardín Zoológico, se había estado preguntando si no sentiría algo por ella. Habían ocurrido hechos insignificantes, casi palpables, que justificaban esta ilusión. Por alguna oscura razón, las palabras que pronunciara entonces no le parecieron totalmente sinceras. ¿Acaso

no la había buscado con la vista por la mañana? ¿Acaso no se había dirigido inmediatamente a su encuentro? Le recordó tal como le viera por última vez, mirándola alejarse desde su mesa al otro extremo del laboratorio. ¿Por qué la había mirado de aquel modo?

El recuerdo de Capes inundó su ser como un rayo de sol que atravesara una masa de nubes, y se dijo, como si lo advirtiera entonces por primera vez, que le amaba. Comprendió que casarse con otro hombre que no fuera Capes era totalmente imposible. Si no podía casarse con él, no se casaría con nadie. Tenía que poner fin a la comedia que estaba representando con Manning y que nunca debió comenzar, porque era algo falso e innoble. Y así, si algún día Capes la reclamaba a su lado, si cambiaba de opinión acerca de la amistad...

Y la posibilidad de algo más, de algo que no se atrevió a contemplar siquiera, brotó en lo más recóndito de su imaginación.

De pronto tomó una decisión desesperada que la convirtió en una mujer distinta y arrojó a un lado todos los planes que tan cuidadosamente trazara. ¿Por qué no? ¡Sería completamente sincera!

Volvió la vista hacia Manning. Éste, apartado ahora de la mesa, seguía hablando, dejando descansar un brazo sobre el respaldo de su silla. Sonreía y tenía la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Cuál era la terrible confesión que tenías que hacerme? —preguntaba en aquel momento. Su sonrisa abierta y bondadosa revelaba su incredulidad de que ella hubiera hecho algo inconfesable. Ana Verónica apartó la taza de té y los restos de las fresas con nata y puso los codos sobre la mesa.

—Tengo que hacerte una confesión.

Tanta gravedad dio a sus palabras, que por primera vez Manning pareció preguntarse de qué podría tratarse.

Y su sonrisa se desvaneció.

—Creo que nuestro compromiso no puede continuar —dijo Ana Verónica, sintiendo que se le cortaba el aliento como si se hubiera zambullido de pronto en agua helada.

—Pero ¿por qué? —preguntó él en el colmo de la estupefacción—. ¿Por qué no puede continuar?

—Mientras hablabas he estado pensando. —Hizo una pausa y se contempló las uñas de la mano derecha—. Me resulta muy difícil

expresarme y prefiero ser honrada contigo. Cuando accedí a ser tu esposa, creí que podría serlo; creí que sería una solución posible. Admiraba tu caballerosidad y te estaba agradecida por ella.

Larga pausa.

—Continúa —dijo Manning.

Ana Verónica acercó más el codo hacia él y cuando habló de nuevo lo hizo en voz muy baja.

—Te dije que no te amaba.

—Sí —repuso Manning con gravedad—. Fuiste muy valiente y honrada al decirlo.

—Pero hay algo más —se interrumpió de nuevo—. Yo... siento no haberte dicho... Es difícil decir estas cosas. No comprendí que tendría que explicarte que... estoy enamorada de otro hombre.

Durante tres o cuatro segundos se contemplaron sin hablar.

Después Manning se derrumbó literalmente en el asiento, como si le hubieran golpeado. Entre los dos se hizo un largo silencio.

—¡Dios mío! —exclamó al fin—. ¡Dios mío!

Una vez dicho lo más difícil, Ana Verónica sintió un profundo alivio. Escuchó aquella exclamación standard con una frialdad que incluso a sí misma la dejó atónita. Comprendió que detrás de aquella expresión no había ningún sentimiento real, que miles de hombres como Manning habían exclamado «¡Dios mío!» con la misma entonación en momentos similares. Y esto mitigó su remordimiento. Él escondió la cabeza entre las manos para expresar de aquel modo su profunda desesperación.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste antes? —preguntó con voz dolorida, contemplándola como agobiado por la tristeza.

—Yo no sabía... Creí que podría dominar mis sentimientos.

—¿Y no puedes hacerlo?

—Creo que no debo dominarlos.

—¡Y yo que he estado soñando y haciéndome ilusiones...!

—Te aseguro que lo lamento.

—Pero... ¡Ha sido un golpe tan inesperado...! ¡Dios mío, Ana Verónica! ¡Tú no comprendes lo que esto significa para mí... esto derrumba todas mis ilusiones!

Ana Verónica intentó apiadarse de él, pero al contemplar aquel egoísmo intelectual comprendió que no lo lograría.

—¿Por qué permitiste que te amara? ¿Por qué me permitiste

contemplar las puertas del paraíso? ¡Dios mío! Creo que todavía no me doy cuenta de lo que acabas de decirme. Todavía me parece un sueño. Dime que no he oído bien. Dime que has querido gastarme una broma.

Hablaba en voz muy baja y la miraba intensamente a los ojos. Ella entrelazó con fuerza los dedos.

—No es una broma. Nunca debí acceder a casarme contigo.

Manning se apoyó una vez más en el respaldo de la silla y sus ojos expresaron una profunda desolación.

—¡Dios mío! —exclamó de nuevo.

Entonces advirtieron que la camarera estaba de pie junto a ellos con un block y un lápiz en la mano dispuesta a tomar nota de lo consumido.

—¡No se preocupe por la cuenta! —dijo Manning con acento de tragedia griega poniéndose en pie y entregándole una moneda de cuatro chelines—. Vamos a dar un paseo por el parque —propuso a Ana Verónica—. Todavía no acabo de comprender el significado de lo que acabas de decirme... ¡Le digo que no se preocupe por la cuenta! ¡Quédese el cambio!

6

Dieron un largo paseo, atravesaron el parque, volvieron atrás, entraron en el Jardín Botánico y se dirigieron hacia Waterloo. Hablaron, discutieron y Manning se esforzó por resignarse a lo inevitable.

Fue una conversación inútil, sin sentido, bochornosa y reiterativa. Ana Verónica se sentía profundamente avergonzada, pero al mismo tiempo contenta de la decisión tomada y de haber podido poner fin al equívoco. Sólo le quedaba ahora pasar por esta última prueba, consolar a Manning lo mejor posible, echar bálsamo en sus heridas... Después, sería libre... ¡Libre para enfrentarse con su destino! Le pidió perdón por haber prometido convertirse un día en su esposa, le dio unas cuantas explicaciones y le presentó unas excusas que él apenas escuchó. Comprendió entonces que debía dejarle hablar y dar a la situación la interpretación que más le conviniera. Pero Manning sentía una profunda curiosidad acerca de

la personalidad de su rival, y le preguntó qué era lo que les impedía ser el uno del otro.

—No puedo decirte quién es —dijo Ana Verónica—, pero es un hombre casado... ¡No! Ni siquiera sé si él me ama. Lo único que sé es que no podré casarme con ningún otro hombre. Es inútil discutir respecto a esto.

—Pero por lo visto pensaste que podrías olvidarle.

—Sí, supongo que lo pensé. Pero ahora sé que no es así.

—¡Dios mío! —exclamó Manning con énfasis—. Supongo que es el destino. ¡Eres tan franca! ¡Tan espléndida! Tu revelación me ha dejado completamente petrificado. —Hizo una pausa y preguntó—: Dime, ese hombre..., ¿se ha atrevido a hacerte el amor?

—¡Ojalá lo hubiera hecho! —exclamó Ana Verónica incitada por un diablillo travieso que bullía en su interior.

—Pero...

La larga e inconsecuente conversación entre los dos comenzaba a poner nerviosa a la joven, que prosiguió, interrumpiéndole:

—Cuando se desea una cosa más que nada en el mundo, es imposible fingir que no se desea.

Manning la miró, escandalizado ante la franqueza sin precedentes con que Ana Verónica había destruido el edificio que él montara en su interior, representándose a sí mismo como el amante apasionado que esperaba sólo la ocasión propicia para salvar a su amada de una pasión imposible y abrasadora.

—Ya te dije que no me idealizaras demasiado —prosiguió la joven—. Ningún hombre debe idealizar a ninguna mujer, puesto que no somos dignas de ello ni hemos hecho nada para merecerlo. Tú no puedes imaginarte los pensamientos que albergamos a veces y las cosas que somos capaces de hacer. No has tenido nunca ocasión de escuchar a un grupo de mujeres solas hablando de sus ideas y de sus opiniones.

—¡Pero tú eres maravillosa, noble y valiente! ¿Qué importancia tienen todos estos detalles? Ninguna. Te repito una vez más que aunque hayas querido romper tu compromiso conmigo, yo no lo consideraré roto. En cuanto a lo que crees que es amor por otro hombre..., no es más que una obsesión, un hechizo maligno que se ha adueñado de ti. No se trata de tu verdadero ser, sino de algo que te ha ocurrido sin que tu voluntad tenga nada que ver con ello. Es

como una especie de accidente, que en cierto sentido carece de importancia para mí y no cambia las cosas... Pero, de todos modos, quisiera poder agarrar a ese individuo por la garganta y ahogarle. Debes saber que soy como cierta clase de perros que cuando se les arroja de una habitación se sientan pacientemente al otro lado de la puerta. No soy un colegial enamorado, sino un hombre que sabe lo que siente. Lo que ha ocurrido entre nosotros ha sido, por supuesto, un golpe terrible para mí..., aunque no signifique la muerte. Y... piensa en la situación que esto crea. ¡Qué situación!

Así habló Manning, de una forma egoísta, inconsecuente, irreal, mientras Ana Verónica caminaba junto a él, intentando en vano sentir lástima, repitiéndose una y otra vez que se había burlado de aquel hombre. Pero todo el tiempo, mientras sus pies y su cerebro iban sintiéndose más y más cansados, se sentía absolutamente feliz, porque a cambio de aquel interminable paseo había escapado a la perspectiva de pasar..., ¿qué había dicho él?..., «diez mil días y diez mil noches» en su compañía.

Ocurriera lo que ocurriera, nunca más volvería a considerar esta posibilidad.

—Para mí esto no es definitivo —seguía diciendo Manning—, y en cierto modo no cambia nada. Sigo teniendo fe y confianza en ti.

Repitió varias veces que confiaba en ella, aunque no explicó muy claramente qué motivos tenía para sentir tal confianza.

—Dime —preguntó de pronto—, ¿pensabas terminar conmigo cuando salimos juntos esta tarde?

Ana Verónica titubeó y comprendió con interno sobresalto que no había sido así.

—No —respondió de mala gana.

—Muy bien —dijo Manning—, en tal caso no lo tomo como definitivo. Seguramente te aburrí con mis palabras... ¿Crees que estás enamorada de verdad de ese otro hombre? —Alargó una mano con ademán retórico y decidió sentirse profético—. Yo te enseñaré a amarme, hasta que la imagen de ese hombre se haya desvanecido y no sea para ti más que un recuerdo.

La acompañó hasta el tren de Waterloo y cuando la joven se hubo acomodado, bajó al andén y permaneció allí con el sombrero en la mano diciéndole adiós hasta que el tren arrancó y acabó por ocultarse. Ana Verónica se reclinó sobre el asiento dando un suspiro

de alivio. Manning podía seguir idealizándola todo lo que quisiera. Ella ya no sería cómplice de su engaño. Podía seguir jugando el papel de devoto enamorado hasta que acabara por cansarse. Ana Verónica había terminado para siempre con la caballerosidad y había renunciado a pactar con ella únicamente por el deseo egoísta de resolver sus problemas. Volvía a ser honrada.

Pero cuando pensó de nuevo en Morningside Park, comprendió que la maraña de su vida iba a complicarse más aún, si tenía que cargar con aquel romántico e importuno adorador.

Capítulo XIV

EL DERRUMBAMIENTO DE LOS BUENOS PROPÓSITOS

1

Aquel año la primavera se había retrasado hasta principios de mayo, por lo que primavera y verano hicieron juntos su aparición. Dos días después de aquella conversación entre Manning y Ana Verónica, Capes entró en el laboratorio a la hora del almuerzo y la encontró sola de pie junto a la ventana abierta, sin fingir siquiera estar ocupada en algo. Capes tenía las manos en los bolsillos y de toda su persona emanaba un aire de profunda depresión. Llevaba varios días ocupado en detestar a Manning y en detestarse a sí mismo con idéntica intensidad. Al ver a Ana Verónica sus ojos se iluminaron y se dirigió hacia ella.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

—Nada —repuso Ana Verónica, mirando hacia el exterior por encima de su hombro.

—Yo tampoco... ¿Cansancio?

—Supongo que sí.

—Yo no puedo trabajar.

—Tampoco yo —contestó Ana Verónica.

—Debe de ser la primavera —dijo Capes—. El año comienza a vivir, las mañanas son limpias y claras, y todo se mueve con un vigor nuevo. El trabajo se hace odioso y sin querer se empieza a pensar en las vacaciones. Deseo intensamente que llegue el día de marcharme.

—¿A dónde va?

—A los Alpes.

—¿A hacer alpinismo?

—Sí.

—¡Bonita manera de descansar!

Capes guardó silencio durante tres o cuatro segundos.

—Sí —dijo al fin—, deseo marcharme. Ha habido momentos en que me hubiera escapado... Hubiera sido ridículo, ¿verdad?

Se dirigió hacia la ventana y jugueteó con la persiana, contemplando las distantes copas de los árboles de Regent's

Park. Cuando se volvió hacia la joven, vio que ella le miraba fijamente sin moverse.

—Es la primavera —repitió Capes.

—Sí, creo que sí...

Ella miró también por la ventana y vio que los árboles lucían un verde brillante. En aquel instante tomó una alocada decisión y por miedo a vacilar se dispuso a ponerla en práctica inmediatamente.

—He roto mi compromiso —dijo en un tono que quiso que fuera indiferente mientras el corazón le saltaba locamente en el pecho. Capes hizo un ligero movimiento y ella prosiguió—: Es desagradable y molesto, pero... —Ya era demasiado tarde para volverse atrás porque no se le ocurrían otras palabras que las ya decididas—. Pero... me he enamorado de otro hombre.

Capes no dijo ni una sola palabra para ayudarla.

—Yo..., yo no amaba al hombre con quien iba a casarme... —concluyó.

Fijó los ojos en los de Capes y no logró interpretar su impresión, que le pareció fría e indiferente. Sintió que su corazón se encogía y que desaparecía todo su valor y continuó de pie, incapaz de hacer el menor movimiento. Ni siquiera pudo mirarle durante un intervalo de tiempo que le pareció un siglo, hasta que por fin la voz de Capes hizo disminuir la tensión entre los dos.

—Me pareció que... Me hace un honor al otorgarme su confianza, pero... —Se interrumpió un instante para terminar haciendo la más increíblemente estúpida de las preguntas, con voz tan desprovista de expresión como había estado la de ella—. ¿Quién es él?

Ana Verónica sintió que la dominaba la cólera consigo misma, por la parálisis en que parecía sumida. Había perdido toda su confianza, su decisión y hasta su facultad de moverse. Horribles dudas la asaltaron. Se dejó caer sobre uno de los taburetes que había junto a su mesa y escondió la cara entre las manos.

—¿Es que no se ha dado cuenta todavía de la verdad? — preguntó.

2

Antes de que Capes pudiera responder, la puerta del laboratorio se abrió con gran estrépito, dando paso a *Miss Klegg*, que avanzó hacia su mesa y se sentó. Al oír el ruido Ana Verónica levantó la cabeza e instantáneamente asumió una forzada actitud de naturalidad. Durante un momento los dos permanecieron sumidos en un incómodo silencio.

Capes no había logrado recuperarse todavía de la sorpresa. Permaneció con las manos en los bolsillos y el rostro muy pálido, contemplando la espalda de *Miss Klegg*.

—Es... es una pregunta muy difícil.

Parecía paralizado por complicados cálculos internos. Por fin cogió un taburete, lo acercó a la mesa de Ana Verónica y se sentó. Dirigió una nueva mirada a *Miss Klegg* y habló precipitadamente con los ojos fijos en la cara de Ana Verónica.

—Hubo un tiempo en que se me ocurrió pensar que lo que usted parece dar a entender era cierto, pero el asunto del anillo me desorientó... ¿Por qué no estará la Klegg en el fondo del mar? — exclamó con voz apenas audible—. Quiero hablar de todo esto con usted inmediatamente, y si no cree que cometeremos un terrible ultraje a la sociedad, ¿qué le parece si le acompaño a la estación a la salida?

—Le esperaré —dijo Ana Verónica todavía sin mirarle— y daremos un paseo por Regent's

Park. Y luego me acompañará usted a Waterloo.

—¡De acuerdo! —exclamó Capes.

Titubeó, se puso en pie y se dirigió por último a la sala de ensayo.

3

Durante algún tiempo caminaron los dos en silencio por callejas laterales. La cara de Capes expresaba un profundo asombro.

—Lo único que se me ocurre decirle, *Miss Stanley* —dijo, al cabo—, es que esto es muy repentino.

—Tenía que ocurrir. Era inevitable y lo ha sido desde que asisto a los cursos del colegio.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Capes bruscamente.

—A usted —respondió Ana Verónica.

El hecho de hallarse rodeados de gente por todas partes, hizo que ambos mantuvieran una apariencia de serenidad.

—Supongo que habrá advertido que siento un gran aprecio hacia usted.

—Eso ya me lo dijo en el Jardín Zoológico.

Ana Verónica sintió que todo su ser temblaba, aunque ninguna de las personas que se cruzaron con ellos hubiera podido adivinar, por su aspecto exterior, la fiebre que les poseía.

—Yo... —Capes vaciló como si le costara un terrible esfuerzo pronunciar las palabras siguientes—, yo la amo... Se lo he dado a entender ya de mil maneras, pero ahora ya puedo decírselo con franqueza. De eso puede estar completamente segura y se lo digo para que podamos hablar con absoluta sinceridad.

Durante algún tiempo continuaron andando sin decir una palabra.

—Pero ¿no conoce usted mi situación? —dijo por fin Capes.

—Parte de ella. No mucho.

—Soy un hombre casado. Y mi mujer se niega a vivir conmigo por razones que la mayoría de las mujeres consideran perfectamente justas. De no ser así, le hubiera confesado mi amor hace mucho tiempo.

De nuevo se hizo el silencio.

—No me importa nada —dijo Ana Verónica.

—Pero si conociera usted los detalles...

—No me importan.

—¿Por qué me ha dicho lo que siente por mí? —preguntó él, resentido de pronto—. ¡Creí que íbamos a ser amigos!

La miró como si le echara la culpa de haber estropeado aquella amistad y repitió:

—¿Por qué me lo ha dicho?

—No pude evitarlo. Fue un impulso y...

—¡Pero esto lo cambia todo! Yo creí que usted comprendía las cosas...

—No tuve más remedio que decírselo —repitió Ana Verónica—. Estoy harta de fingimientos. ¡Y, además, no me importa nada! ¡Me alegro de haberlo hecho! ¡Me alegro muchísimo!

—Pero, vamos a ver —dijo Capes—: ¿qué es lo que pretende? ¿Qué cree que podemos hacer? ¿Acaso ignora lo que sienten los hombres y lo que es la vida? ¿Cómo pudo decirme semejante cosa?

—Sé algo de la vida. Y no le doy importancia. No tengo ni una chispa de decoro y considero la vida desprovista de todo valor si ella no le contiene a usted. Quería que supiera lo que siento, y ahora ya lo sabe. Todas las barreras que nos separaron han caído para siempre. No puede mirarme a los ojos y decirme que no me ama.

—Ya le he dicho que la amo.

—Sí —dijo Ana Verónica, con el aire de quien da por terminada una discusión.

Continuaron andando el uno junto al otro sin hablar, hasta que Capes comenzó de nuevo:

—En nuestro laboratorio nos acostumbramos a no conceder importancia a las pasiones. El hombre es un animal muy curioso, que suele enamorarse con bastante frecuencia de muchachas de la edad de usted. Hay que disciplinarse para que esto no ocurra. Y por eso yo me he acostumbrado a pensar en usted como en cualquier otra de las alumnas, como en algo que está completamente fuera de mi alcance. Es necesario que haga esto aunque sólo sea por un sentido de lealtad hacia la ciencia. Y además, aparte de todo, el vernos a solas usted y yo es ya un desafío a todas las reglas sociales.

—Las reglas son cosas para todos los días —dijo Ana Verónica—. Pero éste no es un día cualquiera y lo nuestro es algo que está por encima de toda reglamentación.

—Para usted, sí.

—¿Para usted no?

—No. Yo voy a cumplir las reglas... Me ha colocado en una situación muy difícil, Ana Verónica. —El tono de su propia voz pareció exasperarle, y exclamó—: ¡Maldita sea!

Ella no contestó a sus palabras y Capes se debatió interiormente con su problema.

—¡No! —exclamó al fin en voz alta—. El sentido común tiene que hacernos comprender que no podemos ser amantes en el sentido corriente de la palabra. Creo que eso está a la vista. Esta tarde no he trabajado nada. He estado fumando cigarrillo tras cigarrillo en la sala de ensayos y pensando en usted. No podemos ser amantes, pero podemos ser los mejores amigos del mundo.

—Eso ya lo somos —dijo Ana Verónica.

—Usted, su persona, me interesa enormemente y quiero ser su amigo. Ya se lo dije en el Jardín Zoológico y fui completamente sincero. Seamos amigos. Hagamos que nuestra amistad sea lo mayor y lo más íntima posible.

Ana Verónica le miró con tranquilidad.

—¿De qué sirve fingir? —preguntó.

—No estamos fingiendo.

—Sabe que sí. Una cosa es amor y otra es amistad. Aunque yo sea más joven que usted..., tengo imaginación y sé lo que digo. ¿Cree que no conozco el significado del amor?

4

Capes permaneció unos instantes sin contestar.

—Todas mis ideas están confusas —dijo al fin—. He estado reflexionando toda la tarde, y además llevo semanas y meses pensando en usted. Me siento como una mezcla de malvado de película y de tío bondadoso para con usted. Todo está en contra mía. ¿Por qué permití que esto comenzara? Hubiera debido advertirle...

—No veo cómo hubiera podido evitar...

—Quizá sí.

—No lo crea.

—De todas formas, debí intentarlo. —Guardó silencio y, de pronto, saliéndose por la tangente, preguntó—: ¿Conoce usted mi escandaloso pasado?

—Sí, un poco, y no creo que tenga importancia. ¿Usted cree que la tiene?

—Creo que sí. Y muy grande.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque impide nuestro matrimonio. Y porque hace imposibles... otras muchas cosas.

No puede impedir que nos amemos.

—Me temo que no. Pero lo que sí sé es que va a convertir nuestro amor en algo muy abstracto.

—¿Está separado de su mujer?

—Sí; pero ¿sabe por qué?

—No del todo.

—Estoy separado de mi mujer, y ella se niega a concederme el divorcio. Usted no sabe en el embrollo que estoy metido y no conoce el motivo de nuestra separación. No he tenido valor para decírselo, aunque intenté hacerlo aquella tarde en el Zoológico. Pero preferí dejar las cosas como estaban al contemplar el anillo de zafiros.

—¡Pobre anillo! —exclamó Ana Verónica.

—Supongo que no debemos ir juntos al Zoológico. Yo le pedí que me acompañara, pero el hombre es una criatura muy complicada. Quería estar junto a usted.

—Hábleme de su matrimonio —dijo Ana Verónica.

—Para empezar, le diré que pasé por el tribunal de divorcios, al que fui demandado judicialmente. ¿Conoce el significado de este término?

—Las jóvenes modernas conocemos todos estos términos —respondió Ana Verónica sonriendo levemente—. Leemos novelas, biografías y toda clase de cosas. ¿Cómo ha podido suponer que no lo conocía?

—No sabía si lo entendería.

—No veo por qué no había de entenderlo.

—Conocer las cosas por su nombre, es una cosa; conocerlas por la vida, el tacto y el corazón, es otra muy distinta. Ahí es donde la vida abusa de la juventud. Usted no puede comprenderlo del todo.

—Es posible que no.

—No lo comprende y ahí está la dificultad. Si yo le contara los hechos, interpretaría todo el asunto a su manera, puesto que me ama, y llegaría a la conclusión de que yo me había portado de un modo honrado y noble. Pero no fue así.

—No me preocupa mucho la moralidad ni ninguna de esas cosas —dijo Ana Verónica.

—Es posible que no le preocupen, pero un ser humano tan joven y tan puro como usted, tiende siempre a ennoblecerlo todo.

—Pero yo estoy endurecida moralmente.

—Entonces tiene una dureza pura y limpia. Ya sé que tiene algo de dureza, y eso es lo que la convierte a mis ojos en una mujer adulta. En este momento le estoy hablando como si tuviera toda la sabiduría del mundo. Voy a hablar con toda claridad. Es mucho mejor. De este modo podrá volver a su casa y reflexionar antes de que volvamos a hablar de nuevo. Quiero que sepa perfectamente con lo que va a enfrentarse.

—Creo que debo saberlo.

—Pero le advierto que no tiene nada de romántico.

—Bien, empiece a contármelo.

—Me casé muy joven —dijo Capes—. En mi naturaleza hay una vena demasiado ardiente... Debo decirle esto al principio si es que quiero que me comprenda. Me casé con una mujer a quien todavía considero como la criatura más hermosa del mundo. Es un año mayor que yo y su temperamento es orgulloso, sereno y frío. Si algún día llegara usted a conocerla le parecería tan admirable como me parece a mí. Nunca en su vida ha cometido una acción innoble. Nos conocimos cuando los dos éramos muy jóvenes, tan jóvenes como usted ahora. Me enamoré y le hice el amor, pero no creo que ella... sintiera del todo lo mismo que yo.

Hizo una pausa momentánea. Ana Verónica guardó silencio.

—Se supone que estas cosas no suceden en la vida, y en las novelas se omiten... tales incompatibilidades. Los jóvenes ignoran su existencia hasta que se ven enfrentados con ellas. Mi mujer no comprende, no ha llegado a comprender nunca. Supongo que me desprecia. Nos casamos y durante algún tiempo fuimos felices. Ella era dulce y cariñosa, y yo la adoraba, pero no creo que ella me quisiera del modo como yo la quería.

Se interrumpió bruscamente.

—¿Comprende de lo que estoy hablando? De lo contrario no servirá de nada que continúe.

—Creo que sí —repuso Ana Verónica ruborizándose—. Es decir, sí, lo comprendo.

—¿A qué orden considera que pertenecen estas cosas, estos asuntos? ¿Al orden elevado o al orden inferior?

—Yo no clasifico las cosas —dijo Ana Verónica, que titubeó—. Para mí las pasiones y las flores están en el mismo orden.

—Por eso es un alivio hablar con usted. Bien, al cabo de algún tiempo sentí que mi sangre empezaba a arder. No vaya a creer que era nada espiritual ni hermoso, porque no había tal cosa. Poco tiempo después de casarnos (no hacía siquiera un año) me convertí en el amante de la mujer de un amigo, una mujer ocho años mayor que yo. No se imagine que aquello tuvo nada de hermoso. Fue un asunto estúpido, desprovisto de sentido, que comenzó de la noche a la mañana. Yo tenía la sensación de que estaba cometiendo un robo, aunque lo disfrazaba y los dos procurábamos idealizarlo. Debe saber que yo era deudor a su marido de mil detalles y favores. Pero le traicioné para satisfacer una gran necesidad. A ella le ocurría lo mismo. Sentíamos que éramos ladrones, y lo éramos. Nos atraíamos mutuamente, pero eso era todo. Bien, un día su marido nos descubrió y se negó a darnos cuartel. Se divorció de ella. ¿Le va gustando la historia?

—Siga —dijo Ana Verónica con voz ronca—. No se interrumpa.

—Mi mujer se sintió indeciblemente herida y ultrajada y nació en ella un profundo desprecio hacia mí. Todo su orgullo se alzó contra mi persona. Además, ocurrió algo especialmente humillante para mí, y es que hubo un codemandado cuya existencia yo había ignorado antes del juicio. No sé por qué aquello me humilló tanto, pero así fue. No hay lógica en estas cosas.

—¡Pobre amor mío! —exclamó Ana Verónica.

—Mi mujer se negó absolutamente a tener nada que ver conmigo, y ni siquiera me dirigió la palabra. Insistió en la separación. Tenía dinero propio, mucho más que yo, de modo que no había ninguna dificultad en aquel aspecto. Ahora se ha dedicado a obras sociales.

—Y...

—Eso es todo. Casi todo. Espere, mejor será que le diga aún más. Por el simple hecho de haber dado lugar a un escándalo y de haber arruinado una vida, no se suavizan las pasiones. Nada ha cambiado. Mi sangre seguía ardiendo después de aquello como había ardido antes. El hombre tiene más libertad que la mujer para hacer el mal.

Y de un modo que no tiene nada de romántico, yo soy un hombre vicioso. Así... es mi vida privada. O lo ha sido hasta estos últimos meses. No le estoy hablando de mis tendencias pasadas, ya que éstas existen todavía. Hasta ahora no le he dado mucha importancia, puesto que lo más importante para mí era mi trabajo científico, las conferencias y los libros que escribo. Muchos de nosotros somos así. Pero, como ve, no soy el hombre adecuado para dar la clase de amor que usted espera. Usted es tan limpia como el fuego. Sus ojos son claros y transparentes, como los de un ángel...

Se interrumpió bruscamente, incapaz de continuar:

—¿Y qué más?

—Eso es todo.

—Me resulta extraño pensar en usted bajo este aspecto. Yo no creí..., no sé lo que creía. Pero si sé que todo esto le hace humano a mis ojos, le hace real y palpable.

—Pero ¿no comprende lo que significa? ¿No ve que impide nuestro amor? Debe reflexionar. Todo lo que le he contado está completamente fuera de toda su experiencia anterior.

—Creo que no cambia las cosas en absoluto, excepto en un pequeño detalle. En que le amo más aún. Siempre le he querido, pero nunca soñé, ni en mis sueños más osados, que usted pudiera necesitar de mí.

De la garganta de Capes salió un sonido ahogado, como si fuera un sollozo, y durante algún tiempo los dos permanecieron demasiado conmovidos para poder hablar. Descendían la cuesta que lleva a la estación de Waterloo.

—Vuelva a su casa, piense en todo esto y mañana hablaremos de ello. No diga nada ahora. La amo. La amo con todo mi corazón. Es inútil ocultarlo por más tiempo. No hubiera podido hablarle de este modo olvidando todo lo que nos separa, olvidando su poca edad, si no la amara de un modo total. Desearía ser un hombre libre y limpio... Tendremos que hablar de todas estas cosas con serenidad. Afortunadamente habrá muchas ocasiones de poder hacerlo, y, además, ocurra lo que ocurra, nada podrá impedir que seamos los mejores amigos del mundo.

—Nada lo impedirá —dijo Ana Verónica con radiante expresión.

—Antes había entre nosotros algo que nos separaba, un fingimiento por mi parte que ya ha desaparecido.

—¡Para siempre!

—No es verdad que la amistad y el amor sean incompatibles, y en cuanto a su maldito compromiso...

—Se acabó también.

Llegaron a la estación y permanecieron juntos al lado del tren. Capes cogió una de las manos de Ana Verónica.

—Será maravilloso tenerla por amiga..., por amiga amante. Nunca pude imaginar tener una amiga como usted.

Ella sonrió, segura de sí misma y sin necesidad de recurrir a fingimiento alguno. ¿Acaso aquello no había quedado ya decidido?

—Quiero que sea mi amiga —insistió él como si se enfrentara con alguna oposición por parte de ella.

5

Al día siguiente Ana Verónica le esperó en el laboratorio a la hora de almorzar, con la seguridad de que acudiría a su lado.

—Bien, ¿ha reflexionado? —preguntó Capes sentándose junto a ella.

—He estado pensando en ti toda la noche.

—¿Y qué?

—Nada de lo que me contaste ayer me importa en absoluto.

Él la contempló en silencio unos instantes y al fin dijo:

—Creo que no podremos luchar contra nuestro amor. Yo soy tuyo y tú eres mía... Soy como una criatura que acaba de despertar y que abriera los ojos para encontrarse a tu lado. Pienso en ti continuamente, recuerdo pequeños detalles y aspectos de tu voz, de tus ojos, de tu modo de andar, de la forma en que crece tu cabello a ambos lados de tu frente. Creo que siempre te he querido... siempre. Aun antes de conocerte ya te quería.

Ana Verónica continuó sentada con la mano apoyada en el borde de la mesa y sintió que comenzaba a temblar violentamente. Se puso en pie y se dirigió a la ventana.

—Tenemos que ser amigos —dijo Capes.

Ella le tendió los brazos.

—Quiero que me beses —dijo.

Él agarró con fuerza el entrepaño de la ventana hasta que los

nudillos le resultaron blancos en el dorso de la mano.

—Si lo hiciera... —dijo—. ¡Pero no! Quiero prescindir de eso, al menos durante algún tiempo. Quiero darte tiempo para reflexionar. Yo soy un hombre con cierta experiencia y tú eres una niña que no conoces la vida. Siéntate de nuevo y hablemos fríamente. No quiero que el instinto domine las relaciones entre nosotros. ¿Estás segura de que es eso lo que deseas?

—Te deseo a ti, deseo que seas mi amante, deseo entregarme a ti. Quiero serlo todo para ti. —Hizo una pausa momentánea—. ¿Está claro?

—Si no te amara más que a mí mismo, no sería tan prudente —repuso Capes—. Estoy convencido de que no has pensado bien en todo lo que te dije ayer y que no sabes lo que tus palabras significan. Nos queremos y nos obsesiona la idea de estar juntos, pero ¿qué podemos hacer? Yo estoy atado al laboratorio, tú vives lejos de aquí. Significaría tener entrevistas furtivas.

—No me importa.

—Destrozaría tu vida para siempre.

—Al contrario, la haría mucho más completa. Quiero ser tuya, y esto es algo que está completamente claro en mi corazón. Para mí eres completamente distinto al resto del mundo, eres la única persona que puedo comprender y a cuyo lado me siento tranquila y dichosa. Pero no te idealizo. No te imagines semejante cosa por un momento. Si siento así, no es porque tú seas bueno, sino porque es posible que yo sea , mala. Y, además, en ti, en toda tu persona, hay algo lleno de vida, algo vibrante y fuerte que me atrae irremediabilmente. Algo desconocido y maravilloso nace de nuevo en mi interior cada vez que te veo, y que muere cuando nos separamos. Como ves, soy muy egoísta y pienso demasiado en mí misma. Tú eres la única persona a quien he concedido pensamientos desinteresados y generosos. Si no aceptas la vida que te entrego, acabaré por destruirla, y si me amas, en ti está mi salvación. Sé lo que hago mejor que tú.

Entre los dos se hizo un silencio elocuente, que redujo a la nada todos los razonamientos de Capes. Ana Verónica permanecía de pie ante él, sonriendo débilmente.

—Creo que hemos agotado toda posible discusión —dijo.

—Creo que sí —repuso él con gravedad.

Entonces la cogió entre sus brazos, acarició su cabello y la besó en los labios con ternura.

6

Pasaron el sábado siguiente en Richmond Park y hablaron de su situación mientras experimentaban la felicidad de poder estar juntos durante toda la tarde de un día de primavera.

—Tienes todo el frescor de la juventud y de la primavera —dijo Capes—. Ser amantes como lo somos nosotros, unidos solamente por un beso, es algo parecido al brillo del rocío a la luz del sol. Hoy amo todas las cosas y amo todo lo que hay en ti, pero más que nada me hace feliz la inocencia que existe entre los dos. No puedes imaginarte lo mezquino que resulta ser amantes furtivos.

—No hay nada de furtivo en esto que hacemos ahora —dijo Ana Verónica.

—Nada. Y haremos que siga siendo así. Haremos que nuestro amor sea limpio y puro.

Vagaron a la sombra de los árboles, se sentaron sobre la hierba, almorzaron al aire libre y charlaron toda la tarde en el parque, frente al río. Tenían un universo de que hablar..., dos universos...

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Capes mirando a lo lejos, más allá de la cinta dibujada perfectamente por el río.

—Yo haré todo lo que tú quieras —respondió Ana Verónica.

—Mi primer amor fue una equivocación —dijo Capes—. El amor es algo que hay que cuidar con ternura. Es una planta maravillosa pero muy delicada. Tengo miedo de destrozar sus pétalos y convertirlo en algo mezquino y sucio. ¿Cómo podré explicarte lo que siento? Te amo más allá de toda medida y tengo miedo, tengo el mismo miedo de un hombre que ha encontrado un tesoro y teme perderlo.

—Sabes muy bien que cuando fui a ti me puse en tus manos.

—Por eso, en cierto sentido, me siento tímido y lleno de temores. No quiero destrozarte.

—Como tú quieras, querido. Nada de lo que tú hagas puede parecerme mal. Nada. Sabía perfectamente lo que hacía cuando me entregué a ti.

—¡Dios haga que nunca te arrepientas! —exclamó Capes.

Ella le tendió una mano, que él apretó con fuerza.

—No es nada seguro que podamos casarnos algún día. He estado pensando y creo que lo que debo hacer es volver de nuevo junto a mi esposa y tratar de cumplir con mi obligación. Durante mucho tiempo tú y yo tendremos que ser solamente amigos.

Hizo una pausa y ella respondió muy lentamente:

—Como tú quieras.

—¿No crees que sería lo mejor? —insistió él. Y viendo que Ana Verónica callaba, añadió—: ¿Qué puede importar, puesto que nos amamos?

7

Había pasado menos de una semana después de aquella conversación, cuando un día Capes fue a sentarse junto a Ana Verónica para charlar a la hora de comer, como tenían por costumbre. Cogió un puñado de almendras y pasas que ella le ofrecía —porque ambos habían dejado de salir a comer fuera— y retuvo su mano un momento para besar las yemas de sus dedos. Guardó silencio durante unos instantes.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Vee... —repuso él sin hacer ningún movimiento—. Vente conmigo.

—¿Qué has dicho?

Ana Verónica no comprendió inmediatamente el significado de sus palabras, y, cuando lo hizo, su corazón empezó a latir de un modo tumultuoso.

—Tenemos que poner fin a esta situación —explicó Capes—. No puedo soportarlo. Vente conmigo y vivamos juntos hasta que podamos casarnos. ¿Te atreverías a hacerlo?

—¿Quieres decir... hoy mismo?

—Cuando termine el curso. Es el único camino que nos queda. ¿Estás dispuesta a ello?

—Sí —repuso Ana Verónica—. ¡Naturalmente! Siempre. Es lo que he deseado desde el principio, lo que nunca he dejado de desear.

Contempló el vacío intentando retener las lágrimas, y Capes habló entre dientes.

—Existen innumerables razones por las que no se deben hacer estas cosas —dijo—. Innumerables razones. A los ojos de todo el mundo será algo horrible e inmoral y mucha gente nos considerará manchados para siempre... ¿Comprendes lo que quiero decir?

—¿Y a quién le importa la gente? —contestó Ana Verónica sin mirarle.

—A mí me importa. Significará para nosotros el aislamiento y la lucha contra todo.

—Si tú te atreves, yo me atrevo también —dijo Ana Verónica—. Nunca estuve tan segura de nada en la vida como lo estoy ahora de nuestro amor —añadió elevando hacia él su mirada límpida y transparente—. ¿Que si me atrevo? —Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas pero su voz era firme y no temblaba—. Tú no eres para mí únicamente un hombre, sino un ser distinto de todo, a quien no se puede clasificar en términos generales. Eres un elemento necesario en mi vida y nunca he conocido a nadie como tú. Tenerte junto a mí es lo único importante, sin que ninguna otra cosa pese para nada en la balanza. No me importa que nunca lleguemos a poder casarnos, y no me da miedo el escándalo ni las dificultades que tengamos que afrontar ni ninguna otra cosa. Es más, creo que lo deseo.

—Pues lo tendrás —dijo Capes—. Esto significa la oposición del mundo.

—¿Tienes miedo?

—Sólo por ti. Perderé mi puesto, porque hasta los ayudantes de Biología más incrédulos deben respetar el decoro. Y, además, tú eres mi alumna. Tendremos muy poco dinero.

—No me importa.

—Nos enfrentaremos con dificultades y peligros.

—A tu lado no me importan tampoco.

—¿Y tu familia?

—Mi familia no cuenta, ésa es la verdad desnuda. No cuenta para nada y además me tiene sin cuidado. —Capes abandonó de pronto su actitud meditabunda y exclamó:

—¡Demonios! Estoy esforzándome por tomar las cosas con serenidad y de un modo razonable, pero esto significa que nuestra

vida se va a transformar en una aventura maravillosa.

—¡Oh! —exclamó ella, radiante.

—Tendré que dejar la Biología y dedicarme a escribir, que es lo que siempre he deseado hacer. Sé que de este modo podré ganarme la vida por lo menos.

—¡Naturalmente!

—Además, la Biología empezaba a aburrirme. Todas las investigaciones son muy parecidas... y el trabajo creador me atrae con mucha más fuerza. Pero esto no son más que sueños. Al principio tendré que dedicarme al periodismo y trabajar duro... Lo que no es un sueño es esto: que tú y yo vamos a poner fin a todo y vamos a marcharnos de aquí.

—A marcharnos juntos —dijo Ana Verónica agarrada al borde de la mesa.

—«Para bien o para mal...».

—«En la riqueza y en la pobreza...». —No pudo continuar porque estaba llorando y riendo al mismo tiempo—. Desde el momento en que me besaste, esto era inevitable —dijo entre sollozos—. Sólo impidió que lo reconociera tu extraño código del honor. ¡Honor...! Cuando se siente un amor como el nuestro, hay que dejar de lado el honor.

Capítulo XV

LOS ÚLTIMOS DÍAS EN CASA

1

Decidieron ir a Suiza cuando el curso hubiera terminado. Por orgullo y también con el fin de evitar que el tiempo se le hiciera demasiado largo, Ana Verónica trabajó con gran fervor durante las últimas semanas. Estaba firmemente decidida a hacer un examen brillante y no ahogarse en el mar de encontradas emociones que amenazaba con sumergir todo su ser intelectual.

Pero no pudo evitar que sintiera una profunda exaltación cuando el amanecer de su nueva vida fue haciéndose más y más próximo... De vez en cuando su mente se movía con asombrosa actividad y daba forma a pensamientos e ideas que luego comunicaba a Capes; en otras ocasiones se sentía inundada por un gozo radiante, dorado e informe, que la dejaba como en un estado de pasividad. Contemplaba a la gente que se movía por el mundo ignorante de su secreto —su tía, su padre, sus compañeros de estudio, sus amigos y sus vecinos—, del mismo modo que el actor contempla, casi sin advertirlo, al público que respira en la sala del teatro. El público podía aplaudir, objetar o intervenir, pero la representación era suya, le pertenecía a ella y, dijeran lo que dijeran, la llevaría hasta el fin.

Según fue disminuyendo el número de días que la separaba de la gran aventura, la sensación de que ésta era inevitable fue haciéndose más intensa, y se mostró excepcionalmente considerada y afectuosa con su padre y su tía, preocupada por el dolor que iba a causarles. Su tía tenía la costumbre, que siempre le había resultado exasperante, de interrumpirla cuando estaba trabajando, para pedirle algún favor concerniente a la casa, pero ahora Ana Verónica la complacía con presteza, como para hacer con ello un acto de

anticipada propiciación. No sabía si confiarse a las Widdetts, pero pasó dos tardes enteras hablando con Constance sin referirse al asunto. También escribió a Miss Miniver y le hizo algunas insinuaciones cuyo significado su amiga no logró alcanzar.

Y al fin amaneció la mañana del último día que pasaría entero en Morningside Park. Se levantó muy temprano y se puso a pasear por el jardín, calentado por los rayos del sol, mientras recordaba toda su infancia. Estaba diciendo adiós a su infancia, a su hogar y a todo lo que hasta entonces había sido su vida; estaba a punto de salir a enfrentarse con el mundo, y esta vez no regresaría. Era la víspera de la experiencia más grande en la vida de una mujer. Visitó el rincón que había sido su jardín particular y donde las flores estaban ocultas por la hierba; visitó las plantas que habían servido de marco a su primer amor con aquel niño vestido de terciopelo, y el invernadero donde solía leer sus cartas secretas. En aquel sitio era donde se escondía huyendo de la persecución de Roddy... La parte exterior de la casa había sido para ellos los Alpes que solían escalar... Y allí, contra una pared, estaban los ciruelos cuya fruta habían robado a pesar de las órdenes de su padre. Recordó también que una vez, cuando comprendió que su madre había muerto, había escondido la cara entre la hierba a la sombra de un olmo que se levantaba al final del huerto y había llorado con toda su alma.

¡Cuán lejana y remota estaba aquella pequeña Ana Verónica! El corazón de aquella niña había desaparecido para siempre. La niña que se había enamorado de un príncipe de cuento de hadas con traje de terciopelo y bucles de oro, amaba ahora a un hombre de carne y hueso llamado Capes, de voz agradable y manos firmes y sensitivas. Pronto, muy pronto, iba a ir hacia él, iba a refugiarse en sus brazos para siempre. Andaría de su mano por un mundo nuevo y desconocido... La vida la había absorbido tanto hasta entonces, que no había vuelto a pensar en aquellas imágenes de su infancia. Ahora, de pronto, se hacían reales de nuevo, aunque muy remotas y distantes, y ella venía a despedirse...

Durante el desayuno estuvo excepcionalmente cariñosa con los suyos y después salió a coger el tren anterior al que solía coger su padre. Hizo esto para agradecerle porque sabía que él detestaba viajar en segunda clase con ella, y que también detestaba viajar en primera y en el mismo tren, cuando su hija iba en una clase

inferior, pensando en lo que diría la gente. De modo que la solución era ir en distinto tren. En la avenida, Ana Verónica se encontró con Ramage.

Fue un encuentro que le produjo una impresión extraña. Le vio con su clásico sombrero, en el extremo opuesto de la avenida. De pronto Ramage pareció tomar una decisión, cruzó hasta donde estaba ella y la saludó.

—Necesito hablar con usted —dijo—. No puedo olvidarla.

Ana Verónica dio una respuesta vaga, asombrada por el cambio que se había operado en él.

Ramage inició una conversación llena de pausas que duró hasta que llegaron a la estación. Ana Verónica apresuró el paso y él hizo lo mismo, sin dejar de hablar. Ella, más que responderle, le interrumpía con palabras que no estaban relacionadas con la conversación, ya que apenas le escuchaba. Sin embargo, creyó oírle jactarse de su inflexible voluntad y de que al fin siempre conseguía lo que deseaba. Después cambió de tono, volvió a amenazarla con el cheque y el escándalo y luego le pidió perdón rogándole que tuviera compasión de él porque su vida carecía de sentido si no la tenía a ella. Era evidente que estaba nervioso y que deseaba impresionarla. Para Ana Verónica aquel encuentro fue un acontecimiento, porque de pronto comprendió que Ramage y su indiscreción con él carecían ya de importancia. Hasta la deuda que tenía con aquel hombre era algo minúsculo y trivial.

Y, además se le ocurrió una idea brillante. Asombrada por no haber pensado antes en ella, le dijo de pronto que sin falta le pagaría las cuarenta libras la semana siguiente.

—Me alegro de que no volviera a enviarme aquellos billetes —dijo Ramage.

Ana Verónica se esforzó en vano por explicar lo inexplicable.

—No lo hice porque pensé que sería preferible mandárselo todo al mismo tiempo.

Él fingió no oír estas palabras, y, siguiendo con su idea fija, dijo:

—Usted y yo vivimos el uno al lado del otro. Debemos ser... modernos.

Ana Verónica sintió los latidos de su corazón. Aquélla era otra ligadura que tendría que romper. ¡Ser modernos! ¡Ella iba a ser tan primitiva como el pedernal!

Aquel atardecer, cuando Ana Verónica estaba cortando flores para adornar la mesa, su padre se dirigió hacia ella por encima del césped.

—Deseo hablarte, *Vee* —dijo.

Ana Verónica sintió que sus nervios en tensión se sobresaltaban y le contempló fijamente, en silencio, preguntándose qué sería lo que tendría que decirle.

—Esta mañana estuviste hablando con ese Ramage en la avenida y te acompañó hasta la estación.

—¿De modo que se trataba de eso? Se dirigió a mí y me habló.

—Sí, ya lo sé —dijo *Mr. Stanley*—. Bueno, pues no quiero que hables con él —añadió con firmeza.

Ana Verónica hizo una pausa antes de contestar.

—¿Crees que no debo hacerlo? —preguntó con aire de sumisión.

—No. —*Mr. Stanley* tosió y contempló la fachada de la casa—. No es hombre que... Es un hombre que no me gusta y no me parece correcto... No quiero que surja ninguna intimidación entre tú y un hombre de ese tipo.

Ana Verónica reflexionó.

—He tenido dos o tres conversaciones con él, papá.

—No tengas ninguna más. Yo... En fin, sólo puedo explicarte que es una persona que me resulta profundamente desagradable.

—¿Qué haré si viene hacia mí y me habla?

—Vosotras las mujeres tenéis siempre mil medios de mantener a un hombre a distancia, si queréis hacerlo. —Ana Verónica arrancó una margarita—. No tendría nada que objetar si no corrieran toda clase de historias acerca de Ramage. Él vive en un mundo que queda totalmente fuera de los límites de tu imaginación, y la manera con que trata a su esposa es indignante. En resumen, se trata de un hombre disipado y sin decoro.

—Intentaré no volver a verle —dijo Ana Verónica—. No sabía que mereciera de ti esa opinión, papá.

Hubo una pausa. Ana Verónica se preguntó lo que haría su padre si ella le contara con detalles toda la historia de sus

relaciones con Ramage.

—Un hombre como ése, mancha la reputación de una joven por el mero hecho de dirigirle la palabra. —Se ajustó las gafas sobre la nariz y titubeó antes de seguir hablando—. Hay que tener cuidado al elegir a los amigos y a los conocidos, porque insensiblemente éstos acaban por influirnos. *Vee*, supongo que no ves mucho a las Widgett ahora, ¿verdad?

—De vez en cuando voy a charlar con Constance.

—¿Ah, sí?

—En el colegio éramos íntimas amigas.

—Sí, pero de todos modos no sé si me gusta mucho que... Creo que debo decirte francamente lo que siento. —Su voz era tranquila y moderada—. Por supuesto, no me importa que la veas de vez en cuando, pero de todas formas hay ciertas diferencias, diferencias de ambiente, que pueden influir en nosotros, aun en contra de nuestra voluntad, y antes de que hayas tenido tiempo de darte cuenta puedes encontrarte metida en un lío. No quiero ser inflexible en este asunto, *Vee*... pero se trata de artistas. Ésa es la verdad. Y nosotros no tenemos nada en común con ellos.

—Supongo que no —dijo Ana Verónica volviendo a arreglar las flores que tenía en las manos.

—Generalmente las amistades que marchan a la perfección entre dos colegialas no son tan satisfactorias más adelante, a lo largo de la vida, a causa de las diferencias sociales.

—Yo quiero mucho a Constance.

—No me cabe duda, pero hay que ser razonable. Como tú misma reconociste una vez, hay que hacer concesiones al mundo. Con gente de esa clase pueden ocurrir muchas cosas que nosotros no deseamos que ocurran.

Ana Verónica no contestó y su padre sintió el vago impulso de justificarse.

—Es posible que te parezca exagerado, pero no puedo olvidar lo que le sucedió a tu hermana. Ya sabes que ella se metió en un grupo de gente de teatro sin ningún sentido de las conveniencias.

Ana Verónica deseó oír más detalles de la historia de su hermana desde el punto de vista de su padre, pero él no continuó y entonces le lanzó una rápida mirada. Ahí estaba, a dos pasos de ella, ansioso y preocupado porque creía que la responsabilidad de la

vida de su hija caía sobre sus hombros, completamente ignorante de lo que era aquella vida y de lo que iba a ser muy pronto; ignorante también de la naturaleza de sus ideas y pensamientos y explicando todo lo que en ella existía y él no podía comprender, como tonterías y caprichos. Nunca como en aquel momento había demostrado a Ana Verónica con tanta claridad, que las mujeres sólo podían agraderle de un modo: limitándose a cumplir sus deberes domésticos y no teniendo contacto con el mundo exterior. Ya tenía él bastante con ir y venir a la ciudad y cuidarse de que su familia no careciese de nada, sin necesidad de que ellas obraran también por su cuenta. No comprendía a Ana Verónica ni la había comprendido desde que fue demasiado mayor para sentarse en sus rodillas, y para que todo se deslizara sin contratiempos, cuanto menos conociera del mundo, mejor. Al comprender esto, Ana Verónica sintió que su corazón se endurecía hacia él.

—Es posible que no vea a las Widgett durante algún tiempo, papá —dijo lentamente—. No, no creo que vuelva a verlas por el momento.

—¿Ha surgido algo entre vosotras?

—No, pero creo que no vamos a vernos hasta dentro de mucho tiempo.

Ana Verónica se preguntó qué diría él si añadiera que aquello ocurriría porque pensaba marcharse muy lejos.

—Me alegro mucho —dijo *Mr. Stanley* sin disimular su satisfacción—. Me alegro muchísimo. —Y dando por terminado el asunto, añadió—: Nos estamos haciendo sensatos y creo que empiezas a comprenderme.

Titubeó momentáneamente y al fin se apartó de ella y se dirigió hacia la casa. Mientras, su hija le seguía con la mirada, pensando que todo su ser, hasta la curva de sus hombros y su modo de andar, parecía traducir una sensación de alivio ante la aparente obediencia de Ana Verónica.

«¡Gracias a Dios! —Parecía decir aquella figura que se alejaba—. Eso es asunto terminado. Hice mal en preocuparme por *Vee*». Seguramente se decía que su hija menor no le daría nunca más un disgusto y se alegraba de poder empezar una nueva novela o trabajar en paz en su micrófono, sin preocuparse lo más mínimo por ella.

¡Qué terrible desilusión le esperaba! Ana Verónica sintió el vago impulso de correr tras él, de exponerle su caso y de hacerle comprender lo que la vida significaba para ella. Mientras veía alejarse a su padre se calificó duramente de hipócrita.

«Pero ¿qué puedo hacer?», se dijo por fin.

3

Se arregló con sumo cuidado para cenar. Se puso un traje negro que le gustaba mucho a su padre porque le daba un aire respetable y hogareño. La cena transcurrió con normalidad mientras su padre leía un folleto y tía Mollie hacía proyectos para el gobierno de la casa durante el mes que la cocinera tenía de vacaciones. Después de cenar, Ana Verónica se dirigió a la sala con *Miss Stanley*. Su padre subió a su estudio para fumarse a solas una pipa. Ana Verónica le oyó silbar alegremente y se apiadó de él.

Estaba intranquila y excitada y no quiso tomar café, aunque sabía que de todas formas no iba a poder dormir en toda la noche. Cogió una de las novelas de su padre, que dejó en seguida. Subió a su cuarto para encontrar algo en qué entretenerse, se sentó en la cama y contempló la habitación que iba a abandonar para siempre, volviendo por último al salón, con una media para zurcir. Su tía se estaba haciendo un par de puños de ganchillo a la luz de una lámpara recién encendida.

Ana Verónica se sentó en la otra butaca y durante unos minutos se dedicó a zurcir en silencio y con muy poca habilidad. Después contempló a su tía y estudió su peinado y la línea clásica de sus facciones.

De pronto sus pensamientos se tradujeron en palabras.

—¿Has estado enamorada alguna vez, tía Mollie? —preguntó.

Miss Stanley levantó la vista sobresaltada y juntó las manos, que dejaron de trabajar.

—¿Por qué me preguntas eso, *Vee*?

—Porque de pronto se me ocurrió pensarlo.

—Ya sabes que fui la prometida de *él* durante siete años y que después murió —contestó en voz baja.

Ana Verónica murmuró unas palabras que su tía no pudo oír.

—Era un pastor y pensábamos casarnos cuando ganara lo suficiente. Era un Wiltshire Edmondshaw, una de las familias más antiguas.

Ana Verónica vaciló antes de hacer la pregunta que de pronto se había formulado en su imaginación.

—¿Y no te has arrepentido nunca de haber esperado, tía?

Miss Stanley tardó un momento en contestar.

—No ganaba lo suficiente para poder vivir los dos —dijo al fin saliendo de su abstracción—. Hubiera sido un paso precipitado e imprudente.

Ana Verónica contempló con penetrante curiosidad sus pensativos ojos grises y su cara de líneas delicadas. Por último *Miss Stanley* suspiró profundamente y consultó el reloj.

—Creo que voy a hacer un solitario —dijo.

Se puso en pie, dejó los puños que había estado haciendo en su cesta de labor y se dirigió al escritorio para sacar las cartas. Ana Verónica se levantó de un salto para traerle la mesa de juego.

—No conozco este nuevo solitario que haces ahora —le dijo—. ¿Me permites que me siente a tu lado, querida?

—Es muy difícil —repuso su tía—. ¿Quieres ayudarme a barajar?

Ana Verónica la ayudó y observó cómo colocaba las hileras de a ocho cartas sobre la mesa. Después permaneció quieta y en silencio, contemplándose de vez en cuando los brazos que había juntado sobre sus rodillas. Aquella noche se sentía extraordinariamente bien y la consciencia de su propio cuerpo le producía una sensación de puro deleite, pero se esforzó por fijar su atención en las cartas hábilmente manipuladas por las manos enjovadas de *Miss Stanley*.

Ana Verónica se dijo que la vida era maravillosa. Le parecía increíble que su tía y ella fueran criaturas de la misma sangre y parte del mismo torrente de vida que había inventado los faunos y las ninfas, Astarté. Afrodita, Freya y toda la belleza de los dioses. Su sangre cantaba canciones de amor en todos los tiempos, el perfume nocturno llenaba la atmósfera y las polillas que revoloteaban alrededor de la lámpara la hicieron soñar despierta con besos a la luz de la luna. Y, sin embargo, su tía, con el ceño fruncido, sorda a todas aquellas sensaciones y deseos, estaba haciendo solitarios... haciendo solitarios como si al morir su prometido hubiera muerto

todo el amor del universo. Un sonido que llegó hasta ella desde el piso superior le reveló que también la petrografía seguía su curso. ¡Un mundo gris y monótono! ¡Un mundo desprovisto de pasiones! Un mundo en el que las horas, sin significado alguno, se seguían unas a otras, esperando que algún día, un día lejano e incalculable, ocurriera aquello de lo que nadie podía escapar. Era la última noche que pasaba en aquel mundo contra el cual se había rebelado. La cálida realidad estaba ahora tan cercana que hasta le parecía poder oír su pulsación. En aquel momento, en Londres, Capes estaría haciendo las maletas y disponiéndolo todo; Capes, el hombre maravilloso cuyo contacto la convertía en un fuego ardiente. ¿En qué estaría pensando? Le faltaba ya menos de un día, menos de veinte horas... dieciséis horas. Lanzó una mirada al reloj que tictaqueaba impasible encima de la repisa de la chimenea y se sumió en rápidos cálculos. Para ser exactos, faltaban dieciséis horas y veinte minutos. Las estrellas habían esperado desde siempre aquel momento. A través de los cristales de la ventana vio como brillaban. Al día siguiente no habría luna...

—¡Creo que me va a salir! —dijo *Miss Stanley*—. Todo porque me han salido los ases.

Ana Verónica volvió bruscamente a la realidad, cambió de postura y de nuevo se dispuso a prestar atención al solitario.

—Mira, querida —dijo—, puedes poner ese diez encima de ese «valet».

Capítulo XVI

EN LAS MONTAÑAS

1

Al día siguiente Ana Verónica y Capes se sentían como recién nacidos, como si hasta entonces no hubieran vivido y se hubieran limitado a anticipar la existencia. Estaban sentados el uno frente al otro, con sus mantas y mochilas en el portaequipajes, en el tren nocturno que sale de *Charing Cross* y que enlaza en Folkestone con el barco de Boulogne. Los dos se esforzaban por concentrar su atención en revistas ilustradas y admiraban el paisaje de Kent a través de las ventanillas.

Cuando cruzaron el Canal aún no se había ocultado el sol y una leve brisa adornaba el mar con pinceladas de plata. Algunos de los pasajeros pensaron, al verles juntos, que debían ser recién casados por la felicidad que irradiaban, y otros, al comprobar la confianza y la familiaridad que había entre los dos, daban por sentado que llevaban casados muchos años.

En Boulogne cogieron un tren para Basilea. A la mañana siguiente desayunaron juntos en el bufete de la estación y subieron después al expreso de Interlaken, yendo de este modo por Spiez a Frutigen. En aquellos días el tren no llegaba más allá de Frutigen, de modo que mandaron el equipaje por correo a Kandersteg y se dispusieron a ir andando por un camino, a la izquierda de los precipicios de Blauer See, donde las enormes ramas de los árboles se sumergen en las azules profundidades de un lago helado y los pinos nacen de las rocas. Al pie de una de éstas, hay una pequeña posada suiza, donde se despojaron de sus mochilas, almorzaron y descansaron mientras aspiraban el perfume de la resina. Después se internaron en un bote en las misteriosas profundidades del See y juntos contemplaron los innumerables tonos azul y verde de

aquellos parajes. Ya entonces les parecía que llevaban viviendo juntos veinte años.

Con la excepción de una excursión a París organizada por el colegio, Ana Verónica no había salido hasta entonces de Inglaterra, por lo que le pareció que el mundo entero había cambiado y que hasta la misma luz era diferente. En lugar de casas y villas inglesas había chalets y casas de construcción italiana de un blanco reluciente; había lagos de esmeraldas y zafiros y tales montañas, tales masas de nieve como jamás hubiera podido soñar. Todo le parecía hermoso, desde los modales cariñosos del zapatero de Frutigen que le clavó unos clavos en las suelas de las botas, hasta las florecillas silvestres que brotaban por todas partes. Y Capes se había convertido en el hombre más alegre y más expresivo del mundo. En el tren, el mero hecho de tenerle a su lado, de haber cenado con él en el coche restaurante, y de verle después dormido en el asiento a un metro de distancia, hizo que su corazón latiera tan tumultuosamente que temió que sus compañeros de viaje pudieran oírlo. Aquello era demasiado maravilloso para ser real. Se había esforzado para no dormirse, temiendo perder un momento siquiera la sensación de su proximidad. Andar a su lado vestida como él, cargados los dos con una mochila, era la felicidad absoluta. Cada paso que daba le parecía un paso más en el umbral del paraíso.

Sólo una sombra se cernía sobre aquel cielo sin nubes: el recuerdo de su padre.

Se había portado mal con él, le había causado un profundo dolor y lo mismo había hecho con su tía. A los ojos de ambos, el paso que había dado era imperdonable y ya nunca podría convencerles de que había hecho lo único que podía hacer. Se acordó de su padre en el jardín y de su tía haciendo solitarios, como les había visto... ¿hacía cuántos siglos...? ¡Hacía sólo unas horas! Sintió como si les hubiera atacado por la espalda, y su recuerdo le hizo experimentar un profundo remordimiento, que no hacía disminuir en absoluto el océano de felicidad en que se hallaba sumergida. Pero deseó poderle dar a lo que había hecho una explicación que para ellos no resultara tan dolorosa como la realidad. La imagen de sus caras y especialmente la de su tía, cuando comprendieran lo ocurrido, no se apartaba de su mente.

—¿Por qué no pensará todo el mundo igual? —exclamó de pronto.

Capes contempló las gotas de agua que caían de la punta del remo.

—No lo sé, pero es evidente que todo el mundo piensa distinto.

—Yo siento que lo que hemos hecho es lo más lógico y lo más noble que podíamos hacer y quisiera decírselo a todo el mundo, quisiera jactarme a los cuatro vientos...

—Sí, ya lo sé.

—Les dije una mentira, muchas mentiras. Ayer escribí tres cartas y las tres las rompí. Era imposible decirles la verdad y por fin inventé una historia.

—¿No les dijiste cuál era nuestra situación?

—Di a entender que nos habíamos casado.

—Acabarán por descubrir que no es así.

—No lo descubrirán en seguida.

—Pero sí más pronto o más tarde.

—Es posible que poco a poco se enteren de la verdad... pero así, de pronto, era imposible explicárselo. Les decía en mi carta que sabía que papá no tenía confianza en ti ni en tu trabajo, que tú compartes las opiniones de Russell, y puesto que él aborrece a Russell, no podíamos esperar que diera su consentimiento para nuestro matrimonio. ¿Qué otra cosa podía decirle? Pensé que sería preferible que pensara lo que quisiera...

Capes introdujo el remo con fuerza en el agua.

—¿No te parece bien que lo hiciera así?

—Sí. Pero me hace sentirme culpable. —Y añadió, moviendo la cabeza—: Culpable respecto a ellos.

—También a mí...

—Lo malo que siempre ha ocurrido en las relaciones entre padres e hijos, es que no podemos evitar ponernos en su lugar. Ni los hijos creemos que ellos tienen razón, ni ellos creen que la tenemos nosotros. Es un callejón sin salida. En cierto sentido los equivocados somos nosotros, pero, sea como fuere, una de las dos partes tiene que sufrir.

—Desearía que nadie tuviera que sufrir —dijo Ana Verónica—. ¡Soy tan feliz! No quiero pensar en ello. La otra vez que les abandoné no me importó en absoluto, pero esto es muy distinto...

—Existe una especie de instinto de rebelión —dijo Capes— que no se relaciona únicamente con nuestros tiempos, aunque la gente así lo crea. Este instinto es parte integrante de la adolescencia. Mucho tiempo antes de que la religión y la sociedad lo consideraran como un problema, la adolescencia se rebelaba en lo más profundo de su corazón. No hay un instinto que sea lo suficientemente fuerte como para mantener unidas a las familias, que únicamente se mantienen así por costumbre, sentimentalismo y conveniencia económica. No creo que exista ningún afecto personal fuerte entre los padres y los hijos adolescentes. No lo hubo entre mi padre y yo. En aquellos días, yo no me permitía a mí mismo contemplar las cosas como eran, pero ahora puedo hacerlo con toda libertad. Él se aburría a mi lado mortalmente y yo le aborrecía. Esto está en contra de todas las leyes y costumbres, pero es la verdad... Sé que entre padre e hijo existen sentimientos afectuosos y tradicionales, pero eso es precisamente lo que impide el desarrollo de una amistad sincera entre los dos. Los hijos que idolatran a sus padres son esclavos y más tarde, en la vida, no sirven para nada. Hay que procurar ser mejor que el propio padre, o de lo contrario, ¿de qué sirven las generaciones sucesivas? La vida es rebelión, o de lo contrario no es vida.

Dio unos cuantos golpes de remo en silencio, contempló los remolinos del agua y reanudó el hilo de sus pensamientos.

—Quisiera saber si llegará un día en que no sea necesario rebelarse contra las costumbres y las leyes. ¿Se suprimirán alguna vez las discordancias? ¡Quién sabe! Es posible que alguna vez los viejos no guarden a los jóvenes prisioneros de sus ideas, y que los jóvenes no tengan que escapar a espaldas de los viejos. Es posible que se enfrenten con los hechos como tales y los comprendan. ¿Te das cuenta de lo maravilloso que sería el mundo si la gente se enfrentara con los hechos y supiera comprenderlos? No hay otra salvación. Algún día los seres humanos romperán las barreras de incompreensión que se alzan entre ellos, y las tragedias íntimas que ahora les desgarran no tendrán lugar... Es posible que el mundo llegue a una autoeducación que le saque de sus ideas fijas sobre la moral... ¿Crees tú, Ana Verónica, que cuando nos llegue la hora a nosotros sabremos comprender? La joven contempló el vuelo de un pájaro sobre sus cabezas.

—No lo sé. Me gusta dar un tono elevado a las estrellas y a las ideas, pero soy mujer y, como tal, deseo ser dueña de lo que me pertenece.

2

Capes reflexionó.

—Es curioso... —dijo—. En mi mente, sé perfectamente que lo que hacemos está mal y, sin embargo, lo hago sin sentir el menor remordimiento.

—Yo nunca estuve tan segura como ahora de que he obrado bien.

—Como dices, eres mujer —sonrió él—. Pero yo no estoy tan seguro como tú y siempre miro las cosas dos veces. La vida está compuesta de dos cosas mezcladas. La vida es ética... la vida es aventura. La aventura es más importante, pero la ética es la que la rige. La ética nos dicta una regla de conducta, pero la aventura es la que determina nuestros impulsos. Si la ética tiene algún significado, éste consiste en respetar las cadenas que nos atan, respetar las costumbres tradicionales. Si el individualismo tiene algún significado, éste estriba en romper esas cadenas... la aventura. ¿Qué preferirías tú? ¿Ser moral y ser la especie, o ser inmoral y ser tú misma? Nosotros ya hemos decidido ser inmorales, hemos desertado del puesto que teníamos en la sociedad, hemos cortado con nuestros deberes y obligaciones y nos hemos expuesto a riesgos que pueden destruirnos. No sé... Cumplimos las leyes para poder ser libres y estudiamos la naturaleza para no dejarnos gobernar ciegamente por ella. Supongo que en realidad la moral no tiene sentido, a menos que seamos fundamentalmente inmorales.

Ana Verónica le contempló en silencio mientras él daba libre curso a sus reflexiones.

—Piensa por ejemplo en nosotros —prosiguió Capes levantando la vista hacia ella—. Ninguna fuerza humana podrá convencerme de que no somos culpables. Tú desertas de tu hogar; yo abandono mi puesto y arrojé a los cuatro vientos el futuro que hubieras podido tener de seguir tu carrera. Aquí estamos, fingiendo ser lo que no somos, fingiendo que nuestra aventura está basada en los principios

más elevados. Cuando tú abandonaste tu hogar por primera vez, no fui yo quien te impulsó a ello y, sin embargo, saliste como una hormiga que sale para su noche de bodas. Nos conocimos por casualidad sin que en ello interviniera para nada el destino. Nos conocimos por casualidad y aquí estamos, un poco asombrados de lo que hemos hecho, habiendo dejado a un lado todos los principios morales y sintiéndonos orgullosos de nosotros mismos. De todo esto hemos sabido sacar una especie de armonía y... ¡es maravilloso!

—¡Es divino! —dijo Ana Verónica.

—¿Qué pensarías si alguien te expusiera con crudeza los hechos desnudos de nuestro caso y de lo que estamos haciendo?

—No me importaría —repuso Ana Verónica.

—¿Y si otra persona te pidiera consejo? Supón que alguien te dijera: «Mi profesor, un hombre casado y doce años mayor que yo, está apasionadamente enamorado de mí y yo de él. Nos hemos propuesto romper todas nuestras ligaduras, abandonar nuestras obligaciones, dejar a un lado los convencionalismos de la sociedad y empezar a vivir los dos juntos...». ¿Qué le dirías?

—Si me pidiera consejo le diría que no hiciera semejante cosa, que el hecho de sentir la menor duda convertía aquel proyecto en un imposible.

—Pero dejando ese detalle a un lado...

—De todos modos sería distinto. Porque no serías tú.

—Tampoco serías tú... Supongo que éste es el eje central de la cuestión. Las reglamentaciones están bien siempre que no se trate de especificar. Las reglas están hechas para cosas establecidas, como las piezas y las posiciones de un juego. Pero ni los hombres ni las mujeres son cosas establecidas, sino que todos ellos son experimentos... Cada ser humano es un nuevo objeto y existe para hacer nuevas cosas. Hay que saber decidir qué es lo que se quiere, asegurarse de que es eso efectivamente y hacerlo sin vacilar, tanto si para conseguirlo se vive como si se muere, porque se ha cumplido el fin para que se vino al mundo. Y nuestro fin era esto...

Capes guardó silencio y siguió remando, estremeciendo y haciendo temblar las profundidades azules del lago.

—Tú eres mi mundo —dijo Ana Verónica en voz muy baja mirándole a los ojos.

Dejó descansar después la mirada en las copas de los pinos que

cubrían las montañas iluminadas por el sol, contempló el cielo y una vez más fijó los ojos en su amado. Aspiró profundamente el aire fresco y dulce de la montaña. Sus ojos estaban llenos de ternura y sus labios, firmes y decididos, dibujaban la más feliz de las sonrisas.

3

Más tarde pasearon por el camino que serpenteaba por encima de la posada y hablaron de su amor. El reciente viaje les había causado cierto cansancio agradable, la tarde era cálida y tibia y parecía imposible respirar un aire más dulce. Las flores y el césped, las mariposas y los guijarros, les parecían tan interesantes como las mismas montañas. Sus manos se buscaban continuamente y entre ambos se producían profundos silencios.

—Yo había pensado seguir hasta Kandersteg —dijo Capes, pero me gusta este lugar. La posada está completamente vacía. Pasemos la noche aquí. Ya pensaremos mañana lo que hacemos y adonde vamos.

—De acuerdo —dijo Ana Verónica.

—Después de todo, ¡es nuestra luna de miel! Y este lugar es muy hermoso.

—Cualquier lugar sería hermoso... —dijo Ana Verónica en voz baja.

Durante unos instantes siguieron andando sin hablar.

—Muchas veces me pregunto —dijo al fin Ana Verónica— por qué te quiero y por qué te quiero tanto. Ahora sé lo que es una mujer perdida. Yo soy una mujer perdida y no me avergüenzo de ello. Quiero ponerme en tus manos. Quisiera poder empequeñecerme tanto que pudieras cogerme con la mano y rodearme con los dedos. Quiero que me aprietes con fuerza. Quiero que me envuelvas y no me dejes nunca libre... Quiero que lo tomes todo. ¡Todo mi ser! Ofrendarme a ti es un puro gozo. Nunca hasta ahora he hablado de este modo a ningún ser humano y me he limitado a soñar, huyendo asustada de mis propios sueños, como si mis sentimientos más recónditos estuvieran precintados. Pero ahora rompo los precintos para ti. Mi único deseo sería poder ser mil veces, diez mil veces, más hermosa...

Capes cogió una de sus manos y la besó con ternura.

—Eres diez mil veces más hermosa que ninguna otra criatura viviente. Tú eres tú. Tú eres toda la belleza del mundo. La belleza no significa, no ha significado nunca, otra cosa que tú. Era un simple heraldo de ti, una promesa de ti.

4

Echados en el suelo sobre el musgo, contemplaron como la tarde se convertía en noche en las grandes simas que les rodeaban. Varios chalets divisados a distancia y un trozo de la carretera les recordaron el mundo que habían dejado atrás, y comenzaron a hablar de él y de sus planes para el futuro.

—Tendremos que enfrentarnos con un mundo indeciso que fluctuará entre repudiarnos o perdonarnos, manteniéndose a la expectativa.. Incapaz de decidir si debe apedrearnos...

—Eso depende de si nosotros damos a entender que esperamos que nos apedree y nos repudie.

—Lo que no haremos.

—¡De ningún modo!

—Y entonces volverá a apreciarnos y procurará olvidar lo sucedido.

—Si le dejamos que lo olvide, ¡pobrecillo mundo!

—Eso si triunfamos —dijo Capes—, porque si llegamos a fracasar...

—Pero es que no fracasaremos —aseguró la joven.

Aquel día a Ana Verónica le parecía la vida una empresa sencilla y gloriosa. El saber que Capes estaba a su lado la hacía estremecerse y toda ella vibraba de un amor heroico, tan heroico, que llegó a creer que si los dos empujaban a los mismos Alpes, éstos se moverían sin ninguna dificultad. Siguió tumbada contemplando el cielo y arrancó una brizna de hierba.

—¿Fracasar? ¡Bah...!

5

Poco después se le ocurrió a Ana Verónica preguntarle los detalles del viaje que había proyectado. Capes sacó el mapa que tenía guardado en el bolsillo y se sentó con las piernas cruzadas como un ídolo indio, mientras ella continuaba en el suelo y seguía con la vista todos los movimientos de su dedo sobre el mapa.

—Esto es el Blauer See, y aquí descansaremos hasta mañana. ¿Te parece bien?

Hubo un breve silencio.

—Es un lugar muy agradable —repuso por fin Ana Verónica, mordisqueando la brizna de hierba mientras una sombra de sonrisa jugueteaba en sus labios—. ¿Y después?

—Después iremos al Oeschinensee, un lago rodeado de precipicios y barrancos con un hotel rústico desde el que se contemplan siempre las aguas del lago. Pasaremos unos días entre los árboles y las rocas, sin hacer absolutamente nada. Hay botes para atravesar el lago y grandes bosques de pinos. Después de descansar allí un día o dos, haremos alguna pequeña excursión y un poco de alpinismo. Después iremos a una cabaña que existe en este desfiladero y veremos el glaciar de Blumlisalp.

Al oír estas palabras Ana Verónica surgió del ensueño en que había estado sumida.

—¿Un glaciar? —preguntó.

—Sí, bajo la Wilde Frau..., a quien bautizaron con este nombre acordándose de ti.

Se inclinó hacia delante, besó a Ana Verónica en el pelo y una vez más fijó su atención en el mapa.

—Un día —continuó—, saldremos temprano y bajaremos a Kandersteg. Subiremos por estos caminos en zigzag y dejando atrás el Daubensee llegaremos a un pequeño hotel en el que no creo que haya mucha gente, situado casi al borde mismo de una roca. Allí podremos sentarnos a comer el uno junto al otro y contemplar el valle del Ródano, y allá a lo lejos el Matterhorn y el Monte Rosa y un número infinito de montañas bañadas por el sol y cubiertas de nieve. Y contemplándolas, querremos ir hasta ellas, que es lo que siempre ocurre con las cosas hermosas. Descenderemos como hormigas por una pared, hasta llegar al Leukerbad, y de allí iremos a la estación de Leuk, donde cogeremos el tren que nos llevará al

valle del Ródano. Una vez allí, y con el frescor de la tarde, emprenderemos la subida, contemplando por encima y por debajo de nosotros, cielo, montañas y rocas. Dormiremos en un albergue que existe a medio camino y al día siguiente saldremos para Saas Fée, el Saas de la Magia, el Saas del Pueblo Pagano. Allí nos encontraremos una vez más entre hielo y nieve, y unas veces pasaremos entre las rocas y los árboles y otras nos dedicaremos a escalar. Haremos una excursión por lo menos al valle desolado de Mattmark, de donde iremos al Monte Moro y allí estaremos a un paso del Monte Rosa, que es el mejor de todos.

—¿Es muy hermoso?

—Lo era cuando yo lo contemplé. Era maravilloso, era la reina de las montañas con sus ropajes de un blanco brillante y deslumbrador. Se elevaba por encima del nivel de todas las demás montañas, y a unos miles de pies más abajo había una masa de nubes de algodón. De repente, aquellas nubes empezaron a deshilacharse y a descubrir cañadas profundas cubiertas de musgo y de pinos, que bajaban por la ladera hasta tropezar al fin con un grupo de tejados del tamaño de cabezas de alfiler y con una diminuta carretera blanca. Aquello era Macugnana, en Italia. El día que contemples ese pueblecito de Italia será un día inolvidable para ti. Y ése será el final de nuestro viaje.

—¿No podemos ir a Italia?

—No, no tenemos tiempo. Tendremos que decir adiós a las montañas y a la nieve y volver a Londres para trabajar.

—Pero Italia...

—Italia es para las niñas buenas —dijo Capes poniendo una mano sobre el hombro de Ana Verónica—. No te preocupes, querida. Algún día iremos a Italia también.

—Oye, ¿sabes que verdaderamente eres tú el que manda?

—Sí, parece que soy yo el organizador de esta excursión —dijo él después de una pausa.

Ana Verónica apoyó una mejilla en una de las mangas de su chaqueta.

—Me gusta tu manga —dijo.

Continuó rozándola con la mejilla unos instantes y al fin levantó la mano de Capes que reposaba en el suelo y la besó.

—Oye, Vee: ¿no te parece que llevas las cosas un poco

demasiado lejos? —exclamó Capes—. Esto es..., es degradante. No debes hacer estas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque eres una mujer libre e igual a mí.

—Lo hago por propia y libre voluntad —dijo Ana Verónica besando de nuevo su mano—. Y esto no es nada comparado con lo que voy a hacer.

—Bueno..., supongo que no es más que una fase pasajera.

Capes se inclinó y dejó descansar la mano sobre el hombro de Ana Verónica durante irnos instantes, sintiendo que el corazón le latía aceleradamente y que todos sus nervios estaban en tensión. Ella permanecía completamente inmóvil, con las manos contraídas y el cabello revuelto. Capes se acercó más aún y la besó en la nuca con infinita ternura.

6

Hicieron casi todo lo que se habían propuesto, pero escalaron más de lo que creyeron que harían al principio, porque Ana Verónica demostró tener la cabeza firme y ser valiente, incluso demasiado valiente, aunque estaba dispuesta a moverse con cautela si él se lo ordenaba. Una de las cosas que más sorprendían a Capes en ella era su capacidad de ciega obediencia. Era evidente que disfrutaba cuando él le ordenaba la menor cosa.

Capes conocía bastante bien las montañas que rodeaban el Saas Fée, que anteriormente había visitado dos veces, de modo que a menudo se separaban de los demás turistas y subían a las alturas, donde se sentaban, comían emparedados, hablaban de mil cosas y trepaban por rincones inexplorados. Descubrieron también que sus intereses eran comunes y que se comprendían perfectamente. Se sentían completamente felices y satisfechos el uno del otro, y ambos descubrieron que los dos eran mejor de lo que habían esperado.

—Eres..., no sé... —dijo Ana Verónica en un momento dado—. Eres espléndido.

—No es que yo sea espléndido ni que lo seas tú —repuso Capes—, sino que los dos nos satisfacemos mutuamente, sabe Dios por qué. Es extraño; nunca creí que dos seres humanos pudieran llegar a

tal extremo de fusión. ¿De qué crees que está compuesta? ¿A qué crees que se debe? ¿A la textura de nuestra alma, o a la textura de nuestra piel? Nunca he sido un romántico ni un sentimental y creo que tampoco lo has sido tú, pero sé que si jamás te hubiera conocido y sólo me hubiera tropezado con un trozo de tu piel encuadernando un libro lo hubiera guardado siempre junto a mí. Todas tus faltas no son más que pequeñeces que contribuyen a convertirte en un ser real y humano.

—Las faltas y los defectos son lo mejor de todo —repuso Ana Verónica—. Hasta nuestras malas tendencias corren en el mismo sentido. Hasta nuestra animalidad...

—¿Animalidad? —repitió Capes—. Ni tú ni yo la tenemos, Ana Verónica.

—Pues aunque la tuviéramos.

—Lo principal es que tú puedes hablar conmigo y yo contigo sin que para ello tengamos que hacer el menor esfuerzo. Y ésta es la esencia de la vida, que está compuesta de cosas pequeñas como el diámetro de un cabello y de cosas tan grandes como la vida y la muerte. Yo siempre soñé con esto y nunca creí que pudiera existir. Ha sido la suerte más extraordinaria el encontrarlo, el accidente más increíble de mi existencia. Todas las personas que yo conozco, parecen haberse casado con extraños y hablar un lenguaje incomprensible para el compañero elegido. Todos parecen tener miedo de lo que el otro sabe y de su incomprensión. ¿Por qué no saben esperar?

—Nadie espera —dijo Ana Verónica—. Supongo que tampoco yo hubiera esperado, pero, como tú dices muy bien, he tenido una suerte maravillosa y he encontrado el compañero ideal.

—Los dos hemos encontrado al compañero ideal. Somos una excepción entre los mortales. Entre nosotros no existe ni una mentira, ni un fingimiento, ni una idea oculta que nos separe. No tenemos miedo, no nos preocupamos ni sentimos la necesidad de tener consideración por los sentimientos del otro. Hemos quemado los harapos que nos envolvían ligándonos a la vida civilizada y falsa... ¡Hemos salido de ellos bailando y estamos desnudos!

—¡Desnudos! —repitió Ana Verónica—. ¡Completamente desnudos!

Al volver de la escalada de aquel día —habían subido al Mittaghorn— tuvieron que avanzar por una pared al borde de una garganta entre rocas. El paso era difícil y peligroso, ya que las rocas aparecían cubiertas de trozos sueltos y resbaladizos. Utilizaron la cuerda, aunque no fue absolutamente necesario, y ello porque a Ana Verónica le resultaba simbólico y porque además les aseguraba que morían juntos, caso de que pisaran en falso y cayesen. Capes iba primero, buscaba los puntos adecuados para agarrarse y ayudaba a Ana Verónica a poner los pies en lugar seguro.

Cuando estuvieron a mitad de camino y todo parecía marchar a la perfección, Capes tuvo un sobresalto.

—¡Cielo santo...! —exclamó Ana Verónica con horror—. ¡Dios mío!

Y dejó de avanzar.

Capes se puso rígido y no se movió durante una fracción de segundo. Silencio.

—¿Todo va bien? —preguntó.

—¡Tendré que pagarlo!

—¿Eh?

—Me olvidé completamente. ¡Maldita sea!

—¿Eh?

—Dije que se lo mandaría.

—¿El qué?

—¡Eso es lo peor de todo!

—¿Lo peor?

—¡Olvidarme de este modo! ¡Es el colmo!

—¿Olvidarte?

—¡Y le dije que no me olvidaría! ¡Y le juré que haría cualquier cosa! ¡Le juré que me pondría a hacer camisas!

—¿Camisas?

—Camisas, sí, a un chelín y no sé cuánto la hora. ¡Oh, Dios mío! ¡Esto es una estafa! ¡Ana Verónica, eres una estafadora!

Pausa.

—¿Quieres explicarme a qué viene todo esto? —preguntó Capes.

—Se trata de cuarenta libras.

Capes esperó con paciencia.

—Lo siento..., pero tendrás que prestarme cuarenta libras.

—¿Es el delirio del mal de altura? Creí que te sentías perfectamente.

—No, ya te lo explicaré luego. No te preocupes. Ahora, sigamos adelante. Se trata de algo que incomprensiblemente había olvidado, pero que puede esperar. Cuando estuve en Londres la primera vez viviendo por mi cuenta, pedí prestadas cuarenta libras a *Mr. Ramage*. Gracias a Dios que tú lo comprenderás. Por eso fue por lo que dejé plantado a Manning...

Sí, ya estoy lista, vamos adelante. Todo esto lo había borrado completamente de mi memoria... Por eso se indignó tanto, ¿comprendes?

—¿Quién se indignó?

—*Ramage*..., por las cuarenta libras. —Ana Verónica colocó un pie sin ningún titubeo en un punto firme—. Amor mío —añadió—, no cabe duda de que me haces olvidarme de todo...

8

Al día siguiente hablaron nuevamente de su amor, sentados sobre una roca que dominaba un gran banco de nieve y un precipicio a la derecha del glaciar. El sol había aclarado de tal modo el cabello de Capes que parecía casi blanco. Los dos estaban bronceados y se sentían en inmejorables condiciones físicas. Las faldas que Ana Verónica trajera consigo al valle de Saas las había dejado en el hotel; así, vestía pantalones largos sujetos por un cinturón de cuero, indumentaria que le sentaba mejor que ninguna otra. Su cutis había resistido maravillosamente los efectos de la nieve y los rayos del sol habían acentuado su dorado color natural. Se había quitado las gafas negras y sonreía contemplando las cornisas iluminadas, las sombras azules, las enormes masas de nieve y la asombrosa luminosidad del Taschhorn y el Dom. No había ni una nube en el cielo, que exhibía un azul intenso.

Capes contempló admirado su belleza y comenzó a encomiar sus atractivos, los de aquel día maravilloso y los de su mutuo amor.

—Los dos brillamos como la luz a través de los cristales, y la vida es magnífica sintiendo este aire en la sangre y este calor en todo nuestro ser. ¿Volverá a ser tan maravillosa alguna vez?

Ana Verónica le tendió la mano, y exclamó:

—¡Es magnífica! ¡Es gloriosa! ¡Es divina...!

—Mira esa ladera cubierta de nieve y el precipicio que se ve al fondo. ¿Ves aquella mancha de color en medio del hielo, a mil pies o más de distancia? ¿Lo ves? Pues piensa..., no tendríamos que hacer más que dar diez pasos, echarnos en la nieve y abrazarnos y la ladera nos impulsaría hacia abajo. Caeríamos como una nube de espuma para quedar sumergidos en un sueño sin fin. Entonces estaríamos juntos eternamente, Ana Verónica. Entonces tendríamos la absoluta certeza de no separarnos jamás.

—Si me tientas mucho, lo haré —dijo la joven después de una pausa—. No necesito más que levantarme de un salto y arrojarme sobre ti y luego, mientras cayéramos, tú tendrías que explicarme... Pero sé que ni por un momento lo has pensado en serio.

—No, pero resulta hermoso imaginarlo.

—¿Por qué no lo dijiste en serio?

—Porque supongo que lo que tenemos por delante es mejor aún. ¿Qué otra cosa podría ser la razón? Nuestra vida en el mundo será completa, pero mejor. Si nos dejáramos deslizar por el glaciar, sería como estafar a la vida, como cobrarle el precio exigido y después negarse a vivir. ¡Y vamos a vivir, Ana Verónica! Sin duda alguna habrá malos ratos y dificultades en nuestra vida, pero tenemos cerebro y corazón para remontarlas y lengua para hablar el uno con el otro. Entre nosotros no habrá nunca incomprensiones y, además, tenemos valor suficiente para enfrentarnos con el mundo entero..., que creerá que le tenemos miedo si nos negamos a vivir. ¿Quién pensó en morir? Vamos a trabajar, vamos a vivir juntos, vamos a tener hijos...

—¡Niñas! —exclamó Ana Verónica.

—¡Niños! —replicó Capes.

—¡Las dos cosas! ¡Y muchos!

—¡No eres muy victoriana, que digamos! —exclamó Capes riendo.

—¿Qué importa? ¿Por qué negar que quiero tener docenas de hijos tuyos?

—**V**amos a hacer toda clase de cosas. Más pronto o más tarde vamos a solucionar el problema de las cárceles como la que me describiste. Lo haremos todo los dos solos. Es magnífico pensar que lo mismo podemos amarnos encima de una cornisa de los Alpes, que trasladando cubos de agua de un lado a otro. Nos amaremos en todas partes. La luz de la luna y la música son accesorios muy agradables, pero no imprescindibles. Al fin y al cabo, nos conocimos disecando animales. ¿Te acuerdas del primer día que pasamos juntos? Por todas partes nos envolvía aquel olor a alcohol metílico... Amor mío, es maravilloso recordar todas las ocasiones en que hemos estado juntos y las cosas que hemos hechos, como si se tratara de las cuentas de un rosario, o, mejor, de pepitas de oro. No quisiera que se perdiera ni un solo grano, pero inevitablemente algunos tendrán que desaparecer entre nuestros dedos.

—A mí no me importa que desaparezcan —dijo Ana Verónica—. No me importan los recuerdos, porque lo único que me importa eres tú. El momento actual es inmejorable... hasta que llega el siguiente. Así es como yo siento. ¿Por qué hemos *nosotros* de amontonar reservas? Nosotros no vamos a extinguirnos. Sólo los desgraciados que saben que su amor tendrá fin, necesitan agarrarse a los pequeños detalles y anotarlos en los libros para poder recordarlos. Nosotros nunca viviremos del pasado, sino que nos amaremos de nuevo a cada momento. Somos dos seres idénticos y afines y seguiremos siéndolo para siempre.

—Dos seres idénticos y afines —repitió Capes, llevándose a la boca, y mordiéndola, la punta del dedo meñique de Ana Verónica.

—Creo que nosotros no nos hacemos ilusiones falsas —dijo Ana Verónica.

—Ninguna. Nos conocemos perfectamente y, sin embargo, siento como si te hubiera conocido ayer. Cada día que pasa descubro que eres más maravillosa de lo que me había imaginado la noche anterior.

10

—¡Pensar que eres diez años más joven que yo! —exclamó Capes—. Hay momentos en que me haces sentirme muy pequeño e

insignificante a tu lado. Todo eso del certificado de nacimiento y demás papelerías no son más que mentiras. Tú eres uno de los inmortales. ¡Eres inmortal! Tú existías en el principio, y todos los hombres que desde entonces han sabido lo que es el amor se han rendido a tus pies. Eres mi amiga querida, no eres más que una niña, pero en algunos momentos, cuando apoyaba la cabeza en tu pecho y tu corazón latía junto a mis oídos, he comprendido que eres una diosa, he deseado ser tu esclavo, he deseado que pudieras matarme para tener la felicidad de morir a tus manos. Eres la gran sacerdotisa de la vida...

—Soy tu sacerdotisa —susurró Ana Verónica con dulzura—, una pobre sacerdotisa que no sabía nada de la vida hasta que vino a ti.

11

Durante algún tiempo permanecieron silenciosos, sumidos en el gozo de su mutuo amor.

—Bueno —dijo Capes al fin—, tenemos que bajar, Ana Verónica. La vida nos está esperando.

Se puso en pie y esperó a que ella se moviera.

—¡Dios santo! —exclamó Ana Verónica—. ¡Y pensar que no hace aún un año era yo una colegiala rebelde, ignorante, perdida en un mar de confusiones y sin poder adivinar que esta incontenible fuerza de amor se estaba abriendo camino para llegar a mí! Todos aquellos descontentos y aquellas dudas informes, no eran más que los dolores del alumbramiento del amor. Sentía que vivía en un mundo falso, sentía como si tuviera los ojos vendados, me sentía envuelta en tupidas telarañas que me cegaban y que se introducían hasta en mi boca. Mientras que ahora..., mi amor querido... La primavera vive en mí. Soy amada. ¡Quisiera saber cantar y bailar! Me alegro de vivir porque tú vives, me alegro de ser mujer porque tú eres hombre... ¡Soy feliz! Doy gracias a Dios por darme la vida y por darme a ti. Doy gracias a Dios por acariciar tu cara con un rayo de su sol. Doy gracias a Dios por la belleza que amas y por las imperfecciones que amas también, y doy gracias a Dios por todas las cosas grandes y pequeñas que nos hacen ser como somos. ¡Oh, amor mío! Siento en mi interior todo el gozo y el llanto de la vida y toda la gratitud. Jamás una libélula recién nacida que extendiera las

alas para volar, en la primera mañana de su vida, se sintió más feliz de lo que yo me siento ahora.

Capítulo XVII

EN PERSPECTIVA

1

Unos cuatro años después, cuatro años y cuatro meses después, para ser exactos, *Mr.* y *Mrs.* Capes estaban juntos sobre una antigua alfombra persa que cubría el suelo del comedor de su piso y contemplaban la mesa puesta para cuatro personas, iluminada por una luz discreta y adornada con un ramo de guisantes de olor.

Capes apenas había cambiado en aquel intervalo de tiempo, pero Ana Verónica había crecido unos tres centímetros, su expresión era al mismo tiempo más fuerte y más dulce y toda ella producía una impresión mucho más femenina que en los lejanos días de su rebelión. Ahora era ya una mujer hasta en las yemas de los dedos; había dicho adiós a su adolescencia en el jardín de la casa de su padre cuatro años atrás. Estaba vestida con un traje muy sencillo de seda color crema con bordados antiguos y se había sujetado el cabello con una cinta de tisú de plata. Un collar de plata realzaba la belleza de su cuello. Marido y mujer fingieron una gran indiferencia a beneficio de la doncella que daba los últimos toques en el comedor.

—No está mal —dijo Capes.

—Creo que están todos los detalles —dijo Ana Verónica abarcando la habitación con la mirada de una buena ama de casa, aunque no de una fanática—. ¿Tú crees que habrán cambiado? —preguntó por tercera vez.

—En eso no puedo sacarte de dudas —repuso Capes.

Atravesó un gran arco enmarcado por cortinas de color azul oscuro y entró en la habitación que servía de vestíbulo. Ana Verónica le siguió, después de lanza una última mirada a los preparativos para la cena y se reunió con él, frente al alegre fuego

de la chimenea.

—Todavía no salgo de mi asombro por el hecho de que vayamos a ser perdonados —dijo.

—Supongo que lo debes a mi atractivo personal.

—¿Le hablaste del registro civil?

—No..., al menos no con tanto énfasis como le hablé de la obra.

—¿Te dirigiste a él movido por una inspiración momentánea?

—Me sentí osado. No había estado en la «Royal Society»... desde que me raptaste. ¿Qué es eso?

Los dos permanecieron en silencio, escuchando. Pero no se trataba de la llegada de los invitados, sino de la doncella, que se movía en el vestíbulo.

—¿Sabes que eres un hombre maravilloso? —dijo Ana Verónica acariciándole una mejilla con el dedo.

—Me interesé de verdad por su trabajo. Hablé con él *antes* de leer su nombre en una tarjeta junto a la fila de microscopios. Al verlo seguí hablándole y comprobé que sustentaba una pobre opinión de sus contemporáneos. Por supuesto, él no tenía la menor idea de quién era yo.

—Pero ¿cómo se lo dijiste? No me lo has contado. ¿Hubo una escena?

—Vamos a ver... Le dije que hacía cuatro años que no acudía a la «Royal Society» y llevé la conversación al tema de los mendelianos. Le atraen los mendelianos porque detesta los nombres de los filósofos de fin de siglo. Después creo que le dije que la ciencia estaba vergonzosamente mal remunerada, y le confesé que yo había optado por dedicarme a trabajos más provechosos. «Soy un nuevo autor teatral —le dije—. Mi nombre es Thomas More. ¿Lo conoce?». ¡Y lo conocía!

—Se ve que eres famoso.

—¿Verdad que sí? «No he visto su obra, *Mr. More* —me dijo—, pero tengo entendido que es lo mejor que están representando en Londres. Un amigo mío, Ogilvy...» (supongo que se tratará del Ogilvy que resuelve todos los casos de divorcios, ¿no es cierto, Vee?) «... mi amigo Ogilvy la alabó muchísimo».

Capes contempló sonriente a su mujer.

—Estás desarrollando una memoria demasiado buena para las alabanzas —dijo Ana Verónica.

—Son una novedad y estoy pasando por la primera fase de asombro. Pero no te preocupes, que ya se me pasará. Inmediatamente le dije con toda franqueza que la obra me iba a dar diez mil libras de beneficio, y después asumí un aire de ave de mal agüero para prepararle a la revelación.

—¿Cómo asumiste aire de ave de mal agüero? ¡Hazlo para que yo lo vea!

—Cuando estoy a tu lado no puedo hacerlo, pero te aseguro que lo hice entonces. «Mi nombre no es More, *Mr. Stanley* —le dije—. More no es más que un seudónimo».

—¿Y entonces?

—Entonces continué, bajando la voz: «El hecho, *Mr. Stanley*, es que soy su yerno, Capes. ¿Quiere venir a cenar con nosotros cualquier noche? Mi mujer se sentiría muy feliz si lo hiciera».

—¿Y qué dijo él?

—¿Qué dice uno cuando le espetan una invitación a la cara como un pistoletazo? «Le recuerda constantemente»; le dije sin darle tiempo a que se repusiera de la sorpresa.

—¿Y aceptó sin rechistar?

—¿Qué podía hacer? No podía improvisar una escena cuando aquella bomba inesperada le había dejado casi mudo. ¿Qué querías que hiciera si yo me comportaba como si la situación no pudiera ser más normal? Y en aquel momento el cielo envió en mi socorro a Manningtree. No te he contado la afortunada intervención de Manningtree, ¿verdad? Tenía un aspecto enormemente distinguido, con una gran banda púrpura en el pecho. No sé qué era lo que aquella banda significaba, pero lo que sí sé es que tiene un título nobiliario: «¡Hace mucho que no se le ve por aquí. Capes!», me dijo poniéndome una mano en la espalda. Como una flecha aproveché la ocasión y se lo presenté a mi suegro, y creo que entonces fue cuando éste acabó de decidirse. Sí, fue Manningtree quien decidió a tu padre a aceptar mi invitación. Él...

—¡Aquí están! —dijo Ana Verónica cuando el timbre comenzó a sonar.

Recibieron a sus invitados en el vestíbulo con auténtica y sincera emoción. *Miss Stanley* se quitó un abrigo negro, revelando un discreto traje de seda color castaño y abrazó a Ana Verónica con cariño.

—Hace una noche tan fría que temí que volviera la niebla —dijo con un ligero nerviosismo.

La presencia de la doncella impedía que todos dieran rienda suelta a sus emociones. Ana Verónica pasó de su tía a su padre, le abrazó y le dio un beso en cada mejilla.

—¡Papá querido! —exclamó, comprobando con infinito asombro que sus ojos se llenaban de lágrimas. Pero logró sobreponerse y le ayudó a quitarse el abrigo.

—¿De modo que éste es tu marido? —oyó preguntar a tía Mollie.

Los cuatro entraron en la sala y *Mr. Stanley* se acercó a la chimenea y extendió las manos delante del fuego.

—Hace demasiado frío para la época del año en que estamos —declaró.

—Tenéis un piso muy bonito —dijo *Miss Stanley* mientras Capes le hacía tomar asiento en una butaca.

—¡Vee, deja que te mire! —exclamó *Mr. Stanley* mirando a su hija con afecto.

Ana Verónica, que sabía que el traje que llevaba puesto la favorecía, hizo una reverencia.

Afortunadamente, no esperaban a nadie más y la joven se alegró de haber ordenado que sirvieran la cena en seguida. Capes permaneció de pie junto a la tía Mollie, que sonreía de un modo ligeramente forzado, y su suegro, esforzándose por aparentar naturalidad, tomó posesión de la chimenea.

—¿No tuvieron ninguna dificultad en dar con nuestro piso? —preguntó Capes, temiendo que se hiciera un silencio embarazoso—. A veces no se ven bien los números de las puertas. Deberían poner un farol.

Su suegro declaró que no habían tenido ninguna dificultad.

—La cena está servida —dijo la doncella desde la puerta.

Y lo peor había pasado.

—Vamos, papá —dijo Ana Verónica, disponiéndose a seguir a su

marido y a la tía Mollie. Con un impulso de ternura filial, apretó cariñosamente el brazo de su padre.

—Un muchacho excelente —le dijo éste sonriendo—. Lamento no haberlo comprendido antes.

—Un piso encantador —dijo *Miss Stanley*—. ¡Encantador! ¡Y tan admirablemente decorado!

La cena fue excelente; todo marchó a la perfección y todo estaba en su punto, desde la sopa hasta el postre de *marrons glacés* con crema. Capes y *Mr. Stanley* se enzarzaron en una agradable conversación que las dos damas escucharon en un silencio apreciativo, salpicado de comentarios breves. En una o dos ocasiones se tocó el tema de la controversia mendeliana, pero se evitó cuidadosamente toda discusión seria y hablaron sobre todo de las letras y de las artes y del teatro inglés. *Mr. Stanley* opinó que la censura debía extenderse a la buena literatura moderna, que amenazaba con verse contaminada por la tendencia viciosa de la época. Declaró que un libro no podía ser satisfactorio si dejaba mal sabor de boca, aunque mientras lo leyera el lector lo hubiera encontrado interesante. Declaró que a él personalmente no le agradaba recordar los libros que había leído ni las comidas que había hecho, una vez terminadas, y Capes se mostró al punto de acuerdo.

—Ya es bastante complicada la vida sin necesidad de que las novelas nos la compliquen más aún —sentenció *Mr. Stanley*.

Por un momento Ana Verónica perdió el hilo de la conversación al escuchar un comentario de su tía acerca del plato de pescado y lo bien preparado que estaba, y cuando volvió a prestar atención a los hombres descubrió que estaban hablando del problema de la depreciación de la propiedad urbana a causa del tráfico siempre creciente del West End. Entonces se dijo que aquella escena debía sin duda pertenecer a un sueño. Le pareció que su padre no había cambiado en absoluto y sintió que la inundaba una oleada de ternura hacia él. Era evidente que le había costado mucho hacerse el lazo de la corbata. ¿Por qué observaba detalles tan insignificantes como aquél? Capes estaba perfectamente tranquilo y seguro de sí mismo, pero ella sabía que era sólo en apariencia y que en el fondo le dominaba el nerviosismo. Deseó que la cena terminara para que pudiera fumar y calmarse un poco. ¿Qué había esperado ella de la

reconciliación? Se estaba haciendo demasiado impresionable...

Deseó que su padre y su tía no comieran con tanta satisfacción. Los dos hombres, que habían estado un poco pálidos en el primer momento, comenzaban a acalorarse. Era una lástima que hubiera que comer para vivir.

—Creo poder asegurar —decía *Mr. Stanley* en aquel momento— que he leído al menos la mitad de las novelas de mayor éxito durante los últimos veinte años. Suelo leer tres a la semana, y si son cortas, a veces hasta cuatro. Las cambio por las mañanas en Cannon Street.

Ana Verónica pensó entonces que era la primera vez que veía a su padre en una cena fuera de casa, la primera vez que le contemplaba como a un igual. Observó que con Capes se mostraba casi deferente, actitud en que jamás le viera hasta entonces. La cena resultó más extraña de lo que se había imaginado. Era como si su padre se hubiera quedado pequeño, como si siempre hubiera sido, sin sospecharlo, un personaje secundario y su hija lo descubriera entonces por primera vez. Cuando al fin llegó el momento de poder dirigirse a su tía preguntándole si la acompañaba a la sala, se sintió intensamente aliviada.

Los hombres se pusieron en pie. *Mr. Stanley* dio un paso hacia las cortinas. Ana Verónica se dio cuenta que era uno de esos hombres a quienes no se presta mucha atención en sociedad.

Y, mientras tanto, Capes estaba pensando que su mujer era una criatura maravillosamente hermosa. Cogió del aparador una caja de plata con cigarros y cigarrillos, la puso delante de su suegro y, por el momento, se hizo el silencio entre los dos. Después Capes se dirigió a la chimenea, arregló un poco el fuego y se volvió hacia él.

—Ana Verónica tiene muy buen aspecto, ¿no cree?

—Mucho —afirmó *Mr. Stanley*—. Tiene un aspecto magnífico.

—La vida..., las cosas... Nuestro porvenir ahora es brillante.

—Los dos estaban en una situación muy difícil —declaró *Mr. Stanley*, que se interrumpió inmediatamente temiendo pisar terreno prohibido. Lanzó una mirada a la botella de Oporto y pensó que aquello era el mejor recurso—. Todo está bien si acaba todo bien —añadió—, y cuanto menos se hable de ello, mejor.

—Naturalmente —dijo Capes arrojando al fuego, por puro nerviosismo, un cigarro recién encendido—. ¿Un poco más de

Oporto, *Mr. Stanley*?

—No me parece mala idea —dijo el suegro.

—Creo que Ana Verónica no ha tenido nunca mejor aspecto —repitió Capes volviendo deliberadamente una vez más al tema prohibido.

3

Por fin pasó todo. Capes y su esposa acompañaron a *Miss* y a *Mr.* Stanley hasta la calle y les dejaron instalados en un taxi.

—Son encantadores —dijo Capes, cuando el vehículo desapareció de su vista.

—¿Verdad que sí? —Ana Verónica hizo una pausa y añadió, pensativa—: Pero los dos han cambiado.

—Vamos adentro. Vas a coger frío.

—Parecen más pequeños, incluso físicamente.

—Lo que pasa es que tú has crecido... A tu tía le gustó mucho la cena.

—Le gustó todo. ¿No la oíste alabar hasta la vajilla?

Subieron en silencio en el ascensor.

—Es extraño... —dijo Ana Verónica cuando entraron de nuevo en el piso.

—¿Qué es extraño?

—Todo.

Se estremeció y se acercó al fuego. Capes se sentó en una butaca a su lado.

—La vida es extraña —dijo la joven arrodillándose frente a las llamas—. ¿Tú crees que algún día llegaremos a ser como ellos? —Contempló a su marido con el rostro iluminado por el resplandor del fuego—. ¿Se lo dijiste? —preguntó.

Capes sonrió levemente.

—Sí.

—¿Cómo se lo dijiste?

—Con bastante torpeza.

—Pero ¿cómo?

—Le serví una copa de Oporto y le dije: «¡Va usted a ser abuelo!».

—¿Y se alegró?

—Se lo tomó con bastante calma. Dijo..., ¿te enfadarás si te lo repito?

—¡Claro que no!

—Dijo: «La pobre Alice tiene ya un sinfín de críos».

—Los niños de Alice son distintos —declaró Ana Verónica—, completamente distintos, porque ella no eligió al hombre que amaba... Yo también se lo dije a tía Mollie. Querido, me parece que habíamos calculado muy por alto la capacidad emotiva de mi familia.

—¿Qué dijo tu tía?

—Ni siquiera me dio un beso. Me dijo: «Espero que no te sientas muy mal, Vee, y no dejes de cuidarte mucho». Creo que debió pensar que no era muy delicado hablar de ello... considerando las circunstancias, pero se esforzó por estar cariñosa y vivir al día.

—Tu padre —dijo Capes contemplando el rostro pensativo de su mujer— dijo que todo está bien si acaba bien, y que estaba dispuesto a olvidar el pasado...

—¡Y yo que sufrí tanto pensando en su dolor!

—No dudes de que entonces debió sentirlo. Estoy seguro de que lo sintió.

—¡Quizá hasta hubiéramos renunciado a nuestra aventura por él!

—No hubiéramos renunciado por nada.

—Supongo que tiene razón y que todo está bien si acaba bien. Sin embargo, esta noche..., no sé...

—Yo me alegro de que se haya suavizado todo. Me alegro mucho... Pero si hubiéramos cedido...

Se contemplaron en silencio, y Ana Verónica tuvo uno de sus fugaces destellos de penetración.

—Nosotros no somos de los que cedemos. Hace mucho que decidimos no ceder... ¡Pensar que ese hombre es mi padre! Él se cernía sobre mí como una roca imponente, él era para mí la personificación del orden social y de toda la sabiduría. Y, sin embargo, viene a mi casa por primera vez, examina nuestro mobiliario para comprobar si es bueno, y no se alegra siquiera de que al fin podemos atrevernos a tener hijos.

Se dejó caer en el suelo y comenzó a llorar.

—¡Amor mío! —exclamó arrojándose en brazos de su marido—. ¿Te acuerdas de las montañas? ¿Recuerdas cómo nos amamos? ¡Con cuánta intensidad nos amamos! ¿Recuerdas la luz en que todo estaba bañado? Quiero tenerlo todo, quiero hijos, como quiero las montañas, la vida, el cielo y el amor. Hemos sido felices, hemos luchado y hemos vencido, y ello es como los pétalos que caen de una flor. He amado el amor, querido mío, he amado el amor y te he amado a ti. Ahora ha pasado la primera fase y tengo que tener hijos, muchos hijos, y cuando acabe seré ya vieja. Han caído los pétalos, los pétalos rojos que tanto amábamos... Hemos triunfado por fin y tenemos la subsistencia asegurada. Pero, ¿te acuerdas de las montañas, amor mío? Deseo que no las olvidemos nunca, ¡nunca! Deseo que no olvidemos nunca aquel banco de nieve y nuestras palabras sobre la muerte. ¡Podíamos haber muerto entonces! Aunque seamos viejos, aunque seamos ricos, deseo que no olvidemos los días en que nuestro único bien era estar juntos, en que lo arriesgamos todo por nuestro mutuo amor, en que la vida era para nosotros luz y fuego. ¿Lo recuerdas? ¡Dime que nunca lo olvidarás! ¡Dime que estas cosas secundarias no te harán olvidar los pétalos rojos! Toda la noche he estado deseando llorar encima de tu hombro, pensando en ellos. ¡Pétalos! ¡Qué absurdo, amor mío! Nunca en mi vida he tenido estos ataques de llanto...

—Amor de mi corazón —susurró Capes apretándola contra su pecho—. Sé muy bien lo que sientes...



HERBERT GEORGE WELLS, más conocido como H.G. Wells (21 de septiembre de 1866 en Bromley, Kent - 13 de agosto de 1946 en Londres), fue un escritor, novelista, historiador y filósofo británico. Fue uno de los primeros escritores de ciencia ficción, género con el que consiguió convertirse en un clásico de la literatura de anticipación.

Tuvo varios trabajos y comenzó a formarse en Biología. Debido a su falta de recursos económicos, tardó varios años en licenciarse. Poco después, debido a problemas físicos, decidió dedicarse a la escritura de manera constante. Su obra es prolífica, con más de cien libros y multitud de cuentos, y en ella podemos encontrar tanto obras de ciencia ficción, como *La guerra de los mundos* (1898) o *La máquina del tiempo* (1895) —ambas llevadas al cine en más de una ocasión—, como obras de corte social, *Tono Bungay* (1909), o centradas en el estudio de la historia.

De fuertes convicciones políticas, H.G. Wells defendió la posibilidad de una sociedad utópica, y criticó duramente a políticos y mandatarios, sobre todo en relación a los conflictos armados y las guerras mundiales.

Por sus escritos relacionados con ciencia, en 1970 se decidió en su

honor llamarle H.G. Wells a un astroblema lunar ubicado en el lado oscuro de la Luna.